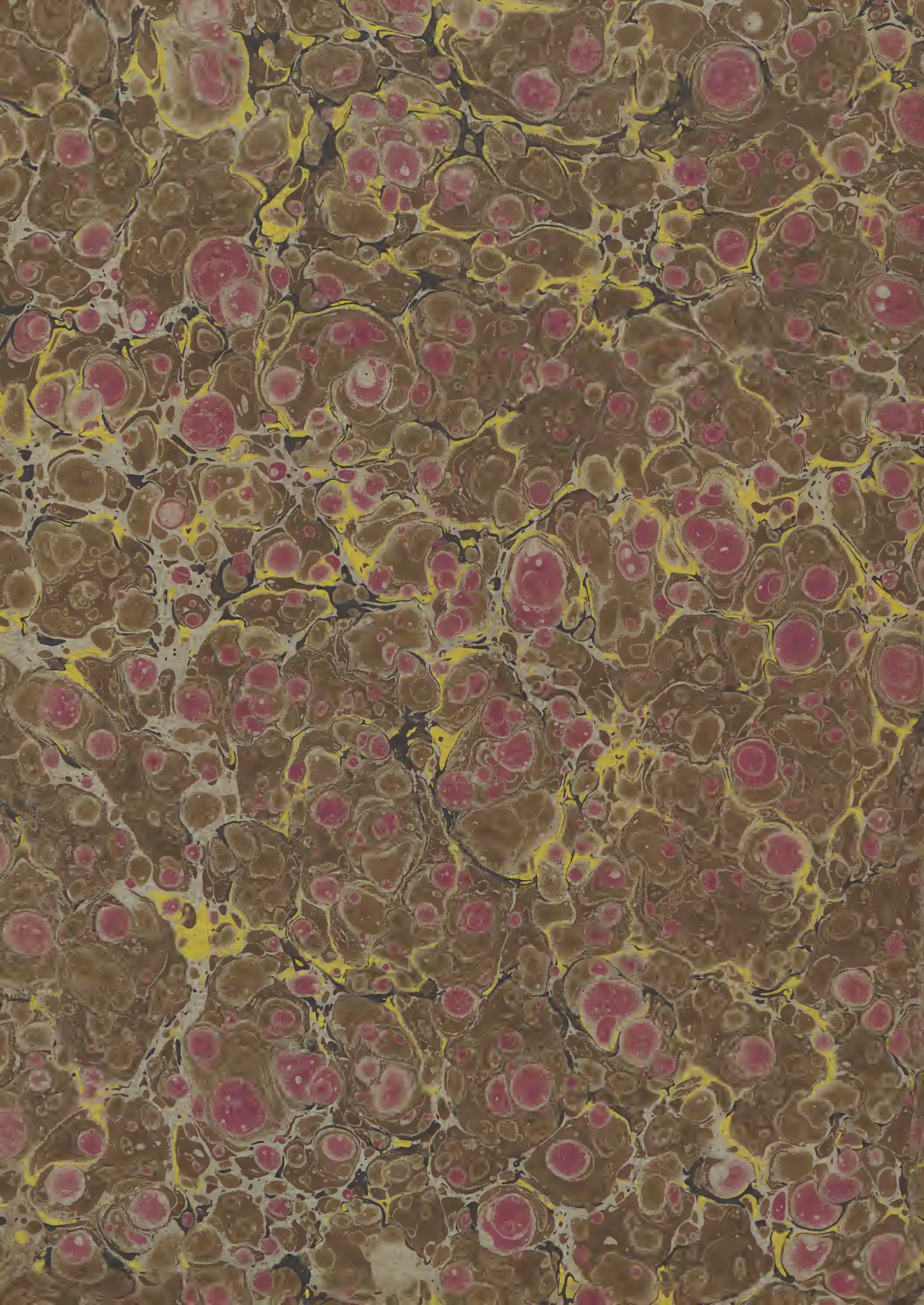
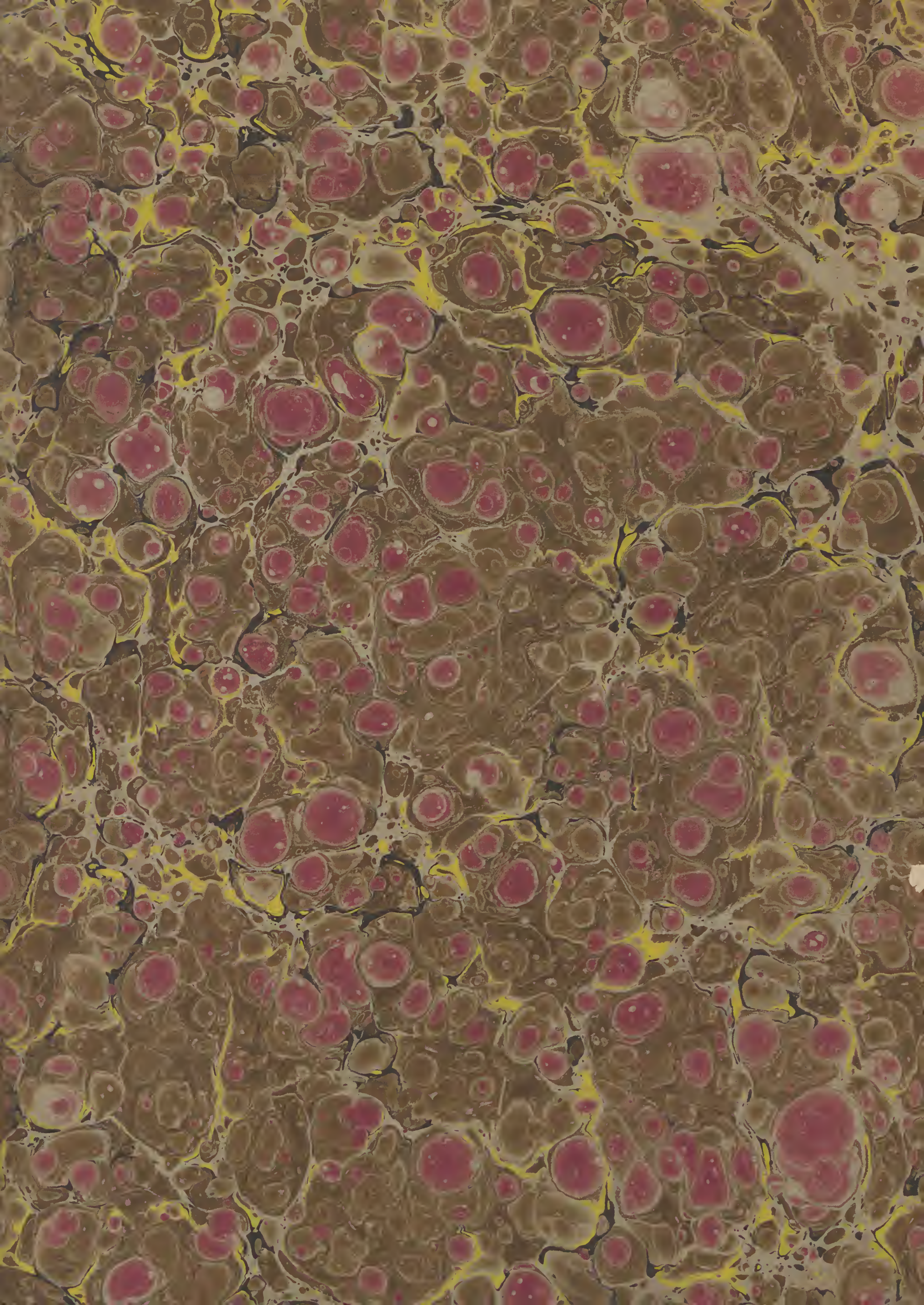
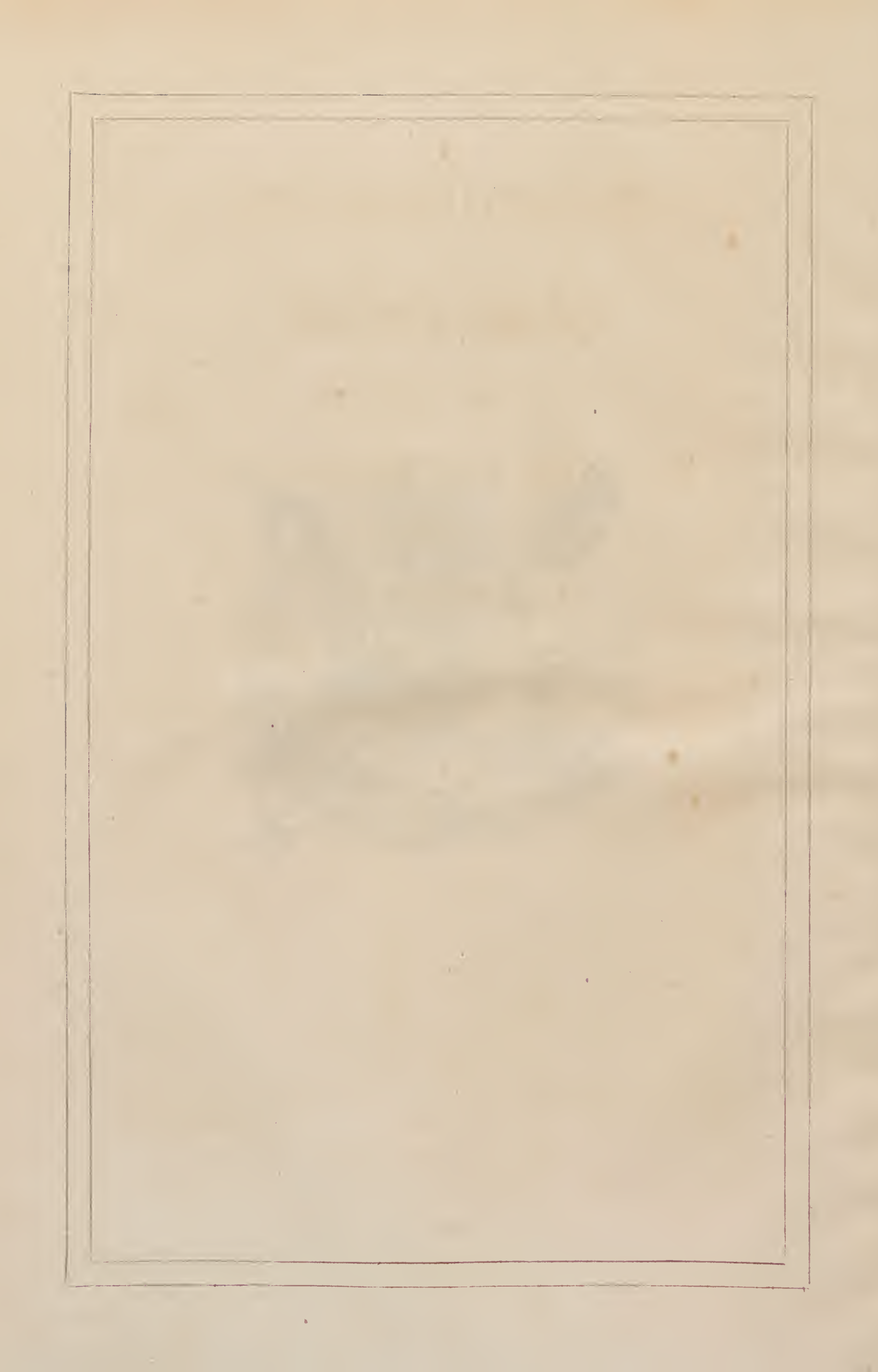







REYES
CONTEMPO-
RANEOS
URRABIETA
CARNICERO



REYES CONTEMPORÁNEOS.

COMPENDIO

HISTORICO FILOSOFICO

DE TODAS LAS MONARQUIAS,

CON LAS BIOGRAFIAS DE TODOS LOS REYES Y PRINCIPES REINANTES, HASTA EL DIA.

OBRA ILUSTRADA

CON LOS RETRATOS DE CUERPO ENTERO

DE TODOS LOS REYES, REINAS Y PRINCIPES HEREDEROS.

TOMO TERCERO.

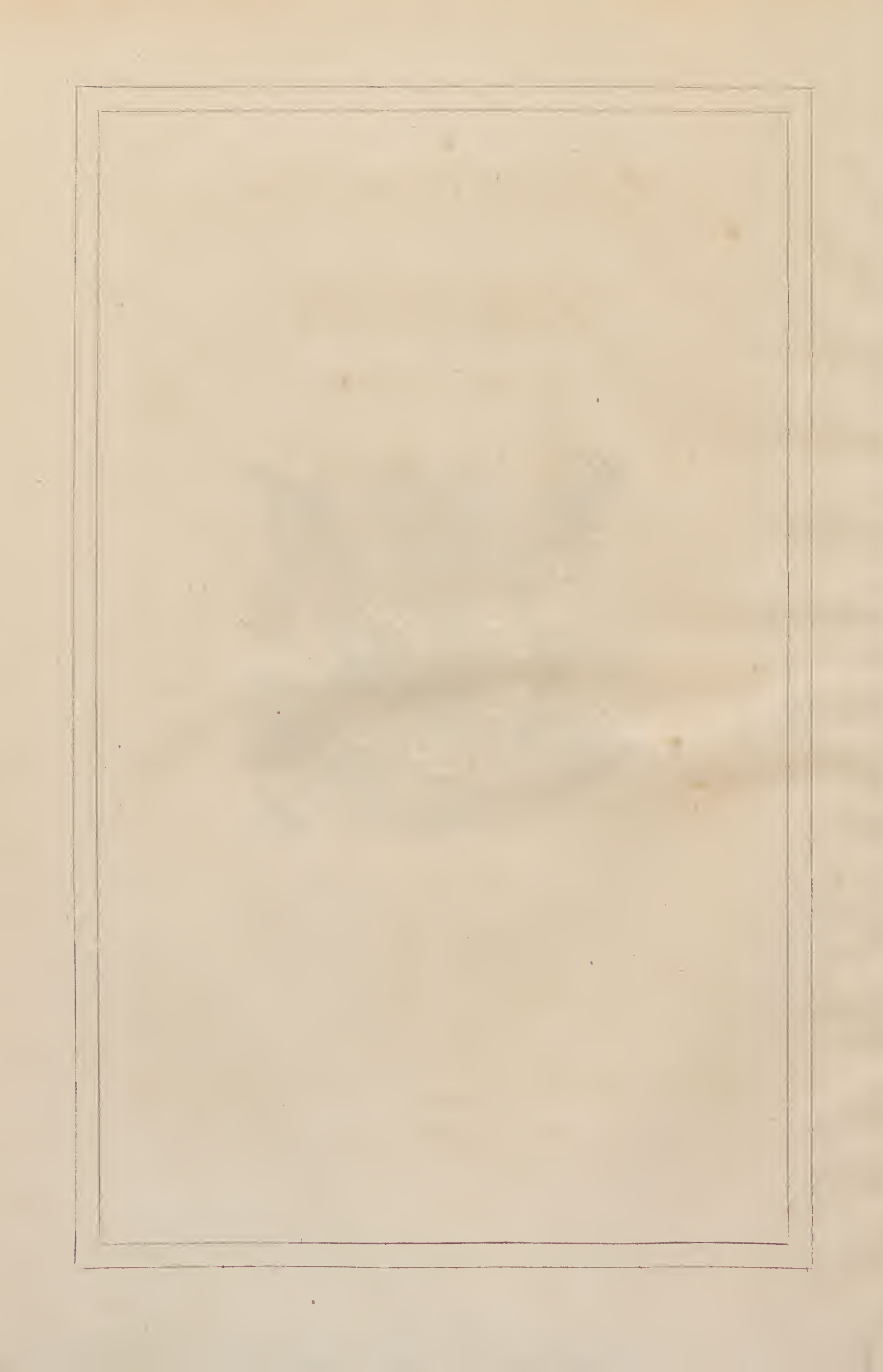


MADRID.

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,

calle de las Infantas, núm 17.

1854.



REYES CONTEMPORÁNEOS.

COMPENDIO

HISTORICO FILOSOFICO

DE TODAS LAS MONARQUIAS,

CON LAS BIOGRAFIAS DE TODOS LOS REYES Y PRINCIPES REINANTES, HASTA EL DIA.

OBRA ILUSTRADA

CON LOS RETRATOS DE CUERPO ENTERO

DE TODOS LOS REYES, REINAS Y PRINCIPES HEREDEROS.

TOMO TERCERO.



MADRID.

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,

calle de las Infantas, núm 17.

1854.



Legrand dibº. y litº.

Lit. de J. Donon, Madrid



ERNESTO AUGUSTO REY DE HANNOVER,

Y DUQUE DE CUMBERLAND.



1

dib.º y lit.º

Lit. de J. [illegible] Madrid

ERNESTO AUGUSTO REY DE HANNOVER,
Y DUQUE DE CUMBERLAND.





HANNOVER.

JORGE FEDERICO ALEJANDRO.

I.



Al trazar sobre el papel el cuadro histórico de un pueblo, cuyo orígen apenas puede distinguirse en el nebuloso horizonte de los tiempos, la pluma se detiene como sorprendida de su propia obra y casi incrédula de lo que no puede poner en duda. ¡Tal es el inmenso cambio que unos cuantos siglos han producido entre los individuos de una misma raza! ¿Es, por ventura, de la misma especie, se pregunta, aquel *cáuco*, que desde las pendientes de la selva *Hercynia* (1), calzándose

(1) La selva Hercynia, llamada por los romanos *Sylya Hercynia*, y en germánico *Harzwald*, es la misma cadena de montes de los cuales habla César en el libro VI de sus Comentarios, suponiendo que no habia germano que pudiese recorrerla, en longitud, en sesenta dias de marcha. El Harz,

el grosero coturno, ha menester seguir el curso de las aguas para dirigirse al mar, y empleando una revolucion entera de la casta diosa á quien adora antes de regresar á la inestable cabaña en que habita, que el aristócrata Hannoveriano sentado en el mullido cojin de un wagon que recorre la mitad de la Europa en menos tiempo? El *anglo*, que atemorizado por los efectos de la roca magnética de Ilsenstein ó Schierla, huye despavorido, ¿es acaso criatura igual al descendiente suyo, que arrancando un trozo de esa misma roca, centuplica su potencia comunicándosela á una barra acerada, y aprisionándola en una caja la somete á su voluntad y se hace conducir por ella al través de la interminable extension del imperio de las aguas, dando por tres veces vuelta en derredor suyo? El sajon, que en el ahuecado leño que cayó la tempestad en la costa del golfo germánico, se arrastra temeroso por las orillas; que yendo de cabo en cabo hasta descubrir las blanquecinas rocas del suelo breton se aventura y atraviesa el estrecho canal que le separa con el fin de llevar á sus pacíficos habitantes el robo y la desolacion, ¿es tal vez semejante al atrevido é inteligente marino, que haciendo girar las poderosas hélices del Wellington, surca los mares de polo á polo, para imprimir sobre las islas y continentes las prolongadas huellas de su acerado tridente en señal del dominio de la soberbia Albion? ¿Lo es, por último, el *Querusco*, que sobre la cúspide helada del *Brocken* (1) se prosterna ante las divinidades infernales, porque solo á ellas puede atribuir el fenómeno óptico que reproduce su desconocida imágen en formas gigantescas que le aterran; es acaso, decimos, un ser de igual naturaleza que el hombre semi-divino, que saliendo de una oscura aldea del Han-

nombre con que hoy se conoce, es célebre, tanto por sus minas, en que abundan el hierro, el cobre, el plomo, el zinc, la plata y aun el oro; como por las riquezas paleontológicas que en cantidad enorme se hallan en las cavernas de su caliza. Estos subterráneos parecen haber servido de refugio á multitud de seres, muy diferentes de los que hoy existen, en algunos de los cataclismos de nuestro globo, y haberse convertido despues en inmensos cementerios de los que en ellos buscaron abrigo. Las mas curiosas de dichas cavernas son, segun Maltebrun, la del Unicornio y la llamada con el nombre de Baumann: la primera compuesta de cinco grutas, que comunican entre sí por gran número de sinuosidades, ya subiendo, ya bajando: la segunda mucho mayor, está igualmente compuesta de otras cinco grutas, situadas tambien á diferentes alturas. De la primera á la segunda se bajan setenta metros; y para pasar á la tercera hay que valerse de piés y manos para llegar á una cuesta rápida que conduce á una galería, colocada bajo las otras grutas: en aquella galería se ve gran cantidad de huesos que pertenecieron, en mayor parte, á tigres, hienas, etc. Allí tambien están los de un enorme oso, cuyo tamaño compara *Lazius* al de un caballo. En la segunda caverna, llamada de Baumaun, existe asimismo una columna de estalactita que da un agradable sonido cada vez que cae sobre ella una gota de agua destilada por la bóveda.

(1) El Brocken es el mas alto monte del *Harz*, cuya cima tiene de elevacion sobre el nivel del mar 3,486 piés. En ella pasa con frecuencia el fenómeno á que aludimos. Siempre que al salir ó ponerse el sol se halla interpuesto el que observa entre aquel astro y una nube, su imágen se reproduce en formas tan gigantescas y poco regulares, que disculpan la errada creencia de los tiempos de ignorancia que suponia un espectro entre la niebla y atribuia el fenómeno de *espejismo* al poder de los espíritus infernales. Por la misma razon se dió el nombre de *fuente de las brujas* (hexen brunnen) á un manantial que brota á unos veinte piés de la cima del Brocken.

nover (1) ajusta un tubo á otro tubo, un lente á otro lente, que escalando el sol le roba los secretos de su luz, y que lanzándose aun mas allá hasta la remota esfera de las nebulosas, sorprende su constitucion, nos señala puesto en el centro de la que nos rodea, mide las montañas de nuestro satélite, y por último, vuelve á remontarse á los mas distantes círculos del sistema planetario para hacer esculpir en ellos con caractéres eternos el inmortal nombre de Herschel?

La imaginacion misma conoce que su vuelo no es bastante remontado para alcanzar á ver los límites del progreso de la razon humana. Apenas hoy podemos convencernos de que las errantes tribus que solo hacian la guerra para arrebatar al menos fuerte el fruto de su trabajo, estaban compuestas por los padres de nuestros padres; pero menos creible sería para nosotros la pintura que se nos hiciera, si fuese posible, del estado de adelanto en que se hallarán los descendientes de nuestros hijos, cuando quince ó veinte siglos de progreso les hayan hecho aprovechar de los grandes elementos que hoy les dejamos por herencia!

El territorio que ahora forma el nuevo reino de Hannover estuvo por largo tiempo ocupado por hombres semejantes á los que hemos descrito. Hordas salvajes, que sin domicilio fijo recorrian el país asolándolo, y las razas mas tranquilas y apegadas al suelo; en una palabra, los sajones, los anglos, los queruscos, los caucos, etc., constituyeron despues, bajo los nombres de ostfalianos, wesfalianos y angrivanos, aquella parte de la antigua Germania que ocupaba, con mas ó menos variedad, el territorio gobernado hoy por Jorge Federico. Estas tribus, ha-

(1) El célebre astrónomo Sir VV. Herschel es originario de una aldea inmediata á la ciudad de Hannover; y para que pueda conocerse su mérito, copiamos aquí lo que de él dice un modesto sabio, á quien acabamos de perder casi sin conocerle: dice así hablando del eminente hannoveriano: «...además del grandioso descubrimiento del planeta *Urano*, se le deben inmensos y laboriosos trabajos consignados en otras tantas memorias sobre la altura de las montañas de la luna y la rotacion de los planetas, y sobre el movimiento propio del sol y del sistema polar, con la descripcion de las mudanzas que deben ser consiguientes en la posicion de las estrellas: catálogo de estrellas dobles, tríplices, cuadrúplices y multíplices; otros de nebulosas, pelotones y argamasas de estrellas: observaciones sobre la extructura de los cielos; sobre la constitucion física y naturaleza del sol; sobre la direccion y velocidad del sistema solar en su movimiento en masa; sobre el planeta Saturno; sobre el órden y colocacion de los cuerpos celestes en el espacio, y sobre la extructura, naturaleza y constitucion de la via-láctea, con la posicion del sol y sistema planetario en esta gran nebulosa; sobre las distancias relativas de los grupos de estrellas y los límites que pueden alcanzar nuestros telescopios; en fin, sobre la posicion determinada de 145 nuevas estrellas dobles y binarias.»

Y en otra parte: «...Daremos una idea de la doctrina de este ilustre sabio y de este hombre verdaderamente grande: él ha dilatado al infinito la magestad y la extension del universo, y antes de él no era posible imaginar concepto tan magnífico. La enagenacion y el asombro se apoderará del lector que pueda comprender en toda su extension la opinion de Herschel sobre la constitucion física del mundo universo: opinion eminentemente verídica y apoyada en la observacion. Para presentarle con todo el explendor y el mérito que en sí encierra el sistema de Herschel, procuraremos al describirle seguir casi sus mismas palabras, llenas de profundidad y ciencia.» Etc, etc. = (REGUERO Y ARGÜELLES; *Astronomía física*.

ciendo alarde de aquel valor que confesaron sus mismos enemigos, se las ve mas tarde vencidas por los romanos, alguna vez vencedoras, pero jamás dominadas por aquellas armas que habian sojuzgado las tres partes del mundo. Pero sería fuera de nuestro propósito detenernos mas tiempo en los pormenores de la existencia de un pueblo, cuya historia nos es imperfectamente conocida por las relaciones de escritores que apenas trataron de ella incidentalmente. Bástenos saber que el espíritu de independencia que reinaba en ellos no les permitió formar un cuerpo homogéneo, y no los vemos reunidos mas que para repeler la fuerza que los invadia. Así, los encontramos oponiéndose á los generales romanos, y mas tarde, capitaneados por Witikindo, resistir el torrente victorioso con que el invicto Carlo-Magno inundó su territorio.

El culto idólatra de aquellos pueblos, mas que sus frecuentes agresiones, atrajo sobre ellos el azote de la conquista en la última época á que nos referimos, porque el fervor cristiano del príncipe Franco no le permitió ver con indiferencia que los pueblos que tan cerca de él se hallaban, continuasen sumidos en el cieno de su idolatría, desconociendo por mas tiempo la luz pura de la verdadera religion.

El defensor de la fé de Jesucristo taló una ancha senda hasta Eresburgo, á pesar de la tenaz y aun temeraria resistencia del pueblo sajon que en él se habia atrincherado, sacrificó en holocausto á los sacrificadores del falso Dios, y despues del exterminio del sacerdocio druídico, derribó la estatua de Irminsul, la mas venerada entre las de su culto. El efecto moral que debió producir esta destruccion, preparó sin duda para mas tarde la conversion al cristianismo del jefe sajon, y arrastró tras ella la sumision de aquel, hasta entonces, indomado pueblo.

Por el mismo tiempo la poderosa casa de los Welfos ó Guelfos, vástago originario de la que hoy reina, debia ser ya de las mas poderosas, pues la vemos aspirar á darle herederos al imperio, casando á Judith, hija del conde de Altorf, en Baviera, con el sucesor de Cárlos Luis el *Benigno*, de cuyo enlace nació Cárlos, llamado el *Calvo*, quien á pesar de ser el último de los cuatro hermanos, y de la oposicion que estos le hicieron, fué coronado Emperador por el Papa Juan VIII.

Mas tarde, Cunegunda, hermana de Guelfo III, el último varon de aquella familia, casó con Azon de Este, llamado el *gran marqués de Toscana*, y con su mano le llevó el nombre y poder de su antigua familia.

Al morir Enrique II, emperador de Alemania, sin dejarle sucesor al trono, los pueblos que componian el imperio se reunieron para elegir Soberano, entre sus propios Duques, en número de ocho. Los que concurrieron á esta eleccion fueron Conrado el *Jóven*, como jefe de la casa de Franconia, aunque sin el título de Duque; Federico, que lo era de la Lorena superior; Gozelon, duque tambien de la Lorena inferior; así como Bernardo, de la familia de Hermann Billung, del ducado de Sajonia; Enrique, del de Baviera; Adalberto, del de Carintia; Ernesto, del de Suabia, y Ulrico, del de Bohemia: la eleccion recayó en Conrado el ma-

yor, llamado el *Sálico*, que tomó el título de Conrado II. Su hijo Enrique III, que subió al trono en 1039, y fué coronado Emperador en 1046, dió á Guelfo, hermano de Cunegunda, el ducado de Carintia. La temprana muerte de este Emperador dejó desamparado al regio niño, que le heredaba, porque si bien los Príncipes que le rodeaban habian ofrecido á su padre tomarle bajo su proteccion, es menester confesar que nunca están menos bien guardadas las diademas que cuando las cabezas sobre que reposan son confiadas en sus minorías á los que han de tomar su herencia. Así lo prueba el atentado cometido sobre la persona del Príncipe por el ambicioso Hannon, arzobispo de Colonia, quien con el objeto de asegurar la preponderancia que pudiera darle la posesion de la persona del jóven monarca, se aprovechó de la ocasion de hallarse la córte en Kaisewerthe, á orillas del Rhin, para persuadir al niño, en el momento en que terminaba su comida, á que se embarcase con él, bajo pretesto de ver un buque de belleza extraordinaria, que acababa de construirse. Así lo hizo el confiado y crédulo Príncipe, con gran satisfaccion del traidor, que mandó al punto dirigir la embarcacion hácia la orilla opuesta: circunstancia que asustó de tal manera al niño, que sin dar lugar á que se lo impidiesen, saltó al rio, en cuyas aguas desapareció. Su vida hubiera terminado allí, si Egberto de Brunswik, uno de los ascendientes de la rama, que luego veremos unirse á la que vamos reseñando, no se hubiese lanzado tras él y salvádolo, con grave peligro de su propia vida.

Este Príncipe, que llevaba el mismo nombre que su padre, no tuvo despues la prudencia que requeria el gobierno de sus Estados, porque se dejó dominar por la faccion que capitaneaba Adalberto, arzobispo de Bremen, contraria á la que dirigia Hannon el de Colonia. Entre las faltas que puede cometer un Príncipe, graduamos esta como una de las mayores; porque suponemos su alta magistratura á una elevacion á que no deben llegar las pasiones de los partidos. El Monarca que olvidándose de lo que debe á la dignidad de su corona, desciende de la altura á que le ha colocado la Providencia para contagiarse con el ponzoñoso ambiente de los rencores políticos, abdica voluntariamente su derecho á ser amado por la mitad de su pueblo, y respetado por la otra mitad.

Enrique IV hizo un triste ensayo de esta verdad, pues por someterse á las exigencias de Adalberto hubo de declarar guerra á los Sajones; desposeer de sus estados de Baviera á Othon de Norheim, que se puso bajo la proteccion de Magnus de Sajonia, hijo del duque Ordulfo; perseguir á uno y otro hasta vencerlos; encerrarlos en las prisiones de Hazburgo, y por último, enagenarse de tal modo la voluntad de los demás Príncipes, que despues de verse obligado á poner en libertad á los que tenía en cautiverio, hubo de huir al través de las montañas del *Harz*, errante por los sitios mas agrestes, sin alimento ni abrigo, y acompañado solamente de un corto número de criados. Entonces fué cuando para adquirir partidarios, entre otras gracias que otorgó, fué una de ellas dar la investidura de Baviera al jóven Guelfo, hijo de *Azon, marqués de Toscana*, y fundador de

la segunda casa de los Guelfos, que es objeto de nuestro estudio; por haber fallecido, en 1055, Guelfo, duque de Carintia y hermano de Cunegunda, de quien arriba hemos hecho mencion. Rehecho Enrique, y vuelto á derrotar, tuvo el arte de hacer caer sobre su cabeza la maldicion del jefe de la Iglesia, el Papa Gregorio VII, y con ella ser testigo de la desercion de los pocos que le habian sostenido hasta entonces, por lo que, considerando imposible obtener votos favorables en la Dieta de Augsburgo, cuya decision debia esperar, sin poder siquiera entretanto revestir las insignias de la dignidad imperial, ni ejercer acto alguno de soberanía, tomó la resolucion de dirigirse á Italia, mas como prófugo que como Emperador. Seguido de su virtuosa mujer y de un solo hombre, y sabiendo que todos los caminos directos estaban ocupados por sus enemigos, tuvo que atravesar nuevamente una cordillera de montes casi inaccesibles, enmedio de un invierno crudo, cuyo rigor le obligó á descolgar con cuerdas á la Emperatriz cerrada y cosida dentro de una piel de buey por sobre las nieves de los fragosos caminos, ó mejor dicho, precipicios que tenian que atravesar. El fin de esta aventura no fué mas feliz que su principio; porque el malhadado Enrique llegó á la puerta del castillo de Canosa, donde moraba la poderosa princesa Matilde, dueña entonces de Toscana y Lombardía, y á donde la casualidad ó un infundado temor habian llevado al Papa Gregorio su antagonista. Enrique, humilde y abatido, solicitó amparo y abrigo en su desgracia. Pero Gregorio, que desde dentro dictaba la respuesta, se negó primero á recibirle, y no consintió en ello sino á condicion de que entrase solo en el castillo. La puerta se cerró tras él, y el desventurado Monarca tuvo que esperar tres dias de los del mes de Enero de 1077, en que como hemos dicho, el invierno era en extremo rigoroso, en un patio descubierto: añadiendo á la crueldad de estas circunstancias, las del ayuno y desnudez en que se le obligó á permanecer allí, hasta que las sentidas lágrimas de la princesa Matilde le hicieron alcanzar su perdon al cuarto dia. ¡Extraña conducta que demuestra la rudeza de los tiempos en que podia parecer siquiera disculpable!

Por aquel tiempo, Magnus, á quien el desgraciado Príncipe de quien hacemos mencion, habia perseguido; conociendo las ventajas que trae el hacerse aliados poderosos entre los miembros de la propia familia, casó á su hija Wilfilda con Enrique I de Baviera, apellidado el *Negro*, por el color de su tez y cabellos, que acreditaban su descendencia meridional, como nieto de Azon, que era de orígen italiano. Este enlace trajo á su tiempo, á la casa de los Guelfos, la poderosa herencia sajona, que, como saben nuestros lectores, abrazaba entonces, entre otros Estados, los que poseen las diferentes ramas de la de Brunswick, que es oriunda de aquella.

II.

Despues de la muerte del emperador Enrique y de la eleccion que se hizo de Lotario, duque de Sajonia, para sucederle, los candidatos postergados, capitaneados por el de Suabia, *Hohenstaufen*, promovieron tales turbulencias, que el elegido quiso buscarse un apoyo en la casa de los Guelfos, casando á su hija única, Gertrudis, con Enrique, apellidado el *Soberbio*, hijo del que antes hemos llamado el *Negro*, que ya era poderoso como duque de Baviera, y cuyo engrandecimiento consumó dándole el ducado de Sajonia y la herencia de la prepotente princesa Matilde; extendiéndose de ese modo la dominaclon del soberbio Enrique desde el uno al otro mar. ¡La reunion de Estados tan importantes estaba reservada por la fortuna para este Príncipe!

Excitada la rivalidad por los favores que aquella caprichosa deidad dispensó á la pujante casa de los Guelfos, produjo un profundo encono contra ella en la de Hohenstaufen; la que por poseer un castillo que tenía el nombre de Veiblingen, fué mas tarde llamada por los italianos, de los gibelinos: nombres que se han hecho célebres en la historia y han pasado á ser proverbiales para expresar los grandes ódios y rencores de los partidos. El valimiento y preponderancia de Enrique el *Soberbio*, no duró mas que la vida de su suegro Lotario; porque á la muerte de aquel Emperador purgó el pecado del orgullo, viéndose postergar en la eleccion de sucesor al imperio, á que su enlace y prepotencia parecian darle un derecho. Fuese política de los electores que quisiesen evitar el acrecentamiento de un poder que tanto amenazaba la independencia de los demás Estados, fuese odiosidad suscitada por el carácter altivo de Enrique; fuese, en fin, maquinacion de la influyente casa de Hohenstaufen; ello es lo cierto, que contra lo que esperaba el jefe de los Guelfos, la corona imperial fué colocada sobre las sienes de un miembro de la casa enemiga.

Pero si sobró política en aquella eleccion, faltó indudablemente prudencia; porque la mas pequeña dosis de prevision habria bastado para conocer, que quien contaba con tantos elementos de grandeza, no habia de sufrir con paciencia lo que en su carácter debió parecerle, mas que una injusticia, una usurpacion. Enrique hizo la guerra al nuevo emperador Conrado, y hubo de sucumbir en ella; porque despues de vicisitudes várias de una guerra prolongada, vino á ser derrotado en Vinsberg, en donde fué hecho prisionero con todos sus habitantes. Mal le hubiera ido despues de esta derrota si hubiera quedado en poder del ven-

cedor, pero el amor y fortaleza de Gertrudis le salvaron; pues habiendo obtenido ésta poder salir de la ciudad con las alhajas que llevase sobre sí, tomó en hombros al guerrero desgraciado, y con él atravesó las puertas de la ciudad: accion celebrada por el mismo Conrado, y que obtuvo por premio la reconciliacion del Emperador con Enrique y la conservacion de los bienes que no se le habian podido arrancar por la fuerza de las armas, y que debia al amor del pueblo sajon por la casa de los Guelfos.

La mayor parte de los demás Estados perdidos por esta casa, fué poco despues devuelta al sucesor de Enrique, llamado tambien con el mismo nombre y el dictado de *El Leon*, para significar las cualidades guerreras que le adornaban. El advenimiento al sólio aleman de Federico de Suabia, llamado despues *Barbaroja* por el color de la que en abundancia adornaba su rostro, trajo una política de conciliacion que parecia deber acabar con las disensiones intestinas que habian separado los Príncipes del imperio. Guelfo por su ascendencia materna, y Gibelino por la paterna, trató de unir aquellos antiguos rivales, atrayendo por medio de concesiones á los unos y á los otros. Las que hizo á Enrique *El Leon* del ducado de Baviera y otros, volvieron á reunir por segunda vez en una misma mano aquellos Estados que tanto habian engrandecido á su padre; agregando además los ducados de Brunswick y de Luneburgo, segun lo afirma Jorge Guillermo de Leibnitz.

Cualquiera otro Príncipe se hubiera dado por contento con los dominios que la suerte le habia deparado en tan temprana edad; pero el carácter emprendedor de Enrique; el sentimiento de su fortaleza, y la confianza que le inspiraba la amistad de su primo Federico, con quien estaba unido por estrechas relaciones de la infancia, le hicieron acometer el engrandecimiento de sus ya muy vastos Estados. Llevó sus armas victoriosas á una gran parte del Holstein; dominó el Mecklemburgo, y entró en la Pomerania y la Marca. Reconstruyó á Hamburgo, destruido anteriormente por los Venedos; fundó á Munich, y continuando en dar pábulo á la actividad de su espíritu, pobló unos paises con los habitantes que sobraban en otros; cambió en floridas campiñas, bosques y pantanos; erigió seminarios; fundó obispados; organizó la administracion de justicia; en una palabra, hizo cuanto un gran Príncipe podia hacer en tiempos en que la civilizacion de los pueblos no permitia mas.

Para contener los efectos de la envidia, en los Príncipes vecinos, hizo colocar un enorme leon de bronce ante la puerta principal de su castillo de Brunswik, como para darles á entender, que á semejanza del rey de los bosques, estaba pronto á lanzarse sobre los que excitaran su cólera. La pasion de la envidia no se calma con la ostentacion del poder del objeto envidiado; y así fué, que no tardaron en coligarse contra él los arzobispos de Colonia, Bremen y Magdeburgo, los obispos de Hildeshein y Lubeck; el margrave de Brandeburgo y otros muchos condes y señores; pero el despierto *Leon* se revolvió contra ellos, y bien pronto

hubo tomado á Bremen; arrasado la Turingia; entrado á saco á Magdeburgo; arrojado de su diócesis al obispo de Lubek Conrado, y no hubiera cesado en sus venganzas si la pronta vuelta del Emperador no hubiere hecho entrar en órden á unos y otros.

La hirviente sangre de Enrique no le permitia permanecer en la inaccion; así fué, que luego que no tuvo pábulo su deseo de obrar en Alemania, se encaminó á la Tierra Santa, de donde le trajeron las turbulencias de su propio país. A su vuelta, encontró al Emperador comprometido en guerra con los Lombardos, para cuyo buen éxito habia menester de la eficaz cooperacion de su primo; pero sea que obrase en esto como él pretextó, el espíritu religioso por hallarse Federico bajo un interdicto lanzado desde Roma á la luz que despidieran las llamas de la Basílica de San Pedro, que habia incendiado; sea que la ambicion del jóven Güelfo le hiciese esperar algo de la ruina de Barbaroja, ello es lo cierto que se negó á prestarle ayuda, á pesar de haberla implorado de rodillas cuando ambos Príncipes se vieron en Chavena, á orillas del lago Como.

La humillacion de Federico fué tanta, y la tenacidad de su ingrato amigo tal, que vista una y otra por la Emperatriz, aparecida casualmente en el lugar de la conferencia, exclamó indignada: «Levántate, Federico, que Dios no puede menos que ayudarte á castigar á ese insolente;» Federico se alzó del suelo, su falso amigo le volvió la espalda, y la batalla de Liñano se perdió.

El resentimiento del Emperador no tuvo límites; así, cuando en 1178 hizo la paz en Venecia, volvió el pecho lleno de rencor y el oido predispuesto á escuchar las quejas que contra Enrique se quisieran dar. Citado este ante una Dieta que habia de celebrarse en Worms para juzgarle, no compareció, ni obedeció mejor á los llamamientos sucesivos que se le hicieron para Magdeburgo, Gozlar y Wurzburgo, dando lugar á que se pronunciára el fallo de proscripcion contra él, y de confiscacion contra sus bienes.

No era sin embargo fácil domar semejante fiera; porque á pesar de que le acosaron todos aquellos á quienes se les habian repartido sus estados, él habria dado cuenta de ellos si no hubiese acudido el Emperador mismo con un fuerte ejército, que le venció sin combatir; porque luego que sus pocos amigos se vieron en la necesidad de habérselas con el mismo Soberano, hubieron de aterrarse y abandonar al proscripto. Errante por mucho tiempo, no encontró asilo alguno hasta que en la Dieta de Erfurt se arrojó á los piés de su resentido, pero generoso enemigo, que le perdonó. El mismo Federico le aconsejó, no obstante, que se alejase por algun tiempo de su país para dar treguas á los recientes ódios que habia suscitado.

Enrique pasó efectivamente á Inglaterra, donde se casó con Matilde, hija del rey británico Enrique II, y de quien tuvo á Guillermo, que fué el primero de este nombre en la casa de Brunswick. ¡Casualidad singular; el vástago que puede llamarse jefe de la casa reinante de Hannover, por ser el primero que llevó el

nombre que hoy tiene, fué á enlazarse con los reyes de esa Inglaterra, á la cual habia de ofrecer mas tarde tan soberbio plantel de Soberanos!

La mediacion del rey Enrique fué necesaria para que el que fué poderoso jefe de la casa de los Güelfos y poseyó los mas pingües señoríos de Alemania, consiguiera que se le volviesen siquiera los de Brunswick y Luneburgo.

La mansedumbre de Guillermo I no fué imitada por su hijo Oton *El Niño*, llamado así por la edad en que fué huérfano. No conforme, luego que fué mas crecido, con ver en manos extrañas los Estados que habian poseido su abuelo y visabuelo, levantó tropas y marchó contra los detentadores: sus victorias por una parte, y la buena conducta que observó con el Emperador, le procuraron la gracia de este, y á consecuencia de ella, la recuperacion de los estados con el título de conde de Brunswick y de Luneburgo.

Alberto, apellidado el *Grande*, su hijo mayor, añadió á los ducados que heredó los castillos de Wolfenbutel y Assemburgo, y las ciudades de Hameln y Embech. Príncipe valiente y emprendedor, buscaba las ocasiones de distinguirse; así tomó parte con Otocario, rey de Bohemia, contra Bela el de Hungría, y en Lubec contra Juan de Holsacia. Herido y prisionero en la Misnia, batiéndose contra Enrique, no obtuvo su libertad sino despues de haber pagado un fuerte rescate.

La política errada de los Emperadores les hizo llevar adelante el desmembramiento de los ducados, y con él la destruccion de la importancia de sus jefes; pero desgraciadamente esa decadencia refluyó luego sobre el mismo imperio que vimos pasar de mano en mano de un modo oscuro y poco digno de ocupar la pluma de los historiadores; así se observa, que aquella época de marasmo político, que principió con la destruccion de Enrique *El Leon*, es muy escasa de noticias, limitándose las fuentes de donde pueden tomarse á crónicas particulares. La historia de Alberto se resiente de esta oscuridad, y á no ser por ella halláriamos mas detalladas las acciones que le hicieron merecer el sobrenombre de *Grande*.

Su muerte, acaecida en 1279, fué la señal de rebato á que tocaron sus herederos, repartiéndose los Estados que tanto le habia costado adquirir y conservar. Enrique, el mayor de sus hijos, se apropió el ducado de Brunswick. Grubeuhageu, cuya rama empezó en él; Alberto el principado de Calemberg, y Guillermo el ducado de Wolfembutel. Este último murió algun tiempo despues, y aunque Enrique se apoderó de su herencia, Alberto se la disputó abrazando la causa del pueblo y Senado de Brunswick contra los tribunos, que fueron vencidos y Enrique desposeido. Su vencedor Alberto, que sigue la línea principal de esta casa bajo el nombre de II, y el sobrenombre de *Craso*, se hace solo memorable en nuestra historia, porque tuvo la desgracia de que fuese en su tiempo cuando la Alemania entera y gran parte mas de la Europa fuesen asoladas por una infausta cadena de plagas, que solo al cielo es dado permitir, para llenar sus altos é inexcrutables designios.

La primera de aquellas calamidades tuvo lugar en el año de nuestra era de 1338. Cayó entonces sobre la Europa tal multitud de langostas, venidas al parecer de Oriente, que gran cantidad de países fueron completamente devastados. La Hungría, la Polonia, la Silesia y el Austria fueron mas particularmente castigadas por este azote, que mientras permaneció sobre ellas fué en tanta abundancia, que, segun refiere la historia, oscureció el sol. Una grande y prolongada privacion del alimento necesario para los pueblos, fué la consecuencia de aquella plaga, que no desapareció sino dejando en su lugar el hambre mas espantosa. Al año siguiente de 1348 acontecieron fenómenos, que aunque el primero no puede llamarse plaga por sus efectos físicos, lo fué sin embargo por el moral que produjo sobre los ya afligidos pueblos. El 13 de Enero se oscureció el sol, sin que digan los autores, ni podamos detenernos á calcularlo, si fué como creemos efecto de un eclipse ó de algun fenómeno meteorológico; pero sí que sobrecogió los ánimos y los predispuso para recibir aterrados ya el otro mas temible sucedido en 25 del mismo Enero, en que una multitud de ciudades y pueblos fueron arruinados por un espantoso terremoto, que continuó repitiéndose por largo tiempo. Pero lo que no tuvo límites en el cuadro de horrores con que la divina Providencia señaló su cólera contra aquellas comarcas, fué la terrible peste que las asoló en el inmediato año. ¡La historia no conoce otra semejante! La invasion era repentina, y el desgraciado en quien se verificaba se cubria de negras y asquerosas pústulas que le arrastraban al sepulcro en algunas horas. Pero hemos dicho mal; porque aquellos infelices no tenian siquiera el consuelo de la sepultura, pues muriendo, como frecuentemente sucedia, las nueve décimas partes del vecindario, apenas podia el resto hacer otra cosa mas que huir despavorido sin que el padre se cuidára del hijo, ni el hermano del hermano. Los animales domésticos mismos desaparecieron, y llegó el caso de hallar completamente vacías ciudades de Italia y Bohemia, los viajeros á quienes la necesidad hacía atravesar el país. Los que sobrevivieron, quedaron como atacados de un vértigo de penitencia tal, que marchaban á millares de ciudad en ciudad, con solo el objeto de azotarse públicamente con tal furia, que la fuerza solo hacía cesar aquellas escenas de horror. ¡Apenas las censuras de la Iglesia pudieron hacer desaparecer tamaños excesos del fanatismo! Pero apartemos la vista de un cuadro tan lastimero!

En tiempo del mismo Alberto sucedió otro de aquellos acontecimientos que, aunque de distinta índole, forman época en la historia de las naciones, y que por haber tenido lugar entre el territorio, que hoy es el de Hannover, no podemos menos que reseñarlo en este lugar. Hacemos alusion al invento de Bertoldo de Schwarz: este religioso se hallaba en la ciudad de Gozlar en 1320, y habiéndosele ocurrido triturar en un mortero cierta cantidad de nitrato de potasa, azufre y carbon, y cayendo accidentalmente en la mezcla una chispa, se incendió, revelando el secreto que mas tarde habia de hacer una revolucion en el arte militar y aterrar al mundo con sus efectos; en una palabra, la pólvora estaba en poder del hom-

bre. ¡Cuántos descubrimientos semejantes á este son debidos á la casualidad! ¡Y cuántas veces habrán sido deudores de sus victorias á la invencion de Schwarz los héroes cuyas estatuas adornan hoy los lugares mas públicos, sin que á ninguno de ellos se le hubiese ocurrido que el modesto vecino de Gozlar merecia un recuerdo!

A la muerte de Alberto II heredó su hijo Magnus el ducado de Brunswick, y distribuyó entre sus hermanos el resto de la herencia, de la cual le hizo desmembrar una parte su hijo Magnus II, por haberse espuesto imprudentemente y haber sido hecho prisionero en la guerra injusta que declaró el obispo de Hildesheim. Esta desgracia costó la vida á su padre. Tambien estuvo en guerra Magnus con el duque de Sajonia Lanemburgo por resistirse á las pretensiones de este en cuanto á la sucesion de Lunneburgo; guerra que no terminó hasta el año de 1388, con la union de varios individuos de las dos familias. Este Príncipe no era menos valeroso para los combates singulares que para los generales, porque habiéndose desafiado con Othon, conde de Schavenburgo, le venció, aunque no gozára largo tiempo de su victoria, pues un soldado, espectador del combate, viendo muerto á su jefe, lo vengó arrancando la vida al vencedor.

Entre los hijos de Magnus II, uno de ellos, el mayor, Federico, se ilustró de manera que mereció ser llamado al imperio en el año de 1400, cuando la ineptitud de Wenceslao le hizo bajar del trono. Verdad es que el reinado del de Brunswick fué tan efímero, que algunos historiadores no le cuentan en el número de los que ciñeron aquella diadema. Once dias despues de tomarla de la frente de Wenceslao, le fué arrancada por un hierro asesino.

Muerto Federico, que como hemos visto era el primero de los hijos de Magnus II, sucedió en el ducado de Brunswick su hermano segundo Bernardo, quien á pesar de haber trocado con su otro hermano Guillermo aquel ducado por el de Lunneburgo y andar estos separados, se reunieron ambos en 1634 por la extincion completa de la rama de Guillermo el *Victorioso*. Sucedieron á Bernardo, de uno en otro grado, Federico el *Piadoso*, hijo segundo de aquel; Othon el *Magnánimo*, que lo fué de este, Enrique el *Jóven*, nacido del último; Ernesto, que lo fué del que acabamos de nombrar, y su hijo Guillermo. Circunstancia ninguna hace necesario que paremos nuestra relacion en estos príncipes, como no se estime así la de haber suscrito el penúltimo á la célebre confesion de Augsburgo, cuando las disensiones religiosas hicieron sentir en Alemania su tan funesto influjo. De Guillermo hay asimismo que añadir que entró en posesion del ducado de Cella, del bajo condado de Hoye y del condado de Diepholtz, así como que fué su lecho tan favorecido por el cielo, que tuvo quince hijos.

Esta profusion de herederos debió dar temores á los miembros de aquella familia de que tan extraordinario desarrollo perjudicase á su homogeneidad y poder, moviéndolos á pactar entre sí, que solo uno de ellos podria casarse, tocando entonces aquel privilegio á Jorge, hijo de Guillermo, y su heredero en los ducados de Brunswick, Cella y demás que poseia con el principado de Harzburgo. Este mismo

Príncipe sirvió bajo las banderas del célebre capitan de aquel siglo Gustavo Adolfo de Suecia, y fué padre de Ernesto Augusto, en quien da principio la rama electoral; dignidad que fué creada para premiar sus servicios.

Este Príncipe, destinado por el cielo para realzar el decaido lustre de la casa de Brunswick, es notable en la historia por mas de una circunstancia. Intrépido y codicioso de nombre, tomó parte activa en cuantas ocasiones le presentó la fortuna para ilustrarse. La brillante prole con que premió su eleccion la princesa Palatina Sofía, con quien se casó, contribuyó en gran manera á la extension del poder de su casa.

No se contentó Ernesto Augusto con el brillo que sus propias acciones podian dar á su estirpe peleando en Consabric y otros puntos, sino que quiso añadir las glorias de sus hijos. Las que ilustraron al mayor de ellos, Jorge Luis, merecen mencion separada, que le consagraremos en su lugar. El segundo, Federico Augusto, recibió una muerte gloriosa el 10 de Enero de 1651 en Transilvania, batiéndose al frente de los ejércitos del Emperador, de los cuales era mayor general; Cárlos Felipe tuvo igual martirio, aunque no fué su tumba el campo de batalla, porque hecho prisionero por los turcos cerca de Karansé, en Albania, el 1.° de Enero de 1690, murió de las heridas que allí recibió; Cristian derramó tambien su sangre en las luchas de su patria, dándole su vida en las aguas del Danubio cuando la retirada de la caballería imperial en Munderkingen el 31 de Julio de 1703; Ernesto Augusto, dedicado á otra carrera, fué obispo de Osnabruck, y mas tarde duque de York; por último, Sofía murió sobre el trono de Prusia.

Los servicios que el duque Ernesto habia prestado al imperio, tanto con su persona, como con sus tropas, fueron de tanta importancia, que el emperador Leopoldo creyó deberlos recompensar creando, como hemos dicho, un nuevo electorado, que fué el noveno, bajo el título de *Archi-porta-estandarte* del imperio. Tan justo pareció este premio, que ninguno de los electores se opuso á que se le diera, sin embargo de disminuirse con él la preponderancia de los católicos. Mas no sucedió así con los demás príncipes, y muy particularmente con el de Brunswick Wolffenbuttel, que se opusieron hasta el punto de ser necesario tomar el prudente partido de diferir la entrada del nuevo elegido en el Consejo electoral: el asentimiento completo de todos los que podian oponerse no vino á tener efecto hasta 1705, siete años despues de heredar á Ernesto Augusto, su hijo Jorge Luis. Verdad es que sin esa circunstancia hubiera sido tambien uno de los Príncipes mas prepotentes de la Alemania con la reunion de los Estados de Lunemburgo, Calemberg, Cella, Grubenhagen, Hoya y Diepholz.

III.

En este punto llegamos á una de aquellas fases de la historia de los pueblos, que la civilizacion, ó mejor el conocimiento de los verdaderos intereses de cada uno, parecen alejar cada vez mas de la parte culta del globo. Hablamos del profundo trastorno que sufre un reino al que el derecho hereditario hace perder su independencia, ligándole con una estrecha cadena al pié de otro mas fuerte cuya influencia le es imposible sacudir. Heredó Jorge Luis los pingües estados de Alemania, poco antes de que el parlamento británico llamára á su madre Sofía princesa Palatina, como hija de Isabel, reina de Bohemia, cuyo padre fué Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, postergando cinco ramas anteriores por la circunstancia esencial de seguir aquellas la religion excluida del palacio de los reyes de Inglaterra.

Casi podriamos hacer aquí un paréntesis de un siglo entero; porque en ese tiempo la historia de Hannover es la de una provincia de la Gran Bretaña. Eso y no otra cosa ha sido durante la tutela que han ejercido sobre ella los monarcas ingleses por medio de sus vireyes ó lugartenientes. Diremos, sin embargo, aquello que baste para conocer las vicisitudes que le son propias.

Jorge Luis, rey de una nacion que estaba separada del continente, y que diferia de la que le dió el ser, tanto en importancia política como en ambiciones de dominacion, tanto en costumbres como en lenguaje, conservó intacta su nacionalidad. Mas elector de Hannover que rey de las islas británicas; mas aleman que inglés, ni aprendió jamás el idioma de este último país, ni dejó de trasladarse al de su nacimiento cuantas veces podia escapar al fastidioso desempeño de su alta magistratura. Militar en su juventud, habia peleado al lado de su padre en Consabrick, y mas tarde en Almansa y Zaragoza, bajo las banderas del archiduque Cárlos.

Antes de abandonar los estados de Hannover, el nuevo Rey debió fijar las bases de un gobierno estable, que al paso que recibiese las inspiraciones del supremo que él se reservaba, pudiese obrar hasta cierto punto conforme lo exigieran las circunstancias urgentes, dando á la vez á la gobernacion del Hannover cierto aire de independencia de la Gran Bretaña; pues si bien semejante independencia no era mas que aparente, los pueblos, como los niños, suelen ser mas exigentes en cuanto á las formas que en cuanto á la realidad de las cosas. Para llenar dicho fin, Jorge nombró un consejo de gobierno, á cuya cabeza puso á su hermano Ernesto Au-



REYES CONTEMPORÁNEOS.

M. Iglesias dib.º y lit.º

JORGE V, REI  DE HANNOVER.



gusto, que fué despues duque de York y uno de los veinte y cinco caballeros de la órden de la *Jarretiera*.

Bien pronto tuvo Jorge pruebas de la dificultosa posicion en que le habia colocado su doble carácter de rey de Inglaterra y de elector del Imperio. Llamado por una parte á dictar leyes al mundo, haciéndose preponderante en los mares é hiriendo de consiguiente á las potencias europeas á cada momento en sus mas caros intereses; señor, por otra parte, de unos estados confederados que le hacian casi vasallo de un soberano de Europa y dependiente de la voluntad de otros mas fuertes que él en el continente, su conducta debia resentirse de tan contrarios intereses y aparecer, ya débil para los unos, ya imprudente para los otros. Cuando en el parlamento inglés se le acusaba públicamente de contemporizador y poco afecto á los intereses de la Inglaterra, el electorado de Hannover pudo creerse espuesto á las vejaciones de sus poderosos vecinos, por ódios de la Inglaterra. ¡ Situacion lamentable en que la ambicion de dominar coloca á un pueblo en daño de los verdaderos intereses de los gobernantes y los gobernados! La Inglaterra y el Hannover nos presentan ese triste ejemplo, sosteniendo el uno guerras que hubiera podido excusar, y el otro sufriendo invasiones, desmembramientos y cambios de dominacion, que sin eso no hubiera tenido lugar.

Entre los varios conflictos de la especie indicada que hubieron de lastimar el ánimo del monarca, fué uno el de la célebre lotería de Harburgo, autorizada con el nombre del Rey y con objeto, segun se indicaba en su prospecto, de fomentar el comercio en las posesiones hannoverianas. En las cámaras se anatematizó, no solo la lotería, sino á cuantos habian tenido parte activa en la realizacion del proyecto, llevando el rigor hasta el punto de expulsar de ellas á lord Jhon Barrington como culpable de aquel delito, no obstante haber dicho la comision nombrada para el exámen del asunto que no le habia sido posible llegar á formarse una idea cabal de él. El tratado celebrado en Hannover entre la Prusia, la Francia y la Inglaterra, es otra prueba de lo que llevamos dicho. Evidentemente solo fueron los intereses alemanes los que allí se consultaron, y el Rey tuvo que humillarse en el parlamento disfrazando la verdad y atribuyéndolo á miras que no habian dictado aquel pacto. La oposicion, cuyos sentimientos interpretó Mr. Shippen, puso bien de manifiesto el conflicto que causaban aquellos intereses encontrados.

Jorge, por fin, desapareció de la escena política el 11 de Junio de 1727. Al trasladarse á Hannover, en una de las muchas veces que solia hacerlo, cenó en Delden, con todas las apariencias de una excelente salud; pero habiéndose puesto en camino al siguiente dia, su secretario Mr. Fabricio echó de ver que una de las manos del Rey estaba sin movimiento: este fué el primer síntoma del ataque apoplético que le privó de la vida en la mas próxima ciudad, Osnabruk, donde se le condujo.

El juicio que de este monarca forma el historiador Hume, es el siguiente: «Era sencillo y sin fausto; aunque grave y compuesto en su conducta, era, sin embargo,

afable; gustaba de la conservacion, que muchas veces amenizaba. Antes de subir al trono habia adquirido la reputacion de ser un general prudente, un príncipe humano y justo; por último, un político ilustrado que conocia perfectamente bien sus intereses y sabía obrar en pro de los mismos. Tan buenas cualidades debieron prepararlo para gobernar á sus nuevos súbditos segun las máximas de la Constitucion británica y el carácter de la nacion; y si alguna vez se le ve separarse de estos principios, debe atribuirse á las sugestiones de un ministerio venal cuya influencia estaba fundada en la corrupcion.»

Sin embargo, la severidad de la historia no nos permite ocultar que el juicio del historiador inglés es por de mas indulgente; porque no nos parece muy disculpable el jefe de un estado constitucional, cuyo elemento principal es la publicidad de las discusiones libres de su parlamento, cuando se deja aconsejar, y peor aun, guiar por *«ministros venales cuya influencia se fundaba en la corrupcion.»* Tampoco nos parece que fuera buen padre de sus vasallos el que no lo era de sus hijos.

El reinado de Jorge II no fué otra cosa mas, con respecto á los estados alemanes, que la continuacion del de su padre. Si el nuevo monarca fué inferior en talento y energía al que le precediera, le superó en el mal entendido amor hácia los estados de Alemania. Su conducta sobre este punto fué poco diferente de la de Jorge I. El deseo de conservar el dominio de aquel electorado le hizo esponerlo á ser el blanco de los tiros que sus enemigos quisieron asestarle, en venganza de lo que la Inglaterra les hacia sufrir en otros puntos del globo, y esta, que sin aquel apéndice enclavado en el continente, hubiera sido casi invulnerable, tuvo por el contrario que sufrir los enormes gastos de guerras prolongadas, que en ciertos momentos tuvo que sostener sola contra toda Europa. El Hannover fué largo tiempo teatro de estas guerras, donde los duques de Cumberland y Richelieu, Clermont y Brunswick, ejercitaron sus talentos militares. Los franceses la ocuparon y hubieron de evacuar mas tarde, dejando escrita en ella una de esas bellas páginas que la historia de las batallas consagra tan de tarde en tarde á la humanidad y que, por lo mismo, debe ocupar un renglon en nuestra reseña.

Al evacuar la ciudad de Hannover que habia ocupado militarmente desde que fué tomada por el ejército francés, el general duque de Randon, viéndose en la necesidad de destruir, como era costumbre, los almacenes de provisiones que no podia llevar consigo, prefirió distribuir su contenido entre sus hambrientos enemigos, los vecinos de Hannover, que habian padecido por largo tiempo una cruel escasez. Este rasgo de humanidad filosófica tan bien entendida, era aun mas notable para los tiempos en que tuvo lugar. La regencia de Hannover, hizo pública manifestacion de su gratitud en una carta que dirigió al Duque, y el pueblo bendijo su nombre hasta en las oraciones públicas que dirigia en los templos. «Testimonio tan glorioso, dice el historiador inglés de quien tomamos este pasaje, dado por un enemigo, es sin duda de un precio inestimable para un corazon generoso, y acredita de una manera auténtica el mas bello triunfo de la humanidad.»

La muerte de la Reina, que dominaba y dirigia á Jorge, le dejó entregado á la codicia de sus ministros, entre los que se distinguió Roberto Walpole, mas que por su distinguido talento, por su impavidez para sufrir hasta el insulto directo, cuando convenia á sus fines.

El largo período de vicisitudes que tuvo la vida de Jorge II, terminó sin sufrimiento alguno en 25 de Octubre de 1760, dejando de existir repentinamente, á consecuencia de la ruptura de una membrana del corazon, que detuvo instantáneamente la accion circulativa de aquel órgano. Fué, como hemos dicho, de corto ingénio, de carácter débil; pero valiente en las batallas en que peleó personalmente. El Hannover le debe, entre otros beneficios, el de la creacion de la célebre universidad de Gotinga, cuyas aulas han dotado al mundo científico con los nombres de Blumenbach, Bermaun y otros.

La prematura muerte de Federico Luis, príncipe de Gales, acaecida nueve años antes que la de su padre, hizo subir al trono inmediatamente despues de este á su nieto, el hijo de Federico. El Hannover no hubo de salir aventajado en el cambio de Señor. Entró á reinar el tercero de los Jorges de Inglaterra con toda la inexperiencia que da una educacion adquirida en la oscuridad de la vida privada. Su aficion hácia los Estados alemanes era, además, infinitamente inferior á la de su abuelo; porque ni habia contraido en ellos los hábitos de la infancia, ni el idioma le era tan familiar como el de sus súbditos insulares. La historia de su reinado es fértil en acontecimientos de gran magnitud; pero la mayor parte de ellos están fuera de nuestro cuadro. El Hannover, provincia inglesa enclavada en el continente, continuó sin vida propia, espuesta á los insultos que se querian inferir al gigante marino que se habia hecho invulnerable en su elemento. Sirviendo, pues, de juguete á cualquier espada vencedora, apenas se habia roto la paz de Amiens cuando las orillas del Elba estaban ocupadas por el general Mortier y obedecian al gabinete de las Tullerías; todavía sus moradores no empezaban á habituarse al lenguaje del conquistador, cuando fueron enagenados como rebaños, y tuvieron noticia que, conforme al tratado de Presburgo, tenian un nuevo dueño en Berlin; en Memmel dejan de ser prusianos para llamarse ingleses; cinco meses despues tienen que reconocer por amo al nuevo rey de Westfalia Gerónimo Bonaparte y al emperador de los franceses, porque así lo disponia el tratado de Tilsitt; y, por último, reciben en 1813 al duque de Cambridge como gobernador general, nombrado por sus primitivos señores. Esta fué la última de sus vicisitudes, porque el encadenamiento del Encelado del siglo XIX bajo la roca de Santa Elena, pareció asegurar por mucho tiempo la paz de la agitada Europa.



Entretanto, la Inglaterra habia hecho sacrificios tan enormes para derribar al coloso del continente, que se comprometió á pagar á la Rusia y demás potencias que la ayudaron con fuerzas efectivas, cantidades, que la imaginacion rechazaria si no las viese justificadas sobre el papel. Su deuda, que al principiar la lucha era de 233.733,609 libras esterlinas, al firmarse la paz de París ascendia á la suma

de 864.822,441 libras esterlinas. ¡Suma enorme, que sin embargo no era mas que una muy pequeña parte de la que se consumió en aquel trastorno universal! ¡Cuánto podria hacer hoy la industria en favor de los pueblos si cantidades tan sorprendentes hubiesen servido para cruzar de caminos y canales los pueblos que las han perdido; para dar mas temprana acogida al invento de Blasco de Garay; para sacar, en fin, de Newcastle los maravillosos carriles que mas tarde habian de vivificar al mundo!

El Congreso de Viena y la ereccion del Hannover en reino, aseguraron á este, si no la independencia, porque esa era imposible mientras siguiese unido á su madrastra, la posicion que hoy tiene. Cada uno de los estados que compusieron aquel, deslindó su territorio, recuperando lo perdido, y algunos de ellos obteniendo indemnizaciones que le habian sido ya acordadas. Los de Alemania se erigieron en confederacion bajo bases fijas, cuyo tenor principal conviene tener presente para comprender el mayor ó menor acierto de las decisiones que acontecimientos posteriores hicieran tomar á los unos y los otros; las bases eran estas: «El mantenimiento de la seguridad interior y exterior de la Alemania y el de la *independencia* é inviolabilidad de los estados confederados, que era el objeto de la alianza; igualdad de derechos entre los miembros del imperio; formacion de una Dieta en Francfort presidida por el Austria, con calidad de perpétua, y cuya prorogacion no podia exceder de cuatro meses; union tambien perpétua de sus miembros, en caso de guerra; ni inteligencia, ni tregua, ni pacto alguno con el enemigo que no fuere en comun; el derecho de contraer alianzas reservado á cada uno, con ciertas restricciones en bien del pro comun; prohibicion á los miembros de la Confederacion de poder, bajo pretexto alguno, hacerse la guerra unos á otros, cualesquiera que fueren los motivos de queja que pudieran tener, y la obligacion de someter á la Dieta la decision de sus contiendas, acatando el fallo de aquella sin apelacion; igualdad de derechos, cualquiera que sea el culto que se siga, reservando á la Dieta la resolucion sobre los que han de gozar los judíos; comunidad de derechos entre los súbditos alemanes, cualquiera que sea el país de que procedan, ó aquel en que quieran habitar, si no les obliga algun servicio militar á residencia fija en uno de ellos.» Este tratado dió, como se ve, una nueva existencia á cada uno de sus firmantes. Poco despues el príncipe de Gales, que por la enfermedad que incapacitaba al rey de Inglaterra, ejercia la regencia, solemnizó la ereccion de Hannover en reino, instituyendo la órden intitulada de los Güelfos, en memoria de los ilustres ascendientes de la casa reinante.

Pero pasemos á reseñar otro órden de acontecimientos en cuya sucesion vemos á este reino dar señales de tener vida propia, aunque no del todo independiente por la influencia que el gabinete de Lóndres ejercia sobre él, y muy particularmente su ministro el conde de Munster, que tanto influyó en el Congreso de Viena. El virey, duque de Cambridge, tenía, es verdad, un ministerio; pero todos sus actos pasaban previamente á consulta del gabinete de Saint-James.

Ya en el año precedente de 1814 el virey habia convocado los antiguos Estados generales, y los habia reunido en una sola asamblea, que no por eso perdió el carácter de las provinciales que las componian. De orígen y tendencias feudales, aquella sombra de representacion, ni tenía fuerza alguna contra el desequilibrio del poder ejecutivo, ó mejor dicho, del poder omnímodo del jefe del Estado, ni representaba los intereses generales del reino; era únicamente la expresion de los particulares de sus comitentes especiales. Este cuerpo reunió en su seno 10 diputados del clero, 43 señores y 24 diputados de las ciudades, sin que por esto tuviese ninguna de las prerogativas de las asambleas legislativas, bien que el espíritu público lo exigiese así. El art. 13 del acta de Viena establece que en todos los Estados confederados haya de haber cuerpos deliberantes, llamados *Estados*, y esta disposicion bastó para que en toda Alemania se sintiese una conmocion, producida por la esperanza de concesiones superiores á lo que la situacion del país podia permitir.

Cuando muchos de los Estados habian obtenido constituciones mas ó menos liberales, el Hannover recibió de Inglaterra una *Carta* que modificó algo el imperfecto sistema que regía. Dos cámaras, una aristocrática y otra popular, tuvieron una representacion menos limitada que la anterior asamblea; pero con poca ó ninguna intervencion en el punto esencial de la inversion y recaudacion de las rentas públicas.

Al año de haberse puesto en planta este órden de cosas, subió al trono de la Gran Bretaña, el que hasta entonces habia sido príncipe Regente, tomando el nombre de Jorge IV. La prolongada demencia de su padre Jorge III le habia hecho reinar en vida de aquel; de modo que, su advenimiento al trono tuvo lugar sin que el reino sufriese alteracion alguna en su vasto y complicado órden administrativo. Hasta la muerte del cuarto de los Jorges, nada hubo de ocurrir que alterase la paz y quietud que tantos años de guerra habian hecho apetecer; pero parece que la suerte tenía destinado á Guillermo, su sucesor, el principio de una convulsion cuyo progreso y resultados no le permitió ver lo corto de su reinado. Su ascension al trono se hizo al ruido del cañon de las barricadas del reino vecino, y las jornadas de Julio debieron darle á entender que no le esperaban dias tranquilos para sus Estados del Continente. Así fué: la Alemania toda se conmovió, y el reino de Hannover principió á dar señales de inquietud que obligaron á su Regente el virey, duque de Cambridge, á dilatar los límites de las concesiones. Gotinga y otras ciudades dieron tambien mas terminantes muestras de descontento, que reunidas á las que se hacian sentir en otros puntos, obligaron al Virey á presentar un proyecto de Constitucion. Este proyecto, discutido por los estados ordinarios de la Constitucion del 19, sin llamamiento especial para ello, fué modificado en parte, y despues de remitido á Lóndres, donde sufrió las correcciones y enmiendas que aquel gabinete tuvo á bien hacer antes de otorgarlo, sin nueva consulta de los Estados generales. ¡Este documento, que por las formas de su

otorgamiento apenas mereceria otro nombre que el de *Carta forera*, es al que pomposamente llaman Constitucion los profesores de Gotinga, sirviéndose de él como de un lábaro para hacer resonar el grito de guerra y sacudir de entre sus pliegues la simiente de la revolucion, que tan amargos frutos habian de producir mas tarde! Pero no vayamos mas veloces que el tiempo mismo.

La Providencia, que vela siempre sobre los reinos, se dolió al fin de la precaria existencia del Hannover, y llevándose á Guillermo IV de Inglaterra, sacó de entre las mantillas en que le fajaba su gigante madrastra al noble pueblo del soberbio Enrique. El rey comun de Hannover y la Gran Bretaña sucumbió en Windsor de una hidropesía de pecho el 10 de Junio de 1837, separándose al caer las dos coronas con que habia ceñido su frente. Murió Guillermo sin sucesor directo, y hubo de reemplazarle en el trono del Reino-Unido, Vitoria, su sobrina, huérfana de Eduardo, duque de Kent, cuarto hijo de Jorge III. Pero el sexo de esta Princesa, que no era obstáculo para ceñir aquella diadema, lo fué para heredar la de su quinto abuelo el Elector.

El órden de sucesion de los Estados que legó aquel Príncipe, niega la entrada á las hembras, y por ello hubo de pasar la corona de Hannover al siguiente en grado que fuere de sexo masculino. Ernesto Augusto, quinto hijo de Jorge III, tomó posesion de su reinado el 28 del mismo Junio, y fué recibido con las demostraciones de júbilo que eran consiguientes al fausto acontecimiento que celebraba el emancipado pueblo.

Ernesto Augusto, empero, subia al trono en un momento de aquellos que son de prueba para las naciones, y de terrible responsabilidad para aquellos á quienes está encomendado su bienestar. La ferviente Alemania alimentaba sordamente el fuego de las revoluciones: la demagogia se profesaba públicamente en las escuelas, y las sociedades secretas organizaban tenebrosamente sus falanges armadas. Por otra parte, el nuevo Rey tenía todo el peso y buen juicio que es el mas precioso dote de la edad madura; habia aprendido en la escuela de una reciente experiencia, cuán fácil es de encender la tea revolucionaria, cuán difícil moderar su luz, cuán árduo evitar el incendio producido por su exceso, cuán imposible, en fin, cortar sus estragos despues de propagado. El nuevo Rey halló al subir al trono uno de los mas podesosos elementos de discordia que puedan ofrecerse á un pueblo. Una Carta que, al paso que le da una preponderancia al elemento aristocrático, priva á la corona de la libre eleccion de sus ministros; que llevando en sí el lema de la ilegitimidad de su orígen, alienta á cada faccion á sustraerse; que contiene cláusulas de exclusion de imprescriptibles derechos por causas frívolas, generadoras tal vez de luchas tan encarnizadas como las de los antiguos Güelfos y Gibelinos; esa Carta, decimos, ha menester rasgarse, porque no puede menos que acarrear males al país. Ernesto Augusto principió por declarar que no se manchaba con el juramento falso de mantener un estado de cosas

que se proponia reformar, y que someteria á la deliberacion de los Estados generales la reforma de la ley fundamental.

Sus enemigos atribuyeron este paso á sus tendencias *torys*; supusieron en él miras de gobernar como absoluto en medio de una multitud de Estados que habian de obedecer á una ley comun; deseos, en fin, de sacrificarlo todo á afecciones de familia. Si tal fuera, nosotros seguiríamos el torrente general y opinaríamos como sus censores; porque amando como amamos la verdadera libertad, tan lejana de la licencia como de la esclavitud, no hallaríamos para pintar la conducta de aquel Príncipe mas que expresiones severas de reprobacion; pero somos de sentir que los Príncipes para ser juzgados han menester jueces que comprendan que sus juicios no han de reposar sobre las vulgares reglas que se aplican á las acciones comunes de los hombres, sino que remontándose á la altura superior donde aquellos están, lean en la ley suprema del alto deber que les está encomendado, que solo el bienestar de sus pueblos deben tener en mira, y que el pacto que les cerrára el camino para hacerlo, sería un pacto inícuo.

Las obras de los hombres no pueden ser perfectas, y las constituciones por legítimas que sean, suelen hallarse en el caso de ser enmendadas, tal vez en sentido mas liberal. ¿Cuál, pues, de los poderes del Estado es el que ha de proponer á la nacion las modificaciones que las circunstancias han hecho necesarias? Si lo es el ejecutivo, y este puede proponer á la nacion las verdaderas mejoras que exijan sus buenas leyes fundamentales, ¿con cuánta mayor razon no deberá hacerlo con las disposiciones que adolecen de los vicios de la llamada Constitucion del 33? ¿Habrá un solo publicista que, ageno á toda pasion política, y con la tranquila y serena facultad de pensar que produce el alejamiento del teatro en que se representan esas escenas de oposicion palpitante, consintiese siquiera en dar el nombre de pacto á aquel que propuesto por la Corona se discute y modifica por los delegados de la nacion, y que vuelto al jefe de ella, es tachado y enmendado sin nueva consulta, y lo que es peor, sancionado y convertido en ley? Puede hacerse, es verdad; pero el poder que lo haga es absoluto; las cámaras que lo discuten se llaman Cuerpos meramente consultivos, y el país que la recibe obtiene una *Carta forera* en que se le otorgan mas ó menos privilegios, pero sin carácter alguno que la haga acreedora al título de ley fundamental.

¿Y si Ernesto Augusto, obrando en bien de su pueblo con toda la plenitud de su derecho, y conforme á lo que su deber exigia, creyó de necesidad derribar, por los medios constitucionales, el detestable edificio que sin su participacion se habia levantado sobre tan deleznables cimientos, ¿debió, preguntamos, perjurarse ofreciendo sostenerlo? ¿Debió tal vez renunciar á la corona, y sumir á su pueblo en los males que acarrean las malas instituciones? ¿Debió, en fin, privar de sus derechos á los que hoy lo tienen de presidir á los destinos de esa nacion, abandonando el puesto ingrato que habia sido llamado á ocupar, y legar á su país una guerra de sucesion? No vacilamos en contestar negativamente: Ernesto Au-

gusto obró como debia obrar negándose á obedecer la mal llamada Constitucion del 33.

Además, se concibe que un Príncipe inglés, sea *tory* ó *whig*, mientras se halle en los escalones inferiores del trono, y resida en el país donde esos partidos ejercen su influencia; pero no se comprenderia que un Rey, fuera de donde fuere, hubiera de abdicar su dignidad para obedecer á ninguno de ellos, y llegaria hasta el absurdo suponerlo en el jefe de un Estado extraño, donde semejantes denominaciones són de exótico significado. ¡Admírense nuestros lectores; Ernesto Augusto al morir luchaba solo en defensa de las instituciones liberales de su pueblo, atacadas por toda la Alemania! ¡El infalible tribunal del tiempo le hizo justicia!

El duque de Cambridge, ó mejor dicho, sus ministros, porque estamos lejos de querer acusar las intenciones de aquel Príncipe; sus ministros, decimos, habian edificado sobre arena un monumento consagrado á la divinidad adorada en los palacios, y para colocar la corona sobre las sienes del Virey, quisieron excluir la descendencia directa del entonces presunto Monarca, con el absurdo pretexto de una incapacidad física. La maestra experiencia ha venido igualmente á demostrar de parte de quién estaba la razon. El duque de Cambridge tenía amigos, numerosos partidarios como se ha visto, porque todo el que ha mandado y puede volver á mandar los tiene; el Príncipe proscrito no hubiera carecido de súbditos leales que hubiesen sostenido sus derechos. ¿Cuál, pues, hubiera sido la suerte del país al presentarse el conflicto? La guerra civil ó la intervencion extranjera, la espada de la Inglaterra ó las bayonetas de los Príncipes confederados; y tal vez esos mismos hierros se hubieran vuelto unos contra otros! Hoy no hay conflicto; un Rey benigno gobierna al pueblo de Hannover, y ese pueblo, contento y satisfecho de su reinado, pide al cielo su conservacion. Pero volvamos á la relacion histórica, de la cual nos ha apartado la severidad de principios que en materia de lo justo y de lo injusto profesamos, no queriendo permitir que nuestra pluma se detenga en el camino de la verdad por temor de trocar en censura los aplausos de los numerosos enemigos del órden y del verdadero progreso.

El nuevo Rey anunció con franqueza su intencion de someter á una asamblea constituyente la cuestion de la ley fundamental para ponerla de acuerdo con las necesidades del país, tribunal único competente para tamaña decision, y aunque no faltará quien nos objete que no se les daba ese nombre á los Estados convocados, nosotros, que somos poco partidarios de los nombres en cuestiones en que se juega el bien las naciones, sostendremos que son constituyentes las Asambleas compuestas de Representantes cuyos comitentes saben, antes de dar sus poderes, que él objeto del llamamiento es la formacion ó revision de una ley fundamental.

Por esa razon creemos inmotivada la resistencia del Diputado de Osnabruck, cuando en la sesion del 29 de Junio se anunció la disolucion de los Estados para convocar los constituyentes; por eso consideramos agresiva la protesta de los profesores de Gotinga, capitaneados por Dahlman, digno colega de Roberto Blum,

M. Iglesias dib.° y lit.°

MARIA ALEJANDRINA  REINA DE HANNOVER.



y facciosa su conducta al llevar á efecto el decreto de 11 de Diciembre que los separaba, arrastrando con su ejemplo á una juventud fogosa é inexperta, para que cometiese excesos que sembráran el luto en las familias que se los habian confiado.

Fácil es inferir que minada sordamente, como lo estaba la Alemania entera, por la demagogia que tan pronto habia de levantar sus cien cabezas por todas partes, la resistencia que encontraba en la energía de carácter de Ernesto Augusto, habria de hacer volver contra él todas las armas de que la revolucion podia disponer en aquella época. Las oposiciones de los diferentes Estados de Alemania repitieron uno y otro año sus mociones para que la Dieta censurase la conducta del rey de Hannover; y aunque la mayor parte de ellas fué desechada en sus mismas Asambleas, y que las que llegaron hasta la federal fueron juiciosamente rechazadas por ella, sin embargo, la publicidad de los discursos que se pronunciaban con aquel motivo, mantenia en perpétua agitacion á los pueblos á quienes se suponia víctimas de la arbitrariedad. La prensa revolucionaria en el extranjero, y las sociedades secretas en toda la Alemania, alimentaban aquella agitacion, que solo la sensatez del pueblo hannoveriano pudo contener entre los límites de una resistencia pasiva, apenas exagerada en Osnabruck y algun otro punto.

Vanos fueron los esfuerzos del Rey por calmar aquella inquietud. Sus manifiestos á la ciudad de Gotinga y otras del reino, llenos de palabras de conciliacion: la pronta convocatoria de los Estados generales, elegidos libremente conforme á la ley electoral vigente, la apertura de esos Estados, la publicacion del proyecto de Constitucion que se les habia de someter, el discurso, en fin, de la Corona, lleno de sentimientos paternales, y fundado en principios incontestables de derecho público, nada bastó. El trono halló por todas partes una barrera de resistencia pasiva que se opuso á que pudieran realizarse las medidas que hubieran podido tranquilizar al pueblo, si es que un pueblo puede tranquilizarse cuando el tempestuoso mar de la revolucion ondea por todas partes en derredor suyo!

Los Estados convocados se hubieron de disolver por falta de votantes, y otro tanto sucedió con los que repetidamente fueron llamados hasta el año de 1840: los pueblos se negaban, tanto á elegir Diputados, como á pagar las contribuciones. Cansados al fin de tanta resistencia, pudo discutirse y votarse legalmente una Constitucion, cuyo mérito no es de este lugar, pero cuya legalidad no puede ponerse en duda.

La táctica de la oposicion sistemática que se habia organizado contra toda medida de conciliacion y órden, habia sido oponerse á las elecciones antes de que se votase la Constitucion, para impedir que se llevase á efecto este acto; pero votada y promulgada aquella, la táctica fué opuesta. La oposicion se lanzó entonces sobre las mesas electorales para mandar sus Diputados á poner trabas indistintamente á cuanto se intentase hacer; y sobre todo, para acusar la ley funda-

mental de falta de legalidad por haberse votado sin la presencia de los Diputados de las ciudades que no habian querido enviarlos. ¡Como si los principios de derecho constitucional pudieran consentir que una nacion entera permaneciese en el estado de desorganizacion en que se hallaba el Hannover, solo porque algunos pueblos renunciasen sus derechos no mandando sus delegados á tomar parte en los trabajos legislativos! Pero no fueron esos solos los actos de hostilidad de la oposicion; ella negó su voto para el cobro de las contribuciones, y luego que los Estados fueron disueltos, acudió en queja á la Dieta, aunque con no mejor éxito que en las anteriores ocasiones, en que bajo otra forma lo habia intentado.

Una lucha continuada de la revolucion con el rey de Hannover, es la historia de su reino en los años que siguieron hasta que aquella se levantó formidable en todos los ángulos de la Europa del centro y el mediodia, cuando el hálito ponzoñoso de la discordia trajo envuelto el humo de las barricadas de París desde las orillas del Sena hasta las del Danubio.

El cuadro triste de esta calamitosa época no es para ser tan brevemente trazado ni para comprendido en el estrecho espacio de nuestro ensayo histórico: él es la historia de la Europa entera; es la leccion del siglo; es mas, porque es el libro de oro en que las edades futuras han de leer, escritos en caractéres de sangre, los efectos del extravío de la humana razon, separándose del camino de la verdadera libertad, para seguir el tortuoso de la aparente. ¡Tronos desiertos; Reyes fugitivos; templos profanados; mujeres despedazadas; niños destrozados; rios, en fin, de sangre por todas partes, en el discurso de un solo año! Pero dejemos á la pluma de la historia que trace mas tarde estos horrores, cuando el tiempo haya calmado la emocion que pudiera hacer menos imparcial su relato.

Los acontecimientos que sobrevinieron nos obligan á echar una ojeada rápida sobre la situacion de la Confederacion germánica en la época que siguió á la que dejamos indicada.

La historia de los imperios es la historia de los hombres; sus mismas pasiones, sus mismas debilidades, sus mismas faltas y aun sus mismas culpas. Sugiérenos estas reflexiones la conducta que observó la Prusia luego que el Imperio austriaco se vió sacudido por la revolucion hasta sus cimientos. Fuertemente conmovido en Hungría, bañado en sangre en Italia, amenazado en el corazon mismo de su gigantesco esqueleto; y por último, debilitado hasta lo sumo en su preponderancia política, la Prusia creyó llegado el momento de poner el pié sobre el cadáver de su rival para alcanzar el cetro de la Alemania.

Mas para mostrar su debilidad, no le fué bastante obrar con la pasion del ambicioso, ni fué necesario que tuviese la debilidad del niño que pone en juego los resortes de una arma cuyos mortíferos efectos ha visto sin comprender, y que cometiese la falta de buscar entre los elementos del radicalismo, que existian en la Dieta de Francfort, el apoyo necesario para conseguir sus fines. Este Cuerpo habia proclamado como principio de raza y fundamento de una política nueva «que

todos los estados que hablasen una misma lengua debian formar parte de un solo imperio.»

El partido radical representado, ó mejor dicho, presidido por el célebre profesor de Gottinga Dahlmann, arrojado de los estados de Hannover cuando firmó la protesta de que hemos dado cuenta en otra parte, trabajaba por introducir en la Constitucion alemana, que el Congreso federal se proponia proclamar, dos párrafos, con los cuales se consumaba el desmembramiento ó separacion del Austria, estableciéndose en ellos que ninguna parte del imperio aleman pudiese estar reunido á un país que no lo fuese, ni formar con él un solo estado.

Como era de esperarse, tan grave alteracion produjo las reclamaciones mas enérgicas del Gabinete austriaco, que solo consiguió ver confirmada la debilidad de su influencia, en la recepcion que se hizo en alguna comision de la Dieta de Francfort á los diputados *magyares*; en las discusiones poco políticas sobre una mediacion federal entre el Gobierno austriaco y sus súbditos; en el sentimiento y luto afectado por la pérdida del demagogo Blum; en el buen acogimiento, en fin, que tuvo la atrevida proposicion de Gagern de separar al Austria de la Alemania; proposicion que mereció los honores de ser sometida al exámen de una comision especial. Así fué, que la maltratada potencia hubo de mantenerse extraña á unas discusiones en que se habian de poner en juicio sus derechos contra su voluntad; situacion que contribuia sobremanera á encender el fuego de la discordia en la Dieta y favorecer los planes de la Prusia; en tal situacion se hizo presentar, á la deliberacion de aquella, el artículo de la Constitucion relativo al establecimiento del Jefe del Estado federal.

La proposicion de Gagern fué votada el 14 de Enero (1849) y aprobada por 261 votos contra 224; y una Asamblea en donde se discutian los intereses de tantos reinos, no tuvo reparo en arrojar el contrapeso que lastraba y mantenia en equilibrio la nave del estado contra todas las leyes de la prudencia. Los dos últimos capítulos de la Constitucion fueron igualmente votados entre el 15 y 16 del mismo mes, y consagrada la *hegemonia* prusiana; porque erigido en principio la soberanía del imperio aleman bajo las bases establecidas, era evidente que esta se reservaba para aquella potencia. Pero hay males que traen consigo sus remedios. Luego que la cuestion se vió en toda su desnudez, la Prusia fué mirada como un enemigo comun. Los radicales tuvieron miedo á su propia obra; los Estados católicos temieron ver atacado el principio religioso en cuanto el apoyo del Austria les faltára; los quejosos del Gabinete de Berlin y los amigos del de Viena se alarmaron, y todos á una quisieron aplicar un paliativo al mal, demasiado adelantado ya para que pudiese ser remediado. Despues de repetidas proposiciones que fueron desechadas, y de la votacion que conferia la dignidad imperial á uno de los príncipes reinantes, se puso en cuestion si habria de ser por derecho hereditario, como querian los del bando prusiano, ó por el electivo que pedian sus adversarios, triunfando los últimos contra las esperanzas del primero.

Las notas que se cruzaron entre las partes contendientes, ponian de manifiesto las tendencias de los unos y los temores de los otros. Por otra parte, el peligroso precipicio por donde iba pasando el Austria, no le permitia evitar los tiros que por esta parte se le dirigian, y hacía urgente para sus contrarios aprovechar los momentos de su embarazo. Por esta razon M. Welcker, sin esperar á que estuviese hecha la segunda lectura de la Constitucion, sometió á la Asamblea nacional, recomendando la urgencia, un proyecto de acuerdo para investir con la púrpura imperial á Federico Guillermo, con el título soberano, declarando este hereditario. Tan precipitado paso, aunque apoyado por Gagern y la falange prusiana, tuvo un éxito desgraciado; porque puesto á votacion en 12 de Marzo, fué desechado por 282 votos contra 252. Nuevos esfuerzos de aquellos, y concesiones hechas en favor de los otros, produjeron mejor resultado al hacerse la segunda lectura del nuevo Código fundamental. El 27 de Marzo una votacion de 267 sufragios contra 263 hizo hereditaria la soberanía del Imperio, y otra igual celebrada el 28 de 290 contra 248, confirió al rey de Prusia aquel elevado puesto, nombrándose inmediatamente despues una diputacion que pusiese á los piés de Federico Guillermo la diadema que habia codiciado. ¡La revolucion creaba un Imperio y levantaba un trono al compás del martillo con que derribaba otros!

Bastaron, sin embargo, la oposicion formada que tan fuertemente habia combatido el proyecto, la debilidad de las mayorías vencedoras, la consideracion del poder de donde emanaba aquella soberanía, y tal vez la prevision del desenlace de la situacion pendiente, para inspirar á Federico Guillermo una respuesta ambigua, que sin rechazar la corona que se le ofrecia, no consentia en su aceptacion sino á beneficio de inventario.

Una protesta enérgica del Austria y los movimientos revolucionarios que reaparecieron por todas partes como consecuencia forzosa de la preponderancia del partido radical en la Dieta de Francfort, hicieron la situacion aun mas complicada. En Wurtemberg, en Baviera, en Dresde, en Leipsic, y aun en el mismo Berlin, la demagogia pretendió desarrollar su estandarte. El rey de Hannover se vió en la necesidad de disolver la segunda Cámara y de prorogar la primera; y así lo hizo en su decreto de 26 de Abril. Estas severas determinaciones estaban justificadas por la actitud hostil que habia tomado el segundo de aquellos Cuerpos, estableciendo una inteligencia directa con el Parlamento central, y declarando abiertamente que, á pesar de la oposicion del Rey, la declaracion de los derechos fundamentales habria de tener fuerza de ley en el reino; y por último, constituyéndose en verdadero club faccioso en las reuniones secretas extra-oficiales que celebraba.

Federico Guillermo vió bien pronto el abismo cuya sima habian abierto sus ministros, y no vaciló mas, rehusando en 28 de Abril la manoseada corona que se le habia ofrecido, y protestando altamente contra lo hecho por la Dieta. En breve los radicales arrojaron la máscara y predicaron abiertamente la resistencia

material, separándose de sus aliados, quienes á su vez se fraccionaron, de modo que con la retirada solemne de los 121 representantes del Austria y la hostilidad declarada á la Dieta por los amigos de aquella potencia, produjeron la anarquía mas completa en el Cuerpo federal. En tal circunstancia, bastó un voto de censura dado á la Prusia, por su reciente intervencion en Sajonia, para que por ordenanza de 14 de Mayo, fecha en Charlotembourgo, se mandasen retirar los Diputados prusianos, y se completó la desorganizacion de aquella Asamblea. El grito de *guerra* resonó entonces por todas partes, disponiéndose los unos al ataque y los otros á la defensa. En Calsruhe corrió la sangre, y la proteccion de la fiel Guardia ciudadana del gran duque de Baden no bastó para impedir que en la noche del 14 de Mayo su soberano no tuviese que ocultarse fugitivo. Un gobierno provisional establecido en el acto, fomentó la insurreccion en todo el Palatinado y círculo Rhiniano: en una palabra, la convulsion mas espantosa fué el resultado de las imprudencias cometidas en la Dieta de Francfort.

La Prusia entretanto quiso hacer un esfuerzo por enderezar aquel movimiento hácia lo que su conveniencia exigia, y firmó con la Sajonia y el Hannover un convenio, que tomó luego el nombre de *Tratado de los Tres Reyes*, con el objeto de organizar, bajo la presidencia de la primera, un centro de resistencia á los embates revolucionarios, y procurar por todos los medios posibles volver al país la seguridad interior y exterior que tan amenazada se veia, y proteger la independencia é inviolabilidad de los Estados alemanes.

Las armas crugieron de nuevo para restablecer el órden; el cañon resonó el 30 de Mayo en Heppenhein, y veinte dias despues, ocupada la parte septentrional del Palatinado, las tropas prusianas pasaron, no sin dificultad, el Rhin, marchando sobre Heidelberg, que fué tomado inmediatamente. Una serie de encuentros desgraciados obligó al fin al resto de los Cuerpos francos á refugiarse en la Selva negra. La ocupacion de Carlsruhe y la rendicion de la fortaleza de Rastadt terminaron la insurreccion.

La leccion habia sido cara; y tanto, que muchos Príncipes quisieron arrojarse en brazos de la Prusia. Pero esta potencia debia estar escarmentada de sus veleidades de engrandecimiento, y pareció prestarse mejor á compartir con el Austria la proteccion de los Estados confederados. El gabinete de Viena, en nota de 16 de Mayo, manifestó su opinion no muy favorable al tratado de los *Tres Reyes*, y propuso un triumvirato, cuyo tercer miembro deberia ser elegido por los demás Estados de la Confederacion, reservando para sí y la Prusia los dos primeros puestos; pero nuevas é inadmisibles exigencias de esta, hicieron imposible ningun acuerdo.

Llegó empero el momento en que la asendereada rival, vencedora en Italia, victoriosa en Hungría, y fortalecida en su seno, habia de recuperar su amenguada preponderancia. La Baviera, cuya actitud de prudente espectativa no habia permitido nunca dudar de sus simpatías por el Austria, no vaciló mas desde que

vió la posibilidad de contrarestar las tendencias del gabinete Brandenbourg. El disgusto del Wurtemberg, harto dispuesto ya á contrariar la Prusia; los sinsabores que el rey de Hannover habia sufrido personalmente, teniendo que ocultar su cabeza como un proscripto; y por último, la reprobacion unánime de la parte sensata de los súbditos de Federico Guillermo, inequívocamente manifestada, parecieran hacer posible la conclusion de un tratado en 30 de Setiembre, en que se establecia la creacion de un poder central con el nombre de *Comision del Imperio*, que aprobado por el Archiduque Juan, parecia asegurar para el tiempo de su duracion el objeto que indicaba tener en su art. 2.°, y era el de consolidar la union, independencia é inviolabilidad de los Estados confederados. Pero bien pronto fué atacado este pacto con reclamaciones é impugnaciones, hechas á la vez por los mas caracterizados de sus firmantes, la Prusia, el Austria, la Sajonia, el Hannover, etc. Los unos con la primera, miraban la Confederacion germánica, creada en 1815, como abolida por los acontecimientos del año de 1848; los otros con el gabinete de Viena, se esforzaban por el contrario en volver á la vida el cuerpo inanimado de la Dieta.

Para colmo de desacierto, el gabinete Brandenbourg, sin contar con mas apoyo que el de algunos de los pequeños Estados de la Confederacion y el del *Consejo de Administracion*, poder emanado del convenio de *los Tres Reyes*, se lanzó á dar un golpe de Estado con la inesperada creacion de una nueva Dieta llamada Constituyente, en Erfurt. ¡Digno rasgo de inconveniencia é imprevision política con que coronó aquella potencia la serie de los desaciertos mas imperdonables en el año de 49, para siempre fatal al crédito de sus capacidades gubernamentales!

El Hannover, que habia sido de los que formaron el pacto de los *Tres Reyes*, cuando vió amenazada la Confederacion por el torrente revolucionario, fué de los primeros que se alejaron de aquella potencia luego que acreditó querer separarse de la senda de la legalidad. La Prusia se vió sola y casi hostilizada; los ejércitos de las dos potencias rivales llegaron á ponerse frente á frente, y cuando todo parecia amenazar un rompimiento, una entrevista del príncipe de Schwarzemberg y Mr. de Manteuffel pareció haberlo puesto todo de acuerdo. La reunion de otro nuevo Congreso, el de Dresde, fué, sin embargo, el único resultado que se habia obtenido.

Pero aquí se nos presenta otra peripecia que el talento mas sagaz no hubiera podido prever. El Austria, que acababa de ser testigo de la derrota que habia sufrido su antagonista, porque habia intentado romper el equilibrio en la Confederacion, única base de su poder, orgullosa con su triunfo, no pretendió menos que llevar á cabo igual desquiciamiento en su organizacion para asegurarse la dominacion exclusiva de aquel Cuerpo, y á consecuencia de ella la de la Europa central. Las conferencias del Congreso de Dresde fueron abiertas el 23 de Diciembre del mismo año de 1851, cuando se creia que las lecciones de la experiencia, terribles para unos y otros, producirian un saludable acuerdo que permitiese llevar

á cabo la reorganizacion del Cuerpo federal bajo las bases sólidas del bien comun y que la Constitucion alemana saliese triunfante, se vió con general sorpresa, que el Austria no pretendia menos que traer á la Confederacion sus numerosas provincias no alemanas, y destruir de ese modo toda influencia que no fuese la suya.

La petulancia del carácter de Schwarzemberg le hizo mirar como pequeño obstáculo la oposicion de los demás estados que la Prusia le propuso como inconveniente para un arreglo de conveniencia de ambas, manifestándose dispuesto aquel ministro á prescindir de toda consideracion y llevarlo á cabo contra la voluntad de aquellos. Estrechado así el gabinete de Berlin, manifestó ya mas claramente su oposicion al proyecto; pero el tenaz Príncipe llevó la temeridad hasta el punto de prescindir de la misma Prusia. Las conferencias del Congreso debieron sufrir las resultas de tan graves desacuerdos. Suspendidas, recomenzadas, vueltas, en fin, á suspender, no hubieran tardado en ser motivo de graves desórdenes, cuya duracion y consecuencias solo el tiempo habria podido dar á conocer.

Pero no contaba el fogoso Schwarzemberg con que no era solo la Confederacion la que habia de alarmarse por sus exageradas pretensiones; la Europa entera dió muestras de su desaprobacion, y la Francia, como mas inmediatamente interesada, la significó en notas enérgicas, al mismo tiempo que el Congreso daba su voto negativo á tales exigencias, demostrando que ningun acuerdo podria tener lugar si no estaba basado en la estricta observancia de los primitivos tratados cuyo fundamento era el pacto de 1815. ¡Cedió el Austria, y quince dias despues se hallaba restablecida la antigua Dieta de Francfort, y con ella la tranquilidad de la Alemania! ¡Util y provechosa leccion, que puede dar á conocer á los príncipes, que las revoluciones, no siempre traen orígen de la efervescencia popular, y que las nacidas del poder causan profundos trastornos é incalculables males no menos funestos que los de las primeras!

La conducta de Ernesto Augusto, habia sido durante aquella larga serie de disturbios, la que le dictó el carácter firme que siempre demostró, y la política recta que tuvo en mira de combatir constantemente el espíritu desorganizador que surgia por todas partes, viniera de donde viniere. En lo exterior, fuerte contra la demagogia, apoyó á la Prusia de quien esperaba la energía necesaria para vencer al enemigo comun; cuando esta potencia dejó ver sus miras de exclusivismo, la contrarió para levantar al Austria, á la cual hostilizó en cuanto á su vez se propuso salir del círculo de la conveniencia comun. En lo interior, con la misma perspicacia que valentía, previó el estallido de la tempestad revolucionaria, y conjuró sus efectos; despertó sus iras para llamarla á sí y tener tiempo de combatirla; aplicó con oportunidad el preservativo y sus pueblos no hubieron menester regar con sangre humana los altares de la discordia para aplacar su cólera; luchó, en fin, contra la demagogia para dar una Constitucion liberal á su pueblo; y luchó mas tarde contra toda la Alemania por sostener esos mismos principios que á su vez combatian los reaccionarios. Pero este Príncipe, á quien las pasiones políticas no

han permitido que se le hiciese la justicia que le era debida, no fué de naturaleza privilegiada, y la muerte reclamó su derecho sobre una vida que habia preservado tantas en su reino. En el momento mismo de morir, su pueblo recogió el fruto de su prudencia, pasando sin sacudimientos ni disturbios á un nuevo reinado, que seguramente habria sido disputado, si la ley fundamental hubiese contenido la cláusula odiosa é injusta, que excluyendo al legítimo heredero á la corona, autorizaba la usurpacion de la rama de Cambridge.

El jóven Rey, que hoy satisface los deseos de sus pueblos, nació con la desgracia de no gozar de los encantos de la luz, y el virey, á quien no podia ocultársele que habria de ser el heredero de la corona de Hannover si la de Inglaterra pasaba á una hembra de la casa de Brunswick, consintió en que sus ministros introdujeran en la Constitucion del 33 la cláusula de exclusion contra los príncipes que tuviesen aquella desgracia. Cláusula irritante é innecesaria en un pais regido constitucionalmente, donde la responsabilidad ministerial pone á cubierto de cualquier inconveniente que no podrá tener lugar en donde el Rey reine y no gobierne, como exigen los buenos principios. Ernesto Augusto borró de una plumada ese inicuo gérmen de discordia, y dotó á sus pueblos con el beneficio de una descendencia directa y la suave é ilustrada dominacion de un Príncipe que aprende en la desgracia que le aflige; ¡cuán despreciable es la grandeza humana en comparacion del menor de los bienes que con tan pródiga mano nos ha repartido el Supremo Hacedor!

Guillermo Federico subió al trono el 18 de Noviembre de 1851, á la edad de 34 años, con una descendencia que asegura al Hannover largos años de quietud, que es el elemento principal de prosperidad para los pueblos. El nuevo Príncipe, en el poco tiempo que lleva de reinar, ha aprovechado las ocasiones de probar que posee las mismas cualidades para mandar que en tan eminente grado disfrutó su padre. Una conducta firme al par que conciliadora hacen esperar, que venciendo las dificultades que le oponen los partidos extremos, consiga armonizar las instituciones liberales con las verdaderas exigencias del país, ya que los tiempos han venido á calmar un tanto las tempestades políticas que tanto se oponen al bien de los pueblos. ¡Quiera el cielo concederle el talento y acierto necesarios para que, consolidada la paz de su reino, pueda ocuparse tranquilamente en hacer su bien y felicidad, promoviendo sus intereses materiales; fomentando su industria; multiplicando sus ya numerosas arterias de comunicacion; adoptando el verdadero camino para establecer las mejores relaciones comerciales de sus pueblos, y contribuyendo, en fin, á que llegue el dia en que la civilizacion, extendiendo sus lazos por toda Europa, una sus hijos con el vínculo del interés mutuo; y haciendo homogéneos sus hábitos, lenguajes, leyes y costumbres, los constituya en un pueblo gigante, pueblo de hermanos, que pueda llamarse verdaderamente grande!

Madrid, Abril de 1854.

F. F. Castro.



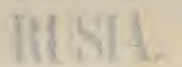
4

B. Blanco dibº y litº

Litª de J. Donon, Madrid.

NICOLAS Iº EMPERADOR DE LAS RUSIAS.





RUSIA.

[illegible]

I.



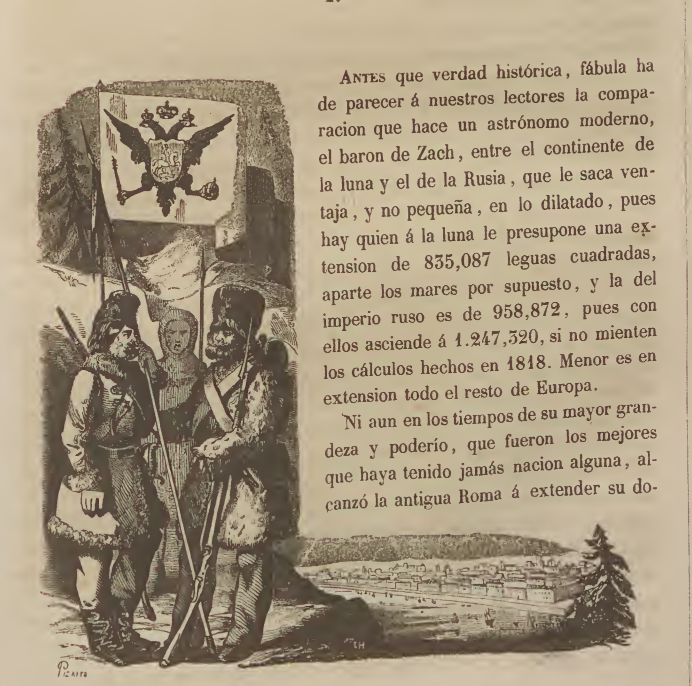
[illegible]



RUSIA.

NICOLÁS I, CZAR.

I.



Antes que verdad histórica, fábula ha de parecer á nuestros lectores la comparacion que hace un astrónomo moderno, el baron de Zach, entre el continente de la luna y el de la Rusia, que le saca ventaja, y no pequeña, en lo dilatado, pues hay quien á la luna le presupone una extension de 835,087 leguas cuadradas, aparte los mares por supuesto, y la del imperio ruso es de 958,872, pues con ellos asciende á 1.247,320, si no mienten los cálculos hechos en 1818. Menor es en extension todo el resto de Europa.

Ni aun en los tiempos de su mayor grandeza y poderío, que fueron los mejores que haya tenido jamás nacion alguna, alcanzó la antigua Roma á extender su do-

minio por tanto territorio. El mismo imperio de Darío, que Alejandro conquistó, no pudo nunca compararse con éste. Y aun opinan varios historiadores que logró justamente la mitad. Si estuviera la Rusia puesta en el mediodia ó en el occidente de Europa, que no en el confin del Norte, donde la civilizacion y las artes de estos pueblos apenas consiguen penetrar, todo el mapa de la primera parte del mundo sería patrimonio de los Czares. A estos progresos morales, que no á otra cosa, aludiria sin duda Napoleon el grande cuando creyó posible que en este mismo siglo que alcanzamos llegára Europa á ser cosaca.

Asentada la Rusia entre los 40 y 205 grados de longitud y 15 y 25 de latitud, confina por la parte del Norte con el mar Glacial, que por allí le pone límite; por el Sur con la gran Tartaria, el mar Caspio y la Persia, y por el Occidente con la Suecia. Su longitud desde la isla de Dago, que está al occidente de la Livonia, hasta su frontera oriental, es de mas de 170 grados; de manera que, cuando es al Occidente medio dia, es al Oriente cerca de media noche. Aunque abarca una gran parte de Europa y otra de Asia, la Rusia, propiamente dicha, es menos extensa. Los antiguos dividieron en Europa, Asia y África, el mundo que les era conocido; entonces no estaba descubierta la décima parte de él. Así es, que despues de pasar la laguna Meótides, no sabe el viajero dónde acaba la Europa y comienza el Asia; por cuya razon proponia Voltaire muy acertadamente que se llamáran tierras árticas, ó tierras del Norte el país que se extiende desde el Báltico hasta los confines de la China, como se llaman tierras australes la parte del mundo situada en el polo Antártico, formando, por decirlo así, el contrapeso del globo.

Toda la preponderancia que la Rusia ha adquirido en estos últimos tiempos, es puramente material, hija de los esfuerzos increibles que han hecho todos sus Soberanos desde Juan III por someter á su imperio absoluto los vastos dominios que gobiernan. La naturaleza de su suelo y el rigor de su clima impiden que las naciones civilizadas se comuniquen con ella; pero al mismo tiempo ayudan grandemente á los designios del gobierno. Sus habitantes son semi-bárbaros, á pesar del barniz de civilizacion que los cubre, y de los aires de omnipotencia que se dan envalentonados por su actual poderío. La esclavitud en que se hallan sumidas las tres cuartas partes de su poblacion, es indudablemente la mas indigna, baja y humillante de cuantos pueblos puedan verse sometidos al régimen absoluto.

Basta la descripcion topográfica del país para que se comprenda cuán ocasionado es á la esclavitud y á la barbarie. Lagos, pantanos, bosques, selvas, montañas cubiertas de hielo enteramente; las campiñas estériles, desiertas, salvajes y sometidas al influjo glacial del clima del Asia; las posesiones del Norte despobladas é incultas, y solo un tanto civilizadas y pobladas las del Mediodia, cuyo clima es mas benéfico: hé aquí descrito á la lijera el territorio ruso. Su estado moral lo pinta mejor que largas narraciones eruditas; una costumbre soez que aun se conserva, aunque no tan generalizada como en otros tiempos, en los pueblos del Norte de la Rusia, particularmente en la Laponia, situada en el mismo círculo po-

lar: sus habitantes que descienden de los trogloditas, cuando por casualidad llega un extranjero á las cavernas donde moran, les presentan sus hijas y sus mujeres, suplicándole que cohabite con ellas á su placer. Aunque por adular Voltaire á Pedro el *Grande* diga que esta costumbre existia tambien en Lacedemonia, y que su objeto era cruzar y mejorar las razas, repugna de tal modo á cuanto hay de noble y de elevado en el corazon humano, que ni palabras se encuentran para vituperarla.

La parte rusa de Europa se conoce con los nombres de Rusia grande, Rusia roja y Rusia blanca, formando la parte del Asia los extensos dominios conocidos por Casan, Astrakan, Oremburgo y Siberia.

Cuando empezó á formarse y á ser nacion la Rusia, fué verdaderamente en el siglo décimo sétimo, por lo que es y se la tiene con harta razon por pueblo nuevo. El czar Pedro el *Grande* conquistó ó acabó por lo menos de someter casi todos los territorios que hoy componen el estado. «Antes de ser imperio, dice Voltaire, »nada poseia en la Finlandia, nada en la Livonia; y la Livonia de suyo vale mas »que toda la Siberia; no estaban sometidos los cosacos, obedecian malamente »cuando obedecian los pueblos de Astrakan, y el mezquino comercio que hacia, »mas que ventajas, pérdidas le ocasionaba; pues el mar Blanco, el Báltico, el »Ponto Euxino, el mar de Azof y el mar Caspio eran casi inútiles á un pueblo des»provisto de bajeles, tanto, que ni aun se hallaba en su lengua palabra que pudie»se equivaler á flota.»

Cuando á mediados del siglo XVII el czar Alejandro Michaelowitz, que andaba á la sazon en guerra con los turcos, pidió auxilio á los soberanos de Europa por medio de embajadores, alzóse en toda esta parte del mundo un murmullo de admiracion. Era la primera vez que salian de sus guaridas aquellos hombres del Norte. En *Los Avisos*, que por aquel tiempo escribia en Madrid nuestro Pellicer, puede verse con cuánta ponderacion, con cuántas muestras de asombro se supo la noticia en esta córte de la próxima llegada del embajador ruso. Ni ¿qué mas prueba puede alegarse de lo desconocido que fuera aquel imperio, que el no hallarse mencion de él en las historias de Europa hasta los tiempos posteriores á Pedro el *Grande?* Era, en resúmen, la Rusia antes del siglo décimosétimo, una nacion comparable solamente con las del Asia, muy inferior por lo tanto y digna del olvido en que las de Europa la tenían.

Ni otra cosa pudiera suceder á una hetereogénea mescolanza de razas salvajes, de pueblos nómadas y casi en estado natural, que vivian en perpétua guerra entre los hielos del Norte.

Desde el primer príncipe de Kiow hasta el último gran duque de Moscow; desde Ruriko hasta Basilio IV, el destino de los soberanos de Rusia habia sido pelear, y pelear sin tregua, ora con tártaros, enemigos indomables; ora con filandeses y polacos y suecos, vecinos peligrosos, para luego morir desastradamente en un motin popular ó al hierro de un hermano, de un favorito, rara vez en los campos de batalla con una muerte gloriosa.

La infancia de los pueblos es siempre un caos. La de Rusia ha durado muchos siglos.

Así, pues, su historia se puede repartir en tres grandes períodos: 1.° Desde Ruriko hasta Juan Basílides, ó sea período de barbarie. 2.° Desde Juan Basílides hasta Pedro el *Grande*, período que podemos llamar, aunque metafóricamente, la edad media de la Rusia; y 3.° desde Pedro el *Grande* hasta Nicolás I, que actualmente reina. En este último período gana Rusia por completo la categoría de potencia de primer órden.

II.

No siendo humanamente posible en un compendio histórico tan diminuto como el que nos ocupa, referir detalladamente los orígenes de tantos y tan hetereogéneos pueblos como componen la moderna Rusia, parécenos oportuno renunciar á un trabajo que, sobre enojoso para los lectores, apenas tiene algun interés histórico. Es harto sabido, con efecto, que la laguna Meótides y el Danubio fueron las puertas por donde se derramaron como destructora lava por todo el continente occidental aquellas hordas salvajes, que empezando por ayudar en sus guerras intestinas á los emperadores romanos, acabaron por alzarse y dividirse el imperio. Todas vinieron por el territorio que hoy es ruso. El rey de los ostrogodos, Hermanrico, extendia su dominacion desde el Ponto-Euxino al Báltico, cuando Balamir ó Balamber, caudillo de los hunos, que acampaba entre el Tonaïs y el Danubio, y arrojóle de allí con todo su pueblo que fué á habitar las orillas del Niester. Llamado Alarico, rey de los godos, por Rufino, que era prefecto de Oriente, pasó el Danubio á fines del siglo IV, y conquistó á Roma en Agosto de 410. A su paso se confundieron y juntaron las dos razas invasoras.

Baste, pues, decir que andan discordes los historiadores que han tratado de estas cosas sobre si fueron los hunos ó los slavos los que á la postre poblaron las orillas del Nieper ó Borístenes, pues los tártaros, á quien vulgarmente se atribuye su fundacion, no invadieron por primera vez la Rusia, entonces Wladimira, mandados por Batoukhan, nieto de Gengis-khan, hasta el año de 1236. Tambien es muy probable que llegára hasta estos países Madiés el *Scyta*, que hizo una irrupcion en Asia, cosa de siete siglos antes de la era vulgar. Todas estas razas, diferentes en los primeros tiempos, vinieron á ser al fin una sola que pobló y dominó todo el Norte. Ello sí está fuera de duda que la raza slava y la tártara son las que hoy predominan en ese vastísimo reino. Llamábanse en otro tiempo

sus habitantes roxelanos ó roxolanos, y con este nombre figuran en las guerras de Zenobia, reino de Palmira, con el emperador Aureliano, y en el brevísimo reinado del emperador Othon; pero cuando las hazañas de Pedro el *Grande* los dieron á conocer de la Europa occidental, aplicóseles el nombre de rusianos y luego el de rusos, que es el suyo verdadero, pues así los nombra en 862 el poema noruego de *los Nivelungen;* si bien tampoco dejan de ser conocidos por moscovitas, del nombre de una de sus principales capitales, Moscow, residencia en lo antiguo de sus grandes duques.

A mediados del siglo IX empieza á verse claro en este caos histórico. Molestados los habitantes de Rusia de una raza de hombres llamados kosares, que poblaban las costas del Mar Negro, llamaron en su ayuda á los variges, nacion vecina al mar Báltico, con que entró en Rusia Ruriko, que era uno de sus señores mas poderosos, á la cabeza de un ejército fortísimo. Bien hallados los rusos con las luces y el mando de Ruriko, le aclamaron por su señor y soberano en la ciudad de Nowogorod. Descontentáronse de él andando el tiempo, y acaudillados por un cierto Wadim, que es celebérrimo en las antiguas crónicas, intentaron destronar á Ruriko, pero ya era tarde: Ruriko los venció, y aun el mismo Wadim cayó bajo su acero.

Ya Igor, que sucedió á su padre Ruriko, bajo la regencia del valiente Oleg, consagróse un tanto á extender su dominacion, agregándole el principado de Kiow, desembarcando en Grecia por el Ponto Euxino, y haciendo tributarias de Rusia á las naciones cercanas. Llevó el regente su ambicion hasta poner sus ojos en Constantinopla, donde reinaba el emperador Leon, que tuvo que comprar la paz muy cara. Estos tratados, segun testimonio de Mr. de Chateaubriand, son los documentos mas antiguos y preciosos de la historia de Rusia. Vueltos á ella Igor y Oleg, fijaron su córte en Kiow, única ciudad que tuviera á la sazon muralla, y que aun hoy es respetable por su clásica antigüedad, pues habia sido edificada por los emperadores de Oriente, y conserva inscripciones griegas de catorce siglos. De este Igor fué mujer la célebre princesa Olegha, Olha ú Olga, que fué en peregrinacion á Constantinopla, donde se convirtió al cristianismo en tiempo de Constantino Porfirogenetes, siendo bautizada con el nombre de Elena, si bien á su vuelta no logró hacerlo predominar en Rusia, pues su hijo Swiatoslaw continuó pagano; pero al fin Wladimiro, hijo tercero de Swiatoslaw, que se habia alzado con todo el reino de su padre despues de asistir al exterminio de sus dos hermanos, que provocó y ayudó en gran manera, hízose cristiano en 987, erigiendo obispados y fundando la córte de Wladimira, hoy simple ciudad. Wladimiro cometió una torpeza entonces muy frecuente, que fué repartir entre sus hijos sus estados, provocando así las crueldades de Swiatopalk, que mató á dos de sus hermanos, y acabára con todos á no oponérsele el llamado Jaroslaw, que le mató á él y se hizo único dueño de Rusia.

Entretanto iba creciendo y extendiéndose el territorio, ora con nuevos pueblos

que se agregaban de suyo á la comunidad, ora con conquistas, de las cuales fueron las mas señaladas las que alcanzaron los descendientes de Swiatopalk contra griegos, lithuanios y poloukzos, que eran un género de hunos, mas salvajes y feroces que las hordas que invadieron el imperio de los Césares. Poco despues de estos sucesos, en 1138, vióse en aquella inculta comarca un caso de humanidad y abnegacion que no tiene muchos ejemplos en la misma historia europea. Muerto Jaropalk, gran duque de Kiow, apoderóse de sus estados su hermano Wiaczeslaw; pero como le disputára el derecho Wzevolod, príncipe de Czernicow, renunció Wiaczeslaw la soberanía por evitar la efusion de sangre, y retiróse á Turow humildemente; rasgo digno, no de un bárbaro de los tiempos primitivos, sino de un héroe civilizado de los presentes.

Solo guerras, desolaciones, ódios, catástrofes y todo género de infelicidades, sin que se echen de menos las usurpaciones y alevosías, viéronse en un espacio de cerca de cien años, desde Wzevolod hasta Jorge II, gran duque de Wladimira, que vió por primera vez á los tártaros invadir, como queda dicho, sus estados en 1236 al mando de Batoukhan, invasion que solo terminó con hacer á la Rusia tributaria, y disponer de la eleccion de sus soberanos, privilegio que gozaron doscientos años las gentes de Batoukhan. Diez años despues, en 1246, reinando Alejandro Jaroslawitz, gran soldado que combatió en Livonia con mucha fortuna, fué á Rusia por primera vez un embajador del Papa, embajador cuya mision ni se supo entonces, ni han podido despues averiguarla los historiadores que han tratado de cosas del Norte. Por esto y por la buena fama de virtud que gozó en vida, la Iglesia de Rusia tiene á este Rey por santo, y aun la emperatriz Catalina fundó en su honor la Orden de San Alejandro.

Aunque este Alejandro ó San Alejandro habia sido muy agasajado de los tártaros descendientes de Batoukhan en una visita que á sus tierras hizo, no por eso fué menor el dominio de aquellos bárbaros sobre Rusia, pues años adelante, descontento su Khan con Demetrio Alejandrowitz, hijo del santo, que poseia el gran ducado, diósele á su hermano Andrés, duque de Gorodez, con que se encendió entre los dos hermanos una guerra, que solo tuvo fin con la derrota de Demetrio, cerca de Pleskow, derrota á la cual contribuyeron grandemente los tártaros aliados de Andrés. Al cabo este mismo Duque vino á caer en desgracia del Khan de los tártaros, que le despojó de sus dominios en 1294, dándoselos á Daniel Alejandrowitz, duque de Moscow, que fué el primero que estableció su córte en la capital llamada así.

Por este tiempo se puedé decir que eran los tártaros los verdaderos señores de Rusia, llegando á tal punto su predominio, que cuando Miguel Jaroslawitz usurpó sus estados á Jorge, primogénito de Daniel, el Khan que era á la sazon de los tártaros, confirmó y aprobó esta usurpacion, negándose á dar ayuda al desposeido; pero el Khan que le sucedió en 1314, viendo las cosas de distinta manera, dió á Jorge un poderoso ejército, que fué derrotado por Miguel, y así con vária

suerte andaban disputándose la soberanía, hasta que en 1320 llevaron su pleito á la córte tártara, de donde salió Miguel sentenciado á suplicios horrorosos que acabaron con su vida.

En vano intentaron repetidas veces algunos grandes duques de Rusia destruir esta influencia bastarda que los hacia esclavos de un pueblo tan sin ley como los tártaros; no habia llegado aun la hora de que se constituyese definitivamente el reino, y como todos los vecinos se le atrevian, érales preciso recurrir á los tártaros en todas sus cuitas, y prestarles vasallaje.

Gedimiro, duque de Lithuania, se apoderó de Kiow, y tomó el título de duque de Rusia por los años de 1322 á 1325; Casimiro, rey de Polonia, sometió en 1340 toda la Rusia roja, que en vano luchó años y años por sacudir su yugo; y mientras tanto los suecos, y en particular los tártaros, asolaban y devastaban como mas les venía en mientes el territorio de los grandes duques, ora atizando sus discordias intestinas, ora aprovechándose de su debilidad y decaimiento, ora en fin nombrando y destruyendo grandes duques á su antojo, hasta el advenimiento en 1462 de Iwan ó Juan III Basioliowitz, que fué el hombre providencial que nace á las monarquías por permision del cielo, cuando en su estado natural ó de inocencia, por decirlo así, faltas del vigor que prestan la edad y las instituciones arraigadas, luchando con elementos hetereogéneos, asentadas en bases débiles, y con tantos síntomas en fin de consuncion como de vida, bastára un tropiezo, un descalabro, una batalla, cualquiera revés para dar con ellas al traste, hacerlas esclavas del pueblo mas ambicioso ó mas atrevido, y borrarlas para siempre del mapa del mundo.

III.

Aunque subió muy jóven al trono Juan III, pues apenas contaba veinte y dos años, concibió desde luego uno de esos pensamientos colosales que revelan á los grandes hombres, que fué sacudir el yugo de los tártaros y librar á los rusos de tamaña humillacion y vilipendio. Cuantos hayan seguido hasta este punto nuestra desaliñada narracion, comprenderán que el medio imaginado por Juan III era el único para hacer á la Rusia digna del nombre de nacion. Hoy es un tiempo muy diferente; la influencia que puede un pueblo alcanzar sobre otro, antes ha de ser moral que no material, pues aquel que mas adelantado camine en alas de la civilizacion, aquel será el mas fuerte, el mas poderoso; y sin embargo, ¡cuánto

no amengua á otro pueblo marchar á la zaga de él, sin voluntad propia como sin vida, reflejando mezquina y torpemente la gloria de su señor.

No están muy apartados de nuestros ojos ejemplos vivos, palpables de esta verdad. La Italia, marchando á remolque del Austria; el Portugal, á remolque de la Inglaterra; y nosotros mismos, la España, marchando á remolque de cualquiera de las grandes naciones que primero se nos pone ante los ojos, ¿tenemos vida propia? ¿somos por nosotros mismos? ¡Oh mengua de los tiempos que apenas se concibe! Nosotros que hemos prestado nuestra grandeza á tantas y tantas razas de gentes, hoy no tenemos grandeza, sino una sombra prestada. Los pueblos que han sido grandes, deberian perecer antes que dejarse humillar de la fortuna.

Animado de estos mismos sentimientos Juan III, poco tardó en dar muestra de sí, metiéndose por el Asia con poderosa hueste. Andaban á la sazon los tártaros muy divididos entre sí; y era tanta su flaqueza, como que la antigua soberanía de Gengis-Khan y Batoukhan se hallaba repartida entre cinco Khanes diferentes con sus hordas respectivas segregadas de la gran horda; que eran la del Volga, la de Kasan, la de Astrakan, la de Krimea y la de allende el Jaic. Como parece natural, con estas divisiones hervian entre ellos las discordias. Aprovechóse de ellas Juan III, y venciendo con su bravura en cuantas batallas daba, se apoderó de casi todo el reino de Kasan, viéndose aquel mismo pueblo, tan altivo con los humildes, humillado á pedir la paz al hombre que era su siervo. Pero esta paz no podia ser duradera, ardiendo en entrambos contendientes pasiones tan vivas; amor y orgullo de patria en Juan III; rencor y deseo de venganza en los tártaros. Ello fué que con vária suerte duró la guerra otros dos años, teniendo por término la sumision absoluta de los tártaros, que se hicieron además tributarios de la Rusia. Rara mudanza que parece ordenada por la Providencia.

Años adelante emprendió el famoso Duque otra expedicion contra la Horda dorada, que fundó Batu-Saguin en 1237, y que habia esclavizado á la Rusia cerca de doscientos años; derrotó á su Khan Agmet; destruyó y saqueó la horda, y despues de mil proezas, la sujetó á su yugo para siempre á fines del siglo XV. Excusado parece advertir que desde esta fecha los grandes Duques de Rusia influyeron en la eleccion de los Khanes como estos habian influido en antes en la eleccion de los duques de Rusia.

Bajo cierto punto de vista filosófico nada ha sido tan perjudicial á la Rusia como su vecindad con estas madrigueras asiáticas de hombres, y el anhelo por conquistarlos que siempre tuvo. En este contínuo flujo y reflujo, la civilizacion indígena del país retrocede ó adelanta al paso que el Asia vence ó es vencida. Harto se ve palpablemente en las costumbres. Despues de la conquista de Juan III, pierden los rusos su colorido un tanto patriarcal, y adquieren un bárbaro refinamiento á la manera tártara y persa. Vuelve á triunfar el Asia; el espíritu moscovita se reconcentra en sí mismo á impulsos de la adversidad, y las antiguas costumbres prevalecen. ¿Por qué costó mas trabajo á Pedro el *Grande* reformarlas

que el estender pasmosamente su territorio? Porque sus conquistas iban trayendo á Rusia ideas, caractéres, tendencias muy semejantes á las de sus antiguos pobladores, si no eran las mismas, y el espíritu selvático revivia de sus mismas cenizas como el Fénix. Es un error imaginarse que la civilizacion pueda nunca estender hasta allí su dominio absoluto; la civilizacion rusa siempre será por esta causa incompleta, pese á los esfuerzos de los czares, pese á sus relaciones con la Europa, y pese, en fin, á la necesidad que hoy siente el mismo pueblo de imitarnos y asimilarse con nosotros para hacer mas respetable y menos vano su inmenso poderío. Hoy que la fuerza moral es la que mas ayuda al desarrollo de las naciones, puede decirse que la Rusia cuenta con poca mas que en el siglo de que tratamos. Como todo gran capitan, y como hombre de primer órden, tuvo tambien Juan III sus miras de legislador, si bien ocupado de contínuo en estender su territorio y en vencer y humillar á sus enemigos, ni pudo emprender cuantas reformas el estado de su pueblo reclamaba, ni todas las que emprendió se consolidaron y arraigaron. Aquel embrion de razas salvajes, aquel hetereogéneo conjunto de hombres diversos con diversas tendencias y costumbres, si bien todas semejantes en la barbarie; mal unidos por un brazo fuerte, pero no por una misma religion, que es el lazo que mas poderosamente estrecha á las criaturas entre sí, y las hace amarse y tenerse por hermanos: aquel pueblo, repetimos, ni podia ser reformado por un solo hombre, ni menos en el espacio de un reinado, que si no corto, fué guerrero por demás, y lleno de trastornos y alteraciones.

Una de sus medidas tuvo sin embargo tanta trascendencia sobre la suerte de la Rusia, que á ella debió, antes quizás que á las conquistas de Pedro el *Grande*, el poderío y la grandeza que adquirió despues. Es cosa que pasma, estudiando la historia filosóficamente, como van por un mismo camino y casi por los mismos pasos los héroes que nacen con la mision de engrandecer á su patria; pero mas de admirar es que emprendiera este camino aquel que tenía debajo de su imperio la nacion menos culta y por lo tanto menos ocasionada á mudanzas de sus leyes. Aboliendo la costumbre de repartir estados con señorío absoluto á los Príncipes de la sangre, hizo Juan III lo que habian de hacer en España los Reyes católicos años adelante, y en Francia el cardenal de Richelieu en el siguiente siglo XVII, que fué dar vigor al poder real á costa del poder de la nobleza. No eran mas peligrosos á sus estados respectivos los grandes maestres de las órdenes españolas ni los grandes feudatarios franceses, que lo eran á la Rusia aquellos señores poderosos, ramas del mismo tronco real, que se tenian, por decirlo así, repartido el territorio y la fuerza moral del poder, dejando solo al Rey el miedo de que faltase el equilibrio y él quedára á merced suya. Semillero de desmanes, de catástrofes y usurpaciones habia sido esta costumbre de los antecesores de Juan III, y con destruirla para siempre hizo mas éste por el pueblo ruso que cuanto extendiera su dominio con la espada. Así pudo morir tranquilo y satisfecho en 1505, que ya quedaba la Rusia capaz de grandes cosas, y no se habia de pasar medio siglo sin que to-

máran sus sucesores el título de Czar ó Emperador, asentando sólidamente el poder absoluto, como lo tomó y asentó Juan IV Basiliowitz, que llaman tambien Wasiliewitsch ó Basílides, á su advenimiento al trono en 1534, despues del reinado de Basilio Juanowitz (hijo de Juan III), que solo de pasada merece mencionarse.

Historiadores hay que cuentan á este Juan Basílides el *Cruel*, por el soberano mas famoso que huvo hasta el siglo XVII, fundados en que sujetó á los tártaros de Kasan, que soportaban mal el yugo de la Rusia, quitándoles además el reino de Astrakan; pero como su abuelo Juan III le habia abierto el camino á estas conquistas, parécenos que andan exagerados los tales historiadores. Lo que sí hizo Basílides fué pelear bravamente con los livones, y quitarles muchos pueblos y habitantes ayudado del gran maestre de la órden teutónica; pero en cambio el palatino de Wilna le ganó una famosa batalla en 1564 á orillas del Nieper; y los polacos juntos con los suecos, al mando de Estéban Batory, le redujeron á tal extremidad en 1580 y 81, que tuvo que hacer una paz suplicada y vergonzosa, poniendo al Papa por intercesor, y restituir sus conquistas en la Livonia humildemente. Esto sin contar que su vida fué un dechado de torpezas y crueldades, lo mismo ejercidas con mujeres indefensas, que con verdaderos delincuentes y conspiradores. Mató por sus manos á su propio hijo; sentenció á doce sacerdotes á luchar con los osos, que los devoraron, y poseido del temor de que le asesináran, fundó una *Inquisicion secreta*, cuyas víctimas fueron tan innumerables como inocentes. De mas de esto, rayaba á tal altura su incontinencia, que se casó con siete mujeres, y otras cosas mas; lo que si en aquella época era pecado venial, ó lo parecia, en la situacion especialísima de la Rusia de entonces, sube de punto en lo feo, pues tanto necesitaba de grandes capitanes, como de buenos modelos y lecciones.

Ultimo descendiente de Ruriko I, el czar Fœdor ó Teodoro, hijo de Juan Basílides, emprendió la conquista de la Siberia, y apoderóse de su parte occidental donde imperaban los tártaros usbeks. Así como la religion habia comenzado á introducirse en Rusia á principios del reinado de esta familia, se consolidó á la postre en el reinado de Teodoro, que fundó el patriarcado de Rusia. Hasta entonces aquella iglesia habia dependido de la de Constantinopla, que fué el ambicioso objeto con que Crhysoberges, su patriarca, envió á Rusia un obispo que bautizase á Wladimiro á fines del siglo X.

Teodoro murió en 1598, de veneno segun algunos, que le habia hecho dar su ministro Boris Godonow, para alzarse como efectivamente se alzó con el imperio, matando además á un hermano de Teodoro, por nombre Dmitri ó Demetrio, que era su legítimo sucesor. Cruel y desalmado Boris, y tirano, como nacido para obedecer antes que para mandar, suscitó contra sí un descontento sordo que en breve estalló por obra del fraile Jorge Arrepiew, que fingiéndose el príncipe Demetrio escapado milagrosamente de sus asesinos, pasó á pedir socorro á los polacos, enemigos siempre de la Rusia. Prestáronselo estos efectivamente, y en la primera

batalla que se dieron ambos ejércitos quedó el de Boris derrotado; pero con tanta fortuna en su desgracia, que murió por el mismo tiempo naturalmente, librándose de la venganza que sin duda le preparaba el vencedor.

Desde este punto las cosas de Rusia fueron un caos que puso en peligro la existencia del imperio. A semejanza de Portugal que desde veinte años antes estaba siendo ocasion de los sueños ambiciosos de los que pretendian ser el príncipe D. Sebastian, muerto en Africa en la batalla de Alcázar-Quivir, fuéronse presentando sucesivamente pretendientes al trono de Rusia, á pretexto de ser cada uno Demetrio el asesinado. A estos desórdenes se juntó la nueva calamidad de haber proclamado los habitantes de Moscow por Czar al hijo de Boris, Teodoro, que alzó gente como el fraile su competidor para oponérsele. Dióse otra sangrienta batalla, donde Demetrio el *Falso* quedó por dueño del campo, apoderándose de la persona y familia de su competidor, y dando con todos en una cárcel donde terminaron sus dias. Libre ya de las guerras de Teodoro, solamente pensó Demetrio en consolidar su poder, para lo cual emprendió la negociacion mas peregrina del mundo, como fué hacer que le reconociese por su hijo la madre del verdadero Demetrio. Cuéntase tambien que al cabo lo logró, cuyo hecho da orígen á un infalible dilema: ó era el tal fraile el verdadero Demetrio, ó de lo contrario la tal madre era digna de tal hijo, porque si hay en el corazon humano algun sentimiento que no se pueda de ningun modo reemplazar ni fingir, es sin duda el sentimiento y el amor de madre.

Despues de estos sucesos, dióle por innovar al Emperador, lo que fué muy mal visto de sus vasallos, pues la religion y las costumbres que traian les daban harta libertad para todo, y se sentian bien con ellas. No era ocasion de reformas verdaderamente, estando los ánimos tan encendidos con las guerras pasadas y el país tan necesitado de otras cosas. Así fué que hirvieron las conspiraciones, hasta que, sitiándole en su mismo palacio los descontentos, le acabaron de un pistoletazo, que no es otro casi siempre el fin de los usurpadores. Alzaron por Czar los rusos al que apellidaban su libertador, que era un cierto Basilio-Iwanowitz Schuiskoi, cabo de los conspiradores que habian dado fin de Demetrio el *Falso;* pero no tardó en aparecer otro Demetrio, que, ayudado de los polacos, desbarató en Clusin un ejército de Schuiskoi y de los suecos, con quien habia hecho alianza. Con estas confusiones y revueltas, hallábase el estado en grave aprieto, gobernado de extranjeros rapaces, hasta que pudo al fin levantarse en masa, y arrojarlos del reino, no sin que los suecos se lleváran los territorios adyacentes á la Finlandia.

Para evitar nuevas desgracias, reunióse el Senado ruso, que era una asamblea de boyardos ó principales señores, y aclamó por Rey, en 21 de Febrero de 1613, á Miguel Teodorowitz, por otro nombre Romanow ó Romanoff, descendiente de Juan Basílides por la línea materna, jóven de quince años, pero de buenas prendas, hijo del Arzobispo de Rostou y de la monja Sheremeto. Tal fué el principio de la casa de Romanow, que tan grandes emperadores ha dado á la Rusia y que aun hoy ocupa el trono.

Dos cosas habian sucedido antes de esta eleccion, ambas perjudiciales al nuevo Czar, porque le envolvieron en guerras que á poco mas acaban con su naciente poder: estas cosas fueron el haber aclamado por Rey algunos díscolos al de Polonia, Segismundo III, que hizo reconocer en Moscow á su hijo Uladislao; y el haber brindado con el trono á un hermano de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, las provincias inmediatas á este reino. Ambas cosas costaron muy caras á la Rusia y al nuevo Czar, pues en 1617 tuvo que ceder á la Suecia las importantes plazas del Báltico; y despues de una tregua con la Polonia, el rey Uladislao avanzó hasta Moscow, llevándose á cambio de la paz los ducados de Smolensko y de Czernicow. Con sus pérdidas del Báltico le quedaba á la Rusia enteramente cerrada toda comunicacion con Europa.

Alejo Michaelowitz, hijo de Miguel Romanow, que subió al trono en 1645, apenas tuvo tiempo en los treinta años que reinó para apaciguar sediciones y tumultos, ocasionados por el favor de que gozaba junto á su persona un boyardo llamado Moroson, privanza que era muy mal vista del pueblo, y particularmente de la Guardia imperial que con el nombre de los *Strelitz* habia establecido Juan Basílides. Tambien un jefe de las hordas cosacas del Don ó Tanais, llamado Stenko-Basin, alzóse por este tiempo en rebelion, pretendiendo ser rey de Astrakan; pero á pesar de su valor y de sus crueldades, fué hecho prisionero y colgado con doce mil de los suyos en el camino de Astrakan. Como todos sus antepasados, tambien Alejo tuvo que sostener guerras con sus vecinos los polacos y los suecos, asegurándose contra los primeros en la posesion de Smolensko, de Kiow y de Ukrania; pero la mayor y la mas terrible de todas fué la de los turcos, que invadieron la Polonia en 1671, apoderándose de la Ukrania, y amenazando á las posesiones que el Czar tenia en este país y en la Tartaria Crimea, que es el antiguo Kersoneso Táurico. Así como le habia impuesto un tributo á la Polonia, pretendió el sultan Mahomet IV que la Rusia le cediese todas sus posesiones de la Ukrania; pero Alejo hizo alianza con Juan Sobieski, general y despues rey de Polonia, que derrotó á los turcos y ganó el trono en la célebre batalla de Choczin, el 10 de Noviembre de1675, mientras Alejo los batia en Crimea.

A pesar de tantas contrariedades y agitaciones como en su reinado hubo, este Czar fué el que echó los cimientos á la influencia material y moral que en el siguiente siglo habia de adquirir la Rusia, introduciendo mejoras de consideracion en el estado, disciplinando un si es no es las tropas, y fundando una especie de derecho de gentes que acabó para siempre con la inmoral costumbre de esclavizar á los prisioneros que en las guerras se hacian. Así, por ejemplo, se poblaron los desiertos del Volga y de Kama con familias tártaras, polacas y de la Lituania, que llegaron á ser labradores excelentes. Viendo que la flojedad y el poco valimiento de la Rusia no estaban, no, en sí misma; que era ya harto poderosa para habérselas con cualquiera nacion de las llamadas de segundo órden, sino que consistia en la falta de unidad de su gobierno, en sus costumbres groseras y en sus leyes

bárbaras, trasunto de los pueblos asiáticos que se las dieron, mandólas compilar en un solo y único código, adelanto digno de otros tiempos y otras gentes, aunque fuera, como fué, imperfecto; estableció telares de seda y algodon, fundó industrias que suavizaron la condicion de sus vasallos, y llevaba trazas de adelantarse en todo á Pedro el *Grande*, á no sorprenderle la muerte en 1676. Otra de las grandes empresas de Alejo Michaelowitz, fué proponer á la Polonia su pacífica union con la Rusia, cuando el Senado brindó á Sobieski con el trono despues de la muerte de Juan Casimiro; pero los polacos se opusieron á la union por desgracia suya, que temprano ó tarde debieron de esperar que aquel coloso los absorviese, y hubieran así evitado la sangrienta guerra cuyo inmoral fruto fué el tratado de 25 de Diciembre de 1794. ¿No vibraban aun en los oidos de todo buen polaco aquellas palabras de siniestro augurio que el mismo Juan Casimiro pronunció en la Dieta de 1661?—«Mas que nuestras divisiones intestinas debemos de temer la invasion y el desmembramiento de la República. El moscovita, ¡ójala salga vana mi profecía! el moscowita invadirá los pueblos que hablan su propio lenguaje.» Y años atrás, ¿no se los habia repartido ya la Suecia en union con la casa de Brandeburgo?

La noble Polonia no supo leer en el porvenir.

IV.

El heredero de Alejo era Fœdor ó Teodoro, que subió al trono á los quince años de edad, enfermizo y débil, pero dotado de un alma superior á su cuerpo. No pudiendo por esta causa continuar la guerra que, como siempre, ardia en la Crimea, consagróse á las mejoras materiales de su imperio, ensanchando la capital de Moscow, haciendo levantar grandes edificios, dándole reglamentos de policía, é introduciendo, en fin, otras reformas importantes; pero como, segun los historiadores, no era bastante instruido, ni bastante activo, ni bastante determinado para concebir un cambio general en esfera mas alta, quiso tambien reformar á los Boyardos, y lo que hizo fué indisponerlos á todos. Agravadas sus enfermedades en 1682, á los cinco de su advenimiento al trono, tendió los ojos Fœdor en torno suyo para buscar un heredero, por no haber tenido hijos de sus dos matrimonios. Su hermano Iwan, ó Juan, que debia de sucederle por derecho, era aun mas endeble y enfermizo que él, y casi ciego, casi mudo, y atacado de convulsiones con mucha frecuencia. Entonces se fijó en Pedro, su hermano de padre, que era del segundo matrimonio de Alejo con una jóven de la noble fa-

milia de Nariskin. Aunque solo contaba á la sazon diez años, Pedro prometia ya muchísimo.

Entre los hijos del primer matrimonio de Alejo, descollaba la princesa Sofía, mujer ambiciosa y de talento nada vulgar. Era costumbre en Rusia, costumbre sin duda imitada ó traida de Europa, donde se practicó desde la edad media, que las Princesas consagrasen su vida al claustro, para evitar así complicaciones en las familias reales. Próxima estaba ya Sofía á cumplir su destino, cuando la muerte de su hermano Fœdor vino á ofrecer ancho campo á su ambicion y á sus deseos de vida mas agitada y mundana. De sus dos hermanos, Juan por sus padecimientos, y Pedro por sus cortos años, era natural que se dejasen dominar de ella; con que se imaginó la ambiciosa jóven que podria representar en el imperio de Rusia el papel que representó Pulcheria en el imperio de Oriente.

La exclusion del legítimo heredero del trono era un pretexto magnífico. A los dos dias de la muerte de Teodoro, levantaron en Moscow un tremendo motin los regimientos de la Guardia imperial, que como queda dicho, se llamaban los Strelitz, y que segun afirma un historiador, se aventajaban en barbarie á la guardia pretoriana y á los genízaros del serrallo. Todavía se conserva en el arsenal de San Petersburgo, como glorioso trofeo, la bandera de los Strelitz, que representa el infierno y el paraiso: en el infierno se hallan los judíos, los tártaros, los turcos, los polacos y todos los pueblos en fin que hasta el siglo XVIII se designaban con el nombre de alemanes; y en el paraiso campean los Strelitz solamente.—Al parecer la ocasion de su motin era quejarse de sus jefes; pero la Princesa Sofía los alentaba por debajo de cuerda, ofreciéndoles aumentar su sueldo, y dándoles una lista de las personas que ella tenía por enemigas del Estado, lista de cuarenta boyardos principales, cuya cabeza hacian los Nariskin, hermanos de la Czarina viuda, y tios por consiguiente de Pedro I. El gobierno por su parte dió una insigne muestra de debilidad entregándoles los coroneles para que á su antojo los castigasen; y esta fué la señal de una de las mas espantosas carnicerías que hayan ensangrentado las calles de Moscow.

Excusado parece decir que la lista de los cuarenta se llenó cumplida y horrorosamente. A Juan Nariskin lo arrancó la soldadesca de manos del Patriarca para condenarle al suplicio de los *diez mil pedazos*, suplicio horrible, como lo indica su nombre, que se aplicaba solamente á los parricidas en China y en Tartaria. Entre tanto Sofía habia convocado una asamblea de Princesas de la sangre, de generales, de boyardos, de Obispos, del Patriarca, y hasta de los mas ricos comerciantes; y ponderándoles el mérito y el derecho del Príncipe Juan, y quejándose de su exclusion al trono, acabó por ganarlos á su partido, siendo el término de esta insurreccion proclamar emperadores á los dos príncipes Juan y Pedro, asociándoseles Sofía á título de co-regenta. Por demás está decir que uno de los primeros actos de la co-regenta, fué aprobar todos los crímenes de la Guardia imperial, dándole los bienes de los proscriptos: á tal punto llegó su insensatez, que le permitió ele-

var un monumento en memoria de tan horrible matanza; y para mayor escarnio, ostentáronse en él los nombres de las víctimas, apellidándolos traidores á la patria.

Dueña absoluta Sofía del supremo poder, no perdonó medio ni sacrificio alguno para impedir que su hermano Pedro se lo arrebatára. En medio de las fiestas con que en 1648 se celebró el matrimonio del príncipe Juan, turbóse la paz del Estado nuevamente, y tambien por culpa de los Strelitz, aunque con objeto muy diverso del de su anterior revuelta. Desde que andaba el Norte ardiendo en controversias religiosas, se habia propagado el contagio á Rusia, formándose várias sectas; la principal, fundada por un sacerdote llamado Abakum, de donde le vino el nombre de abakumistas, era la mas temible por lo numerosa y por ser su jefe Raspop, energúmeno lleno de audacia. Cierto dia entraron sus satélites en la catedral á mano armada y apedrearon al Arzobispo y sus acólitos. Dióse parte á los Czares, dividiéronse en bandos los Strelitz y el pueblo, y trabóse la batalla enmedio de las calles; pero al fin se puso paz en ellos convocando un concilio el mismo dia, concilio que se verificó en una sala de Kremlin. Raspop y algunos de sus discípulos fueron sentenciados á muerte.

Poco tiempo despues un cierto Chovanskoi, que andaba desabrido con la princesa Sofía por mala paga de sus servicios, logró, so capa de religion, hacerse entre el pueblo y los Strelitz un partido tan numeroso, que los Czares y la co-regenta tuvieron que retirarse precipitadamente al monasterio de la Trinidad, que es una posicion fortísima, guarnecida á manera de castillo, á 12 leguas de Moscow. El artificioso ingénio de Sofía salvó á sus dos hermanos esta vez, pues entrando desde allí en negociaciones con Chovanskoi, dióle una cita para tratar el asunto mas á sabor; y en ella le hizo cortar la cabeza, así como á todo su acompañamiento. El partido de Chovanskoi, falto de su jefe, se desvaneció por sí mismo.

Para todas sus tramas y manejos habia encontrado Sofía una poderosa ayuda en el príncipe Gallitzin, generalísimo de las tropas, administrador del Estado y guarda-sellos, hombre superior á su siglo al decir de los historiadores, activo, laborioso, y que hasta latin sabía, como añaden para probar la crasísima ignorancia de los rusos. El hizo que la Polonia renunciase en 1686 á sus pretensiones sobre Smolensko y la Ukrania; él tuvo á raya á la Guardia imperial, desterrando á los mas revoltosos á los regimientos que servian en Asia; y él en persona, por último, hizo una incursion en este país, alcanzando envidiable gloria. El pueblo, sin embargo, le miraba de través, por conocerle defectos abominables, como la venalidad y la ambicion desmesurada, que manifestó palpablemente, así en su campaña contra los tártaros, vendiéndoles la paz á precio de oro, como despues ayudando á Sofía á deshacerse de su hermano Pedro por medio de un asesinato. Súpolo este Príncipe, corrió á encerrarse otra vez en el monasterio de la Trinidad, y llamando á sus gentes y á su partido, pues ya habia sabido hacérselo, aunque solo contaba diez y ocho años, tomó tan bien sus medidas, que á pesar

de los esfuerzos de la co-regenta, del Iwan y de Gallitzin, los Strelitz se sometieron, fueron castigados rigurosamente todos sus cómplices, y desterrado el mismo Gallitzin á un desierto bajo el polo, despues de confiscarle todos sus bienes. Sofía tuvo á la postre que abrazar la vida monástica que le enojaba tanto. A ser menos ciega y criminal su ambicion, hubiera dejado esta Princesa una página muy ilustre en la historia de Rusia, pues sobre hermosa y discreta, hablaba bien, escribia mejor, y aun cuentan que era algo dada á las musas.

Iwan reinó en el nombre solamente, adjunto á Pedro, hasta su muerte, acaecida en 1696.

V.

Ya hemos dicho que desde sus primeros años daba Pedro I notables muestras de lo que habia de ser. Con rara maldad la co-regenta, por alejarle del trono, habia descuidado su educacion de una manera lastimosa. Todos los vicios de la juventud y del trono, y muy particularmente la gula y la intemperancia, iban minando ya su privilegiada naturaleza. Pedro lo conoció á tiempo para reformarse un tanto; pero no sin que esta educacion soez hubiera ocasionado ya una víctima, que fué Eudoxia Fœdorowna, hija de Fœdor Abrahamwitz Lapuchin, con quien se habia casado Pedro en Junio del mismo año en que abdicó Sofía su ilegítimo poder.

El autor aleman de una historia de Eudoxia, que vertida al castellano se publicó en Valencia en 1831, dice que esta jóven «reunia todas las cualidades capaces de cautivar la voluntad de cuantos la veian, y podia dudarse si la perfeccion de sus facciones era superior á sus talentos.» Sin embargo, duró poco el amor de Pedro; bien por serle ella mayor en edad, bien por su condicion excesivamente zelosa, ó bien por oponerse, como se opuso, al desatentado anhelo por reformar que aquejaba á su marido, fuéronse aflojando de tal manera los lazos que los unian, que ya en 1690, cuando Eudoxia dió á luz al infortunado príncipe Alejo, se hallaba el Czar enamorado de cierta Ana Moësen, de raza alemana, que vivia en un arrabal de Moscow. En vano la Czarina viuda hizo por llamar á Pedro á la razon y al deber; el nuevo amor estaba ya en su pecho muy arraigado, y aun bastáran á arraigarlo, si él no lo estuviera, los furiosos zelos con que Eudoxia sin cesar le perseguia. Tales fueron al parecer las causas que motivaron su reclusion al convento de Satulski, á 30 millas de Moscow, por órden de su marido, que se hallaba á la sazon en el sitio de Azof.

Esta fué la mayor mancha que echó sobre sí Pedro en su juventud, que por lo demás fué todo lo activa, todo lo laboriosa y aprovechada que puede imaginarse. Su primera empresa fué fundar una marina, cosa que ya su abuelo Alejo habia intentado, y que le estorbó la insurreccion del tártaro Stenko-Rasin. Un dia, siendo aun muy niño, vió Pedro en Ismael-of, sitio real de su abuelo, uno de los antiguos barcos abandonado; chocóle su construccion, diferente de la que se usaba en Rusia, pues hacía á remo y á vela; mandólo calafatear; hizo que se buscase por todas partes al constructor que su abuelo trajo de Holanda; encontrósele en Moscow, donde vivia retirado, y al poco tiempo la marina rusa contaba con dos fragatas y tres yachts. Lo mas sorprendente de todo es que Pedro I hacía de piloto en uno de estos barcos. En 1694 pudo ya embarcarse en el mar Glacial, escoltado por un barco holandés que mandaba el capitan Jolson, y por todos los barcos mercantes que habia en el puerto de Arkángel. Es de advertir que antes de Pedro ningun soberano de Rusia habia visto el mar Glacial. Aquel fué, por decirlo así, su aprendizaje en las maniobras marítimas, á las cuales se dedicaron tambien sus cortesanos, si bien ninguno las aprendió tan pronto como él.

Ayudaba y aconsejaba á Pedro en sus grandes empresas un genovés llamado Lefort, tan semejante á él en los defectos y en las prendas, que era su favorito y merecia serlo. Como él, nada sabía, nada habia estudiado; pero todo lo adivinaba y comprendia con maravilloso instinto. A este favorito Lefort se debe en gran parte la reforma y extincion de los Strelitz, milicia indisciplinada que comprometia á cada momento la seguridad del Estado. Para esto se fueron preparando los dos jóvenes con toda la sagacidad de unos grandes políticos, formando primeramente en Preobazinsky, casa de campo de los Czares, una compañía de 50 pajecillos, que tomó por esta razon el título de guardia Preobazinsky, con sus oficiales, que fueron los hijos de los boyardos; pero como so capa de juego, este proyecto tendia juntamente á reformar los Strelitz y la milicia toda, para introducir el sistema europeo, dió Pedro el ejemplo singular de servir en los Preobazinsky desde tambor hasta teniente, con que todos los nobles hicieron lo mismo, y así nació la subordinacion. Antes los ejércitos de Rusia eran pelotones informes é indisciplinados, á modo de los de Europa en los tiempos feudales. Intimaba el Czar á sus nobles que saliesen á campaña, y estos armaban á sus vasallos, ora de su propio peculio, ora con un corto sueldo del Estado. Labradores, mercaderes, magistrados y eclesiásticos, solo acudian á la guerra en los casos extremos. Milicia verdadera no la hubo hasta que Juan Basílides estableció los Strelitz. Al principio del reinado de Pedro el *Grande* gastaban algunos todavía cota de malla y arco, chuzo, hacha ó lanza.

Despues de los Preobazinsky formóse otro regimiento de extranjeros, mandado por el escocés Gordon, y una division extranjera de 12,000 hombres, mandada por el mismo Lefort, que aunque nunca hubiese empuñado una espada, supo hacerse un bravo general. Tambien le nombró Pedro almirante, aunque nunca se le

habia alcanzado el menor rudimento de la ciencia marítima; pero el almirante dió en poco tiempo buena cuenta de su título, armando toda una escuadra de barcos largos, y aun de navíos de veinte á treinta cañones, que si bien toscos en su construccion, eran para el pueblo ruso un adelanto verdaderamente fabuloso.

Disciplinadas un tanto las tropas, tranquilo á la sazon el Estado, pensó Pedro en hacer su primera campaña. Largo tiempo anduvo vacilante entre llevar la guerra á la Turquía, la Suecia ó la China, y al fin optó por la primera, deseando aprovechar las favorables circunstancias que la Europa le presentaba para apoderarse del Mar Negro, empresa que desde entonces viene siendo la principal ambicion, el anhelo mas vivo de los emperadores de Rusia. Este sentimiento innato no es otra cosa á la verdad que el mismo instinto á desparramarse por el occidente, que antes del siglo V animaba á los bárbaros del Norte. Aquellas razas invasoras son siempre las mismas á pesar de los siglos; y aunque con forma un tanto menos áspera, el espíritu de Alarico y de Atila vive aun entre los hielos del Septentrion.

Con efecto, á principios del verano de 1685, despues de nombrar una regencia que gobernára el Estado, alistóse el czar de voluntario en el ejército que descendia por la orilla del Don á poner sitio á la plaza de Azof, situada á la embocadura de este rio, en el confin de la laguna Meótides, donde es fama que en lo antiguo estuvo la griega Tanais, famosa por su comercio con el Asia, que luegó mudó su nombre en el de Azof ó Azoph, tomándolo del príncipe Azuf, que en el siglo XII la poseia. En estos tiempos de que tratamos, aunque estaba la plaza bien defendida por los turcos, le hubiera sido fácil á Pedro el conquistarla, á no ser aquella su primera campaña, que siempre el empezar es penoso y difícil, y á reunírsele mas pronto la escuadrilla que sus trabajadores venecianos le estaban construyendo para atacarla por mar. Tambien sucedió que un jefe de artillería, extranjero como casi todos sus oficiales facultativos, disgustado con su general por cierto castigo que le habia impuesto, pasóse á los turcos, y defendió la plaza bravamente, con que hubo al fin que levantar el sitio.

Pero no era Pedro I hombre que cediese á los obstáculos con facilidad. A la siguiente primavera volvió á Azof con mayor ejército, y con su flotilla terminada ya, que eran unas barcas largas, semejantes en la forma á las turcas, con quien tenían que pelear, y dos barcos de guerra holandeses. Al fin, despues de vários encuentros por mar y por tierra, tuvo que rendirse la plaza casi á discrecion, entregando á los rusos el oficial traidor que la habia defendido. Dejó el czar en ella una fuerte guarnicion, aumentó los barcos que la habian de guarnecer por la parte del mar, y haciendo una lijera incursion en la Crimea para abrirse por la Georjia paso al comercio con la Persia, como habian hecho antiguamente los griegos en Colchos, volvió triunfante á Moscow, donde hizo el ejército su entrada con solemne pompa, y Pedro detrás de todos los generales, por no haber conquistado esta graduacion todavía (son palabras suyas). Los vencidos seguian al ejército, y

el oficial traidor caminaba en un carruaje afrentoso, tal como los romanos lo acostumbraron en sus triunfos.

Instruido Pedro ya en las artes de la guerra, puso su atencion en las otras que contribuyen á la prosperidad de los imperios, y despues de enviar á Venecia, á Liorna y á Holanda cien jóvenes distinguidos que estudiasen el comercio, la construccion de buques, la ciencia militar etc. etc., resolvió emprender por sí mismo un viaje de instruccion, cosa verdaderamente rara en un Rey absoluto de veinte y cinco años; pero no habia nacido Pedro para gozar del poder tanto como para regenerar á la Rusia á la manera que él lo entendia. Con el nombre de embajada pusiéronse en marcha Lefort y otros dos señores principales, llevando una comitiva de doscientos, entre los cuales se contaba el Czar. Conocida es de todos la popularidad que adquirió en estos viajes, particularmente en Sardam, donde abdicó su rango para hacerse carpintero, y vivir y vestir y tratar solo con los carpinteros de aquella poblacion, que era entonces célebre por los magníficos barcos que construia. Sus camaradas, por él exigirlo así, le llamaban *baas Peter*, ó sea maese Pedro.

Ni fué solo en las artes mecánicas en lo que procuró instruirse. Desde Sardam volvió á Amsterdam á estudiar anatomía y cirugía con el célebre Ruysch, al mismo tiempo que estudiaba física con el burgomaestre Vitsen, hombre admirable, que empleaba sus inmensas riquezas en fletar navíos para descubrir tierras nuevas, y en pensionar jóvenes que buscasen por todas las partes del mundo las cosas mas raras que hubiera. Por este tiempo vióse el Czar obligado á suspender sus estudios para ir á Utrech á hacer una visita á su aliado Guillermo, Rey de Inglaterra y Statuder de las provincias unidas. El carpintero manejaba el compás lo mismo que el cetro, y así conferenciaba con sabios, con marineros y pilotos, como con príncipes y embajadores.

No ponia entre tanto á su país un solo instante en olvido. Por lo mismo que todo el Norte murmuraba de aquellos viajes, él hacia punto de honor que anduviesen mejor que nunca las cosas de Rusia: desde su taller la gobernaba. Con ocasion de la muerte de Juan Sobieski, rey de Polonia, disputábanse aquel trono el elector de Sajonia, Augusto; el duque de Lorena; Armando, príncipe de Conti, y Luis, príncipe de Baden. Pedro le envió al primero 30,000 hombres desde su taller, al mismo tiempo que ganaban sus tropas una batalla junto á Azof, y llegaban á Moscow artesanos de todas artes; suizos, alemanes y franceses en su mayor número, que él enviaba desde los diversos paises que iba visitando. Por supuesto que antes de todo los habia de examinar por sí mismo, que ya era perito en muchos oficios, y todavía se conserva el mapa que reformó en los tiempos de sus estudios geográficos, con el proyecto de union del mar Caspio y el mar Negro, union que entonces parecia un delirio á todo el mundo.

A principios de 1698 determinó de visitar la Inglaterra, última perfeccion que faltaba á sus estudios, y habiéndole enviado el rey Guillermo dos navíos de guer-

ra y su yackt particular, partióse la embajada de Amsterdam, y Pedro con ella. De Inglaterra tambien está por demás decir que sacó grande aprovechamiento y gente científica que pudiera reformar su país, entre otros el ingeniero Perri y el escocés Fergusson, que fué el primero que introdujo la aritmética en las oficinas rusas, y que ayudó á Pedro despues en el establecimiento de la escuela marítima, de la escuela de geometría y la de astronomía. A esta época pertenece tambien una alteracion muy notable en las costumbres rusas, y que en verdad le puso á dos dedos de perder el trono, que fué la introduccion del tabaco, cuyo privilegio vendió en Lóndres á una compañía inglesa. Antes el fumar lo tenía prohibido rigorosamente la iglesia de Rusia.

Hallábase Pedro ya en Viena estudiando la disciplina de los ejércitos alemanes y apercibiéndose á marchar á Venecia, cuando supo que habia estallado en su imperio una tremenda conspiracion, por obra tambien de la princesa Sofía. Apegados los boyardos á sus rancias costumbres, los sacerdotes á su fanatismo, y los Strelitz á su insubordinacion, se habian concertado con ella: los primeros en ódio á un príncipe que anhelaba reformarlos; los segundos en son religioso, que tenía por causa principal el nuevo uso del tabaco; y los terceros, en obediencia al espíritu selvático y revuelto que siempre los animára. Aunque el Czar, preveyendo este caso ú otro semejante, habia dejado á la regencia ámplias disposiciones, y diseminados los regimientos de Strelitz por la frontera de la Crimea, ellos se juntaron y vinieron sobre Moscow para impedir á Pedro la entrada en sus estados y dar el trono á Sofía; pero no era ya tiempo, pues el soberano acababa de llegar á la córte de improviso, al mismo tiempo que una division mandada por Gordon salia al encuentro de los revoltosos á quince leguas de Moscow. Pedro en esta ocasion fué cruel hasta un punto inconcebible, gozándose en segar por sí mismo cabezas con su espada. Siete mil Strelitz de los prisioneros pagaron con la muerte, y algunas de sus mujeres fueron enterradas vivas.

Cuenta el historiador Cantú que se obligaba á treinta, cincuenta y aun ciento de los sentenciados á tenderse juntos boca abajo, poniendo la cabeza en un tajo de colosal longitud, donde luego los iba hiriendo el hacha unos tras otros.

La mayor parte de los cadalsos se levantó junto al monasterio donde se hallaba Sofía. No queriendo perder ocasion tan oportuna, Pedro abolió aquella guardia revoltosa y temible, ayudado de la nueva guardia, que como ya hemos dicho, fué desde niño imaginando. A hacerlo de otro modo, hubiera tenido la misma suerte que el sultan Osman, ahogado años atrás por sus genízaros, que andaban sospechosos de que iba á disminuir su número. A par que destruia aquel foco de insurreccion, montaba Pedro su ejército á la manera alemana, creaba la marina, reformaba el consejo de Estado y la administracion, y por último, la Iglesia, la mas necesitada de reformas en todo tiempo.

Una verdadera reforma no se limita á una sola clase de la sociedad. Los verdaderos reformadores tienen una mision mas alta: así lo comprendió Pedro el

Grande á su manera bárbara, como ya en otra ocasion lo hemos apuntado, y mas adelante lo discutiremos. Al dirigirse á él sus vasallos usaban siempre de la palabra esclavo (*golut*), indigna de un gran pueblo, como debia de ser la Rusia dentro de poco. Pedro hizo que esa palabra se sustituyese con la de vasallo (*raad*), con lo que daba á entender que sus reformas se extendian hasta aquello mismo en que se cifraba su despótica autoridad. Tampoco desdeñó las reformas de los vestidos, ni la de las tertulias ó reuniones, ni la del modo de escribir, ni la de los casamientos que en antes se verificaban al uso de Persia sin ver los maridos á sus mujeres hasta el mismo dia de la boda; ni otras, en fin, de menor cuenta que sería prolijo enumerar, hasta ponerles término con la del calendario, reforma indispensable si la Rusia habia de marchar al unísono con las naciones de Europa. Pese á la fanática oposicion de los curas que se aprovechaban de la imprenta, introducida por él recientemente, para llamarle en sus libelos el Ante-Cristo; pese á la universal creencia del ignorante pueblo ruso de que Dios habia creado el mundo en el mes de Setiembre, Pedro decretó que el año empezára en 1.° de Enero, como en Europa, y no en 1.° de Setiembre, como hasta entonces habia empezado en Rusia. Esta reforma se verificó en 1700.

Dado un nuevo carácter á su pueblo, así en lo físico como en lo material, volvió Pedro los ojos á la política. De resultas de la batalla de Zenta y de la paz de Carlovitz, el sultan Mustafá II habia tenido que someterse á sus vencedores los venecianos y el príncipe Eugenio, que dieron al Czar la posesion de Azof y de los fuertes de sus cercanías. Imposibilitado con esto de extender sus fronteras á costa de los turcos, pensó apoderarse de la Ingria y de la Carelia, posesiones que la Suecia habia quitado á la Rusia en tiempo de los falsos Demetrios. Ninguna ocasion mejor. Cárlos XII habia sucedido muy niño en el trono de Suecia á su padre Carlos XI, Rey despótico é injusto, que no respetó los privilegios de la Livonia y la Estonia, provincias que le habian sido cedidas por la Polonia en la paz de Oliva, obligándolas á que le enviasen embajadores á recordarle su deber. Juan Patkul era uno de estos embajadores. Recibióle malamente Cárlos XI, y enojado con su entereza, le sentenció á muerte; pero él logró fugarse y esperar en Suiza ocasion de vengar su afrenta y la de su patria. A la muerte de Cárlos XI no se descuidó Patkul en correr á Polonia y á Moscow á excitar á sus dos Soberanos á caer sobre la Suecia. No necesitaba de tanto Pedro I, que acababa ya de aliarse con los reyes de Dinamarca y de Polonia contra el jóven Cárlos XII, é invadió la Ingria con un ejército de 60,000 hombres y 140 cañones, poniéndole sitio á Narva, ciudad poco considerable que habia de rendirse fácilmente.

Apenas contaba Cárlos XII diez y ocho años, cuando se vió amenazado de tan poderosos reyes; mas no tan solo no desmayó por eso, sino que acometiendo al de Dinamarca en sus propios estados, puso fin á la guerra en seis semanas; mandó un poderoso refuerzo á Riga, capital de la Livonia, sitiada por Patkul, que tuvo que levantar el sitio, y fué á Narva al encuentro de los rusos,

que faltos de su jefe, que habia marchado á Nowgorod creyendo aquella empresa de poca monta, viéronse derrotados completamente por un ejército de 9,000 hombres, mandados por un niño. Los rusos eran 60,000, como queda dicho; pero los historiadores atribuyen esta derrota á las diferencias que se habian levantado entre los dos generales á quien Pedro dejó encomendado su ejército. Ello es que pocas derrotas ha habido en las guerras como la de Narva. Solo de prisioneros se contaron 30,000, y entre ellos todos los generales y jefes. El jóven Cárlos XII tuvo la rara é imprudente generosidad de devolver á Pedro sus prisioneros, solo la mitad desarmados, con lo que disminuia notablemente el fruto de su victoria.

Al momento que supo el czar esta catástrofe, acudió á ponerle remedio. El enemigo le habia tomado en la pelea todos sus cañones, y no habia bronce en Rusia para fundir otros nuevos; pero se apodera al punto de las campanas de las iglesias, y en poco tiempo rehace su artillería; manda á Riga con un ejército al general Repuin; conferencia con los Reyes de Polonia y de Dinamarca; dirige la construccion de cien barcos, semejantes á las antiguas galeras; y lo que es aun mas admirable en tan calamitosas circunstancias, emprende la union del mar Báltico, el Caspio y el Ponto Euxino por medio de canales. En 1702 se dió principio á la fábrica del que une al Tanaïs con el Volga. Al mismo tiempo establecia telares y fábricas de papel, fundaba talleres y fábricas, trayendo extranjeros á manejarlos, é importaba de Sajonia y de Polonia pastores y ganados que surtieran á Rusia de buenos lienzos. Nunca se ha visto en país tan bárbaro tanto genio, ni actividad tan extraordinaria.

La guerra proseguia entre tanto, aunque floja y reducida á escaramuzas: en una de estas entraron los rusos á saco la ciudad de Mariemburgo, que está puesta en los confines de la Livonia y de la Ingria, y que en la actualidad no existe. Un sacerdote protestante, llamado Gluk, habia recojido por compasion en su casa á cierta jóven de la Livonia, notable en calidades de hermosura, que en el fragor del combate se habia refugiado á un horno, donde la hallaron los vencedores. Fué para ella la esclavitud un triste azar de la voluble fortuna, pues aquel mismo dia iba á casarse, ó se habia ya casado, segun otros historiadores, con un oficial sueco que acababa de morir en las calles de la poblacion. Maltratada hubiera sido sin duda alguna de la soldadesca, á no compadecer sus juveniles gracias al general Menchikoff, que se la llevó consigo, dándole el cuidado de una hermana jóven que tenía. Meses adelante vió el Emperador á la prisionera en casa de su general, y prendóse de ella apasionadamente. Aquella jóven se llamaba Catalina, y fué Emperatriz de Rusia años adelante: con esto se dice cuanto en esta ocasion viene al propósito.

VI.

La campaña de 1702 terminó bajo buenos auspicios, entrando triunfalmente el ejército en Moscow de la misma manera que se hizo despues de la toma de Azof. Por este tiempo ya era teniente el Czar á las órdenes de su favorito Menchikoff.

Como siempre que tornaba á su capital, consagróse Pedro á nuevas reformas y mejoras; despues corrió á sus astilleros á dirigir dos navíos de ochenta cañones y otros de menor calibre. El progreso marítimo era ya colosal, como se ve. Necesitando apoderarse de una fortaleza muy importante asentada á orillas del Ladoga, encargóse él mismo de impedir con una flotilla que los suecos la socorriesen por mar, lo que logró bravamente; y de resultas de este hecho, segun dicen sus memorias, «fué creado caballero de la Orden de San Andrés, por el »almirante Gollovin, primer caballero de la Orden.» En el mismo sitio que ocupaba esta fortaleza, sitio agreste, y que solo por un punto se enlaza con la tierra firme, fué donde Pedro determinó de fundar su nueva capital, llamada Petersburgo ó poblacion de Pedro; y contra todo lo natural y comun de que solo sean ocasionados á estas empresas los tiempos de paz, en cinco meses vióse como por ensalmo rematada. Bien que la historia quedó ensangrentada en esta página con los horrores y crueldades de que fueron víctimas los infelices campesinos de las cercanías, que por fuerza los hacian acudir á las obras, donde los diezmaban las epidemias y los infinitos contagios producidos por aquellas lagunas pestilentes. Excusado parece decir que solo fué entonces una poblacion humilde, aunque bien fortificada. Viendo los suecos la prediteccion con que la miraba el Czar, resolvieron acabar con ella, enviando á batirla una escuadra, para aquellos tiempos formidable; pero rechazados cuantas veces trataron de desembarcar, renunciaron por último á su empresa.

Ardiendo Pedro en deseos de vengar la derrota de Narva, emprendió el sitio de esta poblacion con notable maestría, que le hubiera colmado de gloria, á no poner en uso para rendirla una traidora treta, que hubiera deshonrado á cualquier general ó príncipe europeo. Esperaban los sitiados por momentos un refuerzo que Cárlos XII les habia de enviar, cuando vieron atacadas las trincheras rusas por un buen golpe de soldados suecos, que llevaban á sus enemigos de vencida. Pensando ser ocasion de exterminarlos por completo, abren entonces los sitiados las puertas para ayudar á sus compatriotas; pero en el mismo instante cargan todos

sobre ellos, así rusos como suecos, que eran tambien rusos disfrazados, y pocos dias despues, haciendo la mas espantosa carnicería, se apoderan de la plaza. Indigno desquite de una noble victoria. Con esto, y con las derrotas de Gemaversohf en Curlandia, y de Franstadt en la frontera de Polonia, vióse que el ejército ruso no servia aun para pelear en campo abierto, y que á no valerse de artificios como el de Narva, siempre los suecos le sacarian ventaja. Animo necesitaba el Czar para no descaecer con tantas desgracias; pero lo tuvo; y cuenta que á ellas se unieron otro motin del miserable resto que habia quedado de los Strelitz y las murmuraciones del pueblo, descontento de sus reformas. El motin de Astrakan fué prontamente reprimido y castigado.

Entre tanto su aliado Augusto se hacia indigno de aquellos esfuerzos, firmando el tratado de Alt-Ranstadt, donde reconocia por Rey de Polonia á Estanislao Leczinsky, últimamente elegido por los polacos, y aliado con Cárlos XII; renunciaba á la alianza del Emperador de Rusia; y para colmo de mengua, se comprometia á entregar á Cárlos aquel Juan Patkul, de la Livonia, que era á la sazon general ruso, y que, contra el derecho de gentes, yacia en poder de Augusto prisionero. Adviértase que en aquellos mismos dias iba él incorporado á Menchikoff por la Posnania, y que hasta su misma guardia se la pagaba el Emperador, lo que hacia mas inicua su bajeza; pero las victorias de Cárlos le habian dado tanta importancia, que su solo nombre inspiraba mas que respeto, terror. Esto y su propio orgullo fué lo que perdió al Rey de Suecia, que queriendo acabar de una vez á su enemigo, avanzó sobre el Boristenes con un ejército de 45,000 hombres y propósito de penetrar en el imperio ruso. Sonrióle la victoria en sus primeros pasos, pues á la misma márgen del Boristenes consiguió la de Hollosin, mas perjudicial que no ventajosa para él, pues afirmóle en la idea de penetrar en la Ukrania.

Un hetman ó capitan de cosacos, llamado Mazeppa, que deslumbrado por la gloria de Cárlos XII, le habia prometido un refuerzo de 20,000 cosacos y considerable cantidad de víveres para mantenerse en aquellos desiertos, fracasó en su conspiracion, y tuvo que faltarle á su promesa por no haber querido seguirle su gente, con que el imprudente Monarca sueco hallóse en país desconocido, falto de cuanto necesitaba para su considerable ejército, y molestado por el Czar, que le iba picando en persona la retaguardia con la flor del ejército ruso. En vano acudió á su ayuda Lovenhaupt, general sueco de mucha fama, con 18,000 hombres y provisiones de guerra y boca; interpusiéronsele los rusos en Lesnau y en Prospock, á las orillas del Desna, acabando por quitarle en este último punto todo el convoy que le llevaba á Cárlos, sobre matarle y hacerle prisioneros 8,000 hombres entre oficiales y soldados. En esto llegó el refuerzo de Mazzeppa, que se habia quedado reducido á unos 2,000 hombres y á la plaza de Bathurin, en la Ukrania, tenida por capital de los cosacos. Quiso ocuparla con su gente el Rey de Suecia; pero como no conocia el terreno, adelantósele Menchikoff, que arrasó á Bathurin en castigo de la traicion de Mazzeppa.

Todas las personas que rodeaban á Carlos le aconsejaron que desistiese de su propósito. El invierno habia empezado tan riguroso, que en solo un dia murieron helados mas de 2,000 suecos; la falta de vestuario, de víveres y de poblaciones donde abrigarse, tenian al ejército expuesto así á epidemias, como á naturales catástrofes. Esto, sin contar que los rusos de todos lados le estrechaban. Cárlos á nadie dió oidos: su intento era marchar á Moscow directamente, cuando la estacion variára; intento loco, solo creible en un hombre cegado, como él, de la vanidad. Para que se comprenda lo ignorado y selvático de aquellos países, baste saber que mucho tiempo la Europa estuvo sin noticias de entrambos Monarcas, esperando que el mejor dia apareciese en Moscow el famoso Cárlos dictando leyes á todo el Norte. Tambien ellos estuvieron un buen espacio de tiempo sin pelear á causa de la nieve; pero habiendo hecho Cárlos, ayudado de Mazzeppa, alianza con los cosacos Zaporavianos, que habitan sobre las cataratas del Niepper, quiso penetrar en Pultava, poblacion donde estos trafican, situada en la ribera del Vorskla, rio que quince leguas mas adelante desemboca en el mismo Niepper ó Boristenes; pero Pedro I habia concentrado sus ejércitos en torno á Pultava, y en 15 de Junio de 1709 se dió aquella famosa batalla que decidió la suerte de la Rusia, de la Polonia y de la Suecia. Herido Carlos en una escaramuza el dia anterior, hízose llevar entre soldados al campo de batalla, donde combatió heróicamente sin impedir con esto la derrota de los suyos, que tuvieron que emprender la fuga dejando en poder del enemigo 18,700 hombres, y muertos en el campo de batalla 9,000.

Refugióse Cárlos en Turquía, con gran descontento del Czar; que segun afirman algunos historiadores, le escribió diciéndole que no se pusiese en manos del mayor enemigo de la cristiandad. A la noticia de su derrota sucedió en Polonia, en Sajonia y en Suecia, una completa revolucion. El elector de Sajonia recobró el trono de Polonia, que le habia hecho Carlos renunciar en favor de Estanislao, que ahora tuvo que refugiarse á la Pomerania. El mezquino ejército que le quedaba al rey de Suecia, vióse obligado á la neutralidad por un tratado rarísimo entre el Czar, el rey de Dinamarca, el de Prusia, el elector de Hannover y el duque de Holstein. Este ejército se habia retirado á la Pomerania, y el Senado sueco aprobó el tratado que le obligaba á no defender á su Rey. Entonces fué cuando este escribió al Senado aquella famosa carta en que decia que iba á enviar una de sus botas para que gobernase la Suecia. Pedro entre tanto volvió á sitiar á Riga, tomó por asalto á Elbind, almacen de los suecos en Polonia, apoderóse de Viburgo, capital de la Carelia en Finlandia, de la ciudadela de Pennamunde y de la fuerte ciudad de Kexholm, sobre el Ladoga, de la isla de Oesel y de otras poblaciones importantes de la Livonia, junto y alternado todo esto con viajes á San Petersburgo, que de dia en dia progresaba, y con la entrada triunfal de su ejército en Moscow, figurando ya Pedro en él de general.

Aprovechó Achmet III aquella ocasion para declararle la guerra; pero no

como aliado de su huésped Cárlos XII, sino con el propósito de recobrar á Azof y destruir el poder de Rusia en el mar Negro. Tambien le incitaba á ello poderosamente el Kan de los tártaros de Crimea, que temia la vecindad de Pedro con sus Estados. No se hizo de rogar éste, y aceptando la guerra en su nombre y en el del rey de Polonia, su aliado, partió con un ejército contra los turcos el mismo dia que publicó su casamiento con Catalina, la prisionera de Mariemburgo. Los hospodares de Moldavia y de Valaquia, que son los antiguos Dacios y Gépidos tan famosos en la época romana, soportaban malamente el yugo de la Turquía, que era quien los nombraba, y concertaron con Pedro secretamente de ayudarle en esta ocasion, lo que vino á renovar las cosas del tártaro Mazzeppa con Cárlos XII, pues cuando el Czar por una parte, y el general Sheremetoff por la otra, se acercaron al Danubio á protejer la insurreccion de los hospodares, halláronse con que Bassaraba, que era el de la Valaquia, indispuesto con Demetrio Cantemir, que era el de la Moldavia, habia abrazado la causa de los turcos, que al mando del visir Baltagi-Mehemet habian pasado ya el Danubio para salirles al encuentro. Cantemir le fué á Pedro leal; pero en cambio no pudo asistirle con las tropas y vituallas que le tenía prometidas.

Pasado por los turcos el Danubio, donde el Pruth desemboca, venía Pedro á encontrarse en una posicion muy semejante á la de Cárlos XII en Pultava, agravada con tener él solo 37,000 hombres, mientras contaban entre Baltagi-Mehemet y los tártaros mas de 200,000. Veníale ayuda, sí, por la parte de Moldavia, al mando de su general Renne; pero los turcos lo supieron y cortáronle toda comunicacion. Así quedaba encerrado entre el Pruth, defendido por los tártaros, desde su orilla derecha, y el camino de Jassy, capital de la Moldavia, donde tocaba un ala del ejército turco. Al mismo tiempo sentíase con todos sus horrores en el campo ruso el hambre, la peste, y sobre todo, la falta de agua; pues no podian tomarla del Pruth sin que los tártaros desde la opuesta orilla los acribillasen. Esto sin contar que, por una maniobra atrevida, Baltagi-Mehemet le habia cortado al ejército ruso su comunicacion con un crecido cuerpo de caballería cosaca.

Al fin se decidió Pedro á levantar el campo por la noche en direccion á Jassy; pero los turcos cayeron sobre su retaguardia, que hubiera sido completamente destrozada á no hacer prodigios de valor la guardia Preobazinsky. Así con vária suerte alternativa duraron las escaramuzas hasta el alba, hora en que el Czar se vió perdido sin remedio, y atacado de violentas convulsiones, se dejaba ya vencer de su desesperacion, cuando Catalina, que le seguia á caballo en paz y en guerra, imaginó tratar de paz con el visir, y á este propósito le envió una carta y vários presentes. Baltagi con efecto aceptó la proposicion el 22 de Julio, contra el parecer de todos sus generales, ó bien porque creyese mayores las fuerzas del Czar, ó porque temiera los triunfos que Renne alcanzaba en la Moldavia, á donde le habia obligado á retirarse, ó bien, en fin, porque resentido de la altanería de Carlos XII, que trataba á los señores turcos como vasallos, y que

no habia querido moverse de su retiro, que estaba cercano, para visitarle en su tienda, se le importase poco al general turco de lo que él ganára ó perdiera en aquel trato. Por lo que hace á su gobierno, tomóselo á bien, y aun se celebró en Constantinopla con grandes festejos la capitulacion de los rusos. Bien que por ella lograba el gran Señor nada menos que la vuelta á sus dominios de Azof y todas las fortalezas del mar Negro. Lo único á que no accedió Pedro el *Grande*, á pesar de todos los esfuerzos de Baltagi-Mehemet, fué á la entrega del hospodar de Valaquia, Cantemir.

Tantas fatigas y desgracias en tal manera habian alterado la salud de Pedro, que sin los cuidados de Catalina y las aguas de Carlsbad en Bohemia, acaso hubiera sucumbido. Uno de sus mayores sentimientos era tener que renunciar al dominio del mar Negro, con que dirigió sus miras á otra parte. Mientras él tomaba las aguas, invadian sus generales la Pomerania y bloqueaban á Stralsund, con el objeto de arrebatar á la Suecia sus posesiones alemanas, aliándose con los electores de Brandeburgo y de Hannover y con el rey de Dinamarca. A su vuelta á la capital, consagróse al perfeccionamiento de sus reformas y al reconocimiento y festejos públicos de su matrimonio con Catalina, así como al de Alejo, hijo de su primer matrimonio con Eudoxia. El czarowitz acababa de casarse en Torgan con la princesa de Volfenbuttel, hermana de la emperatriz de Alemania.

Entre tanto Carlos XII continuaba en Turquía, visto de tan mal ojo por el Sultan, que para presentarle memoriales y papeles, como un pretendiente de nonada, tenía que recurrir á intrigas bajas y torpes. Su reino por otra parte estaba agotado: todo el Norte lo tenía por enemigo; y sin embargo seguia desafiándole desde el fondo de su retiro en Besarabia. Mas prudente Estanislao, viendo el giro de los negocios, abdicó sus derechos al trono de Polonia en manos de los generales suecos que defendian la Pomerania con unos 10,000 hombres, último recurso que quedaba al rey de Suecia, y partió á Turquía en busca de su bienhechor, con esperanza de hacerle dar la vuelta á su reino; pero llegó en ocasion tan mala, que de resultas de sus bravatas y de una pelea que al frente de sus criados habia sostenido Carlos contra un verdadero ejército de genízaros, encerróle el Sultan en Demirtash, poblacion cercana á Andrinópolis, y despues en Demotica, sufriendo Estanislao la misma suerte, si bien ambos eran tratados con aquel miramiento que su desgracia y su rango merecian. Cosa rara fué de ver dos príncipes cristianos prisioneros en Turquía.

Ya hemos dicho que todos los recursos de la Suecia estaban agotados. Sin embargo, reanimado el general Steinbock con un empréstito de 200,000 escudos que acababa de levantar en París un noble sueco, corrió á afrontarse con el ejército danés y sajon en el camino de Vismar, desbaratándolos antes que pudieran reunírseles los turcos; pero reunidos al cabo le persiguieron con tanto encarnizamiento, que tuvo que refugiarse en el Holstein. No se detuvieron por eso los tres ejércitos, y como lograse Steinbock por mediacion del célebre Gortz,

que la ciudad de Tonninga le abriese sus puertas, vióse obligado mas tarde á capitular con su gente, no sin dejar expuesto á las iras de los tres poderosos aliados al jóven duque de Holstein, que por su parentesco con Cárlos XII accedió á prestarle asilo.

Solo quedaba, pues, á los suecos la armada que los hacia señores del Báltico. Pedro el *Grande*, que desde mucho tiempo atrás ardia en deseos de probar su marina despreciada sobremanera del enemigo, reunió diez y seis navíos de línea y ciento ochenta galeras, y fué á encontrarse en el Báltico con la flota sueca al mando de Apraxin, muy superior en calidad y en número, si bien menos rica de galeras, que son las mejores embarcaciones para aquel mar sembrado de escollos. Trabóse el combate junto á la isla de Aland, quedando la victoria por los rusos, que destruyeron ó apresaron casi toda la escuadra, y con ella á su almirante. En este combate fué sin duda donde hizo Pedro mas alardes de valor é inteligencia, siendo de sus resultas elegido vice-almirante por unanimidad de votos.

Demandaba ya la paz la regencia de Stokolmo, cuando supo que Carlos XII abandonaba la Turquía; y con efecto llegó á Stralsund en Noviembre de 1714, á los cinco años y medio de ausencia; pero no hizo sino cambiar de cautiverio, pues los prusianos, los danéses y los sajones le sitiaron en Stralsund, faltándoles poco para cojerle. La plaza tuvo al fin que rendirse, convertida en escombros, y los aliados pusieron despues sitio á Vismar, donde corrió á reunírseles Pedro el *Grande*, cuando ya habia capitulado. Mucho enojó al Czar que no contasen con él para tan importante asunto, y este fué el primer motivo que empezó á inclinarle á la paz. El diplomático Gortz, consejero de Cárlos XII, atizó los celos que iban inspirando á Pedro sus aliados. No era ocasion todavía de ajustar paces con la Suecia, pero sí de hacer punto en la guerra, y á esto se atuvo el Czar, que deseaba una tregua por el estilo para terminar sus viajes. Los primeros que habia emprendido eran los del jóven que se instruye; estos iban á ser los del político que observa y compara. En todo el Norte fué recibido con grandes festejos, que todo él le debia su prosperidad; pero en Francia fué mas admirado que en ninguna otra parte, así por la grandeza de sus hechos, como por la novedad y el asombro que causaba un príncipe que en veinte años habia hecho de un pueblo bárbaro y desconocido uno de los mas poderosos y respetados de Europa.

A su vuelta á Rusia, no tan solo prosiguió las grandes reformas que le habian ocupado siempre, sino que hizo imprimir una ordenanza militar que él mismo habia compuesto, y nombró un tribunal que juzgase la conducta de sus ministros; dos grandes y verdaderos adelantos que probaban la altura á que habia llegado el imperio. Ibase ya concibiendo por todas partes la idea de lo que era Pedro, é inspiraba toda la admiracion que merecia. En esto vino á amargar su existencia un gravísimo acontecimiento que solo en España ha tenido semejante en los

tiempos modernos, que fué verse obligado á castigar con la muerte á su propio hijo Alejo, por graves desórdenes y culpas que no están esclarecidas en las historias bastantemente.

Era el czarowitz de condicion díscola, de entendimiento escaso y de tendencias á la manera que hoy llamamos retrógradas, como que se puso por cabeza de cuantos veian de mal ojo las reformas de su padre, y así en público como en secreto las menospreciaba y escarnecia. La princesa de Volfenbutel, con quien se habia casado, como va dicho, murió en 1715 víctima de su mal trato y de los disgustos que le ocasionaba su amor impuro á una cierta Afrosina, criatura corrompida. A todo esto se añade que el segundo matrimonio del Czar habia enojado en gran manera á su hijo, encendiéndose entre Catalina y él un ódio irreconciliable, si bien confiesan algunos historiadores, sin que lo desmientan otros, que no contribuyó en nada á su triste suerte la venturosa prisionera de Mariemburgo. No se ha de acusar á Pedro de haber empezado esta guerra de familia, si tal nombre puede dársele, con reprensiones ó castigos inmerecidos, pues habia mimado verdaderamente al czarowitz, confiriéndole un año la regencia del imperio, y procurando atraérsele con otros halagos; pero el mal aconsejado jóven dióse á huir por los pueblos de Europa, como si su padre le persiguiera, desconceptuándole con los soberanos, y aun tramando, segun cuentan, una conspiracion con su cuñado el emperador de Alemania. Las cartas que en este intervalo le escribia su padre, ora tiernas, ora duras, como de quien ama y de quien manda, no hacian sino agriar los sentimientos del jóven, que en contestacion á una de ellas abdicó su derecho al trono. Cansado al fin de contemplaciones, mandó Pedro en busca del czarowitz al capitan Romanzoff y al consejero Tolstoy, que le hallaron como refugiado en el castillo de San Telmo de Nápoles.

El dia 13 de Febrero de 1718 llegó el czarowitz á Moscow, acompañado de Romanzoff y Tolstoy; y aunque por esta venida se hallase comprometido el Czar á amarle mas que nunca y á dejarle vivir tranquilo, pues así se lo prometia en su última carta, al dia siguiente le llevó él en persona y sin prevenirle en modo alguno á presencia de un consejo reunido en el mismo palacio, donde se le leyó una declaracion por la cual su padre le desheredaba, «á causa de sus crímenes y de su indignidad,» eligiendo para sucederle á Pedro, hijo de Catalina. El príncipe por su parte renovó formalmente su renuncia al trono, y reconoció por justo y merecido el desheredamiento.

Comenzóse acto contínuo á formarle causa, en vista de su tenaz negativa á confesar quién le ayudaba con obras ó consejos. Halláronsele solamente minutas de cartas, que acaso no se habian llegado á escribir, donde se quejaba de su padre con cierto embozo; depusieron contra él sus principales amigos, su propia querida, su confidente el obispo de Rostou; y púsose por último á cuestion de tormento á un sacerdote que le confesaba, y que declaró al fin contra él. Trastornado con tantas desgracias, empezó á confesar delitos inverosímiles, y á ma-

nifestar por último un desvarío tal de su razon, que solo en un país bárbaro pudo condenársele á muerte, como se le condenó el dia 5 de Julio de aquel mismo año. Esta sentencia es uno de los documentos mas notables que se pueden consultar para conocer el estado de la Rusia en esto de derecho político. Pedro I declara allí que los Soberanos son dueños de la vida de sus hijos en nombre del poder que han recibido de Dios. Lo que mas repugna al instinto natural es que su padre le ahogára con sus propias manos, como cuentan las historias liberales, si bien la de Voltaire, menos digna de crédito en verdad, asegura que murió de apoplejía.

La semejanza de este caso con el del príncipe D. Carlos de Austria, sacrificado por su padre Felipe II á la razon de Estado y á los celos amorosos, fué ocasion de que en aquellos tiempos se dijera por toda Europa que el Czar habia tenido presente el proceso de D. Carlos, cosa que no puede ser de todo en todo cierta, pues este célebre proceso no ha podido hallarse en nuestras bibliotecas todavía, si bien es de inferir por várias razones que exista en España misma; y aun se cuenta que en la biblioteca reservada del Palacio real. Ello sí, lo que no admite duda es que Pedro I procuró asemejarse á Felipe II en la horrible entereza, en la dura tenacidad, con que es muy posible tuviera á la vista algun manuscrito diplomático de las cosas que pudieron pasar entre el príncipe de Austria y su padre.

Por este mismo tiempo se habian reunido en la isla de Aland plenipotenciarios de Pedro para tratar de paz con la Suecia. El ministro Gortz ardia en deseos de ajustarla para trastornar la faz de Europa á costa de Inglaterra; conspiracion en que le ayudaba Alberoni, ministro del rey de España, y algunos señores de Francia enemigos del Regente. De ella y de otros sucesos nacieron complicaciones que retrasaron un tanto la paz. En esto Carlos XII, el *Temerario*, apelativo que le cuadra perfectamente, habia invadido la Noruega, y fué muerto en el cerco de Frederichshall. Elevada al trono su hermana Ulrica, y despues por cesion suya su marido el príncipe de Hesse, terminóse la paz en Neustadt el 10 de Setiembre de 1721, por mediacion del regente de Francia, adjudicando al Czar todas sus conquistas desde la frontera de Curlandia hasta el confin del golfo de Finlandia, donde se comprenden la Livonia, la Estonia, la Ingria, la Carelia, el Viburgo y las islas cercanas de Oesel, Dago, Moné y otras que le aseguraban el dominio del mar.

Tan próspero suceso celebróse en Rusia grandemente, y el Senado y el Sinodo á porfía dieron á Pedro los apelativos de *Grande*, *Emperador* y *Padre de la patria*. Poco tiempo despues fué reconocido oficialmente Emperador por las principales naciones de Europa, á excepcion de la Polonia y del Papa.

Todo el tiempo que tardó en celebrarse la paz de Neustadt, lo habia consagrado Pedro á perfeccionar sus reformas y aun á otras nuevas, de que se hablará mas adelante. Libre, en fin, de todo cuidado interior, pensó ensanchar su imperio por la parte del mar Caspio, á costa de la Persia, que ardia á la sazon en

guerras intestinas; y con efecto, poco tiempo despues el tratado de Ismaël-Beg le aseguraba la posesion de las provincias de Guilan, Mazanderan y Asterabath. Conseguido así su objeto, volvió á Rusia á celebrar la coronacion de su esposa, y poco tiempo despues, fuése de mal crónico que padecia, ó de veneno que le diera la misma Catalina, como pretenden algunos, murió *ab-intestato* el 28 de Enero de 1725, indolencia increible en un legislador como Pedro I, y que da vigor á las sospechas de Catalina, pues la ocasion y circunstancias de su muerte ayudaban á sus intentos sobremanera. ¿Ni cómo se puede creer que muriera naturalmente *ab-intestato*, dejando un nieto que representaba los derechos del czarowitz Alejo, una hija, Ana Petrowna, casada con el duque de Holstein, y la misma Emperatriz viuda, cada cual de estos personajes representaba un partido, y auguraba á la Rusia dias aciagos de revueltas?

VII.

Fué Pedro I un príncipe verdaderamente grande, mas grande aun por haberse educado á sí mismo, rara cualidad en los príncipes, venciendo los resabios de su educacion primera, que fué descuidadísima. El historiador Cantú le otorga solamente el título de *extraordinario*, porque en su ódio itálico á las potencias del Norte se olvida de su excelente filosofía al tratar de la Rusia. Para ella fué Pedro verdaderamente grande, que ella era entonces todo lo bárbara que puede ser una nacion. Cierto que en el despotismo aventajóse á cuantos ejemplos se puedan mencionar; pero ¿cómo de otra manera hubiese domado á aquel pueblo? ¿cómo le hubiera impuesto su voluntad? ¿ni cómo se puede exigir otra cosa de la naturaleza misma de los rusos, incompleta, y á la sazon de todo en todo inculta? A ser Pedro un reformador mas blando, hubiera tardado la Rusia cuatro siglos en llegar á la altura que hoy alcanza.

Es inconcebible lo que adelantó debajo de su imperio. En solos 43 años se hizo la potencia preponderante del Norte; humilló á la Suecia; enfrenó á la Polonia, asentó su dominacion tártara, y se hizo respetable á la Turquía. Ningun barco ruso habia surcado el Báltico, ni el mar Caspio, ni el Negro antes de Pedro; que ya á la vuelta del combate de Aland pudo dirigir á sus compañeros de armas un discurso muy notable que cuadra bien aquí á nuestro propósito. — «Hermanos »mios, les dijo, ¿hubiera há 20 años creido alguno de vosotros que habia de pe»lear conmigo en el mar Báltico, y en bajeles construidos en nuestro propio país? »Tiénese á la Grecia por madre de las ciencias: desde allí pasaron á Italia á des-

»parramarse por toda Europa. Ahora nos llega nuestra vez, si juntando el estu»dio con la obediencia, mi esfuerzo y mis propósitos secundais. Las artes circulan »por el mundo como la sangre por el cuerpo humano; y acaso establecerán su »imperio entre nosotros para volver á la Grecia su patria antigua.»

Bien hacía en pedir obediencia á sus vasallos, pues ningun pueblo ha rechazado las reformas con tanta enerjía como el ruso. El Código civil, que aun desde aquellos tiempos se conserva, tuvo que mandarlo observar con pena de la vida; y para que se admitieran sus reformas de costumbres, ora tenía que valerse de rigor, ora de mandato, ora de ingenioso artificio. A no cortar algunos miles de cabezas, exceso sin duda bárbaro, nunca hubiera conseguido que los rusos se afeitasen. Para disminuir el lujo, y para obligar al pueblo á vestir medio á la europea, puso su propio palacio bajo un pié tan humilde, que la emperatriz Catalina fué en cierto viaje objeto de burla á las fastuosas damas alemanas. El trage de los rusos seguia semejante al de los asiáticos, cuya influencia hemos tenido ya ocasion de observar y describir. Quiso Pedro I reformárselo á la alemana, pero en su natural fogoso, no supo esperar á que el tiempo y la comunicacion de los extranjeros hicieran blandamente lo que él solo por fuerza podria hacer. Colgóse á las puertas de las ciudades un modelo del nuevo vestido, y á todo el que pasaba sin él, se le exigia una multa, ó se le cercenaba el suyo. El motin que esta ridícula reforma ocasionó en algunas ciudades, fué sangrientísimo, y especialmente en Astrakan. Con el juego, vicio muy arraigado en Rusia, sucedió lo propio. Pueden reprobarse los medios de que Pedro se valia; pero no los fines, que eran por lo comun excelentes.

Sin embargo, á los últimos años de su reinado, ya los rusos se doblegaban mejor á su voluntad. La uniformidad en los pesos y medidas, que decretada há tres años en España, no ha podido regir aun por obstáculos nacidos, así de ignorancia como de incuria de los gobernantes, estableciόse en Rusia en 1718, sin que nadie murmurára ni desobedeciera. Los hombres eran una fuerza que Pedro utilizaba, modificaba, ó destruia á su placer. Otra de sus prendas fué comprender y adivinar los que podian servirle en sus intentos, hombres grandes tambien bajo el punto de vista en que los juzgamos. Ya se ha dicho lo que era Lefort. Menchikoff, su segundo favorito, no se le aventajaba en ignorancia y oscuridad, pues desde una pastelería pasó al palacio real y á mandar los ejércitos. No menos oscura Catalina, ¡cuán digna no se mostró algunos años de partir el trono con él! El arzobispo de Nowgorod, Teofanes Procopwitz, que fué su consejero en los asuntos religiosos, aun en la misma Europa pudiera pasar por sabio. ¡Lástima que las reformas que entrambos emprendieron recayesen en una iglesia cismática como la rusa!

Ya hemos dicho que Pedro abolió el patriarcado por incompatible con su trono, como que el Patriarca se sentaba en el Consejo á la misma altura que el Czar, y su opinion tenía tanto peso, cuando no mas, que la de este. Su fanatismo, su es-

píritu de oposicion, y su alta dignidad, le daban sobre el ignorante pueblo una influencia grandísima. Con aquella sagacidad que á Pedro no puede negársele, comprendió que de repente le era imposible llevar á cabo esta reforma. Ocurrida la muerte de Adriano al principio de su reinado, dejó Pedro el patriarcado vacante 20 años para que el pueblo se fuese acostumbrando á aquella falta, y lo abolió al cabo de ellos, sustituyéndolo con el *santísimo Sínodo*, que tenía á su cargo la disciplina eclesiástica y el exámen de los obispos que nombraba el Soberano. Bien hubiera querido tambien mantener su prohibicion de que hasta los 50 años no pudieran recibirse las sagradas órdenes; pero se vió que así los sacerdotes no llegarian á ser obispos sino muy dificilmente y á los últimos de su vida. Esto no obstante, la prohibicion se mantuvo para las monjas. Eran tan numerosos los monasterios, que absorvian casi toda la savia del Estado; con que Pedro ordenó que se estableciesen en ellos talleres y escuelas, obligando á los de religiosos á que dieran albergue y alimento á los inválidos, y dictando, en fin, otras medidas represivas de la ociosidad monástica, y encaminadas á aminorar el número de sacerdotes y de monjas, ocasion por su fanatismo de todas las revueltas. Los primeros, particularmente, vivian tan apegados á la rutina y á lo viejo, que cuando él empezó á reformar la Rusia, tuvo que prohibirles el uso de tintero y de plumas sin autorizacion de los archimandritas.

A este órden de ideas pertenecia tambien el mayor defecto de Pedro el *Grande* á los ojos cristianos. Burlábase descaradamente del catolicismo y de sus instituciones reverendas, llegando al extremo de establecer con el nombre de *conclave* una fiesta ridícula, donde una turba de borrachos, capitaneada por él mismo, elegian por papa á un viejo loco y le paseaban por las calles de Moscow, caballero en un pollino, cuya rienda llevaba Pedro, casándole despues con otra vieja no menos loca en la misma catedral, por mano de un cura sordo y ciego á quien le pusieron gafas..... Esto fué á su vuelta de París, donde los sabios habian intentado convertirle al catolicismo. De esta manera soez conseguia tranquilizar al pais, que alarmado con sus reformas religiosas le suponia capaz de abjurar asimismo sus propias creencias, y poner en ridículo á sus ojos la antigua eleccion del Patriarca, que tenía mas de un punto de contacto con la del Pontífice católico.

En cuanto á las reformas materiales que introdujo, *la Historia imparcial de la emperatriz Eudoxia* trae un resúmen de ellas.—«1.ª--dice:—Un ejército de 100,000 »hombres bien aguerrido y disciplinado.—2.ª—Una marina de 40 navíos de lí»nea y 400 galeras.—3.ª—Plazas fuertes al estilo moderno en todas las partes »donde la defensa de sus Estados lo exigia.—4.ª—Una policía activa y vigilan»te.—5.ª—Academias de marina, á donde todas las familias nobles de su impe»rio están obligadas á enviar algunos de sus varones.—6.ª—Colegios de huma»nidades en Moscow, Petersburgo y Kioff; y un considerable número de escue»las de primera enseñanza.—7.ª—Un colegio de medicina y otro de farmacia en »Moscow. (Antes de Pedro I solo se conocia un médico, el de la familia impe-

»rial; y en cuanto á boticas, no habia una tan siquiera.)—8.ª—Escuelas públi»cas de anatomía y el famoso gabinete de su maestro Ruysch.—9.ª—Un ob»servatorio astronómico.—10.ª—Un jardin botánico.—11.ª—Imprentas, y la abo»licion de los antiguos caractéres que eran poco inteligibles por sus muchas abre»viaturas.—12.ª—Intérpretes para todas las lenguas vivas de Europa, y además »para el latin, el griego, el turco, el calmuko, el chino y otras;—y 13.ª—Una »gran biblioteca pública, compuesta de las tres que adquirió en Inglaterra, Hols»tein y Alemania.»

Pero en lo que mas grande se mostró Pedro I, fué en reformar el espíritu y las tendencias de la Rusia. Encontróla á su advenimiento al trono sometida á la influencia asiática que ya hemos tenido ocasion de observar y describir: asiático el trage, las costumbres asiáticas, asiáticas las leyes y hasta el gobierno, eran un obstáculo insuperable á sus relaciones con la culta Europa. Mirábase á los extranjeros con horror, así por instinto, como por deber, pues su comunicacion y trato estaban prohibidos con pena de muerte. Tal y tan grande era la ignorancia rusa, que á todos los que no hablaban su propio idioma, se los tenia por mudos (*nem*), y así se formó la palabra *nemetz* para nombrar á los extranjeros. En el curso de nuestra relacion se ha visto ya cómo destruyó esta preocupacion Pedro I. Las mujeres asimismo yacian en un apartamiento riguroso, celebrándose los matrimonios á la manera asiática, sin que los novios se viesen hasta el momento de la ceremonia, y aun los mismos Czares tenian, so pena de excomunion, que elegir esposa entre sus vasallas, en una forma muy particular que merece relatarse. Al anuncio de que los Soberanos querian contraer matrimonio, todos los nobles y señores del reino corrian al palacio con sus hijas, engalanadas lujosamente; reuníanse todas ellas en una habitacion, donde se presentaba el Czar, ora disfrazado y oculto entre su acompañamiento, ora á cara descubierta; veia y conversaba con las jóvenes, y el dia designado para la eleccion se le presentaba á la elegida un trage de córte: las demás recibian tambien ricos presentes por via de desagravio. Esta costumbre conservóse sin la alteracion mas mínima y aun el mismo Pedro I se casó con Eudoxia así; pero al advenimiento de Catalina quedó abolida enteramente.

El título de *Czar* era tambien asiático, aunque algunos escritores hayan pretendido ver en él una corrupcion del *César* romano; pero mas probable parece que traiga su orígen de los *sahs* de Persia, tanto mas cuanto que el primero que, como queda dicho, lo tomó, fué Juan IV, despues de la conquista del reino de Casan, cuyos Soberanos se apellidaban *tzares* ó *tchares*; y aun hoy ciertos puristas rusos escriben *tsar*, demostrando cuán acertada es nuestra hipótesis. Entre los oficiales rusos que quedaron prisioneros en la batalla de Narva, contábase el asiático Mitelleski, czarowitz ó hijo del czar de Georgia; lo que es tambien una prueba de lo que venimos sosteniendo. En tomar Pedro el *Grande* el título de Emperador, se ve además la tendencia á sacudir el yugo asiático.

Considerado ya como soberano, réstanos considerarle como hombre. Su trato con los europeos mas ilustrados le dió, permítasenos esta frase, un barniz de cultura que estaba en oposicion con su carácter. Impetuoso, arrebatado, soez, tenia sin embargo la suficiente modestia para conocer sus defectos, y muchas veces se le oyó decir: «He reformado á mi pueblo, y no he podido reformarme »á mí mismo.» Su afecto á los grandes hombres rayaba en desvarío; y se cuenta que, al visitar en Francia el sepulcro de Richelieu, se abrazó con la estatua, exclamando: «¡Ah! te hubiera dado la mitad de mi reino por que me enseñáras »á gobernar la otra mitad.» Rasgo digno de un hombre verdaderamente grande. En resúmen, sus defectos, si no menores que sus cualidades, eran de los que se hallan en el vulgo de las gentes, mientras que cualidades como las suyas solo adornan á los hombres superiores. Como capitan, excedia su valor á su prudencia; como político, su ambicion le hacía olvidarse de la justicia; y por lo tocante á rey, pensaba como legislador, y obraba como déspota; pero en todo le guiaba un noble anhelo: el engrandecimiento y la gloria de Rusia.

De persona era agraciado sobremanera: alto, bien formado, maneras nobles, ojos vivos, y en todo su rostro una expresion de energía un tanto salvaje. La línea de conducta que trazó en cierto papel á sus sucesores, prueba que no era un hombre vulgar; comprendia las necesidades de la Rusia como ningun otro de sus Monarcas, y los flacos de las principales potencias del mundo, como el mejor de los políticos. Así decia aquel papel, segun el escritor Chopin, citado por Cantú. «Deben de hacer los Emperadores todo lo posible por »dar á los rusos las formas y costumbres europeas; deben de estar en pié de »guerra de contínuo, y extenderse como quiera que sea hácia el mar Negro y el »Báltico; y comprometer á la casa de Austria á echar de Europa á los turcos; y »bajo de cualquiera pretexto establecer astilleros y almacenes en el mar Negro, y »avanzar á Constantinopla; y estar siempre unidos con la Inglaterra, que prestará »sus adelantos á la marina rusa, ayudándola á dominar el Báltico y el Euxino; »deben de persuadirse que el comercio de la India es el del mundo todo, y el que »lo posee señor de Europa; deben de entrometerse en todas las cuestiones europeas, »las de Alemania en particular, y encender los zelos de Inglaterra, de Dinamar»ca y de la casa de Brandeburgo contra la Suecia, y atizar la anarquía en Po»lonia, hasta que caigan una ú otra bajo su yugo; y sacar partido del fanatismo »religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Polonia meri»dional y la Turquía; y deben de irritar, por último, á las córtes de Francia y de »Viena, y aprovechar su flaqueza mutua para ganarlo todo.»

Pedro I fué en resúmen un Czar verdaderamente grande, así en sus defectos como en sus calidades, siendo mas apreciables éstas por habérselas adquirido por sí mismo. Para gobernar aquel pueblo de hierro, necesitaba de una voluntad de hierro, y del choque impetuoso de entrambas voluntades habian de nacer por fuerza sus instintos crueles, sus pasiones indomables, sus bárbaros arrebatos. El

pueblo ruso está pintado en este adagio:—*Bog y Tzar Cnaiut*,—que en nuestro idioma significa:—Dios y el Czar lo saben.—Cuando esto está en las creencias del pueblo, ¿cómo extrañar que de Pedro el *Grande* pueda decirse lo que de él dijo el baron de Herberstein:—«Ordena el Czar, y todo al punto se hace. Ni la »vida, ni la fortuna, ni los seglares, ni el clero, ni los señores, ni los esclavos, »nada hay que no esté sujeto á su voluntad suprema. No sufre que se le contra»diga: todo le parece justo, como si él fuera Dios.»

VIII.

El estar tan reciente la coronacion de Catalina, el haber muerto Pedro *ab-intestato*, y sobre todo, los posteriores sucesos, confirman la sospecha del veneno, que tanto papel hace en la historia de Rusia. Téngase además en cuenta que desde que Catalina vió asegurada su suerte, es decir, desde su coronacion, se habia entregado á escandalosas liviandades con un flamenco de su servidumbre, y con el mismo príncipe Menchikoff, que tanto le debia á Pedro.

Caliente aun el cadáver, reunióse en el Kremlin un consejo en presencia del Príncipe y de la Czarina para deliberar sobre el sucesor á quien el trono debiera darse. En sus últimos instantes, habia Pedro empezado á escribir un papel, donde se leia:—«*devuélvase todo á.....*»—y aquí la muerte le cortó el hilo del discurso; pero sin duda aludia á Pedro, su nieto, hijo del czarowitz Alejo, que era el heredero legítimo, tanto mas cuanto que en muchas ocasiones habian asaltado al Czar remordimientos por su anterior conducta. El papel no se presentó sin embargo, y por el contrario, el Arzobispo de Pleskou, de acuerdo con los dos amantes, declaró solemnemente que Pedro, la víspera de la coronacion de Catalina, le habia dicho que la coronaba porque reinase despues de su muerte. En una palabra, tanto se dijo, tanto se intrigó, repartióse tanto dinero entre la guardia imperial, y se hicieron al pueblo tantas promesas, que aquel mismo dia fué proclamada Catalina I, «esclava coronada que no sabía leer ni escribir,» como dice un autor francés. Su reinado empezó, con efecto, blandamente, pues hizo quitar las horcas de las calles, disminuyó los impuestos, y abrió á los desterrados las puertas de la patria. Su política exterior siguió un rumbo enteramente contrario al que le habia trazado su marido; ódio á la Inglaterra y paz y alianza con Austria y Prusia. Los rusos, que ya empezaban á adorar en la memoria de Pedro el *Grande*, acogieron con júbilo el reinado de Catalina, porque lo creian solo una continuacion de aquel como era aparentemente.

Una guerra sangrienta estaba próxima á estallar en el Norte, de resultas del asilo que en tiempos del Czar habia dado en Tonninga al ejército de Steinbock, Carlos Federico, duque de Holstein, pariente del rey de Suecia, como ya se dijo. Cárlos XII arrastró en su caida al jóven Duque, pues á pretexto de que habia faltado á la neutralidad, desposeyóle de sus Estados el rey de Dinamarca, aliándose con la Francia y la Inglaterra; pero el Duque se habia casado con la hija mayor de Pedro el *Grande*, y la cuestion variaba completamente de aspecto. Sorprendióle la muerte al Czar haciendo reclamaciones diplomáticas sobre este asunto y ajustando un tratado con la Suecia; siguió Catalina I el mismo rumbo, y como el rey de Dinamarca se negase rotundamente á devolver á Carlos Federico el ducado de Slevic, armó una escuadra poderosa que salió de los puertos rusos en el verano de 1725, aprestando á par un considerable ejército. Acudió la Dinamarca á su aliado el rey de Inglaterra, y pronto una escuadra de 20 navíos entró en el Báltico á las órdenes del almirante Wager, para sostener la palabra de Jorge I. La paz del Norte iba á romperse inevitablemente; la Suecia y el Hannover permanecian neutrales; la Dinamarca era apoyada por las dos grandes potencias del Continente, y el Austria y la Prusia se ponian de la parte del gabinete de San Petersburgo. Difícil hubiera sido presagiar el resultado de la guerra.

Tal era la situacion política á la muerte de Catalina en 1727. Muy discordes andan los historiadores sobre la causa de esta catástrofe. Apenas contaba la Emperatriz 38 años, y su constitucion robusta parecia asegurarle muchos de vida. Lo mas verosímil es, que enemistado Menchikoff con ella por haberse enamorado de otro, y temiendo por su seguridad personal, resolvió darle muerte y llevarse á su palacio al niño Pedro II, hijo del infortunado czarowitz Alejo y de la princesa de Wolfenbutel, con quien pensaba casar á su propia hija. Esto era una manifiesta contravencion del testamento de Catalina, que habia nombrado miembros del Consejo de regencia al duque y á la duquesa de Holstein; pero no bastando esto á la ambiciosa audacia de Menchikoff, dióse á perseguir á los regentes, que presos, maltratados y escarnecidos, tuvieron que abandonar el imperio. La misma suerte cupo á cuantos se oponian al matrimonio de Pedro con la hija de Menchikoff.

Empero no faltaron al czarowitz consejeros que le abriesen los ojos á las intenciones del Regente, y aprovechando la ocasion de hallarse enfermo, escapóse el jóven por una ventana del castillo de Petershoff, y lanzó contra él un decreto de proscripcion, confiscándole todos sus bienes y despojándole del título de duque que á sí propio se habia dado. Entonces se vió cuán caro habia sido al imperio aquel pastelero humilde, pues poseia 9.000,000 de rublos (que son 72 de nuestra moneda); 4.000,000 en propiedades, 800,000 rublos en alhajas; una vajilla de oro que pesaba 500 libras, y otra de plata que pesaba 420.

Los consejeros del Czar, que eran los príncipes Dolgorouki, en lo que menos pensaron fué en cumplir el testamento de Catalina, llamando á la regencia á los duques de Holstein. A la caida de Menchikoff, siguió el elevarse ellos y el caminar

por sus mismos pasos. Cuando cumplió catorce años Pedro II, declaráronle desposado con una jóven de su familia llamada Catalina, y para dar mas fuerza y validez á este hecho, trajeron á la córte á la emperatriz Eudoxia, mujer primera de Pedro el *Grande*, para que autorizase aquellos trastornos con su presencia y asentimiento. Eudoxia, que durante el reinado de Catalina habia sido tratada con la mayor dureza, hasta el punto de trasladarla á un calabozo desde el convento, vuelta á su libertad en los últimos años de su vida por gracia de los Dolgorouki, consintió en cuanto de ella se exigia; pero no fué muy duradero el triunfo de los Príncipes, pues murió el Czar de viruelas aquel mismo año de 1730, extinguiéndose con él la raza masculina de los Romanoff.

A pesar de su juventud, no habia dejado Pedro de pensar en quién deberia de sucederle, remitiendo al Senado de Petersburgo todas las leyes de sucesion hasta entonces existentes, pero faltóle tiempo para adoptar una definitiva. Parecia lo natural que el Consejo hubiese llamado al trono al heredero mas directo, que era Carlos Ulrico, hijo de los duques de Holstein, y descendiente por la línea materna de Pedro el *Grande*; pero dando oidos al vice-canciller Osterman, presidente del Senado, que manifestó el peligro á que la Rusia se esponia, eligiéndole, de que la arrastrase á una guerra con Dinamarca, por sostener sus pretensiones al ducado de Slevic, el Consejo desechó absolutamente la línea masculina, eligiendo á la duquesa de Curlandia, Ana Iwanona, hija menor del czar Juan, hermano de Pedro el *Grande*. A esta eleccion habia sido impulsado tambien por la nobleza, que esperaba restaurarse así de los mortales golpes que Pedro I le habia dado, creando, en oposicion á la nobleza de sangre, otra militar y civil, que fué la preponderante en su reinado; y con efecto, al subir Ana al trono, vióse obligada á aceptar una especie de constitucion teocrática, por la cual se comprometia:

«A no resolver nada sin la previa aprobacion del Consejo;

»A no declarar guerras ni ajustar paces sin el mismo requisito;

»A no imponer contribuciones;

»A no proveer los cargos principales del Estado;

»A no castigar á ningun noble ni confiscarle sus bienes hasta que el Consejo le hubiera formado causa;

»A no enagenar las propiedades de la nacion.

»Asimismo deberian de someterse al Consejo las bodas de los Czares y la sucesion al trono.»

Como se ve, las ideas importadas de Europa por Pedro el *Grande*, empezaban á producir su fruto. En toda nacion teocrática como la Rusia, el primer vislumbre de la libertad lo hace por lo comun el trono, restrinjiendo el poder de los nobles en favor suyo, que refluye en favor del pueblo: esto lo hizo Pedro: despues los nobles restrinjen el poder real, y en este caso se hallaba la Rusia entonces; pero bien pudo adivinarse que no echaria la reforma tantas raices que al pueblo le llegára su vez; la férrea organizacion del Estado lo imposibilitaba; las tra-

diciones mas recientes se oponian. Ana pasó por todo en un principio, hasta afirmarse en su inesperado sólio; y aceptó la capitulacion (que este nombre se le daba), á trueque de tener á su lado á su amante Biron; pero un año despues, la nobleza, el clero y hasta la plebe, le suplicaron que la anulase, aunque dicen otros historiadores que esto fué una intriga forjada traidoramente por ella misma para reinar á su albedrío.

La capitulacion habia sido el único dique opuesto á la voluntad de Ana, con que roto éste se desbordó tumultuosamente. Biron y Ostermann se repartieron el gobierno. Aquel sobre todo llevó sus crueldades hasta un punto desconocido en Rusia. Los destierros solamente fueron tantos, que los historiadores dicen con suma candidez que «no parece sino que se hubiera propuesto poblar la Siberia.» Con el amor de la Czarina por escudo, nada respetaba, nadie se hallaba libre de sus tiros. Una de sus máximas era, que solo con crueldad podia gobernarse á los rusos; y por cierto que á juzgar por las obras de Pedro el *Grande*, no iba tan descaminado. Bastaba la denuncia mas improbable para que miles de personas fuesen condenadas al cadalso ó al destierro. De estas fueron los Dolgorouki, tan validos en el anterior reinado, y que por un capricho muy raro de la fortuna, fueron á ocupar en la Siberia la misma cabaña á donde ellos habian desterrado á Menchikoff. Hay quien calcula que sus víctimas llegaron al enorme número de 20,000. Hasta inventó una especie de fórmula judicial que arguye la mas refinada malicia. El que denunciaba una conspiracion, era sentenciado á tres golpes de *knut*; pero si despues de ellos se ratificaba en su denuncia, los acusados tenian que sufrir la misma suerte hasta que alguno declarase. Ahora bien; el que por maldad ó por dinero denunciaba á los enemigos de Biron, ¿no habia de sufrir resignado los tres golpes de knut, máxime cuando consistia en el verdugo que fuesen mas ó menos dolorosos? A pesar de tanto despotismo, la influencia europea se iba infiltrando por todos los poros de la sociedad rusa, acaso sin comprenderlo los mismos gobernantes. Hijo su poder de la usurpacion, habia tenido que separarse abiertamente del rumbo que le trazaron sus antecesores, y así como ellos habian encontrado su apoyo en el viejo espíritu moscovita, que apenas existia ya, estos lo tuvieron en las nuevas generaciones que anhelaban por hacer de la Rusia una potencia europea. Acabóse el canal del Ladoga y la instruccion de los ejércitos, que son los primeros gérmenes de civilizacion en los pueblos incultos.

Muerto por este tiempo Federico Augusto, rey de Polonia, los votos unánimes de la nacion polaca llamaron otra vez al trono á Estanislao, que vivia retirado en Francia bajo la proteccion de su yerno Luis XV; empero no tardó Ana, como protectora de Augusto III, en invadir sus Estados con un ejército á las órdenes del general Munich, que avanzó hasta Dantzig, donde se habia retirado Estanislao, obligándole á rendirse despues de una heróica resistencia de cinco meses. Aquella fué la primera vez que el Rhin reflejó en sus aguas los hierros moscovitas, y

fué la primera tambien que se hallaron ellas tan próximas al continente europeo.

Asimismo envió mas adelante un ejército al mando de Leonteff á sujetar á los tártaros que moran en las estepas de la Ukrania y de la Crimea; pero la peste y el frio obligaron á retirarse á aquel general. Mas feliz Munich al año siguiente, pasó el Don y tomó por asalto á Baccisaraï, córte del Kan de los tártaros, incendiando la biblioteca, el palacio y 2,000 casas, llegando hasta la Moldavia y la Valaquia, y dirigiéndose acto contínuo sobre Bender, antigua residencia de Carlos XII; pero la paz de Belgrado le detuvo, con harta pena suya, que hacía ocho siglos que no amenazaban á la Turquía tan de cerca las tropas rusas. Al mismo tiempo devolvió Ana á la Persia las provincias conquistadas por Pedro el *Grande*, que sobre estar demasiado lejanas de su imperio para ser bien regidas, mas que le producian le costaban.

Esto, sus liviandades, y la traslacion de la córte á San Petersburgo, fueron los últimos sucesos de su reinado, que terminó en 1740 con su vida, tambien con sospechas de veneno, pues justamente diez dias antes, por consejo de Biron, habia declarado sucesor suyo á Juan VI, hijo de su hermana Ana de Mecklemburgo, duquesa de Brunswik, bajo de la regencia del citado favorito. No gozó este mucho tiempo del supremo poder, pues el feld-mariscal Munich, intrigante mas diestro que bravo capitan, logró sobreponérsele y que fuera desterrado, y la madre de Juan proclamada regenta.

A esta sazon la Suecia, agitada por los poderosos bandos de *Sombreros* y *Gorros*, habíase puesto en paz, quedando triunfante los *Sombreros* con ayuda del embajador de Francia. Eran los *Sombreros* el partido mas exaltado, con que pareció oportuna ocasion de declarar la guerra á la Rusia esta en que tan revuelta andaba, y con efecto, una Dieta extraordinaria se la declaró solemnemente en Stocolmo el 4 de Agosto de 1741. Solo el tiempo que tardó en llegar á San Petersburgo la noticia, fué el que tardó en invadir la Finlandia el feld-mariscal Lascy con una division de 10,000 hombres, alcanzando en Wilmanstrand al general sueco Wrangel con cinco mil hombres, que cayeron casi todos en el campo ó prisioneros el 3 de Setiembre de 1741. La poblacion de Wilmanstrand fué pasada á cuchillo, y trazas llevaba la guerra de ser sangrientísima, cuando la caida de Juan VI y de la Regenta vino á ponerle por entonces punto.

No contenta la duquesa de Brunswick con la regencia, habia intentado proclamarse Emperatriz, cuando vino á dar al traste con sus proyectos la princesa Isabel, hija segunda de Pedro el *Grande*, subiendo al trono en 1741 de una manera particular é inusitada, que prueba palpablemente el lastimoso estado que alcanzaba la Rusia. Un hombrecillo apellidado Lestocq, — hay quien le tiene por francés y por barbero, — habia tramado en favor suyo una conspiracion absurda y loca con 500 granaderos; pero al venir á las manos con la guardia imperial, como no se sabía ni quién fuese el verdadero Rey, ni quién tuviese el derecho,

ni quién la fuerza, el recuerdo de Pedro el *Grande*, encarnado en Isabel, electrizó á los guardias de tal modo que abrazaron su partido, y en un momento acabóse la revolucion. Cuéntase que al despertar Juan VI en brazos de Isabel, oyó á la guardia que la victoreaba á los alrededores del palacio, y se puso á gritar con ella:—¡viva Isabel!— á lo cual no pudo menos de contestarle la misma Emperatriz:—¡ah pobre niño! no sabes que gritas contra tí propio.

No parece sino que Isabel se hubiera propuesto al subir al trono oscurecer con sus liviandades y torpezas la memoria de Catalina y Ana Iwanona, y adelantarse á Catalina II, Mesalina coronada en la lujuriosa bacanal de las emperatrices rusas. Dando libre rienda al ódio á los extranjeros, abrigado siempre en el pueblo ruso y ferozmente enconado en tiempo de Pedro el *Grande* y de Ana, consintió que los exterminára á todos en un sangriento motin, pudiendo apenas librarse los militares que pasaron al servicio de otras naciones. Juan VI y Ana fueron desterrados á Oremburgo, en la Siberia; así como Ostermann, Munich y cuantos habian gobernado en su tiempo. Por halagar los instintos bárbaros del pueblo, hizo moda la barbarie, mereció su aplauso la ignorancia y entusiasmóle la grosería. Su amante Bestoucheff reunia á todos estos defectos la mas sórdida avaricia; él manejaba la política extranjera, y como se inclinase á la Francia, al paso que Lestocq se inclinaba al Austria, le hizo formar causa, de cuyas resultas se publicaron las liviandades de Isabel, que para subir al trono se habia prostituido á los oficiales, á los soldados y al mismo Lestocq. Por no tener virtud alguna, ni siquiera tenia Isabel la de la constancia. A Lestocq, como vemos, habia sucedido Bestoucheff; á este el príncipe de Hesse-Homburgo, al cual sucedió La-Chetardie, embajador de Francia, que fué á su vez reemplazado por Razoumoffski, aldeano soez de Ukrania, con quien al fin se casó arrebatada de una nueva y mas grande locura, consagrándose á la vida devota, persiguiendo como por celos á las mujeres prostituidas, y obligando á los amantes ilícitos á que consagráran su amor con el matrimonio. Por este tiempo la patria de Pedro el *Grande* retrocedió en ilustracion mas de dos siglos.

Unicamente en el asunto con la Suecia habia manifestado la Emperatriz dignidad y energía, negándose á la pretension de este reino, que por haberla visto subir al trono de aquella manera, atrevióse á exigirle arrogantemente la devolucion de la Finlandia, de una parte de la Carelia y de la ciudad de Wiburgo. Rotos los tratos que habia pendientes, volvióse á recurrir á las armas en 1742, y la infeliz Suecia, que desde la paz de Neustadt habia entrado en el período de su decadencia, vió á sus mejores generales cometer faltas en pos de faltas, hasta que Bousquet firmó la vergonzosa capitulacion del 4 de Setiembre, que humillaba al pueblo de Gustavo Wasa hasta el punto de tener que aclamar por Rey al príncipe Adolfo Federico de Holstein-Gottorp, designado por la Rusia, y firmar mas tarde la paz de Abo en 18 de Agosto de 1743. Antes de pasar adelante, bueno será advertir que este Adolfo era deudo de aquel duque de Holstein, casa-

do con la hija de Pedro el *Grande*, y cuyo descendiente Pedro Ulrico III acababa de ser llamado á San Petersburgo por su tia Isabel, que le declaró heredero de sus Estados en 1742, casándole con Sofía, princesa de Anhalt-Zerbst, que al abrazar como su marido la religion griega, recibió el nombre de Catalina.

Alarmadas las potencias del Norte con este repentino engrandecimiento de la casa de Holstein, que ya reinaba en Suecia é iba á reinar en Rusia muy en breve, trataron de oponerle toda clase de vallas. No fué otro en el fondo el orígen de la famosa guerra de los siete años, donde empezó á dar notables muestras de sí Federico II, príncipe á la sazon muy admirado en Europa por su filosofía y sus talentos poéticos, reputacion que coronó dignamente con la de táctico consumado, haciendo una revolucion completa en el modo de guerrear. A esto del Holstein unióse tambien, mas que como causa, como pretexto, la conquista que de la isla de Tabago, la mas oriental de las Antillas, habia hecho el mariscal d'Estreés aumentando los celos que ya tenian los ingleses de la marina francesa. El hallarse divididas estas dos naciones en la contienda que sostenian los reyes de las Indias Orientales fué tambien otro de los motivos de la guerra. Sin declararla terminantemente la Inglaterra, empezó á atacar á la marina mercante francesa, lo que autorizó á Luis XV á apoderarse del Holstein, que estaba bajo la proteccion de Jorge II. Contrayéronse alianzas de una y otra parte; la emperatriz de Rusia, el land-grave de Hesse-Cassel, el duque de Sajonia Gotha, y el conde de Schanemburgo-Lype, se unieron con la Inglaterra, mientras el Austria y el elector de Sajonia se unian con la Francia.

El objeto de estas dos grandes potencias, no era tanto humillar á la Inglaterra como destruir á la Prusia. Esto se comprenderá fácilmente recordando que Federico II era filósofo y poeta, y que ya á la sazon el mundo se hallaba sometido á la influencia literaria. En sus arranques habia lanzado epígramas muy agudos contra las dos mujeres que gobernaban aquellos dos pueblos, madama de Pompadour, concubina de Luis XV de Francia, y María Teresa, emperatriz de Austria. Así, pues, no se hizo la guerra á la Inglaterra, sino á su aliado Federico. Consideraba María Teresa que la Silesia debia de pertenecerle por haber pertenecido á sus abuelos, y halagando á la prostituta francesa hasta el punto de llamarle en sus cartas prima, la arrancó un tratado que estuvo para arruinar á la Francia, sin prometerle ventaja alguna. Puestas de acuerdo la Emperatriz y la concubina, con ese maquiavelismo que es la base de la política austriaca, procuraron atraerse á los auxiliares de la Inglaterra, que tambien, por consiguiente, lo eran de Federico, y para mas halagarlos, les propusieron repartirse entre sí la Prusia, del mismo modo que andando el tiempo habia de repartirse la Polonia. Este cebo, y mas aun el recuerdo de los epígramas que Federico habia lanzado tambien contra ella, determinaron á la Czarina á faltar á sus pactos con Jorge II y á aliarse con la emperatriz de Austria, si bien se cuenta que firmó este tratado con las lágrimas en los ojos.

«Nunca, dicen los historiadores, nunca se habia visto tan formidable liga. La »Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia, la Suecia y la Confederacion germá»nica debian de asaltar por diversas partes los estados del Rey filósofo. En el re»parto del botin que de antemano habian hecho, le tocaba al Austria, la Silesia; á »la Francia, una parte de los Países Bajos; á la Czarina, la Prusia oriental; á Au»gusto de Sajonia, el Magdeburgo; y á los suecos, una parte de la Pomerania. »Federico por su parte apenas podria contraponer 200,000 hombres á medio »millon de soldados. No tenía, como Venecia, lagunas donde encerrarse, ni como »la Suiza, desfiladeros donde defenderse: por todas partes se le podia herir: »¿qué le salvaba? Su genio y el entusiasmo de sus pueblos. No tenía deuda pú»blica que satisfacer, ni colonias remotas que defender, ni aliados que contentar, »ni amigas, ni queridas, ni parlamentos, ni ministros que le manejáran. Superior »su ejército á todos en disciplina, pudo presentar el raro espectáculo de una na»cion jóven como la Prusia, luchando frente á frente con casi toda Europa. »Mientras los franceses, cantando y con la sonrisa de la indiferencia en los labios, »iban á dejarse matar por el capricho de una prostituta; mientras los rusos mar»chaban á la guerra molidos á palos; mientras los austriacos, tan duchos en las »intrigas, solo sabian morir como hombres, sin pelear como soldados; mientras »el ejército aleman era sobre toda ponderacion flojo y ridículo, el de Federico se »componia de soldados aguerridos, y tan hábiles en las maniobras que dispara»ban tal vez cinco tiros por minuto.»

Sin dejar de hacer epígramas y versos, ni renunciar á sus abstracciones filosóficas, lanzóse el rey de Prusia al campo de batalla, mató en Praga 24,000 austriacos, quedó vencido en Rœlin, y volvió á vencer en Rosbach y Leuthen. «Acaso nunca, dice él mismo en la *Historia de la guerra de los siete años*, acaso »nunca haya registrado el mundo en sus anales tantos acontecimientos sorpren»dentes, tantos hechos gloriosos, tantas y tan inesperadas catástrofes en un solo »año, y en teatro tan modesto.» Al mismo tiempo Federico, haciendo justicia á sus demás adversarios, moteja de ineptos y de cobardes á los rusos, que, vencedores en una batalla, habian emprendido la fuga como si fuesen vencidos. No son de este lugar todas las acciones de aquella tremenda lucha. El encarnizamiento con que principió daba á entender desde luego la flojedad con que habia de concluir. El Austria, siempre artera, enojó á sus aliados, que al fin la conocieron. La Rusia veia venir contra ella al Divan y á los tártaros, suscitados por Federico, al mismo tiempo que moria Isabel, sucediéndole Pedro III, gran admirador suyo. Francia tenía que atender á necesidades mas urgentes. A consecuencia del *Pacto de familia*, Carlos III, que habia sucedido á Fernando VI en el trono de España, unióse con ella en ódio á la Inglaterra, que habia invadido todas las Antillas españolas, y las francesas al par. Así, pues, atraidos á otra parte, ó animados de diversos sentimientos, los mayores adversarios de Federico, ó no peleaban ya, ó peleaban flojamente. Casi abandonada el Austria á sus propias fuerzas, tuvo que

renunciar al cabo á sus pretensiones, quedando con la mancha de haber sacrificado cerca de 1.000,000 de hombres en aras de una quimera, cuando no de una ambicion inmoral. Firmóse la paz en Hubertsburgo; la única nacion que salió de ella gananciosa fué la Inglaterra, pues además de las inmensas posesiones que en América adquirió, quedaba su eterna rival, la Francia, sobremanera debilitada.

El papel de la Rusia, como hemos visto, no habia sido lisonjero, pues sobre haber perdido solo en batallas campales 140,000 hombres, á la conclusion de la paz se hallaba en un estado lamentable de penuria. El de la familia imperial no habia sido tampoco muy bonancible durante la guerra. El nuevo matrimonio discordaba absolutamente en caractéres y en tendencias. El gran duque Pedro era feroz, afecto por demás á la bebida y extremadamente feo de persona, mientras Catalina tenía sus puntas de filósofa, elevacion de miras, saber nada comun y delicadeza de sentimientos, aunque asaz inclinada á placeres livianos, como si se propusiera por modelos á la Emperatriz actual y á las anteriores. Dividido el palacio en dos córtes, pues Isabel representaba lo presente y los grandes duques lo futuro, hervia en intrigas y maquinaciones sordas. Preveyendo Bestoucheff su ruina, unióse á la gran Duquesa — si bien algunos historiadores dan á esta union un colorido amoroso — que auxiliada por su amante el embajador de Polonia, Poniatowski, intentaba alzarse con el trono como tutora de su hijo Pablo. Descubierta por Pedro la conspiracion, fué desterrado Bestoucheff á Siberia, despedido Poniatowski, y aun sonó que iba á protestar contra la legitimidad de su hijo; mas prefiriendo á tantos sinsabores la descansada vida del Holstein, rogó á Isabel que le admitiese la renuncia del trono y le dejára marchar. Negóselo Isabel rotundamente vencida por las humillaciones y protestas de Catalina, y aun le reconcilió con ella preveyendo su cercana muerte, que con efecto acaeció en 1762, de resultas de los excesos de su vida licenciosa, dejando en su pueblo inmerecida fama de bondad, pues si bien no decretó ninguna sentencia de muerte, por lo que se alababa sobremanera, mas de 80,000 personas tuvieron que habérselas en su tiempo con el Knut y con la Siberia.

Digan lo que quieran los aduladores de Catalina, Pedro III, en su corto reinado, dió muestras de bondad y buena intencion al menos. Faltábale talento y esa elevacion de miras que es la dote principal de los soberanos; pero tenía recto juicio y buen deseo, que suple por ella á veces. Describe tan bien el historiador Cantú su corto reinado, que nos parece oportuno trasladar aquí sus propias palabras.—«Comenzó, dice, perdonando á los desterrados por delitos políticos y le-»ves, con que volvieron á parecer en la córte los ministros Biron, Munich y Les-»tocq; contra la costumbre, no hizo mal á los favoritos de su tia; pagó las deudas »de su mujer sin averiguar su orígen, y dejó, por último, de embriagarse. Si bien »cometió en sus reformas faltas políticas muy graves, algunas fueron buenas á to-»das luces. Abolió la cancillería secreta y el tormento, concedió libertad á la no-

»bleza, antes casi esclava del Emperador, imponiéndole por única obligacion que »educase bien á sus hijos; evitó los monopolios; hizo leyes suntuarias y de poli»cía; protegió la industria manufacturera; estableció un banco de préstamos agrí»colas; dictó medidas que aumentáran la exportacion de granos, de ganado va»cuno y alquitran, y por último, embargó los bienes del clero para absorber en »uno ambos poderes, cosa que Pedro el *Grande* no habia podido conseguir. Mi»nucioso y detallado en sus reformas militares, siguió las huellas de Federico II, »á quien llamaba su maestro, cuya manía de innovaciones le aquejaba tambien, y »á quien ayudó imprudentemente en la guerra de siete años. De Pedro III, por »último, solo se pueden juzgar las intenciones, pues no remató nada, sobre mos»trar en lo que emprendió ignorancia é incertidumbre.»

Cumple al historiador dar cuenta de los errores y aciertos que se atribuyan á los príncipes, en cuanto no carezcan de verosimilitud. El gran aprecio que Pedro III hacía de Federico II, dió ocasion á que se dijese que él impidió su ruina desde San Petersburgo, pues á haber mostrado mas energía los generales rusos, hubiera el rey filósofo caido prisionero en su misma córte. La verdad es que la historia de Pedro III anda embrollada por el encarnizamiento que en calumniarle puso la Czarina; sin embargo, no parece posible, que reducido como estaba poco menos que á la nulidad cuando era solo gran duque, pudiese tanto en el ánimo de Isabel, que por contentarle renunciára á acabar una guerra en que se sobrepondria á las principales naciones de Europa, halagando la memoria de Pedro el *Grande*, que habia recomendado á sus sucesores el ódio á Inglaterra. Ni dió tampoco Federico muestra alguna de poder ser vencido así, ni contando él mismo, como contó, la historia de los siete años, dejaria de mostrarse agradecido al Czar. Lo que pudo dar ocasion á esta creencia, fué el ver que á su ascension al trono devolvió Pedro III á Federico todas las plazas y territorios que le habia tomado, y confesó públicamente, así la admiracion que le profesaba, como la amistad que con él le unia. Sin embargo, no es cierto, como dice Cantú, que le ayudára al fin en la guerra de los siete años, si bien lo tenía pensado y resuelto así cuando murió tan desastradamente.

En religion se inclinaba un tanto al protestantismo, lo que, junto con las anteriores reformas, disgustó al clero y al ejército, que eran los verdaderos soberanos de Rusia. A la sombra de este descontento maquinaba Catalina su perdicion, ayudada de sus numerosos amantes, entre los cuales se distinguia el soldado Gregorio Orlof. Dándose por triste víctima del desden de su marido, llevando su impudencia hasta fingir que queria encarcelarla y declarar á su hijo adulterino, que lo era efectivamente, logró atraerse á todos los revoltosos. Pedro entretanto habia vuelto á sus excesos y se hallaba dominado absolutamente de su favorito Gondowitz, tambien amigo como él de todo lo prusiano. Cuanto mas se esforzaban ellos á adoptar las costumbres, la política, los trajes y los colores prusianos, tanto mas se esforzaba Catalina á mostrarse nacional en sus gustos, en sus

costumbres, en su traje y en su fanatismo religioso. La lucha era inevitable entre el matrimonio; lucha tremenda y mortal. El pueblo la esperaba, como espera siempre las novedades, ansioso y creyendo ganar con ellas. ¡Insensato! Mientras Pedro creia que la felicidad de los reyes era hija de la de los pueblos, Catalina creia que esclavos como los rusos solo esclavos merecen ser; pero en público y en sus maquinaciones se guardaba muy bien de decir esto. Tuvo Pedro noticia de la conspiracion por Federico II; pero fuese bondad ó incuria, no trató de ponerle remedio, hasta que la vió estallar en el mismo año de 1762. Trastornada entonces la cabeza por un terror indigno, huyó á refugiarse en Cronstadt, mientras Catalina corria á caballo por las calles de San Petersburgo, vestida de uniforme con un ramo de encina en el sombrero, anunciando á las tropas ebrias, al son de sus *hourrahs*, que habia salvado á la religion y al país. Aunque ofreció abdicar el infeliz Pedro III, ni Catalina ni Orlof se dieron por contentos con tan poco; y este último, despues de hacerle sufrir los tormentos mas crueles, le estranguló por sus propias manos, de cuyas resultas conservó siempre en la megilla la cicatriz de una mordedura del moribundo.

IX.

Cuando subió Catalina II al trono, la Europa y el mundo entero se hallaban agitados de un extraño frenesí. La restauracion despótica que habia sucedido á las cruzadas, iba á eclipsarse ante la restauracion política que habia de suceder á la reforma religiosa. Los pueblos y los reyes se sentian impulsados sobrenaturalmente al Capitolio ó á la roca Tarpeya. Una palabra, que no es un sentimiento, ni una creencia, ni una teoría, pero que participaba al par de todas estas cosas, y que con ser tan complexa habia de dar la vuelta al mundo para trastornarlo todo, *el libre exámen* acababa de nacer, permítasenos esta frase, en la nacion mas extraña de la tierra, en Francia. Piedra de toque de novedades, espejo servil de las ideas, autómata dispuesto siempre á ser movido en las mas opuestas direcciones, Francia, agitada de un espíritu incomprensible, se entregaba con verdadero desenfreno á las utopias filosóficas mas extrañas. Una falanje de semisabios, educados en el fango de la córte mas corrompida que se haya visto, se proponian reformar al mundo, sin acertar á reformarse á sí propios. Aquello fué la bacanal del espíritu sobre la misma mesa donde se habia celebrado la bacanal de la carne. Todo se puso á discusion; todo se midió con el rasero del fanatismo filosófico; y el genio francés, burlon y superficial, infantil y pretensioso, ridículo

y sublime, iba llevando por todas partes la tea de una luz mezquina que él tenía por luminoso fanal. Los talentos vulgares se deslumbraron, los hombres de verdadero saber enmudecieron, y el pueblo aplaudió, porque estaba sediento de libertad, y á través de tan hueca palabrería vislumbraba algo capaz de destruir lo existente. Lo existente no podia ser peor: Luis XV, bobo coronado por el derecho divino, arrastraba su manto real á los piés de una de esas grandes prostitutas que nacen para dislocar las sociedades. A su ejemplo la córte se revolcaba en el lodo; porque ¿hay virtud que resista á un ejemplo descaradamente dado en la esfera mas alta? ¿Hay prostitucion mas perniciosa y trascendental que la que se ve en el trono, revestida del prestigio del nacimiento, el prestigio del nombre, y el mas escandaloso de todos los prestigios, el de la impunidad? La corrupcion que viene de arriba, es la que abajo profundiza mas.

No eran ni podian ser los filósofos cirujanos que aplicasen el cauterio á la gangrena del cuerpo social; esto se queda siempre reservado á las revoluciones. Los filósofos lo que hacian era poner diariamente á los ojos del pueblo, entre impiedades y carcajadas, el *mané thezel phares* del trono y de la patria. Eran grandes los males sin duda alguna; pero el espíritu de sistema los exageró. Todos los poderes andaban á la sazon divididos; el parlamento se burlaba de la córte; la córte se burlaba del parlamento; y la nacion, acaudillada por los filósofos, que eran el tercer poder, se burlaba de la córte y del parlamento. Este, que era el mas activo, atizaba el fuego en las convulsiones de su agonía. Todos los libros que abrian una nueva senda al espírito filosófico, eran quemados públicamente por la mano del verdugo. ¡Insensatez! Descarriada la literatura, solo la sangre la contiene. Sobre las cenizas de los libros sobrenadan las ideas, como el arca de Noé sobre los mares del diluvio. En circunstancias críticas basta una hoja de papel para hacer una revolucion. Este antagonismo prestaba fuerzas á los filósofos. Mentian sin miedo, porque siempre quedaba algo de la mentira en el corazon del pueblo sencillo. Voltaire, el talento mas vasto, pero mas superficial del siglo XVIII, marchaba á la cabeza de esta cruzada destructora. Cuando los reyes le perseguian, atacaba á la dignidad real; cuando le adulaban, atacaba al ser supremo ó á otros poderes. La manía de moda era la falta de respeto á toda autoridad constituida. Unos se creian dotados de tanto talento como Jesucristo; otros llamaban á los reyes muebles inútiles; y pugnando por educar á la sociedad moderna en la escuela de los grandes pueblos de la antigüedad, empezaban por corromperla. Entonces se proclamó por primera vez con los brillantes colores del filosofismo la impía paradoja de que todos los medios son buenos como conduzcan al fin.

El papel de las mujeres en esta orgía espiritual fué brillantísimo; pero á todas las eclipsó Catalina de Rusia, que como hemos dicho, tenia tambien sus puntas de filósofa. En el ánsia de regeneracion que á la Europa aquejaba, todos los ojos se volvian á las naciones septentrionales. No habia desterrado de Francia que no encontrase en Rusia asilo y proteccion, y cuando la córte y el parlamento prohibie-

ron la famosa *Enciclopedia* que Diderot dirigia, Catalina propuso al filósofo el ir á terminarla á San Petersburgo. Allí estaba ya d'Alembert, dirigiendo la educacion del czarowitz y siendo uno de los principales personajes de la córte, hasta que se atrevió á hablar á Catalina de derechos y de libertad, *habladurías que la empalagaron*, como dice el autor de la *Historia de los cien años*. Así, filósofa en la forma y rusa en el fondo, halagaba á los sabios y tiranizaba á su pueblo. Introdujo la vacuna, dió banquetes de tolerancia, acogió á los jesuitas proscriptos, y prodigó ascensos y honores á las tropas. Federico II, que tambien era filósofo, acababa de coronar el triunfo de sus colegas en la ciencia acreditándose de gran capitan. Esto aseguró la reforma. A la espada hasta entonces le habia faltado el libro, y al libro le habia faltado la espada. Las controversias religiosas, nunca extinguidas, se habian renovado al soplo del filosofismo. Indiferente el rey de Prusia en materia de religion, consintió en sus estados todo género de sectas, y creciendo el contagio exacerbó la indiferencia religiosa introducida por el filosofismo. El libre exámen que habia declarado á Jesucristo un hombre, y al rey un mueble inútil, declaró al Papa usurpador del poder temporal. Hasta los arzobispos ayudaban por moda á fortalecer esta creencia, y el mismo Hontheim, modelo de honradez y piedad, publicó un tratado *sobre la situacion de la Iglesia y la potestad del Papa*, que fué á la revolucion religiosa lo que la Biblia habia sido en Inglaterra á la revolucion del siglo anterior, y en Francia el *Contrato social* á la revolucion política.

Catalina comprendió admirablemente el papel que en este caos le tocaba representar. Los rusos necesitaban entonces mas que nunca novedades y guerras; novedades para alimento de un tosco espíritu; guerras para satisfaccion de su feroz instinto. Ambas les proporcionó Catalina II, si bien su ambicion la hizo soñar quimeras imposibles en una mujer. Quiso dictar leyes á Europa, soliviantada por las adulaciones de Voltaire que la llamaba estrella del Norte y árbitra de la regeneracion del Occidente. No hay escritor que haya echado sobre su nombre mancha tan grande como la del rey de los filósofos con insistir en esta creencia, que desde entonces viene siendo el sueño de los emperadores rusos. Catalina II apercibióse á realizarlo aliándose con la Inglaterra, intimidando á la Prusia y trabando amistad estrecha con el Austria. Al mismo tiempo se deshacia del único competidor que pudiera turbarla, mandando asesinar al infeliz Juan VI encerrado en la prision de Schlusselburgo desde los tiempos de Isabel. Así los rusos la creyeron una mujer superior mientras era solo hábil; pero es justo confesar que esta habilidad rayaba en genio tal vez. A ser su amante Potemkin hombre siquiera de su temple, acaso la Rusia no se hubiera engrandecido tanto, pero tampoco se ensangrentára de tal manera. No son las conquistas atributo de las mujeres, y Catalina lo hubiera comprendido sin el empeño de los filósofos y de sus amantes en eternizar su reinado. Bajo este punto de vista la Turquía era la única valla que se oponia á su obra de regeneracion, y á destruir esta valla consagró todos sus afanes. Tales fueron las verdade-

ras causas del reparto de la Polonia y de la conquista de la Crimea; el abrir paso á sus ejércitos al corazon del imperio otomano.

La patria de Copérnico y de Voscio estaba por la naturaleza misma predestinada á caer en manos de sus poderosos vecinos. Puesta entre la Alemania, la Rusia, la Hungría, la Valaquia y la Moldavia, con una figura oblonga que se extiende de E. á O., parece una paloma asaltada de un golpe de milanos. A fines del siglo XIV poseia un territorio de 884,000 millas cuadradas; pero á medida que la Rusia y la Suecia se habian ido ensanchando, ella perdia fuerza y poder: su misma organizacion la predisponia á la servidumbre. Una república aristocrática, teniendo por jefe un rey elegido de la nobleza, y sujeto á una constitucion informe llamada *pacta conventa*, no tenía fuerzas bastantes para luchar con poderes absolutos, sujetos á una sola voluntad de hierro. El pueblo, que es el que defiende los Estados, no figuraba por nada y para nada en aquella constitucion, que era una mezcla incoherente de los vicios republicanos y de los vicios feudales. Así fué que desde el punto en que la Rusia empezó á atraerla como una serpiente, cayó en el lazo desatentada. Como un solo voto contrario bastaba para que las Dietas no pudiesen adoptar una resolucion, y como la nobleza era de suyo venal y disipada, no le faltaron nunca votos á Catalina. La hacienda se hallaba en una situacion tan mísera, que no fué en manera alguna posible levantar un ejército respetable que hiciera frente á la invasion de los rusos.

En 1763 las córtes de Berlin y de San Petersburgo disputaron á la Polonia sus derechos á la Curlandia, pero esto solo fué un pretexto para invadirla é influir en la eleccion de rey, que se iba á verificar por muerte de Federico Augusto III, acaecida en Dresde aquel mismo año. El resultado fué el único que podia esperarse. Débiles algunos diputados, vendidos otros, y vacilantes los mas, proclamaron al fin en Setiembre de 1764 á Augusto Poniatowski, noble polaco, antiguo embajador en Rusia, donde, como ya digimos, mantuvo con la emperatriz relaciones amorosas, y aun la ayudó á subir al trono. Este fué un golpe mortal para el orgullo de la Polonia. La influencia de Rusia creció de dia en dia, y al par la degradacion de los polacos. So pretesto de sostener al nuevo rey, todas las plazas fuertes, todas las posiciones de alguna importancia, las ocuparon tropas de Catalina. Estanislao por su parte de todo se cuidó en un principio menos del reino. Lejos de economizar, como hubiera debido, contrajo deudas inmensas que tuvo que pagarle el tesoro público. Su córte la componian histriones y mujeres públicas. Por cierta enemistad que se engendró en él contra el patriota Czartoriski, director del colegio de cadetes, ninguno de estos obtenia colocacion en el ejército, y pasaba desesperado á servir en los extranjeros. Así cerró las puertas de la patria á una juventud ilustrada y valerosa que la hubiera salvado en los dias de peligro. En sus relaciones con la córte rusa no fué menos inepto y bajo, pues sus embajadas se reducian á quejas de la frialdad con que los polacos le miraban.

A todo esto se juntaron las querellas de religion, que siempre han sido á los

pueblos tan fatales. Muchas provincias de la Polonia y del gran ducado de Lithuania, desmembradas del antiguo imperio ruso, contenian una multitud de griegos llamados cismáticos, que habian resistido á todos los esfuerzos del clero polaco para atraerlos al culto católico. En el siglo XVI habia abrazado la reforma religiosa una gran parte de la nobleza, que luego se halló protegida por la constitucion republicana del país. En la Dieta de Wilna de 1653 concedió el rey Segismundo-Augusto un privilegio á los nobles griegos y protestantes para que gozáran sin distincion alguna de todos los honores, empleos y dignidades, privilegio que ratificó la Dieta de 1673 por un acta concebida en estos términos: «Nos obligamos »por nosotros y por nuestros sucesores, con los lazos del juramento, de la fe, del »honor y de la conciencia, á mantener la paz entre nosotros, que somos *disiden-»tes* en materias religiosas.....» Desde entonces se llamaron disidentes los protestantes, los luteranos, los calvinistas y cuantos habia en el reino que no perteneciesen á la union religiosa.

Esta tolerancia duró muy poco. En el reinado de Segismundo III empezaron las persecuciones, si bien se las miraba como contrarias á las leyes. Al principio del siglo XVIII subieron de punto sobremanera; y por último, en la Dieta de Varsovia de 1736 se les negó la entrada en los tribunales y la aptitud para desempeñar cargos públicos. Cuando fué elegido Poniatowski por rey, aprovecharon los *disidentes* tan favorable coyuntura para implorar la proteccion de Catalina; y con efecto, esta, que solo anhelaba ocasiones de intervenir en los asuntos del reino, apoyó poderosamente su pretension. La Suecia y la Prusia, como garantes de la paz de Oliva, no tardaron en hacer lo mismo, y tambien los reyes de Inglaterra y de Dinamarca, aunque sin pretexto ni razon. De acuerdo con las dos primeras de estas potencias, firmóse en Varsovia en Febrero de 1768, un acta separada que anuló todas las disposiciones anteriores contra los *disidentes*. Empero, la semilla de esclavitud estaba sembrada ya en aquella tierra de libertad. Con el nombre de confederaciones se formaron sociedades, cuyo objeto era destruir la influencia rusa; y los ejércitos de Catalina y Federico II, se apoderaron de los confederados, enviándolos presos á San Petersburgo: el grito de libertad tuvo mas eco así. Comprendiendo los nobles y la Dieta que sin el pueblo no habia salvacion para el país, emanciparon á los labradores y dieron libertad á los siervos, cubriéndose de imperecedera gloria el canciller Zamoyscki, que dió por sí solo libertad á seis poblaciones esclavas. No tardó Catalina en disolver las confederaciones á mano armada, lo que contribuyó á hacer mas odioso su dominio, que el de los austriacos y prusianos que con ella se lo repartian. Nada respetaban los rusos en estas sangrientas correrías por la infeliz Polonia, llegando á tal extremo, que en una por la parte fronteriza de la Turquía, entraron á saco la poblacion de Balta, asesinando sin piedad ni distincion á turcos y polacos. Indignada la Sublime Puerta con esta violacion de su territorio, declaró la guerra á la Rusia á fines de 1768, autorizando y aun protegiendo el asesinato de los extranjeros que

habia en Constantinopla por la muchedumbre fanática, que fué caso de horror y execracion para las naciones cristianas. El gobierno turco aquella vez púsose en la barbarie al par de Catalina y de sus soldados; mas no debe culparse en esto á Mustafa III, Sultan á la sazon, hombre tan cándido, que no creia que los reyes pudiesen mentir, candidez que raya en tontería. Tanto Catalina como Federico le habian engañado torpemente en los asuntos de Polonia, hasta que, violado su territorio mismo, cayó la venda de sus ojos. La matanza no la pudo impedir él, hombre débil sobre cándido.

Pero fué vana esta diversion. La suerte habia decretado el fin de la patria de Copérnico.

No es de este lugar el relato de la guerra entre rusos y turcos, que duró harto poco, quedando por los primeros la victoria, que fué como forjar el último eslabon á la cadena que á los polacos se preparaba. Retiróse de Varsovia el embajador francés, que animaba y sostenia á los polacos liberales, y ya no hubo dique para contener á los rusos. En vano el obispo de Kaminiec, Krasinski, y el jurisconsulto Poulawski, jefes de la principal de las confederaciones, nacida en Bar en Podolia, recorrian el país excitándolo noblemente á levantarse contra la usurpacion extranjera, y aun acudian á los reyes en demanda de auxilio. Esto bastó para que Catalina obligase á Estanislao á pedirle ayuda contra los rebeldes, que eran sus hermanos. Al punto mismo un ejército de cosacos zaporavianos, al mando del infame Tottleben, jugador, libertino, sanguinario, ladron, y uno de los hombres, en fin, mas villanos de su época, segun opinion unánime de los historiadores, invadió y asoló la Ukrania, teniendo los confederados que trasladarse á la Hungría. En esto volvió Estanislao á dar otra prueba de su ineptitud con la reunion de una Dieta, donde hizo alarde de sacudir el yugo de la Rusia, dirigiendo á la emperatriz un mensaje para que retirára sus tropas é indemnizase al país de los perjuicios que le habia ocasionado. Este mensaje, como era de inferir, irritó á Catalina de tal modo, que le mandó terminantemente declarar la guerra á los confederados en nombre de la Polonia. Temiendo estos que lo hiciera así, le declararon á su vez depuesto del trono en 1770, erigiéndose en gobierno de la nacion. El principio de la guerra civil fué desfavorable á los polacos, que sufrieron contínuas y lamentables derrotas.

Hacía tambien mucho tiempo que asolaba á la Polonia una peste cruel, como si el cielo y los hombres se obstinasen á porfía en añadir combustible á la hoguera donde iba á consumirse un noble pueblo. A pretexto de librarse del contagio, habian establecido las córtes de Viena y de Berlin, desde 1769, cordones sanitarios, que sacaban impuestos á la república, como si fueran ya conquistadores. El cordon prusiano se extendia desde el país de Crossen hasta mas allá del Vístula, donde se comprende toda la Prusia real ó polaca, provincia que ambicionaba Federico II para dar unidad á sus estados alemanes. Con el mismo objeto los austriacos invadieron tambien en 1771 muchos distritos de la Polonia, y esto parece

probable que fuera lo que inspiró al coronado filósofo la idea del reparto. El, sin embargo, lo negó siempre obstinadamente, pues como dice el historiador de la casa de Austria, «fué una accion tan odiosa, que cada una de las tres naciones »se esforzó á echar la culpa á las otras dos.» En honor á la justicia, debe decirse que el Austria no tuvo parte alguna en el atentado, y que sus tropas se portaban en Polonia de una manera ejemplar, mientras los prusianos y los rusos la devastaban. María Teresa y el príncipe de Kaunitz tardaron mucho en aceptar las proposiciones que se les hacian, y si al fin las aceptaron fué por no dejar á la Prusia y á la Rusia engrandecerse demasiado. «Sé, decia María Teresa al embajador de »Francia, sé que acabo de echar sobre mi reinado una mancha vergonzosa; pero »me lo perdonaria quien supiese cuánto lo he repugnado, y cuántas circunstancias »se han unido para violentar mi resolucion y mis principios, contrarios á la injusta »ambicion rusa y prusiana. No hallando medio tras muchas cavilaciones para opo»nerme yo sola á los proyectos de ambas potencias, creí que manifestando preten»siones exhorbitantes ellas se resistirian, llegando así á romperse las negociacio»nes; pero ¡cuál no sería mi asombro y mi dolor cuando recibí el absoluto consen»timiento del rey de Prusia y de la emperatriz! Nunca tuve sentimiento mas grande »ni mas sincero. Lo mismo le sucedió á Kaunitz, que se habia opuesto constante»mente y con todas sus fuerzas á aquel reparto cruel.»

Federico II, por su parte, se disculpaba tambien, y solo Catalina, con una impudencia tan baja como indigna de una mujer, y mujer filósofa por añadidura, decia públicamente: «*Caiga toda la afrenta sobre mí.*» Bien que aquellos desatentados filósofos, con quien mantenia correspondencia, centinelas avanzados de la libertad, sin saberlo ellos mismos, estallaron en aplausos al saber la noticia, y su jefe Voltaire, alma villana que solo por casualidad se elevaba á la esfera de las ideas nobles y grandes, cínico que insultaba á Rousseau por haber tenido *la insolencia de proclamar iguales é independientes á los hombres*, repartia á diestro y siniestro los loores á los caníbales que iban á devorar la Polonia. A Federico II le escribia que «el tratado rebosaba tanto talento, que parecia obra suya;» á Catalina la felicitaba por «haber adoptado un partido mas noble y mas útil, el de estirpar en Polonia la anarquía, devolviendo á cada uno lo que cree pertenecerle, y empezando por sí misma;» y en otro de sus escritos finalmente se deshacia en elogios de «los reyes que se reparten la torta,» creyéndose feliz por «haber vivido tiempo bastante para presenciar tan grande acontecimiento.» Cuando la humanidad se rebaja hasta este punto, es una mengua ser hombre.

Reunidos en San Petersburgo el príncipe Enrique, hermano de Federico, y José II, futuro emperador de Austria, dieron á luz el tratado de particion, junto con una especie de proclama, donde cada uno exponia sus derechos á la porcion de Polonia que le habia tocado en suerte. Usando de menos miramiento la emperatriz, se limitaba en la suya á vindicar á sus tropas de las acusaciones de que eran objeto. La fecha de este tratado es de 5 de Agosto de 1772. El preámbulo

merece que lo traduzcamos aquí de la *Historia de los tratados* de Mr. Koch, porque es un modelo de hipocresía y refinamiento de maldad.

«El espíritu faccioso, las turbulencias y las guerras intestinas que agitan ha »muchos años á la Polonia, y la anarquía que por momentos crece en ella y se »perpetúa, inspiraban tantos y tan fundados temores de que esa república llegase »á una descomposicion total, alterando las relaciones, los intereses y la buena »armonía de sus vecinos todos, y encendiendo entre ellos una guerra general, »que importaba á las potencias vecinas poner á salvo sus pretensiones y los tan »antiguos como legítimos derechos que nunca han podido hacer valer, y que »estaban á pique de perderlos irremediablemente; así como tambien les importa»ba concertarse al par sobre el restablecimiento de la tranquilidad y del órden en »el interior de la república, y sobre los medios de asegurarle una existencia polí»tica mas conforme á los intereses de sus vecinos.» En el tratado se estipuló que no se publicase ni tomáran posesion de sus territorios respectivos las tres partes contratantes hasta los primeros dias del siguiente mes de Setiembre.

Un grito de indignacion estalló en todos los ámbitos de la Polonia. Imposibilitada de recurrir á las armas, porque los patriotas mas ardientes habian perecido en la guerra ó en los suplicios ó estaban emigrados, reconcentró toda su energía y sus esfuerzos todos en la Dieta; pero aun esto fué ocasion nueva de castigos y horrores, pues en las provincias ocupadas por los extranjeros impedia la fuerza militar á los diputados el acudir á Varsovia. Muchos, sin embargo, acudieron resueltos á perecer ó á libertar á su país de yugo tan ominoso, y mil protestas enérgicas contra el reparto, dieron á conocer el espíritu que á la Dieta animaba; pero el embajador ruso, conde de Stackelberg, pasó una nota durísima «con el objeto de que ninguna fantasía disminuyese á los ojos de los polacos la validez de los hechos consumados, y de señalar un plazo en que se conformasen á ellos.» Al mismo tiempo anunciaba que pasado el plazo, las tres altas partes contratantes se considerarian en completa libertad de recurrir á los medios mas prontos y conducentes á hacerse justicia á sí propias. Abrumados por tan imperioso tono, pidieron por última gracia los diputados que se retirasen las tropas para que el país pudiese libremente manifestar su opinion en las asambleas; y á esto se contestó con un nuevo refuerzo de 50,000 hombres, encargado por el mismo rey filósofo de Prusia de «exterminar á los señores que opusieran intrigas ú obstáculos de cualquier género á las innovaciones que se habian de introducir en su patria.»

Los embajadores de las tres potencias presentaron á la Dieta de 1774 unas leyes llamadas *cardinales*, y para mayor escándalo presenciaron ellos mismos las discusiones. Los confederados, que seguian en abierta oposicion con el rey, protestaron contra todo lo que se hacía, y tornaron á apelar á las naciones extranjeras; pero era inútil. La Francia, la que mas habia hecho por ellos, no solo enviando á Turquía al coronel Doumouriez para que excitase al Divan en su guerra con la Rusia, sino prestándoles gruesas sumas: la Francia, repetimos, ale-

targada en la molicie, hundida en la bajeza, no se atrevió á hacer mas cuando conoció que habia hecho poco. La Inglaterra por su parte, aunque nacion noble y generosa, no podia interceder por los polacos, teniendo en el trono á un estatuder que adulaba á la Rusia por separarla de la Prusia, su eterno enemigo. La Turquía se vió reducida á la inaccion despues de la guerra, y solo España, la nacion á quien importaban menos las cosas del Norte, alzó su voz poderosa todavía en pro de la justicia de los polacos. Si el buen Cárlos III no tuviera otros títulos á la eternidad en la memoria de los bravos españoles, esta caballeresca accion le bastaria. Empero tambien tuvo que resignarse á ser mero espectador de aquella iniquidad, pues á sus notas enérgicas solo contestaron con evasivas los gabinetes extranjeros.

Así se consumó el primer reparto de la desventurada Polonia, apropiándose la Rusia los gobiernos de Pottosk y Mohilow, ó sean 4,167 millas geográficas, con 1.800,000 babitantes. Tocaron al Austria las trece ciudades del condado de Zips, hipotecadas en el siglo XV por Segismundo, rey de Hungría, y la antigua Rusia roja cuya extension era de 1,360 millas geográficas, con 3.000,000 y pico de habitantes; debiendo advertirse que por un error cometido al tirar en el mapa la línea divisoria se le asignaron al Austria mas terrenos que los que debian de pertenecerle, por lo cual fué la nacion mas gananciosa. Tocó á la Prusia la parte mas pequeña, pues solo contenia la Pomeralia, excepto Dantzich, el distrito de la gran Polonia, todo el resto de la Prusia polaca así como el palatinado de Mariemburgo, inclusa la ciudad de Elbing y el obispado de Varmia; y por último, el palatinado de Culm, excepto la ciudad de Thorn y su término. Estas posesiones solo contenian 500,000 habitantes; pero en cambio, sobre redondear los estados de Federico, le proporcionaban una comunicacion con el Brandeburgo. «Entre los »señores polacos, dice Cantú, unos se suicidaron, y afrontaron otros la pobreza »consintiendo que los invasores les confiscáran sus bienes, antes que acceder á »rendirles vasallaje. Los demás llenaron á la Europa con sus quejas y apelaron á »la posteridad.»

La paz reinaba en Varsovia; pero fué la paz de las tumbas.

El despótico yugo de Catalina, el mas insoportable á los polacos, hizo salir al Rey de su abyeccion en nombre de la patria y del deber. Aprovechándose de la momentánea tranquilidad del país, y ayudado de los nobles que en su emigracion á los países extranjeros se habian ilustrado sobremanera, empezó á preparar á su país á la libertad. «Lo primero, dice el autor anónimo de una *Historia de la revolucion de Polonia* impresa en París en 1797, «lo primero fué establecer una »comision de educacion nacional, que contribuyó grandemente á propagar el es»piritu público en el estado. Hasta entonces el gobierno no habia puesto jamás los »ojos en la instruccion pública. Compuesta la comision de personas muy ilustradas, »logróse que la juventud saliera de las escuelas animada de un patriotismo razo»nable. Así iban ganando terreno insensiblemente las nuevas ideas. El embajador

»de Rusia, que gobernaba despóticamente la Polonia, ponia todos los obstácu-»los posibles á su regeneracion. Los empleos públicos solo se concedian á los »ignorantes ó á los malvados adictos á la Rusia. Las personas de valer no los »alcanzaban á menos que su elevacion ayudase indirectamente á la política rusa, »que por un refinamiento de maquiavelismo protegia tal vez al hombre probo, no »como recompensa de su virtud, sino para que la oposicion, que en él habia por «fuerza de despertarse, le sirviera para atizar la discordia, formar partidos y de-»bilitar al patriótico. Pero á medida que la ilustracion ganaba terreno, se iba que-»dando al descubierto esta perfidia. La indignacion era general y profunda. La »juventud, liberal de suyo é impaciente, miraba con horror la humillacion de la »patria.»

Al mismo tiempo empezaban á estallar disensiones entre las potencias co-partícipes. Disgustada la Prusia con la Rusia firmó en Loo un tratado con Inglaterra para mantener la paz del Norte. Por primera vez empezaba á parecer peligroso el predominio de los czares. Muerto Federico recientemente, parecia que su sucesor Federico Guillermo se mostrase dispuesto á devolver á la Polonia sus territorios, pues hizo alianza con el gabinete de Varsovia, enviándole 30,000 hombres. Aprovechó esta ocasion Estanislao para reunir la Dieta, aumentar el ejército, abolir la esclavitud impuesta nuevamente por los rusos, y declarar nula la Constitucion hecha tambien por ellos; pero estos rasgos de energía agotaron el carácter flojo del Rey que no acertó á seguir puesto á la altura de las circunstancias. La organizacion del ejército se verificó malamente, descuidóse la defensa de las plazas y el cobro de los impuestos, y pasaron, en fin, casi en balde los dos años que debia durar la Dieta, por lo que se decidió unánimente prolongarla. Por fortuna doblóse el número de los diputados, y recayendo la eleccion en jóvenes activos y laboriosos, hicieron mas en dos meses que sus antecesores en dos años. El monarca entretanto, ora inclinándose al partido ruso, ora al liberal, se habia hecho odioso por sus veleidades; pero viendo al presente cuán validos andaban los patriotas, se declaró por ellos, que tuvieron la imprudencia de perdonarle. El 3 de Mayo de 1791 promulgóse una constitucion, donde se concedian al rey facultades extraordinarias; pero no se supo comprender que aquel acto era una declaracion de guerra á la Rusia, que no dejaria de recojer el guante. En una palabra, al concluir el año de 1791, habian cometido ya los generosos polacos los errores que tan caros habian de costarles; poner su confianza en Estanislao Poniatowski y en el rey de Prusia, y descuidar al mismo tiempo la defensa de su pais.

En Mayo de 1792 el embajador extraordinario Debulhakow comunicó á la Dieta una declaracion de guerra, que merece estractarse aquí por ser el primer documento importante donde la diplomacia rusa se muestra ya á la altura de la reputacion que hoy goza: mentirosa, insolente y hasta cínica. — «La liber-»tad y la independencia de la serenísima república de Polonia, dice aquel do-»cumento, han excitado siempre el interés y la atencion de todas las potencias.

»S. M. la emperatriz de todas las Rusias, que á este título reune el de protectora »nata y jurada de la república, se ha consagrado mas particularmente á velar por »la conservacion intacta de estos dos preciosos atributos de la existencia política »del reino. Los constantes y magnánimos desvelos de S. M., hijos de su amor á »la justicia y al órden, así como de su benevolencia y cariño á una nacion intere»sante á sus ojos por su identidad de orígen, de idioma y de otros caractéres, »con la que ella gobierna..... estorbaban sin duda á la ambicion de los que, no »contentos con la parte de autoridad que les asignan las leyes..... nada han des»cuidado para burlar de una parte la esquisita vigilancia de la emperatriz sobre la »integridad de los derechos y prerogativas de la ilustre nacion polaca; y de otra »para calumniar la pureza y bondad de sus intenciones..... Envalentonados por »la facilidad con que una parte de la nacion ha abrazado sus erróneas opiniones, »los que preparaban su envilecimiento y la destruccion de su libertad antigua, »creyeron ocasion favorable á sus propósitos, aquella en que se vió la Rusia asal»tada de dos naciones al par..... La Dieta se reunió en Varsovia..... sin contar »las ilegalidades é infracciones de las leyes de la república que se permitió esta »Dieta, ó mas bien la faccion que la domina, basta decir que apropióse todos los »poderes.... abusando de ellos de la manera mas tiránica..... y poniendo fin á sus »funestas empresas con destruir completamente á 3 de Mayo de 1791 el edificio »del gobierno á cuya sombra ha florecido y prosperado la república tantos si»glos..... Pero no se contentan esos audaces ciudadanos con las desgracias que »en su propio seno han acarreado á su país, sino que además le procuran pe»ligros exteriores, lanzándole á un camino donde no podrá menos de hallarse »en guerra abierta con la Rusia, su antigua amiga y aliada. Nada menos se ha »necesitado que toda la magnanimidad de la emperatriz, y sobre todo, la equi»dad y la justicia con que sabe distinguir el espíritu de partido del espíritu gene»ral de la nacion..... El respeto mismo que se debe á la persona augusta y al »rango de la emperatriz, dejó de guardarse en los discursos pronunciados en ple»na Dieta; y estas insolencias, lejos de ser reprimidas, como lo merecian, tuvie»ron el aplauso de los jefes de la faccion que ha destruido las leyes y el gobierno »de la república..... Espera S. M. imperial que todo buen polaco amante verda»dero de su patria sabrá apreciar sus intenciones, y conocerá que es servir á su »propia causa coadyuvar con sus armas y sus votos á los esfuerzos que ella va á »desplegar, en union con los verdaderos patriotas, para devolver á la nacion la »libertad y las leyes que le ha quitado la falsa constitucion del 3 de Mayo..... Si »hiciera vacilar á algunos en este noble propósito el juramento que les hizo pro»nunciar la ilusion ó les arrancó la fuerza, convénzanse de que el único jura»mento sagrado y veraz es aquel que los comprometió á sostener hasta la muerte »el gobierno..... Pero si hay alguno tan ciego que se oponga á las benéficas mi»ras de la emperatriz, eche á sí mismo la culpa de los males que le sobre»vengan.....»

Este golpe tremendo no abatió á la Dieta, confiada en su propia justicia. Un entusiasmo eléctrico agitó á todos los buenos polacos, que era la cuestion de patria la que iba á resolverse. Inmediatamente se empezaron á tomar disposiciones acertadas en su mayor parte. Creáronse ejércitos, decretáronse impuestos, y como por la nueva constitucion era el rey generalísimo nato de la república, falta muy trascendental, como se vió mas adelante, nombró su teniente á José Poniatowski, sobrino suyo, jóven frívolo y sin talentos de ningun género, que á pesar de haber sido gobernador de la Ukrania, desconocia absolutamente aquel país que iba á ser teatro de la guerra. Reunióse en las cercanías de Lubar un ejército de 50,000 hombres, á cuya cabeza fué á ponerse Poniatowski, al mismo tiempo que el consejo general de guerra, inexperto ó aturdido, cometia torpezas sobre torpezas. Por fortuna acertaba á remediarlas el general Kosciusko, valeroso patriota, que coronado de gloriosos laureles en la guerra de la independencia de los Estados-Unidos, donde solo Washington se le aventajó en bravura y fama, acababa de tornar á su patria para ayudarla en su regeneracion política. Catalina por su parte lanzó acto contínuo sobre Polonia todo el ejército de 80,000 hombres que habia hecho la guerra en Turquía, aumentado con otro de 40,000 que en diversas partidas atravesaron la frontera. No eran, en verdad, 120,000 hombres bastantes á abatir á un pueblo resuelto y denodado, ni tampoco lo hubieran conseguido sin la iniquidad de Federico Guillermo de Prusia, que faltó á sus solemnes pactos, seducido por Catalina, con la esperanza de un nuevo reparto de la Polonia. Mientras los pueblos se ponian á la altura del heroismo, los reyes se rebajaban hasta la ignominia: no habia de pasar mucho tiempo sin que el mismo Estanislao se mostrára tan vil como los mayores enemigos de la Polonia.

Entretanto no hacía otra cosa el ejército que retirarse ante el ruso. La ineptitud de Poniatowski se demostraba claramente mas y mas cada dia. Rodeado de favoritos imbéciles solo por su conducto comunicaba las órdenes, de manera que los generales de division solian dejar de cumplirlas, temerosos de que no fueran verdaderamente emanadas del general en gefe. No hay cosa en la guerra tan perjudicial como las retiradas, porque desalientan á las tropas y las fatigan, sobre hacerlas dudar de la inteligencia que las guia. No menos funesta la vacilacion, solo es propia de capitanes sin genio. Poniatowski pudo en Zielincé arrollar completamente la division rusa de Marcoff, compuesta de 10,000 hombres, y se contentó con matarle 1,500, permaneciendo despues mero espectador de su retirada. Si bien la posicion del general no era muy ventajosa, pues por todas partes venian sobre él fuerzas mayores, para los hombres enérgicos son los peligros y las situaciones críticas. Sus favoritos no descuidaban medio alguno de desalentar al ejército, ora diciéndole que aquella guerra era impía é inmotivada, ora extendiéndose en reflexiones mas peligrosas aun. Los partes de Poniatowski al rey, sus mensajeros á la Dieta, iban por todas partes sembrando el desaliento y tal vez la traicion.

»S. M. la emperatriz de todas las Rusias, que á este título reune el de protectora »nata y jurada de la república, se ha consagrado mas particularmente á velar por »la conservacion intacta de estos dos preciosos atributos de la existencia política »del reino. Los constantes y magnánimos desvelos de S. M., hijos de su amor á »la justicia y al órden, así como de su benevolencia y cariño á una nacion intere»sante á sus ojos por su identidad de orígen, de idioma y de otros caractéres, »con la que ella gobierna..... estorbaban sin duda á la ambicion de los que, no »contentos con la parte de autoridad que les asignan las leyes..... nada han des»cuidado para burlar de una parte la esquisita vigilancia de la emperatriz sobre la »integridad de los derechos y prerogativas de la ilustre nacion polaca; y de otra »para calumniar la pureza y bondad de sus intenciones..... Envalentonados por »la facilidad con que una parte de la nacion ha abrazado sus erróneas opiniones, »los que preparaban su envilecimiento y la destruccion de su libertad antigua, »creyeron ocasion favorable á sus propósitos, aquella en que se vió la Rusia asal»tada de dos naciones al par..... La Dieta se reunió en Varsovia..... sin contar »las ilegalidades é infracciones de las leyes de la república que se permitió esta »Dieta, ó mas bien la faccion que la domina, basta decir que apropióse todos los »poderes.... abusando de ellos de la manera mas tiránica..... y poniendo fin á sus »funestas empresas con destruir completamente á 3 de Mayo de 1791 el edificio »del gobierno á cuya sombra ha florecido y prosperado la república tantos si»glos..... Pero no se contentan esos audaces ciudadanos con las desgracias que »en su propio seno han acarreado á su país, sino que además le procuran pe»ligros exteriores, lanzándole á un camino donde no podrá menos de hallarse »en guerra abierta con la Rusia, su antigua amiga y aliada. Nada menos se ha »necesitado que toda la magnanimidad de la emperatriz, y sobre todo, la equi»dad y la justicia con que sabe distinguir el espíritu de partido del espíritu gene»ral de la nacion..... El respeto mismo que se debe á la persona augusta y al »rango de la emperatriz, dejó de guardarse en los discursos pronunciados en ple»na Dieta; y estas insolencias, lejos de ser reprimidas, como lo merecian, tuvie»ron el aplauso de los jefes de la faccion que ha destruido las leyes y el gobierno »de la república..... Espera S. M. imperial que todo buen polaco amante verda»dero de su patria sabrá apreciar sus intenciones, y conocerá que es servir á su »propia causa coadyuvar con sus armas y sus votos á los esfuerzos que ella va á »desplegar, en union con los verdaderos patriotas, para devolver á la nacion la »libertad y las leyes que le ha quitado la falsa constitucion del 3 de Mayo..... Si »hiciera vacilar á algunos en este noble propósito el juramento que les hizo pro»nunciar la ilusion ó les arrancó la fuerza, convénzanse de que el único jura»mento sagrado y veraz es aquel que los comprometió á sostener hasta la muerte »el gobierno..... Pero si hay alguno tan ciego que se oponga á las benéficas mi»ras de la emperatriz, eche á sí mismo la culpa de los males que le sobre»vengan.....»

Este golpe tremendo no abatió á la Dieta, confiada en su propia justicia. Un entusiasmo eléctrico agitó á todos los buenos polacos, que era la cuestion de patria la que iba á resolverse. Inmediatamente se empezaron á tomar disposiciones acertadas en su mayor parte. Creáronse ejércitos, decretáronse impuestos, y como por la nueva constitucion era el rey generalísimo nato de la república, falta muy trascendental, como se vió mas adelante, nombró su teniente á José Poniatowski, sobrino suyo, jóven frívolo y sin talentos de ningun género, que á pesar de haber sido gobernador de la Ukrania, desconocia absolutamente aquel país que iba á ser teatro de la guerra. Reunióse en las cercanías de Lubar un ejército de 50,000 hombres, á cuya cabeza fué á ponerse Poniatowski, al mismo tiempo que el consejo general de guerra, inexperto ó aturdido, cometia torpezas sobre torpezas. Por fortuna acertaba á remediarlas el general Kosciusko, valeroso patriota, que coronado de gloriosos laureles en la guerra de la independencia de los Estados-Unidos, donde solo Washington se le aventajó en bravura y fama, acababa de tornar á su patria para ayudarla en su regeneracion política. Catalina por su parte lanzó acto contínuo sobre Polonia todo el ejército de 80,000 hombres que habia hecho la guerra en Turquía, aumentado con otro de 40,000 que en diversas partidas atravesaron la frontera. No eran, en verdad, 120,000 hombres bastantes á abatir á un pueblo resuelto y denodado, ni tampoco lo hubieran conseguido sin la iniquidad de Federico Guillermo de Prusia, que faltó á sus solemnes pactos, seducido por Catalina, con la esperanza de un nuevo reparto de la Polonia. Mientras los pueblos se ponian á la altura del heroismo, los reyes se rebajaban hasta la ignominia: no habia de pasar mucho tiempo sin que el mismo Estanislao se mostrára tan vil como los mayores enemigos de la Polonia.

Entretanto no hacía otra cosa el ejército que retirarse ante el ruso. La ineptitud de Poniatowski se demostraba claramente mas y mas cada dia. Rodeado de favoritos imbéciles solo por su conducto comunicaba las órdenes, de manera que los generales de division solian dejar de cumplirlas, temerosos de que no fueran verdaderamente emanadas del general en gefe. No hay cosa en la guerra tan perjudicial como las retiradas, porque desalientan á las tropas y las fatigan, sobre hacerlas dudar de la inteligencia que las guia. No menos funesta la vacilacion, solo es propia de capitanes sin genio. Poniatowski pudo en Zielincé arrollar completamente la division rusa de Marcoff, compuesta de 10,000 hombres, y se contentó con matarle 1,500, permaneciendo despues mero espectador de su retirada. Si bien la posicion del general no era muy ventajosa, pues por todas partes venian sobre él fuerzas mayores, para los hombres enérgicos son los peligros y las situaciones críticas. Sus favoritos no descuidaban medio alguno de desalentar al ejército, ora diciéndole que aquella guerra era impía é inmotivada, ora extendiéndose en reflexiones mas peligrosas aun. Los partes de Poniatowski al rey, sus mensajeros á la Dieta, iban por todas partes sembrando el desaliento y tal vez la traicion.

Es indescriptible el desórden que reinaba en el campo polaco. Enemistados los generales, hambrientas las tropas y casi desnudas, aturdido y medroso el general en jefe, en poco estuvo que fuera derrotado completamente en Wladimira, desastre que reparó un tanto Kosciusko pocos dias despues á orillas del Bog; y mayor hubiera sido la pérdida del general ruso Kochowski á venir Poniatowski en ayuda de Kosciusko, con quien andaba enemistado. No iba mejor la guerra en Lituania, gracias á la traicion del duque de Wirtemberg, que dejó el mando que le habia conferido su patria adoptiva, seducido por las ofertas de la córte de Berlin. Sucedióle Iudicki, bravo, pero ignorante, que fué derrotado en las cercanías de Mir, teniendo que refugiarse en Grodno. Reemplazó á este general Miguel Zabiello, que estuvo para ser víctima de una insubordinacion militar, fraguada por los emisarios del rey, que mortalmente le odiaba. Así ambos ejércitos iban retirándose, mientras avanzaba el ruso á la capital. El historiador anónimo ya citado censura á los generales polacos por no haber quemado la Ukrania antes de abandonársela al enemigo.

Entonces fué cuando el rey descubrió palpablemente toda la maldad, toda la hipocresía de su corazon. Dos nobles vendidos al extranjero habian levantado en Targowica el estandarte de la rebelion, ayudados de los rusos. Su objeto era abolir la Constitucion del 3 de Mayo, segun las pretensiones de la czarina. De la conducta posterior del rey parece que estuviera de acuerdo con ellos; pero no fué así, pues al avanzar los rusos á Varsovia, quiso entablar Estanislao negociaciones con Catalina, que le menospreció sobremanera, lo que no hubiese acaecido á ser otras las anteriores acciones del rey. Exigióle como en desagravio la emperatriz, que reconociera por confederacion formal á los revoltosos de Targowica, que anulára la Constitucion del 3 de Mayo y separára además de su lado á todos los enemigos de la Rusia. Mucho humillaron á Estanislao en un principio tan vergonzosas condiciones; pero apretando las circunstancias, cambió cobardemente de parecer y con el oro de la Rusia ganóse votos en el consejo. Dia de triste duelo fué en Varsovia aquel en que se supo que el consejo se habia sometido á las proposiciones de Catalina. No fué menor el enojo en el ejército: los generales mas ilustres, y aun los oficiales que vivian de su espada pidieron su retiro, y hasta el mismo Poniatowski imaginó robar á su tio para ponerle mal su grado al frente de las tropas; pero Estanislao rogó al mensajero de rodillas que las apaciguase, y el jóven por su parte, en su natural indecision y escaso patriotismo, no se atrevió á verificar el robo. Así arrojó la máscara aquel rey artero que por espacio de muchos años habia sabido engañar á tan noble nacion. Sus hombres mas eminentes habian creido en él, y en la respuesta á la declaracion de guerra de la emperatriz, no habia la Dieta vacilado en decir de él con su enérgica y noble elocuencia: —«Encienda vuestros pechos el santo amor de la patria. »Vuestro rey arde en deseos de verter por ella la sangre de sus venas, y no teme »esponer á los combates sus cabellos encanecidos por los años. Seguid, pues, sus



Es indescriptible el desórden que reinaba en el campo polaco. Enemistados los generales, hambrientas las tropas y casi desnudas, aturdido y medroso el general en jefe, en poco estuvo que fuera derrotado completamente en Wladimira, desastre que reparó un tanto Kosciusko pocos dias despues á orillas del Bog; y mayor hubiera sido la pérdida del general ruso Kochowski á venir Poniatowski en ayuda de Kosciusko, con quien andaba enemistado. No iba mejor la guerra en Lituania, gracias á la traicion del duque de Wirtemberg, que dejó el mando que le habia conferido su patria adoptiva, seducido por las ofertas de la córte de Berlin. Sucedióle Iudicki, bravo, pero ignorante, que fué derrotado en las cercanías de Mir, teniendo que refugiarse en Grodno. Reemplazó á este general Miguel Zabiello, que estuvo para ser víctima de una insubordinacion militar, fraguada por los emisarios del rey, que mortalmente le odiaba. Así ambos ejércitos iban retirándose, mientras avanzaba el ruso á la capital. El historiador anónimo ya citado censura á los generales polacos por no haber quemado la Ukrania antes de abandonársela al enemigo.

Entonces fué cuando el rey descubrió palpablemente toda la maldad, toda la hipocresía de su corazon. Dos nobles vendidos al extranjero habian levantado en Targowica el estandarte de la rebelion, ayudados de los rusos. Su objeto era abolir la Constitucion del 3 de Mayo, segun las pretensiones de la czarina. De la conducta posterior del rey parece que estuviera de acuerdo con ellos; pero no fué así, pues al avanzar los rusos á Varsovia, quiso entablar Estanislao negociaciones con Catalina, que le menospreció sobremanera, lo que no hubiese acaecido á ser otras las anteriores acciones del rey. Exigióle como en desagravio la emperatriz, que reconociera por confederacion formal á los revoltosos de Targowica, que anulára la Constitucion del 3 de Mayo y separára además de su lado á todos los enemigos de la Rusia. Mucho humillaron á Estanislao en un principio tan vergonzosas condiciones; pero apretando las circunstancias, cambió cobardemente de parecer y con el oro de la Rusia ganóse votos en el consejo. Dia de triste duelo fué en Varsovia aquel en que se supo que el consejo se habia sometido á las proposiciones de Catalina. No fué menor el enojo en el ejército: los generales mas ilustres, y aun los oficiales que vivian de su espada pidieron su retiro, y hasta el mismo Poniatowski imaginó robar á su tio para ponerle mal su grado al frente de las tropas; pero Estanislao rogó al mensajero de rodillas que las apaciguase, y el jóven por su parte, en su natural indecision y escaso patriotismo, no se atrevió á verificar el robo. Así arrojó la máscara aquel rey artero que por espacio de muchos años habia sabido engañar á tan noble nacion. Sus hombres mas eminentes habian creido en él, y en la respuesta á la declaracion de guerra de la emperatriz, no habia la Dieta vacilado en decir de él con su enérgica y noble elocuencia: —«Encienda vuestros pechos el santo amor de la patria. »Vuestro rey arde en deseos de verter por ella la sangre de sus venas, y no teme »esponer á los combates sus cabellos encanecidos por los años. Seguid, pues, sus



C. Legrand dibº y litº

Lit. de J. Donon, Madrid



ALEJANDRA FEDEROWNA

EMPERATRIZ DE LAS RUSIAS.



»banderas, que son las del honor. Abrásenos á todos el fuego de la emu-»lacion.....»

Retiróse, pues, el ejército á sus cuarteles vigilado por el ruso, y reconocidos oficialmente por confederacion los intrigantes de Targowica, reuniéronse en Grodno á manera de Dieta, desterrando y persiguiendo á los patriotas, decretando la anexion á Rusia y Prusia de las provincias que estas naciones deseaban, y poniendo á su servicio el ejército polaco. Los bienes de los emigrados fueron repartidos entre los traidores de Targowica y los generales rusos. Igielstrom, su general en jefe, estableció en Varsobia, no su cuartel, sino su córte, y ayudado del embajador de Rusia apoderóse del gobierno para demostrar que la Semíramis de los filósofos era digna descendiente del bárbaro Alarico.

X.

Tantas rapiñas, tantos atropellos, tanta humillacion, levantaron muy pronto el espíritu polaco, que era de suyo valeroso y noble. A pesar de los espías de Igielstrom, reuniéronse en Varsovia los patriotas, y puestos de acuerdo secretamente con los oficiales polacos, determinaron de sacudir tan ominoso yugo, eligiendo á Kosciusko por su jefe. Vivia emigrado en Leipsic el virtuoso oficial de Washington, cuando á principios de 1793 tuvo aviso de lo que en su patria se preparaba. La revolucion francesa que por entonces ardia, alentó á los emigrados que acudieron al punto á las fronteras de Polonia. El país, sin embargo, estaba exhausto y oprimido; mal organizado el ejército y al servicio de los conquistadores; envilecida la nobleza y el pueblo embrutecido y esclavo. Harto patriotismo se necesitaba para luchar con tantos obstáculos, que son por otra parte de aquellos que mas hacen al ánimo desmayar y apocarse. Instruido Estanislao de la conspiracion por Cichoki, comandante de la guarnicion polaca de Varsovia, si no la descubrió á Igielstrom, tampoco puso de su parte cuanto de él se podia y se debia esperar. Contradictoria sobre toda ponderacion fué su conducta en estas circunstancias, pues si no vendió á sus hermanos, procuró hacerse grato á los ojos de Catalina, convirtiéndose en uno mas de sus espías, en uno mas de sus sicarios. El sordo entusiasmo que reinaba en Varsovia, y el rumor de que Kosciusko habia tenido en la frontera algunas entrevistas con los jefes del ejército polaco, abrieron los ojos á los rusos, que redoblaron sus precauciones, obligando al general á marcharse á Italia, donde esperó hasta la primavera.

La llegada á Varsovia de uno de los mas enérgicos conspiradores, Zajonczek, acabó de confirmar las sospechas de los rusos. Decretóse la reduccion y licenciamiento parcial del ejército polaco, y se pidieron refuerzos á San Petersburgo. Avisado Kosciusko de la inminencia del peligro, vacilaba en lanzarse todavía, porque faltaban armas, y caballos, y dinero, y provisiones; pero obligado el general polaco Madalinski á licenciar su regimiento, temeroso de que los demás oficiales perdiesen tan buena ocasion por falta de osadía, alzó en Pultusk el estandarte de la libertad, pasó el Vístula, sorprendió y batió los destacamentos prusianos que guarnecian la nueva frontera, y dirigióse á la de Galitzia, convencido de que la capital no podria levantarse teniendo una guarnicion de 10,000 rusos y otros tantos en las cercanías. Su intencion era insurreccionar las tropas acantonadas en el palatinado de Cracovia, y esperar allí la llegada de Kosciusko, pudiendo retirarse en caso de necesidad por la Galitzia á los dominios del emperador de Austria, que esperaba le recibiese á su servicio. No se hizo esperar Kosciusko, y presentándose en Cracovia en Marzo de 1794, fué acogido con entusiasmo universal y proclamado dictador hasta que la patria se viera libre.

Despues de tomadas oportunas disposiciones para la administracion del ejército y del país sublevado, salió Kosciusko en busca de los generales rusos Denisow y Tormansow, que con 7,000 hombres venian en persecucion de Madalinski. Las fuerzas del dictador se reducian á la division de este último, 400 hombres de la guarnicion de Cracovia, un regimiento de caballería, 300 paisanos que se le unieron armados de hoces y 12 piezas de artillería. En las alturas de Raslavicé encontráronse los dos ejércitos, y á pesar de la ventajosa posicion de los rusos, fueron derrotados completamente, perdiendo solo los polacos 150 hombres, y retirándose á Bosutow, á dos leguas de Cracovia. Fué de tan saludable influjo esta jornada, que al saberse en Varsovia, á pesar de la opresion en que el pueblo yacia, y á pesar de las precauciones de Igielstrom, atacó á los rusos en medio de las calles la guarnicion polaca, y despues de un combate sangrientísimo que duró todo un dia, pasó á cuchillo toda la division de Gagarine, y sitió á Igielstrom en su mismo palacio, donde tuvo al fin que capitular por haber perdido casi toda su gente. Wilna, capital de la Lituania, siguió de las primeras el noble ejemplo de Varsovia, y no tardaron en proclamarse en rebelion los cantones de tropas polacas. Todo parecia favorable á la buena causa; despertóse el amor de la patria en aquel pueblo infortunado, y á ser mas activos los conjurados de Varsovia, trabajo le costára á Catalina el recobrar su usurpado imperio. Entretanto Kosciusko no recibia refuerzos, pues los rusos obstruian los caminos; pero el valiente mayor Wyszkowsky y el coronel Lazninski, se atrevieron á llevarle sus regimientos, no sin que tuviera que sostener el primero un lance muy sangriento en Konstantynow.

Ocupábase á la sazon Kosciusko en reclutar gentes en Cracovia con harto trabajo y lentitud, pues embrutecida la nobleza en la servidumbre, no sabía res-

ponder al entusiasmo de los patriotas. Al fin se vió precisado á decretar una quinta general, con lo que acabó de enagenarse la voluntad de los nobles, que temian perder á sus esclavos prestándoselos á la patria. Solo 2,000 hombres se reunieron, y con ellos, enterado ya de los sucesos de Varsovia y Wilna, libró Kosciusko al palatinado de Cracovia de los rusos que lo asolaban, y uniéndose á orillas del Vístula con la division de Grochowski, atrevióse á presentar la batalla en Szezekociny, poblacion fronteriza entre los palatinados de Siradia y de Cracovia. Mal servido ó engañado quizás por sus espías, ignoraba el general polaco que venía en socorro de los rusos con 24,000 hombres el mismo rey de Prusia; y con efecto, presentándose en el campo de batalla, puso en fuga á los patriotas, que perdieron bastante gente, dos generales y ocho cañones. El mismo Kosciusko se vió á pique de morir, que quizás le hubiera sido gran consuelo antes que no saber, como al poco tiempo supo, que la reaccion iba ganando terreno en Varsovia, y que el mismo rey maquinaba secretamente contra su patria. «La incapa»cidad de Estanislao, probada tantas veces, dice el historiador francés de esta »revolucion, su ineptitud para las empresas guerreras, reconocida en la campaña »de 1792, y sobre todo esto, su pusilanimidad revelada por una conducta para »la nacion y para el trono deshonrosa, le habian enagenado todos los corazones. »En circunstancias tan críticas no sabian qué hacer los insurgentes de un príncipe »que no era ni político ni capitan. Recordando la manera vergonzosa con que ha»bia abusado de su confianza en 1792, se resistian á otorgársela nuevamente.»— «Estanislao á su vez veia en el acta de insurreccion una denuncia á la posteridad »de su conducta innoble. Los esfuerzos que hacian los patriotas para salvar al país, »comparados con su propia pusilanimidad, ofrecian un contraste para él ofensivo y »desventajoso. Veíase ya claramente que sus acciones todas tendian á la des»truccion de los defensores de la patria, y que anhelaba por que esta destruccion »probase á un tiempo á las naciones la locura de ellos y su propia sabiduría.»

Para poner remedio pronto á tantos males, nombró Kosciusko un consejo que fijó su residencia en la capital, relevó al comandante de Varsovia, que estaba vendido á Estanislao, con un patriota decidido, y dió al mismo tiempo al general Mokronowski el encargo de impedir con una division de 4,000 hombres que los rusos se aproximasen á la capital; nombramiento desacertado, pues era Mokronowski hombre irresoluto y débil. Por este mismo tiempo cayó Cracovia en poder de los prusianos, que sin ser pérdida grande, fué en tan críticas circunstancias muy sensible, porque ignorante el pueblo y entusiasmado solo atribuia los desastres á traicion. A esto siguió la derrota de Zajonczek, en Chelm, que fué mas importante todavía, porque demostró la flojedad de los paisanos. Aunque acusado de traidor injustamente, retiróse Zajonczeck á Lublin, resuelto á estorbar á todo trance que el enemigo avanzára; pero encerraba esta ciudad una multitud de hombres inmorales, interesados y arteros, que le hubieran vendido á los rusos á no apresurarse él á abandonarla. Aumentado su ejército con artillería y reclutas,

reunió en Kurow 8,000 hombres, con los cuales hubiera hecho frente al enemigo sin un motin que estalló entre los coroneles para obligarle á pasar el Vístula. Pasólo, pues, el infortunado general convencido de que abria á los rusos el camino de Varsovia, y fué á cubrir la izquierda de Kosciusko, que tenía en Mszczonow su cuartel general, mientras Mokronowski cubria en Blonia la derecha. Sostenidos allí los rusos por los prusianos, atacaron á Zajonczek en Golkow, y despues de un fuego vivísimo que duró toda la noche, le obligaron á retirarse, al mismo tiempo que Kosciusko, ostigado muy de cerca por los prusianos, tenía que marchar sobre Varsovia.

No andaba aquí mas ganada la causa de la libertad. Sin hacer mérito de las intrigas que la córte puso en juego para impedir el establecimiento del consejo nacional, la canalla vendida á los extranjeros no perdonaba medio para desacreditar á los patriotas. Aprovechando un motin en que el pueblo se vengó de ciertos nobles, que encarcelados por Kosciusko mucho tiempo atrás, no acababan de caer bajo el hacha de la justicia, diéronse los satélites de Estanislao á decir que se preparaban en Polonia escenas como las que habian ensangrentado recientemente el suelo de Francia, y que cada uno de los patriotas sería muy pronto un Robespierre, nombre que por aquel tiempo llevaba el terror adonde quiera que se pronunciase. Tambien sonó que la vida del rey habia estado en peligro, lo que fué de todo en todo falso por desdicha de la libertad polaca. Al acercarse los ejércitos á la capital estallaron las maquinaciones tumultuosamente, y fué preciso nombrar una comision militar, presidida por Zajonczek, para impedir las quejas que el pueblo exhalaba contra los jueces por su lentitud en castigar á los acusados de extranjerismo. Sentenció la comision á muerte á Sharczewski, obispo de Chelm, que habia votado el reparto de la Polonia, y relevado de su juramento á los miembros de la Dieta, y aceptado la cancillería de la corona en ocasion que todos los buenos polacos despreciaban las dignidades por no debérselas á la Rusia; pero viendo Estanislao en la condenacion del obispo su propia condenacion, hizo tantos esfuerzos porque Kosciusko le conmutára la pena, que el caudillo popular tuvo que ceder al fin, perdiendo no poco de su prestigio. Esto puso palpable á los ojos de todos la falta que se habia cometido conservando la dignidad real en ocasion tan crítica para la república. El ejército que defendia á Varsovia dividióse tambien en dos bandos, y como en él se hallaba el inepto Poniatowski, cobraba alientos el partido de su tio, al paso que el de la patria decaia.

La posicion del ejército defensor no era enteramente desventajosa. Dividíase en tres campos, á las órdenes de Kosciusko, Mokronowski y Zajonczek, con 17,000 infantes y 5,000 caballos en todo. El 13 de Julio parecieron los prusianos á la vista de Varsovia, formándose en línea recta en frente de Mokronowski, mientras los rusos acampaban enfrente de Kosciusko. Extendiéndose luego los dos ejércitos por izquierda y derecha, estrecharon á los polacos sobre la orilla izquierda del Vístula, dejándoles sin embargo libre el paso del rio y una gran parte del país

á la derecha, con que podian proporcionarse vituallas libremente. Las fortificaciones de la poblacion se reducian á un baluarte de tierra; si bien desde el principio de la insurreccion se habian empezado á edificar reductos, que como construidos de prisa y por el paisanaje no se podia confiar en ellos. Los prusianos empezaron las operaciones por tomar á Vola, poblacion situada á dos tiros de cañon del campo de Zajonczek, al que hicieron desde allí harto daño con las baterías que establecieron, aunque podian ser atacados por tres partes diferentes. Kosciusko lo conoció, y dispuso que Poniatowski así lo hiciese; pero desempeñó tan mal esta comision el sobrino del rey, que sin el auxilio de Kosciusko hubieran tenido que encerrarse en Varsovia. Al mismo tiempo hacía Zajonczek una salida sobre Vola con mejor fortuna. Empezaba á enojar á Federico Guillermo la prolongacion del sitio, cuando llegó á su noticia la insurreccion de la gran Polonia, imaginada y conseguida por Mniewski, palatino de Cujavia, que en pocos dias se vió á la cabeza de una respetable division. Destacó primeramente el rey de Prusia algunos cuerpos de su ejército, y como el de Mniewski crecia por instantes, propuso á Zajonczek una suspension de hostilidades, que no le fué admitida, y por último, levantó el campo la noche del 6 al 7 de Setiembre, picándole la retaguardia la caballería polaca. Aquel dia fué el último de alegres esperanzas para la infeliz Polonia.

Respiraba apenas Kosciusko de tan penoso cerco, cuando los desastres que sufria en Lituania la buena causa, le obligaron á ir en persona al socorro de Mokronowski y Sierakowski. A la mitad del camino recibió la noticia de la derrota de este último por el ejército ruso de Suwarow, á orillas del Bog, y siendo uno de los resultados mas sensibles de este lance que el ejército ruso pudiera unirse con el prusiano de Fersen, pasando el Vístula, corrió Kosciusko á ponerse al frente de las tropas de Sierakowski, determinado á estorbar á todo trance la union de Fersen y Suwarow. No creyendo tan mal parada su causa, otros generales procuraron que Kosciusko desistiese de su propósito; pero fué en balde, porque habiendo salido de Varsovia el 29 de Setiembre, dió, ó mas bien aceptó, el 4 de Octubre la famosa batalla de Maciejowica, donde fué deshecho todo el ejército polaco, y herido y prisionero él mismo, pronunciando al caer aquellas tristes y proféticas palabras: *Finis Poloniæ.* Tambien cayó en esta lid su íntimo amigo Niemcewicz, el Eschilo de la Polonia, que solo se diferenció del poeta griego en que cantaba este el triunfo de su patria, al cual habia contribuido en Marathon, mientras el jóven polaco, prisionero en Maciejowica, solo males pudo llorar en el fondo de su calabozo en Rusia. Nunca se encontró la Polonia en una crisis tan aflictiva como despues de esta jornada. El terror se apoderó de todos los ánimos; cobró el partido ruso nuevos brios, y sobre todo esto el emperador de Austria, que hasta entonces habia permanecido neutral, se declaró francamente contra la república, por aquello del árbol caido de la fábula, que es doble vileza en príncipe tan poderoso.

Lo demás fué ya una serie de desastres en el campo y en la córte. El ejército no tenía confianza en sí mismo, sino en Kosciusko; perdido éste, no solo no supo vencer, pero ni pelear. Al general prisionero sucedió Wawrzecki, hombre de talento, pero no de genio; capaz de morir por la patria, pero no de salvarla. Su principal cualidad era no pertenecer á ningun partido, así como su principal defecto era conocer muy poco la carrera de las armas, pues no las habia empuñado hasta que se las dió la revolucion. En el consejo de guerra entró el partido ruso casi por entero y se retiraron los patriotas. Los apuros crecian; el bárbaro modo de guerrear de los rusos habia ocasionado un hambre que refluyó á Varsovia, como punto céntrico del pais devastado, haciendo que no se guarneciese con tanta gente como habia de menester para su defensa. Así fué, que cuando los enemigos aparecieron el 2 de Noviembre al mando de los generales Suwarow, Fersen, Delfnfebdt y Dernisow, se vió claramente que habria que entregarla por falta de fuerzas y por los manejos del rey. «Las tabernas, dice el historiador anónimo, es»taban llenas de emisarios de la córte que exageraban el peligro, y sobre todo, »propalaban calumnias contra los enemigos de Catalina y Estanislao.» El barrio de Praga, que es populoso, apenas hubo tiempo para fortificarlo, y las tropas que lo defendian no tenian tiendas, ni leña, ni pan, y muchas, ni zapatos, ni vestidos. Atacadas con vigor al dia siguiente, huyeron muchos y otros se rindieron á discrecion. Zajonczech, último baluarte de la libertad, cayó herido, y el enemigo se apoderó de Praga, pasando á cuchillo á todos los habitantes, sin excepcion de niños, de mujeres, ni sacerdotes. Seducido el pueblo al dia siguiente por los cortesanos, se desató en injurias de los generales patriotas; acusólos de traicion y cobardía, y capituló por último con Suwarow. Vióse precisado á huir el ejército de la patria, y aun el mismo rey forjó una farsa grosera, haciendo como que tambien huia y que el pueblo se lo estorbaba. Mas sincero su sobrino dió la señal de la rebelion, pasándose con sus tropas al enemigo; siguieron otros generales el ejemplo, y el resto de las tropas de Wawrzecki, que se habia retirado al palatinado de Sendomira, amotinóse contra sus generales, robó la caja y se entregó á los rusos. Así acabó la desdichada insurreccion polaca. La faltaron hombres; le sobró buena fe. Kosciusko era honrado y valiente; pero no tenía esa audacia que es la primera dote de los revolucionarios. Aboliera él el trono, emancipára á los siervos completamente, deshiciérase de los traidores vendidos al extranjero, y Polonia se hubiera salvado. En Estanislao no debieron nunca ver los polacos un amigo. ¿No habia sido amante de Catalina? ¿no le debia su trono? Confiar en alianzas de los reyes fué otra de las faltas de la revolucion; los reyes no pueden ser aliados sinceros de las repúblicas.

Catalina, Federico Guillermo y el emperador de Austria rayaron en crueldad en sus venganzas. Faltando á la fe de las capitulaciones, maltrataron á los prisioneros polacos y cometieron atrocidades sin cuento. Herido Zajonczek, como digimos, pidió asilo al general de las tropas austriacas en Galitzia, que se lo pro-

metió á nombre del emperador, y al verle en su poder, le entregó á los rusos, llenándole de improperios. ¿Comprenderian los tres reyes que les era necesario oscurecer la grandeza de los polacos con su propia degradacion? Sin embargo, justo es confesar que no pertenece á ellos toda la culpa, sino á las circunstancias. La revolucion francesa estaba aterrando al mundo; los reyes temblaban en sus tronos, y allí donde veian asomar una de las mil cabezas de la hidra, allí la estirpaban con sangre y fuego. La situacion topográfica de la Polonia entre Rusia, Austria y Prusia, fué tambien parte á que no hubiera remedio para ella.

Estanislao, que habia arrojado un libro que le censuraba por no haber abdicado, tuvo que hacerlo al fin de órden de Catalina, así como Biron, á quien habia hecho su antecesora Isabel duque de Curlandia y de Semigalia. Fué por cierto cosa de ver aquella caida de los dos amantes imperiales, aquella pérdida que sufrieron ambos del botin del amor. Pusiéronse de acuerdo las tres potencias para un nuevo reparto de la Polonia, y en poco estuvo que la ambicion de la Prusia ocasionase una nueva guerra. El 3 de Diciembre de 1795 firmóse en San Petersburgo un tratado, cuyos principales artículos son los siguientes:—1.°—«Que las fronteras »del imperio ruso se extenderán desde su actual límite á lo largo de la frontera en»tre Volhynia y Galitzia, hasta el Bog, desde donde seguirán el curso del rio hasta »Brzesc y los confines de los palatinados de Lituania y Podlaquia. Desde aquí se »dirigirán al rio Niemen por los límites de los palatinados de Brzesc y Nowgorod »hasta enfrente de Grodno, desde donde bajarán por el curso del rio hasta donde »entra en los estados del rey de Prusia; y por último, despues de haber seguido »la antigua frontera de este reino hasta Palegen, seguirán sin interrupcion por las »orillas del mar Báltico hasta la actual frontera rusa junto á Riga.»—2.°—«La »porcion que debe adjudicarse á S. M. el emperador de Austria se fija del modo »siguiente: Al oeste, empezando por las fronteras de la Galitzia y siguiendo por las »de Prusia, tales como se fijaron en el tratado de Grodno de 25 de Setiembre »de 1793, hasta el punto en que rayan con el Piliza, continuando por la orilla de»recha de este rio hasta su embocadura en el Vístula, y corriendo por la orilla de»recha de este último rio hasta su confluencia con el Bog, irá á parar por la orilla »izquierda de este á la frontera de Galitzia.» El artículo 4.° del tratado disponia que se consultase á Federico Guillermo, que al fin se conformó con lo que le tocaba en suerte por no enojar á sus poderosos amigos.

Así la fuerza quedó erigida en derecho; así la Rusia y el Austria se daban la mano para dominar todo el Norte.

XI.

Por seguir atentamente la historia de la importantísima revolucion polaca, hemos dejado de dar cuenta de otros principales sucesos del reinado de Catalina, sucesos que todos giran sobre un polo muy particular é indigno de su mérito: el propósito de igualar con Poniatowski á Gregorio Orloff y á Potemkine, ó dicho mejor, el propósito de dar un trono á los amantes soldados como ya lo tenia el amante político. Era mujer de tal naturaleza la emperatriz, que en medio de sus orgías amorosas esplotaba en pro de la Rusia los celos de estos dos rivales; ejemplo que no se deberia de apartar un punto de la memoria de otros soberanos cuyas costumbres corrompidas no reportan á sus pueblos ventaja alguna material, sino considerables perjuicios solamente.

Potemkine ó Patioumkine, que tanta fama ha dejado en el mundo por sus rarezas inconcebibles y por su carácter estrafalario, solo semejante al de Suwarow, habia nacido en 1756 y abrazado desde muy jóven la carrera de las armas, por huir de la eclesiástica á la cual le destinaban sus padres. Era su figura sobremanera arrogante, su aire noble, y su constitucion atlética, prendas que aseguraban á todo ruso, aun de las clases mas ínfimas, el amor de la emperatriz. Ellas se lo depararon con efecto, y la casualidad de hallarse de guardia en el palacio real el dia de la revolucion que costó la vida á Pedro III. Sus proezas y su apostura cautivaron el corazon de Catalina, pues en una carta que escribió en aquel momento á Poniatowski, carta que ha pocos años poseia el baron de Rehausen, le hablaba entusiastamente de «un jóven oficial que se llama Patioumkine, y que se ha portado muy bien en la pelea.» No era Catalina mujer que se contentase con alabar por escrito á los buenos mozos, que á los pocos dias fué nombrado éste coronel y enviado extraordinario en Suecia para anunciar el advenimiento de la emperatriz al trono. A su regreso llovieron sobre él honores y grados, y sucedió una cosa harto notable entre vasallos y reinas, que fué enamorarse los dos perdidamente. Ante todo se debe de hacer una advertencia que se compadece mal con nuestras costumbres meridionales, pero que es y ha sido muy frecuente entre las princesas del Norte: Catalina no despedia á un amante al tomar otro, sino que conservaba los dos. El amor en aquel país tiene mas de vicio que nuestro vicio mismo.

Gregorio Orloff, que era por este tiempo el amante oficial, procuró deshacerse de Potemkine enviándole al ejército; pero desesperado el jóven con esta amorosa ausencia, encontró la gloria donde buscaba la muerte. Ni ella ni sus rapidísimos

ascensos eran sin embargo bastantes á consolarle; y acabándosele de trastornar la cabeza, se retiró á un monasterio por no ver á Catalina en brazos de su rival. Enternecida la emperatriz con esta prueba, volvióle á llamar á la córte para hacerle el verdadero soberano de Rusia, porque nunca se ha visto tanto poder como el suyo. Además de una fortuna inmensa, además del privilegio de gastar como la emperatriz ocho caballos en la carroza, y otro privilegio no menos raro de enviarle embajadores cuando se hallaba en el ejército, era Potemkine príncipe del imperio, feld-mariscal y comandante en jefe de todas las tropas rusas, general en jefe de la caballería, gran almirante de los tres mares, jefe de la guardia de caballería, coronel del regimiento de Preobazinsky y de otros regimientos, de los cuales llevaba uno su nombre; inspector general de los ejércitos, jefe de todos los talleres y fundiciones, gran hetman de los cosacos con derechos de señorío sobre uno de sus regimientos que solo á él obedecia, senador y presidente del colegio de la guerra, general gobernador de Catarinoslaw y de Crimea, y ayudante general y chambelan de la emperatriz.

Es cuestion muy debatida si fué útil á su patria Potemkine, y si las conquistas con que ensanchó su territorio merecen ponerse al lado de sus desafueros y arbitrariedades. Mezcla extraña su carácter de bien y de mal, cuando se extinguió en su pecho el amor á la emperatriz, tuvo en él un consejero fidelísimo, juntamente con un rival peligroso. Impaciente por alcanzar un trono, puso los ojos en el de Constantinopla, en el de Polonia y en el ducado de Curlandia, y por el primero envolvió á la Rusia en una guerra que pudo tener consecuencias muy fatales.

Ya en tiempos anteriores, para fundar un trono en Grecia donde se sentára Gregorio Orloff, habia invadido Suwarow los principados del Danubio, mientras el fanático Papaz-Ogli de Larissa insurreccionaba á los griegos fiado en las promesas de Catalina. Así por primera vez apareció en el mundo diplomático la famosa cuestion del protectorado de los griegos que ha servido de máscara á la Rusia para empuñar sus armas contra la Turquía. Tambien fué esta la primera vez que surcaron el Mediterráneo barcos rusos para auxiliar la insurreccion de Grecia. Entretanto, los hermanos del futuro rey aprestaban en Cerdeña, Liorna y Mahon una escuadra, que tomando oficiales en Inglaterra por ser ignorantísimos los suyos, desembarcaba en Coron con grande asombro de Europa y del mismo sultan, que creia ser atacado por el Danubio. En poco estuvo que no ondeára la cruz griega en Santa Sofía, pues la escuadra rusa alcanzó brillantes victorias, penetrando de improviso hasta el canal de los Dardanelos; pero la rivalidad de Gregorio Orloff con el almirante inglés que la mandaba, y las derrotas que por tierra sufrian los ejércitos rusos en todas partes, salvó milagrosamente á la ciudad de Constantino.

Esto, las reclamaciones de las potencias, y las cosas de Polonia, á la sazon pendientes, inclinaron á Catalina á la paz, ó mas bien á una tregua, que se firmó en Kainardji en 1774, tregua donde se estipulaba que los tártaros de Crimea que,

aprovechando aquella coyuntura se habian declarado independientes, serian reconocidos como tales, si bien ellos mirarian como califa al gran señor, al paso que restituia la Rusia los principados del Danubio á condicion de que se los tratára bien, condicion introducida solamente, como observa un historiador, para merecer aplauso de los filósofos. Al mismo tiempo se vió obligada á evacuar la Georgia y la Mingrelia, pero conservó algunas posiciones fuertes sobre el Nieper y en Crimea, y sobre todo la plaza de Azof, que con haber perdido además su baluarte de Crimea ó del Norte, dejaba á la Turquía á merced de la Rusia, que desde Pedro el *Grande* no ocultaba su proyecto de apoderarse del mar Negro. Vino por este tiempo á revelarlo mas y mas el haber tenido el czarowitz Pablo un hijo, que recibió el nombre de Constantino, por estar destinado por su abuela á ser emperador de Constantinopla. La caida del islamismo y la resurreccion de la Grecia se creian en San Petersburgo inevitables.

No tardó mucho tiempo en presentarse ocasion, que nunca falta á los conquistadores que la espian de mala fe. En aquel mismo año sucedió á Mustafá, Abdu-Hamid, príncipe educado entre mujeres é ignorante; pero no tanto que no comprendiera las intenciones de la emperatriz, y se preparára á frustrárselas, pidiendo á la Francia jefes que organizasen sus ejércitos, y reclamando de la córte rusa la separacion del cónsul de Moldavia, sosten y refugio de todos los revoltosos de su imperio, exigiendo además que se retirasen las tropas que habia en la Georgia, y que los buques rusos se sometieran al derecho de visita al pasar el estrecho. La Inglaterra y la Prusia, que andaba á la sazon desabrida con la córte de San Petersburgo, como queda dicho al tratar de Polonia, le alentaban á mas, al mismo tiempo que el pueblo turco ardia en deseos de reconquistar la Crimea, que le proporcionaba en otro tiempo granos y víveres. No pudiendo resistir Abdul á tantas influencias, declaróle al fin la guerra con grande júbilo de la emperatriz, que al momento contrajo alianza con el emperador de Austria, creyendo llegada la ocasion de resucitar los imperios de Oriente y Occidente. Para completar aquel cuadro fantástico, aconsejaba á José II que se apoderase de Italia y estableciese su córte en Roma.

Indeleble mancha fué la que cayó sobre el imperio con aliarse á la Rusia contra una nacion, que si algo le habia hecho era favor, negándose años atrás á las exigencias de Francia y Prusia para entrar en la liga que tan apretado lo puso, pero tanto puede en los soberanos la ambicion. Lascy, Potemkine y Romanzow sacaron á campaña las mejores tropas de Austria y Rusia; pero no tuvo el primero tanta fortuna como esperaba, pues el sistema austriaco de establecer cordones, le ocasionó derrotas considerables. No sucedió lo mismo á Potemkine y á Romanzoff, que habian entrado por la Crimea y la Ukrania, ganando inmediatamente la accion de Kibunrn, tomando por asalto á Oczakov, derrotando al seraskier Mehemed-bajá en Foleschani, y coronando estas hazañas con la completa derrota del ejército turco á orillas del rio Rimnik, victoria que valió á Suwarow los títulos de Rimniks-

ki y conde del imperio aleman. Mas afortunado el ejército austriaco cuando Laudon sucedió á Lascy, consiguió apoderarse de Belgrado y restaurar sus antiguas pérdidas.

Por este tiempo sucedió Selim III á Abdul-Hamid, su tio, y viendo que sus proposiciones de paz solo obtenian repulsas desdeñosas, resolvió hacer la guerra de una manera formidable; trabó alianza con la Prusia, cuya amistad con la córte de San Petersburgo reanudada otra vez, andaba otra vez muy tibia, y además con la Polonia, la Suecia, la Inglaterra y la Holanda. Apartemos un tanto los ojos de las cosas de la guerra para fijarlos en la conducta de la Prusia á todas luces incalificable. No solo en este tratado de 1790 se volvió contra la Rusia, su fiel aliada y protectora, sino que se obligó á declararle la guerra, así como al Austria, y á devolver la Galitzia á la Polonia. Tambien con esta nacion celebró mas adelante otro tratado, de que ya hicimos mérito, y sin embargo, á la primera oferta que le hizo Catalina de darle parte en el botin polaco, volvió sus armas contra Polonia. En pueblos de piratas ó salvajes esta conducta no pareceria tan artera; mas en un pueblo de filósofos, ni hay palabras hay para calificarla.

No procedió así Leopoldo II, que sucedió á José en el trono de Austria. Pacífico y justo de suyo buscó desde luego la paz, y la obtuvo de la Turquía al año siguiente, comprometiéndose á devolverle sus conquistas de la Moldavia y la Valaquia. Ciertamente que no hubiera procedido así Catalina II á haber estado en su mano; pero la revolucion de Francia, y mas particularmente la de Polonia, la amenazaban tan de cerca que tuvo tambien que renunciar por entonces á su proyecto de restauracion del Bajo Imperio.

Desvanecidas las ilusiones de Potemkine sobre este trono, aunque no se necesitaba de la paz para desvanecérselas completamente, fijóse en la Crimea, cuyo khan Sahim-Guerai, era desde 1774 verdadero juguete de la Rusia, ni mas ni menos que Estanislao en Polonia. El embajador de Catalina, que todo lo gobernaba, conociendo el ódio instintivo de los tártaros á las costumbres y á las cosas rusas, indujo al khan á introducirlas, con disgusto general del pueblo, obligándole por otra parte á hacer inmensos gastos para el sosten de una marina y un ejército, que en modo alguno necesitaba; cosas que sobre someterle á su dependencia, le hacian odioso á los tártaros, porque les imponia ilegítimos tributos. Cuando estuvo ya el terreno bien preparado, ayudóse á los mouzzas, que son los nobles del país, en una conspiracion contra la vida del khan, que pudo fugarse é implorar la proteccion de Rusia. No era otra cosa lo que deseaba Potemkine. Al punto él y Suwarow invadieron á sangre y fuego la Crimea en son de vengar á Sahim-Guerai, que al mismo tiempo era entregado á los turcos, es decir, á la muerte. La obra de Juan III quedó terminada, ¡pero á costa de cuánta sangre! Representante Potemkine del ódio de su raza contra sus antiguos dominadores, remitió á los cadalsos el vengar las afrentas de siete siglos. Estando todavía en la memoria de todos el tratado de Kainardji, que aseguraba la independencia de la Crimea, atrevióse

Catalina á agregarla á su imperio á la faz de toda la Europa «por hacerla feliz y asegurarle tranquilidad.»

Potemkine, que por esta empresa habia recibido el sobrenombre de Táurico, y que á ella habia sacrificado hasta sus sentimientos naturales, pues siendo un tanto generoso, y si no dulce, blando de carácter, dejó los varones tártaros reducidos á diez y siete mil, cuando solo en el ejército hubo en ocasiones cincuenta mil; Potemkine, que sacrificó su popularidad, que era grande, al deseo de agradar á su señora y conquistarse un trono, vióse atajado en su camino por un nuevo favorito, Zuboff, que, abriéndole á Catalina los ojos sobre sus ambiciones, logró que le cercenára parte de sus facultades, que era como quitárselas todas. Recibió el príncipe esta amarga noticia hallándose convaleciendo de una enfermedad en Nicolaïef, poblacion que habia fundado. Púsose al momento en marcha para San Petersburgo, aunque no sin desayunarse antes opíparamente, de cuyas resultas le atacó en medio del desierto un cólico, que acabó con su vida el 15 de Setiembre de 1791, á los cincuenta y seis años de su edad. En mala ocasion le sorprendió la muerte; pues si bien la enemistad de la emperatriz era á sus miras poderoso obstáculo, él lo hubiera vencido acaso con sus naturales gracias y con los recuerdos de su amor, sin contar con que para subir al trono de Polonia no necesitára de su ayuda; pues sobre ser su familia de orígen polaco, tenía en este país mucha popularidad, y fácilmente le hubiera elegido por rey despues de la muerte de Poniatowski, á no sobrevenir la revolucion.

Otro de los hombres que mas contribuyeron al explendor del reinado de Catalina, fué sin duda Suwarow, feld-mariscal de sus ejércitos, cuyo nombre se halla unido á todas las empresas militares de aquel siglo. Habia hecho sus primeras armas contra Federico el *Grande*, aprendiendo en su escuela una especie de instruccion militar, que, amoldada luego con su carácter ruso, le hizo un gran capitan digno de los godos y los vándalos. Adoraban los soldados en él, porque á todos se aventajaba en fanatismo, en costumbres groseras y en aparente ignorancia. Cabalgaba comunmente en camisa, ó cubierto con una piel de carnero; se creia iluminado por un espíritu celestial; nunca empezaba una accion sin persignarse muchas veces y besar una estampa de San Nicolás, y aseguraba por último á sus soldados que los que murieran irian derechos al paraiso. La víspera del asalto de Ismaël, fortaleza que hasta entonces habia resistido todos los ataques de la Rusia, dijo á sus tropas en la órden del dia: —«Mañana me levantaré una hora an»tes de salir el sol, rezaré mis devociones, me vestiré, cantaré como los gallos »para despertaros, y escalaréis las murallas como os tengo mandado».—Tanto efecto hizo en la soldadesca este lenguaje, que, á pesar de haber sido rechazada tres veces, venció al fin, matando 33,000 turcos, y haciendo 10,000 prisioneros. A la cabeza de sus gentes bañadas en sangre corria Suwarow gritándoles: *koli, koli* (matad, matad). El parte de esta accion se hallaba concebido en estos términos:—«Alabad á Dios, y alabaos á vosotros mismos. La ciudadela está en

nuestro poder; en ella os escribo.»—Ocho dias se necesitaron para enterrar los muertos. Del botin, que fué muy considerable, solo tomó Suwarow un caballo. En la relacion que hizo á la emperatriz le decia:—«Madre, la gloriosa Ismaël está »á tus piés.»—Tal era el hombre que tantas veces humilló á los turcos y que arrancó su libertad á los polacos. En él está representada la Rusia gráficamente; con todas sus cualidades y todos sus defectos; grosera y supersticiosa, pero brava. Desde Pedro el *Grande* se habia acostumbrado á creer que no habia para sus armas imposibles.

Catalina murió en 1796 llorada de su pueblo y estimada de los extraños, porque pesaban entonces sobre el mundo hartos temores para pensar en las arbitrariedades que habia cometido. La historia, sin embargo, le debe pedir de ellas estrechísima cuenta, porque siguiendo al pié de la letra y aun exagerando el sistema de Pedro el *Grande*, colocó á la Rusia en una situacion excepcional, situacion como de pirata, y como de quien está fuera del derecho público de las naciones. Para ella no hubo tratados, ni palabras, ni promesas; para ella en fin no hubo respetos de ninguna clase. Ciertamente que la Rusia estaba un tanto apartada de la esfera de civilizacion en que las grandes potencias vivian; pero si todo su anhelo fué logrársela, ¿por qué no empezó respetando lo que ellas respetan? ¿Por qué no acató lo que ellas acatan? Civilizada para los derechos, se creia bárbara para los deberes, y mientras exigia en todas partes rango y consideracion de alta potencia, hollaba en las demás todo rango y toda consideracion. El equilibrio europeo fué para ella una palabra vana, y sin embargo vió de mal ojo que Federico II tratase de alterarlo. Como se dilató su reinado tantos años, llegó á hacerse este sistema el credo político de la Rusia, porque en los pueblos incultos se arraiga fácilmente todo lo que halague su vanidad y sus bastardas pasiones. En esto les sonrie la fortuna á los Romanoff, pues los rusos son cera donde su voluntad se imprime á maravilla. Cuando se vió palpable lo que decimos, fué despues de la paz de Kainardji. Propúsose Catalina que su pueblo soñára con la conquista de Constantinopla, y despertando su fanatismo religioso á par de las antiguas querellas dormidas en la historia, al poco tiempo lo logró. Los popes ó sacerdotes predicaban la guerra santa, las mujeres ardian en deseos de engendrar héroes, y los hombres miraban al Oriente con relámpagos de ira. Aunque á su claro talento no podian ocultarse las dificultades de la empresa, ella misma se imaginó realizarla, y aun se cuenta que hablaba de sus vasallos turcos como de cosa segura, y que á las puertas de la ciudad de Cherson, que fundó en la Crimea puso un rótulo que decia: *Camino de Constantinopla*. Si el desarrollo de la Rusia no hubiera sido postizo, huero, por decirlo así, si Pedro el *Grande* no la hubiera cubierto de un barniz europeo, dejándola en el fondo tan slava como en los tiempos primitivos, estos de Catalina hubieran sido su edad media, porque tuvieron ó pudieron tener todos sus caractéres típicos; pero á par que se desarrollaba el fanatismo religioso, que es uno de ellos, la emperatriz pretendia amalgamarlo con

el espíritu filosófico de los enciclopedistas, y se hizo un caos lo que pudo haber sido un pueblo. Pruebas hartas de esta verdad pudieran aquí citarse; pero basta con el código que pretendió redactar á la francesa, tal como el mismo Montesquieu lo hubiera hecho; viéndose contrariada por los miembros de la comision, que preferian guardar sus rebaños á escribir por sí mismos sus derechos.

Difícil es resolver si fué pernicioso ó benéfico á los rusos el reinado de Catalina, porque si bien les proporcionó ventajas, tambien les inspiró ilusiones que nunca se han de realizar. «Quiero que la Rusia sea conocida, decia á Voltaire en »una de sus cartas; quiero que se vea que posee hombres eminentes.» Y esto se vió; pero se vió al mismo tiempo que tenía mas de un flaco por donde se la pudiera herir; que era un coloso con la cabeza de hierro y los piés de arena, sostenido por la casualidad, no por la ley del equilibrio. Así el occidente que la habia respetado, mientras la creyó una vanguardia de otros pueblos invasores del Asia siempre dispuestos á renovar la ruina del imperio romano, caida ya la venda, atrevióse á atacarla en su mismo territorio, ataque de que solo el rigor de su clima y la aspereza de su suelo alcanzaron á salvarla.

Prendas de mujer por otra parte no se le pueden negar á Catalina. Si en la liviandad rayó á una altura verdaderamente fabulosa, tenían sus mismos excesos cierta grandeza que no es comun en el vicio. Nunca pospuso al amor la patria, nunca la sacrificó por un amante; su corazon puede decirse que era un cetro mas que llevaba en la mano para ser mas reina. No se tome esto por defensa de sus desórdenes; aunque tiempos alcanzamos que amenguan su gravedad. En cambio tenía todas las virtudes de las mujeres corrompidas y muchas mas. Generosa, tierna, sencilla, confiada, parecia una mujer diferente de la emperatriz. No se concibe cómo en aquellas reuniones del Palacio de invierno, donde reinaba la sinceridad y la franqueza hasta el punto de haberlas ella reglamentado prohibiendo la etiqueta y cuanto pudiera causar enojo, no se concibe, repetimos, cómo se decretaron allí las matanzas de Polonia y de Turquía. Lo natural parece que sus amantes, empeñados por propia conveniencia en hacerla conquistadora, y los filósofos, obstinados por fantasía en creer que estaba á su cargo la regeneracion del mundo, la lanzaron á aquel camino de sangre y destruccion. Ello es que sus principales ocupaciones se reducian á traducir obras francesas, á mantener correspondencia con los filósofos, á protejer las ciencias, las artes y los descubrimientos, y á inocular á los rusos una savia nueva y fecunda. Mas gustaba de una intriga amorosa que de una combinacion diplomática; y si bien se dice que sus ministros eran simples secretarios, cuantos comprendan lo que es la mujer; conocerán que esto debe achacarse mas á la actividad del espíritu y á la moda del filosofismo, que no á la aficion de cosas graves.

Al decir de Voltaire, otro de los grandes méritos de Catalina fué la educacion de Alejandro, hijo de Pablo I, que le sucedió en el trono á la avanzada edad de 42 años.

XII.

El carácter excéntrico del emperador Pablo I, era hijo de su educacion, y de las extrañas vicisitudes que rodearon su niñez. Criado lejos de sus padres, pues Catalina se olvidaba de todos sus deberes, y Pedro le aborrecia mortalmente, abrió los ojos á la razon para verse declarado adulterino ó poco menos. La revolucion que costó la vida á su padre, acabó de agriarle el carácter, que antes era comunicativo y dulce. Como los usurpadores desconfian de todo el mundo, Catalina desconfiaba de su propio hijo, rayando en esclavitud la vigilancia en que le tenia. La soledad, que desarrolla y vivifica las almas poéticas, envenena las almas reconcentradas, y era la de Pablo de estas. Talento no le faltaba, ni mucho menos corazon, dando de esto una prueba muy notable el no haber mudado en ódio el cariño que profesaba á Catalina. En 1773 se casó con la princesa Wilhelmina de Hesse-Darmstad, que al abrazar la religion griega tomó el nombre de Natalia Alejowna. Al año siguiente, en un viaje que con su madre hizo á Moscow, trató Andrés Razumovski de inducirle á usurpar el poder supremo, pero Pablo desechó noblemente sus ofertas, y no menos noble Catalina, solo castigó á Razumovski enviándole de embajador á Nápoles. En Abril de 1776 murió de parto la princesa Natalia, cosa que hizo mas y mas lúgubre el carácter de su marido. Deseando la emperatriz casarle nuevamente, entabló negociaciones con la córte de Wurtemberg y Federico el grande convidó á Pablo á pasar á Berlin donde veria á su futura, de quien se enamoró tan apasionadamente, que ya en el mes de Octubre del mismo año estaba unido con ella. De esta Dorotea Sofía Augusta de Wurtemberg, que al bautizarse recibió el nombre de María Fœderowna, nacieron los grandes duques Alejandro, Constantino, Nicolás y Miguel, y las grandes duquesas Alejandra, María, Catalina y Ana. La felicidad doméstica y la esperanza que alimentaba de hacer un viaje al extranjero, dulcificaron un tanto á Pablo el yugo en que le seguia teniendo Catalina; y por cierto que mas se asemejaba á resignacion esta tolerancia, pues siendo, como era, gran almirante, no le permitió visitar por este tiempo la flota y el puerto de Cronstadt.

Cuando la revolucion francesa conmovió todos los tronos, inundaron á San Petersburgo los nobles emigrados pidiendo á grito herido ayuda contra sus hermanos. El czarowitz participaba tambien de este ódio: los jacobinos en particular le inspiraban una aversion profunda. Por este tiempo subió al trono. El principio de su reinado fué un corolario del de Catalina, pues se consagró á terminar las

reformas emprendidas por ella, y estirpar los abusos cometidos así en la marina como en el ejército, abusos que habian escapado al ojo penetrante de su madre. «Su reinado es una reaccion,» dice con harta profundidad el historiador Segur. Amargado su corazon, rebosando ódio, no pone mano en cosa que no trastorne completamente, y si respeta las instituciones de Catalina, acaso por amor filial, destruye en cambio sus hechuras y arruina á sus hombres. Solo abusando se convence del poder esperado tanto tiempo.» Juntamente con el entierro de su madre hizo celebrar la exhumacion de los restos de Pedro III con extraordinaria pompa, llevando cintas del féretro Baratinski y Orloff, partícipes de la revuelta que le habia arrancado la vida. Catorce mil polacos desterrados por su madre á la Siberia fueron puestos en libertad, y Kosciusko, que seguia prisionero, alcanzó permiso para ir á pelear otra vez por la libertad de los Estados-Unidos. Violento y arrebatado, era clemente, caritativo y justo cuando se calmaba, y aun hacia por reparar sus daños. Buen padre y buen esposo no dejó sin embargo de tener muchas concubinas; si bien tampoco no le faltaba moderacion en los placeres. Aunque no muy entendido en las artes, tenia conocimientos lijeros de muchas y algo de buen gusto, como se ve en ciertas cartas suyas que se conservan todavía. Su sencillez en el vestir, su conversacion y su amabilidad le hacian en el trato familiar muy estimable. La desconfianza era la dote principal de su carácter. A pesar del ódio que los jacobinos y la revolucion francesa le inspiraban, una de sus primeras disposiciones fué suspender los preparativos que hacia su madre para combatirla, y dos años despues «exaltándose repentinamente como añade el mismo escritor, se deja arrastrar á la segunda coalicion de los reyes contra la Francia. Sin discernimiento, con un arrebato bárbaro, lanza sus flotas al Mediterráneo y al Océano, sus ejércitos á Italia, á Suiza y á Holanda mismo.» Suvarow, Korsakoff y Hermann alcanzaron algunas victorias contra los generales franceses; el primero en particular se apoderó de todas las fortalezas y ciudades de la alta Italia, y diera harto que hacer á la victoriosa república sin la derrota de Korsakoff por Massena que le hizo replegarse sobre el Rhin, lo que obligó á Suvarow á acudir en su ayuda por un camino erizado de precipicios y solo practicable á los cazadores de gamos. Esta retirada fué empresa de mérito, aunque costó bastante gente, pues los generales Lecourbe, Massena y Gudin no cesaron un punto de picarle la retaguardia. Acababan de unirse Suvarow y Korsakoff, cuando disgustado Pablo I con la córte de Austria, ó mudando de opinion sobre la guerra, dió órden á su su generalísimo de volver á San Petersburgo, donde le preparaba una solemne entrada triunfal. De repente, cuando ya se hallaba Suvarow en Lituania, por cierto *ukase* poco importante que habia dejado de cumplir, dió al ejército una órden del dia donde declaraba que Suvarow habia merecido su enojo por desobediente. Asimismo mandó suspender los preparativos del triunfo y revocó todas las honras, que recientemente le habia hecho. Suvarow, que habia enfermado en el camino, recibió esta noticia en Riga; pero siguió avanzando á San Peters-

burgo donde encontróse aislado y poco menos que olvidado. El héroe no pudo soportar desgracia tan inmerecida, y murió el 18 de Mayo de 1800. Así perdió la Rusia por el incomprensible carácter de su emperador uno de los capitanes que mas gloria le han dado. Desconfiando al mismo tiempo del rey de Inglaterra y en particular de su ministro Pitt, retiró tambien de Holanda el ejército de Hermann, porque no contribuyese á su gloria. El primer cónsul Bonaparte sacó un inmenso partido de este carácter receloso, devolviéndole sus prisioneros bien vestidos, y regalándole la isla de Malta, lo que hizo al emperador separarse de sus aliados y tratar abiertamente con el directorio. En vano el general realista Doumouriez y el mismo Luis XVIII que estaba refugiado en Rusia, hicieron esfuerzos desesperados por sostenerle en su ódio anterior á la república. El veleidoso Pablo, solo respondió al primero: — «Importa muy poco que sea rey de Francia Luis XVIII, Bona»te ú otro cualquiera; lo que importa es que haya un rey.» — Luis XVIII se vió obligado á abandonar la Rusia con todo su cortejo de emigrados, y sus pensiones fueron suprimidas.

Los mismos caprichos y las mismas veleidades demostró Pablo en sus relaciones diplomáticas. Cierta caballerosidad que en él habia le hizo proclamarse gran maestre de la órden de Malta, interponiendo con grande asombro del mundo, su mediacion con la Sublime Puerta en la querella que esta sostenia con los caballeros de la Orden, y uniéndose por añadidura con ella para quitar á los ingléses las islas Jónicas donde, ¡cosa no menos estraña! fundaron turcos y rusos una república. Restablecida por sus negociaciones la neutralidad armada entre la Rusia, la Prusia, la Suecia y la Dinamarca, en ódio á la Inglaterra que se resistia á entregar la isla de Malta, desafió además á todos los reyes que no habian querido aliarse contra esta potencia, y declaró la guerra á España contentándose con apresar algunos de sus barcos mercantes. Esta conducta tenia muy disgustados á sus vasallos. En los asuntos interiores se habia manifestado verdaderamente loco, pues sobre arruinar al imperio impidiéndole toda comunicacion con los ingléses, habia llevado su demencia hasta el punto de reglamentar las modas, prohibiendo las extranjeras, así como la introduccion de libros francéses. Sobre todo, cuando sus planes encontraban obstáculos, su ferocidad crecia y se agriaba su carácter hasta la brutalidad. No dejó de conocer, sin embargo, la situacion del espíritu público, y desconfiando primeramente de su propia familia, lo que era cosa muy lógica en un príncipe ruso, hizo jurar sobre los Evangelios á sus hijos Alejandro y Constantino que nunca atentarian contra su vida. Esto fué, por decirlo así, la chispa que hizo estallar la mina. Los nobles de la oposicion, como se diria en el Occidente, se aprovecharon de estos recelos del padre para inspirar á los hijos otros por el tenor. Jaschwill, el príncipe Platov Zuboff, último favorito de Catalina, el conde Valeriano Zuboff, Nicolás Zuboff, el general Bennigsen, el general Duwaroff, el conde de Pahlen, gobernador militar de San Petersburgo, Tatistchef, coronel de guardias, y otros mas oscuros, conjurados para terminar el reinado de Pablo,

exploraron la voluntad del czarowitz haciéndole creer que su padre estaba de todo punto loco. No se hizo de rogar Alejandro, y si bien poniendo por condicion que no se atentára contra su vida, convino en cuanto le propusieron los conspiradores.

Valeriano Zuboff, que era de la servidumbre de Pablo, abriendo una escalera secreta del palacio de San Miguel la noche del 23 de Marzo de 1803, dió entrada á sus amigos hasta la antesala del autócrata que estaba durmiendo. Para que abriesen la puerta de la alcoba, empezaron á gritar ¡fuego, fuego! y con efecto, un ayuda de cámara la abrió al instante. Nicolás Zuboff y sus compañeros se lanzaron sobre el emperador, presentándole una renuncia formal y un ukase llamando al trono á su hijo Alejandro, lo que prueba que en un principio obraban los conspiradores con arreglo á los deseos de éste; pero Pablo se resistió con invencible tenacidad, apellidándolos traidores y diciendo que era emperador y queria morir como tal; lo que, oido por Zuboff, arrojóle al suelo, y secundándole los demás dieron fin de él en breve espacio. Cuando llegó á noticia de los grandes duques la muerte de su padre, la sintieron con extremo, y en particular, de Alejandro se cuenta que dijo al conde de Pahlen con las lágrimas en los ojos:—*¡Ah conde, qué página para mi historia!* A lo cual respondió Pahlen:—*Las siguientes harán que esa se olvide.* Tambien se añade que, á no cogerle la mano uno de los conspiradores, se hubiera suicidado en su despecho. Sin embargo, no dejó el nuevo emperador de mostrar con Pahlen y los suyos una culpable connivencia, concediéndoles altos empleos y colmándolos de atenciones, lo que fué sin duda otra página como la que tanto sentia que en su historia se encontrase. En un manifiesto que publicó al subir al trono, atribuia la muerte de Pablo á un ataque apoplético.

XIII.

Durante el reinado de Catalina II, se desarrolló grandemente el genio ruso; pero solo dentro de su antigua órbita, sin hacer su influencia trascendental y sin poder prestársela á ningun otro pueblo. Esto estaba reservado á Alejandro, hijo de la escuela filosófica, liberal en la cuna del despotismo, hombre moderado, prudente y de una pureza de intencion y una rectitud de miras verdaderamente admirables en aquel imperio. Si alguna vez la Rusia se pudo bastar á sí misma, aunque no tanto como Catalina habia creido, entonces fué, y solo entonces.

Distinguiéronse los tres primeros años de su reinado por una multitud de establecimientos comerciales y de educacion. La guerra tambien entró en un nuevo

período. Con la muerte de Pablo cayó la liga del Norte, que daba aliento á Bonaparte, tanto, que se creyó obra de Pitt aquel crímen. Todo impulsaba á Alejandro á entrar en la nueva coalicion de los reyes; las necesidades del comercio, el orgullo nacional, la influencia inglesa y la reaccion natural despues de un reinado absurdo. Aquella inmensa conflagracion universal que pudo haber resuelto el problema político para siempre, á ser Napoleon ciudadano tan grande como gran guerrero, vino á ser en resúmen, en la esfera de la inteligencia, un contrasentido, y en la esfera humana, una lucha de pasiones y de mezquinos intereses. Así, despues de aquella gran Odisea, que no tiene rival sino en los tiempos primitivos, ¿qué quedó? Millones de cadáveres, una expiacion providencial en Santa Elena, conmovido el mundo hasta en sus cimientos, y ningun derecho ni ningun deber asentado.

Alejandro en un principio solo tomó en la cuestion una parte puramente diplomática, hasta que la invasion de la Italia, convertida en república Cisalpina por el tratado de Campo-Formio, le hizo empuñar las armas en defensa del reino de Nápoles, de quien Pablo I se habia declarado protector. Del fondo de esta cuestion se veia claramente salir gananciosa la unidad germánica, mientras el Austria y la Prusia, las mas interesadas en sostenerla, permanecian en egoista espectativa. Adoptó francamente la Inglaterra una política belicosa, por obra del ministro Pitt, que se habia propuesto el exterminio de Napoleon, formándose de sus resultas la segunda coalicion. Pedíasele á éste la evacuacion del Hannover; del norte de Alemania; de la Italia y de la Isla de Elba; la independencia de Holanda y de Suiza; la restauracion del rey de Cerdeña en sus dominios; la independencia del reino de Nápoles, y la reconstitucion del mapa europeo de tal manera, que asegurando la nacionalidad é independencia de cada estado, quedasen todos á cubierto de peligros exteriores.

Discurrió primero Bonaparte cortar en Inglaterra el nudo gordiano, entrándola á sangre y fuego con sus tropas, para lo cual dispuso aquel famoso campo de Boloña, que debia de embarcarse y cojer en su guarida al temido leopardo; pero no era la marina la que habia de salvar á Napoleon en sus grandes aprietos, y bastaron algunos cruceros ingleses para destruir proyecto tan gigante. A trueque de enojar al rey de Prusia, corrió entonces á afrontarse con los austriacos en el Tirol, encerrando á Mack en Ulma, y haciendo 33,000 prisioneros sin disparar un tiro, mientras Massena en Italia obligaba al príncipe Cárlos á retirarse hácia Viena. Alejandro por este tiempo habia marchado á Berlin á decidir al rey de Prusia, que en caso de unirse con los coaligados, aceleraria grandemente la solucion del problema. Creyendo Napoleon destruir aquellos planes con un golpe atrevido, corrió á Viena, la tomó, dictó decretos á medio mundo desde el palacio de los emperadores germánicos é invadió la Moravia, determinado de fiarlo todo al éxito de un combate. Alentados en esto los austriacos con la llegada del ejército ruso, no rehusaron venir á las manos, con que dióse en Austerlitz aquella batalla, don-

de cayeron muertos ó heridos 40,000 hombres entre rusos y austriacos. Al Austria, que hacia la guerra por interés puramente material, bastáronle estos descalabros para desmayar, y Francisco II solicitó del emperador de los franceses una entrevista, donde se asentaron los preliminares de la paz de Presburgo, ajustada en Diciembre de 1805.

Mas de un siglo hacía que estaba desacreditada el Austria en esto de alianzas. Alejandro rompió con ella, y mandó un ejército á Nápoles al mando de Lascy, con órden de combatir á los mismos austriacos si á sus intentos se oponian. Napoleon entre tanto acababa de destruir la Confederacion germánica, abrogándose la presidencia, que en otro tiempo habia tenido el Austria. Muerto Pitt, que sostenia el partido de la guerra, acaso hubiera sucedido á tantos desastres una momentánea paz, á no morir tambien el rey de Prusia, sucediéndole Federico Guillermo III, que encontró á su pueblo floreciente, y á la juventud ardiendo en deseos de sostener el espíritu aleman. No supo ó no quiso Napoleon atraerlo á su partido, y humillado el jóven, le intimó que respetase las fronteras del Rhin, que él mismo se habia impuesto, que fué como declararle la guerra. Aceptóla Napoleon; uniéronse Alejandro y Federico Guillermo, y empezó la memorable campaña de 1806.

La infortunada Polonia se habia extremecido de placer en el fondo de su tumba. El emperador Alejandro, hombre de sanísimo corazon, la trataba con blandura paternal. Napoleon por otra parte, en su antagonismo con el Norte, habia dejado entrever un proyecto de reconstitucion del reino, halagando en París á Kosciusko y á los emigrados polacos. Declarada la guerra entre Francia, Rusia y Prusia, importábale mucho á aquel contar con un territorio amigo entre sus mismos adversarios, por lo cual fingió una proclama de Kosciusko, y puso en juego otras artes de aquellas en que tan perito fué. La llegada á Polonia del ejército francés, solo puede compararse con una ovacion. Pero el hijo del pueblo tenía en mas la sumision de los reyes que el amor de los pueblos, y no pensó en Polonia sino en cuanto á sus proyectos convenia. Ensimismado como estaba, y de orgullo fuera de sí, contentóse, pues, con formar una division polaca, diciéndoles por todo premio que adquiriesen peleando el derecho á ser libres.

Invadida la Prusia antes que llegase el ejército ruso, fueron derrotados completamente los prusianos en Jena el 14 de Octubre de 1806, batalla que, por ser allí, tuvo mas consecuencias que en otra cualquiera parte, pues siendo la monarquía prusiana puramente militar, un descalabro por el tenor deberia de traerle, como con efecto le trajo, su total ruina, quedando agregada al imperio francés, sí bien sus mejores generales, convertidos en guerrilleros, seguian defendiéndose en las montañas. Volviendo entonces Bonaparte su atencion á Rusia, avanzó hasta Polonia, mientras atizaba el resentimiento que existia entre Alejandro y la Puerta Otomana, á causa de la destitucion de los hospodares de Moldavia y Valaquia, deposicion verificada sin darle cuenta al primero, que, tomándolo á desaire, mandó

un ejército á sitiar á Constantinopla, mientras sus aliados los ingléses la bloqueaban por mar. La ciudad no se rindió, ni mucho menos; pero su flota habia sido quemada, y esta herida chorreaba aun sangre cuando invadió Napoleon la Polonia. Un país enteramente desconocido, un clima tan rigoroso, y una actividad como la que á los soldados se exigia, no pudieron menos de serles muy fatales. A miles caian moribundos entre la nieve para ser rematados por los cosacos que, con su modo de guerrear á la desbandada, amargaban de suyo la última hora de aquellos valientes. Vióse en algunas batallas hacer tregua los dos adversarios para restaurarse del frio. Así se peleó en Eylau, en Dantzick, y en Heitsberg no menos que en Friedland, batalla que abrió los ojos á Napoleon sobre lo costosa que iba á serle aquella guerra en tal país y con tales enemigos. Tanto él como Alejandro estaban predispuestos á la paz, y se reunieron en Tilsitt el 25 de Junio de 1807. El genio de Bonaparte, que era verdaderamente sin par, subyugó desde luego á Alejandro, hombre de bien, *aura mediócritas*, como dice un poeta latino. El Norte se reconstituyó al capricho de ambos. El reino de Westfalia se formó con los estados perdidos por el rey de Prusia. Al final de las conferencias de Tilsitt volvió á salir á plaza el colosal proyecto de Catalina II, con la única diferencia de que el objeto de Napoleon era que, entre el imperio de Oriente y el de Occidente, el Austria quedase puesta en la actitud de una esclava. Sin embargo, no se despidieron muy amigos los dos déspotas, porque despertándose en Alejandro el espíritu ruso, quedó desabrido de Napoleon al tratar del reparto de la Turquía. Hay cuestiones que parecen engendradas por el genio del mal para conmover al mundo.

Es imponderable el descontento que causó á los rusos el ver á su soberano en estrechas relaciones con el emperador de los franceses, descontento que creció sobremanera con adherirse la Rusia al bloqueo continental en Octubre de 1807. Las grandes pérdidas que sufrió su marina en el bombardeo de Copenhague, eran hijas de haberse comprometido en Tilsitt á auxiliar á Napoleon contra Inglaterra. Al mismo tiempo invadia el emperador traidoramente España y Portugal, esperando conquistarlos con solo el deshecho de sus tropas. Es cosa que admira ver á un héroe acarrearse su perdicion con faltas que un hombre vulgar no cometeria. Mirar con menosprecio á los españoles de Rocroi, creerlos fáciles de vencer porque el fanatismo religioso les oscurecia el entendimiento, y porque una córte prostituida los mandaba, es absurdo de tal naturaleza que si no llevára en sí mismo, como llevó, el castigo, pondria duda de la Providencia en el alma mas cristiana. «Ahora aprenderá lo que es una nacion,» decia Sheridan en las cámaras inglesas, y Canning profetizaba su caida si se le frustrase aquel propósito. Ambos, en juzgar de los pueblos, eran superiores á Napoleon. Alejandro, á pesar de todo, seguia auxiliándole con lealtad. No habiendo querido Gustavo IV de Suecia adherirse al sistema continental que tenia arruinado al Norte, aprovechó tan favorable coyuntura para invadir la Finlandia, segun lo convenido en Tilsitt. Favoreció esta empresa el haber determinado Napoleon formar una

gran monarquía escandinava, juntando la Dinamarca con la Suecia, para lo cual envió al mando de Bernadotte una division francesa y otra española que capitaneaba el marqués de la Romana. Esta última division, al saber los sucesos de la Península, abandonó aquel pais, viniendo á desembarcar en Santander. Un motin del ejército sueco, motin quizás preparado por los rusos, acabó con esta guerra, deponiendo en Stokolmo á Gustavo IV, y eligiendo para sucederle á Cárlos XIII, que hizo la paz en 17 de Setiembre de 1809, cediendo la Finlandia y las islas de Aland, ó sea una tercera parte de su reino, sobre adherirse al sistema continental.

No menos venturosas andaban en Turquía las armas de Alejandro. Prosorowski y Kutusof habian invadido la Moldavia y la Valaquia, sacrificadas por Napoleon en Tilsitt sin contar con la Puerta. El sitio de Brailow y Roustschouk y las matanzas que presenció el Danubio, dejaron virtualmente los principados á merced de la Rusia, y aun lográra su definitiva conquista, á no haber tenido á la postre sus generales que limitarse á la defensiva por estar para romperse la paz con Francia, lo que exigiria la reunion de todos sus ejércitos. Con efecto, el vapor de la sangre española eclipsaba ya la estrella del héroe. El Austria sola, excitada por las sociedades secretas, habia levantado la cabeza contra el coloso para ser vencida en Wagram; pero esto no desanimó á sus tenaces enemigos. Una coalicion mas formidable que todas las anteriores se urdia en las tinieblas de la diplomacia. Aunque Alejandro y Napoleon habian tenido otra entrevista en Erfurt en 1809, el primero demostró claramente que estaban ya muy flojos los lazos que los unian. La nobleza y el clero rusos murmuraban de aquella alianza, y aunque es tan despótico el poder de los czares, como solo reinan sobre los señores, que son dueños de la poblacion, y sobre los sacerdotes, que son dueños de las conciencias, los czares, repetimos, no pueden resistir su influjo. Alejandro se declaró al fin contra la Francia en 1812, y limitándose á la defensiva, ajustó con Turquía la paz de Bucharest en 28 de Mayo de 1812; hizo alianza con el gabinete inglés; reconoció á las córtes españolas y al nuevo rey de Suecia Bernadotte, general un tiempo de Napoleon, hoy su enemigo; y aguardó á los guerreros franceses con los suyos puestos en batalla.

No se hicieron mucho esperar. El emperador que habia llegado á ensimismarse hasta un punto inconcebible, corrió á castigar á Alejandro como se castiga á un vasallo rebelde. La Francia vió salir con lágrimas en los ojos aquel ejército de 500,000 hombres que la dejaba exhausta. Al emprender la campaña de Rusia no le quedaban á Napoleon otros amigos que sus soldados, pues hasta sus generales se disponian á volverle la espalda. El, sin embargo, pasó el Niemen asombrado de que nadie se le opusiera, penetró en Polonia denodadamente, y como ni aun así le atajáran el paso, avanzó á Rusia resuelto á sentar sus reales en Moscow. Las dificultades de esta jornada exaltaban su imaginacion. Oasis enmedio del desierto parecian las ciudades á los soldados moribundos de fatiga; pero al llegar á ellas las hallaban abandonadas y ardiendo. Tal vez los cosacos venian á impo-

sibilitar aquella marcha penosa apareciendo entre la nieve y matando á mansalva. Al fin se presentó el enemigo en Borodino, sobre el Moskowa, cerca de Moscow, y se atacaron los dos ejércitos tan fordimables en número como en ira, quedando por el de Napoleon la victoria. Con esto se creyó dueño de Rusia, pues aunque habia perdido la mitad de su gente, le esperaban de par en par las puertas de Moscow; pero mas prácticos en el terreno, Alejandro y sus generales juzgaban recien comenzada aquella campaña que él creia concluida. El 14 de Setiembre de 1812 entraron los franceses en la antigua córte moscovita, sedientos de reposo y de botin; pero se la encontraron desierta, y á los pocos momentos de su entrada estalló por todos los ángulos un incendio tan voraz, que lo apagaba el ejército por una parte y al punto mismo renacia por otras ciento. Aquello fué un espectáculo horrible. Hundíanse barrios enteros sobre los soldados que los saqueaban; morian otros de hambre y de frio sobre tesoros inmensos, mientras de hora en hora se recibian noticias de la completa destruccion de la retaguardia. Como para burlarse de Napoleon que no se habia querido alojar en el Kremlin por temor de que estuviera minado, el Kremlim fué el único edificio que permaneció intacto en aquella ciudad de ruinas. Entonces hizo proposiciones de paz que fueron rechazadas desdeñosamente. Imaginó avanzar hasta San Petersburgo, por vengarse de aquella humillacion con un golpe de audacia; pero sus generales se resistieron á seguirle dando muestras claras de una oposicion que solo la victoria habia podido hasta entonces reprimir. Retiróse, pues, el ejército por donde habia venido, consolado con el inmenso botin que llevaba y alegrando ferozmente á los generales rusos. Harto conocida es esta retirada para que la describamos. Perseguido sin cesar el ejército francés por los cosacos, apenas pudo escapar en Molojaroslavetz de Kutusof que le cerró el paso, para concentrarse sobre el Beresina, donde el 26 de Noviembre de 1812 reunidos los generales rusos le dieron aquella famosa accion en que acabaron todas las glorias del imperio. El mismo Napoleon debió su vida á la heróica guardia real italiana. De 500,000 hombres que habia llevado á Rusia apenas le quedaban 100,000. Alejandro se puso por cabeza de sus enemigos, y aun á la misma Inglaterra se aventajaba en ódio. Para esto poco habia tenido que hacer: excitar el fanatismo de sus pueblos diciéndoles que Bonaparte era el Ante-Cristo, y tocando algunos resortes de su autoridad despótica, evocar las tradiciones nacionales, conceder privilegios á los señores y halagar al clero. Con esto solo, repetimos, se salvó la Rusia y juntamente la Europa.

El dulce Alejandro dió en esta ocasion ejemplos mil de su grandeza de alma. En Wilna, uno de los centros donde Napoleon habia reanimado la libertad polaca, otorgó una amnistía ámplia y generosa, tanto, que sus soldados, objetos en otra época del ódio del pueblo, fueron recibidos como en triunfo; y en todas las ciudades por donde habia pasado el fugitivo coloso, visitó á los heridos, repartió consuelos y limosnas, y se hizo amar y bendecir.

No estaba, sin embargo, la guerra concluida. Al fecundo genio de Napoleon

le quedaban siempre recursos para renacer como el fénix de sus cenizas. Alemania, que habia recobrado todo su vigor, gracias á las victorias del czar y á sus instigaciones y alianza, fué esta vez el palenque. Kutusof habia disuelto la confederacion del Rhin cortando los lazos que á Bonaparte la unian. Los ejércitos llevaban poetas que cantasen sus triunfos como en la heróica antigüedad, y las proclamas de los reyes las escribian los filósofos. Los restos de las míseras tropas de Moscow, abandonados por Napoleon, que marchó á París, hubieran perecido irremisiblemente en su lucha con tantos enemigos, á no acudir el emperador en persona con otro ejército, aunque de reclutas. Aquellas jornadas iban á ser decisivas. Sus mismos generales daban la señal; Murat habia abandonado el campo en Rusia para hacerse un reino en Italia; Bernadotte habia entrado resueltamente en la coalicion; José iba en España tan de vencida, que apenas le quedaba un palmo de terreno en las gargantas del Pirineo, y sobre todo esto se tramaban conspiraciones legitimistas ó republicanas en la misma Francia. Solo, pues, quedaba la victoria para dar la razon á Bonaparte. Marchó sobre Alemania, y entre el Oder y el Elba alcanzó seguidamente sobre las tropas de Alejandro los triunfos de Lützen, Wurtchen y Bautzen; pero el Austria, celosa del espíritu de la Alemania, que iba rayando en revolucionario, se propuso como mediadora. En Agosto de 1813 celebróse el congreso de Praga, donde las exageradas pretensiones de Napoleon ahogaron los deseos de paz; y humillada el Austria, tuvo que unirse con Inglaterra y los aliados. Este fué un golpe mortal. En Dresde, sin embargo, y en las llanuras de Leipsich asistióle todavía el génio de las batallas; pero de resultas de la derrota sufrida en la ciudad de este nombre, hubo de retirarse sobre el Elster, rio que por aquella parte solo tenía un puente, y mandó volarlo cuando quedaba todavía por pasar la mitad del ejército, de manera que cayeron en poder del enemigo 290 cañones y 25,000 hombres, sin contar los que, arrojándose al rio, hallaron en él su tumba. No le fué menos fatal esta retirada que la de Moscow, ni fueron sus consecuencias menos graves. Declaróse la peste en el ejército, y al anuncio de la derrota se verificó en todas las naciones una reaccion, solo comparable con la de las gentes que de él dependian. Hasta sus mismos hermanos le abandonaron por conservar su parte de botin. La guerra se hizo ofensiva. A principios de 1813 pasaron los ejércitos aliados el Rhin, frontera tan respetada desde los tiempos de la república, y en el congreso celebrado en Chatillon se redujo la Francia á sus antiguos límites. Bajo estas bases se hicieron proposiciones de paz á Napoleon, que las rechazó indignado. Entonces, por consejo del diplomático Pozzo di Borgo, marcharon los ejércitos sobre París, que se rindió, sin disparar un tiro, el 31 de Marzo de 1814.

Echemos una ligera ojeada retrospectiva á la noble conducta de Alejandro en estas circunstancias.

Presentándose en el congreso de Chatillon el dilema de si debian los aliados tratar ó no tratar con Bonaparte, su noble corazon habia comprendido cuán

amargo iba á serle semejante golpe, y en un punto despertóse en él con extraordinaria fuerza su antigua simpatía, defendiendo en todo lo posible al emperador francés. Ya se sabe que las influencias de aquel congreso eran enemigas juradas de Napoleon, excepto el Austria emparentada con él. Alejandro aprovechó esta coyuntura para robustecer su opinion de que debia tratarse al vencido como héroe y como rey. Si tuvo que ceder ante el inmenso ódio que su solo nombre inspiraba, como hombre de corazon habia cumplido ya. Rasgo verdaderamente grande es este, en quien tenia por lo menos tantos agravios que vengar como los que mas encarnizados se mostraban. Al mismo tiempo que pedia para Napoleon la isla de Elba, contra el parecer de sus compañeros, faltos enteramente de generosidad, trabajaba con Luis XVIII para que concediese al imperio una constitucion amplísima. Presentóse luego otra cuestion muy grave, que sin su prudencia hubiera desunido á los aliados. El Austria tenía celos de la Prusia, cuya importancia habia en aquella campaña crecido notablemente. La Inglaterra, por otra parte, acostumbrada á hacer en Europa el primer papel, no podia tolerar que la Rusia estuviera á la cabeza de la coalicion. Solo el comedimiento de Alejandro pudo zanjar estas dificultades, no sin que la Inglaterra y el Austria hicieran con la Francia un tratado secreto contra él en 1815. Este documento diplomático le proporcionó otra ocasion de demostrar su grandeza de alma cuando Bonaparte, abandonando la isla de Elba, desembarcó de repente en el golfo Juan. Lo primero que hizo en su reinado de los Cien dias fué remitir el tratado al czar, creyendo apartarle así de la coalicion: ¡vana esperanza! Alejandro desoyó completamente la voz de su resentimiento, y dispuso sus tropas para entrar en Francia; pero los prusianos y los ingléses le habian cogido la delantera, y Wellington en Waterloo acababa de hundir al coloso para siempre. Es probable que no se deshonrára el congreso de Viena ofreciendo por la cabeza de Napoleon dos millones de francos como si fuera un bandido, á no estar Alejandro ausente, pues no llegó á París con sus 250,000 rusos hasta pocos dias despues. Los mismos franceses confiesan que el tratado de París hubiera sido mucho mas duro á dictarlo los ingléses y los prusianos que ardian en deseos de cobrarse en territorio sus victorias. El emperador de Rusia interpuso su influencia, interesada ciertamente, pues no le convenia el engrandecimiento de la Inglaterra á costa de la Francia. Dos potencias iguales en el Occidente hacen un contrapeso á la Rusia: una preponderante sobre todas, sería para ella un enemigo temible.

Al volver á su reino coronado de gloria, de esa gloria imperecedera que no se gana con el brazo sino con el alma, preparábanle sus vasallos un triunfo; y sobre querer elevarle un monumento, se obstinaban en darle el sobrenombre de *bendito*, que tan bien le cuadraba. «No, dijo Alejandro: ese título en un sobe»rano que presumiera de merecerlo argüiria demasiado orgullo; y los soberanos »deben de dar ejemplo de humildad ante Dios, y ante los hombres de modestia. »Solo á la posteridad atañe el erigir monumentos y el juzgar qué soberanos los

»han merecido; pero, ¡ojalá pudierais elevarme uno en vuestros corazones como »os lo tengo yo elevado en el mio.» Si, como dice Buffon, el estilo es el hombre, Alejandro en esta lacónica respuesta se pone á la altura de los filósofos mas sublimes. Los sacudimientos que por entonces experimentaba el mundo, vinieron á amargar esta alma tranquila. Un vértigo de libertad se habia apoderado de la Europa, y las sociedades secretas penetraron hasta Rusia. Alejandro, que habia soñado con la emancipacion filosófica de las naciones y que en la suya habia hecho cuanto en su mano estaba, llegó á temer á la libertad, porque supo que las sociedades secretas habian determinado matarle, y se puso por cabeza de los reyes que la combatian. A él se debió la *Santa Alianza*, que, si pudo andando el tiempo desnaturalizarse, tal como él la imaginó hubiera asentado la libertad en bases sólidas. Desde 1814 á 1825 no atendió á otra cosa ni fue su anhelo otro que hermanar la libertad con los intereses, ó por mejor decir, con los deberes de los monarcas. Bien se comprende que colocado en este punto de vista ecléctico todo exceso debia de serle muy desagradable. Sin embargo, se le ve vacilar siempre en vísperas de un ukase despótico. ¡Cuán triste no le fue haber de restringir la libertad polaca, que habia fundado él mismo! Poco tiempo antes habia pensado restablecer el reino en sus antiguos límites, sentando en el trono á su hermano Constantino; pero la Prusia no quiso en modo alguno ceder su parte, y tuvo que renunciar á tan hermoso proyecto. No parece sino que arrepentido de aquella accion, necesaria para conservar en su corona floron tan bello, quisiera hacérsela olvidar á propios y extraños, con establecimientos útiles, con reformas verdaderamente grandiosas. Disminuyó el impuesto que la Francia le pagaba; dió libertad á los paisanos de la Livonia, de la Estonia y de la Finlandia; protegió la libertad de cultos; expulsó á los jesuitas; fundó el crédito público, amortizando con sus propios capitales parte de la deuda rusa; creó un banco imperial; y estableció por último las colonias militares que civilizan al ejército y lo mantienen, no solo sin gravar al país, sino proporcionándole inmensos beneficios.

Nunca hizo Alejandro la guerra por placer sino por necesidad, lo que sería doble disculpa á cualquier aumento que sus estados hubieran tenido en su época; sin embargo, no quiso aprovecharse de sus victorias, y á excepcion de la Finlandia y del gran ducado de Varsovia, todas sus adquisiciones las debió á tratados pacíficos. Así por la parte de Persia y de los mares Negro y Caspio consolidó su poder con la Georgia, la Mingrelia, el Kouban, el Dherbent, el Daguestan, y otros paises menos importantes del Cáucaso, mientras por la parte del Sur la Moldavia y la Valaquia le acercaron á la Turquía, cuya conquista habia llegado á ser en los rusos, mas que una preocupacion, un fanatismo. El de Alejandro, por muy ilustrado que fuera, no podia resistir á la tentacion, y creyóse predestinado á restaurar la Grecia y el imperio de Oriente. En un principio, con aquella generosidad que le era característica, auxilió cuanto pudo la insurreccion de los Principados, y medió sinceramente con la Puerta en favor de los grie-



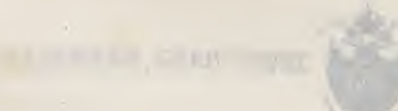
A. de Belvedere litº

Lit. de J. Donon, Madrid

ALEJANDRO, GRAN DUQUE



HEREDERO DE RUSIA.



gos; pero el gabinete austriaco le hizo entrever algo de revolucionario en aquel movimiento que él creia religioso, y esto bastó para que renunciase á sus intentos. Acaso fue fortuna, porque entonces no se comprendia bien el peligro que corre Europa cuando flote en los Dardanelos el águila doble. Mas adelante propuso Alejandro un prudente plan de pacificacion que fue desechado por las grandes potencias y por la Turquía con enojo. Esto le hizo volver á sus antiguas y generosas ideas; pero cuando se preparaba á ayudar á los griegos de una manera activa, sorprendióle la muerte en Taganrog, ciudad de la Crimea, donde accidentalmente se hallaba. Al espirar volvió los ojos á su médico murmurando:—*¡Oh crimen!*—que son palabras muy significativas en boca de un emperador ruso, y en trance semejante.

XIV.

Esta misteriosa muerte, llenando de dolor al pueblo, reanimó las esperanzas de los revolucionarios. El trono pertenecia al gran duque Constantino por no habérsele logrado al czar ninguno de sus hijos; pero entre sus papeles pareció una renuncia de Constantino, mancebo de pasiones vivas, que la habia hecho de motu propio á trueque de casarse con una jóven polaca. Con esto vino la corona á Nicolás, hijo tercero de Pablo, que, antes de aceptarla, tuvo la delicadeza de consultar la voluntad de su hermano Constantino, que desde Varsovia, donde se hallaba, renovó su renuncia, poniéndose inmediatamente en camino para ser el primero en rendirle vasallaje.

No está bien deslindado en las historias el carácter de la conspiracion del 26 de Diciembre, que puso á Nicolás á dos dedos de perder su no ocupado trono. Que era liberal no puede dudarse, pero un movimiento liberal en Rusia es un contrasentido. No hay clase media, por mas esfuerzos que hizo Alejandro para crearla; el pueblo es esclavo, fanático el clero, y la nobleza egoista. La filantropía francesa que Alejandro predicaba no tuvo eco, sino en reducido número de señores; la esclavitud siguió siendo la base de la sociedad rusa; pero desde Pedro el Grande y Catalina habia cobrado gran importancia la clase militar, y con la creacion de las colonias acabó de consolidarla. Bien se comprende que debe de ser poderosa la influencia de un ejército de 800,000 hombres en una nacion tan poco ilustrada. Así, pues, todos los movimientos son en Rusia lo que pueden ser: insubordinaciones militares.

El dia 26 de Diciembre de 1825, que fue el señalado para prestar juramen-

to al nuevo emperador, fue tambien el elegido por los conspiradores para dar el grito. Los regimientos amotinados se apoderaron de la plaza del Palacio de Invierno, sin que supiera Nicolás semejante cosa hasta que recibió una embajada de los generales que le habian permanecido fieles. Al momento, con una bravura que no puede negársele, seguido de cincuenta edecanes solamente, corrió á la plaza, donde ora se victoreaba á la república slava, ora se pedia á Constantino, y ora en fin, su propia muerte. Procuró Nicolás primeramente apaciguar á las tropas, y como no pudiera conseguirlo de todas, fió su razon á las armas, si bien algunos escritores y entre ellos el autor de una obra francesa titulada *Seis meses en Rusia,* dicen que encargó á los artilleros disparar al aire. Las calles de San Petersburgo, y en particular la plaza del Senado, se ensangrentaron horriblemente. Tal fue el cimiento del colosal poder de ese hombre que hoy tiene en peligro la paz de Europa.

Nacido el emperador Nicolás en 1796, al subir al trono en 1825 contaba veinte y nueve años. En 1817 se habia casado con Luisa Carlota, hija de aquella reina de Prusia á quien la revolucion francesa y las guerras de Bonaparte hicieron célebre. Proponiéndose á Pedro el *Grande* por modelo, consagróse á adquirir popularidad entre sus vasallos, y aun pasa tal vez la línea de lo que un monarca ruso cree deberse á sí mismo, presentándose en todas partes, hablando con todo el mundo, y vulgarizándose en una palabra. Esta conducta, que es muy ventajosa para su poder temporal, en lo espiritual le perjudica sobremanera, porque la plebe rusa está acostumbrada á tener á su soberano por un semi-dios, y así puede acaso llegar á convencerse de que es un hombre. Obstinado en plagiar á su modelo, lleva su actividad á un extremo inconcebible, y en un mismo dia visita los arsenales, pasea á caballo, pasa una revista, hace un viaje, oye misa y va al teatro. Imitador servil de los reyes civilizados al mismo tiempo, procura reunir en su córte, pagándolas á peso de oro, las celebridades artísticas del mundo, en particular las cómicas francesas que esplotan grandemente el vicio y la ignorancia de los señores de su córte. No hace todavía un año que por separar del teatro francés de París á la célebre trágica Mlle. Rachel, le dió una renta que envidiarian muchos príncipes de Alemania. Como es natural, abundan en San Petersburgo los aduladores serviles, y lo que bien dirigido pudiera ser un elemento civilizador, se convierte por lo comun, excitando la envidia de los naturales, en rémora de sus adelantos, pues llegan á cobrar ódio á los extranjeros y á sus ideas. Teniendo tan presentes las máximas de Pedro el *Grande,* era natural que pretendiese extender su dominio á la Turquía, y con efecto dirigió y dirige á ello sus esfuerzos todos.

Los persas de las provincias adquiridas por Alejandro, creyeron oportuna ocasion de recobrar su independencia el borrascoso principio del reinado de Nicolás. La Persia propiamente dicha, hallábase instruida en las artes de la guerra por oficiales franceses que envió Napoleon cuando proyectaba atravesar por ella para caer sobre la India inglesa; y demás de esto su shah Feth-Alí era guerrero

muy bravo. Insurreccionadas la Mingrelia y la Georgia mandó Feth-Alí á apoyarlas á su hijo Abbas-Mirza con un ejército de 50,000 hombres; pero tenia que habérselas con Paskewitsch, general de tanto mérito como nombradía, educado en las guerras de Napoleon, que deshizo completamente el ejército persa en Elisabeth-Pol, pasó el Araxo, redujo á toda la Armenia persa, y el 13 de Octubre de 1827 tomó por asalto á Erivan, donde ganó el título que hoy goza de conde de Erivan. El resultado de estas victorias fue una paz tan ventajosa para la Rusia, como que además de veinte millones de indemnizacion le adjudicaba las provincias de Erivan y de Nakchivan, que equivalen á un camino por donde puede llevar sus ejércitos á la Turquía Asiática, la Persia ó la India. Abierta la puerta por decirlo así, no podia tardar mucho la invasion, y siendo la Turquía la mas envidiada de los rusos, en ella puso sus miras Nicolás, invadiendo la Moldavia y la Valaquia en 1827, como auxiliar de la revolucion griega. Vino por esta sazon á favorecer sus planes el haber violado Ibrahim-bajá la tregua que despues del combate de Navarino habian ajustado con el divan las potencias europeas, violacion que hizo al almirante Codrington atacar y destruir la escuadra otomana el 28 de Octubre de aquel mismo año. Encendida la guerra nuevamente, cerró el divan á todos los barcos el Bósforo, interrumpiendo el comercio de Rusia con la Persia, que fue proporcionar un *casus belli* razonable á quien lo anhelaba tanto. Al punto mismo Withgenstein pasó el Pruth con 100,000 soldados, mientras Paskewistch entraba por la Turquía asiática apoderándose de Kars, de Akhal-Kakz, y Akhalzik. En la siguiente campaña de 1829 el ejército ruso de Europa pasó los Balkanes, y llegó hasta Andrinópolis, mientras Paskewitsch tomaba á Erzeroum atravesando el Cáucaso. Por cierto, y es observacion harto oportuna, que entonces los rusos eran tenidos por salvadores de las ideas liberales y acaso de la civilizacion; pero no tardaron mucho Inglaterra y Francia en comprender el peligro, y en inclinar á la Puerta á una paz solo ventajosa para la Rusia y la Grecia. La primera devolvió, es verdad, los principados del Danubio, pero en cambio ganó ciertas plazas de la Turquía Asiática que, sobre asegurar su frontera persa y la navegacion del Mar Negro, dejaban descubierto á sus golpes el mismo corazon de la Turquía. La Grecia vió reconocida su independencia en la paz de Andrinópolis, sometiéndose, en cuanto á límites, á las decisiones ulteriores del Congreso de Lóndres, que le dió por rey á Othon, hijo del de Baviera.

El principio de los trastornos de 1830, que tanto sobresaltaron á Nicolás, fué la rebelion de los montañéses del Cáucaso, rebelion nunca reprimida enteramente. Pasckewitsch, que era ya la espada de Rusia, como Nicolás era la cabeza, sometió en el mes de Febrero á las gavillas escalonadas en la fragosísima cordillera, y pacificó todo el país, desde el Cáucaso hasta la Georjia. A esto siguió aquel mismo año la revolucion polaca, hija de las revoluciones que conmovian la Francia y la Bélgica. Nunca aquel noble país ha arrastrado sus cadenas sin hondos suspiros, y animado en esta ocasion por tan notables ejemplos, pensó quebrantarlas de una

vez. Alejandro le habia dado en 1815 una constitucion un tanto liberal, garantida por el Congreso de Viena, constitucion que hizo en los polacos el efecto de agua á la vista del sediento. Cuando en aquel déspota filósofo empezó á manifestarse la reaccion que ya hemos descrito, empezaba tambien á manifestarse en ellos esa ambicion que es hija del término medio político. Pedíase al czar que liberalizase todas las instituciones de la nacion, y el czar asustado restringiólas. Aunque perseguidas, subsistian las sociedades secretas como en todo país esclavo, y aprovechando la circunstancia de hallarse Nicolás haciendo preparativos para combatir la revolucion francesa, estalló la de Polonia el 29 de Noviembre de 1830. El gran duque Constantino, revestido de una autoridad omnímoda como jefe del ejército ruso-polaco, es indolente de suyo, y dió lugar á que el incendio se propagára. Despues de una resistencia tan tenaz como sangrienta, cayó Varsovia en poder de los conjurados, que eligieron por jefe á Chlopiki, militar que habia servido á Bonaparte, buena lanza, pero vulgar político, y un tanto desmañado en los asuntos de monta. Si pruebas dió el país de sentimientos generosos y bravura en 1794, no anubló estos recuerdos en las presentes circunstancias. Todos los ciudadanos, así nobles como plebeyos, ofrecian á la patria su brazo, su hacienda, sus hijos, distinguiéndose notablemente las mujeres por su entusiasmo. El dictador no supo sacar partido de tan ventajosos elementos, y limitando la revolucion á los ocho palatinados en que ya ardia, la ahogó en su cuna, por decirlo así. Con esto hubo tiempo para que el ejército ruso, al mando del conde Diebitsch, se enseñorease de casi todo el reino. Muerto este general poco tiempo despues, sucedióle Paskewithsch en Junio de 1831, y el prestigio de su nombre y su propio mérito acabaron de desmayar á los míseros liberales. Con efecto, la resistencia, en unas partes tibia, heróica en otras, fué en todas inútil, y pronto Nicolás remachó las cadenas forjadas por Catalina. El 26 de Febrero de 1832, Paskewitsch, revestido de omnímoda autoridad, restableció el *statu orgánico* que habia sucedido á la constitucion de 1815. Al mismo tiempo construyó en Varsovia una fortaleza, que á la primera señal de insurreccion, puede destruir la ciudad en pocos instantes. Así lo dijo Nicolás en su discurso de apertura de la Dieta de 1835:—«Si »insistís en esos delirios de nacionalidad é independencia, al menor movimiento »destruiré á Varsovia desde la ciudadela que he construido. En medio de los des»órdenes que agitan á toda Europa, solo la Rusia permanece intacta, inaltera»ble.»—«Creedme, debe tenerse por dicha ser súbdito de este país. Si os portais »bien, mi gobierno cuidará de vosotros, á pesar de todo lo pasado.»—Daban vigor á estas palabras el verdugo, la Siberia y el destierro, que acababan de aniquilar á los autores de la revolucion de 1830.

Por este tiempo solo un cuidado aquejaba al emperador Nicolás; la insurreccion perenne de los montañéses del Cáucaso, tribus nómadas y salvajes, que no pueden soportar ningun yugo, que no viven en pueblos, sino ambulantes como los beduinos, y que sobre todo esto son valientísimas. Diferentes caudillos han

tenido; pero el mas temible es Chamly, que existe todavía. Aquella guerra no se parece á ninguna, y sin embargo, devora ejércitos, y es quizás el cáncer que ha de roer á ese coloso hetereogéneo. Allí adquirieron los soldados de Nicolás en 1850 y 51 la terrible enfermedad epidémica conocida con el nombre de *cólera morbo asiático*, que pasando despues al Austria, se internó en Europa y asoló hasta los países meridionales. Pero lo que sería una rémora poderosa para otro país, se convierte para Rusia en elemento casi de vida, porque el Cáucaso es la escuela de sus ejércitos y de sus grandes generales, pudiendo decirse que los que salen de allí sin mengua en su reputacion, pueden luego soportar todo peligro, toda fatiga. Militarizada la nacion por otra parte, necesita, á pesar de las colonias y de los polacos, un empleo para su ejército permanente de 800,000 hombres, que en tiempos de paz podria poner en peligro al gobierno ruso.

Otro de los cuidados del emperador es la propaganda religiosa: por la unidad ha cometido injusticias sin número, desempeñando en Rusia el papel que desempeñó en España Felipe II. Los católicos y los judíos se ven perseguidos incesantemente, holladas sus iglesias, y expuestas sus personas al fanatismo de los rusos. Nicolás ha comprendido que la religion en manos hábiles es una palanca capaz de trastornar el mundo; pero acaso se le oculta que las guerras de religion debilitan á los estados, rompen todo género de lazo entre los habitantes, y destruyen hasta el espíritu de nacionalidad. Al presente no tiene que lamentar desgracias de este género; pues como la Iglesia cismática es la preponderante en el país, con perseguir á los que profesan otra religion, solo ha hecho mayor número de esclavos, y la esclavitud es la base de la sociedad rusa. Ventajas, sí, le ha producido este sistema, pues en las circunstancias actuales logra despertar en su pueblo un fanatismo que, á ser mas ilustrado, le haria capaz de grandes cosas. Esto nos indica que hemos llegado al punto final y á la parte mas interesante de nuestra tarea, á la cuestion de Oriente, que tiene á toda la Europa en armas, y ardiendo en deseos de llevarlas hasta el Báltico para castigar á ese imperio ambicioso que se atreve á turbar las dulzuras de la civilizacion con los horrores de una guerra injusta.

En la memoria de todos están las causas primordiales de ella. La cacareada proteccion de los griegos llevó á Constantinopla al príncipe Menchicoff, enviado extraordinario del emperador Nicolás. Sus pretensiones por inmoderadas parecia que fuesen buscando un *casus belli*, y la Puerta Otomana las desechó con una prudencia, que si ella no tuviera la razon, se la daria. Descontentóse el czar, y mientras las demás naciones interponian con él sus buenos oficios, invadió los principados del Danubio, anunciando que los conservaria en rehenes hasta que se admitiesen sus proposiciones. Pero han pasado ya los tiempos de Catalina II. Hoy puede existir, y acaso exista, el derecho de la fuerza; pero no sin que esté velado con cierto manto de justicia y de razon. Treinta y cinco años de paz no han enervado á las naciones, como cree Nicolás al parecer; lo que han hecho es enseñar-

las á aborrecer la guerra y á exterminar al que la provoque. Pocas veces se habrá visto un sentimiento de indignacion tan general como el que han causado las agresiones moscovitas. No falta quien crea ver en esto un certísimo augurio de la pérdida de ese imperio; mas no se puede aventurar á tanto una imaginacion razonable. Con todos sus defectos, con todo su atraso, con toda su barbarie, daria la Rusia mucho que hacer á Europa si pudieran unírsele las potencias del Norte; pero falta de aliados como hoy está absolutamente, si no su ruina, su derrota es casi segura.

De la suerte de sus armas nada se puede asegurar todavía, sino que parece desventajosa. Faltó al derecho de gentes incendiando en Sinope la escuadra turca, y á tan injustos cañonazos ha respondido el bombardeo de Odessa, llave de sus posesiones del Mar Negro. Esto es, por decirlo así, la primera escena del gran drama que va á desarrollarse en la cuna de la humanidad. Vencer los rusos es imposible, á menos que rasguen sus tratados la Francia y la Inglaterra. Tambien es problemática la victoria de estas, y lo mas natural parece que dé fin á la lucha la mediacion pacífica de otro reino, acaso el Austria, junto con el convencimiento propio que ya á estas horas debe asistir á Nicolás de su desvarío. Pero ¡ay de él si el génio de las batallas da el triunfo por completo á las potencias occidentales, que aun contra la voluntad de ellas mismas, es inevitable el desmembramiento de la Rusia! Polonia se alzará como Lázaro del fondo de su tumba á la voz de libertad; los tártaros de Crimea apagarán en el Ladoga su sed de venganza; los montañéses de Chamly abandonarán sus cuevas para arrasar sus prados; y aun el mismo imperio moscovita se dividirá, que parece por Dios predestinado para dividirse. Moscow y San Petersburgo son dos ciudades que por su posicion topográfica, por su antagonismo, por sus tradiciones están destinadas á parodiar á Roma y á Constantinopla. ¡Ay del emperador, si es cierto que la familia imperial anda desavenida! Los grandes duques y los cortesanos rusos saben muy bien la historia de Pedro III y Pablo I; y si al puñal ó al veneno logra librarse, le quedará el baldon eterno de haber turbado la paz del mundo para luego ser vencido.

Madrid, Junio de 1854.

VICENTE BARRANTES.



Legrand dib° y lit°

Lit. … Madrid



LEOPOLDO 1.° REY DE LOS BELGAS.

BÉLGICA.

LEOPOLDO PRIMERO

I





BÉLGICA.

LEOPOLDO PRIMERO.

I.



Para trazar la historia antigua de los pueblos que forman hoy el reino de Bélgica, y seguirlos por el laberinto de las diferentes dominaciones que han pesado sobre ellos durante tantos siglos, es necesario referirnos á la historia de los estados á que pertenecieron un dia, y que alteraron mas ó menos próximamente la geografía política de sus provincias. Bajo este punto de vista las extrañas vicisitudes por que han pasado los pueblos de la Bélgica, pueden considerarse como otros tantos episodios en la historia particular de las naciones á que estuvieron aquellos adheridos antes de llegar á cobrar su independencia y á constituir la monarquía mas moderna de Europa. Su mismo nombre desaparece casi por completo desde la conquista de las

Galias por los romanos, hasta la revolucion de 1831, confundiéndose sucesivamente entre las provincias que formaron primero el reino de Austrasia; despues el rico patrimonio de la casa de Borgoña; mas tarde los Estados ó Paises Bajos, las Provincias unidas; y últimamente, una parte del reino de Holanda.

Respecto á la época primitiva, forzoso es tomar como punto de partida la relacion de Julio César, cuyas legiones fueron las primeras que llevaron á aquel ignorado territorio, con las armas romanas, los gérmenes de la civilizacion latina.

El conquistador de las Galias atribuye á los belgas una procedencia germánica, suponiendo que en épocas remotas atravesaron el Rhin, invadieron la parte septentrional de las Galias hasta la cordillera de los Vosges, y que, seducidos por la fertilidad de aquel hermoso suelo, fijaron en él su residencia, despues de desalojar á los antiguos habitantes. Ignórase, sin embargo, de dónde vinieran estos pueblos conquistadores, creyendo unos que de las playas del Báltico, otros que de las orillas del Océano, muchos que de las riberas del Danubio, de la Panonia ó de la pequeña Tartaria y de la Hungría; no faltando tampoco quien, mas inclinado á lo maravilloso, pretenda darles por orígen el sitio de Troya, suponiendo para el caso que, desbandados despues de aquel famoso asedio, corriendo tierras, y en busca de nuevas aventuras, vinieron á parar á estas regiones, de que se hicieron dueños por la fuerza de las armas.

No menos dudosa ni menos envuelta en las tinieblas de la historia primitiva, se encuentra la época en que estas tribus, posesionadas ya del país, y que al decir de Tácito, presumian de su orígen germánico, arrojaron á los celtas de la Galia Bélgica, y solo sabemos que por los años 112 antes de la era cristiana, los cimbrios y los teutones, en una de sus frecuentes emigraciones, invadieron las Galias, pero se estrellaron sus esfuerzos contra el valor de los belgas, cedieron al denuedo inflexible que les opusieron, y derrotados y maltrechos hubieron de volver á atravesar el Rhin en busca de sus hogares.

En los tiempos á que se refieren las campañas de César, eran diversos los pueblos que con el nombre de *Belg Bolg* ó *Volg*, de donde derivaron los romanos el de *Belgæ*, habitaban el país denominado mas tarde *Galia Bélgica*; pero concretándonos á aquella parte que constituye hoy dia el reino de que nos hemos propuesto tratar en este artículo, ocupaban la provincia de Amberes los *ambivarites*; los *nervios* el Hainaut y una parte del Brabante meridional; los *morines* la Flandes; los *atuáticos* á Námur; los *menapios* el Limburgo con los *eburones*, que poseian tambien la provincia de Lieja, y que mas tarde se llamaron *tungrios*; y por último, los *treviros*, que comprendian en su territorio la mayor parte del Luxemburgo.

Cuando terminada la primera campaña recobraron las legiones de César sus cuarteles de invierno (58 A. de J. C.), despues de rechazados los germanos y humillado el orgullo salvaje del rey de los suevos, Ariovisto, colocóse el general romano en la Secuania, hoy Franco Condado, para observar desde allí las tenta-

tivas del enemigo, que aunque vencido en los campos de batalla, maquinaba en secreto contra el extraño dominador de su país. Los belgas que habitaban la parte mas septentrional, alarmaron de allí á poco la exquisita vigilancia del romano con los preparativos de armas y pertrechos que hacian para renovar la contienda, tan pronto como lo permitiese la estacion. Doscientos cincuenta mil combatientes, compuestos de bellovacos, nervios, atrebates, morines, menapios, atuáticos y eburones habian logrado reunirse bajo las órdenes de Galba. César, que se encontraba á la sazon en la Insubria, partió inmediatamente seguido de dos legiones á incorporarse al grueso de sus tropas, despreciando los pequeños triunfos que el enemigo alcanzaba, como de paso, sobre algunos puntos escasamente defendidos por los romanos. Confiaba el astuto guerrero que así alentados con la impunidad, vendrian mas fácilmente á caer en sus manos y á comprometer en un solo encuentro el éxito ulterior de la defensa del país. No le salió fallida esta esperanza, pues encontrado por ellos en las orillas del Aisne, y ansiosos de vengar sus primeras derrotas, se precipitaron los belgas sobre las legiones con un denuedo inaudito, digno de la antigua reputacion de un pueblo que debia su nombre al belicoso ardor que le distinguia, y á las heróicas proezas de sus antepasados (1). Pero ya sea que la superioridad de las legiones romanas en el arte de la guerra hiciese impotente el ciego arrojo de aquellas tribus indisciplinadas, ya sea que la estrella propicia del invencible César inflamase el ardor de sus soldados, la liga de los bárbaros fué rota, desbandadas sus huestes, acosadas por todas partes, y pasado gran número á cuchillo.

Siguió el afortunado vencedor la corriente del rio con ánimo de atacar separadamente á los principales pueblos que habian formado aquella confederacion, consiguiendo subyugar á unos por la fuerza, y reducir á otros por medio de condiciones y tratados ventajosos. Solo los nervios, que ocupaban lo que hoy llamamos el Hainaut, gente indómita y austera en sus costumbres, desecharon todo linaje de proposiciones, oponiendo una resistencia increible á las sugestiones del romano.

Cerca del Sambra, en un terreno cortado y cubierto de malezas, cuya escabrosidad hacia imposible el movimiento de la caballería, aguardaron aquellos á las tropas de César, que con seis legiones se preparaba á atacarlos desde la orilla opuesta; pero mientras el último se ocupaba en fortificar sus reales y en hacer vadear el rio por algunas partidas de ginetes, los nervios, que de antemano tenían emboscada en un monte vecino gran parte de los suyos, salen de improviso, dan sobre la descubierta de los romanos, pasan con ellos al otro lado, y atacan á las legiones entretenidas en sus trabajos; todo ello con tan maravillosa rapidez, que no hubo tiempo para que César diese órdenes á su gente, ni tomase las convenien-

(1) Segun algunos, el nombre de *Belgæ* procede de la palabra *belgen*, que en su propio idioma significaba *guerrear*, *pelear*.

tes disposiciones contra el enemigo. Hízose general la refriega, confundiéndose unas con otras las filas de los combatientes, y llevando los romanos lo peor de la pelea, porque aturdidos y apiñados entre sí, les era muy difícil hacer uso de las armas y resistir á los golpes de sus adversarios, estando casi todos sin cascos, sin escudos, y hasta sin banderas. Ya veian en medio de tamaño conflicto que su caballería se pronunciaba en precipitada fuga, cuando César, arrancando el escudo á un legionario, se pone á la cabeza de unos pocos, los anima con la voz, los excita con el ejemplo, hace ensanchar las filas desordenadas por el pánico, reune dos legiones, y levantando la espada, se dispone á contener el ímpetu desenfrenado de los vencedores. Una pequeña ventaja alcanzada por la décima legion sobre el ala izquierda, hace cambiar el aspecto del combate, sin que por eso se intimidasen los nervios por aquel revés instantáneo, antes bien resueltos á perecer ó triunfar, siguen peleando con mayor desesperacion, hasta dejar cubierto el campo con 60,000 cadáveres de los suyos, quedando apenas 500 hombres de aquella raza indómita y guerrera.

El ejército romano concluyó la campaña del año 55 (A. de J. C.) sujetando á los morines y menapios (flamencos y brabanzones), que guarecidos en la espesura de sus bosques, solo aparecian cuando el enemigo, llevado de un imprudente arrojo, penetraba en ellos sin órden ni cautela. Necesario fué oponer á este género de guerra otro linaje de ataque, para lo que hizo César talar aquellos bosques primitivos, cuyos árboles seculares, heridos por el hacha, servian al caer de atrincheramiento y defensa á las legiones contra las embestidas y sorpresas de los naturales, logrando por este medio ocupar el país, hasta que la venida del invierno obligó á los romanos á buscar sus cuarteles.

Al año siguiente (54 A. de J. C.) distribuyó César sus tropas por diferentes provincias de las Galias. Una legion á las órdenes de Fabio ocupó el territorio de los morines; otra mandada por Qüinto Ciceron ocupó el de los nervios; otra fué enviada á Treveris; dos á la Bélgica, conducidas por Craso y por Trebonio, y tres á las órdenes de Sabino y Cotta fueron entre el Rhin y el Mosa al país de los eburones (Lieja), que tenian por jefe al famoso Ambiorix. Este inquieto caudillo era deudor á César de su libertad, y habia debido á su influjo que le dispensasen los atuáticos de un tributo crecido que les pagaba, devolviéndole asimismo á un hijo suyo y otros rehenes que tenían en su poder. Pero la memoria de tan singulares favores no pudo extinguir en el corazon de Ambiorix el ódio que abrigaba contra el conquistador de su patria, y dando oidos á Inducioмaro, jefe de los tréviros, atacó á Sabino y á Cotta en su propio campamento; y aunque rechazado por las tropas romanas en aquella primera tentativa, tuvo mejor suerte en otra preparada con tan refinada malicia, que sorprendidas las legiones en un estrecho desfiladero, perdieron lo mas florido de sus tropas y lo mejor de sus jefes, entre ellos al desgraciado Cotta, víctima de su arrojo y de la imprudente confianza de Sabino.

Para aprovechar el resultado de esta victoria, vuela el incesante Ambiorix al territorio de los atuáticos y de los nervios (Namur y Hainaut), y les obliga á atacar á Ciceron, que por espacio de ocho dias tuvo que hacer frente al enemigo, sin esperanzas de ponerse en comunicacion con el grueso del ejército, distante unas siete leguas de Amiens, hasta que por medio de un esclavo tuvo César noticia del peligro en que estaban envueltas sus legiones. Inmediatamente dió órden á Craso para que viniese á reunírsele, y á Fabio de que le aguardase con sus fuerzas en el país de los atrebates. Informados al mismo tiempo los de Ambiorix de estas disposiciones, abandonan el sitio y se dirigen á sorprender en el camino á César, que con solo 7,000 hombres tuvo que resistir á 60,000. La astucia, la disciplina y el valor de los romanos triunfaron no obstante de la superioridad numérica de los bárbaros, y despues de una horrible matanza, consiguieron con escasa pérdida reunirse á Ciceron.

La derrota de Sabino habia producido un grandísimo entusiasmo, alentando á los galos para nuevos proyectos de resistencia, de modo que ya se encontraba muy adelantado el plan de una nueva confederacion, cuando César consiguió el triunfo que acabamos de referir.

Sabedor de estas maquinaciones, convocó á su campo á los principales jefes ó caudillos de aquellos pueblos, y aparentando hallarse enterado de todos sus detalles, empleando con los unos las promesas, el temor y la amenaza con los otros, logró contener á muchos, aunque no de todos pudo conseguirlo.

Los nervios y los atuáticos continuaron con las armas en la mano; los tréviros y su jefe Induciomaro no cesaban de hostilizar el campamento de Labieno, molestando á los soldados y provocándolos constantemente; pero el general romano sufria impasible aquellos ultrajes con la esperanza de cojerlos desprevenidos y escarmentarlos de una vez. Un dia, como Induciomaro y los suyos se aproximasen al atrincheramiento de Labieno, y confiados en la impunidad que habian encontrado siempre en sus correrías, se entregasen á nuevas provocaciones é insultos, retirábanse como de costumbre sin órden ni precaucion de ningun género, cuando los romanos, que aquella noche habian sido reforzados con un cuerpo de caballería, salieron de improviso, caen sobre los bárbaros, los acuchillan y se apoderan del caudillo, con cuya muerte restablecen la tranquilidad por algun tiempo, si bien no alcanzan á sofocar completamente la esperanza de la libertad en el corazon de la mayor parte de aquellos pueblos indómitos.

Muerto Induciomaro, alma y cabeza de la insurreccion, fué llamado Ambiorix á sucederle en la direccion de los esfuerzos comunes encaminados á sacudir el yugo de los latinos, uniéndose á la causa de los tréviros algunos pueblos apartados de la orilla del Rhin, juntamente con los nervios, los atuáticos, los menapios todavía insumisos, y siempre decididos por la causa de su independencia, y algunas otras tribus de la Galia céltica. César, para hacer frente á la tempestad que comenzaba á formarse sobre su cabeza, recurrió en demanda de auxilios á Pom-

peyo, con quien estaba aun en buenas relaciones. Reforzado con dos legiones que éste habia levantado en la Cisalpina, y otra que reunió él mismo, llegó á juntar diez legiones, sin la excelente caballería que reclutaba de paso en el país, con cuyas fuerzas sorprendió á los nervios, que no le esperaban; los venció, exigiéndoles considerables rehenes para asegurar su sumision, y continuando la campaña contra otros pueblos, á quienes logró tambien reducir; consiguió además de los menapios la solemne promesa de que no darian asilo al turbulento Ambiorix. Durante esta expedicion se dirigieron los treviros contra Labieno, que los aguardaba, y que fingiendo un grandísimo temor de ser atacado en su campamento, atrajo á él á los bárbaros, los hace pedazos, y con esta victoria queda todo el país á merced de los conquistadores, que se apresuran á tratar con los mas influyentes de los jefes.

Restábale á César, sin embargo, vengar el lustre de sus armas de las derrotas con que el infatigable Ambiorix y los eburones habian detenido el curso de sus conquistas, y abatido alguna vez el vuelo del águila romana. Con este objeto, y el de contener á los suevos que habian ofrecido auxilios á los indígenas, destruyó un puente construido sobre el Rhin, y protegiendo la orilla del lado de la Galia con una fortaleza, tomó el camino de los Ardenes, bosque el mas considerable de todo aquel país, que se extendia desde la frontera de Tréveris hasta el territorio de los nervios. Habia verificado la marcha con tanta precaucion y celeridad, que sorprendió á Ambiorix en su retiro; pero favorecido este por la espesura de los montes y el conocimiento del terreno, consiguió evadirse y burlar las esperanzas de su enemigo, por lo que determinó César acabar de una vez con aquella tribu, que refugiada en el laberinto de malezas, de simas y de cavernas conocidas solo de los naturales y defendida por la fragosidad de los bosques, hacía inútil el poder de sus armas. Acudió para esto á un arbitrio extremo, pero infalible, que fué excitar la codicia de las tribus y pueblos comarcanos, convocándolos para perseguir á los eburones en sus escondrijos, ofreciéndoles en premio de la empresa todo el botin que pudieran recoger de los vencidos. Esta idea tuvo el éxito que era de esperar, si bien estuvo á pique de ser fatal á las mismas legiones romanas, pues aconteció que habiendo acudido al llamamiento entre otros pueblos los sicambrios, pasaron el Rhin en número de 2,000 ginetes, y cargados de botin y de ganado volvíanse á sus hogares, cuando hubo de suscitar alguno de ellos el pensamiento de terminar tan fructuosa correría reuniendo á los despojos de los infelices eburones las riquezas mas considerables de los mismos romanos, que estaban depositadas á poco trecho del camino, y escasamente defendidas por Q. Ciceron. Acogido con entusiasmo el proyecto, dispónense á realizarlo, y puestos en marcha llegan en breve al campo latino, lo atacan y logran al principio introducir el pánico en los soldados, casi todos bisoños, pero que repuestos del primer ataque rechazan á los agresores, obligándolos á pasar el Rhin, para no perder la presa que llevaban consigo. Con

esta batida consiguieron los romanos destruir casi completamente á los eburones; pero Ambiorix, objeto principal de la empresa, tuvo la astucia de desaparecer del teatro de sus triunfos, sin que dieran con él los vencedores.

Las últimas campañas de los romanos fueron mas tranquilas limitándose César á asegurar por medio de tratados y concesiones el fruto de las conquistas, tanto por la gloria que de ellas habia de resultarle, cuanto por que aquellos pueblos belicosos y endurecidos en las fatigas de la guerra podian servirle de apoyo en sus ulteriores proyectos de ambicion.

A la muerte de César, cuando Antonio y Octavio dividieron con Lépido las provincias del imperio, el gobierno de las Galias tocó al primero, pero mientras se dirigia á Oriente, fué despojado de él por el ambicioso Octavio. Durante su mando tuvo lugar la célebre batalla de Actium, una de las mas sangrientas que refiere la historia y cuyo triunfo fué debido á Agrippa. La ausencia de este famoso guerrero indujo á los morines ó flamencos á intentar una sublevacion ayudados por los suevos, pero fueron reprimidos por Carinas, prefecto entonces de la Bélgica.

Augusto (29 A. de J. C.), introdujo algunas modificaciones en la division territorial de las Galias para hacer mas sencilla su administracion, y aunque conservó la division en cuatro grandes provincias conocidas con el nombre de *Narbonesa, Aquitania, Céltica* y *Bélgica* distribuyó con mayor igualdad entre las mismas los ciento y tantos pueblos que las componian, agregando para ello á la Aquitania y á la Bélgica algunas de las ciudades y tribus de la Céltica, que perdió entonces su nombre tomando el de *Leonesa.* Trescientos años despues, Augusto Probo, dividió la Bélgica en tres provincias, y Diocleciano hizo la misma division dándoles el nombre de primera y segunda Bélgica y gran secuanesa que comprendia la Helvecia (1).

Várias fueron las tentativas que se hicieron para sublevar el país contra la dominacion romana despues del gobierno de Augusto, cuya administracion desastrosa continuada por Tiberio, le habia dejado en el mas lamentable estado de descontento y de miseria. Los pueblos belgas, ora secundaban los esfuerzos de las demás provincias de la Gália, ora los intentaban por ellos mismos; pero ni Floro en la Bélgica, ni Sacrovir entre los eduenos, fueron mas felices que sus antepasados, y sucumbieron gloriosamente peleando contra el intruso conquistador de su patria.

(1) Despues de la division de Diocleciano, subdividieron Constantino ó Graciano las Galias en diez y siete provincias en la forma siguiente: Los Alpes en dos, la Narbonesa en tres, la Aquitania en tres, la Céltica en cuatro y la Bélgica en cinco, á saber: 1.ª Primera Bélgica, capital Tréveris, con las ciudades de Metz, Toul, Verdun, etc. 2.ª Segunda Bélgica, capital Reims, con las ciudades de Soissons, Amiens, Arras, Boulogne, Cambray, etc. 3.ª Gran Secuanesa, capital Besanzon, con Basilea, Avranche, Zurich, Nyon, etc. 4.ª Primera Germánica ó superior capital Maguncia, con Worms, Spira, Strasburgo, etc. 5.ª Segunda Germánica ó inferior capital Colonia, con Lieja, Cleves, Nimega, Leyde, etc., etc.

Entre ellos, merece particular mencion, el célebre Cláudio Cívilis, que aunque batavo de orígen y perteneciendo su historia mas especialmente á la antigua Holanda que á la Bélgica, como quiera que á sus triunfos y á la prosecucion de las guerras que tuvo que sostener contra Roma, contribuyeron muy eficazmente los pueblos que primitivamente compusieron la nacion belga, no creemos ocioso, ni fuera de lugar, decir algunas palabras de este famoso caudillo, que á un valor extraordinario y á una audacia sin límites, reunia una astucia y una sagacidad sin ejemplo. Segun Tácito, corria por sus venas sangre de reyes, y su prestigio entre los batavos era inmenso. En tiempos de Neron habia sido acusado de querer perturbar la tranquilidad del imperio y enviado á Roma cargado de cadenas. A la muerte de aquel tirano le devolvió Galba la libertad; pero animado de una grande ambicion y de un ódio inextinguible contra los romanos, procuró disimular hasta hallar coyuntura para realizar su venganza. Tomó ó fingió tomar partido por Vespasiano contra Vitelio; mas proclamado emperador el primero, sublevó Cívilis á los tréviros, á los caninefates y frisones, y habiendo juntado un numeroso ejército de batavos y atraido á sus filas gran parte de los pueblos que habitaban el otro lado del Rhin, venció en algunos encuentros á los romanos, sostuvo con su ejemplo y con sus palabras la rebelion del país, y casi siempre fué el contrapeso de las victorias de Cerialis; hasta que viendo este que sería interminable la lucha con tan astuto adversario, le propuso la paz por medio de Veleda, sacerdotisa de los germanos. Entonces protestó Cívilis que solo habia tomado las armas en favor de Vespasiano y contra Vitelio, y que su conducta al frente de los batavos habia sido favorable á Roma, puesto que habia impedido que sus compatriotas aniquilasen las legiones de Cerialis. Ajustóse por último la paz, pero Cívilis fué excluido de toda participacion en el mando, ignorándose cuál fuese el fin de su carrera, ni con qué motivo, ni en qué época se le condujo á Roma, en donde, segun unos, fué asesinado, y segun otros, terminó sus dias cargado de cadenas.

II.

Difícil sería seguir las vicisitudes de los pueblos belgas durante el último período en que la dominacion romana luchaba por prolongar su existencia, retardando el momento en que debia exhalar el último suspiro en medio de las convulsiones intestinas que la dividian. Una nube de pueblos y de razas procedentes del Norte habia invadido el Occidente por los años 260 de la era vulgar, introduciendo en la historia de aquellos tiempos los nombres, hasta entonces desconocidos, de

francos, borguiñones, vándalos, sármatas, godos, alanos y otros semejantes. Muy pronto comenzaron estos pueblos bárbaros á esparcirse por las vastas posesiones del imperio y á confederarse entre sí para asegurar el éxito y la estabilidad de sus conquistas, distinguiéndose entre estas confederaciones ó ligas, como la mas considerable y la mas importante para nuestro objeto, la que formaron los francos, segun se cree, unos veinte años antes del reinado del emperador Galieno. Componíanla, además de otros muchos pueblos, los salienos y los ripuarios, de los cuales los primeros se extendian por la parte del Rhin á la Germania y las Galias, abrazando los otros todo el territorio que se encuentra entre el Rhin, el Mosa y la Mosela; de suerte que en el momento en que llegó esta asociacion al apogeo de su fuerza, ocupaban los francos lo que hoy conocemos por la Holanda, la Zelanda, el Brabante, una parte de Flandes, el Hainaut y el país de Gueldres.

Dueños ya en los principios del quinto siglo de una gran parte de las Galias, pensaron en afirmar su dominio eligiendo un jefe único, que al mismo tiempo que diese la conveniente unidad á sus operaciones militares, realizase la dominacion completa del país.

Bajo el reinado del cuarto de sus reyes Childerico, se consumó la ruina total del imperio romano que quedó reducido escasamente á la Italia y la Dalmacia, empezando desde entonces con el advenimiento de Clodoveo la dinastía de los primeros reyes francos que profesaron la fé cristiana, cuya raza tomó por nombre el de su ascendiente Meroveo y se llamó de los *Merovingios*.

Entre las alteraciones que hicieron los sucesores de Clodoveo, la mas permanente é importante fué la que dividió el vasto imperio de los francos en los dos reinos de Neustria y de Austrasia, y aunque no sea fácil fijar con exactitud la descripcion de cada uno de estos estados, pueden indicarse las dos líneas de demarcacion que se consideraban comunmente como límites ó fronteras de entrambos. Comprendia la Neustria los territorios encerrados entre el Loira y el Mosa, y la Austrasia los que se extienden desde este último rio hasta el Rhin. Independientemente de estos límites geográficos existia otra division de mayor importancia. Los pueblos que formaban la Austrasia fueron los primeros que habitaron los francos en la Galia, los que se hallaban mas próximos á la Germania y á las tribus de la antigua confederacion franca que no habian pasado el Rhin, y en donde por lo tanto la civilizacion y las costumbres romanas no habian echado las sólidas raices que en el interior del país.

Por esta razon predominaba en Austrasia el elemento germánico, mientras que en la Neustria, siendo menos numerosos los francos, hallándose mas dispersos y casi separados de su primitiva cuna germánica por los pueblos galos, la civilizacion latina penetró, se difundió y llegó á aclimatarse en aquel suelo sin vencer obstáculos ni encontrar oposicion importante. El desarrollo de estos dos elementos rivales entre sí, debia establecer una línea divisoria entre ambos estados, representada en el uno por los *francos germanos*, y por los *francos romanos* en el otro;

y así vemos que los escritores del siglo X suelen dar en algunas de sus obras el nombre de *Francia teutónica* á la Austrasia, y el de *Francia romana* á la Neustria.

A la muerte de Clotario, que sucedió á Teodoberto, dividióse la Francia entre sus cuatro hijos, tocando á Sigeberto la Austrasia, que comprendia entonces la Holanda, la Zelanda, el Brabante, una parte de Gueldres, el territorio que atraviesan el Mosa y la Mosela con la primera y segunda Bélgica.

Clotario II, rey de Neustria, reunió bajo su cetro toda la monarquía, si bien su autoridad no fué la misma sobre todos los estados. La Austrasia y la Borgoña querian continuar gobernadas por sus leyes y conservar el título de reinos. Accedió á ello Clotario, mas temiendo la preponderancia que en su ausencia podian ganar los principales señores de aquellas tierras, los retuvo á su lado en calidad de consejeros privados, á quienes se proponia consultar en los asuntos arduos que tuvieran relacion con los intereses de sus respectivos países, poniendo al frente de cada reino una especie de vireyes que se llamaron *Mayores de palacio*. De aquí tomó orígen esta institucion, importantísima en la historia general de Francia, pero mas importante todavía en la particular del reino de Austrasia, porque siendo allí la aristocracia mas homogénea, mas compacta y mas poderosa que en la Neustria, y no componiendo la Bélgica y las demás provincias de las orillas del Rhin mas que un solo pueblo, con las mismas costumbres, los mismos intereses y el mismo amor á la independencia, fué mas fácil á los Mayores de palacio echar sobre aquel suelo los cimientos de su poder hasta hacerlo hereditario en una de las familias mas consideradas y respetadas entre los grandes propietarios del país. Sabida es la preponderancia que adquirieron estos funcionarios desde 630 hasta 752, es decir, desde Pepino de Landen ó el *Viejo*, que fué el primero á quien la concedió Clotario, hasta Pepino el *Pequeño* que fué el último que la ejerció. Así, pues, cuando en la primera mitad del siglo VIII los francos de Austrasia se encontraban agrupados en rededor de una familia poderosa y cubierta de gloria, era la Neustria víctima de interminables discordias, juguete de la instabilidad de sus soberanos y de los mayores de palacio, los cuales, al frente de una aristocracia medio gala y medio franca, menos unida y mas muelle y relajada que la de Austrasia, no llegaron jamás á tomar definitivamente el puesto de sus reyes.

Por los años de 680, despues de la muerte de Dagoberto II, cansada la Austrasia de verse gobernada á guisa de colonia desde París, capital de Neustria, y fatigada además de las revueltas que habia promovido Ebruino, mayor de palacio de este reino, resolvió conservar su independencia sacudiendo el yugo de los merovingios. Reflexionando, sin embargo, que nada consigue un pueblo cuando se sustrae al poder de un tirano si no evita mas tarde el escollo, acaso mas terrible, de la anarquía, acordaron nombrar de entre ellos mismos dos jefes con el nombre de príncipes y duques de Austrasia, recayendo por primera vez la eleccion en Martin, sobrino de Grimoaldo, y en Pepino de Herstal, llamado tambien el *Gordo*.

No se hizo este arreglo sin oposicion por parte de algunos descontentos que,

instigados por Ebruino, declararon la guerra á los nuevos príncipes, viniendo con ellos á las manos en la frontera de la Neustria. Quedó la victoria por Ebruino; Martin se refugió á Laon, y tuvo la flaqueza de fiarse en las palabras del vencedor y de ir á tratar con él á su propio campamento, en donde fué asesinado de una manera alevosa.

Mas, Pepino, habiéndose retirado á Austrasia con los restos de su ejército, allegó recursos de gentes y dinero, y á la cabeza de una fuerza respetable derrotó á Thierry, marchó en su persecucion sobre París, se apoderó de la ciudad é hizo prisionero al mismo rey.

Las consecuencias de esta brillante victoria fueron de grandísima importancia para los estados de Pepino, que obtuvo además el gobierno de la Neustria, á la que estaba agregada la Borgoña, y el cual confió mas tarde á su hijo Grimoaldo como para perpetuar por sucesion este cargo en la familia. En cuanto á la Austrasia, continuó reinando en ella con el título de duque y con absoluta independencia de la corona.

El cristianismo se habia extendido ya por la Germania, pero los habitantes de la parte septentrional oponian una resistencia poderosa á los esfuerzos de los misioneros. Entre los frisones, la oposicion era terrible por parte de Radbodio, rey de aquellas gentes y perseguidor encarnizado de los celosos propagadores de la verdad evangélica. Despues de haber hecho morir á muchos de ellos y arrojado del reino á Wigberto, que por mandado del arzobispo de York habia venido á convertir á los infieles, quiso resistir á las proposiciones de Pepino, á quien tenía irritado con las crueldades que ejercia contra los cristianos. Su obstinacion y mala fe hicieron, por último, inevitable la guerra, y una vez vencido por las tropas de Pepino, se obligó á recibir en sus estados á Egberto, monge irlandés, con otros doce compañeros, y á no inquietarlos en el pacífico ejercicio de la predicacion. No fué este el único servicio que prestó Pepino de Herstal á la propagacion del Evangelio y al sostenimiento de su doctrina en los estados en donde no brillaba todavía la luz de la verdad en todo el resplandor apetecido. El matrimonio de su hijo Grimoaldo con Teudosinda, la hija del feroz Radbodio, el establecimiento de un número considerable de iglesias y monasterios, y la concesion de una isla en el Rhin á Willebrod, en donde aquel dignísimo varon pudo consagrarse á la enseñanza y al cumplimiento de sus religiosos deberes, fueron actos que contribuyeron eficazmente al logro de tan importante propósito. Antes de bajar al sepulcro, tuvo que castigar la muerte de su hijo Grimoaldo, asesinado en la iglesia de San Lamberto de Lieja por un partidario de Radbod, á quien se acusaba de haber perpetrado el crímen de acuerdo con la esposa de la víctima. Esta desgracia, que vino á acibarar los últimos dias de Pepino, hizo que á su muerte dejase el ducado de Austrasia á su nieto Teodobaldo, bajo la regencia de su esposa Plectrudes. Quedáronle además dos hijos, Cárlos y Childebrando, cuya legitimidad parece por lo menos dudosa. El primero, tan célebremente conocido en la historia con el so-

brenombre de *Martel*, se cree que fué habido por Pepino de una mujer llamada Alpáida, pero se ignora absolutamente quién haya sido la madre del segundo.

Una de las primeras medidas que tomó Plectrudes al empuñar las riendas del gobierno, fué encerrar en la fortaleza de Colonia á Cárlos, que á los 24 años mostraba ya unas disposiciones y una ambicion alarmantes; pero sublevados los estados de la Neustria, toman las armas, y consiguen en breve libertar al prisionero y proclamarle duque de Austrasia, obligando á huir á Plectrudes y á su hijo Teobaldo.

En aquellos momentos abandonaba con la vida el trono de Francia Dagoberto III, dejando por heredero de la corona á Thierry, llamado de Chelles, por haberse criado en la abadía de este nombre. No le hubieran faltado medios á Cárlos Martel para apoderarse del trono aprovechándose de la minoría del Príncipe, pero seguramente no creyó oportunas las circunstancias para hacerlo, y se contentó con presentar como pretendiente á la corona á un tal Clotario descendiente de Thierry. Por otra parte su rival Rainfroy, mayordomo de Neustria, presentaba tambien el suyo en la persona del jóven Daniel, hijo de Childerico II, á quien hizo empuñar el cetro con el nombre de Childerico III, de suerte que la cuestion del trono de Francia estaba sometida á los dos soberanos de hecho, el gobernador de Neustria y el duque de Austrasia. Presentáronse el uno contra el otro seguidos de un numeroso ejército, reforzados con las tropas del duque de Aquitania que tomó el partido de Rainfroy, y en una batalla sangrienta que duró muchas horas, fué derrotado éste quedando dueño del campo el valeroso Martel. El pretendiente Childerico que asistia á la batalla, tuvo que refugiarse á los estados del duque de Aquitania desde donde logró entrar en negociaciones con Cárlos, decidido á preferir un trono siquiera fuese sin poder, al destierro y á la soledad en un país extranjero. Cárlos Martel, á quien la muerte de Clotario habia dejado en libertad de tratar, terminó un arreglo que le era ventajoso y proporcionaba la paz á sus estados.

Murió de allí á poco el jóven Childerico en Noyon, y aunque Cárlos, aprovechándose de la debilidad de carácter de este Príncipe, se habia grangeado la voluntad del ejército por medio de liberalidades excesivas hechas casi siempre en perjuicio del clero, á quien despojaba de los beneficios eclesiásticos, de las rentas y bienes de los obispados, para premiar con ellos á los capitanes y aun á las viudas y huérfanos de los soldados, sin embargo, no creyó llegado el momento de arrojar la máscara y apoderarse del objeto de su constante ambicion. Colocó en el trono de Neustria á Thierry IV de Chelles, de quien antes hemos hablado, y que él mismo habia excluido de la legítima herencia de sus mayores, poniendo en su lugar á Clotario. Excusado seria añadir que Cárlos gobernaba en su nombre, sirviéndole la persona del monarca para encubrir sus designios y acallar el clamor de sus rivales mientras llegaba la ocasion propicia. No se hizo esta esperar largo tiempo, y una vez muerto Thierry, que falleció á los 23 años de edad, ya consideró innecesario colocar sobre el sólio aquellos simulacros de reyes de que no ha-

bia menester, y tomando el título de duque de los francéses, continuó gobernando durante el interregno que se prolongó por espacio de toda su vida.

No es de nuestra competencia seguir á Cárlos Martel en la victoriosa carrera con que inmortalizó su nombre, legándolo á la posteridad como el de uno de los capitanes mas inteligentes y esforzados de su época; baste saber que murió á los 53 años, y que sus últimos dias los empleó en consolidar su poder, de manera que sus hijos pudieran disfrutar sin guerras ni disturbios de los cuantiosos estados con que habia enriquecido la corona.

Aunque no habia llegado á tomar el título de rey, repartió los estados de la monarquía entre sus tres hijos, dando á Carloman la Austrasia, la Suabia y la Turingia; la Neustria, la Borgoña, la Septimania y la Provenza á Pepino; y al mas pequeño Griffon, una parte tomada sobre el patrimonio de cada uno de sus hermanos que, por no cumplir esta disposicion, le encerraron en un castillo de Ardennes.

Los primeros dias del reinado de Carloman fueron señalados por la sublevacion de los frisones Orientales, que decididos á conservar el culto de su idolatría, se unieron á los sajones para defender el paganismo, llevando á su cabeza á Diderico; pero las fuerzas unidas de Carloman y Pepino los vencieron, y se concertó la paz, quedando Diderico en rehenes. Despues de esta victoria y á instancias del papa Zacarías, cedió Carloman sus estados á Pepino y se retiró á un convento, con lo que quedaron reunidas bajo el mismo cetro las dos mitades de aquella extensa monarquía, restando solo á la ambicion de Pepino decorar su autoridad con el título de rey. Un solo obstáculo se oponia á la realizacion de su deseo, obstáculo bien débil en verdad, pero que era preciso remover con la persona del sucesor de Thierry Childerico III que ocupaba el trono. Una asamblea de nobles, reunida por sugestiones suyas y con beneplácito del Papa, declaró á Childerico excluido de la corona, y proclamó á Pepino rey de Francia, cuyo advenimiento dió principio á la dinastía de los Carlovingios.

III.

Los inmensos dominios de Pepino volvieron á dividirse entre sus sucesores Cárlos y Carloman, habiendo cabido á este último la Alemania y la Austrasia; pero muerto en edad temprana y aunque dejó dos hijos, prefirieron los austrasios ofrecer la corona á su hermano Cárlos sin que él la solicitase, y sin que se sepa á

punto fijo la causa de esta importantísima exheredacion que despojaba á dos huérfanos de su patrimonio legítimo, y ponia todos los estados del imperio bajo el mismo cetro. Cárlos, á quien la historia ha apellidado justamente *Carlo-Magno*, acrecentó con sus conquistas el territorio de Pepino, extendiendo sus límites hasta mas allá del Danubio, sometió la Dalmacia y la Istria, venció todas las tribus bárbaras que habitaban las orillas del Vístula, se apoderó de una parte importante de Italia, y peleó felizmente contra los sarracenos, los hunos y los sajones. Estos últimos, con los frisones, le inquietaron sobremanera, distrayendo su atencion y sus armas de otros proyectos de mayor importancia, hasta que decidido á estirpar de raíz la idolatría en aquellos pueblos turbulentos, y que mas de una vez habian sido objeto de un rigor excesivo, deportó á Bélgica 10,000 familias sajonas, que fueron de grande utilidad para abrir caminos, secar los pantanos y rechazar á los daneses que insultaban á Amberes y á Boloña. En los últimos años del reinado de este gran Rey, comenzó la invasion de los normandos, que tanta desolacion y tanta sangre habia de costar á la Francia gobernada por la incapacidad de Luis el *Débil* y de sus ambiciosos sucesores.

Uno de los primeros actos del imbécil heredero de Carlo-Magno, fué dividir aquel imperio colosal entre sus tres hijos, merced que le pagaron estos con la mas negra y mas repugnante ingratitud. Los tres príncipes estuvieron en perpétua discordia, concertándose únicamente para hostilizar á su padre, á quien hicieron la guerra, y relegaron por fin en un convento. Lotario, el primogénito, con el título de Emperador, obtuvo la Italia y el país entre el Rhin y el Escalda, que comprendia la Zelanda, una parte de Holanda, Utrech, Gueldres, el Brabante, el Hainaut y dos partes de la Frisa, y desde entonces recibió el nombre de Lorena ó *Lotaringia*, aquella parte de los dominios de Lotario, que arranca desde el nacimiento hasta la embocadura del Mosa y del Escalda. Reconciliados por último los tres hermanos, ligáronse contra los normandos, que apenas habian dejado provincia por desolar, y que acababan de hacerlo con la de Flandes y la Frisa.

Por aquella época (864) fué erigida la primera en condado en la persona de Balduino, gran presidente de Bosques, y que por su fuerza extraordinaria y su valor, era conocido con el nombre de *Brazo de Hierro*. Apasionado de la belleza de Judith, hija de Cárlos el *Calvo*, uno de los hijos de Luis el *Débil*, pidió su mano al Rey, que se la negó de una manera desdeñosa, concediéndola mas tarde al rey de Inglaterra, que murió poco despues de desposado, pasando la princesa á segundas nupcias con el hijo de su difunto marido, que tampoco sobrevivió al casamiento. Balduino, en quien el tiempo y las contrariedades habian acrecentado la pasion, viéndose sin esperanzas de lograr el beneplácito del padre, hizo consentir á Judith en un rapto, que realizó sin obstáculos. Cárlos se puso en persecucion de Balduino, á quien hizo excomulgar; pero este, habiéndose dirigido al Papa, y sometiendo á su consideracion los derechos de la princesa Judith, que dos veces viuda, y dueña por lo tanto de disponer de su mano, le habia seguido voluntaria-

mente como á legítimo esposo, probó que la excomunion fundada en una supuesta violencia era injusta y nula, y que el matrimonio, contraido libremente por ambas partes y celebrado con todas las formalidades eclesiásticas, debia ser indisoluble. El Papa, penetrado de la fuerza de aquellas razones, levantó la excomunion, declaró válido el consorcio, y ofreció interceder cerca del Rey para que diera su consentimiento, el que fué otorgado por fin, y el mismo Cárlos hizo celebrar segunda vez el matrimonio en su presencia, y creó á su yerno Balduino, conde de Flandes, extendiendo los límites de esta provincia, desde el Somme y el Escalda, hasta la orilla del mar.

Las reparticiones que sufrió el imperio de Carlo-Magno entre los príncipes de su familia, la debilidad de sus sucesores, las concesiones personales hechas en provecho de sus favorecidos, los gobiernos de las provincias, que de hereditarios volvian otra vez á ser propiedades que confirmaba el soberano, fueron el orígen de esa infinidad de pequeños estados, que sería difícil y enojoso desentrañar en medio del desórden introducido por las invasiones de los pueblos del Norte en las diferentes partes del imperio.

Despues de las irrupciones de los normandos y daneses, era tal la confusion, el abatimiento y la miseria de los pueblos, que probablemente al sentimiento de la propia conservacion, y no á otra causa, debe atribuirse el orígen del condado de Holanda como centro comun en que habia venido á reunirse la autoridad parcial de los pequeños gobernadores, demasiado débiles para defenderse por sí solos. Los obispos y arzobispos, gobernadores al mismo tiempo de sus respectivos estados, hubieron de obedecer tambien á la ley de la necesidad, y trocaron el báculo por el cetro, y de pastores de las almas, hiciéronse señores de las ciudades.

Pero dejando á un lado la sucesion del condado de Holanda, y fijándonos mas particularmente en la de los condes de Flandes, que hemos visto fundada por Balduino, señalarémos entre sus sucesores á Balduino IV el *Barbudo*, el cual en 1007 recibió del rey Enrique II el burgraviado de Gante, y en feudo la Zelanda con la investidura de príncipe del imperio. De 1036 á 1067 aumentó su hijo Balduino V las posesiones que habia recibido de su padre con la parte alemana del ducado de Lorena, situada entre el Escalda y el Dender, con Tournay, la soberanía sobre el obispado de Cambray, que fué agregada al condado de Flandes, hasta la creacion del nuevo obispado de Arras y el condado de Hainaut. A su muerte recibió Balduino VI, llamado el *Bueno*, los condados de Flandes y de Hainaut, y su hermano Roberto las demás posesiones que habian sido adquiridas por su padre. Este príncipe, conocido con el nombre de *Roberto el Frison*, á quien, temeroso de la audacia y de la intrepidez que mostró desde sus primeros años, habia dado su padre cierto número de tropas y una pequeña escuadra para ir á probar fortuna sobre el país de los infieles, y principalmente para distraerle de cualquier proyecto que pudiera concebir contra su hermano mayor, habia vivido en Holanda en tiempos del conde Florencio I, que murió de una manera violenta, dejando por

sucesor en el condado á Teodorico, de edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre Gertrudis. Roberto, contando con la débil defensa que podian oponer una mujer y un niño, determinó apoderarse de la regencia; pero se equivocó en sus cálculos, y por dos veces consecutivas fué derrotado por las tropas de Gertrudis, y aun lo hubiera sido asimismo la tercera, si los flamencos y los holandeses, que tenian unos y otros mucho que temer de las consecuencias de aquella guerra, no hubiesen intervenido y logrado concertar un arreglo entre los contendientes, resultando de él el matrimonio de Gertrudis con Roberto, que tomó el título de tutor del Príncipe y gobernador de Holanda, recibiendo además de su padre Balduino, como presente de boda, el condado de Alost y las islas al poniente del Escalda. Roberto desplegó tanto celo en defender los intereses de su pupilo, como actividad habia desplegado para hacerle la guerra y apoderarse de la regencia por la fuerza. Balduino VI, que, como hemos dicho, habia sucedido á su padre, celoso de la fortuna de su hermano Roberto, quiso arrebatarle las islas de Zelanda y el condado de Alost; y aunque este le suplicó que suspendiese las hostilidades y fué el primero en solicitar la paz, no fué escuchado, y hubieron de venir á las manos ambos ejércitos, quedando derrotados los flamencos y muerto el mismo Balduino, con lo que Roberto, no solo conservó la integridad de sus dominios, sino que los aumentó con el condado de Flandes, que hizo suyo, excluyendo á sus dos sobrinos, Arnoldo, que debia sucederle en dicho condado, y Balduino, á quien estaba destinado el de Hainaut.

Expiaba estos sucesos el ambicioso obispo de Utrecht para suscitar una tempestad contra Roberto. Richilda, viuda de Balduino y madre de los dos huérfanos, despues de haber solicitado el apoyo del rey de Francia, se dirigió al emperador Enrique IV, el cual encargó á Godofredo el *Giboso*, duque de Lorena, la ejecucion de un decreto, por el que se conferian los estados de Teodorico V, conde de Holanda, á Guillermo, obispo de Utrecht, adjudicando al propio tiempo el condado de Hainaut á Godofredo, como para interesarle en el cumplimiento de su comision. Roberto fué atacado simultáneamente en Flandes y en Holanda, aunque con diversa suerte, pues mientras batia al ejército imperial cerca de Mons, Guillermo y Godofredo alcanzaban una completa victoria sobre sus tropas en Holanda. Acudió Roberto al sitio del desastre, presentó la batalla; pero vencido, tuvo que ceder y retirarse á Flandes con Gertrudis, su pupilo y una parte de la nobleza holandesa, que prefirió abandonar su país antes que prestar juramento á Godofredo.

Muertos el duque de Lorena y el astuto obispo de Utrecht, acometió Roberto la empresa de restablecer á Teodorico en sus estados, lo que consignió al cabo, no sin trabajos, y merced al generoso auxilio de Guillermo el *Conquistador*, que le facilitó algunos bajeles, con los que batió á Conrado, que habia sucedido al obispo Guillermo; y despues de entregar las riendas del gobierno á su pupilo, marchó con 7,000 hombres á la Tierra Santa.

Su hijo y sucesor, Roberto II, fué reemplazado en 1112, en los estados de Flan-

des, por Balduino, llamado el *Hachero*, el cual murió en 1120 sin dejar sucesion, pasando su herencia al príncipe danés Cárlos el *Bueno*, que sucumbió en una conspiracion tramada contra él por la casa de Stralem, con cuyo motivo se presentaron á disputar el condado seis pretendientes, á saber: Guillermo, hijo bastardo del danés; su sobrino Arnoldo; Teodorico, nieto de Gertrudis; Guillermo de Iprés, á quien apoyaba Luis el *Gordo*, y que fué excluido como sospechoso de complicidad en el asesinato de Cárlos; Guillermo, hijo del duque de Normandía, presentado por el rey de Francia, y el landgrave Teodorico de Alsacia, descendiente colateral de la antigua casa de Flandes, que obtuvo el reconocimiento de todos. Durante su reinado, reclamaron los flamencos contra el permiso que se le habia otorgado hacía algunos años al conde de Holanda Florencio III, para establecer una aduana en Geervliet, sobre el Bornisa. La superioridad que comenzaban á adquirir los holandéses en la mar, el progresivo aumento de su tráfico y los inmensos beneficios que sacaban de las pesquerías establecidas por ellos en la embocadura del Mosa, inquietaban á los flamencos, cuyo comercio no podia menos de sufrir con aquel nuevo privilegio. Hallábase á la sazon Teodorico en Palestina, y encargado del gobierno su hijo Felipe, enemigo personal del conde de Holanda. Llevóse la cuestion al terreno de las armas, y despues de asegurada la navegacion por parte de los flamencos con una buena escuadra, penetró Felipe de Alsacia con un ejército por el territorio de Waas, se apoderó de la fortaleza y se hizo dueño del país. Florencio, aunque prevenido á tiempo, hubo de suspender por el pronto las hostilidades distraido por mayores cuidados, hasta que, arreglada su contienda con el obispo de Utrecht, pudo dedicarse á la guerra de Flandes, auxiliado por los condes de Güeldres, de Cleves y de Bergues. Intentó primero el sitio de Amsterdam; pero atacado en el mismo campo despues de un combate que duró siete horas y en que perdieron los holandéses unos 7,000 hombres, y acaso mas los flamencos, fué hecho prisionero con 400 nobles de las primeras familias de Holanda, y conducido á Brujas, en donde permaneció tres años, al cabo de los cuales tuvo que consentir en un tratado en que se reconocia vasallo de Felipe en cuanto á sus posesiones en Zelanda, y declaraba á los flamencos libres de todo género de derechos de peage, obligándose además á indemnizarles de las pérdidas y gastos causados por la guerra.

Este mismo conde de Flandes, en quien Luis VII de Francia tenía una confianza ilimitada por su prudencia y lo justificado y noble de su carácter, fué nombrado Regente del reino y tutor de Felipe Augusto á la muerte de aquel Monarca. Al principio la Reina viuda no vió con gusto esta preferencia concedida á un extraño, pero andando el tiempo, y penetrada de la sinceridad y buenas intenciones del nuevo Regente, lograron avenirse, conservando Felipe de Alsacia la regencia, y la Reina la tutela del Príncipe.

Habia aprovechado el conde de Flandes el favor que disfrutaba cerca de Luis VII, para conservar en su poder el condado de Vermandois, que le habia

dejado en usufructo su esposa Isabel, con perjuicio de su hermaua Eleonor, y aun del mismo Rey de Francia, pariente muy cercano de aquella. La envidia que inspiraba su valimiento, adormecida mientras vivió el Monarca, despertó mas poderosa y audaz despues de su muerte, y de tal manera ostigó al conde de Flandes, que cansado de luchar con sus enemigos, y necesitado de reposo, se retiró á sus Estados, dejando para siempre la córte. Felipe Augusto fué menos complaciente que su padre, y olvidando los servicios que le habia prestado durante su minoría, reclamó del ex-Regente, tanto en su propio nombre, como en representacion de Eleonor, el condado de Vermandois. Felipe de Alsacia, creyendo intimidar á su antiguo pupilo con los preparativos de una guerra, invadió la Picardía, y entregó aquella desgraciada provincia al furor de sus soldados. Mas el jóven Monarca, al frente de fuerzas muy considerables, y deseoso de inaugurar su carrera militar con una campaña gloriosa, acudió sin tardanza á sofocar la invasion, y obligó á los flamencos á retirarse y á proponer un arreglo en que intervino un legado del Papa que se hallaba en Francia, que consiguió quedasen al conde de Flandes las ciudades de Perona y San Quintin, durante su vida, y fuese devuelto al francés el territorio de Amiens con las demás dependencias del ducado de Vermandois.

Murió Felipe de Alsacia en 1191, en Palestina, sin dejar sucesion, y á pesar de que pretendió el rey de Francia que el condado de Flandes le correspondia como feudo de la corona, sucedió en él Balduino VIII, conde de Hainaut y esposo de una hermana de Felipe, reuniéndose de este modo nuevamente en una misma familia aquellos dos condados.

El hijo y sucesor de este Balduino, que llevó su mismo nombre, fué el fundador del imperio latino en Constantinopla, y una de las primeras figuras en las guerras que sostuvieron los cristianos en el Asia durante las Cruzadas. La nobleza de Flandes no habia sido la última en hacer muestra de un religioso celo por la gloriosa empresa de rescatar los Santos lugares, y en los primeros años del siglo XIII encontróse preparada, como por ensalmo, una numerosa expedicion formada de los nombres mas ilustres y de los guerreros mas acreditados de la época, dispuestos á marchar. Balduino, que habia tomado partido por Ricardo de Inglaterra contra el Rey de Francia, temiendo con razon la venganza del poderoso Monarca, á quien no le era dado resistir en sus escasas fuerzas, buscó un refugio contra su cólera bajo el estandarte de la Cruz. María, su esposa, no quiso abandonarle, y en la flor de los años, llevando en su seno el precioso fruto de su cariño, decidió seguir al conde á la Cruzada, y abandonar un suelo, que la infeliz no debia volver á ver.

Llegadas las tropas á Venecia, la flota que habia de conducirlos á Oriente, y que se hallaba contratada al efecto, estaba pronta para hacerse á la mar, pero requeridos los jefes para que pagasen el precio estipulado, viéronse estos en la imposibilidad de entregarlo, porque parte de sus compañeros, faltando á lo convenido, se habian embarcado en otros puertos del Océano y del Mediterráneo, de-

jando á los demás sin recursos para continuar su marcha. Dampierre, á quien el conde de Champagne, jefe de la expedicion, habia entregado los fondos destinados al sostenimiento de las tropas, se habia dado á la vela en el puerto de Bari; el obispo de Autun lo habia verificado en el de Marsella, y los demás en el de Génova.

Esta falta de acuerdo en los preliminares de la expedicion, que pudo comprometer el resultado de la misma, colocaba por de pronto á los príncipes y nobles que se habian juntado en Venecia, en la afliccion de no poder llenar sus compromisos con la República, teniendo por último que arbitrar, que cada uno pagase su pasaje, y que los mas ricos lo hiciesen por los pobres. El conde de Flandes, los de Blois y de Saint-Paul, el marqués de Monferrat y otros muchos jefes, entregaron toda la plata y las alhajas de precio que tenian, reservándose únicamente los caballos y las armas; pero aun despues de este noble desprendimiento, quedaban á deber sobre 50,000 marcos de plata. Para extinguir el resto de la deuda, propúsoles el viejo Dandolo, Dux por entonces de Venecia, que tomasen servicio en el ejército de la República, y la auxiliasen en la campaña que preparaba contra Zara, concluida la cual, comprometíase á acompañar á los cruzados en la expedicion á Palestina. Convenidos en ello, partió la flota, compuesta de 480 buques, enmedio de las aclamaciones y vítores del pueblo, que jamás habia presenciado tan grandioso espectáculo sobre las plateadas aguas del Adriático.

El 10 de Abril de 1204 se apoderaban los cristianos de Bizancio, y despues de muertos ó expulsados los principales defensores, saqueados los palacios y establecimientos públicos, y hecho experimentar, en fin, el peso de sus armas victoriosas sobre la ciudad imperial, con mas rigor acaso de lo que convenia á los que ostentaban en sus pechos el emblema de nuestra redencion, decidióse, por último, elegir de entre los jefes un Emperador para aquel pueblo sumido en el luto y la desolacion. Designáronse seis electores de entre los nobles de Venecia, Vitale Dandolo, Othon Querini, Bertuccio, Contarini, Pantaleone Barbo, y Basegio, y otros seis de los eclesiásticos franceses, que fueron los obispos de Soissons, de Halberstadt, de Troyes, de Betlem, de Tolemaida, y el abad de Lucelane; y despues de reunidos en la capilla del palacio de Bucoleon, juraron sobre los santos Evangelios no coronar sino el mérito y la virtud.

Tres eran los principales jefes que con iguales títulos podian aspirar á los sufragios de los electores: Enrique Dandolo, el marqués de Monferrat y el conde de Flandes. Los electores fijaron desde luego sus ojos en el último, que á sus altas prendas de carácter, reunia la circunstancia de que su advenimiento al imperio, interesaria en la defensa de los cristianos á la belicosa nacion de los flamencos, sin ofrecer por otra parte ninguno de los inconvenientes que produciria la eleccion del marqués de Monferrat, ó la del poderoso jefe de la república de Venecia.

Aguardaban los cruzados impacientes el resultado de la eleccion, reunidos enfrente del palacio. Eran las doce de la noche cuando el obispo de Soissons se pre-

sentó en el vestíbulo, y dirigiéndose al pueblo, pronunció estas palabras: «Esta hora de la noche que vió nacer al Salvador del mundo, da principio á un nuevo imperio bajo la proteccion del Todopoderoso. Teneis por Emperador á Balduino, conde de Flandes y de Hainaut.» Este anuncio acogido con entusiasmo por los franceses y los venecianos, lo fué sin repugnancia por los griegos; y siguiendo la antigua usanza, fué elevado Balduino sobre un escudo y conducido en triunfo á la iglesia de Santa Sofía. El dia señalado para la coronacion, el nuevo Emperador, acompañado de los Príncipes, de los barones, y de todo el clero, se trasladó al mismo templo en donde recibió de manos del legado del Papa la investidura de la púrpura de los Césares. La nueva infausta de la muerte de su esposa María, vino casi al mismo tiempo á acibarar aquella legítima satisfaccion en el corazon del conde de Flandes, y el bajel destinado á conducir á las orillas del Bósforo á la nueva Emperatriz, no llevó mas que los preciosos restos de la malograda Princesa.

Habíase embarcado esta en otro puerto en la flota de Juan de Nesle, con rumbo á Palestina, donde creia encontrar á su esposo. Rendida por las fatigas y por el dolor de una ausencia prolongada, cayó enferma en Tolemaida, y rindió el espíritu precisamente cuando acababa de saber que su amado Balduino habia colocado en sus sienes la corona de Constantinopla. Sus cenizas fueron depositadas solemnemente en la misma Basílica en que pocos dias antes habia recibido el desconsolado esposo las insignias imperiales.

El jefe de los búlgaros, Joanice, que bajo un mentido celo religioso abrigaba una ambicion desmedida, hizo alianza con los griegos, y ofreció ir á libertarles de sus opresores los cristianos. Precedia á este fanático caudillo una numerosa turba de tártaros ó *comanes*, habitantes de las fronteras de la Moldavia, tan rudos y feroces, que bebian la sangre de sus enemigos, y semejantes á los antiguos escitas, solian combatir en retirada.

Balduino se encontraba á la sazon delante de los muros de Andrinópolis con un ejército de 15,000 hombres, y de algunas pequeñas partidas que se le reunieron de otros puntos, cuando fué atacado por los búlgaros. La táctica de estos bárbaros no era desconocida de los cruzados; pero mas poderoso que la prudencia el ardor que inflamaba sus pechos, no pudo contenerse á la vista de los tártaros que venian á provocarles, y el Conde de Flandes y el de Blois cargan sobre ellos y los persiguen en la fuga por espacio de dos leguas. Pero volviéndose de repente los que parecian acosados, atacan á los cristianos, que tienen que resistir en un terreno desconocido, sobre caballos á quienes faltaba ya el aliento, y rodeados por todas partes de feroces comanes, que con sus movimientos les impiden reorganizarse ó abandonar el combate. El conde de Blois, despues de haber hecho prodigios de valor, queda sobre el campo cubierto de heridas. Balduino, seguido de los mas valientes de sus caballeros, disputaba todavía la victoria, señalando con un rastro de sangre su presencia en las filas de los bárbaros; y despues que un

sinnúmero de guerreros dejan la vida en defensa de su jefe, éste combate todavía casi solo en el campo, hasta que, sofocado por el número, cae en manos de los enemigos, que le cargan de cadenas y lo conducen con ellos.

En medio de los peligros, que se acrecentaban cada dia, y de los sangrientos contratiempos, que se siguieron á esta derrota, ignoraban los cruzados la suerte del Emperador. Decíase unas veces que habia logrado romper sus prisiones, y que se le habia visto errante en los bosques de la Servia; otras que habia sucumbido al dolor; y por último, que asesinado por el Rey de los búlgaros, habian sido arrojados sus miembros sobre las rocas, sirviendo su cráneo, guarnecido de oro y de piedras preciosas, en los festines del bárbaro vencedor (1). Enrique de Hainaut, regente del imperio despues de la derrota de Balduino, habia enviado mensageros por todas partes en averiguacion del paradero de su hermano, aunque sin conseguir resultado.

Un año despues de la batalla de Andrinópolis, habiendo conjurado el Papa á Joanice para que devolviese á los latinos de Bizancio el jefe de su nuevo imperio, contestó el Rey de los búlgaros «que Balduino habia pagado el tributo á la naturaleza, y que no estaba en poder de los mortales devolverle á la vida.»

Enrique de Hainaut recogió la triste herencia de su hermano, y le sucedió en el trono en medio del dolor general; pero ni sus grandes cualidades militares, ni sus disposiciones superiores para el mando, podian contener la disolucion del nuevo imperio, que caminaba precipitadamente hácia su fin.

(1) Dice un historiador que durante mucho tiempo no quisieron dar crédito los flamencos á la noticia de la muerte de Balduino, y que habiéndose esparcido por el Hainaut el rumor de que el emperador de Constantinopla se hallaba oculto bajo el disfraz de ermitaño en el bosque de Glanson, acudieron á verle muchos nobles y gentes del pueblo, los que preguntándole quién era, y por qué se habia disfrazado con aquel traje, contestó: «Que era un infeliz, y que no podia decir su nombre.» La condesa de Flandes y su hija lo llamaron secretamente á palacio, y le persuadieron á que se hiciese pasar por el verdadero emperador de Constantinopla, de lo que podria resultarle gran provecho. Consintió en ello, y despues de haberlo hecho lavar y poner riquísimos vestidos, salíale al encuentro toda la nobleza para celebrar su regreso, y oirle referir cómo habia caido en manos de los búlgaros, y cómo se habia librado siete veces de su cautiverio y vuelto á caer otras tantas en poder de Joanice, hasta que logró escapar á todos estos peligros, haciendo promesa de vivir en una ermita, consagrado á la penitencia y á la soledad. Luis VIII de Francia quiso ver y hablar personalmente al supuesto emperador, el cual no pudiendo esquivar la entrevista, se trasladó á Perona, acompañado del duque de Brabante y de Valeran de Luxemburgo. Allí, habiéndole preguntado el Rey cuándo se habia casado, en qué época habia sido armado caballero, y qué dia le habia prestado el pleito homenaje de los dominios de Flandes, no pudo el impostor responder con concierto á estas preguntas, y se fugó durante la noche, dirigiéndose á Roma con el harpa de juglar y el bordon de peregrino. Fué por fin detenido en la Borgoña, y allí se averiguó que era efectivamente de oficio juglar, y se llamaba Beltran de Reitz ó de Rens.

IV.

Habia dejado Balduino una hija (dos segun otros), que debia sucederle en los Estados de Flandes y de Hainaut, y que llevaba por nombre Margarita. Quedó encargada su tutela á un tal Bocardo de Avesnes, prevoste de la iglesia de Lieja y pariente de la jóven condesa, el cual, abusando de la inocencia de su pupila la sedujo, y hubo de ella un hijo llamado Juan. Los flamencos trataron de vengar en la persona del seductor el ultraje hecho á la sangre de sus soberanos, por lo que vióse precisado Bocardo á dirigirse á Roma en solicitud de que se le alzáran los votos eclesiásticos y el impedimento de parentesco para casarse con su sobrina, pero al regresar de Italia fué asesinado antes de que pudiera llevar á cabo el matrimonio. Casó Margarita en segundas nupcias, con Guillermo Dampierre, y de esta union tuvo otro hijo llamado Guy, á quien cedió la Flandes en el reparto que hizo de sus estados entre los dos hijos de distinto matrimonio, adjudicando el Hainaut á Juan de Avesnes. Esta division, en la que se creia perjudicado el primero, porque en su concepto, solo él se consideraba con título de legitimidad, ocasionó graves rencillas entre los dos hermanos. Fué sometida la cuestion al arbitraje del rey de Francia, San Luis, el cual confirmó el reparto, añadiendo en la sentencia, segun refieren las crónicas, que Juan por haber hablado mal de su madre, llevase en las armas de su casa un grifo sin garras y sin lengua. Desde aquella época quedó el Hainaut separado de Flandes.

Juan de Avesnes casó con Adelaida, hermana del rey de romanos Guillermo II del nombre y décimo quinto conde de Holanda, el cual la dió en dote el condado de Namur y la propiedad feudal de los bailiatos de Waas y del condado de Alost que consideraba como suyos por no haberle prestado homenaje Margarita. Esta, habiendo ganado en las negociacíones el tiempo necesario para reunir algunas tropas, mandó, á su hijo Guy Dampierre sobre la Zelanda; pero Federico, á quien Guillermo II su hermano, habia encomendado la defensa del país, atacó á Guy en West-Capelle, y en un sangriento combate, le hizo prisionero con gran parte de sus generales.

Despues de este contratiempo acudió Margarita á Cárlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia, y le dió la investidura del Hainaut á condicion de que la auxiliaria con un ejército respetable; pero repugnaba al Santo rey que su hermano secundase los planes de la condesa y sostuviese á una madre en sus rivalidades contra un hijo y su cuñado. Por otra parte, Guillermo habia estrecha-

do á Cárlos de Anjou, para que renunciase explícitamente á tomar parte en tan odiosa guerra y evacuase desde luego la ciudad de Valenciennes, y como se hubiese negado á ello, tuvo que ceder á la fuerza y refugiarse en París. Margarita, para conseguir la paz, condescendió por último en poner á Juan de Avesnes (1) en posesion del Hainaut, del país de Waas y del condado de Alost, encargándose el rey de Francia de hacer que fuesen aceptadas estas condiciones, como lo fueron en efecto.

Felipe el *Hermoso* habia subido al trono de San Luis, y deseando tener de su parte á Flandes, para cerrar la entrada á los ingleses en Francia por aquella parte, solicitó la mano de la hija de *Guy Dampierre* para su hijo cuando estuviese en edad de casarse. Eduardo de Inglaterra, por la razon contraria, abrigaba idénticos deseos, y sus proposiciones habian sido ya acogidas por Dampierre, sin esperar la aprobacion del rey de Francia. Este motivo de rivalidad, unido á otros, irritaron de tal manera á Felipe, que no escuchando mas que la voz de su despecho, se decidió á llevar á cabo un designio que tuvo terribles consecuencias, andando el tiempo, y que por lo pronto hizo estallar la guerra entre Francia y Flandes. Con frívolos pretextos, llamó á la córte á Guy Dampierre y á su hija, y tan luego como los tuvo en su poder, encerró al primero en una prision en el Louvre, y no le dió libertad hasta pasado algun tiempo que le permitió volver á sus Estados, reteniendo entretanto á la hija como prenda de la fidelidad del padre. Vuelto á su país, y ansioso de vengar el ultraje que habia recibido, declaró Guy la guerra al Rey de Francia, el cual, para castigarle por su audacia, pasó en persona á Flandes al frente de un ejército de 60,000 hombres, mientras sus generales penetraban en el mismo territorio por puntos diferentes. Despues de ganadas dos batallas, y apoderado el Rey de las plazas fuertes mas considerables, se avino á conceder á los flamencos, primero una tregua de dos meses, y despues una próroga de la misma, por dos años, fundada en la esperanza de una paz definitiva que proponia el Rey de Inglaterra por mediacion del Papa Bonifacio VIII. Arregláronse por último las diferencias entre el Rey de Francia y Eduardo, aunque no por la intervencion del Pontífice, cuyo arbitraje fué desoido, y aun tratada su Bula con poquísimo respeto, sino por el tratado de 1303, en el cual nada se decia respecto á los Estados de Flandes, de suerte que el desgraciado Dampierre tuvo que añadir á los muchos sinsabores de su vida el amargo desengaño de verse abandonado por el Rey de Inglaterra tan luego como le pareció que era inútil su amistad. Reducido á sus propias fuerzas, no pudo resistir mucho tiempo á las tropas francesas mandadas por Cárlos de Valois. Derrotado en vários encuentros, tuvo que encerrarse en la ciudad de Gante, en donde tampoco se consideraba muy seguro, pues el pueblo, aterrorizado con

(1) En 1300, despues de la muerte de Juan I, XVII conde de Holanda, y el último de la raza de Teodorico, pasaron sus estados á Juan de Avesnes, que fué el XVIII conde de Holanda.

la perspectiva de un sitio, no parecia muy dispuesto á defenderle contra el enojo de Feliipe.

En tan críticas circunstancias, aconsejóle el caballeroso conde de Valois que se presentase al Rey, asegurándole que este paso allanaria todas las dificultades para la paz. Hízolo así, arrojándose á los piés del Monarca con dos de sus hijos y 40 caballeros flamencos; pero Felipe, despues de recibirlos con frialdad, los retuvo prisioneros, enviando á Guy al castillo de Compiégne, á su hijo mayor Roberto de Bethune, al de Chinon, y á Guillermo á una fortaleza en la Auvernia. Al mismo tiempo hizo que el Parlamento declarase que Guy Dampierre, como vasallo de la corona de Francia, habia incurrido en el crímen de felonía por su conducta, y por lo tanto, que debian ser confiscados y devueltos á la corona sus Estados de Flandes.

De allí á poco pasó el Rey á tomar posesion de sus nuevos Estados, acompañado de su esposa y de un numeroso séquito de cortesanos. El conde de Saint-Paul, Santiago de Chatillon, fué nombrado gobernador de Flandes; y administrador de la Hacienda pública, Pedro Flotte, los cuales comenzaron á vejar al país con impuestos y cargas excesivas á que no estaba habituado, y que parecian tanto mas odiosas, cuanto que en su distribucion eran favorecidos con irritantes exenciones los partidarios de la dominacion francesa y los adictos al gobernador. Un tejedor de la villa de Brujas, llamado Pedro Kænig, hombre de prestigio en el gremio de los artesanos, habia sido arrojado en un calabozo con otros veinte y cinco compañeros, porque se atrevió á reclamar contra la arbitrariedad de estos actos. Al saber su prision, subleváronse los demás obreros en número de cinco mil, y viniendo á vias de hecho, obligaron á Chatillon á guarecerse en la fortaleza mientras ellos abandonaban tranquilamente la ciudad. Apenas se vió el gobernador desembarazado de los artesanos, principió á hacer sentir su venganza sobre los infelices vecinos, á tal punto, que desesperados estos de tan terrible tiranía, llamaron á los insurrectos, que aun no estaban muy distantes de la villa, y reunidos todos, se entregaron á las mayores crueldades contra los partidarios de la Francia. Ciego y desenfrenado, como suele serlo casi siempre el pueblo cuando se abandona á la satisfaccion de su venganza, nada era bastante á contenerles en su sed de destruccion y de sangre. Mil y quinientos franceses fueron sacrificados sin piedad en aquella memorable jornada; sus cuerpos eran despedazados con los dientes; sus cabezas clavadas en las picas y paseadas por las calles; los cadáveveres arrastrados en medio de la algazara y de los gritos de un populacho frenético que se embadurnaba el rostro y se empapaba las manos en la sangre de los moribundos.

Sorprendido el rey con la noticia de estos sucesos, quiso acudir personalmente á castigar á sus autores, pero asuntos mas urgentes y de mas inmediato interés le obligaron á permanecer en París, y confiar la expedicion á su primo Roberto, conde de Artois, capitan esforzado, pero demasiado atrevido y ligero en sus re-

soluciones, el cual juró acabar en pocos dias con *aquella canalla* recogida, como él decia, entre el fango de los pantanos de Flandes, mal pertrechada y extraña á la disciplina militar. Así era la verdad; pero aquella gente, aunque indisciplinada, era numerosísima, y el instinto de la conservacion habia improvisado de entre sus mismas filas algunos jefes que sabian contenerla y dirigirla con acierto. Al mando del conde de Namur, de Guillermo de Saliers y del tejedor Pedro Kænig, aguardaron al ejército francés muy cerca de Courtray, el dia 11 de Julio de 1302. Protegia sus posiciones, además del rio, un profundo foso casi cegado por el cieno, y de tal modo dispuesto, que no podia ser visto por el enemigo hasta encontrarse sobre la misma orilla.

El conde de Artois, sin escuchar mas que su arrojo, y sin tener en cuenta los prudentes consejos del Condestable de Nesle, se precipita al frente de su caballería sobre los flamencos, despues de vadeado el rio, y no apercibiendo en la velocidad de la carga el foso fatal que se encontraba á sus piés, desaparecen la primera y segunda fila y sucesivamente las demás en aquella especie de abismo, en cuyo fondo, revueltos ginetes y caballos, luchan desesperadamente contra las angustias de la muerte. Los flamencos testigos de tan dolorosa confusion, dan la vuelta del foso y caen sobre los infantes, que aterrados con tan imprevisto acontecimiento, apenas oponen resistencia al furor de sus contrarios. Cuéntase que, despues de la accion, recogieron los vencedores mas de cuatro mil pares de espuelas doradas, despojo de otros tantos caballeros franceses que solo tenian derecho de llevarlas, por lo que fué llamada, esta batalla, *la jornada de las espuelas*. Entre los muertos fueron hallados, además del bizarro conde de Artois, el caballeroso Condestable de Nesle, víctima de su pundonor, y el gobernador Chatillon, causa temeraria y culpable de aquella lucha. A consecuencia de esta brillante victoria, todas las ciudades de Flandes sacudieron el yugo francés, y proclamaron gobernador general al conde Juan de Namur.

Estaban por aquel tiempo mas exacerbadas que nunca las desavenencias que habian estallado entre Felipe el *Hermoso* y el papa Bonifacio, atendiéndose por una y otra parte mas al triunfo de las propias pasiones que al interés general de los pueblos, de suerte, que Felipe prefirió terminar con un arreglo los asuntos de Flandes, que complicar con su insistencia los negocios interiores del país. Con este objeto envió á Flandes á su antiguo conde Guy Dampierre con encargo de tratar; pero el mensajero encontró una aversion tan profunda en los ánimos contra la dominacion francesa, y tan soliviantado el espíritu de los pueblos despues de la batalla de Courtray, que no era posible hablarles de ceder ninguna parte de su territorio, como lo pretendia Felipe, y así, sin haber logrado el resultado de sus negociaciones, tuvo que volver á Compiegne, en donde murió al año siguiente, á la edad de 80 años.

Fué, pues, necesario que el rey de Francia continuase la guerra, y resuelto á dirigirla esta vez en persona, se puso en marcha al frente de cincuenta mil in-

fantes y doce mil caballos, con los que venció á los flamencos que le esperaban entre Lila y Douai, en un sitio llamado Mons-en-Puelle, haciéndoles un considerable número de muertos. Mas á pesar de este descalabro, no desistieron aquellos en defenderse palmo á palmo, y habiendo logrado reunirse en suficiente número, enviaron un mensaje al rey pidiéndole la paz ó una batalla campal en que la suerte de las armas decidiese definitivamente la cuestion. Al verlos nuevamente en campaña, dícese que exclamó el rey de Francia: «Parece que llueven flamencos, y no hay trazas de que acabemos con ellos;» y de tal manera debia sentir lo que decia, que por fin se decidió á negociar, poniendo al hijo primogénito de Guy Dampierre, Roberto, á quien tenia prisionero, en posesion del condado de Flandes, devolviendo la libertad á su otro hermano Guillermo, y á los demás señores que le acompañaban en la prision. Las ciudades de Lila, Douai, Orchies y Bethune quedaron adjudicadas á la Francia, y se convino en una tregua de diez años, y en una suma de 100,000 francos que habia de satisfacerse al Rey en ciertos plazos, con lo que se suspendieron las hostilidades, pero no los rencores que abrigaban los flamencos contra sus vecinos.

Apenas habia entrado Roberto en posesion de los estados de Flandes, cuando Guillermo, conde de Holanda, quiso tomar las armas contra él; pero negáronse los zelandeses á seguirle á Hainaut, protestando la necesidad que tenian de poner sus costas al abrigo de los flamencos que contínuamente las amenazaban. Esta desobediencia hizo que Guillermo suscribiese á una paz vergonzosa, por la cual reconoció la soberanía de Flandes, sobre las islas al oeste del Escalda; desistió de sus pretensiones al condado de Alost y el país de Waas, y se obligó por último á pagar una crecida pension á Roberto.

Al advenimiento de Luis X al trono de Francia, creyeron los flamencos que el nuevo Soberano francés seria mas indulgente con ellos en la reclamacion de lo que eran en deber á su antecesor Felipe el *Hermoso*, y así aplazando primero el cumplimiento de sus obligaciones, resistiéndolo indirectamente mas tarde, vinieron por último á negarse de una manera definitiva. Alentábales por este camino la confianza de que el rey se encontraba apurado de recursos, y poco menos que en la imposibilidad de emprender la guerra. Pero si bien con gran trabajo, y apelando á arbitrios mas ó menos ingeniosos, consiguió Luis X reunir algunas sumas para ponerse en campaña y obligarles por medio de las armas á cumplir lo pactado. Las lluvias contínuas del otoño y del invierno habian convertido el país de Flandes en un inmenso pantano: así es, que habiéndose acercado los franceses hasta Courtray, y puesto sitio á esta villa, encontraron luego que la humedad del terreno hacia imposible toda clase de atrincheramiento, faltando la suficiente solidez aun para establecer las tiendas de campaña. Hundíanse los hombres hasta las rodillas, y no podian moverse los caballos sin enterrarse en el fango; las comunicaciones con los pueblos inmediatos se hallaban interrumpidas; los víveres y las municiones comenzaban á escasear sin esperanza de remedio á tan

apurada situacion, por lo que tuvo el Rey que levantar el sitio, y abandonar en aquellos lodazales los carros, los arneses, los trasportes, y volverse á Francia con los miserables restos de un ejército dos meses antes formidable.

Quiso el conde de Holanda aprovechar aquella coyuntura en que Roberto parecia embargado por la guerra contra los franceses, para reparar la ignominia del tratado hecho con Flandes en 1310. Así, mientras Luis X verificaba la invasion por el Artois, remontaron los holandeses el Escalda con una escuadra numerosa, quemaron á Rupelmunda y asolaron el país de Waas; pero lo rigoroso de la estacion, y el hambre que las lluvias de aquel año (1315) habian producido en toda la comarca, obligaron á Guillermo á presentar proposiciones de paz, que sin embargo, no se redujeron á un tratado formal hasta el mes de Marzo de 1323, reinando ya en Francia Cárlos IV. Las principales bases de este acomodamiento quedaron reducidas, por parte de Roberto, á la renuncia del señorío que este pretendia conservar sobre la Zelanda, y de la pension estipulada á su favor por el tratado de 1310, cediendo Guillermo, por la suya, todos sus derechos sobre el país de Alost, Gerardsberg y los cuatro bailiatos, obligándose á satisfacer además 300,000 libras al conde de Flandes, como indemnizacion por los gastos de la guerra. Desde este tratado las islas al Oeste del Escalda, orígen de tantas contiendas, quedaron en lo sucesivo en poder de los condes de Holanda.

Felipe VI de Francia y I de la dinastía de los Valois, inauguró su carrera militar en 1328 con una espedicion á Flandes, en donde, como de ordinario, reinaba la discordia, con ocasion esta vez, de un proceso que el conde de aquellos estados, Luis de Nevers y de Crecy, sostenia contra sus tios que se consideraban con mejor derecho al condado. Los flamencos habian puesto en prision al Conde, y Felipe de Valois, despues de darle libertad, avocó el proceso al parlamento de París, que falló en su favor, lo que exasperó de tal manera á sus enemigos, que habiendo apelado á las armas y negádose á reconocer á Luis de Nevers, tuvo este que reclamar el auxilio de la Francia. Los nobles y los caballeros franceses miraban con repugnancia una guerra sostenida por la hez del pueblo, y en la que tenian poquísima gloria que ganar, y así procuraron disuadir á Felipe de aquella empresa; pero este, considerando que la leccion que diera á los flamencos podria ser provechosa á sus estados si intentaban seguir el ejemplo de sus vecinos, decidió castigar á los revoltosos y restablecer al Conde en su puesto.

Lejos de atemorizarse con la llegada de las tropas francesas, se entusiasmaron los flamencos y corrian á alistarse bajo las banderas populares que ellos miraban como las banderas de la libertad nacional, desafiando con epígramas y burlas al ejército de Felipe.

A pesar del entusiasmo del pueblo, era su ejército muy inferior al francés, pudiendo suponerse que este le aventajaba en dos tercios. La nobleza de Flandes no habia tomado parte en sus filas, y uno de los primeros mandos se habia confiado á un pescador llamado Zennequin, hombre osado y de prestigio entre los suyos,

el cual intentó una sorpresa sobre el campo del enemigo, que hubiera llevado á cabo apoderándose del Rey, si la vigilancia de su guardia no la hubiese frustrado.

Cassel fué tomado y reducido á cenizas; las demás ciudades de Flandes no tardaron en rendirse á Felipe, el cual no quiso recibir indemnizacion alguna por los gastos de la guerra, contentándose con la gloria de la jornada y con dirigir una sentida fraterna al conde Luis, aconsejándole que en lo sucesivo no diese lugar con sus imprudencias á que se repitiese la entrada del ejército francés en el país. Consejo inútil, pues á poco tiempo volvió el Conde á provocar nuevos disturbios con su vida licenciosa y sus prodigalidades. La villa de Gante fué la primera que se opuso á pagar los impuestos destinados á satisfacerlas, sublevándose contra las autoridades, y proclamando dictador al famoso Santiago Artevelle, mas conocido con el nombre del *Cervecero de Gante*. La osadía, la actividad y la dureza de este nuevo adalid esparció el terror en las demás ciudades, que se apresuraron á hacer causa comun con los ganteses, mientras Luis de Nevers, acosado por el miedo, abandonaba furtivamente el poder de que habia abusado con escándalo, y que no osó disputar en los momentos de peligro.

Ya habia estallado por entonces la enemistad entre Eduardo de Inglaterra y el rey de Francia, que se agravó despues por el asilo y la decidida proteccion que dió el primero á Roberto de Artois. Una de las alianzas que mas le importaba cultivar al inglés, era la de los flamencos, no solo por el valor militar de este pueblo, sino porque teniéndole á su devocion, conservaria espedita la entrada en Francia, siempre que le conviniera, y libre la retirada para Inglaterra en caso de derrota.

Artevelle, aunque temeroso siempre de que la intervencion de la Francia pusiese término á su dictadura, continuaba dominando á la turba y aflojando la mano á los desórdenes á que necesariamente se entregaban aquellos espíritus indisciplinados. Nunca es difícil de ganar un rebelde cuando se le brinda con medios de prolongar la resistencia, ó de apartar de su cabeza el momento supremo del castigo. Así, pues, las proposiciones de alianza presentadas por Eduardo, fueron acogidas por el *Cervecero* con el mayor entusiasmo, ofreciéndole aquel el apoyo de sus tropas contra el Conde y sus partidarios, y obligándose Artevelle á abrir el paso por Flandes al ejército inglés siempre que quisiese dirigirse sobre Francia.

Eduardo, que habia arrojado la máscara, y presentádose descubiertamente como rival de Felipe, le mandó al obispo de Licoln á pedir la restitucion de la corona de Francia y á declararle la guerra, en tanto que sus generales atacaban y se apoderaban de várias plazas en la Guyena y en Saintonges, y que el mismo rey de Inglaterra, acompañado de Roberto de Artois, atravesaba la Flandes y el Hainaut, y á la cabeza de un ejército de 120,000 hombres ponia sitio á la ciudad de Cambray. Los dos ejércitos estuvieron á la vista el uno del otro, pero no osaron atacarse; el inglés, sin embargo, levantó el cerco, y fué el primero en emprender la retirada, y aunque Felipe no fué en su seguimiento por en-

tonces, sus tropas les batieron mas tarde en la Guyena, y destruyeron su escuadra. Este descalabro y la falta de recursos, le obligaron á retirarse á Brabante y á licenciar gran parte del ejército, proponiéndose reclutar otro en Flandes con menos estipendio. La parte mas considerable del pais guardaba una estricta neutralidad en estos acontecimientos, si bien conservaba un secreto rencor contra los franceses que seguian reteniendo las ciudades de Lila, Douai y Bethune, en garantía de las sumas que se habian obligado á pagar los flamencos despues de la derrota de Cassel. Precisamente en estos momentos se le ocurrió á Felipe exigir el pago de aquella cantidad, y el sedicioso Artevelle, aprovechándose de tan gravísima imprudencia, hizo entender á sus compatriotas que nada debian ellos á Felipe, sino al rey de Francia, y que si por tal reconocian á Eduardo de Inglaterra, no solo quedarian libres de la deuda, sino que les serian devueltas las plazas que los franceses tenian en rehenes. Bajo estas bases se celebró el tratado, y fué reconocido Eduardo como rey de Francia por los Estados flamencos, siendo de creer que date desde entonces la costumbre de tomar los soberanos ingleses el título y las armas de los reyes de Francia.

Esta defeccion puso en grave aprieto á Felipe, pues no solo proporcionaba prestigio y fuerzas á un temible rival, sino que le privaba á él mismo de una marina considerable, único medio que restaba de impedir la invasion de los ingleses en Francia. Las dos escuadras se encontraron á la vista de la Esclusa, y allí tuvo lugar el sangriento combate conocido con el nombre de este puerto, y en el cual perdieron los franceses, segun algunos historiadores, sobre 25,000 hombres y 90 buques que fueron apresados, quemados ó echados á pique, debiendo los ingleses esta victoria á la intervencion de los flamencos, que decidió del éxito del combate.

Eduardo prosiguió su expedicion por tierra, acompañado de Roberto de Artois, que como un genio maléfico, iba dejando tras de sí la desolacion y el luto por donde quiera que pasaba. La misma muerte no acertó á aplacar el enconado rencor de este desgraciado Príncipe, pues herido en el sitio de Vannes, se hizo trasportar á Inglaterra, en donde murió, recomendando á Eduardo no desistiese de sus pretensiones, ni cejase en la prosecucion de sus proyectos hasta ver colocada la corona de Francia sobre su cabeza.

Se acercaba en esto el momento en que el prestigio de Artevelle, despues de haber llegado al apogeo del favor popular, debia sufrir los efectos de su inconstancia, y hacerle abandonar la cumbre del poder, precipitado por la misma mano tumultuosa que lo habia ascendido hasta ella.

El conde de Flandes, Luis de Nevers, continuaba refugiado en Francia, y por consejo del tribuno flamenco, concibió Eduardo el pensamiento de darle por sucesor á su hijo el príncipe de Gales. Hasta tal punto presumia Artevelle de su influencia con el pueblo, que no dudó un momento en tomar sobre sus hombros la responsabilidad de vencer cualquier obstáculo que pudiese oponerse á la realizacion

del proyecto. Confiado en tan lisongeras promesas, desembarcó Eduardo acompañado de su hijo en la Esclusa, y so pretesto de saludar al Príncipe recien-venido, hizo el *Cervecero* que se trasladasen allí los diputados de las ciudades y otras personas influyentes. Recibiólos el Rey con agasajo, y cuando Artevelle creyó el momento oportuno, les hizo conocer la sustitucion proyectada, pero sus conciudadanos, sin dejarse mover, solo contestaron que á ellos no les correspondia desheredar al Soberano. Llevaron los diputados á sus pueblos la indignacion y la sorpresa que en ellos habia producido la conducta de Artevelle, y desde aquel instante comenzó á declinar su influjo y su preponderancia en los negocios.

No quiso el traidor desamparar el lado del rey de Inglaterra; y devorando en silencio la humillacion que le habian hecho sufrir sus compatricios, decidió tomar venganza de ella y concertar con Eduardo las medidas mas violentas y rigurosas contra su propia patria. Creyó deber empezar por Gante, en donde estaba el centro de su poder, y á la cabeza de 500 ingleses, entró en la ciudad y la hizo experimentar los efectos de su mal reprimido rencor. Mas al volver á Brujas, no pudo menos de leer en el semblante de la poblacion, que su estrella se habia eclipsado para siempre, El pueblo, reunido á su paso por las calles, murmuraba en alta voz, le apostrofaba y le zaheria con gestos y palabras que anunciaban algo de siniestro. Llegado á su alojamiento, las puertas y las ventanas de la casa fueron asaltadas por la muchedumbre, á pesar de la precaucion que habia tomado de fortificarla. Confiando todavía en el prestigio de su elocuencia, se asoma á uno de los balcones, y trata de arengar á las masas; pero estas, sin escucharle, prorumpen en insultos y en terribles amenazas, se apoderan de todas las puertas, y cuando el desgraciado tribuno pretende escapar de sus enemigos, cae precisamente en manos de los mas furiosos, que lo maltratan, lo golpean, y por último, le dan de puñaladas y hacen pedazos el cadáver del que dos dias antes era el salvador de la patria y el ídolo del pueblo.

No obstante esta terrible leccion, continuaron los flamencos su alianza con Eduardo, y le acompañaron en la famosa jornada de Crecy (1346), que fué ganada por los ingleses, perdiendo en ella la vida el conde de Flandes con muchos nobles y caballeros que sostenian al desgraciado Felipe de Valois.

Sucedió á Luis de Nevers en el condado de Flandes su hijo Luis II, llamado de *Male* ó de *Marle*, á quien la historia nos presenta como un dechado de corrupcion y de maldad, que inauguró sus campañas apoderándose de Brujas y de Iprés, y haciendo decapitar á 500 vecinos de la primera ciudad y 700 de la última. Estas crueldades levantaron al país, que formó una especie de liga entre sus principales poblaciones para defenderse contra la tiranía de aquel monstruo.

Tenía este desgraciado príncipe por cómplices en sus desórdenes, á Jacobo Hioms y á Giselberto Mathias, favoritos que se disputaban en secreto el dominio absoluto en el corazon del Conde. Habia exigido de los ganteses una suma bastante considerable, con motivo de un torneo que queria celebrar con gran magni-

ficencia, y como se negasen á pagarla, pretextando que semejantes exacciones eran contrarias á los privilegios de la ciudad, irritóse el Conde, y su favorito Mathias, aprovechando aquella ocasion para perder á su rival, achacó la negativa de la villa á intrigas y maquinaciones de Hioms, que cayó en desgracia y fué destituido del cargo de inspector de la marina, que desempeñaba. Desde aquel momento comenzó Hioms á presentar á Luis de Nevers como un tirano inmoral y corrompido, que todo lo sacrificaba á la satisfaccion de sus placeres, y á quien era preciso arrojar del país para que el pueblo se lavase de la ignominia de haberla tenido á su cabeza. Dividióse la ciudad en dos bandos; los partidarios de Hioms, que fué nombrado tribuno, tomaron por distintivo el sombrero blanco, y los secuaces del Conde, el encarnado. Las dos facciones vinieron á las manos cerca de Audenarde, pereciendo en la refriega Mathias, que habia salido á combatir al populacho. No tardó en seguirle su rival Hioms, cuya muerte exaltó el furor de los rebeldes, y los decidió á ponerse bajo las órdenes de Prunelle y otros cuatro capitanes que nombraron para dirigirlos. La mediacion del duque de Borgoña y de Alberto de Holanda, logró restablecer la tranquilidad por algunos dias, durante los cuales huyó Prunelle hácia el Hainaut, en donde fué preso y entregado á las autoridades.

La ejecucion de este caudillo reanimó segunda vez el incendio. El conde de Flandes, al frente de un ejército de 60,000 hombres, que acertó á reunir, se dispuso á sofocar la rebelion, poniendo sitio á la ciudad de Gante, plaza considerada en aquellos tiempos como una de las mas fuertes de Europa, y para cuyo asedio se suponia necesario un ejército de 200,000 hombres, número que estaba muy distante de contar el que tenía á sus órdenes el Conde, que apenas llegaba á 25,000. Un gantés llamado Pedro Dubois, presidia el consejo de defensa de la ciudad cercada; y aunque hombre de genio y de experiencia, echábase de menos un general dispuesto á mandar las tropas y las expediciones militares. Acordóse Dubois de Felipe Artevelle, hijo del famoso Cervecero; y como este nombre, despues de todo, encontraba simpatías entre el populacho flamenco, fué acogida unánimemente su eleccion, encargándosele el mando del ejército.

Durante el sitio alternaban las operaciones extratégicas con las negociaciones del clero y de los señores cuyas propiedades eran destruidas ó saqueadas por los insurrectos, y que por esta razon suplicaban al Conde impusiese á los sitiados condiciones que fuesen aceptables y diesen fin á la guerra; pero este se obstinaba en exigirlas tan humillantes y tan duras, que la misma exageracion de su rigor servia á Artevelle para inflamar mas y mas el espíritu de resistencia en el corazon de los sitiados. Pero viendo estos, sin embargo, que tarde ó temprano tendrian que rendirse, á pesar de algunos víveres que clandestinamente les hacian llegar los holandéses, enviaron como mediadores cerca del Conde, á Alberto de Holanda, al duque de Brabante y al obispo de Lieja.

Felipe Artevelle tuvo el arrojo de acompañar á los negociadores hasta Tour-

nay, y volviendo á Gante, hizo creer al pueblo que una de las condiciones que se imponia para la paz, era que todos los vecinos de la villa, desde 15 á 60 años, habian de ir descalzos, descubierta la cabeza y con una cuerda al cuello, á solicitar el perdon de rodillas ante el conde de Flandes. Esta astuta superchería produjo el efecto que se había propuesto su autor; pues enfureció al pueblo, y le hizo renunciar á toda idea de conciliacion. Viéndolos así Artevelle, los arengó diciéndoles, que comenzando á escasear los víveres, tenian que resignarse á morir de hambre los jefes, los soldados, sus mujeres y sus hijos, ó hacer ver al mundo que los flamencos eran hombres y no esclavos. A estas palabras pidieron todos salir al combate, y escogiendo el caudillo 5,000 de los mas resueltos, se pone á su cabeza, hace una salida brusca, derriba cuanto encuentra á su paso, derrota el ejército del conde en Beverholt y lo persigue hasta Brujas, en cuya plaza consigue penetrar sin grande resistencia (1382).

Artevelle puso órden en el saqueo de la villa, de suerte que los mercaderes reunidos allí con ocasion de la feria, no sufrieron atropello alguno en sus propiedades; pero los desgraciados vecinos pagaron bien cara su adhesion al Conde, pereciendo mas de 1,000 en la plaza pública, y siendo entregadas sus casas al furor de los soldados ganteses, que hicieron un riquísimo botin.

Luis de Male, despavorido con tan inesperado desastre, logró escapar de la venganza de sus perseguidores, ocultándose en una casa miserable, desde donde se dirigió por la noche hácia la córte de Cárlos VI de Francia.

A pesar de los aprestos que hacia entonces aquella nacion para las cosas de Italia, el duque de Borgoña, que habia casado con Margarita, hija única del conde de Flandes, consiguió que se reuniese un ejército, y que el jóven rey de Francia consintiese en mandar la expedicion y hacer en ella su primera campaña. Entraron en Flandes talando y arrasando cuanto encontraban al paso, y los ganteses podian presenciar desde sus murallas aquel horrible espectáculo. Artevelle, que no tenía gran confianza en la disciplina de sus tropas, no era bastante á contener el furor de los habitantes, que á toda fuerza querian salir contra el ejército de Francia, y tuvo que acceder á sus deseos y conducirles al combate. Dirigióse hácia el lado de Courtray, en donde tomó una posicion ventajosa cerca de una aldea llamada Rosbec, que ha dado nombre á la batalla; pero habiéndola abandonado de allí á poco, aprovechóse el condestable de Francia de aquella falta extratégica, y colocando un cuerpo de caballería á retaguardia de los flamencos, mientras él los atacaba por el frente, se vieron estos arrollados de pronto, cargados por todas partes, y destrozados en menos de una hora. El cuerpo de Felipe Artevelle, sin herida alguna aparente, segun afirman la mayor parte de los historiadores, fué encontrado en el campo de batalla entre un monton de cadáveres.

Las tropas francesas no siguieron la marcha sobre Gante, que sin duda alguna se hubiera entregado al vencedor; pero éste prefirió dirigirse á Courtray, desde donde recibió proposiciones de los vecinos de aquella ciudad, que ofrecian, antes

que someterse á Luis de Male, reconocer al rey de Francia como soberano, si éste consentia en tomarlos bajo su proteccion, reuniéndolos á los dominios de la corona. ¡Tan profundo era el ódio que á todos inspiraba aquel Príncipe desatentado y cruel!

Cárlos VI no accedió, sin embargo, á los deseos de los ganteses, por consideracion tal vez al duque de Borgoña, que como dejamos dicho mas arriba, era esposo de la única heredera de los estados de Flandes.

V.

En el año siguiente de 1384 murió, en Artois, en donde vivia retirado, el conde Luis de Males, á cuya muerte pasaron los condados de Flandes, de Artois y de Nevers, á su yerno Felipe el *Atrevido*, que, con la reunion de estos estados al ducado de Borgoña, que ya poseia, y el de Brabante, que adquirió por su esposa, vino á ser el mas poderoso de los príncipes no coronados de Europa. Gobernó Felipe sus posesiones de Flandes con prudencia, y durante su vida logró sofocar várias veces las sediciosas intentonas de los flamencos y de los brabanzones; pero mas principalmente absorbian su atencion las intrigas de la córte de Francia con motivo de la regencia del estado, que, por la enfermedad mental de Cárlos VI, le disputaba su rival el duque de Orleans. En uno de sus viajes á Flandes, por el año de 1404, murió Felipe el *Atrevido*; y á pesar de las cuantiosas riquezas que llegó á reunir, tal era lo desenfrenado de su lujo y su amor al fausto, que hubo de morir insolvente.

Su hijo, Juan *Sin-miedo*, heredó, con los estados de Flandes y Borgoña, las numerosas adquisiciones que habia hecho su padre, juntamente con el ambicioso afan de mezclarse en los negocios de Francia, aunque ninguna de las cualidades y virtudes que distinguieron á Felipe el *Atrevido*, y que pueden justificar en cierto modo su conducta.

Poco cuidó el nuevo duque de Borgoña de sus posesiones de Flandes, ocupada como tenía la atencion en sus ódios con el de Orleans, á quien no podia perdonar la preferencia de que gozaba en la córte de Cárlos VI. A pesar de los esfuerzos intentados por el duque de Berry para reconciliar á los dos rivales, y de haberles hecho abrazarse mutuamente en una fiesta que habia dado con aquel objeto, pocos dias despues apareció el duque de Orleans asesinado por gentes que habia pagado Juan *Sin-miedo*, que quiso así librarse de un poderoso antagonista, retirándose despues del crímen á sus tierras de Borgoña, en donde no tuvo reparo

en dar asilo á sus cómplices. Con la misma imprudencia se ocupó despues en juntar un ejército para resistir, ó mas bien para atacar, á los que debian castigar su horroroso delito. Eran tan considerables estos preparativos, y tan temible para todos la audacia del duque, que la córte de Francia, exhausta de recursos, sin consejeros, sin dinero ni soldados, tomó el partido de negociar, para lo que comisionó al rey de Sicilia y al duque de Berry, que se avistaron con él, poniéndole por única condicion que declarase su crímen y diese muestras de arrepentimiento, pidiendo perdon al soberano; pero á todo se negó obstinadamente, diciendo que de nada tenía que arrepentirse, y que antes bien habia hecho un gran servicio al país con la muerte del duque de Orleans.

Sin tener en cuenta la prohibicion del Rey, avanzó, al frente de algunas tropas, hasta París, y posesionado de una parte de los arrabales, solicitó desde allí que se le permitiese justificarse en presencia del monarca, del crímen que se le imputaba. Cárlos VI, que, aunque no tenía enteramente perdida la razon, se encontraba en un estado de debilidad mental, alternado con escasos momentos de lucidez, le concedió una audiencia pública en el gran salon del palacio de San Pablo. El famoso monge Juan Petit, doctor en teología de la Facultad de París, fué encargado de asistir á ella y de hacer la defensa del duque de Borgoña, tarea difícil, si no imposible, para cualquiera otra conciencia menos acomodaticia que la del fraile defensor, cuyo trabajo y el éxito con que fué coronada, ofrecen una tristísima muestra de la idea que acerca de la moral se tenía entonces.

Dividió el abogado la defensa del asesinato cometido por su cliente, en doce puntos, *en conmemoracion y honra de los doce apóstoles*, apoyando cada uno de ellos, en citas de la historia, así sagrada como profana, ingeniosamente acomodadas á su propósito, pero insistiendo particularmente, para probar la inculpabilidad del duque Juan, en los supuestos crímenes del de Orleans, á quien retrató como un monstruo de iniquidad y de perfidia.

Para grangearse las simpatías del pueblo, enumeró además el estraviado religioso los crecidos impuestos, las exacciones injustas, las cargas ominosas que, por consejo del difunto, agobiaban á los súbditos del reino, concluyendo de la peroracion que el rey de Francia, no tan solo debia absolver de aquel hecho al duque de Borgoña, sino que estaba en el caso de remunerarlo y premiarlo, como fué remunerado y premiado el arcángel San Miguel cuando dió muerte al diablo (1).

Por singulares que parezcan en este documento, así las conclusiones legales como los recursos oratorios, de que hizo gala el atrevido defensor de tan infame

(1) Esta defensa impía fué pronunciada por Juan Petit el 8 de Marzo de 1408. En 1414, á propuesta del doctor Gerson, fueron condenadas muchas de sus máximas por el arzobispo de París, y entre otras la que declaraba lícito y aun obligatorio el tiranicidio, mandándose además quemar públicamente todo el discurso. El concilio de Constanza, al cual apeló el duque de Borgoña, lo anatematizó tambien, confirmando definitivamente la sentencia el parlamento, por decreto de 4 de Junio y 16 de Setiembre de 1416. Juan Petit habia muerto en 1411 en Hesdin, pueblo de su naturaleza.

causa, todavía sorprende mucho mas el resultado que alcanzó entre los señores de la córte. Baste decir que el Rey firmó una declaracion, absolviendo á Juan *Sin-miedo* de todos los cargos, y devolviéndole la confianza y el cariño que siempre le habia profesado, de suerte que la acusacion de homicidio, lejos de perjudicar al duque de Borgoña, vino á proporcionarle una privanza, que desde aquel momento podia ya ejercer sin rivales y sin freno.

Un motin, acaecido en Lieja, obligó al Duque á abandonar á París, para ir en socorro de su cuñado, obispo y señor de aquella ciudad, teniendo la fortuna de derrotar á los amotinados y de apoderarse de la villa. Parece que en esta expedicion adquirió el dictado de Juan *Sin-miedo*, por algunos peligros que corrió en la refriega y que supo arrostrar con singular valor, así como su cuñado el obispo de Lieja, mereció el de Juan *Sin-piedad*, por la poca que mostró con los prisioneros que tuvieron la desdicha de caer en sus manos.

En vez de vivir tranquilo en las bellas provincias cedidas, con perjuicio de la Francia, á su padre, continuó el duque de Borgoña fatigando de contínuo á la córte con sus intrigas, y manteniendo en ella, y en cuanto era posible en el país entero, una faccion turbulenta, que solo podia subsistir por medio de crímenes y excesos. Impulsábanlo á ello la ambicion y un desatentado prurito de dominar y de humillar á todos aquellos cuya existencia èra una acusacion perpétua de su primer delito. Preciso es suponer además que estas pasiones sin freno llegáran á turbar la cabeza despues de haber corrompido el corazon del duque de Borgoña, para que fuese capaz el viznieto de Felipe de Valois, de hacer un tratado con el viznieto de Eduardo III, Enrique V, que no sería creible, si los historiadores mas dignos de confianza no se lo tuviesen por auténtico. En este vergonzoso compromiso, reconocia Juan *Sin-miedo* los legítimos derechos del rey de Inglaterra á la corona de Francia, y prometia contribuir, por todos los medios secretos que estuviesen á su alcance, á que fuese puesto en posesion del reino, protestando de antemano contra cualquier tratado ó declaracion que pudiera firmar posteriormente y que fuese favorable al rey Cárlos, ofreciendo cumplir tan extraña promesa por la *fe de caballero* y por *su palabra de príncipe*.

Como seguro de su triunfo, entró en 1417 Enrique V de Inglaterra en Francia, sin que le opusieran resistencia las principales plazas. El reino se encontraba en una completa anarquía dividido entre el partido de la Reina, el de los borgoñones y el de los armagnacs. No quedaba otro arbitrio que acudir al duque de Borgoña, quien podia únicamente oponerse á la invasion con la fuerza de las armas, ó contener por lo menos sus progresos por medio de las relaciones que tenía con el enemigo.

Repugnaba al Delfin entrar en tratos con él, y todavía mas, autorizarle para que se entendiese con los ingleses, que ya estaban apoderados de casi toda la Normandía, y ponian sitio á Rouen, mientras la Reina, en ódio al partido de Orleans, no vaciló en llamarle á su partido. Hallábase con esto el duque de Borgoña en un

aprieto gravísimo, porque ni era osado á pronunciarse abiertamente contra el inglés, temeroso de que hiciese público el infame tratado que habia suscrito con él, ni queria tampoco renunciar á las ventajas que le brindaban la reconciliacion con el Delfin y la Reina. La inminencia del peligro acabó por poner silencio á los escrúpulos del primero, que se decidió por último á citar al Duque á un castillo, entre Melun y Corbeil, á fin de concertar los medios de defensa contra Enrique de Inglaterra. Despues de una larga conferencia, se reconciliaron estos dos personajes, y juraron solemnemente obrar en todo con mutua sinceridad y buena fe, retirándose el Duque, despues de la entrevista, á Troyes. Mas como corriese el tiempo, y no se apresurase este á poner por obra lo que habia concertado con el Delfin, el cual le instaba para que rompiese las hostilidades contra los ingleses, sin obtener contestacion satisfactoria, fué preciso fijar otra entrevista en Montereau. Ocupaba el Delfin la ciudad, las tropas borgoñonas el castillo, y despues de diferir con frívolos pretextos el momento de abocarse con el Príncipe, salió Juan *Sin-miedo* por fin el 12 de Setiembre de 1419, encaminándose al puente en que se habia formado una especie de salon con vallas ó barreras, que se cerraron al entrar el Duque. Dícese que al reconocer al Delfin, que ya le aguardaba con alguna impaciencia, se dirigió á él, y en el momento de doblar una rodilla para saludarle, recibió tan terrible golpe en la cabeza, que le dividió la cara por mitad, acabándole de matar algunos de los circunstantes (1).

Dejó Juan *Sin-miedo* un hijo llamado Felipe, que le sucedió en el ducado, y que, en los primeros trasportes de dolor, juró vengar la muerte de su padre. Animado, sin duda, de estos sentimientos, siguió el partido de Enrique V, y fué uno de los que firmaron en Troyes el tratado de 21 de Mayo de 1420, por el cual quedaba indivisiblemente unida la corona de Francia á la de Inglaterra. Muerto aquel monarca, casi al mismo tiempo que el infortunado Cárlos VI, quedaba encomendada la regencia del reino de Francia al duque de Borgoña, que se negó á aceptarla, por cuya causa fué conferida al de Bedford.

(1) Algunos historiadores refieren el suceso de la manera siguiente: El duque de Borgoña habia venido á Bray, sobre el Sena, el 9 de Setiembre de 1419, víspera del dia fijado para la entrevista, y ambos príncipes repitieron el juramento que habian hecho en Pouilly. El 10 á las tres de la tarde llegó el Duque, á caballo, en frente del puente de Montereau, y habiéndole encontrado allí tres individuos de su servidumbre, le rogaron que no siguiese adelante, pero todo fué en vano. Los dos príncipes volvieron á repetir el juramento de no perjudicarse recíprocamente, y el de Borgoña, tocando familiarmente en la espalda á Tannegui, dijo en alta voz: *¡De este es de quien yo me fio!* Tannegui hizo adelantar al Duque y al señor de Noailles, hermano del conde de Foix, y los separó en seguida del resto de la comitiva encaminándoles hácia donde estaba el Delfin. En el momento en que el duque de Borgoña se quitaba el sombrero y doblaba la rodilla delante del heredero del trono, Tannegui lo empuja por detrás y levanta sobre él una hacha de armas. El señor de Noailles quiso detenerlo, pero fué muerto de un golpe en la cabeza por el vizconde de Narbona. Mientras tanto, Roberto de Loir y otro, se habian apoderado del Duque y le habian herido con una espada, y Tannegui le habia rematado con su hacha á los mismos piés del Delfin; Olivier, Layet y Pedro Frottier, concluyeron con él introduciéndole repetidas veces el puñal por bajo de la cota de malla.

Ocupaba por entonces los condados de Holanda y de Hainaut, la famosa Jaquelina ó Jacobina, parienta de Felipe, que habia casado en segundas nupcias con su primo Juan IV, duque de Brabante. Disgustada del carácter de su segundo esposo, decidió la condesa separarse de él, y hacer invalidar el matrimonio por el anti-papa Bonifacio XIII, contrayendo poco despues un nuevo consorcio con el duque de Glocester, á la sazon regente de Inglaterra, el cual se dispuso á tomar posesion de los estados de Holanda á la cabeza de 5,000 infantes. El duque de Brabante recurrió al de Borgoña en queja de la infidelidad de su legítima esposa y de la invasion de Glocester, y recabó de él algunas tropas, á las que se unieron vários caballeros picardos y muchos nobles realistas. Persiguió Felipe á Jaquelina hasta Holanda, y habiendo batido á las gentes de Glocester, le obligó á separarse de aquella, y aguardar la resolucion del papa Martin V, que pronunció, como debia, la nulidad de este matrimonio.

El duque de Brabante falleció poco despues de dictada esta sentencia, quedando Jaquelina viuda de su legítimo marido, y abandonada de Glocester que habia contraido matrimonio en su país con una dama de la Reina.

Felipe de Borgoña entrevió todo el partido que podia sacar de la falsa posicion en que se encontraba la desengañada Princesa, y valiéndose unas veces de las reflexiones, y otras de las amenazas, hizo que le declarase su heredero y se obligase á no casarse sin su consentimiento. No perseveró Jaquelina mucho tiempo en la segunda parte de su compromiso, pues contrajo de allí á poco matrimonio secreto con el stadthouder de Holanda, Borselen, dando ocasion con su desobediencia á que el duque de Borgoña viese realizados sus proyectos antes de lo que podia prometerse. Fingiendo un grande enojo tan luego como descubrió el enlace clandestino de la Duquesa, mandó prender á Borselen y encerrarlo en el castillo de Rupelmunda, pasando despues órden por escrito al gobernador para que lo hiciese morir (1). Sabedora Jacobina del peligro que amenazaba á su esposo, acudió al conde de Meurs, suplicándole arreglase con el duque de Borgoña y á cualquier precio, aquel desgraciado asunto. Felipe, que no deseaba otra cosa, y que seguramente contaba con el efecto que su simulado furor habia de producir en la apa-

(1) Refieren algunos historiadores que tan luego como el gobernador recibió esta órden, conoció Borselen, por la alteracion del semblante de aquel, lo que pasaba; y habiéndole preguntado si ocurria alguna novedad, el gobernador, que habia cobrado gran cariño al prisionero, le entregó la carta del Duque. «Esta órden ha sido arrancada al Duque, le dijo Borselen despues de haberla leido. Id á decirle que la habeis dado cumplimiento, y si el Príncipe da muestras de pesar, habreis salvado la vida á un inocente; pero si persiste en su severidad, volved y me hallaréis dispuesto á sufrir mi destino.» Hízolo así el gobernador, y presentándose al Duque, le dió parte de haber cumplimentado la órden contra Borselen. El Duque no pudo disimular su disgusto, lo que visto por el gobernador, se arroja á sus piés y le declara que el prisionero vive todavía, y que antes de obedecer al mandato del Duque, tratándose de un asunto de tanta gravedad, habia querido cerciorarse personalmente de que la órden no habia sido arrancada subrepticiamente. Mostró el Duque agradecerle aquella diligencia, y lo despidió encargándole vigilase mucho al prisionero.

sionada Jacobina, exigió que esta le cediese, sin reserva de ninguna especie, la propiedad del Hainaut, de la Holanda, de la Zelanda y de la Frisa, en cambio de lo cual ofrecia Felipe el perdon de Borselen, la aprobacion de su matrimonio clandestino, y darla anualmente una pension con la que pudiese atender á su decorosa subsistencia. No solo cumplió el Duque lo que habia prometido, sino que mas tarde hizo donacion á Borselen del condado de Ostervant, nombrándole además caballero del Toison de oro, órden que acababa de crear con motivo de su matrimonio con la infanta Isabel, hija de Juan I de Portugal.»

El conde de Saint-Paul, que sucedió á Juan IV en el ducado de Brabante, habia muerto antes de verificarse esta cesion entre Felipe y Jacobina. Su herencia dió lugar á serios altercados entre la condesa viuda de Holanda Margarita, y el duque de Borgoña; pero habiendo decidido los estados la cuestion en favor del último, cesaron los disturbios, y vióse el afortunado Felipe en posesion de los ducados de Borgoña, de Brabante, de Lothier y de Limburgo, y de los condados de Flandes, de Hainaut, de Artois y Namur, con los marquesados de Malinas y Amberes, y por lo tanto uno de los príncipes mas poderosos de Europa. Pero teníale reservada su buena estrella aun mas crecidos favores y un engrandecimiento mayor á sus estados.

Hijo de la casa de Francia, no podia menos de sonrojarse de ser aliado de los extranjeros en contra de su patria, por mas que un rencor disculpable en su orígen le hubiese arrastrado á vengar la muerte de su padre y á ponerse enfrente de las banderas de sus matadores. Así, pues, consintió en la paz con que le brindaba Cárlos VII de Francia, y en 1435 firmó el célebre tratado de Arras, poniendo por precio de la reconciliacion, que el Monarca francés diese muestras de arrepentimiento por el asesinato de Juan *Sin-miedo*, padre de Felipe, que declarase no haber tenido parte directa en este crímen, y que á su costa levantase un monumento en el puente de Montereau, en memoria y satisfaccion del suceso, con mas 50,000 escudos de oro que habia de entregar en indemnizacion de las joyas y objetos de valía, que fueron robadas por las tropas del Rey á consecuencia del asesinato del Duque. Despues de este preliminar, que puede ser considerado como la parte honorífica del tratado, viene la parte de provecho, que, como de costumbre, no echó en olvido el avisado Borgoñon. Cedíale el rey de Francia los condados de Macon y de Auxerre, el señorío de Bar, sobre el Sena, las ciudades de Perona, Roye Mondidier, y todas las que están sobre ambas orillas del Somme, desde el orígen de este rio hasta el Océano, como San Quintin, Amiens, Abeville y Corbie, con condicion, respecto á estas últimas ciudades, de que podrian ser recuperadas por el rey de Francia ó sus sucesores, mediante la suma de 400,000 escudos de oro; y por fin, los condados de Dourlai, Riquier, Crevecoeur, Arleux Mortagne, y el usufructo del de Boulogne, con exencion, en todas estas cesiones, de derechos reales, gabelas, feudos y patronatos eclesiásticos, entendiéndose la exencion personal para el Duque, pero de ningun modo para sus

descendientes. Por su parte, obligábase Felipe, que se titula en el tratado duque de Borgoña *por la gracia de Dios*, á reconocer á Cárlos por rey de Francia y su legítimo soberano, sometiéndose en caso de faltar á su promesa á lo que decida el Papa y el concilio de Basilea, que se celebraba por entonces.

Un conflicto bastante grave reclamó en el año de 1450 la presencia de Felipe en las provincias de Flandes.

Con motivo del establecimiento de un arbitrio sobre los granos, se insurreccionaron los ganteses aquel año, y lo que parecia al principio uno de los tumultos tan frecuentes en aquel país, fué orígen de una verdadera lucha; en que corrió con lamentable profusion la sangre de ambos partidos. La resistencia de la ciudad unida á otros motivos de resentimiento que abrigaba el Duque contra los flamencos, le impulsaron á emprender con vigor el castigo de los amotinados, que tenian ya puesto sitio á Audenarde, con 4,000 hombres, al mando de Simon Lalaing. Llegó el conde de Etampes á tiempo de socorrer la plaza y de hacer retirar á los ganteses, que entonces embistieron á Dendermonde, aunque con igual éxito, teniendo que pedir, despues de vários descalabros, una tregua que les fué otorgada. Roto el armisticio, al año siguiente, y á consecuencia de la sangrienta batalla de Grave, accedieron los ganteses á todas las condiciones que desde el principio de la lucha les habia impuesto el duque de Borgoña, siendo una de ellas que los individuos de la municipalidad y los principales vecinos de la villa, fuesen á implorar su indulgencia por el desacato de que se habian hecho reos. Hiciéronlo así, y puestos de rodillas ante el Duque, uno de los prelados pidió por tres veces perdon en favor del pueblo arrepentido.

Menos afortunados los habitantes de la villa de Dinan, tuvieron que sufrir todo el rigor de la venganza de Felipe, que á pesar de las crueldades que ejerció sobre ellos en los últimos años de su vida, ha bajado al sepulcro con el renombre de *Bueno*. Estaba sitiada aquella plaza por su hijo el conde de Charolais, que fué despues Cárlos el *Temerario*, y confiada la guarnicion en las promesas de Luis XI de Francia y de los ciudadanos de Lieja, resistió tenazmente á los esfuerzos del jóven capitan. Apoderado Cárlos de la ciudad, obligó á los sitiados á rendirse á discrecion, esperando las órdenes de su padre para resolver sobre la suerte de aquellos infelices. El anciano Duque, que se habia aproximado hasta Bouvines, se negó á pasar adelante por temor de que la piedad lo conmoviese, y desde allí, á sangre fria, decretó la sentencia de muerte contra toda la guarnicion, y la órden para arruinar completamente la ciudad. Solo los ancianos, las mujeres y los niños, fueron expulsados de ella, pereciendo todos los demás en las aguas del Mosa.

El conde de Charolais tomó el nombre de duque de Borgoña el 15 de Junio de 1467, en que falleció su padre, que hasta entonces habia logrado contener las impetuosas pasiones y el carácter atrevido del que ha merecido despues el nombre de Cárlos el *Temerario*.

Recibió la investidura del condado de Flandes en la ciudad de Gante, con

cuya distincion y una amnistía que promulgó en favor de los desterrados, creyó conciliarse la obediencia de aquellos díscolos habitantes; pero estos, atribuyendo á un efecto de temor y de debilidad aquella deferencia, invadieron al dia siguiente el alojamiento del Duque, pidiendo tumultuariamente la supresion de los impuestos y el restablecimiento de sus privilegios. Cárlos les concedió por el momento cuanto solicitaban, pero una vez en Bruselas, revocó las concesiones y los amenazó con un castigo ejemplar. La ciudad de Malinas quiso imitar el ejemplo, y sublevados sus vecinos, arrojaron al gobernador, arrancaron la ciudadela, y se entregaron á todo género de excesos. Cárlos los sujetó, abolió los privilegios de que todavía disfrutaba la villa, y los obligó á pagar 30,000 leones de oro.

Desde antes de la muerte de Felipe el *Bueno*, ocupaba el trono de Francia Luis XI, monarca astuto, cruel, y en cuyo corazon eran tan extraños los sentimientos de justicia como los de humanidad é hidalguía. El ódio que le inspiraba el engrandecimiento de la familia de Borgoña, era superior al arte del disimulo, que profesaba con tan cumplida destreza. Al advenimiento de Cárlos continuó promoviendo con sus sordas intrigas toda clase de dificultades al nuevo duque de Borgoña, como habia hecho en vida de Felipe, y excitando por medio de sus emisarios á los liejeses, que al fin tomaron las armas. Cárlos, resuelto á castigar á los rebeldes, dispuso su ejército para marchar contra ellos, sin dar oidos á las proposiciones del rey de Francia, que le ofrecia abandonar á los de Lieja á condicion de que renunciase á la alianza del de Bretaña. Pasó adelante Cárlos en su propósito, y despues de una victoria sobre los amotinados en Saint-Tron, marchó directamente sobre Lieja, cuya poblacion estaba dividida en dos bandos. Queria la paz el Senado, pero el pueblo, trabajado por los emisarios franceses, se obstinaba en resistir y en sofocar á los partidarios del de Borgoña, que le ofrecian las llaves de la plaza. Cárlos entró por fin en ella, y se contentó con desarmar á los habitantes, exigirles una contribucion, destruir los fuertes y entregar el mando de la ciudad á Imbercourt, una de las personas de su mayor confianza.

Entretanto Luis XI, en la esperanza de obligar á Cárlos á romper su amistad con el de Bretaña, propuso á aquel una entrevista en Perona, á donde concurrió sin escolta, y acompañádo únicamente del cardenal La-Balue, del duque de Borbon y de algunos otros señores. Al cabo de dos dias que duraron las explicaciones por una y otra parte, íbanse reuniendo numerosas tropas en el pueblo, al mando de jefes borgoñones, lo que no pudo menos de alarmar al receloso Luis. Casi al mismo tiempo recibió Cárlos diferentes comunicaciones en que le anunciaban una nueva insurreccion de los liejeses, que se habian apoderado de la villa de Tongres, hecho prisionero al obispo hermano del duque de Borbon, y asesinado en su presencia, con circunstancias horribles, á 16 canónigos y á vários familiares del prelado, no cabiendo duda de que todo ello era debido á las sugestiones de los agentes franceses. Así era en efecto, pues el rey de Francia, para obligar á Cárlos á partir sobre Lieja, habia mandado emisarios que sublevasen la ciudad, y se ol-

vidó durante la entrevista de Perona de darles contraórden hasta ver el resultado de las conferencias.

Al ver tanta perfidia, no pudo Cárlos reprimir su cólera, y despues de haberla desahogado en epítetos y palabras injuriosas dirigidas al mismo Rey, le hizo encerrar en su propio aposento, en el que permaneció, por espacio de tres dias, en las mas terribles angustias. Al cabo de este tiempo tomó el de Borgoña la resolucion de penetrar en el cuarto del Monarca y exigirle que jurase sobre la cruz de Carlo-Magno ser en lo sucesivo mas fiel á sus promesas y mas leal en sus tratos, dar á su hermano, en cambio del Berry, las provincias de Champagne y de la Brie, y acompañarle por último en persona al sitio de Lieja. A todo accedió Luis XI, y al dia siguiente salieron de Perona ambos Príncipes, escoltado el primero por la guardia escocesa, y al frente el duque de Borgoña de un ejército numeroso. Aunque, como dejamos dicho, la ciudad de Lieja habia quedado sin fortificacion, defendiéronla los sitiados vigorosamente durante algunos dias; pero habiéndose retirado gran parte de los que estaban en estado de llevar adelante la defensa, el resto, compuesto de ancianos y de mujeres, pidió la capitulacion. El duque de Borgoña dispuso sin embargo el asalto, que se verificó sin resistencia, y toda la poblacion fué hallada escondida en las iglesias. A pesar de esto, fué incendiada la ciudad, degollado un sinnúmero de habitantes, y arrojado el resto á los Ardenes, en donde estuvieron vagando algunos dias como bestias feroces, expuestos á todos los tormentos del hambre.

No bastaba ya á la ambicion de Cárlos el simple título de duque, por mas que sus cuantiosas posesiones superasen en importancia y en valor á las de muchos Monarcas, y así ofreció la mano de su hija y heredera María á Maximiliano, hijo del emperador Federico III, á condicion de que este le daria la investidura real, coronándole rey *de la Galia Bélgica*, título que habia sido el constante sueño de sus ambiciones. Aceptó el Emperador, y ya se habia fijado el dia para la ceremonia, que debia verificarse en Tréveris; pero ya sea que cada uno de los Príncipes fuese animado de la siniestra intencion de sorprender al otro, ya sea, como creen algunos, que los emisarios del maligno Luis XI hubiesen tomado parte en el asunto, es lo cierto que, como exigiese el emperador Federico que el matrimonio precediera á la coronacion, y se obstinase el duque de Borgoña en que aquel habia de preceder á esta ceremonia, se separaron ambos descontentos, quedando por entonces rotas las negociaciones.

La actividad diabólica de Luis XI no desmayó en crear nuevas dificultades y embarazos á Cárlos el *Temerario*, excitando á los suizos á hacerle la guerra, para lo cual, despues de haberlo reconciliado con Sigismundo, duque de Austria, y conseguídoles una tregua de diez años, les hizo ver lo peligrosa que era para la independencia helvética, la vecindad de un Príncipe tan poderoso y osado como Cárlos, ofreciéndoles por su parte secretos socorros de dinero.

Penetró el duque de Borgoña en el canton de Vaud, y fué á poner sitio á

Granson, que capituló despues de una resistencia heróica; mas, queriendo perseguir á los suizos en las montañas y desfiladeros de aquel quebrado país, experimentó una grandísima pérdida que no le detuvo sin embargo en la prosecucion de la campaña. Dirigióse á Morat, en donde era sabedor que el duque de Lorena, con tropas alemanas y algunos refuerzos de caballería enviados por el rey de Francia, venian á socorrer á los naturales, y habiéndose obstinado en atacarlos, fué batido en la célebre batalla que lleva el nombre de Morat, y en que perdió 8,000 de los suyos. Este descalabro, dicen algunos historiadores, le dejó casi loco, y durante su indisposicion, Renato, duque de Lorena, recobró á Nancy, que no pudo ser socorrida á tiempo. Puesto en marcha el de Borgoña, embistió á la ciudad en Enero de 1477; pero la traicion de algunas tropas italianas que tenía á su servicio, y la de un jefe de la misma nacion llamado Campobasso, que muchos creen fuese emisario secreto de Luis XI, le hicieron perder la batalla y morir á los 46 años de edad y á los 8 de reinado.

No dejaba Cárlos el *Temerario* mas sucesora legítima que su hija María, de edad de 18 años, y que á la muerte de su padre se encontraba en Gante. El rey de Francia creyó llegada la ocasion de concluir con la casa de Borgoña aprovechándose de la debilidad é inexperiencia de la jóven huérfana. Proyectó desde luego hacerse dueño de aquella parte de los estados de Cárlos, que procedian de la corona de Francia, y que hemos visto fueron cedidos á su padre Felipe el *Bueno* en virtud del tratado de Arras. En cuanto á ducados de Borgoña y al Franco Condado, reclamó inmediatamente su reversion á la corona, so pretexto de que siendo aquellos estados feudos masculinos, debian volver á la Francia á falta de herederos varones, lo que si era verdad, tocante á la Borgoña, no lo era ciertamente respecto al Franco Condado. De todos modos, imaginábase, que despues de haberse apoderado de cuanto pudiera por la astucia ó por la fuerza, y repartido una buena parte entre sus aliados de Alemania, siempre estaria á tiempo de obligar á María á aceptar la mano del Delfin.

La desgraciada Princesa se encontraba en una situacion bastante embarazosa, cercada por todas partes de peligros, sin recursos de gente ni dinero para conjurarlos, y entregada á un consejo mal avenido y turbulento, que apoyaba un pueblo díscolo y pronto á sublevarse. Componian esta especie de Consejo de Regencia, la duquesa viuda de Borgoña, el duque de Cleves, el conde de Ravenstein, el señor de Imbercourt, Guillermo Hugonet canciller de Brabante, el obispo de Lieja y el hijo del conde de Saint-Paul.

En esta situacion escribió la acongojada Princesa una carta confidencial al rey de Francia, de que fueron portadores Imbercourt y Hugonet, en la que le prevenia que en los asuntos de importancia que tuvieran relacion con ella, solo diese crédito á lo que le hiciese saber por conducto de aquellos dos mensageros, únicos individuos de su consejo en quienes tenia puesta su confianza. Esta carta fué, en manos del pérfido Luis XI, un poderoso instrumento de discordia que no va-

ciló en emplear villanamente en perjuicio de la desgraciada María, presentándola á una diputacion de los estados de Flandes que habia venido á la córte, como prueba de la doblez, con que obraba la Princesa en la gobernacion del ducado. De vuelta á Gante, mostráronse muy resentidos los diputados, y se quejaron á la Duquesa, que no acertaba á comprender tanta maldad en un hombre como el monarca francés. El duque de Cleves, el obispo de Lieja y el conde de Saint-Paul, que odiaban á Hugonet y á Imbercourt, excitaron al pueblo contra estos personajes, se apoderaron de ellos, y á pesar de las vivísimas súplicas de María, fueron juzgados por una comision nombrada por los estados, que los condenó á muerte como reos de traicion.

Este sangriento suceso sirvió á la doblez de Luis XI: primero, para introducir la desunion entre los flamencos, pues llevó su perfidia hasta declarar á los gantéses reos de lesa majestad, por haber insultado á su ahijada la princesa María, y acusándola como instigadora ó como cómplice, por lo menos, en el crímen de Imbercourt y de Hugonet; y segundo, para que, prevaliéndose de la fermentacion en que se encontraban entonces las principales ciudades á causa de estos acontecimientos, se apoderase casi sin oposicion de una buena parte del Artois. Entonces comprendió María que nunca podria resistir á la maldad y á la ambicion del rey de Francia, mientras no encomendase la defensa de sus estados á un esposo, y otorgó su mano á Maximiliano, con quien, como dejamos dicho, habia estado para desposarse en vida de su padre. Este enlace suscitaba un nuevo adversario á Luis XI, y un obstáculo á la realizacion de sus planes contra los estados de la princesa, de suerte, que apenas celebrado el matrimonio, tuvo Maximiliano que enviar embajadores á París, quejándose de las hostilidades que cada dia cometian las tropas francesas en el territorio de su esposa. De resultas de estas reclamaciones, obtuvo una tregua que aprovechó el francés en negociar con Eduardo de Inglaterra, á quien queria levantar contra Maximiliano, ofreciéndole la conquista de Flandes y de Hainaut; pero el último, sin aguardar á la espiracion de la tregua, tomó á Cambray, cuya defensa, por haber retirado el rey la guarnicion, habia quedado á cargo de los habitantes. Por entonces tuvo lugar la accion de Guinegate entre los dos ejércitos, flamenco y francés, cuya victoria quedó por el archiduque Maximiliano, si bien comprada á costa de tanta sangre, que hubo de levantar el sitio que ponia á Therouane, y retirarse á reparar la pérdida de su ejército.

En el año de 1482, perdió Maximiliano á su jóven esposa á consecuencia de una caida de caballo, dando esta desgracia nuevos motivos de disturbios á los estados flamencos, que se dividieron en la cuestion de nombrar al archiduque tutor de sus dos hijos, y como tal soberano de los Países-Bajos. El Brabante y la mayor parte de las provincias, le reconocieron desde luego; pero no sucedió lo mismo en la de Flandes, y menos en la ciudad de Gante, que hasta 1485 no pudo ser reducida á la obediencia. Elegido en el año siguiente rey de romanos, su ausencia alentó la insurreccion, principiando por la villa de Brujas, y comunicándose á

las demás ciudades. La falta de recursos en que se hallaba á la sazon, le obligaron á sufrir todo género de humillaciones por parte de los sublevados, hasta el extremo de verse reducido á prision en compañía de sus ministros, y de las personas que le habian sido mas adictas, y aunque fué respetada su vida, tuvo el dolor de presenciar el suplicio de sus mas fieles servidores entregados al verdugo por un populacho frenético que acaso hubiera llevado mas lejos sus desmanes, si un Breve de Inocencio VIII no hubiera mandado poner en libertad al ilustre prisionero. Obedecieron los brujeses á condicion de que Maximiliano, al salir de su cautiverio, les dejase en rehenes á Felipe de Cleves, al conde de Hainaut y al señor de Valckentein, que serian entregados á los ciudadanos de Brujas y de Gante, obligándose, por su parte los flamencos, á dar al monarca una suma de cincuenta mil escudos de oro, convenio que fué cumplido religiosamente por ambos lados. Llegaba entonces el emperador Federico III en socorro de su hijo Maximiliano con un ejército de cuarenta mil hombres; pero su venida no desalentó á los ganteses, antes bien, desafiaron estos su enojo negándose á entregar á los señores que tenian en los calabozos, y hasta amenazando darles muerte en las mismas prisiones sin forma alguna de proceso. Empeñóse con esto una guerra formal entre los imperiales y los flamencos, que no concluyó hasta 1491, en que el conde de Nassau, habiendo vencido á los rebeldes de Brujas y ejecutado á los jefes de la sedicion, logró restablecer la tranquilidad en las provincias.

A los tres años, por muerte de Federico III, ascendió Maximiliano á la dignidad del imperio, sucediéndole en el gobierno de los Países-Bajos su hijo Felipe el *Hermoso*, el cual, casado con la infanta Doña Juana, hija de los reyes católicos, marchó de allí á poco para España á entrar en posesion de la corona, que por muerte de Doña Isabel de Castilla correspondia á su esposa, muriendo de allí á poco en Burgos, todavía en la flor de la edad. Su reinado en Flandes, aunque corto, fué feliz para sus súbditos, que no tuvieron que lamentar ni los antiguos disturbios interiores, ni las agresiones extranjeras á que tan frecuentemente estaban expuestos hacía tantos años.

VI.

A principios del año de 1508 invitaron los estados de Flandes al emperador Maximiliano para que aceptase la regencia; pero no pudiendo éste trasladarse á Bruselas, nombró á su hija Margarita, viuda de Filiberto de Saboya, para que ejerciese la autoridad real en su nombre. Crecia entretanto el hijo de Felipe, Cár-

los, bajo la direccion y cuidado de Guillermo de Croy, señor de Chievres, y de su preceptor Adriano de Utrecht (que ascendió despues á la silla Pontificia con el nombre de Adriano VI), y antes de cumplir el jóven Príncipe la edad de 16 años, habia ya reunido á las posesiones de los Paises-Bajos las coronas de Castilla y de Aragon, enriquecidas con los recientes descubrimientos verificados en el Nuevo-Mundo. No entró en posesion de la corona de España sin algun desabrimiento por parte de los nobles que, por vivir todavía su madre la reina doña Juana, y á pesar de la dolencia que incapacitaba á aquella desgraciada señora, se obstinaban en no reconocer al hijo como Soberano; pero la energía del cardenal Jimenez de Cisneros, encargado de la regencia del reino durante la ausencia del Príncipe, consiguió reducir á aquella clase poderosa, si no completamente, en una parte muy considerable. La partida de Cárlos para España no cuadraba, sin embargo, á los intereses de sus súbditos flamencos. Bruselas era la verdadera córte de tan dilatados dominios, á donde la sórdida avaricia de Chievres atraia á cuantos solicitaban las gracias y las distinciones del Monarca, mientras el comercio de Flandes, nutrido con las profusiones y liberalidades de la corona, veia consumir en su seno las rentas reales y el peculio de los cortesanos. Recelaba por otra parte el mismo Chievres el ascendiente que la integridad, las virtudes y la firmeza de carácter del cardenal Cisneros habian de arrebatarle del corazon del Príncipe, tan luego como llegase á España, y pudiera juzgar por sí mismo del prestigio y de las grandes cualidades de aquel insigne Prelado.

Cuando se hubieron agotado todos los pretextos para diferir el viaje, y despues de encomendar el gobierno de los Paises-Bajos á Margarita, trasladóse el jóven Soberano á sus estados españoles, acompañado de un numeroso séquito de señores flamencos, y de su consejero favorito. La muerte de Jimenez, producida, ó precipitada cuando menos, por la ingratitud con que vió remunerados sus eminentes servicios al inaugurarse el nuevo reinado de Cárlos, dejó á Chievres sin rival en el poder, y con absoluto imperio en la gobernacion de los numerosos estados de la corona; pero la nobleza española, celosa de sus antiguas prerogativas, miraba con profundo disgusto á aquellos ambiciosos extranjeros que formaban la córte del Monarca, y á quienes animaba únicamente el ánsia de enriquecerse á costa del país. La silla arzobispal de Toledo, vacante por muerte del cardenal Cisneros, fué concedida á Guillermo de Croy, sobrino de Chievres, mozo que apenas tenía la edad exigida por los Cánones para desempeñar las dignidades eclesiásticas; y este alarde de un favoritismo insolente, acabó de excitar la indignacion de la nobleza y del pueblo, haciendo que algunas provincias representasen al Rey contra la desenfrenada codicia de los flamencos, y que otras llegasen mas tarde hasta el extremo de la rebelion.

En Barcelona recibió Cárlos la noticia de la muerte del emperador Maximiliano, suceso que vino á ser de la mas alta trascendencia para la paz general de Europa, por cuanto dió origen á la sañosa rivalidad entre el rey de España y

Francisco I de Francia, á propósito de la sucesion al trono imperial de Alemania. Mas afortunado ó mas hábil el flamenco, obtuvo el sufragio de los electores, los cuales poco despues de la eleccion enviaron á España una diputacion, compuesta del conde Palatino Federico, de Armerstorff y de Bernardo Wurmser, para presentar á Cárlos V de Alemania las insignias del imperio.

Dispúsose á partir luego el nuevo Emperador, dejando á los españoles en el mayor descontento, y mas vivo que nunca el ódio que abrigaban contra los flamencos, por quedar encargado de la regencia uno de ellos, el cardenal Adriano de Utrecht, y sin prolongar su residencia en Bruselas por causa de la peste que reinaba en Alemania, pasó á Aquisgran, ciudad designada por la Bula de Oro para la coronacion de los Emperadores, en donde le fueron conferidas con solemne pompa las insignias de su nuevo poder. Uno de sus primeros actos fué convocar para el año siguiente de 1521 la famosa dieta de Worms, que debia decidir las controversias producidas por las doctrinas que habian proclamado Lutero y sus discípulos, cuyas opiniones heréticas comenzaban á tomar cuerpo, sublevando las conciencias y amenazando destruir la unidad de la Iglesia católica en los estados alemanes. Lutero habia llegado ya al apogeo de su crédito entre sus sectarios, y aun habia conseguido atraer á su doctrina algunos Príncipes que secundaban ó consentian la propagacion del cisma en las ciudades y aldeas, complicando con estos disturbios religiosos el desabrimiento general que dividia á los principales estados de Europa, y que no es de nuestra incumbencia examinar en el presente artículo.

La batalla de Pavía (1525), una de las victorias mas grandes con que la fortuna de las armas favoreció al Emperador en sus belicosas empresas, tuvo por consecuencia el tratado consentido y firmado por Francisco I desde su prision de Madrid, un año exactamente despues de aquella terrible derrota. En este tratado accedió el rey de Francia á restituir la Borgoña al Emperador; á renunciar á sus pretensiones sobre Italia, y á ceder sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois. Mas á su regreso á Francia mostróse Francisco I decidido á no cumplir los artículos del tratado, que en cierto modo le habian sido arrancados por la violencia; pero Cárlos V, por mas que reconociese interiormente la opresion y la injusta severidad que habia usado con el augusto prisionero; y por mas que sintiese haberse dejado llevar tan lejos por la ambicion de sus deseos, no quiso, aun á riesgo de comprometerlo todo, cejar un punto en la ejecucion del convenio, y muy particularmente en lo tocante á la restitucion de la Borgoña. A este propósito mandó embajadores á Francia que intimasen al Rey el cumplimiento de lo concertado en Madrid, como convenia á la buena fe y á la palabra real empeñada por entrambos. Francisco I, sin contestar categóricamente al mensaje, dió audiencia delante de los embajadores á una diputacion de los estados de Borgoña que iba á representar contra la separacion de aquellas provincias del resto de la corona, con protesta de que jamás obedecerian los borgoñones á una disposicion

que consideraban como atentatoria á las leyes del reino, y que antes que someterse á una dominacion extranjera, estaban resueltos á empuñar las armas. Comprendieron claramente los enviados del Emperador la significacion de aquella escena, concertada de antemano, y despues de rehusar en nombre de su Soberano la proposicion de entregar dos millones de escudos en lugar de la Borgoña, volviéronse á dar cuenta del mal éxito de su mision.

Por algun tiempo siguieron adelante las hostilidades entre ambos Príncipes; y aunque el tratado de Cambray (1529), conocido tambien por el tratado de las Damas, porque intervinieron en él la gobernadora de los Paises-Bajos, madre de Francisco I, y Margarita de Austria, parecia haber puesto término á una lucha que los aniquilaba mutuamente, y que comprometia por un lado la integridad de la Francia, y por otro la seguridad del imperio, amenazado á la sazon por los turcos y por el descontento de los españoles, es lo cierto que ninguna de las partes contratantes se curó mucho de dar cumplimiento á aquella convencion, y que en 1556 invadió ya Francisco I la frontera de Flandes, apoderándose de algunas plazas importantes, que fueron recobradas mas tarde por los imperiales.

La gobernadora Margarita murió en 1550, generalmente sentida de todos por el exquisito tacto y la discreta energía que habia desplegado en las cuestiones mas arduas, particularmente en los conflictos religiosos. La regencia fué encomendada entonces á María, hermana del Emperador, y reina de Hungría, la cual, de concierto con la de Francia, ajustó una tregua de diez meses entre ambos ejércitos, pero que debia entenderse únicamente respecto á los Paises-Bajos.

En estas circunstancias, como hubiese recibido órden la regente de penetrar en la frontera francesa, y como fuese preciso hacer leva de tropas y reunir los estados para arbitrar recursos, subleváronse los ganteses, negándose á pagar el contingente que les correspondia. Apuró la gobernadora todos los medios de conciliacion, y aun se prestó á poner en libertad á algunos díscolos que habian sido presos de su órden en los primeros momentos, y cuya prision habia servido de pretexto para la asonada. Pero todo fué inútil, y hubo de intervenir el Emperador, el cual, consultado el consejo de Malinas, y de acuerdo con su decision, los condenó á pagar. Esta resolucion indignó á los ganteses, y levantándose como un solo hombre, arrojaron de la ciudad á los nobles, encarcelaron á los oficiales del Emperador, llevando, por último, el despecho hasta ofrecer á Francisco I que le reconocerian como soberano de Flandes y de Artois, y le prestarian todo género de auxilios para recobrar las provincias que habian pertenecido en otro tiempo á la corona de Francia. Contra lo que aguardaban los flamencos, y lo que era de esperar, en vista de los contínuos esfuerzos que hacía el monarca francés para mortificar al Emperador y desmembrar sus estados, desechó la oferta, y lo que es mas, en un arrranque de exagerada caballerosidad, comunicó á Cárlos las proposiciones que le habian sido hechas por parte de los ganteses.

Inmediatamente acudió el Emperador, que se hallaba en España, á castigar la

revuelta; y poniéndose, por decirlo así, en manos de su rival, atravesó la Francia y se dirigió sobre Flandes al frente de un numeroso ejército, compuesto de belgas, de alemanes y de los tercios españoles. A la noticia de su llegada, llenáronse los insurrectos de consternacion y enviaron diputados para implorar la clemencia del César; pero este, sin atender á sus ruegos, emprendió la marcha el 24 de Febrero, dia de su natalicio, y entró en la ciudad, que le habia servido de cuna, dispuesto á castigarla de una manera ejemplar. Despues de oir al Senado, y en presencia de la Gobernadora y de los caballeros del Toison de oro, condenó á muerte á veinte y seis ciudadanos, expulsó un gran número de los estados, suprimió los derechos y privilegios de la villa, confiscó las haciendas de todos los vecinos, así como las rentas y propiedades de la ciudad, imponiéndola, además del pago de la cuota que se habia resistido á pagar, una multa de 150,000 florines, por una vez, y 6,000 perpétuamente.

En 1543 habia hecho el rey de Francia considerables preparativos para una nueva campaña, que inauguró, entrando en el Hainaut y tomando á Landrecy. Tambien el Emperador, por su parte, habia reunido abundantes recursos durante su permanencia en España, á los que se agregaron despues las cuantiosas sumas que le habia facilitado D. Juan de Portugal, con la esperanza de lograr el matrimonio de su hija María con el príncipe D. Felipe. Llegado á los Países-Bajos, marchó Cárlos V contra el duque de Cleves, sitió y tomó á Duren, á pesar de la tenaz resistencia de los asediados, y entró en Juliers y Roremonde, que se le entregaron espontáneamente.

El duque de Cleves, vencido y humillado hasta el extremo de ponerse de rodillas ante el Emperador, le hizo entrega del ducado de Güeldres, con cuya posesion quedó la casa de Austria dueña de las diez y siete provincias de los Países-Bajos, titulándose desde entonces el poderoso Cárlos en todos los actos oficiales, duque de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo y de Güeldres; conde de Flandes, de Artois, de Hainaut, de Holanda, de Zelanda, de Namur y de Zutphen; margrave de Amberes y del Santo Imperio; señor de Frisa, de la villa de Malinas, de las ciudades y país de Utrecht, Over-Issel y Groninga.

La muerte de Lutero, ocurrida en 1546, la disolucion de la liga protestante, que tuvo por consecuencia la dispersion de los confederados, el brillante y completo triunfo alcanzado en los campos de Muhlberg, las adversidades con que vió humillados á Federico de Sajonia y al landgrave de Hesse, fueron otros tantos acontecimientos que hicieron desbordar el orgullo en el pecho del poderoso Emperador. El único obstáculo que alguna vez osaba estorbar la realizacion de sus planes ó detenerle en la brillante carrera de sus triunfos, desaparecia tambien con la persona de su perpétuo rival, Francisco I, que falleció al 1547. Entonces concibió el proyecto de dar á reconocer á su hijo D. Felipe, que habia cumplido 21 años, como su legítimo sucesor en los Países-Bajos. En 1549 reconociéronle como tal los estados de Brabante, y fué recibido con grandes aclamaciones por todos los demás.

Enrique II habia heredado con la corona de Francia el implacable rencor de su padre Francisco I contra el Emperador; así que, despues del convenio religioso de Passau (1552), en el que no fué comprendida la Francia, se apoderó el Rey de Toul, de Verdun y de Metz, molestando por mar á los buques de los Paises-Bajos, de suerte que la Gobernadora, usando de represalias, obligó á todos los súbditos francéses á salir de los estados en que estaban establecidos. Siguiendo en su propósito de hostilizar á los imperiales, tomó Enrique II en el año siguiente las plazas de Oricmont, Chimay, Marienburgo, Bouvines, Dinant y Bavay, asolando el Artois y el país de Hainaut, con un ejército á las órdenes del condestable de Montmorency. Filiberto de Saboya pudo contener á las tropas francesas, obligándolas á evacuar el país, penetrando despues el Emperador en Picardia, y tomando sobre aquella provincia una sangrienta venganza de los estragos hechos por el enemigo en el Artois y el Hainaut.

Cansado de los negocios, y aun se cree que, afectado profundamente por los sucesos que le obligaron á menoscabar su superioridad sobre el Norte de Europa por medio del tratado de Passau, determinó Cárlos V poner las riendas del gobierno en manos de su hijo el príncipe D. Felipe, retirándose á buscar en la soledad y en el retraimiento de los asuntos públicos la calma de que necesitaba su espíritu, y el alivio que reclamaban sus dolencias físicas. Convocados al efecto los estados de los Países-Bajos para el 14 de Octubre de 1555 en Bruselas, anuncióles la resolucion de ceder en favor de su hijo las posesiones de Flandes y Brabante. El 25 del mismo mes se celebró solemnemente el acto de la abdicacion en presencia de la reina viuda de Hungría, del presidente del consejo de Flandes, Filiberto de Saboya, de los representantes de todos los estados, de los caballeros y embajadores que se hallaban en la córte. Enternecieron á todos los circunstantes las sentidas palabras pronunciadas por el Emperador en el momento supremo de abandonar el cetro de sus provincias predilectas, y despues de un sucinto y elocuente resúmen de los principales hechos de su vida, y de haber dirigido saludables consejos al nuevo Soberano, concluyó protestando de los buenos deseos que siempre le animaron en el gobierno de los estados, pidiendo perdon de cualquier yerro que hubiera podido cometer contra su intencion (1). Nobles palabras en boca del monarca mas poderoso de la tierra.

Pocas semanas despues (Enero 1556) abdicó tambien en Bruselas la corona de España, reservándose hasta el año siguiente la dignidad imperial, que, á pesar

(1) Al llegar á este pasaje de su discurso, decia el Emperador: «En lo que toca al gobierno que he tenido, confieso haber errado muchas veces, engañado con el verdor y brio de mi juventud, y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana. Y os certifico que no hice jamás cosa en que quisiese agraviar á alguno de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo, ni permití que se les hiciese agravios; y si alguno se puede de esto quejar con razon, confieso y protesto aquí delante de todos, que seria agraviado sin saberlo yo, y muy contra mi voluntad, y pido y ruego á todos los que aquí estais, me perdoneis y me hagais gracia de este yerro ó de otra queja que de mi se pueda tener.»

de sus repetidas instancias, no pudo hacer renunciar á su hermano D. Fernando en favor de Felipe, y desembarazado así de sus extensos dominios, y aliviado del gravísimo peso de una corona, que sus sienes no podian llevar por mas tiempo, retiróse al monasterio de Yuste, en donde murió el 21 de Setiembre de 1558.

VII.

D. Felipe III entre los condes de Holanda, II entre los monarcas españoles, inauguró su reinado en los Países-Bajos con dos victorias memorables sobre las tropas francesas. A la célebre batalla de San Quintin, en la que fueron hechos prisioneros el condestable de Montmorency, con los duques de Montpensier y de Longueville, y el mariscal Saint-André, se siguió la toma de la plaza, á pesar de la vigorosa resistencia de sus defensores. Prepáronse los franceses á vengar esta derrota, reuniendo un ejército considerable, á las órdenes del duque de Guisa; y despues de hacerse dueños de Calais, que estaba en poder de los ingleses, penetraron en el Luxemburgo y tomaron á Thionville, mientras el mariscal de Thermes ponia sitio á Gravelines. El conde de Egmont, general de la caballería española y flamenca, reforzado con otros cuerpos de infantería, así española como alemana, dió alcance á las tropas francesas, que, cargadas con el botin recogido en Dunquerque, no podian marchar con la celeridad conveniente. Resistieron, sin embargo, el ataque de los españoles, quedando por algun tiempo indecisa la victoria, hasta que, acertando á pasar lo largo de la costa una escuadra inglesa, y oyendo el ruido de la mosquetería, entró en el rio Aa, y ayudó con su artillería á la derrota de los franceses, que perdieron 4,000 hombres, y gran número de prisioneros, entre ellos el mismo general Thermes y otros jefes de importancia.

Diferentes consideraciones políticas determinaron por fin, en el año siguiente de 1559, á ambos soberanos, á concluir el tratado de paz de Chateau-Cambresis, que puso término á la lucha que por espacio de cincuenta años estenuaba á ambos países. Estipulábase en este convenio que se devolverian recíprocamente las plazas tomadas por los franceses en Flandes, y en Francia por los flamencos, desde el año de 1551, y que ambos monarcas trabajarian de concierto en procurar la convocacion de un concilio general que contuviese el progreso del protestantismo en sus respectivos estados. No contribuyó poco á la terminacion del tratado la idea de Montmorency, de negociar al mismo tiempo dos contratos de matrimonio; el uno entre Isabel y Felipe II, viudo de su segunda esposa la reina de Inglaterra, con Isabel, hija del rey de Francia, y el otro entre Margarita, hermana de este, con el duque de Saboya.

Ajustada la paz, pensó Felipe en regresar á España, adonde le llamaban, además de sus intereses políticos, su aficion á vivir en el país en que habia nacido. Encargó, antes de su salida, el gobierno de los Países-Bajos, á su hermana natural Margarita de Austria, duquesa de Parma, que prefirió á vários pretendientes, entre otros al príncipe de Orange, que lo habia solicitado, y á quien, como para paliar aquella negativa, nombró stadthouder de Holanda y de Zelanda. Dió el gobierno de Flandes y de Artois á Lamoral, conde de Egmont; el de la Frisa, al conde de Aremberg; el de Güeldres, al conde de Meghem; á Ernesto de Mansfeld, el del Luxemburgo; al marqués de Berghen, el de Hainaut; el mando de Namur, al conde de Barlaimont; el de Lila y Douai, á Juan de Montmorency; y á Flores de Montigni, el de Tournay. Cada uno de estos stadthouders ó gobernadores, tenía en su provincia el mando militar, juntamente con la administracion de justicia, excepto en Flandes y en Brabante, en donde la gobernadora los ejercia por sí misma, asistida de un consejo privado, nombrado al efecto por el Rey, y cuya presidencia se confió al famoso Antonio Granvela, obispo de Arras.

La doctrina luterana habia cundido de una manera alarmante en las provincias unidas, debiéndose su propagacion á diferentes causas, pero mas principalmente al comercio con los extranjeros, á las persecuciones que sufrieron los disidentes en Francia y en Inglaterra durante el reinado de María, que los obligaba á buscar un refugio en Flandes ó en Holanda; y, por último, á las tropas suizas y alemanas que, tanto Cárlos V como Felipe, habian tomado á su servicio. En este estado de cosas, resolvió Felipe renovar los edictos promulgados en tiempos de su padre, y hacerlos ejecutar con toda severidad, estableciendo para ello un tribunal muy parecido al de la Inquisicion. Aumentáronse tambien las diócesis, y de cinco que habia sido hasta entonces el número de los obispados, se elevó á diez y siete, dando asiento en el consejo á los nuevos prelados, por lo que se creyó que la reforma no llevaba otro objeto que dar mayor preponderancia al clero en los negocios públicos. Eran estas innovaciones otros tantos motivos de disgusto para los flamencos, que, vivamente alarmados con el establecimiento de la inquisicion, comenzaron á inquietarse por la estancia de las tropas españolas en el país, en tiempo de paz y en contravencion á sus antiguos privilegios. Otro motivo de descontento era la escasa participacion que se daba á los belgas en los negocios y destinos públicos confiados exclusivamente al obispo de Arras, á Ruy Gomez de Silva, y á los duques de Alba y de Feria.

Poco despues de la llegada de Felipe II á España, y apenas habia celebrado su matrimonio con doña Isabel, llamada de la *Paz*, propusieron los stadthouders un aumento de tropas en el ejército; y como las ciudades se negasen á contribuir para este gasto extraordinario, mientras no se alejasen del territorio los tercios españoles, vióse precisada la gobernadora Margarita á enviarlos á Zelanda hasta que estuviese preparada la flota que debia embarcarlos. Los stadthouders, y especial-

mente el príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, que preveia los males y conflictos que amenazaban á su patria, creyeron que, para conjurarlos, estaban en el deber de apoyar en secreto las pretensiones del pueblo. Su ilustre cuna, los cuantiosos bienes que poseia, el valimiento y favor que habia disfrutado en la córte de Cárlos V, le habian atraido el receloso encono del Rey y el ódio de Granvela, arrojándole, acaso contra sus designios, en las filas de los adversarios de la dominacion española. El segundo de los personajes, entre los que dirigian el sordo movimiento de la rebelion, era Guillermo Lamoral, conde de Egmont, célebre ya por sus triunfos en San Quintin y en Gravelines, pero mas célebre todavía por el triste y dramático fin que le tenía reservado el destino. El conde Horn, su compañero en el cadalso, si bien rivalizaba con los anteriores en lo ilustre de su nacimiento y en los bienes de fortuna, no podia competir con ellos ni en el temple ni en la abnegacion de carácter, ni menos en el prestigio de que gozaban entre sus conciudadanos.

La agitacion pública y la oposicion sistemática con que procuraba mantenerla el príncipe de Orange en las deliberaciones del consejo, contrarestando todas las disposiciones de Granvela, hizo indispensable recurrir á la córte de España para escogitar un remedio á tan difícil situacion. La asamblea de los caballeros del Toison comisionó al efecto al baron de Montigny, que pasó á Madrid con instrucciones de la princesa regente. A instancias del mismo Rey, indicó el enviado las causas principales del descontento general, señalando como orígen de todas el establecimiento de la inquisicion, y de los nuevos obispados, y el ódio extremado con que miraban todos al favorito Granvela, que se habia elevado ya al arzobispado de Malinas, con el título de primado de los Países-Bajos.

Regresó Montigny á Bruselas con la respuesta de Felipe y las protestas mas lisongeras contra los temores producidos por sus proyectos, pues aseguraba el monarca que jamás habia pensado en establecer en Flandes un tribunal análogo al de la inquisicion, y que en el aumento de las diócesis no habia tenido otra mira que mejor proveer á las necesidades religiosas de las provincias.

Continuaba y aun crecia entretanto la fermentacion en los ánimos; pero antes de que llegase al último extremo, decidieron los nobles representar á S. M. pidiendo la separacion de Granvela, como lo hicieron en 11 de Marzo de 1563 el príncipe de Orange y los condes de Egmont y de Horn. Casi al mismo tiempo la princesa Margarita, angustiada con este estado de cosas, é impaciente con las dilaciones que empleaba Felipe II en contestar á las apremiantes consultas de la regencia, mandó á Madrid á su secretario Armenteros, con encargo de informar á S. M. de la situacion de los negocios en Flandes, así respecto á la rapidez con que iba ganando terreno la heregía, como de lo precario del Tesoro, casi exhausto por el exceso de los gastos sobre las rentas públicas, y á cuyo remedio sería arriesgado acudir recargando al país con nuevas exacciones. Debia referir además el mensajero la obstinacion con que los nobles disidentes pedian la convocacion de los es-

tados generales y la destitucion del cardenal Granvela, cuya permanencia en Bruselas, en sentir de la gobernadora, á pesar de los extraordinarios servicios que tenía prestados á la religion y al trono, podria promover un tumulto.

Al año siguiente salió Granvela para tierra de Borgoña, con gran contento de los nobles y de todas las clases del pueblo; pero duró poco esta satisfaccion acordada al popular disgusto, porque, estrechada la Regente por las órdenes del Rey para que procediese con rigor en lo tocante á la religion, contra los disidentes que él mismo designaba, comenzaron á ensangrentarse los patíbulos, á poblarse los calabozos y á esparcirse el luto y el terror por todas partes. En esta disposicion del espíritu público, se empeñó Felipe II en hacer extensivos á Flandes los decretos del Concilio de Trento, como se habia hecho ya en los demás dominios españoles; de lo que surgieron nuevas complicaciones y trastornos, porque consideraban los flamencos que algunos de sus decretos eran atentatorios á los privilegios de las ciudades.

Ya entonces no pudo diferirse la salida del conde de Egmont para Madrid á hacer presente al Monarca la gravedad de la situacion en que se hallaban los Estados de Flandes.

Colmado de distinciones, y satisfecho del recibimiento que habia tenido en la córte de España, regresó á Bruselas, portador de pliegos para la Regente, y encargado al mismo tiempo de llevarla á su hijo Alejandro, príncipe de Parma, que el suspicaz Felipe habia conservado cerca de sí como prenda de la fidelidad de sus padres. Contenian aquellos pliegos instrucciones templadas y encaminadas á la conciliacion y tranquilidad de las provincias; pero de allí á poco dirigió el Rey nuevas órdenes, fechadas en Valladolid, en que mandaba proceder con la mayor dureza contra los hereges. Ya no pudo la Gobernadora esquivar su cumplimiento, y sin dejar por eso de representar á Felipe lo crítico y arduo de las circunstancias, y la necesidad de aflojar algun tanto en el sistema de inflexibilidad que se habia propuesto, hizo publicar el Concilio, restableció los antiguos edictos imperiales, y comenzó á emplearse un riguroso procedimiento contra los sectarios del cisma religioso.

Vários nobles que se comunicaban con los protestantes de Alemania, de Inglaterra y de Francia, y que por los mismos medios conspiraban á distintos fines, aspirando los unos á la libertad de conciencia, otros á la emancipacion política, y otros únicamente á impedir el establecimiento de la Inquisicion, formaron una asociacion ó *club*, como diriamos ahora, con el título de sociedad de los *gueux*, ó mendigos, dictado con que el señor de Barlaymont, partidario del Rey, habia calificado á los disidentes, y que ellos aceptaron por burla. Eran individuos de aquella sociedad, que tambien se llamó la *Noble union*, los principales señores del país, el príncipe de Orange y los condes de Horn, de Berghes, de Mansfeld, de Meghem, de Hooghstraeten, de Egmont, de Montigny y otros. En las poblaciones mas importantes comenzaron tambien á celebrarse reuniones populares,

que se limitaban al principio á protestar contra el sistema represivo de las autoridades, pero que concluyeron por fin en horrorosos tumultos. Las ciudades de Gante, Amberes, Iprés y Saint-Omer, se convirtieron en teatro de lamentables excesos. Mas de 400 iglesias, invadidas por bandas frenéticas de luteranos que destruian las Santas imágenes, profanaban los tabernáculos, destrozaban los ornamentos y vestiduras sacerdotales, fueron entregadas á las llamas. En vários puntos salieron los católicos á tomar venganza de aquellos nuevos iconoclastas, matándose unos y otros enmedio de los mismos templos con un furor inaudito.

La Gobernadora, cediendo al imperio de la necesidad, y para atajar mayores males, expidió un decreto conformándose á permitir la predicacion de los protestantes y á autorizar sus reuniones mientras aquella se hiciese sin escándalos, y concurriesen á estas sin armas ofensivas, poniendo en seguida en conocimiento del Rey aquellos gravísimos sucesos, instándole, rogándole y suplicándole fuese á los Países-Bajos, en donde su presencia era indispensable para evitar una guerra de religion. Lo mismo le rogaban desde Roma el papa Pio V y el cardenal Granvela, pero sordo á las súplicas de todos continuó Felipe II, aplazando el viaje á las provincias flamencas, pretextando unas veces su falta de salud, y otras la importancia de los negocios de Castilla; pero viendo el mal aspecto que tomaban las cosas, y que de su aparente apatía podian seguirse incalculables males á su dominacion en aquellas provincias, dió órden de enviar tropas españolas é italianas para sujetar á los rebeldes. Encargó poco despues el mando del ejército y la direccion de la guerra de Flandes al duque de Alba, cuyas opiniones acerca de las medidas de rigor y el sistema de violenta represion que debian emplearse contra los disidentes, andaban acordes con las suyas; pero la salida de este personaje se retardó hasta Mayo del siguiente año de 1567.

Al saber los aprestos y socorros que iban de España, redoblaron la actividad los rebeldes, y el príncipe de Orange, que hasta entonces habia procurado contemporizar, se declaró abiertamente por los sublevados. En favor de la Regente quedaron algunos nobles flamencos, entre ellos los condes de Mansfeldt, de Arschot, de Aremberg y de Berlaymont, y los señores de Beauvoir, La Cressoniere y Noirquermes. El conde de Egmont, á pesar de los ruegos de sus amigos y de las sugestiones del de Orange, se negó á entrar en la liga, prefiriendo permanecer fiel á la causa del Rey y del catolicismo.

Habíase extendido el rumor de que Felipe II se preparaba á pasar á Flandes; y aprovechándose de esta circunstancia, quiso la Regente comprometer á sus partidarios exigiéndoles un nuevo juramento de fidelidad. Prestáronle al punto los condes de Mansfeldt, Egmont, Meghem y Berlaymont, negándose, por el contrario, los de Horn, Brederode y Hooghstraeten, que fueron depuestos de sus cargos, así como el príncipe de Orange, contra cuya pertinacia se estrellaron los halagos, los ruegos y los ardides de la princesa, retirándose al cabo con toda su familia á sus estados de Nassau. Esta resolucion, y la defeccion de Egmont, hicie-

ron que, desbandada la liga, abandonasen sus individuos las provincias de Flandes y desistiesen por entonces de sus planes.

El 10 de Mayo de 1567 salió de Cartagena, en las galeras de Andrés Doria, el duque de Alba con un ejército de 8,800 infantes y 1,200 caballos, escogidos entre los veteranos de los tercios españoles de Milan, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Estaba dividida la infantería en cuatro tercios, mandados por Alonso de Ulloa, Sancho Londoño, Julian Romero y Gonzalo de Bracamonte; y la caballería por D. Fernando de Toledo, hijo natural del duque de Alba (1).

Desde su llegada á Bruselas, pudo convencerse el Duque del mal efecto que producia su presencia, lo mismo entre los nobles que entre la clase del pueblo, que le miraban como el instrumento escogido por Felipe II para poner en práctica su opresora política.

La Princesa-regente sintió tambien menoscabada su autoridad por los ámplios poderes que llevaba el Duque, y que no se limitaban á lo concerniente al mando militar, sino que se extendian á cuanto tuviese relacion con el aniquilamiento de los rebeldes y la pacificacion de los estados; y así escribió inmediatamente al Rey rogándole, en frases muy sentidas, la concediese licencia para retirarse del gobierno y pasar á vivir tranquila en Italia.

El Duque continuaba, en tanto, tomando sus disposiciones, aun las mas importantes, sin dar conocimiento de ellas á la Princesa. Entre las mas graves fué una la del establecimiento del *Consejo de los tumultos*, vulgarmente llamado *Tribunal de la sangre*, que debia entender y fallar en los delitos de rebelion. Las prisiones de los condes de Egmont y Horn, del secretario de éste, Backerzeele, y de Van-Straelen, amigo íntimo del de Orange, ejecutadas sin conocimiento de la Regente, acabaron de persuadirla de que su presencia en Bruselas era por lo menos ociosa, cuando no importuna. Para hacer aquellas prisiones simultáneamente, habia dispuesto el de Alba que se verificasen, durante la sesion de un consejo al que fueron convocados Egmont, Horn, Aremberg, Mansfeldt, Arschot, Noirquermes, Vitelli y Francisco Ibarra. Presidíalo el Duque, y cuando creyó oportuno el momento, levantó la sesion, mandando retirar á los circunstantes. Al salir de la sala el conde de Egmont, intimóle Sancho Dávila que le entregase la espada y se diese á prision, mientras hacia lo mismo con el de Horn el capitan Salinas. El arresto de Straelen, que se hallaba ausente, fué encomendado á los capitanes Espuche y Salazar. El príncipe de Orange, su hermano Luis de Nassau, Coulembourg, Brederode, y todos los que habian tomado parte en la rebelion, pero que no pudieron ser habidos, fueron emplazados á comparecer ante el tribu-

(1) Las compañías de caballería lijera y arcabuceros iban mandadas por D. Lope Zapata, D. Juan Velez de Guevara, D. Rafael Manrique, D. César Dávalos, D. Nicolás Basta, D. Ruy Lopez Dávalos, conde de Novelara, conde Curcio de Martinengo, conde de San Segundo, y Pedro Montanés; cada uno mandaba cien lanzas, Montero cien arcabuceros, y Sancho Dávila, capitan de la guardia del duque, otras cien lanzas y cincuenta arcabuceros.

nal en el término de cuarenta y cinco dias, y como ninguno de ellos lo verificase, se les procesó y condenó en rebeldía como reos de lesa magestad.

Durante nueve meses permanecieron en el castillo de Gante, Egmont y Horn aguardando el resultado del proceso, y excitando un interés tan vivo y general, que de todas partes acudian con súplicas y recomendaciones en su favor al de Alba, al Emperador y á los electores del imperio. María, hermana del conde de Horn, y Sabina, esposa del de Egmont, acudieron al Rey solicitando el perdon de ambos acusados; pero nada era bastante á ablandar el empedernido corazon del Duque, ni la fria indiferencia de Felipe.

Urgíale al de Alba la conclusion de este importante proceso, pues Luis de Nassau, hermano de Orange, auxiliado por los protestantes de Alemania, habia invadido el Artois, y batido en la parte de Frisa al conde de Aremberg y á Gonzalo de Bracamonte, perdiendo el primero la vida en el combate. Deseando por lo tanto que los negocios políticos le dejasen en libertad de acudir á reparar el contratiempo que habian sufrido las armas reales, se apresuró entonces el proceso de aquellos desgraciados, y el 4 de Junio de 1568 se pronunció la sentencia de muerte, que fué cumplida al dia siguiente en la plaza del Sablon de Bruselas, en medio de las lágrimas y de la reprimida indignacion de sus conciudadanos, porque nada en efecto podia justificar aquella injusta severidad, ejercida contra dos personajes que habian prestado tan señalados servicios al Monarca, y contra los cuales no pudo hacerse ningun cargo digno de ser castigado en el suplicio.

El 15 de Julio salió el Duque hácia Groninga, y despues de batir á los rebeldes en Gemingen, entre el Ems y la ensenada de Dullart, tomó la vuelta de Bruselas, en donde encontró á su hijo D. Fadrique de Toledo, conde de Huesca, que llegaba de España con 2,500 caballos.

Noticioso el príncipe de Orange de la ejecucion de sus amigos Egmont y Horn, reunió un crecido ejército para invadir las provincias, contando además con el auxilio de los mismos flamencos, que esperaba habian de ayudarle á vengar á las ilustres víctimas, y á libertar el país de la pesada tiranía del Duque.

Conmovióse toda Flandes con los preparativos del de Orange, y al saber que habia atravesado el Rhin y sentado sus reales sobre las orillas del Mosa, salió á esperarlo el de Alba en Maestricht con 16,000 infantes y mas de 5,000 caballos; pero no quiso éste dar la batalla, confiado en que la indisciplina de los orangistas, que se sublevaban cada dia, y la proximidad del invierno, acabarian con su adversario mejor que los tercios españoles. Aunque reforzados los rebeldes con una division francesa que habia mandado en su socorro el príncipe de Condé, vieron muy pronto que el país permanecia impasible, y que ni un solo pueblo habia osado levantarse en su favor; por lo que determinó Guillermo de Orange entrar en Francia y abandonar la campaña, despues de incendiar las haciendas y caseríos de algunos nobles, de quienes habia esperado auxilio, y que le habian

faltado en el momento crítico. Alba le siguió hasta la frontera, picando y molestando su retaguardia muy de cerca; y habiéndole hecho frente el enemigo en Quesnoy, sufrió no poco daño el ejército español, y especialmente las tropas de Sancho Dávila y de César Dávalos, quedando heridos ambos capitanes en el lance.

A su vuelta á Bruselas, despues de esta jornada, no bastaron á satisfacer el orgullo del generalísimo de Felipe II, ni los honores triunfales con que fué recibido por la poblacion. ni el sombrero y la espada que el papa Pio V le remitió como al mas ilustre defensor de la fé. Mandó, pues, levantar un trofeo en recuerdo de la batalla de Gemingen, y vaciar su propia estatua con los cañones cogidos en la accion, para colocarla en el castillo de Amberes. Este pueril alarde de soberbia, desagradó extremadamente, tanto á los flamencos, como á los mismos españoles, no siendo menor el disgusto que causó su noticia en la córte de Felipe.

Los gastos extraordinarios que habian ocasionado estos triunfos, obligaron al Duque, que no podia esperar remesas de España en donde la guerra con los moriscos tenia al tesoro en una situacion muy precaria, á imponer una nueva contribucion que vino á aumentar la desesperacion de los infelices flamencos. Consistia este impuesto en el establecimiento de una décima sobre la venta de los bienes muebles, y una vigésima sobre la de los inmuebles. No mereció esta medida la aprobacion de los consejeros del Duque, á quienes al parecer consultó, y aparentando como que desistia de su ejecucion, publicó, entretanto, un simulacro de amnistía general en favor de los disidentes, gracia irrisoria á que contestaron estos con la indiferencia y el silencio. A pesar de tan elocuente leccion, mandó de improviso publicar el edicto para que se pagase el nuevo impuesto, cuyo paso no dió mas resultado que hacer estallar una sublevacion en Bruselas. Cerraron los mercaderes sus lonjas y los artesanos sus talleres, pero fueron tales las amenazas que hizo á las ciudades y á sus habitantes de que ahorcaria delante de las tiendas á los que se negasen á pagar, que atemorizados, todos cedieron á la violencia, y rescataron, por decirlo así, sus vidas satisfaciendo lo que se les exigia.

En Abril de 1572 comenzó una nueva revolucion en los Países-Bajos dirigida por Guillermo de Lumey, conde de Lamarck, el cual, dueño de algunas naves, recorria las costas de Holanda y de Frisa, y se apoderó por último de la ciudad de Brille. Coincidió el levantamiento de Lamarck con la noticia de la entrada de Luis de Nassau con algunos franceses en tierra de Hainaut, y de haber tomado á Mons y á Valenciennes. Marcharon contra él, D. Fadrique de Toledo y el maestre de campo Chiapin Vitelli, que le derrotaron é hicieron prisionero al señor de Genlis, jefe de los auxiliares franceses. El príncipe de Orange acudió á reparar el descalabro de su hermano, pero sabedor del sangriento degüello de los hugonotes, que habia tenido lugar en París la noche tristemente célebre de S. Bartolomé, y des-

vaneciendo este suceso todas las esperanzas que fundaba en el apoyo de Coligny, retrocedió á Malinas, licenció sus tropas, y fué á buscar un refugio en Holanda. Por las mismas razones capituló con Alba, Luis de Nassau, entregándole la ciudad de Mons y retirándose á Dillemburgo.

Despues del sitio famoso de Harlem, que duró ocho meses, pereciendo en él trece mil hombres de los insurrectos, y cuatro mil de las tropas reales, fué relevado en el año siguiente el duque de Alba, sin que sea fácil indicar de una manera precisa las causas que movieron á Felipe II á separarle del gobierno de los Países-Bajos, cuando acababa de sofocar una de las rebeliones mas graves que habian acontecido en aquel país. Creen algunos que, penetrado el Rey de la necesidad de desarmar á los rebeldes, mas que con las armas de los tercios españoles, con una conducta menos sanguinaria y violenta, se decidió á retirar de las manos del Duque una autoridad que habia hecho odiosa en Flandes el nombre español. El ejemplo de la regente Margarita, cuya política conciliadora, al mismo tiempo que enérgica, habia logrado aquietar los ánimos y hacer á todos llevadero el yugo de su autoridad, debió inducirlo á creer que el sistema cruelmente represivo y despótico de Alba, lejos de sujetar la rebelion, concluiria por hacerla triunfar entre torrentes de sangre, y enmedio de las ruinas de aquellos vastos dominios. El nombramiento de Requesens, hombre de carácter contemporizador y templado, es una prueba mas de que las ideas de Felipe habian sufrido una modificacion esencial, aunque desgraciadamente tardía, respecto á los asuntos de Flandes.

Pero ni las sanas intenciones del nuevo gobernador, ni algunos triunfos parciales alcanzados sobre los rebeldes al principio de su administracion, eran bastantes á conjurar la tormenta que amenazaba á la dominacion española. La falta de dinero, que venía de muy atrás, y que ya habia producido algunos conatos de insubordinacion en tiempos del Duque, se hacia sentir ahora con mayor fuerza, relajando los lazos de la disciplina militar, y dando orígen á escenas y á tumultos entre la soldadesca, que el comendador Requesens no podia reprimir. Reclamando sus atrasos, penetraron los soldados en Amberes, se posesionaron de la ciudad como de cosa propia; y para satisfacerles, tuvieron los vecinos que reunir una crecida suma, á la que contribuyó el mismo gobernador, vendiendo para ello sus alhajas y sus muebles. Otra insurreccion en Brabante le hizo abandonar el sitio de Leyde, y trasladarse precipitadamente á Bruselas, en donde fué atacado de una enfermedad aguda, que en pocos dias le condujo al sepulcro, sin darle tiempo para disponer provisionalmente del mando de los Paises-Bajos.

Hízose cargo de la autoridad superior un Consejo de Estado, que se dividió muy luego en dos partidos, opinando el uno por la sumision y fidelidad al Rey, y deseando el otro emanciparse de la autoridad española y proclamar al Príncipe de Orange. Autorizado el nuevo Consejo de gobierno con la aprobacion, un tanto forzada, de Felipe II, que confirmó por necesidad aquella usurpacion de poderes,

procedió á ocuparse en aliviar las cargas que pesaban sobre el país, licenciando una parte de las tropas extranjeras. Sabedora de esto la guarnicion española de Zericzee, y temiendo se la licenciase, despues de destituir á su jefe Mondragon, se dirigió al Consejo reclamando las pagas atrasadas, y marchando sobre Brabante, sin dar oidos á Julian Romero ni al conde de Mansfeldt, que intentaban disuadir á los amotinados, se apoderaron de la plaza de Alost, guardándola como gaje ó prenda de lo que se les debia. Trató el Consejo de armar á los vecinos de Bruselas; pero adelantándose los orangistas, sublevaron al pueblo, prendieron á Mansfeldt, á Barlaymont, al presidente Viglius, y á otros consejeros partidarios del rey de España; y habiendo convocado á los representantes de las provincias, quedó con esto el gobierno en manos de los enemigos de Felipe.

En 1576 publicaron los Estados el famoso convenio conocido con el nombre de *Pacificacion de Gante*, cuyo principal objeto era estipular el mutuo auxilio que habian de prestarse las provincias para espulsar del país á las tropas extranjeras, suspender los edictos promulgados por el duque de Alba contra los protestantes, declarar libre la profesion del culto católico, que habia de ser respetada por los holandeses, y declarar nulas y sin efecto las sentencias pronunciadas por causas políticas.

La córte de Madrid se apresuró á mandar á los Paises-Bajos á D. Juan de Austria, cuyo nombre se habia hecho popular por sus gloriosas acciones contra los turcos, y especialmente por el célebre combate naval de Lepanto. A su llegada á Luxemburgo exigieron de él los rebeldes de Holanda que se conformase con el convenio de Gante, é hiciese salir á los soldados extranjeros. Accedió D. Juan á esto último, segun se cree, por consejo de su secretario y amigo Escobedo, fijando para la evacuacion del territorio un término de cuarenta dias. Trasladado á Bruselas, no tardó en manifestarse en completo desacuerdo con los Estados, celosos siempre de la autoridad absoluta á que aspiraba D. Juan. Unos pliegos escritos en cifra, y que éste dirigia á Felipe II, habian sido interceptados por el rey de Navarra y entregados á Guillermo de Orange, que tomó pretexto de esta circunstancia para un rompimiento general. Orange fué proclamado por los Estados *Ruart* ó gobernador de Brabante, y declarado D. Juan perturbador de la paz, y enemigo de los Países-Bajos. Esta eleccion, sin embargo, no fué por todos aceptada con igual entusiasmo. La apostasía religiosa de Guillermo le hacia sospechoso á los ojos de los adictos á la religion católica, á cuyo frente estaba el duque de Arshot, persona de prestigio, y defensor celoso de la Iglesia, el cual, por consejo de sus amigos, invitó desde Gante al archiduque Matías, hermano del emperador Rudolfo II, para que en nombre del rey de España se encargase del gobierno de los Países-Bajos. No se atrevió el de Orange á protestar contra la eleccion de Matías; y aunque aparentemente sometido á la autoridad suprema del nuevo jefe, en realidad conservó todavía en sus manos el gobierno absoluto del país.

Entretanto D. Juan de Austria, reforzado con la llegada de algunas tropas es-

pañolas, al mando de Alejandro Farnesio, duque de Parma, é hijo de la antigua regente Margarita, derrotaba en la batalla de Gembloux á los rebeldes, mandados por Coignies, y se apoderaba, á consecuencia de esta brillante victoria, de Louvain, de Tirlemont, y de otras plazas no menos importantes. Refugiáronse Orange y el archiduque Matías á Amberes, mientras los Estados, amenazados por el vencedor, imploraban proteccion, no solo de los Príncipes del imperio, sino del mismo Enrique III de Francia, que aceptó al fin el título de protector, y les mandó á su hermano, el duque de Alençon, con un refuerzo de 10,000 infantes, que unidos á las tropas del archiduque Matías, rechazaron un ataque de los españoles. Pero continuaba siempre la misma desunion en las filas de los coaligados, fomentando el desacuerdo las opiniones religiosas y el objeto político que se habian propuesto al empuñar las armas. Flandes, la Holanda y la Zelanda aspiraban á sacudir de una vez el yugo español y á proclamar la libertad de cultos, mientras el Hainaut, el Artois y las provincias walonas se conformaban con la conservacion de sus privilegios, é insistian en no permitir otro culto que el de la religion católica. Esta divergencia de propósitos produjo un rompimiento entre walones y flamencos, que llegaron á venir á las manos, y del que se hubiera podido aprovechar D. Juan con los nuevos refuerzos que aguardaba de España, si la muerte no le hubiera arrebatado en lo mejor de su edad el año de 1578.

El duque de Parma, su sucesor en el gobierno, dejó que la discordia minase profundamente los cimientos de la liga, como sucedió en efecto, pues convencido el príncipe de Orange de su inminente disolucion, se apresuró á concluir el convenio de la *Union de Utrecht*, firmado el 29 de Enero de 1579, entre los diputados de Holanda, de Zelanda, de Utrecht, de Groninga, y el gobernador de Güeldres. Estas provincias se unian entre sí en virtud del tratado, conservando cada una sus privilegios é inmunidades particulares; reconocian la libertad de cultos, y se sometian, en cualquiera diferencia que surgiese entre ellas, al fallo de la Asamblea general de la Confederacion, quedando desde entonces separadas del resto de las posesiones de los Paises-Bajos, y tomando el nombre de *Provincias-Unidas*.

Las provincias walonas celebraron al mismo tiempo otro tratado no menos importante en Arras, en oposicion al de Utrecht, y con el cual quedó ratificada la segregacion de estas diez provincias de las siete restantes que lo habian verificado ya.

Guillermo de Orange, que en el convenio de que acabamos de hablar habia evitado cuidadosamente hacer mencion de Felipe II, convocó al año siguiente los Estados generales en Amberes, y les propuso la emancipacion del yugo español como el primer asunto de que debian ocuparse. Dividiéronse los pareceres, si no en la esencia de la cuestion, acerca del sucesor que habian de dar al rey de España, inclinándose los unos por el duque de Alençon, hermano del rey de Francia, y otros por la reina de Inglaterra.

Este paso irritó sobremanera á Felipe II, que no tardó en lanzar un edicto de

proscripcion contra Guillermo de Orange, declarándole perturbador de los Estados y reo de alta traicion; pero convenidos los Estados en la persona del duque de Alençon, que ya lo era de Anjou, fué desposeido el Monarca español en la Asamblea general que se celebró en el Haya, se derribaron sus estatuas, y se suprimió su efigie en la moneda y en todos los documentos públicos.

El duque de Parma seguia ganando algun terreno en las provincias walonas, habiendo logrado sujetar á su poder várias ciudades, y preparándose á recobrar la Flandes y el Brabante. Importábale sobre todo desalojar á los rebeldes de la plaza de Amberes, por donde la Holanda enviaba contínuos socorros á los disidentes brabanzones; pero la escasez y lo reducido de sus tropas, no le permitian acometer la empresa colosal de embestir una de las plazas mas fuertes de aquella época; y así se contentó con apoderarse de los fuertes de Oel y de Lillo, que defendian el Escalda. La indisciplina y la desunion que reinaba entre las milicias encargadas de defender la plaza, combatieron por él, y á pesar de los auxilios de una flota holandesa, y del talento del ingeniero Gianabelli, llegó el momento en que los mismos ambereses, acosados por la falta de víveres, y noticiosos de que Bruselas, Nimega y Malinas, se habian rendido á los españoles, obligaron al Burgomestre á entablar negociaciones con el de Parma, las que dieron por resultado la capitulacion de 15 de Agosto de 1585, por la cual se convino en *tolerar* por espacio de cuatro años el culto protestante, y en permitir, despues de espirado el plazo, que, los que profesasen aquella religion, saliesen de la ciudad llevándose sus bienes.

Flandes y Brabante ofrecian por entonces un cuadro horroroso de ruinas, de pueblos abandonados por sus habitantes, ó escasamente ocupados por infelices víctimas de la miseria y del hambre. Los animales salvajes infestaban las poblaciones, atacando á los hombres y á los niños, y aumentando, con el terror que inspiraban, las atroces angustias de los desgraciados habitantes de aquellas provincias, en otro tiempo tan ricas y pobladas. Las plazas y las calles de Bruselas, de Brujas y de Gante, estaban cubiertas de mendigos que llevaban retratado en el rostro la desesperacion y los tormentos del hambre que los consumia. Sucedió á estas espantosas calamidades otra no menos lamentable. Llenáronse los caminos, los campos y las inmediaciones de los canales y puertos de ladrones, llamados *picorcurs*, los cuales saqueaban los barcos y despojaban á los trajineros. Solo la paz podia remediar este estado tristísimo de cosas; así que, el archiduque Ernesto, al encargarse en 1594 del gobierno de los Países-Bajos, dirigió todos sus esfuerzos á negociar con el Haya.

El advenimiento de Enrique de Navarra al trono de Francia, era una nueva complicacion para el gobernador español, que se vió muy luego acometido en Valenciennes, en Mons, y en Luxemburgo, por las tropas francesas. El conde de Fuentes, que sucedió al Archiduque, consiguió sobre ellos algunas victorias, lle-

gando á penetrar hasta Cambray, pero sin adelantar un paso en el restablecimiento de la paz, de que tan necesitadas estaban las provincias.

El archiduque Alberto, hijo de Maximiliano II, y Cardenal arzobispo de Toledo, que habia ejercido las funciones de virey en Portugal, fué en 1596 á reemplazarle en el gobierno; y para disponer favorablemente á las *Provincias-Unidas* al arreglo de una paz decorosa, consiguió de Felipe II llevar consigo al conde de Buren, hijo de Guillermo de Orange, que habia estado prisionero en España durante veinte y ocho años. Desecharon los Estados del Haya las proposiciones de paz que á su llegada á Bruselas se apresuró á presentar el Archiduque; el cual, desesperado de realizar esta esperanza, volvió su atencion á la invasion francesa que le estrechaba de cerca.

El tratado de paz, ajustado entre España y Francia en Vervins (1598), vino á dar algun respiro á los negocios de Flandes, del cual se aprovechó Felipe II para realizar el matrimonio de su hija doña Isabel con el archiduque Alberto, cediéndole en dote las posesiones de los Países-Bajos, con el ducado de Borgoña, á condicion de que prohibirian en ellos todo comercio con la América española; no consentirian otro culto que el católico, y que, en el caso de morir la Princesa sin dejar sucesion, volverian dichos dominios á ser incorporados á la corona de España. Aceptaron los Estados belgas estas condiciones, con lo que partió el Archiduque para Valencia, dejando encargado del gobierno interino á su tio el cardenal Andrés, y del mando del ejército al almirante de Aragon D. Francisco de Mendoza. Celebróse el matrimonio en 18 de Abril de 1599, poco despues de muerto en el Escorial el rey D. Felipe II; y de vuelta á Bruselas, fueron recibidos los nuevos Soberanos con grande entusiasmo por las poblaciones flamencas.

VIII.

La escasez de dinero continuaba siendo una causa permanente de trastornos en la disciplina de los tercios españoles. Las guarniciones de Calais y de otras plazas de Flandes y de Artois, amotinadas con motivo de la reclamacion de sus atrasos, causaban gravísima inquietud al archiduque, aunque ocurrian por fortuna

C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon. Madrid.



LEOPOLDO LUIS FELIPE

HEREDERO DE BELGICA.



las mismas dificultades á las tropas orangistas, que tampoco andaban muy sobradas de recursos. Despues de vencer, como mejor se pudo, estos obstáculos, encontráronse los dos ejércitos en Newport, librando la famosa batalla en que fué herido Alberto y hecho prisionero el almirante de Aragon, sin que sacasen los holandeses otro resultado de tan importante triunfo que la gloria de haberlo conseguido.

El talento militar de los hermanos Federico y Ambrosio Espínola, genoveses de nacimiento, pero que habian tomado servicio con el rey de España, vino á ser de grandísimo alivio y socorro al Archiduque. El segundo, dirigió el célebre sitio de Ostende, una de las operaciones militares mas famosas de aquel siglo en que el insigne general llamó la atencion de toda Europa por la fecundidad de su genio, y los nuevos recursos con que enriqueció el arte de la guerra en los tres años, tres meses y tres dias que duró el asedio.

La soldadesca, y particularmente las compañías italianas, habian llevado la osadía de sus excesos hasta saquear várias ciudades y hacerse mas temibles para los pueblos que los mismos orangistas. Estas contrariedades, á que no era fácil poner un remedio eficaz, y el aniquilamiento contínuo producido por aquella malhadada guerra, hacia indispensable su terminacion á cualquier precio. Repugnaba, sin embargo, al orgullo español el reconocimiento oficial de la independencia de las ciudades rebeldes, y no sin gran trabajo recabaron los consejeros del Archiduque este sacrificio, encargando de las negociaciones al padre Neyel, religioso recoleto, que desde luego se entendió con Aertssens, secretario de los estados generales del Haya.

Dos eran los puntos que mayor dificultad ofrecian para el arreglo. La prohibicion que imponia la España de comerciar con América, no podia ser consentida por los holandeses, cuyo comercio dependia, en gran parte, de sus relaciones ultramarinas, y en cuanto al libre ejercicio de la religion católica, tampoco se mostraban dispuestos á acceder los disidentes. Cedió por fin la córte de Madrid, respecto al primer punto, y para vencer su obstinacion, respecto al segundo, fué necesario interponer el valimiento del confesor del Archiduque, que salió para Madrid á verse con Felipe III, y que ayudado de vários teólogos eminentes, consiguió tranquilizar la conciencia del rey. A consecuencia de este tratado, (Abril 1609), se firmó una tregua de doce años que permitió á aquel desgraciado país reponerse de sus pasados desastres, despues de sesenta años de guerras y disturbios.

La muerte de Felipe III y la del Archiduque, acaecidas casi simultáneamente, suspendió la renovacion de las hostilidades al espirar el término de la tregua en 1621, como se disponian á hacerlo de una y otra parte. Isabel empuñó con mano fuerte las riendas del gobierno, y auxiliada con los consejos y el talento militar de Espínola que compensaban la pérdida de su esposo, pudo emprender la guerra sin abandonar enteramente la esperanza de un arreglo. En 1633, murió

esta esclarecida Princesa, que, por sus extraordinarias prendas, habia sabido grangearse el cariño de sus súbditos y el respeto de sus enemigos. En virtud del acta de cesion hecha por Felipe II, no habiendo dejado sucesion el Archiduque, volvieron á incorporarse los Países-Bajos á la corona de España.

El cardenal infante, D. Fernando, hermano de Felipe IV, que ya ocupaba el trono español, fué el nombrado para gobernar aquellas provincias en circunstancias muy difíciles, pues á las complicaciones interiores, se habia unido entonces la proteccion que el ministro Richelieu prestaba á los estados de Holanda. Habíase reducido la cooperacion del gobierno francés á un tratado formal, en que se ofrecia la independencia de los Países-Bajos españoles, si coadyuvaban con las armas á la invasion de las tropas francesas y holandesas en su territorio. Los mariscales Chatillon y Brezé, inauguraron la campaña con un triunfo brillante cerca de Avein, apoderándose en seguida de diferentes plazas. El cardenal Infante, no dejó gozar mucho tiempo á los franceses de esta primera victoria, y recobrando las ciudades perdidas, comenzó á llevar lo mejor de la campaña; penetró en Picardía y se acercó hasta las inmediaciones de París, introduciendo la consternacion y el espanto en aquella capital. Mas afortunados los holandeses por mar, consiguieron algunas victorias; entre ellas, la de Dunas, mandada por Van-Tromp, en que quedó destruida toda la armada española.

Durante el gobierno del archiduque Leopoldo Guillermo, hijo del emperador Fernando II, que administró las provincias belgas desde 1647 hasta 1656, se celebró la paz de Westfalia, por la cual reconoció Felipe IV la independencia de la república de las *Provincias-Unidas*, renunciando para sí y sus sucesores todos sus derechos á aquellas posesiones. Desde aquel momento parecia que, removidos los obstáculos que hasta entonces se habian opuesto á una paz duradera, iba á comenzar para la Bélgica una nueva era de tranquilidad y de sosiego, y que España, desembarazada de la perpétua lucha en que habia estenuado sus fuerzas, consumido cuantiosas sumas de dinero, y sacrificado hasta los últimos restos de aquella célebre infantería sin rival en el mundo, entraria en la pacífica posesion de unas provincias á tanto precio conservadas. Pero no fué así. La muerte de Felipe IV habia despertado en el corazon ambicioso de Luis XIV el pensamiento de apoderarse del Brabante y de Limburgo, so pretexto de que correspondia su dominio á su esposa, hija del rey de España, por mas que al recibir su mano hubiese renunciado formalmente á toda pretension sobre los estados de Felipe IV. Un ejército de 35,000 hombres, al mando del célebre Turena, penetró en las provincias belgas, y en brevísimo tiempo se hizo dueño de las principales ciudades y plazas fuertes, añadiendo á estas conquistas la del Franco Condado, que tambien cayó en su poder. Alarmados los holandéses con los rápidos progresos de la invasion extranjera, concertaron una alianza con la Inglaterra y la Suecia, para contener al ejército de Luis XIV, y erigiéndose en mediadoras entre la Francia y la España, propusieron á la última ceder al francés las plazas conquistadas durante

la campaña, ó abandonarle el ducado de Luxemburgo. Aceptó España el primer extremo de esta alternativa, y se firmó el tratado el 2 de Mayo de 1688 en Aquisgran, adjudicándose á Luis XIV, Charleroi, Bing, Ath, Douai, Tournay, Oudenarde, Lila, Armentiéres, Courtray, Bergues y Furnes, y restituyéndose á Felipe IV el Franco Condado.

Antes de la famosa guerra de sucesion, renováronse las calamidades y los desastres en los Países-Bajos españoles, convirtiéndolos en teatro de las operaciones militares de las tropas francesas, con ocasion de la liga formada en 1672 entre la España y el elector de Brandemburgo para socorrer á la Holanda, lucha que terminó por el tratado de Nimega, viniendo á quedar las cosas en el mismo estado que tenian antes de principiar la campaña.

El testamento de Cárlos II encendió, al comenzar el siglo XVIII, el fuego de ambiciosas discordias entre los soberanos de Europa, alarmados los unos con el engrandecimiento futuro de la Francia, y codiciosos otros de conseguir para ellos la pingüe herencia del último descendiente de Cárlos V. La Holanda y las provincias belgas formaron parte de la *Grande alianza* ajustada, en 1701 en el Haya, con Guillermo III de Inglaterra. El gran *pensionario* de Holanda, Heinsius, Malboroug y Eugenio, jefes del ejército coaligado, batieron á los franceses en diferentes encuentros, alcanzando sobre ellos las famosas victorias de Bouchain, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet, obligándolos á solicitar la paz. Resistiéronse los de la liga á entrar en negociaciones hasta que, afirmado Felipe de Anjou en el trono de España por las victorias de Almansa y de Villaviciosa, renunció el archiduque Cárlos á sus pretensiones, y se firmó la paz de Utrecht en 1713.

Entre los diferentes tratados que compusieron el convenio de Utrecht, el celebrado en Amberes, que se conoce por el *tratado de la Barrera*, adjudicó las provincias belgas al emperador de Alemania Cárlos VI, tomando desde entonces el nombre de *Países-Bajos austriacos*. Esta cesion, humillante para la Bélgica, despertó el encono que siempre habian abrigado aquellos pueblos contra sus opresores los holandeses y austriacos, y produjo en 1717 un levantamiento general, que pudo reprimir, no sin grandes esfuerzos, el marqués de Prie, encargado del gobierno por ausencia del príncipe Eugenio.

Una nueva serie de disturbios estaba reservada á estas maltratadas provincias durante la guerra de 1740, que tuvo por objeto disputar la corona de Cárlos VI á su hija María Teresa, llamada á sucederle por la pragmática de 1725, aprobada por consentimiento de todos los gabinetes. El mas temible entre los adversarios de María Teresa, era Luis XV de Francia, que penetró en los Países-Bajos austriacos, y ocupó, en 1744, á Menin, Iprés y Furnes. El mariscal de Sajonia, uno de sus generales, ganó la célebre batalla de Fontenoy, con lo que se rindieron al ejército francés las demás plazas de alguna consideracion, quedando dueño de todo el territorio en el año de 1748, á consecuencia de la batalla de Rocoux y la toma de Maestricht. El tratado de Aquisgran, celebrado el mismo año, y por el cual se re-

novaron todos los demás tratados posteriores al de la paz de Westfalia, puso término á esta guerra, devolviendo á la emperatriz María Teresa los dominios de la Bélgica, y á la Holanda las ciudades que habian caido en poder de la Francia. Hasta 1780 gobernó esta Princesa las provincias belgas con extraordinario tacto y en medio de las simpatías de sus súbditos, para cuyos intereses fué su reinado una de las épocas mas memorables y propicias.

Pasaron, con la muerte de María Teresa, el trono imperial y demás posesiones á su hijo José II, príncipe un tanto visionario, y á quien las nuevas ideas filosóficas, que dominaban entonces el siglo, arrojaron en la senda de impremeditadas reformas, así políticas como religiosas. Sin tener en cuenta las tradiciones y costumbres de los pueblos belgas, ni el apego, hasta cierto punto fanático, que conservaban á sus antiguos privilegios, quiso introducir innovaciones peligrosas en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, publicando vários edictos que cambiaban esencialmente la disciplina eclesiástica, y supeditaban el poder espiritual de los obispos al poder temporal de la corona. Las órdenes religiosas y los prelados quedaron exentos, los primeros de la jurisdiccion de sus superiores residentes en el extranjero, y á los segundos se les prohibia acudir al Papa para las dispensas matrimoniales, y se les mandaba concederlas de su propia autoridad. En el órden político quiso asimismo regenerar las fórmulas judiciales por medio de un edicto, y uniformar la jurisprudencia general á despecho de las leyes y costumbres vigentes; dividió las provincias belgas en nueve círculos ó distritos, conforme al sistema seguido en Austria, cuyo mando se confiaba á otros tantos intendentes; y, por último, se reservó el nombramiento para los oficios públicos, el cual habia pertenecido siempre á las corporaciones populares, en uso de los privilegios de las ciudades.

Las representaciones y las súplicas de los Estados provinciales no consiguieron detener á José II en el imprudente camino que seguia. Para salirse resueltamente del órden constitucional, solo le restaba por violar una prerogativa que habia sido respetada hasta por el mismo Cárlos el *Temerario*, el Príncipe menos dispuesto á dominar sus pasiones y á depender del voto de los Estados. Esta prerogativa popular era la de votar los subsidios. Los estados de Brabante y de Hainaut se negaron á concederlos, y el Emperador prohibió convocarlos en lo sucesivo, añadiendo que, rotos con esta negativa los lazos que unian al Emperador con las provincias, se consideraba libre de sus juramentos y de todas las obligaciones que al ocupar el trono habia contraido con el pueblo belga.

Esta fué la señal de la guerra civil, á cuyo frente se pusieron el abogado de Bruselas Vandernoot, Vonck y Vandermesch, llevando por lema en las banderas *pro aris et focis*, por la religion y por la patria. Con vária suerte luchó la revolucion contra el ejército austriaco, mandado por el general Alton y el conde de Trautmansdorf hasta 1789, que reunidos los insurrectos en Bruselas, celebraron un Congreso, á que concurrieron diputados de Brabante, de Flandes, del Hainaut, de Namur, de Malines, de Güeldres y de Lainbourg, y proclamaron la in-

dependencia de la Bélgica y su emancipacion del dominio de los austriacos, á cuya acta se dió el nombre de *Conferencia de Bruselas.*

Muerto en aquellos momentos el emperador José II, su sucesor Leopoldo, ansioso de sofocar la revolucion, ofreció restituir las cosas al estado que tenían en tiempos de María Teresa, anulando todas las reformas é innovaciones introducidas por el gobierno de José. Pero enorgullecidos los insurrectos con el aspecto favorable que tomaban sus pretensiones, se negaron á ceder, con lo que renovaron los austriacos sus esfuerzos, y pusieron en fuga á Schoenfeld y á Vandernoot, principales jefes de la rebelion, rindiéndose casi sin resistencia las ciudades, y volviendo á quedar toda la Bélgica sujeta al dominio del emperador de Austria. No desapareció, sin embargo, el espíritu sedicioso que agitaba á aquellas provincias, y aunque comprimido por la fuerza durante algun tiempo, volvió á inflamarse de nuevo en Brabante con ocasion de un edicto imperial que declaraba nulos todos los empleos y beneficios eclesiásticos otorgados mientras las revueltas. La muerte de Leopoldo, despues de un cortísimo reinado de diez y ocho meses, puso en manos de su hijo Francisco II la corona imperial de Alemania en Marzo de 1792, cuando ya comenzaba á agitarse la Francia con los primeros síntomas de una revolucion que habia de cambiar el estado político del mundo.

El poder del infortunado Luis XVI pertenecia á una asamblea que le imponia las leyes á su antojo, y que declaró la guerra al emperador Francisco como uno de los signatarios de la alianza firmada en Pilnitz entre el Austria y la Prusia para comprimir la revolucion francesa.

Despues de la batalla de Valmy, ganada por Kellerman sobre los prusianos, penetró el general Dumouriez en la Bélgica el 25 de Octubre de 1792 por Valenciennes, acompañado de los generales Valence, Harville y Labourdonnaie, y el 6 de Octubre ganaba la célebre batalla de Jemmapes contra el príncipe Saxe-Coburgo, con lo que se hizo dueño de los Países-Bajos, que quedaron libres del yugo austriaco. Mas á pesar de las protestas de la Convencion de que les sería reconocida su independencia, fueron incorporados á la Francia, sujetos á sus leyes, y divididos en nueve departamentos, que se consideraban como parte integrante de la república.

En 1793 recomenzó el príncipe Coburgo, auxiliado por tropas inglesas, la campaña contra el ejército republicano, aunque con igual desgracia, porque, batido en diferentes acciones, fué por último derrotado completamente por Jourdan en la batalla de Fleurus, quedando sometida toda la Bélgica al pabellon tricolor.

Durante el imperio, continuó la Bélgica en el mismo estado, siendo impasible espectadora de la reunion de la Holanda al cetro de Bonaparte, despues que su hermano Luis hubo abdicado la corona de aquel reino.

En 1814, cuando el poder de Napoleon estaba para sucumbir ante la Europa coaligada, volvióse á prometer á la Bélgica el reconocimiento de su independencia, y un lugar, aunque modesto, entre las naciones modernas. El art. 6.° del

tratado de París burló, sin embargo, tan legítimas esperanzas, y el pueblo belga, como la Sajonia, Génova y Polonia, fué destinado á aumentar el territorio de otras monarquías. El congreso de Viena, al encargarse de la ejecucion de las bases del referido tratado, resolvió que todas las provincias que antes de la revolucion del siglo XVI componian los Países-Bajos españoles, á excepcion del ducado de Luxemburgo, formasen en lo sucesivo un solo cuerpo político, bajo el dominio de la casa reinante en Holanda, cuyo jefe tomaria los títulos de Rey de los *Países-Bajos Unidos*, Príncipe de Lieja y gran Duque de Luxemburgo. El baron de Vincent, que gobernaba la Bélgica en nombre del Emperador de Austria desde la salida de Napoleon para la isla de Elba, recibió órden de entregar aquellas posesiones á Guillermo de Holanda, dando así cumplimiento á la resolucion del Congreso.

La vuelta inesperada de Napoleon llenó de sobresalto á todas las potencias, y durante el gobierno de los Cien dias, volvieron á prepararse para la guerra los mismos que, entregados á las dulzuras de la paz, se repartian entre sí los despojos del triunfo en las orillas del Danubio. Esta peripecia estuvo á punto de hacer fracasar la union de los dos pueblos, decretada por los plenipotenciarios de Viena. Luis XVIII, sin ejército, y sin recursos para defender su capital, fué á abrigarse bajo las banderas de la coalicion en Bélgica, cuyos campos estaban destinados por la Providencia á servir de sepulcro al dominador del mundo.

Despues de la batalla de Waterloo renació la tranquilidad entre los príncipes de Europa, y el monarca de los Países-Bajos solo pensó en organizar el nuevo reino, sometiendo al voto de los belgas y holandéses el pacto fundamental que debia regirlos. Era, sin embargo, muy difícil amalgamar los elementos heterogéneos que constituian la nacionalidad de cada uno de estos pueblos distintos en carácter, diferentes en costumbres, incompatibles en creencias religiosas y opuestos en intereses políticos. El rey Guillermo, en vez de dedicarse á extinguir el gérmen de la division, inclinó la balanza de la justicia y el escudo de su proteccion hácia el país que le vió nacer, creyendo, tal vez, que el largo período de dominacion extranjera á que habian estado sometidas las provincias belgas, bajo el yugo de España, del Austria y de la Francia, habria extinguido todo sentimiento de independencia y dignidad en el corazon de sus hijos.

Poco á poco fué creciendo el disgusto entre todas las clases hasta tomar proporciones alarmantes. Una de sus manifestaciones mas graves, fué la liga que, con el título de la *Union*, formaron los *católicos* y los *liberales* belgas, aspirando los primeros á conseguir por ella la libertad de conciencia, y la libertad de opiniones los segundos. Tuvo orígen esta alianza singular en el apoyo que habian prestado los católicos á la prensa perseguida por el ministerio Van-Maanen, á cuyo servicio correspondió el partido liberal, tomando la defensa de sus nuevos aliados contra las tendencias, mal encubiertas del monarca, á *protestantizar* al clero católico, por medio de reglamentos concernientes á la instruccion eclesiástica. De todos

modos, la *Union católico-liberal*, reunidos sus medios de combate, emprendió una guerra sin tregua ni descanso contra el gobierno holandés, que, ciego ó mal aconsejado, resistió con la fuerza á lo que debia combatir con la prudencia y con un nuevo sistema de política.

En esta lucha sorda y fatigosa para entrambos contendientes, vinieron á sorprenderlos los sucesos que, en Julio de 1830, lanzaron á Cárlos X del trono de Francia. Tan luego como fueron conocidos en Bruselas, comenzaron á agitarse los ánimos y á concebirse por todos la esperanza de recobrar una nacionalidad negada desde hacia tantos siglos al patriotismo de los belgas. Algunas medidas imprudentes por parte del gobierno vinieron, como sucede casi siempre, á acelerar el momento de la rebelion. El 25 de Agosto, con ocasion de representarse la ópera de Aubert titulada la *Muda de Portici*, alborotándose vários jóvenes á la salida del teatro, y en pocos instantes reunidos á ellos algunos grupos de artesanos y otras gentes del pueblo, se dió el grito que debia concluir con la dominacion extranjera, y echar los cimientos de una nueva monarquía constitucional en Europa. No tuvo este primer motin el privilegio de hacerse sin excesos y sin el derramamiento innecesario de la sangre de algunos infelices. Atajó, sin embargo, los primeros la guardia cívica organizada súbitamente por la autoridad municipal, y la prudencia de los generales impidió lo segundo, haciendo retirar de Bruselas las tropas holandesas.

Pasados los primeros momentos, y nombrado un gobierno provisional compuesto del baron de Hooghvorst, de Cárlos Rogier, del conde Félix de Merode, de Gendebien y de Van de Weyer, fué preciso pensar en dar direccion al movimiento nacional. Era urgente resolver: Primero: Si una vez llamada la Bélgica á ser un estado independiente, habia de dársela una organizacion monárquica ó republicana. Segundo: Si debia ó no pronunciarse la exclusion de la casa de Nassau. Una comision nombrada por el gobierno provisional redactó un proyecto de constitucion, y decidió, por una mayoría de *ocho* votos contra *uno*, que la forma de gobierno sería monárquica. En tan apuradas circunstancias, y cuando el partido nacional habia ganado sobre sus enemigos las victorias de Walhem y de Berchem, y tomado á Amberes, el rey Guillermo invocaba cerca de las potencias extranjeras las disposiciones de los tratados de París y de Viena que constituyeron el reino de los Países-Bajos Unidos. Al principiar el mes de Noviembre de 1830, se abrieron en Lóndres las conferencias diplomáticas acerca de la cuestion holando-belga, que dió por resultado la intimacion á ambos países de cesar las hostilidades. El gobierno provisional aceptó el armisticio, y el mismo dia se abrió el Congreso nacional, el cual proclamó solemnemente y por unanimidad la independencia del pueblo belga, sin perjuicio de las relaciones del Luxemburgo con la Confederacion germánica. En cuanto á la forma de gobierno, solo 13 votos se pronunciaron en favor de la *República*, y 174 por la *Monarquía hereditaria* y *constitucional*.

Tan luego como tuvo que proceder el Congreso á la eleccion del Jefe del estado, presentáronse, ó mejor dicho, fueron proclamados dos nombres, el del *duque de Nemours*, hijo de Luis Felipe, y el del *duque de Leuchtenberg*, hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais. El primero obtuvo la mayoría de votos, pero su augusto padre rehusó la corona con que se brindaba á su hijo, y cuya aceptacion, en su sentir, podia acarrear gravísimos trastornos sobre la Bélgica, y difíciles complicaciones á la Francia. Entretanto, para concentrar la autoridad y precaver el desbordamiento de las pasiones políticas, fué elegido, el 24 de Febrero de 1831 el baron Surlet de Chokier regente interino del reino.

El nombre del príncipe *Leopoldo de Sajonia-Coburgo* comenzó entonces á pronunciarse con simpáticas muestras de adhesion, y en breve tiempo llegó la opinion pública á designarle como el candidato mas digno y aceptable para la noble mision de fundar una augusta dinastía.

Leopoldo-Jorge-Cristian-Federico, duque de Sajonia y príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha, habia nacido el 16 de Diciembre de 1790 en la ciudad de Coburgo. Las brillantes cualidades de carácter que le adornaban, su educacion literaria y sus profundos conocimientos militares, le habian hecho un lugar distinguidísimo en el ejército del Czar, á cuyas órdenes siguió la campaña contra Napoleon, tomando parte en los principales hechos de armas de aquella memorable guerra, con una division de caballería que se habia puesto á su mando. En 1814, despues de la entrada de los aliados en París, acompañó el jóven general al emperador Alejandro hasta Lóndres, en donde conoció á la princesa Carlota, hija del Príncipe de Gales, Regente á la sazon de la Gran Bretaña, por el estado de demencia del rey Jorge III. Entre los diversos pretendientes á la mano de esta princesa, fué Leopoldo el preferido; pero la muerte le arrebató muy pronto á su jóven esposa, y con ella el precioso fruto que llevaba todavía en sus entrañas.

Las potencias que intervinieron en los asuntos del pueblo Heleno, hasta conseguir su emancipacion del yugo otomano, habian brindado en 1830 al príncipe Leopoldo con la corona de Grecia; pero razones de dignidad en el órden político, le hicieron rehusarla con noble abnegacion, y preferir el retiro y la independencia en su palacio de Clermont. Allí fué á buscarlo la Bélgica guiada por el poderoso instinto que conduce á los pueblos hácia el cumplimiento de sus destinos, y mas afortunada que los griegos, le encontró dispuesto á admitir el trono que ocupó definitivamente el 21 de Julio de 1831, en medio del entusiasmo de todas las clases del Estado.

A este acto solemne y espontáneo de todo un pueblo, contestó el rey de Holanda con una protesta, manifestando ante la conferencia de Lóndres, que si el príncipe Leopoldo tomaba posesion del trono, no podria menos de considerarlo como colocado en una posicion hostil y como un enemigo declarado. El 2 de Agosto rompieron repentinamente los holandéses las hostilidades. Los belgas, confiados en el armisticio del 21 de Noviembre, garantizado y en cierto modo im-

puesto por la Conferencia de Lóndres, no se encontraban dispuestos para una resistencia enérgica contra el ejército holandés, superior en número, en disciplina é instruccion. Acudió el gobierno de Leopoldo á la Francia, haciéndole presente la agresion que se preparaba, y el Ministerio de Casimiro Perier anunció inmediatamente á la Europa, que un ejército de cincuenta mil hombres, á las órdenes del mariscal Gerard, y acompañado de los jóvenes duques de Orleans y de Nemours, iba á defender la causa de la libertad belga. La toma de la ciudadela de Amberes, defendida por el general Chassé, y la oficiosa intervencion de la diplomacia inglesa, despues de algunos combates, pusieron término, por fin, á la sangrienta campaña de 1831.

El 9 de Agosto de 1832 se celebró en Compiegne el augusto enlace de Leopoldo con la princesa Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe, dechado de virtudes y de nobleza con que la Providencia quiso bendecir la nueva dinastía belga y afianzar los destinos del reino.

Hasta 1839 duraron todavía las negociaciones entre Bruselas y el Haya, por medio de los gabinetes de Londres y París, sin producir resultado alguno decisivo; pero impidiendo, sin embargo, el rompimiento de las hostilidades. Y si el año que acabamos de citar, perdida toda esperanza por parte de Guillermo, de armar á la Europa en favor de sus pretensiones, exigió repentinamente la ejecucion del tratado que fijaba el respectivo territorio de la Bélgica y la Holanda, á cuyos deseos coadyuvaron las potencias, á pesar de oponerse á ello el pueblo belga, quedando con esto definitivamente resuelta la cuestion entre las dos naciones.

Sería alargar demasiado las proporciones de este artículo describir, aunque sumariamente, el rápido progreso que, bajo el gobierno paternal, prudente y entendido de Leopoldo I, han experimentado en la Bélgica la administracion pública, los intereses materiales, las ciencias y las artes. Rival, aunque modesta, de la Inglaterra, en las grandes industrias y en las manufacturas con que esta poderosa nacion alimenta el comercio del mundo; émula discreta, y alguna vez afortunada, de la Francia, en las producciones artísticas y en el cultivo de las artes liberales, la Bélgica tiene hoy dia un lugar elevado entre las naciones, á que no podria pretender, ni por lo reducido de su territorio, ni por la posicion geográfica que ocupa.

Entregada al desarrollo de sus elementos de riqueza; guardada por el buen sentido de sus habitantes y por la sabiduría del Monarca, la revolucion de 1848, que hizo vacilar tantas coronas, pasó sobre la Bélgica sin conmover los cimientos del trono constitucional de Leopoldo. Entonces profirió aquellas nobles palabras que la historia trasmitirá á las generaciones futuras como ejemplo de abnegacion, de patriotismo y de lealtad. «Si soy un obstáculo, dijo el Rey á la nacion en aquellos críticos momentos, para vuestro reposo y vuestra felicidad, estoy pronto á abdicar, y alejarme de aquí con toda mi familia.» El pueblo contestó con

un vivo agradecimiento, identificándose mas y mas la existencia de la dinastía con la vida social del afortunado país que le es deudor de su prosperidad y su reposo.

Hace poco que un nuevo acontecimiento acaba de estrechar este precioso vínculo entre la dinastía y la nacion belga. El matrimonio del príncipe real Leopoldo-Luis-Felipe, duque de Brabante, declarado mayor de edad en 9 de Abril de 1853, y casado el mismo año con la archiduquesa María Enriqueta de Austria, promete, con la bendicion del cielo, perpetuar esta noble familia para felicidad de la Bélgica. Ojalá que á ejemplo de su augusto jefe Leopoldo I, puedan repetir sus ilustres descendientes: *Je n'ai desire le pouvoir que pour faire le bien, et un bien qui reste* (1).

Madrid: Agosto de 1854.

F. Millan y Caro.

(1) Carta del Rey en 22 de Abril de 1831.

FEDERICO GUILLERMO IV.



REY DE PRUSIA.

PRUSIA.

FEDERICO GUILLERMO IV.

I.

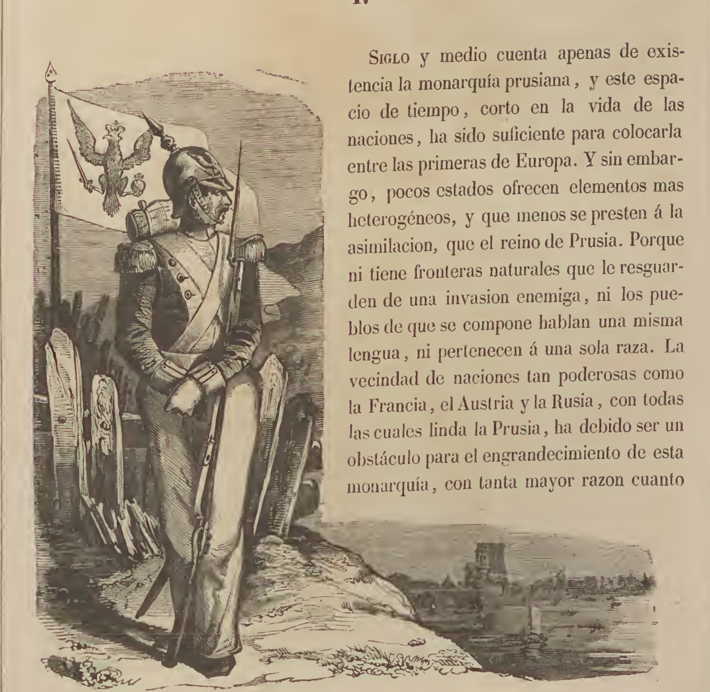
[illegible]



PRUSIA.

FEDERICO GUILLERMO IV.

I.



Siglo y medio cuenta apenas de existencia la monarquía prusiana, y este espacio de tiempo, corto en la vida de las naciones, ha sido suficiente para colocarla entre las primeras de Europa. Y sin embargo, pocos estados ofrecen elementos mas heterogéneos, y que menos se presten á la asimilacion, que el reino de Prusia. Porque ni tiene fronteras naturales que le resguarden de una invasion enemiga, ni los pueblos de que se compone hablan una misma lengua, ni pertenecen á una sola raza. La vecindad de naciones tan poderosas como la Francia, el Austria y la Rusia, con todas las cuales linda la Prusia, ha debido ser un obstáculo para el engrandecimiento de esta monarquía, con tanta mayor razon cuanto

que aquellas se hallaban ya formadas y robustas cuando la Prusia comenzaba á vivir. A pesar de estos obstáculos, la monarquía prusiana es hoy una de las mas poderosas del Norte, y forma un cuerpo compacto y fuerte; porque si Dios ha negado á aquellos países la fertilidad y defensa de que otros se hallan dotados, les ha concedido en cambio una de las mayores gracias que suele conceder á los pueblos; la de ser gobernados por príncipes hábiles ó justos. El reino de Prusia es obra exclusiva de sus monarcas, quienes, á fuerza de habilidad, prudencia y genio, supieron hacer de un pequeño electorado un gran reino, que hoy extiende sus confines desde el Rhin al Vístula, desde el Báltico á la Sajonia.

A la casa de Hohenzollern debe la Prusia el hallarse colocada entre las naciones de primer órden. Guiados los monarcas de esta dinastía, por el pensamiento dominante de llevar el estado á mas alto punto de prosperidad que el que tenía cuando ellos ocuparon el trono, han sabido aprovecharse de todo cuanto podia serles útil para este propósito. Paz, guerra, alianzas, matrimonios, confiscaciones, tratados cumplidos ó violados, todo les ha servido para encumbrarse. Activos, vigilantes, económicos, circunspectos, atrevidos, siempre á tiempo, inteligentes y previsores, tales han sido los príncipes que desde el siglo XVII vienen reinando en aquella monarquía.

Colocado el reino de Prusia entre otros grandes y belicosos, se halló siempre comprometido en sus discordias y guerras; pero tales elementos, que debieran haber causado la ruina de la nacion y su absorcion por cualquiera de las que le rodeaban, fueron en manos de los grandes monarcas prusianos otras tantas causas de elevacion y prosperidad. Conociendo con admirable prevision de qué parte estaban la fuerza y la fortuna; adivinando el momento en que estos inconstantes aliados habian de abandonar á quien hasta entonces favorecieran, ora uniéndose á la Suecia contra la Polonia, ora á esta república contra Cárlos X y Cárlos XII, ora á la Rusia y al Austria contra los polacos, en todas ocasiones supo la Prusia sacar partido, así de las victorias como de los reveses de sus aliados; en todas supo adquirir una piedra mas que consolidase el edificio de su nacionalidad. Y administradora prudente y sábia, al par que valiente conquistadora, procuró siempre atraerse la aficion de las provincias que con las armas ó las negociaciones agregaba á sus estados, por medio de leyes sábias, de cuidados solícitos y de medidas paternales, porque conocia, mejor que nacion alguna ha conocido, que no se conquista un estado sino conquistando el corazon de sus habitantes. Así fué, que pocas veces ó ninguna se vió en Prusia el levantamiento de las provincias anejadas, contra la metrópoli, ni aun con la facilidad que casi siempre tuvieron de ser auxiliadas por las armas extranjeras, antes bien pelearon muchas veces estos nuevos súbditos como los mas amantes de la bandera de los Federicos, como si desde remotos tiempos hubiesen formado parte de la nacion prusiana y como si fuesen los mismos su pasado y porvenir. Verdad es que los hábiles monarcas prusianos sujetaron siempre sus planes á sus medios y necesidades, y no adquirieron nunca lo

que no les convenia adquirir, lo que sabian que no habian de poder conservar. Esta admirable prevision resalta en la vida de casi todos aquellos monarcas. Conocen que solo la fuerza puede hacerles respetables á sus velicosos vecinos y ponerles en estado de aprovecharse de las circunstancias, y crean un ejército permanente, numeroso, aguerrido y disciplinado, cuyos principales jefes é instructores son ellos mismos: hacen de la Prusia una nacion guerrera porque la fuerza habia dado el ejemplo de lo que pueden las armas y disciplina, y aprenden ellos mismos aquel arte difícil para ser como Gustavo Adolfo, Cárlos X y Cárlos XII los árbitros de Alemania. Así, á fuerza de tenacidad y paciencia, lograron aquellos monarcas elevar piedra á piedra el edificio de su poder y crear una monarquía de quince millones de almas en el mismo sitio en que en 1640 existia solo un miserable ducado arrasado por la guerra de los treinta años y poblado apenas por algunos millares de habitantes. Estudiar, comprender é imitar lo que era digno de estudio é imitacion, investigar las causas, preveer los efectos, y saber aprovecharse de ellos ha sido la tarea de los reyes de Prusia; tarea que ha dado por resultado elevar el electorado de Brandemburgo al rango de una de las principales naciones de Europa.

La historia de Prusia, es, sin duda ninguna, la apolojía de la monarquía; pero tampoco puede darse ejemplo que mejor pruebe la ineficacia de la autoridad absoluta de los reyes, por buenos que sean, para hacer la felicidad de sus pueblos. Pueden estos llegar al mas alto grado de gloria y poderío, cueste lo que les costare, durante la aparicion mas ó menos prolongada de un jenio poderoso; pero de seguro caen rápidamente luego de terminada la dominacion de aquel grande hombre; porque aquel desarrollo súbito nunca es natural y lleva en sí mismo los gérmenes de corrupcion que mas adelante han de producir funestos males. Esto sucedió á la Prusia despues de la muerte de Federico II; decayó, perdió su fuerza y llegó á tal punto, de que Mirabeau pudiese compararla en su *Historia secreta* con un fruto podrido antes de llegar á madurez: *Pourriture avant maturité.*

La libertad política habia tomado en el reinado de Federico II mayor ensanche que en otros estados mas independientes, gracias á la mejor reparticion de los impuestos, al restablecimiento de la libertad individual, á la supresion de la esclavitud y á otras benéficas causas; pero carecian de instituciones capaces de hacer duradera su felicidad. Faltábale llevar á cabo la supresion de la distincion de clases, faltábale introducir una jurisprudencia mas ilustrada, desterrar las antiguas instituciones esparcidas en cuarenta códigos diferentes; faltábale, sobre todo, dar al ejército una nueva organizacion que no hiciese de él un cuerpo separado por completo de los ciudadanos, y entregado esclusivamente á una orgullosa nobleza; faltábale, en una palabra, arrancar las raices del antiguo réjimen feudal que se habian adherido á su suelo; pero esto no lo podia hacer la monarquía, y fué necesario que el pueblo interviniese en ello.

Pocos años despues de la muerte de Federico II vino á conmover á la Europa la revolucion francesa, y tras de aquella república apareció en la escena política Napoleon Bonaparte. Su aparicion causó un trastorno general en el mundo; las naciones todas se humillaron ante él y no fué la Prusia la que menos sufrió los efectos de su ambicion. Bonaparte se ensañó con la patria de Federico como si le pesase la gloria de aquel héroe, y cuando la Prusia, humillada y abatida, quiso sacudir aquel ignominioso yugo, no consiguió sino hacerle mas pesado y vergonzoso. Entonces se vió en aquella nacion un suceso raro y digno de servir de ejemplo á todas las demás naciones. La Prusia, que tanto debia á sus monarcas, que contaba sus glorias por las de sus reyes, desoyó ahora aquella voz poderosa y respetada, y fué necesario para sacarla de su peligroso letargo otra voz mas poderosa, la voz de la libertad; la única que pudo moverla á levantarse en masa contra el invasor. Fué necesario que Federico Guillermo la prometiese nuevas instituciones que la colocasen en armonía con las ideas de aquella generacion, y entonces la Prusia toda, á impulsos de su noble sentimiento de independencia, se levantó contra Napoleon. No la desanimaron los primeros reveses, siguió luchando con enerjía y logró fijar la atencion de toda la Alemania, que la consideró como el baluarte de su independencia. El prudente Federico Guillermo procuró dar calor á este sentimiento nacional y para asentar su poder sobre bases mas sólidas, se aplicó á una reorganizacion completa de todos los ramos de la administracion pública; reformó abusos, emancipó á los labradores de toda opresion feudal, otorgó fueros municipales y dió una organizacion mas nacional al ejército. Por este medio consiguió entusiasmar á la nacion, espulsar á los invasores y asentar los cimientos de un admirable edificio político. Es verdad que prometió mas de lo que hizo y que el reino de Prusia ha carecido hasta estos últimos tiempos de un sistema representativo, apesar de las promesas de aquel monarca; pero el pueblo prusiano, agradecido á los beneficios que le debia, se contentó, por entonces, con los fueros municipales y provinciales y no se quejó de la falta de fé de Federico Guillermo. El elemento popular y el monárquico han estado casi siempre hermanados en Prusia y han coadyuvado en gran manera á la prosperidad de aquella nacion. Varias veces, sin embargo, se ha apartado la Prusia de esta sábia marcha, y en particular en estos últimos tiempos ha observado una mal calculada conducta que tal vez sea, andando el tiempo, motivo de sérias calamidades para la nacion. La particion de la Polonia es el mas peligroso de estos pasos impolíticos y, al llevar á cabo aquella injustísima y vandálica usurpacion, se unió la Prusia estrechamente á una causa que impide su desarrallo político y puede mezclarla en vergonzosas y aventuradas empresas.

Pero si los monarcas prusianos cometieron graves errores en política, en cambio debe confesarse que han sabido dar á su nacion un gran impulso en las ciencias y en las artes. Su sistema, en esta parte, es admirable. Considerando la industria como una fuerza social se han servido de ella para asegurar el influjo

de su nacion sobre todas las otras de Alemania, y han conseguido por medio del Zollverein crear un imperio mercantil cuyo cetro se han reservado. De este modo engrandece la Prusia por la industria durante la paz, como engrandeció por las armas en la guerra. Por estos pasos ha llegado al mas alto grado de prosperidad que puede alcanzar nacion alguna. Débelo principalmente al buen gobierno de sus monarcas que, iniciándola gradualmente en las libertades civiles, la han preparado para las libertades políticas; pero hoy se halla ya en estado de caminar rápidamente por esta misma senda á impulsos solo de la libre espansion del carácter nacional.

En el carácter de esa série de monarcas, que rápidamente presentaremos á la vista de nuestros lectores, podrá estudiarse de qué manera llegó la Prusia á ser lo que hoy es. Sus príncipes, educados muchas veces en la adversidad, supieron aprovechar las lecciones de este excelente maestro y cumplieron dignamente la mision que á los reyes está encomendada.

II.

Digno es de estudio el modo con que la Prusia y el Brandemburgo, sin importancia política al principio, llegaron luego á ser tan respetables, y á formar una sola nacion jóven y llena de vida bajo el cetro de la casa de Hohewsolleru. Pero al tratar esta parte de la historia de Prusia, no sabemos si fijarnos en la Prusia, propiamente dicha, en la órden Teutónica ó en el Brandemburgo. La primera fué el núcleo de la monarquía prusiana ó la que, cuando menos, dió su nombre; la segunda llevó allí sus leyes y sus armas y la dió carácter de nacion; el tercero absorvió luego en sí estos estados y formó lo que hoy se conoce con el nombre de monarquía prusiana. No pudiendo ocuparnos simultáneamente de estos tres elementos, seguiremos la historia del primero de ellos y echaremos una breve ojeada retrospectiva sobre la de los demás luego que vayan figurando en nuestra historia. El orígen de la Prusia está, como el de otras muchas naciones, envuelto entre tinieblas; la historia de sus primeros años no se halla reproducida mas que en tradiciones fabulosas y oscuras. Los Godos ocuparon aquellas rejiones cercanas al Báltico y de ellas salieron para invadir el Occidente y concluir con el caduco imperio romano. A su vez otros pueblos, venidos del Septentrion, ocuparon las comarcas que aquellos habian abandonado. La mayor parte de esta jente formaban un pueblo misto Vendo-gótico distinguido en el nombre de *Pruezi* ó *Porusi*, venido de las orillas del Vístula: existia en él la distincion de clases, y era su gobierno una especie de teocracia com-

puesta de sacerdotes y sacerdotisas muy respetada por aquellos pueblos ; razon por la cual costó mucho reducirlos al cristianismo. Acometieron esta empresa las naciones vecinas y en particular la Polonia ; pero aquel pueblo, medio salvaje y guerrero, rechazó tenazmente sus esfuerzos, y aun llegó á intimidar á los polacos de modo que estos consideraron necesario pedir auxilio á la órden Teutónica. Conrrado de Masovia, rey de Polonia, llegó en efecto á llamar á los caballeros de aquella órden valerosa á quienes concedió en 1226 en toda propiedad una parte del territorio bañado por el Vístula, cuya donacion fué confirmada por el emperador Federico II y por el Papa Gregorio IX. Era la órden Teutónica una de las mas ilustres del tiempo de las Cruzadas; habíase distinguido en Oriente y prestado señalados servicios contra los infieles; pero arrojada al fin de los establecimientos que fundara en Niente, se vió obligada á volver á Europa y se estendió muy particularmente por toda Alemania. Aprovechándose luego de las querellas suscitadas entre las potencias del Norte por la posesion de la Livonia, adquirió esta provincia. incorporándose con los caballeros Portaespadas, y estendió su dominio por todas aquellas comarcas. Con este afan de engrandecerse no es estraño que admitiese las proposiciones de Conrrado y se estableciese en el territorio que se le cedia, comenzando desde entonces entre ella y las tribus prusianas una lucha perpétua y sangrienta que la Orden sostuvo en nombre de la religion ; pero que nada tuvo de evanjélica. Apoderáronse los invasores de la ciudad de Thorn y la convirtieron en capital de sus nuevos estados que sucesivamente fueron aumentándose hasta formar una estensa provincia en la que apenas se percibian ya restos de la poblacion indíjena destruida cuasi por completo en cincuenta y tres años de guerra sin perdon ni tregua. Las pocas tribus prusianas, que aun quedaban, se sometieron á la Orden y acabaron por confundirse con ella, abrazando muchos de sus nobles el cristianismo y vistiendo el hábito del caballero. Hubo todavía algunas sublevaciones producidas por el amor á la patria, pero fueron sofocadas por los caballeros, quienes hicieron construir muchos castillos que les asegurasen para en adelante la posesion del país.

Estos acontecimientos tuvieron importantes consecuencias para todas las comarcas del Báltico. La Alemania llevó su civilizacion á las provincias recien conquistadas y las dió su lengua, costumbres y comercio. Fundáronse en poco tiempo ciudades á las cuales se concedian privilejios importantes, y en breve fué tan completa la revolucion que apenas se hallaban en algunas apartadas aldeas restos de la antigua poblacion prusiana. La órden Teutónica estendió su dominio sobre las dos riveras del Vístula y desde las fronteras de la Polonia hasta el mar del Norte. Sus grandes maestros sometieron toda la Ponorania Oriental, y en 1309 uno de ellos llamado Siegfried de Tentwagen estableció en Marienburgo la sede y residencia de la Orden que hasta entonces habia estado en Venecia. Desde este momento prosperó la Orden estraordinariamente. Asegurados de toda agresion de la Polonia por el tratado de Kalisck, celebrado en 1343, atacaron los caballeros

la Lituania y sostuvieron por espacio de cinco años una lucha cuyo objeto principal era la posesion de la Jamsjitia. Con esta política ambiciosa llegó la Orden á un alto grado de prosperidad y de poder. Habia sometido la Ponorania Oriental, el Newmarlk, la Jamsjitia, la Curlandia y la Livonia. Su territorio, cubierto de ciudades opulentas, estaba poblado por industriosas colonias alemanas que habian llevado allí la civilizacion y costumbres de las ricas ciudades anseáticas. Estendió sus confines desde el Oder á lo largo de las costas del Báltico hasta el golfo de Finlandia. Y en 1414 poseía sobre una superficie de 1200 millas cuadradas cincuenta y cinco ciudades muradas, cuarenta y ocho castillos pertenecientes á la Orden, sólidamente construidos, y cien castillos pertenecientes á la nobleza, igualmente bien fortificados. Su poblacion total era de dos millones y medio de habitantes y las rentas de la Orden se elevaban todos los años á ochocientos mil marcos.

Pero toda esta prosperidad vino á convertirse en lamentable ruina por la codicia y desenfrenada lujuria de los caballeros. Los impuestos necesarios para las continuas guerras en que se hallaba mezclada la Orden; el lujo que desplegaban sus caballeros, los ultrajes á que se veian espuestos los ciudadanos agotaron el sufrimiento de la nacion y la movieron á arrojarse en brazos de la Polonia cuya proteccion implorara. Estalló entonces una guerra devastadora. El poder de la Orden era tal, que en la batalla de Tannenberg mandaba el gran maestre ochenta y tres mil combatientes. Pero los polacos, unidos con la nobleza y el pueblo, alcanzaron algunas victorias que costaron á la Orden rios de sangre. El mismo gran maestre se vió sitiado en su residencia de Marienburg. Las principales ciudades se unieron con la nobleza, y toda la Prusia Occidental arrojó de su territorio á la órden Teutónica. Viéronse aquellas comarcas, tan pobladas y florecientes hacia poco tiempo, ahora arrasadas y desiertas : pocas poblaciones escaparon de la destruccion. El ejército de la Orden, fuerte al principio de setenta mil hombres, llegó á verse reducido por el hierro y la peste á mil setecientos; mas de noventa mil ciudadanos habian perecido. Los prusianos, que habian sacudido el yugo de la Orden, se colocaron bajo la proteccion de Casimiro IV, rey de Polonia, quien les conservó su independencia; pero la guerra no dejó por esto de continuar entre la Orden y la Polonia. La paz de Fhorn, firmada en 1466, terminó por último aquella asoladora lucha; los polacos recibieron en toda propiedad la Prusia Occidental y otros distritos que debian conservar su constitucion y leyes. Pero el imperio, que tenia derecho de soberanía sobre todas las posesiones de la Orden, se negó á reconocerle y los grandes maestres no quisieron consentir en prestar fé y homenaje á la Polonia. Volvieron pues, ambas partes á empuñar las armas y continuó la lucha, desfavorable para los caballeros hasta 1525 en cuya época fué disuelta la órden Teutónica por el tratado de Cracovia. Su gran maestre Alberto de Brandemburgo, á quien los caballeros habian elegido con la esperanza de que apoyaria su causa con todas sus fuerzas, vendió los intereses de la Orden y solo cuidó

de que en el tratado de paz se le diese en compensacion de la dignidad que renunciaba, el título de duque hereditario de Prusia, adjudicándole los estados que poseia la Orden, si bien con la condicion de reconocerse feudatario de la corona de Polonia.

Entretanto cundia por Alemania la reforma predicada por Lutero y adquiria por todas partes nuevos y mas poderosos prosélitos. El duque Alberto, que era muy inclinado á la nueva religion, se declaró por ella y casó con la princesa Dorotea de Dinamarca, despreciando los votos que al entrar en la Orden habia pronunciado. El Papa, el Emperador y los pocos caballeros que no habian perecido, se declararon contra Alberto, cuya conducta no fué, á la verdad, en ninguna ocasion leal; pero la crítica situacion en que se hallaba Cárlos V, la preponderancia que de dia en dia iba adquiriendo la liga de Smalkalda y la debilidad del Pontífice y de los caballeros que no tenian mas armas de que disponer que las espirituales, ya ineficaces, libraron al nuevo duque de aquel peligro y le permitieron trabajar libremente en favor de las doctrinas de Lutero que el país admitió sin repugnancia. Apesar de sus defectos personales fué Alberto un buen príncipe y supo gobernar perfectamente sus estados protejiendo el comercio y la agricultura, y dando impulso á las letras y ciencias con la fundacion de una universidad en Koemiberg. Las controversias teológicas que surjieron por todas partes con la reforma, turbaron el reinado de Alberto que se vió precisado á abdicar en favor de su hijo Alberto Federico, á quien el rey de Polonia, Segismundo, trasmitió su poder en 1566. Este monarca perdió la razon y fué reemplazado por Jorge de Brandembourg margrave de Bareith y de Ampach, en calidad de depositario del poder, por cuya razon á su muerte acaecida en 1611, el elector de Brandemburgo, Joaquin Federico, heredó el título provisional de duque de Prusia. Pero habiendo fallecido por entonces el demente Alberto Federico sin dejar hijo varon, Juan Segismundo, elector de Brandemburgo por muerte de su padre acaecida en 1608, reunió ambos estados que formaron desde entonces lo que luego se llamó monarquía de Prusia y que comprendia entonces la Prusia Occidental, las Marcas Antigua, Media y Ukrania, la Priegniter, los ducados de Neumark y Cleves y los condados de Lamarck y Rarensberg. Veamos ahora como habia ido formándose y aumentando en poderío el electorado de Brandemburgo que formaba la parte principal del nuevo estado de Prusia, de ahora en adelante respetable entre todos los de Alemania.

III.

Los primeros habitantes del Brandemburgo, de quienes tenemos noticia, fueron los Suevos, que ocuparon aquellos países hasta el siglo primero de nuestra era en cuya época se arrojaron sobre la Italia y abandonaron las tierras de donde salian los Wendes y Willies, pueblos slavos. Estableciéronse estos en el país y edificaron algunas ciudades, á pesar de las continuas guerras que hubieron de sostener contra los francos y sajones de la antigua Marca. Sufrieron luego, como toda la Germania, el yugo de Cárlo magno; pero lograron recuperar su libertad bajo los sucesores de aquel monarca y aun estendieron su poder por la Sajonia y la Turinjia. A mediados del siglo X fueron, por último, sometidos por el rey de Alemania, Enrique el Pajarero, quien hizo construir las fortalezas de Branniber ó Brandembourg, Slewie, Gotha, Erfurt, Quedlimburgo y otras para protejer al país contra las incursiones de los slavos y vándalos. Colocó en estas fortalezas margraves ó gobernadores de la frontera, algunos de los cuales consiguieron grandes ventajas sobre aquellos turbulentos pueblos. Nuevas razas de margraves gobernaron el Brandemburgo hasta los Hohenzollern. Algunos de ellos se señalaron por sus proezas y buen gobierno. Los de la casa de Stade adquirieron grandes ventajas sobre los Wendes aprovechándose de la guerra que estos pueblos sostenian contra los Alemanes de las orillas del Elba. El conde Udo fué el primero de los margraves de esta dinastía y Udo IV el último. El emperador Lotario dió luego en feudo la Marca del Norte á Alberto el Oso, conde de Ascania, quien puso fin á la dominacion de los Wendes en estas comarcas y tomó el título de margrave de Brandemburgo; apoderóse tambien de la Marca media, de la Priegnitz y de la Uker-Marca, llevó allí muchos colonos de los Países-Bajos y orillas del Rhin y fundó, segun la opinion general, á Berlin, Stendad y otras muchas poblaciones. Su hijo Oton I le sucedió en el margraviado de Brandemburgo, y fué el fundador de la rama de Anhalt ó Ascaniana. Federico Barbaroja le honró con la dignidad de elector, y la de archichambelan del imperio. Primúlas, rey de los vándalos, que le estimaba, le legó al morir la Marca media. Sus descendientes Juan I y Oton II, reconquistaron la Uker Marca, una parte de la Nueva, y otros países, en los que edificaron varias ciudades, entre ellas Francfort. Herman, Oton IV y Valdemar el Guerrero, adquirieron por transaccion ó conquista otros muchos países, y supieron gobernarlos gloriosamente. Extinguióse al fin la rama Anhaltina ó Ascaniana en la persona del margrave Enrique, muerto en 1320, y despues de un período calamitoso para el Brandemburgo, vino á reinar en él la casa de Baviera,

que retuvo el mando cincuenta y tres años, al cabo de los cuales pasó á la dinastía de Luxemburgo. Entretanto habíase ido aumentando el Brandemburgo hasta el punto de que á principios del siglo XV se componia ya de las tres Marcas, Antigua, Media y Moderna, la Marca Ukrania y la Pragnitz. Sin embargo, aun tuvieron que sufrir estos estados muchas desmembraciones y contrariedades. Durante la minoridad de Segismundo, hijo de Cárlos IV, hallóse la Marca envuelta en multitud de guerras civiles por la ambicion de los nobles, que esclavizaban el país y se entregaban á la mas infame rapiña; todo el Brandemburgo estaba herizado de fortalezas pertenecientes á familias nobles, algunas de las cuales, como la de Quitzow, llegaron á adquirir una tristísima celebridad. Ni mejoró esta situacion cuando Segismundo llegó á la mayor edad, pues, este príncipe contrajo tales deudas, que se vió obligado á empeñar la Marca á su primo el margrave Jobst de Moravia, quien no pudo lograr pacificar aquel país. Despues de su muerte, acaecida en 1441, volvió la Marca á manos de Segismundo, que acababa de ser elegido emperador. Dióla este, en gobierno, al burgrave de Nuremberg que le habia prestado en diferentes ocasiones, la enorme suma de cuatrocientos mil florines de oro, y otros muchos servicios importantes. Pertenecia este burgrave á la casa de Hohenzollern, á quien Rodolfo I habia dado, en 1282, el territorio de Nuremberg, que ella habia aumentado con otras adquisiciones en Franconia. El espíritu de economía y gobierno, que distinguió á los monarcas de esta casa, habíase ya mostrado en sus primeros soberanos, pues, pudieron comprar ya en el siglo XV los principados de Bairenth y Ampach, que luego pertenecieron á la segunda rama de esta casa.

El nuevo margrave, Federico de Hohenzollern, estableció su residencia en Berlin, y dedicó todos sus cuidados á restablecer la seguridad y sosiego en la Marca; lo que consiguió á fuerza de paciencia y celo. Conquistó, al fin, el país que acababa de adquirir, y obtuvo de Segismundo la cesion del ducado con el título de Elector, que le fué conferido en el concilio de Constanza. Sujetó á la nobleza; se unió con las ciudades libres de Hamburgo y Lubeck, venció á los duques de Pomerania, y agregó aquel país á sus estados. Su reinado de veinte y nueve años, consolidó el órden que desde el principio habia establecido; la administracion del estado fué arreglada de un modo conveniente, y el pueblo brandemburgués comenzó á apreciar los beneficios de la civilizacion. Murió este príncipe en 1440, y dejó cuatro hijos; el mayor, Federico, llamado *Diente de hierro*, cedió sus posesiones de Franconia á sus hermanos Alberto, Federico y al margrave Juan, llamado el *Alquimista*. Tocáronle al segundo de estos príncipes la Marca Antigua y la Priegnitz, á las que agregó la Nueva Marca que rescató del gran maestre de la órden Teutónica, á quien Segismundo la habia empeñado por cien mil florines. Entregósele tambien la Suabia Baja, que se habia levantado contra el rey de Bohemia; pero no pudo, aunque lo quiso, sostenerla. Obtuvo, sin embargo, por transaccion á Kotbus, Peiter, Sommerfeld, Sterkow, Beslkow y al-

gunas otras poblaciones, y aseguró sus derechos de herencia al Meklemburgo y la Pomerania. Pudo este príncipe elevar ya desde entonces el electorado de Brandemburgo, al nivel de los principales estados de Alemania, pues le fueron ofrecidas las coronas de Bohemia y Polonia, pero las rehusó y abandonó el gobierno en 1417, poco despues de haber perdido á su hijo único. Sucedióle su hermano Alberto, apellidado el Aquiles de Alemania, quien confirió la dignidad electoral á su hijo mayor Juan, y, para evitar nuevas divisiones de los estados electorales, dispuso que los segundojénitos de su familia heredasen, de allí en adelante, los principados de Barreuth y Ampach. Murió Juan en 1482, y le sucedió su hijo del mismo nombre, á quien apellidaron el *Ciceron;* fué un príncipe bueno y pacífico; procuró introducir en sus estados las artes y ciencias, y murió en 1499. Su hijo y sucesor, Joaquin I, conocido por el *Nestor*, fué un hombre muy instruido para el tiempo en que vivió. Trató, como zeloso partidario de la iglesia católica romana, de impedir los progresos de la reforma, y aun persiguió á los protestantes; si bien hácia el fin de su reinado se mostró mucho mas tolerante. Su hijo, Joaquin II, que profesaba ideas muy distintas de las de su padre, introdujo la religion evanjélica en sus estados, y la declaró dominante. Supo, sin embargo, evitar la guerra en que entonces ardia toda la Alemania, y se aprovechó, como otros muchos príncipes, del principio de la secularizacion para aumentar extraordinariamente en poder y riquezas. A la muerte de Alberto de Brandemburgo, primer duque de Prusia, obtuvo Joaquin, de Segismundo Augusto, rey de Polonia, la investidura del ducado de Prusia, poseido entonces por el demente Alberto Federico. Despues de la muerte de Joaquin II, y de la de su hermano, acaecida en 1551, reunió su sucesor Juan Jorge la Nueva Marca á la Marca electoral. Sucedióle Juan Federico, que habia sido, por algun tiempo, obispo de Magdeburgo, quien dividió de nuevo sus estados entre los miembros de su familia, dando el ducado de Bairenth á su hijo Cristian, el de Ampach á Ernesto y el de Jaegendorf á su segundo hijo Juan Jorge; al mayor, Juan Segismundo, le tocó en suerte el Brandemburgo y el gobierno de Prusia, que Alberto Federico era incapaz de desempeñar. Sobrevino luego la muerte de este príncipe, (1618) y Juan Segismundo reunió á sus estados el ducado de Prusia, que mas adelante habia de dar nombre á una gran monarquía. De esta manera absorvió el electorado, no solo la Prusia, propiamente dicha, sino tambien otros muchos estados que habian pertenecido á la órden Teutónica, y además el ducado de Cleves y los condados de Lamarck y de Rareusberg, incorporados por herencia al Brandemburgo en 1618. Murió Juan Segismundo en 1619, poco despues de comenzada la guerra de los treinta años, y heredó el trono su hijo Jorge Guillermo.

Las circunstancias en que este príncipe ascendió al trono, eran en extremo calamitosas, toda Alemania ardia en guerra de religion y se necesitaba mucha firmeza y gran pulso para no colocar al Brandemburgo en una situacion embarazosa. Pero carecia Jorge Guillermo de la firmeza de alma y del talento necesario

para seguir una marcha segura en medio de los escollos que le rodeaban, y por esta razon, sufrió el Brandemburgo en su reinado, calamidades sin cuento. Los ejércitos del emperador y de Gustavo Adolfo, se disputaban la supremacia en Alemania; Jorge Guillermo quiso permanecer neutral entre suecos é imperiales, pero no consiguió mas que ser tratado por ambos como enemigo. Gustavo se apoderó en el Norte de Custrus y de Spandan, y Tilly entró á saco á Mariemburgo, donde sus soldados cometieron los mas atroces excesos. Precisado, en fin, el Elector á tomar partido por sus correligionarios, los suecos, tuvo que sufrir que estos peligrosos amigos exigiesen en sus estados gruesas contribuciones, y se portasen en ellos como conquistadores. Inundado el Brandemburgo por el flujo y reflujo de los ejércitos vencidos y vencedores, sufrió todos los males de la guerra. Las ciudades ribereñas del Havel fueron saqueadas tres veces en seis semanas, y todo el electorado se halló reducido á tan lastimosa situacion, que su capital Berlin no contaba mas de cuatrocientos habitantes. Jorge Guillermo era el juguete de su ambicioso ministro Schwartzenberg, quien, además de aconsejarle mal, no tuvo escrúpulo en entrar en tratos con el emperador para suplantar á su amo en el trono. Abatido, sin recursos, enfermo y desesperado, murió en Kongsberg el desgraciado Jorge Guillermo en 1640, dejando á su hijo Federico Guillermo un tesoro vacío, un pais aniquilado, y unos amigos en extremo peligrosos. «Parece, dice un conocido historiador, que estaba determinado que el Brandemburgo, que habia ido siempre creciendo lenta, pero sólidamente, habia de caer ahora en el caos de la anarquía para levantarse despues con mas brillo y para tomar, desde entonces, un vuelo tan rápido como sostenido.» Veinte años duró el reinado de Jorge Guillermo, y en todo él no cesó la Prusia de verse azotada por los males de la guerra. Afortunadamente el nuevo monarca, federico Guillermo, poseia todos los deseos de que su padre careció. Este es el primero de esos grandes monarcas prusianos que han sabido gobernar tan sábiamente aquellos dichosos pueblos.

IV.

Federico Guillermo, conocido en la historia con el nombre de el Gran Elector, fué por todos estilos digno de este título. Las intrigas del favorito Schawartzenberg le habian obligado á pasar gran parte de su juventud en Holanda, donde supo aprovecharse de su desgracia para adquirir una sólida instruccion, y atesorar las cualidades de hombre de estado, capitan y gobernante que despues mostró con tanto beneficio de sus pueblos. Veinte y dos años contaba solo cuando as-

cendió al trono, y su primer acto de soberano fué mandar confinado á Spandan á Schawartzenberg, cuyos bienes confiscó á pesar de las reclamaciones del emperador. Una trégua conseguida en 1645, á fuerza de hábiles negociaciones, libró al Brandemburgo de suecos é imperiales, y los tratados de Westfalia, que para mayor dicha de aquel pueblo coincidieron con el advenimiento de Federico, aseguraron la paz en el imperio, y dieron estabilidad á la religion reformada que salia victoriosa de aquella lucha de treinta años.

Quedó autorizado en todo el imperio el libre ejercicio de la religion protestante, mas no satisfechos los príncipes de esta comunion, con que en los protocolos se consignasen sus derechos, trataron de precaverse contra la preponderancia de los estados católicos, robusteciendo los suyos por medio de la secularizacion de los muchos dominios y feudos eclesiásticos que por toda Alemania se estendian. No fué el Brandemburgo el que menos se aprovechó de esta favorable coyuntura, antes á ella debió la adquisicion de los obispados de Magdebourg y Halberstadt, que ensancharon el electorado hácia el Occidente, el principado de Camin en la costa de Pomerania, y el de Minden que agregó á los condados de Ravensberg y la Mark en Westfalia. Arregló al mismo tiempo Federico sus diferencias con el palatino de Neoburg, y adquirió pacíficamente la soberanía de los ducados de Cleves, Berg y Juliers. De esta manera vino á reunir á orillas del Rhin aquellas ricas provincias que compusieron un estado sujeto á la casa de Hahenzollern. Vióse entonces el Brandemburgo mas poderoso que lo habia sido nunca, y en disposicion de representar desde aquel momento un importante papel en la historia de Alemania.

Mas no hubiera logrado Federico tan admirables ventajas, á no contar con el apoyo de la Suecia, que era entonces el árbitro del Norte. Para obtenerle tuvo que sacrificar nna parte de la Pomerania y las ciudades libres de Stetus y Stralum, pero no estaba lejos el tiempo en que el Brandemburgo iba á emanciparse de la preponderancia de la patria de Gustavo Adolfo.

Aplicóse Federico á reorganizar la administracion de sus estados, aniquilados por la guerra, y solo á fuerza de economía pudo restablecer la Hacienda, y poner en pié un ejército respetable, cuyo poder tuvo bien pronto ocasion de esperimentar. Los sucesores de Gustavo Adolfo habian heredado mucho de su genio y ambicion; pero en vez de pelear contra la casa de Austria, por el equilibrio de Alemania, deseaban adquirir en el Norte de la confederacion un estado poderoso que asegurase su influjo sobre el imperio; y como la república de Polonia era por aquella parte el estado mas poderoso, tuvo que sufrir la principal embestida de los suecos. Cárlos Gustavo, que habia sucedido en el trono de Francia á la hija de Gustavo Adolfo, invadió la Polonia, cuyo débil rey, Juan Casimiro, habia cometido la imprudencia de manifestar sus pretensiones á la herencia de Cristina. Federico Guillermo se vió obligado á cederle el paso por sus estados, aunque rehusó unir sus tropas á las suecas. Juan Casimiro fué prontamente derrotado por

el invasor, mas la neutralidad del Brandemburgo impedia á Cárlos Gustavo sacar todo el fruto posible de sus victorias, y como el elector no accediese á sus proposiciones, acometió Cárlos la Prusia Ducal y avanzando sobre Konigsberg, obligó á Federico á reconocerse feudatario de la corona de Suecia. En seguida marchó contra los polacos que por todas partes se levantaban, y derrotó á los que gobernaba el general Czarnecki. Pero la insurreccion cundia, y Cárlos Gustavo creyó indispensable poner de su parte al Brandemburgo cuyo elector consintió, por último, en firmar en 15 de Junio de 1656, un tratado por el cual se obligó á reunir su ejército al de Suecia, mediante la promesa que Cárlos le hizo de cederle cuatro palatinados de la Gran Polonia. Reuniéronse entonces ambos ejércitos en la confluencia del Bog y el Vístula, y guardando el primero de estos dos rios avistaron delante de Varsovia á el ejército de Juan Casimiro, que contaba 40,000 hombres entre polacos, rusos y tártaros. Cárlos y Federico no mandaban mas de 16,000; pero, esto no obstante, empeñaron la batalla que duró desde el 20 hasta el 30 de Julio y terminó con la completa derrota de los polacos. Varsovia volvió á caer en manos de Cárlos Gustavo, quien se mostro muy agradecido al saber y talento que Federico habia ostentado en esta campaña. Pero no convenia al Elector que la Suecia adquiriese tan completa superioridad sobre las demás potencias del Norte, y por esta rozon comenzó desde aquel punto á mostrarse tibio partidario del sueco, quien no pudo, por tal motivo, sacar de la victoria todo el fruto que se prometiera. Vióse obligado para retener al Elector en su partido, á dar por nulo el vasallaje del ducado de Prusia á la corona de Suecia, estipulando en el tratado de Konigsberg, y á reconocer al Elector y á sus herederos como príncipes soberanos de Prusia. Necesario hacía este paso la situacion peligrosa en que se hallaba Cárlos Gustavo, cuyas victorias habian levantado contra sus armas todo el Norte de Europa. Acudió la Rusia á socorrer á la Polonia, con quien poco antes estaba en guerra, y acometió las provincias suecas de Ingria y Carelia. El emperador Leopoldo, el de Dinamarca y Holanda prometieron tambien auxiliar á la república, y 16,000 austriacos penetraron en Polonia y ayudaron á los polacos á recobrar á Cracovia, mientras que los daneses rompian por el ducado de Bremen. Acometido Cárlos Gustavo por tan diversas partes, retiró sus tropas de Polonia, y dejando á su hermano Juan Adolfo el gobierno de la guerra de Prusia, marchó en persona contra los daneses, á quienes no solo arrojó del país de Bremen, sino que les arrebató el Holstein, el Fleswic y la Finlandia, y detuvo á un ejército polaco que acudia en su socorro.

Difícilmente hubieran podido los aliados contrarestar el ímpetu de Cárlos Gustavo, si el Brandemburgo no volviera sus armas contra el héroe sueco para defender el equilibrio del Norte como antes habia defendido la causa de la reforma. Federico Guillermo conoció que de la suerte de la Polonia dependia su propia seguridad; y como, por otra parte, la escursion de Cárlos en Dinamarca le habia dejado frente del Austria, la Rusia y la Polonia, admitió las proposiciones que

estas potencias le hacian, y se entablaron negociaciones de paz entre los plenipotenciarios del Brandemburgo y los de Juan Casimiro. Limitóse el Elector, al principio, á proponer un tratado de neutralidad, pero viendo á los polacos dispuestos á reconocer su soberanía sobre el ducado de Prusia, cosa que en alto grado le interesaba, y no teniendo mucha confianza en la fortuna del impetuoso Cárlos Gustavo, no titubeó en firmar el tratado de Welan, 19 de Setiembre de 1657, por el cual reconoció la Polonia la soberanía de Federico sobre el ducado de Prusia, y rompió el lazo feudal que los unia, cediéndole además los lachajes de Lauenbourg y Butow en la Pomerania ulterior á título de feudos de la corona de Polonia, cuyo rey prometió tambien entregarle la ciudad de Elbingen, con todo su territorio, luego que lo evacuaran los suecos. Además, para indemnizar al Elector de los gastos que le iba á causar la guerra, se obligó la República á pargarle en tres años la suma 120,000, escudos, hipotecando á su pago la ciudad y bailiaje de Drontheim. A este tratado siguieron otros de paz y alianza que firmó el Elector con el rey de Dinamarca y el emperador Leopoldo; las tropas brandemburguesas evacuaron las ciudades polacas que guarnecian y se unieron á las de la alianza.

La defeccion del Elector arrancó á Cárlos Gustavo la victoria, y libró á la Dinamarca del inminente peligro en que las armas de Cárlos Gustavo la habian puesto. Un ejército de 30,000 hombres, compuesto de tropas imperiales, brandemburguesas y polacas, gobernadas por Federico Guillermo en persona, penetró en el Holstein y Fleswic, arrojó á los suecos que ocupaban estas provincias, y avanzó en seguida sobre la isla de Alsen ocupando de paso algunas plazas. Pero, en tanto, hallábase Copenhague vivamente apretada por Cárlos Custavo, y hubiera sin duda sucumbido, si una escuadra holandesa no hubiera trasportado á las costas de Fionia al ejército de Federico, que atacando á los suecos en Nyborg, los derrotó completamente y libró á la capital de Dinamarca. Cárlos Gustavo no sobrevivió mucho tiempo á su derrota; pero la muerte no interrumpió la guerra, y Federico, ayudado por los imperiales y polacos, acometió la Pomerania sueca y emprendió el sitio de Stetin. Mas era la plaza fuerte en extremo, y diestros y valientes los soldados que la guarnecian, por lo cual, se vió obligado Federico á levantar el sitio con gran pérdida.

Comenzóse á tratar de la paz, y no fué el Elector el que menos trabajó para llevarla á cabo. La Suecia dió por nulos en este tratado los de Welan y Konigsberg, y reconoció la soberanía del Brandemburgo sobre el ducado de Prusia. Federico restituyó la Pomerania, el Holstein y Fleswic, y se contentó con la gloria adquirida en estas campañas. El Brandemburgo volvió á disfrutar las inapreciables ventajas que proporciana la paz, y Federico Guillermo pudo dedicarse exclusivamente á introducir el órden en la administracion de sus estados.

La conducta del gran Elector, en el período cuya historia acabamos de trazar, parece algo digna de censura, pues tan pronto se le ve unido á Cárlos Gustavo contra la Polonia, como á esta contra el Rey de Suecia, y siempre exigiendo de

ambas el precio de su alianza. Mas las circunstancias con que tuvo que luchar no permitieron á Federico hacer otra cosa, y aunque es cierto que en todas ocasiones le dominó el deseo de engrandecer sus estados, ha de tenerse presente que á esta pasion de sus reyes debe la Prusia su existencia, y que no fué Federico quien menos contribuyó á asentar las bases de su prosperidad. Las atrevidas empresas de Cárlos Gustavo pusieron en conmocion á la mayor parte de los estados de Alemania, y entre ellos al Brandemburgo, que por su posicion era uno de los mas espuestos á los caprichos del real aventurero. Por esta razon debió de tomar parte desde luego contra la Suecia; pero recordando, sin duda, el prudente Federico Guillermo los males que la guerra de los treinta años causára á sus estados, quiso guardar una rigorosa neutralidad. Esto no era posible mientras Cárlos empuñase las armas, y así se vió aquel obligado á reunir sus tropas á las de Suecia. Una alianza forzosa no podia ser muy sincera, y aunque Federico peleó valerosamente delante de Varsovia, impidió luego la completa destruccion del ejército polaco y obligó á Cárlos Gustavo ó reconocer la soberanía del Brandemburgo sobre la Prusia. Abandonado luego por el monarca sueco, cuando este acometió á los daneses, no debió Federico esponerse á perder sus estados luchando con tantas potencias reunidas y obró prudentemente dejando á Cárlos Gustavo, contra quien, para no perder lo adquirido, hubo de volver sus armas. Si Federico no fué muy fiel á su palabra, es preciso conceder que las circunstancias no permitieron otra cosa, y que aquella fidelidad hubiera causado la pérdida de su reino, que fué lo que á toda costa trató de evitar.

Desde esta época fué reputado el Brandemburgo por el antemural de Alemania, contra la ambicion de los suecos de cuyo valor y habilidad militar, adquirió mucho en las contínuas luchas que con ellos se vió obligado á sostener. Y si en ellas adquirió merecida gloria el electorado, aun se la procuró mayor la guerra con Francia, cuyas armas amenazaban las posesiones brandemburguesas en el Rhin. Luis XIV habia invadido la Holanda, que se hallaba en el mas inminente peligro, sin que el Emperador, ni ningun otro estado de Alemania se atreviesen á socorrerla, ya porque temiesen las armas, ya porque les agradasen las promesas de la Francia. Solo Federico Guillermo osó tomar la defensa de la república en cuyo auxilio marchó al frente de 20,000 hombres contra Turena, que tenia 30,000. Pero aterrados los electores de Treverig y Maguncia de los males que la guerra iba á traer sobre sus estados, negaron el paso por ellos á las tropas brandemburguesas á quienes tampoco los imperiales quisieran prestar ayuda. Vióse, por entonces, obligado Federico á ajustar la paz con Luis XIV, mas luego que el Emperador se declaró contra el monarca francés, volvió el Elector á ponerse en campaña y tomó el mando de las tropas imperiales que ascendian á 70,000 hombres. Pero tenia que habérselas con uno de los mejores capitanes de su siglo, cual fué Turena, quien aprovechando la ocasion de hallarse el enemigo diseminado por la Alsacia, sorprendió sus cuarteles en Colmar, le derrotó completamente y le obli-

gó á repasar el Rhin. Vino luego aquella célebre devastacion del Palatinado con que las armas francesas mancharon su victoria, y la crueldad de Turena levantó á toda Alemania contra el despiadado invasor. Condujo Federico Guillermo de nuevo sus tropas á la Alsacia, mas no tuvo mejor fortuna que en la campaña anterior, y no pudo estorbar que los franceses penetrasen en Westfalia. Entretanto suscitaba la Francia al imperio un nuevo enemigo, en la fuerza que invadió el Brandemburgo casi desguarnecido. No bien hubo recibido Federico esta noticia, dejó en Westfalia toda su infantería y corrió desde la Franconia á las márgenes del Elba con solos 5,000 caballos y doce cañones. Halló en Ferhbellin desprevenidos á los suecos; los destrozó y obligó á salir precipitadamente del electorado. Ganó en seguida á Stetin Stralsnue, Rugen y toda la Pemorania, y desde allí partió aceleradamente para la Prusia Oriental que se hallaba asolada por otro ejército sueco; embarcó en Trineos 9;000 hombres, y atravesando sobre el hielo el golfo de Flonigslong batió al enemigo, doble en número; terminó en cuatro dias aquella dichosa espedicion. Mas la intervencion de Luis XIV, que miraba con enojo la actitud hostíl que Federico conservaba desde la paz de Noruega, privó al Elector de todas las ventajas conseguidas, y le obligó á restituir á los suecos cuantas posesiones les habia arrebatado. Tomó tambien parte el Elector en la guerra que los turcos declararon al Emperador, y contribuyó á hacerles levantar el sitio que habian puesto á Viena. En todas estas campañas mostró Federico el valor y talento de un consumado capitan, á pesar de que tuvo que sostener la lucha contra los veteranos de Cárlos Gustavo y Luis XIV.

Pero aun mas que en la guerra se señaló Federico Guillermo en la paz por la buena administracion de sus pueblos, á los que sacó del estado infeliz en que á la muerte de Jorge Guillermo habian quedado para elevarlos á un alto grado de prosperidad. Contribuyó principalmente á este fin la acojida hospitalaria y protectora que dispensó á los protestantes franceses, arrojados de su patria por el edicto de Nántes. Ganó con esto mas de 7,000 vasallos activos é industriosos que introdujeron en el Brandemburgo el cultivo de la seda, el tabaco, y otros que perfeccionaron la agricultura, atrasada en aquellos países, como tambien le relojería, escultura y muchas otras de mecánica y bellas artes. Convencido Federico Guillermo de los inmensos beneficios que proporcionaba al electorado esta emigracion, la favoreció cuanto estuvo en su mano, dispensándola franquicias, privilegios y aun subsidios. Y no fueron solo los calvinistas franceses quienes se acogieron al Brandemburgo, sino que muchos habitantes de la Flandes, provincias Rinianas, Turquía, Hungría y Bohemia, donde la guerra ejercia sus estragos, vinieron al electorado en busca de la tranquilidad que no hallaban en su patria y atraidos por la proteccion que Federico les dispensaba. La ciudad de Berlin, que apenas contaba en 1685 diez mil almas, llegó á adquirir 5,700 mas, con las cuales se formó el nuevo barrio, llamado Dorotheeftadt. Al mismo tiempo se llevaban á cabo obras utilísimas: tales como la desecacion de pantanos, el cultivo

de muchos terrenos antes baldios, la construccion de un canal que reunió el Oder al Spree y el embellecimiento de muchas ciudades y villas. Apesar de los gastos que tales empresas ocasionaron, siempre tuvo Federico reservados fondos con que atender á alguna imprevista necesidad, y las rentas del Estado se aumentaron considerablemente. Reforzó Federico el sistema de impuestos que hasta entonces se habia observado, y regularizó el servicio de correos y trasportes en todos sus estados. Mejoró la instruccion pública; fundó una universidad y un colegio, y trató de elevar á su pueblo á la altura de los primeros de Alemania, con quienes iba ya compitiendo en poder. Los esfuerzos del Gran Elector alcanzaron el mas favorable resultado, y á su muerte, ocurrida en 1688, pudo dejar á su hijo un ejército de 28,000 hombres; un reino pacífico y floreciente, poblado por mas de millon y medio de habitantes, y con nombre glorioso y respetado.

Debe á este Príncipe la monarquía prusiana su existencia; él la sacó del caos en que yacía á su advenimiento; la hizo de humillada, vencedora, y asentó su futura prosperidad sobre las sólidas bases de una instruccion pública esmerada, una agricultura protejida, una industria floreciente, y un ejército valeroso y disciplinado. Para llevar á cabo esta noble tarea no perdonó trabajo ni fatiga; desempeñó á la vez los cargos de ministro y general, y siempre con acierto. Fué muchas veces el mediador entre los príncipes alemanes, quienes confiaron á su equidad el arreglo de mútuas diferencias, y llegó á ser considerado como el mejor representante de la nacionalidad alemana.

V.

Solo un paso tenia que dar el Brandemburgo para convertirse de el Electorado de Federico Guillermo en la monarquía de Federico II; bastábale para esto romper el nudo feudal que unia á la Prusia con la Polonia, y adquirir por este medio estados independientes del imperio, á los cuales pudiese agregar sus adquisiciones hasta elevarse á la altura del Austria. La reforma tendria entonces una corona en la Confederacion Germánica, y la Prusia perfeccionaría la tarea de Gustavo Adolfo y Luis XIV, dando el golpe de gracia á la preponderancia de la casa de Habsbourg.

Parece que solo un monarca tan grande como el que acababa de morir hubiera podido llevar á cabo tal empresa, y sin embargo, Federico I, que sucedió en el trono al Gran Elector, no poseía ninguna de las prendas de su padre. Mas

quiso la fortuna que hasta los mismos defectos de sus monarcas contribuyesen al engrandecimiento del Brandemburgo, y así sucedió en esta ocasion, pues el ridículo apego de Federico á la pompa y fausto de las monarquías antiguas de Europa, produjo en él la idea dominante de llegar á llamarse rey, é igualar, al menos en el título, á Luis XIV que era entonces el bello ideal de los monarcas. El ejemplo del príncipe de Orange, que de Stathouder de Holanda habia pasado al trono de Inglaterra, y el del Elector de Sajonia, que ahora ocupaba el trono de Polonia, animaban á Federico y aguijaban su deseo de ceñir la real corona.

Favorables eran las circunstancias, pues la sucesion española acababa de encender en Europa una nueva guerra general, en la que el Austria se hallaba gravemente comprometida y necesitaba, por lo tanto, el auxilio de todos los príncipes del imperio. Y á no mediar tan graves consideraciones, difícil, si no imposible, le hubiera sido á Federico ver realizadas sus esperanzas, porque bien conocia el Austria cuán peligroso era crear á sus espaldas un rival temible que pudiera muy bien perfeccionar la obra de Francia y Suecia, arrebatándola su influjo sobre el imperio germánico. Mas hallábase combatida en Flandes, en el Rhin, en Italia y España por las temibles armas de Luis XIV, y se vió obligada á comprar á precio de un título, que pudiera entonces considerarse como de poca importancia, la cooperacion de los buenos soldados del Brandemburgo. Pudo tambien moverle á acceder á las pretensiones de Federico la consideracion de que, tarde ó temprano, con anuencia del Austria ó sin ella, habia de llegar un estado como el Brandemburgo, que con tanto valor habia combatido contra los suecos, turcos y franceses en defensa del imperio, á hacer reconocer su independencia por la mayor parte de los estados de la confederacion germánica, quienes veian en la casa de Hohenzollern el verdadero tipo aleman y el principal sosten de la reforma. Ello es que Federico pudo negociar libremente la adquisicion del título que codiciaba, y concluir con el Austria un tratado, por el cual se obligó á suministrar un cuerpo de tropas de 10,000 hombres, mantenidos por el Brandemburgo, á dar parte de la guarnicion de Filisburgo, á obrar de concierto con el Emperador durante la guerra, á darle su voto para la eleccion de los hijos varones de José, y á renunciar los subsidios que el Austria le pagaba, sin prescindir por esto de los deberes que su cualidad de príncipe del Imperio le imponia. Consintió en cambio el Emperador en dar á Federico para sí y sus descendientes el título de rey, y llevóse á cabo el tratado incorporándose las tropas brandemburguesas á las imperiales, y tomando parte en aquella sangrienta guerra de sucesion que conmovió á la Europa desde el Rhin hasta el Tajo. Como la Prusia era la única provincia independiente que el Elector poseia, fué elegida para dar su nombre al reino y Federico condescendió en llamarse *rey en Prusia* y no *rey de Prusia*, por no herir la susceptibilidad de la Polonia, á quien esta provincia habia pertenecido. Con el mismo fin expidió Federico en Colonia ciertas patentes, en las cuales declaraba que su nueva dignidad no perjudicaria al derecho y posesion del rey y república de Polonia so-

bre la Prusia real polaca, y que los tratados seguirian rigiendo con el mismo vigor. Mas adelante volvió Federico á renovar esta declaracion, y, á fin de tranquilizar á la Polonia, se obligó por sí y sus herederos, «á que su soberanía sobre la Prusia no perjudicaria en ninguna ocasion á los derechos ni al estado actual de la república.» Federico I no previó que Federico II habia de ser su nieto.

Fué coronado el nuevo rey en Berlin en 1701, y tomó el título de Federico I; consagróse despues en Konigsberg, y con tal ocasion creó la órden del Aguila negra y gastó en la ceremonia muchos millones. La órden Teutónica protextó contra esta usurpacion, mas no fué atendida, y la Inglaterra y otros estados de la Gran Alianza reconocieron á Federico. Así quedó anulada la soberania de la casa de Hagsburgo sobre el Brandemburgo, y debilitado el imperio por una separacion legitimada que en poco tiempo vino á ser una rivalidad perpétua: la reforma tuvo en Alemania una corona, y los estados secundarios un protector. Comenzó Federico á representar su papel de Rey copiando los vicios y ceremonial de las córtes antiguas; hizo alarde de un fausto ridículo y de una prodigalidad ruinosa; concedió gruesas pensiones á sus favoritos y ministros, y aunque era de suyo muy ignorante creó una academia de ciencias: «Porque se le hizo creer, dice Federico II en sus *Memorias del Brandemburgo*, que una academia realzaba la autoridad real, como se persuade á un noble de que es muy decoroso sostener una trailla.» Aun cuando esta brusca comparacion rebajó mucho del mérito de Federico I, no puede menos de agradecerse á este monarca la creacion de un establecimiento que tan buenos resultados dió con el tiempo, así como la universidad de Halle, la construccion de exclusas sobre el Sahle, y el embellecimiento de Berlin. Protegió la industria y las artes, toleró la libertad del pensamiento, y puede decirse que su vanidad le impulsó á cosas dignas de memoria. Su aficion á los brillantes fué tal, que solo por uno de ellos consintió dejar en Holanda 15,000 hombres, y aun llegó á ofrecer una de sus provincias por el famoso brillante llamado *Pitt*. Casó dos veces, á pesar de que era débil y contrahecho, y su segunda mujer, Sofía Carlota de Hannover, fué una princesa de distinguido talento y la protectora de Leibnitz. Llamaba á Federico su esposo, y le conocia tan bien, que poco antes de morir dijo á los que la asistian: «Que se alegraba de poder proporcionar á su esposo una ocasion de lucir en los funerales su esplendidez.»

Las tropas prusianas combatian valerosamente con los turcos y franceses, durante el reinado de Federico, en defensa del Austria y Alemania. La larga y sangrienta guerra de la sucesion española puso á prueba su valor y la habilidad de su jefe el duque de Anhalt que adquirió crédito de buen capitan. En la batalla de Hochstedt, viendo el príncipe Eugenio que los soldados austriácos cejaban, los abandonó con indignacion, y gritando que queria mandar valientes, fué á ponerse á la cabeza de las tropas prusianas, las condujo á la carga y decidió la batalla. Pero la guerra trajo consigo la peste, que hizo en el Brandemburgo terribles estragos.

1º/



ISABEL LUISA.

Reina de Prusia.

[illegible] nos de la casa de [illegible] [illegible] para [illegible] á la [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



No careció Federico de la generosa ambicion que ha distinguido á los soberanos de la casa de Hohenzollern, y aunque tomó en él un carácter menos noble y hasta ridículo, no perdió la ocasion de aumentar sus estados. Adquirió por herencia, compra ó transacion; en Suiza, el condado de Neufchatel; en Westfalia, el condado de Tecklenbourg; Quedlinbourg, en Sajonia; Petersberg, en Colonia, y los territorios de Moers y Güeldres sobre el Meuse. Se apoderó tambien de Elbing, para obligar á la Polonia á pagarle las grandes sumas que le debia, y aunque tuvo luego que evacuar esta importante ciudad, conservó su territorio. Todas estas adquisiciones fueron ratificadas en la paz de Utrecht, poco despues de la muerte de Federico, ocurrida en 24 de Febrero de 1713.

VI.

Ya era el Brandemburgo un estado respetable; ya llevaba su soberano una corona, y lo que es mas, representaba una causa querida de la Alemania. Solo le faltaba, para llamar la atencion del mundo, luchar brazo á brazo con las antiguas potencias del continente y vencerlas en el campo de batalla. Mas para llegar á este fin era preciso que aumentase sus fuerzas, introduciendo el órden en la administracion y la disciplina en el ejército. Esta fué la tarea que le tocó desempeñar á Federico Guillermo I, hijo de Federico I, á quien se pareció en lo extravagante de su carácter, aunque las pasiones de ambos monarcas fueron completamente diferentes. Afortunadamente, para el Brandemburgo, las inclinaciones de sus monarcas, ora fuesen generosas, ora ridículas, ya tiránicas, siempre redundaron en beneficio del Estado. Así sucedió, que la vanidad de Federico I, le llevó á conseguir una corona, y la avaricia, despotismo y pasion por la milicia de su sucesor, procuraron á Federico el *Grande* un tesoro repleto y un ejército magnífico, con lo cual, pudo acometer la empresa de hacer de su reino el primero entre todos los de Alemania.

La historia de Brandemburgo no presenta otro ejemplo de carácter tan extravagante como el de Federico Guillermo I. Pocos monarcas han profesado tal amor á la justicia como el que Federico Guillermo la profesaba, y muy pocos han faltado á ella del modo que este monarca faltó. Quiso tener un tesoro y un ejército, y para conseguirlo se hizo avaro y tirano; quiso que la ley fuese severamente res-

petada, y con este fin se hacia la justicia por su mano y daba de bastonazos á todo el mundo sin perdonar á su propia familia; quiso que todos dominasen sus pasiones y no pudo él refrenar su brutal violència. Es cierto que fué severo consigo mismo y que no se permitió el mas pequeño goce, mas esta no debió ser una razon para que fuese tirano con los demás. El fausto ridículo de la córte de su padre le movió á seguir un camino diferente; y así fué que, apenas ascendió al trono, trocó las colosales pelucas por la coleta, el vestido de gala por el uniforme, suprimió la numerosa servidumbre de su padre, y despidió á los académicos exceptuando únicamente á los astrónomos, «para que, decia, le compusiesen calendarios.» Dícese que una sola palabra que oyó en su juventud fué causa de la conducta que observó durante su reinado. Siendo Príncipe real mandaba en Flandes en 1709 un cuerpo de tropas prusianas que servian entre los confederados: un oficial inglés quiso demostrar en su presencia que sin los subsidios de la Gran Bretaña no podria la Prusia poner en pié un ejército de 20,000 hombres. Esta proposicion indignó en tal manera á Federico, que se empeñó en probar al mundo lo contrario; y con este fin, apenas fué Rey, cuando pagó las deudas de su padre, redujo los gastos, y observó la mas extricta economia, hasta el punto de dejar carecer á su familia de muchas cosas necesarias, y hacer poner á un vestido nuevo los botones de uno viejo. Solo fué pródigo cuando se trató de mejorar su ejército, al cual, tuvo tal cariño, que se cuenta que gastó mas de 30,000 francos por adquirir un soldado irlandés de colosal estatura.

Mas esta pasion de Federico está justificada por el carácter que presentaba la política europea en aquellos tiempos. Hallábase la Prusia rodeada por vastos imperios formados por la guerra y sostenidos por numerosos ejércitos permanentes, prontos siempre á lanzarse sobre sus vecinos y á despojar al mas débil; por esta razon trató Federico de organizar un ejército numeroso y capaz de contrarestar á los que pudieran acometerla. Puso en planta Federico Guillermo cuantos medios le parecieron conducentes á este fin, sin reparar si eran ó no equitativos; trasformó su reino en un campamento; honró al soldado, hasta hacer de él un ser privilegiado, y no perdonó medio, por violento que fuese, para llevar á cabo el reclutamiento. Si algun aldeano deseaba casarse, necesitaba, además del permiso de su señor, el del capitan del distrito, y tenía que pagar cierta cantidad para obtenerle; mas si su estatura pasaba de mediana, no habia medio que le librase de ser soldado. Estas vejaciones causaron muchas veces sérias conmociones; los aldeanos llegaron á sitiar los cuarteles donde sus compañeros habian sido encerrados y los rescataron á viva fuerza. Federico castigaba sin piedad en estos casos, y aplicaba con frecuencia la pena de muerte, en particular cuando se trataba de una infraccion de la disciplina. Vióse obligado, para evitar estos escesos, á enviar sus reclutadores á Sajonia, Bohemia y Hannover, donde cometieron muchas violencias que estuvieron á punto de indisponer á Federico con sus vecinos. Difícil hubiera sido de otro modo formar un ejército de 70 á 80,000 hombres, cuando

apenas contaba el Brandemburgo triplicado número de varones en estado de tomar las armas. Este ejército fué el ídolo de Federico Guillermo, quien empleaba mucho tiempo en revistarle y admirar su marcial continente. Así consiguió formar muchos regimientos, los mas hermosos del mundo, y sus tres batallones de granaderos, de cuyos soldados el menor media seis piés, fueron la admiracion de la Europa. Era con ellos Federico muy indulgente, excepto en lo que á la disciplina concernia, y mantuvo en el ejército sacerdotes de todas las sectas, á pesar de que fué muy intolerante en materias de religion.

Cuéntase una anécdota que prueba hasta que punto llevó Federico su aficion á los colosales granaderos, y cuán extraños medios empleaba para procurárselos: Caminando cierto dia desde Portdam á Berlin, encontró una jóven bella, bien formada y de estatura casi gigantesca, y habiéndola interrogado, supo que era sajona, que habia ido al mercado de Berlin y volvia ahora á su pueblo: «En ese caso, la dijo Federico, debes pasar delante de Portdam y sin necesidad de apartarte de tu camino puedes entregar al comandante el papel que voy á darte.» La jóven que conocia el carácter del Rey, le prometió cuanto quiso. Escribió Federico el billete y le puso con un escudo en manos de la sajona, la cual, adivinando la suerte que en Portdam la esperaba, no entró en la ciudad, sino que dió el billete á una vieja raquítica que encontró á la puerta, advirtiéndola, que era un mensaje del Rey y que se trataba de un asunto importante. La vieja se dió prisa en llegar á casa del comandante, quien leyó en el billete la órden terminante de casar á la portadora con el granadero mas arrogante de la guarnicion.» La avaricia de Federico Guillermo sufrió una ruda prueba con la visita que le hizo en Berlin el Czar Pedro I, acompañado de su mujer Catalina. Con este motivo, escribió el Rey á su ministro de Hacienda la siguiente carta: «Abonaré 6,000 escudos, que pagará el Director del Tesoro, por los gastos del viaje desde Memel hasta Wasel. Durante su permanencia en Berlin, el gasto de su manutencion formará una cuenta aparte y no daré un maravedí mas. Pero es preciso que se diga que he gastado de treinta á 40,000 escudos.»

A pesar de su aficion á la milicia, no hizo Federico Guilllermo mas que una campaña cuando era príncipe Real, en cuya ocasion se reunió al príncipe Eugenio con 10,000 hombres. La equidad de Federico, libró á sus estados de ruinosas guerras; conoció que el Brandemburgo necesitaba robustecerse, antes de venir á las manos con las naciones vecinas, y evitó cuidadosamente toda ocasion de salir de su sistema de neutralidad. Hallóse no poco comprometido cuando Cárlos XII acometió la Polonia; pero rehusó obstinadamente tomar parte en la coalicion formada contra el héroe sueco, y solo cuando este fué derrotado en Pultawa, se decidió Federico á admitir de los turcos, en depósito, una parte de la Pomerania que ellos habian ocupado para salvarla de los rusos y polacos. Quiso luego Cárlos recuperarla y atacó á los prusianos, pero fué rechazado, y poco despues de su muerte, el tratado de Stockolmo abandonó á la Prusiâ la parte de la

Pomerania, comprendida entre el Plene y el Oder, inclusas las plazas de Stetin y Usedon. Mas bien que una adquisicion, fué esta una compra, pues Federico dió por estos países siete millones de thalers, lo que prueba los buenos resultados que daba su economía. Por estos pacíficos medios aumentó Federico sus estados en los cuales gobernaba, si con dureza y aun despotismo, tambien con inflexible rectitud y acertado cálculo. Suprimió en todos sus estados la moneda del Imperio é hizo acuñar otra nacional: dividió la administracion de la hacienda en otro departamento; instituyó un tribunal de Hacienda presidido por un director general; hizo estensivo á todo su reino los cuadros estadísticos que el Gran Elector habia ordenado formar en solo un distrito; estableció un catastro general de todas las propiedades cultivadas, con indicacion de su calidad, para la mas exacta reparticion de los impuestos, y fijó la cifra de los gastos y de los ingresos. Sus tareas dieron excelentes resultados y solo á fuerza de economía y buen órden pudo disponer Federico de las cantidades necesarias para la adquisicion de la Pomerania, para poblar la Lituania, en cuya empresa gastó 20.000,000 de francos; y para embellecer á Berlin y Portdam, donde empleó otros 6.000,000. Estableció para la capital reglas de policía, iguales á las que en París regian, y fundó hospitales y talleres para los pobres y vagabundos. La agricultura le debió tambien una ilustrada pretension, siguió el sistema de sus antecesores y atrajo á sus estados numerosas familias, protestantes en particular; las 20,000 almas que fueron arrojadas de su país por la persecucion del obispo de Saltnbourg á quienes acogió Federico con generosa solicitud. Las contínuas emigraciones de las poblaciones laboriosas de la Suavia, Moravia y Palatinado, proporcionaron al Brandemburgo muchos artesanos diestros y laboriosos que elevaron la industria á un grado extraordinario de prosperidad. Verdad es que Federico gravó tambien á sus pueblos con crecidos impuestos; que monopolizó muchos ramos de comercio, y que ejerció sobre la industria una autoridad absoluta y muchas veces desacertada, publicando reglamentos perjudiciales, y prohibiendo á los judíos traficar en sus reinos; pero tambien es cierto que dispensó á sus vasallos señalados beneficios trocando los fondos en dominios hereditarios, y convirtiendo el homenaje de la nobleza prusiana en una sencilla contribucion.

En suma; Federico Guillermo se propuso asentar la prosperidad de la Prusia sobre dos sólidas bases; un gobierno económico, y un ejército valiente y disciplinado, y lo consiguió por completo, aunque los medios que para ello empleó fueron injustos y violentos. Su amor al órden le movió muchas veces á despreciar el poder judicial y á hacer la justicia por su mano; sin embargo, supo en muchas ocasiones dominarse y obrar prudentemente. Estimó á sus soldados tanto como despreció á los sábios, quienes eran el objeto de sus bufonadas, y á quienes nunca quiso pagar. Ningun monarca ha sido mas absoluto que Federico Guillermo: pueblo, ejército y familia, fueron tratados por él militarmente, y la Prusia entera tembló bajo su terrible baston. Fué para su familia un tirano insopor-

table y cruel; su hijo mayor, que despues se llamó Federico el Grande, y su hija la princesa de Baireuth, fueron víctimas del genio violento de aquel monarca, que buscaba de contínuo ocasiones de molestarles.

La cólera cegó muchas veces á Federico Guillermo, hasta hacerle faltar á la equidad, y algunas crueles sentencias le costaron en su vejez agudos remordimientos. Mas no puede negarse que fué el organizador de la monarquía prusiana, y que á no ser por la economía y rigidez de Federico Guillermo, no hubiera llegado su hijo á ser lo que fué.

Durante este reinado, no sostuvo la Prusia ninguna guerra. En 1728 estuvo sí á punto de venir á las manos con el Hannover, pues, habiéndose suscitado algunas diferencias sobre límites y sobre escesos de los enganchadores prusianos, que atravesaban aquellos estados. Federico tomó entonces parte en la alienza de Viena contra la Inglaterra; el Emperador le prometió ayudarle con doce mil hombres, y la república de Polonia con ocho mil. Las tropas marchaban ya hácia las fronteras; pero, habiendo manifestado el Consejo prusiano á su monarca cuanto era de sentir que por tan pequeño motivo se emprendiese una guerra tan peligrosa, se dejó Federico vencer de la razon, y se reconcilió con el rey de Inglaterra, dando con esto una prueba de moderacion, tanto mas notable, cuanto mas rara era esta virtud en aquellos tiempos. Aun brilló en mas alto grado la equidad de Federico Guillermo cuando rehusó aprovecharse de las desgracias de Cárlos, para obtener en el tratado de Stockolmo, la cesion de la isla de Rugen y la franquicia de los peajes del Sune, en cuya ocasion dió Federico Guillermo esta noble respuesta á los que le aconsejaban siguiese aquella idea: «Estoy contento con la suerte que el cielo me ha deparado, y no quiero aumentar mis estados á espensas de los de mis vecinos.» No fueron estas las máximas de Federico el Grande.

VII.

Sucedió en el trono á Federico Guillermo, su hijo Federico, aquel príncipe á quien tanto habia aborrecido por sus hábitos poco guerreros, y por su aficion al estudio. En efecto; siempre habia mostrado el príncipe real una decidida inclinacion á la música y poesía mientras que solo por su aficion á la Historia, podia adivinarse que aquel jóven que detestaba las manías militares de su padre, habia de ser uno de los mayores capitanes de su siglo. Poseía Federico el francés, componia en este idioma versos no muy malos, y preferia esta agradable ocupacion á los cuidados y revistas militares. Estas pacíficas inclinaciones le valieron muy sérios

disgustos, pues Federico Guillermo no perdonó medio, y es sabido cuan violentos eran los que solia emplear para distraer á su hijo de ocupaciones tan poco conformes con los hábitos de aquel singular monarca. Sufrió Federico las injurias, y aun los bastonazos de su padre, y vió perseguidas con la mayor crueldad á todas las personas que le profesaban algun afecto; pero no cedió en su propósito, y continuó haciendo versos y tocando la flauta apesar de los rigores paternales. Estuvo á punto esta lucha entre rey y príncipe, de terminar en lastimosa tragedia, y aun fué causa de que se vertiese sangre pura é inocente, que inmoló á su cólera el brutal Federico Guillermo. Porque no pudiendo ya el príncipe real sufrir por mas tiempo los malos tratamientos de su padre, dispuso huir á Inglaterra y trató el plan de esta fuga con dos jóvenes sus amigos, llamados Keith y Katt, quienes se comprometieron á auxiliarle y acompañarle en ella. Mas fué descubierto este proyecto, y preso Federico cuando iba á trasponer la frontera prusiana, conducido á presencia de su padre, quien despues de maltratarle, le hizo encerrar en la fortaleza de Custrún donde al poco tiempo tuvo que presenciar el suplicio de su desgraciado amigo Katt, que fué decapitado delante de las ventanas de Federico, mientras que cuatro granaderos sujetaban la cabeza de este en direccion al fatal cadalso. Y no se hubiera limitado á esto la venganza de Federico Guillermo, á no ser por la eficaz intervencion de las potencias extranjeras, y por la indignacion general, porque era su idea desheredar á Federico como varias veces trató de verificarlo.

Natural parecia que luego que el jóven príncipe se viese libre del ignominioso yugo que tan rudamente habia pesado sobre él, se indemnizase de los trabajos padecidos, entregándose á sus inclinaciones favoritas, y variando en su totalidad el órden de cosas establecido. Pero reunia Federico en alto grado las cualidades de su raza, y aunque jóven, podian ya en él la reflexion y el cálculo mas que las pasiones. Así fué que el sistema del difunto monarca sufrió muy leves variaciones, y Federico, que tan poco apego habia mostrado al uniforme, le adoptó desde aquel momento para no abandonarle jamás, y dedicó sus primeros cuidados á engrosar el ejército y aumentar las rentas públicas. Hubo, si, una mutacion completa en el sistema represivo de Federico Guillermo, pues su sucesor mostró desde los primeros años de su reinado, una gran tolerancia, no solo con la prensa, á la que permitió una completa libertad, sino con las lógias masónicas que vinieron á refugiarse en sus estados huyendo de la persecucion que en los del resto de Alemania padecian. Era Federico de pequeña estatura, bien formado, de agradable fisonomía y hermosos ojos azules; sus modales eran insinuantes, y su actividad prodigiosa. Codicioso de gloria, anhelando hacerse popular y dar su nombre á conocer al mundo, creyó que no habia camino que mas seguramente condujese á este fin, que el de hacerse filósofo al estilo francés, y por esta razon trabó relaciones con los mas célebres publicistas de la época, y perfeccionó en aquella escuela sus buenas disposiciones para el epígrama y la causticidad. No hu-

bo cosa divina ni humana, que no fuese objeto de las burlas de aquella grey literaria, entre la que descollaba Federico por la malignidad é intencion de sus epígramas. Verdad es que sus ingeniosos chistes sobre la galantería de la emperatriz Isabel, la beatitud de María Teresa, y las aventuras de Cotillon II, le granjearon el ódio irreconciliable de las córtes de París, San Petersburgo y Viena, y fueron una de las causas principales de la famosa guerra de los siete años; pero en cambio proporcionaron á Federico merecida reputacion de hombre audaz é ingenioso. ¡Gloria digna de un rey! Mas, apesar de esta intimidad entre el monarca prusiano y los filósofos, no tienen estos mucho que agradecer á aquel, porque nunca se olvidó de que era rey y trató á sus amigos con dureza é ingratitud.

Era evidente que tarde ó temprano habian de encontrarse frente á frente el Austria y la Prusia, el astro que se levantaba sobre el horizonte, y el que descendia, y bien debió preveerlo Federico puesto que desde su advenimiento trató de aumentar el ejército prusiano, ya numeroso. Cierta querella motivada por el obispo de Lieja, estuvo á punto, en los primeros momentos del reinado de Federico, de producir un choque entre el Austria y la Prusia: mas se desvaneció por entonces aquel peligro, y otras causas mas importantes fueron las que pusieron en combustion á toda la Alemania. Cárlos VI, aquel príncipe que á principios del siglo habia disputado á Felipe V. la corona de España, y promovido una guerra europea, falleció en 1740 dejando nombrada heredera de sus estados á su hija María Teresa, en cuyo favor habia publicado de antemano una Pragmática-sancion, que habia hecho garantir por todas las córtes de Europa. Mas descuidó Cárlos VI la única garantía eficaz, cual era la de un ejército numeroso y aguerrido, y un Tesoro bien provisto: las infinitas guerras que tuvo que sostener aquel monarca, habian esquilmado la nacion, que ahora se veia pobre y abatida. Humillada en los campos de batalla, desgarrada interiormente por las revueltas de Hungría, se hallaba el Austria sin aquellos generales que la habian dado tanta gloria, sin ejército y sin recursos.

La Pragmática-sancion era, pues, un inútil documento, y muchas potencias de Europa, luego que Cárlos VI hubo dado el último suspiro, se aprestaron para arrebatar su herencia á María Teresa. Una multitud de pretendientes, mas ó menos poderosos, suscitó muchas pretensiones á varios de los estados que el Austria poseia.

España, Baviera, Sajonia y Cerdeña, alegaron sus derechos, y tomaron las armas para hacerlos valer. El Brandemburgo suscitó tambien sus antiguas pretensiones á varios ducados y principados de Silesia, de los cuales le habia despojado el Austria injustamente en otro tiempo. Estos derechos eran incontestables, y la córte de Viena habia reconocido tácitamente su validez, tratando en varias ocasiones de comprarlos; mas, á pesar de esto, negóse aquella orgullosa córte á tratar con su antiguo vasallo, y aunque al fin entró en negociaciones fué con tan tívia volúntad, que bien conoció Federico lo poco que de ella podia esperar. Por

esta razon, y pensando lógicamente, que el medio mas seguro de adquirir la provincia disputada, era apoderarse de ella, invadió la Silesia al frente de un ejército numeroso y disciplinado. El Austria habia arrebatado aquellos países al Brandemburgo, cuando este era el mas débil, y ahora que el Estado secundario habia crecido en fuerzas, trataba de recuperar lo que contra razon se le habia quitado. Merecia la Silesia ser tan tenazmente disputada, como lo fué, porque aquel fértil valle, regado por el Oder, poblado por mas de un millon de habitantes, y defendido por cuatro importantes fortalezas, equivalía en valor é importancia á la mitad del reino de Prusia. Penetró en Silesia Federico con treinta mil hombres, y con tal sigilo se habian hecho los preparativos de esta expedicion, que la córte de Viena no sospechó cosa alguna hasta que el ejército prusiano estaba sobre Crossem. Publicó entonces Federico una declaracion en defensa de sus derechos y conducta, y se puso al frente de su ejército, gobernado por el mariscal Schewesin, militar antiguo que habia servido á las órdenes del príncipe Eugenio, y de Marenborongh, y aprendido el arte de la guerra en las célebres campañas de sucesion.

El duque de Holstein con la vanguardia del ejército prusiano, emprendió el sitio de Glozan al terminar el año de 1740, y la Silesia, que se hallaba desprevenida, opuso muy débil resistencia á las armas de Prusia. Mas intervinieron otros estados, entre ellos Rusia, Holanda y Polonia, y Federico consintió en entrar en negociaciones. Ofrecióle el Austria dos millones de florines á condicion de que habia de desistir de toda pretension sobre la Silesia, que habia de dar su voto al Gran Duque de Toscana, esposo de María Teresa, en las próximas elecciones de Emperador, y habia de prestar el apoyo de su ejército é influjo contra los enemigos del Austria. Proposiciones eran estas, que podian tomarse por insulto; pero el Austria no conocia aun el génio de Federico, y recordaba que estaba tratando con el nieto de su antiguo vasallo. Rompiéronse las negociaciones, y prosiguió Federico sus conquistas hasta entrar en Breslan, capital de la Silesia, donde supo atraerse las simpatías de todos los habitantes por su sencillez, tolerancia y cortesía.

Pero entretanto avanzaba el general austriaco Niepperg con veinticinco mil infantes y una formidable caballería, y Federico trató de salirle al encuentro. Halláronse ambos ejércitos en Molwitz, en 10 de Abril de 1741: Era la primera vez que las tropas prusianas, adiestradas en la táctica durante veinte años de paz, podian demostrar prácticamente la superioridad del nuevo arte militar. La caballería húngara las hizo cejar en un principio, y el ala izquierda prusiana, se vió rota al cabo de cinco cargas consecutivas; pero el resto del ejército peleó con la mayor intrepidez, y conducido por el mariscal Schewerin y el príncipe Leopoldo de Dessan, cargó á su vez, y rechazó á los austriacos poniéndoles en completa derrota. Federico se ensayó en su papel de conquistador, huyendo á rienda suelta hasta Oppeln, pueblo distante dos leguas del campo de batalla, donde á la

mañana siguiente, supo que sus tropas le habian dado la victoria. La superioridad de la táctica prusiana, de la cual fué el verdadero inventor el príncipe Leopoldo de Dessan, que ahora acababa de contribuir á la victoria, quedó decidida con asombro de la Europa, y Federico comenzó á vislumbrar su glorioso porvenir. «Molwitz, dice en sus *Memorias*, fué la escuela del Rey y del ejército.»

La desgracia de sus armas suscitó á María Teresa nuevos enemigos. Francia y Baviera se unieron con Prusia, y comenzó la guerra de la sucesion austriaca. Federico conoció que la elevacion de la Prusia dependia de la humillacion del antiguo jefe del imperio, y para llegar á conseguirla, concluyó con aquellas potencias un tratado de alianza y repartimiento de los estados austriacos, cuyo tratado fué firmado en Nymphembourg. En consecuencia envió la Francia al otro lado del Rhin, un ejército que, reuniéndose con los de Sajonia y Baviera, atacó al Austria en el corazon de sus estados. Esta distraccion proporcionó á Federico ocasion de concluir de sujetar la Silesia, á quien confirmó sus privilegios y dió por libres de varias cargas onerosas que el Austria la impusiera. Conquistóse con esto el afecto del pueblo, y entretanto invadia Schewerin la Moravia, y ocupaba las plazas fuertes de Glatz y Olmutz que le aseguraron la posesion del país. No podia el Austria contrarestar estas ventajas de Federico, porque casi todas sus fuerzas se hallaban en Bohemia haciendo frente á las tropas combinadas de Francia y de Baviera. La reunion de este ejército con el prusiano, hubiera decidido la ruina de María Teresa, y estuvo á punto de verificarse, porque Federico, despues de haber conseguido en Chotusitz, sobre el príncipe Cárlos de Lorena, una victoria decisiva, tuvo abierto camino por donde marchar sobre Viena, y aun los húsares prusianos llegaron á las puertas de esta capital. Pero no tuvo la suficiente resolucion para aprovecharse de su superioridad, y la córte de Viena, que vió de cerca lo inminente del peligro, se resolvió á entrar en tratos con Federico, depuesto ya aquel orgullo que al principio ostentára. Ofreció su mediacion la Inglaterra, y se vino, por último, á firmar la paz en Breslan, cediendo María Teresa á Federico, todo lo que las armas prusianas habian conquistado.

Cuando la nueva de este tratado llegó á oidos de Luis XV, dícese que exclamó. ¡Ay de mi ejército de Bohemia! Y tenia razon en llorar la pérdida de aquellos valientes soldados, que abandonados por Federico, quedaban aislados en país enemigo, y rodeados por todas las fuerzas del Austria. Mostró Federico en esta ocasion un culpable egoismo, cuyo castigo sufrió luego en la guerra de los siete años; porque, libre María Teresa de los prusianos, cayó sobre el ejército aliado, le derrotó, concluyó con la Cerdeña la paz de Wornos; atrajo á la Sajonia á una extrecha alianza, logró la eficaz proteccion de Inglaterra y Holanda, y cuando en 1744 una nueva coalicion reunia contra el Austria, á Francia, España, Prusia y Baviera, la otra mitad de la Europa se levantó para protejer á María Teresa, á quien Federico no habia querido arruinar, como pudo, despues de la batalla de Chotusitz.

Sucedieron á la paz de Breslau dos años de reposo, al cabo de los cuales, viendo Federico que María Teresa habia arrojado de Alemania é Italia á los franceses y españoles, temió la pérdida de la Silesia, y aliándose secretamente con Francia, y formando una liga con la Baviera, el Palatinado y la Hesse, tomó de nuevo las armas, invadió la Bohemia al frente de cien mil hombres, y se apoderó de Praga despues de un sitio de seis dias. Vióse luego obligado á evacuar esta capital, pues, reunido el ejército austriaco con el de Sajonia, su aliado, vino á ser muy superior en número al prusiano, el cual se retiró hácia la Silesia. La muerte del emperador Cárlos VII, (1745) dió nuevo aspecto á las cosas de Alemania, y contribuyó á que cesasen las hostilidades en muchos países de ella, porque el nuevo elector de Baviera se reconcilió con María Teresa; y la Gran Bretaña, Holanda. Polonia y Sajonia. formaron una confederacion con el objeto de restablecer la paz en el Imperio.

Vióse Federico abandonado á su vez, por todos sus aliados, y mal apoyado por los franceses, por cuya razon juzgó necesario mantenerse á la defensiva en Silesia, donde esperó á pié firme al ejército combinado austro-sajon. El príncipe Cárlos de Lorena, que le gobernaba, penetró en Silesia y avanzó hasta las llanuras de Hohenfriedberg, donde Federico vino sobre él de improviso, y le derrotó completamente. Retiróse Cárlos hácia la Bohemia perseguido por las tropas prusianas: mas temiendo Federico ver cortada su comunicacion con la Silesia, no pudo pasar adelante, y se detuvo en Chulm hasta fines de Otoño, en cuya época emprendió la retirada hácia Silesia. Persiguióle de cerca el ejército austriaco, al cual atacó Federico en Sors, donde, aunque los prusianos eran uno contra dos, consiguió una completa victoria. Entonces pudo Federico volver sus armas contra el elector de Sajonia, y hácia fines de 1745, marchó sobre Dresde, mientras que el príncipe Leopoldo de Dessan, se apoderaba de Leipsick y Meissen. Acudió el príncipe de Lorena al socorro de Dresde; pero, antes de que pudiera reunirse con el ejército sajon, fué este derrotado en Keneldorf por el príncipe de Dessan y sajones y austriacos fueron arrojados hácia la Bohemia. Dresde se entregó á Federico, y todo el electorado fué puesto á contribucion.

Estas victorias completaron la fama militar de Federico, y obligaron á la córte de Viena á concertar con él una paz ventajosa en extremo para la Prusia. Y al mismo tiempo el tratado de Aquisgram (1748), restituia la tranquilidad á la Europa, con lo cual se vió Federico en estado de hacer algo en beneficio del pueblo que tan lealmente seguia sus banderas. Durante los once años de paz que corrieron desde el tratado de Dresde (1745), hasta el principio de la guerra de los siete años (1756), dedicó Federico los mas asíduos cuidados á la administracion de su reino, y procuró poner en estado floreciente la agricultura y la industria, reanimar el comercio, reformar un tanto la legislacion y aumentar las rentas públicas. Y no olvidaba tampoco el adiestrar y fortalecer su ejército, que llegó á contar ciento sesenta mil hombres, porque bien á las claras daba á en-

tender María Teresa, que todavía no creia perdida para siempre la Silesia.

Esta rivalidad del Austria y la Rusia, y la de Francia é Inglaterra, produjeron la guerra de los siete años. Rompiéronse las hostilidades en América, y desde allí vino la guerra á ser general en Europa. Buscó la Inglaterra enemigos á Francia en el continente, y Francia trató á su vez de privar á la casa reinante en la Gran Bretaña de sus estados hereditarios de Hannover. Alarmado Jorge por la suerte de su patrimonio, se dirigió al Austria demandando se le garantizase, mas habiéndose negado á ello Maria Teresa, acudió Jorge á Federico, su sobrino, con quien firmó en Lóndres en 16 de Junio de 1756, un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Pero el mismo lazo que unió á las córtes de Berlin y Lóndres, contribuyó tambien á unir á las de París y Viena, por tanto tiempo enemigas encarnizadas. Esta alianza, preparada de antemano por el diestro conde Kannitz, fué firmada en Versalles el primero de Mayo de 1756. Tenia motivos Federico para creer que su alianza con la Inglaterra le proporcionaria asimismo la de Rusia, pero no conocia el ódio que le profesaba la emperatriz Isabel, que fué tal, que bastó á decidirla á romper con Inglaterra, y acceder á la alianza de Viena. De esta suerte los epígramas de Federico contra Isabel, María Teresa y Mme. Pompadour, pusieron á la Prusia á orillas de su ruina. El rey de Polonia, elector de Sajonia, vino tambien en tomar parte en la liga contra Federico, con lo que, puestas de acuerdo todas aquellas potencias, concluyeron entre sí un tratado de repartimiento de los estados prusianos. Mas no ignoraba Federico ninguno de los pasos de sus enemigos, y como viese que los preparativos de guerra continuaban, exigió una explicacion á la córte de Viena, y en tanto que esta la dilataba, tomó, segun costumbre, la ofensiva, y entró en Sajonia con cuarenta mil hombres.

Desprevenida la Sajonía, no pudo oponer formal resistencia á Federico quien se apoderó de Dresde y sorprendió en sus archivos las pruebas de la liga formada contra él, incluso el plan de desmenbramiento de sus estados. Conquistada la Sajonia quedó desembarazada la comunicacion entre el Brandemburgo y la Silesia y se halló Federico dueño del Elba hasta Bohemia. El ejército sajon mandado por su rey Augusto, se habia atrincherado en el campo de Pirna, en donde Federico, avanzando desde Dresde, le puso estrecho cerco. Acudió el mariscal austriaco conde Brown á socorrer las tropas sajonas, pero imformado Federico de su marcha, vino á atacarles en la llanura de Sowozitz, y aunque la batalla no fué decisiva, los prusianos se mantuvieron en el campo y Brown no pudo socorrer á los sajones, quines despues de haber intentado una salida, tuvieron que rendirse. Fué esta una obra maestra de estrategia, digno prólogo de aquella terrible guerra de los siete años, de la que Federico fué el héroe.

Vióse dueño el monarca prusiano de toda la Sajonía; pero su misma fortuna contribuyó á levantar contra él una liga poderosa. Francia, Austria, Rusia y con ellas la Suecia y la Confederacion germánica, se unieron contra el pequeño reyno que asi desafiaba á las antiguas monarquías, y se dispusieron á invadirle. Un ejér-

cito francés que contaba cien mil hombres, penetró en Westfalia y se apoderó de los ducados de Cleves y Güeldres, y de la mayor parte de aquellos estados abandonados por Federico. El mariscal de Etrees batió en Hastenback al duque de Cumberland que mandaba las tropas hanoverianas, auxiliares de Federico, y el mismo mariscal de Richelieu, sucesor de Etrees, sometió la mayor parte de los estados de Brunswick y Hannover, y obligó al duque de Cumberland á rendirse prisionero con todo su ejército. Este suceso perjudicó en extremo á los intereses de Federico, pues dejó descubierto el Brandemburgo por aquella parte. Entretanto, otro ejército sueco, fuerte de sesenta mil hombres, invadia la Pomerania, y ochenta mil rusos mandados por Apraxin amagaban á la Prusia por el Oriente. Segura parecia la completa ruina de Federico; pero el génio de este monarca, y la impericia de los generales franceses, rusos y suecos, dispusieron las cosas de muy diferente manera.

Abandonando repentinamente la Sajonia, penetró Federico en Bohemia (Abril de 1757), y se puso sobre Praga. Una division prusiana, mandada por el príncipe de Beverer, rechazó en Reichemberg al conde de Konigseck, mientras que Federico, en persona, marchaba contra Brown que se habia retirado detrás de Praga, y la Muldan esperando los refuerzos que Daun le traia. Trató Federico de impedir la reunion de ambos cuerpos, y atacó al de Brown en su formidable posicion. Empeñóse entonces un reñido combate que duró desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche; los austriacos, protegidos por baterías colocadas en las alturas, se defendian con valor, y ya cejában los soldados prusianos cuando el príncipe Enrique de Prusia, y Mauricio de Dessan, apeándose de sus caballos, se pusieron á la cabeza de los batallones prusianos y acometieron las alturas. El intrépido Schewerin, aquel héroe septuagenario, cuya presencia, al decir de Federico, valia por un ejército, cayó muerto en el momento en que, tomando una bandera conducia al combate á la ya desordenada infantería prusiana. La pérdida fué prodigiosa por una y otra parte; los austriacos sufrieron una baja de veinte y cuatro mil hombres, y los prusianos de diez y ocho mil. El príncipe Cárlos de Lorena se refugió en Praga con el resto del ejército austriaco, que ascendia á cuarenta mil hombres. Allí le bloqueó Federico, y hambrienta ya la ciudad, y reducida á cenizas, se hallaba en el último apuro cuando se aproximó el mariscal Daun con sesenta mil hombres á socorrerla. Marchó Federico á su encuentro, dejando la fuerza suficiente delante de Praga, y le atacó cerca de Kolhis. Siete veces fueron rechazados los prusianos, mas al fin pusieron en derrota el ala izquierda de los enemigos, ya Daun habia dado la órden de emprender la retirada, cuando una falta del príncipe Mauricio de Dessan, dió lugar á que la caballería sajona penetrase en las filas prusianas, y las desordenase. La guardia real prusiana, que era el asombro de Europa, pereció allí por completo. Federico se retiró con sus bagajes y artillería, y tuvo que levantar el sitio de Praga, despues de haber perdido en Kolhis mas de once mil hombres, y de haber dejado escapar á los

príncipes de Lorena, Sajonia, Módena, Aremberg, al conde Lascy y á cuarenta mil austriacos encerrados en Praga, y debilitados por el hambre. Despues de esta derrota de Kolhis, es cuando escribió Federico á lord Marechal: «¿Qué decis de esta liga europea contra el marqués de Brandemburgo? Mucho se admiraria el Gran Elector de ver á su nieto luchando con los rusos, austriacos, imperiales, y cien mil franceses auxiliares. No sé si será para mi vergonzoso el sucumbir; pero sí, que ganarán con vencerme muy poca honra.»

Entretanto los rusos, que á las órdenes de Apraxin habian penetrado en Prusia, en número de cien mil hombres, tomaron á Memel, y derrotaron en Jaegondorff al mariscal Lehwald, que trataba de contenerlos. Pero Apraxin no supo sacar partido de la victoria, y replegándose hácia Polonia y Curlandia, hizo tomar á sus tropas cuarteles de invierno. Los suecos invadieron la Pomerania, conforme á lo estipulado con Francia, y se apoderaron de muchas plazas, entre ellas Berlin, á la que el general austriaco Haddicc, puso á contribucion.

Y mientras que por el Norte y Oriente se veia la Prusia asolada por rusos y suecos, un ejército francés, mandado por el príncipe de Soubise, se reunió al de la Confederacion germánica, y penetró en Sajonia. Brilló entonces en todo su esplendor el génio de Federico. Acometido, acosado por todas partes por aquella multitud de enemigos de todas naciones, no perdió aliento y confiado en la superioridad de sus tropas, y en su fortuna, intentó rechazarlos en todas partes. A este fin dividió su ejército en varios cuerpos, y mientras que Lehwald marchaba al frente de treinta mil hombres contra los rusos, cayó Federico con solo veinte y cuatro mil sobre el ejército francés, que contaba tres quintas partes mas de fuerza. Ocupaba Soubise una ventojosa posicion cerca de Rosbach, á una legua del famoso campo de batalla de Leutzen; pero cometió la imprudencia de abandonar su posicion, y apenas hubo descendido al llano, donde Federico le llamaba, cuando la formidable caballería prusiana cayó sobre sus costados, y le puso en completa derrota. Aquello fué un simulacro mas bien que una batalla; las armas francesas perdieron allí la honra que habian alcanzado en Fontenoy, y se cubrieron de ignominia. Rotos los franceses, volvió Federico sus armas, sin detenerse á tomar cuarteles de invierno, contra los austriacos, que, en este intérvalo habian invadido la Silesia, y héchose dueños de Schewenitz y Breslau. Vino sobre ellos Federico en Leutzen, y, aunque el príncipe Cárlos de Lorena y el mariscal Daun gobernaban fuerzas muy superiores á las prusianas, fueron completamente vencidos por Federico, quien consiguió en esta ocasion una de las mas notables victorias de esta famosa guerra.

La fortuna recompensó los esfuerzos de Federico dándole la superioridad sobre tantos y tan respetables enemigos; y para mayor dicha suya, la mutacion que se verificó por este tiempo en el gabinete inglés, contribuyó á sacarle de la angustiosa situacion en que se hallaba. El célebre Pitt acababa de encargarse del ministerio de la Gran Bretaña, y bien pronto comenzaron á experimentarse los

resultados de su talento y energía. Resuelto á *hacer la guerra de América en Alemania*, pidió á Federico pusiese á disposicion de la Inglaterra al príncipe Fernando de Brunswick, á quien dió el mando de su ejército, compuesto de ingleses y hannoverianos, el cual comenzó en breve á pelear con buen éxito, con las tropas de Francia. Y no paró aquí la eficacia de Pitt, sino que logró que Inglaterra suministrase á la Prusia un subsidio anual de cuatro millones de escudos; con lo cual se halló Federico en mas desahogada posicion, aunque muy inferior siempre en fuerzas á sus numerosos enemigos.

No perdonaban por su parte las rencorosas emperatrices medio alguno de llevar á cabo en breve término la ruina de su contrario, y con esta idea comenzaron en 1758 una nueva campaña. El príncipe Fernando de Brunswick marchó con el ejército anglo-hannoveriano hácia el Rhin inferior, y obligó al príncipe de Clermont á abandonar el Hannover, Hesse, Brunswick y Ostfricia; se apoderó de Meiden, y derrotó al general francés en Crevel, cuya batalla fué como una continuacion de la de Rosbach é igualmente vergonzosa para la Francia. En seguida se apoderó el de Brunswick de Ruremonde y Dusseldorf, y Clermont emprendió la retirada hácia Colonia, donde le sustituyó en el mando el mariscal de Contades. Era la intencion del príncipe Fernando la de llevar la guerra á los Países-Bajos austriacos; pero los franceses se lo impidieron acometiendo la Hesse, y derrotando á las tropas de este electorado en Zanderhansen, con lo cual quedó de nuevo descubierto el Hannover. Abandonó entonces el de Brunswick todas sus conquistas, volvió á pasar el Rhin, y marchó sobre Munster; pero los franceses no supieron aprovecharse de las ventajas que acababan de conseguir, y evacuando las provincias conquistadas, se retiraron hácia Francfort, donde tomaron cuarteles de invierno.

Ya desde el principio de esta campaña habia recobrado Federico á Schewintz, haciendo prisionera á su guarnicion. Dirigióse en seguida sobre Moravia, y ocupó á Olmutz; pero la invasion de los rusos, que á las órdenes del conde de Fermor habian penetrado en Prusia, apoderándose de Koenigsberg, y la Pomerania y Newmarck obligó á Federico á marchar contra ellas. El ejército prusiano hizo en esta ocasion una de las mas admirables jornadas de que hacen memoria los anales militares, pues atravesó ciento veinte leguas en veinte y cuatro dias y recogiendo en su marcha algunos otros cuerpos de sus tropas, cayó en 25 de Agosto sobre los rusos en Zornsdorff, donde se dió una de las batallas mas largas y sangrientas de toda esta guerra. Ambas partes se atribuyeron la victoria; pero la pérdida de los prusianos no llegó á doce mil hombres, mientras que los rusos perdieron diez y siete mil, y tuvieron que retirarse á Landsberg.

Desde el Norte corrió Federico hácia la Sajonia para socorrer á su hermano Enrique, á quien el mariscal Daun tenia en el último apuro. Acampó el ejército prusiano en Hochkirchen tan próximo á los austriacos, que penetrando estos de noche en las líneas enemigas, favorecidos de la oscuridad y de la sorpresa, hicie-

ron un horrible destrozo. Allí murieron el príncipe de Brunswick, el feldmariscal Keith y otros célebres generales; fué herido mortalmente Mauricio de Dessan y los mejores regimientos prusianos se vieron rotos por la caballería húngara. Acudió á todas partes Federico, y logró cambiar el aspecto del combate y salir del campo en buen órden con su artillería y bagajes, retirándose hácia una buena posicion, donde recibió los socorros que le traia su hermano el príncipe Enrique. Avanzó entonces sobre la Silesia, y persiguiendo á los austriacos, volvió á entrar tras ellos en Sajonia, donde el ejército imperial estaba sitiando á Dresde. Esta marcha y la proximidad del invierno, obligaron á los aliados á retirarse á Bohemia y al imperio.

Mas á pesar de la habilidad del monarca prusiano, su posicion al comenzar la campaña de 1759 era en extremo crítica y la elevacion del duque de Choiseul al ministerio de Francia fué perjudicialísima á Federico, pues el ministro francés dió á la guerra el mismo calor que Pitt habia procurado darla, y el ejército francés, considerablemente reforzado, y mejor dirigido que en las anteriores campañas, consiguió tambien mayores ventajas. El principe Fernando fué derrotado por el duque de Broglie en Bergen, y reunido luego el vencedor con el mariscal de Contades, rechazó á los hannoverianos hasta la Hesse, y se apoderó de varias plazas importantes. Pero el duque de Brunswick logró, fingiendo una retirada, sacar al mariscal de Contades de una posicion ventajosa y ganar sobre él la batalla de Meiden cuyos resultados fueron la evacuacion de la Hesse y la retirada del ejército francés hácia Francfort, donde tomó cuarteles de invierno.

Reducido Federico, por la superioridad de sus enemigos, á mantenerse á la defensiva, cuidó solo en esta campaña de observar y oponerse á Daun. Entretanto derrotaron los rusos al general Wedel en Judicheau y amagaron á Berlin, por lo cual tuvo Federico que marchar contra ellos, y acometió con cuarenta mil hombres á cien mil en Kunzdorff donde la superioridad numérica dió á los rusos la victoria. El ejército imperial, gobernado por el duque de Deux Ponts tomó en este tiempo á Leipsick, Torgan y Witemberg, y se apoderó de Dresde. Acudió Federico á recuperarla; pero, derrotado uno de sus generales, no pudo lograr otra cosa mas que mantenerse por entonces en Sajonia.

Animados con estos prósperos sucesos, rusos, austriacos y franceses, se aprestaron á concluir con el ejército prusiano, y emprendieron con nuevo ardor la campaña de 1760. El ejército francés entró de nuevo en la Hesse y derrotó en Cosbach al príncipe hereditario de Brunswick; los hannoverianos se vengaron de esta derrota en Warbourg; pero no pudieron impedir que los franceses penetrasen en el mismo reino de Hannover. El Austria habia concertado con la Rusia un plan de campaña conforme al cual, los generales Laudon y Soltikoff debian emprender la conquista de Silesia, mientras que Daun y el príncipe de Deux Ponts penetraban por Sajonia en Brandemburgo. Federico encomendó al príncipe Enrique el cuidado de contener á los rusos; y tomando él mismo el gobierno del ejér-

cito de Sajonia, emprendió el sitio de Dresde, el cual le obligó Daun á levantar. Laudon entró con su ejército en el condado de Glatz, y emprendió el bloqueo de la plaza de este nombre; el general prusiano Fonquet, que le observaba con un cuerpo de ocho mil hombres, cayó prisionero con todas sus tropas en Laudhust, y Glatz se rindió. Penetraron entonces los rusos en Silesia, y Laudon acometió á Breslau, cuyo sitio le hizo levantar el príncipe Enrique. Mas temiendo Federico la pérdida de la Silesia, corrió en socorro de su hermano desde la Sajonia, llevando tras sí á Daun que imitó su movimiento. Avanzó Federico hasta Liegnitz, donde se vió encerrado entre muchos ejércitos austriacos y rusos. Cayó entonces sobre Laudon y hallándole desprevenido, le desordenó y consiguió sobre él una famosa victoria: los austriacos perdieron diez mil hombres, y Federico pudo salvar á Breslau, reunirse con el príncipe Enrique, y hacerse fuerte en excelentes posiciones. Entonces Daun, para hacer abandonar á Federico la Silesia, discurrió marchar sobre Berlin y, en efecto, un cuerpo considerable de austriacos y rusos mandados por Czernichef, Fotleben y Lascy, se dirigió hácia Berlin, rechazó á las pocas tropas prusianas que pudieron oponérsele, y entró en la capital de Prusia poniéndola á contribucion. Pero Federico no abandonó por esto la Silesia, y en vez de marchar contra los rusos, acometió al ejército imperial que se habia apoderado de la Sajonia, recobró á Leipsick y Witemberg, y atacó á Daun en Torgan; pero ocupaban los austriacos una posicion casi inexpugnable, y solo á costa de mucha sangre pudo Federico desalojarlos de ella. Con esta sangrienta batalla concluyó la campaña de 1760.

En la del año siguiente, obligó el príncipe Fernando al mariscal de Broglie á replegarse hácia Francfort; pero el príncipe hereditario de Brunswick fué derrotado en Altzenhayen, y los hannoverianos tuvieron que evacuar la Hesse. Reuniéronse entonces los dos ejércitos de Soubise y Broglie, pero la rivalidad que surgió entre estos generales, impidió que sacase fruto de su inmensa superioridad numérica. Entretanto, austriacos y rusos obrando de consuno, avanzaron á la vez en Silesia y Sajonia, mientras que una escuadra rusa emprendia el sitio de Colberg. Encomendó Federico á su hermano Enrique el cuidado de contener á Daun en Sajonia, y se encargó él mismo de la defensa de Silesia. No podia aventurar un combate porque el enemigo era muy superior en número, por esta razon sentó Federico sus reales en el campo de Bunzelwitz desde donde cubria á la vez á Schewenitz y á Breslau. La falta de subsistencias obligó á los rusos á repasar el Oder y entrar en Polonia dejando solo veinte mil hombres mandados por Czernichef con el ejército austriaco. Dejó entonces Federico el campo de Bunzelwitz para aproximarse á sus almacenes, que estaban en Neisse, y este movimiento facilitó á Laudon el apoderarse por sorpresa de Schewenitz, á cuya guarnicion hizo prisionera. Tambien Culberg se rindió á los rusos, y el príncipe Enrique, acosado por todas partes, apenas podia sostenerse en Sajonia. La situacion de Federico era desesperada; Inglaterra le abandonaba y quedaba aislado contra un enemigo poderoso. Pero

nunca mostró mas firmeza y confianza que en aquellas críticas circunstancias. Afortunadamente la muerte de la emperatriz Isabel y el advenimiento de Pedro III, entusiasta admirador de Federico, vinieron á mejorar la situacion de este monarca. Una cordial amistad se trabó entre Federico y Pedro, y si bien aquel desgraciado emperador tardó muy poco en ser derribado por Catalina, esta renovó la paz con Prusia. Lo mismo hizo la Suecia que no habia experimentado en esta guerra mas que desastres. Sin embargo; franceses, sajones, austriacos é imperiales, componian aun un numero terrible, y aunque ya en posicion mas desahogada, todavía corria Federico gran peligro de que solo su genio y fortuna podian salvarle.

El príncipe Federico de Brunswick atacó en Grevestein á los franceses, mandados por Etrées y Soubise y consiguió sobre ellos una completa victoria. Soubise derrotó luego al principe hereditario de Brunswick en Johannesberg; pero el ejército hannoveriano se mantuvo en la Hesse y se hizo dueño de Cassel. Schewenitz cayó en manos de Federico despues de un porfiado sitio en el que el sitiador tuvo que rechazar á Laudon y á Lascy, á quien el príncipe de Ossern derrotó en Reichembach. El principe Enrique, que se mantenia en Sajonia, impidió la reunion de los ejércitos imperial y austriaco, y derrotó completamente al primero en Freyberg, cubriéndose de gloria. Al mismo tiempo una incursion de la caballería prusiana en el Palatinado consiguió el mas feliz éxito; la Baviera se declaró neutral y otros muchos estados alemanes aprovecharon la ocasion que se les presentaba para deponer las armas.

Bien pudo entonces conocer María Teresa que habia perdido para siempre la Silesia, y entendiéndolo así, se decidió á firmar la paz de Huberstbewgo con la que terminó aquella sangrienta guerra de los siete años, en la que tanta y tan merecida fama adquirió Federico, tocándola parte no pequeña á María Teresa, y quedando reservada toda la vergüenza para los suecos y franceses, dos pueblos que habian perdido su antiguo valor. Al terminar estas campañas se hallaron las partes beligerantes en el mismo estado en que se miraban antes de comenzar la guerra. Y en este intérvalo el fuego, y el hierro habian destruido un millon de hombres; círculos enteros quedaron casi despoblados, y grandes distritos cubiertos de yerba. Y el derecho público no habia adquirido un solo principio que le consolidase, una sola conquista que le enriqueciese; porque aquella guerra no era, como la de los treinta años una lucha de principios producida por las ideas, y útil para los pueblos, sino una guerra de monarquías originada por la soberbia, el capricho y el ódio de unas mujeres, y la imprudente charlatanería de un gran monarca que pretendió merecer el título de filósofo.

VIII.

Diez y seis años de una paz no interrumpida, sucedieron á este calamitoso período. Bien lo necesitaban los infelices estados alemanes en los cuales habia hecho la guerra terribles estragos. Correspondió Federico al cariño y entusiasmo que por todas partes le manifestaban sus súbditos, y procuró indemnizarles de los sacrificios con que habian pagado la gloria adquirida por las armas prusianas, adelantando sumas considerables á las ciudades y distrítos que mas habian padecido, emprendiendo grandes obras de utilidad pública, entre ellas el magnífico hospital de inválidos, y dando empleo en todas partes á los brazos ociosos. Emprendió al mismo tiempo una reforma económica, que, aunque imperfecta, contribuyó á mejorar la condicion de la administracion prusiana. Fundó el Banco de Berlin, protegió eficazmente á la agricultura, y estableció fábricas de varios artefactos desconocidos en Prusia. Muchas de estas reformas eran una imitacion del sistema rentístico francés, cuyas ventajas habia Helvetins mostrado á Federico; otras eran copia de las instituciones inglesas. Mas lo que verdaderamente causa admiracion y dá la mas alta idea del carácter de Federico, es que durante la pasada guerra no habia establecido ningun impuesto nuevo, ni aumentado los antiguos: y que apesar de esto estuvieron sus tropas religiosamente pagadas, y al concluir la guerra, pudo Federico perdonar á la Silesia por seis meses los impuestos.

El acontecimiento mas notable de este período que vamos recorriendo es, sin disputa, el repartimiento de la Polonia; uno de los mas odiosos sucesos que la historia menciona. Fué aquel un acto tan vergonzoso, que los mismos que en él tomaron parte, le desaprobaron públicamente, y trataron de hacer recaer la culpa sobre su cómplice: acto que corrompió la moral pública, acostumbrando á los gobiernos á violencias que mas tarde habian de servir de ejemplo para otras parecidas. La república de Polonia fué por mucho tiempo el estado mas poderoso del Norte, hasta que la Suecia, Turquia, Prusia y Rusia, le arrebataron su superioridad y ordenaron sus provincias. Pero aun mas que á las armas enemigas debió la Polonia su decadencia á su viciosa constitucion interior. Desde que sus leyes permitieron á los príncipes extranjeros aspirar al trono electivo, los ajentes de las diferentes córtes europeas intrigaron sin descanso, y fraguaron vergonzosas intrigas para colocar en el trono vacante á alguno de sus príncipes. Y cuando cualquiera de estos habia sido elegido, su ignorancia en las cosas del país, y su aficion á las de aquel que le vió nacer, le impulsaban á seguir una política da-

ñosa para la república, y á sostener intrigas perpétuas en favor de cosas ajenas al gobierno de su reino. La Dieta polaca era impotente para suplir la ineficacia y poca nacionalidad del poder real, porque, á parte de muchos defectos radicales, su absurda constitucion prevenia que no fuese válida ninguna votacion que no fuere unánime. La guerra civil habia venido á ser perpétua en Polonia. Y como en este tiempo era llegada la hora en que las instituciones feudales sucumbian bajo el peso de la monarquía, no podia la Polonia evitar esta mutacion política, que no hallándola con fuerza para resistir semejante cambio de régimen, produjo una crisis peligrosa. La falta de unidad en religion era otra causa no menos principal, de perpétua discordia, y los griegos, que en gran número habitaban en Polonia, estaban siempre dispuestos á levantarse en defensa de sus privilegios, cuando, como con frecuencia sucedia, eran violados. Tales elementos debian causar la ruina de cualquier estado menos corrompido que Polonia, cuanto mas la de esta desmoralizada república; la cual á la muerte de su rey Augusto III, aquel príncipe que habia erígido en sistema la inmoralidad, se halló en la mas crítica situacion. Conocíase claramente la necesidad de variar la constitucion del reino, y de suprimir la unidad del voto de la Dieta; pero pretendian decidir estas cuestiones dos opuestos partidos, de los cuales el uno, á cuya cabeza estaba la familia Potoski, queria que prevaleciese la simple mayoría mientras que el otro, los Czartoriski, trataba de robustecer la autoridad real, reservando al rey la provision de los empleos. En una palabra, la poderosa familia de los Czartoriski queria la monarquía pura y hereditaria, y con esta idea trataba de disminuir la autoridad de los dignatarios de la república, y aumentar la de los tribunales. Oponíansela otros nobles que sospechaban que aquella familia pretendia llegar hasta el trono que trataban de afirmar, y unos y otros deseaban el apoyo de las córtes extranjeras. Durante el interregno que siguió á la muerte de Augusto, se aprovecháron los Czartoriski de la ocasion para plantear á toda prisa multitud de reformas, abatiendo á las familias poderosas, debilitando el poder feudal y suprimiendo los privilegios de grandes ciudades y de provincias enteras. Declaróse al rey único jefe y comandante de la guardia real, y pusieron bajo su inmediata inspeccion los ramos de postas y moneda. Aumentáronse las fincas de la corona con otras cuatro de las mas productivas del reino, y sobre todo, procuraron los Czartoriski abolir el *liberum veto*. Pero todas estas importantes reformas las llevaron á cabo en muy pocas semanas, sin tener en cuenta la voluntad de la nacion á quien no se habia consultado. Prusia y Rusia veian estas novedades con disgusto, y tomando por pretexto las quejas de muchos polacos contra la súbita infraccion de sus antiguas leyes, avanzaron hácia las fronteras sesenta mil rusos, mientras que otros diez mil penetraban en Varsovia, y obligaban á la Dieta á elegir por rey á Estanislao Poniatowski, noble polaco, amante de la emperatriz Catalina. Esta eleccion no podia ser muy agradable á los polacos, y el nuevo rey, colocado entre sus turbulentos súbditos y el despotismo de Catalina, conoció bien pronto su nulidad, y compren-

dió que aunque desempeñaba el papel de rey era el embajador ruso Repuin quien ejercia la soberanía.

Todos los gérmenes de anarquía que encerraba en su seno la desventurada Polonia, estallaron entonces con violencia, y aquella república ardió en guerras civiles y religiosas. No necesitaba tanto la Czarina para ofrecer su interesada intervencion, y tomando bajo su proteccion á los griegos disidentes, chocó directamente con la Dieta que, resuelta á no consentir la libertad de cultos, renovó los antiguos decretos contra los griegos sismáticos.

Pronuncióse, en fin, la primera palabra sobre el repartimiento de la Polonia. Y, á la verdad, que la miseria y calamidades que afligian á esta desventurada república, proporcionaban un pretexto plausible para intervenir en su gobierno; pero no era una sencilla intervencion la que iba á verificarse, sino un robo á mano armada, indigno de pueblos civilizados. No puede asegurarse de quien partió la primera proposicion de repartimiento. Se ha culpado generalmente á Federico; pero no cabe duda que en esta y en las demás ocasiones que se la siguieron, debe la Polonia principalmente su ruina á la emperatriz Catalina. Las tropas rusas y prusianas invadieron la Polonia, y José II, alarmado con este suceso, se apresuró á enviar las suyas: quienes ocuparon ciertas tierras de Polonia, bajo pretexto de que habian pertenecido á la corona de Hungria, como tambien las ricas salinas de Boelnia y Wieliska que componian la principal renta de la corona polaca. Entonces no conoció ya freno la usurpacion, y Catalina II declaró al momento que: «*pretendiendo la córte de Viena apoderarse de una parte de la Polonia, estaban las demás potencias en el caso de hacer lo mismo.*» Celebróse en San Petersburgo un consejo entre la emperatriz, el príncipe Enrique, hermano de Federico, y el emperador José, y llevóse á cabo el vergonzoso tratado que consumó la ruina de la Polonia. Prusia adquirió por él la parte mas pequeña de las que habian entrado en lote, pero en cambio la mas poblada y la que mas la convenia. Encomendóse á Federico la ejecucion de lo pactado, y la Polonia, inundada por las bayonetas prusianas, no pudo oponer resistencia. Así se rompió el equilibrio establecido en la paz de Westfalia, y quedó declarada la superioridad de la fuerza. Federico reunió las dos Prusias Ducal y Polaca, bajo su cetro, y redondeó el territorio de su irregular monarquía.

No faltaron manifiestos que pretendiesen justificar esta vandálica usurpacion, antes cada potencia, escepto la Rusia, publicó el suyo, y la Francia y la Inglaterra, que con menos motivo habian prodigado su intervencion en Europa y América, se mantuvieron neutrales y permitieron que la Dieta polaca, obligada por las bayonetas, se sometiese á firmar el ignominioso tratado que disponia la muerte de la Polonia.

Trató Federico con bastante dureza á sus nuevos vasallos, cuya turbulencia temia; prohibió á los nobles salir del reino, y guarneció de numerosas tropas el país. Pero al mismo tiempo hacia abrir canales, reparar los caminos, construir

puentes, reedificar las ciudades destruidas, distribuir socorros á los labradores, y como, en fin, bajo su mano vigorosa se halló el país mas tranquilo y mejor gobernado, la dominacion prusiana no experimentó obstáculo ni resistencia.

IX.

El mal ejemplo que habia dado á Europa el repartimiento de la Polonia, no dejó de producir sus frutos, y el audaz y cínico José II, trató luego de apropiarse gran parte de la Baviera. Habia muerto en 1777 el elector Maximiliano José, en quien se extinguió la rama electoral, y apenas hubo fallecido, cuando el Austria, intimando al nuevo elector, logró que firmase un tratado por el cual cedió á María Teresa y á su hijo, algunas importantes provincias. Pero el príncipe Deux Ponts, heredero presuntivo de Baviera, y el elector de Sajonia, protestaron contra aquel tratado, y acudieron á Federico á quien su gloria y reputacion hacian el árbitro de Alemania. El monarca prusiano no recordó en esta ocasion el repartimiento de la Polonia, y acogiendo favorablemente la solicitud de los príncipes ofendidos, declaró públicamente que los actos de la córte de Viena eran contrarios á la seguridad, libertad y constitucion del imperio, y que sus pretensiones debian ser sometidas á la asamblea de electores. Entabláronse negociaciones entre el Austria y la Prusia, pretendiendo aquella poner de su parte á Federico, y resistiendo este alhagos y promesas hasta que, por último, estalló la guerra en 1778. El mariscal austriaco Laudon, ocupó la Baviera, fortificó á Egra, y marchó con treinta mil hombres hácia las fronteras de Sajonia. Entretanto penetraba Federico en Bohemia á la cabeza de setenta mil hombres, y allí, despues de una campaña completamente extratéjica, en la que ambos ejércitos evitaron el venir á las manos, intervino la Rusia invocando los principios de equidad é igualdad para poner fin á las turbaciones de Alemania. Su mediacion y la de Francia, fueron aceptadas, se celebró en Trechem un congreso y firmóse la paz general en 1779. Dióse al Austria, para contentarla, aquella parte de Baviera situada entre el Danubio, el Inn y el Sahle; el elector se obligó á pagar á la Sajonia diez millones de francos en remuneracion de una intervencion que no habia solicitado, y Federico no exigió indemnizacion alguna, contentándose con la gloria de haber dado la paz á la Alemania. Esta intervencion fué de todo punto necesaria, porque, si el convenio concluido entre el elector y el Austria, hubiera subsistido, la mayor parte de la

Baviera quedaba en poder de aquella, y el elector palatino se hallaba envuelto de tal manera entre las posesiones austriacas, que no podia tomar otro partido mas que abandonar á José II toda la Baviera, recibiendo en cambio los Países-Bajos austriacos; cosa utilísima para el Austria, que se libraba del cuidado en que la ponian aquellos remotos países, tan expuestos á una invasion. Federico salvó, á no dudarlo, el equilibrio del imperio.

Sobrevivió poco María Teresa á este nuevo golpe de su eterno enemigo, y José II, que la sucedió, volvió á proponer al elector de Baviera el mencionado cambio de su electorado por los estados austriacos del Rhin, esceptuando Namur y Luxemburgo, que debian ser cedidos á la Francia para obtener su consentimiento. Este nuevo estado iba á llamarse reino de Borgoña. El imperio austriaco adquiria un complemento necesario en Alemania, daba consistencia á sus estados hereditarios, y se libraba de los muchos cuidados é inmensos gastos que aquellas lejanas provincias le ocasionaban. Mas por estas mismas razones no podia tolerar Federico que su rival consiguiese tal incremento de poder y prosperidad, y, en consecuencia, se opuso con todas sus fuerzas al cambio mencionado, considerándole como una nueva infraccion del equilibrio aleman, y reuniendo á los príncipes alemanes para el sostenimiento de la Confederacion germánica. Esta union que se llamó *liga de los príncipes*, consolidó la seguridad de los estados de segundo órden respecto de los grandes, y fué un gran paso en contra del régimen feudal. Esta fué la última obra de Federico y la que completó su carrera política, asegurando á la Prusia la representacion de la nacionalidad germánica. Desde esta época empezó Federico á decaer visiblemente, y la gota puso repetidas veces en peligro su vida, que al fin se extinguió en 15 de Agosto de 1786, es decir, muy pocos años antes de comenzar la revolucion francesa, y cuando con el siglo XVIII terminaba para siempre el régimen feudal.

Fué Federico II un singular conjunto de grandes cualidades, y no pequeños defectos. Poseyó muchas de las prendas características de su familia, y no pocas de sus estravagancias. Superó al Gran Elector en génio, y casi igualó á Federico Guillermo en defectos; pues, si no fué brutal é intolerante como este, fué en cambio vilmente mordaz y epigramático. Puede juzgarse á Federico como hombre y como rey. Bajo el primer aspecto, su carácter dominante es la ambicion, que en todas ocasiones manifestó, de merecer el dictado de filósofo, tal cual al concluir el siglo XVIII se comprendia esta palabra. Para conseguirlo, despreció las cosas mas dignas de estimacion y respeto, y se burló de aquellas que con mas cuidado trató de mantener en sus estados. Como monarca sobresalió principalmente por su génio militar, por la profundidad de sus cálculos, y por la constancia que mostró en las adversidades. Todas estas cualidades le hicieron el héroe favorito de su época, y el modelo de los soberanos de su tiempo.

Ya desde muy jóven habia trabado Federico relaciones con muchos célebres publicistas, y desde su retiro de Rhinsberg, donde la inadversion de su padre le

tenia confinado, entabló correspondencia con Fontenelle, Maupertuís y d'Augers, mientras que escribia su primera obra, el *Auli-Maquiavelo*, en la cual alababa todo lo contrario á lo que despues habia de poner en práctica. Atraido Voltaire por las adulaciones y lisonjas del jóven monarca, consintió luego en pasar á Berlin, y aceptó la amistad que Federico le brindaba; pero el rey filósofo no cumplió en esta ocasion muy dignamente con los deberes que la filosofía y la cortesía le imponian, y concluyó por despedir con gran intolerancia á su hermano de letras, y tratarle en el camino demasiado militarmente. Esto prueba que su aficion á los filósofos no era tan grande como pretendia, y si alguna duda quedase, la desvaneceria aquella célebre frase: «Si quisiera castigar á una de mis provincias, se la daria en gobierno á un filósofo,» que prueba cuan mala idea tenia Federico de sus compañeros.

La gloria que adquirió como filósofo, no merece, pues, compararse con la que le dió su génio militar verdaderamente asombroso. El creó un nuevo sistema de guerra en el cual ocupó la fuerza material una parte mucho mas pequeña que la que hasta entonces desempeñára en todas ocasiones; á él debe la infantería su organizacion y la disciplina su observancia. Sus primeras campañas no dieron á conocer el génio de Federico; pero la batalla de Hohenfriedberg, mostró ya lo que llegaria á ser, y desde entonces creció de dia en dia la superioridad de Federico sobre sus contrarios hasta llegar al grado admirable que mostró en la guerra de los siete años.

No mostró igual habilidad en la administracion de sus estados, antes á él debieron estos en lo sucesivo gran parte de su decadencia; porque en vez de emprender las reformas que la caida del feudalismo exigia, conservó en toda su pureza la omnipotencia de la autoridad real y subordinó á ella todos los ramos de la administracion, cuya direccion se reservó, sin calcular que eran las fuerzas de un solo hombre incapaces de sostener tan grave peso. Fué Federico generoso con la prensa y la opinion pública, que generalmente se le manifestó enemiga; mas esta tolerancia provenia del exacto conocimiento que habia adquirido de la impotencia de la opinion contra las bayonetas: «Nos hemos entendido, decia, yo dejo á mi pueblo decir lo que quiere, y él me deja hacer lo que me acomoda.» Rehusó todo poder arbitrario á los majistrados y ministros, y se le reservó para sí, y, ni aun quiso tener un consejo de Estado, que en las monarquías puras es un medio de conservar y trasmitir la tradicion en el gobierno. El estado militar permaneció separado del civil, y la constitucion interior ocultó su debilidad bajo la apariencia de la fuerza pública. De esta aficion del monarca á ejercer plenamente su autoridad absoluta, nacieron grandes males, y en los últimos años de su reinado, llegó á su colmo la venalidad de los tribunales y la arbitrariedad del ejército, sin que Federico pudiese remediarlo, porque ni tenia ya fuerzas para empresa tan grande, ni la mala opinion que los hombres le merecian le permitia creer en la posibilidad de la enmienda. La majistratura, en particular, llegó á ser

venal en extremo, y no es de estrañar, porque el mismo monarca contribuia á envilecerla, retribuyéndola mezquinamente, y no abandonando nunca el uniforme y hábitos militares como si quisiese demostrar la superioridad de la espada sobre la toga. La jurisprudencia prusiana era tambien en extremo embrollosa y confusa; quiso Federico reformarla y llamó en su ayuda al canciller Coccei, pero el código que este redactó no llegó á ser promulgado, y al terminar el reinado de Federico, Cammer principió otro que tardó mucho tiempo en concluirse. Entretanto la antigua legislacion, bárbara é indigesta, continuó rigiendo en Prusia.

Las instituciones políticas tampoco sufrieron variacion alguna en el reinado de Federico; Prusia era una verdadera antresacia, y el réjimen feudal subsistia allí, con muy leves diferencias, tal como en tiempo del Gran Elector. La diferencia de castas seguia impidiendo al pueblo ascender á los grados superiores de la milicia, adquirir tierras pertenecientes á la nobleza, y resistir á la arbitrariedad de los señores y del ejército. Federico gobernó su reino durante cincuenta y seis años sin mas ley que su voluntad; no previó la necesidad de emancipar al pueblo de una sujecion perjudicial y vergonzosa, y por esta razon es estimado por la posteridad, mas como eminente capitan, que como buen gobernante.

No fué mas acertado que en el gobierno político, en el económico de sus pueblos. Federico cercenó sus gastos ó hizo ahorros considerables, pues, la economía era una pasion hereditaria en la casa de Hohenzollern; pero mostró en esto mas celo que inteligencia. Consiguió reunir en veinte y un años mas de cuatro cientos millones de francos, lo que supone diez y seis millones anuales retirados de la circulacion. Para llegar á acumular suma tan enorme en un país tan poco adelantado como era entonces la Prusia, fué necesario que el monarca emplease medios violentos y perjudiciales. Y así fué, que durante su reinado, se conocieron en Prusia cuatrocientos doce monopolios diferentes, y la lista de objetos prohibidos vino á ser innumerable. El sistema prohibitivo dominó en Prusia en todo su vigor; por todas partes se tropezaba con aduanas, barreras y obstáculos insuperables: el comercio se vió paralizado y destruido. Una infinidad de compañías exclusivas monopolizó todos los ramos del comercio, y como la Prusia no tenia colonias, aquellas sociedades se dedicaron á explotar el suelo prusiano, y á traficar con los artículos de primera necesidad. Federico no se mostró tampoco muy escrupuloso con la propiedad ajena, y cuando alguna de aquellas compañías prosperaba, hallaba el monarca medios de apropiársela, lastimando la mayor parte de las veces los intereses de los asociados. Es cierto que tambien fué pródigo en extremo con sus vasallos, y que les distribuia con una mano lo que con la otra les quitaba; pero hubiera valido mas que en esto, como en todo, no usase tan despóticamente de su autoridad, y hubiera tenido en cuenta el principio que los fisiócratas acababan de proclamar en Francia, *laisez faire, laisez aller*. Distribuyó Federico sumas considerables entre sus vasallos; prestó á la miserable nobleza de Pomerania ciento ochenta mil escudos, sostuvo en las plazas fuertes

grandes almacenes de cereales, que abria al pueblo en tiempo de escasez y, gracias á su solicitud, no sufrió Prusia los horrores del hambre que por este tiempo afligió á la Alemania; dió vida á los Bancos agrícolas y al real de Berlin, y protejió la fabricacion de la seda. Aun merece mayor elogio su cuidado en perfeccionar las vias fluviales de su reino, reuniendo el Vístula, Elba y Oder por medio de canales, por donde los trigos de Prusia, Polonia y Silesia llegan á Damtzig, Hamburgo y Stetin con rapidez y economía. Pero la absoluta autoridad que en todo quiso reservarse, arrebató á su monarquía el bienestar y desahogo que sus sacrificios debieran haberla valido. El despotismo personal, el feudalismo, el monopolio; en una palabra, la opresion bajo todas sus formas, afligió á la Prusia en el reinado de Federico; por esto no fué llorada su muerte.

Pueden dividirse las obras literarias de aquel monarca, en tres clases; políticas, puramente literarias y facultativas ó militares; escribiólas en francés porque la literatura alemana, entonces en su cuna, era aun muy poco estimada, y, sobre todo, porque el idioma francés era ya entonces el vehículo universal de las ideas, y ansioso de gloria, soñaba Federico con hacerse popular y darse á conocer en Francia, donde estaba el público cuya opinion servia de norma á la del mundo entero.

No fué muy afortunado el real escritor en sus obras poéticas que apenas merecen mencionarse, excepto algunas escritas en momentos críticos en que Federico tuvo la suficiente fuerza de alma para trocar la espada por la pluma y trazar en algunos enérjicos versos la fuerza y confianza de su alma. Compuso tambien un poema titulado *Arte de la guerra*, pero, aunque escrito por persona tan competente, yace esta obra justamente olvidada.

Mas si no alcanzó Federico como poeta el lauro á que aspiraba, en cambio sus obras políticas le han grangeado merecida fama de hábil escritor. Penetracion y sagacidad, buen gusto y cierta causticidad, fruto del trato y lectura de los escritores franceses, tanto como del carácter de Federico, avaloran muchas de las obras de este monarca. Su primer ensayo en este género, fué el *Auli-Maquiavelo*, obra escrita en defensa de la humanidad contra las perversas máximas del célebre secretario Florentino. He aquí como se esplica Federico en el prólogo de esta obra: «He aventurado mis reflexiones sobre el príncipe de Maquiavelo capítulo por capítulo, á fin de que el antídoto se halle inmediato al veneno. Las inundaciones que destruyen comarcas enteras, el fuego del cielo que reduce las aldeas á cenizas, la peste que despuebla las provincias, no son tan funestas para el mundo, como la moral peligrosa y las pasiones desenfrenadas de los reyes; los castigos del cielo no duran mas que un tiempo dado, y sus desastres, aunque dolorosos, se reparan; pero los crímenes de los reyes hacen sufrir por mucho tiempo á pueblos enteros.» Por donde se vé que las máximas del príncipe real eran muy diferentes de las del monarca, y que Federico, á pesar de su estilo altisonante, no fué muy constante en tan buenas ideas: la moral no podia ser mejor, pero en

boca del conquistador de la Silesia, del héroe de la guerra de los siete años y del usurpador de la Polonia, producen hoy dia muy mal efecto.

Esta obra, escrita en francés, llamó mucho la atencion y contribuyó á estrechar las relaciones de Federico con los filósofos franceses. Dedicóse luego á la historia, y escribió algunas obras muy notables, tales como las *Memorias de la casa de Brandemburgo*, la *Historia de la guerra de los siete años*, cuyo principal papel representó con tanta gloria, unas *Memorias para la historia* desde la paz de *Hubertsburgo* (1763), hasta 1775, y, finalmente, la *Historia de la guerra de Bohemia*, que en 1788 sostuvo contra José II. La primera de las obras citadas es, sin duda, la mas notable de todas por la concision del estilo y buen enlace de los hechos; en las demás hay demasiados pormenores militares, muy útiles para quienes entiendan en estas materias, pero pesados para la mayoría de los lectores. Se ha vituperado tambien á Federico el haber prodigado escesivos elogios á sus enemigos con el objeto, acaso, de hacer mas notables y dificultosos sus triunfos.

Tal fué aquel monarca Pruteo, á quien la Prusia debe tanta gloria. Artista, poeta, guerrero, historiador, filósofo, Mecenas de los filósofos y su mayor detractor al mismo tiempo; tolerante en muchas cosas, y tirano en las que mas importaban á su pueblo; moralista al principio y despreciador de toda moral despues; hombre sin afectos delicados, enemigo de las mujeres, glorioso é infeliz. La historia no acierta á ensalzarle ni á condenarle. Admírase su genio, se le compadece por su aislamiento, y se le aborrece por su despotismo y causticidad. Y, en fin, no puede afirmarse que una sola creencia, una sola ilusion diese algunos momentos de paz y dulzura á aquel hombre que por tanto tiempo dispuso de la suerte de tantos pueblos.

X.

La muerte de Federico II fué la señal de la decadencia de la monarquía prusiana. Su sucesor, Federico Guillermo II, no poseia ninguna de las cualidades de su tio, y si muchos graves defectos que ya de antemano le habian enajenado el cariño y respeto de sus súbditos. Era hijo del príncipe Guillermo, aquel hermano de Federico que, despreciado por este á causa de algunos reveses que habian sufrido las tropas que Guillermo mandára, murió poco despues humillado y afligido. Cuidó Federico de dar á su sobrino una educacion digna de el heredero de la co-

rona, y llegó á concebir esperanzas de que el jóven príncipe fuese en lo venidero el sosten de la monarquía prusiana. Federico Guillermo mostró, efectivamente, valor en los campos de batalla y alguna natural disposicion para el gobierno, pero su débil carácter, su falta de juicio y enerjía, le desviaron en breve del buen camino, y le llevaron á escesos vergonzosos no conocidos hasta entonces en los monarcas de su casa. Las costumbres de su primera mujer, fueron tambien tan escandalosas, que el mismo Federico exigió de su sobrino que se divorciase; pero en cambio trató Federico Guillermo á su segunda esposa, la princesa de Hesse Darmstadt, con la mayor ingratitud é indiferencia. Durante los últimos años de Federico II, mientras que este rey triste y achacoso terminaba sus dias en el mas completo aislamiento; entregábase el príncipe real á la mas completa disolucion, de tal manera, que su mismo hijo, que despues fué Federico Guillermo III, tuvo que prohibir á su esposa que pusiese los piés en aquella morada del vicio. Entregado Federico á la hija del músico Enke, á quien habia criado y hecho educar para sus placeres, pasaba los dias en fiestas y rumbosas diversiones que contrastaban singularmente con la sombria córte de Federico II.

Federico Guillermo adoptó al principio una política muy diferente de la de su tio moderando las cargas y trabas que impedian el desarrollo de la riqueza pública. El sistema prohibitivo y monopolista del difunto monarca, sufrió variaciones radicales; disminuyéronse los gastos de cobranza, y se publicaron algunos reglamentos para centralizar la instruccion pública y protejer la literatura nacional. Debiéronse tan útiles medidas á los consejos y direccion del ministro Hertzberg, quien desempeñó dignamente su importante cargo, no solo destruyendo abusos que impedian la buena constitucion interior de la Prusia, sino interviniendo decorosamente en los acaecimientos políticos de Europa.

Fué de estos el principal, la intervencion prusiana en Holanda en favor del príncipe de Orange, cuñado de Federico Guillermo. La Holanda habia sido una de las naciones mas poderosas durante el siglo XVII y parte del XVIII; mas despues de la paz de Utrecht, empezó á decaer rápidamente hasta que, poco antes de los tratados de Aquisgram, cayó por completo bajo la dependencia de la Inglaterra, que dió su stathouderato á la casa de Orange, y no perdonó en lo sucesivo medio de destruir su marina y aniquilar su prosperidad comercial. Humillada en los congresos por el Austria y la Inglaterra, y desgarrada interiormente por los partidos liberal y realista, sufrió, en fin en 1786, una revolucion que arrojó del trono al príncipe de Orange. Los Estados generales proclamaron la destitucion del Stathunder, y relevaron al ejército del juramento de obediencia que habia prestado. Obligado el príncipe de Orange á abdicar, se retiró á Nimega. Su esposa la princesa, que pasaba al Haya, donde se reunian los Estados, fué detenida en el camino. Federico Guillermo exigió entonces una satisfaccion por el insulto hecho á su hermana, y habiéndosela negado los Estados, ordenó al duque de Brunswick que penetrase con veinte mil hombres en el territorio Holandés.

Hízolo así aquel general, y se apoderó de Amsterdam casi sin resistencia, reponiendo al Stathunder y devolviéndole la perdida autoridad.

Poco despues de estos sucesos, se levantaron los Países-Bajos contra el emperador José II, y reclamaron el auxilio de Federico Guillermo, quien no quiso ayudarles á pesar de que el antiguo sistema de Féderico, no podia hallar ocasion mas oportuna de debilitar el poder austriaco.

Mas entretanto estalló la revolucion francesa, y los Borbones fugitivos, animados por las simpatías que les dió á conocer la Prusia, se establecieron en Coblentza, y organizaron allí el ejército de emigrados que, al mando de Condé, se preparó á invadir la Francia. Federico Guillermo creyó, como la mayor parte de los monarcas de Europa, que aquella revolucion no era mas que una nube pasagera, y cuando vió que los republicanos osaban atentar contra el trono y aun contra la vida de Luis XVI, no titubeó en unirse con el emperador Leopoldo en defensa de la causa de los reyes. Firmóse entonces en Pilnitz entre ambas potencias un tratado cuyo objeto ostensible, era el combatir los progresos de la revolucion francesa; pero que al mismo tiempo estipulaba que el Austria no se opondria á los proyectos de la Prusia, respecto de la Polonia. Entretanto el ejército republicano pasó el Rhin, y las ideas revolucionarias se iban manifestando claramente en Berlin y en todo el resto de Alemania. Alarmados los príncipes alemanes con estas amenazadoras señales, se unieron todos contra la Francia, y firmaron un nuevo tratado en defensa de la autoridad real. La Asamblea nacional contestó á estas ocultas maquinaciones con arrogancia republicana, y comenzaron las hostilidades.

Publicáronse varios manifiestos entre los cuales es célebre el del duque de Brunswick, compuesto por Catonne y los emigrados, el cual amenazaba con arrasar á París si Luís XVI corria algun peligro. El ejército prusiano, conducido por Federico Guillermo y sus dos hijos, pasó la frontera y se apoderó en muy poco tiempo de Longwy y Verdum. Pero, aunque el ejército francés era aun inferior á las famosas tropas prusianas, opuso, conducido por Dumouriez, tenaz resistencia, hasta que la batalla de Valmy vino á demostrar la superioridad del entusiasmo republicano sobre la obediencia pasiva de los batallones enemigos. Conocieron entonces Federico Guillermo y sus generales, que aquella Francia no era ya la que tan facilmente se dejó vencer en Rosbach. El ejército prusiano, aniquilado por la disentería, emprendió la retirada hácia el Rhin, los franceses se apoderaron de Maguncia, Spira y Francfort, y la victoria de Jemmapes y el alzamiento de la Francia en masa, terminaron esta campaña de dos meses que dió por resultado demostrar la superioridad militar de la Francia, y la unidad y enerjía de la revolucion.

Vencido Federico Guillermo en el Rhin, trató de indemnizarse en Polonia, cuya angustiosa situacion le brindaba á llevar á cabo un nuevo despojo. Mientras el sábio Hertzberg dirigió la política de Prusia, se unió esta con Inglaterra para

oponerse á los ambiciosos proyectos de José II y Catalina, sobre la Turquía y la Polonia.

Prusia y Polonia celebraron un tratado de alianza defensiva; y si Federico Guillermo hubiese tenido la suficiente elevacion de espíritu para perseverar en este camino, hubiera conseguido la gloria mas pura que un rey puede adquirir. Apoyado por la Suecia y la Inglaterra, aliado con la Turquía, podia haber sido el árbitro de sus vecinos, y el protector de los estados secundarios contra la ambicion de los poderosos. Pero abandonó á una nacion que esperaba de él su salvacion, y no contento con faltar á su palabra y promesas, incurrió en la mas vil de las traiciones; la que se paga con los despojos de la víctima.

Poco despues del tratado de Reichembach se unió Federico Guillermo con el Austria, y se retiró Hertzberg del ministerio. Varió entonces por completo la política del gabinete prusiano y el italiano Luchessini, vendido á Catalina, vino á ser el principal consejero de Federico Guillermo. La emperatriz llegó á dominar enteramente al monarca prusiano y logró decidirle á firmar un convenio secreto en el cual se estipuló que Federico abandonaria á su suerte á la Polonia recibiendo en cambio las importantes ciudades de Thorn y Dantzig. La desgraciada Polonia resucitó de su apatía, y confiada en su amor á la patria y en las promesas de Federico Guillermo, se atrevió á oponerse directamente á la Rusia. Un partido nacional habia abolido la antigua constitucion polaca, garantida por la Rusia, y proclamado otra mas conforme con el espíritu del siglo. Mas no contento con esto, negó el paso por su territorio al ejército moscovita; y quiso obrar en todo como estado independiente. Pero las tropas rusas, unidas con las prusianas, que eran esperadas como salvadoras, y llegaban como enemigas, invadieron la Polonia, arrancaron violentamente á la Dieta la cesion de sus usurpaciones, y se repartieron por segunda vez las mejores provincias polacas. Polonia se alzó contra los invasores, y obligó á Federico Guillermo á levantar el sitio de Varsovia; pero Catalina II envió á Souwarof con cuarenta mil hombres que, unidos á los prusianos, sofocaron la resistencia nacional, no sin que en esta lucha se hubiesen antes inmortalizado algunos nombres dignos de la antigua Polonia, como los de Kosciusko y Poniatowsky. El valor y el patriotismo se estrellaron contra la fuerza, y en 1795 y 1797, un nuevo tratado completó el desmembramiento de la Polonia. Federico Guillermo y Catalina declararon: «Que la notoria incapacidad de la república polaca para darse un gobierno firme y vigoroso, ó de vivir pacíficamente bajo sus leyes en un estado cualquiera de independencia, demostraban la necesidad de proceder á un tercer repartimiento entre el Austria, Prusia y Rusia.» Pero la libertad sofocada en el Norte, resucitaba con terrible vigor en el Occidente. La convencion nacional acababa de arrojar la cabeza de Luis XVI ante los ejércitos de la Europa.

Este regicidio fué el lazo que unió á todos los reyes contra aquella terrible revolucion, y los decidió á formar la segunda coalicion. Francia se vió invadida

por todas partes, y comenzó entonces aquella gloriosa resistencia que inmortalizó á la república.

Federico Guillermo, á la cabeza de sesenta mil prusianos, austriacos y heseses, emprendió el sitio de Maguncia donde se distinguió el príncipe Real por su valor y firmeza. Maguncia y Valenciennes sucumbieron; mas la coalicion no supo aprovecharse de sus ventajas, y perdió mucho tiempo en la inaccion. Afortunadamente para la Francia no mandaba los ejércitos enemigos ningun hombre de génio, y ni aun siquiera de decision y firmeza; que á ser así, no hubiera tardado París en caer en manos de aquellas tropas numerosas y aguerridas que solo tenian que luchar con enemigos muy inferiores en número y poco acostumbrados á las armas. Sin embargo, austriacos y prusianos consiguieron al principio algunas ventajas sobre los reclutas republicanos mandados por generales jóvenes é inespertos; pero en breve cambió de aspecto la guerra; y las líneas de Wisemberg y la campaña de 1794 hicieron para siempre gloriosos los nombres de Jourdan, Moreau, Hoche, Kleber y otros generales franceses que tan duramente escarmentaron al enemigo. Pichegrú derrotó al duque de York; Jourdan rechazó á Clairfayt; y la Francia conquistó desde Holanda á Suiza, aquella codiciada barrera del Rhin.

Disgustado Federico Guillermo con los desastres sufridos por sus armas, y las importunaciones de los príncipes franceses, se decidió á firmar la paz. El tratado de Basilea restableció la amistad y buena inteligencia entre Prusia y la república francesa, y abandonó á esta los estados prusianos que habia conquistado á la orilla izquierda del Rhin. Obligóse tambien Federico Guillermo á interponer su mediacion para reconciliar á Francia con el imperio germánico; pero el Austria rechazó con altanería esta intervencion calificando duramente la conducta del monarca prusiano. Resentido vivamente Federico, se unió mas estrechamente con la Francia. Las ideas republicanas iban adquiriendo cada dia mayor preponderancia en Prusia ayudadas por los escandalosos escesos del soberano, que habia perdido la consideracion de su pueblo. Las palabras *libertad* y *tiranía* comenzaron á circular en libros y folletos, y aunque Federico Guillermo estuvo á punto de despedir á su favorita la condesa de Lichteneau, pudo al fin mas esta mujer que todas las consideraciones políticas, y en 6 de Junio de 1795, dió el rey un decreto que establecia penas rigorosas contra quien escribiese en favor de las ideas de *libertad* é *igualdad*.

Afortunadamente para la monarquía prusiana, la muerte arrebató en 1797 á Federico Guillermo; porque, de lo contrario, no hubiera podido hacer frente á los acontecimientos que amenazaban. No careció este monarca de algunas buenas prendas que hacian agradable su trato y le daban cierto aspecto aleman muy grato á aquella nacion; pero su carácter débil é inconstante, sus desordenadas costumbres y su falta de pensamientos grandes, fueron causa de la decadencia á que, durante su reinado, llegó la Prusia. Esta nacion recibió un considerable aumento

C. Legrán dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon Madrid.

FEDERICO GUILLERMO LUIS.

HEREDERO



DE PRUSIA.

con la adquisición de [illegible]

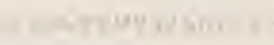
[illegible]

II

También en Portugal [illegible]

[illegible]







con la adquisicion de las provincias polacas; pero perdió en cambio las de la márgen izquierda del Rhin que se vió obligada á ceder á la república francesa. Un tratado ignominioso la dió las primeras; un vergonzoso tratado la privó de las segundas.

XI.

Cundian en Prusia las ideas liberales que la revolucion francesa habia generalizado. Por todas partes se oian quejas contra la opresion y el monopolio, y reclamaciones de franquicias y libertades. El descontento general hubiera llegado acaso á producir una revolucion si el nuevo rey, Federico Guillermo III, no hubiera mostrado desde su advenimiento muchas prendas de gran monarca que aseguraron á sus vasallos un reinado mas venturoso que el que acababa de terminar. Era Federico Guillermo valiente como lo habia demostrado en las últimas campañas, honrado y bondadoso; pero carecia de la enerjía necesaria en un rey, y mucho mas en circunstancias tan azarosas como las que iban anunciándose. Halló Federico Guillermo á su advenimiento un reino destrozado y descontento, un ejército vencido, y una enorme deuda que ascendia á muchos millones. Quiso poner remedio a todos estos males y trató en primer lugar de restaurar la Hacienda, adoptando una vida sencilla y económica y ahorrando todo cuanto las necesidades del estado permitian. Mas en breve se vió obligado á abandonar el cuidado de la administracion interior de su pueblo para atender á la peligrosa situacion creada por el advenimiento del general Bonaparte al gobierno de la Francia.

Instado Federico Guillermo por el emperador de Rusia, Pablo I, fanático apasionado del cónsul francés, no tomó parte en la lucha que los príncipes alemanes seguian sosteniendo con la Francia, antes al contrario, se vió mezclado, aunque á su pesar, en la liga que aquel emperador formó contra la Inglaterra; y en cambio de su adhesion le fué adjudicado el reino de Hannover perteneciente á la casa reinante en la Gran Bretaña. Mucho trabajo costó á Federico Guillermo el dar un paso tan aventurado, pero, instigado y aun amenazado por Pablo, inva-

dió en fin el Hannover, previniendo antes á la Inglaterra que adoptaba aquella medida con el único objeto de alejar del territorio hannoveriano á los rusos y franceses. Esta conducta tímida y ambigua no engañó á nadie, y sirvió solo para dar á conocer á Napoleon el débil é irresoluto carácter de Federico Guillermo.

La muerte de Pablo I produjo la disolucion de la liga del Norte; y el monarca prusiano se apresuró á hacer la paz con la Inglaterra. Mas no por esto mejoró la situacion de Federico Guillermo que, colocado entre la Francia y la Inglaterra, entre Pitt y Napoleon, no tuvo la suficiente enerjía para decidirse desde luego por uno ú otro partido, como las circunstancias lo exigian. Celebróse en Memel una entrevista entre Federico Guillermo y Alejandro quienes quedaron en extremo satisfechos uno de otro, y firmaron un amistoso convenio muy extraordinario. Trató Federico Guillermo de decidir á Alejandro á unirse con la Francia y, aunque no pudo conseguirlo, logró predisponer el ánimo del emperador en favor de Bonaparte. Entretanto perdia la Prusia, por el tratado de Luneville, sus provincias de la márgen izquierda del Rhin; pero Bonaparte logró que se la diesen en indemnizacion los obispados de Hildesheim, Paderborn, Munster y Erfurt, con muchas abadías y tres ciudades imperiales. Ganó con esto la Prusia aun mas de lo que habia perdido: pero quedó estrechamente unida con la Francia, y cuando Napoleon rompió la paz de Amiens y ciñó la corona de Cárlo-Magno, reclamó la asistencia de Federico Guillermo, quien, á pesar de los alhagos y promesas del nuevo emperador, no pudo decidirse á romper las hostilidades.

Inglaterra. Austria. Rusia, Suecia y Nápoles, formaban entretanto la tercera coalicion contra Francia. Napoleon ofreció á la Prusia el reino de Hannover, con objeto de atraerla á su alianza; pero el escrupuloso Federico Guillermo titubeó mucho tiempo, y cuando ya estaba á punto de aceptar le hizo variar de resolucion la llegada del emperador Alejandro, quien logró decidirle á romper con Francia. Mas aun no habia sido terminado este tratado cuando la victoria de Austerlitz y la paz de Presburgo, cambiaron el estado de las cosas y pusieron al débil Federico á merced del vencedor. La debilidad é inconstancia de este monorca, trajeron graves males á su reino. Irritado Napoleon por la indecision de Federico Guillermo, le privó de algunas provincias; cerró el Elba y el Weser al comercio y trató á la Prusia con rigor escesivo.

La muerte de Pitt y el advenimiento de Fox á la direccion del gabinete británico dieron nuevo aspecto á la política inglesa y anunciaron que no tardaria en verificarse la paz. Pero Fox murió tambien, y el ministerio que le sucedió logró decidir á Federico Guillermo á declarar la guerra al emperador. Prusia era aun el único pueblo que no habia tenido ocasion de conocer el génio de Napoleon; y el ejército prusiano animado con el recuerdo de su antigua gloria, se creyó llamado á vengar el abatido nombre aleman. Sin esperar á los rusos que acudian á reforzarle, marchó al encuentro de Napoleon; pero bien pronto sufrió el castigo de su imprudencia y confianza. Dióse en Saafeld el primer combate

entre franceses y prusianos quedando estos derrotados y muerto en el campo de batalla el príncipe Luis de Prusia. Pocos dias despues ganaba Davoust la notable victoria de Aüverstadt y concluia Napoleon con el ejército prusiano, y la gloria de la Prusia en los campos de Jena. Cayeron en manos de los franceses veinte mil hombres y trescientos cañones; Magdebourg se le sometió casi sin resistencia; y la monarquía prusiana, fundada con tanto trabajo por el Gran Elector y por Federico II, quedaba reducida á polvo en el breve espacio de una semana. Napoleon entró en Berlin; y todas las plazas fuertes de la Prusia, escepto Dantzig, Colberg y otras pocas, abrieron sus puertas al vencedor. El ejército prusiano no pudo rehacerse, y las tropas francesas avanzaron hasta el Vístula. Los restos de las de Federico Guillermo se retiraron á Polonia mientras que su monarca se refugiaba en Koenigsberg. Entretanto penetraron en Prusia las tropas rusas que unidas con los restos del ejército prusiano, volvieron a comenzar la lucha con Napoleon. La batalla de Eylau inauguró esta sangrienta campaña en la que la Prusia sufrió el golpe de muerte en Friedland. Koenigsberg cayó en manos de los franceses, y la Prusia quedó enteramente sometida al vencedor. El emperador Alejandro se vió obligado á hacer la paz con Napoleon, quien reservó toda su indignacion para Federico Guillermo. Reuniéronse los tres monarcas en Tilsit, donde se iba á decidir la suerte de la Prusia, y el desgraciado Federico Guillermo tuvo valor para asistir á estas negociaciones y resignarse á la humillante posicion á que la fortuna le habia reducido. Su esposa, aquella noble y hermosa Luísa de Meklemburgo cuyo talento y dulzura habian interesado en tal manera al emperador Alejandro, pasó tambien á Tilsit, sin duda con la mira de ablandar con sus lágrimas al conquistador. Pero Napoleon se mostró inflexible: y ya estaba á punto de borrar á la casa de Hohenzollern del número de las reinantes, cuando la eficaz mediacion de Alejandro consiguió evitar al desgraciado Federico Guillermo este nuevo golpe. El reino de Prusia siguió viviendo por la gracia de Napoleon; mas perdió cinco millones de almas, con las cuales formó el emperador el gran ducado de Varsovia, cuya investidura confirió al rey de Sajonia. Perdió además la monarquía prusiana sus provincias del Rhin, con las cuales formó Napoleon otro reino independiente; y las tropas francesas ocuparon militarmente el territorio prusiano que sufrió inauditas vejaciones y ultrages.

No adoptó Bonaparte en esta ocasion la mas acertada política: porque bien claro se mostraba que la Prusia vejada y esquilmada por las tropas francesas, aprovecharia la primera ocasion favorable que se la proporcionase para sacudir aquel pesado é ignominioso yugo, y arrojar de su suelo al invasor. Napoleon necesitaba aliados decididos y pudo hacer de Federico Guillermo, cuyo noble carácter conocia, uno de los mas constantes y poderosos, restituyéndole su reino y agregándole el de Hannover para que la fortuna de la Prusia quedase irrevocablemente unida á la de Francia. No adoptó este medio fácil y generoso, y sufrió, andando el tiempo, el castigo que merecia su política puramente personal. Federico

Guillermo mostró en la desgracia un valor y dignidad que hicieron olvidar sus antiguos desaciertos. Reducido á monarca de segundo órden y despedido de los congresos en que se decidian los intereses de la Europa, se dedicó á mejorar la administracion interior de sus estados y mostró en esta árdua empresa tal profundidad, constancia y talento, que bastan para colocarle, á pesar de las desgracias que durante su reinado afligieron á la Prusia, entre los mayores monarcas que ha producido aquella nacion.

Ya dejamos indicada, en el curso de esta historia, la necesidad que la Prusia tenia de una reforma que la colocase al nivel de las ideas de la época, y diese al pueblo las libertades de que carecia. Esta necesidad, no satisfecha por los monarcas prusianos, lo fué ahora por Federico Guillermo, quien ya porque conociese cuan indispensable le era el auxilio de su pueblo, ya porque á ello le moviese su propia voluntad y deseo del bien de sus vasallos, emprendió la reforma mas completa que hasta entonces habia sufrido la Prusia. Poseia Federico Guillermo un génio organizador y metódico, y tuvo la fortuna de encontrar dos ministros, Stein y Hardemberg, que supieron desarrollar y poner en planta con tanta fortuna como sabiduría, los pensamientos de su monarca. Las ideas filosóficas que tanto se habian generalizado en Prusia, habian preparado la opinion para un repartimiento mas equitativo de los derechos y de la propiedad. La servidumbre hereditaria, el monopolio, el sistema prohibitivo y los enormes impuestos, sujetaban á la agricultura, á la industria y comercio, y mantenian entre el pueblo una sorda fermentacion alimentada por las ideas liberales y el ejemplo de la Francia. Nombrado el baron de Stein primer ministro en 1807, publicó poco despues de su advenimiento la célebre ley que abolia el vasallaje y permitia á todo ciudadano cambiar de residencia, dar carrera á sus hijos, y casarlos sin permiso de sus señores; adquirir tierras pertenecientes á la nobleza y entregarse libremente á la agricultura. Otras leyes y ordenanzas completaron la reforma que destruia por su base el régimen feudal: los labradores y arrendatarios que cultivaban tierras pertenecientes á la corona, recibieron parte de ellas en propiedad, y cincuenta mil familias vinieron á ser, gracias á esta benéfica ley, libres y propietarios. El ejército sufrió otra reforma no menos importante y necesaria; los grados militares cesaron de ser patrimonio exclusivo de la nobleza, y el valor y el mérito fueron declarados únicos títulos para los ascensos. Para completar tan importantes mejoras, se publicó despues la ley sobre régimen municipal, que estableció que en adelante los ciudadanos elejirian por sí mismos sus majistrados y oficiales municipales sin que el gobierno pudiera intervenir en esta eleccion, ni oponerse á ella, excepto en las ciudades populosas donde le corresponderia elejir uno de tres sugetos que el pueblo propondria á su eleccion. El sueldo de los majistrados deberia correr á cargo del Comun, quien escojeria tambien los oficiales encargados de la policía y reparticion de los impuestos; cargos que por lo regular suelen ser honoríficos.

La emancipacion civil se habia consumado, y aunque el sábio Stein tuvo que abandonar el ministerio, porque así lo exigió el receloso Napoleon, el feudalismo habia ya desaparecido, y las ideas de libertad é independencia dominaban en toda la monarquía prusiana. El conde Dohna, que reemplazó á Stein en el ministerio, siguió poniendo en planta los planes de su predecesor mientras que el ministro de la guerra, Scharnhorst, daba al ejército prusiano aquella hábil organizacion que aun hoy dia es la admiracion de la Europa. La juventud prusiana se ejercitaba en el manejo de las armas, preparándose para luchar con el invasor. Para mayor fortuna de la Prusia, Napoleon permitió á Federico el tomar por su ministro al baron de Hardemberg, quien prosiguió la reforma inaugurada por Stein aboliendo trabas y privilegios, suprimiendo los apremios, proclamando el principio de la libertad de trabajo, y estableciendo un nuevo sistema rentístico. En una palabra; desde 1808 á 1812 se llevó á cabo la nueva division territorial de Prusia, la organizacion administrativa y judicial, la Hacienda, Consejo de Estado y otras muchas reformas á las que se dió nombres poco importantes para burlar la vigilancia de Napoleon. Nombró Hardemberg comisiones encargadas de arreglar las relaciones entre señores y vasallos, aunque ya no puede dárseles este título, y decidir los casos litigiosos. Formóse un Catastro, y se fundó la estadística, mientras que una ley agraria, sábia y atrevida, emancipó de hecho á los labradores que lo eran ya de derecho, y les concedió parte de las tierras que labraban, pertenecientes á la nobleza. Esta audaz resolucion se llevó á cabo con el mayor órden y enerjía; la nobleza, herida en sus tradiciones y desvelos, no pudo oponer resistencia aunque reclamó con enerjía. Nació entonces en Prusia la clase media; la agricultura é industria prosperaron; las ciencias y artes recobraron su dignidad mancillada, y la independencia de la Prusia fué desde aquel punto decidida porque el pueblo prusiano regenerado por aquella revolucion, ansiaba vengar la ignominiosa derrota sufrida en Jena por la antigua monarquía.

Las sociedades secretas organizaban en silencio el levantamiento de la Prusia contra el invasor, y mantenian viva la indignacion del pueblo. La principal de estas sociedades llamada el *Tugenbund* ó *sociedad de la virtud* reunia en su seno á la mayor parte de la juventud prusiana, y dirigida por Stein, que habia vuelto de Rusia, preparaba la destruccion del ejército francés.

Retirados Federico Guillermo y su esposa en Koenigberg, sufrían en silencio y con dignidad las humillaciones que Napoleon les preparaba, y lloraban la triste situacion de su pueblo vejado por las tropas francesas. Las victorias del emperador impidieron durante mucho tiempo que estallase la indignacion del pueblo prusiano que, animado por los clubs y ayudado por la Inglaterra preparaba depósitos de armas y recursos. La muerte de su adorada esposa, Luisa de Meklemburgo, fué causa de nuevos y mayores pesares para el desgraciado Federico Guillermo; pero acercábase ya el tiempo en que iba á terminar su angustiosa situacion. Napoleon se preparaba á invadir la Rusia, mas antes quiso asegurarse de la cooperacion de la

Prusia, con la cual firmó un tratado de mútua garantía, y la obligó á suministrarle veinte mil hombres de tropas que, unidas á las francesas, hicieron la campaña del Norte y estuvieron particularmente encargadas del sitio de Riga. Pero Napoleon no tuvo en cuenta el defecto de una política que oprimia al pueblo y le pedia su cooperacion á un mismo tiempo; así fué que cuando el ejército francés volvió á entrar derrotado en el territorio prusiano, se verificó una revolucion completa y el general York con sus veinte mil soldados, capituló con los rusos, y dió la señal del levantamiento general. Sintió sínceramente Federico Guillermo estos acontecimientos que le reducian á la delicada situacion de un traidor que abandona á su aliado cuando le ve vencido; pero el movimiento nacional era tan poderoso que no bastaron á contenerle las manifestaciones pacíficas del monarca, y fuéle á este preciso obedecer á la voluntad de su pueblo y declarar la guerra á la Francia. El tratado de Kalisch que unió á la Prusia con la Rusia, dió mayor fuerza á la insurreccion. Fué llamada á las armas la landwher ó reserva, y Federico Guillermo dirigió á su pueblo en 10 de Marzo de 1813 el famoso manifiesto en el que ponia en sus manos la suerte de la monarquía. «*Es necesario vencer,*» decia Federico Guillermo, y convencida la Prusia de esta necesidad, se levantó en masa á la voz de su soberano.

Pero tenia que combatir á un enemigo demasiado respetable; y las armas francesas derrotaron al principio á cuantas tropas prusianas intentaron oponérseles. Verdad es que debilitada la Prusia por tanto tiempo de cruda persecucion, no pudo poner en pié, al principio, mas que cincuenta mil hombres; pero en breve llegó á ser este número cinco veces mayor. El alzamiento fué entonces general y las tropas francesas comenzaron á sufrir algunos reveses que eran el preludio de mas graves desastres. Bulow en Grosbeeren, Bernardotte en Dannewitz, y Blucher en Katzbasch derrotaron á los lugartenientes de Napoleon; y el mismo emperador se vió vencido en Leipzig. Desde aquel momento perdió el coloso toda su superiodad. Prusia se unió á Inglaterra y el Austria; y el ejército aliado penetró, por último, en territorio francés. Napoleon desplegó entonces todo su genio, llevó á cabo hazañas portentosas, pero sucumbió al número. El general prusiano Blucher fué quien dirigió esta campaña y el verdadero vencedor de Napoleon, aunque la superioridad numérica quita su mérito á la victoria: los monarcas aliades marcharon sobre París, y esta capital cayó en sus manos.

En el trascurso de esta memorable campaña mostró Federico Gnillermo una sangre fria y firmeza admirables; abandonó á Alejandro el honor de la victoria, y se contentó con una pequeña parte. La paz devolvió á la Prusia sus antiguos estados, como la guerra le habia devuelto su perdida fama militar. El canciller Hardemberg pasó en calidad de plenipotenciario al Congreso de Viena. Mas en tanto que allí se decidia la reconstitucion de la Europa, pisó Napoleon de nuevo el territorio francés, y obligó á las potencias aliadas á enviar sus ejércitos al Rhin. El prusiano, que constaba de ciento veinte mil hombres, entró en Bélgica á

las órdenes de Blucher. Sufrió en Ligny un golpe terrible; pero vengóse luego en Waterloo donde su presencia decidió la suerte de la batalla y de Napoleon.

Prusia recuperó su antigua fama militar. Sus generales dirigieron las operaciones de estas campañas, y su ejército fué en todas ocasiones el primero en acometer y por consiguiente el que recibió los mas rudos golpes del terrible enemigo á quién combatia.

Tenia derecho la Prusia á que se recompensase su decision y constancia; y el Congreso de Viena la concedió, en efecto, un aumento considerable de territorio con cinco millones de almas; pero en cambio sus fronteras quedaron aun mas abiertas é indefensas por el lado de Rusia; y tampoco pudo reunirse con las provincias del Rhin de las cuales la separaban el Hannover, las dos Hesses y el ducado de Brunswick. Aun mayores compromisos habia contraido Federico Guillermo con su pueblo; pero aplazó el cumplimiento de sus promesas con otra nueva de darles participacion en la gestion de los intereses del Estado. El pueblo creyó en el síncero reconocimiento de su monarca; mas este, aconsejado por la Santa Alianza, no se apresuró á cumplir sus compromisos. Entonces fué general el descontento, y el pueblo prusiano se ajitó sordamente. Los hombres mas eminentes profesaban las ideas liberales y la prensa las propagaba en multitud de periódicos y folletos que eran acogidos en todas partes con avidez. Las universidades y las sociedades secretas mantenian á la juventud en perpétua agitacion. El gobierno conoció, en fin, la necesidad de contemporizar, y despues de nuevas promesas y de mostrar mayor tolerancia con la prensa, dió, por último, en 1820 una ley por la cual no podrian en adelante establecerse nuevos impuestos ni aumentar los antiguos sin consentimiento del Estado. Esta ley es la base del derecho representativo de la Prusia.

Pero el influjo de la Santa Alianza apartó á Federico Guillermo de la marcha liberal que habia emprendido, y logró llevarle á una reaccion completa. Comenzó entonces en Prusia la persecucion de las ideas y escritores liberales; las sociedades secretas fueron disueltas, la prensa reprimida y muchas de las anteriores concesiones derogadas. Pero al mismo tiempo, y como en compensacion de lo que á su pueblo quitaba, otorgaba Federico Guillermo nuevas concesiones, reconociendo por base del sistema electivo la propiedad territorial y declarando que la Asamblea de los Estados prusianos era el único órgano legal de las diferentes clases de la nacion. En vez de una constitucion política que le pareció prematura, dotó Federico Guillermo á su reino de sábias leyes administrativas. La organizacion militar se elevó á mayor perfeccion que la de los demás Estados de Europa, y el ejército prusiano es hoy el que menos se diferencia del pueblo, y el que menos cuesta á su nacion. La instruccion pública fué igualmente atendida, diósela el carácter de deuda del Estado, y se declaró gratuita y obligatoria. Otorgó Federico la misma proteccion á los adelantos intelectuales que á los materiales, y las obras públicas

tomaron un incremento prodigioso. Los caminos de hierro, inaugurados en 1838 contaban ya en 1844 ciento trece millas alemanas. Pero la institucion mas notable y la mas útil para Prusia y aun para otras muchas naciones de Alemania, es, sin disputa, el *Zollverein* ó union aduanera que suprimió las aduanas establecidas en las fronteras de los Estados contratantes.

El comercio prosperó extraordinariamente con este sistema, que á su importancia mercantil reune otra muy grande política, porque habiéndose el Austria negado á tomar parte en el *Zollverein*, ha quedado mas clara y terminante la antigua separacion producida por el cisma religioso entre ambos pueblos dominantes en Alemania.

La revolucion francesa de 1830 alarmó de nuevo á las potencias de la Santa Alianza, que se previnieron para la guerra; pero Federico Guillermo, á quien los años y desgracias habian dado un exacto conocimiento del carácter francés, se opuso con todas sus fuerzas á toda medida hostíl, y consiguió que se escucharan sus consejos. Su bondad y experiencia dieron á Federico Guillermo gran influjo entre los príncipes alemanes, de quienes era querido y respetado. Pero sufrió en sus últimos años contrariedades que le causaron muy sérios disgustos, y le indujeron á cometer algunas injusticias y violencias. Una tercera parte de la poblacion de Prusia es católica, por cuya razon hay falta de unidad en el Estado. Empeñóse Federico Guillermo en establecerla fundiendo en uno ambos cultos; y con este objeto hizo publicar un nuevo ritual y autorizó los matrimonios mixtos; pero no consiguió ningun buen resultado, y tuvo que desistir de la empresa despues de sérias contiendas con la iglesia católica que llegó á llamarle, aunque sin razon, el *nuevo Lutero*.

No ha tenido la monarquía prusiana otro rey que igualase en virtudes privadas y públicas á Federico Guillermo III. Sus costumbres fueron en extremo sencillas, y tuvo la fortuna de encontrar una princesa amable y virtuosa que le ayudó á llevar el peso de las inmensas desgracias que le afligieron en los primeros años de su reinado. No poseia Federico Guillermo prendas brillantes, pero si un juicio recto y sólido. Ayudado por hábiles ministros cuyos nombres serán célebres para siempre, se dedicó á consolidar las reformas planteadas durante el calamitoso período de la revolucion francesa y llevó á cabo mejoras útiles y esenciales. Jamás se ha verificado una transformacion tan radical en el estado social y político de una nacion con tal libertad y órden. Aquella Prusia abatida y arruinada al principiar el siglo, habia llegado en 1840 á ser una de las naciones mas adelantadas y mejor administradas de Europa. Solo los Estados-Unidos pueden alabarse de haber caminado mas aprisa que la Prusia, y lo deben quizás mas que á sus esfuerzos á las condiciones especiales de su suelo y clima. Ninguna nacion, excepto la Holanda, sostuvo tal lucha con la naturaleza y con los hombres como la que Prusia ha sostenido; ninguna con tan débiles elementos consigüió tan gran resultado. Federico Guillermo no cumplió á su pueblo las promesas que en momentos críticos le hiciera; pero, con-

vencido aquel del amor que su monarca le profesaba, y agradecido á su celosa y sábia administracion, no quiso exigir lo que se le debia, y se contentó con lo que se le daba. Verdad es que, segun se ha dicho, *el carácter de Federico Guillermo equivalia á una constitucion*, y solo esto pudo ser bastante para contener en justos límites la revolucion que las ideas liberales habian causado en toda la poblacion prusiana. Pero es justo manifestar que si Federico Guillermo no se resolvió á otorgar á su pueblo la constitucion que le habia prometido, le preparó en cambio, por medio de las reformas civiles mas completas y bien entendidas, para disfrutar las libertades políticas con mas prudencia y acierto. Una nacion donde la enseñanza está de tal manera difundida, la propiedad tan justamente repartida y la igualdad ante la ley tan exactamente observada, dificilmente llegará á verse sumida en la anarquía. Debe la Prusia tan grandes y ventajosos resultados al celo paternal y dón de gobierno de Federico Guillermo: por eso la memoria de este monarca será allí siempre querida y respetada; á pesar de algunos errores y debilidades que afean en parte la historia de este reinado.

XII.

Tantas lisonjeras promesas, tantos nobles esfuerzos y tanta sangre vertida, no fueron suficiente para que el pueblo prusiano lograra la Constitucion que cada vez reclamaba con mas fuerza. El progreso político no habia seguido la misma marcha que el administrativo, ya fuese porque la situacion de la Europa no infundiese la suficiente confianza á la monarquía, ya por circunspeccion natural de esta, ya por repugnancia decidida á desprenderse de una porcion importante de su autoridad. Pero las reclamaciones é impaciencia de la nacion prusiana aumentaban de dia en dia, y vinieron, en fin, á conseguir una constitucion asentada no sin grandes disturbios y expuesta aun en el dia á sufrir la suerte que las instituciones liberales van corriendo en Europa. Tal es el hecho dominante en la historia del reinado de Federico Guillermo IV.

Este monarca es uno de los mas instruidos de Europa, y tuvo por maestros á Ancillon, Niebuhr y otros sábios alemanes que le infundieron el amor á las cosas

de la patria. Su advenimiento al trono fué saludado con general alegría porque todo el mundo abrigaba la conviccion de que con el nuevo monarca comenzaba un nuevo sistema político. Federico Guillermo se mostró, en efecto, mas tolerante que su padre, pero dilató como él la convocacion de los Estados, hasta que, obligado por la general efervescencia y por la necesidad de contraer un empréstito destinado á la construccion de caminos de hierro, convocó en fin los Estados provinciales en Dieta general. Abriéronse las sesiones en 11 de Abril de 1847, pronunciando el rey un discurso en el que se mostró partidario acérrimo de la escuela histórica, combatiendo las cartas y constituciones escritas y no admitiendo por base de las instituciones mas que los precedentes, y las tradiciones de su monarquía. Negaba tambien á la Dieta toda intervencion política y daba á entender que su convocacion habia sido un acto de deferencia mas bien que el reconocimiento de una obligacion. Respondió la Dieta respetuosamente; pero manifestando claramente cuanto era su pesar por ver tan mal recompensados los sacrificios que el pueblo prusiano hiciera por sus reyes. Comenzaron luego las discusiones que, á pesar de la prohibicion del rey, tuvieron siempre cierto color político aunque moderado; la brillantez y rectitud de los razonamientos y el genio y habilidad de algunos oradores mostraron cuan bien preparada estaba la Prusia para el régimen parlamentario. Fué la resolucion mas importante de esta Dieta la declaracion de los derechos del hombre, cuya medida, y discusiones que la precedieron, dá á conocer el espíritu de esta asamblea. Sometió Federico Guillermo al exámen de la Dieta varias importantes medidas, pero aquella declaró que no decidiria cuestion alguna si antes no se reconocia su carácter político y se le garantizaba en convocacion periódica. El gobierno rechazó no sin habilidad, estas pretensiones, y la Dieta fué por último disuelta, regresando los diputados á sus provincias donde muchos fueron recibidos en triunfo con un aplauso y entusiasmo que manifestaban cual era el espíritu de la nacion.

Tal era la situacion de la Prusia cuando estalló en 1848 la revolucion francesa. El influjo de este acontecimiento fué inmenso. República francesa é invasion de la Alemania parecian una misma cosa. Diferentes alzamientos populares se verificaron en diversos puntos de Alemania y predispusieron á los reyes á transigir con sus pueblos. Federico trató de contentar al suyo y otorgó casi todas las peticiones que le habian sido dirigidas por la Dieta. Pero la revolucion cundia por todo el Norte; el pueblo chocaba con la fuerza armada, imponia leyes á los monarcas y pedia la convocacion de un parlamento aleman donde estuviesen representados todos los pueblos y todas las clases de Alemania. En Munich, en Viena y en Berlin estallaron sangrientas sediciones en las que el pueblo quedó vencedor. Federico Guillermo prometió entonces que convocaria periódicamente á todos los estados de la monarquía, y al mismo tiempo anunciaba la próxima convocacion de un parlamento aleman. Fueron estas palabras acogidas con general entusiasmo, mas á pesar de todo continuaba el combate en las calles de Berlin; cambió Federico Gui-

llermo de ministerio; pero aun no fué bastante, y se vió obligado á prometer una amnistía, á poner en libertad á los prisioneros, y á saludar á los cadáveres de los insurgentes que habian muerto en el combate.

Desde este momento no se opuso Federico Guillermo á la revolucion, sino que caminó con ella y trató de aprovecharse de la idea de la unidad alemana para hacerse proclamar jefe del imperio. Pero el Austria abrigaba la misma ambicion: de modo que la Alemania católica del Mediodia se halló en oposicion con la Alemania protestante del Norte. En Munich fué quemado en público un retrato de Federico Guillermo. Reunióse entretanto la asamblea constituyente de Prusia, y el rey la prometió dar una constitucion basada sobre principios fijos. Al mismo tiempo emprendió varias importantes reformas administrativas y judiciales. Abriéronse las sesiones de las cámaras en Abril de 1849, pero desde el principio se pusieron en oposicion declarada con el ministerio Brandemburgo Manteuffel, y Federico Guillermo las disolvió. Promulgóse, en fin, en Febrero de 1850, la constitucion prusiana, muy parecida á la belga. El poder lejislativo estaba encomendado á dos cámaras: la primera, que representaba los círculos, se componia de ciento ochenta miembros mayores de cuarenta años y elegidos solo por doce meses. La segunda cámara representaba á las poblaciones, y sus miembros, que conservaban la representacion por tres años, recibian del Tesoro una indemnizacion.

Los presupuestos debian ser votados todos los años. Establecia así mismo la nueva constitucion la igualdad ante la ley, la abolicion de los privilegios, servidumbres y fideicomisos: proclamaba la libertad de cultos, de la prensa, comercio y asociacion, y daba á los funcionarios garantías contra la arbitrariedad. Creia el rey que bastaba para garantir la carta, su palabra real, pero la oposicion no la juzgó suficiente, y reclamó una sola cámara, y la eleccion directa.

La posicion de la Prusia se complicó con la guerra que tuvo que sostener en el ducado de Posen y en los de Holstein y Slewig. En el primero se habian sublevado los polacos; y fué preciso sujetarlos, no sin trabajo: en los segundos sostuvo la lucha con la Dinamarca, contra cuya potencia se habian aquellos revelado. Indemnizóse Prusia de estos contratiempos incorporando á sus estados los principados de Hohenlohe y Sigmaringen, y haciendo admitir en la Confederacion germánica los estados eslabos que Prusia poseia.

Proclamábase entanto la unidad alemana en la asamblea de Francfort y se establecia que de allí en adelante no habia de haber en Alemania mas que una bandera, una administracion, y un solo jefe, de quien emanarian todas las libertades populares. No se tomó en consideracion la imposibilidad de que estados de primer órden, como Austria y Prusia, se sometieran á un jefe electivo; convocóse en Francfort otra asamblea Constituyente, y se reunieron allí los diputados de toda Alemania. Pero al mismo tiempo que funcionaba esta asamblea unitaria seguian reunidas las Constituyentes prusianas y el parlamento austriaco.

El de Francfort declaró nulas todas las decisiones de aquellas asambleas que no estuviesen de acuerdo con las suyas. El príncipe Juan de Austria fue elegido vicario general ó jefe supremo de la Confederacion, y se le dió un ministerio, suprimiendo al mismo tiempo la antigua Dieta. Determinóse, en fin, la asamblea de Francfort á nombrar un emperador por seis años, y eligió al rey de Prusia. Pero las repetidas protestas del Austria y la consideracion que, de aceptar la resolucion de la asamblea quedaba sujeto á un poder central, movieron á Federico á rehusar la corona que se le ofrecia. La confusion fué entonces general, como producida por tantos y tan distintos elementos; la revolucion estalló en muchos puntos, y Federico Guillermo acudió á todos ellos para sofocarla. Para terminar esta crítica situacion propuso el monarca prusiano la formacion de un estado federal compuesto de todos los príncipes que quisieran tomar parte en él, é imitó á los demás gobiernos á enviar sus diputados á Berlin. Abandonaron entonces los de Prusia el parlamento de Francfort, y siguieronlos los de Austria y Sajonia; con lo que aquella asamblea vino á morir de consuncion. Es cierto que protestó contra los proyectos de Federico Guillermo, y apeló á las armas; pero tuvo que someterse á su suerte. Quedaron entonces el Austria y la Prusia frente á frente, y la cuestion fué ya de supremacia entre ellas. Convocó la primera la antigua Dieta en Francfort, como si la revolucion no hubiera sido mas que un paréntesis insignificante en la historia de Alemania. Federico Guillermo titubeó en reconocer de nuevo aquella representacion tradicional. Bien hubiera querido que los pequeños príncipes y aun los pueblos estuviesen representados en la Dieta; pero no creyó oportuno romper con el Austria; y aunque una cuestion sobre la Hesse estuvo á punto de promover la guerra, terminó pacíficamente aquel conflicto y volvieron las cosas de Alemania, con corta diferencia, á su antiguo estado.

Entonces se verificó en Prusia, como en los demás estados alemanes una reaccion manifiesta en favor de la autoridad real y de la política represiva. Federico Guillermo se unió mas estrechamente con su cuñado el emperador de Rusia, y conservó buenas relaciones con el Austria á pesar de la rivalidad que tan claramente se habia manifestado en los anteriores sucesos. Las promesas hechas á los pueblos, fueron olvidadas; y la fuerza militar dominó sin obstáculo. El príncipe Guillermo, hermano del monarca reinante y heredero presuntivo de la corona era quien con mas fuerza y teson se oponia á toda idea liberal, y procuraba poner de su parte al ejército que tenia en él gran confianza. No por esto perdieron las ideas liberales su preponderancia en Prusia, antes al contrario el pueblo manifestaba de dia en dia mayor ódio á la influencia que la córte de San Petersburgo ejercia sobre la de Berlin. Las sociedades secretas, y las universidades, mantenian en perpétua exaltacion á la juventud que se encontraba siempre dispuesta y decidida á tomar las armas en favor de las ideas cuya bondad y justicia oia proclamar en la cátedra y la tribuna. El ejército se mostraba algo mas inclinado al estado actual de cosas y mas obediente al gobierno, pero no faltaban en él liberales decidi-

dos, sobre todo, en la landwehr ó reserva que se rozaba mas con el pueblo.

Creyóse, cuando Luis Napoleon dió en Francia el golpe de Estado, que no tardaria en imitarle la Prusia; pero Federico Guillermo, sea que no se sintiese con fuerzas para dar paso tan grave, sea que respetase las instituciones con tanta justicia alcanzadas por su pueblo, adoptó una política conciliadora, y procuró guardar un justo medio entre la opinion de su pueblo y la de gran parte de su corte. Contribuyó acaso á esto, la intimidad que poco despues de la elevacion de Luis Napoleon, se estableció entre Inglaterra y Prusia con el objeto de asegurar á esta la tranquila posesion de las provincias prusianas del Rhin. El ministerio Manteuffel, persistió, sin embargo, en su marcha retrograda; pero el régimen constitucional ha ido consolidándose de dia en dia; y sus principales adeptos han conseguido en ocasiones señalados triunfos sobre el opuesto partido.

Tal era la situacion de la Prusia cuando la guerra de Oriente vino á dar una nueva direccion á la política europea. Francia é Inglaterra enviaron sus escuadras y ejércitos al Báltico y Danubio en defensa de la Turquía. Desde entonces quedó la Europa dividida en dos partidos; la Rusia que representa la causa del absolutismo, y la Turquía, Francia é Inglaterra que defienden la del progreso y derecho público. La situacion geográfica de Prusia y las relaciones de parentesco de su monarca con el emperador Nicolás la colocan en una posicion en extremo crítica y peligrosa, que vendria á serlo mucho mas si la guerra, como parece, se hiciera general en Europa. Prusia debe emplear todos sus esfuerzos en dilatar este momento, porque ninguna potencia está mas interesada en el mantenimiento de la paz. Sus fronteras abiertas por todas partes; el descontento del pueblo donde cada dia adquieren las ideas democráticas nuevos prosélitos; la posibilidad de un alzamiento de las provincias polacas que la Prusia retiene en su poder, todo contribuye á que el gobierno de Federico Guillermo anhele conservar una rigorosa neutralidad para impedir el estallido de tantos elementos de desorden y ruina como la Prusia encierra en su seno.

Mas llegado el caso en el que el mantenimiento de la paz fuese imposible, es indudable que la Prusia debe romper con el Czar, pues así lo exijen la ideas del pueblo prusiano y la seguridad de las provincias rinianas, de las que la Francia puede apoderarse facilmente. Y mucho mas si, como en estos momentos se asegura, se halla el Austria decidida á intervenir en favor de la Turquía.

Estas consideraciones bastan para dar á conocer la debilidad de ese estado formado por tan diferentes agregaciones de territorio; y espuesto á desmoronarse cuando las ideas democráticas, la sublevacion de las provincias polacas y la invasion extranjera hayan minado el edificio que el Gran Elector y Federico II levantaron con tanto trabajo. Si se atiende á la configuracion geográfica de la Prusia y á su conformacion interior, parece posible aquel caso; mas si se tiene en cuenta su perfecta organizacion militar, su sábia administracion y el carácter de esa dinastia que tantos escelentes príncipes ha producido, bien puede asegurarse que

la monarquía prusiana llegará á formar un cuerpo compacto, adquiriendo el Hannover, la Hesse y demás estados que la separan de sus hermosas provincias del Rhin. Colocada entonces entre la Europa Oriental y la Occidental, su mision seria la de contener á aquella en sus límites naturales, privarla del influjo que hoy ejerce sobre los estados alemanes y, tal vez, realizar esa unidad germánica tan deseada por todos aquellos pueblos, quienes solo en la Prusia tienen cifrada su esperanza.

Madrid y Agosto de 1854.

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.

Nota. Las circunstancias porque acabamos de atravesar, han impedido al autor de este artículo el corregir las pruebas; por cuya razon se han cometido algunos errores de imprenta tanto en los nombres propios como en otras muchas palabras que fácilmente conocerán nuestros lectores.

NAPOLEON III,  EMPERADOR

DE LOS FRANCESES.

FRANCIA.

LUIS NAPOLEON III.

I.



[illegible]

[illegible]

[illegible]



FRANCIA.

LUIS NAPOLEON III.

I.

Cuando vemos al traves de los triunfos ó de las derrotas, así en los buenos como en los malos dias, los diferentes destinos de la Francia, no podemos menos de admirarnos del ascendiente que ese pais privilegiado ha ejercido en todas épocas en el mundo de los hechos y de las ideas, de la incontestable superioridad de su civilizacion y de la ley que ha precedido al desarrollo de su poder, al afianzamiento de su grandeza despues de tantas luchas y pruebas. La Francia, ha dicho un poeta que puede contarse en el número de sus mas ilustres hijos, la Francia,

O sol ó volcan debe alumbrar la tierra.

Y no es, por cierto, una vana fanfarronada de orgullo nacional, sino una verdad

adquirida con la ciencia, demostrada hasta la evidencia y aun aceptada por los mismos pueblos que mas la envidian. Estúdiese, en efecto, los tres grandes períodos de su historia, el orígen y la formacion de la nacion francesa, por medio de la conquista romana y de la conquista de los francos; estúdiese, desde Cárlos el Calvo hasta San Luis, el periodo feudal; desde San Luis hasta 1789, el período manárquico; estúdiese la revolucion francesa desde 1789 hasta 1848, y se reconocerá que cada acontecimiento, cada hombre, y aun cada desastre, se presenta siempre en una hora, por decirlo así, providencial; se reconocerá que la civilizacion francesa no se encierra como la de los demas pueblos dentro de los límites de los rios y de las montañas, sino que se derrama sin cesar fuera, siempre comunicativa y siempre aceptada, porque recibe su fuerza del doble elemento de la teoría y de la aplicacion, de la especulacion y del espíritu práctico. La ciencia moderna ha desarrollado estos hechos con nueva certidumbre, y por mas que parezca temeridad recordarlos despues los maestros ilustres que los han dado á luz, vamos á presentarlos en esta obra, si bien marchando siempre apollados en la autoridad de aquellos maestros, guiados por ellos.

Basta una simple ojeada para conocer que por la posicion geográfica, por la constitucion de su suelo, y por su clima, la Francia estaba predestinada á grandes cosas, que como la tierra antigua de Saturno que cantaba Virgilio, *es una tierra poderosa para la guerra y fecunda en mieses*. La Francia tiene por límites y por defensa al Mediterráneo, al Oceano, al Rhin y á los Alpes; pero no está como España é Italia, cortada en lo interior por esas montañas que levantan en medio de un mismo pueblo barreras eternas y que manteniendo acaso la antipatía de las razas, se oponen á esa unidad compacta que solo constituye la fuerza.

Aquel hermoso pais, «rico de tanta verdura y de tantas mieses, y que cobija un cielo tan apacible,» reune sobre su suelo los productos mas variados. Los rios que descienden hácia los dos mares, *esos caminos que marchan*, como algunos los han llamado, hacian seguras y fáciles las relaciones de sus diversas provincias en época en que aun no estaban abiertas las grandes vias de comunicacion, presentando ademas aquellos rios para la defensa del territorio, líneas y obstáculos multiplicados. Que un pueblo activo, belicoso é inteligente, viva y se perpetúe sobre aquella tierra favorecida; que confine por su posicion con todas las civilizaciones existentes; tenga ademas ese pueblo la vivacidad de los hombres del Mediodia, y la sensatez de los del Norte, y no podrá ménos de elevarse á los mas altos destinos, por la guerra, por las artes, por las ciencias y las letras, siendo envidiado y atacado frecuentemente por sus vecinos. ¡Qué importa! Las naciones, como los individuos, crecen con la lucha y el obstáculo. Así ha sucedido á la Francia. Por su posicion central en Europa, por el valor de sus hijos y por su actividad guerrera, ya que no siempre ha logrado dominar, por lo ménos ha amenazado á todos los vecinos á quienes podria temer, al mismo tiempo que por su actividad intelectual los arrastraba á su esfera de atraccion.

Perdida en sus bosques, aislada en su culto y en sus supersticiones enérgicas, la Galia, antes de figurar en el mundo antiguo por su civilizacion, ocupaba ya en él un gran lugar por su espada. «Combatimos para conquistar; pero cuando peleamos con los galos, es para existir.» Porque, en efecto, los galos eran los espartanos del mundo bárbaro. No llevaban cascos ni corazas al combate, y su único temor era que se desplomara el cielo sobre ellos y les sepultase. Una atraccion irresistible hácia esos goces de la guerra que los embriagaban, los arrastraba sin cesar á las expediciones mas arriesgadas, y desde los tiempos mas fabulosos va unida su memoria á los mas grandes acontecimientos. Quinientos setenta y ocho años antes de Jesucristo bajaban con Bellobeso á las llanuras de Italia. Dos siglos mas adelante los boyences, los lingones y los senones, rechazaban á los etruscos hasta el golfo Jónico. En el siglo IV se apoderan de Roma; en el III saquean el templo de Delfos, atraviesan la Francia y el Helesponto, y van á fundar una colonia victoriosa en el centro del Asia Menor.

En tanto que los aventureros hijos de la Galia corrian de este modo el mundo y arrojaban la espada en la balanza de sus destinos, la civilizacion antigua habia penetrado por Marsella en el suelo mismo de su patria, seiscientos años antes de nuestra era. En el año 154 antes de Jesucristo se habia introducido allí la civilizacion romana, por primera vez con la conquista por el litoral del Mediterráneo, y cien años despues llevaba César á sus 800 ciudades el yugo de Roma. La resistencia fué heróica, inmensa la matanza, y como consuelo de una derrota gloriosa, quedó la espada de César en manos de los vencidos en el último combate de Vercingetorix; pero para aquellos vencidos olvidó Roma su política inexorable, no por compasion, sino por prudencia, porque recordaba el *tumultus gallicus*; los galos conservaron sus tierras, y los principales ciudadanos fueron tratados con toda clase de miramientos. Empero todos los esfuerzos de la administracion romana tendieron á absorverlos en la unidad. Por lo demas, aquel fué el triunfo de la civilizacion antigua sobre la barbarie. Desde aquel momento se inicia la Galia en una vida social enteramente nueva, atraviesan los caminos sus antiguas florestas, y sus altares, tantas veces regados de sangre humana, se desploman. «La Galia presentaba entónces algo parecido al espectáculo que nos dá despues de cincuenta años la América del Norte, tierra vírgen entregada á la actividad experimentada de la Europa; grandes ciudades levantándose sobre las ruinas de pobres aldeas. El arte griego y el arte romano desplegando su magnificencia en los lugares todavía medio salvages; los caminos cubiertos de paradas de posta, de etapas para las tropas y de posadas para los viageros; las flotas mercantes navegando en todas direcciones, por el Ródano, por el Loira, por el Garona, por el Sena y por el Rhin para llevar los productos extranjeros, ó buscar los productos indígenas; en fin, concluyendo el paralelo, un aumento prodigioso de la poblacion (1).

(1) Am. Thieng: Historia de la Galia bajo la dominacion romana, 1840, tomo 1.°, página 352.

Pronto se amoldó la Galia á las costumbres de los vencedores, á sus leyes y á su lengua. Otorgóse á las principales familias el derecho de ciudadania romana, siendo ademas admitidas en el Senado, y en tiempo de Caracalla todos los hombres libres fueron declarados ciudadanos romanos; pero en tanto que la aristocracia aceptaba el yugo, vivian aun las tradiciones de la independencia nacional entre las clases populares y los restos de las familias sacerdotales; hiciéronse impotentes esfuerzos de insurreccion en los tiempos de Augusto, Tiberio y Claudio; en las cercanias de Lyon se vé á un tropel de campesinos casi sin armas precipitarse contra las legiones que Vitelio conducia desde la Germania; mas á pesar de estos esfuerzos, la Galia no debia recobrar su independencia sino por medio del cristianismo y de las invasiones bárbaras, y bajo de un nombre nuevo. No solamente estaba encadenada irremisiblemente para cinco siglos al carro de sus vencedores, sino que debia en una lucha suprema sacar la espada para defender contra el torrente de la invasion ese Capitolio que Roma habia rescatado de Breno. La última batalla por la causa de Roma, se dió en las orillas del Aisne, en la Galia y por la Galia, y los hijos de los vencedores del Allia dieron su sangre para salvar del poder de los bárbaros á los hijos de los vencedores de Alizo.

En esa servidumbre de cuatro siglos, los galos, á pesar de la aparente moderacion de sus vencedores, habian sufrido todos los males y disgustos de la conquista. La fiscalía imperial los habia oprimido sin piedad, y la corrupcion romana los habia invadido con todos sus vicios; pero se acercaban tiempos nuevos, y el hierro de los bárbaros y el agua del bautismo cristiano iban á lavar sus manchas. Los hechos inmensos asombran al mundo desde el tercero al cuarto siglo: de una parte el establecimiento del cristianismo; de la otra las invasiones: el mundo romano se abisma pero deja á los que há vencido y que le sobreviven las tradiciones de su administracion politica, su derecho, luz imperecedera que todavia nos alumbra y que fué en la edad media el evangelio de los legistas, y su lengua que fué el lazo comun de la civilizacion moderna. La conquista romana habia salvado á la Galia de la barbarie, la invasion bárbara la salvó de la corrupcion, y el cristianismo, apoderándose de los bárbaros, los empujó hácia el progreso.

La Grecia, que habia sido la primera en poner á la Galia en contacto con la civilizacion antigua por medio de la fundacion de Marsella, fué tambien la primera en iniciarla á fines del siglo II, en la comunion cristiana. Los primeros misioneros de la Galia eran griegos de orígen, y al llevar los apóstoles á las poblaciones galas las túnicas de los neófitas, hallaron en ellas mártires decididos á sacrificarse; cuando el Mediodia recibió el bautismo de la Grecia, el Norte á su vez lo recibió de la Irlanda, esa isla de los santos. San Colombiano y San Bonifacio realizaron en la Bélgica la revolucion religiosa que se habia verificado en el Vienés y el Leonesado por medio de S. Ireneo y los misioneros griegos, y de esta suerte la luz del Evangelio, y por decirlo así, los rayos de la gracia, se dirigieron todos á la vez hácia la Francia desde la iglesia de Oriente y desde la iglesia céltica.

En la guerra del poselitismo, los mártires galos dieron pruebas de un valor verdaderamente sobre-humano. Santa Blandina, esclava de Lyon, que fué inmolada en la primera hecatombe, marchó al suplicio, «como la jóven esposa marcha al tálamo nupcial y al festin de bodas,» y la gala cristiana, al sacrificarse por su divino esposo, como la gala pagana por su esposo *carnal*, demuestra al mundo que se acuerda de su nombre, que la mujer sobre el suelo generoso de la Francia no tiene nada que envidiar respecto al valor y abnegacion á la mujer griega y á la matrona romana.

Con el cristianismo empieza en la Galia una vida nueva, una vida moral. La religion de Jesucristo no le lleva solamente la libertad para el esclavo, la igualdad para la mujer, la compasion para el pobre y la regla precisa del deber que no estaba formulada en ninguna parte en el politeismo: no le lleva solamente las esperanzas de esa vida futura, que los druidas habian columbrado por entre las tinieblas de su idolatría y los vapores sangrientos de sus sacrificios, sino tambien todos los elementos de una organizacion política y de una sociedad regular. En el órden civil, segun ha observado un sábio historiador, la disolucion estaba en todas partes; la administracion imperial carecia de fuerza, habian caido la aristocracia senatorial y municipal: la iglesia de las Galias, asilo único que flotaba en aquel diluvio y en aquellos naufragios de todas las cosas, llegó á imponer por su ascendiente moral á falta de un código, sus prescripciones y su dictadura espiritual, y desde las alturas de este poder fué impelida necesaria, ó por mejor decir, providencialmente, á apoderarse de la dictadura temporal. El obispo galo ó franco reemplazó en la ciudad municipal al edil y al proconsul romano, siendo al mismo tiempo lejislador, juez y administrador, y semejante concentracion del poder en unas manos que se estendian sobre todo para bendecir, salvó á la sociedad de una ruina completa, constituyendo á falta de todo poder político, fuerte y regular, la supremacia de la autoridad moral.

Lo que distingue en la Galia la revolucion Cristiana, es sobre todo su carácter práctico, sus aplicaciones inmediatas y bienhechoras, y ese buen sentido que la aparta de las herejias monstruosas, nacidas de los delirios mas absurdos, que por tanto tiempo turbaron á la iglesia Oriental. En esas luchas religiosas del primer dia, en las que se emplea todo el ardor del pensamiento humano, la Galia no permanece inactiva; por la voz del monge breton Pelagio, propone en la cuestion del pelagianismo, uno de los mayores problemas filosóficos y religiosos que pueden ocupar al hombre, y por la intervencion de San Hilario, obispo de Poitiers, lucha de una manera soberana en la cuestion del arrianismo contra la mas terrible de las heregías que han amenazado á la Iglesia.

Revélase tambien ese carácter práctico en la predicacion de los obispos, únicos que entónces tenian el derecho de anunciar la palabra evangélica, y muy principalmente en la historia de los monasterios. En efecto, el monasterio no es en Galia, como en el Oriente, el asilo de la contemplacion ociosa, y el hombre no

se pierde allí todo entero en los abismos sin fondo del misticismo. En el seno de esos retiros mudos y profundos, el monge galo no busca solamente la oracion y el éxtasis, sino el trabajo del cuerpo y del espíritu. En Lesins, en Tours, el monasterio es á la vez un retiro piadoso, *lato longeque remotu á fluctu œstuante mundi*, como decia Isaac de la Estrella, una huerta, un taller, una biblioteca y una escuela: esta es la soledad, pero en esta soledad se encuentra tambien una sociedad organizada y completa, que tiene sus leyes, su gerarquía, y aun sus revoluciones. Allí es donde renacen esos estudios de alta especulacion, olvidados en la decadencia pagana por las vanas argucias de la escuela; de allí es donde parten por primera vez los ejemplos del trabajo regular, tal como lo concibe el cristianismo. Así, pues, desde el siglo II al VI. se establece en la Galia por medio de la religion y del clero una doble civilizacion política é intelectual, y los obispos, que durante las miserias de la invasion y en la decadencia del imperio, han sido los jefes políticos de las cindades, serán, despues de la invasion, los consejeros de la monarquía naciente, sin dejar de ser los patronos y majistrados de las ciudades municipales que el torrente no haya arrastrado y sumerjido.

Al pasar los germanos á la Galia, causaron allí males profundos, rompiendo momentáneamente todos los vínculos y todas los relaciones sociales. Despojaron á los vencidos, pero respetaron al menos sus leyes y sus costumbres. En las ciudades galo-romanas, dónde se amontonaban tantos pueblos diferentes, reinó por largo tiempo un caos verdaderamente estraño, coexistiendo á la vez todas las formas de gobierno: si bien los vencedores se adhirieron pronto á las creencias de los vencidos, no pareciendo sino que la Germania solo habia abandonado sus bosques para convertirse. Los bárbaros por otra parte, llevaron á la Galia dejenerada, las virtudes primitivas, el valor, la abnegacion, el sentimiento de la dignidad personal, el amor á la independencia, y el respeto á la mujer, y como ha dicho un padre de la Iglesia, si Dios pulverizaba á los hombres, es para rejuvenecerlos mezclándolos. De todos los pueblos que pasaron á la Galia, tres solamente se detuvieron para fijarse en ella: los borgoñones, los visigodos y los francos. Estableciéronse los primeros desde 406 á 415, los segundos desde 412 á 450, y los francos desde 480 á 500. Desde este instante encontramos los elementos de la sociedad moderna, y de esa mezcla de tantos hombres, de esas ruinas de tantas civilizaciones diversas van á surgir por medio de las tradiciones romanas el espíritu de legalidad y de asociacion regular; por medio del cristianismo, el espíritu de moralidad y el sentimiento de los deberes mútuos del hombre, y por el dogma de su igualdad delante de Dios, el dogma de su igualdad delante de la ley; en fin, por medio de la barbarie surgirán el espíritu de libertad individual y la pasion de la independencia.

Al asegurar Clodoveo el predominio de los francos sobre las demas poblaciones germánicas, fué el primero que trabojó por la unidad de la monarquía, dotado de facultades superiores y de una actividad que nada le cansaba, no retro-

cedió ni aun por temor á los crímenes ni á los peligros, y fundando un estado en el centro de la Galia, aflojó, ya que no contuvo, el torrente de la invasion. Empero, esa monarquía franca que él habia querido fundar por la conquista, se desplomó cuando se deshizo la autoridad real en las manos de los mayordomos del palacio. La Borgoña, la Austrasia, y el reino de Soissons, cuatro veces reunidos en el discurso de los siglos VI y VII bajo el cetro de la Neustria, se separaron violentamente, y todo retrocedia hácia el caos cuando Pepino tomó el papel de Clodoveo, apoyando la monarquía sobre la Iglesia; á nombre de esta consagró San Bonifacio la corona que la asamblea nacional de Soissons le habia concedido en 752. Dejóse sentir fuera poderosamente desde aquel momento la preponderancia de la monarquía francesa; así es, que habiéndose apoderado Astolfo, rey de los lombardos, del exarcado de Rávena, imploró el Papa la proteccion de Pepino, y en dos expediciones que hizo á Italia el rey franco, echó los primeros cimientos del poder temporal de los papas.

La obra de unidad y de conquistas comenzada por Pepino, no quedó interrumpida. Cárlo-Magno dedicó su vida á asegurar, por medio de guerras emprendidas con un objeto político, la grandeza y la supremacia de sus estados, al mismo tiempo que regularizaba la administracion y trataba de dar la preponderancia moral á sus pueblos por medio de la cultura intelectual. Como todos los hombres superiores del mundo bárbaro, que le habian precedido en el ejercicio del poder, Cárlo-Magno habia pensado en la resurreccion del imperio romano; pero la soberanía universal de la Europa continental, no podia realizarse en aquella sociedad violenta y despedazada; su imperio, que se estendia desde el Báltico hasta el Ebro y desde Nápoles hasta el Oder, se rompió cuando murió. Sin embargo, se habia consumado un gran hecho: al restablecer la residencia del imperio en las márgenes del Rhin, al derribar despues de la batalla de Paderbom, el ídolo de Irmensul, y al llevar con el terror de sus armas la luz del cristianismo á los antiguos bosques de la Germania, habia contenido las invasiones y asegurado el triunfo de las poblaciones establecidas, sobre las poblaciones errantes.

A su fallecimiento comenzó una era nueva. Luis el Pio, el mas incapaz y débil de sus hijos, no era por cierto el mas á propósito para ceñir su espada y llevar su corona. Aquello fué el caos; y muy pronto no hubo rey ni nacion. Cada propietario se erijió en soberano; todo se hizo local, y, sin embargo, en medio de aquel caos, se organizó la sociedad, y aunque despedazando el reino, el feudalismo determinó sus relaciones sociales. Indóciles y turbulentos con respecto al señor feudal, los grandes feudatarios se mostraron casi siempre tiránicos con los vasallos; pero en medio del desórden hubo una regla, un derecho y hasta en la misma violencia algunas garantías. Los castillos levantados por los señores para afianzar su poder opresivo, sirvieron para defender al pais contra las correrias y y devastaciones de los normandos. La resistencia fué parcial, aislada, pero no ménos eficaz, y en aquella guerra de esterminio, queriendo los señores hacer acep-

tar y legitimar su poder, se esforzaron por protejer con todas sus fuerzas á los habitantes de sus feudos : testigos los condes de Provenza, que despues de haber lanzado á los sarracenos, llamaban á las villas y á los lugares á la poblacion que babia ido á refugiarse á las montañas. Sin duda hubo en el feudalismo males inmensos; la industria pereció sofocada por las exacciones mas odiosas; la moral fué ultrajada por los derechos que lastimaban la dignidad humana; el poder judicial, administrativo y aun legislativo, se halló reconcentrado en las manos de hombres ignorantes y groseros, desprovistos de todo estudio y que las mas de las veces no tenian otro móvil que el interés y el capricho ; pero el clero por una parte, y el órden de la caballería por otra, dulcificaban la barbarie de los señores, y sin que dejemos de mostrarnos severos contra un réjimen tiránico, en el que frecuentemente se desconocian las mas sencillas nociones de la justicia, conviene reconocer que el feudalismo habia venido oportunamente, y que en el momento que se constituyó era un progreso verdadero. Sus abusos, por otra parte, debian hallar pronto su límite y su fuero. El pueblo que sufre en la obscuridad, no ha perecido, y sabe, segun la hermosa expresion de San Cesareo, que los hombres *no son siervos mas que de Dios*. Tampoco ha perecido la monarquía ; todos esos poderes dispersos del feudalismo, necesitan un poder que los una y los domine : Hugo Capeto vá á apoderarse, sin que se le dispute, del título de rey, y el estado habrá hallado un gefe, una cabeza. En el reinado de los sucesores de Hugo Capeto, la monarquía sigue debilitándose; pero se reanima en tiempo de Luis el Gordo, y los desórdenes del estado social constituido por el feudalismo, hallan al fin en los poderes de la corona un obstáculo y un freno. Este gran papel de la monarquía no pasa desapercibido ni aun para los mismos contemporáneos, que no siempre tienen, sobre todo, en la edad media, la percepcion y el discernimiento para distinguir las grandes cosas que pasan á su vista. Suger, en la *vida de Luis el Gordo*, ha señalado claramente este hecho. « Es deber de los reyes, dice, reprimir con sus manos poderosas y por el derecho originario de su oficio, la audacia de los tiranos que despedazan el estado con guerras sin fin, que cifran su placer en saquear, vejar á los pobres, destruir las iglesias, y se entregan á una licencia que, sino se les contuviera, los inflamaria con una audacia cada dia mayor.»

Tenemos, pues, claramente determinada la alta mision del poder monárquico en esos dias de desórden y de anarquía. Al lado de la monarquía que crece como una institucion de paz, como un tribunal supremo de justicia, hallamos en esa misma fecha, bajo el reinado de ese mismo rey Luis el Gordo, los elementos de una nueva organizacion social, los comunes, (ayuntamientos ó concejos), que éran la clase media francesa. ¿Cuál era pues el origen, la fuente primitiva y lejana de la revolucion comunal? ¿sobre qué bases se apoya? ¿Qué causas ayudaron á sus progresos? ¿Cuáles fueron sus resultados? Los orígenes son multiples, y es preciso buscarlos á la vez en las tradiciones de los municipios romanos que

se habian conservado en muchas ciudades, tales como Perigüeeux, Marsella, Arlés, Tolosa y París; en las concesiones de privilegios por los poseedores de feudos que tenian interés en atraer á sus dominios nuevos habitantes, ó que apremiados por la necesidad de dinero, vendian la libertad, como si la libertad pudiera pagarse; en los privilegios otorgados por la monarquía que elevaba á la clase media para humillar á los señores; en fin, en las insurrecciones legítimas de las villas y de los lugares, que arrancaban por la fuerza y á mano armada los derechos y las garantías que les negaba el poder opresivo de los señores. La revolucion comunal se apoyó sobre esta fuerza que dá aun á los mas débiles el sentimiento imperecedero de la justicia y del derecho, sobre la ambicion legítima de adquirir y de poseer sin ser perturbado en su posesion; sobre la monarquía que hallaba en la clase media un contrapeso natural al poder de los grandes vasallos. Los resultados fueron inmensos; en virtud del contrato firmado entre los que habian sido señores absolutos y los que no querian ya ser siervos, se arreglaron en fin al poder y los derechos de cada uno, pues no solamente hallaron los ciudadanos la libertad y las garantías individuales, sino un gobierno completo, dentro de límites estrechos sin duda, puesto que solo se estendia hasta los confines del distrito, pero que aun dentro de esos límites bastaba á las necesidades de la sociedad de aquella época. Las ciudades municipales fueron administradas por magistrados que tomaron segun los lugares los nombres de *maires echevias*, *capitouls* (alcaldes, rejidores y capitulares), cónsules y jurados de la paz. Estos magistrados resumian á la vez el poder legislativo, las funciones judiciales y las atribuciones de simple policía, viéndoseles alternativamente segun las ciudades y los accidentes de la vida social, juzgar sin apelacion y con ejecucion dentro de las veinte y cuatro horas; conducir á la guerra las milicias comunales; someter á la intervencion del comun las transaciones de la vida civil; prevenir por medio de fianzas los desastres de las querellas privadas; administrar los bienes de los menores y de los establecimientos de caridad; repartir y recaudar los impuestos y aplicar las rentas á todas las necesidades del gobierno municipal. Cada ciudad tuvo en su carta de comun, y en los estatutos reglamentarios, emanados de sus regidurías y de sus consulados, verdaderos códigos de derecho civil y penal, y como han observado Lauriese y Brequigny, en estos códigos locales es donde debe buscarse el orígen del derecho consuetudinario. Las corporaciones industriales se conservaron bajo la salvaguardia del pacto comunal, y la organizacion de los gremios y oficios constituyó para los trabajadores una condicion nueva; cada gremio fué á la vez una asociacion religiosa, política y militar; ademas, la clase media y los plebeyos para conseguir y conservar las libertades conquistadas, á costa de tantas luchas, y de tantos sacrificios perseverantes, y siempre atacadas por la envidiosa rivalidad de la nobleza, se ejercitaron en las armas, y el pueblo organizado en milicias comunales, guardó para el pais y para la defensa del hogar esa sangre que habia corrido tantas veces por una causa que no era la suya. Tales fueron los re-

sultados de esa revolucion comunal que debia dar sus frutos en el porvenir. Seis cientos años mas adelante en la revolucion de 89, cuando los últimos restos de la sociedad feudal, se desplomaron para siempre, uno de los primeros actos del pueblo que acababa de conquistar sus derechos, fué reconstituir esas municipalidades que habian surgido tan fuertes y poderosas de la legítima insurreccion del siglo XII.

Si comparamos ahora los comunes franceses con los de otros pueblos de Europa, toda la superioridad estará por parte de la Francia. En Italia y en Flandes, las libertades locales, el aislamiento de las ciudades ó de las provincias, son una causa perpétua de revueltas, y agitaciones y un obstáculo invencible para la unidad. En Inglaterra están ahogados los comunes por la aristocracia, ó mas bien, no hay comunes, sino parroquias. En Francia, por el contrario, la aristocracia desaparece ante la ciudad municipal; las franquicias locales, léjos de ser un obstáculo al afianzamiento del poder central, contribuyen poderosamente á el, y en lugar de debilitarse entre sí en las luchas y rivalidades desgraciadas, las ciudades se asocian y parecen adivinar desde la edad media que la union solo constituye la fuerza. Al lado de la revolucion comunal, y ya anteriormente á esta revolucion, vemos realizarse en otro órden de hechos, acontecimientos que van á ayudar como ella á la trasformacion de la antigua sociedad. Hemos nombrado á las cruzadas. No se trata ya esta vez de esas guerras oscuras en que la sangre corre al pie de las torres feudales; no se trata ya para los vasallos de servir por espacio de cuarenta dias bajo la bandera del Señor feudal, se trata para toda la cristiandad de conquistar el sepulcro de su Dios, y á esos campos del Oriente, á donde les llama la fé, van los cristianos á buscar la corona del martirio. A la Francia toca tambien representar en ellos un gran papel. Desde el año de 999, el primer francés que se sentó en la silla de San Pedro, Gerberto, lanza el primer grito de guerra y convoca á la iglesia universal á la conquista de la Tierra Santa. La iglesia no habia respondido aquella vez; pero muy pronto debia llevar la mano á su espada á la voz de un ermitaño, hijo como Gerberto de esa Francia que se la vé siempre en la vanguardia de la lucha de las cruzadas. En Francia es dónde se reune el Concilio en que el papa enseña al mundo que Dios quiere la guerra; Pedro, ermitaño francés, es el primero que descubre á la Europa el camino del Oriente; el francés San Bernardo, último de los padres, es el que obliga á la Alemania á tomar las armas, predicándole la guerra en una lengua que no comprende: un baron francés es el primero que planta sus banderas sobre los muros de San Juan de Acre, y un baron tambien francés el que coloca el primero en su cabeza la corona de Jerusalen. En esas largas luchas mezcladas de tántos desastres, la mejor parte de gloria pertenece á los caballeros y reyes de Francia, que no encuentran en el extranjero mas que un solo rival en Ricardo Corazon de Leon, el mas heróico aventurero de Inglaterra.

En esos siglos XI y XII, tan llenos de guerras atrevidas y de grandes aconte-

cimientos, se presenta la Francia en todos los horizontes. Algunos caballeros normandos, fieles á las tradiciones de su raza y al instinto de las correrías aventureras, pasan á Italia como mercenarios del imperio griego (1050), y pronto estos mercenarios que han vendido al papa en Civitella, y que han pedido de rodillas la absolucion de su victoria, se apoderan de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia. Esta conquista, en que los vencedores se distinguieron por hazañas verdaderamente fabulosas, fué á la vez un gran hecho religioso y un gran hecho político. Los normandos aseguraron en la Italia y en la Sicilia, en la herencia misma de San Pedro, el triunfo de las poblaciones cristianas sobre las poblaciones musulmanas, al mismo tiempo que aseguraban el triunfo del papado sobre los sucesores del emperador Enrique IV. Una conquista no menos importante se habia verificado hácia la misma época sobre otro punto de Europa, y esta vez tambien por los normandos la conquista de Inglaterra. Vióse á una provincia someter á todo un reino en una sola batalla, é imponerle en ménos de un siglo su organizacion feudal, sus leyes y su lengua.

En fin, vemos tambien á la Francia tomar una parte gloriosa en las luchas de España contra las poblaciones musulmanas; á fines del siglo XI representan á la Francia cerca de los hijos de Pelayo, Enrique de Borgoña, descendiente de Roberto el Fuerte, que casa con la hija segunda del rey de Castilla, y recibe en dote la provincia de Oporto, que ha conquistado á los moros, y Raimundo de Borgoña, cuyos descendientes reinaron en Castilla hasta 1474. De este modo, Castilla, Aragon, Sicilia, Jerusalen é Inglaterra, vieron en el espacio de dos siglos ocupar sus tronos las dinastías francesas. Pero la Francia no solo era poderosa y fuerte por la guerra. Los mas grandes escritores religiosos de aquella época, Hugo y Ricardo de San Victor, Guiberto de Nogent, Ivo de Chartres, Hildeberto de Mans y San Bernardo que hace presentir á Bossuet, son tambien hijos suyos y reinan por el pensamiento y por la fé, como los barones por la espada. Todas las grandes cuestiones de la época se agitan en sus claustros; los teólogos se refugian para morir en la abadía de S. Victor de París, la juventud inteligente de Europa acude á la calle del *Fouarre*, y se tiende sobre la paja de sus escuelas para escuchar á Abelardo. El pensamiento se emancipa al mismo tiempo que el Comun, y la Francia es la primera que proclama la libertad de exámen, el derecho de someter á la consagracion de la razon las afirmaciones del dogma. En ese gran desarrollo místico del siglo XII, que será, por decirlo así, el punto de parada del Catolicismo, la iglesia galicana es la que sin contradiccion representa el papel mas glorioso. En el momento en que Santo Domingo, bendecido por el papa, enciende las hogueras de la Inquisicion, la iglesia galicana, que ha conservado las tradiciones evangélicas, deja caer por la boca de San Bernardo estas palabras dignas de los primeros dias: *fides suadenda, non imponenda*, y por la voz de ese mismo santo proclama su supremacia religiosa en estas palabras que el abate de Clairvaux dirige al padre santo: *yo soy mas papa que vos.*

Una literatura rica y variada, y á la cual solo falta el conocimiento de la medida, se desarrolla rápidamente; la lengua, libre de sus trabas latinas, tartamudea la mayor parte de las palabras, que han de ser el órgano de su edad adulta; la historia nacional se eleva en el drama de la narracion por medio de Joinville y Villehasdouin hasta la altura de la historia antigua. Los poetas sobre las cumbres de su doble parnaso, beben en la doble fuente de lo ideal y de lo verdadero, del entusiasmo y de la pasion, del escepticismo y de la ironía. Al Mediodia, con la poesía de los travadores brotan todas las flores de una cultura refinada, todos los *concetti* del amor y todas las dulzuras de la galantería. En el Norte es el sentimiento triste y desdeñoso de la vida, la cólera, la sátira, y, en fin, esa vena burlesca que terminará en las novelas de Voltaire, pasando por Rabelais y los cuentos de la Fontaine.

La monarquía, en ese período en que se desarrolla una actividad tan prodijiosa, habia proseguido su obra; Luis el Gordo, heredero de un reino, cuya extension apenas equivalía á cuatro de los departamentos actuales de Francia, dotado de cualidades morales muy distinguidas, habia llevado á cabo importantes conquistas territoriales por medio de una série de guerras poco graves en la apariencia, y cuando murió dejó á su heredero bastante poderoso para desafiar á la alianza de los anglo-normandos y de la Alemania. No habia todavía unidad política; los habitantes de las diversas provincias designados con sus nombres provinciales, no eran mas que los angerinos, champeneses y picardos, y sin embargo, fermentaba en estos pequeños estados la idea de una gran nacion, de una nacion francesa. Felipe Augusto afianzó y continuó la obra de Luis el Gordo; dió á los barones el gobierno real por centro; emancipó á la monarquía del poder eclesiástico, porque sabido es que en su reinado, y merced á la resistencia que opuso al clero nacional, y al papado, fué cuando se verificó la separacion del poder espiritual y temporal. Ademas, por medio de decretos generales, reguralizó diferentes pormenores de la legislacion política y de policía, y de esta suerte comenzó á centralizar en las manos del monarca ese poder legislativo que hasta entónces habia hallado diseminado en los gobiernos locales.

Felipe Augusto prestó la misma atencion y puso el mismo cuidado en organizar la fuerza militar del reino. Al mismo tiempo que velaba por una justicia regular en sus dominios, reparaba las fortificaciones de las ciudades, levantaba otras nuevas, y ejercitaba en las armas á las milicias comunales, y cuando el emperador Othon y Ferrando, conde de Flandes, encontraron al rey de Francia en Bovines, la causa nacional fué defendida con igual valor por todas las clases de la poblacion, y la infantería de los gremios de oficios dió, acaso por primera vez en aquella jornada memorable, el ejemplo de la disciplina y de la virtud militar. Allí fué donde recibió su bautismo.

Legislador, guerrero, pero sobre todo cristiano, San Luis, que formaba de sus creencias morales la primera regla de su conducta, se ocupó al subir al trono

en legitimar desde luego el poder real. Mantener la paz entre todos sus súbditos, plebeyos, nobles, grandes feudatarios; adquirir nuevas porciones de territorio, pero por medios legales y evitando siempre la violencia y el fraude; fortificar la justicia real, afianzar y mantener los privilegios de la corona ó de la iglesia nacional en sus relaciones con el papado, tal fué el objeto que se propuso San Luis, y que en algunos puntos tuvo la gloria de alcanzar. La dominacion de toda Francia, á excepcion de Flandes y Gascuña, perteneció desde entonces á los Capetos; fundóse la unidad de la nacion francesa, quedando ya para siempre asegurada, y la Francia fué indudablemente el estado mas poderoso y mas sábiamente administrado de toda la Europa.

En el reinado de Felipe III, la casa de Francia adquiere por medio de alianza la Champaña y la Navarra: por sus relaciones amistosas con el papado y por las conquistas de Cárlos de Anjou, domina en Italia, al mismo tiempo que codicia el trono de Aragon para un nieto de Luis IX. Felipe IV aumenta mucho mas la preponderancia francesa en Europa, y se cree con bastante poder para pensar en sentar á su hermano sobre el trono imperial, pretension que debia de renovar uno de sus sucesores, Carlos IV; pero como el fraude y la violencia llevan siempre su merecido, Felipe, el príncipe mas hábil y mas malo de su siglo, no traspasa... mite á su sucesor mas que un reino débil y arruinado. Los legistas habian reemplazado en los concilios de la Corona á los barones y á los prelados; estos legistas mostraron una deplorable docilidad á servir al rey en sus violencias y exacciones, y sin embargo, aun así fueron útiles á la causa del pais y á los intereses del pueblo. Permitióse á los plebeyos y á la clase media la adquisicion de los bienes de los nobles, y los diputados de las ciudades tuvieron entrada en las asambleas nacionales, dónde hasta entonces solo habian sido admitidos los prelados y los barones.

En el siglo XIV, la monarquía francesa sigue siendo la primera de las monarquías europeas, y Dante espresa claramente la envidia que inspiraba á la Europa esta superioridad, con estas palabras que pone en boca de Hugo Capeto: «Yo soy la raiz de esa planta venenosa que cubre ya con su sombra á toda la cristiandad.» Pero los dias de lucha y de prueba se acercaban para los herederos de Hugo. Los únicos enemigos del poder francés, los flamencos, vencidos en una agresion injusta, se echaron en brazos de la Inglaterra. Artebell aconsejó á Eduardo III que reclamase la corona de Francia, como nieto de Felipe el Hermoso, por su madre, y comenzó la guerra de sucesion; pero en esta guerra, y aun en medio de las mas tristes derrotas parecen revelarse todavía los destinos providenciales de la Francia. Esta es vencida en Crecy, y Felipe pierde su nobleza; pero el vencedor vacila en su triunfo, que no detiene su retirada, y á pesar de la gloria de una gran jornada, el resultado es que no há ganado mas que una ciudad. En Poitiers, pierde la Francia su rey, y las resistencias locales la salvan todavía de las consecuencias fatales de aquel desastre. Juan muere en Inglaterra sin haber podido pagar

los últimos plazos de su rescate (1364); pero tal era la constitucion de la monarquía, que cuando caian las mas hermosas provincias en poder de los ingleses, se hallaban definitivamente reunidos á la corona Lyon, Montpeller y el Delfinado.

Estraño á las costumbres guerreras y estenuado siendo todavía jóven, segun se asegura, por el veneno que le habia dado á beber Cárlos el Malo, Rey de Navarra, Carlos V. reparó sin salir del Louvre las desgracias de Crecy y de Poitiers.

El mismo dia de su consagracion le dió Duguesclin por via de regalo los trofeos de la victoria de Cocherel, y en 1368, las ciudades que la dominacion inglesa habia madurado para la rebelion, se sublevaron á la vez y rechazaron al enemigo. A pesar de los embarazos de la guerra, la administracion habia sido perfeccionada y organizada la hacienda; la industria habia tomado incremento, y cuando murió Carlos V, dejó un tesoro considerable oculto y sellado en las paredes de uno de los palacios; pero sus herederos gastaron en locas suntuosidades aquel oro que habia destinado para la salvacion de su pueblo. *Males immumerables*, como dicen las crónicas, llovieron sobre la Francia en el reinado siguiente: la locura del rey y la faccion de los Armañacs entregaron al Estado á desórdenes inauditos, y puede decirse que cuando Cárlos VII subió al trono no habia ya reino. Parecian que faltaban hombres á la defensa del pais; una mujer ofreció su brazo; y el pais se salvó.

En medio de tantas luchas, de tantos crímenes y dolores, la civilizacion parece detenerse un instante. Agotada la escolástica no sabe ya mas que emplear vanas palabras. Empero ya comienzan á apuntar los primeros albores del renacimiento, y en ese letargo de la cultura intelectual, si hemos de creer á algunos escritores europeos, á la Francia pertenece tambien el mas hermoso libro que ha producido el cristianismo despues del Evangelio, la *Imitacion*.

A fines del reinado de Cárlos VI, habia caido la Francia en el último grado de miseria; no habia ya leyes, ni comercio, ni agricultura. En esta anarquía universal todos los hombres amigos de su pais, volvieron los ojos á la monarquía y la suplicaron que le salvase, prometiéndole su cooperacion y su apoyo. Cárlos VII, no faltó á esta elevada mision, pues comprimió el espíritu de traicion y rebeldía, castigó severamente el salteamiento y el robo que desolaban á sus estados, y dejó á su sucesor Luis XI, un cetro que habia reconquistado el poder. El nuevo rey se aplicó á desbaratar los proyectos de los grandes que querian dividir la Francia con los ingleses. Formóse contra él una liga universal, la del bien público, y triunfó de ella conciliándose el apoyo de las ciudades y lisongeando á los plebeyos y á la clase media con la concesion de inportantes privilegios, y si en las largas luchas que sostuvo contra rivales poderosos, manchó su causa con crímenes inhumanos, es justo reconocer que su política impasible y fria desbarató habilmente los proyectos de sus enemigos y aseguró la paz en lo interior del reino, al mismo tiempo que hacia dar fuera pasos agigantados al poder nacional.

Por el tratado de Arras aumentó el territorio con el ducado de Borgoña, con las ciudades del Somme, del Franco-Condado y del Artois, y en cambio de los socorros que dió al rey de Aragon, obtuvo el Rosellon y la Cerdeña.

Mostróse Luis XI tan hábil administrador, como profundo político; sometió los gremios de oficios á reglamentos uniformes, fundó los parlamentos, y entre otras innovaciones notables, estableció la inamovilidad de los jueces.

La imprevision y fogosidad de Cárlos VIII debian comprometer aquella fuerza y seguridad que Luis XI habia dado al reino á costa de tanta perseverancia y habilidad, y aun de tantos crímenes. La Francia entónces era tan poderosa que su jóven rey se creyó llamado á conquistar el imperio del mundo. Olvidando aquella sábia máxima de su padre, de que vale mas un pueblo en la frontera, que un reino allende los montes, marcha sobre Constantinopla, prometiéndose de paso someter la Italia á sus armas; pero sus expediciones militares que le dieron en Fornone la gloria de un triunfo brillante, quedaron sin resultados políticos.

Luis XII, del mismo modo que habia hecho Cárlos VIII, fijó sus miras en Italia. Despues de largas alternativas de desastres y victorias, fué obligado á renunciar á sus proyectos de conquista; pero sus expediciones no eran estériles, puesto que en aquella gran guerra se formaban los generales, y los franceses, que los italianos designaban aun con el nombre de bárbaros, se iniciaron en la civilizacion romana. Debilitada, pero no postrada por los últimos reveses del reinado de Luis XII, la Francia, cuyo soberano habia estado á punto de ceñirse la corona imperial, iba á seguir tambien esta vez por los desfiladeros de los Alpes á aquel rey que por su aficion á las aventuras fué llamado con justo título el último de los caballeros. La batalla de Mariñan, gloriosa y dificilmente ganada á los suizos, valió á la Francia, por el tratado de Friburgo, la alianza de aquel pueblo valiente y fiel; pero aquel primer triunfo fué cruelmente rescatado por la derrota de Pavía, que dejaba á la Francia á descubierto, y sin embargo, por uno de los azares, por una de esas faltas tan frecuentes en la historia de los desastres de la Francia, y que parecen verdaderamente providenciales, se detuvo Cárlos V en su victoria, y no se atrevió á atacar las fronteras francesas. Debilitábase con sus mismos triunfos, al par que la Francia hallaba siempre en si misma nuevos recursos para reparar sus derrotas. Dos poderosos ejércitos de invasion, dirigido el uno contra la Provenza, y el otro contra la Picardia, fueron casi destruidos completamente, pudiendo decirse que jamas el orgullo de Cárlos V sufrió una decepcion mas terrible. Desde 1541 á 1545, continuó vivamente la guerra, y los dos rivales iban á disputarse en la quinta campaña la preponderancia europea, cuando murió Francisco I, en el momento mismo en que esperaba sublevar contra su rival la mayor parte de Europa, pero habia llenado su mision y preparado de antemano los obstáculos contra los que debia estrellarse la ambicion de Cárlos V.

Háse reprendido á Francisco I sus profusiones que agotaron los recursos rentísticos del Estado. Esta reconvencion es fundada; pero es preciso reconocer que

estas mismas profusiones, en las que tuvieron una gran parte los sábios y los artistas, ayudaron poderosamente á los progresos de las artes, de las ciencias y de la civilizacion. En ese siglo XVI, en el que el orgullo feudal ostenta todavía su blason, es curioso ver á un monarca absoluto, dueño de la mas hermosa corona del mundo, que trata de aumentar la grandeza de su reino con el apoyo fraternal que presta á la soberanía de las ciencias, de las letras y de las artes.

Como Cárlo-Magno, Francisco I hace converger hácia la Francia todas las luces de los tiempos nuevos; funda la imprenta real á fin de hacer posibles en Francia todos los trabajos y todos los estudios; instituye el colegio de Francia para secularizar la enseñanza y hacerla salir de las añejas rutinas de la escuela: en fin, la Francia en la política del siglo XVI, marchaba en la primera fila de los estados europeos, y la Italia sola la vence por sus triunfos en las artes y en las letras. Empero ya surgen algunos nombres que se colocarán pronto al lado de los mas ilustres: á la Francia pertenece tambien el escritor que reune con mas poder y originalidad, aquella gran época del renacimiento en que se mezclan y confunden la tradicion de la edad media y el espíritu de los tiempos modernos. En esos dias nuevos que comenzaban para Francia, en ese renacimiento intelectual, representó Francisco I el papel de Pericles, de Augusto y de Leon X; si bien tuvo una gloria que no alcanzaron estos ilustres patronos de la cultura literaria, la gloria de luchar con la barbarie.

Las victorias de Cárlos V sobre los protestantes de Alemania, parecian deber darle los medios de destruir la independencia de Europa; tambien esta vez detuvo la Francia en sus últimos triunfos los arranques de aquella ambicion que aspiraba á la supremacia universal. La defensa de Metz, hecha por el duque de Guisa contra un ejército de 100,000 hombres mandados por el mismo Cárlos V, fué el golpe mas decisivo del reinado de aquel gran príncipe, y al año siguiente abdicó con el dolor de ver derribada su fortuna por la intervencion de la Francia, y como dice Mr. Michelet, los funerales que se preparó en vida, no eran mas que una imágen demasiado débil de aquella gloria eclipsada á la cual sobrevivia.

A los embarazos de la guerra extranjera debian unirse los horrores de la guerra civil provocada por las disensiones religiosas; vejaciones y males de toda clase pasaron sobre el pueblo durante aquellas luchas en que el Evangelio era invocado sin cesar por los partidos implacables que paseaban por todo el reino el hierro y el fuego, pero hasta en los mayores excesos, los reformados franceses, como observa un sábio historiador, se mostraron todavía superiores al resto de Europa: «Un carácter distingue á la reforma en Francia; ha sido mas sábia, ó por lo ménos tanto, pero desde luego mas moderada y razonable que en las demas partes del mundo. La principal lucha de erudicion y de doctrina ha sido sostenida por la reforma francesa; en Francia y en Holanda, pero siempre en francés, se han escrito esa multitud de obras filosóficas, históricas y polémicas en defensa y apoyo de aquella causa. De seguro no emplearon la Alemania ni la In-

glaterra, en aquella época, mas talento y ciencia; y al mismo tiempo la reforma francesa permaneció estraña á los extravios de los anabaptistas alemanes y de los sectarios ingleses; rara vez careció de prudencia práctica, y sin embargo, no se puede dudar de la enerjía y de la sinceridad de sus creencias, porque resistió por largo tiempo á los mas rudos combates.»

En cuanto á la reforma alemana, fué útil á la Francia por cuanto provocó la humillacion del Emperador; en la misma Francia y en el partido católico sirvieron los excesos al pais, y el resultado de la horrible matanza de San Bartolomé fué crear el partido de los políticos que predicaron al fin la moderacion y la tolerancia en medio de tantos furores y excesos, y que trataron de fundar la paz sobre la libertad de los cultos, y esta libertad sobre el poder real.

Conquistada á costa de tantos esfuerzos la unidad francesa, habia sido amenazada seriamente por la liga. Enrique IV llegó oportunamente para levantar al pais entre las minas amontonadas en el trascurso de tantos años y durante tan largas guerras. Salvó á la Francia de los desórdenes interiores; volvió contra la España el ardor militar de la nacion y en el año 1598 obligó á Felipe II á desistir de sus pretensiones. Al mismo tiempo que aseguraba la tranquilidad dentro y fuera de Francia, concedia á los protestantes la tolerancia religiosa y garantias políticas. Despues de haber vivido veinte y ocho años entregado á las aventuras del soldado, se sintió Enrique IV con bastante actividad é inteligencia, y con bastante amor al bien público para dedicarse de la vida tranquila del gabinete al trabajo árido de una reforma administrativa y rentística; puso todo su cuidado en regularizar y en hacer florecer aquel reino que habia conquistado: el órden en la hacienda sucedió al mas escandaloso despilfarro. En menos de quince años disminuyó Enrique el pesado impuesto de las tallas en 4.000,000; redujo todos los derechos á la mitad, y todavia halló medio de pagar 100.000,000 de deudas. Reparáronse todas las plazas, llenáronse todos los almacenes y arsenales, se compusieron los caminos, y se reformó la justicia. La Francia habia llegado á ser el árbitro de Europa. Gracias á su mediacion poderosa, se habian reconciliado el papa y Venecia (1607), la España y las provincias unidas habian interrampido su larga lucha; Enrique IV iba á humillar á la casa de Austria, y si hemos de creer á su ministro, pretendia fundar una paz perpétua y de poner á la Francia á la cabeza de una gran confederacion Europea. Un puñal asesino rompió tan vastos y generosos proyectos.

La política fuerte y nacional de Enrique IV fué abandonada durante la minoría de Luis XIII y reemplazada por la intriga y la política italiana. Fuertes los protestantes con la debilidad del rey, del favorito y de los ministros, levantaban la cabeza, y la Francia, atormentada por mezquinas ambiciones que apelaban constantemente á la guerra para satisfacer intereses privados, sintió la necesidad, al fin, de ver al frente de los negocios á un ministro enérjico: este ministro fué Richelieu. El advenimiento de Richelieu al poder, cambió de repente en una época

de renacimiento y de poder un reinado que no parecia prometer al pais mas que una triste decadencia. «El rey, decia Richelieu en su primer despacho, ha cambiado de consejo, y el ministro de máxima;» y en poco tiempo, tambien habian cambiado de faz los negocios. Domar á los protestantes, no como disidentes religiosos, sino como instrumentos de revueltas políticas; neutralizar á la Inglaterra, única aliada de aquellos; debilitar á la casa de Austria; hacer entrar en la via del deber á los grandes, que se conducian, segun decia el mismo Richelieu, como si no hubiesen sido súbditos del rey, y á los gobernadores de las provincias, que parecian soberanos en sus destinos, tal fué el objeto que se propuso llevar á cabo á pesar de todos los obstáculos, el Cardenal ministro, y como el decia: «No me atrevo á emprender nada sin haberlo meditado mucho; pero si una vez tomo una resolucion, voy derecho á mi objeto, corto, tajo y lo derribo todo y todo lo cubro con mi sotana encarnada.» La Francia fué pacificada en lo interior y humillado el orgullo de los grandes; con respecto al extranjero, subió pronto al primer rango eminente que conservó en el reinado de Luis XIV.

Inauguraron este reinado las victorias, y estas victorias no interrumpidas en el espacio de cinco años, tuvieron por feliz remate el tratado de Westfalia, que dió la Alsacia á la Francia. Háse exaltado muchas veces, y con razon, ese siglo de Luis XIV, pues fué tan grande en la historia de la Francia, que para comprender toda su grandeza basta recordar los nombres que le han ilustrado: en el gobierno, en la guerra y en las letras aparece en primer término Luis XIV y como dice Mr. Michelet, «cuando el monarca decia: *el Estado soy yo*, no habia en estas palabras jactancia ni vanagloria, sino la simple enunciacion de un hecho.» Luis era muy á propósito para represantar ese papel magnífico. La fria y solemne figura dominó por cincuenta años á la Francia con la misma majestad. En los treinta primeros años pasaba ocho horas al dia en el consejo, conciliando los negocios con los placeres, escuchando, consultando, pero juzgando el mismo; sus ministros cambiaban y morian, él, siempre el mismo, cumplia con los deberes, con las ceremonias y las fiestas de la monarquía con la regularidad del sol que habia escogido por emblema. En la guerra, Condé es el que destruye en Rocroy y en Leus á aquella *temible infantería de España cuyos batallones cerrados parecian torres;* Turena es el que crece en audacia al mismo tiempo que envejece, como observó muy bien Napoleon; allí estaban tambien Luxembourgo, Catinat, Villars, Vauban que crea la ciencia de las fortalezas; Duguay-Trouin, que bate á Ruyter, Tourville y Juan Bart: en sus victorias, la Francia tiene en casi todas partes la inferioridad numérica; cuando los reveses llegan, está sola contra todos; cada legua que anda el enemigo victorioso, es comprada con torrentes de sangre; testigo esa terrible carnicería de Malplaquet, en que los soldados, que no habian comido hacia veinte y cuatro horas, arrojaron su pan para correr al combate. En la administracion pueden citarse los nombres de Colbert, Louvois y Torcy: en la majistratura, Molé y Lamoignon, Tolon y de Aguesseau: en las artes,

Perrault, Mausart, Puget, Mignard, Girardon, le Lueur, le Brun, le Notre, Callot y Nanteuil: en la erudicion; Saumaise, Minage, Du Cange, Mabillon, Baluze, Ruinart, Tillemont y toda la escuela de Port-Royal: en la poesía y el arte dramático; Corneille, Racine, Moliere, Regnard y la Fontaine: en prosa, Descartes, Malebranche, Pascal, La Bruyere, Bossuet, Sevigne, Saint Simon, Lesage y Fontelle. Jamás, aun en los siglos mas ilustrados, se habia agrupado al rededor de un mismo rey tal reunion de hombres eminentes. Cuando murió Luis XIV, dejaba á la Francia agotada, debilitado su comercio, y destruida su marina, y 3,000.000,000 de deuda; pero dejaba tambien provincias importantes nuevamente adquiridas, el recuerdo de una lucha heroica sostenida contra toda Europa, sin que el reino hubiese sido mermado en lo mas mínimo, el canal del Mediodia, monumentos dignos de la grandeza romana, reyes de su familia en el trono de España, la reforma de las leyes, los progresos inauditos de la industria, de la administracion y de la civilizacion general, y los monumentos eternos del pensamiento de los grandes hombres que habian vivido á la sombra de su monarquía estimulados y protegidos por ella.

«Entre Luis el Grande y Napoleon, dice un historiador elocuente, entre los siglos XVIII y XIX, descendió la Francia por una pendiente rápida, en cuyo término, chocándose la antigua monarquía con el pueblo se rompió y dió paso al órden nuevo que todavía prevalece. La unidad del siglo XVIII, está en la preparacion de este gran acontecimiento: en primer lugar la guerra literaria y la guerra religiosa y despues la grande y sangrienta batalla de la libertad política (1).» En el reinado de Luis XIV la Francia parecia marchar rápidamente hácia su próxima disolucion, el desórden en la hacienda, la bancarrota, la batalla de Rosbach perdida sin combate, la pérdida de las colonias, todo parecia anunciar que el pais tocaba esa hora fatal en que suena la muerte de las naciones. No era, sin embargo, la muerte, sino un desprendimiento glorioso el que debia salir de aquel caos, y en el momento mismo en que la Francia completamente olvidada de lo pasado é indiferente para el porvenir, en el momento mismo en que rompia su espada, ejercia aun sobre todas la naciones civilizadas la dominacion intelectual, que es la mas soberana de las dominaciones. La lengua francesa se hizo la lengua universal, la lengua de los reyes y de los pensadores. Reinó en la córte de Federico como ya habia reinado en la córte de Cristina. Las ideas y las invenciones de los demas pueblos, antes de ser aceptadas debian en cierto modo recibir sus cartas de naturalizacion. La influencia de la literatura francesa y el conocimiento que de su lengua tenian todos los hombres instruidos de Europa permitieron á las opiniones nuevas circular con rapidez increible. «A fines del siglo se habia formado un partido numeroso en todos los paises de Europa en favor de la filosofía francesa, y así como la revolucion de aquel pais es la única que ha tenido por bandera principios abstractos y ge-

(1) Michelet: Compendio de la Historia de Francia, cap. 25.

nerales, es tambien la única que se ha esparcido directamente en los demas pueblos por via de propaganda con el mismo carácter de abstraccion y de generalidad.»

En el reinado de Luis XV, el drama del siglo marchó pronto á su desenlace. Los escritores trabajaban en nivelar el suelo y en minar el antiguo edificio social. Rousseau profetizaba la revolucion, y la misma monarquía, al abolir la institucion de las jesuitas y el parlamento, derribaba las últimas ruinas de la edad media. En vano ensayó Luis XVI algunas reformas. La emancipacion de los últimos siervos del dominio, la abolicion del tormento y el apoyo que prestó á los americanos para conquistar la independencia, no retardaron ni un instante la hora suprema de la antigua sociedad; la monarquía absoluta habia cumplido su tiempo y se abismó en ese naufragio donde fueron sepultadas las tradiciones de un pasado, sin duda frecuentemente glorioso, pero que no estaba ya en relacion con las ideas y las necesidades de la época. En 1787 se reunió una asamblea de notables; pero no hizo nada de provecho porque no se trataba ya de mejorar la hacienda, sino de cambiar la constitucion misma del Estado; la revolucion estaba en todos los ánimos, y como ha dicho un escritor eminente, cuando los estados generales se reunieron no hicieron mas que decretar una revolucion mal hecha.

Aquí comienza para la Francia el mas heroico, sangriento y glorioso de todos los dramas á que han asistido los pueblos modernos. La revolucion de 1789, no se encierra como la revolucion inglesa en las fronteras del pais, ni pasa como ella dejando en pie una aristocracia insolente y opresiva, y un clero ávido que persigue en nombre del diezmo. Verdad es que en un momento de obcecacion fatal, derriba los altares del catolicismo, pero á lo ménos consagra una de las leyes mas santas del Evangelio: la ley de la igualdad: si se muestra inexorable para castigar, es porque se trata para ella de la vida ó de la muerte, y porque queriendo reproducir la forma de los gobiernos de la antigüedad, recordando el heroismo y las virtudes patrióticas, adopta por imperiosa necesidad, la máxima política que habia constituido su fuerza: *la salvacion del pueblo es la ley suprema.* Jamas se han realizado mas grandes empresas con una continuidad y constancia semejantes. En 17 de Junio de 1789 proclama el tercer estado su advenimiento al gobierno del pais, y dos meses despues, en la noche, para siempre memorable, del 4 de Agosto, queda constituida la sociedad moderna, proclamándose para todos la igualdad delante de la ley, la libertad de la imprenta y la libertad de conciencia; se fija la eleccion como principio de gobierno; quedan separados el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial; se organiza la instruccion pública y se emancipa la industria del yugo á que estaba sometida. Empero esto era poco destruir; se necesitaba organizar y defenderse á la vez; el tratado de Plinitz, firmado entre la Prusia, la Alemania y un príncipe francés, amenazaba al pais con una invasion terrible. El extranjero dió órden á la Asamblea legislativa para que se disolviese; pero ella respondió con el juramento de vivir libre ó morir, y cumplió su jura-

mento. Cuando proclamó esta fórmula solemne «Ciudadanos, la patria está en peligro.» La Francia se levantó como un solo hombre, y el duque de Brunswick, al presentarse para borrar, como él decia, á París de la superficie de la tierra, halló á la Francia armada que respondió á las amenazas con la victoria de Valmy y con estas palabras de Danton que fueron la señal del terror: «Para desconcertar á los agitadores é intimidar al enemigo, es preciso intimidar á los realistas.» Desde aquel momento rompió sus diques el torrente revolucionario. La monarquía se habia mostrado hostil á la revolucion, y sufrió tristemente la pena de aquella hostilidad. Al condenar la Convencion á Luis XVI, habia quemado sus bajeles; era preciso marchar adelante: la Europa entera estaba armada contra ella, y tuvo á la vez que defenderse contra los extranjeros y los enemigos interiores; pero al fin hizo frente á todos los peligros.

Estraño, inaudito fué el espectáculo que presentó entonces la Francia, y cuando se piensa en los horrores que se cometian frecuentemente sin motivo, en los excesos que parecian preparados para hacer odiosa una revolucion que los amigos del pais querian que fuese grande y fuerte, y sobre todo pura, no puede uno menos de preguntarse si es preciso atribuir á la influencia del extranjero y á las maquinaciones, cuyo misterio ignoramos todavia, la mayor parte de los crímenes que afligieron á la Francia en aquella grande época; mas sea de esto lo que quiera, es consolador saber que aquellos crímenes fueron obra de algunos hombres, y que la nacion entera rechazó con honor su responsabilidad.

Despues de una legislatura de tres años, el 26 de Octubre de 1795 legó la Convencion el poder legislativo al consejo de los Ancianos y al de los Quinientos; y el poder ejecutivo al Directorio. Sin embargo tantos desórdenes y luchas habian agotado los esfuerzos de la Francia; el Directorio recogia en aquella herencia 300.000,000 de asignados sin valor, odios implacables entre los partidos, la guerra civil y la extranjera; las arcas estaban vacias, faltaban las subsistencias, el comercio y la industria estaban como anonadados, y aterrados los departamentos del Mediodia con los asesinatos de la reaccion realista; pero en esa lucha de tres años habian aparecido grandes generales: Bonaparte, Moreau, Jourdan, Hoche y Carnot, habian organizado la victoria; y restablecíase la calma en lo interior y en lo esterior, pero quedaban todavia en lo interior muchos elementos de discordia para impedir á la Francia que fuese tan feliz como era fuerte y gloriosa. Cansada al fin de su libertad borrascosa, y de la debilidad del gobierno Directorial; la Francia aceptó en Bonaparte, no ya un soberano, sino un libertador, y cuando el tratado de Luneville y la paz de Amiens dieron algun reposo á la Europa, sirvió este reposo de una manera admirable á los progresos de la industria, de las artes y de las ciencias, y el código civil dónde se consagran las conquistas mas preciosas de la revolucion, llega á ser el modelo de la legislacion de Europa.

El órden estaba al fin restablecido; pero Bonaparte, al volver vencedor del

Ejipto y de la Italia aspiraba á *descender*. Queria fundar una monarquía nueva: hizo desviar á la revolucion, falseando sus principios y consecuencias, y retrocediendo de este modo á lo pasado puso el pie sobre el abismo.

Tomó el altar de la victoria,
Por el altar de la libertad.

Pero la victoria es muchas veces madrastra, y despues de inmortales triunfos, despues de haber renovado en los tiempos modernos los prodijios del genio de Alejandro y de Anibal, Napoleon vá á morir á la roca de Santa Elena, como si la Providencia, al hacerle espiar tanta gloria, hubiera querido enseñar al mundo que el despotismo militar, lo mismo que una monarquía absoluta, no puede echar raices en esa Francia que quiere ante todas cosas, como se ha dicho con razon el reinado de la probidad política y de la libertad. Pero cuando Napoleon murió, cuando el águila subió á los cielos, llevándose los eslabones rotos de la cadena del mundo, el poeta mas ilustre del siglo XIX, el hijo glorioso de la Gran Bretaña, Byron, pudo esclamar: «No hay ya hombre grande en la raza de los seres.» Invadida dos veces la Francia, encerrada por toda la Europa dentro de las fronteras de la antigua monarquía, no ha decaido, sin embargo, de su rango supremo. La influencia contagiosa de sus ideas y el poder de su nombre se revelan todavía como en los dias de sus mejores triunfos, las afrentas de la restauracion y las infamias del régimen que acaba de hundirse, así como los excesos de 1793, son obra de algunos hombres y de un partido; pero en todo de cuanto se ha hecho de grande y generoso en el espacio de cincuenta años, ha intervenido siempre el pueblo francés con su brazo y sus votos, y los nobles instintos jamás han estado en minoría. La Francia es la que ha destruido bajo sus balas ese nido de piratas que no habia podido derribar Cárlos V y la Inglaterra. Hácia Francia se han vuelto siempre todos los pueblos que han tratado de conquistar su independencia: ella ha sido siempre la providencia que han invocado los pueblos en sus luchas con el despotismo. Nueva Encélado, le ha bastado moverse para agitar á toda la Europa hasta en sus cimientos, y hacer caer hecho ruinas ese edificio en la Santa Alianza construido con tanto trabajo y tan aparente solidez, donde los reyes creian poder conservar eternamente cautivas las nacionalidades violentamente comprimidas.

II.

Los Franceses traen su orígen de la Germania inferior: el nombre *Franco* que significa libre, era un nombre de liga, comun á muchos pueblos entre el Rhin y el Weser, de dónde proceden estos.

Los reyes de Francia se dividen en tres razas: *Merovignianos*, llamados así de Merueo uno de sus reyes: *Cárlovignianos*, de Cárlo-Magno: *Capetianos*, de Hugo Capeto, primera de las razas.

Faramundo. Habiéndose puesto este á la cabeza de algunos francos para subyugar á los galos que estaban bajo el poder de los romanos, y distinguiéndose por acciones valerosas, le levantaron sus soldados en un escudo, y le proclamaron rey: se le atribuye la ley sálica.

Clodion fué hijo de el anterior, siguió sus batallas con los romanos, ganándoles á Turnay.

Merueo. No se sabe si era hijo ó pariente de Clodion; ganó una batalla á los galos, y tomó á Paris.

Childerico I, hijo de Merueo, casó con Basina, reyna de Tusinga, que abandonó por él á su esposo: tuvo que estar oculto algun tiempo antes de casarse, porque lo excesivo de las imposiciones, le hizo aborrecer de sus súbditos: fué padre de

Clovis I, llamado el Grande: la batalla de Soissons fué su primera empresa, en la que quitó á los romanos lo que aun les quedaba en Francia. Su mujer Clotilde, hija de Chilperico, rey de los borgoñones, lo convirtió á la religion cristiana, entrando 3,000 franceses mas en ella. Ganó muchas mas batallas é hizo á Paris capital del reino.

Sus cuatro hijos dividieron el reino á su muerte, cuya division fué causa de que hasta el fin de esta primera raza, la Francia no presentase mas que contínuas guerras civiles.

Childeberto I, fué rey de Paris: Clotario I, de Soissons: Clodomiro, de Orleans, Thierri I, de Metz.

Clodomiro dió un combate á Sigismundo, rey de Borgoña, que retenia los bienes de su madre: le venció y mató; pero Gondemar, sucesor de aquel, le mató en otra batalla, dejando tres hijos varones.

Thierri murió á poco tiempo: le sucedió su hijo Teodoberto, que murió muy pronto. Sus tios Childeberto y Clotario, le sucedieron añadiendo á sus estados el reino de Metz.

Childeberto dió algunas batallas, ganó el reino de Borgoña que partió con sus hermanos, y murió muy sentido.

Clotario participó de la gloria de sus hermanos, y muertos todos antes que él, quedó dueño absoluto de la monarquía. Clotario y Childeberto mataron por sus propias manos á los hijos de Clodomiro antes de morir Childeberto, para partir entre ellos el reino de aquel: Clotario mató á su propio hijo con toda su familia y cometió otras muchas crueldades.

Clotario dejó cuatro hijos que á su muerte volvieron á dividir el reino: Cariberto, fué rey de Paris: Chilperico, de Soissons: Gontran, de Orleans: Sigisberto de Metz ó Austracia.

Cariberto fué justo y benéfico, pero nada mas se sabe de él.

Sigeberto casó con Brunchaut hija de un rey de los visigottas é hizo la guerra á Chilperico, cuya mujer Fredegunda le hizo asesinar. Dejó tres hijos de los cuales Childeberto reinó; pero todos murieron muy pronto: en su reinado se cuenta la historia, por primera vez, de los mayordomos de palacio.

Chilperico casó con una hermana de la mujer de su hermano, la asesinó, segun se cre, de acuerdo con Fredegunda para casarse con ella. Su hermano le declaró guerra por estas causas, y tuvo que desprenderse de una parte de sus estados.

Gontran fué muy buen rey, dió algunas batallas con Childeberto su sobrino á quien dejó heredero á su muerte; pero Clotario II, hijo de Chilperico que sobrevivió á este, reinó solo como su abuelo del mismo nombre.

Entre estos cuatro hermanos hubo varias guerras, y Fredegunda se distinguió por sus crímenes, hizo asesinar y aun asesinó ella misma á varias personas; su marido Chilperico tambien fué tirano impío y supersticioso.

En el reinado de Clotario II, los crímenes de Fredegunda su madre, hacen el principal papel: ella fué la que obtuvo para su hijo la sucesion de Soissons, siendo ella regenta, y aunque tuvo muchos enemigos que superar, siendo los principales Gontran antes de su muerte, Childeberto y los hijos de Brunchaut, Tierri y Teodoberto, al fin reinó sola en la monarquía francesa: estos dos últimos hermanos le hicieron la guerra y murieron uno despues de otro. Su madre fué atada y arrastrada á la cola de un caballo. El mismo Clotario derrotó á los sajones que se oponian á pagarle tributo y estableció mayordomos de palacio y una especie de parlamentos ambulantes.

Dagoberto se hizo reconocer por rey, fué en lo general, justo y humano, y la lengua de su tiempo en Francia era la latina. Desde su tiempo en adelante, los mayordomos de palacio usurparon poco á poco casi toda la autoridad real, entreteniendo á los reyes en los placeres de la córte, autoridad que hicieron hereditaria, y desde este acontecimiento se llamaron á estos reyes « Reyes holgazanes. »

Clovis II, hijo de Dagoberto, casó con Rachilde, jóven esclava. Reinó poco tiempo, y los mayordomos de palacio cimentaron mas su poder.

Clotario III. Batilde gobernó todo el tiempo que vivió este príncipe, que fué muy corto hasta que cansada de los mayordomos de palacio, se retiró al monasterio de Chelles que ella misma edificó.

Childerico II, se entregó á los placeres, y cometió algunas crueldades, y fué asesinado igualmente que su esposa, dejando un hijo. A su reinado sucedió una especie de anarquía, orígen de muchos desórdenes.

Thierri II, tercer hijo de Clotario: en su tiempo vino de Austrasia Pepino el Grueso, y ganando al clero y á la nobleza, gobernó el reino por si solo aunque, en clase de mayordomo, pero hizo la felicidad de la nacion; su poder continuó aun en el reinado de Clovis III y Childeberto II, sus hijos, que reinaron sucesivamente.

Dagoberto II. Pepino el Grueso continuó gobernando: á su muerte, su hijo Cárlos Martel, venció á Ranfroy que habia tomado el puesto de Pepino, y fué mayordomo de palacio.

Chilperico II, hijo de Childerico II. Ranfroy batiendo á Cárlos Martel, le subió al trono; pero este recobrando su poder, proclamó por rey á un príncipe real de que la historia no da noticia, llamado Clotario IV: muerto este despues de diez y siete meses, Cárlos Martel dejó en el trono á Chilperico.

Thierri IV, hijo de Dagoberto II. Su reino fué mas bien el de Cárlos Martel. Este destrozó á los sarracenos que hicieron dos incursiones en Francia, dejando 375,000 muertos en el campo de batalla. Por esto se le apellidó Martillo y despues Martel. Este ademas conquistó la Frisia, Borgoña, el Languedoc, Besiens y restituyó á la Santa Sede, las tierras que le habia quitado el rey de los lombardos. Es considerado como uno de los primeros héroes de la nacion. A la muerte del rey quedó de regente y aunque pudo ser rey no quiso, no obstante que su lápida le dá este título. Muerto él, sus hijos Pepino y Cárloman, dividieron la regencia hasta que subió al trono

Childerico III. Se cree que era hijo de Thierri de Chelles. Antes de reinar este, Cárloman se habia hecho, juntamente con Pepino su hermano, dueños del imperio que dividieron entre sí, y Childerico fué declarado indigno de ceñir la corona, y fué encerrado en un monasterio, donde murió.

Aquí concluye esta primera raza, en la cual debe observarse que su destruccion provino: Primero, de la debilidad de propios reyes; segundo, por el excesivo poder de los mayordomos de palacio.

El carácter de los franceses en esta primera raza, era sumamente feroz en todas las clases y gerarquías, y sus costumbres tenian mucho del paganismo: toleraban el divorcio, el incesto, la poligamia, etc.

III.

Pepino el Breve. Su hermano Cárlo-Magno, se cansó pronto de su reinado y se retiró de religioso á un monasterio. Así Pepino quedó dueño de la monarquía y se hizo proclamar rey. En él se vió por primera vez la ceremonia llamada *le sacre des Rois*, y desde su tiempo principió á aumentarse el poder de los Papas.

Cárlo-Magno. Este rey es uno de los grandes héroes no solo de Francia, sino del mundo entero, y su gobierno llevó al reino á un punto de felicidad á dónde jamas habrá llegado. Las conquistas fueron innumerables por toda la Europa: el gobierno interior principió entónces á regularizarse con las juntas y asambleas, y una buena administracion de justicia; favoreció quiza demasiado á la religion, é hizo nacer en Francia las ciencias y las artes, que eran desconocidas hasta entónces. Tomó tambien el título de emperador de Occidente, que los romanos le concedieron en ocasion que fué á Italia á libertar al papa Leon III de una persecucion injusta. Cuando entregó la corona á su hijo que le sucedió, lo hizo colocándola sobre un altar, dónde mandó aquel que la cogiese, diciendo que queria que su posteridad la recibiese de la mano de Dios y no de ningun hombre. Sus hazañas, sus innumerables victorias y sus muchas circunstancias son infinitas para poderse citar aquí aunque fuese muy sucintamente.

Luis I, (hijo del anterior) llamado el Bondadoso por su excesiva bondad; este príncipe fué bastante débil muy humano é instruido, y habiéndose indispuesto con él sus tres hijos Lotario, Pepino y Luis, por intrigas y malos procederes de Judith con quien casó en segundas nupcias, Lotario que se hizo superior á él le destronó y encerró en un monasterio, haciéndole hacer una confesion pública de crímenes supuestos; pero sus otros dos hijos le sacaron de la prision y volvió á reinar algun tiempo mas, hasta su muerte.

Cárlos el Calvo: este es hijo de Luis y de Judith; á la muerte de su padre se unió con Luis su medio hermano para ir contra Lotario y Pepino hijo del Pepino anterior: la batalla aunque sangrienta, no tuvo mas efecto que el hacer la paz Lotario, Luis y Cárlos y dividir entre sí el reino. En este tiempo ocurrieron tres incursiones de los normandos que desvarataron el pais, y la nobleza principió á hacerse independiente en sus pequeños dominios decayendo la autoridad real; Cárlos fué presuntuoso, vano y artificioso.

Luis el Testarudo, hijo de Cárlos; durante su reinado que duró veinte meses, los grandes se apoderaron mas y mas de la autoridad, haciéndose independientes.

Murió de treinta y cinco años, dejando enbarazada á su mujer, de un hijo que reinó despues bajo el nombre de Cárlos el Simple.

Luis y Cárloman, hijos del anterior, reinaron juntos partiendo entre ambos el reino, vivieron siempre en la mejor armonía y los dos batieron á los normandos en algunas incursiones que hicieron.

Cárlos el Grueso, hijo de Luis el anterior. Este príncipe reunió tantos estados como Cárlo-Magno: pero su carácter no era para sostenerse; en 886 ocurrió bajo su reinado el terrible sitio de París por los normandos en que quemaron puentes, torreones y fortificaciones, cometieron miles crueldades y tentaron en el discurso de un año que duró, muchos ataques vigorosísimos que siempre fueron resistidos. A pesar de que Cárlos á la razon ausente envió tropas, nada se hizo contra ellos y solo por una suma de dinero se retiraron á Borgoña. Vuelto Cárlos á París se fué poniendo triste y pensativo: todos le abandonaron y reducido á la condicion de un particular, murió algunos meses despues.

Eudes: Habiéndose distinguido anteriormente en algunas batallas contra los normandos la Francia reconocida por sus hechos y sin rey, le dió la corona aunque no era de familia real; reinó diez años en los cuales batió á los normandos, y despues de haber manifestado que podia no hacerlo, si queria, dejó la corona á su legítimo dueño Cárlos el Simple.

Cárlos el Simple. Los normandos al mando de Rollon atacaron á Francia, pero Cárlos hizo con ellos un tratado que terminó la guerra, aunque aquellos lo quebrantaron bien pronto y esta volvió á suscitarse de nuevo. El duque Roberto, hermano de Eudes lo destronó y se puso en su lugar, pero fué muerto por Cárlos aunque vencido este despues en una batalla, tuvo que huir de París, y murió de allí á pocos años. Desde que huyó de París Hugo el Grande, general de las tropas de Roberto, hizo subir al trono á Raul. Este príncipe para favorecer su usurpacion y contentar á los grandes, tuvo por conveniente instituir las pequeñas monarquías que se llamaron feudos movibles del Estado; reinó cinco años hasta que murió sin sucesion.

Luis llamado de Ultramar hijo de Cárlos el Simple: reinó tres años, conquistó la Normandía, y murio de una caida de caballo.

Lotario II, hijo del anterior, ayudado de Hugo el Grande dió muchas batallas y cuando aquel murió, le acompañaba su hijo Hugo Capeto: murió habiendo reinado treinta y dos años dejando un hijo que le sucedió llamado

Luis V. Su madre Emma, regenta durante su menor edad, se cree que lo envenenó, y aunque su tio Cárlos hermano de Lotario II que aun vivía, debia sucederle, Hugo Capeto tomó sus medidas para reinar; y así este fué el último rey de esta raza, en que hubo dos que no eran de ella á saber, Eudes y Raul.

El establecimiento de los feudos ó señoríos cuyo principio puede casi considerarse desde el reinado de Raul, trae su origen de que viendose obligados los reyes á recompensar con algunos terrenos á los que contraian grandes servicios mi-

litares, estos procuraban hacerlos hereditarios, adquirian nuevos terrenos, y llegaban á tener tal prestigio de superioridad entre los demas habitantes de el mismo distrito ó provincia, que estos voluntariamente se sometian á él bajo el concepto de que aquel les protegiese y defendiese; ellos eran los primeros ó próximos soberanos, tenian sus asambleas que presidian y mandaban; juzgaban y sentenciaban á su arbitrio, y siendo resuelta por ellos cualquier queja ó reclamacion que no fuera contra ellos mismos. Cuando las mujeres heredaban feudos, desempeñaban todas las funciones de soberanas, presidiendo las asambleas.

IV.

La tercera raza se divide en cinco ramas aunque todas parten de un mismo tronco.

La primera, llamada de los Capetos, ha tenido catorce reyes siendo el primero Hugo Capeto, y el último Cárlos el Hermoso.

La segunda, llamada de Valois, siete reyes; el primero Felipe de Valois, y el último Cárlos VIII.

La tercera, llamada de Valois-Orleans, un rey; Luis XII.

La cuarta llamada de Valois-Angulema, cinco reyes; el primero Francisco I, y el último Enrique III.

La quinta llamada de los Borbones, cinco reyes; el primero Enrique IV, y el último Luis XVI.

Hugo Capeto; varias causas, siendo las principales la elevacion á que este habia llegado y la decadencia de la autoridad real, subieron á este sobre el trono, en dónde conservando los feudos para contentar á los grandes y tomando otras medidas supo asegurarse para siempre y se hizo consagrar como los demas reyes; Cárlos de Lorena á quien correspondia la corona legítimamente, se opuso y le presentó batalla, pero fué derrotado.

Roberto. Era hijo de Hugo Capeto, y su padre lo hizo consagrar con tiempo para que le sucediese. Fué religioso, puro y pacífico, amado de sus súbditos y muy llorado á su muerte. Su reinado nos presenta acontecimientos muy extraordinarios. El papa Gregorio V, le hizo separarse de su mujer bajo pretesto de parentesco y tuvo otra segunda, que le mortificó por su corazon altivo.

Enrique I. Su madre fué la primera en suscitarle la guerra, así que subió al trono porque queria que hubiese reinado su hijo segundo, pero tanto de esta co-

mo de otras muchas oposiciones que tuvo que contrarrestar, salió siempre victorioso. Bajo su reinado, cuarenta aventureros normandos, en Italia libertaron una ciudad sitiada por 20,000 sarracenos, y movidos de las consideraciones que les dispensó el jefe de aquella ciudad, excitaron á algunos otros normandos á pasar á Italia: con efecto hubo muchos que se distinguieron en ella por su valor. Los torneos principiaron á conocerse en Francia bajo su reinado.

Felipe I. Baudoin de Flandes su tutor, fué aun el que gobernó durante su reinado. En su tiempo apareció Guillermo el Conquistador, hijo de Roberto, duque de Normandía que subió al trono de Inglaterra, y murió en una batalla contra el rey, con quien su hijo estuvo ligado casi siempre en contra suya.

Los turcomanos despues de haber arrojado á los sarracenos de la Siria, cometian mil crueldades en ella. El papa hizo predicar por todas las naciones estas crueldades para excitarlas á unirse á fin de librar á Jerusalen del yugo de los infieles, y con efecto se reunió un ejército de 60,000 hombres, y 10,000 caballos, cuya fuerza se confió á los franceses. Cuando llegaron á Jerusalen, el ejército habiendo sufrido pestes, deserciones y otras desgracias, solo contaban 20,000 hombres y 1,500 caballos; se hallaba defendida por 4,000 hombres, pero fué tomada y quedó en ella de rey Godofredo, uno de los generales franceses; (algunos de ellos se establecieron en Italia y fundaron algunas fortalezas para destruir á los sarracenos á fin de que no continuasen viniendo, pero bien pronto ellos mismos se volvieron unos tiranuelos, y mataban, robaban mujeres y cometian otras crueldades. Algunos caballeros se impusieron voluntariamente la obligacion de constituirse defensores de los viajeros y opositores de estos tiranos, y de aquí traen su origen los caballeros andantes, de que están llenas las novelas.)

Luis el Grueso. El gobierno feudal habia hecho tales progresos, que cuando este subió al trono, la autoridad real era casi nula; pero la sacó en parte del abatimiento en que se hallaba. Los ejércitos en su cuerpo se componian la mayor parte de caballería, muy poca infantería que jamas presentaba combate por sí sola.

Luis el Jóven, hijo del anterior: en su tiempo floreció el sábio abate Luguer que regentó el reino durante la ausencia de aquel en una cruzada. Esta la emprendió Luis en 1145 arrepentido de una venganza que habia tomado contra los habitantes de una ciudad, y que quiso espiar por este medio. Se reunió á él el emperador Conrado, los que llevaban un ejército numerosísimo; pero las intrigas y perfidias de Manuel, emperador de Constantinopla, hicieron que pereciesen sin fruto alguno, mas de 20,000 hombres, habiendo vuelto cada uno á su pais con un pequeño resto. Luis el Jóven fué justo y humano, pero mal político; bajo su reinado principiaron á conocerse las insignias y divisas como cruces, flores de lis etc.

Felipe Augusto: hijo del anterior: la célebre batalla de Bouvines que ganó al emperador Othon que se habia ligado con el conde de Flandes y otros

potentados, y que ganó con menos de la mitad de fuerza, fué una de las primeras hazañas, pero hizo otras muchas. Hubo dos cruzadas bajo su reinado, que ni produjeron beneficio alguno, ni casi merecen citarse. Añadió á la corona muchas provincias que le estaban separadas, y gobernó muy sábiamente. La lengua francesa hizo muchos progresos bajo su reinado. Construyó al menos en una gran parte, la torre de Louvre, que ha sido prision de tantos reyes.

Luis VIII, llamado el Leon. Mientras vivia su padre estuvo en Inglaterra dónde se hizo proclamar rey á la muerte de Juan; pero tuvo que dejar el trono á Enrique III, hijo de Juan: en cambio cuando pasó á reinar á su pais, quitó á los ingleses todas las posesiones que en él tenian; Lemosin, Perigod y Aunis: fué celebre por su valor; reinó tres años, y murió, segun creen algunos, envenenado por el conde de Champagne.

San Luis. Durante su menor edad regentó el reino Blanca su madre: el conde de Champagne y otros, conspiraron contra ella; pero los desarmó facilmente: era sumamente religiosa y educó á su hijo bajo los mismos principios. Este, salido de una gran enfermedad en que hizo promesa de verificar una cruzada, la emprendió en efecto en 1248: fué sumamente desgraciado; pereció mucha nobleza, y todo el ejército, y él con otra gran parte de aquella fueron hechos prisioneros. Vuelto á su reino mediante un rescate, gobernó sábiamente, disminuyó mucho el poder eclesiástico, fué justo, compasivo y amante de sus súbditos, y destruyendo poco á poco y con mucha maña el poder de los nobles, llegó á colocar la corona en aquel grado de autoridad en que debe estar en un gobierno monárquico. Por el mal resultado de la primera cruzada, emprendió una segunda y se dirigió á Africa para atacar á Tunez; pero antes de llegar, la peste destruyó todo su ejército, falleció su hijo mayor Tristan: el tambien se sintió malo y murió de allí á poco muy religiosamente.

Esta cruzada fué la última: debe observarse que de cinco que hubo, todas fueron desgraciadas para la Francia: la primera fué la menos desastrosa: la segunda, bajo Luis el Jóven, lo fué mucho: la tercera, hizo poco honor á Felipe Augusto: la cuarta, tuvo en prision á S. Luis, y la quinta lo llevó al sepulcro. La nacion escarmentó de estas guerras, y á pesar de las tentativas de los papas, jamas pudieron obligarla á otra nueva cruzada.

Felipe el Atrevido, hijo de S. Luis. Su valor le hizo caracterizar con este nombre, tuvo ocasion de manifestarlo en todas sus empresas. Durante su reinado el papa Urbano IV, concedió el reino de Sicilia á Cárlos su tio, hermano de S. Luis, que cometió mil atrocidades y tenia descontentos á sus súbditos. Tramó una conjuracion contra Miguel, emperador de Constantinopla, y habiéndola este sabido y ligándose con Pedro de Aragon, á quien legitimamente correspondia la Sicilia, pues que Cárlos la tenia por usurpacion, se convinieron en atacarle repentinamente el dia de Pascua de 1282, cuando sonasen las campanas de vísperas: así lo hicieron y Pedro conquistó la Sicilia aunque para ello cometió mil

barbaridades. Cárlos recurrió á Felipe, pidiendo venganza: este se dirigió contra Pedro de Aragon y ganó alguna ventaja, pero cayó enfermo y murió en esta expedicion en Perpiñan.

Felipe el Hermoso. Sus contiendas con el papa Bonifacio VIII, forman uno de los acontecimientos mas interesantes de su reinado: este se atribuyó el poder de juzgar de las guerras entre los soberanos, de su modo de gobernar, etc., y exigia de aquellos la sumision: pero Felipe se le resistió rudamente, lo que dió lugar á célebres concilios, juntas y bulas expedidas por el papa, que llegó al extremo de absolver á los súbditos de Felipe del juramento de fidelidad hácia el trono: este envió á Nogaret con tropa para que lo tragese al concilio que iba á verificarse en Lion; y aunque los franceses entraron victoriosos en Agnani dónde se hallaba el papa, fueron despues rechazados: el papa trató seguidamente de tomar venganza; pero murió y su sucesor Benito XI terminó este asunto pacificamente reponiendo todo al estado en que se hallaba al principio. Bajo su reinado se abolió la órden militar de los Templarios que existia hasta entónces, y se cedieron todos sus bienes á los caballeros de Roda, llamados despues de Malta. Se verificaron algunos cambios en la milicia y aun mas notables en la administracion de justicia: instituyó los jueces, en un nuevo parlamento que creó en París, y habiéndose estos indispuesto por algunas causas con los grandes de la nacion, se unieron al rey, y contribuyeron mucho á aumentar la autoridad real, y destruir el sistema feudal. Felipe hizo muchos cambios en el valor de la moneda.

Luis el Turbulento. Su reinado de veinte meses, no presentó grandes acontecimientos. A principios de su reinado ocurrió la muerte de Enguerrand, gentil hombre de Normandía por intrigas del conde de Valois, Cárlos, hermano de Felipe el Hermoso.

Felipe el Largo. Era hermano del anterior rey, y como desde Hugo Capeto la corona habia pasado siempre de padres á hijos, hubo una gran asamblea para ver si deberia suceder á su hermano que no tenia hijos, decidiendo en ella que si, y que se practicase lo mismo en todos los casos; pero que no sucediesen nunca las mujeres. Nada notable refiere la historia acerca de su reinado.

Cárlos el Hermoso. El anterior rey solo dejó hijas y por lo mismo le sucedió interinamente este, que era su hermano, hasta que, visto que la mujer del anterior que estaba en cinta, no dió á luz hijo varon, pasó la corona á Felipe de Valois, nieto de Felipe el Atrevido, que es el que sigue; por lo demas nada extraordinario ocurrió en su reinado de seis años.

Felipe de Valois. Eduardo rey de Inglaterra, le disputó la corona, bajo pretexto de parentesco con la raza anterior, pues era nieto de Felipe el Hermoso; pero como pasaba por su madre Isabel, hija de Felipe, y las hembras estaban excluidas á la sucesion, reinó Felipe de Valois.

Eduardo desde luego fué su enemigo; dió la batalla de Edusa que ganó. La condesa de Montfort se distinguió por su valor en defender los derechos de su

marido al ducado de Bretaña y la mujer de Olivier de Clinea por vengar la muerte de su marido. Tambien ganó Eduardo sobre Felipe la batalla de Creci en que murieron de 20 á 30,000 franceses. Bajo su reinado ocurrió el sitio de Calais por Eduardo, y la entrega voluntaria de su vida que hicieron seis habitantes de esta ciudad por salvar á los demas, y á quien Eduardo despues de muchos ruegos la perdonó. Hubo una peste an 1348 que principió al Norte de la China, y no solo á Francia, sino á toda la Europa la privó de dos terceras partes de sus habitantes. Humbert, último delfin de los Viennois, cedió el Delfinado á la Francia. El parlamento se constituyó mas sólido y respetable. La autoridad eclesiástica se disminuyó considerablemente.

Juan. Era bastante instruido pero débil para resistir á ciertas tempestades, y fogoso para gobernar. Hizo coger y poner en prision en Rouen á Cárlos el Malvado, rey de Navarra, que asesinó á Cárlos de España, solo porque Juan le hizo conde de Angulema, y ademas estaba ligado con la Inglaterra. Esto le atrajo el ódio de Felipe, hermano de Cárlos, y Geoffroy de Harnau que le declararon la guerra juntamente con el rey Eduardo de Inglaterra: este le ganó la desgraciada batalla de Poitiers en que despues de coger los ingleses mas prisioneros que soldados tenia su ejército, y de haber perecido mucha nobleza, llevaron á Juan prisionero á Inglaterra. Su hijo, que despues fué Cárlos V, quedó de regente; pero la Francia estaba dividida en dos partidos; uno por este príncipe, y otro por el rey de Navarra, Cárlos el Malvado, que habia recobrado su libertad por una órden fingida del Delfin, le declaró á este una guerra contínua, auxiliado de Marcel que era el que todo lo hacia por él, y que al fin fué muerto. Juan recobró su libertad por una gruesa suma y cediendo á los ingleses siete provincias al Este de Francia; pero esta paz ni fué tranquila ni dejó de ser interrumpida por otras desavenencias.

Cárlos V. Este, hijo del anterior, fué dulce, humano, amante de sus súbditos y de la justicia, al paso que, sábio y profundo político, se propuso dar pocas batallas, pero tuvo que romper con Eduardo rey de Inglaterra, por las contínuas violaciones con que infringia su tratado de paz, y le venció completamente, dejándole solo de las inmensas posesiones que tenia en Francia, los puertos de Calais, Cherbonrg, Brest, Burdeos y Bayona. Duguesclin dirigió esta guerra y otras muchas que se dieron bajo el reinado de este rey. Duguesclin es uno de los generales mas valientes que Europa ha conocido, y Cárlos V á su muerte, le hizo enterrar en el sepulcro que habia destinado para sí, con funerales reales. El parlamento se consolidó aun mas bajo este reinado.

Cárlos VI, hijo del anterior. Al principio de su reinado, siendo menor de edad, sus tres tios duque de Borgoña, duque de Anjou y duque de Berri se disputaron la regencia del reino, y al fin se nombró al segundo para ello y á los otros dos para educar al jóven rey: aquel sacó de París todo el dinero que pudo, y se marchó á Italia así que Cárlos entró en el mando. Los otros dos procuraban dis-

traerlo, en lo posible, del conocimiento de los negocios. En 1383 ocurrió en Paris la sedicion de los llamados mallotines por lo excesivo de los impuestos. Llamaron mallotines á los sediciosos porque los mas iban armados de un maillet. En 1385 ocurrió la batalla de Rorebecg contra los habitantes de Flandes que se habian sublevado, y fueron vencidos. Por lo demas este reinado se reduce casi todo á las desavenencias entre los duques de Borgoña, hijo del anterior, y de Berri, y el hermano del rey á quien este dió el ducado de Orleans. Cárlos VI cayó demente y estuvo durante todo su reinado una gran parte de tiempo enfermo, y otro sano, por intérvalos y alternativamente. Aquellos tres duques querian gobernar todos; pero al fin, el de Borgoña obtuvo la preferencia por la fuerza: hizo asesinar al de Orleans, y aunque los hijos cuando pequeños hicieron paz con aquel, el mayor así que fué grande, trató de vengar la muerte de su padre, y la guerra civil no cesaba. En 1415 Enrique V, de Inglaterra, creyéndose en buena proporcion de hacer guerra á la Francia por su estado contínuo de disencion interna, desembarcó una armada en Harfleur, y ganó la famosa batalla de Arincourt, en que murieron cinco príncipes de la sangre, siendo hechos prisioneros el duque de Borbon, otros varones y el de Orleans: este último estuvo en Inglaterra mas de veinte años. A esta siguieron nuevas guerras civiles sangrientas entre el hermano del Delfin (Cárlos, y delfin á la sazon por muerte de aquel) favorecido por el conde de Armañac y otros, y el duque de Borgoña: este llegó á entrar en Paris y hacer una mortandad considerable, y á poco tiempo todos hicieron las paces. El rey Cárlos VI era casi siempre del partido mas fuerte, un súbdito mas bien que un rey, mientras duró su reinado. El duque de Borgoña fué asesinado en el puente de Montereau por los oficiales del Delfin que les citó á aquel punto para una conferencia, y este último declarado indigno de reinar y sustituido por Enrique V de Inglaterra, con quien casó su hija Catalina; pero él resistió á todos; Enrique y Cárlos VI murieron naturalmente, y él reinó bajo el título de Cárlos VII. Las barajas se inventaron en este tiempo para distraer á Cárlos VI durante sus enfermedades, y todas las cartas aluden á la historia. *Le trefle* expresa la precaucion que debe tener un general de ejército en acampar donde el pasto sea abundante. *Les piques* y *les carreaux* son municiones de guerra: *le cœur* representa el valor de los soldados: el *as*, antigua moneda romana, es el símbolo de las rentas que son el nervio de la guerra. Los cuatro *valets Hogier, Lancerot, La Hire y Hector* son personages. Los dos primeros eran valientes del tiempo de Cárlo-Magno, y los segundos dos capitanes aguerridos del de Cárlos VI. *Argine* del nombre *Regina*, es María de Angulema, mujer de Cárlos VII. *Rachel* y *Pallas* son la bella Ines Sorel y la Pucelle de Orleans que veremos en el reinado de Cárlos VII y *Judith* es Isabel de Baviera, mujer de Cárlos VI. *David* es Cárlos VII la analogía que existe entre el modo de reinar de ambos, ha motivado el que se le represente por este personaje.

Cárlos VII. Al entrar este príncipe en el trono, solo poseia tranquilamente, el

Delfinado, el Languedoc y el Lionnois; los ingleses tenian á Paris y veinte leguas de contorno, la Normandía, casi toda la Guiena, parte de Mayena y Anjou y muchas otras ciudades, estando todas las demas de la Francia en disposicion de ceder muy pronto. Cárlos estaba en Burgos. Hizo condestable al conde de Richemont en 1424, hermano del duque de Bretaña, que aunque al poco tiempo se indispuso con él y le respetaba poco, era celosísimo por los intereses de su rey. El sitio de Orleans fué famoso bajo este reinado. Los mejores generales franceses, y la poca tropa que habia se hallaba allí, y los ingleses que impedian la entrada de todo género de comboyes dieron algun ataque con fruto. Pero una jóven Dom-Remi en Lorena, que alegó una inspiracion de Dios para socorrer á la Francia, y que se llamó la Pucelle d' Orleans, poniéndose á la cabeza de 7,000 hombres, en 1429, venció completamente á los ingleses y les hizo abandonar los muchos fuertes que habian construido al rededor de Orleans. Ayudada de Richemont con 2,000 hombres y 1,200 caballos, libertó tambien de los mismos á Beaugenci, á este combate concurrió tambien el rey de Sicilia, hermano de la reina con un valiente escuadron. Estas victorias produjeron muy buenos efectos para Cárlos VII, pero sitiando los ingleses á Compiegne en 1430, donde se encerró para defenderla la Pucelle con Santrailles, y habiendo hecho aquella una salida, al retirarse halló las puertas cerradas y fué tomada por los ingleses, y condenada á perecer en las llamas, lo que se verificó. El conde de Richemonte, se dirigió á Normandía, y ganó allí algunas acciones; pero sintiendo muy débiles las fuerzas francesas, todos convinieron en que era preciso atraer á su partido al duque de Borgoña. El famoso tratado de Arras celebrado en esta ciudad en 1435 y al que asistieron embajadores de muchas naciones que formaron una brillante asamblea, decidió este punto en favor de los franceses, aunque el duque de Borgoña exijió su ducado, el condado de Artois y muchas ciudades que les fueron concedidas y le hicieron un pequeño soberano. Unidos ya todos, arrojaron de Paris á los ingleses en 1436; Cárlos VII participó tambien de la gloria de otras muchas batallas en que se batia como un simple soldado. El sitio de Montereau en 1437; la batalla de Saint Maixent, la conquista de Normandía, en 1448; la de Guyena, en 1451, y otras hicieron conocer su valor y en 1458 tranquilo ya en su reino, hizo un excelente arreglo del clero en un concilio que se llamó la Pragmática-sancion, y que produjo muy buenos efectos. Arregló la milicia en 1461, y conservó tropas armadas en pié en su corte. Murió de temor de ser envenenado por su hijo, lo que le insinuaron algunos, pues absteniéndose algunos dias de comer, cuando fué á hacerlo, ya era inútil. Fué llamado y con razon el restaurador de la monarquía (1).

(1) Bajo su reinado floreció la bella Ines Sorel, mujer de una extraordinaria hermosura á quien amó siempre y hasta le fué útil en algunas cosas para su reinado. Tambien hubo muchos generales valientes. El conde de Duvois hijo bastardo del duque de Orleans, el que fué muerto por el de Borgoña, Saintrailles, la Hire, d'Onal Flenars, la Fayette Chal annes y otros.

V.

Luis XI. Este, hijo del anterior, tenia muchas malas y buenas cualidades; era supersticioso, infractor de sus tratados, ligero, inconstante y no conocia la buena fé; pero tenia carácter para gobernar, era valiente, de un espíritu penetrante y fecundo; y aumentó el reino de todo lo que le faltaba, aun mejorando muchas de las ciudades, caminos y fortificaciones. En 1464, trató de hacer paces con el duque de Bretaña, que por ciertos tratados con la Inglaterra, estaba indispuesto con el trono de Francia, y habiéndole este irritado mas, se dió una batalla seguida de un sitio á Paris, que se llamó la guerra del bien público; el sitio terminó por ceder Luis la Normandía al duque de Berri su hermano, que tambien era su enemigo. En 1468, estuvo preso en Perona, en manos de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, sucesor del anterior, de resultas de una bajeza que cometió con respecto á este en el tratado que hicieron sobre la ciudad de Lieja: Cárlos el Temerario sitió despues á Beauvais en 1472, que se hubiera rendido si las mujeres no hubiesen hecho la última salida que rechazó los enemigos y desde entónces Cárlos no volvió á prosperar en ninguna parte; murió en 1477, empeñado en guerras injustas con los suizos, y dejó por heredera á Maria su hija, del ducado de Borgoña; esta casó con Maximiliano, archiduque de Austria, y tuvo una hija llamada Margarita, que por el tratado de Arras en 1482, estaba destinada para el Delfin de Luis XI, pero cuyo casamiento no se verificó. Bajo su reinado adelantaron las ciencias.

Las bellas letras y las artes participaron de aquel carácter de trasmision que revela el paso notable de una á otra época.

En sus últimos años temia mucho la muerte y trataba de prolongar su vida, hasta pidiéndola á San Francisco de Paula, que vivió en su tiempo y le contestó no tenia facultades para prolongársela. Murió en 1483.

Cárlos VIII. Este príncipe era clemente, liberal y valeroso: casó en 1491 con Ana, duquesa de Bretaña, y reunió este ducado á la Francia, lo que fué muy importante, aunque este casamiento costó muchas negociaciones é intrigas de parte del rey y sus encargados. Conquistó á Nápoles en 1494, pasando á Italia con un ejército de 36,000 hombres y mucha artilleria que no tuvo necesidad de emplear porque todas las ciudades se rindieron; pero volvió á perderla otra vez ganándola los españoles: bajo este reinado ocurrió el descubrimiento de América por Cristobal Colon en 1497.

Luis XII. Este rey era nieto de Luis, duque de Orleans; el hermano de Cárlos VI estaba dotado de grandes cualidades y puede contarse en el número de los grandes reyes de Francia. Era tan valeroso como amante de la justicia. Casó por fuerza con Juana de Francia, hija de Luis XI, porque este se lo exigió; pero habiendo protestado que no habia tenido relacion alguna con ella, anuló su matrimonio y casó con Ana de Bretaña, viuda del rey anterior, reuniendo así otra vez la Bretaña á la Francia.

En 1499 conquistó el Milanesado, y en 1500 emprendió conquistar el reino de Nápoles mediante ciertos derechos que tenia á él; se unió con el rey de España que tambien alegaba otros, y ambos reyes envieron sus dos ejércitos; pero aunque el reino de Nápoles se conquistó, la guerra nació despues entre las naciones conquistadoras en el mismo Nápoles, y la Francia lo perdió todo.

Gonzalo de Córdoba fué el principal gefe español tan célebre en la Historia. En 1507 la república de Génova, que estaba sometida á la Francia, se sublevó contra esta; pero Luis XII en persona, con un ejército de 22,000 hombres, los contuvo, y quedó todo tranquilo condenándolos á una multa. En 1508, Luis XII, el rey de España, Maximiliano de Austria, y el papa Julio II, se ligaron unánimemente contra la república de Cambray por motivos fundados de queja que cada uno tenia, y convinieron en que los cuatro se presentarian en ella con ejércitos, dividiéndola entre todos; en consecuencia, Luis XII en 1509 tomó la parte que le correspondia en la famosa batalla de Agnadel. En 1510, el papa principió á oponerse directamente y á malograr el buen éxito de las empresas de Francia en lo que podia, por envidias infundadas, y aunque Luis XII hizo celebrar un concilio en Pisague, despues pasó á Milan; sus acuerdos no tuvieron efecto. En 1511 los suizos atacaron á Gaston de Foix, duque de Nemours, gobernador del Milanesado, de edad de 25 años, sobrino de Luis; pero fueron rechazados por este. En 1512 se dió la gran batalla de Rávena que aseguró esta y otras muchas ciudades de la Romanía á la Francia sobre los españoles. En ella murió el mismo Gaston de Foix y otros célebres generales. En 1513 Enrique VIII de Inglaterra atacó la Arcadia, en Francia, unido á los suizos, pero todo lo terminó Luis XII casándose con la hermana de Enrique. El sacrificar su antiguo género de vida á los deseos de su nueva esposa, que, era jóven y bella, causó la muerte de Luis XII el 1.º de Enero de 1515. En su tiempo florecieron los célebres generales Chaumont, Trivulce, la Palice, Stuant d'Aubigni, Gaston de Foix, duque de Nemours y otros.

Francisco I. Su padre el conde de Angulema, era tatara-nieto de Cárlos V rey de Francia. En los primeros años de su reino, sostuvo muy bien su autoridad. La batalla de Mangrian, que emprendió, le hizo dueño del Milanesado á que habia renunciado Luis XII por quitárselo los suizos durante su guerra en Nápoles. En 1517 el papa, aprovechándose de su poca política, le hizo sustituir un nuevo Concordato á la Pragmática-sancion de Cárlos VII que en mucha parte restableció el poder eclesiástico. En el mismo año, queriendo el papa edificar la iglesia de

San Pedro en Roma, y encargando á los Dominicos que publicasen indulgencias para todo el que contribuyera á este gasto, los Agustinos se picaron de no haber sido preferidos para este encargo, y Lutero, uno de entre ellos, salió predicando y negando todas las bases de la religion cristiana. Sus opiniones se extendieron é hicieron nacer guerras; y habiendo dado Cárlos V de Alemania un edicto para que cesasen las guerras por estas opiniones mientras se celebraba un concilio, algunas ciudades *protestaron* contra este decreto, de donde ha venido el nombre y secta de protestantes. Zuingle apareció en 1518 con la misma doctrina de Lutero, aunque este lo impugnó contradiciéndose. Calvino apareció en 1532, y sus opiniones se extendieron mucho, siendo análogas á las de los anteriores. Por fin se celebró el concilio indicado en Trento, que se abrió el 13 de Noviembre de 1545, y en él se combatieron todos los errores de Lutero, Zuingle y Calvino. En 1519, muerto Maximiliano de Austria, y concurriendo á esta corona Francisco I y Cárlos V, rey de España, alegando ambos cierto derecho á la sucesion, se la llevó Cárlos V de España, mediante el acuerdo de una asamblea celebrada en Francfort; lo que hizo nacer guerras desastrosas entre estos dos reyes. En 1521 el rey de España, ligado con los príncipes de Italia, quitó á Francisco I el Milanesado que habia recobrado por la batalla de Mariñan en el combate de la Bicoca. El 1523 el condestable de Borbon se pasó al partido de la España, por justos motivos de resentimiento contra la madre de Francisco I, y unido con los generales de Cárlos V, batió un ejército frances que envió Francisco I á Milan, en 1524. En 1525 Francisco I pasó á Italia con un poderoso ejército: rindió á Milan, y queriendo hacer lo mismo con Pavía, fué batido por el condestable de Borbon despues de cuatro meses de sitio, dispersado su ejército, muertos casi todos sus generales y nobleza, y llevado prisionero á España, de donde salió en 21 de Febrero de 1527 bajo cierto tratado. En este año los reyes de Inglaterra y Francia, y el papa, hicieron una liga contra Cárlos V para despojarle de sus dominios en Italia, lo que sabido por este, envió al condestable de Borbon con un ejército que saqueó á Roma del modo mas bárbaro. En 1529 se hizo la paz de Cambray llamada de las damas, porque se trabó entre la regenta de Francia, madre de Francisco y Margarita de Austria. Las letras progresaron en Francia bajo este reinado. Francisco I emprendió aun tentativas sobre Milan en 1534: tambien ganó la batalla de Tarisolles contra Cárlos V en 1544: A esta siguió la paz de Crespi en Valois que terminó la guerra, y Francisco I murió en 1547, el 31 de Marzo. Fué sin dispusta un rey muy desgraciado.

Enrique II. Estaba dotado, poco mas ó menos, de las mismas cualidades que su padre: al subir al trono despreció los consejos de este, eligiendo las personas que le encargó separar de él, y separando los que aquel le encargó conservar. En 1548 castigó á los habitantes de Angoumois que se revelaron por ciertos impuestos. Enrique se propuso contrarestar los designios del emperador Cárlos V, y tomó á Joul, Verdum, Cambray y Metz, que estaban bajo el poder de aquel. El empe-

rador puso sitio á esta última con un ejército de 100,000 hombres y, aunque era una ciudad abierta, el duque de Guisa la defendió valerosamente con 6.000 hombres de tropa, matando 30,000 al enemigo, que levantó el sitio al poco tiempo. En 1555, Cárlos V abdicó sus estados, dividiéndolos entre su hijo y hermano: al primero, Felipe II, dejó los Países-Bajos, y á su hermano Fernando la España. En 1557, Filiberto de Savoya, príncipe de Piamonte, puso sitio á San Quintin en Savoya, y fué rechazado por Coligni que defendia la plaza; tambien acudió á su defensa el condestable de Montmorency con un ejército, y el príncipe de Piamonte dirigió ya sus miras contra este, á quien derrotó, quedando prisionero el mismo Montmorency. En 1558 el duque de Guisa batió á los ingleses en Calais y tomó esta plaza que tantos meses de conquista costó á Eduardo III de Inglaterra: en el mismo año recobró tambien á Thionville, aunque perdió una batalla en Gravelines, cuya pérdida no era, sin embargo, de gran consideracion hasta que la paz de Chatau-Cambresis, en 1559, terminó la guerra con España. Dos casamientos de Isabel, hija de Enrique, con Felipe de España, y de Margarita, hermana del mismo Enrique, con el duque de Savoya, fueron objeto de este tratado, y preparáronse grandes fiestas y torneos con este motivo. Enrique quiso combatir personalmente con ellos y murió herido, dejando cuatro hijos de los cuales tres reinaron sucesivamente y tres hijas.

Francisco II, hijo del anterior. La casa de Guisa, descendiente del duque de Lorena, y que principió á elevarse desde que en el reinado anterior se distinguió por sus batallas el duque de Guisa, hará mucho papel en algunos reinados. Catalina de Médicis, madre de Francisco II, y mujer intrigante y de mal corazon, gobernaba durante la menor edad de su hijo, que apenas tenia quince años. En 1560 el príncipe de Condé, y Enrique d'Albreret, su hermano, rey de Navarra, no pudiendo sufrir la elevacion á que habian llegado los Guisas, defendian á los protestantes que eran tan vivamente perseguidos desde últimos del reinado de Enrique II por los Guisas y la duquesa de Valentinois, que todos eran sentenciados á morir ardiendo, por lo que á sus juntas se llamó la cámara ardiente; tambien tramaron una gran conspiracion para apoderarse de los Guisas que estaban en el castillo de Amboise, cuyo jefe era la Bonaudie; pero fué descubierto, muerto este cuando iba á realizar su empresa, y aunque los Guisas consiguieron una sentencia de muerte contra el príncipe de Condé, el rey no pudo firmarla porque murió, y la reina no quiso hacerlo.

Cárlos IX, hijo de Enrique II. Desde que subió al trono en 1560, se celebró un concilio en Orleans para remediar los males del reino, reducido á disponer que todo se mantuviese en paz mientras se celebraba el concilio de Trento. No obstante la division continuó y este reinado es una sucesion continuada de guerras civiles. El rey de Navarra, condestable de Montmonrency y duque de Guisa estaban por los católicos, y el príncipe de Condé con el almirante de Coligni por los calvinistas. En 1561 se celebró el concilio de Poissy con el objeto de dis-

cutirse las opiniones de las dos sectas, cuyo resultado fué quedar cada una mas tenaz en las suyas. En 1562 ocurrieron los desastres de Dijon, Pamiers y Vassy, entre los mismos partidos, y los calvinistas se apoderaron de muchas ciudades centrales, como Tours, Poitiers y otras infinitas y cometieron muertes, saqueos profanaciones de iglesia en Champagne, Languedoc, Auvergne, el Delfinado y la Provenza: en el mismo año fué la batalla de Dreux en la que murió el condestable, y en 1563 un asesino puesto por Coligni mató al duque de Guisa en Orleans que acababa de recobrar de los calvinistas que la tenian sitiada. En 1564, la reina quiso hacer con su hijo el rey un viage por el reino para remediar algunos males, el que verificaron por Sent, Troyes, Nanci, Dijon, Lion, Roussillon, el Languedoc, Provenza, Cascasione y Bayona yendo de Monceux á Paris en 1567. El príncipe de Condé los quiso volver al ir á París; pero no lo pudo conseguir aunque los atacó en el camino, porque llevaban 6,000 suizos valientes. En el mismo año se dió la batalla de San Dionisio que aunque de poco fruto, quedó sin embargo por los católicos; á ella se siguió la toma de Orleans por los calvinistas ó hugonotes: así se les llamaba tambien. La guerra cesó un poco tiempo y renació en 1568. Los católicos ganaron una accion en Jamac, en la que murió el príncipe de Condé en 1569. En el mismo año ganó otra en Roche-abeille el almirante Coligni, y sitió á Poitiers; libertada esta plaza, fué á Paris el duque de Guisa, y se le dió entrada en el Consejo secreto; principio de su elevacion que fué tan funesta como veremos mas adelante. En 1569, hubo otra accion en Moncontour, ganada completamente por los católicos; pero cuando el partido calvinista parecia que iba á extinguirse, el príncipe de Bearns, hijo del difunto rey de Navarra, se unió al almirante Coligni para sostener la guerra. En 1570, el rey Cárlos, haciendo una paz fingida con los calvinistas, invitó á la reina de Navarra y á su hijo á Paris, bajo pretexto de casar este con su hija, y allí envenenaron á la reina, y en una revolucion armada de noche por los Guisas, asesinaron á Coligni y una infinidad de calvinistas que estaban en Paris, durando la matanza siete dias y ordenando á todas las provincias hacer lo mismo. En 1573 ocupando los calvinistas á la Rochelle el ducado de Anjou, la sitió y la rindió á cuyo sitio siguió la paz. En 1574 en Paris los partidarios de Montmorency, celosos de la fortuna de los Guisas, formaron otro partido llamado de los políticos, que fué pronto cortado. En estas y otras alternativas murió el rey en 1574.

Enrique III, tercer hijo de Enrique II. Estando en Polonia se escapó á Francia á la muerte de su hermano, subió al trono ocultando sus designios, y aparentando no ocuparse de los negocios del Estado. Era muy devoto y protegió mucho la religion. En 1575 viendo el duque d'Alençon y el rey de Navarra que el duque de Guisa prosperaba mas de dia en dia, volvieron á excitar á los calvinistas; Enrique dió un edicto de pacificacion, permitiéndoles el uso de su religion, cuyo edicto irritó á los Guisas y al partido católico que formaron, lo que se llamó Santa Liga, y que llegó á hacerse tan respetable que Enrique no pudiendo resistirle tuvo

que declararse jefe de ella, prohibir toda la religion que no fuese la católica, y volver así á hacer empezar las guerras civiles. En 1579, se instituyó una órden de caballeros llamada de el Espíritu Santo, con el fin de atraer alguna nobleza calvinista porque los que entraban en ella juraban la fé católica; pero no se consiguió el efecto. En el mismo año el rey de Navarra con 50 caballeros, tomó á Cahors, desplegando un atrevimiento sin igual. En 1580 fué llamado el duque de Anjou á reinar á los Países-Bajos con tal que librase á estos, del yugo de España, lo que hizo; pero descontento de ellos, armó una revolucion y tuvo que huir; murió á poco tiempo en Chateaux Tierri. En 1580, los Guisas y su liga trataban de impedir que el rey de Navarra sucediese á Enrique cuando muriese, puesto que le correspondia muerto el duque de Anjou, y esto encendió los furores de la guerra civil muchos años. En 1586 hubo una asamblea del clero en Melim sobre pago de rentas: (1) en el año siguiente, una faccion de los católicos llamada de los *diez y seis*, que principió en 1585 hizo progresos y se arrojó á algunos hechos atrevidos. En 1587 hubo en Coutray una accion en que los calvinistas derrotaron completamente á los católicos, al mando del duque de Joyeuse. En el mismo año los católicos en otra accion en Borgoña derrotaron un ejército aleman que iba á unirse con los calvinistas. En 1588, hubo una convocacion en Paris causada por la faccion de los diez y seis, cuyo objeto era robar al rey; pero no se consiguió. Sin embargo, huyó de Paris y se fué á Chartres á donde enviaron á buscarlo á una procesion de monjes que iban cantando letanias por el camino. En el mismo año Enrique hizo matar al duque de Guisa, y tomó á los principales de la faccion de los diez y seis, entre ellos al cardenal de Borbon, que habia hecho muchos males. Esta muerte desencadenó á toda la liga contra el rey y todo el reino entró en conmocion, pidiendo venganza. En 1589, Enrique se unió al rey de Navarra á consecuencia de la rebelion y fué asesinado por un monje que fingió tener que hablarle á solas para comunicarle un asunto importante: llamábase Jacobo Clemente. Antes de morir hizo reconocer por rey al de Navarra.

Enrique IV. Fué proclamado rey de Francia y de Navarra, prometiendo hacer observar la religion católica. El duque de Mayenne incitó al cardenal de Borgoña á reclamar la corona, y se puso de su partido con bastante fuerza, por lo que Enrique huyó á Dieppe en Normandía. El duque de Mayenne fué á sitiarlo y perdió lo accion. Enrique en seguida se acercó á Paris, pero no pudo penetrar; tomó á Etampes y otras ciudades: el cardenal de Borbon fué nombrado rey en Paris bajo el nombre de Cárlos X; pero la division principió á entrar en la liga. La Suiza y Venecia enviaron diputados á Enrique, reconociéndole por rey y ofreciéndole tropas. En 1590 se dió una batalla en Yvry que ganó Enrique IV, peleando casi como simple soldado. En 1590 sitió á Paris y la hambre durante cua-

(1) En este año murió María Estuard, reina de Escocia á quien se cortó la cabeza despues de 17 años de prision.

tro meses fué cruel; pero 15,000 hombres llegados de los Países-Bajos, en socorro de los parisienses, le obligaron á levantar el sitio; mas en todas las demas provincias de Francia obtenia victorias y progresos. En 1591 la faccion de los diez y seis en Paris cometió algunos hechos atrevidos; pero fué castigada por el duque de Mayenne. En el mismo año sitió Enrique á Rouen, aunque sin fruto, y estuvo muy cerca de perecer en una pequeña accion en Aumale. La division continuaba en la faccion de los diez y seis, y la de los políticos que era la dominante, queria al rey si se hacia católico. Murió el duque de Parma que era uno de los que mas se batian contra el rey, y el duque de Mayenne se inclinó á entrar en negociaciones. En 1593 hubo varias asambleas en Paris sobre la eleccion de un rey; el duque de Feria, unido á los españoles, queria que fuese para Isabel de España; pero no consiguió nada. Enrique afreció entrar en la religion católica, haciendo abjuracion de la protestante, lo que verificó en 1593 con la mayor alegría del pueblo; este acto abatió mucho á la Liga, y Enrique le concedió un mes de término en el cual debian entrar en la religion católica y jurarle obediencia; pero como no todos lo verificaron, continuó la guerra. El rey en 1594 se consagró en Chartres: esta noticia le atrajo mucho partido y Paris al fin fué entregado por sus mismos habitantes. Borgoña era la provincia que hasta entonces no se habia rendido. El duque de Guisa reconoció al rey y la Liga recibió un golpe mortal. El duque de Mayenne, avergonzado de no haber hecho paz con el rey, se fué á Borgoña para sostener aquel partido. En 1594 un malvado hirió al rey, pero no le causó un gran daño: dijo que los jesuitas decian que era permitido hacerlo, y justificando esta opinion los escritos que de aquellos se encontraron, se abolió esta órden y se desterraron á todos. A poco tiempo Enrique IV con la Tremouille y 300 caballos batieron completamente cerca de 2,000 en Borgoña, distinguiéndose ambos por su arrojo y valentía. En 1596 y 97 acaecieron muchos acontecimientos favorables al rey, se le entregaron muchas provincias; los duques de Mayenne y Mercœuz hicieron paz con él, y la Liga casi se extinguió. En 1598 dió la administracion de las rentas del Estado al famoso duque de Sully, tan célebre en la historia, que hizo la prosperidad de la nacion. En 1600, por un tratado con el marques de Saluces aumentó su reino con un pequeño terreno entre Leon y Ginebra. En el mismo año casó con María de Médicis, hija de Francisco, gran duque de Toscana. En 1601 nació el Delfin que despues fué Luis XIII. En 1602 hubo una conspiracion del mariscal de Biron, duque de Bouillor, conde d'Auvergne y otros, que fué descubierta. En el mismo año Enrique renovó su tratado de alianza con los suizos con ceremonias solemnes. En 1603 volvieron los jesuitas á establecerse en el reino. En 1608 Enrique fué elegido por árbitro entre las guerras que mediaban entre Holanda y España, y los españoles reconocieron por libres las provincias unidas. En 1610 fué asesinado en una funcion pública. Tuvo de su mujer María de Médicis, á Luis XIII, Gaston, duque de Orleans, y tres hijas: de Gabriela de Etrees, duquesa de Beaufort muchos hijos naturales; los principales

son el duque y el caballero de Vendome; y de Enriqueta de Banac, duquesa de Verneuil, el duque de Verneuil.

Luis XIII, hijo de Enrique IV, fué proclamado rey, y hechos los funerales al anterior con toda magnificencia, se castigó á Ravaillac, el asesino del rey, y en 1612 se casó el monarca con Ana de Austria, infanta de España, y á su hermana Isabel con Felipe III, rey de España. En 1613 el poder excesivo del mariscal Ancre, que María de Médicis habia traido de Italia, ocasionó algunas disenciones en el reino. En 1614 el rey llegado á la mayor edad, convocó estados generales, donde se discutió mucho sin hacer nada. Son los últimos que ha vuelto á haber en Francia. En 1616 hubo guerras y desavenencias causadas por el príncipe de Condé y el duque de Bouillon. Desde fines del mismo año principió á elevarse el célebre obispo de Lugon, llamado despues el cardenal de Richelieu, y murió el mariscal de Ancre de un pistoletazo. En 1617 el rey, libre de este que apoyaba á su madre, se tomó toda la autoridad: ella se retiró á Blois, y se formó un partido considerable, lo que hubiese causado guerras si no se hubiesen ambos reconciliado en el castillo de Brisac. Luynes, condestable de Francia, principió á sustituir en elevacion á Ancre, y tanto, que el rey hablando una vez de él le llamó el rey Luynes. En 1621 el rey quiso hacer un viaje á Guiena, y figurándose los protestantes que iba á perseguirlos, levantaron tropas, se dieron varias batallas, y hubo algunos sitios entre ellos el de Montauban, donde murió Luynes. Monsieur de Lesdiguieres le sustituyó. En 1622 siguió la guerra con los protestantes, y Luis XIII se distinguió por su valor. En 1624 entró en el consejo el cardenal de Richelieu. En el mismo año hubo guerras con España respecto á que esta usurpaba á los franceses la Valterine. En 1625 los protestantes ó hugonotes se rebelaron de nuevo; pero se los contuvo y sofocó su rebelion. El cardenal de Richelieu se elevaba cada vez mas; habiéndose atentado contra su vida, exigió ir siempre escoltado; suprimida la carga de condestable por muerte de Lesdogieses se creó otra nueva que se la adjudicó, y sus proyectos eran separar del rey á todos los que pudiesen servirle de obstáculo en sus planes. En 1627 se hizo por el rey y Richelieu el sitio de la Rochelle, que se tomó despues de mucho trabajo muriendo de hambre y miseria 15,000 sitiados. En 1629 Vicente, duque de Mantua, dejó á su muerte por heredero de sus estados al duque de Nevers. Los españoles querian este ducado; el duque de Savoya no permitió al rey de Francia el paso por Suse para ir á Mantua, pero este lo forzó valerosamente y se apoderó de aquel ducado para darlo á su dueño, como súbdito suyo que era. En 1630 la Rochelle volvió á sublevarse; pero se castigó tan severamente, que desde entónces decayó el partido protestante y casi todas las ciudades se entregaron á Luis XIII. En el mismo año la reina y los principales personajes de la córte formaron un complot contra Richelieu y creyendo poder obtener del rey su caida, le hicieron vivas instancias, y aquel estuvo ya próximo á quedar despojado de sus honores; pero como el rey nunca quiso consentir en ello, solo estuvo un poco

perplejo, y despues de haberle dicho que se ausentára por un poco de tiempo, le llamó con mas cariño que nunca. En 1631 la reina se retiró á los Países-Bajos, á Bruselas, y Gaston, el hermano del rey, tambien enemigo de Richelieu, á Lorena. Allí casó con una hermana del duque, despues levantó tropas, y quiso formar una nueva guerra civil; pero en ninguna parte se abrazó su causa. Por fin Montmorency, en Lorena, entró en su partido, el rey y el cardenal vinieron con tropas, y desecho su ejército en diferentes combates, se le sentenció y cortó la cabeza. El príncipe Gaston hizo cierto tratado con el rey y se retiró á Bruselas. En 1631, 32, 33, 34 y 35 hubo muchas guerras contra Gustavo de Suecia (excitado por el cardenal de Richelieu por un cierto tratado) contra la Alemania: en este último año la Holanda y Francia se ligaron contra los Paises-Bajos con designio de conquistarlos; lo que sabido por la España, tambien principió su guerra con Francia, y como Gaston se habia reconciliado ya con Luis XIII, este le hizo lugar-teniente general del ejército. En 1636 se tramó una conspiracion contra Richelieu que no tuvo resultados. En 1637 hubo varios acontecimientos en la guerra con España. En 1637 se unió á la Francia Weymar separado de sus ducados por Cárlos V de Alemania para hacer la guerra á esta nacion, lo que verificó con buen éxito: condujo prisioneros á Paris á Juan de Vezt y otros tres generales. En 1639 y 40 hubo varios sucesos en las guerras que tenia Luis XIII, que eran seis á la vez; á saber: en Languedoc, Italia, Piamonte, Países-Bajos, Luxemburgo y Champagne. Tambien hubo otra en Arras. En 1642 se verificó la conspiracion de Cingmars: Este jóven, muy querido del rey, tuvo piques y aborreció en extremo al cardenal de Richelieu, se unió á Gaston, duque de Bouillon, Mr. de Thou y otros, y formaron un tratado y liga con España, en que aquella habia de facilitar tropas á estos contra la Francia. Esta conspiracion se descubrió antes de tener efecto, y fueron muertos Cingmars y Thou. A ella se siguió al cabo de dos meses la de Richelieu, y al cabo de cinco de la de este, la de Luis XIII. María de Médicis habia muerto diez meses antes en la mayor miseria en los Países-Bajos. Luis dejó por hijos á Luis XIV y Felipe de Francia. Bajo su reinado se distinguieron los generales Weymar, conde de Soissons, de Guebriant Chaulnes, Banier, conde de Harcourt, Mothe-Houdarcourt, Metlleraie, Feuquieres, el mariscal de Chatillon, el duque de Longueville, el cardenal de la Valette, y otros.

Luis XIV. Este es el reinado mas glorioso, el mas lleno de hombres célebres, el en que progresaron ciencias, artes, marina, comercio y todo lo que puede contribuir á la gloria de una nacion: los acontecimientos son tantos que solo pueden recorrese sumariamente. En 1643, el duque de Enghien ganó en Rocroi una batalla sobre los españoles y Guebriant en Alemania, otra en 1644 y 45 Enghien ganó otra en Tribour contra los españoles, y otras en Alemania con mucho éxito. En 1648, hubo una gran disension en Paris á causa de Mazarino, (el cardenal) de quien, por ser un extranjero y haber adquirido mucho poder, unos se declararon

amigos y otros enemigos. El príncipe de Condé y Chatillon, fueron de estos últimos y estuvieron presos en Havre; pero todo se restituyó á poco tiempo á su antiguo estado: el rey llegó á la mayor edad en este año; pero Mazarino hacia aquí el Richelieu del reinado anterior aunque era menos severo. El príncipe de Condé continuó ofendido, se retiró á Huienne, y tomó las armas. De allí vino á atacar á Jien donde estaba el rey, que fué muy bien defendido por el mariscal de Turena. El príncipe de Condé se paso al partido de los españoles, de allí á poco tiempo, y los años de 1653, 54, 55, 56, 57 y sobre todo el 58, no fueron mas que una serie interminable de guerras entre España y Francia, tomándose ciudades ya en una parte, ya en otra; y distinguiéndose en esta el mariscal Jurennex y otros generales. El príncipe de Condé fué nombrado desde luego en España, generalisimo de las tropas. Pero las disenciones se terminaron en 1659 con el casamiento de Luis XIV, y la infanta de España. El príncipe Condé, volvió á Francia, y estas naciones se entregaron recíprocamente muchas ciudades. En 1661, murió Mazarino, seguidamente tomó Luis XIV las riendas del gobierno, y en el mismo año nació el Delfin. En 1666, murió Ana de Austria su madre. Desde 1662, subió Colbert al destino de intendente de rentas, y su administracion produjo las mayores utilidades á la nacion. Colbert es uno de aquellos hombres cuya memoria será eterna, por sus talentos, su capacidad para todo y su buen manejo, pues hizo florecer la agricultura, el comercio y la industria, en el grado á que nunca habia llegado. Al mismo tiempo Luis se aplicó mucho al trabajo y á los negocios de su reino, y encontró siempre grandes hombres para sus empresas; Mr. Louvois para la guerra y Mr. de Vauban para fortificaciones, florecieron en su tiempo: la marina principió y llegó á un alto grado de prosperidad, y la astronomía, la geografía, las academias de bellas letras y artes, como pintura, escultura, gravado etc.; llegaron á un grado de perfeccion extraordinaria para aquellos tiempos: el ejército de Luis XIV constaba de 40,000 hombres armados, comprehendiendo la marina, y la Francia era sin disputa la mas poderosa del mundo en aquel tiempo. En 1671 conquistó Luis, á Flandes y el Franco-Condado. En 1672 hubo guerra con la Holanda, á esta última, se unieron España é Inglaterra, á lo que se llamó la triple Alianza. En 1674, Condé ganó la batalla de Senef en Flandes, y Turena, en Alemania hizo prodigios de valor y se cubrió de gloria con las acciones mas heróicas, y sus rasgos de virtud. Murió en una batalla, y fué enterrado en los sepulcros de los reyes de Francia. Los años de 1675, 76 y 77, fueron una continuacion de guerras victoriosas; á lo que sucedió en 1678, la paz en Nimegue. En 1684 bombardeó Luis XIV á Alger y Génova, y por tierra conquistó á Estrasburgo y otras muchas ciudades; la Suecia, Holanda y España, se ligaron de nuevo contra él viendo sus progresos, y Luis XIV tomó las armas contra la segunda en el mismo año. En 1685 prohibió el ejercicio de toda otra religion que la católica. En 1687 algunas potencias al Oeste de la Francia entre esta y Alemania, como Baviera, Sajonia y otras formaron una liga contra ella. En 1688, Jacobo, rey de

Inglaterra, destronado por Guillermo, príncipe de Orange, se refugió en Francia y Luis XIV abrazó su causa; pero aquel era tan débil que todo lo que se hizo en su favor le fué inutil por su falta de caracter. Desde 1688 á 1697, hubo varias batallas victoriosas por las armas de Francia contra Inglaterra y Alemania. Tales fueron las de Flennes, Louse Steinkerque, sitio de Namur, combate de Potreins, de Nervinde y de Marsella, en que brillaron los generales duque de Luxemburgo y mariscal de Catinat. En 1697, se celebró paz y tratado en Rinvich. En 1698 murió Cárlos II de España sin sucesion. Luis XIV y el emperador Leopoldo eran los mas cercanos á este trono, siendo ambos yernos del rey difunto; y despues de varias conferencias y tratados entre la Inglaterra, Holanda, Baviera y otras naciones, aquel prescindió de todos, y nombró á Felipe, duque de Anjou, hijo mayor del Delfin de Francia: esto suscitó á Luis XIV y su nieto guerra contínua de parte del emperador Leopoldo, la Inglaterra, Holanda Alemania etc., y los años desde 1698 á 1710, no presentaron mas que una continuacion de batallas sin número, unas felices, y la mayor parte fatales para la Francia y la España, agotando la primera en ellas todos sus tesoros y sus fuerzas. Al fin sucedió la paz general celebrada en Utrecht. y confirmada por la que se celebró despues en Rastadt en 1715; en 1711 murió el Delfin, su hijo mayor el duque de Borgoña y el hijo mayor de este, el duque de Bretaña. Luis XIV murió en 1715 dejando muchos hijos naturales. Recorriendo los principales generales que han figurado en este reino, encontramos al duque de Enghien, duque de Orleans, Gassion, vizconde de Turena, mariscal de Presui-Praslin, marqués de Navrilles, conde de Canislle, Luxembourg, Humieres, duque de Vendome, mariscal de Chatinat, Villars, y Villeroi, con otros muchos no tan célebres. Las guerras desde 1706 á 1712 se conocen bajo el nombre de guerra de sucesion. Muertos todos los hijos del Delfin, menos el que reinaba en España y dejando tres el hijo mayor del mismo, de los que murieron los dos mayores, sucedió al trono el heredero de ellos llamado Luis, viznieto de Luis XIV, que reinó setenta y tres años.

Luis XV. Siendo el rey menor de edad, pues tenia cinco años y medio, regentó el reino el duque de Orleans muy tranquilamente, pero queriendo tomar el primer ministro de Felipe V de España, la Cerdeña é Italia, y aun quitar la regencia al duque de Orleans, entraron en guerra estas naciones por algun tiempo. En 1718 apareció Law con su ruinoso sistema de papel para cubrir las deudas del Estado. En 1719 se estableció una universidad. En 1723 entró ya el rey en la mayor edad y desde luego se descubrieron en él, sentimientos muy nobles, y un corazon muy tierno y generoso. Casó con María Leczensha, única hija de Estanislao de Polonia. En 1719 subió Fleury al ministerio. En 1727 tuvo la reina dos niñas: en los años siguientes aparecieron sábios reglamentos de Luis XV que hicieron en 1735 determinar la figura de la tierra. Una complicacion de guerras entre la Inglaterra, Francia, Holanda, España y Prusia, cuyo teatro era la misma Ale-

mania ó los estados adherentes, como Polonia, Hungria, Milanesado y Austria, siguieron desde el año de 1733 hasta el 1746, ya por el trono de Polonia, ya por el de Austria, y ya las mismas naciones partidarias unas de otras entre sí. Luis XV se distinguió en estas campañas, al menos en las últimas, por su valor incansable y su constancia en las expediciones militares. En 1745 casó el Delfin de Luis XV con María Teresa de España. En 1748 hubo guerra con los ingleses en Maistricht, y despues con los holandeses, pero todo se terminó por la paz celebrada en Aquisgram, por la cual se restablecia todo al estado en que se hallaba cuando se verificó la paz de Utrecht; y la Francia floreció tanto despues de esta nueva paz como habia florecido despues de aquella. En 1750 y 51 instituyó Luis XV establecimientos militares y civiles, de ciencias y artes, en las que estas hicieron muchos progresos. En 1756 principió de nuevo la guerra; aunque con felicidad por los franceses que batieron á los ingleses en el Canadá, que Luis habia conservado para su sobrino Felipe; por el tratado de Aquisgram. En el mismo año tomáron los franceses el puerto de Mahon en Menorca, y hubo varios combates marítimos. Luis XV hizo un tratado de paz con la Hungría, ofreciendo auxiliarse recíprocamente. El rey de Prusia, que quiso oponerse á la liga de Hungría, Polonia y Rusia, fué batido por los austriacos; siguió la batalla de Hactembech en 20 de Julio, muy gloriosa para las armas francesas. En 1757 un malvado atentó contra la vida del rey, y le hirió pero sin causarle gran daño, fué preso y castigado. En el mismo año y los cuatro siguientes se dieron innumerables batallas por mar y tierra en Alemania, América, España y dominios de esta, como Filipinas, isla de Cuba etc. En 1760 un jóven frances con 300 hombres, dispersó de noche 80,000 enemigos cerca de Pondicheri; la toma de esta ciudad por los ingleses, por mar se verificó en 1761. En este año la fortuna favorecia mucho á las guerras de los ingleses. En el mismo celebraron Luis XV, el rey de España, el de las Dos Sicilias y el infante duque de Parma, un pacto de familia, conviniendo en considerar como enemigo comun al que lo fuere de uno de ellos: la guerra con Inglaterra, siguió y desde esta época destruida ya en la de 1741 la marina de Luis XIV, las de Canadá y la de Luis XV, principió á fijar su superioridad la marina inglesa. Por fin sucedió á tantas guerras un tratado de paz en 1763 celebrado en Paris; por él los franceses cedieron á los ingleses el Cabo Breton, el Canadá y otras muchas tierras: veáse lo inútil que fué la sangre derramada por defender este último terreno. Desde la guerra de 1756 hasta esta época, Luis XV levantó muchos establecimientos y dió decretos muy útiles, relativos á diferentes objetos; de los mas ventajosos fueron la libertad de comercio concedida á su compañía de Indias. En 1767 murió la reina de Francia. En 1769 vino á París el rey de Dinamarca. En 1770 casó el Delfin con la archiduquesa Antonieta, hija de la emperatriz de Hungría. En 1774 murió Luis XV, de viruelas, y sus cualidades le dieron el sobre nombre de bien amado. La metafisica, fisica, astronomía, medicina, anatomía, botaníca, agrícultura, comercio, y bellas artes, como dibujo,

grabado, relojería y mil clases de maquinaria han producido en su tiempo hombres muy eminentes; lo mismo puede decirse de la literatura y poesía. La deuda nacional contraida con sus súbditos era muy grande en razon de las guerras; pero desde 1664 el Estado con la paz que disfrutaba satisfacia con alguna exactitud sus obligaciones. Los principales hombres que se han distinguido en la guerra de mar y tierra, han sido el duque Richelieu príncipes de Souwise, Condé y la Marche, mariscales de Estrées, Contades y Broglie, marqueses de Conflans y de Montcalm, Vaudreuil, Mr. de Saint-Jeronain, Mr. de la Clue, Sieur d'Aché y marqués de Castries.

VI.

El duque de Berri, nieto de Luis XV, siendo aun Delfin, se casó con Maria Antonieta de Austria, hija de la emperatriz María Teresa, y una de las princesas mas bellas y mas amables de que se puede formar idea. Celebráronse en Paris estas bodas con grandes festejos, pero ocurrió en ellos un accidente que turbó la alegria del pueblo y de la córte. Disposiciones mal tomadas, y la negligencia en dejar desembarazada la plaza de Luis XV, donde se dispararon los castillos de fuego y donde la guardia era poco numerosa, permitieron á muchos rateros aumentar la estrechez de la gente para robar con mas facilidad. Y lo consiguieron con efecto, pues mas de trescientas personas quedaron ahogadas en la plaza, y mil quinientas estropeadas, de las cuales perecieron muchas posteriormente. El Delfin y su jóven esposa manifestaron el mayor sentimiento por aquella desgracia, y consolaron á las familias aflijidas con la mayor liberalidad.

Al poco tiempo de este suceso murió Luis XV, y subió al trono el Delfin con el nombre de Luis XVI. Este príncipe era ciertamente uno de los hombres mas virtuosos que han ocupado el trono de Francia; pero vivia en un tiempo en que las virtudes no bastan para gobernar un Estado. Los franceses de este tiempo no tenian ninguna semejanza con los francos groseros é ignorantes que no conocian mas ley que la fuerza, ni mas virtud que el valor militar. La Francia de esta época era una de las naciones mas civilizadas de Europa: los señores mas principales en vez de imitar á los del tiempo del feudalismo, trataban á sus vasallos con bondad, porque estaban persuadidos de que sus inferiores en el estado social eran iguales suyos segun la religion y la naturaleza.

La voz de la humanidad habia alcanzado hasta á los mismos criminales. Una

de las primeras disposiciones del gobierno de Luis XVI, fué abolir el tormento, resto de la antigua barbarie é incompatible con la ilustracion moderna.

Casi todos los habitantes de las ciudades aprendian ya en esta época á leer y escribir, y procuraban tomar conocimiento de la marcha del gobierno y administracion del Estado: como los libros eran muy comunes y se adquirian con gran facilidad, podian ver todos los franceses lo que habia pasado en los tiempos antiguos, y conocer lo que les faltaba para ser libres y felices. Era entonces general el clamor contra los abusos, que los habia grandes en la antigua monarquía. El clero, por ejemplo, poseia una gran parte del territorio del reino, sin pagar por esta propiedad ninguna contribucion al Estado: la nobleza, aunque desde el tiempo del cardenal Richelieu habia consentido en servir al Estado con sus personas, se habia negado á contribuir con sus bienes al sostenimiento de las cargas públicas, á pesar de que poseia tambien, como el clero, una gran parte del territorio; de suerte, que solo quedaba el pueblo para sostener todos los gastos. Habia ademas otra multitud de abusos que sería prolijo y fuera de propósito enumerar aquí, pero cuya reforma deseaba ardientemente el pueblo sobre quien pesaban todos.

Penetrado de la necesidad de acudir á una reforma, Luis XVI, que no podia remediar par sí solo el mal, convocó los estados generales, que habian hecho al reino en otras circunstancias servicios de consideracion; pero como el daño que se trataba de remediar estaba enlazado con los cimientos de la monarquía, la convocacion de los estados produjo una revolucion violenta que trastornó el reino y derribó el trono que habian ocupado príncipes tan ilustres. El desgraciado Luis XVI cayó desde la cumbre del poder y la grandeza en un abismo de desgracias: despues de haber visto asesinar á sus mas fieles servidores, fué arrancado violentamente de su palacio y encerrado en una prision con la reina María Antonieta, sus hijos, y su hermana madama Isabel, que era un ángel de virtud y de hermosura. Antes de esta terrible catástrofe, el conde de Provenza y el de Artois, hermanos del rey, salieron fugitivos del reino con gran número de franceses, que en vez de reunir sus esfuerzos para salvar su patria, se retiraron á los países extranjeros y fueron conocidos con el nombre de *Emigrados*.

Luis se habria considerado muy dichoso si hubiera podido pasar su vida en la prision rodeado de su familia; pero los que lo habian destronado no creyeron segura la revolucion hasta que vieron en el cadálso á aquel príncipe desventurado. La interesante María Antonieta, que habia sido anteriormente objeto de tantas alabanzas y adulaciones, esperimentó algunos meses despues la misma suerte que su infeliz esposo, de la cual no pudieron librar tampoco á madama Isabel su juventud y su inocencia.

Antes de marchar al suplicio, habia escrito Luis XVI su testamento, en el cual resalta toda la bondad de su alma: despues de perdonar sinceramente á los que habian creido necesaria su muerte, dirige á su hijo este consejo: «si algun »dia tiene la desgracia de reinar, le recomiendo que piense que debe consagrar-

»se enteramente á la felicidad de sus conciudadanos; y olvidar todo rencor par»ticularmente en cuanto á las desgracias que ahora experimento.»

Cuando murieron Luis XVI y María Antonieta quedó su hijo, que tenia entónces nueve años, preso en la torre del Temple dónde fué tratado con la mas bárbara crueldad. A este príncipe se le daba ordinariamente el nombre de Luis XVII, que era el que le correspondia si hubiera llegado á ocupar el trono. Desde luego fué separado de su hermana que tenia algunos años mas que él, y le trataba con la mayor ternura: posteriormente le dieron por carcelero á uno de los hombres mas malvados de que hace mencion la historia: llamábase Simon, de oficio zapatero, y tenia un caracter tan feroz y cruel que jamás hablaba al príncipe sino para dirigirle las mas atroces injurias. Cuando el infeliz niño se quedaba dormido sobre los miserables harapos que le servian de cama, le despertaba Simon preguntándole á voces: «¿Capeto estás dormido?» Y el desdichado tenia que levantarse y presentarse ante aquel miserable que le despedia dirigiéndole las palabras mas injuriosas y groseras.

El desgraciado Luis no pudo soportar mucho tiempo tan miserable existencia, y tuvo la suerte de morir; la prolongacion de su martirio habria sido la mayor de todas las desgracias.

VII.

Desde la muerte de Luis XVI no tuvieron término los males que afligieron á la Francia: los revolucionarios que se habian apoderado del gobierno, declararon que la nacion formaria en adelante una república. Multitud de hombres devorados por una funesta ambicion, sacrificaron á millares los inocentes; y habiéndose dividido despues entre sí, se degollaron unos á otros. Jamás se vieron en Francia tan terribles catástrofes ni aun en los tiempos mas turbulentos. La relacion de tan sangrientas discordias habia causado en Europa una impresion profunda: muchos príncipes reunieron numerosos ejércitos creyendo que les seria fácil penetrar en Francia y restablecer el órden; pero los soldados franceses redoblaron su esfuerzo y rechazaron á los enemigos.

En medio de tantos desórdenes, combates, triunfos y miserias, apareció un hombre llamado Napoleon Bonaparte, cuya historia es ciertamente la mas extraor-

dinaria de que podemos tener noticia. Habia sido educado en la escuela militar establecida en París por Luis XV. Desde sus primeros años manifestó una inteligencia superior y una grande aficion al trabajo; y cuando se presentó por la primera vez en el ejército, se hizo notar por su serenidad en los peligros y por sus talentos militares poco comunes en los jóvenes de su edad.

Pero si Bonaparte estaba adornado de tan eminentes cualidades, tenia tambien una ambicion sin límites. En poco tiempo recorrió todos los grados de la milicia, y llegó á ser general en gefe de los ejércitos de la República, á cuya cabeza alcanzó importantes victorias sobre casi todas las naciones de Europa: marchó despues á Egipto donde se ciñó gloriosos laureles: se hizo nombrar cónsul á imitacion de los magistrados de la antigua Roma; y cuando vió que el pueblo y el ejército entusiasmados con su gloria y testigos de sus grandes hazañas le estaban sometidos, concibió la idea de restablecer el trono de Cárlo-Magno y ceñir su frente con la corona imperial de aquel poderoso monarca. No hubo entónces un solo frances que no mirase á Bonaparte como el salvador de la patria: él habia puesto fin á todos los males que habian asolado la Francia por espacio de tantos años: la prosperidad pública era obra suya, y su gloria reflejaba en toda la nacion.

Sin embargo, los que habian sacrificado á la familia de Luis XVI, no podian mirar sin indignacion que aquel hombre salido de las filas del ejército restableciese la monarquía, cuyas ruinas habian sido regadas con tanta sangre, y temian que llamase á los príncipes proscriptos que andaban fugitivos por diversos paises de Europa; pero Bonaparte les hizo conocer que era tan enemigo como ellos de los Borbones, porque habiéndose apoderado de un príncipe de esta familia, le hizo condenar á muerte por un consejo de guerra, como si hubiese sido culpable de algun crímen. La noticia de la muerte del duque de Enghien (que así se llamaba este príncipe desgraciado, nieto del gran Condé), causó en Europa una profunda sensacion: muchos franceses se unieron con los enemigos de Bonaparte, y desde entónces pudo preverse que su poder no seria duradero.

A poco de este suceso consiguió Bonaparte que el papa fuese de Roma á Paris para colocar sobre sus sienes la corona, y ocupó el trono con el título de Emperador de los franceses.

Este gran capitan que amaba con pasion los combates y la gloria militar, habia sostenido á la cabeza de sus intrépidos soldados guerras sangrientas contra todos los estados de Europa: se apoderó y se hizo coronar rey de Italia, á ejemplo de Cárlo-Magno; y cansado ya de disponer de tantas coronas, no quiso conquistarlas para sí y las repartió entre los suyos; creó reinos para todos sus parientes, convirtiendo la Europa entera en patrimonio de su nueva dinastía.

Habíase casado Napoleon con una hija del emperador de Austria, de la cual tuvo un hijo á quien dió el título de rey de Roma. Pero no se contentaba el emperador con hacer pasear por toda la Europa sus ejércitos victoriosos: en lo inte-

rior del reino fundó muchos establecimientos útiles y construyó infinidad de magníficos monumentos, el menor de los cuales habria bastado para inmortalizar á un príncipe menos insaciable de gloria.

Pero hubo una nacion generosa y esforzada que no queriendo doblar la cerviz al yugo de la dominacion imperial, levantó el estandarte de indepencia, y sirvió de núcleo á la coalicion Europea que destruyó al fin el poder colosal de Napoleon. Los heróicos esfuerzos de los españoles ofrecieron á las demas naciones una ocasion favorable para salir de la esclavitud vergonzosa en que por tanto tiempo habian permanecido.

Teniendo Napoleon ocupados en su lucha con España sus mas intrépidos soldados, declaró la guerra á Rusia, é invadió su territorio con un ejército formidable; pero aunque consiguió al principio sobre los rusos algunas victorias, le sorprendieron las nieves sin haber podido dar á sus soldados cuarteles de invierno. Sería imposible referir la inmensidad de calamidades que cayeron sobre aquellos intrépidos guerreros: baste saber que mas de cien mil murieron de hambre y de frio, quedando á centenares enterrados bajo la nieve. De este modo pereció el *grande ejército*, así llamado porque era el mas numeroso que llegó á reunir el Emperador.

Napoleon habia perdido con el grande ejército el mas firme apoyo de su poder, y sin embargo, se lisongeaba de hacer frente á todos sus enemigos: reuniendo nuevos ejércitos, los condujo á los campos de batalla; pero los franceses estaban cansados de guerras y habia pasado ya el tiempo en que sus soldados hacian temblar á las naciones europeas.

No sé si se acordará el lector de los príncipes hermanos de Luis XVI que á los primeros amagos de la revolucion huyeron precipitadamente del reino. El mayor de estos príncipes despues de la muerte de su sobrino Luis XVII. tomó el nombre de Luis XVIII. Era Luis un príncipe prudente é instruido que consagró el tiempo de su destierro á la formacion de leyes sábias que se proponia establecer en Francia si llegaba algun dia á ocupar el trono.

Cuando los soberanos extranjeros entraron en Paris, el pueblo pidió la vuelta de los príncipes de la antigua familia real. Napoleon entónces abdicó la corona, y al poco tiempo entró Luis XVIII en la capital del reino, á donde le habian precedido su hermano el conde de Artois y los príncipes de su familia. La vuelta á Francia de los Bordones es conocida generalmente con el nombre de *Restauracion*.

Al subir al trono Luis XVIII. dió al reino con el nombre de *Carta constitucional*, una ley fundamental, en la cual se fijaban la estabilidad del trono y la libertad de la nacion.

Pero el emperador que despues de su abdicacion habia sido relegado á la isla de Elva, desembarcó repentinamente en Francia donde fué recibido por sus antiguos soldados con un entusiasmo imposible de describir: el rey, que no esperaba

este acontecimiento, tuvo que salir precipitadamente del reino, y Napoleon restableció de nuevo el poder imperial, prometiendo á los franceses, si lo sostenian en el trono, hacerlos gozar de una libertad verdadera.

Esta noticia alarmó á todas las naciones de Europa que tomaron de nuevo las armas contra la Francia; pero Napoleon, al rededor del cual se habian reunido los restos del grande ejército, marchó contra sus enemigos y los encontró junto á una aldea de Bélgica llamada Waterloo donde se empeñó una de las mas terribles batallas de los tiempos modernos. El emperador de los franceses fué vencido nuevamente despues de los mas gloriosos esfuerzos; y comprendiendo entónces que era inútil toda resistencia, abdicó de nuevo el imperio, y escribió al rey de Inglaterra á quien consideraba como el mas generoso de sus enemigos, una carta memorable en la cual le pedia hospitalidad en sus estados. Pero quedó burlada su esperanza: en vez del asilo que se habia lisongeado obtener, encontró un duro cautiverío por medio del cual quisieron los soberanos de Europa que espiase aquel hombre prodigioso las humillaciones que les habia hecho sufrir por espacio de tantos años.

La isla de Santa Elena fué el lugar escogido para prision de este hombre extraordinario que despues de haber visto á sus pies la Europa entera, pasó los últimos años de su vida agoviado por todo género de penas y sufrimientos.

Luis XVIII habia prometido á la nacion que todos los príncipes de su familia al subir al trono jurarian respetar la carta, á fin de que los franceses tuviesen la seguridad de gozar de las garantías que él les habia ofrecido. En efecto, cuando el conde de Artois sucedió á su hermano con el nombre de Cárlos X, parecia hallarse animado de las mismas intenciones: las benévolas palabras del nuevo rey hicieron concebir halagüeñas esperanzas de este reinado cuyos primeros actos fueron tan agradables á la nacion.

Pero los mismos hombres que se habian opuesto á las intenciones de Luis XVIII, esperando ser mejor acogidos por su sucesor, llegaron á creer que seria el príncipe mas poderoso de Europa: Cárlos X los escuchaba con demasiada complacencia, y el pueblo que lo sabia empezó á desconfiar de su rey.

Verificóse por este tiempo la gloriosa conquista de Argel, suceso que produjo en Francia extraordinaria alegría. Cárlos X cediendo á las persuasiones de sus consejeros y aprovechándose de la satisfaccion que habia producido en Francia tan importante victoria, publicó unas ordenanzas que cambiaban enteramente la carta constitucional. A esta noticia todo el pueblo de Paris tomó las armas y derribó á quien parecia haber abandonado la buena fé. Cárlos X salió por tercera vez del reino con su familia; pero el pueblo frances que sabe que sin órden no hay sociedad posible, trató en el momento, de dar un sucesor al monarca desterrado. Los diputados de la nacion que se habian reunido en Paris en aquellos momentos de peligro, ofrecieron la corona al duque de Orleans, primo de Cárlos X, príncipe, cuyo patriotismo era conocido desde los primeros tiempos de la revolucion. Cuan-

do los diputados se presentaron en su palacio de Neuilly lo encontraron rodeado de sus hijos, jóvenes brillantes, educados todos en los colegios públicos y en los cuales fundaba la Francia la gloria de su pervenir.

El duque de Orleans aceptó la corona que se le ofrecia, y tomó el nombre de Luis Felipe I, rey de los franceses, para dar á entender que su soberanía no se fundaba en el territorio de la Francia sino en la confianza del pueblo frances que lo elevó al trono.

VIII.

El monarca Luis Felipe I, hijo de tantos príncipes de la casa de Borbon, descendiente de Enrique IV y nieto de Luis XIV, tuvo la gran ventaja de pertenecer á la vez al antiguo mundo por su raza, al nuevo por su nacimiento, por sus estudios por sus desgracias, por las inesperadas grandezas de su casa.

La vida de este hombre célebre por tantos titutos es de una grande enseñanza para los pueblos y para los reyes; y es tambien árdua empresa el escribirla estando recientes los sucesos que ocasionaron su elevacion y su caida.

No ha mucho que decia uno de los biógrafos de Luis Felipe (1): una sola palabra servirá para señalar en el porvenir al rey de la revolucion de Julio; se le llamará: *Luis Felipe el conservador*, y en su tumba se leerá por toda alabanza; *supo reinar y gobernar*.

En efecto, pocos soberanos prometian mayores felicidades á sus pueblos, pocos vislumbraban un porvenir mas venturoso, no contando con la fragilidad de las cosas humanas. El número de sus hijos, la envidiable juventud que rodeaba el glorioso nombre de estos, los servicios prestados á su patria, los que se esperaban aun de sus talentos, el esplendor de las alianzas que habian contraido, la fecundidad de sus matrimonios, y la misma grandeza de la Francia contribuia todo á que se considerara Luis Felipe como el monarca mas feliz del universo; y lo era sin duda.

Primogénito del duque de Orleans, nació el 6 de Octubre de 1773, llevando ya el título de duque de Valois.

(1) Julio Janim.

El siglo XVIII estaba próximo á sepultar en el abismo las tradiciones, las ciencias, la religion, el trono: todo lo mas sagrado que habia para la sociedad humana: esos venerandos dogmas combatidos por una filosofía positiva, incrédula, exajerada, porque abundaba mas en pasiones que en verdad.

Los clamores ó mas bien los gritos de los filósofos enciclopedistas, humillaron los infantiles años de Luis, que á los primeros de su edad tomó el título de duque de Chartres; cuando se aproximaba á la época en que esta vana ostentacion era un crímen de muerte, en que bastaba haber poseido un título de nobleza para ser indigno del de ciudadano frances.

Tres años tenia cuando recibió los despachos de gobernador de Poitiers; y aunque solo sabia entónces empezar á jugar, iba desenvolviéndose el genio del jóven príncipe con una precocidad maravillosa. La corte entónces seductora con su esplendor, pero cuyos peligros eran inminentes, porque era una sociedad escéptica, no podia ser la mejor escuela para el jóven Luis, tampoco se la diera su padre que á su ternura añadia la severidad del maestro. Dióle pues un preceptor, y este fué el caballero Bonnald, uno de estos genios políticos, delicados, llenos de honor, de entusiasmo y de amor por todo lo bello y lo sublime; á pesar de negarle alguna de estas dotes Madama Genlis.

A Bonnald se agregó esta célebre escritora que, poseyendo esa celestial ternura de que está dotada la mujer; y esa inquieta vivacidad del genio, nada descuidó para formar el corazon y embellecer el talento de su discípulo, que lo eran tambien sus dos hermanos Montpensier y Beaujolais. Madama de Genlis parecia que adivinaba el futuro destino de su educando, al haber tenido ocasion de decir esta historiadora: «Muchas veces despues de sus desgracias me he felicitado por la educacion que le dí. ¡Cuánto he celebrado el haberle hecho aprender desde niño las principales lenguas modernas; el haberle acostumbrado á servirse por sí mismo; á desechar toda especie de pereza, á acostarse con frecuencia en lecho de madera; á arrostrar el sol, la lluvia, el frio; á familiarizarse con la fatiga por medio de ejercicios violentos, y haciéndole andar diariamente cuatro ó cinco leguas; y haberle, en fin, proporcionado la instruccion y el gusto por los viajes! Con una educacion semejante, nada debia importar al jóven príncipe cuanto debia á la casualidad de su nacimiento y á la fortuna; pues siempre le quedaria lo necesario para ser un hombre útil á la sociedad y así mismo.»

Estas líneas dan la mas exacta idea de la excelente educacion que recibió: magnífica enseñanza que hace aprender al príncipe á bastarse á sí propio; á no necesitar de su fortuna, perecedera para quien menos lo podia esperar. ¡Cuántas veces bendeciria Luis Felipe en su desgracia á su sábia preceptora! ¡Cuántas utilizó sus importantes lecciones! En vez de mendigar el sustento del orgullo de un poderoso, lo debió el príncipe proscripto á su inteligencia desarrollada y cultivada por madama Genlis; esta mujer que pulsaba diestramente la lira, cantando romances é historias, poemas y comedias, y escribia excelentes tratados

de educacion, que parecian el arrepentimiento de su atolondrada juventud.

Ambos preceptores, celándose mútuamente rivalizaban en obsequio de su discípulo. Sin duda que se excedian algunas veces en su animosidad; pero debe atribuirse esta mas bien á la contradiccion que existia en los génios de Genlis y Bonnald: aquella, inquieta, afluente de palabras y oradora de sociedad: este, sosegado, silencioso y ocupando siempre el sitio de espectador: por esto decia en sus versos que

«Era el silencio el alma de los necios
y una de las virtudes de los sábios.»

A lo que contestaba su rival: «El silencio no es una virtud ni un vicio porque puede ser criminal ó virtuoso segun las circunstancias.»

Mr. Bonnald tenia verdadero genio capaz de grandes concepciones; pero no mostraba en público ni el ardor de su alma, ni el brillo de su inteligencia. Madama Genlis poseia un mérito real; delicadeza de sentimientos, moral pura, fina observacion. Dotes que sobresalian en sus escritos, faltos en cuanto al estilo, de correccion y ligereza, sobresaliendo en la crítica, en la cual empleaba bastante rigor.

Las lecciones de estos profesores conquistaron las simpatías y el cariño de su noble discípulo, siendo tanta la aficion que les mostraba, que aun viendo en aquel retiro donde se leia en letras de oro esta máxima de Addison: *Es en la soledad donde se encuentra la verdadera ventura, y no en medio de las grandezas del mundo*; se consideraba dichoso sin anhelar otra cosa que la presencia de sus maestros amigos.

Aunque gratos al poder de Luis estos principios de educacion, comprendia bien que necesitaban mas sus hijos, en una época que se presentaba trastornando la sociedad; vislumbrándose muy bien que el reinado de la inteligencia no tardaria en prevalecer sobre el lustre de la cuna. Ya tuviese la prevision de lo que despues sucedió, ó acertára por casualidad, se propuso hacer mas útil la educacion de sus hijos, á cuyo fin les dió por director de ella á madama Genlis, despues de haberla consultado sobre la persona en quien recaeria tan honorífica empresa.

En 5 de Enero de 1782 quedan bajo la direccion de madama Genlis, Luis Felipe y su hermano el duque de Montpensier, y al año siguiente el otro hermano conde de Beaujolais.

En moda entónces en la sociedad francesa los principios de educacion de Rousseau, en cada familia se queria tener un *Emilio* y madama de Genlis, entusiasta por todo lo que conmovia la imaginacion, se decidió á aplicar el sistema creado por el ciudadano de Ginebra, y le siguio con perseverancia, estableciendo así el programa de su enseñanza; lenguas muertas y vivas, mitología, física,

geografía, ciencias exactas, leyes, dibujo, arquitectura, cirugía, farmacia, agricultura y artes mecánicas.

Preciso es declarar que madama de Genlis supo con su buen talento llevar á efecto tan vasto plan de educacion; vencer la repugnancia al estudio que mostraba su mayor discípulo y hacer al móvil de una emulacion excesiva las cualidades que sobresalian en Luis Felipe; talento, amor propio y buen corazon.

A las lecciones teóricas, se añadia la práctica, que es la verdadera enseñanza: estudiaban la agricultura y la botánica, cultivando un pequeño cuadro de un jardin: aprendian la arquitectura haciendo edificios de carton, y para que nada faltára de lo que el célebre Rouseau y nuestro compatriota Montengon prescriben: dedicaba Luis ciertas horas á trabajar de carpintero como *Emilio* y á hacer cestas como Eusebio; saliendo de sus manos algunas obras perfectamente concluidas, que iban á parar al pobre albergue de algun infeliz de la comarca en quien practicaban los régios alumnos las obras de caridad que les enseñaba su directora.

Sin duda que este seductor método de educacion es mas aceptable que el hacer aprender de memoria á un niño el mentiroso lenguage de los animales y aglomerar en su imaginacion multitud de preceptos de moralidad y virtud, de dificil enseñanza y de facíl olvido.

Madama de Genlis veia con esa purísima satisfaccion que engendra en un maestro los adelantos de su discípulo, los que hacia el jóven duque de Chartres.

«Yo diré, decia ella en su diario escrito en cada noche, que ha nacido bueno, y se ha hecho ilustrado y virtuoso. No participa de la frivolidad de sus pocos años, desdeña sínceramente las puerilidades que ocupan, por lo comun, á tantos jóvenes, el porte, los adornos, las bujerias y baratijas de todo género, y la moda. Es desinteresado, desprecia el fausto, es noble por consecuencia, y tiene un excelente corazon, cualidad que puede con la reflexion producir todas las otras.....»

«Veo con mucha satisfaccion, continua, que el duque de Chartres, y el de Montpensier, cuanto mas avanzan en edad, mas se afirman en ellos los sentimientos de una piedad verdadera, y el amor á la modestia, á la honestidad y á la virtud. Puedo decir con verdad, que no hay jóvenes mas puros que ellos y mas religiosos sin pequeñez, sin beateria; porque conocen bien la religion, y están perfectamente penetrados de la sublimidad y de la perfeccion de su moral.»

En 1787 hizo Luis Felipe el primer viage en union de su familia y madama de Genlis, que fueron á Spa á tomar las aguas minerales. Contentos los jóvenes del alivio que habian hallado sus padres en aquel sitio agreste y solitario, lo embellecieron, formando esplanadas cubiertas de flores, caminos y un sencillo monumen-

to de mármol blanco, donde gravaron estas palabras:

A LA RECOMIAISSANCE.

y debajo esta inscripcion hecha por el duque de Chartres:

«Habiendo las aguas de la *Sauviniese* restablecido la salud de la duquesa de »Orleans, sus hijos han querido embellecer los alrededores de la fuente, y ellos »mismos han trazado los caminos, y desmontado este bosque, con mas ardor y »asiduidad que los obreros que han trabajado bajo sus órdenes:» En último término estaban los nombres de los cuatro hermanos.

La inauguracion de este elocuente testimonio de gratitud y buen gusto, se hizo con novedad y poesía. Guirnaldas de olorosas flores le enlazaban por todas partes, ligando á los cuatro niños al pié en diferentes y estudiadas actitudes; y una música, cuyos sonidos salian mas refinados de un bosque inmediato, hicieron del momento en que se presentaron los duques, uno de los mas felices de su vida, de los cuales habian de despedirse en breve.

Al volver de Spa, pasaron á la vista del viejo castillo de Franchimont, que servia de prision por deudas, y se hallaba colocado en medio de un vistosísimo panorama. Contemplándolo Luis Felipe esclamó: «Mientras haya prisioneros detras de esas viejas murallas, será este paraje bien triste á pesar de toda su belleza.» Y al momento propone abrir una suscricion para libertar á los detenidos. Madama de Genlis apoya esta generosa idea, cuya realizacion no se hace esperar.

Durante el viaje se detienen tres dias en Gives, donde el duque de Chartres pasa revista al 14.° regimiento de dragones, del cual era coronel desde 1785. En esta poblacion el conde de Valence obsequió á los viageros con variadas fiestas, y entre otras con un simulacro de ataque, defensa y toma de un fuerte, colocado sobre lo alto de una colina.

Despues de la accion, el jefe de las fuerzas sitiadoras presenta su espada victoriosa al duque de Chartres, que la rechaza diciéndole: «Está en muy buenas manos para que yo la admita». «Esta palabra obligatoria dice, madama de Genlis, tuvo tanto mas aplauso cuanto no se habia podido aconsejar.»

Continuaron su camino, y llegaron á Paris pasando por Sillesy. Al año siguiente pasaron á la Normandía, la Bretaña. la Turania, al Havre y al célebre monte de San Miguel, donde se hallaba la caja de madera en que habia sido encerrado, entre otros, un gacetero holandes diez y siete años, por escribir contra Luis XIV; caja que rompió el duque de Chartres, así como el pueblo destruyó un año despues la Bastilla.

Algunos presos bendijeron en la libertad la visita del duque, quien marchando á Passais, en los alrededores de Domfront, tuvo ocasion de ser el instrumento de Dios para premiar la virtud y el amor filiar de una jóven, que sin mas arbitrio

que su huso, estaba atendiendo á su madre enferma hacia catorce años, y privábase de su alimento porque no la faltara. Ciñóla el duque la corona de rosas, segun el uso del pais, y la dotó con 1,200 francos.

Salia apenas el duque de Chartres de su niñez, cuando la revolucion francesa iba adquiriendo colosales proporciones. La vieja monarquía se hundia bajo el peso de la elocuencia de Mirabeau. Entónces tocó hacer al duque de Orleans uno de esos papeles difíciles de representar. ¿Tenia ambicion, ó patriotismo? ¿Odiaba á su pariente, ó amaba al pueblo? ¿Tuvo el valor del héroe que sacrifica las mas caras afecciones del corazon, ó la cobardía del que abandona á los caidos? Árdua es la resolucion de estas preguntas que pueden hacerse al padre de Luis Felipe.

Halagado con esa inconstante popularidad que siembran las revoluciones á la ventura por los mas peligrosos caminos, se entregó en cuerpo y alma á estas revueltas, á esos tumultos, á ese pueblo furioso que enarbolaba un nuevo pendon, cuya pureza manchó.

En esta revolucion naciente el jóven duque de Chartres seguia á su padre como un niño entusiasta, ávido de novedades y que no podia preveer donde se detendrian estos primeros pasos de un pueblo impulsado por los resentimientos de lo pasado y por las seducciones del porvenir. ¡Quién podia prevenir en la aurora turbulenta de 1789 los destinos de la Francia en 1793!

Las primeras manifestaciones patrióticas del duque de Orleans le valieron ser desterrado y le acompañó su hijo.

Fatigado Luis XVI de los obstáculos que contrariaban sus voluntades, se resuelve á un partido decisivo, y desea rodearse de todos los grandes del reino, para contestar á todas las representaciones del parlamento. Despues de fijar el dia de la audiencia, llama á Orleans de su destierro.

De tales acontecimientos se resintió el duque de Chartres, quien en vez de recibir la órden del Espíritu Santo, que le correspondia á la edad de 14 años, no obtuvo esta dignidad hasta el 1.° de Enero de 1789.

Las sesiones del juego de pelota y las consecuencias que de ellas emanaron, en las cuales desempeñó uno de los principales papeles el duque de Orleans, le captaron el entusiasmo público, y la decidida enemistad de la corte. Esto lanzó á este príncipe á entrañarse en la revolucion mas de lo que deseaba.

Luego se le vió renunciar la presidencia de la asamblea nacional para la que habia sido elegido en medio de los aplausos de una inmensa mayoría. Pretendia el duque disminuyesen los resentimientos que le demostraba la corte; mas sin conseguirlo no sabia ni aun escojer la posicion que le convenia en tan críticas circunstancias: pues tuvo entónces lugar la insurreccion que derribó la Bastilla.

Con los muros de esta prision caen todas las viejas instituciones, los feudos, los privilejios, todo lo que formaba las elevadas distinciones de aquella época. Corre el pueblo á vengarse: persigue á los nobles, y se precipita un dia sobre

los hijos de Orleans que corrian á caballo. Oyen gritar que huyen, y se detienen de pronto diciendo: «Puesto que se nos acusa de *huir*, no continuemos nuestro viage.» Al saber los perseguidores que era el duque de Chartres, cálmase instantáneamente la irritacion de aquellos que antes le perseguian, y le colman ahora de bendiciones, gritando: ¡Viva el duque de Chartres! ¡Viva el duque de Orleans!

Tal era el afecto que el pueblo mostraba á esta familia, á la que debió la Francia tanto beneficio: familia que pudo haberla salvado de muchos desastres que no fué fácil evitar, ni impedir tampoco la propia ruina. Este ha sido el gran defecto de Orleans.

El vasto libro abierto delante del duque de Chartres no podia ménos de hablar á su imaginacion, á sus ojos y á su corazon. Dolorosamente afectado del destierro de su padre á Villers-Cottents, adquiere con este acto una saña instintiva contra el despotismo; y cuando tres años despues vió desde el jardin de Beaumarchais como se relebaban unos á otros los parisienses para derribar la Bastilla, comprende el formidable poder en que desdeñaba apoyarse la monarquía: y despreció á todos los cortesanos, cuyos temerarios consejos prolongaron la ceguedad de la córte, impulsándola irresistiblemente á su pérdida.

El duque de Orleans desempeñaba, á veces sin quererlo, una parte muy activa en estos acontecimientos.

Ya se le creia ligado con Mirabean, el ilustre orador ministro, para ser lugar-teniente general del reino: ya se le proponia para la sucesion á la corona de España: ya Mr. Montmorin, ministro de negocios extranjeros, hace brillar ante los ojos de Orleans el futuro título de duque de Brabante, queriéndole enviar á los Países-Bajos á fin de contener la insurreccion de la Bélgica contra el Austria, lo cual rehusa: y ya, en fin, envia la córte á Lafayette, á ofrecerle una mision diplomática en Inglaterra, diciéndole estas importantes palabras, que retratan fielmente la situacion del padre de Luis Felipe: de grande importancia para comprender la de su hijo.

«Príncipe, le dice, rotas están todas las ramas del trono; pero este existe aun entero, y existirá siempre, porque él es el escudo de la Constitucion y de la libertad del pueblo. La Francia y el rey tienen igualmente necesidad de la paz, y vuestra presencia en estos sitios parece un obstáculo. Los enemigos de la patria, que son los vuestros, abusan de vuestro nombre para extraviar á la multitud, y excitar desórdenes. Ya es tiempo de concluir con estas turbaciones y estos ruidos injuriosos á vuestra gloria. Vuestras relaciones en Inglaterra os dan los medios de dispensar al reino importantes servicios. El rey os confia sus intereses, en la persuacion de que os apresurareis á corresponder á esta honrosa prueba de su confianza y á contribuir al restablecimiento del órden, quitando de este modo al instante un pretexto á los perturbadores del órden público.»

Despues de largas relaciones, acepta Orleans, á pesar de oponerse Mi-

rabeau, que esclama al saber su partida : *No merece la pena que uno se toma por él.*

La Francia continuó su revolucion; y siempre avanzando, se llegó á la célebre sesion del 4 de Febrero de 1790, en que el rey pronuncia un discurso patriótico, y se compromete á mantener la Constitucion. Corresponden á él los diputados, y el juramento cívico es repetido por toda la Francia : Orleans envia desde Lóndres su adhesion por escrito; sus hijos ceden al impulso general.

El 9 de Febrero, van con los uniformes de guardias nacionales al distrito de San Roque, y el duque de Chartres borra todos los títulos de nobleza que acompañaban á su nombre, al cual añade esta sencilla cualidad : *ciudadano de Paris.* —«El presidente, decia el *Moniteur*, rinde al patriotismo y á las virtudes de los jóvenes príncipes el tributo de elojios que merecian.» La contestacion de monsieur Chartres, llena de gracia y de sensibilidad, excita los mas entusiastas aplausos.

El nuevo ciudadano de Paris, contaba á la sazon diez y seis años y medio; é identificado con la revolucion, asistia asíduo y lleno de entusiasmo á las sesiones de la Asamblea constituyente. Miembro de la Sociedad filantrópica fundada por el duque de Charost, tomó una parte activa en sus trabajos Amaba la causa popular, y se afilió á ella con todas sus consecuencias.

Cuando la Asamblea, ocupada en destruir los últimos vestijios del feudalismo, trata de abolir el derecho de primogenitura, corre á abrazar á su hermano Montpensier, manifestándole su alegría por una determinacion que sancionaba la igualdad que ya existia entre ellos de corazon.

Vuelve Orleans á Paris, y asiste con su hijo Luis Felipe á la magnífica solemnidad de la federacion, en la que el célebre abad Tayllerand acompañado de doscientos prelados con albas blancas y escarapelas tricolores, celebra la misa en el altar de la patria.

A la imcomparable alegría de esta fiesta grandiosa sucedió la ercision de las pasiones, desencadenadas algunas contra Orleans.

La grande traicion del conde de Mirabeau, se publicaba por las calles, y en ella se envolvia á Orleans, entablándose contra ambos una acusacion que no tuvo notables resultados.

Una sociedad formada por algunos diputados bretones amigos de la libertad, con objeto de velar por los intereses de su provincia, y que fué llamada en 1789 *club Breton*, y mas adelante *de los amigos de la constitucion*, se la conocia luego por el *club de los jacobinos*, por haberse instalado en el convento de los religiosos de este nombre.

Profundamente conmovido el duque de Chartres por los ardientes discursos de la asamblea nacional, queria ensayar su papel de tribuno. El club era el único palenque que tenia abierto.

Contaba entónces diez y siete años, y halagado con la idea de la gloria que pensaba conseguir, solicita, con el asentimiento de su padre, el honor de ser ad-

mitido en los Jacobinos. Es presentado por Silley, y el primero de Noviembre de 1790 inaugura su entrada con un discurso aplaudido y encomiado en los periódicos.

El descendiente de reyes, el príncipe de sangre real, el llamado un dia á ocupar el trono, se vé aplaudido en su ingreso en el célebre club de los Jacobinos, escuela de Marat y Robespierre por haber declamado con patriótico fuego, contra la tiranía de los reyes, contra los privilegios de la nobleza, y por haberse adherido, con puro corazon, si, porque solo tenia diez y siete años, á la causa que proclamaba la soberanía del pueblo y la igualdad del género humano. Luis Felipe obraba sin duda impulsado de sus sentimientos, por su alma francesa, y por el estímulo de la gloria que le hacia agruparse al pendon que enarbolaba la Francia, rompiendo para siempre con sus antiguas tradiciones.

Aquí comienza uno de los episodios, que no es de los ménos interesantes de la juventud de Luis Felipe. Entregado así mismo en esta vasta escena del mundo, donde el vértigo se apodera de la mayor parte: y donde son tantos los escollos, vá á representar un papel digno de admiracion: el de un jóven que sin mentor, encuentra en su educacion viril y religiosa, una égida contra las pasiones, sin usar de su libertad, sino para compartir el tiempo entre el estudio y el cumplimiento de sus deberes, sino como hijo, como ciudadano.

Sin estar ya bajo la autoridad de madama de Genlis, continua aprovechándose de sus lecciones, cuyo beneficio sabe aprovechar noblemente, cuando penetrado su corazon de gratitud la ofrece una sortija con esta inscripcion: *¿Qué habria yo sido sin vos*? Palabras que eran sin duda para su maestra la mas dulce recompensa de sus sacrificios y de sus cuidados.

Luis Felipe se consideraba ya otro hombre. Imbuido en las ideas de madama de Genlis formó tambien su diario para examinar por él su conducta y arreglar así sus acciones.

Veámos algunas líneas; porque ellas retratan mejor á nuestro personaje; pues las ideas confiadas á un papel reservado, donde se esponen los mas íntimos sentimientos del corazon, lo revelan y se conoce por ellos. . . . .

«5 de Noviembre.—He asistido esta mañana á la Asamblea. Por la tarde á los Jacobinos: se me ha nombrodo del *comité de las presentaciones*, ó lo que es lo mismo del comité encargado de examinar las propuestas.

»9.—He asistido por la tarde á los Jacobinos. Se me ha nombrado censor. Supe habia sido nombrado tambien para la diputacion encargada de llevar á la Asamblea el proyecto relativo al juramento del juego de pelota. . . . .

»16.—He estado en los Jacobinos: he pedido la palabra, y he dicho que el año último se tuvo la bondad de admitirme, dispensándome la edad en la sociedad filantrópica; que esta sociedad contaba con cien mil libras, y que este año en vez de tener esta cantidad á su disposicion, no tenia mas que cincuenta, pues muchos ricos han dado su dimision protestando que la revolucion les impedia dar cuatro

luises al año. Esto tiene dos razones: la primera poder decir que la revolucion ha derribado este respetable establecimiento; la segunda que disminuyendo los recursos de la sociedad filantrópica, disminuye forzosamente el número de los pensionados, que sin este medio de subsistencia creeran que *es la revolucion la que les quita el pan*. En su consecuencia me parece digno de la sociedad de los amigos de la Constitucion, sostener la sociedad filantrópica, é invito á cuantos puedan dar cuatro luises al año á hacerse inscribir, y á los que no puedan, á que contribuyan al menos con lo que les permita su fortuna. Fuí muy aplaudido; y á propuesta de Mr. Faydel se decreta enviar á la sociedad filantrópica una cuestacion hecha. . .

»18 de Diciembre.—Ayer he comido en el palacio real, en compañia de las señoras de Charce, Saint Simon etc., etc. Todo ha sido cuestion de juego, se emitian algunas chanzonetas de una aristocracia insulsa. . . . .

»2 de Enero de 1791.—Ayer he estado en las Tullerías en traje de ceremonia. Gracias á mi padre se ha quitado la lista aristocrática de los príncipes, pares y duques, etc., y se ha llamado por antigüedad, exceptuando á *Monsieur* y á Mr. de Artois. *Monsieur* ha ocupado el mismo lugar que cuando era príncipe. El cardenal de Rochefoncauld ha ocupado el suyo sin contestar al llamamiento. La reina ha hablado á mi padre y á mi hermano; pero nada me ha dicho. Ni el rey, ni *Monsieur*, ni nadie, me han hablado. . . . .

»5.—He estado ayer en la Asamblea..... A las dos se ocuparon del juramento de los obispos y de los curas, miembros de la Asamblea..... A las cinco y media hemos ido á la Comedia francesa: era la primera representacion del *Despotismo derrocado*, de Mr. Harny. Es la revolucion puesta en accion, la toma de la Bastilla.

»Esta pieza tuvo grande éxito. Se pidió al autor y se le dió una corona. Esta mañana fui á casa de Harny y no le hallé.

»7.—He ido á casa de Harny y le ví al fin. Le he abrazado y le he probado lo mejor que he podido, el placer que me causó su comedia: me parece le ha satisfecho mi visita.

»8.—He estado ayer mañana en la Asamblea; á las seis en los Jacobinos. Mr. de Nouilles presentó una obra sobre la revolucion de Mr. José Jower, contestando á la de Mr. Burke. Se hizo un grande elogio, y se propuso nombrarme traductor. Esta proposicion fué acojida con numerosos aplausos: acepto temiendo por el éxito. Mi padre lo reprueba y me dice que me excuse el domingo en los Jacobinos.

»10.—Ayer tarde he estado en los Jacobinos con Mrs. de Sillery y Voidel: he dicho (por órden de mi padre), *que no hallándome en estado de hacer una obra, solo me encargaria de la traduccion literal, que Mr. Pieyre la redactaria y pondria su nombre*. Esta proposicion fué adoptada.

»8 de Febrero.—Ayer estuve un momento en la Asamblea, en seguida á casa de Mr. de Rochamboau para preguntarle como conseguiria que mi regimiento estuviera con su ejército.

»9.—Ayer he estado en un nuevo clud, *hotel* de los estados generales, calle de Richelieu, del cual soy fundador: firmó el reglamento que prohibia los juegos de azar. . . . .

»2 de Abril.— Ayer he tenido una larga conversacion con mi padre y con mi amiga: yo escribiré algun dia el objeto.»

No lo hizo: pero no se ignora. El asunto no podia ser mas delicado ni mas triste. Se trataba de disensiones domésticas causadas por las ilícitas relaciones que existian entre el duque de Orleans y madama de Genlis: relaciones que robaban el afecto y las atenciones que merecia la duquesa. Abusando la directora de Luis Felipe y sus hermanos, de su posicion y de su talento, conquistó el cariño del padre ó se dejó conquistar por él, é hizo la desgracia de aquella familia tan extraviada ya por todos conceptos.

La duquesa de Orleans se veia herida en lo mas caro de sus afecciones; en su cariño, en su autoridad de madre, en cuanto podia formar su dicha. Se consideraba desgraciada y lo era en efecto. Poseia el suficiente talento para conocer no solo su posicion sino la de sus hijos, en especial la de Luis Felipe, y se lamentaba de la direccion que se le daba á tan tierna edad, por el solo prurito de hacerle notable. Comprendia bien el caro precio á que compraba una felicidad ficticia, que se le hacia prescindir de los sentimientos de familia, de los de honra; y esto que lo entendia tambien el pueblo, si en sus momentos de irreflexivo entusiasmo le aplaudia, desconfiaba luego de su héroe porque no creia buen ciudadano al que era mal pariente. ¿Tuvo otra causa la muerte de Orleans? ¿De qué le sirvieron tantos y tan inútiles sacrificios en favor de la revolucion? Su nombre era un recuerdo perenne de lo que mas odiaba el pueblo, que no podia identificarse con el que lo llevaba, por sentir una repugnancia instintiva que se abriga en los corazones nobles.

Mas inteligencia mostraba la duquesa que su esposo: queria permanecer espectador de aquel grandioso drama y no representar en él un papel que con traje de patriotismo ocultára una alma solapada si no pérfida.

Sus hijos habian sido puestos contra su voluntad bajo la direccion de madama Genlis: y se creyó con derecho de exigir su retirada: se resiste madama Genlis prevaliendose del ascendiente que tenia sobre el duque; se originan escandalosos acontecimientos, y en último resultado presenta la desgraciada madre una demanda de separacion fundada sobre la diferencia de opiniones políticas y religiosas, etc., y sobre la irresistible aversion que tenia á madama Genlis, que la habia arrebatado hasta el cariño de sus hijos.

Y en efecto, Luis Felipe solo tenia para su madre deferencias respetuosas; para su directora, la mas profunda afeccion.

Los maestros son, nuestros segundos padres; pero el que los coloca en primer lugar es un mal hijo, y esto era Luis Felipe. El mismo lo declaraba cuando escribia á madama Genlis. *Lo que mas amo en el mundo es la nueva Constitucion y vos.*

Nuevos acontecimientos llamaron á Luis Felipe á otra carrera. Del club marchó al campamento, y Bousu y Quaragnou fueron los primeros testigos de la valentía que demostró en estos combates; así como en la accion de Quievrain, que le valió el despacho de mariscal de campo, concedido el 7 de Mayo. Ascendió á teniente general el 11 de Setiembre del mismo año de 1792, y á los nueve dias se cubrió de gloria en la inolvidable batalla de Valmy.

Habíase en tanto proclamado la república, y Luis Felipe la jura. De Valmy á Jemmapes, mediaba poco: pero cada minuto debia ser una nueva de muerte ó de sangre. La gloriosa jornada de Jemmapes fué el 6 de noviembre. En la imposibilidad de referir una accion que forma las páginas que con mas orgullo ostenta la Francia, solo diremos que salvó á esa misma Francia, afirmó su república, é inmortalizó á Dumourier y su ejército.

Luis Felipe fué soldado valiente, y un hábil general; pero acababa de triunfar en obsequio á la república, y al dia siguiente le rodeaba esta de espías, que le siguen cuando torna á Paris, llamado por su padre para acompañar á su hermana Adelaida á Inglaterra.

De regreso de este viaje vuelve á su regimiento para asistir á la deplorable batalla de Neerwinde, que tuvo por resultado la gran traicion de Dumourier, que se pasa á los austriacos, y con él Luis Felipe, que pide en Austria un pasaporte en vez de una espada, pues no quiere combatir á su patria, si bien pocos años despues no pensó del mismo modo al venir á España á ofrecer sus servicios contra los franceses.

Luis Felipe puede ser perfectamente el héroe de una Odina: con dificultad presenta la historia de nuestra época una vida mas romancesca. Desde general de un ejército se le vé recorriendo á pié la Suiza, esplorando la cumbre de los Alpes, y aceptando luego una plaza de catedrático en el colegio de Reichenau, en el pais de los grisones.

Mientras Luis Felipe creia asegurar así su tranquilidad, cada noticia de su patria le llenaba de amargura: sus mas caros amigos habian subido al cadalso, que no respetó ni aun á su padre. Retiróse entónces con su amigo el general Montesquieu y con él vivió modestamente con el supuesto nombre de Corby.

El desgraciado huérfano no podia hallar tranquilidad en Europa, y se dirige á Hamburgo para pasar á América. La falta de recursos le impide ir al nuevo mundo, y continúa sus viajes en el antiguo. Viaja á pié con los lapones hasta el cabo Norte, á donde llegó el 14 de Agosto de 1795, y desde este pais situado á los 18 grados del Polo, volvió por la Laponia á Torneo, al extremo del golfo Bothuia. A Luis Felipe acompañaba el conde Gustavo de Monjoie.

El ilustre proscripto, habiéndose acercado 5 grados mas al Polo, recorrió en seguida la Finlandia, teatro de antiguas guerras entre suecos y rusos y fué á Stokolmo, donde se presentó de incógnito en un baile, y fué reconocido por el enviado de Francia, siendo esto causa de que se le dispensaran las mayores atenciones.

Continuaba en sus viages cuando recibió una carta de su madre, 1796, en que le participaba que el Directorio no queria consentir en que cesasen los rigores de que eran objeto ella y su familia, si no se embarcaba con su hijo mayor para el Nuevo Mundo.

En 29 de Octubre del mismo año, se hallaba en Filadelfia. Al año siguiente se reunieron los tres hermanos; se ocuparon en viajar, visitando el Missisipi, y Nueva Orleans, á la cual llegaron á fines de Febrero de 1798.

Imposibilitados de ir á la Habana por el gobierno español, fueron á la isla inglesa de Alifax, y no permitiéndole embarcarse para Inglaterra, lo hicieron para Nueva York, y de aquí para Lóndres, 1800.

Con la iniciativa de Luis Felipe, se efectuó su reconciliacion con Luis XVIII.

La duquesa de Orleans se hallaba en tanto en Figueras complacida con las galantes distinciones de la córte española: deseó verla su hijo y se hizo á la vela para Menorca. En este punto recibió una carta de Condé para que entrase en el servicio de Alemania y lo rehusó. Corre á Cataluña, y se le impide desembarcar por haberse declarado la guerra entre España é Inglaterra, á cuya nacion vuelve.

Retirados los tres hermanos en Twikenkam permanecieron en una tranquilidad que interrumpió la muerte de Montpensier (1807). Atacado de la misma enfermedad del pecho, su hermano Beaujolais, fué á morir á Malta, donde creyó encontrar alivio. De aquí marchó Luis Felipe á Palermo á invitacion del rey Fernando IV. Quiso este que acompañára al príncipe Leopoldo que trataba de hacer valer su derecho á la corona de España; mas no le permitieron los ingleses arribar á la Península, y se vió otra vez en Inglaterra, luego en Malta y últimamente en Palermo, donde se concertó su matrimonio, que no consintió en celebrar sin la asistencia de su madre, que logrando al fin abrazarla en Menorca, la condujo á Palermo y aquí se efectuó el matrimonio el 25 de Noviembre de 1809, con la princesa María Amalia.

«Pocos meses, dice Toreno (1) habian transcurrido, y ya el duque de Orleans se mostró en Menorca. De allí solicitó directamente ó por medio de Mr. de Broval, agente suyo en Sevilla, que se le emplease en servicio de la causa española. La junta central, ya congregada no accedió á ello de pronto, y solamente poco antes de disolverse, decidió su comision ejecutiva dar al de Orleans el mando de un cuerpo de tropas que habian de maniobrar en la frontera de Cataluña. Acaeciendo despues la invasion de las Andalucías, el duque, y Mr. de Broval regresaron á Sicilia, y la resolucion del gobierno quedó suspensa.

«Instalóse en seguida la regencia, y sus individuos, recibiendo avisos mas ó ménos ciertos del partido que tenia en el Rosellon la antigua casa de Francia, acordáronse de las pretensiones de Orleans, y enviáronle á ofrecer el man-

(1) Historia de la revolucion de España.

do de un ejército que se formaria en la raya de Cataluña. Fué con la comision Don Mariano Carnerero, á bordo de la fragata *Venganza*. El duque aceptó, y en el mismo buque dió la vela á Palermo, el 22 de Mayo de 1810. Aportó á Tarragona, pero en mala ocasion; perdida Lérida, y derrotado dentro de sus muros el ejército español. Por esto y porque en realidad no agradaba á los catalanes que se pusiera á la cabeza un príncipe extranjero y sobre todo frances, reembarcose el duque y fondeó en Cádiz el 20 de Junio.

»Vióse entónces la regencia en un compromiso. Ella habia sido quien habia llamado al duque, ella quien le habia ofrecido un mando, y por desgracia las circunstancias no permitian cumplir lo antes prometido. Varios generales españoles y en especial O'donnell, miraban con malos ojos la llegada del duque, los ingleses repugnaban que se le confiriese autoridad ó comandancia alguna, y las córtes ya convocadas, imponian respeto para que se tomase resolucion contraria á tan poderosas indicaciones. El de Orleans reclamó de la regencia el cumplimiento de su oferta y resultaron contestaciones ágrias. Mientras tanto, instaláronse las córtes, y desaprobando el pensamiento de emplear al duque, manifestaron á la regencia, que por medios suaves y atentos indicase á S. A. que evacuase á Cádiz. Informado el de Orleans de esta órden, decidió pasar á las Córtes, como lo verificó el 30 de setiembre.

»Aquellos no accedieron al deseo del duque, de hablar en la barandilla, mas le contestaron urbanamente y cual correspondia á la alta clase de S. A. y á sus distinguidas prendas. Desempeñaron el mensaje Don Evaristo Perez de Castro, y el marqués de Villafranca, duque de Medina-Sidonia. Insistió el de Orleans en que se le recibiese, mas los diputados se mantuvieron firmes: entónces perdiendo S. A. toda esperanza, se embarcó el 3 de Octubre y dirigió el rumbo á Sicilia á bordo de la fragata de guerra *Esmeralda*.

»Dícese que mostró su despecho en una carta que escribió á Luis XVIII á la sazon en Inglaterra. Sin embargo, las Córtes en nada eran culpables, y causóles pesadumbre tener que desairar á un príncipe tan esclarecido.

»Pero creyeron que recibir á S. A. y no acceder á sus ruegos, era tal vez ofenderle mas gravemente. La regencia cierto que procedió de ligero y no con sincera fé, en hacer ofrecimientos al duque y dar luego por disculpa para no cumplirlos que el era quien habia solicitado obtener mando; efugio indigno de un gobierno noble y de porte desembozado. Amigos de Orleans han atribuido á los ingleses la determinacion de las Córtes: se engañan: Ignorábase en ellas que el embajador británico hubiese contrarrestado la pretension de aquel príncipe. El no escuchar á S. A. nació solo de la íntima conviccion de que entónces desplacia á los españoles, un general que fuese frances; y de que el nombre Borbon, léjos de grangear partidarios en el ejército enemigo, solo serviria para hacerle á este mas desesperado, y dar ocasion á nuevos encarnizamientos.»

El dolor que tantos contratiempos hacian sufrir á Luis Felipe, se vió mitigado

el 2 de Setiembre de 1810 con el nacimiento de su primogénito Fernando Felipe de Orleans, que treinta y dos años despues llenó de luto á su padre y á la Francia con su catástrofe.

La abdicacion del rey de Nápoles vino á hacer mas precaria la situacion de Luis Felipe; pero la fortuna de Napoleon iba en decadencia, y la noticia de su ruina, sorprendió al proscripto que se hallaba en Sicilia entregado á sus estudios y á los cuidados domésticos. Dase á la bela en Palermo el 24 de Abril de 1814; desembarca en Marsella, atraviesa la Francia sin ostentacion y entra silencioso en París. Corre á palacio y Luis XVIII le recibe con benevolencia y le rectifica los grados que habia conseguido, le devuelve sus bienes, nombrándole ademas coronel general de húsares, y le confiere la gran cruz de S. Luis.

Aunque afecto al nuevo rey, permanecia Luis Felipe alejado de las intrigas en que hervia la córte, dividida en partidos. Eran grandes las lecciones recibidas y sabia aprovecharlas. Solo cuando desembarcó Napoleon para reinar cien dias, fué el príncipe frances á ponerse á las órdenes del rey, que utilizó sus conocimientos, aunque inútilmente; pues tuvieron que retirarse, arrollados por el entusiasmo que inspiraba Bonaparte.

Su época, sin embargo, habia pasado; la Francia estaba ya famirializada con las victorias, y no la entusiasmaban; pero un revés como el de Waterloo, bastaba para descender á la roca Tarpeya desde el capitolio, y así sucedió á Napoleon.

La segunda restauracion se presenta sedienta de sangre y se reproduce el sistema terrorista, llamado en aquella sazon *blanco*. Luis Felipe miraba con sentimiento esta política, y la combatió mas adelante en la cámara, empezando á conquistar la popularidad de que carecia. Esto excitó los celos de la córte que empezó á indisponerse con el antiguo general de la república, que tuvo que marchar á Inglaterra, protestando en una proclama publicada en Paris (1816), de sus leales sentimientos en favor de Luis XVIII. Sentimientos de los cuales pudo haber prescindido; pues te trataba de un rey que manchó con la sangre derramada por sus venganzas, las glorias de la nacion.

En 1817 hallábase en Francia consagrado completamente á la educacion de su familia, y á la administracion de su fortuna, bastante aumentada. Entusiasta por las bellas artes y las letras, cuyo cultivo habia formado la principal delicia en sus desgracias, supo rodearse de la máyor parte de las notabilidades de la época, dispensando una franca amistad á Delavigne, Dumas, Horacio, Vernet y otros que recibian de Luis Felipe señaladas pruebas de su generosidad. Protegia así mismo á varias sociedades, y se hizo amigo de algunos jefes de la oposicion constitucional. Esta conducta algun tanto liberal, disgustaba á Luis XVIII sin dejar de espresarlo. Pero Luis Felipe obedecia á las ideas de la época, y conocia ademas los resultados que atraeria á la Francia la conducta reaccionaria de su rey.

Murió Luis XVIII tranquilamente; y al sucederle Cárlos X, quiso llevar mas allá su deplorable política. El duque de Orleans se hallaba en mejor armonia con

este monarca que con su antecesor; pero conservaba siempre cierta reserva, sin duda calculada, que le hacía interesante á la oposicion.

Acrecia esta diariamente en la tribuna, en la prensa, en todas partes donde se podia hablar al pueblo, aunque fuera en los populares cantos de Beranger; y confiado Cárlos en su autoridad, quiso hacerla valer sancionando las célebres *Ordenanzas* que destruian las pocas garantias liberales que tenia la Francia; y la consecuencia fué la memorable revolucion de Julio que derribó la dinastía de los Borbones.

La Francia sin gobierno, y las calles de Paris ensangrentadas, hubo de establecerse en el ayuntamiento una comision para atender á lo mas urgente y conjurar el peligro que amenazaba á la nacion. Reuniéronse los diputados, creáronse comisiones, y desde el primer momento empezaron á entenderse con el duque de Orleans. En la sesion del 30 de Julio acordaron invitarle para el desempeño de la tenencia general del reino, enviándose al instante una comision al efecto, que no hallando al duque en Paris, le remitió por escrito su mensaje. Recibióle por la noche en medio de su familia, paseando en el jardin de su casa, y acto contínuo se trasladó á la capital, á cuyo palacio real llegó á las once de la noche.

Al siguiente dia recibió á la diputacion, garantiéndola de su deseo de preservar á la Francia de los males de la guerra civil y extranjera. «Las Cámaras van á reunirse, dijo, ellas atenderan á los medios de asegurar el imperio de las leyes y el mantenimiento de los derechos nacionales: *la carta será una verdad en lo sucesivo.*» Estas palabras causaron una agradable y profunda emocion, añadiendo los diputados al publicarlas: «El duque de Orleans ha abrazado la causa nacional cuyos principios é intereses siempre ha profesado y defendido, respetará nuestros derechos porque somos nosotros quienes le hemos de dar los suyos.»

Diez mil ejemplares se imprimieron al momento de esta proclama.

Luis Felipe empezó el 1.° de Agosto, mandando se volvieran á adoptar los colores nacionales, y convocó las cámaras para el siguiente dia.

La comision municipal de Paris, con La Fayette á la cabeza, fué á resignar sus poderes en el lugarteniente; pero este les suplica continuen provisionalmente en sus funciones, en cuanto á la seguridad interior de Paris. En el acto se presentó abrazado á La Fayette en el balcon de Palacio, y ambos desplegaron la bandera tricolor delante del pueblo, que recibió con entusiastas aclamaciones la vista de aquel signo que recordaba tantas glorias.

Un nuevo ministerio en que se hallaba Dupont (del Eure) y Guizot, fué recibido con júbilo.

Cárlos X en tanto envió á Luis Felipe el nombramiento del cargo que ya le habia conferido la nacion. A poco se recibió la abdicacion de Cárlos en favor del duque de Burdeos (Enrique V).

Despreciola la Cámara, y en su sesion del 6 de Agosto declaró vacante el trono, y lo confirió al duque de Orleans, que prestó su juramento en medio de la

mas completa ovacion. Reorganizóse el ministerio; y el nuevo monarca dispensó toda su confianza al mismo que fué la causa de su caida. Mr. Guizot.

A partir de esta época, la historia de Luis Felipe, es la de la Francia.

Constituido en Napoleon de la paz, todo lo sacrificaba á mantenerla; pero en cuanto pudiera interesarle; pues nunca pensó en concederla á los árabes, cuya guerra le prometia para mas adelante ventajas sin cuento. Esto era una inconsecuencia, y probaba que solo amaba la paz en cuanto su interrupcion no perturbara la tranquilidad de su reinado. ¿Qué le importaba la sangre derramada en Africa, despues de vengar sobradamente el agravio que recibiera?.....

Luis Felipe tiene alma francesa, no hay que dudarlo; pero ha demostrado tener tambien demasiada ambicion, sacrificando á ella hasta el honor de su reino: dígalo la Polonia, la Suiza, en la cuestion del Sonderbund, Buenos-Aires, en la del Rio de la Plata, la venta de los bosques del estado y otros hechos harto sabidos.

Tenia talento, grandes dotes de gobierno; pero se olvidó de la causa de su elevacion al trono, y en Febrero de 1848 trató de seguir las huellas de sus antecesores. Está muy reciente la grandeza de la Francia para que puedan olvidarse los franceses.

Muchos consideran un enigma el gobierno de esta nacion: error; pues aunque es proverbial la volubilidad del carácter frances, está encarnado en sus sentimientos el amor de la libertad, de la gloria, y creemos pueden concedérseles.

Una revolucion elevó á Luis Felipe al trono de los Capetos: otra lo derribó: ningun cargo puede hacercelas.

El 26 de Agosto de 1850 murió Luis Felipe en Claremont rodeado de toda su familia.

IX.

El hombre que hoy rige los destinos de La Francia, de esa nacion veleidosa cual una cortesana, que lleva en el transcurso de cincuenta y nueve años ensayados ocho sistemas de gobierno, es hoy el objeto de nuestro atencion.

Napoleon III puso en expectativa al mundo: las miradas de todos se dirigieron á este hombre en 1848 y aun permanecen del mismo modo: nuestra tarea es pues dificil y mas aun muy delicada y grave. Deseariamos dar á nuestro trabajo el sello de la imparcialidad y el severo carácter de los escritos históricos.

Empecemos por el hombre: Cárlos Luis Napoleon Bonaparte nació en Paris

el 20 de Agosto de 1808, es hijo de Hortensia de Beauhanais, casada por el Emperador con Luis Napoleon, rey de Holanda. En 1831 empieza este hombre á figurar tomando parte en la insurreccion de Italia; en 1836 pretende derribar á Luis Felipe, y habiendo abortado su plan en Strasburgo, indultado por el rey, se embarcó para América, dejando á sus cómplices en manos de los tribunales, habiendo manifestado su reconocimiento y declarado su culpabilidad con estas notables espresiones: «El rey en su clemencia ha mandado que fuese conducido á América; fuí culpado para con el gobierno y ha sido generoso conmigo; cierto que todos somos culpables, pero el mas culpable soy yo.» De América vino á Suiza y se hizo nombrar capitan de artillería en Berna, y ciudadano de Salenstein en Turgovia, procurando no declararse frances, ni decirse suizo y asegurando al gobierno en 20 de Agosto de 1838 que vivia «casi solo, en la casa donde habia muerto su madre, y tenia el propósito firme de mantenerse tranquilo.» El 6 de Agosto de 1840 desembarcó en Boulogne donde promovió una excitacion popular, por la cual fué preso y sentenciado por la cámara de los Pares á prision perpétua, y en su consecuencia fué encerrado en Ham. Allí parece que la ociosidad le hizo primero escribir libros y luego meditar un basto plan; la *Extincion del pauperismo*, el *Análisis de la cuestion de azúcares*, las *Ideas Napoleónicas* y los *Fracmentos históricos* nos revelan ideas democráticas y de progreso; ideas que habia consignado ya en 1832 en su libro titulado *Ilusiones políticas* en que se declara republicano. Siguiendo, pues, estas mismas doctrinas cuando llegó la revolucion de Febrero, proclamó la República, vino á la Asamblea constituyente como representante del puebló, y el 21 de Setiembre dijo en la tribuna: «Consagraré toda mi vida á la consolidacion de la República,» fué elegido presidente por cinco millones quinientos mil votos; juró solemnemente la Constitucion en 20 de Diciembre de 1848, y el 2 de Diciembre de 1851. dió el famoso golpe de Estado, del cual nos ocuparemos mas adelante.

Luis Bonaparte, segun el retrato que de él hace un célebre escritor cuyo lenguaje revela el resentimiento, pero no es bastante á ocultar la verdad, es hombre de mediana estatura, frio, pálido, nariz gruesa y larga, bigotes, cabello rizado, frente estrecha, ojos pequeños y sin brillo y acaso revela su carácter en medio de sus propósitos y esfuerzos por ocultarle. Monta bien á caballo, su palabra es lenta con un ligero acento aleman. Le gusta la ostentacion, lo que suena, lo que brilla, no es sino un hombre de otro tiempo distinto del nuestro: quiere semejarse á su tio pero no llegará á subir al trono como el primero por su valor, sino por su abilidad.

El gran talento de Luis Napoleon Bonaparte, es el silencio.

Sus determinaciones son rápidas, inesperadas, sorprenden siempre; tiene, pues, en su mano la gran fuerza de los acontecimientos impensados; los consejos están de mas para él, se basta á sí propio para pensar, solo necesita otros para la ejecucion de sus determinaciones, ciegos ejecutores, máquinas y no hombres

que, en verdad, no siempre prueban las buenas cualidades é intenciones de quien de ellos se vale.

La vida de Luis Napoleon Bonaparte es interesante por sus episodios y curiosos permenores; incidentes y contrastes notables forman su historia y halla acaso en la forma de su nombre, la grandeza de su mision. Oculta bajo ese silencio, esa insensibilidad aparente, un interior ardiente, una ambicion grande, cuyos límites no nos es dado medir. Sus ojos parecen sin brillo, pero segun la opinion de La Guéronuiére, sus miradas son profundas; su frente es sombria como la fatalidad mas vasta como la concepcion, sus lábios no tienen color, mas son finos, delicados, discretos, se abren apenas lo necesario para dejar escapar la espresion breve y precisa de su voluntad. Su indiferencia aparente no es sino un esceso de confianza en sí mismo; es, en fin, la audacia oculta por la timidez, la resolucion disimulada por la dulzura, la inflexibilidad cubierta por la bondad.

De este modo se justifican igualmente los diversos juicios hechos sobre él. Se comprende efectivamente como los unos han podido juzgar muy alta la superioridad política de Luis Napoleon Bonaparte y otros por el contrario la han hallado muy pequeña y acusado de criminal, el fanatismo de los primeros. Luis Napoleon es un hombre superior y lo decimos á despecho del ilustre proscripto cuya obra hemos consultado con gran atencion, su superioridad esta cubierta por un esterior modesto empero se revela á través de sus actos, aun aquellos ménos justos y que juzgaremos con severidad á pesar de repetir aquí que nuestra mision es delicada, el asunto resbaladizo y nuestro deseo el ser francos, severos, justos pero comedidos, reservados cuanto las primeras condiciones nos lo permitan.

Toda la parte moral del hombre que nos ocupa, está en cierto modo contenida en su parte física. Piensa y no discute; decide y no delibera; bentila y no disputa; pronuncia y no razona. Sus mayores amigos ignoran lo que va á hacer. Preside casi siempre en silencio los consejos de sus ministros: lo escucha todo, habla poco y no resuelve nada. La reina Hortensia le llamaba «un dulce testarudo.» Este juicio maternal es completamente verdadero.

Ved aquí un hecho que comprueba mas nuestro aserto. Un representante, Mr. Antony Thouret, habia propuesto una enmienda á la Constitucion por la cual debian excluirse para la presidencia de la república á todos los miembros de las familias que habian reinado en Francia. Esta proposicion fué acogida con indignacion. Se pedia á la patria que fuese ingrata, que declarase á los hombres que tenian la sangre de los reyes y de los héroes que la habian dado mas gloria y brillo. Mr. Antony Thouret pensaba convencer á todos con su elocuencia de la justicia de su proposicion que creia natural y escencialmente republicana.

Luis Napoleon Bonaparte escuchaba impasible en su banco de representante aquellas inventivas y alusiones á su persona. Despues pidió la palabra, subió á la tribuna entre los insultos y amenazas, restablecida la calma sacó de su pecho un papel y leyó tres palabras que solamente contenia; cada frase fué escuchada y

saludada con los mas groseros términos y las risas mas soeces; su color no cambió, su severidad al subir fué la misma al ocupar su puesto; su impasibilidad no fué desmentida un instante. He aquí el hombre! El hombre á quien Mr. Thiers se ha atrevido á llamar: *«une tête de bois.»*

El dia 26 de Mayo de 1846, un hombre de rostro expresivo, frente elevada y sombria, mirada profunda, andar resuelto, vestido de blusa, llevando una plancha sobre sus espaldas descendia por las escaleras de su prision, atravesaba con calma los corredores por en medio de los soldados que le abren paso y se encamina en direccion de S. Quintin. Este hombre era Luis Napoleon Bonaparte, el futuro presidente de la república francesa y emperador!

El 24 de Febrero de 1848, otro hombre salió furtivamente de un palacio, no de una prision para montar en un fiacre sin armas, en la plaza de la revolucion (en el mismo sitio donde Luis XVI habia subido en un carromato que le condujo al patíbulo) y el que habia preso á Napoleon en el castillo de Ham buscaba ansioso una miserable barquilla para huir á Inglaterra. Este segundo hombre era Luis Felipe de Orleans, rey de los franceses. Permítasenos esclamar á nosotros españoles, hijos de una noble nacion no solo al ver estas mudanzas de la fortuna, estos misteriosos arcanos de la Providencia por el destino de estos dos hombres, sinó aun mas por los de la Francia misma. Reconocemos sí, el dedo de Dios en las obras de los hombres, pero tambien encontramos á el hombre en sus propias obras. La Francia hemos dicho al principio es veleidosa cual una cortesana, ahora añadiremos que es ingrata é incomprensible; llaman á la España el pais de las *reales órdenes* y ella es la nacion de las *anomalías* y *contradicciones*: maremagnum sin fin; tierra fecunda que no se cansa de producir y que si es grande en el heroismo y la virtud, no es ménos grande en el crímen y la decepcion.

La extension que deseamos dar á nuestro trabajo no nos permite colocar aquí algunas cartas escritas por Luis Napoleon Bonaparte en distintas ocasiones y á distintos personajes y que probarian mas el carácter del hombre que tratamos de pintar y darle á conocer á nuestros lectores.

Desde muy jóven camina este hombre al poder: no es, no, una lisonjera adulacion la que ha hecho escribir á muchos historiadores de los hombres ilustres que hay en todos ellos una especie de predestinacion, de sello que se marca aun en los primeros pasos de su vida. Es muy cierto lo que dice La Bruyere que los grandes héroes han enriquecido con sus obras la historia, y la historia á su vez ha embellecido estas acciones, pero no es dudoso afirmar que estudiando las memorias de los hombres ilustres se halla en ellas rasgos luminosos que nos muestran sus destinos; esto vemos en la vida de Luis Napoleon Bonaparte; vída que como hemos dicho ya se halla llena de peripecias, hechos dramáticos y que muy á la ligera hemos consignado en nuestras primeras líneas.

Como escritor Luis Napoleon es bastante aceptable. La reflexion, el talento, el gusto por lo noble, lo grande, se halla en cuantos pasajes ha trazado su pluma.

Es ménos artista que poeta, ménos filósofo que observador y pensador. En él la fuerza del estilo no es sino la fuerza del pensamiento. No pinta, grava, escribe como obra y ejecuta sus determinaciones; sus obras no tienen nada de extraordinario ni de admirable; empero estan llenas de fórmulas tomadas como axiómas y de conclusiones sencillas y prácticas como máximas.

Antes de los sucesos de Strasburgo y de Bolonia, Luis Napoleon Bonaparte habia publicado diversos escritos que anunciaron al mundo un espíritu sério y elevado; sus obras mas notables intituladas *Reveries politiques* y los *Etudes sur la constitution suisse* llaman por mas de un motivo la atencion; pero las dos publicaciones mas importantes que revelan un talento real, y profundos conocimientos son *Les idees napolioniennes* y *L'histoire de l'artillerie* esta última es un especial trabajo que los inteligentes admiran y reconocen como el mas completo en la materia.

Luis Napoleon ha escrito un *Fragment sur l'histoire d'Angleterre* un *Etude sur l'extinctiosi du pauperisme* y otro estudio *sur l'impet des sucres* y muchos artículos relativos á distintas cuestiones políticas de actualidad.

Dos sentimientos dominan principalmente estos trabajos: la fé en la democracia y el entusiasmo por el imperio. A los ojos de su sobrino, el emperador no es un hombre, es un pueblo; así pues no ve en esta contradicion formidable de poderes que habia conquistado y fundado sobre ellos su autoridad mas que los poderes de un gran pueblo reunidos en un hombre: bajo este punto de vista nada puede rebajar al emperador, todo contribuye por el contrario para ensalzarle mas y mas; sus batallas, sus conquistas, sus instituciones, su centralizacion administrativa, su dictadura sobre el espíritu humano le parecen legítimas é irreprochables. No es, sin embargo, que él piensa que todo esto sea posible aun y que la soberanía del derecho deba absorver en sí la fuerza y la gloria. ¡No! lo que él manifiesta querer en sus escritos, es una república imperial con el sufragio universal por base, y la sucesion por complemento. Parece mas, que el imperio es para él una institucion, que una pretension. No le agrada su derecho dinástico sino bajo el derecho popular. No hace abstraccion de su nombre, su nobleza, sus títulos porque hemos dicho ya que le gusta el brillo y la magnificencia, empero coloca en el sufragio universal su fuerza, su fé, su esperanza y legitimidad.

A los ojos de Guéronniére, autor á quien ya hemos citado, nada dice, haya hasta ahora en la conducta de Luis Napoleon Bonaparte que contradiga el espíritu general de sus escritos. Ha profesado siempre las mismas doctrinas y guardado el mas profundo respeto por la voluntad de la nacion; presidente ó emperador ha sido siempre la representacion de la soberanía popular.

Otro autor que escribe en el destierro, acusa á Luis Napoleon de perjuro, de liberticida y ambicioso: al juzgar el golpe de estado le acusa ágriamente. Enemigos nosotros de toda adulacion, pero imparciales con Luis Napoleon y escribiendo en un pais que ha conquistado su libertad á fuerza de lágrimas y sangre

no esperando nada del hombre que rije los destinos de la Francia y muy jóvenes para vender nuestra pobre pluma, seremos quizá á fuer de justos rudos, severos y no daremos satisfaccion á muchos, pero la verdad tal como la hemos concebido será solo el resultado de este juicio del Emperador de los franceses.

Luis Napoleon ha escrito sobre economía política. Ha profundizado, estudiado las condiciones de la riqueza moral y material de un pueblo. La prosperidad, la industria, el trabajo, el comercio, la agricultura, el crédito, los bancos, la beneficencia han sido el objeto incesante de sus investigaciones. Vemos sin embargo algunos errores entre muchas verdades en las páginas que á este objeto ha consagrado Luis Napoleon. Quizá la experiencia del hombre de estado sepa rectificar estos juicios equivocados. Escribiendo puede muy bien indicarse cuanto puede ser necesario, pero no siempre en el terreno de la prática con admisibles doctrinas, principios cuya teoria nos ha agradado. En política como en todas las cosas, lo posible es siempre el último término del progreso.

He aquí pues el hombre. Hasta aquí hemos procurado dar á conocer á nuestros lectores al sobrino del gran capitan del siglo: entrémos á referir otros sucesos que son la parte mas interesante de su vida.

Pasemos á juzgar al presidente de la República francesa.

X.

Despues que Luis Napoleon se escapó de su prision de Ham fué á Inglaterra, pais que le agradaba en extremo, cuyas costumbres amaba mucho. La cautividad no le habia cambiado; la desgracia purifica, nunca hace malo el corazon. Luis Napoleon conservó la enerjía de su alma y los sentimientos que una reina le habia inculcado en sus primeros años. Nada de particular tuvo esta eleccion de sitio; no dejaba de ser generoso y habia perdonado á sus enemigos y enemigos que debieran ser derribados muy pronto, que luchaban con el destino de aquel hombre y como dice Balmes hablando de la marcha de la humanidad, el que se opone á su paso es aplastado.

Pocos dias despues de su llegada á Inglaterra, fué á visitar á su prima Lady Douglas, hija de la duquesa Stefania de Baden.

—Por fin estais libre, le dijo la jóven princesa, ¿os resignareis á permanecer tranquilo? ¿renunciareis á las ilusiones que os han costado tan caro y por las cuales habeis sufrido tan crueles decepciones en las que no ménos han sufrido los que os aman?

J. Vallejo dº y litº

EUGENIA,  EMPERATRIZ

DE LOS FRANCESES.

[illegible] prima, respondió el [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]; soy [illegible] mi nombre y mi país. Porque la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] dejar de cumplirse mi destino. Todo lo [illegible].

La [illegible] de Luis Napoleon había [illegible] á las [illegible] [illegible] sus [illegible] amigos, [illegible] los muchos [illegible] en [illegible] [illegible] [illegible] sido [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible].

[illegible] [illegible] la [illegible] revolucion de Febrero [illegible] [illegible] [illegible] había [illegible] pronunciado en esta revolucion para nada [illegible] [illegible] Napoleon Bonaparte, [illegible] [illegible] el gobierno provisional [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] Luis Napoleon [illegible] todo [illegible] y [illegible] [illegible] do de [illegible] gran movimiento [illegible] la caida de Luis Felipe [illegible] [illegible] [illegible] clama en presencia de su prima Lady Douglas:

—Antes de un año me encontraré á la cabeza del gobierno de Francia.

El 10 de Diciembre de 1848 esta prediccion se había [illegible]. [illegible] asamblea [illegible] le había [illegible], que le [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] llamarse Bonaparte, le proclama presidente de la República francesa.

Había [illegible] en una Asamblea [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] le, [illegible] de [illegible], [illegible] [illegible] solo en medio de [illegible] [illegible] [illegible] bía y [illegible] [illegible] con una mayoría popular formidable, [illegible] [illegible] parlamentar [illegible] [illegible].

El jueves 20 de Diciembre de 1848, la Asamblea constituyente, rodeada en aquel momento de un formidable aparato de tropas, hallándose en sesion, á consecuencia de un informe del representante Waldeck-Rousseau, dado á nombre de la comision encargada de hacer el escrutinio para la eleccion de presidente de la República, [illegible] [illegible] y que [illegible] [illegible] en [illegible] [illegible] [illegible]:

«Este es el sello de [illegible] inviolable poder que la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] Constitucion [illegible] [illegible] santa é inviolable.»

En medio [illegible] más profundo silencio el presidente [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] vantó y dijo:

«En nombre del pueblo francés:

«Considerando que el ciudadano Carlos Luis Napoleon Bonaparte, [illegible] «París, reune las condiciones de elegibilidad prescritas por el artículo 44 [illegible] «Constitucion;

«Considerando que en la eleccion [illegible] en todo el territorio de la [illegible] «para el nombramiento de presidente, ha obtenido la mayoría absoluta [illegible]

«En virtud de los artículos 47 y 48 de la Constitucion, la Asamblea nacional «lo proclama presidente de la República desde este día, hasta el segundo domin«go de Mayo de 1852.»

La impresion [illegible] este [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] y en las tribunas [illegible] [illegible] [illegible] presidente [illegible] la Asamblea, [illegible] añadió:



—Cara prima, respondió el antiguo prisionero de Ham, no me pertenezco; soy de mi nombre y mi pais. Porque la fortuna me haya sido contraria no por eso dejará de cumplirse mi destino. Yo os lo aseguro.

La estrella de Luis Napoleon habia escapado á las miradas de todos aun de sus mismos amigos, de los muchos interesados en su fortuna: él solo le habia sido dado el conocerla y distinguirla entre muchas sobre su cabeza.

Sobreviene la nueva revolucion de Febrero. El nombre de un Bonaparte habia sido pronunciado en esta revolucion para sufrir un ultraje de ostracismo. *Nada de Bonapartismo*, habia dicho el gobierno provisional en una de las proclamas del *Hotel de Ville* Luis Napoleon ve todo esto y comprende el resultado de aquel gran movimiento: ve la caida de Luis Felipe de Orleans, y esclama en presencia de su prima Lady Douglas:

—Antes de un año me encuentro á la cabeza del gobierno de Francia.

El 10 de Diciembre de 1848, esta prediccion se habia realizado. La misma asamblea que le habia desechado, que le habia cerrado sus puertas tan solo por llamarse Bonaparte le proclama presidente de la República francesa.

Habia entrado en esta asamblea algunos meses antes de simple representante, desconocido de todos, solo ó casi solo en medio de partidos que le rechazaban y contando solo con una mayoría popular formidable, pero con una minoría parlamentaria evidente.

El jueves 20 de Diciembre de 1848; la Asamblea constituyente rodeada en aquel momento de un formidable aparato de tropas; hallándose en sesion á consecuencia de un informe del representante Waldeck Rousseau, dado á nombre de la comision encargada de hacer el escrutinio para la eleccion de presidente de la República; informe notable y que se reasumia en estas notables frases.

«Este es el sello de su inviolable poder que la nacion pone por su mano á la Constitucion para hacerla santa é inviolable.»

En medio del mas profundo silencio el presidente Mr. Armendo Marrast se levantó y dijo:

«En nombre del pueblo frances;

»Considerando que el ciudadano Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, natural de »Paris, reune las condiciones de elegibilidad prescritas por el artículo 44 de la »Constitucion;

»Considerando que en la eleccion abierta en todo el territorio de la república, »para el nombramiento de presidente, ha obtenido la mayoría absoluta de votos;

»En virtud de los artículos 47 y 48 de la Constitucion, la asamblea nacional »lo proclama presidente de la República desde este dia, hasta el segundo domin»go de Mayo de 1852.»

La impresion de este anuncio fué marcada con un movimiento en los bancos y en las tribunas llenas de gente: el presidente de la Asamblea constituyente añadió:

—«En virtud del precepto constitucional, invito al ciudadano presidente de »la República á acercarse á la tribuna para prestar el debido juramento.»

He aquí como pinta el autor de *Nuestra Señora de Paris* este acto solemne.

Los representantes que obstruian el corredor de la derecha subieron á sus asientos y dejaron el paso libre. Eran las cuatro de la tarde: comenzaba á oscurecer, y el inmenso salon de la asamblea estaba medio cubierto por la sombra; bajaban las lucernas del techo, y los porteros acababan de poner luces en la tribuna. El presidente hizo una seña y se abrió la puerta de la escalera.

Vióse entónces entrar en el salon y subir rápidamente á la tribuna á un hombre jóven todavía, vestido de negro, que llevaba en el frac la placa y cordon de la Legion de Honor.

Todas las miradas se dirigieron á este hombre: era Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, en nada semejante al emperador. Mientras duró la especie de rumor que suscitó su entrada, permaneció por algunos instantes con la mano derecha metida en el frac abotonado, de pié é inmóvil en la tribuna, cuyo frontispicio tenia esta fecha:

22, 23, 24 DE FEBRERO.

por encima de la cual se leian estas tres palabras:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Aunque Luis Napoleon no era nuevo en aquel recinto, sin embargo, su entrada produjo una emocion profunda; y era que para todos, amigos y adversarios, entraba el porvenir, un porvenir desconocido. En el inmenso murmullo su nombre corria de boca en boca acompañado de los juicios mas diversos. Sus antagonistas referian sus aventuras como medio de demostrar sus defectos, sus amigos contaban sus desgracias para ensalzar aquella eleccion.

Nosotros creemos que unos y otros podian alegar en pro y en contra poderosas y fuertes razones.

El general Cavaignac, que no habiendo sido nombrado presidente acababa de dejar el poder en manos de la asamblea con el sereno laconismo de los republicanos, veia silencioso, cruzado de brazos en su puesto habitual la instalacion del hombre nuevo. El presidente de la asamblea dijo:

—Voy á leer la fórmula del juramento.

Aqui copiamos literalmente al brillante escritor que hemos citado: dice asi:

Aquel instante tenia algo de religioso. La asamblea no era una asamblea era un templo. Aumentaba la inmensa significacion de este juramento la circunstancia de ser el único que se prestaba en toda la extension del territorio de la república. Febrero habia abolido con razon el juramento político y la Constitucion con razon tambien habia conservado el del presidente de la república: este juramento tenia el doble carácter de la necesidad y la grandeza; lo prestaba el poder ejecutivo, poder subordinado al poder legislativo, supremo poder; habia mas; así co-

mo en la ficcion monárquica el pueblo prestaba juramento al hombre investido del poder, aquí el hombre investido del poder prestaba juramento al pueblo. De aquí la solemnidad de aquel juramento único y supremo.

El presidente leyó en alta voz.

«En presencia de Dios y ante el pueblo frances representado por la Asamblea nacional, jurais permanecer fiel á la república democrática una é indivisible y y cumplir todos los deberes que os impone la Constitucion.»

Luis Napoleon levantó la mano derecha y dijo con voz firme y sonora.

«Lo juro.»

El presidente añadió estas palabras insertas en el *Moniteur* de donde estan copiadas.

—Dios y los hombres son testigos del juramento que acaba de prestarse. La Asamblea nacional lo acepta y manda que se inserte en el acta y en el *Moniteur* y se publique y circule como los demas actos legislativos.

Parecia que todo debia concluir aquí; empero el ciudadano presidente quiso aun obligarse mas, ligarse mas al juramento que habia prestado, habló y estas fueron sus palabras.

«Quiero, dijo, como los representantes del pais restablecer la sociedad sobre bases, consolidar las instituciones democráticas y buscar los medios mas á propósito para aliviar los males de este pueblo generoso é inteligente que acaba de darme una prueba tan solemne de su confianza.

Despues dió gracias á la administracion pasada y terminó con estas notables frases, que no se han olvidado aun á los franceses amantes del pasado órden de cosas.

«Los votos de la nacion, dijo, y el juramento que acabo de prestar, me trazan la línea de conducta que debo seguir en lo sucesivo. Mi deber es patente; lo cumpliré como hombre de honor, y miraré como enemigos de la patria á todos los que intentaren cambiar por medios ilegales lo que la Francia entera ha establecido.»

La constitucion que Luis Napoleon habia jurado en «presencia de Dios y el pueblo francés» tenia entre otros los siguientes artículos.

Art. 36. Los representantes del pueblo son inviolables.

Art. 37. No pueden ser presos por causa criminal, sino en el caso de fragante delito, ni perseguidos sino en virtud de permiso de la asamblea.

Art. 68. Toda disposicion por la cual el presidente de la república disuelva la Asamblea nacional, la prorogue ó la ponga obstáculo al ejercicio de su mandato, es un crímen de alta traicion. Por este solo hecho el presidente queda destituido de sus funciones y los funcionarios á negarle la obediencia. El poder ejecutivo pasará de derecho á la asamblea nacional; los jueces del tribunal supremo se reunirán inmediatamente bajo la pena de traidores y convocando á los jurados para el punto que designen á fin de juzgar al presidente y á sus cómplices, nombrarán

desde luego los magistrado que hayan de desempeñar las funciones de ministerio público.»

¿Cumplió Luis Napoleon este juramento? esta cuestion es muy sencilla de resolver; se halla resuelta en la opinion de todos y el que aun no haya juzgado lea el siguiente documento que ménos de tres años despues se leia en todas las esquinas de Paris.

A nombre del pueblo francés, el presidente de la república.

Decreta:

Artículo 1.° Se disuelve la Asamblea nacional.

Art. 2.° Se restablece el sufragio universal, quedando derogada la ley de 31 de Mayo.

Art. 3.° Se convocan los comicios del pueblo frances.

Art. 4.° Queda declarado en estado de sitio el territorio del primer distrito militar.

Art. 5.° Se disuelve el consejo de estado.

Art. 6.° El ministro de lo interior queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

Dado en el palacio del Eliseo á 2 de Diciembre de 1851.

A este decreto siguió una proclama que examinaremos despues.

Entre dos autores, ambos notables, que al ocuparse de un mismo hombre le juzgan de muy distinto modo es preciso leerlos con gran prevencion y no formarse un juicio acomodado á cualquiera de ellos, sino el resultado de una minuciosa comparacion de el espíritu y circunstancias de cada uno, así como tambien de los hechos que consignan y sobre los que emiten su juicio. Esto es, pues, lo que hemos procurado hacer, y en lo cual damos una prueba de nuestra imparcialidad.

No podemos negar á Luis Napoleon el talento que le niega Victor Hugo; no podemos conceder tampoco que halla sido síncero en sus palabras y en sus obras, fiel á sus juramentos todos, como asegura Guéronniére.

Luis Napoleon al subir al poder ha hecho lo que la mayoría de los hombres; la desgracia debia instruirle, pero el nombre que lleva le ha hecho caminar siempre en pos de una ilusion que, permítasenos decir, no llegará jamas á ver realizada. Ni los festejos con que ha procurado distraer los ánimos, ni ese brillante esplendor de que ha rodeado las gradas del trono, seran suficientes á quitar la responsabilidad de sus actos: aparecerá en el banquillo de ese tribunal inmenso, donde no basta el oro, el fausto y la riqueza, y será juzgado, pero juzgado con severidad y condenado.

La historia no en todas las pájinas que de él se ocupe lo hará para ensalzarle, en algunas le colocará á menor altura que sus admiradores y fanáticos (porque los tiene) quieren y pretenden colocarle. Napaleon es responsable de mucha sangre derramada por la misma causa que le elevó al poder.

Luego que Luis Napolon Bonaparte subió al poder, conoció quizá el carácter

del pueblo frances, y Paris se convirtió en un recinto de contínuas fiestas semejantes á los brillantes delirios de las mil y una noches, en medio de esto no se olvidaba el presidente de ocultar, mal ocultar, sus ambiciosos proyectos. He aquí sus palabras en 1848, el 27 de no viembre dirijidas en un manifiesto á sus conciudadanos.

«Me creo obligado á manifestaros mis principios y sentimientos: *entre vosotros* »*y yo no debia haber ambigüedad. No soy ambicioso.....*: criado en países *libres* y »en la escuela de la desgracia, seré siempre *fiel* á los deberes que me impongan »vuestros sufragios y las voluntades de la asamblea.

»*Haré consistir mi gloria en dejar al cabo de cuatro años á mi sucesor el poder* »*consolidado, la libertad intacta y realizado su verdadero progreso.*»

En 31 de Diciembre de 1849 en su primer mensage á la asamblea, escribia:

«Quiero ser digno de la confianza de la nacion, manteniendo la Constitucion »*que he jurado.*»

El 12 de Noviembre de 1850 en su mensage anual decia:

«Si la Constitucion tiene defectos y puede producir peligros, sois libres para »ponerlos de manifiesto ante el pais; pero yo *ligado por mi juramento*, me ceñiré »á los límites estrechos que me ha trazado.»

El 4 de Setiembre del mismo año decia en Cacer:

«Cuando por todas partes renace la prosperidad, seria muy culpado quien in»tentara detener su curso cambiando lo existente.»

Poco tiempo antes, cuando se inauguró el camino de hierro de Saint-Quintin el 22 de Julio de 1849 habiendo visitado á Ham, se habia dado golpes de pecho ante el recuerdo de Boulogne y pronunciando estas palabras.

«Hoy que elegido por toda la Francia, he llegado á ser el gefe legítimo de »esta gran nacion, no puedo gloriarme de un cautiverio *debido al ataque dirigi*»*do contra su gobierno regular.*

»Cuando por esperiencia se han visto los males que traen consigo las revolu»ciones, aun las mas justas, apenas se comprende la *audacia del que quiere tomar* »*sobre sí la terrible responsabilidad de un cambio:* no me quejo, pues, de haber *es*»*piado aquí*, con una prision de seis años, *mi temeridad contra las leyes de mi pa*»*tria;* y tengo una satisfaccion al proponer, en estos mismos sitios donde he »padecido, un brindis en honor de los hombres, que no obstante sus conviccio»nes, *estan resueltos á respetar las instituciones de su pais.*»

Estos fracmentos recogidos por Victor Hugo son una de sus mejores armas para juzgar severamente á Luis Napoleon; las palabras anotadas expresamente en las cuales el presidente de la república francesa hablaba al parecer con el corazon en la mano como suele decirse han sido desmentidas y prueban mas y mas el carácter que al tratar de Luis Napoleon como hombre hemos bosquejado. El hombre y el presidente se parecen, se dan la mano; son uno mismo: despues veremos al emperador semejante tambien, y esto vendrá á destruir la comun opinion

de que el poder cambia á los hombres: nosotros creemos que se cambian las costumbres, los hábitos, la entonacion de la voz, el trato, el traje, pero nunca el corazon: el hombre generoso, el avaro, el ambicioso, el cobarde, todos reflejan mas vivamente sus pasiones; ora sean buenas ó malas, ya pertenezcan á un género ú á otro; hay mas medios de ponerlas en accion y no se reusa entónces llenar nuestros deseos sino por el contrario ponerlos mas en ejecucion. Esto opinamos y vemos confirmado en el hombre que actualmente nos ocupa.

Agrupábanse ciertamente grandes nubes en el orizonte político de Francia; la guerra civil, esa guerra terrible en que los hijos de una misma madre se despedazan con indiferencia y cínica serenidad, amenazaba á la patria de S. Luis, se acercaba el dia decisivo y para esto se preparaban los hombres de estado.

El partido de lo pasado, bajo el nombre del partido del órden, ponia obstáculos á la república, ó en otros términos al porvenir, segun dice el ilustre proscripto citado.

La república se establece en un país por solo dos medios: por la lucha ó el progreso: los demócratas la querian por medio del progreso para cimentarla mejor y disfrutar los beneficios de ella; los hombres de lo pasado al destruirla segun sus deseos pretendian hacer empuñar las armas á sus defensores, parece que querian la lucha y lucha á muerte, lucha terrible, lucha en que se derramaria muchísima sangre francesa.

Los hombres pues de lo pasado se resisten, se obstinan en arrancar á hachazos el árbol que crece, que se robustece de dia en dia y cuya sávia sube á pesar de sus esfuerzos por cortarla: la Asamblea legislativa de Francia, preciso es confesarlo, entra en esta lucha desde los primeros dias de su instalacion en el mes de Mayo de 1849, en su seno surgian los gérmenes de la discusion, y diremos mas de la inmoralidad, sus miembros se prostituian al abandonar sus principios y empeñaban una funesta lucha.

La política de resistencia será casi siempre una política fatal. Lo que debe ser será, dice Victor Hugo; es preciso que lo que debe correr corra, qne lo que debe caer caiga, que lo que debe nacer nazca, que lo que debe crecer crezca, pero se suponen obstáculos á estas leyes naturales, sobrevienen la turbacion y el desórden. Y cosa triste, este desórden es lo que tenia el nombre de órden.

La ley de 31 de Mayo es la primera señal de un golpe terrible y del cual acaso resulten grandes y lamentables consecuencias.

Se suprime el sufragio universal y se empieza patentemente á infringir lo que patentemente se habia jurado. A esto se contesta que era preciso, que era indispensable, y nosotros creemos que esta precision era tan solo para el presidente de la república. El año de 1852 no tenia en sí mismo un verdadero peligro para la Francia, este peligro era para Luis Napoleon, se acercaba la hora de bajar del poder y era preciso conservarse en él, el segundo domingo de Mayo se acercaba y con él un dia memorable, crítico segun el artículo 45 de la Constitucion de los

franceses. Esto era todo. Sin la ley de 31 de Mayo tan solo hubiera habido un presidente nuevo, se habria cumplido fielmente la constitucion, se habrian verificado las elecciones y nada mas. Dias pacíficos en que los hombres todos hubieran ido á depositar en las urnas electorales un voto en favor de la persona que mas garantias y confianza le inspirase; ayer obreros, hoy electores, mañana obreros otra vez, siempre soberanos; siempre jugando un papel en la suerte, en el porvenir, y en los destinos de la Francia.

Con la ley de 31 de Mayo empieza la obra, gánanse votos en favor del plebiscito. La Francia se sorprende, la Europa se admira, todo queda en el mas profundo silencio por algun tiempo.

Pasemos pues, á considerar á Luis Napoleon como emperador.

XII.

Hay un hecho culminante en la historia del hombre que nos ocupa, un suceso que debemos examinar detenidamente, este hecho es el golpe de Estado.

Hemos dicho ya que el 2 de Diciembre de 1851, se leia en las esquinas de Paris un gran cartel que decia:

A nombre del pueblo frances, el presidente de la República.

Decreta:

Artículo 1.° Se disuelve la asamblea nacional.

Art. 2.° Se restablece el sufragio universal, quedando derogada la ley de 12 de Mayo.

Art. 3.° Se convocan los comicios del pueblo frances.

Art. 4.° Queda declarado en estado de sitio el territorio del primer distrito militar.

Art. 5.° Se disuelve el consejo de Estado.

Art. 6.° El ministro de lo interior queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

Dado en el palacio del Eliseo, á 2 de Diciembre de 1851.

Luis Napoleon Bonaparte.

Al mismo tiempo supo Paris que en la noche anterior por órden de Luis Napoleon habian sido presos en sus casas quince rapresentantes del pueblo, declarados por la Constitucion inviolables.

Creemos firmemente que si en este hecho hay delito no consiste en haber defendido despues de este decreto las consecuencias de él; la enerjia, el teson, el valor, son cualidades esenciales de buen gobierno.

Luis Napoleon jugó ciertamente su cabeza, pero su valor fué grande en tan terrible crisis; y el ejército le apoyó en este gran acontecimiento.

He aquí copia de algunos trozos de un importante documento para la historia de Luis Napoleon Bonaparte: en su manifiesto al pueblo dado en 5 de Diciembre de 1851, dice asi:

«La situacion actual no puede durar mucho tiempo; cada dia que pasa agraban los males del pais. La Asamblea que debiera ser el mas firme sosten del órden y de la justicia, es por el contrario el jérmen de la desunion, el foco de los complots. El patriotismo de trescientos de sus individuos no ha podido impedir sus fatales tendencias. Lejos de hacer las leyes para el bien general, forjan las armas de la guerra civil, manchan el poder que han recibido directamente del pueblo; mar de todas las malas pasiones, compromete la tranquilidad de la Francia: la he disuelto, juzga pueblo entre ella y yo.

.....»Hago, pues, una llamada á la nacion entera y os digo: Si quereis seguir en ese estado que nos degrada y compromete nuestro porvenir escoged á otro para mi puesto; no admito un poder que es impotente para el bien, me hareis responsable de actos que no puedo impedir y pedireisme cuentas que no podré dar.

» Si por el contrario, teneis confianza en mí, dadme los medios de cumplir la gran mision que vosotros mismos me habeis impuesto.

»Esta mision consiste en comenzar la era del bien, de la santificacion de los legítimos deseos del pueblo, y en la proteccion contra los espíritus subersivos y las revoluciones. Consiste sobre todo en crear instituciones que sean superiores y capaces de evitar las ambiciones bastardas de los hombres y sean fundamento sobre el cual puedan basarse instituciones estables.

»Persuadido que la instabilidad del poder, que la preponderancia de una asamblea son causas permanentes de discordias, yo someto á vuestros sufragios las bases de una nueva constitucion que la asamblea deberá mas tarde aprobar.

1.° Un jefe responsable nombrado por diez años.

2.° Dos ministros dependientes solo del poder ejecutivo.

3.° Un consejo de estado formado de los hombres mas distinguidos, encargado de preparar las leyes y sostener la discusion ante el cuerpo legislativo.

4.° Un cuerpo legislativo encargado de discutir y votar las leyes, nombrado por el sufragio universal sin escrutinio de listas que falseen la eleccion.

5.° Una segunda asamblea formada de todas las capacidades mas elevadas del pais encargada de conservar el pacto fundamental y las libertades públicas.

Dado en el palacio del Eliseo á 5 de Diciembre de 1851.

Esto, pues, creia Luis Napoleon salvaria la Francia, afianzaria el órden y daria fuerza al poder que habia de rejir los destinos de la nacion.

Los departamentos de el Ain, el Aude, el Cher, las Bocas del Ródano, la Costa de Oro, Alto Gerona, el Lot y Garona, el Loiret, el Marne, el Norte, el Bajo Rhin, el Ródano, el Sena y Marne cumplieron su deber; el Allier, los Bajos Alpes, el Abeiron, el Dróme, el Herautt, el Jura, el Nievre, el Puy Dóme, el Saona, el Loira, el Var y Vaucluse, se portaron con intrepidez pero sucumbieron tambien.

La Francia quedó sujeta; Luis Napoleon se hizo emperador y estubo muy próximo á ser coronado por el papa á quien habia combatido antes de ser prisionero en Ham.

Hay pues senado, *gran cuerpo, poder conservador moderador supremo* y una de las principales joyas de la constitucion. Hay tambien un consejo de estado y un cuerpo legislativo.

La hacienda no dejó de resentirse del movimiento y la escitacion producida por el golpe de estado, si bien despues se regularizó y prosperó.

En cuanto al movimiento comercial, en cuanto á la prosperidad material, en cuanto á la marcha de los negocios industriales y mercantiles despues del golpe de estado, creemos baste la apelacion á los números. Véase unos que son oficiales y auténticos: los descuentos durante el primer semestre de 1852 del banco de Francia no han producido mas que 587,502 francos 62 céntimos para la caja central, y los beneficios de las subcursales no han pasado de 651,108 francos 7 céntimos. Esto esta declarado por el mismo Banco en su memoria de este semestre. La libertad de imprenta se halló restrinjida hasta el estremo de suprimirse en Paris algunos periódicos, y otros en los departamentos.

Algo ha hecho Luis Napoleon Bonaparte que tenga relacion con sus ideas anteriores, pero creemos que no es su voluntad, no sus tendencias, sino á la época, al tiempo, á lo que no pertenece á los hombres en particular, sino á la humanidad en general.

Inventóse despues del 2 de Diciembre una palabra encargada de estraviar la opinion; esta palabra fué la Jocquería

Hace sesenta y cinco años que el pueblo frances oprimido por los barones hasta el tiempo de Luis XI, y desde Luis XI por los parlamentos, escuchó una voz fuerte, enérjica, sublime que hablaba en nombre de la libertad; que convertia las preocupaciones, los vicios, los errorès, las instituciones infames, las penalidades bárbaras, las magistraturas carcomidas, los códigos decrépitos, las leyes y todo esto tembló y empezó á hundirse quizá para siempre.

Este hombre era Mirabeau.

Desde entónces la tribuna francesa quedó fundada y seria dificil recapitular aquí las glorias de esa tribuna; sucede á Mirabeau, Verguiand, Camilo Desmoulins, Saint-Just, Danton, Robespierre, etc.

Allí se ha abogado por todas las causas buenas y malas, todos los extremos han tenido allí defensores; lo justo, lo injusto, lo alto, lo bajo, lo horrible, lo hermoso, el sueño, la realidad, la pasion, la razon, el amor, el odio, la liber-

tad, la tirania, en suma el espíritu humano, la idea en todas sus formas y concepciones. La guillotina ha tenido su orador, Marat; la inquisicion el suyo, Montalembert. Allí han combatido los partidos todos, con encarnecimiento, algunos con gloria.

Los nombres de Chateaubriand, brillante lumbrera, genio admirable; Thiers, escritor notabilísimo; Ledru-Rollin, Berryer, Guizot, La Martine; recordamos en este momento en que ligeramente bosquejamos las glorias de la tribuna francesa.

Allí han figurado, han brillado los hombres mas ilustres de Francia, los hombres cientificos, artistas, militares, jurisconsultos, demócratas, monárquicos, liberales, socialistas, y republicanos.

Esto pues, es lo que Luis Napoleon ha suprimido.

Recomendamos á nuestros lectores lean los escritores amigos y enemigos de Luis Napoleon, para que lo juzguen con imparcialidad.

Luis Napoleon Bonaparte ha seguido siempre el mismo camino, camino honroso por cierto si se marcha por él con honradez, hablamos del camino que conduce á la gloria, á la celebridad.

XIII.

Despues del golpe de estado del 2 de Diciembre por el cual se suspende la Asamblea y el Consejo de Estado, se restablece el sufragio universal y se convoca al pueblo para el dia 14, sometiendo á su aprobacion las bases de una nueva Constitucion que estan tomadas de la del año VIII. El dia 26 Luis Napoleon restablece las antiguas divisiones militarés disueltas en 1848, se hace el escrutinio general de las votaciones sobre el plevíscito y el 31 la comision consultiva presenta en el Eliseo al presidente de la república el resultado definitivo de las votaciones, favorables al golpe de estado.

Luis Napoleon ha conocido como su tio y Luis Felipe la necesidad de ocupar constantemente los ánimos de los franceses: han tenido razones personales para esto y existen á la vez razones políticas que lo motivan.

El año 1852 dá principio con grandes fiestas; el dia 1.° de Enero se celebra en la catedral un solemne *Te-Deum*, y queda restablecida el águila francesa en las banderas del ejército y en la cruz de la Legion de Honor.

Se ha verificado un matrimonio y se ha declarado la guerra á la Rusia, todos estos hechos han ocultado el desarme de la Milicia Nacional el dia 17 de Enero, la creacion de un ministro de policía, y confiscacion de los bienes de la familia de Orleans el 23, el nombre dado al Código frances de *Código Napoleon*, la asignacion de 12,000,000 de francos al príncipe presidente de la república y destino de los palacios de las Tullerías, el Louvre, y los de Fontainebleau, Compiegne, Versalles, Trianon, Saint-Cloud, Meudon, el Eliseo y Pau, el dia 1.° de Abril, la entrada triunfal de Luis Napoleon en Paris el 17 de Octubre, donde al efecto se habian levantado varios arcos con los lemas: Viva Napoleon III, el imperio es la paz, etc., y finalmente, el 1.° de Diciembre la aparicion en el *Moniteur* de el documento siguiente:

«El Cuerpo legislativo declara que el pueblo frances convocado en sus comi»sios los dias 21, 22 y 23 de Noviembre de 1852 ha aceptado el plevíscito si»guiente: El pueblo frances quiere el restablecimiento de la dignidad imperial en »la persona de Luis Napoleon Bonaparte, con la herencia en su descendencia »directa, legítima ó adoptiva, y le dá el derecho de arreglar el órden de suce»sion en la familia de Bonaparte, segun se dice en el senado-consulto »del 7 de Noviembre de 1852.»

El dia 2 quedó solemnemente proclamado el imperio.

Estos sucesos no necesitan comentarios y creo nos autorizan mas y mas á consignar aquí que nuestro juicio sobre el hombre que rige los destinos de Francia es imparcial y verdadero.

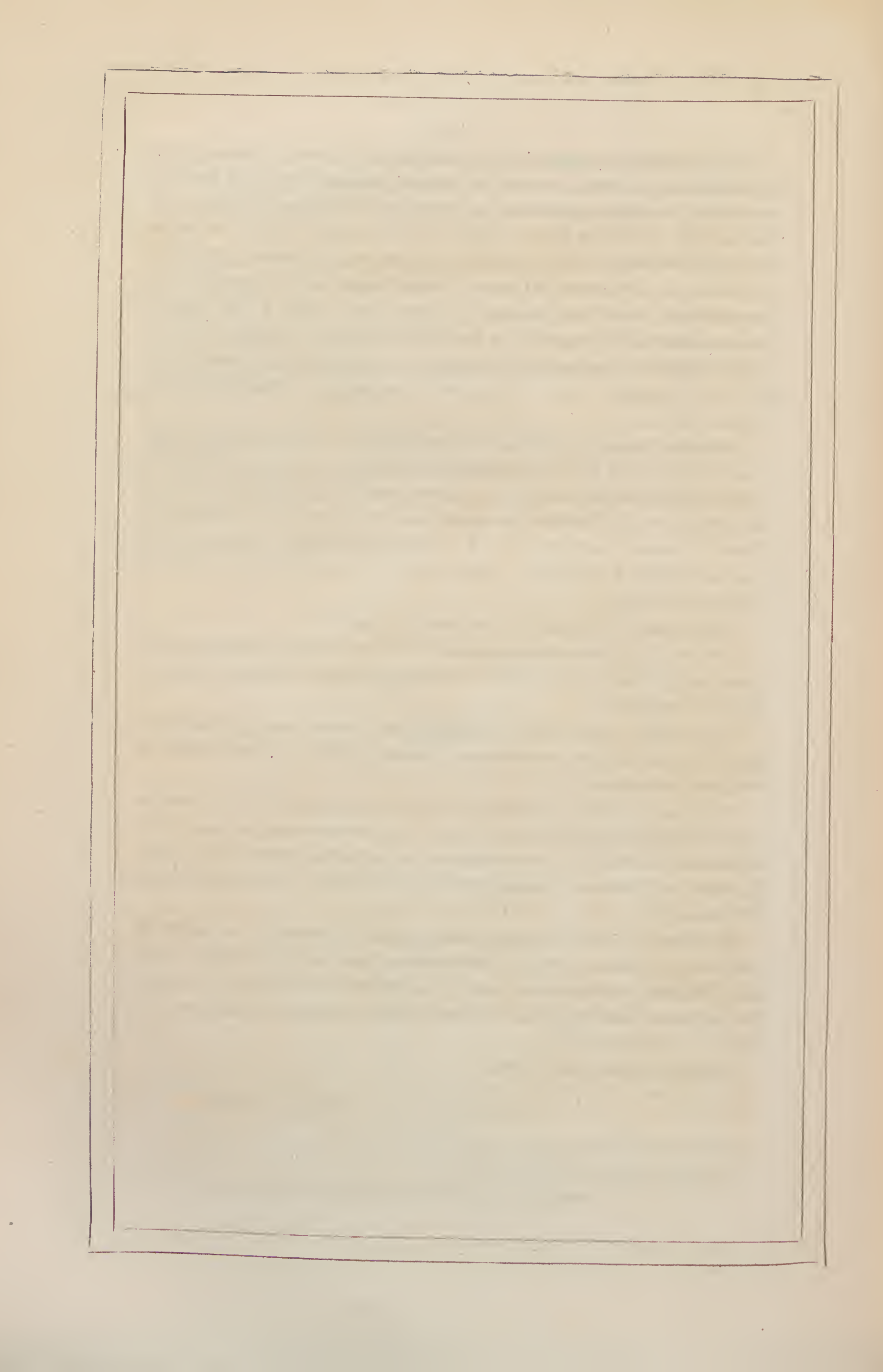
El año 1853, Luis Napoleon Bonaparte tomó estado con doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, perteneciente á nuestra nobleza, y señora dotada de hermosura y de talento.

Actualmente la guerra de Oriente es lo que preocupa los ánimos de toda Europa: la Francia ha tomado una gran parte en esa terrible lucha en que no solo las naciones sino las ideas combaten entre sí: á los hechos referidos debe sin duda alguna Luis Napoleon el engrandecimiento de la Francia y el sostenimiento del órden en su pais.

Ignoramos si habremos llenado nuestra mision, la historia se encargará de colocar en su verdadero terreno á Luis Napoleon: nosotros hemos apuntado ligeramente algunas consideraciones sobre él, no siéndonos permitido por la índole de la publicacion á que destinamos nuestro trabajo darle otras dimensiones, otro carácter, y otra importancia.

Madrid, diciembre de 1854.

Ildefonso Bermejo.



14



B Blanco dibº y litº

Lit. de Donon Madrid

MAXIMILIANO II  REY DE BAVIERA.

BAVIERA.

MAXIMILIANO II.

I.

[illegible]

14

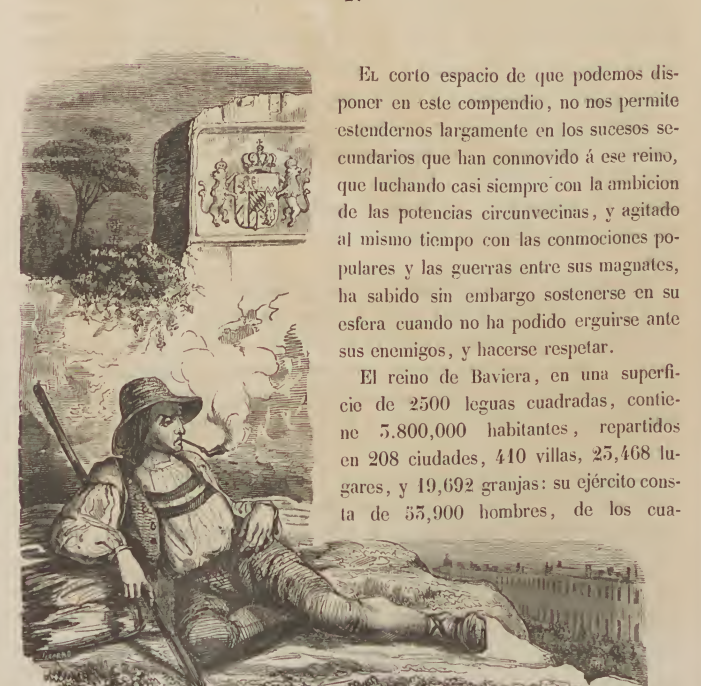




BAVIERA.

MAXIMILIANO II.

I.



El corto espacio de que podemos disponer en este compendio, no nos permite estendernos largamente en los sucesos secundarios que han conmovido á ese reino, que luchando casi siempre con la ambicion de las potencias circunvecinas, y agitado al mismo tiempo con las conmociones populares y las guerras entre sus magnates, ha sabido sin embargo sostenerse en su esfera cuando no ha podido erguirse ante sus enemigos, y hacerse respetar.

El reino de Baviera, en una superficie de 2500 leguas cuadradas, contiene 3.800,000 habitantes, repartidos en 208 ciudades, 410 villas, 23,468 lugares, y 19,692 granjas: su ejército consta de 53,900 hombres, de los cua-

les 35,800 componen el séptimo cuerpo de la confederacion Germánica, y la deuda del estado que en 1.° de octubre de 1825 subia á mas de 111 millones de florines, el 1.° de octubre de 1828, á causa de los nuevos empréstitos contraidos, ascendia á 123,377,000 con un interés de 30 millones.

Una vez esplicada suscintamente la estension y las fuerzas de este reino, pasemos á referir los sucesos históricos.

Los boyenos, una de las principales tribus de los boiarienos, segun nos dice Pallhaisseu y Buchuer, fueron los que fundaron la nacion que hoy conocemos bajo el nombre de Baviera. Mamert, otro de los autores que se han ocupado en trasmitirnos los hechos de esta nacion dice, que la fundacion de Baviera proviene de los celtas del Danubio llamados los boienos, que habiendo sido espulsados de el Sud de la Alemania, se refugiaron en aquellas costas desiertas y desvastadas. Así estaban en tiempo de César, y ya poco tiempo despues la vemos figurar en los anales de la historia como una provincia romana bajo el reinado de Augusto.

En la época de la emigracion de los bárbaros á aquellas costas, fué invadida por pueblos de orígen germánico. Las historias les dan diferentes nombres segun la tribu á que pertenecian, como son los boiarienos, descendientes de los hércules, los rogienos, los turcomanos y los shyrienos, formando entre todos una asociacion popular, semejante á la de los francos.

Ratisbona era la capital de aquellos paises que tenian el nombre de Norica y Vindelicia; estendiéndose en aquel tiempo desde el Oeste de la Norica romana hasta Leck; y si creemos á Mamert, combatieron valientemente sin someterse nunca á los ostrogodos, cuyo imperio y poder se estendia solamente en la parte habitada por los alemanes, llamada la Rhetia y separada de la Baviera por el Leck.

Despues de la caida del imperio de los ostrogodos se apoderaron los francos de la Rhetia con las armas en la mano, y aunque los bávaros conservaron sus mismos duques ó reyes, sometiéronse por la fuerza á los reyes francos del Austria. Sufrieron algunos años esta opresion estrangera; pero en el reinado de los Carlovingios se hizo esta tan tiránica, que apenas les dejaron algunas prerogativas, y entre ellas, el derecho de escoger el general de sus tropas, y su gobernador civil.

La primera vez que se encuentra en la historia el nombre de la raza de los Agilfongienos que conservó el cetro hasta fines del siglo VIII; fué en el año 556; habiendo residido en Ratisbona uno de sus miembros llamado Caribald, que murió en 595.

Entonces fué cuando principió el reinado de Tassilio I, que murió en el año 609. y que tenia por sobre nombre el de *Rey Muerto*, señalando su reinado con el principio de las guerras contra los slavos y los árabes sus aliados.

Odilo, yerno de Cárlos Martel, fué el primero que tomó formalmente el título de rey, sostuvo dos guerras con este motivo, y no fué feliz en sus empresas,

despues de haber tratado en vano de sacudir el dominio de los francos, fué vencido por sus dos cuñados Carlo-Magno y Pepin. Bajo su reinado fué cuando el arzobispo Bonifacio dividió la iglesia de Baviera en cuatro obispados, estableciéndolos en Salzbourgo, Pasau, Ratisbona y Freesingen. En la dieta qúe hubo en Copenague en el año de 748, Fhasilo II prestó juramento de fidelidad como vasallo, á su tio Pepin, en cuya corte se habia educado con el príncipe Cárlos, llamado despues Cárlo-Magno; pero este príncipe falso y ambicioso, violó su juramento, y no encontrándose con fuerzas suficientes para sostener una lucha, se alió con su suegro el rey de los lombardos llamado Didier, y con el duque de Aquiternia, y en el año 777 colocó en el trono á su hijo Teodoro, porque el rey Carlo-Magno despues de haber destruido los estados de los reyes lombardos, los venció á su vez, logrando con su caida el fruto de su falsía é indecoroso comportamiento. Entonces se alió con los avares contra este príncipe, y vencido segunda vez, acusado de crímen y felonía, fué condenado á muerte en la dieta que se celebró en Ingelheim en el año 788; pero la clemencia de Carlo-Magno le perdonó la vida, contentándose con hacerle encerrar en un convento con toda su familia, en el cual se estinguió su raza.

En la dieta celebrada en Ratisbona el mismo año, Carlo-Magno abolió la dignidad de los duques de Baviera (aunque el pais conservó el título y el rango de ducado); nombró á su cuñado Geraldo, conde de Sonabe, gobernador de este pais, introdujo en él una nueva administracion de justicia, casi igual á la que existía en tiempo de la dominacion de los francos; y los bienes patrimoniales de los Agilfongienos, se convirtieron en bienes de los dominios reales. El obispado de Salzbourgo fué elevado al rango de arzobispado, é instituyéronse magistrados con amplias facultades y fuerzas suficientes, para proteger las fronteras contra los ataques de los sorbes y los bohemios, que sin cesar estaban saqueando y acuchillando las pequeñas aldeas, que desprovistas de fuerzas, les ofrecian un botin seguro.

En 779 formaban los límites de la Baviera ,el Raal y el Danubio; pües comprendia tambien ademas de la Baviera, el Tirol, Salzbourgo, la mayor parte de Austria, el alto Palatinado, Neurembourgo, Eichstaeclt, Anapach, Baireuth, Bamberg, Nuremberg, y los territorios de Weisemburg, de Nardlingen, y de Dunkels-Buhl. Despues que Carlo-Magno dividió su imperio, recibió Pepin por reino la Italia y la Baviera, tal cual la habia poseido Fhasilo II.

Muerto el emperador Luis el Manso, único hijo que le sobrevivió; dió la Baviera á Lothario su hijo mayor; pero llamado Lothario á ocupar el trono imperial en 817, se lo cedió á Luis el Germánico. El poder de los obispos se arraigaba de dia en dia, sucediendo otro tanto al de los condes Palatinos que sustituyeron á los gobernadores. No perdonaban gestiones ni promesas, y por último, acabaron por adquirir una autoridad y una influencia desmesurada, que despertaba al mismo tiempo en ellos la esperanza de coronarse.

Cuando murió Luis el Germánico en 840, subió su hijo Carlo-Magno al trono de Baviera, aumentándose este reino con la Carinthia, la Caniola, la Istria, el Frioul, la Panonia, la Bohemia y la Moravia.

En 880, los estados de Baviera llamaron al trono á su hermano Luis III, que reconquistó todos aquellos paises que su hermano habia perdido por su poca energía, de los cuales se separó enteramente la Carinthia.

Murió este príncipe en 882, y le sucedieron Cárlos el Grueso, Arnoldo, y Luis IV, siendo espulsados los tres, Cárlos en 887, Arnoldo en 889 y su hijo Luis IV en 890. Cárlos el Grueso, en el tiempo que estuvo en el trono conquistó con un valor inaudito, todos los estados que Carlo-Magno habia poseido, y de los cuales la Baviera no era mas que una parte pequeña; pero las contínuas guerras que sostuvo, y la poca prevision en los asuntos de su gobierno, le acarrearon su caida,

Apoderóse Arnoldo de las riendas del Estado, y si bien no sostuvo guerras, descuidó la administracion financiera de tal modo, que en el corto espacio de dos años descendió el reino de Baviera á una esferá que no era la suya; y perdiendo el prestigio que tenia, principió á resentirse de los dos gobiernos que tan mal habian cumplido con su deber.

Sube al trono Luis IV, y encontrándose con un trono medio derrocado y sin recursos de ninguna especie, tuvo que emprender de nuevo una regeneracion en sus estados; pero sobrevino la invasion de los húngaros, y débil, sin fuerzas, la nobleza disgustada y el pueblo descontento, se dejó sorprender por el temor y tambien descendió del sólio real, muriendo de pena el año 911, y estinguiéndose en él la raza Carlovingia.

Se corona Arnoldo II, (hijo de Luitpad, general de las tropas bávaras desde el año 907), con el beneplácito de la nacion, titulándose duque de Baviera y de los paises circunvecinos, por la gracia de Dios, y despues de una cuestion que podia haber turbado la paz del estado con Conrado, emperador de Alemania, recibió como feudo la Baviera.

Bajo sus descendientes vióse agitado aquel pais por guerras interiores y esteriores, que principiaron á debilitarlo de nuevo, y entre las cuales citaremos la revolucion de Arnoldo Scheyern, conde Palatino, contra el duque Enrique I, y la querella de Enrique II con Othon y Ezelon, que entre las dos ocasionaron mas daño que una guerra de cuatro años. Asi es que se encuentran en la confederacion germánica emperadores enemigos unos de otros, y aun se vé la Baviera gobernada por dos duques á la vez.

Despues de haber sufrido mucho por espacio de algunos siglos, con cruzadas que la despoblaban y cambios contínuos de sus duques, que los emperadores dueños de aquel pequeño pais, tan pronto los destituian como los elevaban, reinando por consiguiente la anarquía y la devastacion, y sufriendo sus habitantes la crueldad de una dominacion estrangera, sin tener una forma de gobierno que se adap-

tase á sus costumbres: hasta que despues de la espulsion de Enrique el Leon, se la cedieron en tiempo de Federico de Barbarroja á Othon de Wiltelsbach, conde Palatino de Baviera, y descendiente del ya nombrado Arnoldo, conde de Scheyern. Sin embargo, á pesar del talento de Othon y de su energía, tuvo que resignarse á perder la Styria, los bienes de la familia de Welfs, y otros departamentos importantes, (habiendo pasado estos últimos al poder de los eclesiásticos), triste ejemplo de la mala administracion de tres reyes ineptos y caprichosos, que habian labrado la destruccion de un pueblo que los habia colocado en el trono, espulsando á su antecesor, y poniendo en sus manos un porvenir, que una vez aceptado, era el suyo.

El rey Othon el Grande, que murió en 1183, y que es el antecesor de la casa que hoy reina en Baviera, dejó por heredero á su hijo Luis, príncipe activo y guerrero, que estendió los dominios de la corona de Baviera con un tino y pericia loables, no descuidando por eso las necesidades del pais que gobernaba, y cuando vió que principiaba á renacer el comercio, y que el progreso marchaba triunfante, se estendió hasta la conquista del Palatinado del Rhin.

En 1231 protestó el duque Luis contra la rebelion de Enrique, rey de Alemania, y contra su padre el emperador Federico II, y es probable que fuese asesinado por órden de este príncipe, sucediéndole su hijo el ilustre Othon, conde Palatino del Rhin. Bajo su reinado se proclamaron independientes los obispados, pero á pesar de esto, la Baviera tuvo aumentos considerables. El afecto de Othon al emperador, le grangeó la excomunion del papa; y despues de un glorioso reinado, murió el año de 1253.

Sus hijos Enrique y Luis, reinaron dos años en fraternal union, pero en el año de 1255, se repartieron sus estados. Luis tomó la Baviera alta, y Enrique, cuya descendencia se estinguió poco tiempo despues, tomó la baja, y los estados del infeliz Conrado de Hohenstaufen, los repartieron entre los dos.

Uno de los dos hijos de Luis, subió al trono imperial en 1314, bajo el nombre de Luis IV de Baviera, y en 1329, celebró en Pavía un tratado de particion entre sus sobrinos, tratado en el cual les cedia el alto y el bajo Magraviat, reservándose solamente la alta Baviera.

En virtud de este tratado, el rey Maximiliano José, renunció los dos estados de la dinastía de Wiltelsbach.

Cuando se estinguió la raza reinante en la Baviera baja, el emperador Luis reunió las dos Bavieras, segun la voluntad de los estados, sin hacer caso de las pretensiones que con este objeto elevaron los condes Palatinos del Rhin, y los duques de Austria, que no obtuvieron su pension hasta el año 1348.

El emperador Luis el Grande de Alemania, y rey de Baviera, se captó el agradecimiento de el pais que sirvió de cuna á su familia, porque benigno y celoso de la prosperidad de la Baviera, estableció un nuevo código para el pais alto, una organizacion judicial para el bajo, y reorganizó la administracion del

interior. Separó de la sucesion del trono á la raza palatina, proviniendo de esta determinacion las cuestiones de las familias rivales, que estallaron despues entre aquellos y la raza de los soberanos de Baviera: murió el 11 de octubre de 1347. Se habia casado de segundas nupcias y dejó seis hijos herederos de vastos dominios, que comprendian ademas de la Baviera el Brandebourgo, y el Tirol, la Holanda y la Zelanda. Empero no duró mucho tiempo reunido un reino, tan costosa y cuidadosamente adquirído.; pues se introdujo la desunion entre los descendientes de los seis hermanos, perdiendo en sus querellas todas aquellas provincias, y ocasionando con ellas la estincion de todas las ramas. La casa de Munich por último, reunió nuevamente las diferentes partes de aquella herencia tan desmembrada.

En 1506, la alta y la baja Baviera se reunieron en un solo estado, y el duque Alberto II, descendiente de la casa de Munich, persuadido de que las divisiones que habian reinado hasta entonces eran contrarias á los intereses de sus súbditos, estableció con el consentimiento de su hermano Wolfgaug y el de los estados, una ley sancional, donde se fijó el derecho de sucesion por órden de primoginitura, y la dotacion anual asignada á los hijos menores.

Alberto murió en 1508, y de los tres hijos que dejó Guillermo IV y Luis Ernesto, Guillermo era el que debia heredar el trono: pero despues de algunas disputas, Guillermo y Luis reinaron juntos.

Esta manera de repartirse el reino, duró desde el año 1515 hasta el año 1534, en el cual murió Luis, señalándose su reinado, por la resistencia que estos dos príncipes opusieron al progreso de la reforma Luterana: Juan Ech de Ingoltstadt, uno de los mas encarnizados enemigos de Lutero, se unió á los jesuitas para sofocar aquella nueva creencia, y gozaron una proteccion decidida de la parte de estos dos príncipes. Guillermo murió en el año de 1550, sucediéndole su hijo Alberto V, llamado el Magnánimo. Este rey, sábio y generoso, comprendió tambien la mision que tenia que cumplir, y se dedicó esclusivamente á labrar la felicidad de sus súbditos; protegió á los jesuitas, las ciencias y las artes encontraron en él un generoso protector; principió á lucir para la Báviera uno de esos períodos que ennoblecen á una nacion; y la vida, la alegría, la tranquilidad y el comercio, volvieron á florecer con un esplendor mas brillante que el que habian adquirido en tiempo de sus antecesores, cuando victoriosos de sus enemigos tremolaban sus pendones vencedores, y entonces tenian la gloria, mas bajo el reinado de este sabio rey, gozaron de la felicidad que proporciona un buen gobierno que se dedica esclusivamente á desarrollar los principios de la justicia y la conservacion.

Sus delegados en el concilio de Trento, hicieron una manifestacion relativa á la comunion de las dos especies, y antes de su fallecimiento, acontecido en el año 1579, concedió grandes privilegios á los estados.

Su hijo primogénito Guillermo V, llamado el Religioso, le sucedió, pero siendo

de menor edad, hubo una regencia, hasta que en 1596, época de su mayor edad, tomó las riendas del gobierno; y despues de un reinado tranquilo, aunque estéril en sucesos, abdicó la corona en favor de su hijo mayor Máximiliano I, y se consagró el resto de su vida á la soledad.

Máximiliano con los inmensos y estraordinarios auxilios que recibia, fué el alma de la liga contra la union de los protestantes, sin conocer que el pensamiento no se domina, y que las creencias religiosas deben ser espontáneas. Aconteciόle pues, lo que debia suceder; los protestantes defendieron sus derechos, y la anarquía reinó otra vez entre los súbditos de Baviera: procesos, defensas, acriminaciones y algunas hostilidades sangrientas, fueron el resultado de una determinacion tan poco meditada. Durante la guerra de los treinta años, recibió Maximiliano de el emperador Fernando II, en el año de 1625, la dignidad del electorado del Palatinado, y el título hereditario de gran escudero mayor. Estos dos títulos pasaron en 1628 á la familia de Guillermo. La paz de Westfalia, confirmó la dignidad electoral y la posesion de alto Palatinado que tenia Guillermo, en cambio de su renuncia á la alta Austria, empeñada en los trece millones de florines que le debian, segun la liquidacion de los gastos de la guerra: y ademas un nuevo electorado que fué el octavo que se creó, concediéndoselo tambien á la familia de Guillermo.

Los descendientes de la rama Palatina, conservaron aquella dignidad y con ella las posesiones que les correspondian, aunque tuvieron algunas diferencias entre sí.

Falleció Maximiliano el 27 de diciembre de 1651, despues de haber reinado cincuenta y cinco años, y dejando por su sucesor á su hijo Fernando María, que despues de haber reinado veinte y ocho años en una paz completa, le cedió el trono á su hijo primogénito Maximiliano Manuel.

Empezó bajo su reinado la guerra de sucesion al trono de España, y el elector Maximiliano se unió con la Francia. Este ambicioso, sin tomar el ejemplo de sus antecesores, y dejándose llevar de sus desmedidas pretensiones, se labró su ruina como infaliblemente sucede cuando nos separamos de la senda de la prudencia: venció el emperador, y despues de la desgraciada batalla de Blencheina, fué tratada la Baviera como provincia conquistada: despojado el elector de su trono en 1706, no fué restablecido en sus estados, hasta que se celebró la paz de Baden en 1714, quedando en ese tiempo el reino de Baviera, sujeto por tercera vez á la dominacion estranjera.

Falleció este príncipe en 1726, sucediéndole su hijo Cárlos Alberto, que aunque accedió á la pragmática-sancion del emperador Cárlos VI, relativa al órden de sucesion, en favor de María Teresa; violó su juramento á la muerte del emperador y atropellando todas las consideraciones, y despreciando con un cinismo marcado el derecho de gentes, principió la conquista de Silesia que tan feliz fué para la Prusia. No contento aun, aspiró á la sucesion y al trono del Austria, so-

metió con sus ejércitos toda la Austria alta, y enorgullecido con el triunfo de sus armas, creyó que todo debia doblegarse ante él, y el año de 1741 adjudicóse el título de Archiduque de Austria.

El mismo año tomó á Praga, y se coronó rey de Bohemia: en 1742 fué elegido en Francfort emperador de Alemania, bajo el nombre de Cárlos VII; pero cansada la suerte de protegerlo lo abandonó, cuando estaba en el apogeo de su gloria, siendo su coronacion el fin de sus prosperidades. Así como Cárlos Alberto habia tratado el Austria como vencedor en 1743 exigiendo que ella y la Bohemia le rindiesen pleito homenaje, cuando la fortuna le abandonó, y perdió todo lo que habia conquistado, María Teresa se hizo reconocer como soberana de los estados de Baviera y del alto Palatinado, á pesar del tratado de alianza celebrado en 1714 entre Cárlos Alberto, el Landgrave de Hesse-Cassel, y Federico II, y á pesar de los sucesos de las armas prusianas.

Cárlos vencido por el talento y la superioridad de Cárlos de Lorena, general en jefe de los ejércitos austriacos, se vió precisado á volver á abandonar la Baviera, y huyendo, proscrito, y perjuro, murió olvidado y oscurecido antes del fin de esta guerra, el 20 de enero de 1745.

Maximiliano José III, su hijo y sucesor, tomó tambien el título de Archiduque de Austria; pero se vió precisado á hacer la paz con aquella potencia algunos meses despues, celebrándose el tratado el 22 de abril de 1745 en Tussen, en el cual accedió á las condiciones de la pragmática-sancion, prometió su voto al gran duque Francisco para la eleccion al trono imperial, y recibió en cambio todas las provincias de la Baviera que habian sido conquistadas por el Austria.

Concluidas así las disensiones de ambas potencias, se dedicó esclusivamente á labrar la felicidad de su país, como habia hecho uno de sus antecesores; protegiendo la agricultura, el comercio, la esplotacion de las minas, la administracion de justicia, la policia y las universidades públicas con celo infatigable.

La academia fundada en Munich en 1759 fué para las ciencias un poderoso apoyo, y un gran paso dado en la senda de la ilustracion. El generoso protector de las artes, fué José III uno de los reyes que dejan un recuerdo indeleble á la posteridad.

Este mismo príncipe rectificó, en lo concerniente á los derechos hereditarios de la casa palatina, el antiguo tratado de Pavía celebrado en 1329: y como no tuviese sucesion concedió al elector Cárlos Teodoro el derecho de compartir con él el gobierno del Palatinado.

La particion de los bienes de la casa de Wittelabach, y la paz de Westfalia, daban á los electores palatinos derechos incontestables al trono de Baviera, cuando la raza Bávara de Wittelsbach se estinguió el 30 de diciembre de 1777, por muerte de Maximiliano José; emperó el Austria renovó sus pretenciones á la baja Baviera, y no contenta aun con haber querido apoderarse, aunque inútilmente, de esta provincia, por medio de la diplomácia austriaca, pretendió llevar á cabo

su intento por la fuerza de las armas, sin dar ninguna esplicacion que justificase su conducta.

Cárlos Teodoro, que no tenia hijos, firmó el 3 y el 14 de enero de 1778, una acta por la cual renunciaba el derecho de disponer de la sucesion del trono de Baviera; pero el duque de los Dos puentes, sostenido por Federico II, protestó contra esta renuncia en calidad de heredero mas directo de Cárlos Teodoro. Encontróse pues sumida la Baviera en una guerra de sucesion; empero declarándose la Rusia contra el Austria, terminóse la guerra por la paz de Teschen, el 13 de mayo de 1779, sin haberse disparado un tiro.

La posesion de la Baviera de la cual se separó el Austria en Junviertel y el Braunau (que componen 80 leguas en cuadro) fué garantida y asegurada á los electores de Baviera por el tratado celebrado con aquella casa, que fué una de las cláusulas de la paz. Esta reunion de los paises bávaros, hizo desaparecer la octava dignidad electoral, creada por la paz de Westfalia. Sin embargo, en el año de 1784 se despertó en Viena con mas ardor que nunca, el deseo de apoderarse de la Baviera, y el gabinete austríaco entró con este objeto en negociaciones, y propuso un plan de cambio que ya se habia planteado sin ningun efecto á principios del siglo. El emperador José II le propuso al elector lo siguiente. «Ceder la Baviera, y recibir en cambio los Paises-Bajos que pertenecian al Austria, esceptuando el Luxembourgo y Namur; concediéndole además el título de rey de Borgoña, y tres millones de florines, para él y el duque de los Dos Puentes.»

La Rusia apoyaba estas negociaciones, pero á pesar de todo esto, fracasaron por la firmeza del duque de los Dos Puentes que seguro del apoyo de la Prusia declaró: «Que no consentiria jamás en cambiar su patrimonio por cualquiera que fuese, porque le pertenecia por derecho de herencia.» Federico II miró este cambio como la ruptura de la paz de Fechen cuya ejecucion habia garantizado, y sobre todo vió en la conducta del Austria una violacion de la constitucion del imperio, que él debia sostener en un justo equilibrio en los diferentes estados de Alemania y abrazó con calor el partido de la Baviera, obligando á la corte de Viena á desechar su plan y á declarar «que no habia tenido nunca la intencion de emplear la fuerza, para imponer este cambio á la Baviera.»

Todas estas luchas interiores no condujeron mas que á estinguir la libertad de la prensa, y la Baviera, se vió próxima á recaer en las tinieblas de la ignorancia.

Sobrevinieron las guerras de la revolucion de Francia, y el elector suministró dinero al ejército imperial, habiendo sufrido el Palatinado muchas vicisitudes en 1796, cuando la Baviera se convirtió en teatro de la guerra.

Murió Cárlos Teodoro sin posteridad, en medio de aquella crísis politica, el 16 de febrero de 1779, estinguiéndose en él la rama de la casa Palatina, y el duque de los Dos Puentes, entró en posesion de el electorado, y de todos los paises que componian la Baviera; la paz de Leuneville del 9 de febrero de 1801, terminó la guerra que habia principiado de nuevo.

Uno de los principales artículos de esta paz, que fué abandonar la orilla izquierda del Rhin, tuvo las mas importantes consecuencias para la Baviera, pues no solamente perdió todos los paises que tenia á la orilla izquierda de aquel rio, sino que tuvo que ceder toda la parte del Palatinado que poseia en la orilla derecha, á cambio de lo cual sus diputados en la Dieta del imperio, obtuvieron una indemnizacion territorial, que le procuró un aumento de doscientas leguas cuadradas, y de 216,000 habitantes.

Volvió á empezar la guerra de nuevo en 1805, y se vió de una manera patente lo importante que era para la Francia y para el Austria, la alianza de la Baviera, y cuando el Austria se preparó de nuevo á declarar la guerra á la Francia; de todos los principes cuyos estados radican entre el Tun y el Rhin; el elector de Baviera le pareció el auxiliar mas importante; y le pidió que sin pérdida de tiempo uniera sus tropas á los ejércitos austriacos, disuadiéndole de la neutralidad que deseaba guardar; (como escribia el emperador Francísco el 3 de setiembre de 1800 al elector de Baviera), neutralidad que la Francia dejaria de subsistir solo mientras fuera favorable á sus intereses. Mas á pesar de esto, la Baviera conoció que aquella alianza con el Austria la perjudicaba, se desentendió políticamente, y cuando estalló la guerra el elector unió 30,000 hombres á los ejércitos franceses, y la paz de Presbourg, que fué el resultado de esta nueva guerra, le valió á la Baviera un aumento de territorio de quinientas leguas en cuadro y un millon de habitantes. El elector obtuvo el título de rey, abandonando á Wurtzbourg, que fué elevada al rango electoral en lugar de Salzbourg que dependia del Austria.

La Bavierá entró entonces en posesion de las propiedades de los caballeros del imperio, que estaban en territorio suyo, segun el nuevo arreglo, como por ejemplo Wurtemberg y Baden.

La alianza política que existia entre la Baviera y la Francia, afianzóse mas estrechamente con el casamiento de la princesa Augusta, hija del rey de Baviera, con Enrique Napoleon, yerno del emperador frances y virey de Italia.

Las consecuencias de este matrimonio fueron el cambio de Berg, que la Baviera le cedió á Napoleon, dándole este la ciudad de Anspach, que la Prusia habia cedido á la Francia en cambio de Hannover, y el haber firmado la confederacion del Rhin el 12 de julio del año 1806, por la cual la Baviera se comprometió á suministrar un total de 30,000 hombres, á fortificar á Augobourgo y Leidan. Este tratado obligó al rey de Baviera á tomar parte en 1806 en la guerra contra la Prusia, y en 1809 en la guerra contra el Austria, y en la revolucion del Tirol.

El resultado de esta guerra, procuró á la Baviera algunos aumentos importantes, unos á costa del Austria, y otros por los tratados de Ceambio con el Wurtemberg y Wurtzbourg.

Estalló la guerra en el año de 1812 entre Francia y Rusia, y la Baviera sumi-

nistró á la primera, el total de los 30,000 hombres que debia enviarle segun sus tratados; de estos 30,000 hombres que salieron de Baviera solo regresaron á su patria algunos débiles despojos en la primavera de 1813.

En los últimos dias de abril, cuando Napoleon, que se habia abrogado el título de protector de la confederacion del Rhin, entro de nuevo en campaña, el rey Maximiliano José á pesar de las dificultades que tuvo que vencer, logró reunir nuevas tropas que le envió como antes. Este segundo cuerpo de ejército mandado por el mariscal Oudinot, se distinguió por el valor que caracteriza á los bávaros; y sufrió muchísimo en 1813 en los combates de Leuckau y de Grasoberen, en los cuales dió pruebas de un inmenso valor, y perdió mucha gente. Entonces el sistema político de la Baviera cambió de pronto, y olvidándose de los tratados miró por su bien particular.

En el ejército de observacion establecido por los franceses cerca de Wurtzbourg, al mando de Augereau, habia un cuerpo de tropas bávaras colocado en el Yun, enfrente de una division del ejército Austriaco. Los dos cuerpos se contentaron con observarse, y estuvieron largo tiempo el uno enfrente del otro sin dar un paso ni adelante ni atrás. Partió Augereau con su fuerza, y dejó á los Bávaros en una posicion muy peligrosa, enteramente aislados; y en vista de esta conducta tomó el rey de Baviera la resolucion mas cauta y necesaria que exigian las circustancias.

El 8 de octubre el general bávaro Wrede se avistó con el general austriaco Tumoi, resultando de estas negociaciones, que el 15 de Octubre declarase oficialmente el rey de Baviera que se separaba de la confederacion del Rhin, y que volvia sus armas contra la Francia. Celebró además un tratado en el cual se le garantizó la autoridad soberana en todos los dominios que habia poseido hasta entonces, y ventajas é indemnizaciones, por lo que tendria tal vez que abandonar al Austria á la conclusion de la guerra.

Cuando Wrede abandonó la causa que habia defendido hasta entonces, unió sus tropas á las austriacas, y la batalla de Hanau fué la primera en que los franceses se batieron con los bávaros, sus antiguos aliados. La victoria ha legitimado la conducta del Gabinete bávaro; pero pertenece á la historia de las acciones culpables por encerrar en su esencia la palabra traicion.

Tronó de nuevo el cañon en 1815, y apenas principiadas las hostilidades, el rey actual, entonces príncipe reinante, se puso á la cabeza de las tropas bávaras; pero la batalla de Waterloo, en la cual se hundió ese gran coloso del mundo, terminó nuevamente esta campaña.

En las discusiones del congreso de Viena sobre los intereses de los pueblos de Alemania, la Baviera obró siempre como un reino independiente.

Al firmarse la paz de París en 30 de Mayo de 1814, ya habian los diplomáticos del congreso separado de la Baviera en favor del Austria; el Tirol y el Vorarlberg, en cambio del Gran ducado de Wurtzbourg y de Aschaffembourg; des-

pojándola además de esto por el tratado del 14 de Abril del año de 1816: primero, de las tierras de Hausviertel y del Junviertel, dadas á la Baviera por el Austria en 1809; segundo, el principado de Salzbourg, esceptuando cuatro bailias situadas en la orilla izquierda de Salzach y del Saale, y tercero el Bailio de Vilsach: Habiendo recibido en cambio: primero todo el círculo del Rhin tal cual existe hoy dia; segundo, el antíguo bailio de Tulola y Hammelbourg, comprendiendo en ellos, Thirlba y Saaloch, Peruchenau y Meellen, el bailio de Weisser, escepto los pueblecitos Meelter, Haufferodt, y una parte del bailio de Brebestem: y tercero y último, la seguridad garantida de recibir como nueva indemnizacion los círculos de Balden, Tauber y el Palatinado que pertenecia á Baden situado en el Rhin, cuando se estinguiera la línea masculina del Gran duque.

Desde el año de 1808 el rey de Baviera habia abolido la servidumbre personal, y reconoció los principios del sistema representativo, pero aun no era tiempo de obrar porque toda la Confederacion Germánica gemia en la opresion. Llegó un dia en que se despojó de ella, y entonces la Baviera proclamó una constitucion premeditada, discutida y arreglada de antemano, y que debia dar la dicha á aquel pais, y llenar de gloria á su soberano.

Desde entonces la nacion la representan dos cámaras; la de los senadores y la de los diputados: componiéndose la primera de los príncipes de mayor edad de la familia real, de los dignatarios y oficiales de la corona, de dos arzobispos, de los gefes de las antiguas familias nobles de los príncipes y condes que pertenecian á los estados del imperio, y que eran senadores del reino por sucesion hereditaria, y de los obispos que nombraba el rey.

La segunda cámara se componia de un propietario que ejercia en sus tierras un poder señorial, pero que no tenia obcion á votar en la primera cámara, de los diputados de las universidades, de los eclesiáticos de las iglesias católicas y protestantes, y de los diputados de las ciudades del reino, siendo elegidos en sus provincias por seis años.

Esta constitucion, proclamada y aceptada y por un acta accesoria del principe real hereditario, fué recibida por el pueblo de Baviera con reconocimiento y entusiasmo, porque en aquella sábia y bien entendida constitucion, encontraba garantidos sus derechos, y esa hermosa libertad que vivifica al hombre; pero exitó en los partidos opuestos, sentimientos análogos á sus particulares y respectivos intereses.

Uno de los articulos de esta constitucion fué la libertad de cultos, y esto tambien produjo disenciones entre los dos cleros; pero pronto se arreglaron por la mediacion de las cámaras y del Rey que se esforzaron en apagar unas querellas que podian dar ocasion á la anarquía y á una guerra religiosa.

En el año de 1819 en las discusiones de la confederacion germánica, el ministro de Baviera con una energía singular, protestó y votó contra la reunion de las dos casas interesadas en Hesse porque esta reunion se oponia á una línea de

demarcacion entre la parte meridional y septentrional: separacion enteramente opuesta al objeto de la confederacion; y últimamente, en una de las últimas sesiones de la Dieta Germánica, se unió al Austria, á la Sajonia, á la Dinamarca, etc., etc., presentando la proposicion de pedir instrucciones á los demás gabinetes, proposicion á la cual se adhirió el ministro de Hannover.

Despues sobrevinieron cuestiones religiosas que se terminaron como en Francia, y por último se concluyeron las diferencias con el Austria y Baden por el acuerdo del 20 de junio; que si bien no llenaba todas las esperanzas que habia concebido la Baviera, la reconocia como legitimamente dueña de sus estados, y el órden de sucesion á el gran ducado de Baden.

Si nos fuera permitido penetrar el misterio de las negociaciones de los congresos, de Viena, de Troppau y de Leaybach en el año de 1820, sin duda ninguna se veria á la Baviera representar un papel muy interesante como protectora de los gobiernos representativos de la confederacion Germánica, cuyos intereses defendió eficazmente, apoyando con toda su influencia, la libertad del comercio en el interior de ella.

En cuanto á su política interior, tuvo el año de 1820 algunas pequeñas disenciones con el clero católico, cuyas pretensiones eran difíciles de satisfacer, segun el régimen constitucional y el estado de su hacienda. En el mismo año disminuyó su fuerza de gendarmeria, á causa de las reclamaciones que la nacion entera le dirigiera.

Hácia el mes de junio de 1821 corrió el rumor de que el príncipe Abate-Alejandro de Hohenlohe Schülingsfurt, habia hecho curas marabillosas en los alrededores de Bamberg y Wurtzbourg, y que con la eficacia de sus oraciones, habia curado al príncipe real de Baviera de la sordera que lo afectaba, y que habia curado del mismo modo á la princesa Matilde de Schewartzemberg atacada de dolores reumáticos.

En pocos dias reunióse gran multitud de gentes alrededor de la casa de S. A. que seguia haciendo públicamente sus milagrosos remedios. En vano las gentes sensatas y los médicos protestaban de la falsedad de estos hechos; el vulgo corria por calles y plazas implorando el socorro del Príncipe abate, con grotesco fanatismo.

Tales escenas en una poblacion dividida por distintas opiniones religiosas, no podian pasar desapercibidas, y sin ocasionar desórdenes y turbulencias; hasta que la autoridad municipal de la ciudad de Bamberg se alarmó y dió parte al gobierno superior del Mein, que no permitió al príncipe continuar sus pretendidas y milagrosas curas, á no ser que las hiciera bajo la inspeccion de un ministro del culto, de un oficial de policía, y de un médico, que examinaran sus operaciones y sus resultados, dando parte de ellos al gobierno. Unido esto á otras reclamaciones, cartas y consejos que recibió; y no habiendo podido curar á ninguno bajo la inspeccion citada, se retiró á una aldea, concluyéndose la fé que en el tenian, por

una contradiccion tan patente. Pero como estos sucesos habian despertado el fanatismo en el corazon humano, hubo turbulencias que concluyeron por el concordato que el gobierno bávaro se apresuró á poner en ejecucion, espedido el 5 de junio, y rectificado por el rey el 24 de octubre del mismo año, no habiéndose, ejecutado hasta entonces segun se decia, por la necesidad de reducir el número de las sillas episcopales. (Véase el *Anuario universal para el año* 1818, *página* 239)

Estas cuestiones religiosas que forman casi la historia del año 1821, concluyeron segun aseguran los escritos de dicho año, entre los gabinetes de Munich y de Viena por un tratado en el que el Austria, la Prusia y la Baviera, formaron un triunvirato que absorvia todo el poder federal de la Dieta, en la cual se habia hecho conocer su influencia: pero nos faltan datos para poderlo afirmar.

Y ademas ocupado el gobierno á finés de año, con la segunda seccion de los estados que debian abrirse en los términos prescritos por la constitucion en el (capítulo septimo, artículo 22), no se cuidó de sofocar las cuestiones religiosas.

El Rey de Baviera fué el primero entre los reyes Alemanes, que concedió una constitucion á sus pueblos, complicacion probada de muchos años de esperiencia, publicó un edicto el primero de Enero de 1820 para la organizacion de los consejos principales, que habia tratado ya de organizar en el círculo del Rhin: concediéndoles por este edicto como principal atribucion, el tomar conocimiento de los hechos y de las necesidades locales de cada provincia, y especialmente, de todo lo concerniente á la industria nacional, tanto en agricultura, como en las artes y el comercio; para que presentaran despues al gobierno, sus deseos, sus proposiciones, y aun sus quejas, dado caso que notaran algun defecto en la administracion interior.

Los consejos provinciales y los suplentes debian de ser nombrados por mil votos, todas de familias escojidas entre la totalidad de los ciudadanos, sin mirar clases ni condicion.

Para apreciar esta institucion en lo que vale es necesario recordar que la Baviera poscia desde los mas remotos tiempos, un sistema completo de municipalidades y magistraturas fundado en bases aristocráticas. Por eso se instituyeron los consejos provinciales como una simple corporacion consultiva.

El 26 de Enero se efectuó la apertura de la segunda seccion: El rey en persona pronunció un discurso, en el cual se felicitaba de ver los grandes resultados de la constitucion que habia dado al pais que gobernaba, manifestando al mismo tiempo su resolucion de respetar, y dejar intactos todos los derechos generales y particulares que les habia asegurado.

Largas discusiones que se originaron hicieron prolongar dos meses mas el término designado para las secciones, hasta que el gobierno se decidió á terminarlo; y el principe heredero se presentó en ella el 2 de junio en lugar de su padre que estaba en el castillo de Tegernsée, y despues que Mr. de Kabell leyó en alta

voz la órden del rey, se levantó el príncipe y pronunció las siguientes palabras.

«Hoy que por vez primera represento entre vosotros á mi augusto padre, declaro públicamente mis simpatías hácia nuestra constitucion, constitucion que debemos á su amor y á su sabiduria.» Entonces todos se levantaron, y la Asamblea se separó, al grito de ¡viva el rey!

Poco despues hizo dimision el príncipe Cárlos de la comandancia general de Munich siendo suprimidas estas y sustituyéndolas con cuatro divisiones militares mandadas por cuatro tenientes generales.

La casa de Baviera celebró aquel año dos casamientos: El de la princesa Amalia Augusta de Baviera hija del rey con su alteza real el príncipe Juan Nepomuceno de Sajonia celebrado en 21 de Noviembre en Dresde, y el de la hija mayor de su alteza el duque de Leuchemberg (Eugenia Beauharnais) con el príncipe heredero de Suecia (Oscar) cuyo casamiento no debia realizarse hasta el año de mil ochocientos veinte y tres.

Verificóse este enlace en el mes de mayo, pero aun en medio de la alegria de este himeneo, celebrado segun los ritos católicos, se temia por la salud del príncipe, atacado en su juventud por la apoplegia; proviniendo de esto, la existencia dolorosa que tuvo que soportar.

Estos sucesos son los que cita la historia desde el año quince, y nos estendemos algo mas sobre ellos, porque componen nuesta historia contemporánea.

El año de 1824 el príncipe Mecternich despues de su viage á Gohannisberg, se presentó en el castillo de Tegernsée, posesion del rey de Baviera, y en la cual residia, acompañado de S. A. I. el archiduque Francisco Cárlos, hijo segundo del emperador; para tratar el casamiento de la princesa Sofia de Baviera con el archiduque Francisco. Esta nueva alianza, ventajosa á las dos potencias, se concluyó sin demora, celebrándose dicho casamiento seis meses despues, en Viena.

No nos atreveremos á asegurar que en el castillo de Tegernsée se trató tambien, de que la Baviera apoyara con su voto y su influencia, las cuestiones que debian discutirse en Johannisberg, para someterlas á la dieta Germánica; pero los hechos, nos inclinan á creerlo así.

Entre tanto, llegó el término fijado por los artículos 11 y 22 de la carta constitucional, para convocar los estados generales, y para elegir nuevos diputados; y se dió la órden de proceder á las elecciones en todas las provincias. Tuvieron lugar en el mes de Enero de 1825 y se hicieron con bastante tranquilidad. Algunos de los adversarios mas decididos del gobierno, fueron destituidos en la última sesion; y la mayoría votó por las diputaciones de los distritos de las ciudades y las universidades; que formaban ellas solas las tres cuartas partes de la camara (1) y

(1) La cámara de los diputados se compone de ciento veinte miembros, de los cuales cincuenta y ocho son elegidos por los electores de los distritos; veinte y nueve por los de las ciudades; quince por los propietarios de bienes nobles con jurisdiccion, tres por las universidades de VVurtzbourg, Erlangen y Leaudshut, diez pór el clero católico, y cinco por el clero protestante.

el rey en vista de la voluntad de su pueblo, dió un manifiesto antes de abrir la sesion para fijar la propiedad de los derechos señoriales, en los círculos que aun no habia tenido lugar.

El 2 de mayo dia fijado para la apertura de los estados; se constituyó la cámara de los diputados bajo la presidencia del baron de Schrenck, nombrado por S. M. entre los seis candidatos que le presentaron. El rey en persona abrió la sesion, con un discurso en el cual trazó todo el bien que habia hecho durante los seis años de actividad de los primeros estados generales, las mejoras que habia introducido en la administracion, y anunció la permanencia de los diputados nombrados para los seis años siguientes, y no disimuló la solicitud que le inspiraba la disminucion de las contribuciones, por medio de la paz y el equilibrio que existia en los gastos del estado. «Para resolver este problema, dijo S. M. se necesita todo vuestro talento, y la energia de una voluntad consagrada al bien público. Estoy seguro de que me ayudareis con vuestra activa cooperacion, para llevar á cabo una medida que mantendrá el crédito de los particulares, reanimará é impulsará la industria, asegurando los deseos de la nacion con los resultados que debe producir.» Su discurso terminó con estas palabras. «Aun no hace un mes que he cumplido los veinte y seis años de mi reinado, y he puesto todo mi conato en labrar la felicidad de la Baviera. Puedan los años venideros asegurar la dicha de mis pueblos, coronando con el éxito mis esfuerzos, y vuestros trabajos.»

Este discurso pronunciado con el acento del corazon, por un rey de 69 años de edad, produjo en la Asamblea y en los asistentes una profunda sensacion. Estas eran las últimas palabras que debia dirigirles aquel soberano, pues poco tiempo despues, periodo durante el cual no acaeció nada que sea digno de figurar en este compendio, falleció despues de haber asistido áun baile que dió el embajador de Rusia.

Aquella noche se habia acostado ordenando no le despertaran hasta las seis de la mañana, si no se levantaba antes..... Cuando su ayuda de cámara entró para abrir las ventanas, ¡el rey no existia! Un grito de consternacion resonó en todo el palacio y en vano seria el querer pintar el dolor del pueblo entero, y el sentimiento de toda la familia real.

Maximiliano José, aquel rey, modelo de sabiduria y de bondad, que la Baviera perdia, nació el 27 de mayo del año de 1756; fué el primer rey de la monarquia bávara, descendiente de la ilustre casa de Wittelsbachs pero era de la rama de los hermanos menores, que no está al parecer muy allegada al trono. En su juventud habia sido coronel al servicio de Francia. En 1795 fué llamado á suceder á su hermano en el ducado de los Dos Puentes, y en 1799 sucedió á Cárlos Teodoro elector palatino de Baviera.

Reinó 26 años en Baviera como elector, y desde el año de 1806 gobernó como rey. Despues de haber pasado por todas las vicisitudes políticas de aquel tiempo, dejó un reino poblado por tres millones y seis cientos mil habitantes, un

trono consolidado con la carta constitucional, en la cual todos los poderes estaban sábiamente establecidos; todos los derechos garantizados, aumentado el poder de su casa, y sobre todo la libertad de su pueblo..... esto es bastante para su gloria.

Sucedióle el príncipe real Cárlos Luis Augusto. Nació en Strasburgo el 25 de agosto de 1786. Estaba este príncipe en los baños de Bruckenau cuando el consejo de ministros le envió un correo para noticiarle la muerte del rey y recibir sus órdenes. Mientras tanto, la capital ofrecia un aspecto de dolor y de consternacion.

El pueblo se acordaba de los beneficios que debia al difunto rey, y en sus papeles se encontró un rasgo digno de ser cantado por los poetas en vez de ser narrado por el historiador; habia repartido secretamente en el mes de setiembre 80,000 florines á los pobres, y desde el primero de octubre, hasta el dia de su fallecimiento que fué en el mismo mes, habia distribuido para el mismo objeto, 12,000; habiendo gastado solamente en sus gastos particulares la ínfima suma de 400 florines. Rasgos como estos se encomian bastante, cuya gloria se transmitirá á la posteridad, para servir de ejemplo á nuestros descendientes.

Verificados apenas los funerales, con pompa verdaderamente régia, llegó el nuevo rey. Entregado á su dolor guardó el mas extricto incógnito, no permitiendo que salieran á recibirlo, y sin acompañamiento ninguno entró en su palacio, en donde lo recibió el príncipe Cárlos Teodoro, y ambos hermanos tiernamente abrazados, confundieron sus lágrimas y su dolor.

Al siguiente dia fué convocado el consejo de ministros en el palacio, y el nuevo rey, prestó ante ellos el juramento prescripto en la constitucion, que es el siguiente: «Juro gobernar segun la constitucion y las leyes del reino; asi me proteja el Señor y los santos evangelios.» El rey repitió las palabras de este juramento, y poniendo su mano en el corazon prosiguió: «Antes de haber prestado el juramento de respetar la constitucion y de gobernar segun sus leyes, tenia la misma obligacion que ahora, en virtud de juramento que presté cuando se proclamó; y así espero cumplir los sagrados deberes que me impone el juramento que hago como rey, en lugar de mi padre cuya querida memoria la tendré presente mientras viva.

«Espero que la gracia divina guiará mis pasos, y me dará fuerzas: porque es difícil reinar despues de un monarca como el que acabamos de perder; pues es casi imposible el igualarlo.»

El acta de este juramento se depositó en los archivos del reino: y pocos dias despues de las exequias fúnebres que siguieron á los funerales, dió una proclama para anunciar su advenimiento al trono, invitando á todas las autoridades, á seguir bajo las mismas bases de gobierno, que en vida de su difunto padre. Pero á pesar de todas estas seguridades, la nacion esperaba algun cambio, al menos en el personal de la administracion.

En efecto el conde de Tœrring, presidente del consejo de estado, y el conde

de Rechberg, ministro de palacio y de negocios estranjeros, que gozaban de la alta confianza de Maximiliano José, no tardaron en presentar sus dimisiones.

Las carteras de ambos condes fueron dadas al conde de Thurhnein, ministro del interior, y al conde de Armensparg, no sin que S. M. diese á los dos ministros caidos mil muestras de reconocimiento por los importantes servicios que habian hecho á la nacion.

Hizo suprimir la lotería y los juegos de azar, y confió la direccion de los asuntos eclesiásticos á un consejo superior, sujeto al ministro del interior, y compuesto ademas del presidente, y de tres consegeros, debiendo ser protestante uno de los tres, al menos.

Despues de estas determinaciones, se dedicó á disminuir el ejército bávaro, reduciéndolo á las fuerzas siguientes:

	Hombres.
Infantería en tiempo de paz.	40,608
Idem en tiempo de guerra.	41,688
Caballería en tiempo de paz.	9,216
Idem en tiempo de guerra..	9,360

Artilleria, cuatro divisiones del ejército compuestas de ciento veinte y ocho piezas.

Puso la guardia real como los otros cuerpos del ejército, dejando con licencia temporal 13392 hombres de infantería, y 1920 de caballeria; disminuyendo de este modo los gastos del ejército en muchos millones. Asi inauguró su reinado, introduciendo además infinitas reformas de economía en la administracion financiera, de las cuales el pueblo bávaro esperaba los mas felices resultados.

En cuanto al sistema político internacional tan importante en sus semejanzas con la dieta germánica, en la cual representaba la Baviera un papel importante, no dejó traslucir las modificaciones que se esperaban. Fiel al sistema que habia proclamado á su advenimiento al trono, siguió por aquella senda con esa firmeza de carácter que vence todas las dificultades.

La comision que habia nombrado en 1826 para fijar los gastos generales, segun la proposicion que hizo cuando se formó el consejo de Estado, para economizar un millon de florines sin contar con las rebajas que S. M. habia introducido en los gastos de su palacio, debia principiar á efectuar las reducciones gradualmente, para evitar efectos retroactivos; ciñéndose sin embargo á la letra y espíritu de la Constitucion.

Los simples funcionarios y las personas que trabajaban en las oficinas públicas por contratos particulares, no debian ser considerados en adelante como empleados, ni tenian derecho á ser pensionados. Un gran número de buques del gobierno, que solo servian para el beneficio de los empleados, el gobierno determinó venderlos, dejando los estrictamente necesarios para el servicio público.



de Rechberg, ministro de palacio y de negocios estranjeros, que gozaban de la alta confianza de Maximiliano José, no tardaron en presentar sus dimisiones.

Las carteras de ambos condes fueron dadas al conde de Thurheim, ministro del interior, y al conde de Armansperg, no sin que S. M. diese á los dos ministros caídos mil muestras de reconocimiento por los importantes servicios que habian hecho á su nacion.

Hizo suprimir la lotería y los juegos de azar, y confió la direccion de los asuntos eclesiásticos á un consejo superior, anejo al ministerio del interior, y compuesto ademas del presidente, y de tres consejeros, debiendo ser protestante uno de los tres, al menos.

Despues de estas disposiciones, se dedicó á disminuir el ejército bávaro, reduciéndolo á las fuerzas siguientes:

	[illegible]
Infantería en tiempo de paz.	30,000
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]

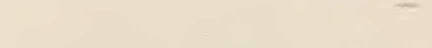
[illegible] del servicio [illegible] de [illegible] veinte y ocho [illegible].

[illegible] la guardia real como los otros cuerpos del ejército, dejando con licencia temporal 15782 hombres de infantería, y 1920 de caballería: disminuyendo de este modo los gastos del ejército en muchos millones. Así inauguró su reinado, introduciendo ademas infinitas reformas de economía en la administracion financiera, de las cuales el pueblo bávaro esperaba los mas felices resultados.

[illegible] tan importante en [illegible] con la [illegible] en la cual [illegible] un papel importante [illegible]

[illegible]

[illegible] y las personas que trabajaban en las [illegible]



[illegible]

Lit. de J. J. Martinez Madrid

MARIA,



REINA

de Baviera.

A consecuencia de estas sábias economías, la generalidad de la nacion, principió á conocer los felices resultados de una centralizacion esclusiva y la estension concedida á las atribuciones de la administracion local.

Mientras que las *Gacetas* de Viena aseguraban que el viage ó el encuentro del emperador de Austria y del rey de Baviera en Lembach, no tenia ningun objeto político, los diarios bávaros decian que en las conferencias que habian tenido lugar, habia insistido nuevamente el rey con mucha energía, sobre la restitucion del palatinado del Rhin antiguo patrimonio de su familia, en indemnizacion de lo cual pagaba anualmente el Austria, la suma de cien mil florines, hasta la egecucion del tratado que estipulaba la restitucion de dicho territorio. Los mismos diarios añadian ademas, que se habia tratado en aquellas conferencias de cambiar la Constitucion bávara en los artículos concernientes á la libertad de imprenta, y á la publicacion de las sesiones de los estados: pero decian al mismo tiempo que el rey habia rechazado todas las gestiones, y las insinuaciones que se le hicieron sobre el particular.

No pretenderemos dar como verdaderos hechos, congeturas mas ó menos atrevidas, sobre acontecimientos necesariamente secretos: pues la historia no puede reconocer mas que sucesos públicos y conocidos, y hay algunos que pueden iluminarnos sobre los principios que rigen la política del nuevo rey de Baviera.

Principiemos pues, publicando su generosidad en favor de los cristianos de Oriente á los cuales les ha enviado sucesivamente mas de cien mil florines, tanto para socorrer á los griegos cristianos sumidos en la desgracia, como para rescatar las mujeres y los niños, que sufrian la esclavitud.

Cuando este soberano que principiaba á reinar tan sábiamente, fué á tomar los baños de Bruckenau, reusó todas las fiestas que quisieron hacer en honor suyo, diciendo á los magistrados que preferia que la suma que estaba destinada á las fiestas públicas se empleasen en socorrer á los pobres de aquellos contornos, y las poblaciones desgraciadas de la Grecia. Indudablemente esta conducta filantrópica, y nunca bien ensalzada, ha contribuido mucho á escitar el interes que ha manifestado la Baviera por la causa de los griegos, habiéndose multiplicado las donaciones: y llegado su afecto á aquella nacion, hasta consagrarse á defender á varios militares distinguidos figurando entre ellos el teniente coronel Heideckr,

Otros actos provechosos en la administracion, como son la rebaja de los derechos percibidos desde el año 1822 por la entrada de géneros franceses; (vinos, aceites etc.) la esposicion de los productos de la industria bávara, y el espíritu de tolerancia religiosamente observado entre diferentes cultos, merecen conceptuarse como síntomas de mejoría; en el estado del reino.

Cuando volvió el rey del viage que hizo á Roma en el mes de mayo, convocó la asamblea de los estados del reino, (segun las ordenanzas del 30 de junio) y el mismo en persona abrió las sesiones el 17 de noviembre.

El discurso que pronunció S. M. nos da una idea satisfactoria del estado del pais: nada mas hermoso que la espansion de los sentimientos de este rey, á la memoria de su padre, y su afecto hácia la Constitucion que aquel monarca habia dado á la Baviera. Contestó la segunda cámara á su discurso alabando tan nobles y hermosos sentimientos, y despues de haber tratado sobre nuevos arreglos benéficos y gloriosos, presentó un proyecto de ley para impedir los desafios. El porvenir nos instruirá de este proyecto filantrópico.

En cuanto á las relaciones esteriores con el reino, citaremos el arreglo celebrado con la Francia para la estradiccion recíproca de los desertores. Ademas se celebró en el mismo año otro tratado con Wurtemberg, en el cual se obligaban las dos naciones á socorrerse recíprocamente sus enfermos, cuando estos estuvieran en sus dominios, y fueran atacados de una enfermedad, ó les pasara algun accidente. Este arreglo merece ser citado como un acto de humanidad tal vez el único de ese género, y digno de ser imitado por las demas naciones.

El interés que el rey de Baviera habia mostrado para los griegos se patentizó este año con un hecho digno de inscribirlo en la historia.

S. M. recogió el hijo de Marcos Botzaris que murió gloriosamente en la batalla de Peta, y dispuso que lo educaran á su costa en el mejor instituto del reino.

Los estados abiertos el 17 de octubre del año 1827 debian cerrarse el 17 de enero (segun el término prefijado en la carta constitucional), pero el rey, viendo que aun quedaban mil cosas que hacer los prolongó primero hasta el 29 de febrero, luego hasta el 30 de abril, y de prolongacion en prolongacion, duraron hasta el 18 de agosto.

Discutiéronse infinidad de proyectos, se hicieron mil aclaraciones sobre las verdaderas circunstancias de la nacion, se establecieron leyes nuevas, se arreglaron las cuentas del reino y se reformó la hacienda. Entretanto, y á par que el rey estaba ocupado en estas mudanzas celebró un tratado de aduanas con Wurtemberg y efectuó un cambio de ministerio que creia conveniente para el bien de su patria.

Aun estudiado como artista es este rey digno de elogio; amante de las musas, ha compuesto varias obras, que á pesar de haber sido leidas en Francia en una traduccion pálida é inexacta, han sido juzgadas por los sábios de aquel pais, reconociendo en ellas sentimientos impregnados de moral filosófica, y la pureza de una religion ilustrada.

La casa de Baviera, que tenia una de sus princesas sentadas en el trono de Austria, y la otra destinada á ceñir la corona de Suecia, recibió en el mes de junio de 1829, el honor de ser llamada la tercera á compartir la imperial diadema del Brasil.

Espiró el año 1829 y el pueblo bávaro apacible de por si y confiado en el gobierno de un rey artístico y poético, se fué sucesivamente desarrollando, hasta que al fin principió á gustar de la sátira, á pedir innovaciones que no eran convenientes

al estado, y entonces el gobierno juzgó necesario reprimir severamente los insultos de la prensa periódica, y sobre todo los ataques contra la religion, y la difamacion de los altos funcionarios de la corona.

El rey hizo un viage de algunos meses á Italia, visitó á Roma y á Nápoles, donde tomó los baños de Jschia, y cuando volvió, se hizo rendir cuentas por la comision instituida con este objeto, en virtud del artículo 14 del capitulo séptimo de la Constitucion, y despues de haberlas revisado hizo la comparacion entre las del año 1826 y las de 1829, comparacion que arrojó los resultados siguientes:

Entradas de los tres años.	90.700,000 florines.
Total de los gastos del estado. . .	85.000,000 flor.
Economizados.	5.700,000 flor.

Habia ademas en esta cuenta una disminucion, hecha en los impuestos anuales, que habia existido desde el año de 1819 hasta 1829 de 1.727,905 florines, y sin embargo la comision propuso el suprimir una suma de 570,000 florines destinados á hermosear los monumentos públicos, esponiendo al mismo tiempo que habia medio de cubrir aquellos gastos sin tocar á dicha suma, comisionando para hacerlo al gobierno civil.

Pero sobrevinieron los sucesos de julio, que causaron mas sensacion en Munich que en las otras ciudades de Alemania, y la corte lo mismo que la Rusia, temiendo por sus posesiones de la opuesta orilla del Rhin, dejó conocer su descontento y sus temores, y aunque pareció aproximarse al Austria, se apresuró á responder á las notificaciones de la Francia, enviando nuevas credenciales á su embajador en París.

Entre tanto, á causa de las rencillas religiosas, las disposiciones del pueblo para con el gobierno no eran nada favorables y solo necesitaban una ocasion para estallar, presentándose esta el 24 de setiembre.

Un regimiento de caballeria que estaba de guarnicionen Munich, reuso hacer el servicio, pretestando que no le pagaban, y que recibia un tratamiento arbitrario. El gobierno mandó atacarlo por las tropas de la guarnicion, pero el pueblo se unió á los rebeldes, pidiendo la caida del ministerio, alegando que estaban decididos á proteger á los jesuitas. Principió el combate en las calles, y el príncipe Carlos, hermano del rey, que se presentó en el lugar del combate para contener en lo que fuera posible la efusion de sangre, salió herido en un brazo, no cesando la pelea hasta que llegó el rey, calmando su presencia un poco la efervescencia popular; y con el cambio de ministerio, y las numerosas patrullas que esparció por todas partes, volvió á reinar el órden y la tranquilidad pública.

El 12 de diciembre se publicó un bando real, en el cual se mandaba hacer las elecciones de los diputados de provincia, siendo notable y digna de elogio, la conducta que observó el rey Luis en aquel caso: porque á pesar de la poca con-

formidad de los partidos con el gobierno, prohibió á las autoridades civiles y militares, el estorbar en manera alguna las elecciones, ni el ejercer su influencia en ellas, invitando al mismo tiempo á los electores, á votar solamente hombres, que por su lealtad, su patriotismo, su celo para el bien público, y su talento, fueran dignos de obtener su confianza, y la responsabilidad de representarlos.

Este llamamiento solemne y legal á la opinion pública, no satisfizo la impaciencia de la ardiente juventud de las universidades. La noche buena se reunieron cuatrocientos ó quinientos estudiantes, y recorrieron las calles cantando coplas patrióticas al son de trompetines. La guardia cívica los quiso disolver, pero se resistieron y principió un motin que se prolongó dos ó tres dias, hasta que el gobierno tomó enérgicas medidas, y mandó cerrar las universidades hasta el mes de marzo; dando la órden al mismo tiempo, de que todos los estudiantes que no estuvieran domiciliados en Munich, dejaran la ciudad en el término de veinticuatro horas: este es el último acto de revelion abierta del pueblo, contra su gobierno.

El gérmen de descontento que habia esparcido en la Baviera, una administracion que se creia dirijida por unos cuantos cortesanos, y que solo oponian las bayonetas y la censura, á las quejas de la opinion pública, lejos de disminuirse con las medidas tomadas acerca de los diputados liberales recientemente elegidos y de la libertad de imprenta, se acrecentó de dia en dia. No era solo el pueblo el que desaprobaba las últimas disposiciones del gobierno, sino que hasta el ministerio se dividió en dos bandos.

He aquí la esposicion que hicieron á su rey los habitantes de Munich.

«Señor, vuestros ministros no conocen ni la Baviera, ni sus habitantes, ni la época, ni nuestros derechos, ni las necesidades del país, cuando os aconsejan semejantes medidas, que atacan nuestro amor, nuestra fidelidad, y nuestra confianza, en sus principios, y conmueven hasta en sus cimientos nuestra hermosa y tranquila patria, siéndole necesaria esa tranquilidad que le arrebatan. En vez de dedicarse á afirmar nuestra posicion social y el bien estar de la nacion, nos dejan entrever la triste perspectiva de una série de sucesos arbitrarios y retrogrados, que hieren profundamente todos los sentimientos patrióticos; cuando guiados por miras ambiciosas é irreflexivas, y obedeciendo tal vez á una influencia estranjera, se han colocado arbitrariamente entre V. M. y su pueblo, para quitaros la confianza que teneis en vuestros súbditos, y privarnos de los medios legales que nos concedió vuestro difunto padre para conservar nuestras libertades, y nuestros mas preciosos derechos»

Entonces el rey trató de examinar los hechos, y despues de un detenido exámen, de las discusiones de los estados reunidos y las cámaras tomó la sábia determinacion de captarse el amor de sus súbditos y hacer justicia á sus reclamaciones, destituyendo á los ministros que tanto se habian hecho aborrecer de sus pueblos, nombrando un nuevo ministerio.

En 1832 aparece la Alemania entera bajo un nuevo aspecto, pasando de la esfera de los gobiernos absolutos al de los representativos. La clausura de una Dieta llena de dificultades borrascosas, no habia podido sacar al gobierno bávaro de sus aprietos. El monarca habia esperado contener las opiniones con la censura, pero todo fué en vano: la prensa se declaró en rebelion abierta contra las leyes que la coartaban y apoyándose en las simpatías de las masas del pueblo, le hacia al gobierno una guerra mas ruda que la cámara de los diputados. Distinguiéronse entre todos, los periódicos titulados *El Tribuno Aleman* y *del Mensagero* dirijido el primero por el doctor Wirtho, y el segundo por el doctor Siebempfeffer, por su audacia y la vehemencia de sus artículos. en los cuales resplandecian á cada paso esas hermosas palabras de independencia y libertad.

Viendo el gobierno una oposicion tan pertinaz, recurrió á la fuerza, y dos regimientos de caballeria se presentaron en el mes de marzo en Hambourg y Oggersheim derribaron las puertas de las imprentas de *El Tribuno* y el *Mensagero*, y destruyeron todo lo que encontraron, so pretesto que no habian sido instituidas conforme á la ley. El rey no conceptuó esta cuestion muy peligrosa, y en el mes de abril partió para Italia.

Se aproximaba entretanto la fiesta constitucional y á pesar de las medidas de la policia y de los destacamentos que poblaban los caminos, se presentaron el 27 de mayo mas de 20,000 ciudadanos, en el viejo castillo de Hambach situado cerca de Neustadt. Campeaban en sus derruidas almenas infinidad de banderas tricolor, oro, rojo y negro, con esta inscripcion, *Renacimiento de Alemania.* Estos antiguos colores alemanes recordaban los gloriosos tiempos de los príncipes suavos: ya habian aparecido otra vez quince años antes entre los afiliados de Burschenochaft, sociedad compuesta de estudiantes que la conceptuaban como el símbolo de la union alemana; y que proscritos por el gobierno, reaparecian no solo en la Baviera, sino en todos los estados constitucionales y hasta en las fronteras del Austria y de la Rusia. El gobierno por su parte tomó enérgicas medidas para capturar y castigar á los que figuraron en aquella reunion puramente patriótica.

El rey Luis rectificaba las resoluciones de la Dieta, por el interés que tenia en unirse á Austria á fin de consumar el advenimiento de su hijo el príncipe Othon al trono de Grecia: y en efecto pocos meses despues se presentó una diputacion de lo mas ilustre de la nobleza griega, para saludar al jóven rey y jurarle fidelidad en nombre de la nacion; marchando poco tiempo despues á su nuevo reino.

El 8 de marzo de 1834 se abrieron las sesiones de los estados del reino, en las cuales S. M. hizo mencion del tratado de aduanas con la Prusia y la mayor parte de los estados de Alemania, de la eleccion de su hijo Othon, llamado á ocupar el trono de Grecia, del casamiento de su hija con el gran duque heredero de Hesse, y despues de pronunciar un discurso en el cual pintó los sucesos del año anterior, concluyó anunciando la presentacion de nuevos proyectos de ley á los estados generales, y á las cámaras.

Empezó el año 35, y se restablecieron las órdenes monásticas á causa de la influencia del santo Padre. El gobierno hizo una justa reclamacion en vista de las órdenes espedidas en ciertos paises, de no dejar pernoctar los trabajadores bávaros. Se formaron nuevos estatutos para las universidades, y por último viendo el monarca el lamentable estado de la Grecia, partió el 21 de noviembre para aquel pais, en donde lo llamaban los intereses del trono de su hijo, el deseo de visitar la tierra clásica de los helenos, contemplar sus antiguos monumentos, y admirar unos lugares tan célebres en los anales del mundo. Despues de una ausencia casi de cinco meses, durante los cuales visitó la Grecia, las islas del Archipiélago y las costas del Asia menor, volvió á Munich el 14 de abril de 1836, siguiéndole poco despues su hijo Othon que pisó la capital de Baviera el 29 de mayo, y no volvió á su reino, hasta fines del año, habiéndose casado con una princesa de Oldembourgo. Pero dos griegos que lo habian acompañado en su viage no debian ver mas su suelo patrio, pues murieron del cólera, declarado en Munich y en varios puntos del reino en el mes de octubre.

En 1837 se abrieron las sesiones legislativas en las cuales hubo largos debates, sobre el estado monacal, y los diputados concluyeron por declararse en contra de los conventos. Además se examinó acaloradamente el castigo del láti go en materias de policía, y se trató de la emancipacion de los judios. Ya se iban á disolver las cámaras cuando recibieron un mensage ministerial, anunciándoles la conclusion de un tratado sobre la moneda entre Baviera y Wurtemberg, los grandes ducados de Baden y de Hesse, el ducado de Nassau y la ciudad de Francfort.

La propension del gobierno á restaurar lo pasado, atestiguada suficientemente por el favor que concedia á las instituciones monásticas de la edad media, le hizo publicar hácia fines de noviembre, un bando real, donde se determinaba cambiasen las denominaciones de los ocho círculos de que se compone el reino de Baviera. « La providencia, decia la introduccion de dicho bando ; ha reunido en nuestro cetro varias tribus de las mas nobles de Alemania, cuyo pasado abunda en modelos sublimes de virtud y de gloria. Con el designio de unir el glorioso recuerdo del pasado con el presente quiero restablecer las antiguas demarcaciones consagradas en la historia de los paises que nos pertenecen, y deseando atraer la division de nuestro reino y la denominacion de sus principales provincias, á la base respetable de la historia, fortificando y corroborando mas y mas la esperimentada fidelidad de nuestros súbditos, hemos decretado y decretamos que los ocho círculos se titularan de hoy en adelante del modo siguiente, etc. etc.

Este cambio, aunque poco conforme con las tradiciones históricas, que el gobierno queria instituir, sacandolas de sus tumbas y dándole á los círculos de la Baviera nombres que no tenian, permaneció : modificando para dicho efecto las jurisdicciones judiciales del reino, para establecerlas segun la base de esta nueva division territorial.

Al año siguiente recibió esta monarquía el empréstito que habia hecho á la griega. La Baviera habia abrazado la causa de la libertad Helenica, y se unió á sus heroicos defensores, á pesar de las pretensiones esclusivas de la Francia y de la Inglaterra. En el mismo año se inauguró un ferro-carril desde Munich á Staremberg, mediando entre ambas ciudades un espacio de diez millas alemanas.

Entretanto S. M. el emperador de Rusia llegó á Munich donde habia algunas semanas que residia la emperatriz: por cuyo motivo se hicieron fiestas públicas y grandiosas, en honor de los régios viageros, apresurándose el rey, que habia llegado la víspera á su capital, á enseñarles todas las curiosidades que contiene aquella.

En 1839 hubo una reaccion católica que siguió hasta el año de 1840, quedando confiada la educacion á los religiosos Benedictinos y Jesuitas, recurriendo para conseguir dicho objeto, á medios que los católicos ilustrados reprobaron. Nunca se deseará bastante el que la politica y la religion se desarrollen paralelamente, sin servir de instrumento la una á la otra. Esta situacion es muy grave por las cuestiones filosóficas que despierta, por los gérmenes de discordia que siembra entre súbditos de una misma patria y el estado sospechoso en que colocan á un reino para con los demas paises.

Sin embargo, debemos conocer los rápidos progresos de la industria bávara, en la ley espedida para modificar el trabajo de los niños en las fábricas, y sus esfuerzos en la agricultura, y en las artes, siendo estas tres vias de prosperidad la gloria de sus pueblos. Ademas el rey poeta, dejó á un lado las cuestiones religiosas, y proclamó el 8 de enero de 1840, que devolvia sus denominaciones primitivas, á las diversas provincias de su reino, y añadiendo estas palabras. «El terreno histórico es sólido; la unidad no proviene de la desaparicion: lo que forma la union de un pueblo, es la concordia y su amor al trono.»

El año legislativo pasó pues apaciblemente, aunque el pais no pudo librarse del impulso patriótico, que *La Marsellesa* provocó en las orillas del Rhin. Pero apenas se principiaron á formar los armamentos desaparecieron los temores y el pais volvió á entrar en su estado normal.

El año 1841 no nos ofrece la historia mas que algunas determinaciones respecto á los obispos y á los curas, la muerte de la reina viuda de Baviera, y el nacimiento de un principe de la sangre real.

El 42 cuando la Prusia queria egercer su supremacia sobre la Alemania pretestante del Norte, la Baviera aspiraba al protectorado de la Alemania católica del Mediodia. El rey de Baviera, comprendiendo las grandes ventajas que podia proporcionarle al pais semejante empresa, trabajó incesantemente para realizarla.

Algun tiempo despues de la ceremonia de Colonia, en la cual Federico Guillermo de Prusia hizo un elocuente llamamiento á los sentimientos de nacionalidad y union alemana; inauguró Luis de Baviera la Walhalla, especie de panteon

que deberá contener en su centro, las estátuas de todos los grandes hombres de la Alemania, siendo invocadas las ideas de union y fraternidad alemana, en un mismo sentido, por el monarca cristiano que por el protestante. «Pueda, esclamó S. M. pueda la Walhalla impulsar el desarrollo de las ideas alemanas. Puedan todos los alemanes de cualquier pais que sean sentir en su corazon que tienen una patria comun, una patria que debe enorgullecerlos.» (Véase en la crónica del 19 de octubre, los detalles de la inauguracion de la Walhalla.)

Este año tampoco nos ofrece nada de notable que inscribir en este compendio, mas que la reforma de correos, segun el sistema inglés y que fija el porte de las cartas en el interior del reino en 12 Kreutzers, para todas las distancias.

Las relaciones esteriores siguieron como estaban en 1840, 1841 y 1842 y ni aun el 43 presentan ningun resultado, de el papel que le cupo en la revolucion de Grecia (véase Grecia anuario universal de 1843). Algunos actos de libertad y el proyecto de ley sobre los ferro-carriles componen los trabajos legislativos del año. Casi á principios del cuarenta y cuatro, estalló una sedicion de poca importancia: sedicion de jornaleros que costó la vida á varias personas y que no impidió, que el rey hiciera su viage de costumbre á Italia.

Al año siguiente la cuestion religiosa agitó en Alemania, tanto en los paises católicos como los protestantes; procediendo las inquietudes de los segundos de la poca proteccion de las autoridades, por cuyo motivo elevaron sus quejas hasta el trono, pidiendo justicia.

Corrió este asunto á cargo del consejero de estado de Freyberg, hombre que profesaba los principios de una intolerancia peligrosa; y despues de enterado de las reclamaciones, pidió que se instruyera una causa criminal acusándolos de alta traicion: apoyada por el ministro del interior Abel, encargado de la direccion de los asuntos protestantes, y el consejero de estado Hoecrmann.

Viendo estas violencias increibles en el siglo XIX y en un gobierno ilustrado, todos los miembros del estado guardaron silencio, hasta que se elevó la voz del príncipe Leopoldo que defendió generosa y justamente á los protestantes acusados: era la causa de libre y necesaria defensa, la que emprendia el príncipe, que reconoció en los protestantes el derecho de dirigir sus quejas al trono, como súbditos del rey de Baviera. Esta conducta fué la causa principal de que la mayoría rechazase la acusacion de Treyberg, rogando al rey que tratara de desvanecer las inquietudes que habian concebido.

La Baviera, que es un pais agrícola, solo se interesaba en la industria del lino, mientras que los estados del Norte presididos por la Prusia, querian sustraerse á la superioridad que tenían las naciones extranjeras, en los hilos, los paños, las máquinas, y demás productos industriales. En 1844 la Prusia insistió en el aumento de los derechos que pagaba el hierro, pero la Baviera protestó enérgicamente, retardando su voto hasta el 1.° de enero de 1846 y llegado este término lo difirió aun por un año mas. Las cámaras reunidas se declararon contrarias

en esta cuestion, al gabinete de Berlin, y una comision que espidió la segunda, acusó á la Prusia de dejarse dominar por la Inglaterra, que le iba arrebatando la preponderancia que habia egercido hasta entonces en los asuntos de la Confederacion Germánica.

En aquella época en que la Baviera apenas poblada de 3.000,000 de habitantes, tenia 80 conventos fundados la mayor parte de ellos desde el año 1836, y habiendo habido un desfalco de 6.000,000 de florines que debian sobrar, y convencidos que los conventos se habian aprovechado de aquellas economías, se opusieron contra esos establecimientos que absorvian las riquezas de la nacion.

El príncipe de Wréde, gefe de la oposicion en la primera cámara de los estados de Baviera, presentó el proyecto de reclamar del rey una ley concerniente á la responsabilidad de los ministros y de los altos funcionarios del estado, y que comprendiera los castigos impuestos á los que violaran la Constitucion. Despues de haber acusado al ministro del interior de no haber respetado el principio de igualdad que se habia introducido entre católicos y protestantes, se formó una comision que despues de haber sostenido acalorados debates concluyó por ser admitida la proposicion en las cámaras.

La situacion interior del reino era el objeto de numerosas quejas, sobre todo en el año 1847, fundándose estas en que el crédito y el poder del clero habian traspasado sus límites, que la prensa periódica estaba coartada; que la agricultura sufria, y que el comercio la industria y las artes declinaban rápidamente; imputando todos estos males á los jesuitas, pues no se ignoraba que los ministros seguian en todo sus consejos.

Pero por uno de los incomprensibles arcanos de la providencia, con los cuales el Señor hace realizar sus designios, todo cambio de pronto; llegó una mujer á Munich, hermosa y adornada de mil gracias y atractivos escéntricos y originales. Sin ser como bailarina mas que mediana, poseia una rara fascinacion, hasta el punto de enamorarse el rey de ella. Lola Montes, que así se llamaba aquella mujer, conociendo el ascendiente que iba tomando sobre el rey, y convencida de la temible influencia de los hijos de Loyola, se aprovechó de su dominio para disuadir al monarca de sus creencias en los jesuitas, consiguiendo convencerlo al fin; pero cuando logró cojer este triunfo, quiso apoderarse del mando, y la debilidad del rey hizo su dominacion casi tan perjudicial como la de la Compañía de Jesus.

Aconsejado por ella, estableció S. M. otro ministerio, creciendo con esto el número de los descontentos, pues aunque mas liberal el recientemente formado, estaba vendido á aquella mujer, á la cual le debian su advenimiento al poder, perdiendo en este dominio mujeril, la libertad que habia adquirido, separándose de la influencia de la córte de Roma; sin embargo se afianzó la libertad de imprenta, contentando por el momento con esta determinacion á los súbditos de Baviera. Pero en 1848 la agitacion pública tomó otra forma, hija de los enemigos del nuevo ministerio, á impulsos de la dominacion jesuítica aun no espulsada

del todo, y de las imprudencias tal vez involuntarias que Lola Montes, conocida tambien por el nombre de la condesa de Lansfeld, le hizo cometer al monarca que habia dominado á fuerza de amor. Principió la sedicion, insultándola indirectamente en una sociedad de estudiantes llamados los *Alemanen*, que Lola Montes protegia: habiendo acudido la favorita al socorro de sus protegidos, la insultaron fuertemente, de cuyas resultas el príncipe Warllerstein, ministro de negocios extranjeros, y encargado interinamente de la instruccion pública, mandó cerrar la universidad de Munich por un año, en castigo de su desacato.

Al dia siguiente se generalizó el tumulto y Munich se convirtió en un campo de batalla; levantáronse barricadas, y el pueblo en masa atacó la residencia de la favorita. Viendo el rey que la lucha era imposible, condescendió con las exigencias del pueblo, concediendo la apertura de la universidad el dia de pascua; pero el pueblo insistió en que se abriera al momento y se vió obligado á ceder un dia despues, mas de lo que exigian el dia antes. El 11 de febrero mandó abrir la universidad, y firmó la espulsion de Lola Montes. El pueblo, ébrio con su triunfo se precipitó en el palacio que la favorita habia abandonado, y lo saqueó enteramente. El rey, que imprudentemente se habia metido entre la multitud salió herido, poniendo esta crisis término á tan embarazosa situacion.

Tal era la situacion de la Baviera, cuando la revolucion de febrero estalló en Europa como un rayo. Concluyó el año tranquilamente hasta que en 1849 volvió á mostrarse en Baviera, una grave agitacion que se desenvolvió en Munich, á causa de la oposicion que la corte oponia á la Constitucion de Francfort.

S. M. el rey Luis habia prorrogado las cámaras, pero reclamaba la opinion pública que se reunieran, asemejándose la Baviera en un todo á los demas partidos que invadian la Alemania en aquella época.

Concluyóse el tratado de los tres reyes, y la Baviera tomó una actitud meramente espectativa, para no hundirse en la revolucion que conmovia la Europa entera, adhiriéndose en todo su soberano á una política prudente y acertada.

Hay en las discusiones que nos ofrece la Alemania, una causa mas radical y persistente que la multitud de gobiernos é intereses que ha conocido: esta causa es el antagonismo moral entre el Mediodia y el Norte. Todo en efecto difiere entre estas dos poblaciones; la vida material, la espiritual, las costumbres, las ideas, la fisonomia y el carácter. La religion tenia parte en esas ideas tan distintas, proviniendo sus costumbres de su influencia; ningun reino debe tener mas propension á las tradiciones religiosas que la Baviera, á pesar de haberse reformado algun tanto por los tratados de 1815. Y si se reflexiona que este pais fué poblado por diferentes razas como el resto de la Alemania, tendremos resuelto fácilmente el problema, de una nacion que contiene tan distintas creencias y costumbres, como reinan entre el Norte y el Mediodia de la Baviera.

La Constitucion de este reino es parecida á las que se instituyeron en 1818 en el gran ducado de Baden y en el reino de Wurtemberg; siendo una obra in-

completa de civilizacion, pues aunque limita el poder monárquico por las atribuciones de las cámaras, deja sin embargo grande estension al dominio de los reyes. En fin, la Constitucion bávara tal cual era en 1847 antes de las reformas que la han modificado, dejaba un vasto espacio en el cual se estendia el poder del trono, y el príncipe que reinaba entonces no se descuidó en hacer sentir su poder absoluto y soberano en mas de una ocasion: aun hoy dia despues de una revolucion de tres años, no daremos dos pasos en Baviera, sin encontrar las indelebles huellas de la energía y rara personalidad del rey Luis, de ese rey que sin ser malo enteramente, cometió abusos que solo le acarrearon discordias, y que lo llevaron hasta el estremo de dejarse dominar por una mujer, hasta que el pueblo se levantó en masa contra ella, concluyendo en abdicar en su hijo Maximiliano II.

II.

Brilló un dia de paz para la Baviera y en vez del rey poeta que habia ocupado el trono, lo sustituyó un rey filósofo, que mas sábio y pensador que su antepasado se dedicó á estudiar el carácter de sus súbditos y á labrar su felicidad. Subió al trono bávaro en 1850 cuando la Baviera estaba sumida en una confusion espantosa, hija del poco tino de su anterior soberano, y del doble movimiento de la union alemana y la democrácia europea. La revolucion del año 1848 le habia dado una reforma electoral de las mas estensas, pero comprendiendo el nuevo monarca que el siglo avanzaba, y que la civilizacion democrática aspiraba al trono, de su justa gloria, concluyó la grande obra de la organizacion liberal, dando una sábia y entera libertad de imprenta sujeta á las leyes que rigen en aquel pais, instituyó una verdadera libertad de cultos y declaró la emancipasion de los israelitas, brillando en fin, bajo su reinado una tranquilidad que no habia sabido darle su antecesor.

Está probado definitivamente (1) que las últimas perturbaciones han añadido momentáneamente algunas innovaciones en las ideas del pueblo bávaro, sin modificarlas en su esencia. ¡Puedan las revoluciones venideras, cuya época aun no ha concluido, dar la última pincelada á la libertad de esta potencia, sin arrebatarle

(1) Véase el *Anuario de los dos mundos* de 1851, 1852 y 1853.

las pacíficas y sólidas cualidades porque se ha distinguido de los demás pueblos de la Alemania!

La Baviera aunque monárquica constitucional, solo se distingue del resto de la Alemania, por algunos rasgos especiales, que hijos del pais, y arraigados en los corazones, es necesario dejar al tiempo la mision de reformarlos.

Dominada aun en el dia por el poder aristocrático, se inclina á menudo al feudalismo, pues, siendo esas sus primeras instituciones, no habiendose desarraigado de su seno el poder señorial, y viviendo en el siglo XIX junto á la edad media, alimentada en sus antiguas creencias por la lucha contínua que la iglesia sostiene contra la idea del derecho civil de la cual ni quiere ni puede emanciparse enteramente, esplican la contradiccion contínua de sus habitantes, y pintan por sí solos la situacion de este reino en 1851. Mas si comparamos la de los pequeños estados de Alemania, y de los estados secundarios, conoceremos que la revolucion social ha encontrado mas prosélitos en estos que en aquellos, pues, los gobiernos de los pequeños reinos de la Alemania, son de un orígen enteramente feudal, y están instituidos desde una época muy reciente para romper abiertamente con el feudalismo que se balancea aun sobre él, así como sobre la sociedad.

Despues del Austria y la Prusia, la Baviera y la Sajonia son los dos paises que han representado el papel mas importante en la Confederacion Germánica. La Baviera, sin embargo, ha sido de mas consideracion por su union con el trono de Grecia, dando por resultado de sus negociaciones el gobierno y las instituciones creadas en Alemania. Desde que la familia de Wettelabach ocupa el trono griego, la Baviera representa un papel mas importante en la política general de Europa. La historia del reino helénico del año 1852, indicará los resultados de la importante negociacion que debió desempeñar el gabinete del rey Maximiliano, cuando se trató de la sucesion del rey Othon.

Obsérvense además los debates de la Dieta germánica relativa á los arreglos comerciales, y se verá que la política del gabinete bávaro desde el año 1849 en los asuntos de la Alemania, tiende á unir íntimamente los estados secundarios de la Confederacion, y resistir por este medio á la política de la Prusia.

Por otraparte las instituciones constitucionales de Baviera no son felizmente de esas leyes que promueven la intervencion del poder central en la organizacion interior de los estados, por consiguiente bien poco queda que hacer.

Los debates del parlamento bávaro no han presentado grande interés en los años de 1851 y 1852. M. von der Pfordtew ha representado con bastante constancia que el modo mejor de resistir á las exigencias que les hacia la Prusia, era la union de los pequeños estados y obtuvo un éxito admirable, pues el rey, las cámaras y el pueblo, le dieron su aprobacion. Pero en la política interior el ministro bávaro no ha sabido tomar una posicion tan independiente y segura, en-

tre la corona y el parlamento. La córte se muestra poco contenta de las concesiones hechas al pais en 1848; concesiones que si se las comparan con las que han concedido los reyes de Hannover y Wurtemberg, son de muy poca consideracion.

La reaccion ha principiado en Baviera y sin duda ninguna M. von der Pfordtew ha hecho todo lo posible para malquistarse con el partido liberal, haciendo todas las concesiones que ha podido á la reaccion.

Su posicion ministerial se ha visto amenazada muchas veces; pero sea que no se encuentren hombres capaces de reemplazarlo en el partido que le sucediera, ó bien que este ministro ha conseguido sus triunfos á la conclusion de las sesiones, se encuentra siempre entre los súbditos bávaros la opinion general de que es el solo hombre capaz de dirigir los debates parlamentarios, y que nadie mejor que él puede impedir que estalle en las cámaras una oposicion demasiado viva contra la corona. Sobre este punto su situacion no es la mas firme, pues las cámaras no deben abrirse hasta el mes de noviembre del año 1855, pero lo que mas apoyo le presta á M. von der Pfordtew, es el resultado de su política en Alemania, y por consiguiente la proteccion declarada de la córte de Viena.

Aquí termina el compendio histórico de esta pequeña monarquía, que ha tenido á principios del presente año algunas cuestiones religiosas que son la repeticion de las que hubo en los años 1851, 52 y 53. En la guerra de Oriente se ha adherido oficialmente á la marcha del gabinete de Viena, aunque en la cuestion de Grecia haya demostrado, como es natural, su afecto hacia el rey Othon. Ahora solo debe marchar por la senda que le traza el sábio monarca que ocupa su trono; y que sin ambiciones ni guerras intestinas se dedica esclusivamente á labrar la felicidad de sus pueblos, siguiendo, sin embargo la marcha de la civilizacion del siglo, que concluirá por dar á la Baviera, una libertad mas estensa, fundada en las sólidas bases de un buen gobierno.

Madrid, Diciembre de 1854.

Eduardo Perié.



15

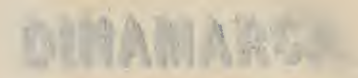
C. Legrand dibº. y litº.

Lit. de J. Donon, Madrid.

FEDERICO VII



REY DE DINAMARCA.



DINAMARCA.

FEDERICO VII.

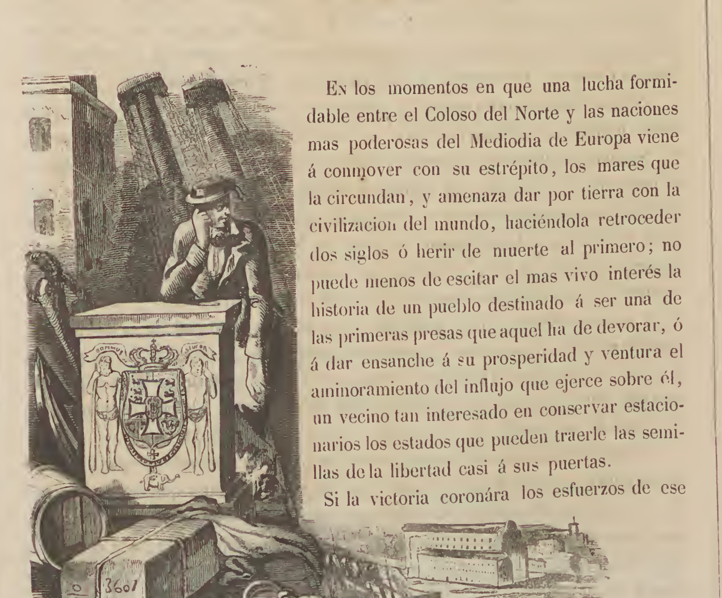
I.



DINAMARCA.

FEDERICO VII.

I.



En los momentos en que una lucha formidable entre el Coloso del Norte y las naciones mas poderosas del Mediodia de Europa viene á conmover con su estrépito, los mares que la circundan, y amenaza dar por tierra con la civilizacion del mundo, haciéndola retroceder dos siglos ó herir de muerte al primero; no puede menos de escitar el mas vivo interés la historia de un pueblo destinado á ser una de las primeras presas que aquel ha de devorar, ó á dar ensanche á su prosperidad y ventura el aminoramiento del influjo que ejerce sobre él, un vecino tan interesado en conservar estacionarios los estados que pueden traerle las semillas de la libertad casi á sus puertas.

Si la victoria coronára los esfuerzos de ese

gigante que tendido desde el Occidente de Europa, casi toca con sus plantas el Continente americano, es indudable que la Dinamarca colocada como el lábio inferior de su enorme boca, cerrando la entrada del Báltico y haciéndole invulnerable por su cabeza, seria la parte mas codiciada de sus conquistas. Así, pues la narracion de los hechos de este pueblo, cuya suerte puede ser tan distinta en una ú otra de las eventualidades arriba supuestas, no puede menos de llamar hoy vivamente la atencion.

No es, sin embargo, empeño poco árduo trazar la historia de un pueblo cuyas tradiciones alcanzan á la remota época de mil años antes de la Era Cristiana; porque ni su autenticidad es tal que le permita al historiador hacer mencion de los hechos á que aquellas se refieren con mas confianza que la escasa que merecen; ni su popularidad permite que se omitan y pasen en silencio, como pareceria exigirlo la buena crítica. Los pueblos se ilusionan con sus leyendas, y á manera de los niños á quienes por recreo se refieren apólogos divertidos ó narraciones fantásticas, se apesadumbran cuando el cortante escarpelo de la crítica despoja de sus bellas formas el árido esqueleto de sus tradiciones. Respetando nosotros ese gusto por la conservacion de la parte dudosa de la historia, ofreceremos á nuestros lectores la que arrojan de sí las leyendas de ese pueblo heróico que, no pudiendo contener el valor indómito de sus guerreros en los límites de la estrecha península Cimbrica, los lanzó en diversa época y en distintas direcciones.

Segun refieren sus leyendas, el primer rey de aquel pais, y del cual parecia haber tomado el nombre, fué Dan, que vivió por los años 1038 antes de Jesucristo. Sin duda debió ser de eminentes virtudes, cuando le vemos que estas fueron el título que le valió para ser llamado á ocupar un trono que encadenaba al pueblo libre que voluntariamente se sometia al mas estrecho régimen de una monarquía. Este seria indudablemente el mejor de los títulos para obtener el sagrado encargo de regir un pais, si nuestra civilizacion, alejando la sencillez de aquellos tiempos, no nos estorbase conocer la verdadera voluntad de todos y de cada uno. Ni la eleccion directa, ni la indirecta, ni el sufragio universal, ni la misma aclamacion, son ya ni pueden ser la espresion genuina de la voluntad de los pueblos y todas las leyes que la prudencia humana se esfuerze en formular para impedirlo, evitarán que cualquiera de aquellos medios de espresarla sea otra cosa mas que el reflejo de un partido que con mayoria ó sin ella domina los demas.

El hijo de Dan, que le sucedió en el trono, fué de costumbres opuestas á las de su padre, y hubo de ser arrojado de él por el mismo poder que elevó al primero: la voluntad del pueblo. No solamente habia ceñido una corona que no le correspondia despojando á su hermano mayor, sino que empeoró su mala causa con la tiranía que quiso hacer pesar sobre el pueblo que acababa de poner el cetro en manos de su padre.

Ese pueblo se hizo justicia, como hemos dicho, arrojándolo del trono y colocando en él á su hijo Skioldo que desde sus primeros años se habia hecho amar,

dando buenas muestras de sus raras cualidades. Entre ellas no era la de menor precio, á los ojos de unas tribus esencialmente guerreras, la de la fuerza unida al valor; cualidad que acreditó matando un enorme jabalí y venciendo en la lucha á los dos mas afamados atletas del pais. Pero no fué esta la sola virtud que le hizo amar de su pueblo; pues hizo, durante su reinado, cruda guerra al vicio; fomentó las artes; alentó la industria; y promovió de tal suerte el bien del pais, que su nombre se ha perpetuado en Dinamarca como apelativo de los reyes que merecen bien de la patria.

De Gram, su hijo heredero, no se dice otra cosa sino que fué muerto en la guerra que tuvo con uno de los reyes de Suecia, su vecino, dejando el trono á su hijo Guthorm, en tan crítica situacion, que hubo de someterse al pago de un tributo para conservar la corona que solo á esa condicion le dejó el vencedor. Pero en mas de una ocasion, por evitar los príncipes un mal, se atraen otro peor: así Guthorm suscribiendo á condiciones que deshonraban la nacion, se atrajo su desprecio hasta el punto de no poderlo soportar y morir de disgusto.

La vergüenza de que se habia cubierto el padre, fué lavada por el hijo en la sangre del monarca sueco Adding, ayudado por su compañera de gloria Harpinga, lo venció y dió muerte, librando al pueblo danés de aquel tributo. Era Harpinga una de aquellas amazonas en que abundaban las comarcas guerreras del Norte, que quiso compartir con él sus laureles y peligros, en premio de lo cual compartió tambien el cetro que empuñaba su amante, teniendo de este matrimonio á Frotho.

Este monarca se hizo célebre porque fué el primero que traspasando los límites que la naturaleza le habia impuesto, llevó sus armas, por las años 761 antes de Jesucristo, hasta el corazon de la soberbia Albion, penetrando en su capital, llamada ya en aquella época *Lóndres*, tal cual la llamamos los españoles y casi lo hacen otras naciones: entre estas no se halla la misma Inglaterra que ha sustituido á este, el nombre de *London*.

Pero las conquistas de Frotho no tuvieron por objeto mas que el que se proponian todos los pueblos guerreros de aquella época y comarca; ni el deseo de adquirir gloria, ni el de aumentar su reino, los llevaba á derramar su sangre y solo apetecian el botin; conseguido el cual se volvian á sus guaridas. Esto hizo el guerrero danés sin dejar otro resto de su conquista que la devastacion del pais que pisó.

Heredóle Haldan su hijo, que tuvo la crueldad de matar á sus hermanos por miedo de que se convirtiesen en enemigos suyos y aspirasen al trono. Por el contrario, su hijo mayor Roee no quiso sentarse en él sino al lado del suyo Helgo á quien por su temprana muerte dejó reinar solo, despues de haber dotado al pais de leyes que no han llegado á nosotros.

No fué digno Helgo de tan buen proceder, porque léjos de imitar en la virtud á su generoso hermano, su incontinencia le llevó á cometer exesos entre el sa-

grado templo de la familia, de tal naturaleza, que sus remordimientos le obligaron á darse á si mismo el castigo, privándose de la vida. Venturosamente, monstruos como este no son comunes.

El fruto de aquel incesto, que le sucedió llamado Rolfo, ha sido pintado por los cronistas con tal exageracion en las perfecciones, que hacen sospechar que sea una pintura de imaginacion, mas bien que el verdadero retrato de aquel príncipe. Murió sin descendencia masculina, lo cual obligó á sus súbditos á escojer un marida para su heredero, elegido entre su propia familia. Holher, jóven príncipe educado en la córte, tuvo ese honor, que le habia sido disputado por otros pretendientes, entre los cuales figuraba Balder, otro príncipe nacido en el Norte, cuyo resentimiento fué tal, que no paró hasta arrancarle la vida en un desafio: género de guerra personal que ponian en uso con frecuencia los príncipes dinamarqueses para ahorrar la sangre de sus súbditos. Otro ejemplo de esto mismo se tiene en el nieto de Holher que despues de su padre heredó el trono, quien terminó otra contienda internacional de la misma manera; aunque con mas feliz éxito.

Aquí la historia de Dinamarca, si bien pierde su desagradable aridez, es para tomar un carácter, aunque mas ameno, mas novelesco, fantástico é inverosímil. Al principiar la Era cristiana, se pierde en ella hasta el hilo de la sucesion de los príncipes que gobernaron aquella comarca, á la vez que aquellos de que se hace mencion aparecen figurando en hechos mas ó menos maravillosos, ó novelescos. Uno de los primeros héroes de esa fantástica série es Fridleff á quien se supone en guerra con gigantes de la Noruega, y como de costumbre siempre victorioso.

De Frotho V, uno de sus descendientes, se cuenta que para reinar hubo de dar muerte á su hermano y hubiera hecho otro tanto con sus dos sobrinos, si uno de los cortesanos, doliéndose de su juventud desgraciada, no los hubiese ocultado en un subterráneo, donde fueron educados, hasta que, siendo ya crecidos fueron descubiertos por el usurpador que los condenó á muerte. Los desventurados príncipes pidieron como gracia morir el uno por el hierro del otro, y habiéndole complacido á Frotho la idea de presenciar aquel espectáculo, les mandó dar dos espadas para que á su vista, ejecutasen la sentencia batiéndose hasta morir; pero el espectáculo fué de muy caro precio para él: pues luego que los jóvenes se vieron armados, se arrojaron sobre el bárbaro perseguidor de su familia y le atravesaron el corazon con los mismos aceros destinados á su suplicio: vengando en la sangre del tirano la muerte de su padre.

Sigar, que sube las gradas del trono, no ocupa mas lugar en la historia que el necesario para inscribir su nombre, y deja el cetro á Alfo. Este príncipe se habia enamorado de una princesa de Gocia, llamada Avilda, y solicitó su mano; pero Avilda era guerrera y cuando ese gusto se apodera de una mujer degenera en pasion que somete todas las demás. Así fué que Alfo adquirió la conviccion

que solo por las armas haria triunfar su amor; y en efecto, buscó sobre los mares á la errante princesa que se ocupaba en el poco mujeril oficio de la piratería y habiéndola atacado, combatió con ella durante dos dias y vencida, obtuvo su amor y su mano.

Esta victoria hizo emprender al intrépido guerrero el espurgo de aquellos mares, asolados entonces por tres hermanos irlandeses de los cuales venció dos; pero fué muerto por el tercero llamado Hágaberto, que era el mas jóven de los tres.

Hagaberto no recogió por esta victoria, alcanzada sobre las aguas, el reino de Dinamarca; pero habiendo oido alabar la belleza de Signa, princesa heredera, trató de conseguir, por la astucia, lo que Alfo habia obtenido por las armas; para lo cual, prevalido de su juventud y formas femeniles, se introdujo en el palacio de aquella, entre el número de sus damas, y cual otro Aquiles, permaneció oculto entre ellas hasta que señales inequívocas hicieron indudables las secretas relaciones entre el guerrero y la princesa; cuya vergüenza llegó á tal grado de exaltacion que, considerando la accion de Hagaberto como una afrenta insoportable, le hizo ahorcar sin formas judiciales y despues de este sacrificio, y aumentado su febril delirio, incendió con sus propias manos el palacio en que fué reducida á cenizas.

No paran aquí las reclaciones novelescas de esa parte de la historia del pais que adoraba á Odino. Los anales hablan de un tal Holdan apellidado *El Fori* que mató doce guerreros de los mas intrépidos, que custodiaban una princesa heredera del trono y cuya mano estaba destinada al feliz vencedor de su formidable guardia. En otra parte afirman como incontestable que Olo ú Olao mataba con la mirada como se supone en lo antiguo que lo hacia el fabuloso basilisco. Rafla, jóven de hermosura y de valor incomparables, lleva sus armas victoriosas hasta el trono de Noruega, del cual arroja á su hermano, y se burla del apoyo que el mismo rey de Dinamarca Osmundo quiso prestar al destronado, pues tambien fué vencido por ella. Sin embargo, rehecho este, cae la amazona en sus manos y entregada al furor del noruego perece en el cadalso. Y para que nada de lo maravilloso de la historia mitológica falte á la de Dinamarca, se copia en ella la historia de Fedra é Hipólito aunque con desenlace opuesto. Un príncipe llamado Broder, hijo del rey Jarmerie fué acusado por su madrasta de sentir por ella una pasion criminal; pero léjos de caer como el hijo de Theseo en la desesperacion y hacerse despedazar por sus caballos, Broder, resiste el atáque de su padre, y le dá muerte acreditando con su conducta posterior su inocencia.

Hácia el año 333 sobrevino una de esas grandes calamidades que suelen afligir á los pueblos y que el estado de barbarie de aquellos habia de hacer entonces mas frecuentes. Un hambre espantosa aterró la comarca á tal punto, que dos nobles danéses llamados Aggo y Ebbo no vacilaron en proponer el bárbaro medio de dar muerte á los niños y ancianos, accion que ni la misma necesidad, que

tan al vivo pinta, hubiera podido escusar y de la cual hubiera quedado la horrible memoria hasta los siglos venideros. Pero afortunadamente la imaginacion de una mujer, tan fecundas siempre en prontas y acertadas ideas, sugirió una que hizo innecesario aquel acto inaudito de crueldad. Magga, madre del rey, penetrando en el consejo, que deliberaba sobre la medida propuesta, esclamó: «¿Cuánto mas generoso no será para los pechos nobles de los guerreros danéses salir fuera del reino y llevar sus armas á otras regiones donde adquiriendo gloria y provecho no consuman los mantenimientos que pueden sostener la infancia y conservar la vida de sus padres?» Este pensamiento fué adoptado por aclamacion y puesto en ejecucion; la juventud dinamarquésa se dirigió á la costa del Báltico, entre el Elba y el Oder, donde fundó colonias que dieron origen á los pueblos que allí existen.

Esta emigracion dió ejemplo para otras muchas que por aquel tiempo tuvieron lugar; pero cuya historia está tan llena de fábulas; que apenas merece referirse. En ellas se prodigan los gigantes, brujas y magos que se hacian obedecer de los vientos, multiplicaban las fuerzas de los ejércitos con fantasmas que hacian salir del fondo del mar, oscurecian el sol ó iluminaban la noche á su antojo etc. etc.

Bien es verdad que todas esas ficciones estaban sostenidas, mas que por la ignorancia, por las creencias religiosas de aquellos pueblos. Odino, cuyo origen es tan oscuro como el de las demás falsas divinidades, era el dios á quien tributaba un culto idólatra. Unos le suponen el primero de los monarcas de aquel país que por sus virtudes hizo adorable su memoria; otros, con mas fundamento, lo suponen uno de los magos que saliendo del Oriente se hizo incensar en vida como un Dios, haciendo creer á sus cándidos adeptos que á su muerte habia de retornar á Asgardia, de donde habia salido, y que en aquella religion era tenido por una especie de paraiso ó *Campos Elíseos*. Otros, de los cuales lo toma Cantú en su celebre *Historia Universal*, suponen que Allfadher, que aun hoy significa *Padre universal*, despues de producir la tierra de *Ginungapap* cubierta de hielos y la de Aluspeleim de suelo abrasado hace derretir los hielos del Norte y nacer de ellos el gigante Imer alimentado por cuatro torrentes de leche producidos por la vaca Odumbla. Esta, lame una noche una piedra cubierta de carámbanos, y hace brotar de ella, el primer dia, cabellos, el segundo, una cabeza, el tercero, el completo de un hombre que se llamó Bor, el cual se casó con la hija de un gigante y tuvo de ella á Odino á Vili y á Ve. Estos se ligaron y dieron muerte al gigante Imer cuya sangre fué tan abundante que ahogó á los demás gigantes, á escepcion de uno que huyó en una barca á lejanas comarcas para propagar su raza. La carne de Imer sirvió á los hijos de Bor para formar la tierra; con su sangre se hicieron los mares, lagos y rios; con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su cráneo la bóveda celeste sostenida por cuatro enanos, con sus sesos las nubes, con sus cejas una empalizada que los protegiese contra el ata-

que de otros gigantes y con las chispas de fuego que venian de la tierra ardiente de Muspelein los astros brillantes que adornan la bóveda celeste; pero seria demasiado larga la enumeracion de todos los sueños que formaban el conjunto de creencias que constituia aquella religion, célebre hoy, mas por su oscuridad, que por el buen juicio con que estuvieran combinadas sus fábulas; el corto espacio á que tenemos que limitarnos no nos permite continuar esta divertida reseña.

II.

El invicto Carlo-magno vino á dar por tierra con los altares de la idolatria estableciendo el estandarte de Cristo en todos los paises por donde paseó su espada victoriosa. Sin embargo, subsistieron mucho tiempo despues los vestigios del culto de Odino.

Cárlo-magno penetró en el Quersoneso Címbrico en persecucion de los sajones y habria encontrado en Godrik un antagonista capaz de disputarle la gloria de su nombre, si un puñal asesino no hubiese cortado la vida del guerrero danés. Mas tarde, en tiempo en que ocupaba el trono de los francos Luis el Benigno, se estendió el culto de la verdadera religion, bajo el reinádo de Réguer.

En este príncipe, que segun parece fué el quincuagésimo-sesto de los monarcas dinamarqueses, volvemos á tomar el hilo interrumpido de nuestra historia. De él dicen sus cronistas que reconquistó el reino que le habia usurpado Troee, rey de Suecia, que tambien habia sometido la Noruega. El rey sueco no usó de clemencia con los vencidos al subyugar los dominios del dinamarqués, por manera que tampoco hubo de esperar mejor trato. Habia maltratado indignamente, de obra, á la mujer é hijas de Régner, asi como otras doncellas que habian caido en su poder, entre ellas una llamada Lathgartha, la cual habiendo conseguido burlar la vigilancia de sus guardas, se reunió al ejército de Réguer y no paró hasta que tuvo la ocasion de atacar personalmente á Froee y darle muerte con su propio brazo.

Aquella accion, que terminó la guerra, le valió la mano de Régner, viudo ya sin duda. Pero como desgraciadamente las cualidades guerreras de una mujer

no son las que cautivan mas el amor, el monarca se distrajo del de Latghartha para dedicarle á una princesa sueca con pasion tan vehemente, que, despues de repudiar á la primera, se avino á combatir con dos furiosos toros para obtener la segunda. Tanto desprecio y humillacion no fueron bastantes á apagar los generosos sentimientos del corazon de la virtuosa desdeñada. Sin cuidarse de su venganza, luego que vió á su marido peligrosamente comprometido en guerra con los cimbrios, alistó una poderosa armada, compuesta de 120 naves y voló á su socorro. «El tiempo, le dijo ella, ha podido marchitar mis encantos y privarme de vuestro amor, mas no debilitar un brazo que tan útil os puede ser á vos y á vuestro reino.» No hay sin embargo noticia de que tan bella accion fuese recompensada por su voluble esposo.

Este mismo monarca figura en la historia como capaz de esas acciones poco comunes que sorprenden en los grandes corazones. Rara vez se vé en los guerreros de aquella edad, de costumbres tan próximos á la ferocidad, que pudiesen vencer el instinto, llamemosle así, que los empujaba á la venganza. Sin embargo, vemos en Regner ese generoso proceder. Despedazado su corazon por la muerte que un rey enemigo habia dado á un hijo, al cual amaba entrañablemente, cayó aquel en sus manos y léjos de maltratarlo, como podia esperarse del carácter feroz de aquellas guerras, le volvió la libertad diciéndole: «Goza de una vida indigna de ofrecerse en sacrificio á los manes de mi hijo.» Segun parece, este mismo rey obtuvo triunfos en el suelo británico.

El que se menciona despues de Regner como rey de Dinamarca, es Erico, que vivió por los años de 858 y á quien las crónicas atribuyen el carácter de usurpador y asignan el número ordinal de aquella monarquía, el sexagésimo. Sin que se haga mucho mérito de su reinado, se nos dá una idea de la parte que tuvo en la civilizacion de aquellas regiones por el impulso que se supone dió á la propaganda religiosa, para cuyo objeto erigió cantidad de templos que dotó con munificencia.

El sexagésimo quinto de los reyes dinamarqueses fué Gemon que dió por tierra con la buena obra de Erico persiguiendo la religion católica, destruyendo sus templos y desterrando á sus ministros. Afortunadamente Enrique, emperador de Alemania, llamado *el Pajarero*, príncipe piadoso, y á quien debe la cristiandad otros muchos servicios, corrigió estos desmanes y obligó á Gemon á reparar los males que habia hecho reconstruyendo las iglesias derribadas, alzando el destierro del clero y restableciendo el culto del verdadero Dios.

La historia que vamos siguiendo ha adolecido de tal oscuridad hasta la época que vamos á reseñar, que casi no se determinan fechas que merezcan ser citadas con confianza. Desde Haraldo VII, que reinó en el año de 930, tenemos si no completa seguridad en los hechos ni en la apreciacion de sus circunstancias, al menos las fechas parecen enlazarse de manera que forman la sucesion regular del tiempo. Pero, como hemos dicho, la justa critica de las acciones de aquel mo-

narca está muy léjos de ser tan conocida como la época de su advenimiento al poder. Autores hay de mucho peso que le suponen fratricida y usurpador del trono de su hermano Canuto á quien asesinaron para apoderarse del cetro que legítimamente acupaba aquel; y otros por el contrario, alaban su piedad y justicia, sin hacer mencion del asesinato del duque de Holstein, cuyo señorío unió á Dinamarca. Unos y otros le atribuyen la cualidad del valor en grado eminente, y de ella dió manifiestas pruebas marchando al socorro de su aliado Ricardo duque de Normandia, amenazado por Luis rey de Francia, llamado de *Ultramar*, por haber residido algun tiempo en Inglaterra. Este príncipe se unió á Hugo el Grande para despojar á Ricardo protestando el derecho á la tutoría del príncipe normando huérfano del duque Guillermo. Haraldo lo protegió tan eficazmente, que hizo prisionero al ambicioso rey de Francia en Crescenville, entre Rouen y Lisieux, conservándolo en seguridad en el primero de dichos dos pueblos, capital de la Normandía hasta que el monarca francés aseguró con un tratado de paz la tranquilidad del jóven normando. En 948 fué atacado por Othon I rey de Germania, y obtuvo la paz convirtiéndose al cristianismo.

Pero esta conducta piadosa le alejó la voluntad de los sectarios del culto idólatra de Odino que aun se conservaba, á pesar del tiempo trascurrido desde que San Ascario habia introducido el cristianismo en Dinamarca. En efecto, aquellos descontentos sedujeron al primojénito de Haraldo, llamado Sueven ó Suenon que alzó, contra su padre el pendon de rebeldia combatiéndole larga y tenazmente, sin que su desenlace victorioso se hiciese entrever por una ni por otra parte. Ya se proponia por los mas prudentes un acomodamiento ó transacion cuando Haraldo apareció asesinado. Sus amigos, sin embargo no han atribuido este crimen á su hijo no obstante ser este el que pareciera mas interesado en que se cometiera

Entró á reinar Suenon en 980 bajo la influencia de la faccion que lo habia elevado al trono, sobre el cadáver de su padre, y, como era consiguiente, los primeros actos de su reinado fueron encaminados á satisfacer las pasiones religiosas de aquella. Asi restableció el culto idólatra y persiguió al sacerdocio cristiano. Los Vándalos, á quienes hizo la guerra sírvieron de mano vengadora á la Providencia por tantos desmanes, pues lo vencieron y aprisionaron hasta que obtuvo su libertad por uno de aquellos rasgos que honran á los pueblos y se reflejan sobre los que se han sabido hacer merecedores de ellos. Los vencedores de Suenon exigieron como rescate una suma equivalente al doble peso del cuerpo de aquel monarca en oro: cantidad que pagaron las damas danesas haciendo entrar en la balanza todas sus joyas. Tan bella accion fué reconocida por Suenon quien les concedió en premio ciertas ventajas en las condiciones matrimoniales.

No fué mas feliz aquel príncipe en la guerra que tuvo con el de Suecia pues hubo de abandonar su reino y refujiarse en Escocia cuyo soberano estuvo tan propicio á su ruego que no solamente le acogió en su desgracia sino que marchó con él á la peninsula danesa donde le repuso en el trono.

Tan repetidas desgracias abrieron los ojos de Suenon á la verdadera creencia y le convirtieron al cristianismo cuya persecucion supuso ser el orijen de sus males. La suerte ó la providencia bendijeron desde entonces sus armas porque habiéndose unido á Olao, rey de Noruega, hizo una incursion en Inglaterra en el año de 994 donde permaneció asolando el pais hasta el 13 de noviembre de 1,002 en que regresaron á sus reinos respectivos despues de convenir con el de Inglaterra en el abandono de aquella conquista mediante un tributo que habia de pagar el último. La mala fé con que se cumplian en aquellos tiempos las estipulaciones que la guerra obligaba á contraer, hizo que léjos de someterse al vasallage que le habia sido impuesto, el vencido, creyendo imposible la vuelta de los vencedores, hizo pasar á cuchillo cuantos daneses habian quedado en su territorio (1) con lo cual no hizo mas que dar motivo á Suenon para que volviese á empuñar las armas y atravesando el mar les hiciese nueva guerra de esterminio que duró hasta el año de 1013 en que murió Ethelred haciéndose coronar como rey del pais vencido. Su muerte, acaecida en el siguiente año de 1014, dejó vacante el trono y preparadas las conquistas que habia de hacer Canuto su hijo, en el reino breton.

Este príncipe hubo de usar de la fuerza de las armas para recobrar de su hermano Haraldo la Dinamarca con la cual se habia alzado á la muerte de su padre. Vencido aquel se apoderó de la Noruega en 1028 de la cual se hizo proclamar rey: y fallecio en 1035.

Canuto II, su hijo, adelantó sus conquistas á pesar de la resistencia que queria oponerle Edmundo de Inglaterra, sucesor de Edelberto, á quien por su fortaleza llamaban *Cota de Herro*, y venciéndolo en un combate siugular le obligó á partir con él su reino. La muerte de Edmundo le dejó solo en el trono inglés, desde el cual sometió al monarca escocés al pago de un tributo á la corona británica. Tan esclarecido príncipe falleció en 1036 despues de haber hecho una peregrinacion á Roma y de merecer el sobrenombre de *Grande*. Legó á su hijo segundo Canuto, la Dinamarca, al mayor Haraldo, la Inglaterra, y á Suenon la Noruega.

Canuto III sucedió á su padre en el trono de Dinamarca, cabiendo en parte á su hermano Haraldo el de Inglaterra, que por muerte de aquel, tambien quedó á Canuto. Este no fué tan querido de sus súbditos como su antecesor, pues á pesar del buen recibimiento que se le hizo en Inglaterra, reinó allí mas bien como un conquistador victorioso, que como el poseedor de un trono que habia adquirido por herencia. Hizo subir al cadalso á muchos príncipes y grandes del reino, mas que por los sutiles pretestos de que se valió para condenarlos por su recelosa y

(1) La crueldad de Edelberto llegó al alto grado de inventar para las desgraciadas mugeres que cayeron en su poder el bárbaro suplicio de enterarlas hasta la mitad del cuerpo para recrearse en el cruel espectáculo de verlas devorar por perros hambrientos, la parte no enterrada.

no justificada desconfianza. Los restos de su propio hermano y predecesor no estuvieron al abrigo de sus crueldades, á pesar de hallarse protegidos por el sagrado asilo de la tumba. Nunca faltan al tirano fingidos motivos para ejercer su saña. Canuto los tuvo en una pretendida injuria hecha á su madre Emma por su hermano. Con ese pretesto hizo desenterrar sus restos y arrojar su cabeza en el Támesis. Su tiranía, sin embargo, no fué de larga duracion para sus súbditos de Inglaterra, pues halló la muerte en medio de un festin de boda á que asistió en el pueblo de Lambet, en el cual cayendo del sillon donde estaba sentado pereció: este acontecimiento tuvo lugar el 8 de junio de 1042 sin que dejase vástago alguno que le sucediese en los tronos de Dinamarca é Inglaterra que pasaron á Magnus de Noruega el primero, y á Alfredo el segundo.

III.

Magnus, hijo de Olax de Noruega, heredó el trono de Dinamarca en virtud de convenio. La falta de descendencia directa de que adolecian Canuto y él, les habia hecho pactar la mútua sucesion en los reinos de Noruega y Dinamarca; pacto que por la muerte de Canuto redundó en provecho de Magnus. Los historiadores están acordes en llamar á este soberano el *Bueno*, y aunque no nos han transmitido las acciones que le hicieron merecer el mejor de los títulos para un rey, nos basta ver que los pueblos le dieron aquel honroso dictado para creer que se hizo digno de él. Su reinado no fué pacífico porque Suenon, sobrino de Canuto el Grande, á quien perjudicaba el tratado en virtud del cual pasó la Dinamarca á poder de Magnus, le hizo la guerra hasta que despues de dos derrotas se hubo de retirar á su reino de Suecia. El noruego falleció al fin en 1048 sin posteridad; aunque otros dicen que Suenon II que le sucedió fué hijo suyo.

Lo que, sin embargo, parece mas verídico es que Suenon fué hijo de Ulph, sobrino de Canuto el Grande por su madre Estrithe, estinguiéndose en Magnus la descendencia de los Skioldúngicos que de tiempo inmemorial venia ocupando el trono de Dinamarca, pasando á la de los estriditas cuyo orígen fué Suenon que le dió el nombre de su madre por la cual habia heredado.

La historia de Suenon ofrece una de esas particularidades que dan una idea

exacta del carácter del pueblo donde ocurren por su originalidad. Tuvo aquel príncipe cinco hijos, y deseando que la corona pasara de uno en otro sin trasmitirlas á sus nietos, mientras el último de aquellos no hubiere terminado su carrera, pactó con los magnates del reino la observancia de aquel deseo; y lo que es mas notable, sus hijos y sus súbditos tomaron á empeño cumplirlo con tal buena fé que, como se verá en el curso de esta historia, hubo ocasion en que para que se sentara en el trono el hermano á quien correspondia y que se hallaba prisionero en reino estraño, otro hermano le rescató con su propia persona, constituyéndose en cautiverio para que pudiera cumplirse lo pactado con su padre.

Suenon fué acometido en 1049 por el rey de Noruega Haraldo quien, no contento con apoderarse de aquel reino al morir Magnus, tuvo pretensiones á la corona de Dinamarca, teniendo que sostener con aquel ambicioso una guerra que duró tres años y terminó sin resultado definitivo por una paz estipulada entre los dos contendientes.

A la gloria de sus armas quiso añadir laureles cojidos en Inglaterra, á semejanza de sus antecesores, atravesando el mar por dos veces en los años de 1068 y 1070 bajo pretesto de ayudar á los que habian implorado su auxilio desde aquel reino, descontentos del gobierno de Guillermo el Conquistador; pero la muerte puso fin á sus campañas en 28 de abril de 1074.

El primero de sus hijos llamado Haraldo y que fué el octavo de su nombre, subió al trono conforme á lo pactado con Suenon y al derecho que sin dicho pacto tenia para ello. El sobrenombre de *Indolente*, que mereció, dá idea de lo que hizo durante su reinado, y nos dispensa de ocupar sobre él la atencion del lector: algunos trabajos lejislativos es todo lo que se cuenta de su reinado. Murió en 1080 despues de seis años de reinar.

Canuto IV, llamado el santo, sucedió á su hermano mayor conforme á la voluntad del padre. Fué llamado de Suecia, donde se hallaba refugiado, y se ciñó la corona el mismo año. Este príncipe pereció á consecuencia de una sedicion originada por el descontento que causó un nuevo diezmo que quiso imponer en favor del clero.

El tercer hijo de Suenon, Olax, de quien se sospecha que tenía parte en la conspiracion que privó de la vida á Canuto, fué apellidado el *Hambriento*, no porque padeciese de tal achaque, sino por que durante su reinado lo padeció su pueblo de una manera tan cruel que hubo de perpetuarse la memoria. Para reinar Olax tuvo lugar la accion poco comun entre príncipes, cuyos derechos se perjudican, unos á otros, pues hallandose prisionero en el condado de Flandes al morir su hermano mayor, el que despues de él hubiera subido al trono llamado Nicolás, pidió y obtuvo del conde flamenco la gracia de comprarle la libertad de su hermano á espensas de la suya propia: quedando en efecto prisionero para que Olax estuviese en aptitud de ocupar un trono que sin eso se le habia acercado mas.

La muerte de Olax acaecida en abril de 1095 hizo rey de Dinamarca á su hermano Erico III cuyo sobrenombre el *Bueno* dá una idea de sus cualidades como príncipe. Sus principales azañas fueron sobre los mares infestados de piratas que purgó completamente. En 1105 hizo un viaje á Tierra Santa y sus cronistas varian en cuanto á la causa que lo motivó; suponiendo unos que tuvo por objeto conseguir de una entrevista, que tuviera al paso con Pascual II la ereccion de Leuden en arzobispado, y dándole otros por causa eficiente la penitencia que aquel rey quiso hacer en arrepentimiento del homicidio que cometiera sobre cuatro de sus guardas en un acceso de furor, producido por la habilidad de un músico que Erico quiso provar y que en efecto le causó tal enagenacion que en el acceso de frenesí que le produjo mató á aquellos infelices. Su vida y reinado terminaron en Chipre de vuelta ya de su peregrinacion, en el año de 1105.

El reino estaba gobernado entonces por un regente á quien Erico habia confiado las riendas antes de partir para Palestina; Haraldo, su hijo mayor, que tanto por el derecho que le confería la naturaleza, como por el poder que ejercia, habria podido conservar una corona cuyo peso llevaba ya. Pero el pacto celebrado por los honrados súbditos de Suenon, hizo que á pesar del tiempo trascurrido y las diferentes vicisitudes por que habia pasado el reino, el cetro de Erico, saltando por entre las manos de Haraldo y Canuto, sus dos hijos, fuese á pasar á Nicolás, quinto hijo de Suenon, que aun vivia aunque encadenado en Flandes, á consecuencia de la buena accion que hizo en favor de su hermano Olax. Cuando llegó su turno de reinar, los dinamarqueses pagaron su rescate y le colocaron en el sólio de su padre.

Nicolás no dió muestras, sentado en el trono, de las buenas cualidades que antes de su advenimiento á él habian hecho esperar de un buen rey. Altivo é indolente, dió lugar á que el pueblo hiciera comparaciones entre sus defectos y las virtudes del que habia sido su regente; Haraldo hijo de Erico III. Este por su parte no habia mirado sin enojo salir de sus manos un cetro que le correspondía para pasar á manos menos hábiles y menos dignas de llevarlo. Una guerra que Henrique rey de los vándalos y sobrino de este príncipe le promovió, combatido tambien por los Eslavos dió á conocer las brillantes cualidades del ex-regente, á quien el rey de Dinamarca habia confiado el gobierno del Ducado de Kesswick, con objeto de neutralizar los motivos de su descontento.

Aquella situacion se complicó sobremanera con la rivalidad que se suscitó entre Magnus, hijo del rey, y Canuto su primo; rivalidad que dió nacimiento á dos partidos entre los cortesanos. Uno de los personages que capitaneaban al de Canuto era la reina, esposa de Nicolas que por lo visto no debia ser madre de Magnus, no obstante, ser este pequeño obstáculo que lo hubiera sido para ayudar al contrario, pues que vemos que entre los capitanes del partido de Magnus se hallaban los hijos de su rival Canuto. Este además contaba con el apoyo del pueblo y el mas eficaz de sus ardientes y activos hermanos Haraldo y Erico.

Nicolás llevaba su indolencia hasta el punto de no ocuparle la atencion los motivos de rivalidad entre Magnus y Canuto su primo: pero el primero escitaba su resentimiento por cuantos medios podia alcanzar, y el segundo parecia ayudarle en esta empresa con sus imprudentes pasos. Entre otros, para no citar mas ejemplos, bastará decir que habiendo tenido que visitar Nicolás el condado de Kesswick donde era Canuto dueño de las voluntades recibió á su tio y soberano bajo un sólio real, y sentado en un trono que solo el monarca hubiera debido ocupar.

Tamaños desaciertos permitieron á Magnus hacer adoptar por su padre la idea de deshacerse del poderoso príncipe y habiéndole hecho llamar y atraido con engañosas seguridades, consiguió que aquel cuyo carácter caballeroso le hizo despreciar los avisos que oportunamente se le dieran, sucumbiera en la emboscada. Sus numerosos amigos quisieron hacer pública esta traicion y pretendieron tributarle solemnes obsequios fúnebres; pero el traidor se opuso á ello conociendo que el espectáculo del cuerpo mutilado de quien tan sincero amor habia merecido del pueblo podia escitar á su venganza. Esta negativa hizo mas patente la maldad, y el pueblo no tuvo mas límites en la manifestacion de su justa y comprimida indignacion, que la que le impuso la fuerza.

Pero la venganza no se aplazó sino para hacerla mas certera. La viuda del malogrado Canuto quedó en cinta de un príncipe que vió la luz poco despues, y que fué llamado Valdemaro y cuyos tutores fueron por derecho de sangre Haraldo y Erico sus tios. Estos gefes del partido descontento, aprovechándose de la efervescencia que produjo en el condado de Kesswick, la muerte de Canuto promovieron una asamblea en la cual presentaron al tierno infante, y reclamaron la venganza que pedia su infortunio. Para escitar mas las pasiones arengaron al pueblo lamentándose de la muerte prematura del padre, aumentando sus virtudes, y ennegreciendo la accion que los habia privado de tan preclaro caudillo; y cuando aquellas habian llegado á su alto grado, dieron el último golpe dramático, presentando las vestiduras teñidas en la sangre de la víctima y rasgadas por los puñales asesinos.

Todo el reino se resintió del efecto que produjo en aquella asamblea pintura tan viva de tamañas traiciones: en masa corrió á las armas, y apenas pudo Nicolás conjurar la tempestad desterrando á su hijo Magnus y sus cómplices en la muerte de Canuto. Pero la confianza suele muchas veces aumentar el peligro. Luego que Nicolás creyó tranquilo el reino, alzó el destierro á los culpados y conmovió de nuevo la monarquía.

Haraldo y Erico reunieron de nuevo al pueblo é hicieron proclamar la destitucion de Nicolás y declarar indigno de sucederle á su hijo Magnus. Los partidarios de estos, acudieron á las armas, y en el ardor de los combates que sobrevinieron, Nicolás estuvo á pique de caer en poder de Erico y este de ser muerto por el mismo Nicolás. Magnus pereció á manos del primero, quien viéndose libre de este

rival, amenguada la autoridad de Nicolás, debilitada la influencia de Haraldo y poco protegidos los derechos de Baldemaro, se prevalió de la calidad de hijo de Erico III, aunque no de legítimo matrimonio para hacerse declarar rey de Dinamarca.

Este atrevimiento hizo que Nicolás despechado, prefiriese poner el cetro en manos de su enemigo Haraldo, á entregarlo al usurpador Erico, complicando así la situacion que afligia al reino como se dirá despues. Entretanto el destronado rey tuvo la inprudencia de refugiarse á una de las ciudades en donde era mas vivo el amor que el pueblo profesaba á la memoria de Canuto y donde la casualidad hizo que residiera una sociedad secreta, fundada por aquel príncipe y cuyos miembros habian jurado vengarse mútuamente de las injurias que pudiesen inferirse á sus individuos. Bastó pues, que aquella sociedad declarase á Nicolás autor de la muerte de Canuto para que la suya fuese decretada, y en efecto, se cerraron las puertas de la ciudad, y Nicolás sucumbió.

La muerte de aquel monarca dejó libre á Erico de aquel rival; pero le suscitó otro en Haraldo, su hermano, que como digimos antes, habia recibido la investidura real de manos de Nicolás. Mas poderoso Erico, aunque de menos buen derecho, hizo huir á su hermano que hubo de refugiarse en Noruega, donde reinaba Magnus, su aliado, que le dió un ejército con que volver sobre Erico. Pero éste que tenia en su poder seis hijos del primero, hizo perecer cinco de ellos, salvándose solo, por la fuga, el sesto llamado Olax.

Poco tiempo despues murió asesinado Haraldo por un hierro manejado, segun se cree, por instigacion de Erico, quien tuvo la fortuna de deshacerse tambien de su enemigo Magnus de Noruega, por medio de una sublevacion que suscitó, y que produjo la entrega que le hicieron los sublevados, del rey caido. Magnus pagó cara la proteccion que habia prestado á Haraldo; porque se la hizo expiar Erico encerrándolo en un monasterio, donde le privó de los órganos de la vista y de la generacion. Erico pagó á su vez estas atrocidades muriendo atravesado de un puñal, en el momento de administrar justicia, sin que su muerte causase la menor emocion.

A la muerte de Erico IV, tres príncipes aspiraban á la corona. Era el primero Sweu, cuyo nacimiento ilegítimo hacia disputable el derecho que le habia dado su cualidad de hijo de aquel rey; el segundo fué Canuto. hijo de Magnus, á quien el pueblo habia declarado indigno de empuñar las riendas del Estado por la parte que tuvo en la muerte del no olvidado Canuto, y el tercero, el hijo de este último Valdemaro, cuya madre llamada Ingoburga tuvo cuidado de impresionar la asamblea que debió decidir de la suerte de los tres pretendientes presentando al jóven príncipe, que obtuvo así la mayoria de votos que le dió el trono.

Pero la madre de Valdemaro no quiso aceptar para su hijo la corona, sino con la espresa condicion de que se le habia de nombrar un tutor con la calidad de

regente y toda la autoridad real necesaria para gobernar el Estado durante la menor edad de Valdemaro, y la asamblea lo acordó así, dando aquel encargo á Erico tio del rey y hombre de tan apacibles costumbres que mereció ser llamado *el Cordero*.

Bien avino á Valdemaro poner su reino bajo la guarda del virtuoso Erico, porque no tardó mucho en disputárselo Olax, hijo de Haraldo que, segun digimos antes, habia escapado á las atroces venganzas de su tio Erico III. Esta alteracion de la paz duró hasta el año de 1142 en que el invasor murió en un combate. Dos años despues el regente quiso purgar los mares de los piratas vándalos que los infestaban; pero, fuese falta de fuerzas, ó de prevision, ó fuese esceso de confianza, Erico fué rechazado. El dolor de esta pérdida le hizo retirarse á un monasterio, donde poco tiempo despues murió, dejando á su pupilo espuesto á los peligros de una guerra civil.

En efecto, Suenon el bastardo de Erico y Canuto, hijo de Magnus, luego que vieron á Valdemaro falto del apoyo de su tutor le hicieron una guerra que duró nueve años. Fortuna fué para Valdemaro que los dos pretendientes fueran tan ambiciosos que cada uno de ellos lo quisiese todo; porque disputándose entre sí el derecho volvian sus armas el uno contra el otro, dejando al dueño lejítimo del trono pronunciarse, ya por el uno, ya por el otro, conforme lo exijia la preponderancia que los hazares de la guerra hacian tomar á uno de los partidos que acaudillaban. En vano sometieron la cuestion de sus pretendidos derechos al emperador Federico I que los citó á la Dieta de Marsburgo; en vano quiso este avenirlos; en vano, en fin, pronunció sentencia arbitral adjudicando la corona á Suenon y el ducado de Sleswick ó Canuto; porque ellos hicieron poco caso de sus consejos y despreciaron, como sucedia con frecuencia, las sentencias que no se apoyaban con las armas.

Autores hay que afirman que Canuto pereció al fin á manos de Suenon y otros, por el contrario, sostienen que despues de la batalla y derrota de Wiburgo, en la cual fué muerto el segundo por uno de los soldados que le alcanzó en su fuga. Valdemaro se avino con él tomando por esposa una de sus hijas y confundiendo de ese modo los derechos de familia que amenazaban con una prolongada guerra civil. ¡Así pudiera suceder siempre que tamaña calamidad aflije á un pueblo, ya que no permite el cielo que las naciones tengan una federacion general de justicia donde se dirimieran esas cuestiones ahora que el buen espíritu infundido por la civilisacion no permite pesar esas cuestiones mas que en la balanza de lo justo ó de lo injusto!

IV.

Esta fusion de intereses entre Valdemaro y Canuto tuvo lugar en el año de 1157. A partir de entonces puede decirse que principió á reinar en Dinamarca el primero; porque estuvo solo en la dominacion de aquel estado. En el siguiente año, envió embajadores al emperador Federico para prestarle juramento de fidelidad; pero aquel monarca no lo recibió sino con la espresa condicion de que Valdemaro se presentaría en persona á recibir la investidura de la Dinamarca.

Valdemaro tuvo todos los elementos necesarios para ser un príncipe perfecto, y merecer el título de *Grande* con que lo honraron sus pueblos. A la educacion piadosa que le inspiró la virtud de sus padres, pues que fué hijo de Canuto el Santo, reunia la esperiencia que se adquiere de las necesidades del pueblo cuando se nace y crece en medio de él; circunstancia que tuvo lugar en aquel príncipe. Sus amigos elegidos entre sus relaciones de la juventud, y cuando la desgracia lo perseguia, le habian de ser mas fieles y adictos que los que se creen encontrar entre la púrpura de los palacios. Entre ellos se distinguió Absalon, compañero que habia sido suyo en los estudios que siguieron unidos. Elevado á la dignidad prelacial puede decirse que fué siempre su único ministro.

Por otra parte, las vicisitudes por que habia pasado desde su cuna, le habian hecho tan familiar el manejo de la espada que por poco que el interes de su reino lo exigiese hacia respetar su nombre en todas partes. Testigo de ello fueron los vándalos, pueblos que no conocian mas ley que la de la fuerza, y á los cuales Valdemaro, despues de vencerlos dándo muerte á su rey, se la impuso.

Sus virtudes le hicieron mas conquistas que esa misma espada, pues le trageron el reino de Nernega, gobernado por un monarca indolente, al cual desposeyeron sus pueblos para poner la corona á los pies de Valdemaro que no la recogió sino para mostrarse mas generoso con el príncipe caido que su mismo pueblo; pues que, segun la historia, le colmó de honores y riquezas hasta el punto que no echará de menos el carcomido trono de que habia bajado.

En su deseo de que sus pueblos estuviesen bien regidos hizo que su hijo Canuto tomase parte, desde niño, en la gobernacion del Estado, recibiendo con sus preceptos y ejemplo la mayor leccion que cabe dar á un príncipe.

Pero como no es posible que la virtud contente á todos y á cada uno, su reinado no estuvo exento de la calamidad de las sediciones. La Divina Providencia parece que quiso, como para leccion de los príncipes que hubieran de reinar, poner por escrito un testimonio vivo de la amenaza constante de la hidra revolucionaria sea cualquiera que fuere la forma de gobierno, ó su manera de ejercer la

autoridad. Valdemaro, que vió pueblos estraños venir á rogarle que los colocase bajo la égida de su diadema, probó por una y otra vez el amargo cáliz de la sedicion. Clemente, en la primera vez que los descontentos fueron vencidos no quiso serlo menos la segunda prefiriendo vencer á sus enemigos á fuerza de longanimidad á inspirarles terror con las señales de se enojo. Pero los dias de Valdemoro llegan á su término y estaba escrito, que pereciese de muerte violenta, sino dada voluntariamente, recibida al menos de otra accion que la de naturaleza : aquel príncipe murió envenenado con una dróga que le administró un charlatan.

Su hijo y sucesor Canuto el VI apellidado el *Piadoso*, quedó solo en el trono que durante doce años habia ocupado con su padre, el 12 de mayo de 1182. Tampoco faltaron á este príncipe disturbios, promovidos por descontentos capitaneados por Haraldo, que aspiraba nada menos que al trono que habia ocupado Valdemaro. No bien habia apaciguado el fuego de la rebelion intestina, cuando tuvo que ocuparse en hacer frente á la liga formada contra él por varios príncipes alemanes á cuya cabeza marchaba el conde de Holstein. Pero la fortuna no fué menos benévola con el rey dinamarqués en esta ocasion que lo habia sido en las anteriores. Despues de cinco años de guerra deshizo aquella en 1201 apoderándose de su gefe y dispersando á los coligados.

La muerte de Canuto, que acaeció un año despues, hizo subir al trono de Dinamarca á su hermano Valdemaro por haber muerto aquel sin sucesion directa. Ocupó Valdemaro II el sólio en 1203 y realizó las esperanzas que su valor y prudencia habian hecho concebir. Fortificó sus fronteras descuidadas hasta entonces; fijó su atencion sobre las abandonadas ciudades anseáticas, estendió los límites de la ciudad de Hamburgo; reconstruyó la parte que en Lubec habia sido destruida por un incendio ; edificó Stralsund ; sometió la Pomeramia; venció en la Sajonia inferior, subyugó la Livonia y llevó sus armas victoriosas hasta Rusia: conquistas que le hicieron dar el sobrenombre de *Victorioso*.

Sus buenas cualidades no fueron solo manifestadas en el campo de batalla; la administracion del Estado, terreno en que es mas difícil obtener triunfos, fué para él fecundo en buenos resultados : y estos serian sorprendentes si no pareciesen exajerados. Pero esa misma exageracion permitiria creer que tenia un fundamento en el estado próspero de su hacienda pública. Bastará decir, que se supone por los historiadores que de ello tratan, que su Tesoro era bastante para mantener en pié de guerra 400 velas, entre grandes y pequeñas, y 79,400 combatientes.

Tan próspera situacion fué, sin embargo, profundamente afectada por uno de aquellos reveses de la fortuna que suelen acontecer cuando menos se esperan. Los príncipes que saben serlo, deben entredicharse aquellos placeres, que siendo fáciles de reemplazar con otros, puedan traer trastornos inmensos en el Estado. Por no tener presente Valdemaro esta buena máxima entregándose al pasatiempo de la caza fué sorprendido, en una ocasion por Enrique, y aherrojado en un buque con su hijo primejénito, sufriendo luego una estrecha prision que duró tres

años de la cual no salió sino despues de renunciar á todas las conquistas que su padre y él habian hecho en varios principados alemanes. La hidalguia y generosidad de Valdemaro no le permitian consentir condiciones tan onerosas; pero sus pueblos le obligaron á ello, ó mejor dicho, se obligaron por él prefiriendo ser menos ricos á estar privados de su paternal gobierno.

Fácilmente se concibe tan señalada prueba del amor de un pueblo cuando recae en un príncipe de tan relevantes prendas. ¿Y cómo no habia de ser amado un rey que sin limitacion ninguna en su poder, ningun ejemplo que imitar, ningun estímulo esterior que lo impulsara ni indirectamente, comprende que entre un monarca y sus súbditos hay deberes y derechos mútuos que han menester constituirse en ley escrita para que el Estado sea feliz? Este príncipe fué Valdemaro que viviendo en un siglo de tinieblas, rodeado de naciones bárbaras, servido de rodillas por un pueblo que habia heredado de sus mayores el culto que le hacia mirar la voluntad del monarca como omnipotente, dió á sus estados una Constitucion, que sino era perfecta, debió aproximarse mucho á la que exigia la situacion física y moral de aquellos pueblos cuando la vemos pasar al traves de una série de siglos hasta nuestros dias. El convocó una Dieta general que libremente discutió y acordó con el monarca las bases constitutivas de un pacto social y estableció una jurisprudencia para lo civil, criminal y eclesiástico.

Mas como la Divina Providencia no permite la perfeccion en ninguna de sus criaturas, aquel tan gran principe, queriendo evitar los motivos de una guerra civil despues de su muerte, léjos de imitar la prudente medida de su abuelo Valdemaro I, que dió fuerza y robustez al brazo que despues de sus dias habia de empuñar el cetro asociándosele en vida á la gobernacion del estado; cometió el error de desmembrar su reino para legarlo dividido á sus hijos. Eurico el mayor que le sucedió en el trono recibió el reino sin los condados de Jutlandia y el Blekinge adjudicados á sus hermanos menores Abel y Cristobal.

Tan fatal error no podia menos que producir consecuencias desastrosas y el mal que se queria conjurar habia de nacer precisamente de la medida precautoria que habia querido tomar Valdemaro. La independencia en que habian sido constituidos los condes de Blekinge y Jutlandia, los convirtió en enemigos de Erico y despertó en ellos la ambicion de reinar en Dinamarca: de aquí diferentes guerras promovidas con este fin y que no terminaron sino con la vida de Erico. Abel, el mas astuto de sus enemigos, fingió arrepentirse de su anterior conducta y con traidora maña, atrajo al rey á admitir un obsequio sobre un bajel que él montaba y luego que le vió léjos de sus súbditos lo hizo coser á puñaladas. El reino, como siempre sucede, supo de aquella muerte lo que se le quiso decir, atribuyénselo á una querella accidental, y aunque sospechoso de la parte que tuvo en ella Abel, le proclamó rey contentándose con que este afirmase, bajo juramento, que era inocente.

Subió al trono Abel en 1252 con la dicha de satisfacer á sus pueblos conten-

tos con su recta administracion, y él hubiera sido feliz con el bienestar que procuraba á los otros, si la imágen de su crímen hubiese podido desaparecer de su aterrada mente, como se habia borrado de la memoria de sus súbditos. Pero no fué así, sus remordimientos le hacian intolerable la vida, y su desesperacion llegó al mayor grado, cuando al revisar los papeles de su víctima halló las pruebas de que su hermano habia resuelto abdicar en él una corona que molestaba sus sienes, y retirándose á un monasterio dejarle su fortuna particular *en señal*, decian los apuntes de Erico, *del mucho afecto que profesaba á su hermano*. El dolor que produjo este descubrimiento en el corazon de Abel tuvo fin con su muerte acaecida en 20 de junio de 1252; queriendo reprimir un levantamiento producido entre los Frisones por un aumento en los impuestos.

A pesar de tener Abel un hijo, sus pueblos no quisieron sentarlo en el trono de su padre castigando en él la culpa cometida por el primero. El cetro pasó á manos de Cristóbal su tio, tercer hijo de Valdemaro II. Las particularidades del reinado de este príncipe están reducidas á una continuada série de discusiones con el clero hasta el punto de reducir á prision al poderoso obispo de Lunden; con lo cual se hizo enemigo á todo el clero y su prepotente partido. Su prematura muerte fué atribuida al interés que sus enemigos tenian de deshacerse de él, y tuvo lugar en 1259.

El partido clerical fué vencido por la reina viuda que logró sentar en el trono á su hijo Erico VII, á pesar de la oposicion de aquel y de su infantil edad. Aquella regenta, modelo de virtudes políticas, fué el ángel tutelar de Erico, porque no solamente le libertó de las persecuciones del clero sacándolo de una estrecha prision para sentarlo en el solio de su padre, sino que mientras ella vivió, sus discretos consejos le hicieron llevar con acierto las riendas del Estado, y con gloria sus armas victoriosas á Suecia y Sleswick, contra Magnus su hermano rey del primero de aquellos estados y Valdemaro duque del segundo, que le disputaron la corona. La falta de aquella escelsa princesa fué fatal; porque el príncipe su hijo, abandonándose á escesos que descontentaron á sus vasallos, se sublevaron estos y le dieron muerte.

Este funesto acontecimiento puso la corona sobre la cabeza de Erico VIII, su hijo, en el año de 1286 cuando apenas cumplia su duodécimo año. El sobrenombre de *Piadoso* que le dieron sus contemporáneos, y le conservaron los pueblos, no le evitó verse en guerra abierta con el clero y en la necesidad de prender á otro obispo de Lunden, Juan Grand, como habia hecho Cristobal su abuelo. Esta medida le valió una escomunion que pronunció contra él Roma, y de la cual no se libró sino con el advenimiento del legado que lo escomulgó á la silla arquiepiscopal de Lunden, vacante por renuncia que hizo de ella el prelado Juan: acontecimiento que tuvo lugar en 1303. Tampoco fué feliz en la guerra el *piadoso réprobo* y únicamente pudo contar un solo éxito feliz de todas sus campañas, cuando dió libertad á Berges, rey de Suecia, á quien habian encerrado sus súbditos: sin que

J. Vallejo dibº y litº

Lit. de J. Donon, Madrid.

ADOLFO GUILLERMO  DUQUE DE NASSAU.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



otra hazaña alguna hiciese notable un reinado á que puso fin la muerte en el año de 1319.

Catorce hijos habia tenido Erico de legítimo matrimonio, y sin embargo, los estados tuvieron que recurrir á la eleccion para darse rey; porque la muerte habia arrebatado toda la sucesion directa del monarca: sin duda, la ley que arreglaba el modo de suceder exigia esta formalidad cuando la herencia de la soberanía habia de pasar á manos colaterales. La eleccion fué favorable á Cristobal que tomó el dictado de *Segundo;* el cual era hijo tambien segundo, de Erico VII, y que habia residido en Suecia durante el reinado de su hermano Erico VIII. Este triunfo no fué obtenido sin gran número de promesas y sumisiones de parte del elegido; por manera que, luego que subió al trono, se vió en la dura necesidad de descontentar á los que tanto habia ofrecido, y dar márgen con ello á la renovacion de las perpétuas escenas de rebelion, que tan frecuentemente tenian lugar en aquel reino. Para fortalecer su gobierno y resistir con mas probabilidad de buen éxito el ataque intentado por los nobles del reino, que exigian con las armas en la mano el cumplimiento de las promesas hechas, se asoció á su hijo, que salió al encuentro de aquellos para ser derrotado y hecho prisionero.

Erico huyó á Alemania con las riquezas que pudo llevarse, y retirándose á Rostok dejó el campo libre á Valdemaro duque de Sleswick. Pero Valdemaro era menor de edad y habia menester la ayuda de su tio y tutor Gerardo, y Cristobal apoyado por sus amigos de Alemania, se fué apoderando de diferentes puntos importantes. El buen juicio de los caudillos del bando contrario, acabó de restituirle el reino; porque considerando que les convenia mejor ser gobernados por un rey conocido, ayudado de un hijo no menos apto para mandar, que por un menor y su gobernante; dan suelta á Erico preso aun desde la batalla perdida, y ofrecen de nuevo el trono á Cristobal, si bien le imponen condiciones mas duras que las primeras. Pero ni las lecciones de la esperiencia ni su mas maduro juicio se oponen á que acepte de nuevo, para ser de nuevo atacado por la misma falta que la vez primera: aunque con peor éxito para él, pues hecho prisionero muere bien pronto de pesar.

No parece que este príncipe escapara á la entonces inevitable suerte de ser escomulgado; por la grave culpa de haber sido mas afecto al emperador aleman que al gefe de la Iglesia.

Ya fuese que Erico, hijo primojénito de Cristobal hubiese desaparecido de la faz de la tierra, ya que participase de la desgracia de su padre, solo menciona la historia como aspirantes legítimos al trono, á sus dos hermanos Valdemaro y Othon: pero el primero residia con su madre en el Brandemburgo, y el segundo era tan niño que no pudo resistir á dos adversarios mas fuertes. Eran estos Valdemaro de Sleswick que protestaba contra la renuncia que le habian obligado á hacer á la vuelta del rey difunto, y Gerardo su tutor, que sin alegar derechos propios, disputaba el de gobernar el reino á título de tutor del conde de Sleswik, con-

siguiendo apartar del trono durante algunos años á los que debieran ocuparlo. Los males que causaban al reino la ambicion y osadia de Gerardo, escitaron tal ódio contra él, que la indignacion general no tuvo limites y puso en manos de un asesino llamado Noceris el hierro que habia de desatar aquel nudo gordiano. En efecto, la muerte de Gerardo terminó la discordia general; porque su hijo Enrique reconoció no tener derecho alguno para sostener las pretensiones de su padre. Valdemaro de Sleswick se conformó con recibir una indemnizacion en dinero, y Valdemaro, el mayor de los hijos de Cristobal, no tuvo dificultad en sentarse en el trono, reconociendo los derechos de su hermano Othon, y señalándole un pingüe señorío.

El advenimiento al trono de Valdemaro III, hizo cesar al momento toda discordia, y esta paz fué tanto mas gustada de su pueblo, cuanto que la prudencia del nuevo rey les hizo conocer que cuando un monarca quiere ocuparse en hacer la felicidad de sus súbditos tiene sobrado el tiempo; circunstancia que se verificó en aquel reinado y que dió á Valdemaro el sobrenombre que lo acreditaba. El primer período de la vida de este príncipe fué, sin embargo, mas grata al pueblo porque en ello se ocupó en recobrar las partes que las guerras civiles habian hecho separar de la corona, y las que sus vecinos habian usurpado. Mas tarde, su actividad fué dirigida á sostener la religion que profesaba, celo que llevó hasta el punto de enagenar la ciudad de Revel, en Livonia, á favor de la órden Teutónica y hacer una peregrinacion á Jerusalen. El descontento que estos actos produjeron, se calmó con la vuelta del rey á sus estados y la parte activa que tomó en los negocios de Alemania, mas con el fin de distraer los ánimos de sus súbditos, que por miras políticas.

Muy léjos estaba aquel príncipe de carecer de defectos, y los historiadores no le atribuyen pocos. Inconstante en sus propósitos, ligero en la apreciacion de los hechos, violento en sus determinaciones; fogoso y exagerado en sus pasiones, pasaba con frecuencia de la santurronería al libertinage, y de la sobriedad á la intemperancia. Tamaños defectos le habian impelido á ser injusto con la reina á quien habia hecho encerrar en una fortaleza, so pretesto de sospechas injustificadas que encubrian el verdadero motivo de aquella medida. El hastio y repugnancia del rey hácia su mujer, habrian privado al reino de la sucesion legítima sin uno de aquellos actos de virtud, que merecen consignarse en la historia. Tenia la reina, entre sus damas, una de singular belleza, que fué solicitada por el rey con todo el empeño de que era capaz aquel impetuoso amante. La dama fingió acceder á sus deseos, y dando cita al rey para hora avanzada de la noche, tuvo el arte de engañarle introduciéndole en el lecho de la reina, que dió á luz nueve meses despues á la célebre Margarita llamada por esto *Hija de la fortuna*, y de quien hablamos mas adelante.

La guerra en que fué tan afrotunado este príncipe le hizo tener entre sus contemporáneos por grande hombre; pero la historia mas severa le calificó de singu-

lar é incomprensible, sin atribuirle aquel honorífico título. Y en verdad que si sus hechos debieran tomarse en cuenta para juzgarle, no pudo darle otro al hombre que en ocasiones buscaba el peligro sin necesidad y en otras, cuando mas falta hacia su presencia para conjurarle, se sustraia á él y dejaba á la ventura su suerte. Amenazado por los enemigos de dentro y fuera de sus estados, anuncia que ha hecho el voto de ir á Roma, y parte dejando á sus parciales abandonados á sus propias fuerzas. No se apresura á llegar á la capital del mundo cristiano sino que deteniéndose en la córte del emperador de Alemania aguarda el éxito de los esfuerzos que hacen sus amigos. Porque este es favorable, renuncia al viage á Roma y burlándose de las censuras que el Santo Padre lanza contra él, se vuelve á sus estados y le responde: «Debo á Dios la vida; la corona á mis vasallos y la »ley religiosa á vuestros predecesores: os la devuelvo por la presente si tanto »precio le poneis.»

V.

Olax VI subió al trono en 1375 por haber muerto Valdemaro sin mas hijo que Margarita madre de aquel y casada con Haquino, rey de Noruega; pues Ingelburga su hermana mayor y madre de Alberto, sobrino del de Suecia, habia dejado de existir: razon por la cual Margarita consiguió, á pesar de su viudez, que Olax fuese elegido rey de Dinamarca en perjuicio de los derechos de aquel. El reinado de este príncipe no sirvió mas que para dar á conocer las eminentes cualidades de su madre que como tutora suya gobernó ambos reinos: su fallecimiento colocó la doble diadema sobre la frente de Margarita.

Muerto Olax, subió su madre, de derecho, al trono que ocupaba de hecho en 1387. Sus vasallos se alarmaron al verla sin sucesor directo y exigieron de ella que se casase, con objeto de tenerlo; pero la reina eludió esta exijencia asociándose á Enrique su nieto, hijo de Vratislao VII duque de Pomerania que por su corta edad no podia entorpecer sus grandes miras de gobierno. En efecto, ella las realizó mejorando todos los ramos del estado con reglamentos que regularizaron su marcha. No fué menos feliz en el engrandecimiento material de sus estados, pues que reunió las tres coronas de Noruega, Dinamarca y Suecia, quitándole la última á su sobrino Alberto que quiso disputarle las otras dos.

Para conseguir su objeto vengando la doble injuria que de Margarita habia recibido, haciéndole postergar primero á su hijo Olax cuando eligieron aquel rey

de Dinamarca, y posponiéndole á Enrique de Pomerania al tomar un asociado para compartir el trono, Alberto, rey ya de Suecia, quiso desacreditarla á los ojos de sus vasallos representándola como entregada al libertinaje con sus favoritos, calamidad comun á todas las reinas que se han hecho notables, pintando con colores mas odiosos sus relaciones con el abate de Sorce á quien recibia en calidad de director de conciencia, y á quien Alberto supuso en sátiras mordáces otro empleo de distinto género. Picada Margarita se aprovechó del mal gobierno de su enemigo para levantar contra él la opinion general de sus súbditos y las armas de los mineros de la Dalecarlia; por manera que en cuanto se presentó la reina de Dinamarca á la cabeza de un poderoso ejército Alberto fué vencido, casi sin combatir, en la batalla de Falespinge y aherrojado en las fortalezas de Dinamarca donde permaneció hasta que seis años despues renunció en su vencedora; legitimando de aquel modo su conquista. Alberto habia perdido sus hijos, por lo que no es de estrañar que no teniendo herederos directos á quien perjudicar, aceptase la libertad con las demás condiciones favorables que le fueron ofrecidas por Margarita y que le aseguraban una tranquila existencia como particular.

La renuncia del rey de Suecia confirió tambien de derecho la corona de aquel estado á Margarita; pero ella aspiraba mas que á reunir cetros á formar un reino fuerte que le diese el poder de hacerse respetar. Para conseguirlo reunió los Estados de las tres comarcas en Calmar de Suecia, y allí hizo aprobar el pacto y ley fundamental que se llamó la *Union de Calmar* cuyo principal objeto fué la consagracion en principio de la unidad del reino compuesto de las tres coronas bajo las siguientes bases: Primera, que los tres reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega, no tendrian en lo sucesivo mas que un solo rey comun á los tres, formando por consiguiente un solo reino; concurriendo á la eleccion del rey comun los tres estados. Segunda, que la residencia del monarca seria alternada en los tres reinos y que la Hacienda de cada uno de ellos seria administrada separadamente. Tercera, que cada reino conservaria sus leyes y fueros y tendria su senado particular compuesto de sus propios patricios.

Aquella princesa fué llamada por sus pueblos la *Semíramis* del Norte, y aunque algun historiador supone que fué mas bien á causa de los defectos que se le atribuyen, es lícito pensar que cuando sus buenas dotes y eminentes hechos la asemejaban mas á la reina de Babilonia, le cuadre mejor la comparacion por estas últimas que por los primeros. Las varoniles cualidades de Margarita las deja bien conocer el célebre dicho de su padre Valdemaro. «La naturaleza se engañó, decia aquel rey, dándote el sexo femenino, pues que revela su primera intencion de hacerte hombre.»

Quedó solo en el trono Erico IX por la muerte de Margarita acaecida en 1412 á bordo de un buque sobre el cual se trasladaba á Fleusburgo en el condado de Holstein. No tardó Erico en demostrar que el brillo que habia obtenido en el trono no era mas que el reflejo del resplandor de la aureola de Margarita. Luego que

esta faltó, Erico se escogió ministros indignos que, para enriquecerse á mansalba, le arrastraron por la pendiente del despotismo hasta que le precipitaron por ella. De los tres reinos, tan vejados unos como otros, solo Noruega sufrió en silencio el amago de esclavitud que les preparaba su soberano. La Suecia levantó el grito que hizo resonar el primero un noble dalecarliano llamado Eugelbrecht seguido de numerosos partidarios y apoyado por Cárlos Canut-Son, mariscal de Suecia: este grito fué repetido en Dinamarca y Erico se vió en la necesidad de retirarse á la isla de Gothlandia, donde se habia preparado una morada deliciosa. Encastillado en ella, no quiso salir de su inactiva vida mas que para mandar corsarios que pillaron los buques daneses y suecos que pasaban á su alcance. En ella esperó con indiferencia su destitucion que pronunciaron sus estados en Corsor, declarando vacante el trono en 28 de octubre de 1438.

Eligieron los estados reunidos, en el siguiente año de 1439, á Cristobal, el tercero de su nombre hijo de Sofía hermana del rey destronado y de Juan de Baviera duque de Neuburgo, pero este príncipe no quiso aceptar otro título entonces que el de padre de la patria; pero poco despues en 1441 pasó á Suecia donde en 7 de setiembre, fué proclamado rey de los tres reinos unidos. Cristobal no tuvo escrúpulo en consentir que el Senado manchase la memoria de su tio y predecesor, dando á luz un acta de acusacion que contenian todos los capítulos que se habian formado contra él para arrojarlo del trono, y de los cuales no se habia tomado el trabajo de justificarse. Pero aun es mas de admirar la frialdad con que Erico recibió este agravio, pues que casi al mismo tiempo vemos que el sobrino, en lugar de hacerle la guerra que le habian declarado los estados, se presentó en la isla, residencia de Erico mas como un amigo esperado, que como un adversario temido. Ello es lo cierto que cuando se creia en los tres reinos que el tio y el sobrino vendrian á las manos, uno y otro gustaban de las delicias de una vida tranquila y llena de placeres.

Entre tanto, Cristobal se vió en el caso de hacer latas concesiones á los dinamarqueses renunciando á muchas de sus prerogativas, y de resistirse á hacerlas iguales á los suecos; por lo cual le vemos pintado por los historiadores del último pais como un mónstruo de crueldad, al paso que los del primero le alaban como un modelo de virtudes: lo cual prueba dos cosas; primera, que los príncipes no son ni mejores ni peores que cuanto les obligan las circunstancias ó exige su conveniencia; y segunda, que para la posteridad son malos ó buenos conforme place á los cronistas encargados de hacer sus retratos: pinturas que por lo regular no son mas que el reflejo de las pasiones del historiador. Su matrimonio celebrado con Dorotea de Brandemburgo no le dió sucesion y murió sin ella en 1448 legando á sus pueblos el gérmen de la desunion de aquellos reinos hermanados desde Margarita.

VI.

Aqui llegamos al origen de la ilustre casa de Oldemburgo ó mejor dicho, á su advenimiento al trono de Dinamarca. Hemos dicho antes, que Cristobal se habia casado con Dorotea de Brandemburgo; á su muerte, los estados deseaban hacer reina á la viuda de Cristobal pero era demasiado jóven y temian que la eleccion que pudiera hacer de un esposo, y no sentase sobre el trono un príncipe que les conviniese poco. Dorotea quiso tranquilizar al pueblo sobre este particular y sometió la eleccion á la voluntad del Senado con lo cual quedaron allanadas todas las dificultades. Los nobles daneses pensaron en un príncipe de la casa de Oldemburgo y habiendo pedido al conde, soberano entonces de aquel estado, uno de sus herederos contestó : «Tres hijos tengo, el primero poco cuidadoso de los »negocios de estado no piensa mas que en sus amores; el segundo apasionado por »la guerra le importa poco la causa que la motiva; y el tercero amigo de la paz, »la prefiere á la gloria de las armas, no obstante que podría hallar en el ejercicio »de estas mas frecuentes ocasiones de dar á conocer su valor, generosidad y gran- »deza de alma : Elegid.» Como era consiguente, los estados escogieron el último para marido de Dorotea y le hicieron ceñir la diadema de Dinamarca : Cristiano I fué coronado el 14 de octubre de 1449.

No estaba, sin embargo, destinado aquel príncipe á reinar pacificamente sobre los pueblos que firmaron la union de Calmar. Los suecos no se conformaron con la resolucion tomada por los dinamarqueses é instigados sin duda por Canut-Son á quien debieron no disgustar los ensayos de soberanía que habia hecho cuando fué lanzado Erico y que perdió por la fuerza de las armas de Cristobal. Cárlos Canut-Son antiguo mariscal de Suecia, y despues su administrador, se hizo declarar rey, y mantuvo guerra contínua con Cristiano cuyas vicisitudes serian sobradamente largas de referir para este lugar.

La primer victima de aquellas disenciones fué el malhadado solitario Erico á quien Canut-Son fué á lanzar de su isla con pretesto de pertenecer aquella á la Suecia. En vano el antiguo señor rogó á sus vasallos que le dejasen tranquilo en el rincon que habia elegido para morir : su expulsion estaba decretada por su ambicioso vasallo. Entre tanto Cristiano, noticioso de lo que pasaba, envió embajadores que rogasen á Erico que eligiese en su antiguo reino el lugar de residencia que mas le agradase. Erico agradecido, acompañado y honrado por los embajadores daneses, se retiró á Pomerania. Esta conducta tan opuesta á la que inhumanamente habia observado Canut-Son ; la altivez é insolencia de este último,

su errada politica con el partido clerical tan mimado por Margarita hicieron un gran partido á Cristiano que fué proclamado rey de Suecia en 1458. Pero las mismas faltas que habian derribado á Canut-Son arrancaron nuevamente la corona sueca de la frente del monarca danés. Herido el clero en la persona del arzobispo de Upsal y acaudillado por Katil obispo Liw koping llamó á Canut-Son que erraba por las fronteras del reino y le colocó de nuevo en el trono.

Aleccionado ya Cristiano conoció, no tarde aun, que la corona de Suecia estaba entre las manos del poder teocrático y estrechó alianza con él por medio del arzobispo á quien dió libertad, bajo la estipulada condicion de volverle aquella diadema. El prelado cumplió tambien, que fué personalmente á combatir á Canut-Son á quien arrancó el cetro de las manos para ponerlo en las de Cristiano. Este fué el término de las vicisitudes de aquel príncipe porque, amaestrado ya por la esperiencia, observó una conducta prudente que hizo la felicidad de sus pueblos y los predispuso á confirmar, como lo hicieron, la ya rota Union de Calmar; con lo cual y la ventura de ver asegurada la sucesion de su casa en la descendencia que le habia dado el matrimonio de su hijo Juan con Cristiana de Sajonia, vió llegar tranquilamente el fin de sus dias: que tuvo lugar en 12 de mayo de 1481. Tres años antes habia instituido la órden ilustre del Elefante.

Proclamado Juan I rey de Dinamarca y de Noruega, reunió aquel mismo año en Calmar los estados que lo aclamaron. tambien de Suecia; pero el administrador creado, Steen Sture á quien el ejemplo de Canut-Son estimulaba á seguir sus huellas, promovió disturbios levantando huestes que pelearon con las de Juan. Sin embargo Sture se vió en la necesidad de ceder y aun de asistir á la coronacion del monarca sueco que tuvo lugar el 25 de noviembre de 1497. En la gran comida que dió á la nobleza sueca en celebracion de aquel fausto acontecimiento, volviéndose Juan repentinament hacia un general aleman de los que mas habian peleado por él, le preguntó: «¿Que os parece esta ceremonia? ¿falta algo para »que nuestra satisfaccion sea completa? Sí, respondió el germano, las cabezas de »algunos de esos nobles, para enseñar á ser fieles á los demás.» Ya puede concebirse el efecto aterrador de aquella repuesta que podia suponerse pensada antes que la pregunta para señal de un acto de castigo, pero Juan, despues de un momento de silencio, que debió parecer largo á los convidados le dijo indignado al aleman: «Yo preferiria ver colgado á una horca al perfido consejero que tal atro»cidad me escitase á cometer. Ni quiero ser el opresor de la libertad ni impedirle »á un pueblo libre que elija á su gusto sus gobernantes.» No bastaron, sin embargo tan laudables sentimientos, ni su reconocida benignidad, su incomparable moderacion, su paciencia, su prudencia, el conjunto, en fin, que hacian de él un gran monarca, para que escitadas las facciones por el turbulento y ambicioso Steen Sture le lanzasen de nuevo del trono de Suecia que no volvió á ocupar, sorprendiéndole la muerte en 20 de febrero de 1513.

Cristiano II, su hijo, que habia sido reconocido como su sucesor en 1486, su-

bió al trono á la muerte de su padre cuyo ejemplo no quiso imitar: léjos de seguir el camino virtuoso cuya entrada le abrió aquel, se abandonó á toda clase de excesos que le alejaron el afecto de sus súbditos. Casado con Isabel de Austria, princesa á quien sus perfecciones obligaban á estimar, y cuya ilustre cuna aconsejaba respetar, Cristiano holló su lecho introduciendo en él á una concubina llamada Columbula á quien no tardó en dar muerte bajo pretesto de bien ó mal fundadas sospechas. No pararon aquí sus crueldades, pues deseando averiguar si un hidalgo llamado Torberno habia sido su amante, aparenta querer regocijarse en un convite con sus amigos de confianza, y cuando en el abandono de la alegria producido por el vino y la franqueza aparente del anfitrion, se olvidan hasta hacerse revelaciones de lo mas secreto que á cada uno habia pasado, el rey estimúla á Torberno á que diga sin reparo si habia tenido relaciones con aquella mujer. El hidalgo entonces respondió: «Con toda verdad afirmo que he amado á Columbula y que he deseado sus favores pero jamás he podido obtener ninguno de ella.» Esta confesion, arrancada por la astucia, fué bastante para arrastrarlo ante el senado bajo la acusacion de haberse atrevido á levantar los ojos sobre una favorita del soberano. Pero el senado no se hizo cómplice, por entonces, y declaró no haber lugar á proceder contra Torberno. Pero no contento el monarca, amenaza al senado, le hace rodear de gente armada, y el senado pronuncia este fallo. «No »juzgamos á Torberno, pero sus palabras le condenan.» Semejante declaracion bastó á Cristiano para llevar al suplicio á su víctima.

Tanta crueldad exitada por Sigebrita, madre de Columbula, convertia en ódio el respeto de sus súbditos. Era Sigebrita mujer de perversas inclinaciones y de astucia refinada: ella habia logrado dominar el alvedrio de Cristiano y se valia de su influencia para hacerle ejecutar toda clase de crueldades. Con sus manejos y falsas promesas habia conseguido formarse un partido en Suecia que fomentaban el clero y el arzobispo de Upzal, y que capitaneaba el mismo arzobispo llamado Trolle. Con este partido entretuvo una guerra azarosa hasta que en una batalla, dada en el mes de febrero del año de 1519 consiguió la victoria definitiva de su causa, hiriendo mortalmente á Steen Sture con lo cual fué declarado rey de Suecia, no sin aceptar condiciones que parecian asegurar mas la autoridad del senado.

Mas apenas se vió revestido del poder real, cuando invita á los senadores, á imitacion de su padre, á un espléndido banquete, pero en oposicion á la noble conducta de aquel, los hace prender y los somete al juicio de una comision nombrada para condenarlos. Estas formas, sin embargo, le parecen largas, y exitan su impaciencia, y prescindiendo de ellas, les hace marchar al suplicio sin esperar sentencia: noventa cabezas de ilustres patricios cayeron de aquel golpe, y entre ellas la de Erico Vasa, padre del célebre Gustavo que tan bien supo vengarlo. No se detuvo Cristiano en tan difícil pendiente: él hizo llevar al patíbulo nobles y plebeyos, mujeres y niños, enemigos y amigos; todos aquellos, en fin, de quienes se le antojaba tener sospechas.

Los malos consejos de Sigebrita no se limitaron á exitar su sed de sangre en Suecia; Dinamarca fué tambien teatro de semejantes horrores. El clero de este pais no fué tampoco menos maltratado, y una cuestion que tuvo lugar á propósito de los fueros de los estudiantes, acabaron de llenar la medida del descontento para que estallase y se hiciese conocer en actos de verdadera hostilidad. En tanto que esto pasaba, un jóven minero de la Dalcarlia en Suecia, dá el grito de resistencia al poder tiránico y convirtiendo en soldados á sus industriosos compañeros y en armas guerreras los instrumentos del trabajo; se lanza á la pelea para vengar la muerte de su padre: Gustavo Vasa, en fin, empuña aquella espada que habia de esculpir su nombre en la posteridad. La amenaza que le hace el tirano de sacrificar á su madre y hermana que tenia en su poder no detiene sus victorias.

Acosado Cristiano por todas partes, huye con sus tesoros al abrigo de su suegro, en quien esperaba proteccion; pero el emperador le recibe con frialdad y le abondona á su suerte. Falto de tan firme apoyo las tentativas que hizo para recobrar su reino perdido fueron inútiles, y no le proporcionaron mas que caer en una de ella, prisionero y ser conducido al castillo de Sunderburgo, donde arrastró su triste vida por espacio de veinte y siete años, en los cuales purgó las maldades que le hicieron dar el merecido título de *Neron del Norte.*

No participó de la general indignacion que habia causado la crueldad de Cristiano su tio Federico, que por haber sido tratado por aquel con poco miramiento, no habia seguido su causa, manteniéndose neutral en la contienda. Esta conducta puso en sus manos el cetro de Dinamarca, y aunque hubiera querido hacerse tambien del de Suecia, conoció que estaba en manos demasiado firmes para arrancarlo fácilmente de ellas. Gustavo Vasa, nieto de Canut-Son ceñia la corona que el de Dinamarca hubiera apetecido y basta nombrarle para conocer que Federico hizo muy bien en aceptar la amistad con que aquel monarca le brindó, y preferir el título de *El Pacífico*, con que le honra la historia. En aquella coyuntura, y cuando nada tenia que temer de lo esterior, empleó su poder en hacer un cambio en la religion del Estado abrazando el luteranismo, y murió sin otro acontecimiento notable en el año de 1533.

Parecia natural que despues de tan tranquilo reinado, y dejando un heredero directo, este no encontrase oposicion alguna para sentarse bajo el sólio de su padre; pero Federico habia encendido una tea, que una vez ardiendo, se apaga con dificultad: nada es tan fatal para los pueblos como el desarrollo de las discordias religiosas. Esto acaeció en Dinamarca á la muerte de Federico. El partido católico se apoderó del hijo segundo de aquel monarca, que pertenecia á su iglesia, y le presentó como bandera; otra fraccion de él sin pedir el trono para Juan lo disputaba para el monarca destronado, y Cristiano III tuvo que conquistar ciudad por ciudad un reino que sin aquellas divisiones intestinas nadie tenia derecho para disputarle. Verdad es que él se vengó despues sobre el despreciado partido cató-

lico, persiguiendo de muerte aquella religion, á tal punto, que si hemos de creer á algun historiador, mereció ser reconocido por el mismo Martin Lutero. Ello si es cierto que sus pueblos esperimentaron bien pronto el fatal efecto de la destruccion completa de toda la influencia del clero católico porque luego que la nobleza no tuvo aquel único contrapeso que la limitaba en sus arbitrariedades el pueblo se vió víctima indefensa de ellas.

A fin de que su hijo Federico no esperimentase las mismas dificultades que él al posesionarse del trono, Cristiano le habia hecho coronar como rey de Dinamarca desde el año de 1542 y de Noruega en el de 1547. Las cualidades que se atribuyen á este príncipe no difieren en mucho de las de su padre. Si no se le conceden grandes talentos para la guerra, no pueden negarsele el de saber escoger sus generales, á punto de haber sabido sostener las que tuvo con la Suecia y las ciudades anseáticas, que no querian reconocer su dominacion, de una manera tal, que jamás dejó penetrar á un enemigo en el territorio danés, alejando de ese modo las calamidades de la guerra, hasta donde no pudieran alcanzar á sus pueblos. Verdad es que esto no le libró el ser vendido, segun afirman los historiadores, por la ciudad de Lubecque lisongeándose de la conquista de Dinamarca la vendió á la Inglaterra, que segun parece, pagó una parte del precio convenido; aunque es cierto que el contrato no quedó perfecto por falta de la toma de posesion que no consintió el ejército dinamarqués.

Cristiano IV, su hijo, no tenia mas que once años al morir su padre en el de 1588 y hubo menester de la guarda tutelar de cuatro regentes que se le nombraron por los estados; y contra todo lo que la esperiencia ha enseñado sobre esta clase de gobierno, el de Dinamarca fué perfecto. Los regentes se estimularon unos á otros á cual haria mas en favor de su pupilo y consiguieron adelantar su enseñanza á un punto increible, de modo que aquel príncipe estaba en estado de dictarle á un secretario y contestar á los embajadores en diferentes lenguas, en una edad en que apenas otro niño habria empezado á comprender los primeros rudimentos.

En 1611 hizo la guerra á Suecia y no aceptó la paz sino despues de haber tomado por asalto á Calmar y obtenido condiciones ventajosas para Dinamarca. No fué tan feliz sobre el Continente donde habia sido nombrado jefe de la liga formada por el restablecimiento del elector palatino, pues fué batido por Tilly, cerca de Luker y forzado á retirarse á su península; derrota que tuvo lugar el 27 de agosto de 1626. La paz de Lubek que firmó con el emperador tres años despues, le aseguró la tranquilidad de sus estados que volvió á interrumpir en 1643 para declarar la guerra á la Suecia concluida en el de 1645.

Estos hechos de armas no son, sin embargo, tan honoríficos para su memoria como el proyecto que acometió de atraer al Báltico el comercio de Levante, y sobre todo el muy codiciado entonces, de la Persia, por medio de un canal que facilitase su descenso por los rios que desembocan en aquel mar. Fuese ó no qui-

J. Vallejo dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid.

ADELAIDA MARIA



DUQUESA DE NASSAU.

VII.



mérico semejante proyecto, tuviese ó no un resultado feliz, es eminentemente honroso para un rey haber tenido tal idea, y no haberse arredrado ante las dificultades de la empresa; porque solo así pueden hacerse cosas grandes en las naciones. Pensamiento tan grandioso en una época en que el descubrimiento del Nuevo Mundo no habia comunicado al antiguo el vértigo comercial que trajo despues aquel grande acontecimiento, prueba que quien lo concibió se desvelaba por el bien de sus pueblos, y el que así piensa, es un gran príncipe. ¿Quién nos dice que Cristobal Colon, mas feliz que Cristiano IV, no fuese solo el perfeccionador de una idea concebida ya por aquel? Buscar una comunicacion al comercio de Oriente, por la cual se recibiesen en Europa las producciones preciosas del Catay ó de la Persia fué la idea comun de aquellos dos hombres: la superioridad de la del genovés consiste en haber buscado el camino hácia Occidente, separándose de la mas natural de hallarlo por Oriente.

VII.

Una nueva era se preparaba para los pueblos de la península dinamarquesa con la subida al trono del hijo de Cristiano, Federico III. La desacertada política de sus antepasados habia ensanchado de tal modo el poder de la nobleza, ya concediéndole franquicias ilimitadas, ya destruyendo la influencia del clero, único contrapeso en la balanza del Estado; eran ya tales su soberbia y exigencias, que ni el trono ni el pueblo las podian sufrir. La corona se veia asediada con la solicitud de nuevas concesiones que gravaban mas y mas las cargas que esclusivamente pesaban sobre el pueblo. Este á su vez privado de todo goce de los bienes de la comunidad, tenia que sufrir directamente las vejaciones de aquella, dueña esclusiva de la propiedad hasta en la parte que habia pertenecido al clero.

Tal situacion no podia ser duradera á pesar del estado de abatimiento en que ella tenia á los que tanto reprimia. Ni el trono era bastante fuerte, aislado como estaba, ni el clero, pobre y abatido, tenia el prestigio necesario, ni el pueblo, en fin, encadenado hallaba la energía suficiente para sacudir el yugo que le oprimia: la union de aquellas tres fuerzas era la única que podia oponerse á la preponderante de la nobleza. El obispo de Copenague, Juan Suane, se atrevió á acometer la empresa, y dando por supuesto el apoyo pasivo del poder real, hizo en-

trar en sus planes á Juan Nausen, negociante y gefe de la clase media y entre sí convinieron el medio de ponerlos en práctica.

Ellos concibieron la idea de destruir indirectamente los privilegios de la nobleza y sobre todo el mas principal de no participar de las cargas del estado; pero sabian muy bien que su proposicion por mas que fuese apoyada por todos los de su clase, seria desechada por el senado en masa, compuesto esclusivamente de la aristocracia.

La fortuna vino á favorecerlos; porque instigado el rey por el senado á quien se supone ganado por el elector de Brandemburgo y demás potencias interesadas en llamar por aquel punto la atencion de Cárlos Gustavo que hacia entonces la guerra en Polonia, se la hicieron declarar á la Suecia, con lo cual el bravo Cárlos se revolvió contra Dinamarca y pasando por en medio de los aliados de esta sin ser molestados, cayó sobre la fortaleza de Fredericia que tomó por asalto penetrando repentinamente por todo el Lleswig y la Jutlandia guiado por el famoso desertor dinamarqués Uhlfeld. No se detuvo el de Suecia á esperar embarcaciones con que atravesar el Gran Belt, sino que aprovechándose de una fuerte helada, pasó por encima del mar, solidificado apenas por el frio, y se apoderó de la flota danesa, presa en el hielo. Mientras esto hacia el intrépido guerrero, el hielo rompe y le traga no menos que tres regimientos; pero esto no fué obstáculo para aquel que no los temia, ya tenia embarcaciones y con ellas pasó el resto de su ejército y lo llevó hasta los muros de Copenague.

Federico no lo esperaba, ya por suponerlo muy entretenido en Polonia, ya por no creerlo con medios de pasar el mar; así fué que le halló desprevenido, y otro carácter menos entero que el suyo habria cedido á una sorpresa tan inesperada; pero el rey de Dinamarca convirtió con su ejemplo en defensores de su capital hasta los ancianos y adolescentes, y á imitacion de la reina las mujeres se portaron como heroinas. Cárlos tuvo que levantar el sitio y por la mediacion de Cromwel, protector entonces de Inglaterra, hubieron de firmar los dos reyes el tratado de Rothschild, que el primero quebrantó de nuevo para sitiar por segunda vez á Copenague, por mar y por tierra y tener que levantar nuevamente el sitio sin vencerlo, obligado por la misma nacion que antes, unida á la Holanda. Verdad es que el interés de las potencias mediadoras hizo que la paz de Copenague obligase á la Dinamarca á perder la Escania, el Bleking, el Halawd, y el Bolws, con el fin de que la entrada del Báltico no estuviese dominada por una sola potencia.

Estos acontecimientos habian debilitado, por una parte la influencia del senado que tan mal parado habia dejado al reino con su consejo, y por otra habia fortalecido el poder del rey que tan buenas muestras de valor, intrepidez y energía habia dado en los dos sitios en que se habia convertido en caudillo del pueblo. La dieta además, hubo de convocarse para atender á las urgentes necesidades del Estado, entonces duplicadas por la culpa del senado. Suane y Nausen no descuidaron en aprovecharse de tan favorables circunstancias, é hicieron

presentar en la dieta una peticion para que las cargas del Estado fuesen repartidas igualmente á la nobleza. Esta quiso resistir; pero conociendo su debilidad cede á condicion de que solo sea por dos años. Los confederados, por el contrario, envalentonados con este primer triunfo, representan de nuevo que no bastan las contribuciones ordinarias para satisfacer á las necesidades creadas por la guerra, y que es menester dar en arriendo los feudos de la corona de que hasta entonces habia gozado la nobleza. El senado resiste. Los confederados ofrecen al rey el restablecimiento de la autoridad real y una ley de sucesion que fije en los varones de su familia el derecho á la corona, aun cuando la nobleza se opusiese. El rey rehusa este favor si no se completa, comprendiendo en el decreto de heredar, á las hembras y que sea consentido tambien por los nobles; exita entre tanto los unos contra los otros; un noble al entrar en palacio ve salir de él á un plebeyo y señalándole la torre de una prision de estado le pregunta: «¿Sabes qué saliendo de donde sales puedes ir allí?» y el plebeyo le responde enseñándole otra torre donde estaba la campana con que se tocaba á somaten «y allí tambien:» Otro noble al hablar de las otras clases, las llama con el nombre de *ufrie* que significa *contribuyente*, pero que tambien significa *esclavo*, con lo cual exita la indignacion general; los nobles, en fin, quieren retirarse de la asamblea cuando reciben la noticia de que las puertas de la ciudad han sido mandadas cerrar por el rey aunque con la protesta de no querer contrariar la libertad de opinion. La nobleza al fin cede, y el célebre pacto social llamado la Ley Real es sancionado el 10 de enero de 1660.

Federico se hizo digno de esta concesion; porque léjos de abusar del poder absoluto de que le revestian, lo templó con los reglamentos moderados y prudentes que para su cumplimiento formó. Su conducta así mismo demostró que el aumento de autoridad que habia apetecido solo era para poder hacer la felicidad de sus pueblos y mostrarse mas que como rey como un verdadero padre.

Su hijo Cristiano V que á su muerte subió al trono en 1670, halló trillado el camino que habia de seguir. Pero como era condicion precisa en aquellos tiempos que las menores contestaciones entre dos reyes vecinos, terminasen por una guerra, el de Dinamarca no puede menos de repetir las mismas escenas sangrientas que habian tenido lugar en los reinados anteriores entre sus soldados y los del monarca sueco. La armada dinamarquesa mandada por el almirante Njels-Juul ganó las batallas navales de OElandia, Gœlandia, y de Kioge entre las cuales la última fué de mas gloria y tan felices resultados que despues de ella la armada sueca no se atrevió á presentarse en el Báltico. Sus victorias en tierra no fueron tan decisivas y por el contrario despues de haberle sido favorable la fortuna en la Escania le fué fatal en Lunden y Landskroon viéndose por último obligado, en 1679, por la paz de Fontainebleau á devolver todo lo que habia adquirido por el derecho de la guerra. El resto de la vida de este príncipe se partió, entre su afan laudable por la publicacion de los códigos danés y noruego, sus querellas con los

duques de Holteing y los hamburgueros, y el fomento de la agricultura, artes y ciencias que protegió con todo el ardor que le inspiraba el amor que les tenia, llevándose al sepulcro la bendicion de sus vasallos que hubieron de llorar su muerte el 4 de setiembre de 1699.

Federico IV mas feliz que su padre en los azares de la guerra, oyó con demasiada facilidad los consejos de los que le estimulaban á tomar parte en cuantas ocasiones se presentaban de hacerla. Sus pretensiones sobre el ducado de Holiteing no dejaron de ser armadas sino cuando la Inglaterra y Holanda por mar, y Carlos XII de Suecia por tierra, vinieron á hacerle desistir de ellas, viéndose en la necesidad, á pesar de la pretendida ayuda de sus aliados el rey de Polonia Augusto, y Pedro el Grande, de firmar el tratado de Travendal que le hizo perder lo que habia tomado por la fuerza de las armas.

Cuando la derrota de su enemigo en Pultava le hizo conocer su debilidad quiso aprovecharse de la ocasion y recobrar la Eicania y tal vez las demás partes de su reino adquiridas por la Suecia; pero en 1710 sus tropas mandadas por Rantzau fueron derrotadas delante de Elsimburgo que poco antes habia caido en su poder: derrota que se repitió en 10 de diciembre de 1712 en Gadeburch en Pomerania y que fué vengada en 1715 obligando en Tunningeu á capitular al general que lo habia vencido Steembock. Con los reyes de Sajonia y Prusia marchó sobre Stxalsun, donde se hallaba encerrado Cárlos, y lo tomó aunque sin hacer presa del rey de Suecia que habia huido. La paz, en fin, se firmó en 14 de junio de 1720 dejando á Federico diez años de tranquilidad para ocuparlos en la administracion interior de sus pueblos.

Pasó el cetro de las manos de aquel rey á las de su hijo Cristiano VI el 12 de octubre de 1730 en que el primero dejó de existir, y fué coronado solemnemente en 6 de junio del siguiente año. Reputado, sin gran motivo, por avaro, léjos de haber gravado á su pueblo con nuevos impuestos, suprimió muchos de los antiguos. Entre ellos fué uno el de las bebidas espirituosas. Para ser menos gravoso á su pueblo quiso hacer sus conquistas empleando el tesoro que habia de consumir la guerra en la adquisicion legítima del territorio que aquella pudiera darle por la fuerza y tratando con el duque de Holstein le compró por un millon el derecho de señorio sobre el ducado de Sleswick; dejando á su muerte, en 1746 aumentado su reino con aquel territorio sin que le hubiera costado derramar una gota de sangre para adquirirlo.

Los historiadores cuentan como poco notable el reinado del hijo de Cristiano, Federico V, solo por el hecho de no haber figurado en guerra alguna durante los diez y nueve años que reinó, ¡cómo si no fuese esta la accion mas meritoria que pueden inscribir los pueblos en la historia de sus reyes y mas particularmente cuando rodeados estos por vecinos turbulentos que viviendo en un siglo que puede llamarse guerrero, no podian ménos que dar ocasion frecuente para atraer aquella calamidad sobre un pais tan azotado por ella como la Dinamarca! Si á

esto se añade que la misma historia refiere que aquel monarca empleó las ventajas de la paz en hacer la felicidad de sus pueblos, á punto que habiendo indicado la idea de pagar la deuda del estado y ofreciendole los acreedores que bajarian el interés á condicion de que no lo hiciese, se le vé dar la magnifica y sábia respuesta para aquel tiempo. «No quiero seguir vuestro consejo; porque el dinero »con que os pague entrará en la circulacion y os obligará á bajar el interésque »exigis á mís súbditos y esa baja aumentará su comercio, mejorará su industria y »les procurará el bien estar.» Basta este solo rasgo para calificarle de príncipe dig no de llevar la corona. ¡Felices los pueblos si siempre fuesen gobernados por cabezas cuyas intenciones fueren tan puras!

VIII.

Las vicisitudes políticas y domésticas de Cristiano VII nos obligan á considerar su historia bajo dos aspectos distintos, sin que podamos prescindir de dar cuenta de ninguna de las dos, porque ligado el uno con los acontecimientos de que fué testigo el fin del último siglo, y alcanzó el principio del presente, es el otro tan eminentemente dramático que faltariamos al deber que nos hemos impuesto pasándolo en silencio.

Apenas entró á reinar Cristiano, cuando adolescente aun, celebró aconsejado por el conde Bernstorf y secundado por el baron Dreyer, un tratado provisional con Rusia en el cual aquella potencia renunciaba todos sus derechos al Slewik y cedia el Holstein Gottorp en cambio del ducado de Oldemburgo y de Delmonhorst: tratado que obtuvo su ratificacion definitiva en 1.° de junio de 1767. Menos acertado anduvo en el de la cuádruple alianza que firmó con la Rusia, la Suecia y la Prusia, pues, lo espuso á todas las vejaciones que eran consiguientes teniendo una marina inferior á la de su enemiga la Inglaterra, y capitanes menos hábiles que Nelson. Así se vió la flota mandada por este general batir en cuatro horas la dinamarquesa para vengar la toma de Hamburgo que habia tenido lugar en el anterior mes de marzo de 1801. Estas hostilidades cesaron por entonces á virtud de un armisticio estipulado entre la Inglaterra y la Dinamarca.

El rey de esta potencia, firmó otro tratado, celebrado entre Dinamarca, Rusia y Suecia para resistir á toda tentativa que tendiera á entorpecer el comercio del Báltico. Sin que este convenio preservase á la primera de la agresion de la

flota de Nelson que en 14 de agosto de 1806 se presentó delante de Copenague para castigar á esta nacion de no haber querido hacer causa comun con la Inglaterra. Esta culpa causó la destruccion de la marina danesa por la de Nelson y la ruina de la capital de Dinamarca bombardeada el 5 de setiembre, hasta que capituló el 7. Esta capitulacion, sin embargo', no fué ratificada por el príncipe real, que por último firmó con la Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Mientras estos acontecimientos políticos tenian lugar, pasaban otros de diferente carácter en el hogar doméstico de Cristiano. Apenas murió su padre, cuando la reina viuda y tutora suya, María, lo casó con Carolina Matilde, hermana menor del rey de Inglaterra. Era esta princesa de hermosura sin igual, á la que contribuia mas que nada su excesiva blancura y realzaba su estrema juventud, pues apenas tenia diez y seis años, cuando la recibió en su tálamo el príncipe danés. Tantas dotes no fueron bastantes á preservarla de los efectos del libertinage de su jóven esposo que hacia alarde de cometer públicamente los excesos mas reprensibles en un jóven calavera, á ejemplo de los libertinos con quienes se acompañaba. Las reconvenciones de su abuela la reina Sofía no produjeron otro reresultado mas que la respuesta que le dió que «era de mal tono amar á su mujer.»

Para distraerlo de las malas compañías que le pervertian, el príncipe recibió el consejo de viajar y lo ejecutaba por las córtes mas notables de Europa, produciendo en ellos sus buenas prendas una impresion no esperada de parte de un jóven educado en el Norte, cuando fué llamado repentinamente á su palacio, no se sabe si por asuntos políticos ó lo que mas bien se cree para calmar rencillas y disgustos entre las reinas. Tres de estas, nada menos existian en la córte de Dinamarca, y si la reina Sofía, abuela del monarca estaba por su edad fuera de la influencia de la envidia, no así las reinas María madre de Cristiano y Carolina su mujer. La primera de carácter soberbio y acostumbrada al mando, veia con sentimiento que otra influencia mas natural, apoyada por las gracias en que abundaba, viniese á eclipsarla: ello es lo cierto que este fué el orígen de los graves disgustos que tuvieron lugar poco despues en el alcázar de los reyes de Dinamarca.

No le es fácil al historiador seguir con pié firme sobre el terreno de las acusaciones, porque son tales las pasiones que exita la ambicion, son tales los medios de que pueden valerse los que ocupando el poder quieren presentar los hechos bajo cierto colorido, que los contemporáneos mismos no saben á que atenerse en cuanto salen de la esfera de aquellos que son notorios y auténticos. Por no ser de estos últimos los que vamos á referir, casi estariamos dispuestos á pasarlos en silencio, á no ser porque los vemos repetidos por historiadores que podrian estar mas inclinados á encubrir la acusacion, por honor de la mujer contra quien se ha lanzado, y que sale nada menos que de la estirpe real de su propia nacion: he aquí, pues, los hechos como están referidos por los historiadores ingleses.

La vuelta del rey á Copenague no mejoró sus sentimientos hácia su jóven esposa, que abandonada á su propio juicio, no muy cabal en tan tierna edad, podia dificilmente combatir ni las seducciones de una córte, ni tal vez, como dicen aquellos, los efectos de su temperamento. Cristiano habia traido consigo de sus viages un médico, llamado Strunzee, á quien presentan los unos como un charlatan desprovisto de conocimientos profundos, pero á quien todos conceden una belleza corporal realzada por esa viveza de imaginacion que tanto agrada al sexo femenino. Ya fuese que la reina de hecho pensado, al elegir un favorecido con quien vengarse del prolongado desden que le demostraba su marido prefiriese á cualquier señor de la córte, cuyas relaciones no tardarian en ser averiguadas, al que por la funciones que desempañaba podia tener acerca de ella sin inspirar recelos; ya fuese, como es mas probable, que, sin premeditacion alguna, ella se viese bajo la influencia de una seduccion encubierta bajo el velo de ese cuidado que la profesion de su seductor le permitia demostrarle, y que el no vacilaria en estender hasta el de la situacion moral de su espíritu, lo que no parece dudoso es que aquella princesa llegó á concebir una pasion vehemente por Strunzee.

El poco tacto de este, le hizo descontentar con su favor á toda la córte inclusa la reina María, enemiga mortal de Carolina; pero á quien mas en aversion tenia era á un oficial llamado Keller estrechamente ligado con el conde de Rantzau. El rey que nada sospechaba aumentaba el encono contra su favorito Strunzee colmandole de favores y guiándose por sus consejos en los negocios de estado aun contra el parecer de sus ministros. En esta situacion, en la noche del 17 de febrero de 1772, despues de la salida de un baile de máscara al cual habian asistido el rey y la reina, y despues que los supusieron dormidos, Keller, de acuerdo con la reina María y el conde de Rantzau; reunió los oficiales de su cuerpo, casual ó espresamente de servicio, y habiéndoles hecho creer que tenia órden del rey para prender á la reina, Strunzee y sus cómplices. Seguidos de sus soldados se dirigen al cuarto de la reina María donde encuentran á Rantzau. Los tres se dirigen al del rey á quien despierta su madre y le obliga medio dormido á firmar la órden de prender á Strunzee y sus cómplices, y aunque vacila, le persuaden y firma. Inmediatamente le piden otra contra la reina Carolina que el rey se niega á dar con teson; pero lo asustan con una pretendida insurreccion y por fin consiguen que la escriba toda de su mano para mayor seguridad.

Aquellas órdenes recibieron luego su ejecucion y Strunzee, Brandt, su hermano y otros amigos suyos, fueron encerrados en la ciudadela de Copenague. La reina Carolina sorprendida en su lecho conoció la traicion y desnuda como estaba, quiso correr al cuarto de su amante á quien llamaba á gritos; mas era tarde, aquel desventurado gemia ya entre los hierros. Bien pronto se llenaron las formas judiciales y las cabezas de Strunzee y la de su hermano Brandt pagaron el favor de que habia disfrutado el primero, sin que el último tuviese mas culpa que haber tenido conocimiento, por haberlo oido una sola vez á su hermano, de las relacio·

nes de este con la reina. María tuvo cuidado de rodear á su hijo Cristiano de gente de su devocion de manera que no fue dificultoso en el carácter fácil del rey hacerle consentir en un divorcio y el alejamiento de su mujer. Carolina fué á terminar sus dias al castillo de Zella en Hannover, donde falleció en la flor de la edad tan repentinamente que hizo sospechar que fuese de veneno : es verdad que la sospecha se fundaba en que una correspondencia secreta entre ella y su marido, sorprendida por la reina María hizo temer á esta una prócsima reconciliacion.

Despues de un reinado de cuarenta y tres años murió Cristiano, el 12 de marzo de 1808 dejando el cetro á su hijo Federico que tomó el nombre de VI. Este príncipe no bien se sentó en el trono cuando declaró la guerra á la Suecia que terminó en el siguiente año por su separacion, que consintió aquella potencia, de la alianza inglesa. La política vária que vemos seguir á este monarca durante los espinosos acontecimientos que tuvieron lugar despues de su advenimiento al trono, puede decirse que fué de circunstancias; porque colocado su estado en una lengua de tierra tan vulnerable por mar y tan vecina á los nuevos reinos que formába el imperio francés, temia tanto las venganzas de la Inglaterra como la despótica arbitrariedad de Napoleon. Así le vemos tan pronto negarse á formar parte de la Santa Alianza en 22 de marzo de 813, como firmar un tratado en 17 del siguiente abril con Inglaterra para salvar la integridad de su territorio, y romperlo el 24 del mismo para hacer liga con la Francia. Treinta y siete dias despues rompe de nuevo con la misma potencia por negarse á abandonar la Noruega á la Suecia. El 28 de junio siguiente principia á hostilizar á Rusia, y el 10 de julio, celebra otro tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Dinamarca. Estiende la declaracion de guerra á la Suecia y la Prusia para hacer la paz con Suecia en Kiel y ligarse contra Francia, trocando la Noruega por la Pomerania que recibe en cambio de aquella cedida á Suecia.

La caida del hombre que jugaba con las monarquias, hizo cesar esa inestable política y la marcha de los estados tomó cierta regularidad que permitió á Federico ver llegar el fin de su reinado sin otros acontecimientos notables mas que las tentativas del loco doctor Dampe, que no tuvieron consecuencia; y la descabellada intentona sobre la persona del rey que afortunadamente se frustró. Federico gobernó el reino con la prudencia que exigian las circunstancias, hasta que le sorprendió la muerte en 3 de diciembre de 1839, dejando la corona á su primo Cristiano VIII.

Llevó consigo al trono el nuevo monarca las lecciones de la esperiencia que su adelantada edad y la época tormentosa por que habia pasado su predecesor, le habian hecho adquirir. Hasta conocia Cristiano que la época de las conquistas habia pasado para la Dinamarca, y que todo su interés estaba en conservar la paz á toda costa para evitar los desmembramientos que amenazaban su reino tanto por el Norte como por el Mediodia. Bien reciente tenia cuan cara le habia costado á la antigua poseedora de la Noruega el ensanche que la Rusia quiso tomar en Finlan-

dia; porque para contentar á la nueva corona de Suecia importó poco el derecho que se hollaba y cederle aquel reino que nada les costaba arrebatar al débil: las compensaciones con que este despojo se cohonestó no le quitaban el carácter de tal ni ponian á la Dinamarca á cubierto de nuevas pretensiones por aquel lado. Por el opuesto está la Alemania constantemente amenazadora, ya con la política sorda y clandestina que mantiene la agitacion en el territorio que apetece incorporar á la confederacion ya abierta y descaradamente con las armas como hemos visto despues en la lucha de que mas adelante hablaremos.

Pero si la guerra no dió ocupacion á Cristiano, durante el corto período de su reinado no le faltó que hacer para mantener la paz en medio de tantos elementos de discordia como se fomentaban en su reino. Dividida la Dinamarca en partes tan desemejantes en sus intereses, necesariamente habia de estar combatida por otras tantas opíniones diferentes: de aquí la multitud de partidos mas ó menos caracterizados que se hacen mútuamente guerra. El menos turbulento de estos partidos aunque no el menos grandioso en sus miras, es el llamado Escandinavo que tiene su centro en Copenague, pero cuya accion se estiende á los tres reinos á cuya reunion aspiraria. Este partido que se fomenta en las universidades y que puede sospecharse que tiene por afiliados aunque no ostensiblemente, á los mas altos funcionarios del Estado, es el que menos agitacion causa porque solo espera ver cumplido su pensamiento, con la fusion de intereses que han de traer los adelantos de la civilizacion y tal vez la necesidad misma de poner un dique bastante fuerte á las ambiciones que se agitan y seguirán agitándose en derredor. Tras este, viene el partido aleman cuyas tendencias son á separar el Slewick de Dinamarca para traerle á la confederacion germánica y por contraposicion á este el Heelstats-parti ó sea el de la *integridad de la monarquía* cuya tendencia es mantener á toda costa una union entre todas las partes del reino incluso el Holstein. Tras estos viene el Eiderdaaske ó sea Dinamarca hasta el Eider, el cual consintiendo en la separacion del Holstein quieren ver los límites del reino en el Eider: partido el mas popular en la nacion. De estos diferentes troncos principales salen una multitud de ramas que seria largo enumerar y cuyos principios é intereses se fundan con mas ó menos modificaciones en los ya dichos.

Mantener el equilibrio entre principios tan encontrados, preparar los elementos para satisfacer las justas exigencias que hacian necesario el cumplimiento de las promesas de Federico VII fué la mision de Cristiano VIII y esa la cumplió como correspondia dejando el cetro á su hijo Federico, actual soberano.

IX.

Al principiar el año 1848, año que la Divina Providencia habia señalado para conmover la Europa, halló Federico VII todos los elementos necesarios para adelantar la revolucion constitucional que habia prometido su predecesor el sétimo de su nombre y haciendo partir el movimiento revolucionario del mismo trono, produjo el cambio de institucion sin sacudimiento alguno, ni sacrificio sangriento de ninguna especie. ¡Esa ventaja tienen las revoluciones que marchando con el órden natural de los acontecimientos principian por la misma fuente del poder! ¡Pocas naciones habrá que puedan presentar el espectáculo majestuoso de la Dinamarca pasando del estado mas despótico en teoría al régimen mas liberal; por un movimiento regular sosegado y tranquilo! ¡La *Ley régia* que concedia al soberano cuantos derechos podia apetecer un tirano; es rota y despedazada por la voluntad mas espontanea del monarca; para ser sustituida por una de las constituciones mas liberales de Europa!

La nueva ley fundamental con que Federico VII saludó á su pueblo desde los primeros dias de su reinado en enero de 1848 y que votada en 25 de mayo de de 1849 fué sancionada en 5 de junio inmediato, lleva como primer principio la moderacion de las facultades del monarca, declarando que la forma del gobierno es la *monarquía limitada*. La representacion nacional delegada en dos cámaras recibe sus poderes directamente del pueblo. La primera de ellas no se diferencia de la segunda mas que en las condiciones de la aptitud electoral activa y pasiva. La cáusa popular llamada Folkethiuig compuesta de cien miembros dúplo del número de que consta la otra cámara, exige condiciones menos restrictivas para la actitud electoral, como son la edad de treinta años, el derecho de nacionalidad, un año de domicilio y sobre todo la eleccion por el sufragio universal cuando la cámara moderada llamada aqui Landsthing exige para la eligibilidad 40 años y el pago de una contribucion de doscientos escudos ó rix dalers ó disfrutar de una renta de mil doscientos rix dalers y la eleccion de dos grados. Los miembros de esta cámara reciben sus poderes por ocho años y son reelegidos por mitad. Apesar del origen popular de ambas asambleas, el Folkethiuig solo, tiene el derecho de votar las constituciones.

En la Constitucion están igualmente consignados los derechos de libertad religiosa, libertad individual, inviolabilidad del domicilio y seguridad en la posesion de la propiedad. La enseñanza gratuita para los pobres, libertad de imprenta, el derecho de asociacion sin permiso previo, el de reunion sin armas con conoci-

miento de la autoridad y el establecimiento del principio de revision bajo bases prudentes hacen de aquel código uno de los mejores acordados de Europa.

En cualquier otro pueblo donde los partidos políticos no tuvieren otra tendencia que la de constituirse mas ó menos liberalmente, habria recibido con la nueva Constitucion un elemento de paz que cuando menos hubiera aplazado á mas tarde las exigencias exageradas de alguno de ellos, pero en Dinamarca hemos dicho existia otro germen de discordia en la bandera que enarbolaba el partido aleman, que pretendía la fusion de los ducados de Slewik y Holstein y su completa independencia del poder dinamarques. Ese partido, ostensiblemente protegido por la Prusia, se declaró en completa hostilidad contra el gobierno y llamó en su ayuda las armas de aquella potencia despues de negar la obediencia á las autoridades constituidas y nombrar una administracion que gobernase los paises insurrectos.

Federico para ahogar en su centro la insurreccion y mantener sus derechos sobre los ducados del Slewik y Holstein y haciendo esfuerzos que son dignos de todo elogio, tenia en fin de marzo de 1848 á la capital en completo estado de defensa preparandose como debia para cualquier eventualidad. No descuidó tampoco el equipo de la flota que tanto habia de necesitar para el bloqueo de los puertos de sus enemigos, y despues de llamar á sus banderas á todos los que estaban enrolados bajo de ellas, hizo marchar el ejército hacia el foco de la insurreccion Las huestes enemigas lo esperaron de pie firme en el Slewik cerca de Flemburgo y fueron batidos en 9 de abril por las tropas dinamarquesas.

Luego que la Prusia vió el apresto imponente del rey Federico, que imposibilitaba el triunfo deseado por ella, si no interponia su cooperacion armada, marchó al encuentro del ejército real y el 23 de abril le obligó á abandonar sus posiciones de Danevirke en fuerza de la superioridad numérica del ejército enemigo: despues de combatir, con sobrada desigualdad, un dia entero. La flota danesa en tanto, no permaneció inactiva; el mismo dia 29 deja bloqueados los puertos del Nollteim, El general Wrangel á la cabeza del ejército aleman penetra en la Jutlandia, sometiendo á los pueblos que no pueden hacerle resistencia á todas las vejaciones de la guerra: cobrando impuestos arbitrarios, variando la administracion y tratando como prisioneros á los que fieles á su pais no habian hecho traicion á su bandera.

La guerra seguia encarnizada y los dinamarqueses se habian batido con bizarría en Duppel y Nybel cuando por el estímulo diplomático de la Inglaterra, Rusia y Francia, el general Wrangel abandonó el territorio Jutlandes; celebrándose poco despues el armisticio de Malmö. Los esfuerzos de las potencias mediadoras no fueron bastantes á evitar que la guerra continuase y el armisticio fué roto nuevamente en 3 de abril del año siguiente, Principió esta campaña por un desastre que no estuvo en manos de los dinamarqueses evitar; porque era achaque muy frecuente en la marina de vela que aun no tenia el apoyo de la de vapor. El navio

de línea Cristiano VIII que en Ekernforde se habia comprometido con el Gefion demasiado cerca de las baterias enemigas que querian destruir, se vió contrariado por el viento de manera que no pudiendo maniobrar ni separarse de aquella posicion embarazosa voló con todo su equipage. El Gefion queriendo evitar la muerte inutil de su tripulacion arrió su bandera y fué presa de su enemigo. Este desastre que hubiese podido influir siniestramente sobre la moral del marino dinamarques, sirvió solo para encender su ardor á punto de hacerle vencer en cuantas partes se presentó.

En Ulderup corrió el 6 de abril la sangre de los brabos defensores de la integridad del territorio danes: el 25 del mismo mes y el 7 de mayo volvió á teñir las armas en Koldin. Rye, general dinamarques lleva á cabo con habilidad sin igual una retirada en Jutlandia que puede ser mirada como una victoria. La ciudad de Jedericia que habia cerrado sus puertas al ejército del Holstein que la atacó el 16 de mayo fuerte con diez y seis mil hombres y despues de sufrir hasta entonces el bombardeo, la guarnicion hace el 6 de julio una salida, tan oportuna como bien combinada de modo que despues de tomar y destruir los parapetos y demás obras construidas para ponerse á cubierto el enemigo le puso en completa derrota, obligando al ejército prusiano á retirarse del territorio Jutlandes que ocupaba. La Prusia tuvo en esta campaña una leccion bastante severa de que se aprovechó aunque muy contra su gusto, firmando un armisticio cuatro dias despues de aquella derrota; y que preparó en efecto la paz firmada en 2 de julio de 1850.

Pero si la Prusía se vió en la necesidad de obedecer al clamor de la indignacion general que reprobaba sus actos de hostilidad contra un pueblo que se batia por la integridad de su territorio, no pensó en abandonar sinceramente una causa que la reprobacion unánime de todo estado que no era aleman, le hacia conocer injusta. Sus generales, sus oficiales, cuanto apoyo en fin puede prestar á la insurreccion Holsteinesa otro tanto prestó por lo que no es de estrañar ver á los de aquella bandera seguir haciendo por su cuenta una guerra que no habian podido sostener, con el apoyo armado de su protector: y lo que aun es mas señalado, el general que se pone á la cabeza de sus fuerzas es el general prusiano Willisen, seguido de una oficialidad numerosa de la misma nacion autorizada por su gobierno. Apesar de este apoyo Isted fué testigo de otra derrota de los Holsteinenses y continuando las operaciones militares por mar y tierra, el capitan prusiano es al fin rechazado en 5 de octubre delante de Federikstad sin que con tantos esfuerzos el ejército victorioso de Dinamarca haya podido tomar descanso hasta principios del año de 1851,

Despues de tres años de una guerra sostenida por el maquiavelismo de una potencia estrangera, la Dinamarca vió al fin lucir la aurora de paz que vino á repárar en parte los daños inmensos que aquella infiriera en los diversos intereses nacionales. Ella que habia cambiado sus instituciones políticas sin estrépito; ella

que habia atravesado sin conmocion por en medio de la tempestad desorganizadora que amenazó al continente europeo, ella en fin que habia sabido aprovechar la la paz interior de que gozaba para poner órden en su administracion y mejorar los ramos de la riqueza pública, se vé acometida por una ambicion estraña, que pone á las puertas de su ruina una noble nacion, solamente por no prestarse á las miras de invasion que en el siglo decimonono solo están reservadas á las sobervias potencias que desde el norte tienden la vista por el territorio sobre que pueden irse ensanchando.

Pero si Federico, no obtuvo ventajas materiales de la paz que le consiguieron sus armas, no puede negarse que las alcanzó morales, de la mas alta importancia, no solo obligando á su enemiga á firmar una paz que la rebaja mucho en la consideracion del mundo civilizado y obligando á la Alemania á declarar en Olmülz terminantemente los derechos que reconoce en Dinamarca porque quita á los descontentos todo pretesto para nuevos disturvios, sino obligando tambien á la Europa entera á reconocer la importancia del pequeño y desdeñado reino que apenas merecio una ligera consideracion en la balanza política de las naciones. Las altas potencias han hecho suya, para el porvenir, la cuestion que tanto ha amenazado la tranquilidad del reino danes y lo que hasta ahora ha costado siempre verter la sangre preciosa de sus hijos, hoy será asunto de un nuevo protocolo.

No puede, sin embargo desconocerse, que á pesar del triunfo de las armas dinamarquesas habrian sobrevivido á la guerra, dificultades que podian promover embarazos no muy remotos y que reclamaban pronta solucion. Venian los primeros de la conducta que debia adoptarse en cuanto á los compromisos de los vencidos; por que si á primera vista no obligan estos al vencedor, consideraciones de órden superior suelen oponerse á que se miren bajo este aspecto aquellas obligaciones. De tres clases fueron las que dejó pendientes el gobierno revolucionario al cesar en sus funciones y vamos á ver la manera prudente como el rey se condujo con respecto á cada una de ellas. La primera de aquellas obligaciones habia sido contraida para con el público y sobre todo con las clases menos acomodadas de la poblacion, pues consistia en la emision de un papel moneda llamado *Casseuscheine* tan fraccionada en su valor, que hasta de un *shilling* circulaba. Negarse á reconocer como legal el valor ficticio dado á un papel creado por un gobierno ilegitimo habria sido una medida justa y que el gobierno podia adoptar estando en su derecho; pero semejante resolucion habria hecho soportar una pérdida considerable á las clases menesterosas que no merecian llevar la pena de la intentona revolucionaria; asi el gobierno tuvo la prudencia de consentir su circulacion mientras fué retirándola de ella por su valor nominal. La segunda obligacion consistia en considerable cantidad de compromisos contraidos por el gobierno caido, ya por provisiones, armamentos, y uniformes que habia recibido, ya por obras de esta especie mandadas ejecutar sin haber tenido lugar su entrega; en esta clase de obligaciones obró el gobierno con igual cordura com-

prendiendo sin duda que la falta de su reconocimiento afectaria la clase industrial que mas que probablemente habria tenido que obedecer á la fuerza: el gobierno, llevado de esta consideracion, pagó las deudas de esta clase y se hizo cargo de los pedidos pendientes. No tuvo igual suerte la tercera clase de compromisos, que sin disputa era el mas considerable pero la negativa del gobierno estaba fundada en los mismos principios de justicia. Tratabase de los empréstitos que para la revolucion habia celebrado el gobierno revolucionario, y como nadie negara la libertad en que están de contratarlos aquellos que los llevan á cabo; asi como que los altos descuentos á que los sujetan es por que envuelven la condicion de no ser cobrables sino en el caso de triunfar el partido á quien se hacen, es evidente que el gobierno cumplió con su deber no haciendo pesar sobre la nacion una carga que no era suya.

La segunda clase de complicaciones que quedaron despues de la guerra fué la referente á las relaciones que deberian seguir Dinamarca con los ducados, y estos con aquella: materia es esta demasiado estensa para analizarla en este lugar, pero que no podemos prescindir de tocar someramente. Es evidente que la victoria habia dado al gobierno el derecbo de restablecer las cosas al *Statuquo ante bellun*; pero eso era precisamente lo que habia de hacer surgir las dificultades que produgeron el rompimiento. No rigiendo la Constitucion del 49 mas que en el antiguo reino de Dinamarca, es claro que el rey que era constitucional para este estado lo seria absoluto para los ducados y demás partes del reino; que sus ministros serían igualmente responsablès para lo relativo á la primera, é irresponsables para los segundos; que cuando una disposicion ó mandato fuese comun á todo el reino se podria negar á obedecer al monarca por la parte de responsabilidad que les cabia como ministros constitucionales, ó á la Dieta como ministros irresponsables del monarca con otra multitud de complicaciones que hacian apetecible la adopcion del principio de unidad constitucional por medio de una ley fundamental que fuere estensiva á todos los estados del reino. Pero ya sabemos que en él hay una parte alemana que se halla confederada y otra que no lo está y cuya fusion no es apetecida ni por los unos ni por los otros: es por consiguiente de suma dificultad la resolucion de esta complicada anomalia; y la prueba la tenemos en que habiendose resuelto favorablemente la cuestion constitucional en todos los puntos en que se necesitaba, como la Islandia, el Lauemburgo, y las Colonias, conforme lo exigian las circunstancias de cada uno, la de los ducados presenta siempre las mismas dificultades. Ni el pacto de Viena celebrado entre Dinamarca, Prusia y Austria relativo á las relaciones orgánicas de los ducados con la monarquía; ni la ordenanza ó patente real de 28 de enero de 1852 en que se anuncia una fusion de aquellos estados tan intima cuanto es menester y la pronta elaboracion de una constitucion que abrace al mismo tiempo la Dinamarca y los ducados de Slewig Hollteins operando una verdadera fusion de los tres estados; resuelven la dificultad: porque mientras no sean unos mismos los intereses, unas

mismas las aspiraciones, unas mismas en fin las tendencias políticas de aquellos tres pueblos la dificultad quedará en pié.

No se nos oculta que el tratado, firmado en Londres el 8 de mayo del mismo año, entre la Francia, la Inglaterra, Rusia, Prusia, Suecia y Austria, resuelve una parte de aquella difícil y embarazosa cuestion: complicada con la no menos grave de la sucesion al trono que por dicho convenio ha quedado zanjada. Sabido es, como dijimos en su lugar que desde Federico III viene rigiendo en Dinamarca la ley régia en la cual aquel monarca hizo consagrar el derecho de las hembras á la sucesion del trono; el Holstein, cuya ley dinástica excluye á las de aquel sexo y sus descendientes, podria pretender prestar obediencia á otro soberano, luego que el de Dinamarca saliese de las condiciones que lo hacian apto para gobernarlo.

Sabido es asi mismo que el príncipe Federico, que reina en la actualidad, hijo único de Cristiano VIII aunque casado, primero con la princesa Guíllermina María, hija del difunto rey de Dinamarca Federico VI, y despues con Carolina Carlota Mariana, hija del gran duque de Merklemburgo Strelitz no tuvo descendencia con ninguna de las dos, y aunque vuelto á casar *morganaticamente*, tampoco ofrecia frutos de este matrimonio aptos para reinar; y que su presunto heredero, el príncipe Federico Fernando, anciano sexagenario, tampoco tiene posteridad, pasando por consiguiente el trono á la princesa Luisa Carlota, hermana de Cristiano VIII ó mas bien, á su hijo Federico, Guillermo, Jorge, Adolfo, casado en 1844 con la gran duquesa de Rusia, *Alejandra.*

Estas circunstancias complicaban la situacion de una manera grave, y comprometian la paz del reino para una época no muy lejana; pues, por una parte parecia inminente un conflicto nuevo entre el Holstein y la Dinamarca, que no habria dejado de encontrar apoyo en las interesadas miras de la Alemania y por otra las reservas que la reina habia hecho de recobrar sus derechos cedidos como gefe de la casa de Holstein-Gottorp, hacian temer que reclamase la reintegracion de estos derechos y que de ellos surgiere la pretension que podia tener la misma potencia de reunir á su reino el de Dinamarca en virtud del derecho que podia invocar de la unidad de los dos Estados.

Venturosamente, todas estas últimas dificultades han venido á tener una solucion favorable en el tratado de Lóndres, en que de acuerdo las potencias antes mencionadas, han resuelto que la sucesion á la corona de Dinamarca pase á la rama de Holstein Glucksburgo; rama masculina y que por consiguiente allana todos los embarazos relativos á la dominacion simultánea del Holstein.

Hemos dicho que el tratado de Lóndres ha resuelto todas las dificultades relativas á la sucesion, designando como heredero de la corona al príncipe Cristiano de Glucksburgo, y cambiando el órden de sucesion establecido por la ley régia y limitándolo á la rama masculina, porque, aunque la dieta al tomar conocimiento de este convenio promovió otra, hija de un temor exagerado, la buena fé

con que se habia llevado á cabo aquel tratado produjo las aclaraciones apetecidas.

La reunion de la asamblea nacional, llamada el Rigsdag compuesta, como hemos dicho, del Folkething y el Landsthing se reunió el 4 de octubre de 1852 para abrir sus sesiones ordinarias, y despues del discurso de apertura, se anunció á la asamblea otro mensage real que habria de discutirse, en el que se arreglaba el órden de sucesion al trono conforme al tratado de Lóndres. Este mensage encerraba dos disposiciones: primera, la designacion del príncipe Cristiano de Glucksburgo como heredero y sucesor inmediato á la corona; y segunda, el cambio del órden de sucesion que en lugar de ser como la Ley Régia, mandaba por agnacion y cognacion habria de ser solo del primero de los dos modos. La asamblea nombró un comité de 25 miembros, el cual aprobando por unanimidad la primera parte del mensage, desechó la segunda por una mayoría de 16 votos. Las cámaras fueron disueltas el 13 de enero de 1853 sin que las elecciones celebradas en 26 de febrero modificasen la opinion de aquel cuerpo, por lo cual fueron nuevamente disueltas las nuevas cámaras el 20 de abril inmediato. Mas como el gobierno conocia que mientras durase la preocupacion que habia hecho votar contra el mensage, siempre daria igual resultado la consulta á la voluntad nacional, creyó prudente acudir á los mismos gabinetes que habian celebrado el convenio para obtener una esplicacion que pudiera tranquilizar al reino sobre el temor que tan á las claras se manifestaba de que la Rusia, estinguida la línea masculina de Cristiano de Gluksburgo, pretendiese la corona de Dinamarca, alegando los derechos que dijimos arriba y realizase el mal que habia querido evitarse. La respuesta unánime de todos los gobiernos fué, que la sucesion á la corona de Dinamarca se habia hecho ya de interés europeo y que por consiguiente en el caso de faltar la línea designada, no podian menos que someterse al nuevo acuerdo de las potencias que habian intervenido en el tratado de Lóndres la designacion de nueva línea. Esta respuesta satisfizo completamente los escrúpulos de las cámaras, y el 24 de junio fué adoptado definitivamente el mensage real por una mayoría de 119 votos contra 10.

Terminados, pues, como hemos dicho todos los motivos que pudiera haber para un entorpecimiento en la marcha próspera de un reino por cuya felicidad hacemos tan sinceros votos, séanos lícito esperar que la Divina Providencia sabrá preservarlo de la calamidad que podria sobrevenirle, si un infausto resultado de la empeñada lucha de Oriente, despertase al hoy encadenado leon del Norte, porque tal vez su suerte entonces no seria mejor que la de la malhadada Polonia. ¡Dios preserve á Dinamarca! ¡Dios preserve á la Europa!

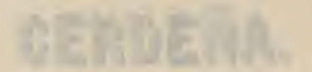
Madrid, enero de 1855

A. Rodriguez Biezma

VICTOR MANUEL II.



REY DE CERDENA



CERDEÑA.

VICTOR MANUEL II.

I.





CERDEÑA.

VICTOR MANUEL II.

I.



Hay naciones sobre las cuales parece que la Providencia vela con un cuidado paternal mas amoroso que sobre las demás; naciones privilegiadas para las que los huracanes políticos no hacen mas que mecerlas sobre el proceloso mar de sus trastornos para sacarlas á puerto de salvacion, enriquecidas con los despojos de los náufragos de aquella tormenta; naciones, en fin, cuya proximidad á los grandes imperios, que devorarian á otras, les sirve de motivo de proteccion de las demás que rodean. Entre estas naciones favorecidas, es, á no dudarlo, de las que mas, el floreciente reino de Cerdeña: ayer mezquinamente arrinconado en una pe-

queña isla del Mediterráneo y hoy atreviéndose á oponer sus ejércitos á los del altivo imperio de Austria.

Dos grandes sacudimientos han conmovido la Europa desde el fin del pasado siglo, que han producido trastornos hasta en los cimientos del edificio social: Cerdeña sale triunfante de ambos. En el primero de ellos, pueblos diez veces mas poderosos que el pequeño islote del Mediterráneo pierden sus nacionalidades y pasan á ser provincias de otros mas poderosos como la infortunada Polonia, ó sufren desmembramientos radicales que trastornan su ser político, como Suecia, Dinamarca; Holanda, Sajonia, etc.; la pequeña isla, por el contrario, levanta por entre todos ellos la cabeza para dar su nombre en el Continente á su antigua señora la Saboya y engrandecerse con los estados de la soberbia Génova. En el segundo, los paises que parecian mejor organizados; aquellos cuya civilizacion parecia mas adelantada y de consiguiente mas aptos para recibir el bautismo del la libertad, la proclaman con Cerdeña: la Europa entera responde á este grito; mil pueblos la aclaman; y ya no parecia que tuviese enemigos que combatir cuando la vemos ahogar entre los brazos de sus propios hijos. La libertad muere y sus ecos desaparecen casi de todos los lugares en que se habia repetido el grito del Sena: Cerdeña solo tiene el privilegio de conservarla para su suelo afianzada á la firme efigie de la *Prudencia*. El gran interés, que por Oriente y Occidente, tienen dos grandes imperios en hacerla desaparecer del último rincon de Italia donde se abriga no basta para desarraigarla: al Austria le estorba junto á Milan, á Francia junto al Ródano; no importa, la libertad está unida á la *Prudencia*, á la *Moderacion*, al *Orden* á la *Justicia*, y con tan firme apoyo no se le puede arrancar á un pueblo que tiene la dicha de poseerla. ¡Lástima, y lástima grande es, verla separar de tan firmes apoyos en los pueblos que no tienen la primera de aquellas virtudes; que confunden la segunda con la hipocresia del *oscurantismo* y la aversion al verdadero *progreso*; que trabajan, en fin, sin saberlo, contra las dos últimas! ¡Para esos pueblos no ha sonado aun la hora santa de la libertad!

Sube de punto la admiracion que causa esta sensatez del pueblo sardo, cuando se considera que se halla formado de elementos hetereogéneos, que otros pueblos suponen ser causa de la falta de acuerdo de sus partes componentes. Los estados que el congreso de Viena reunió para hacer un reino respetable á los duques de Saboya, reyes entonces solo de Cerdeña, eran tan diversos entre sí como se verá por esta abreviada historia; porque amalgamaron para ello paises que jamás habian conocido otro régimen que el monárquico absoluto, con otros que desde su origen habian sido republicanos: daremos, pues, á conocer separadamente los unos y los otros y analizaremos mas adelante la causa de tan perfecta union de sentimientos que redunda tan en pro de la patria comun.

Están compuestos los primeros, situados en su mayor parte al estremo occidental de la Italia; del antiguo ducado de Saboya; del principado del Piamonte; de los condados de Aosta, del Monferrato, de Asti de Niza y de los marquesados

de Saluces é Ivrea; del señorío de Verceil; y del reino de Cerdeña, que le habia dado el nombre al nuevo Estado y lo constituye la isla que lo lleva. Los segundos los forman los Estados de la antigua República de Génova. Empezaremos, pues, por tratar del orígen comun de unos y otros, siguiendo luego separadamente cada una de las dos categorías en que los hemos dividido.

Los primeros pueblos de que hay noticia que ocuparon el territorio cuya historia trazamos, fueron los Nantuates, los Salasios, los Taurinos, los Estatielos, los Vagenos ó Bagenos, los Intemelios, los Apuanos y otros. Habitaban los primeros, los márgenes meridionales del lago Lemau mucho tiempo antes de nuestra era. Los segundos lavaban el oro en el Dora, y ocupaban el valle conocido hoy por el nombre de Aosta: de la ciudad del mismo nombre que conserva, por corrupcion del de Augusta que le hizo poner su fundador el emperador Augusto. Tenian su asiento los Taurinos en la comarca situada entre los Alpes, el Pö y el Dora; y tanto estos como los Salacios eran reputados de orígen Céltico. En la ribera derecha del Tanaro tenian su asiento los Estatielos, y al Oeste de ellos, al pié de los Alpes los Vagenos ó Bagenos: que de uno y otro modo eran llamados por los antiguos. Hácia el Sur de los antedichos, y sobre las vertientes meridionales de aquellos montes estaba situada la nacion, poco considerable de los Intemelios. Por último, entre el espacio comprendido por las ciudades de Génova y Spezzia, sobre la falda meridional de los Apeninos moraban los de la reducida comarca de los Apuanos, á los cuales daba nombre la ciudad de Apua que hoy lleva el de Pontremoli. Mas tarde, la provincia romana llamada Liguria, se formó de los últimos cuatro pueblos; al par que los anteriores fueron comprendidos en la Galia Vienesa y en la Cisalpina.

No menos que desde tan remota época, tendriamos que separar la historia de los pueblos monárquicos y republicanos, pues, de ambos tenemos algunas noticias anteriores á su reunion por los reyes Francos y su suerte en la partija que se hicieron los hijos de Carlo-Magno, de la herencia de aquel rey, tocándole á Lotario la Liguria y Galias Cisalpina y Vienesa como componentes del imperio germánico que obtuvo en ella. Sabemos en efecto que Magon hermano de Annibal habia quemado á Génova en ódio que le inspirara su importancia; y que Roma la habia tomado bajo su proteccion, como lo prueba una sentencia grabada en bronce y desenterrada en el año de 1507 en el valle de Polserera: la cual fué comprada por el senado y se conserva en la iglesia de San Lorenzo, en Génova. Sabemos asi mismo, que despues de la caida del imperio Romano, Génova fué ocupada en 476 por los Heruleos; en 495 por las Ostrogodos; en 555 por los Exarcas del imperio de Oriente, en 668 por los Lombardos: y por último, en 774 por el victorioso Cárlo-Magno.

Igualmente se sabe que los paises cercanos al lago Lemau empezaron á tomar desde fines del cuarto siglo el nombre de Sapaudia ó Sabaudia que, segun pretenden algunos historiadores se derivaria de la lengua cílica y significaria pais mon-

tañoso. Este pais, que entonces se estendía hasta la Galia Bélgica fué despues de vencido por Augusto, ocupado por los Ostrogodos y luego incorporado por los Borgoñones al reino que fundaron en 408, y que conquistó Childeberto en 532; con lo cual quedó vinculado aquel territorio á la corona de los Francos, hasta que á la muerte de Carlo-Magno, pasó á componer la parte de Lotario Emperador de Alemania. Incorporada nuevamente á la Borgoña en 930, fué de nuevo vuelta al Emperador Conrado el Sálico en 1031 por Rodolfo III el *Indolente*: separaremos pues desde aqui la historia de unos y otros de estos pueblos, hasta que los acontecimientos que mas adelante trazaremos vuelvan á confundirla.

II.

Un sajon, que algunos historiadores pretenden descendiente de Witikindo, el célebre germano adversario de Carlo-Magno, y otros solo vástago de los condes de San Mauricio y cuyo nombre unas veces aparece escrito Beroldo, otras Beraldo y otras Bertoldo, parece ser el primitivo tronco de donde sin interrupcion ha venido hasta nuestros dias la estirpe de los soberanos de Saboya, y á cuya historia está ligada la de aquel reino. De él consta que fué creado virrey de Alles por el rey Rodolfo III, y despues conde de Saboya por el emperador Enrique II en el año de 1000. La mezcla de fábulas con que se adornaba la historia de aquel tiempo, no permite hacer mencion de los hechos que se atribuyen á este primer conde y solo en su hijo Humberto, llamado *El de las manos blancas* empieza á ser aquella mas cercana á la verosimititud. La muerte del padre dejó la corona de conde á Humberto en 1027, el cual hizo uso de su poder en 1034 socorriendo con sus hombres de armas á Conrrado el Sálico, contra el conde de Champaña, en recompensa recibió los señorios del Chables y el Valez y ademas los estados de San Mauricio, que por derecho de familia le correspondian. Dejó cuatro hijos de Ancilia su esposa; Amada, Burcando, Aimando y Odon ú Oton.

El primero de estos sucedió á su padre en 1048; y fué apellidado *Cola*, á causa de haber llamado asi á su séquito, y murió en un viage en que acompañó á Roma á Enrique II; con motivo de habersele negado la entrada á sus sirvientes, en una audiencia que le dió el emperador en Verona. Heredole su hermano Oton por no haber dejado descendencia directa y este conde tuvo ya el título de marqués de Italia y reunió, por su muger Adelaida de Suza, el condado de Turin y el dominio del valle de Aosta, con otras posesiones. Su hijo primogenito Amadeo II; que dejó

bien pronto el cetro en 1072 á su tierno vástago Humberto II, á quien llamaron el *Reforzado* á causa de su constitucion atlética: de sus fuerzas tuvo muestras el inquieto vecino Américo, señor de Brianzon que le molestaba y aquien quitó el gobierno de la Tarentesia que unió al suyo. Tambien tuvo Amadeo III que heredó el condado en 1108, que empuñar las armas contra Luis el *Gordo* rey franco su cuñado á quien rechazó; y para contener las agresiones de Guiñes Delfin de Viena á quien dió muerte en 1142 en una batalla que le ganó cerca de Montmelian. Quiso continuar sus triunfos en Oriente, pero despues de salir mal de su empresa, por su temerario arrojó, murió en Nicosia de Chipre. Con su muerte quedaron sus estados á Humbero III, hijo que habia tenido de Matilde de Grenoble.

Desde 1148 en que este príncipe fué sacado del monasterio en que vivia, para reinar, solo aconteció de notable su encuentro delante de Montmelian, con Guiñes hijo del que su padre venció, que sitiaba aquella plaza y á quien obligó á retirarse. Tambien fué notable la correria desvastadora que ejecutó sobre sus estados el Emperador Federico Barbarroja á consecuencia de no haber seguido el conde su partido, en las discusiones entre el Papa Alejandro III y el Antipapa Octavio. El Emperador no contento con desmembrar parte de los estados del de Saboya, erigiendo en feudos los obispados de Turin, Moriena y Tarustesia, cuyos prelados declaró príncipes del imperio, volvió á Italia en 1174 y arrancó el Piamonte que los condes de Saboya poseian con la herencia de Adelaida de Suza; quemó la ciudad de este nombre sin perdonar sus archivos y no tuvo misericordia mas que de Turin, que habia dado en feudo á su obispo. Humberto tan aficionado al hábito monástico que lo vestia continuamente, no le tenia menos inclinacion al estado matrimonial, pues que se casó cuatro veces; tuvo de la tercera de aquellas uniones, á Tomas que heredó sus títulos en 4 de marzo de 1188.

El conde Tomas padeció el mismo vértigo que acometia á todos los príncipes cristianos en aquella época; de abandonar sus dominios á la suerte, para correr en busca de aventuras en Oriente y fué á pelear delante de Zara y Constantinopla. Entró en la liga que formó el Emperador contra el Papa Honorio, recibiendo en 1226 la investidura de vicario del imperio. Los milaneses contra quien él habia combatido, para vengarse, le tomaron á Coni, la Veldestura y San Dámaso y hubieran seguido si el conde de Saboya no hubiese acudido con fuerzas y los hubiese rechazado. Ya marchaba sobre Turin que á instigaciones del marqués de Monferrato se habia sublevado, cuando la muerte le sorprendió, en Austa el 20 de enero de 1235.

Turin fué sometido por su hijo Amadeo IV. llamado por otros III, por prescindir del que denominamos II. Su adhesion á la causa del Emperador Federico II le valió los títulos de duque de Chable, y Austa; y de príncipe del Piamonte y el vicariato general de Lombardia. El aumentó además sus estados con la provincia del Vabes, que conquistó, provocado por sus moradores, á quienes habia excitado el obispo de Sion. La iglesia le es deudora de los grandes, aunque infructuosos es-

fuerzos que hizo para reconciliar al Emperador Federico con el papa Inocencio IV: desgraciadamente su muerte le impidió terminar tan buena obra. Su hijo Bonifacio llamado *Orlando* por las fuerzas hercúleas que poseia, no fué feliz en sus empresas guerreras; porque habiendo tomado parte por Maufredo contra Carlos de Anjou, atrajo sobre sus estados las armas del príncipe francés, quien apesar de ser vencido cerca de Rívoli fué vengado por los sitiados de Turni, pues en una salida sorprendieron á su señor y hecho prisionero, lo encerraron: con cuya desgracia hubo de afectarse tanto que murió de sentimiento en 1263, sin haber llegado á casarse: por lo cual quedó su herencia á su tio Pedro hijo del conde Tomas, y hermano menor de Amadeo IV. Este príncipe fué llamado el Carlo-Magno pequeño. Sin duda debió Pedro este título á la fortuna que tuvo, tanto en Inglaterra con el favor de su rey Enrique III, que le concedió multitud de gracias honoríficas y lucrativas; como por las varias herencias que aumentaron sus estados. Fué clemente con los que en Turin habian sido crueles con su antecesor Bonifacio; pues habiendolos sometido con facilidad les otorgó un completo perdon. Su memoria es asi mismo grata en Berna que lo llamó para protegerla contra Everardo, conde Lauffenburgo, por lo cual le otorgó el título de padre y segundo fundador de ella: acabado por tanta fatiga murió en Chillon el 9 de junio de 1268.

Sucedióle Felipe I príncipe de costumbres morigeradas en la carrera eclesiástica que habia seguido, y que abandonó cuando esperó suceder á su hermano mayor Pedro porque este no dejaba sucesion directa. Sus vecinos Guiñes VII conde de Albon, Hugo IV duque de Borgoña y Rodolfo conde de Habsburgo, quisieron aprovecharse de la inesperiencia que le supusieron en la guerra, pero hallaron en Felipe mas amplitud para este dificil arte que la que ellos hubieran deseado.

Su herencia pasó en 17 de noviembre de 1285 á su sobrino Amadeo V llamado el *Grande*, titulo que se conferia en aquella época con suma facilidad. No es esto decir, que Amadeo no hiciese lo suficiente para que se le llamase un valiente guerrero y sobre todo, afortunado, pues que emprendió no menos que treinta y dos sitios con fortuna, y contribuyó á libertar á la Isla de Rodas de manos de los infieles; pero hay aun mucha distancia de estas hazañas á las que se necesitan para conseguir el titulo de grande hombre. Sus servicios al rey de Francia, que por cierto le prestaba, por el mezquino precio de diez libras tornesas diarias, si hemos de creer á los historiadores que hacen mencion de esta circunstancia, le trajeron tambien en recompensa ciertas tierras en Normandia, de las cuales han gozado los duques de Saboya, hasta no ha mucho tiempo.

Eduardo su hijo recibió el condado por la muerte de su padre, en el año de 1323; y fué llamado el *Liberal*. Su reinado no aumentó el poder de la casa de Saboya que dejó bastante amenguado á su hermano Aimon en 1323, quien despues de dar muerte, en 1333, á uno de esos sempiternos enemigos de los condes de Saboya, los Guiñes que habian combatido á sus antecesores, y algunos hechos de armas que no favorecieran los estados cuya historia vamos reseñando;

cedió el puesto en 1245, á Amadeo VI, llamado el *Conde Verde* á causa de su esclava aficion á este color, bajo el cual habia obtenido triunfos en algun torneo. En su tiempo pasó el Delfinádo á la Francia con lo cual tuvo por vecino un enemigo mas terrible que los antiguos dueños de aquel territorio.

A juzgar de este príncipe por los dictados que le dán sus cronistas debia ser poco menos que perfecto. «Protector de la santa Sede; defensor de la Iglesia; »apoyo firme del poder imperial; amigo y vengador de los principes desgracia»dos; consejero, en fin y mediador de los monarcas;» son, nada menos, los títulos que le atribuyen: títulos tanto mas gloriosos cuanto que fueron adquiridos á precio solo de su sangre, sin perder un palmo del terreno que habia heredado y por el contrario vió aumentarse los límites de su territorio. El Piamonte, que hasta entonces no estaba bajo la inmediata dominacion de los condes de Saboya á los cuales solo reconocian el derecho de señorio pero que era gobernado por el que se titulaba principe del mismo nombre, hubo menester que sus armas recordasen á aquel príncipe á quien venció, tomandole todas las plazas fuertes y haciendole prisionero que el era su señor soberano. El conde sin embargo no exigió de su revoltoso subdito mas que el juramento de gobernar mejor y ser mas dócil á sus consejos. Sus hechos mas notables fueron: la reunion á sus estados del pais de Fociñe, del de Gex y la Baroniá del vod, socorrer al rey de Francia Juan contra el de Inglaterra Eduardo; instituir la órden de los caballeros del collar; socorrer á Juan Paleologo, Emperador de Constantinoplà; apoderasc de Gallipoli, ocupado por los turcos, y quitar á los Bulgaros, hasta Varna su capital. De vuelta á su pais entró en la liga contra los milaneses á los que ostigó y forzó á pedir la paz: Ayudó además á Carlos de Anjou, en remuneracion del Piamonte que recibe de él y por último fué victima de la peste en San Estéfano, cuando estaba combatiendo por el príncipe frances.

Su hijo llamado Amadeo el *Rojo*, á causa del color de sus cabellos, sucedió al anterior en 1383 y fué el sétimo de su nombre. Sus vecinos hallaron en él un digno hijo de tan esclarecido padre, probando su valor cuantas veces lo hicieron necesario los frecuentes altercados que se producian entre los señores colindantes; y fué tal su reputacion de virtudes políticas, que las ciudades de Barceloneta, Niza y Vintiwich se pusieron bajo su dominacion espontáneamente.

Amadeo VIII, llamado despues el *Pacífico*, no tenia á la muerte de su padre, acaecida en 1.° de noviembre de 1391, mas que ocho años circunstancia que hizo disputable su tutela entre Buena dé Borbon y Buena de Berri: abuela esta y madre aquella del príncipe. Fueron tantas las grandes cualidades de Amadeo, que mereció ser llamado el *Salomon* de su siglo. Pero la verdad es que fué uno de los príncipes mas singulares que han existido, por las raras determinaciones que se le vieron tomar. Luego que enviudó, quiso apartarse de la pompa y fausto de la soberanía, sin renunciar á ella, y fundó un retiro en un valle llamado de Ripalla en el Chabley bajo el patronato de San Mauricio y junto á un convento de monges

de San Agustin, que él mismo habia erigido; allí se hizo hermitaño en compañía de otros seis caballeros de los mas respetables del condado, y con ellos hizo promesa de guardar continencia, sin ligarse por un voto. En este retiro vistieron, el decano y los hermanos un singular hábito que consistia en un sayo de finísimo paño grís, con capucha de lo mismo, barba y cabellos largos, un cordon grueso de oro por cintura, una cruz de lo mismo al cuello y un cayado nudoso en la mano. Amadeo partió el tiempo entre el gobierno del Estado y sus deberes religiosos, destinando igual número de dias de la semana para cada uno de ellos. Allí reunió una asamblea en la cual instituyó la orden secular de la Anunciacion y dió á su hijo la investidura de príncipe del Piamonte y de gobernador del reino; reservándose, sin embargo, la alta gestion de los negocios del Estado.

Su crédito y servicios para con el emperador, le habian valido la ereccion en ducado del que hasta entonces habia sido solamente condado de Saboya. Así como la muerte del príncipe Luis, que reconociéndole como soberano del Piamonte lo poseía aun de hecho, acabó de hacer efectiva su incorporacion al ducado de Saboya. Y para que todo fuese singular en la vida de este hombre; el concilio de Basilea presidido por el B. Luis Aleman, arzobispo de Arles, habiéndose resentido del papa Eugenio IV, determinó sustraerse á su obediencia y poner otro papa en su lugar: y, sin que se pueda esplicar la causa, se acordó de Amadeo, que se hallaba descuidado en su retiro, le aclamó pontífice el 5 de noviembre de 1439, y fué coronado en Basilea el 24 de junio del siguiente año bajo el nombre de Felix V. Pero no paran ahí las singularidades de la vida del de Saboya, pues en una época en que no tenia fin un cisma, él vió nacer el que lo hizo papa, y él le puso fin, renunciando la tiara luego que á la muerte de Eugenio subió al pontificado Nicolás V, bastando solo la escitacion de Carlos VII de Francia para volver á su retiro. Nicolás le colmó de honores, no solo haciéndolo cardenal, sino aprobando y confirmando cuanto Amadeo habia hecho como papa. De estos honores gozó poco el nuevo cardenal; porque puso fin á ellos su muerte acaecida en 5 de enero de 1451 á los sesenta y nueve años de edad.

Por la renuncia que habia hecho Amadeo VIII en favor de su hijo Luis reinaba de derecho este en vida de aquel, y de hecho desde 1434. No fué acertado en su manera de gobernar y el favoritismo que reinó en su corte le hizo enemigos entre su propia familia hasta el punto de tener que hacer encerrar á su hijo Felipe por el rey de Francia Luis XI en el castillo de Loche. Todos conocen la artificiosa conducta de Luis, y no le fué en esta ocasion difícil complacerle contra el príncipe piamontés, porque siendo cuñado del de Francia no sospechó que el marido de su hermana le llamase para privarle de su libertad. Luis murió el año de 1465 dejando el ducado á su hijo Amadeo IX, menor de edad, y, con esta minoria y el achaque epiléptico que padecia aquel príncipe, una guerra para el pais: porque su mujer Yolanda hija de Cárlos VII y hermana del rey de Francia entonces Luis, se puso en posesion de la regencia que le fué disputada por los que la pretendian y

aunque tuvo reveses que estuvieron á punto de hacérsela perder, el poderoso monarca del Loira la afirmó en ella, de manera que á la muerte de Amadeo IX, Yolanda pudo conservarle el trono á su hijo Filiberto I, llamado el *Cazador*.

Dió principio el ducado de Filiberto en 1476. Continuó Yolanda en la regencia á nombre ya de su hijo y siempre bajo la dependencia de su hermano el de Francia. Este parentesco le valió ser atropellada por el enemigo mortal de Luis, el duque Cárlos el Temerario, quien la hizo arrebatar por Oliveros de Lamarca y conducirla con dos de sus hijas al castillo de Ruvre, en Borgoña, por temor de que protegiese los intereses de su hermano. De aquella prision la libertó Cárlos de Amboise y fué vuelta á sus Estados por Felipe de Comines. A su muerte en 1479, Luis se apoderó de la regencia que codiciaba. La aficion que el duque Filiberto tenia á la caza, torneos y demás ejercicios violentos, produjeron un exceso de fatiga que terminó sus dias en la temprana edad de diez y siete años; sin dejar posteridad.

Cárlos su hermano, que empezó á gobernar sus Estados en la tierna edad de catorce años, que tantos tenia en el de 1482, dió tan señaladas pruebas de acierto que sus pueblos sintieron estremadamente su temprana muerte siete años despues. Era caballero tan cumplido, que bastará decir en elogio suyo que fué el modelo de donde copió el caballero Bayardo, citado como tipo de la caballería en aquella época. En su tiempo Carlota, reina de Chipre, confirmó ante el Santo Padre la donacion que habia hecho de su reino á los duques de Saboya: razon por la que estos príncipes se han llamado despues reyes de aquella isla. Cárlos Amadeo su hijo, que dejó de seis meses, falleció antes de salir de la menor edad por lo cual el ducado pasó á uno de sus tios segundos, Felipe, hijo quinto del duque Luis.

Felipe quedó tan pobre despues de la muerte de su padre, que no teniendo estado alguno que le perteneciese, se llamó él mismo Felipe *sin Tierra*, y la fortuna quiso conservarle el dictado por mucho tiempo, pues habiendo conseguido desmentirlo con la adquisicion del condado de Breicia, los suizos se lo quitaron dejándole de nuevo en el caso de merecer el apodo que se habia dado: y para colmo de desgracias, cuando la fortuna parecia querer indemnizarle la carencia de tierra dándole todas las que poseian entonces los duques de Saboya, la muerte vino, diez y ocho meses despues, á trocárselas por la escasa de su sepultura, de modo que si hubiera podido verse en aquella última morada, ya que no *Sin tierra* hubiera podido llamarse *Casi sin tierra*.

Dejó aquel príncipe en 1497 un hijo del mismo nombre á quien llamaron *El Hermoso* cuyo lugar en la historia es poco notable, y que murió despues de reinar siete años acabado de fatiga en el ejercicio de la caza. Sucedióle su hermano Cárlos con el nombre de III y el sobrenombre de *El Bueno*. Durante su administracion adquirió setenta y cinco leguas de terreno del Monferrato por una suma de 15,000 escudos. Habiéndose querido oponer al paso de las tropas francesas

por su territorio, se vió atacado por ellas, y bien pronto desposeido de todos sus Estados; pero luego que el rey de Francia supo que el emperador marchaba en socorro del de Saboya, abandonó todas las plazas que ocupaba escepto Turin, Fusano y Coni. Poco mas tarde vuelve á entrar el duque en Turin para tenerlo que abandonar al de Francia poco despues y verle destruir cuatro arrabales, con el anfiteatro, obra monumental del síglo de Augusto. Descansó por fin Cárlos de tantos disgustos el 13 de setiembre de 1556.

III.

El advenimiento de Manuel Filiberto á la soberanía de la casa de Saboya, trajo para este ducado una nueva era que lo constituyó en el rango de potencia europea cuya alianza merecia ser apetecida. El hijo de Cárlos III de Saboya no tuvo semejanza con el autor de sus dias, ni en lo físico ni en lo moral. En cuanto á lo primero, fué reputado por el hombre de mejor presencia de Europa y en cuanto á lo segundo el dictado que le hizo merecer su carácter, dá á conocer cuanto se diferenciaba del inconstante y débil de sus postreros antepasados. En efecto, sus contemporáneos le llamaron *Testa de hierro* á causa de su tenacidad indomable en las empresas que acometia: firmeza de carácter que le valió no menos que la conquista de su reino por el esfuerzo solo de su brazo. Nos detendriamos demasiado si quisiéramos referir, con todos sus pormenores, la vida guerrera de este príncipe sin dar con ella á nuestros lectores la de las vicisitudes del reino que reseñamos; porque verdaderamente hablando, en la primera parte de la época de Manuel Filiberto, Saboya no tuvo historia, pues que estaban poseidas aquellas comarcas, por la Francia, y su soberano espatriado sirviendo bajo las banderas del emperador Cárlos V y luego en las de su hijo Felipe.

A la muerte de su padre, Manuel Filiberto se hallaba en Flandes al servicio del monarca español, y á pesar del no merecido pago que obtuvo del desden de aquel, su carácter le hizo permanecer constante en el servicio en que tanto se habia distinguido, con lo cual consiguió, á la cabeza del ejército de Felipe, obtener la célebre victoria de San Quintin y entrando por fuerza en Catelet, Ham y y Noyon, habria seguido hasta París si la política de Felipe II no se hubiera opuesto, prefiriendo aquel monarca terminar diplomáticamente los negocios, tan bien parados en la guerra. Puede afirmarse; como digimos antes, que este príncipe, conquistó con su espada los estados que sus mayores le habian dejado perdidos; pues el monarca español no pudo menos de exigir, en la paz firmada en Catau Cambresis que se le devolvieran todas con una corta escepcion, que bien pron-

to cesó haciéndose completa la reintegracion tanto de la parte retenida por la Francia, como las de los demás Estados. En el mismo tratado se concertó su matrimonio con la bella y discreta princesa Margarita, hermana del rey Enrique II. Terminada asi la gloriosa carrera bélica de este príncipe comenzó otra, no menos gloriosa, aunque mas tranquila en el ordenamiento de una buena administracion de su reino que hacia tiempo venia gobernándose, como provincia ó departamentos de sus nuevos señores. En esta ocupacion le sorprendió la muerte en 1580 despues de haber instituido la órden de San Mauricio, que fué confirmada por una bula del papa Gregorio XIII en el mismo año.

Menos feliz que su padre, Cárlos Manuel I reunió á grandes perfecciones físicas, grandes defectos morales. Entre los últimos sobresalian su inconstancia y mala fé política, que le hicieron tener por enemigos á todos los que hubiera debido mantener amigos para no sufrir lecciones repetidas, que á cada paso podian darle naciones poderosas como la Francia y la España. Unido á aquel defecto llevaba el de la ambicion constante que le hizo atacar al Delfinado y otros puntos del territorio pertenecientes al rey de Francia, que, por hallarse entonces harto asendereado su rey Enrique IV, debió parecerle empresa fácil ocuparlos, sin pensar en que victorioso cualquiera de los partidos que luchaban sobre el Sena, se los arrebatarian, tal vez con creces. Cuatro veces embistió á Ginebra, y cuatro veces vió malogrado su intento teniendo el no pequeño dolor de ver tratar á sus oficiales prisioneros de los ginebrinos como salteadores de caminos, recibiendo la muerte de horca, contra las leyes de la guerra, fuera de las cuales se les consideró. No fué mas feliz en sus tentativas sabre la isla de Chipre de donde queria ser rey de hecho, pues que ya llevaba el nombre de tal. A la muerte de Enrique III pretende la corona de Francia como hijo de Margarita, tia de aquel moñarca, y se vé desairado. Muerto el emperador Matias, quiere tambien tener el cargo supremo del imperio; pero se vé pospuesto á Fernando de Austria que tenia mayor derecho. Con Francia y Venecia concluye un tratado en París contra España, con quien habia estado en guerra cuatro años con no mejor éxito. Poco despues entró con Lesdignieres en los Estados de Génova donde someten varias plazas; pero en breve son lanzados de ellas por los genoveses; y en la guerra que se hace declarar por Luis XIII de Francia, se vé bien pronto despojado de casi todas sus posesiones, de manera que Cárlos Manuel, á quien quisieron dar el nombre de *Grande* se vió casi despojado de sus Estados y muere lleno de amargura sin haber podido llevar á cabo ninguna mediana empresa. ¡Con cuánta facilidad se prodigaba aquel epiteto en la época que vamos reseñando!

Sucedió á su padre en el ducado, Victor Amadeo I en 1630, y en los cortos años de su reinado fué mas feliz que su predecesor, pues no solo recobró sus perdidos estados por la paz de Rastisbona firmada el 13 de octubre de 1630, añadiendo algunos mas del marquesado de Monferrato sino que habiendo tomado partido por la Francia contra España, vé victoriosas sus armas en Tornacento

en 22 de junio de 1636 y en Monbaldon en 8 de setiembre del siguiente año.

Aun habia sido mas feliz aquel príncipe en la eleccion de esposa que habia hecho en la persona de Cristiana de Francia, princesa tan completa que la Saboya hubo de felicitarse de tenerla á la cabeza del estado al fallecimiento de Amadeo : baste decir, que este no dejó por herederos del ducado mas que dos menores, cuyos parientes se convirtieron, como frecuentemente sucede, en enemigos. Pero el mas temible para el princípe heredero Francisco Jacinto ó mejor dicho para su madre la regenta Cristiana, fué el ministro de su hermano Luis XIII, el célebre Richelieu. Las eminentes cualidades de aquella princesa pueden juntarse con decir que, sola, combatida por sus parciales y deudos mas cercanos, protegidos por el maquiabélico ministro, hizo frente durante toda la vida de este, á su astuciosa asechanza y pudo, conservarse en medio de tal tormenta sin soltar las riendas que no pudo empuñar Francisco Jacinto por su prematura muerte y que hubieron de ir á parar á las manos igualmente débiles de su hermano Carlos Manuel que solo tenia cuatro años en el de 1638 en que sucedió á Francisco Jacinto.

Continuó Cristiana de Francia en la regencia durante la minoria de su segundo hijo Carlos Manuel II teniendo siempre contra si los mismos enemigos, con las mismas pretensiones. Ni la muerte de Richelieu permitió descanso á aquella princesa, porque sustituyéndole Mazarino; la política de este, si no tan cautelosa no fué tan poco menos agresiva : y esta lucha hubo de durar hasta que la mayor edad del duque de Saboya puso fin á las ambiciosas aspiraciones de sus vecinos. Gracias á la firmeza de su madre, Carlos Manuel halló sus estados florecientes apesar de tantas contrariedades como se habian opuesto á la regenta y pudo continuar haciendo la felicidad de sus pueblos hasta su muerte acaecida en 12 de junio de 1675.

Carlos Manuel legó al pueblo saboyano otra minoria, con todos los males que esta clase de gobierno lleva consigo ; y eso que no podemos menos de confesar, que en esta parte el ducado de Saboya fué mas feliz que ningun otro pueblo de los que tal calamidad sufren. Ya hemos visto que Yolanda en su regencia y Cristiana en la suya nada habian dejado que desear : ahora tenemos otra regente en Juana de Saboya Nemours, no menos habil y bien intencionada que las ilustres matronas que la habian precedido en tan espinoso encargo. Seria de todo punto imposible dar cuenta en tan corto espacio de todas las peripecias del reinado de Victor, cuya política de circunstancias, cuando estas eran tan azarosas como lo fueron en la tormentosa época final del reinado de Luis XIV., le obligaba á variar de rumbo á cada momento y á ver pasar sus estados de uno en otro Señor. Despues de reconocer al Duque de Anjou como Rey de España y darle su hija 2.ª se declara contra el; sigue la suerte de los Imperiales; pierde sus estados; y es repuesto en ellos por los de Austria. El Duque de la Fevillade le arranca el Piamonte que la paz de Utrech le devuelve con el resto del Ducado y el Condado de Niza, y ademas son reconocidos por la Francia sus descendientes co-

mo legítimos herederos de la corona de España á falta de la sucesion de Felipe V. Recibe de este el reino de Sicilia y sus dependencias y es coronado rey en Palermo el 24 de Diciembre del mismo año. Pero habiendo renunciado esta soberania en favor del Emperador, Felipe V hizo tomar á Palermo en 1718 y se hizo proclamar Rey. La cuadruple Alianza permite á la casa Imperial de Austria poner á Victor Amadeo en posesion de la Isla de Cerdeña, en compensacion de la perdida de Sicília.

Diez años despues, aquel Rey que habia hecho frente á la tempestad y que logra salir á flote en tan arriesgada lucha, se amilana y suspira por la vida privada. Cree poder disfrutar de sus dulzuras al lado de una muger á quien ama, á quien da su mano y á quien conduce al retiro quince dias despues de hacerla reina. Espera que su hijo Carlos Manuel III, en quien abdica, no se opondria á su felicidad; pero el ex-Rey no habia aprendido en la escuela de la adversidad que la desgracia lejos de ser un titulo á la consideracion de los demas, es en nuestra triste humanidad una enseña que nos atrae el ultrage de los mismos que nos deben su propia existencia. Retirado y enfermo Victor Amadeo fué atropellado por los esbirros de su hijo Carlos Manuel, so pretesto de que queria alzarse de nuevo con el poder. Dificil es saber á punto fijo si fue ó nó cierto que el padre tuviese aquel deseo, ni si el hijo á quien no tocaba reinar sino despues de su muerte tenia ó nó derecho para retener la corona; pero lo que no puede ponerse en duda es que ninguna ley divina ni humana, podría autorizarle para faltar á las de naturaleza encerrando á su padre en una estrecha prision y privandole hasta su muerte de todo consuelo incluso el que en los últimos momentos solicitó el anciano de perdonarlo y bendecirlo por la última vez.

IV.

Hemos visto ya como vino á parar á manos del de Saboya la Isla que hoy da su nombre á todo un reino y á la cual llamaron los Griegos Sardon é Ychunsa y los Romanos Sardinia, y es menester que demos á nuestros lectores idea, aunque sucinta, de esta importante parte de los estados de los Soberanos Piamonteses. Situada la Isla de Cerdeña una de las del mar Mediterraneo, al sur de la de Córcega entre el continente Europeo y el Africano, debe su nombre segun unos á su figura y segun otros á alguna produccion vegetal de su suelo, y otros mas, á Sardo supuesto hijo de Hércules que en los primeros tiempos fundó una colonia de Libios y dió á sus habitantes las primeras nociones de agricultura. Quinientos doce años antes de J. C. pasó á ser colonia Cartaginesa bajo la espada victo-

riosa de Asdrubal despues de haber sido poseida por los Etrucos y Fenicios; y aquellos africanos la conservaron hasta que en 238 la poderosa Roma los arrojó de allí y la declaró província romana para hacer de ella uno de los graneros de la Republica. Bajo la dominacion de aquel Imperio, Cerdeña debió gozar de un grado de prosperidad, desconocido despues en aquella Isla; pues que su poblacion se habia aumentado al punto de contarse en ella, cuarenta y dos ciudades, cuando en el dia apenas hay diez poblaciones que merezcan ese título. A la caida de la dominacion romana los Vándalos, los Godos, los Emperadores griegos y los Arabes fueron alternativa ó sucesivamente dueños de aquel pais. En principios del siglo undecimo, Génova y Pisa comienzan esa eterna lucha en que estuvieron por apropiarsela, hasta que 200 años despues los Papas, con el deseo de ensanchar sus estados, por dos veces se la hicieron ceder; para invertir con ella la corona de Aragon que no pudo llevar á efecto su posesion hasta que Jaime II lo consiguió en 1326. La fusion de Castilla y Aragon en el siglo decimo quinto la hizo propiedad del nuevo reino que entonces formaron dichas coronas. Desde aquella época hasta el año de 1708 la historia de la Isla se confunde en la de España que damos en otro lugar y solo nos corresponde reseñar la que desde que fue rendida mas que por intimacion de la escuadra inglesa, por la tendencia que manifestaron todas las dependencias de lo que habia sido reino de Aragon á obedecer al de Austria, se separó Cerdeña del reino de Castilla y fué cedida por el Emperador al Duque de Saboya en compensacion como hemos dicho, de la pérdida de Sicilia. Pero al dar cuenta de la historia de Cerdeña desde que esta le dió el nombre de Rey á sus Señores los Duques de Saboya, debemos reseñar la de todo lo que entonces componia el Señorio de aquel reino.

Hemos dicho que el primero de sus reyes fué Victor Amadeo segundo de su nombre entre los duques y el primero de los reyes, y cual fué la triste muerte de aquel Monarca. Su hijo Cárlos Manuel tambien primero entre los reyes, reconocido tal en 3 de Setiembre de 1730. Arrastrado por las vicisitudes de una guerra entre potencias superiores en poder se vé en diferentes vecces ya señor de sus estados, ya despojado de ellos hasta que la paz de Aquisgram acaba por dárle alguna tranquilidad en la posesion de ellos, de la cual se aprovecha para ordenar algo una administracion que tanta necesidad tenia de serlo. Despues de haber abolido la servidumbre de sus estados muere en 20 de Enero de 1773.

Victor Amadeo III de los Duques y II de los Reyes se aprovechó de los primeros años de su gobierno en que reinó la paz en Europa para fundar establecimientos útiles, como la Academia de ciencias de Tumi y otros; pero luego que estalló la revolucion francesa se declaró su encarnizado enemigo; se negó á recibir su embajador y despues de empuñar las armas contra tan po-

deroso adversario batido primero por Scheser y despues por Bonaparte se vió en la necesidad de firmar la humillante y vergonzosa paz de 1796 acordada en Paris: vergüenza á la cual no sobrevivió dejando el esqueleto de un reino al Principe del Piamonte, su hijo mayor, que llevó el nombre de Carlos Manuel IV en 1796. Pero como hemos dicho, este Príncipe tomó las riendas de un estado que llevaba en sí los elementos de disolucion encendidos y fomentados por el foco revolucionario que residia en París. Asi fué que obligado á cederle á la Republica Francesa todos sus estados del continente, renunció la corona en favor de su hermano en 1802 y se retiró á Roma donde murió en 1819. Victor Manuel V vió ya en 1804 reducidos sus estados á la sola isla de Cerdeña y aun ese no pudo servirle de asilo seguro hasta el de 1808 en que pasó á residir en ella. Olvidado en esta isla y socorrido por la Inglaterra vejetó en ella hasta que el Congreso de Viena le hizo un reino en 1814.

V.

Al hacer la historia de una República no esperarán sin duda nuestros lectores el encadenamiento y sucesion de las personas que figuran en ella, que á semejanza de benéficos ó maléficos meteoros se presentan en el horizonte político ejercen en él su buena ó mala influencia y desaparecen. En la historia de los pueblos que se gobiernan democráticamente los hechos son todo : las personas, nada.

Como hemos dicho en otro lugar, Génova y sus dependencias formaron parte de la herencia que el Emperador Carlo-Magno dejó á sus hijos y cupo á Lotario, pero cuando el poder de aquella raza decayó, diversos pueblos fueron sacudiendo el yugo que pesaba sobre ellos y entre aquellos fué uno Génova. Poco ó nada se sabe de su existencia desde la muerte de aquel gran monarca, hasta fines del siglo nono; pero, por los años 888, se erigió en República, cuyos primeros magistrados eran cónsules, cuyo número indeterminado lo formaba el de las administraciones de que estaban encargados.

Poseedora entonces de la Córcega, supo conservarla y quiso añadirle la Cerdeña; para la cual conquista, no creyéndose bastante fuerte para luchar con los sarracenos sus poseedores, se unieron á los de Pisa y con ellos acometieron aquella empresa. Pero mientras asi se entretenian por fuera, sus enemigos arremetiendo al centro de su poder, entraron á saco á Génova y la incendiaron abandonándole luego. La conquista comun que habian hecho los de Génova y Pisa de la isla de Cerdeña empezó á desunirlos; y acabó de enemistarlos por la sesion que el papa

Gregorio VII hizo á los Pisanos de la isla de Córcega, cuyo dominio reclamaban los Genoveses. La guerra que entre las dos repúblicas nació de resultas de esta cuestion duró catorce años; pues no terminó hasta el de 1091 por mediacion de Urbano II.

No tuvo Génova la misma desgracia que las demás naciones con la bandera de la Cruz. Si aquellas desmenbraban sus poblaciones con la emigracion forzosa de los defensores del sepulcro de Jesucristo, y consumian capitales cuantiosos en tan costosas espediciones, Génova con su comercio; colocada en la ventajosa posicion en que se hallaba, veia afluir multitud de transeuntes que á causa de aquellas espediciones, cruzaban su territorio ó frecuentaban sus puertos con lo cual su riqueza aumentaba de dia en dia hasta hacerse como se hizo uno de los estados mas ricos de Italia. Asi se la vió, en una sola de las cruzadas equipar hasta siete flotas; algunas de ellas tan considerables que constaban de setenta naves: este tráfico les proporcionó asi mismo, el planteamiento de varios establecimientos de comercio.

El germen de las discordias entre los de Pisa y Génova subsistia siempre, por que no era otro que el deseo de dominar esclusivamente la Isla de Cerdeña, en la cual no puede adivinarse como tenian repartido el señorío; pues que por aquellos tiempos, existian en ella reyezuelos que obedecian unos á la primera y otros á la segunda. Entre estos últimos habia uno llamado Barason que pidió á sus patronos los genoveses, el ausilio necesario para hacerse único rey de la Italia y tributario de la república; arrojando por consiguiente, á los pisanos de la parte que ocupaban; todo mediante una fuerte suma que habia de pagar el insular. La proposicion era lisongera para los de Génova y no vacilaron en aceptarla; mas luego que fué llegado el caso de pagar el rey Sardo, no pudo cumplir su compromiso. Este vino cándidamente á Génova con el objeto de arreglar con su poderoso acreedor, que como buen comerciante sin curarse de la dignidad de su deudor le encarceló y mantuvo preso durante ocho años.

Por la representacion que se vé tener ya á las familias de los Dorias y Spínolas, se viene en conocimiento de que el gobierno era en parte aristocrático y en parte democrático y que, como era consiguiente, existia ya una gran pugna entre los grandes y el pueblo. Dos familias rivales, la de los Castelli y la de los Avocati hicieron estallar un conflicto entre ambos partidos, á causa de disputarse el paso en ciertas funciones; y el senadó no tuvo otro arbitrio para evitar mayores males, que el de acordar que la cuestion se ventilase por las armas, peleando tres contra tres. Todo estaba ya preparado para el combate, pero en la misma arena el arzobispo Hugo, pudo con su elocuencia desarmar á los combatientes y operar una reconciliacion. Sin embargo, bien pronto volvieron á desunirse y las familias vencidas hubieron de emigrar: sus casas y castillos fueron incendiados y arrasados como otros tantos focos de opresion del pueblo.

Desde muy temprano dieron los genoveses muestra de esa veleidad en el gobier-

no, que les hacia desear cambiarlo con frecuencia. Verdad es que estaban rodeados de repúblicas como Pisa, Milan, Lodi, Cremona, Florencia, Verona, Cosme, Siena, Luca, Pavia, Bolonia, Parma, Plasensia y otras que adolecian del mismo mal. La mayor parte de ellas, llevadas sin duda, de la consideracion de que ninguno tiene menos elementos para hacerse tirano en un pais y abusar del poder, que un estrangero, á quien ni las simpatias de familia, de paisanage, de partido político etc. pueden servir de apoyo para hacer mal uso de las facultades que se delegan en él; se habian impuesto la obligacion de conferir la autoridad suprema á una persona que tuviere aquella cualidad y que tomaba el título de Dux, Potestad, Prefecto ó Abad: ¡Gobierno raro y singular, que solo la esperiencia ha podido hacer conocer que no es peor que cualquiera otro imaginable!

Los genoveses tenian en su república el mismo gérmen de desunion y el mismo temor á las ambiciones parciales: asi fué, que en 1190 pensaron adoptar aquel sistema de Gobierno y en efecto se impusieron la obligacion de obedecer á un Potestad, que habia de ser estrangero, no ejercer su encargo por mas tiempo que el de un año, y robustecer su autoridad con un consejo compuesto de seis de los nobles genoveses. Asi debieron sin duda marchar sin contratiempo durante quince años; pero uno de los Castelli á quien no se habia podido hacer conformar con semejante orden de cosas, sino entreteniendo su actividad fuera de la república en el desempeño de comisiones árduas, volvió á Génova y á pesar de que la condicion principal que habia de adornar al Potestad era la de ser estrangero, Castelli se hizo nombrar para aquella dignidad y hubo de conseguir que Génova no se arrepintiera. Por entonces las armas genovesas no estuvieron ociosas. De Cerdeña á Sicilia; de Córcega á Chipre; de Europa á Africa, en todas partes hacian respetar el nombre de los atrevidos banqueros.

Castellí solo fué entonces la escepcion de la regla; porque despues de su gobierno volvieron á ser elegidos Potestades estrangeros, hasta que cansada Génova de estos como de sus antiguos cónsules, quiso someterse al gobierno de cinco doctores estrangeros. Sin duda no debió tomar gusto á esta clase de gobernacion porque un año despues la vemos volver á sus potestades siempre estrangeros. Estos personages eran unas veces mas doctos que guerreros, otros por el contrario mas guerreros que doctos; pero no era frecuente en ellos tomar las armas para defender su autoridad: lo cual se comprende perfectamente, siendo tan efímera y de tan poca gloria como de mezquino interés para quíen habia de ceder el puesto á otro que no lo hubiera regado con su sangre.

Es muy digno de notarse por los aficionados á esta clase de gobierno; aquellos que hoy quisieran ver reproducidas sus formas en nuestra sociedad moderna, es muy digna de notarse, decimos, esa desconfianza que las repúblicas tenian de sus propios hijos, hasta el punto de obligarlas á buscar en los estranjeros la fé y lealtad que no esperaban hallar en aquellos. No es solo el cargo del mando supremo el que se confiaba á los estraños, Génova nos dá muestras mas notables de

esa desconfianza que, á la verdad, no era peculiar de aquella sola república. En 1216 ¡ quién lo creería ! la sensata Génova dió un decreto escluyendo á todos sus ciudadanos de la participacion de los empleos de la administracion de justicia y mandando se confiriesen á los estrangeros.

Como los gefes supremos del estado eran frecuentemente poco aptos, se veian espuestos á ser vendidos por aquellos á quienes confiaban el mando de las armas. Así le sucedió al que lo era en 1228 con un ciudadano llamado Delmar á quien se habia hecho gefe de ellas con el fin de calmar los partidos que entonces se hacian la guerra: porque una vez apoderado de la fuerza, costó mucho trabajo no la empleara contra la misma república. Existian en Génova, como en toda Italia, dos partidos; uno adicto al papa, y otro al emperador aleman: los Güelfos y los Gibelinos, cuyos nombres venian de los gefes primitivos de aquellas facciones. Lo eran en efecto, de los unos los de la familia de los Güelfos que capitaneó su caudillo el célebre Enrique el Soberbio; y la de los gibelinos los de la casa de Hohenstaufen, rival del primero que por tener un castillo sobre el Rems, llamado de Veiblingen le dieron por corrupcion despues el de gibelinos. Estas facciones estaban representadas en Génova con los nombres de Rampini ó rampinos los primeros, y Mascherati ó enmascarados los segundos. Estas eran las banderas bajo las cuales se alistaban las fuerzas rivales de los diversos partidos. Entre otras familias las seguian las de los Porco y las de los Grillo ó sean las de los cerdos y las de los grillos: cuya extraccion puede inferirse por los significados de estos apellidos. De estos últimos dió buena cuenta el Potestad, porque habiendo tomado parte en una sedicion, fueron arrojados de Génova y demolidas sus casas.

Estas discusiones y la constante guerra mantenida con los de Pisa, hicieron que bajo los muros de San Juan de Acre obtuviesen aquellos una ventaja sobre los de Génova; y que Savona, puerto de esta república, imitase á Vintimelia y una y otra obligaron á su metrópoli á sostener en cada una un sitio costoso, para que su autoridad fuese allí reconocida.

Federico II, emperador de Alemania, se aprovechó de aquellas disidencias que hacian la mitad del pueblo, enemigo de la otra mitad, y marchando contra Génova la hostilizó; al paso que sus mismos hijos desterrados asolaban su territorio con frecuentes correrías que les merecieron la denominacion de *Banditi*: esta palabra significa á la vez que *desterrado* ó *proscrito*, significa tambien *bandido* y *asesino*. Pero Federico estaba demasiado acosado por los papas Gregorio é Inocencio, para que sostuviese sus querellas con los genoveses: y estos dieron treguas á las suyas por mediacion tambien de los pontífices romanos. La vuelta de los desterrados produjo un nuevo gérmen de discordia, con la vista de sus destruidas posesiones; é hizo estallar otros conflictos; ejemplo notable de que las facciones no deben nunca abandonarse al deseo de vengarse ocasionando daños en los vencidos que sean siempre una enseña de represalias.

El movimiento que entonces se produjo inspiró á los nobles el suficiente temor

de ser vencidos para que consintiesen en una medida de transaccion, concediendo al pueblo el derecho de nombrar un protector, con el título de capitan, y obtuvo este honor un ciudadano llamado *Guillermo Bocanegra*. Pero este tribuno del pueblo entendió tan mal su posicion social, que afectando un lujo asiático, á costa de la república, se hizo enemigo al mismo pueblo que le habia nombrado y este le arrancó el poder, un año despues de habérselo conferido, en el de 1257: época en que principia esa célebre magistratura que tanta sangre costó despues!

Declarada la pugna entre el pueblo y la nobleza la ocasion sola decidia del rompimiento de las hostilidades. Una noche en medio del silencio, el Potestad es sorprendido y aherrojado, y los partidarios de Uberto Spínola se pasean triunfantes por Génova proclamándolo; por la mañana descubre su debilidad, porque no era apoyado por el pueblo y apenas tiene aquel el tiempo suficiente para poner en salvo su persona. Pero en medio del tumulto el Potestad, que solo tenia una autoridad efimera, creyó oportuno abandonarla fugándose para salvarse. La ausencia de este funcionario les hizo pensar en darse gobierno, y sin comprenderse por qué razon lo confirieron á dos gobernadores, Doria y otro Spínola, que no era el Uberto. Este nuevo gobierno se comprenderia si la intencion hubiera sido variar la forma del que iba rigiendo al pais; pero nada de eso: cuatro meses despues el nuevo Potestad estranjero, es elegido como si ninguna alteracion hubiese acontecido en la forma de gobierno.

No perdió el tiempo Uberto, pues supo robustecer su faccion á punto que uniéndose á Doria, hizo un año despues que se les declarara *capitanes de la libertad genovesa*: con cuya dignidad se apoderaron del poder absoluto aunque cubierto con la sombra de una magistratura civil que llamaron *rectorado* del pueblo. Al que lo desempeñaba, dieron los capitanes todo el lustre y brillo que podia fascinar al pueblo á quien nombraron un Potestad estranjero. Robustecidos con un senado de sus parciales, persiguieron á muerte á todos los que eran del partido opuesto y sobre todo á las familias de los Grimaldi y los Tiesqui. Estos ilustres patricios encontraron proteccion en Cárlos de Anjou que declaró la guerra á la república, y que la habria inundado de sangre, si la feliz circunstancia de haber sido elegido papa uno de los miembros de la segunda familia proscrita, no hubiera producido una reconciliacion que trajo la paz.

Esta paz permitió obtener ventajas sobre los de Pisa, bajo el gobierno de dos capitanes que á consecuencia de aquella se habian elegido los mismos Doria y Spínola. Pero las familias de los nobles no se avenian con aquel gobierno, y valiéndose de la circunstancia de haberse pedido por los capitanes la prolongacion de su autoridad por tres años, excitaron el descontento, que se manifestó luego y produjo la dejacion voluntaria de aquellos cargos por los que los obtenian; dando por causal su deseo de conservar la paz. El pueblo los reemplazó con un solo capitan pero que tenia la cualidad esencial de ser estranjero.

Una nueva guerra emprendida contra los de Venecia entretuvo los ánimos

hasta 1295; no sin que los jefes de los partidos güelfo y gibelino, es decir, los Fiesqui y Grimaldi y los Spínola y Doria no se atacasen mútuamente, hasta que quedó el campo por los últimos: á consecuencia de lo cual fueron elegidos capitanes los hijos de los patricios que antes lo habian sido, Uberto Doria y Uberto Spínola. El objeto de este nombramiento no fué otro, que el de afianzar al partido gibelino que acaudillaban y luego que lo consiguieron hicieron dimision de su autoridad.

El partido vencido no dormia y luego que un Potestad estranjero fué menos severo con los güelfos, estos procuraron hacerse camino al poder, sembrando zizaña entre los gefes del opuesto. Doria y Spínola se enemistaron, y el primero pasó al partido güelfo: con lo cual autorizó á Spínola á tomar la medida de aprisionarlo y conservar solo el poder. Pero Doria escapándose de su encierro, y unido á su nueva faccion, venció á su rival, dando entrada al partido que capitaneaba que como de costumbre, se ensañó contra el vencido pillando y quemando sus propiedades. El vencedor estableció un gobierno completamente suyo, compuesto de doce magistrados, y una sombra de autoridad popular, confiada á un abad.

Apoyado Spínola por el emperador Enrique VI, á su paso por Génova, pudo presentar de nuevo batalla á Doria, y fué tan encarnizada esta, que durante veinte y cuatro dias corrió la sangre genovesa en las calles de la ciudad, hasta que fueron arrojados de ella los Spinolas; pero la inconstancia de la voluntad popular hizo que cansándose bien pronto de los Dorias, sus enemigos los espulsaron á su vez llamando de nuevo á los Spínolas, y fueron elegidos capitanes con el título de rectores Cárlos Fiesqui y Gaspar Grimaldi; sin dejar por ello de nombrarse un Potestad estranjero.

Fueron tantas las crueldades de los rectores, tantos sus excesos, tantas las señales de venganza sobre los gibelinos, que excitaron á Roberto rey de Nápoles á venir en 1319 á ponerlos á raya; y fué tanto tambien el entusiasmo del pueblo que abdicó su libertad y espontáneamente se sometió al monarca napolitano á quien reconoció por soberano. Ni aun así permanecieron tranquilos aquellos republicanos por segunda vez, tuvo que volver Roberto sobre Génova á hacer respetar á su vicario; y entonces celebró una transaccion jurada, de ensayar durante seis años su gobierno absoluto. Sin embargo, en breve tienen que salir de la ciudad el vicario napolitano y sus secuaces los güelfos para, dejar elegir dos nuevos capitanes; que lo fueron entonces, Rafael Doria y Galeoto Spinola, con una cohorte de autoridades estranjeras, á saber: un abad, un potestad y cierto número de consejeros, asesores y tenientes. Este complicado órden de cosas sostenido por la nobleza, duró hasta el año de 1339, en que los marineros de una flota genovesa, enviada al rey de Francia para ayudarle á someter á sus subditos flamencos, se alzaron y siguiendo hácia Savona proclamaron la libertad en el mismo Génova.

Libre el pueblo en la eleccion de gobierno, no quiso tomar un capitan cuyas facultades fuesen las mismas que hasta entonces, y nombró veinte electores para

dib.º y lit.º — Lit. de J. Donon, Madrid




MARIA ADELAIDA

REYNA DE CERDEÑA.

[illegible]

VI

[illegible]

[illegible]

[illegible]



mejor acierto; pero mientras aquellos preparaban sus trabajos, esclamó un artesano. ¿Para qué tantos preámbulos? ¿por qué no elegimos á Simon Bocanegra? Al instante un clamor general pronunció el nombre del abad Bocanegra; pero este con una falsa modestia, devolviendo las insignias dijo: «Ciudadanos, yo seria el primero de mi familia que llevaria el título de abad y no deseo serlo; nombrad otro.» Esto era decir claramente que queria ser lo que habia sido el primer capitan del mismo apellido. Otra voz gritó luego: «Pues que sea señor de Génova.» El elegido respondió entonces acepto; pero ¿ha de ser como abad ó como señor? «¡Como señor: como señor! esclamaron por todas partes.» «¿Sin duda querreis que yo comparta la autoridad con los capitanes?»—«No, no. Gobierna solo y sé nuestro Dux.» ¡Viva el Dux; viva el pueblo!

VI.

Bocanegra dió principio á su gobierno excitando á la union, pero él fué el primero en dar ejemplo de intolerancia persiguiendo á la nobleza luego que se hizo proclamar solemnemente. Mientras se conservó el Dux en aquella línea de conducta, fué el ídolo del pueblo y gozó de un aura popular inmensa; pero luego que entró en sus miras dar tranquilidad al pais transigiendo con el poderoso partido perseguido, el ídolo cayó de su pedestal y se convirtió en monstruo. Afortunadamente tuvo el talento suficiente para conocer cuando empezaba á empañarse el brillo de su estrella, para abdicar y retirarse léjos de los tiros de sus enemigos, despues de una magistratura de cinco años.

Juan de Murta fué elegido en su lugar en el año de 1344 y su caracter y costumbres sencillas le hicieron conciliar los ánimos y transigir en parte con la nobleza, aunque escluyendo á sus gefes, que en su mayor parte perecieron al servicio de la Francia en la desgraciada batalla de Crequi. Durante el gobierno de Murta llevo Viñoro celebre capitan Genoves, las armas de la república hasta la isla de Chio que conquistó para su pais: este general dió un ejemplo de humanidad que deberia ser imitado, pues al morir dejó una parte de sus riquezas para dotar las infelices virgenes que sus armas hubieran hecho huérfanas.

Tras Murta que falleció en 1350, vino Valenti; quien apesar de sus triunfos sobre los Venecianos no tuvo el don de hacer apetecible la clase de gobierno que presidia y hubo de abdicar: prefiriendo entonces los genoveses pasar á ser subditos del arzobispo de Milan Juan Visconti en 1355, despues de haber perdido el

28 de agosto su armada empleada contra los venecianos. La muerte del arzobispo milanés produce un conflicto del cual se aprovecha el prófugo Simon Bocanegra para hacerse reelegir Dux por el pueblo á quien habia armado.

Simon no vaciló en la conducta que habia de seguir : se la dictaba su venganza. Persiguió á los nobles y sobre todo á la familia de los Viscontis que se vengó de él haciendole envenenar en el año 1363. Para reemplazarle se empleó una especie de eleccion de cinco grados que parecia no poder dar otro resultado que el caos y la confusion : el pueblo proclamaba veinte electores; estos nombraban sesenta, los sesenta, votaban á su vez veinte y uno; estos escogian diez que elegian el *Dux*. Gabriel Adorno tuvo este honor despues de la muerte de Bocanegra. Apenas nombrado se ve atacar por Montalli, genoves; á la cabeza de una faccion milanesa, que lo obligó á estipular el pago de un tributo. Sus tenientes, lo malquistaban con el pueblo sobre todo Domingo Fregoso el primero de ellos; que intrigó hasta hacerlo huir abandonandole el puesto que codiciaba y ocupó en 1371. Ocho años despues Antonio Adorno y Nicolas Guarco fingen que los venecianos y milaneses atacan á Génova; reunen gente con el supuesto fin de defenderla y luego que se ven rodeados de sus parciales armados, caen sobre el Dux á quien aprisionan, sustituyendole Adorno que luego renunció en favor de Guarco.

Mientras Guarco, que no era guerrero, hacia que sus capitanes cercaren y humillaren el orguyo de los Venecianos otro movimiento le hizo levantar el cerco para calmar una nueva sedicion , estimulada por su ex-compañero Adorno por Montalto y otros, de la cual no se libró sino consintiendo compartir la autoridad con cuatro Mentores; entre los cuales estaba el mismo Montalto. Luego que llegó la hora de caer Guarco se presentó Adorno como candidato; pero prefirieron á Montalto que no sobrevivió mucho tiempo á este triunfo. Adorno que habia encerrado á Fregoso le faltaba energía, y abandonó la partida al primer pequeño disturbio escapandose : los Genoveses eligieron Dux á Jaime Fregoso. Pero estas elecciones eran mas el voto solo de un partido que el de la nacion, así la menor sorpresa cambiaba la escena. Comiendo Fregoso un dia vió entrar en la sala en que comia, á Adorno que con mucha tranquilidad lo invitó á seguir comiendo con él para ir despues á seguir la vida de preso que habia trocado por el birrete de Dux : Adorno venia á ocupar su puesto. Habria sido de alabar que este no hubiese obrado despues con mas crueldad. Se hizo odioso y le odiaron : se ocultó y le persiguieron; su nombre se pronunciaba con imprecaciones y otro nombre el de Moltalto con alabanzas y bendiciones. En tanto que este último recuerdo se repetía, hubo quien emitiera la idea de elegir al hijo del que lloraban muerto y le hicieron Dux. Tres facciones trabajaron al momento contra él : la de Adorno, la de Guarco ó sus hijos y la de los partidarios de Bocanegra. La guerra civil que sobrevino fué espantosa pues en la misma ciudad se arrojaban teas encendidas á los edificios y los tejados eran desechos para ser lanzados á las calles.

Tanta calamidad pareció exigir el nombramiento de un Dux que no perte-

ciere á partido alguno y con esta mira se llamó á aquella dignidad á Furtiniano, que bien pronto se vió solo y por consiguiente imposibilitado de contener las facciones; por lo cual abdicó. Los cinco contrincantes que hemos mencionado continuaron despedazando al pueblo, que para cortar el mal de raiz proclamó á Montalto Dux perpétuo. El nuevo dictador disipó de un soplo las facciones, haciendo huir á todos los candidatos escepto solo Bocanegra que se dejó cojer y fué condenado á muerte. En el momento de ejecutar la sentencia, Montalto que la presenciaba, se compadeció de él y le perdonó. No fué este rasgo de bondad el que solo diera á conocer el carácter magnánimo de Montalto; pero ni su bondad, ni su prudencia, ni su talento fueron bastantes á acabar con las facciones en que aquel desgraciado pueblo estaba dividido. Cansado Montalto de tanto luchar con tan ingrata gente, se embarca y encamina á Gavi abandonando á Génova á su suerte.

Nicolás Zoaglio reemplazó á Montalto; Adorno se presentó á las puertas de la ciudad cuya entrada le niega el Dux; suplica que le permitan vivir retirado; luego entra, llama á Fregoso y Guarco; combaten reunidos á Zoaglio; este les abandona el puesto y para saber cual de ellos ha de reemplazarle, lo dejan á la suerte: esta decide que sea Guarco. Vuelve Montalto apoyado por los Fiesqui; Adorno trabaja por su cuenta y Fregoso unido á Guarco, unos á otros se despedazan. El primer vencido es el último nombrado que tiene que escapar, y poco despues Adorno es hecho prisionero por Montalto. Pero este era menos astuto que aquel y el vencido es aclamado Dux excitando la cólera del vencedor que con nuevas fuerzas vuelve sobre él; pero Adorno queda dueño del campo.

Despechado Montalto y conociendo la disposicion de los ánimos, trata de entregarle á Génova á Cárlos VIII de Francia, pero Adorno conociendo el peligro y calculando las ventajas de anticiparse en este comercio á su enemigo, hace la misma proposicion al monarca francés, quien como era de inferir prefiere tratar con el que tenia en sus manos las riendas del poder, pues que los otros no le ofrecian mas que un apoyo para la conquista. ¡Hé aqui uno de los ejemplos mas notables que pueden citarse á los ilusos que creen que la libertad consiste en la forma de gobierno en que todos participan del mando! ¡La república de Génova además de tener que buscar sus autoridades supremas fuera del pais, hubo de apelar en poco tiempo al yugo de tres tiranos; porque le parecia mas apetecible la tea incendiaria de Roberto de Nápoles, ó el báculo de hierro del arzobispo Visconti, ó el tribunal de sangre del capitan de justicia francés, que el estado perpétuo de agitacion de la república!

Los horrores de que fué testigo Génova durante la dominacion de Boncicaut, gobernador francés, no son de este lugar; porque no son de la historia de un pueblo que dejó de tener existencia propia y pasó á ser colonia de otro: baste decir que las revueltas continuaron escitadas por Luarco, y produjeron no pocas víctimas, entre ellas el célebre Bocanegra á quien Montalto habia dado la vida. Solo debemos mencionar como hecho notable en tiempo del mando de aquel tira-

no, el establecimiento del Banco de San Jorge, que ha sido el modelo de los bancos. Los franceses mantuvieron su presa entre las garras, hasta que la Alemania entera se conjuró para arrojarlos del suelo itálico. Aun entonces la república no se vió libre de un tirano, sino para someterse á otro príncipe estranjero, el marqués de Monferrato, en calidad de capitan general de la república. Pero este señorio no le duró porque habiéndose afiliado á uno de los partidos, el otro lo desconceptuó, atribuyéndole las persecuciones de que era víctima, y entre ellas, la prision de uno de los Adornos, y el asesinato de un Fregoso; gibelinos ambos.

Antonio Adorno, como víctima, fué el elegido del pueblo para nuevo Dux, y quiso darle á los espíritus diferente giro dirigiéndolos hácia las empresas útiles, capaces de apartarlos de la senda de la anarquía; quiso establecer leyes que arreglasen las costumbres. Entre otras hizo una sobre las cualidades de la elegibilidad del Dux: era preciso para serlo, segun ella, ser genovés, del cuerpo de los mercaderes y tener cincuenta años. Izardo Guarco consiguió reemplazar á Adorno pero fué Dux solo por siete dias en 1421. Sin interrupcion le siguen Montalto, que no logra ser Dux; pero que lanza á Adorno para que se aproveche el jurisconsulto Bernabé Guarco, quien se vé forzado á abdicar, y le reemplaza Tomás Fregoso. Este Dux de brillantes cualidades sometió la Córcega sublevada, hizo un excelente uso de la riqueza pública, y entre otros el de la límpia del puerto de Génova: así fué que la envidia que siempre persigue á la virtud, se desencadenó contra él. Los Guarco, Spínola, Montalto y Adorno, llamaron contra Génova la mayor parte de la Italia y aunque Fregoso quiso sostener la independencia de la república hubo de ceder al torrente y abdicó en el duque de Milan Visconti: la república volvió á pertenecer á un nuevo dueño á quien no amaba, deshaciéndose de un gefe venerado á quien señaló rentas con que vivir en su retiro.

El duque de Milan para dominar mejor á Génova la debilitó, sacando sus fuerzas para pelear con los venecianos, aragoneses y florentinos; cedió sus castillos y plazas fuertes, y promovió la desunion, harto fácil en aquella república. Pero las atrocidades cometidas por su general Piccini que no daba cuartel á los vencidos, y que llevó el escándalo hasta vender en subasta pública las mujeres y niños que hacia prisioneros, excitaron la ira de los genoveses contra su amo y sacudieron su yugo. Isnardo Guarco fué entonces de nuevo elegido Dux; pero lo dejó voluntariamente á Tomás Fregoso á quien de derecho correspondia. Para vengarse el duque eligió por instrumento á Tomás Bautista Fregoso; pero este fué vencido y hecho prisionero por su hermano: que con su perdon se hizo de él un amigo. Pero su enemigo no desiste; elige otro instrumento en Juan Antonio Fiesqui, que valiéndose de la suma confianza de Tomás, se introduce en la ciudad y apenas le dá tiempo para estipular su retirada á Sarsana su antigua habitacion. Ocho capitanes de la libertad que entonces eligieron, no duraron mas que un mes y los sustituyó otro Dux llamado Rafael Adorno; hombre tan modesto que tres años despues abdicó espontáneamente en Bernabé Adorno. Pero una sorpresa he-

cha con un solo bajel, montado por veinte hombres, permite á Jano Fregoso llegar hasta el palacio y obligar á huir á Bernabé, obteniendo por esta victoria, que se le confiriera la dignidad de Dux; pero su muerte acaecida un año despues hizo Dux á Luis su hermano que por no ser á propósito para el encargo solicitó á Tomás, el solitario de Sarsana, mas este se negó rotundamente á abandonar su retiro y el birrete fué á parar á su sobrino Pedro Fregoso.

Pedro dió muestras de energia, y aun puede decirse que de severidad, como lo deja ver el rasgo siguiente: un noble llamado Galeoto profiere espresiones contra el Dux y al siguiente dia amaneció ahorcado con la toga de senador y esta inscripcion á los pies. *Por haber dicho lo que no debia.* Fregoso habia hecho la guerra con lealtad; unas veces al rey de Aragon Fernando, que fué despues el *Católico* y otras á la Francia; pero habiéndose ligado los Adornos con el primero para arrancarle del sólio, prefirió estipular la entrega de Génova al de Francia no avergonzándose de recibir una cantidad como indemnizacion de su sacrificio. Indignado el rey de Aragon lleva delante de Génova la guerra y el hambre; pero con el socorro de los franceses, Pedro Fregoso quedó sin enemigos, y entonces estorbándole los que él mismo habia llamado, quiere quedarse dueño único del campo. Los franceses tenian buena guarnicion en la plaza, y hubo necesidad de buscar un pretesto en la reclamacion de lo que se le debia para hacerlos espulsar de la ciudad. Pide socorro al de Milan; acude al de Aragon; recoge los descontentos y vuelve delante de Génova donde penetra temerariamente creyéndose seguido de los suyos, pero abandonado por ellos cae herido por una maza en la cabeza. No pasó mucho tiempo sin que los genoveses apelasen á las armas, y llamando á Pablo Fregoso y Próspero Adorno, sorprenden la guarnicion y eligen al último como Dux de Génova. Aquellos dos hombres á cual mas perversos tardaron poco en hacerse enemigos y á la vista del ejército francés que los sitiaba, se batieron sus partidarios en las calles de la ciudad quedando vencido Adorno y resultando elegido Dux no el vencedor, sino un pariente suyo Luis Fregoso que fué luego exonerado por el arzobispo de Génova. El pueblo vuelve á Luis el birrete y el arzobispo se lo vuelve á quitar. Luis XI de Francia cansado de una soberanía que le daba mas que hacer que el resto de su reino, hizo dejacion de ella y se cuenta que habiéndose presentado algunos diputados genoveses á rogarle que no hiciera tal, le dijeron: «Señor con toda sinceridad nos entregamos á V. M.» El rey les contestó: «Y yo con toda sinceridad os doy al diablo.»

Tanto valia dejarlos en manos del arzobispo que cometió tantos actos de barbarie, que Génova acudió á Francisco Esforcia, duque de Milan, el cual con no poco trabajo los libertó de aquel monstruo y restableció la calma en la ciudad. No fué tan político Juan Galeai, nuevo duque de Milan, como su padre y despues de descontentar al pueblo, quiso ensanchar las fortificaciones: causando con ello grande alarma y descontento. Tendido el cordel de alineacion fué cortado por Lázaro Doria, y hubiera pagado caro su atrevimiento sin la muerte del duque.

Con este acontecimiento se alentaron los Fregoso, Guarco, Adorno y Fiesqui para entrar en Génova, arrojar á los milaneses y hacer nombrar seis capitanes de la libertad.

Las armas milanesas vuelven contra Génova en compañía de todos los descontentos y despues de destrozar la ciudad á fuerza de proyectiles arrojados de la ciudadela, terminan por convenirse en el nombramiento de un gobernador que lo habia de ser Próspero Adorno, bajo la autoridad del duque de Milan. Mas pronto consiguió este sacudir el yugo estranjero y se hace nombrar gefe ó rector de Génova. La nobleza inquieta combate á Adorno valiéndose de Juan Bautista Fregoso y logra hacerle salir huyendo hasta tener que arrojarse al mar para alcanzar unas naves napolitanas que estaban á la vista. Como era de esperar Juan Bautista fué elegido Dux, y contra lo que era de presumirse de un hombre que se habia manifestado codicioso vendiéndose, no se mostró ambicioso; así vivia tan sin precaucion, que llamado un dia al palacio de su tio el arzobispo bajo el pretesto de comunicarle asuntos de importancia se halló en una emboscada que le obligó á abdicar en favor del prelado: que por tercera vez fué Dux.

El arzobispo que veia la decadencia de su autoridad quiso robustecerla contrayendo una alianza entre un hijo natural suyo, y una hija de la misma clase del duque de Milan, y los genoveses que vieron el lazo que se les tendia, volvieron á ofrecerse á la Francia: pero por tardar el socorro de esta potencia hubieron de aceptar un gobernador milanés que lo fué Adorno á nombre de Luis Esforcia, llamado el *Moro*. Ejercieron tal encargo los de aquella familia con todo el encarnizamiento que llevaban consigo las pasiones políticas y hicieron odiar la dominacion milanesa en Génova á punto que solo por temor los ayudaron contra los Franceses en Italia; pero luego que la victoria volvió sus alas al ejercito de estos, Génova se echó en brazos de Lnis XII. Este monarca vino á Génova y no hay una idea de los obsequios que recibió de aquellos republicanos; ¡tan aficionados á servir á un amo! Y fué en tan alto grado, que los nobles y plebeyos estubieron á punto de tomar las armas para disputar el honor de llevar el palio en la entrada publica quehicieron al nuevo Señor. Pero esto no fué mas que apariencia y los nobles tuvieron una verdadera preponderancia, que ya en 1510 se hizo intolerable por el pueblo que se levantó. Para ponerlo de acuerdo el Gobernador frances hizo crear doce magistrados ,sacados del pueblo á quien el llamó Pacificadores. Pero la pacificacion terminó bien pronto y Luis XII hubo de enviar un nuevo Gobernador mas severo que el saliente y tan rigido como Boncicaut pero de menos talento, quien despues de una porcion de medidas desacertadas se cansó de los Génoveses y abandonó su puesto. Al instante los tribunos se aprovecharon para nombrar nuevo Dux á Pablo Novi, tintorero de oficio, y organizar una resistencia al ataque que se les preparaba por marchar el rey de Francia en persona contra ellos. La resistencia fué vana. Luis entró en Génova, castigó á los amotinados y construyó una nueva ciudadela con el nombre de la Linterna, donde se hubo de encerrar su gobernador luego que

él salió de la ciudad despues de ver elegir Dux á Jano Fregoso en el año de 1512. El Dux lo sitia, pero los Adornos se declaran contra el Dux, éste hace asesinar á Jerónimo Fiesqui, y este homicidio decidió de su suerte; porque sus enemigos lo asedian con tal furor que tiene que salir de Génova con su familia. Antonio Adorno recibió entonces la investidura de Gobernador de los franceses; mas luego que estos caen, es elegido Dux Octavio Fregoso, quien acaba de espurzarlos del fuerte de la Linterna. Sin embargo, luego que las armas de Francisco I obtuvieron laureles, aquel mismo Dux consintió en hacerse Gobernador frances. ¡Desgraciado pueblo!

La victoria de Pavía fué funesta para Génova que á pesar de los esfuerzos de Octavio fué tomada por los imperiales, saqueada y pillada: hecho prisionero su Dux ó mejor dicho su gobernador, murió de pesar. Antonio Adorno es hecho Dux por la influencia del emperador y luego que las armas de este sufren un revés, se niega á aceptar los ofrecimientos de la Francia que toma á Génova á pesar de su resistencia.

VII.

En 1528 Andrés Doria célebre marino genovés, quiso emancipar á Génova del yugo estranjero y para ello se aprovechó de una asoladora peste que tenia casi desguarnecida á Génova y al grito de *¡San Jorge y Libertad!* desembarcó con quinientos hombres y obligó á huir al gobernador francés Trivulce. Doria recibió por este hecho el título de Padre y Libertador de la patria. Al siguiente dia se nombraron doce comisarios para que propusiesen un plan de gobierno, y el libertador se negó á ser de su número: de este trabajo resultó el arreglo del régimen que por muchos años sirvió de ley. Despues de arreglar á las familias nobles y las diferencias de los plebeyos, separados de la participacion del gobierno, limitaron á dos años el encargo del Dux, y su poder á estar sometido á un consejo privado de ocho gobernadores: agregándoles además ocho magistrados denominados procuradores. El gran consejo que se reunia para los negocios de mayor importancia se componia de cuatrocientos ciudadanos. El consejo pequeño lo era de ciento tomados del grande. Este proponia al grande una cuaterna de individuos, entre los cuales aquel elegia el Dux. Entre los muchos magistrados creados, los mas notables eran el gefe de la justicia criminal que se llamaba *Potestad* y habia de ser estranjero, y los censores que componian el tribunal de este nombre; que era un tribunal de residencia donde daban cuenta del desempeño de su deber todos los funcionarios, despues de dejar sus cargos: incluso el mismo Dux.

Doria no quiso otra recompensa mas que el título de Censor, que por escepcion se le dió por toda su vida. La república le concedió además un palacio y le hizo levantar estátuas. Sus consejos hicieron mas sensata á Génova, captándola la benevolencia del emperador y reconciliándola con la Francia.

En 1547, un jóven ambicioso, Juan Luis de Fiesqui, quiso turbar la paz de que gozaba la república. Todo parecia conjurarse en su favor y cuando en la sorpresa general le aclaman sus amigos y le busca el senado para tratar de las condiciones con que acepte el mando, no se le encuentra. Una tabla rota colocada á la salida de una de las naves, indica una desgracia; y en efecto, su cuerpo se encuentra sin vida, sumergido en el agua por el peso de su armadura. Este accidente puso fin á esta revolucion. Doria murió en 1560 lleno de gloria y colmado de honores.

Desde el establecimiento del cargo bienal de Dux, la república tuvo hasta el año de 1789 los que van á continuacion inscriptos con el año en que entraron en sus funciones.

Uberto Cactaneo......	1528	David Vacca........	1587
Bautista Spínola......	1531	Bautista Negroni.....	1589
Bautista Lomelini.....	1533	Juan Agustin Justiniani...	1591
Cristo Grimaldi Rosso...	1535	Antonio Grimaldi Ciba...	1593
Juan Bautista Doria....	1537	Mateo Seranega......	1595
Andrés Justiniani.....	1539	Lázaro Grimaldi Ciba...	1597
Leonardo Cataneo.....	1541	Lorenzo Sauli.......	1599
Andrés Centunoni.....	1543	Agustin Doria.......	1601
Juan Bautista Tornari...	1545	Pedro Franchi.......	1603
Benito Gentili.......	1547	Lucas Grimaldi......	1605
Gaspar Grimaldi......	1549	Silvestre Invria......	1607
Lucas Spínola.......	1551	Gerónimo Assereto.....	1607
Jacobo Promontorio....	1553	Agustin Pinnello......	1609
Agustin Pinillo.......	1555	Alejandro Justiniani....	1611
Pedro Juan Clavijo Cibo..	1557	Tomás Spínola.......	1613
Gerónimo Vivaldi.....	1559	Bernardo Clararezza....	1615
Pablo Bautista Gindice Calvo...........	1561	Juan Jacobo Imperial...	1617
Bautista Cicola Zoaglio...	1561	Pedro Durazzo.......	1619
Juan Bautista Lercaro...	1563	Ambrosio Doria......	1621
Octaviano Gentili Odevieca.	1565	Jorge Centurion......	1623
Simon Spínola.......	1567	Federico de Franchi....	1623
Pablo Moneglia Ginitimani.	1569	Jacobo Lomellini......	1625
Giannollo Lomellini....	1571	Juan Lucas Chiavari....	1627
Jacobo Durazzo Grimaldi..	1573	Andrés Spínola......	1629
Próspero Fatmenti Centurioni..........	1575	Leonardo Torre......	1631
Juan Bautista Gentili....	1577	Juan Esteban Doria....	1633
Nicolás Doria.......	1579	Juan Francisco Brignole..	1635
Gerónimo de Frangi....	1581	Agustin Palavicini....	1637
Gerónimo Chiavati.....	1583	Juan Bautista Durazzo...	1639
Ambrosio di Negro....	1585	Juan Agustin de Marini...	1641
		Juan Bautista Lescaro...	1643
		Lucas Justiniani......	1645

Juan Bautista Lomellini. . 1646
Jacobo de Franchi. 1648
Agustin Centurion. 1650
Gerónimo de Franchi. . . . 1652
Alejandro Spínola. 1654
Julio Sauli.. 1656
Juan Bautista Centurioni. . 1658
Juan Bernardo Frugoni. . 1660
Antonio Invrea. 1661
Esteban Mari. . , ... 1663
César Durazzo. 1665
César Gentili. 1667
Francisco Garbarini. . . . 1669
Alejandro Grimaldi. . . . 1671
Agustin Saluzzo. 1673
Antonio Pazzano. 1675
Gianuettino Odone. 1677
Agustin Spínola. 1679
Lucas Maria Invrea.. . . . 1681
Francisco Maria Imperial Lescaro. 1683
Pedro Durazzo. 1685
Lucas Spínola. 1687
Uberto Torre. 1689
Juan Bautista Cataneo. . . 1691
Francisco María Invrea. . . 1693
Bendinelli Negroni.. . . . 1695
Francisco Salui. 1697
Gerónimo Mauri. 1699
Federico Franchi.. 1701
Antonio Grimaldi. 1703
Esteban Honorato Ferelo. . 1705
Domingo María Mari. . . . 1707
Vicente Durazzo. 1709
Francisco Maria Imperial. . 1711
Juan Antonio Justiniani.. . 1713
Laurencio Centurioni. . . 1715
Benito Viali. 1717
Ambrosio Imperiale. . . . 1719
César de Franchi. 1721
Domingo Negroni. 1723
Gerónimo Veneroso. . . . 1726
Lucas Grimaldi. 1728
Francisco María Balbi. . . 1730
Domingo Maria Spinola.. . 1732
Juan Esteban Durazzo. . . 1734
Nicolás Calaneo. 1736
Constantino Balbi. . , . . 1738
Nicolás Spínola. 1740
Domingo María Canevano. 1742
Lorenzo Mari. 1744
Juan Francisco María Brignole. 1746
César Cataneo. . . . . . . '1746
Agustin Viali. 1748
Esteban Lomellini. 1750
Juan Bautista Grimaldi. . . 1752
Juan Jacobo Esteban Venerobo. 1754
Juan Jacobo Grimaldi. . . 1756
Mateo Fransone. 1758
Agustin Lomellini. 1760
Rodulfo Brignole Sale. . . 1762
Maria Cayetano de la Rovere. 1765
Marcelino Durazzo. 1767
Juan Bautista Negrone. . . 1769
Juan Bautista Cambiaso. . 1771
Alejandro Pedro Francisco Grimaldi. . . , ... 1773
Brisio Justiniani. 1775
José Lomellino.. 1777
Jacobo Maria Bringoli. . . 1779
Marco Antonio Gentile. . . 1781
Juan Bautista Airoli. . . . 1783
Juan Cárlos Pallavicini. . . 1785
Rafael Ferrari: 1787
Aleram Pallavicini. 1789

Esta série de Dux ha gobernado la república durante los acontecimientos que hemos relatado, sin que se haya alterado hasta la época á que llegamos, el órden que habia establecido la buena legislacion que Andrés Doria dejó trazada. ¡Tal es la fuerza de las buenas instituciones!

No es esto decir que no hubiere despues disensiones; porque estas son tan interminables como las pasiones de los hombres, pero no fué poco beneficio el que en medio de las contiendas suscitadas entre las diferentes clases de nobles y por los diferentes partidos que se inclinaban ya á Francia ya á España, no se trastornase el órden que con tanta facilidad se conmovia en las anteriores épocas.

Génova tranquila, principió á prosperar y pudo ser el banquero general de la Europa. En 1581 el Dux tomó el tratamiento de Serenísimo y poco mas tarde se estableció el terrible tribunal de la Inquisicion de estado.

En otra parte hemos hecho mencion de los ataques sufridos por Génova, en la época á que nos vamos refiriendo de parte de los duques de Saboya sus actuales señores. En 1628 el duque quiso valerse de un tal Vachero, plebeyo rico que habia sido insultado por los nobles, para apoderarse de la dominacion del estado; pero descubierto el plan, Vachero fué decapitado. Mas tarde, concertado el mismo duque con un intrigante llamado Rafael de la Torre hijo de un jurisconsulto, llevó sus armas, con poco éxito, al corazon de la república. La política que siguió despues aquel Estado, se resentía de su posicion, porque necesariamente habia de seguir el partido que mas poder ostentase. Así fué fiel aliada de los monarcas españoles, desde el emperador Cárlos V hasta que las armas de Castilla se embotaron. Ligada contra Luis XIV, sufrió las vejaciones que sufrieron los demás estados que le hicieron oposicion y no pudieron ponerse á cubierto de su venganza. La irritacion de Luis contra Génova, no encontró otro calmante mejor que mandar á Seignelay á incendiar á Génova ó traerle á su Dux para que le ofreciese una satisfaccion. Así lo ejecutó aquel general no curándose de ninguna de las proposiciones que se le hicieron para evitar tan humillante paso: las bombas llovian sin interrupcion mientras el senado deliberaba, y el Dux no tuvo otro remedio mas que enderezar hácia Versalles.

No fué para los genoveses menos fatal la guerra de sucesion suscitada en España á la muerte de Cárlos II, el último de los reyes de la rama austriaca, pues, vacilando la república entre uno y otro partido, fué víctima de ambos. Despues de mil infortunios hubo de abrir sus puertas al general austriaco, marqués de Botta; que obró con los genoveses como si fuese pais conquistado, exigiéndoles una contribucion de cien millones de reales, obligándoles á equipar treinta mil soldados; á proveer de víveres, forrage, leña, y tiendas de campaña al ejército; y por último, á devolver los diamantes de la corona que tenian en prenda por cuantiosas sumas que sobre ellos habian sido prestadas: lo cual equivale á renunciar al cobro de sus capitales. Todo lo sufria el pueblo en silencio y ya los austriacos se retiraban llevándose la artillería de la plaza, cuando la rotura de una cureña, acaecida en una de las calles se necesitó echar mano para ayudar á levantarla, de algun curioso que no hubo de andar listo y recibió un bastonazo de un oficial; vengóse el mozo dando una puñalada al austriaco; las tropas y el pueblo toman parte en la cuestion y en breve los austriacos son rechazados del territorio de la república.

En 1768 Génova cedió á la Francia la isla de Córcega, que aun pertenece á aquella y todo marchaba sin perturbacion alguna, cuando la revolucion francesa vino á agitar aquel Estado, hasta que en 1796 fué ocupado por el ejército francés y dejó de ser república de Génova para formar la nueva república Liguriana,

cuya existencia se prolongó hasta 1805 en que fueron definitivamente incorporados los estados de Génova al imperio francés, y formaron los departamentos denominados de Génova, de los Apeninos, y de Montenote. La historia de este Estado hasta el Congreso de Viena, pertenece á la Francia y es de otro lugar: en 1815 Génova formó parte de los estados sardos por acuerdo del congreso de Viena, y los soberanos de aquellos Estados, los duques de Saboya, lo han sido desde entonces del territorio que fué de aquella república: el órden de los acontecimientos nos conduce á seguir la historia de aquellos estados, no ya separadamente sino reunida en un solo cuerpo y formando la del nuevo reino de Cerdeña.

VIII.

Este nuevo reino, que como hemos dicho debe su existencia á las miras políticas de los soberanos reunidos en el Congreso de Viena, mas que á los derechos de la casa de Saboya; pues que como tambien hemos visto esta no tenia ningunos que alegar, sobre algunas partes muy considerables del territorio que se designaba para la formacion del nuevo reino, se compone hoy, del antiguo ducado de Saboya, menos una pequeña porcion adjudicada al canton de Ginebra correspondiente á la Confederacion Helvética; del principado del Piamonte; de los ducados de Aosta y del Monferrato; del señorío de Verceil; de los marquesados de Saluces é Ivrea; de los condados de Niza y Asti y de la isla de Cerdeña. A estas que eran antiguas posesiones de los soberanos de Saboya fueron agregados en 1814 por el Congreso de Viena los estados correspondientes á la república de Génova, una pequeña parte del Milanesado y la isla de Capraja. Por esta fusion de muchos estados en uno, con que la política europea queria evitar las eventualidades del engrandecimiento futuro de la Francia por esa parte dejándola poner un pié en Italia, Victor Manuel que se habia visto el mas desgraciado de los soberanos del Piamonte, reducido á un triste islote, se encontró colocado sobre un trono, y con los elementos necesarios para hacer de sus dominios una nacion respetable.

Pero desgraciadamente Victor Manuel, el V de su nombre, no era uno de esos espíritus privilegiados en la política, que saben penetrar los secretos del porvenir, guiados por la esperiencia de los siglos; sino de aquellos que fascinados por las imágenes que tienen mas cercanas se crean un plan de conducta opuesto al que hubiera debido seguir. En efecto el monarca sardo desconoció el espíritu del siglo y las tendencias regulares que habia de dársele á la organizacion de un

estado nuevo como el del Piamonte, y se encerró en una política de reaccion; amedrentado sin duda con lo que las ideas exageradas de la revolucion, que lo habia destronado, le habian hecho sufrir.

Una conducta tan opuesta á los intereses de su reino, predispuso los ánimos para que la menor chispa produgese un incendio, que fuese muy difícil de apagar. Apenas resonó en Italia el grito de libertad dado en Cádiz, cuando estalló en el Piamonte una terrible revolucion que Victor Manuel se vió en la imposibilidad de dominar; y por ello hubo de abdicar dejando la corona bastante comprometida á Cárlos Felix su hermano.

El reinado de este Principe no es para Cerdeña de feliz recuerdo; porque en las naciones, la pérdida de tiempo es un mal irreparable, y el pais que en medio de los adelantos de los demás permanece estacionario se encuentra bien pronto á la espalda de la civilizacion, y ha menester apresurarse mucho para alcanzar á los que van delante. Cárlos Felix pasó su oscura vida entregado al partido clerical, que como era consiguiente, no le permitió pensar en que su reino habia menester reformar toda una administracion que las circunstancias políticas habian hecho sumir en el caos, con el fin de separarse de la establecida durante la dominacion francesa; sin reemplazarla por un sistema uniforme, bueno ni malo. El indolente monarca falleció en 1831 dejándolo todo por hacer al príncipe de Cariñan; que tomó luego el nombre de Cárlos Alberto y una posicion tan ventajosa en el catálogo de los príncipes ilustrados.

No subió este las gradas del trono acompañado de las bendiciones del pueblo italiano, que creia tener graves quejas contra sus servicios prometidos en favor de la libertad de la Italia. Quejas que fundaban los liberales del suelo itálico; porque suponian abortada la revolucion que habian preparado diez años antes; por la irresolucion del príncipe á tomar abiertamente su partido. Sin embargo, es fuerza confesar, que con aquel retraimiento Cárlos Alberto, ha hecho mas servicios á la libertad de su patria que si llevado de un imprudente ardor se hubiese arrojado en una causa, entonces desesperada, que no habria hecho mas que inhabilitarlo para subir al trono y privarlo de tender desde él la mano á esa misma libertad revestida de mejores formas y por consiguiente mejor dispuesta para asegurarse pausada y sosegadamente el dominio del mundo.

Pero el príncipe de Cariñan llevaba al trono algo mejor que una efímera popularidad; porque llevaba consigo el fruto de su aplicacion á tomar las lecciones que podian aprovecharle para el mando de sus pueblos; lecciones que habia recibido en la escuela práctica del mundo político. Desde el año de 1813 Napoleon le habia conferido un grado en el ejército francés, y mas tarde habia hecho la guerra en España, y es evidente que un príncipe heredero de una corona no espone asi su persona sin un objeto de miras muy elevadas: y seguramente que no puede haberlo mayor que el de aprender á gobernar los pueblos en el gran teatro de la representacion del mundo.

Así Cárlos Alberto desde que subió al poder tuvo en mira la reforma completa de la viciosa administracion de Cerdeña; ó mejor dicho, su reorganizacion y no hubo ramo de ella que mas ó menos pronto, no fuera objeto de su cuidado. Las relaciones comerciales de sus estados con los demás de Europa adolecian del vicio de las antiguas rutinas, admitidas como principios económicos, que un estudio profundo de esa ciencia ha hecho conocer viciosas. El fué poco á poco reformando aquellos, con nuevos convenios mas arreglados á los buenos principios de justa libertad en el comercio. La administracion de justicia en Cerdeña era un conjunto de monstruosidades, que hicieron lugar á una jurisprudencia, que si no es perfecta, se armoniza mas con lo que exige el estado de la sociedad moderna y satisface mejor las necesidades de la época: en una palabra, los ramos todos del Estado, sufrieron reformas que lo prepararon al cambio político que los acontecimientos del año de 1848 aceleraron; pero que en el Piamonte estaban esperados y para los cuales habia ya la preparacion necesaria. El Estatuto fundamental, ó sea la Constitucion sarda, elaborada de antemano en el sentido de la de Florencia y otras fué proclamada el 4 de marzo del mismo año.

Por el mismo tiempo la Italia entera se conmovia agitando sus cadenas y queriendo romperlas. Nápoles y Toscana recibian, como Cerdeña, una constitucion elaborada antes de la revolucion de febrero y que tenia mucha semejanza con la Carta de 1830. No es pues difícil de esplicar por que pueblos como Milan y Venecia que gemian hacia muchos años por recobrar su independencia creyesen llegado el momento de alcanzarla, y viesen una luz de esperanza en los sentimientos caballerescos de Cárlos Alberto que se quiso constituir en campeon de la libertad de Italia. La esplosion fué tan repentina que Austria, harto preocupada ya con lo que la amenazaba de mas cerca en el centro de Alemania, no pudo resistir el primer impulso y sus guarniciones hubieron de abandonar la mayor parte del territorio italiano. Los ducados de Parma y Módena se habian unido al rey de Cerdeña que no vaciló en adelantarse en busca del ejército austriaco. La fortuna favoreció sus armas, mientras no tuvo mas enemigos que los que peleaban en el campo de batalla. El arrolló á los imperiales en Pastrengo, en Santa Lucia, y en Goito, donde el valor del ejército piamontés rayó en heroismo, y ya el entusiasmo producido por estas victorias hacia creer tan segura la consolidacion de la independencia italiana, que los estados de Lombardía y Venecia habian votado la anexion de estos paises al de Cerdeña, bajo el cetro constitucional de Cárlos Alberto, cuando la política por un lado y la envidia por otro empezaron á enervar la fuerza moral del ejército libertador, permitiendo que se rehiciese el enemigo. Nápoles, luego que vió las victorias consecutivas del rey de Cerdeña, temió la preponderancia, que habria de tomar en Italia con su futuro engrandecimiento. Los republicanos por otra parte, con Mazzini á la cabeza, no disfrazaron su descontento al ver la victoria conducida por una testa coronada, que hacia presagiar una absorcion del poder que les habria de dejar muy poco á ellos. El papa por su parte, á

pesar de haber sido el que despertó las ideas de independencia en Italia no quiso prestar un apoyo material contra un monarca que pertenecia al gremio de la Iglesia; la Francia asustada, de las tendencias de su propia revolucion, á semejanza de un niño que pone en movimiento las piezas de una máquina de vapor, no se atrevia á moverse; y la Inglaterra sorprendida del incendio general y no entrando en su política intervenir materialmente en aquellas contiendas; todos en fin dejaron abandonado al rey de Cerdeña á sus propios recursos y no fué difícil preveer, que era demasiado poderoso su enemigo para que pudiese resistirle largo tiempo.

Reforzado el ejército austríaco tomó la ofensiva y el 25 de julio derrotó á Cárlos Alberto en Custozza y esta derrota fué decisiva, por lo que el 5 de agosto tuvo aquel guerrero que consentir la capitulacion de Milan y terminó su primera campaña sometiendo de nuevo al Austria la Lombardia. Pero era tal el movimiento febríl de la época, que Cárlos no pudo reprimir el ardor que llevaba al campo de batalla; porque hasta el mismo senado sardo le excitaba á empuñar las armas: consejo que con insistencia le dieron sus propios ministros. Desgraciadamente aunque la revolucion parecia entonces hacer progresos, los elementos de fuerza con que el de Cerdeña contaba eran los mismos y el resultado le fué fatal. Vuelta á emprender la campaña en el mes de marzo de 1849, fueron suficientes algunos dias para terminarla. Los dos ejércitos se encontraron en Novara y aunque Cárlos hizo esfuerzos sobrehumanos no pudo vencer la superioridad numérica y mejor armamento de su enemigo.

La derrota de Novara trajo como consecuencias, la abdicacion de Cárlos Alberto en su inmediato sucesor y poco despues su muerte, que el disgusto y fatiga produjeron, léjos de su patria. El nuevo rey Victor Manuel, hijo de Cárlos Alberto juró la Constitucion, que hemos dicho ya llamarse el Estatuto fundamental y ha seguido las huellas de su padre en la administracion del Estado. Este príncipe, que ha ofrecido su vida en el campo de batalla donde se peleaba por la libertad, tiene la ventaja de ser creido por sus pueblos y poder hacer aceptar por ellos cualquier medida que tienda al bien general porque están persuadidos de que el rey es el primer defensor de esas libertades patrias, por las cuales ofrecen sacrificarse. Así ha podido lanzarse á proponer cuestiones espinosas y hacer reformas de las mas trascendentales, que en otros paises hubieran producido un descontento sin límites.

Entre las primeras se halla la que se derivaba del compromiso contraido por el pacto de 6 de agosto de 1849. Tratado impuesto por la fuerza de las armas austriacas, pero que no por eso dejaba de necesitar ser ratificado y aprobado por la cámara para ponerse en disposicion de hacer frente á los compromisos que llevaba consigo el tratado. La Cámara de 1849 se habia negado á su ratificacion, prefiriendo dejar este doloroso encargo á otra que fué en efecto convocada, y esta tal vez habria tambien preferido los inconvenientes de una nueva ruptura, si el conde de

Balbo, relator ó secretario de la comision nombrada para el exámen del proyecto, no hubiese propuesto con un tacto y delicadeza que honra al autor del pensamiento, que se aprobase aquel por un voto de silencio. La cámara halló el pensamiento conforme á su dignidad y aprobó el proyecto por este singular medio, en su sesion de 7 de enero de 1850.

A las segundas medidas atrevidas del gobierno piamontés, es decir, á las cuestiones peligrosas, pertenece el proyecto de ley de la que habia de llamarse y se ha llamado despues *ley Sicardi;* y que tenia por objeto la abolicion del fuero privilegiado que gozaba el clero en los asuntos del foro temporal. Para comprender la influencia que pudiera tener esta cuestion en Cerdeña es menester conocer todo el ascendiente que allí tiene el clero entre las clases medias, y sobre todo entre los campesinos, que son los que mas votos cuentan para la eleccion de su representacion nacional; y hacerse cargo de la oposicion que el clero le habria de hacer. En efecto los conflictos llegaron hasta la misma capital del mundo cristiano; pero la fuerza de la razon venció los inconvenientes y la ley tuvo su efecto.

Las grandes dificultades con que se habia luchado para sacar adelante esta ley y las sensibles medidas á que habia obligado á recurrir la tenacidad del clero, habian hecho desistir de la presentacion de otras dos leyes, á saber: la de la desamortizacion y la del matrimonio civil. Mas comprometido el estado en cuanto á esta última, pues que es una consecuencia de la libertad de cultos permitida por la ley fundamental, hubo de presentarla y volver á excitar todo el poder del partido teocrático incluso su gefe el Santo Padre.

La ley sobre el matrimonio civil llevó entre otras cláusulas, la de que en el caso en que los contrayentes no puedan, por su religion, hacerlo segun los ritos de la del estado, puedan celebrarlo ante la autoridad civil. La oposicion que Roma ha hecho á esta ley ha sido aun mas fuerte que á la anterior, manifestando rotundamente al rey, en carta dirigida al mismo monarca, que el matrimonio no podia subsistir sin el sacramento, y que en cuanto se prescindiera de este, no seria matrimonio sino concubinato lo que se contraeria. El resultado de esta grande oposicion ha sido hallarla igualmente en el senado y no pasar la ley: cayéndose en la contradiccion de permitir á los súbditos del estado seguir la religion que les parezca pero no permitirles casarse sino segun el rito de una de ellas y prohibirles el amancebamiento como opuesto á la moral.

Otra de las cuestiones que se han suscitado al Piamonte en estos últimos tiempos, á consecuencia de la desgraciada intentona de Mazzini, sobre Lombardia; y que probablemente se renovará cada vez que aquellas tengan lugar, es la que la situacion del Piamonte y las ideas que profesa su gobierno, le han de procurar siempre que haya necesidad de emigrar de los estados italianos del Austria; porque Cerdeña no puede menos de abrir los brazos á los mártires de la libertad que busquen un asilo protector en su suelo, y esto será siempre motivo de desavenencias, como las ultimamente suscitadas, con motivo de la reciente emi-

gracion. Los que vinieron á acogerse al Piamonte sin intencion de volver á su desgraciado pais y se naturalizaron en él, es evidente que son piamonteses y que los decretos del emperador, no deberian comprenderles; sin embargo, el Austria no lo entiende así y quiere sujetar á una misma medida de confiscacion á los unos y á los otros. Afortunadamente el gobierno sardo que manifiesta el carácter que corresponde en las cuestiones en que la justicia está de su parte sabrá sostener su derecho, venga de donde viniese la agresion.

En los momentos en que escribimos estas líneas y damos con ellas fin á nuestro trabajo, una dolorosa desgracia ha venido á derramar el luto y el mas profundo desconsuelo en el régio alcázar, hiriendo al jóven monarca en dos augustas personas tan caras á su corazon como veneradas y queridas entre todas las clases del pueblo piamontés. Victor Manuel, con pocos dias de intervalo, ha visto arrebatadas á su cariño por la muerte, á su virtuosa madre la ilustre viuda del inolvidable Cárlos Alberto, y á su propia esposa, la archiduquesa de Austria Maria Adelaida, hija del archiduque Raniero en la flor de la edad y cuando apenas contaban doce años de una felicísima union, que el cielo habia bendecido dándoles de ella tres principes que aseguran la sucesion: á saber, el primero el principe del Piamonte, heredero de la corona; el duque de Aosta y el de Monferrato: con dos princesas.

En compensacion, y para consuelo de este doble infortunio, ¡quiera el cielo conservar la vida del jóven rey y la paz á sus pueblos, para que puedan llevar á cabo la obra de regeneracion política que con tanto trabajo se lleva adelante en naciones menos cuerdas que el Piamonte! Disfrute este de ese dón de cordura que le ha dado su fortuna para que llegue á figurar en el número de los Estados respetables de Europa.

Madrid, febrero de 1855.

G. Diaz del Valle.



C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid.

OSCAR I.º REY DE



SUECIA Y NORUEGA.

SUECIA Y NORUEGA.

OSCAR I.

I.



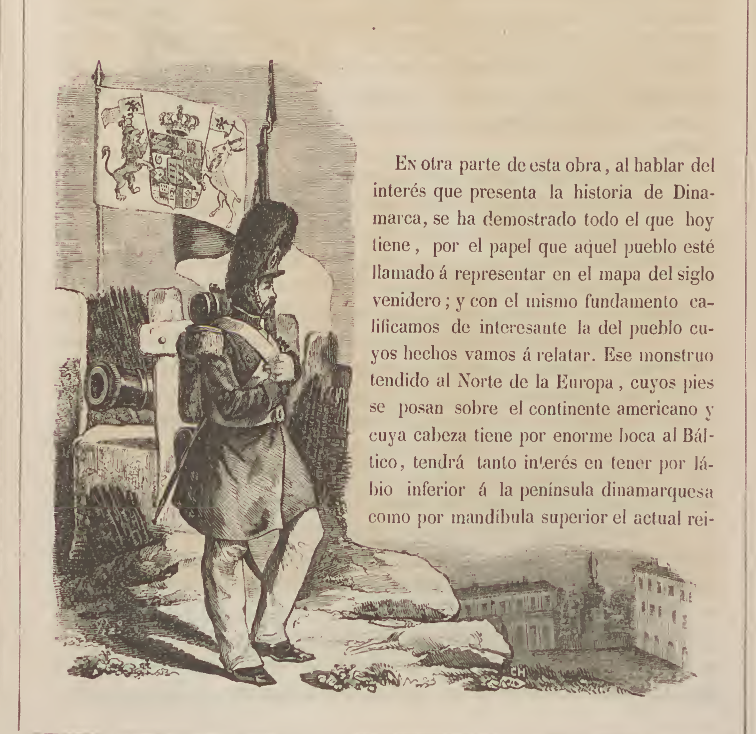
[illegible]



SUECIA Y NORUEGA.

OSCAR I.

I.



En otra parte de esta obra, al hablar del interés que presenta la historia de Dinamarca, se ha demostrado todo el que hoy tiene, por el papel que aquel pueblo esté llamado á representar en el mapa del siglo venidero; y con el mismo fundamento calificamos de interesante la del pueblo cuyos hechos vamos á relatar. Ese monstruo tendido al Norte de la Europa, cuyos pies se posan sobre el continente americano y cuya cabeza tiene por enorme boca al Báltico, tendrá tanto interés en tener por lábio inferior á la península dinamarquesa como por mandíbula superior el actual rei-

no de Suecia. La suerte, pues, de este pueblo pende hoy de la batalla que van á librarse el Norte y el Mediodia: las escenas sangrientas de Silistria, Odessa, Alma é Inkermam no son de ella mas que un ligero preludio.

El gigante Imer, de la leyenda escandinava, que tan poética religion ha formado para aquellos pueblos hasta que la aurora del cristianismo disipó sus tinieblas, se levanta hoy envuelto entre el opaco velo con que le cubren las nieblas del Norte para combatir por segunda vez á Odino, divinidad que sale del palacio de la Luz y va á librarle batalla; y de esa batalla ó ha de quedar vencido Imer y anegar con su sangre los demás mónstruos que le rodean, ó la morada esplendente de Odino habrá de oscurecerse y los Alfes ó espíritus alados y luminosos que vuelan en torno de ella perecerán ó buscarán un refugio donde esconderse. Esta bella alegoría que como decimos constituia la religion de los pueblos que vamos á dar á conocer no parece sino que se inventó con conocimiento de lo que habia de suceder veinte siglos despues y se quiso hacer una profecía que habria de realizarse en el decimonono de la era cristiana. ¿Vencerá ó será vencido el gigante moscovita? Si lo primero, ¡ay de la Suecia; ay de Noruega: ay de Dinamarca! porque aquel señor del mundo no sufrirá tan cerca de su frente pueblos que sean conducidos por otras riendas que las suyas: la destruccion de Bormarsund ha sido la sentencia de muerte, firmada ya y conservada en la cartera del Czar, de la independencia y nacionalidad de esos pueblos, hasta que la victoria le permita ejecutarla.

Pero si el vivo interés que inspira la suerte de pueb'os que están amenazados de sufrir la de la desventurada Polonia, no se reflejara sobre su historia, esta lo tendria no porque está llena de lecciones que deben aprovecharse por cuantos quieran aprender el resultado necesario de los pasos acertados ó desacertados que dan las naciones en su política, y las consecuencias finales que tienen para su ventura ó infortunio. No conformes con las ideas de un célebre autor contemporáneo de nuestra historia en la parte que le atribuye á la Providencia, en el curso que esta imprime á la marcha de las naciones, y menos aun con las de los que la atribuyen al acaso; no vemos en aquella, otra cosa mas que un encadenamiento de consecuencias precisas de las premisas establecidas por el arbitrio del hombre, ora eventual, ora deliberado. ¡El buen ó mal humor, la mayor ó menor severidad de principios de un oscuro maestro de escuela de Bridge-Creck, es tal vez la causa de la libertad del pueblo Norte-americano! Si el pedagogo que educó á Washington hubiera hecho de él un Robespierre, aquel pais seria tan esclavo, como otras colonias menos afortunadas. ¡Si la república francesa no se hubiera echado en brazos de Ledru-Rollin, ó si Jorge-Sand no hubiese ido al ministerio el dia que escribió la célebre circular á los comisarios de la república, tal vez la Francia no seria un imperio, y Luis Napoleon viviria quizá emigrado en tierra estraña! ¡Pero pensar que la Providencia sea la responsable de las fatales consecuencias que son hijas de los hechos del hombre, es algo mas que aventurado! Verdad es que hoy

la sociedad marcha hácia adelante y seguirá marchando contra la voluntad de los que quisieran detenerla; pero es porque la civilizacion ha adquirido resortes de que careció en lo antiguo y que no le permiten volver atrás. Sin Guthemberg; sin Vatt, sin Fulton, Weasthonne, Steffenson, etc.; la sociedad estaria espuesta á caer en el abismo en que cayeron Egipto, Grecia y Roma. ¡Venturosamente hoy, solo un trastorno físico que acabase con la raza humana ó produjese el decaimiento de sus potencias intelectuales podrá evitar que la luz de la verdad vaya mejorando cada dia la suerte de los pueblos.

Es posible que lloremos ó lloren nuestros hijos la desaparicion del mapa del mundo de las naciones formadas por la raza escandinava; pero guardémonos de culpar por ello á la sábia Providencia, porque ella nos diría desde arriba: preguntad á esas naciones que vieron á Pedro I, lanzarse sobre Azaf y apresarlo; porqué se cruzaron de brazos y abandonaron al generoso Cárlos en Pultava y al Sultan en las riberas del Mar negro; preparando de ese modo los elementos para el tratado de Kaynardgi; preguntad á esas naciones que presenciaron impasibles el despojo que hizo la segunda Catalina del territorio de la Crimea á sus legítimos dueños los descendientes de Mahoma; preguntad á esas naciones que concurrieron al banquete donde devoraron el cadáver de la generosa Polonia y las que sin tener participacion en el festin asistieron risueñas á la obra del escalpelo político, sin pensar que aquella víctima hubiera sido siempre un dique para contener los desbordamientos que vinieran del Norte, preguntad, en fin, á esas naciones que á trueque de dar en tierra con el Capitan del siglo no temieron transigir con Alejandro, por el sacrificio de la mejor parte de la Suecia, si se considera políticamente; pues que colocada á retaguardia de la Rusia, la mantenia siempre en jaque sin dejarla arrojarse sobre el Mediodia! Ellas y solo ellas, son las que tienen verdaderamente la culpa de la preponderancia política del Estado al cual han permitido, en nuestros dias, tomar un engrandecimiento que hoy amenazà al mundo y que solo con la victoria se podrá ya reducir á los límites convenientes.

Solo considerando, como lo hacemos, la marcha de la sociedad, tiene la historia un alto interés infinitamente superior al que le quedaria si no fuese mas que la compilacion de los hechos decretados *ab initio* por la Providencia, prescritos por el *destino*, ó traidos por el *acaso;* porque se reducia entonces á las exiguas proporciones de la novela recreativa de cuya lectura, poco ó ningun fruto habia que esperar para guiar á la sociedad en un porvenir que ya estaba decretado. Pero dependiendo la suerte de las naciones, segun nuestro sentir, de las bases que de antemano se hayan sentado para su ventura, ó desventura, la historia toma las proporciones de única y esclusiva escuela, donde los pueblos y los reyes pueden aprender la sublime ciencia de mejorar la condicion de la sociedad, y bajo este punto de vista la historia de ningun pueblo presta tanto interés como la que vamos á reseñar.

De ella sacaremos utilísimos ejemplos de errores en política, que, bajo bri-

llantes apariencias, dan por resultado fatales consecuencias; veremos cuán peligroso es un vecino de ambicion insaciable; hallaremos los elementos necesarios para comprender la razon política de la situacion que hoy nos hace fluctuar entre la esperanza y el temor, que seguramente no abrigariamos si la Suecia fuese lo que era en fines del siglo XVII.

Al principio tropezaremos con esa oscuridad de que adolecen en su nacimiento los pueblos del Occidente de Europa, y no podemos hallar coordinada la historia de manera que nos inspire la suficiente confianza para autorizarla con nuestra pluma hasta mediados del duodécimo siglo; porque antes de aquella época, mas que historia es un tejido de fábulas en el cual están personificadas las pasiones de aquellos pueblos como si hubiesen existido. De todas ellas nada podria sacarse en limpio mas que la existencia de una religion anterior á nuestra Era, que tenia por base, como todas, un ser benéfico, Odino, orígen de todo bien, y otro maléfico á quien se atribuia todo mal. Desde mediados del siglo IX. San Arcario introdujo el cristianismo; pero tan precariamente arraigado, que casi variaba segun la proteccion o persecucion que le prestaban los príncipes, y solo tomó asiento en aquel suelo por los años de 1141 cuando el primero de los reyes cuya historia conocemos con bastante certeza para que le demos crédito, lo practicó á punto de merecer el renombre de *Santo*.

II.

Fué Erico ó Enrique, que tal es el equivalente de aquel antiguo nombre, hijo de Jesward y por haberle precedido sin duda ocho de su nombre fué llamado el noveno. Compuesta todavía en aquella época la Suecia de la raza goda que ocupaba la parte mas meridional del territorio, y la Suecia la septentrional se dividieron en la eleccion de príncipe, pidiendo los primeros á Cárlos, hijo de Suercher y los últimos á Erico. Tenia este último en ventaja suya el matrimonio que habia contraido con Cristina, viuda de Jeroslao, duque de Uradimiro, en Rusia, que le daba mayor fuerza á su partido y consiguió una transaccion que puso sobre su cabeza la corona, reservándosela á su muerte al candidato godo Cárlos. Los Finlandeses se amotinaron contra Erico en 1154, y hubo de marchar contra ellos y ganarles una batalla que lo hizo dueño de toda la Finlandia. El célebre templo que sirvió de fundamento al mas célebre arzobispado de Upsal, que tanto ha figurado

despues, fué casi esclusivamente obra suya; por que apenas comenzado en tiempo de Suercher se hallaba casi terminado cuando la traicion de Scateller le privó de la vida sorprendiéndole desprevenido.

El gefe de la rebelion habria ocupado el trono si Cárlos, cuyo derecho hemos visto asegurado, por pacto hecho para subir al trono Erico, no hubiese marchado contra los matadores de este rey y no le hubiese vengado dando muerte, á su vez á Scateller y á su padre Suenon, rey de Dinamarca. A pesar de esta accion Cárlos no estuvo exento de la sospecha de haber tenido parte en la muerte de Enrique, y Canuto hijo de este se fugó á Noruega, desde donde despreció los repetidos ofrecimientos de Cárlos VII como beneficios que habrian de venir de la mano del asesino de su padre. Canuto, por el contrario, reunió un ejército en Noruega y con él marchó al encuentro del sueco á quien dió muerte en 1168. En su tiempo tuvo lugar la ereccion del arzobispado de Upsal que le fué concedida por el papa Alejandro III exigiendo en cambio, que la Santa Sede fuese declarada heredera de todos los que en Suecia quedasen sin sucesion directa.

Por la victoria obtenida, subió al trono Canuto Erichson, que así debió llamarse por ser hijo de Erico, que es como veremos en el discurso de esta historia la partícula *son*, patronimica y equivale á la *ez* castellana, á la *vitz* rusa, etc. Canuto dió principio á su reinado por la satisfaccion de la venganza haciéndola ejecutar sobre Kolon, dos cuñados de Cárlos VII y otros á quienes tuvo por sospechosos de la muerte de su padre. La misma viuda de su enemigo habria sufrido igual suerte, si no se hubiese fugado á Dinamarca, donde encontro proteccion y abrigo. Entre tanto los rusos y estonianos redugeron á cenizas la ciudad de Estugna y asesinaron, á Juan arzobispo de Upsal en su propia casa de campo. No está averiguado cual fué el éxito de la batalla que el rey de Dinamarca le libró á instigacion de la viuda de Carlos, que se refugió en su córte; pues suponen unos vencido al de Suecia, cuando otros le dan suerte contraria. Ello es lo cierto que él no dejó el trono sino á su muerte que acaeció mucho tiempo despues.

El sucesor de Canuto Erichson, fué Suercher III cuyas crueldades contra los descendientes de Erico, hacen conocer que es error suponerlo de aquella familia y que pertenecia mas bien á la de sus rivales, los descendientes de Cárlos VII. Por dos veces Suercher empuñó las armas contra aquellos, y por dos veces le fué fatal la suerte; y aunque habia conseguido deshacerse de casi todos los herederos de Erichson, aun quedó uno que le quitó la vida en el campo de batalla por los años de 1210. Como era natural, ocupó el trono Erico Canut-Son ó sea, como hemos dicho, hijo de Canuto y llevó el nombre de décimo entre los de su familia quien para conciliar los ánimos entre las casas rivales, renovó el tratado que existia entre las dos familias para confundir los derechos que cada una de ellas reclamaba, uniéndose en matrimonio, y estableciendo la sucesion alternada de las dos casas. Para dar ejemplo en el cumplimiento de este pacto, se casó con una hija de Suercher, y, por no tener descendencia de ella, nombró por sucesor á su cu-

ñado Juan, que ocupó el trono por la muerte de Erico X en el año de 1219. La menor edad de Juan I hizo necesaria la tutela de Olao arzobispo de Upsal cuya mala administracion trajo sobre la Gocia, á sus enemigos los vándalos, los estonianos, los carelianos y los prusianos, á quienes habia querido inquietar aquel prelado. Murió Juan en 1225 y con arreglo á lo pactado para la sucesion alternativa, subió al trono Erico XI hijo de Erico X. Apenas habia empuñado el cetro, cuando fué atacado este príncipe de una hemiplejia que lo dejó cojo, manco y tartamudo; pero con las facultades mentales perfectamente sanas. No fué, sin embargo, bastante su talento para hacerle adoptar el partido que debia con la familia poderosa de los Falkenger. Era esta, al par que poderosa, turbulenta, y Erico creyó atraerla á sus intereses, uniéndose á ella, para lo cual casó á dos hermanas suyas con dos de los miembros de aquella y tomó por mujer una de sus hijas. Pero esta alianza no hizo mas que ensoberbecer á los que ya atormentaba la ambicion, y Canuto, el primogénito de aquella familia, levantó una bandera contra su bienhechor: bandera que al principio pareció obtener ventajas sobre la del monarca, sostenida por la elocuencia del jóven Canuto á quien no era difícil aventajar al rey que era tartamudo, mientras solo se trató de obrar persuadiendo; mas luego que la cuestion llegó al terreno de las armas, Erico, que era mejor guerrero que el jóven ambicioso, lo venció y le hizo cortar la cabeza. La corona, sin embargo, fué á parar á aquella casa, porque habiendo dejado de existir Erico XI en 1250 sin sucesion directa, la obtubo Valdemaro hijo del conde Birger y sobrino de Erico, El regente, como era muy comun en aquella época, empleó su nueva autoridad en vengarse de los Flokengers poderosos tambien y rivales de los Falkengers á que él pertenecia, y los persiguió á tal estremo, que solo uno de ellos, llamado Cárlos, escapó á su saña. El regente no permitió que la autoridad real fuese á parar á manos de Valdemaro sino cuando la muerte no le permitió continuar en su usurpacion. Entonces solamente fué rey aquel príncipe, aunque, poco acostumbrado á serlo, dejó el reino en breve á su hermano Magnus: príncipe de Gocia, para marchar en peregrinacion á la Tierra Santa. Magnus devolvió a su hermano el reino luego que estuvo de vuelta, pero no le fué posible devolverle la confianza; porque entrando Valdemaro en sospechas de que Magnus habia querido alzarse con la corona, lo persiguió. Esta persecusion se estendió á sus dos hermanos menores, Erico, príncipe de Esmalandia, y Benito, duque de Finlandia, los cuales reunidos á Magnus hicieron frente á Valdemaro, quien, en lugar de salirles al encuentro, se fué á divertir á Romlaboda permitiendo que por su ausencia sus tropas fuesen hechas pedazos, y él arrojado del trono al cual subió Magnus: En el reinado de Valdemaro I se echaron los fundamentos de la ciudad de Stokolmo.

Magnus I mereció el título de *Ladelao* que quiere decir *cerradura de granero*, porque su administracion llegó á ser tan eficaz que la propiedad estaba preservada de todo atentado, sin otro preservativo que una simple trabilla ó parador de madera

que impidiera el acceso en los graneros y almacenes á los animales. Sus miras fueron grandes y elevadas, y tal vez habria tenido para la Suecia el feliz resultado que tuvieron mas tarde para la Rusia las de Pedro el Grande, si Magnus hubiese venido al mundo en la época que el Moscovita. Como este, quiso el de Suecia introducir en su reino las artes, las ciencias y la industria y llamó á los estrangeros que estaban en disposicion de enseñar á su pueblo. Pero en aquella época no habia tanta diferencia entre el saber de sus súbditos y el de las demás naciones como la hubo en tiempo de Pedro, entre los hombres del Norte y los del Mediodia. Tambien en Suecia tuvo que luchar Magnus con el descontento que su conducta liberal excitaba en la nobleza intolerante, y basta leer la respuesta que les dió á sus quejas, para formarse idea del elevado carácter de aquel príncipe. «Mas »que rey, soy amigo de mis vasallos, y estoy pronto á acceder á sus súplicas; »pero antes es menester que sepan que la magestad Real se honra menos con los »títulos de una nobleza ignorante é indolente, que con los trabajos del ingenio y »los frutos de la prudencia y la virtud. Enmiéndense los nobles de ese orgullo y »costumbres depravadas; háganse dignos de los nombres que han heredado de »sus abuelos; que hagan renacer la gloria y virtudes de sus antepasados, y no »tendrán entonces que quejarse de la preferencia que hoy me veo en la necesi»dad de dar á las personas que con sus virtudes y saber pueden ser mas útiles al »trono y al pais.» Este sábio y virtuoso principe murió llorado por sus súbditos que no quisieron consentir que su cuerpo fuese llevado á su última morada, sino sobre sus hombros, desde la isla de Wisingsoe, donde murió, hasta Stokolmo.

Birger su hijo, de once años, quedó bajo la tutela de un regente en el año de 1290. Fué designado para aquel encargo Torquel Canut-Son, que lo ejerció hasta la mayor edad de Birger II. sus hermanos, que habian quedado demasiado poderosos á la muerte del padre, quisieron destronarlo; marcharon contra él y lo aprisionaron; pero habiendo recobrado su libertad, los hizo con falaz astúcia prisioneros á su vez, y los dejó morir de hambre en un encierro. Semejante atrocidad concitó tanto ódio contra el tirano, que la Suecia en masa se levantó contra el, y apenas le dió tiempo para refugiarse en el reino de su suegro el de Dinamarca donde tampoco halló buena acogida. Su hijo Magnus, que cayó en manos de sus vasallos indignados, á pesar de su inocencia, pagó la culpa de su inhumano padre; que por fin murió tambien de despecho en el castillo de Spicaburgo en el año de 1326.

Uno de los dos príncipes víctimas de Birger, Erico tenia un hijo que fué proclamado rey con el nombre de Magnus II. La infancia de este príncipe exijió que su protector Ketelmundo fuese nombrado su tutor, y gracias á la cordura de este regente, el principio del reinado de Magnus fué venturoso para sus pueblos; pero la muerte le privó del apoyo que le prestaba el buen juicio de su guia y quedó á merced del suyo, no maduro aun. Dejándose llevar de su fogosa ambicion, quiso

apoderarse de la Dinamarca, y trató de obtener de la córte de Roma una secion que le hubiera dado un supuesto derecho; pero la curia romana, obrando con cordura, se abstuvo de hacer una secion de lo que no le pertenecia. Luego que su deseo de engrandecerse no se vió cumplido por el lado de Dinamarca, enderezó sus miras hácia Rusia, á la cual hizo una guerra: que, si al principio pareció serle favorable, fué despues muy desgraciada. Los gastos enormes que le obligó á hacer esta guerra, le hicieron gravar sus pueblos con contribuciones escecivas que produjeron un descontento general. Pero mas que lo costoso de la guerra, indignaba el despilfarro del favorito de los reyes llamado Halland ó Algoth cuya odiosidad se aumentaba á los ojos del pueblo por suponérsele en relaciones criminales con la reina. El senado creyó poner un remedio á tanto mal haciendo partícipe de la dignidad real á Erico hijo de Magnus, que manifestaba felices disposiciones para aquel puesto. Mas creciendo de punto el desacierto de Magnus por un lado, y el ódio del pueblo por otro, llegaron á proponer á aquel que cediese á sus dos hijos las coronas de Suecia y Noruega: reunidas en él por muerte del rey de la última sin sucesion. No fué, sin embargo, del gusto de Magnus esta determinacion, y estimulado por Blanca, su mujer, se negó á toda medida consiliadora. De aquí resultó una guerra civil entre Erico y su padre, de la cual vino una division del reino en dos partes, de que fueron soberanos respectivos padre é hijo.

Semejante arreglo, no podia satisfacer las miras ambiciosas de Magnus y menos aun las de la desarreglada Blanca, y aconsejado por esta, llamó el rey á su hijo al seno de su familia y habiendo acudido este sin desconfianza alguna, fué envenenado por su madre, con un tósigo, mezclado á la bebida. Quedó Magnus dueño absoluto de toda la Suecia con la trágica aventura de Erico; mas como semejante exceso no podia menos de hacerle mas odioso, el pueblo en masa se sublevó contra él y le obligó á retirarse á Noruega donde reinaba su hijo Haquino. Aun allí le hubieran perseguido, si el de Noruega no les hubiese ofrecido retenerlo prisionero, sin permitir que dañase á los Estados de Suecia, ni pudiese ofenderlos en union de Dinamarca. Las ofertas de Haquino fueron en parte no cumplidas y habiéndose este príncipe unido á una hija del rey de aquella nacion, los suecos le privaron de todo derecho al trono de su pais, y dieron la corona á Alberto. Esta declaracion no se hizo menos que á causa del matrimonio que hemos dicho de Haquino con la hija de Valdemaro. ¡Quién hubiese dicho á aquellos pueblos, que la misma mujer por cuya union destituian ellos de sus derechos al heredero directo, habia de llamarlos mas tarde á Calmar, y habian de jurar allí el pacto de union mas célebre de aquellos tiempos, con el mismo pueblo que entonces causaba su despecho! pero no anticipemos los acontecimientos.

Alberto de Meklemburgo fué llamado al trono, y le ocupó en 1365 escluyendo á Magnus con quien tenia relaciones de parentesco por su abuela. El príncipe Aleman tuvo el poco tacto, que casi siempre tienen los soberanos escogidos

en el estrangero, de rodearse de los hombres que han conocido en su patria y formarse una esfera estrecha, que no es la del pais, donde giran con mengua de su popularidad, que cada vez se hace menos posible. Los nobles alemanes que rodearon á Alberto, tuvieron el talento de hacer detestar su dominacion, de los pueblos que regia, hasta el punto de que fuese para ellos apetecible lo que antes de aquella época habia sido siempre objeto de rivalidad y ódio nacional, es decir, su union á Dinamarca; y sus pueblos no vacilaron en ofrecer la corona á Margarita.

Nació esta princesa con dotes elevadas para el mando de los pueblos, y quiso su buena suerte colocarla en posicion de poderlos dar á conocer. Al matrimoio contraido con Haquino, rey de Noruega, sucedió la muerte de aquel monarca, sin la cual ella no habria hecho mas que un papel secundario en el reino y hubiera vejetado al lado de su marido, sin darse á conocer; pero la corona recayó en su hijo menor Olao, y la regencia, que hubo de ejercer, la acreditó como escelente gobernadora. No fueron solas estas las circunstancias favorables que concurrieron en su favor; la fortuna le preparó el teatro mayor del reino de Dinamarca, vacante por falta de un sucesor directo en la línea masculina. Creció tanto el crédito de aquella princesa en la administracion de ambos reinos, que, cuando los mal gobernados suecos lloraban su infortunio, el ejemplo que les daban los pueblos regidos por Margarita, les hacian desear ponerse bajo su dominacion y sacudir la del aleman Alberto. Así lo hicieron, obligando al rey de Suecia á buscar fuera del pais un ejército que viniese á recuperarle un trono del cual le arrojaban. A la cabeza de este, compuesto de sajones y holsteineuses, mandados por Oton, conde de Rupin y Gerardo, conde de Holstein, marchó contra la reina y la retó para la llanura de Falcoping en la Gocia, con el fin de acabar brevemente la campaña.

La reina, mas caballeresca que diplomáticamente, aceptó el reto y se presentó á pelear lo cual tal vez pudo haber evitado con diferir algo el encuentro, pues la prisa de Alberto no consistió mas que en el estado aflictivo de sus cajas que no le permitian mantener por mucho tiempo, en pié el ejército que habia levantado. La fortuna, que en esto le habia sido favorable proporcionándole la ocasion de arrebatarle la corona á su rival en un solo combate, le abandonó en el campo de batalla; porque á pesar de haberse elegido la arena por el mismo Alberto. se colocó sobre un terreno cenagoso que dejó sin movimiento sus tropas, con lo cual pudieron las de Margarita hostilizarlas por todos lados hasta destrozarlas. El rey mismo, su híjo y gran porcion de caballeros fueron hechos prisioneros, y muertos diez y nueve de los últimos, entre ellos dos condes de Holstein y el obispo de Escasa. Refierese por los historiadores de mas nota, que Alberto habia injuriado groseramente en diatribas satíricas que hácia circular, á Margarita á quien suponia en criminal correspondencia con su confesor el abate Scara, motivo que habia encendido en ira á aquella princesa y que tal vez lo habia ccntribuido

poco en hacerla correr los hazares de una guerra. La reina sabia asi mismo que Alberto habia hecho juramento de no cubrirse mientras no hubiese castigado á Margarita, reconquistado la Escania, tomado á Dinamarca y entrado en Noruega. Ella, dicen los historiadores á que nos referimos, se hizo traer á su presencia al rey vencido, de quien tan graves ultrajes habia recibido, y se vengó de él preguntándole si no se cubriria con su birrete real, para hacerle el obsequio de ser padrino de los hijos del abate Scara: añadiendo además, que por haberle parecido al rey muy hermosa y teniendo este el atrevimiento que tambien se cuenta en la historia de España del traidor Bellido Dolfoz con la reina de Zamora, Margarita tuvo el capricho de hacerle atar de piés y manos y meterlo así en su lecho: en lo que no hizo mas que variar el medio de escarnecer al atrevido pretendiente; pues doña Urraca en vez de cuerdas se valió de un saco en que hizo encerrar á su nocturno acompañante.

No terminó la guerra con la prision de Alberto, pues un fuerte partido aleman se encerró en Stokolmo, donde se hizo fuerte, y donde cometió horrores con los infelices suecos que quedaron en la ciudad, llegando su crueldad hasta encerrar un gran número de ellos en una casa y darle fuego al edificio donde fueron consumidos por las llamas. Los alemanes fueron sitiados y se vieron socorridos por el duque de Holstein que con una flota desembarcó en Stokolmo lo que habian menester aquellos para mantenerse. Esta situacion terminó seis años despues de la prision del exmonarca por un tratado de paz en que él cedió sus derechos á su mas afortunada rival, recibiendo en cambio su libertad, la de su hijo y la del conde de Rupin.

III.

La renuncia de que acabamos de hacer mencion acaecida en 1594, colocó sobre la cabeza de Margarita la corona de Suecia al lado de las de Noruega y Dinamarca y confundió en una la historia de aquellos tres pueblos, que hemos dado ya en otro lugar de esta obra en la de Dinamarca, y que omitimos dar en este lugar para evitar repeticiones. Solo debemos indicar, que aquella princesa no se contentó con reunir de hecho las tres coronas, sino que la consagró de derecho en la célebre Union de Calmar, cuyos resultados, si no fueron tan felices como se los prometiera aquella gran reina, cuyas virtudes políticas la hicieron llamar la *Semiramis del Norte*, puede asegurarse que no fué culpa de las buenas dispo-

siciones tomadas por ella; sino porque una fatalidad singular hizo, para debilitar el poder de la raza escandinava, que sus sucesores que debian haber coronado su obra, consolidando aquella union, la hicieron imposible con los excesos mas espantosos. Bastará saber que las crueldades de los gobernadores nombrados por los reyes de Dinamarca llegaron al punto, segun refieren los historiadores, que, casi se niega la pluma á escribirlo, hubo uno, entre ellos, llamado Erichson de Weiteros, que se declaró enemigo capital de los aldeanos y labradores inocentes, y solo por gusto los hacia degollar despues de someterlos á tormentos crueles; llegando su barbarie al estremo de hacer sofocar con humo á los unos y salar otros vivos, asándolos despues, sin darles antes muerte. El arado vió uncido á él muchas infelices mujeres á quienes hacia agarrochar como á bueyes. Ni las muchas sublevaciones que este mal comportamiento produjo, de que fueron caudillos Cárlos Canut-Son, gran mariscal de Suecia, y los Stures, en las cuales perdieron la corona de Suecia los soberanos de Dinamarca para no volverla á recobrar, fueron bastantes para abrir los ojos á aquellos ciegos soberanos; que no comprendian que se preparaba un rompimiento necesario. Y es tan cierto, que Cristiano, el Tirano del Norte, incurria en las mismas crueldades que Erichson Weiteros; á punto de hacer coser á las victimas los sacos en que habian de ser arrojados al rio.

Venturosamente para la Suecia, semejantes excesos despertaron el altivo carácter nacional y destacaron de entre las sombras de la tiranía, una de esas colosales figuras, que no todos los siglos tienen la fortuna de producir, ni todas las naciones la dicha de contarlas entre los suyos: ya supone el lector que vamos á hablar de Gustavo Wasa. Uno de los senadores que fueron victimas del cruel Cristiano, fué Erico Wasa, duque de Gripsholme, cuyo hijo fué conducido por el tirano á Dinamarca en rehenes de la sugecion de los suecos. Llamábase Gustavo el jóven prisionero, y ardia en los sentimientos patrióticos que luego dió á conocer, y que no podian menos de llamar la atencion de Cristiano é inspirarle suma inquietud.

Su muerte fué decretada; pero un ciudadano, á quien se encargó llevar á cabo este decreto, llamado Erico Bauncer, prendado de las buenas cualidades de Gustavo, pidió por él y consiguió la revocacion del fatal fallo, con la espresa condicion de constituirse Bauncer fiador suyo, bajo la pena de treinta y seis mil libras que habria de pagar, si la conducta de Gustavo no era conforme á los deseos del rey de Dinamarca. Tal vez el jóven sueco, á pesar de su ardor por la patria, hubiera guardado la fe religiosa que le imponia la generosidad de Bauncer, qne llevaba la condescendencia hasta permitir una completa libertad á su prisionero; pero los acontecimientos de Stokolmo y mas aun que todo las asesinatos recientes de Cristiano sobre los mas nobles patricios, y entre ellos su padre Erico, no le permitieron reflecsionar mas sobre el partido que debia adoptar, y, aprovechándose de la licencia que tenia para obrar libremente, fingió salir de caza y, mudando luego de trage, se encaminó á Flensburgo. La dificultad de prose-

guir su viage sin un pasaporte que se exigia, le hizo imaginar ponerse al servicio de unos ganaderos que entraban en la ciudad en ocasion de celebrarse una féria de ganados. Afortunadamente Gustavo no infundió sospechas y desde allí pudo encaminarse á Lubec, ciudad libre. Bauncer, corrió tras él luego que notó su falta, y consiguió alcanzarle en esta última ciudad y aunque le echó en cara el abuso de confianza cometido por el prófugo, este supo disculpar su fuga con tan sólidas razones y persuadió tan bien á Bauncer sobre su intencion de indemnizarle las treinta y seis mil libras de su caucion, que este tuvo á bien volverse, pretestando no haber alcanzado al fugitivo. No quiso Gustavo desaprovechar la ocasion de hallarse en pais que tanto podia hacer en favor de la causa nacional, cuya bandera iba á levantar, y le descubrió su proyecto á Gemnis, primer cónsul de Lubec. Para persuadirlo le pintó la desastrosa situacion del comercio de las ciudades Anseáticas si Cristiano, afianzando su poder, se hacia señor del Báltico y cuanto mas seguras no estarian aquellas, si el poder del dinamarqués se hallaba contrabalanceado por un poder amigo situado en Stokolmo; pero todas estas reflecciones no bastaron á vencer el miedo que la regencia tuvo á las armas de Cristiano, que tan de cerca la amenazaban, y se negó á prestar todo socorro para la atrevida empresa de Gustavo, á quien, sin embargo, facilitó los medios de trasladarse á Suecia.

Luego que el rey de Dinamarca supo la fuga del jeven Wasa, puso á precio su cabeza y la pregonó en todas partes. Pero Gustavo, sin perder por ello el ánimo, se presentó en el castillo de Calmar, cuya guarnicion alemana, que estaba en tratos con Cristiano, al oir su proyecto y su absoluta falta de medios lo tuvo por un insensato y estuvo á punto de prenderlo y entregarlo á su enemigo. Gustavo tomó el prudente partido de escaparse, y lo hizo escondido en un carro de heno donde consiguió ocultarse hasta que halló abrigo en un antiguo castillo de sus antepasados en la Sundermania. Por mas que desde aquel asilo apeló a los antiguos amigos de su familia el temor á las crueldades de Cristiano, los habia ensordecido á todos. Aventurando su vida, corria de pueblo en pueblo levantando el espíritu público; pero la respuesta era: «El tirano nos deja comer solo sal y arenques, ¿qué comeremos con el gobierno que hiciera nacer una revolucion? Pobres somos y pobres seriamos siempre.» Obligado á sustraerse á la persecucion directa que se le hacia, fué á ocultarse á la Cartuja de Grisolm, fundada por su familia, pero sus monges le cerraron las puertas. El arzobispo de Lundh, Teodoro, virey nombrado por el Tirano, hacia las mas vivas diligencias para apoderarse del jóven patriota y acosado por esta persecucion, hubo de encaminarse á la Dalecarlia, guiado solamente por un paisano que lo condujo al través de montañas inaccesibles para ejecutar mejor su intento. Aquel malvado, luego que halló ocasion oportuna, le robó cuanto tenia abandonándole á su suerte. Esta no podia ser peor; sin recursos de ninguna especie, perseguido de cerca en un pais desconocido, casi parecia inevitable su pérdida, y un corazon menos animoso que el de Gustavo hubie-

ra sucumbido; pero aun en tal situacion no desmayó. Apremiado por el hambre, se presenta como jornalero en las minas y disfrazado con ropas groseras, se confunde entre los negros habitantes de aquel hondo abismo. No se puede prever cual hubiera sido su suerte en aquel retiro, pero el destino no quiso que permaneciese en él mucho tiempo, pues habiendo casualmente observado una mujer que un pedazo de la camísa interior que se le descubria era bordado, sospechó que no era lo que parecia, y sin dar á entender sus sospechas á los que la rodeaban, se las comunicó á un rico señor del pueblo inmediato. La curiosidad llevó á este á la mina en la cual reconoció bien pronto á Gustavo, porque habia sido condiscípulo suyo en la universidad de Upsal. Pero si la alegria de ver un antiguo compañero de estudios pudo haber comprometido la seguridad de su amigo, el temor del peligro le hizo disimular, y mostrándose indiferente llamó á su casa al jornalero por quien, á solas, se hizo reconocer. Tampoco en este asilo debia hallar Gustavo reposo, porque su amigo, á quien la felicidad doméstica de que gozabà habian hecho olvidar las necesidades de la patria y que, por otra parte se hallaba aterrado con las crueldades del Virey, le aconsejó que buscase otro asilo mas seguro que el de su casa. El incansable Gustavo, se separa de él y parte sin guia ni socorro atravesando paises desconocidos para él hasta el punto de aventurarse sobre un rio helado que se abre para sepultarlo en sus ondas; pero el bravo mancebo lucha con ellas y sale á la orilla opuesta.

Llega por fin Gustavo donde creia encontrar un amigo, á la morada de Aaron Peterson, á quien habia conocido en otros tiempos y cuyos sentimientos creia conocer. No vacila en abrirse á él y descubrirle sus proyectos; pero en breve se arrepiente porque Peterson finge tener que salir para un negocio urgente, y su mujer, mas compasiva, hace saber al proscrito que su marido ha ido á vender su secreto, y que solo la fuga puede salvarle. La caritativa protectora de Gustavo, no limitó á este aviso su buena obra, sino que, dándole una recomendacion, le encaminó á la habitacion de un sacerdote, de cuyos sentimientos estaba segura. En efecto, apenas habia dejado Gustavo el techo de su falso amigo Peterson, cuando este volvió con los satélites del tirano que no hallaron la presa que buscaban. El buen eclesiástico, por el contrario; no solamente ocultó á Gustavo en lugar que él solo conocia, sino que aprobando el pensamiento de libertar la patria del yugo danés, mejoró el plan de Gustavo indicándole los medios de llevarlo á cabo. El le aconsejó huir de hacer proposiciones á la nobleza, demasiado indolente y mas de lo que era menester, apegada á sus habituales comodidades para que quisiese aventurarlas en nuevas turbulencias. Ofrecióle además su cooperacion, escitando al pueblo y comprometiendo a sus compañeros á hacer lo mismo en el púlpito y privadamente, para lo cual esparció la voz de que los esbirros dinamarqueses no tardarian en presentarse á hacer una derrama sobre el pueblo abrumado ya por excesivas contribuciones. Cuando el consejero de Gustavo consideró maduro su plan, le hizo salir de su retiro para presentarse en Mora, pueblo de la Dalecarlia,

donde sus habitantes iban á celebrar las fiestas de Pascua, diciéndole que jamás estaban los pueblos tan preparados á resistir la tiranía como cuando reunidos calculan su fuerza por su número. En efecto, Gustavo se presentó sencilla pero decentemente vestido, y les habló con el fuego que debian inspirarle las prolongadas desgracias que lloraba, y su entusiasmo se comunicó de tal manera á aquellas sencillas gentes, que prorrumpieron en gritos de furor contra la tiranía de Cristiano y sus satélites. Gustavo, con el ojo de águila de los héroes, comprende que es menester aprovechar siempre el primer momento de entusiasmo y reunidos los mas decididos, se precipita con ellos en la fortaleza que desprevenida no pudo evitar el ataque ni la suerte fatal que sufrieron sus defensores. El éxito obtenido sobre las fuerzas danesas, hicieron en breve subir sus gentes á dos mil, y declararse por su partido toda la provincia. Pedro Sueuson acabó de atraerle todos los Dalecarlianos. Olao Boude hizo lo mismo con los Nericianos y pueblos que los rodean. El Virey quiso oponerse á los progresos de las armas de Gustavo; pero tuvo que retirarse delante de él y Gustavo fué hasta los muros de Werteraas. En este ataque dió el jóven guerrero pruebas de su talento, pues no teniendo medios de apoderarse de la plaza por la fuerza, lo hizo por la astucia. Para conseguirlo hizo emboscar su caballería y dejó á retaguardia la mayor parte de su infantería, y marchó á acampar con solos tres mil hombres bajo las murallas donde pareció quererse fortificar aunque debilmente. Este ardid produjo su efecto, pues la guarnicion, viendo su debilidad, salió de la plaza para batirlo y en breve lo vió en completa derrota, con lo cual cuanta gente de armas habia en la ciudad, salió á participar de la victoria, y sin embargo, en la persecucion de los que creian vencidos; pero luego que Gustavo llegó á los desfiladeros donde tenia apostada su reserva; cayó con toda su gente sobre los dinamarqueses, que, no esperando aquella emboscada, volvieron caras. Pero allí les esperaba otra peor, pues luego que quisieron volver á la ciudad hallaron interpuesta la caballería de Gustavo cortándoles el paso. La derrota de los dinamarqueses fué completa, la ciudad fué tomada. Esta victoria le atrajo á todos los que aun vacilaban y casi puede decirse que desde aquel momento ya no hubo mas que suecos y dinamarqueses haciendo prever el resultado que tendria la lucha. Los últimos se sostenian particularmente en las plazas marítimas como Stokolmo, Colmar, etc.; por la falta de marina sueca, y aunque Gustavo obtuvo de los de Lubec el envio de algunos buques de guerra, con condiciones onerosísimas y que con ayuda suya sorprendió algun convoy, las fuerzas superiores de que disponia el almirante Norbi hacian la lucha desigual en el mar. Una vez vino la fortuna á ofrecerle la victoria, porque habiendose helado el puerto á punto de permitir el paso de las tropas, no vaciló Gustavo en aprovecharse de aquella circunstancia para correr al ataque de los navíos dinamarqueses. Como era de esperar, estos se convirtieron en fortalezas, cuyas obras avanzadas de fortificacion eran empalizadas rellenas de agua helada que oponian una resistencia eficaz al fuego de la artillería. Sin embargo de tan singulares me-

REYES CONTEMPORÁNEOS

C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid





REYNA DE SUECIA.

dios de defensa, algunos buques armados y habían parecido toda su flota [illegible] súbito desaliento que sobrevino al siguiente dia [illegible] le hubiera permitido á Norbi [illegible] La publicacion que la corona de Cristiano produjo entre [illegible] al trono de Dinamarca á un príncipe aleman, [illegible] de por Norbi, y abandonados los [illegible] dejando á los [illegible] en el gobierno [illegible] convenia tomar. Gustavo [illegible] fue [illegible] de Suecia en el año de 1523.

Luego [illegible] Suecia, dió [illegible] la administracion [illegible] que aprendieron [illegible] mas dispuestos á [illegible] del bienestar de sus pueblos. [illegible] de Suecia [illegible] esto durante el reinado de Gustavo Wasa [illegible] á tomar el clero, y el [illegible] libertad de la patria, no [illegible] al admitir aquella [illegible] el que hemos dicho [illegible] disensiones [illegible] por ello [illegible] perjudicial al pais. [illegible] definido [illegible] En [illegible] los Estados declararon [illegible] familia, en los celebrados en [illegible] en 1544. Despues de [illegible] teo, solo [illegible] algunas [illegible] que mutuamente se [illegible] la Rusia y la Suecia, y que [illegible] lebrada en 1551. Se [illegible] aquella gran gloria de la Suecia en 29 de setiembre de 1560, dejando la corona á su hijo Erico [illegible] y bien acomodados á sus otros hijos Juan, Magnus y Carlos.

II.

Sucedió Erico XIV [illegible] de su padre [illegible] nado, sus pueblos [illegible] La violencia de [illegible] que [illegible] en el [illegible] de la [illegible] su amor del segundo de sus hijos [illegible]



REYNA DE ESPAÑA.

dios de defensa, algunos buques ardieron y habria perecido toda la flota, si el súbito deshielo que sobrevino al siguiente dia en que debió repetirse el ataque no le hubiera permítido á Norbi desembarazarla y ponerla fuera de tiro. La sublevacion que la tiranía de Cristiano produjo entre los suyos mismos y que hizo llamar al trono de Dinamarca á un príncipe aleman, obligó á retirar la escuadra mandada por Norbi, y abandonadas las plazas sitiadas que hubieron de sucumbir bien pronto, dejando á los estados en libertad de pensar en el gobierno que mas les convenia tomar. Gustavo propuso en ellos que se eligiese un administrador; pero su voz fué desoida, y por aclamacion fué proclamado rey de Suecia en el año de 1525,

Luego que Gustavo ciñó la corona de Suecia, dió á conocer cuanto influye para la administracion de los Estados, la educacion de los principes, porque aquellos que aprenden en la adversidad, están mas dispuestos á ocuparse del bienestar de sus pueblos. Nada hubiera tenido que desear el de Suecia con respecto á esto durante el reinado de Gustavo Wasa, si la preponderancia que habia llegado á tomar el clero, y el torcido empleo que este le dió á su influencia contra la libertad de la patria, no hubiera hecho entrar en las miras políticas del jóven rey, el animar aquella, dando acogida al luteranismo: su pensamiento fué tal vez solo el que hemos dicho; pero con esta medida dejó tela cortada para una multitud de disensiones religiosas, que son las peores que pueden sobrevenir en un reino y por ello fué en estremo perjudicial al pais. Por lo demás su reinado fué pacífico; y dedicado esclusivamente á organizar su desorganizado reino. En agradecimiento, los Estados declararon á su hijo Erico heredero del trono, y vincularon este en su familia, en los celebrados en Werteraas en 1544. Despues de cumplido este deseo, solo alteraron el curso de su vida tranquila, algunos actos de hostilidad con que mútuamente se molestaron la Rusia y la Suecia y que cesaron con la paz celebrada en 1554. Se sepultó aquella gran gloria de la Suecia en 29 de setiembre de 1560, dejando la corona á su hijo Erico, segun lo acordado por los Estados, y bien acomodados á sus otros hijos Juan, Magnus y Cárlos.

IV.

No heredó Erico XIV las virtudes de su padre, y desde el principío de su reinado, sus pueblos se resintieron del carácter cruel que en él se iba desarrollando. La violencia de este era tal, que á no haber temido su padre las consecuencias de una alteracion en el órden regular de la sucesion, habria hecho pasar la corona á las sienes del segundo de sus hijos; porque mas que una acritud en el carácter

parecia una enagenacion mental, que en momentos dados lo convertia en un demente furioso.

El mal estado de su cerebro se manifestaba en sus veleidades matrimoniales. Pretendió con un empeño, que mas parecia amoroso que político, á Isabel de Inglaterra, llegando hasta el punto de desafiar á Leicester por creerlo mas favorecido de la dama de sus pensamientos; equipó una flota con toda la ostentacion que le permitió su Erario y envió á su propio hermano en calidad de negociador de la mano de la princesa británica, y porque una tempestad desbarata su espedicion y hace volver sus desmantelados buques á los puertos de Suecia, el amor de Erico se disípa como si hubiera dado el salto de Leucades. Con la misma facilidad dirige sus obsequios á la reina de Escocia Maria, sin detenerse mucho en aquella conquista, vuelve á pensar en la de Isabel; la abandona para solicitar una sobrina del emperador de Alemania, y se decide por enviar embajadores para que fuesen á traerle una hija del Landgrave de Hesse-Cassel, á quien le hace decir, que al mismo tiempo que la princesa, le envie las condiciones con que se la da, y que si estas no le acomodan le devolverá la novia. Como era de esperar, el aleman flemático no tomó por lo sério la proposicion y se contentó con responder al sueco que los tiempos no estaban bastante serenos para pensar por entonces en bodas: los embajadores de Erico, sin embargo, recibieron la órden de salir antes de veinte y cuatro horas de la córte, y se dice que fué á causa de habérsele enseñado al Landgrave, cartas del pretendiente en que al mismo tiempo que su hija, solicitaba otra princesa. Por último, despues de tantos ensayos de matrimonio, vino á contraerlo con una aldeana llamada Catalina, á quien conoció desde niño, y á la cual habia hecho dar una escogida educacion.

Su manía tomó otro giro aun mas lamentable en el ódio que profesó inmotivadamente á su hermano Juan. Este, previendo sin duda cuan necesario le seria el apoyo de un poderoso aliadó en alguna de las circunstancias en que el vértigo de que padecia Erico podia hacer necesario, pidió y obtuvo su licencia para contraer matrimonio con Catalina hija del rey de Polonia; pero luego que el enlace se verificó, sirvió este contrato, llevado á cabo con beneplácito, de pretesto para perseguir al infortunado Juan con el finjido motivo de haberse ligado con el de Polonia para destronar á su hermano. Nada habia mas desprovisto de fundamento que esta gratuita acusacion; pero el senado no creyó degradarse firmando la sentencia de muerte de Juan y, lo que es mas, que entre los firmantes se halló Magnus, su segundo hermano, que segun parece murió, despues de aquel acto infame de condescendencia, atormentado por sus remordimientos. Erico no quiso llevar á efecto la sentencia qne habia hecho pronunciar él mismo contra el hijo de su padre, sino que conservándolo en una estrecha prision, hacia pesar sobre él la angustia de existir, viendo llegar á cada instante el momento fatal; ¡suplicio aun mas terrible que la misma muerte! y para que esta situacion tuviese cuanto podia tener de espantoso, participaba de ella la infortunada condesa Catalina que

compartia con su marido el tormento de la prision, y con el fin de que con la esperanza no pudiese adormecerse aquel temor, tenia Erico buen cuidado de avivarlo, presentándose de tiempo en tiempo en el encierro de su hermano, á quien despues de estar alli le confesaba que no habia ido sino con el designio de hacer ejecutar la sentencia, y que por ello le pedia perdon. De esta manera obligaba al martirizado cautivo á tener presente la muerte como pendiente solo de la deleznable voluntad de un maniático. Y tanto era para vivir alarmado en tan singular situacion cuantas mas pruebas daba Erico de su enfermedad mental, sucediéndole muchas veces en aquellas entrevistas, verter lágrimas de arrepentimiento y decir al aprisionado Juan: «Yo sé que has de ser soberano de Suecia y solo te suplico que, cuando seas mi rey, me perdones mis culpas.«

Entretanto daba por otro lado curso á su feroz instinto cometiendo multitud de actos que ennegrecen su historia. Sus celos le hacen creer que un jóven de la familia de Sture está mejor visto de Catalina su mujer, de lo que convenia, y haciéndole encerrar en una mazmorra, va en persona, puñal en mano, y le atraviesa el pecho, dejándole el hierro en la herida; el humilde jóven arrancando el arma de sus carnes, imprime en ella un beso y se la devuelve á su matador; pero este, insensible á ningun sentimiento de humanidad, le hace acabar por sus esbirros.

Luego que cometió Erico este acto de barbarie, se salió, como anegado por el arrepentimiento, al campo, donde permaneció tres dias sin alimentarse, hasta que cediendo á los ruegos de la reina, tomó algo que le sustentara y volvió á la córte. Para aparentar un arrepentimiento tardío, pretestó que uno de sus favoritos, Beurre, le habia excitado á cometer aquella crueldad y le hizo asesinar sin forma de juicio, al paso que afectó mucha compasion por la familia de la víctima de su puñal, y las que en su nombre habia hecho su favorito Peerson. En guerra constante con sus vecinos, llegó un momento en que él creyó hacerse un amigo en el rey de Polonia, suegro del duque Juan, y le dió libertad con ciertas condiciones que los cinco años de prision que llevaba sufridos aquel príncipe le hicieron aceptar. Luego que Juan se vió en libertad, quiso alejarse de su hermano; no solo porque el carácter de aquel no le prestaba suficiente garantía para vivir á su lado al abrigo de una reconciliacion, sino porque sabia que sobre Erico pesaba un compromiso inícuo con el Czar que era muy cápaz de poner en ejecucion el dia menos pensado. El ruso habia solicitado en matrimonio, cuando aun era soltera, á su sobrina Catalina, princesa de Polonia, pero no acomodándole á su hermano concederle la mano de su hija le envió en su lugar una hermosa yegua blanca; obsequio que fué tomado por el ruso como una atroz injuria, que costó mucha sangre á las dos naciones. Luego que el desairado monarca supo la enemistad de los dos hermanos, tuvo la disparatada pretension de que Erico le entregase á la princesa polaca, y diese muerte al marido para que no hubiese estorbo á su enlace. Pero lo que mas sorprenderá, es que, en efecto Erico así se lo ofre-

ció y que por haber diferido su promesa vinieron á Stokolmo embajadores rusos á reclamar la entrega de la mujer de Juan: lo mas singular es que al tiempo de darle libertad al marido, los tales embajadores desempeñaban su comision cerca de su hermano. Fácil es comprender que, conociendo el carácter de Erico, no tuviese su hermano muchas ganas de esperar pacientemente el desenlace de aquellas negociaciones y asi fué que solicitó retirarse á sus Estados con la condesa Catalina.

Estaban ya en camino su hermano Cárlos y él, cuando supieron por Sofía, hermana tambien de ambos, que Erico atentaba contra su existencia. Este aviso y la disposicion que sin duda notaron en el pais para una resistencia abierta, hizo que marchasen al encuentro de Erico á quien fueron abandonando el pueblo y las tropas hasta quedar reducido á tener por único defensor á su favorito Peerson, cuya entrega le exigieron sus hermanos, y que verificó al momento creyendo sin duda hacerse mejor partido. El favorito fué cortado á pedazos en vida, haciéndole presenciar la operacion de clavar sus orejas á la horca, donde despues le tuvieron colgado sin estrangularle, y separándole luego en vida, como hemos dicho, los brazos y las piernas, le cortaron la cabeza. Erico fué destituido de su dignidad real *por haber faltado á los juramentos hechos á su pueblo*, y sus hijos despojados del derecho de heredarle por haber sido habidos en una mujer indigna del trono: el resto de sus dias tuvo por prision el castillo de Abo.

Ascendió Juan III las gradas del trono de su padre Gustavo en el año de 1568 en circunstancias que las imprudencias de Erico habian hecho difíciles. Casi puede decirse que no hallaba un amigo al subir al trono. El rey de Dinamarca, enemigo perpétuo, el de Rusia su rival recientemente burlado en sus esperanzas; la Alemania protestante indignada de las tendencias católicas del nuevo rey y por último, Cárlos su hermano, que le habia sido fiel durante su desgracia, se descontentó luego que lo vió en el trono. Estos descontentos no pudieron ser calmados sino por medio de concesiones que produjeron una porcion de desmembramientos.

Juan se lanzó, como su padre en una guerra de persecusion religiosa, queriendo destruir la obra de aquel, y reponer, á instigacion de Catalina, la religion católica. Carlos, cuya ambicion le hizo conocer al momento todo el partido que podia sacar de esta política poco sagaz de su hermano, se declaró gefe del partido perseguido, protegió á los prófugos lanzados de los estados de su hermano por aquella causa, y suscitó á aquel la reprobacion del pueblo y la del senado, y mas particularmente con respecto á la educacion religiosa que se daba al príncipe Sigismundo sucesor del trono. Por aquel tiempo el príncipe heredero fué llamado á reinar en Polonia, y su tio Cárlos no sintió que ciñese una corona que le obligaba á practicar una religion que opondria dificultad á su recepcion como heredero de la de Suecia. En efecto, Juan murió de repente, y Cárlos gobernó en calidad de regente mientras Sigismundo obtuvo el permiso de venir á Suecia

á ordenar sus negocios; y cuando esto sucedió, lo halló todo tan bien dispuesto por Cárlos que en breve se volvió á Polonia sin poder prescindir de dejarle de nuevo la regencia al mismo á quien no dispensaba las mas afectuosas simpatías. Cárlos halló algun obstáculo en la admision de sus ideas, é indignado de lo que él llamaba ingratitud, renunció la administracion, renuncia de la cual se aprovechó el rey para ponerla en manos del senado. Pero este no hizo mas que poner de manifiesto las alevosas intenciones de Cárlos, que se declaró en abierta hostilidad contra Sigismundo. Este, á la cabeza de un ejército aleman y polaco, volvió sobre Cárlos y lo venció; pero despues de esta victoria se volvió á Polonia, con lo cual dejó el campo de la intriga por aquel que supo aprovecharlo de modo, que hizo declarar por los Estados reunidos incapaces de reinar á Sigismundo y Uladislao su hijo: los Estados hubieron de tener en cuenta, sin duda, la continuada ausencia de Sigismundo y su intolerancia religiosa. Cárlos, en fin, se hizo declarar rey de Suecia con el dictado de IX, y reconocer á sus descendientes como herederos del trono: asi el duque Cárlos consiguió en 1604 colocar sobre sus sienes una corona que tanto habia ambicionado.

Pero en los decretos de la Providencia estaba dejar oscurecido su nombre, por mas que él lo hubiera querido ilustrar con la intriga, haciéndolo hijo de un Gustavo que mereció á todas luces el título de Grande; porque ninguno tiene mas derecho á él que el hombre que hundido en el polvo de las ruinas de su patria, lo sacude para hacer frente él solo á la tiranía de un yugo estrangero, que con su sangrienta cuchilla ahoga entre el terror el gemido de sus víctimas. Este hombre victorioso del tirano, y ofreciéndole la libertad á su patria, es mil veces grande. Mas Cárlos no fué solo hijo del Gran Gustavo I, sino padre del Gran Gustavo II; porque la Suecia ha tenido el privilegio de producir á pares los grandes varones de un mismo nombre: la historia de este héroe nos hará conocer si fué ó no digno de disputarle á su abuelo un título que tanto merecian ambos. Entre ellos está raquíticamente colocado Cárlos, cuya larga administracion no fué, en su primera parte, mas que un tegido de intrigas para reinar, y despues que reinó, una contínua escaramuza en que derramaba la sangre de los hombres sin otro fin que el de sostener los desaciertos que cometia: si es que en algunas ocasiones no venia á ser mas repugnante el cuadro de su injusticia, como en la guerra de Livonia á donde lo llevó el deseo de aprovecharse de la desgracia de un pueblo que estaba luchando con la peste y el hambre mas espantosa que puede reseñar la historia: á este infeliz pueblo fué á consolar Cárlos inundándolo de sangre; porque, como era de esperar, pronto se convirtió en teatro donde se ventilaron con las armas, los motivos de rivalidad que existian entre él y el hermano á quien habia usurpado la corona de Suecia. Un ataque epiléptico vino á terminar su malhadada carrera, y poner el cetro en manos de un niño que desde la cuna fué gigante.

V.

Nació Gustavo Adolfo en el año de 1594, y manifestó, desde su tierna infancia, las disposiciones mas brillantes para llevar la corona con todo el lustre que le habia dado Gustavo I. Antes de llegarle su turno, ya habia hecho sus primeras armas, á pesar de no haber alcanzado aun la edad de la pubertad. Apenas tenia diez y siete años, cuando subió al trono, y puede graduarse su temprana aptitud por la confianza que de él hicieron los Estados de su reino relajando en favor suyo una ley acabada de sancionar, pues que habia sido producto de los celebrados en Nicoping, en la cual se establecia, que el Rey no podria regir por sí, hasta la edad de veinte y cuatro años cumplidos. La suficiencia solo de Gustavo hubo de provocar esta relajacion, porque no se puede suponer, como en otras ocasiones, que el interés del gobernante influyese en esa clase de decisiones, porque en el presente caso la decision se tomaba contra aquel, pues que la regencia se ejercia por su madre que, como todos los regentes, habria tenido interés en conservar el poder. La reina, por el contrario, no supo cosa alguna de esta decision, hasta que se la fueron á comunicar para obtener su consentimiento y entregar las riendas del Estado al jóven monarca: la madre y regenta accedió sin vacilar, y Gustavo Adolfo fué declarado mayor luego que subió al trono. El duque Juan de Ostrogocia, co-regente; no solo hizo la misma concesion que la madre, sino que renunció por sí y sus descendientes de cualquier derecho que su nacimiento les pudiere dar sobre la corona de Suecia, como descendiente de Gustavo I por una rama anterior á la de Gustavo II: esta conducta le grangeó el aprecio de este rey, y la mano de su hermana.

Apenas puede decirse que conoció otro cetro que su espada, pues cuando ciñó la corona halló sembrados muchos ódios que por necesidad habian de producir sus frutos: el rey de Dinamarca, el de Polonia, Lubec, el Moscovita y los católicos, eran enemigos que habian de hostilizarle. Así se vió en la necesidad de salir al encuentro del primero, que ya ocupaba á Calmar antes de ser coronado Gustavo. Pero este, prefirió llevar la guerra á los Estados dinamarqueses y lo atacó en la Escania, embistiendo á Hesmburgo. El duque Jorge de Luneburgo, que defendia el pais, sorprendió el campamento de Gustavo y guiado sin duda por traidores que conocian demasiado bien el órden en que aquel estaba puesto, se dirigió sin vacilar hasta la persona del rey, que apenas pudo escapar á fuerza de bravura.

Las ropas y estandarte del de Suecia, y los inmediatos oficiales de su servicio, cayeron en poder del general danés, y hubieron de servir de apoyo á la noticia que hicieron correr de la muerte del jóven monarca. Este la desmintió derrotándolos, y la paz firmada en 18 de enero de 1613, puso fin á aquellos desastres.

Los solaces de aquella paz, le permitieron pensar en los afectos del corazon, enamorándose de la jóven condesa Elba Brahé, con quien se hubiera casado, si la prudencia de la reina madre no hubiera obtenido de su impaciencia una espera de tres años, en la cual esperaba ella que sobrevinieran acontecimientos que distragesen su atencion : así sucedió, llamándole en breve la guerra de Moscovia á donde no se encaminó, sin embargo, sin haber dejado arreglado el importante punto de la administracion de justicia, y celebrados tratados comerciales con las naciones vecinas, con quienes tenia paz y dando leyes económico-administrativas como ninguno de sus antecesores : despues de atender á estos importantes puntos, fué en persona á Finlandia á medirse con el nuevo gran duque Miguel Federovih Romanzow. En breve tomó á Pleskow y Noteburgo con otros muchos pueblos y fortalezas importantes, que le hicieron ya célebre en toda Europa, á pesar de no tener aun mas que veinte y un años de edad. La paz firmada con Rusia y una alianza con Francia é Inglaterra, lo dejaron mas espedito para habérselas con Sigismundo que lo trataba de usurpador y le hacia una guerra clandestina de libelos contra su persona. Estos insultos, hicieron desembarcar á Gustavo en la Carlandia, donde se le unió el duque, y marchó con él á sitiar á Riga, que no obstante una resistencia obstinada, y recibir socorro del rey de Polonia, se hubo de rendir: despues de cuya caida, Sigismundo pidió una tregua de dos años que fué consentida por Gustavo.

La tregua termino en 1616 y despues de repetidas proposiciones de paz, hechas por el de Suecia, y desechadas por el de Polonia, tuvo al fin el primero que marchar al teatro de la guerra, y consiguió, por primera vez, ver lo que deseaba aun á pesar de su repetidos triunfos; una batalla campal. El jóven Estanislao Sapicha, gran mariscal de Lituania, vino á su encuentro con una numerosa y escogida caballería que, como es sabido, era la mejor de Europa, y noticioso de que Gustavo no tenia ninguna, supuso que bastaria traerlo á una llanura para derrotarlo. Pero el jóven capitan, que habia inventado una táctica nueva y tenia la mejor infanteria del mundo, deseaba probarla, para lo cual aceptó el combate en las llanuras de Walhof y no tardó en derrotar al polaco; persiguiéndolo en seguida hasta Livonia donde les tomó á Posrolen y Birsen.

Poco tardó Gustavo en atacar á su enemigo, por donde menos lo esperaba este, porque, habiendo desembarcado en el continente con un fuerte ejército, obligó al Elector de Brandeburgo á aceptar la neutralidad, y marchó á hostilizar por retaguardia la Prusia Polonesa ó Prusia Real: Mariemburgo, Estuen y Cleristburgo, cayeron en su poder. El rey de Polonia salió á rechazar á Gustavo y un

encuentro desgraciado que tuvo cerca de Meaw, le obligó á hacer las primeras proposiciones pacíficas de someter á un arbitrage las diferencias que hubiese entre los dos monarcas. Aceptadas; fueron tan indecentes las proposiciones que hicieron los comisarios polacos, que aun estando prisionero de guerra el rey de Suecia, no hubieran sido admitidas. Para reducir la plaza de Danzig, quiso el rey reconocer en persona sus fortificaciones, y habiendo bajado el rio en una falúa, tuvo la imprudencia de pasar tan cerca de las fortalezas, que una de las balas le hirió en el vientre con apariencias de ser mortal la herida; afortunadamente para él y para su ejército; estaba tan grueso que la bala resbaló por entre el tegido adiposo, y su vida se salvó. Aquella misma mañana se habia ya librado milagrosamente de la muerte, porque aventurándose solo, bastante cerca de las murallas, dos soldados enemigos vinieron sin ser sentidos y lucharon cuerpo á cuerpo con él, y, á no haberle llegado socorro de los suyos, habria perecido. Algunos de sus generales le reconvinieron despues de herido, y les contestó: «Los ejércitos miden su valor por el de los gefes que están á su cabeza.» El cirujano que lo curaba quiso hacerle una recomendacion de ser mas precavido, y le contestó con el célebre dicho de Apeles: »*Ne sutor ultra crepidam.*»

Apenas curado de aquella terrible herida, volvió á tomar el mando del ejército. El general enemigo vino á reconocer su posicion, y tuvo que retirarse hasta meterse en una aldea. Gustavo, queriendo ver por sí el punto mejor para atacarlo, se acerca tanto, que recibe un balazo en una clavícula á dos dedos del cuello y de la cual arrojaba tal cantidad de sangre, que se creyó roto algun gran vaso y se le dispuso á la muerte. El cirujano que hizo la curacion, se sorprendió de que fuese tan considerable la herida sin haber causado la muerte y declaró que era imposible extraer el proyectil, «dejadlo pues donde está» le dijo Gustavo. Sus generales y oficiales le suplicaron luego que se restableció que fuese mas precavido: «No permita Dios que el deber que tengo que llenar sea descuidado por un pueril temor: si Dios me priva de la vida él mismo mandará otros defensores para el reino.»

Con motivo de su convalescencia, pasó á Suecia donde se restableció, y de donde volvió con nuevos refuerzos que le permitieron tomar la ofensiva. Para la historia de las artes, no deja de ser curiosa la descripcion que hacen los cronistas de la artillería de que se hacia uso en aquella campaña y que por su construccion llamaban ligera, y tenia en efecto esta cualidad. Consistia aquella en un tubo delgado de cobre, cuya recámara se reforzaba con cuatro fuertes cercos ó sunchos de hierro, enrollando en el cuerpo de la pieza una gran cantidad de cuerdas fuertemente apretadas hasta darle la forma de un cañon; todo lo cual se forraba en cuero. Con esta clase de piezas podian dispararse tantos tiros como se quisieran, sin necesidad de refrescarlas como sucede con las de metal.

La guerra con Polonia continuaba en el mismo estado, presentando diversas faces, hasta que llegó el caso de que el emperador de Alemania hiciera efectivos

los socorros que habian ofrecido al de Polonia. Entonces Gustavo que ansiaba por tomar la defensa de sus correligionarios perseguidos por el emperador, no tuvo miedo á las consecuencias de una ruptura con este, y mandó socorro á los de Stralsund, sitiados y estrechados por el célebre Walstein que se vió en necesidad de levantar el sitio.

Bastante tiempo hacia que Gustavo desoia los ruegos de los príncipes protestantes perseguidos en Alemania, que le pedian fuese á capitanearlos; asi estrañó sobremanera el socorro que el emperador mandaba á su enemigo; con cuyo motivo mandó un diputado á Walstein, dándole la queja de que el emperador sin motivo alguno, favoreciese de aquella manera al rey de Polonia; á lo cual contestó el orgulloso Walstein: «¿Qué le hemos de hacer amigo? el emperador tiene demasiada gente, y es fuerza que le dé alguna á los que la necesitan.»

Por entonces dió este soberano los dos célebres edictos que tanto alarmaron á la Europa sobre sus verdaderas intenciones, y produjeron el mismo efecto sobre el cardenal de Richelieu, quien á toda costa quiso poner paz entre los reyes de Polonia y Suecia, á fin de tener el último en disposicion de ser útil en la liga protestante que se suscitaba contra Fernando: no obstante ser el cardenal grande enemigo del protestantismo; pero en las medidas del emperador vió una tendencia política; que le convenia estorbar. Las sólidas razones del embajador Chamací trajeron á Sigismundo á terminar una guerra en que el vencedor proponia continuamente la paz que era rechazada por el vencido. Por ella tuvo lugar el reconocimiento de Gustavo como rey de Suecia, y la devolucion mútua de varias plazas ocupadas, escepto lo conquistado en Livonia y Elbing, Memell, Pillau y Braursberg en Prusia con la aduana de Dantzig que quedaron por el rey de Suecia.

Esta lucha habria bastado para hacerle llamar Gran Capitan; pero sus hechos posteriores eclipsaron los ya narrados. El primero y mas grande entre todos fué no parecerle imposible hacer frente al primer poder del mundo con fuerzas exiguas, imponerle condiciones, y marchar á atacarlo sobre su propio territorio. El emperador se rió de sus condiciones, como de las bravatas de un pigmeo, y cuando supo su desembarco, hizo tan poco caso, que dijo á los que le rodeaban: «¡Ese reyezuelo del Norte, se olvida que es rey de nieve y que viene á derretirse al sol del imperio!» Quince mil suecos solamente le acompañaban en su desembarco en la isla de Rugen; pero aquellos quince mil hombres probaron ser luego otros tantos héroes; tanto por su disciplina inalterable, como por su nunca vista serenidad.

El génio de Gustavo se habia dado á conocer en la creacion de una nueva táctica, opuesta enteramente á la que conocian los generales del imperio, acostumbrados á operar en masas cerradas de un movimiento dificultoso. Gustavo, por el contrario, colocaba su línea de batalla no dando mas que seis hombres de fondo en la infantería y cuatro en la caballería, con lo cual, no solamente presen-

taba una estension mayor, sino que facilitaba sus movimientos y la esponia menos al efecto de la artillería. Luego que desembarcó, hizo llamar á los príncipes protestantes que lo habian solicitado; pero en la hora del peligro, ninguno de ellos tuvo el valor suficiente para unirse á su caudillo. Afortunadamente, las fuerzas del emperador eran escasas por el lado del Báltico, efecto del nuevo desprecio con que él habia mirado la declaracion formal de guerra que le hizo el sueco: así se adelantó este sin obstáculo hasta Stetin, capital del ducado de Pomerania: á cuyo príncipe tuvo casi que rendir Gustavo por las armas para que le abriera las puertas de la ciudad, á pesar de ser de los que lo habian llamado á su defensa. El jóven héroe marchó por la Pomerania adelante, arrollando las guarniciones del imperio: las cuales no se retiraban sin dejar tras sí señales de completa devastacion, cuando por el contrario al entrar en pos de ellas las de Gustavo se notaba un órden admirable, hijo de su disciplina, llevado á tan alto grado, que los pueblos los llamaban como á sus ángeles salvadores. La táctica de Gustavo era, por entonces, marchar con precaucion sin dejar detrás lugar alguno fortificado: por esta razon hubo de tomar al paso y por ásalto, á Francfort sobre el Oder, guarnecido por ocho mil imperiales, y exigir del Elector de Brandeburgo la entrega de las ciudadelas de Centrin y Spondau, y porque dudaba, marcho sobre Berlin antes de llegar al cual, se decidió el Elector en una conferencia que tuvo con el de Suecia cerca de aquella ciudad el 15 de mayo de 1631. Desde alli se dirigió Gustavo á socorrer á Magdeburgo, sitiada por los imperiales, y aunque no estaba léjos y el socorro del rey hubiera evitado su ruina, el elector de Sajonia negó el paso por Wittemberg. Tilly conociendo el peligro que corria, determinó dar el asalto por sorpresa, y Magdeburgo fué entregada al saqueo más horroroso que puede describir la historia.

La caida de Magdeburgo hizo variar de rumbo á Gustavo que quiso llevar desde luego á cabo uno de los objetos de su espedicion, que era la reintegracion de los principes de Meklemburgo en sus dominios, como en efecto se verificó, haciendo su entrada solemne en Gustrow. Entretanto Tilly, con bien poco tacto, entró por las tierras del elector de Sajonia, fiel aliado del emperador, y sin que precediese declaracion de guerra, hizo píllar varias ciudades, con cuya agresion convirtió al príncipe sajon en aliado del rey, al cual se reunió con sus fuerzas en Duben el 12 de setiembre de aquel año. Tilly tomó á Leipsic, y aunque Gustavo no hubiera deseado todavía aventurarlo todo á la suerte de una batalla, las instancias del Elector le hicieron marchar sobre aquella ciudad, y los dos ejércitos se encontraron en Breintenfeld el 17 de setiembre. Gustavo, que no confiaba mucho en las tropas del Elector, las colocó á parte en el ala izquierda. Estaba el general aleman tan orgulloso de sus conquistas, que antes de entrar en accion se alababa de no haber perdido nunca un combate, y manifestaba su anhelo por que diera principio aquel. En efecto, á mitad del dia comenzó la artilleria á obrar, aunque con diferente éxito, pues era mucho mayor el estrago que hacia sobre las masas

cerradas de los imperiales que sobre los claros frentes de Gustavo. Así fué, que, conociendo su desventaja, el general de los primeros se arrojó, con su ala derecha sobre los sajones colocados en la izquierda del contrario, con un ímpetu tan irresistible que la puso en completa derrota. No sucedió lo mismo á Pappenhein que halló un impenetrable muro en el pecho de los soldados suecos del ala derecha, sobre la cual dió siete cargas seguidas sin fruto alguno: á pesar de darlas con la mejor caballería que existia en Alemania, y estar reputado por el mejor capitan de esta arma. Tilly no quiso detenerse en perseguir á los sajones fugitivos, sino que volviendo sobre el flanco que él creyó desguarnecido en el ala izquierda del ejército sueco, vió á Gustavo hacer un movimiento nuevo para él, con el cual le presentó un frente que lo cubrió perfectamente. Esta táctica, desconocida para Tilly, lo trastornó de tal modo que es opinion admitida, que desde aquel momento no supo ya que hacer. Gustavo, con la mirada de águila que lo distinguia, comprendió su embarazo, y aprovechándose de él se arrojo sobre la artillería, que tomó y volvió contra su enemigo. Este atrevimiento decidió la suerte en favor del *Rey de nieve* que dejó tendidos en el campo de batalla siete mil soldados del imperio. El mismo Tilly corrió el riesgo de perecer á manos de un capitan llamado el Gran Frisou, que le perseguia de cerca, y del cual lo libertó matándolo otro oficial que acudió á salvarlo.

El éxito de esta batalla hizo subir en toda Alemania la fama de Gustavo á punto que casi rayaba en la adoracion. Aprovechándose de ello, no marchó ya con las precauciones que antes, sino que á paso de carga recorrió la Tringía, pasó por Franconia, avanzó al Rhin donde descansó para volver por Franconia á los estados de Baviera. Halle, Erfurt, Wurtzburgo, Francfort, Maguncia, Nuremberg, y otras plazas, se le sometieron y el mismo Tilly, á la cabeza de otro ejército mas formidable, no se atrevia á hacerle frente. El Elector Maximiliano quiso con aquel general impedirle el paso del Lech, pero Gustavo, despues de castigarlos con su artilleria, lo pasó.

En esta accion terminó la vida del célebre general aleman, uno de los hombres mas valientes de su siglo: fué herido Tilly de bala de cañon, en una rodilla y sobrevivió pocos dias á su desgracia. No se detuvo allí el de Suecia, sino que haciendo levantar el sitio de Ingolstadt, marchó sobre Munich con ánimo de castigar aquella ciudad; pero sus habitantes abrieron las puertas é imploraron su clemencia y lo desarmaron á punto de no sufrir el menor perjuicio.

La marcha triunfal de Gustavo no se sabe que término habria tenido, si el emperador, humillándose ante el célebre Walstein á quien tenia resentido, no le hubiera suplicado levantase un ejército, sufriendo condiciones las mas degradantes para un monarca y que constituian al vasallo en soberano. Walstein levantó el ejército, fué contra Gustavo y vino á encontrarlo cerca de Nuremberg; pero atrincherándose en las alturas de Zingdorf, á la vista del campamento sueco, no quiso atacarlo. Durante once semanas permanecieron los dos campamentos en la

misma disposicion, hasta que el rey de Suecia, despues de una tentativa infructuosa para forzar los atrincheramientos de su enemigo, se retiró delante de él hácia Baviera, al son de trompetas sin que Walstein se atreviese á salir de donde estaba encastillado. Luego que vió léjos á su temido enemigo, pegó fuego al campamento y se dirigió al Norte de Alemania; sembrando el terror por todas partes donde pasaba. El de Suecia corrió á alcanzarle para librar á los pueblos de aquel azote, y se presentó delante del ejército imperial el 15 de noviembre al anochecer cerca de Lutzen. Los dos generales se aprestaron á la batalla, y el de Suecia pasó la noche en su carruage combinando el plan de ataque. A las once de la mañana principió el combate y el rey se preparó á él con tanta indiferencia, que habiéndole traido su coraza, rehusó ponérsela. Los suecos fueron recibidos por un fuego cruel, pero desalojados los imperiales de todas sus posiciones, la victoria quedó por los primeros.

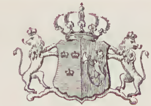
Todo el ejército buscaba al jóven héroe para victorearlo; pero no vino á encontrarle sino debajo de un monton de cadáveres completamente desfigurado por las herraduras de la caballería que habia destrozado su cuerpo. El valiente Gustavo se habia adelantado tanto sobre los batallones enemigos, seguido solo de algunos oficiales y del duque Francisco de Sajonia Lanemburgo, que recibió casi á boca de jarro dos tiros de los cuales el primero le rompió el brazo derecho y el segundo le atravesó el cuerpo. Así murió aquel gallardo jóven de 38 años de edad con el privilegio que no han tenido muchos de los grandes capitanes, de tener por lecho de muerte el campo de batalla! ¡Cuánto mas grandes aparecerian á nuestros ojos Alejandro, Cesar y Napoleon, si el veneno no hubiese puesto fin á la existencia del primero; el puñal á la del segundo y un cautiverio inícuo á la del tercero; sino que mas afortunados hubiesen tenido el fin de Gustavo! ¡Con cuanta razon dijimos al empezar la narracion de la vida del jóven héroe que merecia á todas luces el título de Grande.

VI.

El reinado de Cristina adolece de la palidez que era consiguiente á una minoria que recaia en una niña despues de salir el cetro de las manos del mas valiente de los capitanes del siglo. Subió al trono á la edad de cinco años, en el de 1633 y su consejero Oxenstrein tuvo la habilidad de mantener el lustre de las armas suecas en el continente, poniéndolas bajo el mando de hábiles generales como Horn, Baunier, Weimar y Tortenson. Si en Nordinga fué desgraciado Gustavo, en Horn en el Bajo Rhin, en Franconia y el Palatinado fueron victoriosas sus legio-

C. Legrand dib.° y lit.° Lit. de J. Donon, Madrid

CARLOS LUIS, PRINCIPE



HEREDERO DE SUECIA.

ron. En 163[illegible] Banner [illegible] al ejército imperial en Wittstock [illegible] do despues [illegible] la Sajonia y el [illegible] su sucesor Torstenson, después de [illegible], [illegible] el 15 de octubre de 164[illegible]. Las [illegible] del [illegible] y [illegible] después de [illegible]. En el [illegible] la Moravia, [illegible] su ejército [illegible] marzo de 1645. Su ejército [illegible] Wrangel, que [illegible] para el 17 [illegible] pero [illegible] los imperiales [illegible] casa de Austria [illegible] que hubiera [illegible] guerra [illegible] tan [illegible] por Gustavo contra el [illegible], [illegible] los [illegible] por sus generales [illegible] la paz de Westfalia firmada el 24 de octubre de aquel año, [illegible] á las conquistas de [illegible].

Entre tanto Cristina [illegible] que podía gobernarse por sí, [illegible] y [illegible]. [illegible] jo y cautivado [illegible] glorias del [illegible], se [illegible] al estudio de las ciencias, rodeada de los hombres [illegible] hir, [illegible] en el [illegible] todo lo que podía [illegible] las [illegible] se acordó [illegible] [illegible] los [illegible] tico y [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible] ya [illegible] su deseo de [illegible] la corona [illegible] corona, y en 1650 se [illegible], [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] que se [illegible] por [illegible]. Pero [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] porque [illegible] [illegible] [illegible] que no [illegible]. [illegible] [illegible] de su [illegible] para [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible], en la edad en que [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] su [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] la [illegible] [illegible] [illegible].

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] en la vida privada [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] tarde quiso ver la Francia [illegible] [illegible] [illegible] en el palacio de Fontainebleau [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]



nes. En 1636 Baunier derrotó tambien al ejército imperial en Wistok, recorriendo despues victoriosamente la Sajonía y el Brandemburgo hasta la Pomerania. Su sucesor Tortenson, despues de otras ventajas menos caracterizadas, desbarató el 13 de octubre de 1642, las huestes del archiduque Leopoldo y del general Picolomini despues de lo cual tomó á Leipsic. En el siguiente año asoló la Silesia y la Moravia, destrozando al ejército del emperador en Yankau de Bohemia el 6 de marzo de 1643. La victoria no abandonó á Wrangel, qne le sucedió en el mando, pues el 17 de abril de 1648 puso en huida á los imperiales en Zusmarhausem cerca de Amburgo, y no se prevee el fin que hubiera tenido aquella guerra emprendida tan bizarramente por Gustavo contra el formidable imperio, y sostenida tan tenazmente por sus generales, si la paz de Wesfalia firmada en 24 de octubre de aquel año, no hubiese puesto término á las conquistas de las armas suecas.

Entre tanto Cristina, luego que pudo gobernarse por sí, dió á conocer un carácter singular al par que noble y elevado. Se avergonzaba de haber nacido mujer y envidiaba las glorias del sexo opuesto: así fué que se dedicó casi exclusivamente al estudio de las ciencias. Rodeada de los hombres eminentes por su saber, desdeñaba en el trato comun todo lo que podia constituir las gracias y belleza ficticia de su sexo. Aspirando interiormente á tener los hábitos viriles, su rostro y sus maneras dejaban ver demasiado estas inclinaciones. Desde la edad de veinte y dos años ya manifestó su deseo de abdicar la corona cuyo peso le estorbaba, y en 1650 se nombró, con el consentimiento de los estados, un heredero, y su eleccion recayó sobre el jóven conde palatino Cárlos Gustavo su primo á quien se dice que amaba. Pero á pesar de esta pasion, que se supone cierta, su carácter no la consintió que se doblase á contraer una union como se lo pedian los estados. El senado le hizo representaciones mas directas sobre esta materia, y ella contestó. «No me caso, porque en ese estado hay deberes hácia los cuales siento una repugnancia que no puedo vencer.» El nombramiento de heredero hecho en su primo para sucesor de la corona, debió ser sin duda para probarle su cariño, y no debió quedar descontento de la prueba; cuando antes de cumplir veinte y ocho años, en la edad en que mas desarrollada puede suponerse la ambicion en una mujer, se la vió convocar los Estados, hacer venir á su primo y despues de un discurso elocuente, pero pronunciado sin emocion, bajó del trono, pone en las manos de Cárlos Gustavo el cetro real, y, abdicando la dignidad soberana, se confunde entre la multitud.

Así pudiese la crítica no tener que hacerle mas cargos que los que le resultaran del tiempo de su reinado; pero desgraciadamente ella se hizo cierta celebridad en la vida privada. La ex-reina de Suecia se retiró á Roma donde abrazó la religion católica y se entregó á su gusto favorito, al estudio de las ciencias. Mas tarde quiso ver la Fráncia, y allí fué tachada de poco cortesana y peor que eso, en el palacio de Fontainebleau, tuvo lugar la célebre aventura de Monaldeschi que tanto ha dado que hablar desde que la historia y el teatro se apoderaron

de ella. Era Monaldeschi un escudero de la reina de gallarda presencia y que disfrutaba de un gran favor cerca de su real persona. Mas un dia, sin que haya podido nunca saberse el motivo, Monaldeschi se vió atacado en una de las galerias de palacio por varios hombres armados de espadas desnudas. Le pusieron de manifiesto unas cartas, y su palidez indicóque él se creia criminal; pero pidió que le permitieran ver á la reina. Le intiman la sentencia de muerte y la reina que estaba en una pieza vecina, manda que lo hieran para obligarle á confesarse. Despues de herido quiere arrastrarse hasta el cuarto de la que daba aquellas crueles órdenes; pero ella mandó terminar su agonia. Cristina se retiró despues á Roma donde murió.

La eleccion de Cristina en su primo Cárlos, que se llamó el *décimo,* fué acertada, porque este príncipe supo mantener el esplendor de la corona dentro y fuera del reino. Una nueva guerra con Polonia le puso en posesion de todo aquel reino con muy pequeña escepcion, y en Dinamarca no estuvo distante de apoderarse de la capital. Su muerte, casi repentina, acaecida el 23 de febrero de 1660 en Gottemburgo, dejó en manos de su hijo menor el cetro de la Suecia.

La menor edad de Cárlos XI dejó descansar á la Suecia de la continua guerra en que la habian tenido los anteriores monarcas; aunque este reposo no fué verdaderamente mas que hasta que Cárlos estuvo en edad de empuñar la espada. Escitado entonces por la Francia, declaró la guerra al Brandemburgo, y envió su ejército bajo el mando del general Wrangel, que no fué feliz, pero cuya fortuna se restableció luego que el rey tomó el mando, ganando la famosa batalla de Lunden en la Escania el 14 de diciembre de 1675: no por esto desatendia la guerra con Dinamarca; pero una y otra cesaron con la paz de San German firmada en 2 de setiembre de 1679 entre Suécia y Dinamarca, y el Brandemburgo. Su principal obra fué el cambio político en que estendió el poder real á punto de hacerlo despótico.

Cárlos XII, hijo y sucesor del que precede, subió al trono el 10 de abril de 1697 por muerte de su padre, y quedó bajo la tutela de su abuela Eduvijis Eleonor; pero esta tutela fué nominal, porque inmediatamente sacudió el rey su yugo, haciéndose declarar mayor de edad cuando apenas cumplia quince años. Confesamos que no somos tan entusiastas admiradores de las virtudes políticas de este rey que le antepongamos á sus dos ilustres predecesores, los dos Gustavos; no obstante, sin hacer de el un héroe poético como otros historiadores, reconocemos que sin la existencia de aquellos dos grandes hombres, él solo bastaria para ilustrar la historia de la Suecia. No hay duda que esta nacion privilegiada en este punto por la Providencia, pues en menos de dos siglos, contó tres grandes héroes.

En Cárlos vemos dominar mas el pensamiento de su propia gloria que el triunfo de la causa pública; preponderar mas la satisfaccion de su orgullo, que la conveniencia de los pueblos; así sus acciones tienen para nosotros menos brillo que las de Gustavo I y Gustavo Adolfo.

Los tres monarcas que constantemente habian hecho la guerra á Suecia, el de Dinamarca, el de Polonia y el Czar de Moscovia, se ligaron contra el que creian un niño: pero Cárlos, desde el principio de sus operaciones militares, descubrió esa virtud militar que consiste en ejecutar con la prontitud del rayo lo que se concibe á la luz del relámpago; se embarcó repentinamente, sorprendió á los dinamarqueses delante de Copenague y volvió triunfante á Stokolmo. Con ocho mil hombres, segun unos, y trece mil otros, parte á encontrar al moscovita y representándole alguno de sus cortesanos la enorme diferencia del uno al otro ejército, les responde: «¡Cómo! ¿poneis en duda que el rey de Suecia pueda vencer con ocho mil hombres al Czar de Moscovia con sus ochenta mil?» Esta respuesta pinta sola el carácter del héroe. Y en efecto, Cárlos fué á Narva, y con su pequeña porcion de tropa, venció al colosal ejército de Pedro. Los rusos acusaron á los suecos de mágia, al ver que el número de los prisioneros era mucho mayor que el de los vencedores. Pero Pedro I que, como dice Voltaire, era aun mas grande que Cárlos, decia al ver aquel desastre. «Podemos luchar con ventaja con los turcos y los tártaros; pero con los suecos no. Yo espero, sin embargo, que nuestro hermano Cárlos venciéndonos, nos enseñe á vencerlo á él.» Prediccion que en efecto se cumplió en Pultava, despues de batir á los rusos en todas partes, Cárlos llevó la guerra á Polonia y destronó á su enemigo Augusto, y aunque pudo haberse hecho rey de Polonia prefirió sentar en aquel trono á un noble polaco, llamado Estanislao. Con la impetuosidad de carácter que lo distinguia, fué precipitadamente á poner cerco á Pultava sobre el Worska y se vió en la necesidad de hacer entrar en combate sus fatigadas tropas, y por ello fué completamente derrotado: despues de correr muy grave riesgo su vida, consiguió llegar sano á la frontera turca.

El Gran señor lo recibió espléndidamente y satisfizo á sus gastos con profusion; pero las exigencias de Cárlos descontentaron la corte otomana, que no podia otorgarle un nuevo ejército cual se lo pedia. La suerte casi estuvo á punto de sobrepujar sus deseos; porque habiendo declarado Pedro I la guerra á Turquía y adelantándose imprudentemente sobre la orilla derecha del Pruht, fué cortado por el Gran Visir y puesto en disposicion de morir ó rendirse. Cárlos, que por la altivez de su carácter no estaba en el ejército, advertido por Poniatusky accedió; pero cuando llegó era tarde, porque Pedro habia obtenido, por destreza de Catalina, una capitulacion que le permitio retirarse sin ser molestado. Cárlos, lleno de ira, le preguntó al Visir, como habia dejado escapar así á su enemigo, y el astuto otomano le respondió friamente: «¿Si Pedro hubiese quedado prisionero en Turquía, quién hubiera gobernado sus Estados? Creedme; no conviene que todos los reyes anden así fuera de casa.» El despecho de Cárlos no pudo manifestarse sino rasgando con la espuela las ropas del Visir: que no pareció notarlo. Sus pretensiones con la Puerta llegaron á ser tales, que se le intimó la órden de salir de Turquia con la escolta y los fondos que quisiera; pero el soberbio sueco

se negó á obedecerla, diciéndo al pachá de Bender, donde residia, encargado de ejecutarla: «Llévalo á cabo si te atreves.» En efecto, su casa fué envestida; y atacado, defendióse solo con trescientos hombres de su séquito, que le pedian de rodillas no incurriese en aquella temeridad, pero nada pudo domar aquel altivo carácter: hizo fuego contra las turcos, que no querian hacerle mal; hasta que de habitacion en habitacion, fué perseguido y solo por haberse enredado en sus espuelas y caido pudo ser maniatado y mandado á la presencia del sultan. A pesar de todo esto, aquel soberano le dió los medios de ponerse en camino con toda seguridad, pero el indómito Cárlos despreciándolo todo, se escapó disfrazado; atravesó la Europa por en medio de sus enemigos; y despues de diez y seis dias de no descansar ni para dormir, se presentó al gobernador de Stralsund, á la sazon sitiado, para tener que escaparse luego que esta plaza hubo de rendirse en 17 de noviembre de 1715. Destrozado en todas partes, no se dá por vencido, y habiendo reunido un nuevo ejército, se dirige á la Noruega con ánimo de arrebatársela al rey de Dinamarca. Llega delante de Frederichal, establece los trabajos de sitio penosísimos entonces por el excesivo frio que á la sazon hacia; y tiene un placer, sin que se sepa por qué, en ponerse á recibir el fuego de metralla con que le hostilizaba la plaza, en la parte esterior de los trabajos. Todos los esfuerzos de sus generales no pudieron hacerle desistir de aquel propósito; y el último emisario que le mandaron, porque los habia hecho alejar, lo encontró tendido sobre el parapeto con la mano derecha en el puño de su sable y la cabeza atravesada por un proyectil.

Ulrica Eleonor sucedió en 1719 á su hermano Cárlos, cuya singularidad de carácter no le permitió nunca pensar en el matrimonio; por lo cual murió sin sucesion directa. Esta princesa, que se habia casado con Federico, príncipe de Hesse-Cassel, lo asoció al trono en 1720. En el mismo año se habia firmado la paz de Stokolmo entre Suecia y Prusia: y en el siguiente, el nuevo monarca reconcilió á la princesa con la Rusia, haciéndolas celebrar el tratado de Nystadt: puede decirse que en esto obedeció á los deseos del moscovita que lo obligó llevando á cabo una irrupcion sobre el territorio sueco, en la cual quemó mas de quinientos pueblos. La miseria en que estaban todas las clases del reino, y el espíritu de intolerancia en que abundaba el senado, que aspiraba, en un reinado menos fuerte, á recobrar las prerogativas que habia perdido en los anteriores; hicieron necesaria una gran dosis de prudencia de parte de Federico II para conservar la paz interior; muy particularmente despues de la muerte de la reina; que como era natural, se debilitó su autoridad. Federico murió dejando el reino, en 1751, á Adolfo Federico pariente próximo de la difunta Ulrica.

El estado á que pertenecia el nuevo rey, obispo de Lubec, le habia acostumbrado á la mansedumbre; de manera que le hacia muy poco á propósito para guiar la nave del Estado en una época en que se preparaba la tormenta que estalló despues. Así, el senado se creció en sus exigencias y contrarió constantemen-

te la autoridad real en todo cuanto le fué posible, y le convenia, para hacerse de una popularidad que pudiese darle preponderancia. Esta conducta hizo nacer un partido que le era adicto; y por contraposicion, otro que le fué adverso. El primero se llamó el de los *gorros*, y el segundo el de los *sombreros*. Sus disputas debilitaron cada vez mas el prestigio de los poderes, que algo hubieran podido hacer por la nacion. y fueron causa de que llegase la muerte de Adolfo Federico en 1771, sin que este principe hubiese conseguido otra cosa mas, que mantener con no poco trabajo la paz interior y esterior del reino.

Gustavo III, hijo mayor del precedente, aprendió en la escuela de su padre, lo dificil que es contener los partidos, cuando se fluctua en ellos con debilidad; y adoptando una conducta de benevolencia y afabilidad que le captase la popularidad, se decidió á obrar frente á frente contra el senado. Para ello reunió los partidarios de los sombreros, entre la oficialidad, y habiendolos arengado sobre las medidas ilegales que el senado se habia atrevido á tomar, mandando marchar la fuerza armada, les exortó á declararse entre el uno y el otro partido. La voz de un oficial, bastó para decidirlos á todos, y excitando luego estos á sus tropas, los senadores fueron encerrados en la misma sala de los estados, hasta que se presentó Gustavo con una Constitucion que le conferia un poder casi absoluto y que hizo firmar incontinenti, á los aprisionados senadores: esta revolucion tuvo lugar en 1721.

Despues emprendió el rey una nueva guerra contra Rusia en la cual obtuvo dos victorias que produjeron la paz; por consecuencia de lo cual hizo un viaje á San Petersburgo con el objeto de estrechar las relaciones de las dos córtes.

La revolucion francesa lo llamó á Aquisgram con el objeto de conferenciar con los principes franceses refugiados allí, y los demás que habian concurrido con el mismo objeto. Aunque la Asamblea de los Estados discutió con sobrada animacion, en 1792 las cuestiones financieras, nada parecia dar lugar á preveer el funestó acontecimiento que dió fin á la vida de aquel monarca. Debiendo verificarse el 16 de marzo del mismo año, un baile de máscaras en el teatro de la ópera, el rey recibió un anónimo concebido en estos términos: «Aunque tengo motivos »para lo contrario, soy amigo vuestro y os quiero dar el aviso de que no os pre»senteis esta noche en el baile; porque os costará la vida.» El rey despreció este aviso; entró en la reunion; fué rodeado por una tropa confusa de máscaras, y pocos momentos despues cayó herido de un pistoletazo esclamando: «Estoy herido.» En efecto, uua bala le habia penetrado en el cuerpo haciéndole una herida mortal. Anskantroen, su asesino, fué llevado al patíbulo pocos dias despues.

Gustavo IV sucedió á su padre Gustavo III bajo la tutela de su tio y regente Cárlos; y conservó la corona en medio de tantos vaivenes como sufrió la Europa, hasta que la revolucion la colocó sobre las sienes de Cárlos XIII. El advenimiento al trono de este príncipe, trajo para la Suecia la paz con la Francia, la Rusia

y la Dinamarca, y el nombramiento, como heredero del trono, del príncipe de Holstein-Augustemberg. Pero la muerte de este, y la presion moral que ejerció la Francia sobre todos los Estados de Europa, hizo recaer esta eleccion sobre el general francés Bernadote; de quien Bonaparte queria librarse, alejándolo de su persona.

Juan Bautista Julío Bernadote ocupó el trono de Suecia en 1818, y tomó el nombre de Cárlos XIV despues de haber hecho una brillante carrera en las guerras que la Francia sostuvo con toda la Europa, y cuyo relato no es de este lugar: baste saber que el hombre que en 1818 ceñía la corona de una poderosa nacion, designado para tan noble encargo entre los grandes hombres de la Francia, habia principiado su carrera, algunos años antes, por ser soldado raso en el regimiento de la real marina. Su vida política como monarca, fué menos brillante que su vida militar y su alejamiento por el hombre que le habia elevado, le conservó cuando la desgracia de aquel derribó todos los tronos que habia levantado, el que él ocupaba. En su tiempo tuvo lugar el acontecimiento notable de la desmembracion de la Finlandia, hecha en favor de la Rusia y la agregacion de la Noruega, de lo cual hemos hablado en otro lugar.

VII.

Oscar I, actual rey de Suecia, casado en 1825 con la hija mayor de Eugenio Beauharnais, relacionado por ese matrimonio con las casas imperiales de Rusia y Austria, lo está tambien con la de Napoleon, que ha vuelto á ocupar el trono de Francia. El hijo del principe de Ponte-Corvo es tal vez el mas apropósito para ceñir la corona que habian ilustrado tantos monarcas prudentes de la familia de los Wasas; y su capacidad politica se ha dado perfectamente á conocer en la situacion que ha sabido guardar la Suecia, en una época de trastorno y convulsion universal.

No pequeño ha sido el esfuerzo de habilidad y prudencia que se ha necesitado en circunstancias tan azarosas, cuando el principio reformador que tan gigantescas proporciones llegó á tomar en el resto de Europa, hacia tanto tiempo que trabajaba en Suecia y ponia sus miras sobre el príncipe Oscar, en ocasion en que aun no era mas que el heredero de la corona. Los partidarios de la reforma esperaban poco del octogenario Cárlos XIV que les habia dicho terminantemente,

cuando los primeros movimientos del Mediodia de Europa los hacia mas exigentes: «Si las leyes de nuestro país no han adquirido todo el grado de perfeccion deseable, hay que dejarlo al tiempo que sabrá modificarlas.» Y mas esplícitamente en el año de 1830, al ver conmover el trono de Cárlos X de Francia: «Si nuestra representacion necesita alguna mejora, es menester no perder de vista que las cuatro órdenes forman, desde hace tres siglos, las bases constitutivas de la monarquía.»

Cuando en marzo de 1844 bajó á la tumba este sosten del partido conservador, la subida al trono de su hijo José Francisco Oscar debió alentar las esperanzas del partido opuesto; con el cual, como suele relativamente acontecer á todos los príncipes herederos, tenia mas ó menos relaciones. La prudencia que ha distinguido la marcha política de Oscar I, no podia permitirle alimentar estas esperanzas de una manera que pareciese hacer la crítica del reinado anterior. Los acontecimientos del continente Europeo en el año de 1848, debieron así mismo, hacerlo mas prudente y precavido; y en efecto, contentándose con variar su ministerio, en un sentido mas en armonia con las exigencias de la época, ha sabido mantener al pais en el estado de quietud y reposo que él habia menester para llevar á cabo las reformas y mejoras, que en todos los ramos promovia. No han sido bastantes á alterar este órden las conmociones esperimentadas en el reino vecino de Dinamarca con motivo de la resurreccion de la célebre pugna entre el partido aleman y el escandinavo, en la cual tuvo la Suecia que tomar una posicion imponente; y aun ocupar con sus fuerzas una parte del territorio dinamarqués, la mas vecina al suyo mientras la terminacion de aquel conflicto no alejó todo peligro de sus fronteras. Tampoco fueron bastantes para alterar su tranquilidad las tentativas hechas en Noruega, por los enemigos del célebre apóstol de la demagógia, Kossuth con el objeto de constituirlos, como él les decia, por medio de una alocucion que les dirijió, en el ala izquierda del *Gran ejército de la libertad, cuya ala derecha estaba en Lombardia, y la vanguardia en Hungría.* Tal vez estas amenazas de revolucion hayan producido un efecto contrario al que esperaban sus autores, obligando al rey á no desperdiciar la ocasion de alejar de su consejo al conde Plateu, y otros de los hombres llamados á consecuencia de la revolucion del año de 1848; y cuyas opiniones, tal vez demasiado favorables á la reforma que hoy se querria alejar, hacian poco aceptables su cooperacion en la direccion de los negocios del Estado.

La Providencia ha afligido con alguna pérdida lamentable la real familia sueca; pero ha prodigado su bendicion al enlace del monarca, porque con él ha asegurado la sucesion del trono en los frutos que aquel ha tenido, que son: el príncipe real, Cárlos Luis Eugenio, duque de Escania, heredero inmediato de la corona; el duque de Vplandia, Francisco Gustavo Oscar, cuya pérdida hemos dicho arriba lamentaba su familia; el duque de Ostrogocia, Oscar Federico; la princesa Carlota Eugenia Augusta Amelia Albertina, y el duque de Dalecarlia Nicolas Augus-

to : la estrella que preside á los destinos de la Suecia no tendrá nada que apetecer si á tan brillante plantel de príncipes, que asegura una sucesion tranquila, el cielo favorece á esta nacion con la prudencia necesaria en sus reyes para imitar las virtudes políticas de su actual monarca, y la preserva de los males que le acarrearia una division intestina cuando tan de cerca la amenazan los intereses de naciones que tanto apetecen engrandecerse á su costa.

Madrid, marzo de 1856.

A. Rodriguez Biezma.

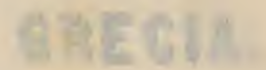


24

C. Legrand lit.

Lit. de J. Donon, Madrid.

OTHON I.  REY DE GRECIA.



OTON I, REY.

I.

MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

[illegible]



GRECIA.

OTON I, REY.

I.

MONARQUIA CONSTITUCIONAL.



La historia de un rey es la de su pueblo, y no seria posible separar la una de la otra sin hacerla ininteligible para todo el que la considere filosóficamente y quiera darse razon de los hechos por la hilacion que tengan con sus antecedentes. Sugiérenos esta reflexion la necesidad en que nos vemos de bosquejar la de Grecia al descubrir la particular del reino único, del mas antiguo y mas moderno de los pueblos de Europa. La dinastía de Oton I, que ha comenzado en este príncipe, y apenas cuenta algunos años de existencia, ha sido llamada

á reinar sobre una nacion nueva, completamente nueva, aunque su nombre y territorio la hagan representar el papel de la resurreccion de un gran pueblo. Veinte y dos siglos de esclavitud han borrado todos los rasgos que pudieran dejar conocer la descendencia del pueblo que hoy ocupa el territorio de la nueva monarquía griega, del heroico suelo que brotó los génios de Homero, Solon, Licurgo, etc. Pero este pueblo, á quien la civilizacion europea ha devuelto su independencia, no siente ya sobre su cuello el pié tiránico de un señor estraño y tiene todos los elementos que tuvieron sus antepasados para hacer de aquel país una tierra de imperecedera memoria. Estas dos distantes épocas, en que figura la Grecia como pueblo independiente, son las que exigen de nosotros un análisis exacto, al par que compendioso, de sus vicisitudes: las demás corresponden á la historia de otros pueblos de que se trata en partes distintas de esta obra. Será pues forzoso dividir tambien en dos partes la narracion de los hechos de un pueblo considerado en dos edades que ha separado una série considerable de siglos, y cuya índole ha debido variar en proporcion á la diferencia de condiciones por las cuales ha pasado.

Dividiremos pues este trabajo, tratando en su primera parte, de la Grecia antigua, con la brevedad á que nos obliga la naturaleza de la obra; y en la segunda de la Grecia moderna, ó sea la historia de este pueblo desde la reciente época en que sacudió las cadenas con que lo sujetaban los dejenerados descendientes de Soliman I.

II.

GRECIA ANTIGUA.

PRIMERA PARTE.

Rayaría en lo imposible pretender distinguir lo verdadero de lo falso en toda la primera época de la historia del pueblo heleno; porque están tan íntimamente ligadas sus creencias religiosas á los hechos grandes que la tradicion les conservaba, que no seria posible determinar cual de aquellas creencias tenia su orígen en estos últimos, ni cual en la personificacion de virtudes que sin haber hecho parte de la historia del país, debieron excitar los sentimientos de un pueblo religioso y confundirse en el culto que se les tributaba con los primeros, constituyendo entre unos y otros esa bella creacion mitológica, cuya poesía la eternizará en la memoria de los hombres. Separándonos, pues de lo que evidentemente pertenece al dominio de la fábula, habremos de aceptar para la historia de los remotos tiempos, aquellos hechos que, prestándose á la verosimilitud, le dan la hilacion única que puede admitirse en buena crítica.

Entre los que no dejan duda alguna en la razon humana; hecho confirmado tanto por las mas remotas historias sagrada y profana, las inveteradas tradiciones, los vestigios monumentales mas antiguos y últimamente por lo que la observacion da á conocer; los paises mas próximos al que sirviera de cuna al primer hombre y de consiguiente de los primeros poblados, han de haber sido los que hoy componen el territorio griego. Si, como en efecto parecen demostrarlo todos los testimonios anteriormente citados, el Asia menor fué el lugar escogido por el Criador para colocar sobre la tierra la simiente de la raza humana, es evidente que los paises en que primero debió esta multiplicarse inmediatamente despues de aquel, hubieron de ser las fértiles islas y peninsulas que tan próximas á él presentaban una situacion de las mas ventajosas, y los caracteres de riqueza vejetal que prometieron ópimos frutos al sudor de sus primeros pobladores. El nombre de estos habitantes fué el de Pelasges ó hijos de la tierra, y se repartieron en ella formando con el tiempo casi tantas repúblicas como ciudades habian formado sus moradores. Pero á la verdad, la historia del pueblo griego puede concretarse á la de los dos mas preponderantes Estados que formaban la principal parte de él, y fueron Atenas y Lacedemonia; porque además de retratarse en sus costumbres las de los demás, estos hubieron de figurar poco al lado de tan notables rivales y solo de vez en cuando, salir de la oscuridad en que los tenia el brillo de aquellas para volver á quedar sepultados en el olvido. Por manera, que bastará interrumpir la narracion de los hechos de los dos principales pueblos para referir los de los mas pequeños, cuando sea tal su brillo que merezca hacerlos entresacar de los comunes que poco ó nada, llaman la atencion.

De las primeras fundaciones que parece poder señalar la historia, es la de Argos, debida á Inacho que entrando por el Bósforo de Tracia y el Ponto Euxino, diez y nueve siglos antes de la Era cristiana, hizo allí su asiento. Phroneo su heredero, terminó la del reino que lleva el nombre de Argolida. Tesalia, Arcadia y Sicyone, que debe su origen á Egialeo y disputa la antigüedad á Argos, fueron fundadas casi contemporáneamente y tres siglos mas tarde, Cecrope puso á Atenas, que con una colonia egipcia acababa de fundar bajo la inmediata proteccion de Minerva. Cadmo con sus fenicios levantó á Tebas en la Beocia y les hizo el beneficio de traer consigo el alfabeto que se usaba en el país de donde habia sacado sus colonos, compuesto de diez y seis letras. En fin, la fundacion de Corinto y demás estados de aquel gran pueblo, se fué sucediendo como consecuencia del establecimiento de los anteriores.

La historia del Atica es una de las dos principales que deben ocuparnos y habremos de tomarla desde la creacion de su primera monarquía debida á Teseo, por los años 1259 (antes de J. C.) con el fin de salvar al país de la guerra civil á que la conducian las pretensiones de los doce cantones en que estaba dividida la república y que aspiraba á hacerse independiente. Su reunion formó un solo estado, que separó, para su mejor gobierno, en tres órdenes, á saber: el de los no-

bles, el de los labradores y el de los artesanos. Los primeros, que tomaron el nombre de Eupátridas, dueños de la propiedad inmueble rural, á causa de disfrutar de sus rentas, podian ocuparse y se ocupaban esclusivamente en sacerdocio, y en gobierno del Estado.

Por aquella misma época tuvo lugar en Troya la célebre guerra que inmortalizó Homero en su Iliada dando principio y fin al poema épico que ni tiene igual en el mundo ni parece poder superarse en perfeccion por pueblos cuya civilizacion vá cada dia desnudando á la sociedad de las creencias maravillosas que casi esclusivamente hacen la sublimidad de aquel poema.

Codros fué el último de los monarcas atenienses. Su virtud le hizo sacrificar la vida por su patria, para obtener el triunfo que á esa condicion habia pronosticado el oráculo, y sus pueblos, en señal de gratitud, no quisieron que otro rey ocupáse su trono, y acordaron gobernarse democráticamente.

El gefe del Estado llamóse en adelante Arconte, y esta dignidad estuvo vinculada en la familia de Codro durante trece generaciones. Al Arconte, hereditario único, sucedieron los electivos en número de nueve; cuya autoridad duraba primero una década, y mas tarde un solo año. Su administracion no fué de las mas felices conduciendo la república al estado del mayor desórden, por lo cual hubo de acudirse á Dracon pará que les diese leyes. La severidad de estas ha hecho que de ellas quede una eterna memoria, diciéndose metafóricamente, que fueron escritas con sangre. Los Efetas, ó magistrados encargados de su ejecucion, llenaron tan cumplidamente las intenciones del legislador, que colmaron la medida del sufrimiento á punto de hacer condenar á destierro al autor de tan inflexible código. Dracon se retiró á Egina, donde el favor del pueblo le fué mas funesto que la indignacion del de Atenas, pues siguiendo el uso de aquellos tiempos le arrojaron en su tránsito tal cantidad de ropas, gorros, hierro, etc., que murió sofocado por ellos.

Despues del cruel legislador del Atica, ocupa la escena política otro de carácter opuesto y de infinito mayor talento para legislar. Ya se adivina que hablamos de Solon que asaltó aquel puesto por medio de la astucia. Los atenienses habian perdido á Salamina que ocupaban los de Megara, y cansados de hacer inútiles esfuerzos condenaron á muerte al que renovase la proposicion de atacarlos. Solon queriendo dar un golpe que le atrayese la atencion de los atenienses, corrió á la tribuna con el cabello y trage en desorden á fin de atraer al curioso pueblo, al cual leyó, con el fuego del entusiasmo, un poema compuesto por él y cuyo asunto era la toma de Salamina. Aquel entusiasmo se comunicó al auditorio, y las falanges de Atenas marcharon sobre Salamina llevando á Solon á su cabeza; la victoria que obtuvo le hizo entrar triunfante en el Pireo.

Las circunstancias particulares en que se hallaba aquel pueblo dividido por discordias intestinas le dieron ocasion de demostrar su talento conciliador; y la moderacion que tanto habïa menester para inspirar confianza; y le valieron el ho-

nor de recibir la autoridad suficiente para dar leyes. La sabiduría de estos ha pasado por sobre los siglos como la crueldad de las de Dracon, y así como esta se ha hecho proverbial. Pudo ser rey y se contentó con ser Arconte.

Entre los nobles existia uno cuyas virtudes le habian captado la amistad de Solon y grangeado una popularidad de que supo aprovecharse, este fué Pinitrato. Fingiéndose herido por enemigos de la república se hizo dar una guardia de cuatro cientos soldados, que le bastó para apoderarse de las armas del pueblo, que con otra astucia le habia hecho depositar en un templo. Dueño del mando se portó de tal manera que fué espulsado de Atenas varias veces, y otras tantas vuelto á llamar, hasta que dejó de existir legando á sus dos hijos el trono. Eran estos Hiparco é Hipias que por su mal gobierno excitaron á una rebelion en que pereció el primero. Hipias, que sofocó aquella, se hizo tan odioso por querer vengar la muerte de su hermano, que fué arrojado de Atenas y hubo de refugiarse en la corte de Persia, por los años de 510 antes de Jesucristo. Aquella revolucion que presidia Clistenes estableció el Consejo de los Quinientos y formó diez tribus. Los nobles ayudados de algunos estados enemigos, quisieron, infructuosamente, echar abajo la obra revolucionaria.

Las llanuras de Maraton fueron testigo de los efectos de la infidelidad de Hipias, pues se vieron ensangrentadas por el hierro homicida de los persas. No menos que tres grandes capitanes tomaron parte en la accion, y no sabemos que admirar mas, si la superioridad que suponia en Milciades la eleccion que de él hicieron Temístocles y Arístides para el mando supremo del ejército, ó la moderacion de tan grandes guerreros que se someten á pelear en calidad de simples soldados, y con su ejemplo mas que con sus fuerzas obtienen sobre el enemigo un timbre de inmortalidad que no pueden borrar los siglos. A su vez dió Milciades mayor prueba de su moderacion no aprovechándose de la victoria para apoderarse del mando de la república, que gobernaron Arístides al frente de la aristocracia y Temístocles al del pueblo. Salamina volvió á presenciar el triunfo de las armas de estos dos guerreros, sobre la armada persa que allí quedó destruida: Victoria que no evitó despues la devastacion de Atenas por aquellos enemigos; la cual debió á Temístocles su resurreccion de entre sus propias cenizas. Tantos beneficios no evitaron ni al uno ni al otro de aquellos generales sufrir la terrible ley del ostracismo.

Tras estos notables varones vinieron otros no menos célebres. Cimon, hijo de Milciades, que se habia enriquecido con las minas de Tracia, tuvo la suerte de vencer al persa en el Chersoneso y Pericles, orador de gran talento que supo aprovechar para echar la ley del Ostracismo sobre su rival y mantenerse en el poder, á pesar de sus contrarios hasta que vino la guerra del Peloponeso á ilustrarle por otro estilo. Sus victorias en el mar le habrian hecho superar su adversa fortuna en tierra, si la naturaleza no le hubiese hecho mas guerra que sus enemigos. Ni habia pasado el segundo año de tan fratricida lucha cuando una terrible peste le asoló

la armada ; desgracia que le atrajo el odio popular y la pérdida de sus dignidades, y aunque la inconstancia de aquellas gentes, tan fáciles para olvidar el servicio como los motivos de sus odios, le volvió á llamar al mando, el enemigo que lo habia vencido, la peste, se cebó en él y le privó de la vida. Su puesto le ocupó mas tarde otro de los hombres célebres de aquel privilegiado país. Un sobrino de Cimon llamado Alcibiades, de eminentes cualidades intelectuales, pero de perversas costumbres, se supo tambien aprovechar de esa magia de la elocuencia para hacerse perdonar las últimas, y conduciendo al ejército á la victoria no se puede preveer hasta donde hubiera llevado sus aspiraciones, si una acusacion de impiedad contra las estatuas de Mercurio no le hubiese hecho abandonar el teatro de sus glorias y volver sus armas contra su ingrata patria en servicio de sus enemigos los de Esparta. De allí como de Atenas le hicieran huir sus vicios. Persia le recibió despues de manchado con la seduccion de la esposa del rey Agis.

Pero en la vida de este capitan se presenta uno de esos ejemplos de la veleidad ateniense llevado á un grado que aflije y llena de rubor, al ver esa humanidad ¡semejante en todos tiempos! arrastrarse á los piés del que le es necesario por mas que aquellas plantas hubiesen hollado las leyes mas sagradas del deber. Así el pueblo de Atenas llamó de nuevo á Alcibiades, á pesar de haber teñido su espada en la sangre de sus hermanos, y le recibió en triunfo. Las lecciones de la esperiencia hicieron desconfiar al astuto capitan de la constancia de sus entusiastas adoradores, y retirándose á Tracia se fortificó allí para ponerse al abrigo de un nuevo capricho de sus conciudadanos.

Los vicios de aquel pueblo mas que las armas de los lacedemonios trajeron á las puertas de Atenas á Lisandro, que la rindió por hambre y despues de celebrar el aniversario de la batalla de Salamina, destruyendo todas sus fortificaciones al compás de las músicas guerreras, dejó nombrados treinta gobernadores, sin duda en memoria de los treinta años que habia durado la guerra, los cuales merecieron despues el nombre de *Los treinta tiranos.* Teramenes su gefe y Alcibiades murieron bajo el hierro asesino de Cristias, presidente de aquellos y compañero del primero. La copa de cicuta con que se cometió el asesinato jurídico del virtuoso Sócrates fue llena por la mano de aquel malvado. Trasíbulo puesto á la cabeza de los descontentos y restableciendo la democracia libertó á su patria de aquel azote.

Las continuas guerras en que se mantenian los atenenses hicieron sobresalir entre otros á Timoteo hijo de Cowon, pero aun este fue víctima de la ingratitud de aquel pueblo, pues murió de pesadumbre por no poder pagar una crecida multa á que se le condenó porque una tempestad le habia impedido combatir. ¡Tal era la justicia de Atenas que solo puede compararse á su gratitud! La guerra religiosa contra los foceas, que habian profanado las tierras del templo de Delfos, trageron contra el parecer y los esfuerzos mayores de Demóstenes al macedonio Filijix, que con las armas de una parte de la Grecia, venció la otra y la puso toda á merced de las suyas. Alejandro, su hijo, halló el camino preparado para aca-

bar de subyugarla y fortalecer sus falanges que lo pasearon victorioso por el Asia y le conquistaron el nombre de Grande.

Sometida Atenas á la dominacion del conquistador, vió alejarse para siempre su libertad ; porque ni la muerte de aquel gran capitan , ni su participacion en la liga *aquiva* hicieron mas que remedarle algunos de sus destellos que no fueron mas que pálidos reflejos oscurecidos bien pronto por los elementos desorganizadores que dentro y fuera de sus muros combatieron la libertad hasta sofocarla completamente con el dogal que le anudó Roma. Ni la elocuencia de Demostenes; ni el valor y demás virtudes de Jocion sirvieron mas que á demostrar el grado de corrupcion de aquellas costumbres, que hacian del primero un orador prostituido á la corrupcion, y del segundo una nueva víctima de la ingratitud del pueblo griego.

III.

La Laconia, ó país de los lacones, que se llamó así mismo Esparta, del nombre de su capital, y Lacedemonia del de alguno de sus reyes, presenta un admirable contraste en las costumbres con el que acabamos de describir, no obstante estar bajo las mismas influencias físicas: lo cual prueba que no son las leyes consecuencias de aquellas como hijas de las costumbres segun ha dicho un sabio publicista y han seguido diciendo otros menos sabios, sino que las costumbres son por el contrario hijas de las leyes. Poco distaba Esparta de Atenas, ¡y sin embargo sus costumbres se diferenciaban inmensamente! Pero fuerza es que así fuera; porque si la última tuvo un legislador prudente y sensato que legisló conforme á los buenos principios, su legislacion no podia prever los efectos de la corruptela, cuando por el contrario, el primero con preceptos extravagantes preservó sus leyes de aquel mal. En efecto, Licurgo, que vino despues de hallar establecido en Esparta un bi-reinato, ó sea el reinado simultáneo de dos reyes, hubo de establecer leyes que amoldándose á esta institucion asegurasen para el porvenir costumbres que llevasen en sí la libertad á que aspiraba para su patria. Varon virtuoso, que supo resistir las tentaciones en que quiso inducirle su cuñada para hacer caer sobre su cabeza la corona de su sobrino, privándole de la vida en e mismo seno materno. Aparentó Licurgo no rechazar la proposicion, para que la perversa madre, variando de persona, no consumase el crímen en beneficio de otro menos escrupuloso, sino que fingiendo prestarse á sus miras, modificó el plan reservándose consumar el sacrificio luego que le entregase el infante á fin de ejecutarlo con mas acierto. Este ardid tuvo su efecto ; porque habiéndole presentado

secretamente el niño, á la sazon que Licurgo tenia en su casa gran reunion de ciudadanos, se lo presentó levantándolo en alto y esclamando «Hé aquí á vuestro rey». Despues de sentarle en el trono salió con Tales á viajar, y desde las remotas tierras donde se hallaba fué llamado para dar á Esparta las leyes que despues la hicieron célebre. Licurgo antes de entrar en aquel pueblo, quiso consultar el oráculo de Delfos sobre su obra y los dioses no se divirtieron en dar que pensar sobre la manera de interpretar su vaticinio; porque este fué terminante «Las leyes de Licurgo son buenas y el pueblo que las observe será el mas nombrado de la tierra.»

No nos es posible pasar en silencio las singularidades de estas leyes; porque solo conociéndolas puede comprenderse el orígen de sus raras costumbres: enarraremos solamente las principales. Por ellas fueron divididas todas las tierras de Lacedemonia en treinta mil porciones y Esparta en seis mil, y se prohibió subdividir ninguna de dichas porciones. Todo padre estaba en la obligacion de presentar sus hijos, al nacer, á un consejo de barones graves de su tribu, los que despues de examinar si estaban ó no bien conformados, los devolvian á sus padres ó los condenaban á ser arrojados en una caverna, al pié del monte Taigeta. Los estranjeros no podian permanecer en Esparta sino cuando sus talentos pareciesen útiles á la república, en cuyo caso le adoptaban como ciudadano de Esparta: en razon, decian, que los demás podian con sus costumbres corromper la de los ciudadanos virtuosos. El celibato era infame: habia lugar de proceder en justicia contra los que hubiesen dejado pasar la edad señalada para contraer matrimonio, y se les condenaba á pasear desnudos por la plaza pública, aun en medio del invierno, cantando una cancion satírica contra sí propios, y á perder todos los honores á que hubiera tenido derecho en su vejez. Tres hijos daban el derecho de pagar menos impuestos, y cuatro el de no soportar carga alguna. Las mujeres no podian ser dotadas ni llevar bienes al matrimonio, para que no entrase por nada el interes en este importante asunto. La novia habria de estar en la primer flor de la juventud, y no se consentia que el novio durante muchos años tuviese medios de verla de cerca y solo podia hacerlo cuando furtivamente conseguia la ocasion: todo con el objeto de que la sociedad no disminuyere su cariño. Este cuidado de la ley, se aviene, sin embargo, muy mal con el permiso que concedia al marido de prestar á otro su mujer, exeptuando solo de esta regla al monarca: naturalmente se infiere que leyes semejantes habian de dar por tierra con el pudor y cuantas virtudes hacen del sexo femenino la mejor parte del género humano. La educacion de la juventud era severa y comun para todos; y en comun tambien satisfacian el apetito á vista de los ancianos que velaban sobre sus costumbres. Para alejarlos del gusto de la bebida, se embriagaba espresamente á los esclavos con el objeto de escarnecerlos en aquel estado á presencia de los jóvenes espartanos. Pobres y ricos todos usaban una misma clase de vestidura, en que solo se consultaba el abrigo. Hasta los doce años, bastaba una simple túnica sin calzado ni cabello:

mas tarde se cubrian los hombres con un ligero manto, tan mezquino que en el resto de Grecia pasaba en proverbio llamar lacedemonio al trage miserable. Las doncellas llevaban la túnica hasta la rodilla, y con frecuencia menos larga, y se presentaban en público con el rostro descubierto hasta que tomaban estado: entonces se cubrian con un velo cuando habian de ser vistas por los varones.

Con el pensamiento de destruir en el sexo femenino el pudor, y con él la influencia que le dá su atractivo sobre el masculino, Licurgo estableció los juegos en los gimnasios en que las doncellas luchaban desnudas con los mancebos. El estudio no era su ocupacion favorita y les llamaba poco la atencion la facultad de espresar por escrito sus pensamientos, y aun para hacerlo de palabra era con tal imperfeccion, que los demas griegos comparaban los de Esparta á los que se distinguian por su mal lenguaje. Un lacedemonio no podia tener mas oficio que el de la guerra, los demas eran esclusivos de los esclavos. Los ejercicios violentos propios para la guerra, eran comunes á los dos sexos, y de esta mezcla resultaba que las mujeres adquirian tanta disposicion para aquella como los hombres; pero al mismo tiempo perdian toda vergüenza, de manera que no habia rivalidad entre los que pretendian una de ellas, sino que, por el contrario, se favorecian mutuamente y estrechaban mas sus relaciones amistosas. Entre los ejercicios que se enseñaban con esmero, era uno el del robo que se permitia siempre que fuere hecho con habilidad; pero el ladron sorprendido era castigado severamente. Para que las ventas se hicieren por cambio de objetos, Licurgo no permitió mas moneda que una de hierro en estremo pesada: tanto que se necesitaban dos caballos para trasportar la mas pequeña suma.

No pudo establecer este legislador sus leyes sin alguna oposicion que produjo una lucha en que salió herido, por lo cual se proscribieron las armas en las asambleas. Y para evitar las exigencias en cuanto á modificaciones, les dió á entender que aun tenia una parte muy importante que comunicarles; pero que debiendo consultar antes al oráculo les exigía el juramento de que nada alterarian en los preceptos que les dejaba hasta su vuelta. En efecto, partió; pero luego que estuvo lejos de Esparta se dejó morir de hambre, y exigió de sus amigos que arrojasen sus cenizas al mar: con cuya estratagema los espartanos no pudieron variar aquellas leyes sin faltar al juramento hecho: ¡freno que sin duda era de mayor fuerza en aquellos tiempos que en los presentes!

Aun reinaba el sobrino de Licurgo, Carilas, á quien este habia salvado cuando dió principio la guerra de Merenia, en que los lacedemonios se portaron con toda la crueldad imaginable; pero restablecido el equilibrio en las fuerzas por los generales mesenianos, Aristódemo y Aristómenes, los de Esparta hubieron de esperimentar reveses que los obligaron á consultar al oráculo que les predijo que solo mandados por un gefe ateniense obtendrian la vitoria. Acudieron á Atenas en demanda de un capitan, y sus rivales les enviaron á un poeta mas como por escarnio que con objeto de servirlos. Fiados en el oráculo, marcharon contra los

de Merenia y fueron derrotados; pero Tirteo, entusiasmándolos con sus versos, los condujo de nuevo al frente del enemigo y obtuvo la victoria. A esta siguieron otras; y para detener el curso de estas consultaron los vencidos al oráculo que exigió el sacrificio de una vírgen. Aristódemo ofreció su hija, como otro Agamenon, pero un jóven á quien se la habian prometido en matrimonio, queriendo salvarla, supuso que estaba en cinta; pero Aristómedo, en quien superó el temor de una mancha sobre su hija al amor de padre, la hizo abrir y manifestar al pueblo sus despedazadas entrañas para que se convenciera de que habia sido calumniosamente acusada; poco despues apesadumbrado por los reveses de sus armas se dió muerte sobre la tumba de su hija. Por aquel tiempo se establecieron los Eforos en número de cinco con una autoridad superior á las del Rey y del senado. En esta misma guerra de Merenia se vió cuán falaces son los medios que se emplean con un objeto cuando se apartan de los buenos principios. La inmoralidad sembrada por Licurgo, estuvo á punto de dar sus frutos; porque habiendo permanecido los guerreros de Esparta durante cinco años sin volver á sus casas, se quejaron sus mujeres de aquella ausencia, y los maridos no queriendo abandonar las armas ni dejarlas en aquel desamparo les enviaron á los jóvenes que por haber tomado las armas mas tarde no se habian ligado con el juramento de no abandonarlas. De esta visita resultó una generacion ilegítima cuyos hijos fueron llamados *hijos de las vírgenes* y privados de los derechos de los demas ciudadanos, por lo cual se enjendró en ellas tal descontento que hubieran destruido el órden de cosas existente, si el mismo dia en que debia estallar no hubiese sido descubierta su conspiracion. Con la muerte de Aristómenes se terminaron los reveses que este Rey hizo sufrir á los lacedemonios despues de haberlos burlado; pues despues de habei sido hecho prisionero y enterrado vivo én una gran caverna llena de muertos y moribundos, pudo desacirse del peso de aquellos que le oprimian y notando cierto movimiento junto á sí, observó que una raposa devoraba uno de los cuerpos de sus compañeros de infortunio, y asiéndola de la cola fué siguiendo la direccion en que ella queria huir hasta que consiguió descubrir una pequeña abertura que agrandó lo suficiente para escapar y volver á ponerse á la cabeza de sus tropas; dando mucho que hacer á sus enemigos.

Entre los hechos que descuellan por su heroismo en la historia de Grecia, es el de Leonidas defendiendo á Lacedemonia con solos trescientos espartanos contra las innumerables huestes de Jerges, y pereciendo con ellos en el paso de las Termópilas. Al despedirse este Rey de su esposa, ella le preguntó si no tenia órdenes que dejarle; «Una sola, le contestó, que te vuelvas á casar con un valiente y le des á la patria ciudadanos dignos de ella.» Compadecido Leonidas de la suerte de los mas jóvenes de entre aquellos que habian de participar de su suerte, quiso desviarlos del puesto del peligro, enviándolos en comision á Esparta, uno de ellos le contestó: «Combatamos primero y luego llevaré la nueva de la batalla»; aquel como sus demas compañeros tuvo por sepultura el lugar en que adquirieron tanta gloria.

Tras de la gran figura histórica de Leonidas viene la de Pausanias victorioso en Platea, pero que vencido por sus pasiones, abrió el oido á las sugestiones de los persas para hacerse señor de Esparta. Sus conciudadanos lo persiguieron y obligaron á refugiarse en el templo de Pallas, santuario inviolable de donde nadie se atrevia á estraerle. Mientras se deliberaba como se conseguiria su captura, su propia madre llevó una gran piedra á la puerta del templo, y, sin decir una palabra, la depositó allí. Imitado este ejemplo por todos los que presenciaron la accion, en breve quedó Pausanias emparedado en el mismo lugar que habia buscado para asilo y en él pereció de hambre.

Reinó Agis despues de morir Pausanias y se hizo conocer como gran político, y por cierto que sus máximas le harian pasar por tal aun entre nuestra corrompida sociedad moderna. Suya es aquella célebre «á los niños se les engaña con juguetes y á los hombres con juramentos». En su tiempo se multiplicaron tanto los ilotas que se temió por la seguridad de la república; para remediarlo los Eforos hicieron publicar la promesa de dar la libertad á los que se presentasen como voluntarios para la guerra. Dos mil lo hicieron y con ello dieron á conocer que eran los mas valientes y decididos, y para libertarse de ellos se le quitó secretamente la vida á mil y trescientos y se mandó el resto al ejército. En este reinado se distinguieron los famosos capitanes Calicateidas y Liraudro. Este último le hemos visto arrasar las murallas de Atenas y dejarle el legado de los treinta tiranos. Calicátridas, mas célebre aun por su severidad y desinteres, fué obsequiado por Ciro, que aliado á los lacedemonios, enviaba el sueldo del ejército con un regalo para su general. Este lo rehusó diciéndole que no veia una necesidad de que entre el general lacedemonio y el monarca persa hubiese mas estrechas relaciones que con cualquier otro ciudadano; que si la conducta de Ciro con su país, merecia la gratitud de los espartanos, él le tributaria, sin necesidad de obsequios, la que le correspondia. Su muerte fué tan generosamente buscada que ese solo rasgo le haria inmortal. En el momento de entrar en un combate naval consultó al Augur, el cual le dijo: «Si combatis, la victoria quedará seguramente por nosotros, pero con igual certeza vos pereceréis en ella.» Si es así, dijo, Calicátridas, combatamos. Esparta no pierde nada con perderme y sus armas quedarian deshonradas si nos retirásemos delante del enemigo:» dicho esto nombró sucesor, entró en accion y murió. Agesílao sucedió á Agis, y sus virtudes alarmaron á los Eforos á punto que lo condenaron á una multa» porque cautivaba demasiado el amor del pueblo! ¡Cuán pocos han cometido en el mundo ese raro delito! Nombrado gefe de la liga griega contra los persas, hubo de imitar á Agamenon en su sacrificio propiciatorio; pero quiso sacrificar una sierva en lugar de la vírgen. Los beocios creyeron ver violados sus derechos y arrojaron la víctima del altar. Este fué el orígen de la terrible lucha en que Esparta perdió la dominacion de la Grecia, y que dió lugar á Epaminondas para lucir las virtudes y talentos que le inmortalizaron. La primera de las victorias célebres de este gran capitan, fué la que obtuvo

en las llanuras de Leuctres, cuya pérdida fué tan fatal para los lacedemonios. Al recibirse la noticia en Esparta, los deudos de los que habian perecido en ella se coronaban de flores y los de aquellos que se habian salvado vistieron luto. Los que volvieron fueron condenados á no presentarse en público sino con vestidos remendados de colores y la mitad de la barba afeitada. La ejecucion de esta sentencia se presentaba tan dificultosa que se confirieron al Rey poderes ilimitados para llevarle á cabo. Agesilao, obrando prudentemente, calmó el temor de los sentenciados presentándose en la plaza pública y diciendo «Duerman por hoy las leyes y vuelvan despues á tomar toda su autoridad.» Por dos veces las armas tebanas se vieron relucir desde los templos de Esparta y por dos veces fueron rechazados, pero aventurándose en la persecucion del enemigo fueron otra vez vencidos con gran pérdida. La muerte de Epaminondas vino á poner término á tantos desastres. Agesílao pagó tambien igual tributo á la naturaleza.

Hijo de este prudente varon fué Arquimodante cuya poca sobriedad, es la primera prueba de la decadencia en que iba cayendo Esparta. Su hijo Agis fué mas virtuoso aunque menos feliz de lo que hubiera merecido: peleando, cayó herido de muerte y á los que querian salvarle los separó prudentemente rogándoles que le abandonasen y conservasen sus vidas para defender á su patria. Eudamias heredó de él, el cetro y le igualó en prudencia. Abundaba en agudezas que se han conservado como dignas de la historia. Un dia que entró en la escuela de Jenocrates, cuya edad era sumamente avanzada, preguntó cual era la profesion de aquel varon. «Buscar la virtud,» le respondieron. ¿Si tan tarde la busca, dijo Eudamias, cuando la piensa practicar? A su sucesor Areo le hizo guerra Pirro de Epiro por colocar sobre el trono á Cleonimo, hijo de Agis, pero fué rechazado por los lacedemonios que sin escepcion de las mujeres pelearon valerosamente.

Agis II y Leonidas tambien II, reinaron con tan poco acuerdo como era de esperarse de las diferentes costumbres de uno y otro. El primero, educado en los principios de Licurgo, renunció desde la edad de veinte años á los placeres, para hacer la vida austera de un espartano de la antigua república, el segundo habituado á la profusa abundancia y regalada molicie de los persas, queria reproducirla en su patria. Así fué que no tardaron en entrar en pugna, proponiendo el primero una ley favorable á los pobres, y el segundo otra á los ricos; y la lucha se prolongaba cuando Lisandro, uno de los Eforos, acusó á Leonidas de haber tomado por esposa á una estranjera; acusacion capital que obligó al rey á refugiarse en país estraño.

Nombrado Cleombroto, que era favorable al proyecto de Agis, pasó la ley y hubiera tenido efecto, si Agesilao, tio de este rey, no hubiese, consultando su interes privado, entorpeciendo su ejecucion. Los cuidados de la guerra sacaron al sobrino en campaña y hubo de dejar las riendas del gobierno al perverso Agesilao, quien con sus maldades excitó al pueblo á una rebelion que trajo de nuevo á Leonídas. Agis y Cleombroto se refugiaron, el primero en el templo de Minerva

y el segundo en el de Neptuno. Para apoderarse de Agis, hizo Leonidas apostar asesinos que lo sorprendieron y condujeron á una prision donde despues de un juicio irrisorio, fué condenado á muerte. Los que habian de ejecutar la sentencia lloraban, y volviéndose á ellos les dijo la víctima: «No lloreis porque no he merecido la pena que sufro y soy menos desgraciado que los que me la han impuesto.» ¡Dichoso Agis que llevaba á la tumba el consuelo de que sus verdugos esperimentarian la tortura del remordimiento! ¡En vano esperaria hoy esa justa satisfaccion cuando el corrompido álito del ateismo y la profunda depravacion de nuestros prevaricadores modernos les seca el corazon á punto de no dar lugar siquiera al remordimiento!

Murió Agis y sobre su cuerpo fué asesinada su madre, é inmediato á él, estrangulada su abuela; y Cleombroto hubiera tenido la misma suerte sin la intercesion de Quelonida su esposa, hija del tirano. Arquidamos, hermano de Agis, hubo de huir abandonando á su mujer, que por ser rica se vió en la necesidad de obedecer los mandatos de Leonidas y casarse con Cleomene su hijo.

Este príncipe sucedió á su padre y queriendo llevar adelante el reparto de las tierras entre pobres y ricos por partes iguales, se aprovechó de algunas victorias que obtuvo sobre los enemigos de Esparta y deshaciéndose de los Eforos, á quienes mandó matar, ofreció sus bienes como los primeros que habian de repartirse. No pararon en esto sus reformas sino nombrando por cólega á su hermano Euclides, querido del pueblo, se olvidó de la política de su padre para seguir la de su enemigo restableciendo las leyes de Licurgo. Su lucha con Arato, gefe de los aquiros, no fué tan feliz que le preservara de la necesidad de solicitar ausilio estraño y su mala estrella le hizo pedirselo á Tolomeo, rey de Egipto, que le impuso por condicion la entrega de su madre Cratesila y de su hijo de tierna edad en rehenes. Cuando Cleomene vacilaba sobre el partido que tomaria, supo Cratesila su embarazo, y presentándose á él le echó en cara su vacilacion porque solo se trataba de entregar su insignificante persona para obtener un beneficio para el Estado. El cange fué hecho, pero á pesar de él la desgracia que de cerca perseguia ya al rey de Esparta, ó mejor dicho á toda la Grecia, dió la victoria poco despues á los macedonios y Cleomene se vió en la necesidad de refugiarse á Egipto donde halló la muerte que, como á toda su familia, le hizo dar el cruel Tolomeo.

La dominacion macedónica fué tan fatal para Esparta como para todos los demás estados griegos, pues si bien le quedó el aparente derecho de elegir sus reyes, aquella facultad debia sin duda, ejecutarse bajo alguna influencia maléfica, pues á los nombres insignificantes de Agesipolis, un tal Licurgo y Macanidas se veia suceder el de un monstruo como Navis. Para dar una idea aunque imperfecta de la crueldad de aquel tirano, basta mencionar su máquina terrible con la cual se hacia conceder, por los desgraciados á quienes queria despojar, cuanto se le antojaba. Consistia aquel instrumento en un maniquí con rostro hermoso de mujer y ropage magnífico, del cual se servia haciéndolo lanzar con los brazos abiertos

sobre el infeliz de quien queria obtener las riquezas que habia menester su insaciable avaricia. La infernal figura abrazaba estrechamente á su víctima, y con las puas aceradas de que estaba guarnecida le hacia sufrir horribles tormentos, hasta que satisfacia las exigencias de su inventor. Roma lo venció sin destronarlo para servirse de él á fin de dominar las demás repúblicas de la Grecia.

Lacedemonia tomó luego parte en la liga *aquiva* que prolongó la ya decaida vida de aquella, como las demás partes de la caduca Grecia que cayó en fin en manos de la poderosa Roma, y hubo de existir de la existencia de esta señora del mundo. La historia de este período, así como la del Bajo Imperio y la de la dominacion musulmana no son de este lugar, y nos conduciria mas allá de lo que nos permiten los límites del cuadro que trazamos.

IV.

GRECIA MODERNA.

Cuando un pueblo que puede gloriarse de un pasado heróico va despertando del letargo en que lo habia sumergido una prolongada servidumbre y compara sus fuerzas con las de su opresor, ó cae en el abatimiento si las encuentra mayores, ó se anima con una grata esperanza de recobrar su antigua libertad. En el primer caso se hallan los decendientes de la soberbia Roma; en el segundo han estado los vencedores de Moraton y Salamino. Mientras que la ignorancia absoluta á que condenó á los últimos Mahometo II cubrió completamente sus párpados, los helenos sufrieron con paciencia una diferencia de condicion entre ellos y sus señores que los constituia en verdaderos esclavos. La política de aquel sultan y la de sus sucesores, estuvo calculada para establecer una barrera perpétua entre el vencido y el vencedor. Los privilegios concedidos á los sectarios del islamismo reducian al *raja*, que así llaman al cristiano, á la infeliz condicion de siervo. Pero no entró, ni pudo entrar en el cálculo de aquellos bárbaros el efecto civilizador del cristianismo, de ese vínculo que une á los hombres de todas las naciones con el laso de la caridad y tiende tanto á ilustrarlos con la mutua difusion de sus luces. La Grecia esclava no podia menos de excitar las simpatías de sus hermanos, esparcidos por toda Europa, y aprovecharse de sus mas rápidos progresos en la civilizacion, cuando sus tiranos permanecian sumidos en la ignorancia á que los condenaba su aislamiento del mundo civilizado y los preceptos de su infecunda religion. De aquí habia de nacer en el oprimido, el sentimiento de superioridad que hacia apetecible una mejora, que todas las naciones le deseaban. En efecto, los griegos, á

pesar de su inferior condicion, fueron llamados á desempeñar los oficios, ya que no los empleos, que hacian necesaria una instruccion esmerada. La clase de los rajas dió á la Turquía los dragomanes, que la ponian en contacto con el resto de Europa, proveyó su marina de pilotos, pobló los establecimientos de instruccion con sus hijos predilectos que salian de allí para ocupar puestos honoríficos en la corte de Rusia y volver á su patria á cultivar la semilla del orgullo nacional que tanto tiempo habia permanecido infecunda.

La política de los Czares contribuyó no poco á despertar este sentimiento, excitando á los helenos á sacudir el yugo mahometáno, mas que por gloria de la Grecia, por el provecho que podia resultarles del abatimiento del Señor de Constantinopla. ¡Verdad es que casi siempre fue á costa de la sangre del desgraciado raja que, despues de escuchar la voz seductora de su incitador, se veia abandonado por él y entregado á la venganza del tirano! Desde Pedro el Grande hasta Alejandro I, todos, mas ó menos, han procurado tentar fortuna por ese lado débil de la Turquía, y si no han conseguido el fruto que se proponian, obtuvieron al menos el despertar á un pueblo dormido y poner en sus manos la espada con que habia de conquistar su libertad.

Pero, como decíamos antes, en esta obra tenia mas parte, como regularmente sucede, el opresor que el oprimido y sus interesados amigos. A las vejaciones generales de que eran víctimas las poblaciones griegas se añadia las particulares que placia á los bajaes para saciar su avaricia y las que cada particular se complacia en prodigar á los infelices rajas. El suplicio era para los primeros un recurso comun para obtener lo que apetecian, y el palo un medio usado por los segundos cada vez que se les antojaba exigir servicios penosos de un cristiano.

No merece ni nos permite, el corto espacio de que podemos disponer, que nos detengamos en referir los movimientos parciales que fracasaron infructuosamente, sin traer á sus autores mas que nuevas desgracias. Y aunque algunos mas felices, como los montenegrinos y las provincias danubianas, consiguieron mejor fruto de sus esfuerzos no podemos seguirlas en sus luchas; porque formando parte de estados distintos del que rige Oton I, cuyas viscisitudes nos proponemos solamente reseñar en este trabajo, dejamos para otro lugar las de aquellas comarcas. En cuanto á las que atañen á la nueva monarquía griega, tuvieron por causa inmediata las que vamos á enarrar.

Un hijo de Tebelen, de familia noble, llamado Alí, cuyos estravios le merecieron ser condenado á muerte por el bajá de Berat, Curd, y de la cual no se salvó sino á merced de su mucha juventud, llegó con su astucia refinada á obtener el puesto de Janina, en donde pudo dar rienda suelta á sus malas pasiones encubiertas con el velo de la hipocresia. Sus crueldades hácia los desventurados griegos, así como su rapacidad y demas perversas cualidades, no le hubieran hecho perder el favor del gran Señor que compraba con ricos presentes; pero las inmensas riquezas que tan malamente habia adquirido, le atrayeron el castigo de sus

maldades perdiendo el favoritismo que sus crímenes no habian sido bastantes á destruir : verdad es que, entre los infieles, el mayor de todos los delitos es ser poderoso, y Alí lo era á punto, que cuando su palacio fue ocupado para darle fuego, se hallaron en él mas de quinientos y cincuenta millones de reales en metálico.

El gran señor comisionó á su acusador Ismael Packobei para llevar á cabo el firman de proscripcion, y Alí le hubiera impedido pasar de los desfiladeros, si la desercion de sus generales, entre ellos Omer-Briones en quien mas confianza tenia, no le hubiera obligado á retirarse á las fortalezas y castillos que con artillería y soldados estranjeros tenia bien fortificados. A pesar de los muchos medios de defensa que prestaba á Alí-Tebelen el lugar fortificado en que se atrincheró y las grandes riquezas de que disponia, estas excitaron la codicia de cuantos bajaes tuvieron noticia de su situacion, y veinte y seis de ellos atravesaron la Grecia devastándola. El vigésimo septimo, Selim-bajá, inspiró tal terror, que la poblacion huyó delante de él, y, reunida á la de la montaña, acordó ofrecer sus servicios á Ismael. La irritacion produjo diferente efecto en los de Thesalia y los hizo precipitarse sobre el Epiro con mas de sesenta mil hombres tras las huestes musulmanas. Un nuevo bajá que estableció en Livadia el principal asiento de su gobierno, aumentó el descontento imponiéndoles una contribucion estraordinaria de guerra. Con este motivo organizóse en breve una correspondencia secreta entre el proscrito y los principales caudillos de los descontentos de Grecia.

Al paso que el Pachá de Janina sufria reveses, como el de la traicion de sus dos hijos Veli y Muctar, que entregaron á su enemigo las fortalezas de Prevesa y Argivo-Castrou, cuya guarda les habia confiado el padre, era socorrido en su empresa por los desaciertos de la Puerta cuyas medidas parecian adoptadas para proporcionarle ausiliares. Una de ellas fué la llamada de los Suliotas al teatro de la insurreccion despues de diez y seis años de ausencia. Eran estas unas tropas irregulares, sin disciplina alguna y que siempre habian vivido del pillage; por lo que era de esperarse que tomaran partido por aquel que mas libertad les permitiese; y en efecto, abandonaron al sultan para favorecer á Alí-Tebelen y, concertados con él, marcharon á tomar posicion en los cerros escarpados de la Seleide. Por otra parte, el Sultan destituyó al gobernador de Thesalia porque era hijo de Alí, y envió á Suleyman-Bajá con un firman en el cual se le autorizaba á los epirotas á hostilizar al rebelde. Esta providencia bastó para que Anagnosto, el secretario ó gramatista de Suleyman, griego de nacimiento y afiliado á la conspiracion, obtuviese el permiso de traducirla á su idioma y publicarla ; y como el nuevo Visir no tenia conocimiento de aquella lengua, le fue fácil hacer una version en la cual, si bien se daba á Alí el epiteto de rebelde, se excitaba á toda la Grecia á tomar las armas para deshacerse del enemigo comun ; llamando á ellas hasta las mujeres. El gobierno mismo se tomó el trabajo de lanzar sobre el territorio griego aquella tea incendiaria.

El descontento general de que hemos hablado; el particular que se desarrollaba en el campo de Ismael y algunos terribles fenómenos meteorológicos, que vinieron á coincidir con aquella agitacion y que los mas instruidos supieron esplotar suponiéndolos señales del Cielo, contribuyeron á predisponer los ánimos para recibir con mas odio la medida tomada por Kurchid-bajá para castigar en varios puntos, y entre ellos en la ciudad de Patras, á los que habian resistido el pago de las contribuciones exorbitantes que se les habian impuesto. Su Caimacan de Tripoliza espidió un despacho á los arzobispos, obispos y otras personas principales del Peloponeso, ordenándoles pasar al lugar de su residencia, al paso que los rajas entregasen las armas á sus vaivodes, *sin siquiera alzar la cabeza* que se les permitia conservar por aquel año sobre los hombros con tal que pagasen doble la contribucion de Carath. Aparentó el arzobispo de Patras obedecer aquel mandato, y saliendo con los Arcontes griegos variaron de rumbo y no se dirigieron á Tripoliza. Entre tanto un pistoletazo disparado, de intento ó por casualidad, produjo un alarde de la fuerza con que contaban los griegos, pues en un momento aparecieron todos armados y los turcos huyeron á la fortaleza. Sin embargo, los primeros no se aprovecharon de esta ventaja sin duda por no entrar aquel movimiento en la combinacion trazada.

En otro punto del dislocado imperio otomano, la revolucion sacaba á relucir su bandera en manos de un caudillo emprendedor. Alejandro Ipsilantis, descendiente de uno de los hospodares ó príncipes de Valaquia y Moldavia, llamado Juan, del mismo apellido, y ahocrado por el sultan en 1757, alzó el grito en aquellas provincias. El carácter de general ruso y las condecoraciones de la misma nacion, así como el favor que se le suponia merecer de su soberano, cuyo ejército se hallaba acantonado en las orillas del Pruth, no lejos del foco insurreccional del jóven príncipe, atrageron á su llamamiento multitud de descontentos. Por su cuenta, y sin combinacion con Ipsilantis, Teodoro Uladimiresko, persona de baja estraccion, salió al mismo tiempo dando el grito en Kzernest al occidente de la Valaquia, y alzando su pendon contra los boyardos ó señores de aquellas provincias. Uladimiresko denunció á Ipsilantis, por lo cual la puerta tomó medidas para ahogar la insurreccion y con ello se precipitaron las operaciones del caudillo griego haciéndole imprimir en Odessa un manifiesto en que declaraba su propósito: declaracion infructuosa que trajo el aborto de sus esfuerzos.

En la parte opuesta, Genuanos, arzobispo de Patras, baron virtuoso y elocuente, á quien dijimos habia dado órden el Caimacan de Tripoliza para presentársele, buscó un refugio en el convento de Trapeures del monte Erimanto donde se le reunieron mil y quinientos paisanos, con los que rechazó á los turcos que habian ido con objeto de apoderarse de su persona arrollando cuantos musulmanes se pusieron delante hasta arrojarlos de Calavrita en donde estableció el primer cuartel general del pequeño ejército libertador: pocos dias despues, sus fuerzas ascendian á diez mil hombres y contaba con la ciudad de Patras que habia sacudido

el yugo musulman. El arzobispo hizo su entrada en ella el dia 6 de abril de 1821 á la cabeza de sus huestes armadas de chuzos, lanzas improvisadas, etc.

La Arcadia, Merenia y Laconia no quisieron quedarse atrás en el movimiento, saliendo al campo las mujeres de la última á imitacion de las antiguas espartanas. Distinguióse entre ellas Constanza Zacaria, hija de un mártir de la libertad, que á la cabeza de los insurrectos, en número de quinientos, y despues de recibir la bendicion de Antinos obispo de Helos, marcha á Londari del que se apodera, derriba las medias lunas y despues de incendiar la casa del Vairode da muerte á este con sus propias manos. Cantaba victoria desde sus torres Ali-Tebelen creyéndola alcanzada, pero en breve el incendio de Patras tomada por los turcos, teatro de horrorosas escenas. y la fuga de Germanos, le hicieron conocer que aquella no estaba segura. No se apartó mucho el arzobispo, pues estableció su cuartel general en Nezeros.

En Beocia, el pueblo excitado por el clero y capitaneado por el griego Diacos, pasó á cuchillo mas de dos mil musulmanes y se apoderó de la ciudad y castillo de Lívada, limpiando de enemigos la provincia. Las poblaciones griegas de la Doride eran sublevadas por el famoso Odissea; la Megaride por Dikaios, Archimandrita, y el monte Pelion por su hermano Antemio Gaces. Los habitantes de Etolia algo indecisos, fueron decididos por Procopio, obispo de Bura, á quien habia enviado Germanos con ese fin. Ipsilantis se habia adelantado á la cabeza de las fuerzas, que despues de su primera tentativa, pudo organizar y entrando en Galatz se apoderó de veinte piezas de artillería que aunque pequeñas aumentaban de tamaño en las narraciones que del hecho se hacian con el fin de enardecer los ánimos. En principios de abril habia conseguido establecer su cuartel general á una legua de Bukarest: allí se hizo notable aquel cuerpo de heteristas uniformado de negro y gorros adornados con los emblemas de la muerte, pues sobre dos huesos colocados en aspas y formando la X simbólica, llevaban una calavera y encima de ella una cruz. Desde allí pasó el príncipe á Tergowits no pudiendo traer á sus banderas al ambicioso Uladimiresko. La traicion de este puso á los turcos en posesion de Bukarest y le cortó la cabeza mientras que el alejamiento de Ipsilantis hizo perder á Galatz donde pereció heroicamente Kotiras, natural del Peloponeso, despues de hacer prodigios de valor, terminando su vida entre las llamas del edificio donde se habia atrincherado. Las fuerzas de Ipsilantis se dividieron en dos partes, pereciendo la una heroicamente con su gefe Atanasio y la otra miserablemente por la desercion cobarde de su caudillo Ipsilantis que con otros gefes la dejó abandonada en Kosia: concluyendo aquella campaña con la prision de Ipsilantis que hicieron los austriacos conduciéndole á la fortaleza de Mogaz. La cobardía de este príncipe está mas que borrada por la heroicidad de Atanasio que, con cuatrocientos valientes, se arrojó sobre seis mil turcos de todas armas donde halló una gloriosa muerte. Pero aun le sobrepujó, si es posible, en heroismo el jóven Spiros Alostros, que viéndose herido de un balazo en el pecho que lo

desangraba, con el fin de que no se le estorbara el manejo de su arma que se hacia difícil con tanta sangre que brotaba encima de ella, atacaba la herida con los pedazos que rasgaba de sus vestidos y cuando la sangre, que no tenia salida y se derramaba en lo interior, empezó á sofocarlo, la dejó correr para espirar, escribiendo antes con ella un triste adios á su infortunada madre, dándole la enhorabuena *por haber tenido la dicha de haber sacrificado un hijo en defensa de su patria.* Estas derrotas produjeron en Constantinopla una série de persecuciones las mas desastrosas.

Las armas griegas eran mas felices por el lado de la Morea donde tenian cercadas las plazas y fortalezas de Tripoliza, Coran, Navarino, Arcadia y Modon comunicándose la insurreccion á las islas del Archipiélago. Algunas presas cargadas de rico botin que hicieron aquellos insulares, los determinaron á armar su marina y en breve pusieron en el mar una cantidad considerable de buques que formaban una armada temible, mas por la intrepidez y atrevimiento de sus marineros que por el tamaño y armamento de los buques; cuyo pabellon llevaba por mote *Con ó á pique*, es decir, con presa ó al fondo del mar.

En tanto que el gobierno del sultan con una política errada sacrificaba los prelados y demás personas eminentes del pueblo griego que caian en sus manos, la insurreccion hacia progresos. Las cabezas de Citilo, Doroteo y Eugenio, arzobispos de Hemo, Andrinopolis y Efeso, cayeron al mismo tiempo que Atenas abria sus puertas á los sublevados y tras ella se rendian todas las poblaciones del Atica con Argos. El virtuoso y valiente Germanos, que no se habia puesto á la cabeza de la insurreccion sino con el objeto de romper la vaya para ceder el puesto á quien dedicado á ocupacion menos pacífica que la suya, desempeñase mejor aquel, creyó hallar el que necesitaba en Colcotroni soldado intrépido y antiguo partidario de la independencia. Por el mismo tiempo, salió á la palestra Demetrio Ipsilantis, hermano de Alejandro, cuyas buenas dotes hicieron mirar su aparicion como de feliz agüero. Cantacuceno y algunos otros capitanes, fueron con él á tomar parte en la guerra y con ellos el oficial francés Baleste que formó y disciplinó el cuerpo de filohelenos.

La escuadra turca salió de los Dardanelos el dia 14 de julio del mismo año de 821, compuesta de cuatro navíos de línea, cuatro fragatas, doce bergantines y otros buques menores y aunque su designio no habia sido otro que el de hacer un desembarco en Sámos, se vió acometida por la escuadrilla griega nuevamente creada cuyos bajeles, todos de menor porte, estaban astillados con piezas de menor calibre. Los otomanos quisieron acometer á la escuadra que suponian inferior; pero bastó que los griegos, que los aventajaban mucho en la destreza de la maniobra, les lanzasen dos brulotes para que se pronunciasen en retirada dejando á los segundos dueños del campo y de una porcion de trasportes que incendiaron.

El 4 de agosto Alejandro Maurocordatos se presentó en Missolonghi con gran provision de armas y municiones, en que habia convertido su fortuna. Ipsilantis

habia hecho igual sacrificio con el dote de su mujer, que ascendia á muchos miles, dando estos el ejemplo á los que despues los imitaron. Poco despues de la llegada de Maurocordatos, tuyo lugar la rendicion de las fuerzas turcas que guarnecian á Nápoles de Malvaria, y casi inmediato á ese triunfo, el del sometimiento de Navarino.

Nombrado generalísimo, Demetrio Ipsilantis, hubo de volver la vista hácia la Etolia, donde envió á Maurocordatos y á Sakeris y prepararse para la proyectada invasion de la Morea por un numeroso ejército enemigo. La decision de un soldado, que viendo abandonado un punto de la muralla escaló por él seguido despues por los demás, rindió á Tripoliza que fué teatro de sangrientas escenas en venganza de las crueldades que habian ejercido sus autoridades con los sacerdotes griegos que tenian en rehenes.

Pero el aumento de fortuna vino á ser fatal á la causa griega porque la Francia, el Austria y la misma Inglaterra, miraron aquella insurreccion como perjudicial al sistema de gobierno que la primera queria restablecer en España, la segunda en el Piamonte y la tercera conservar el que tenia establecido en las islas Jónicas. La victoria obtenida fué tambien orígen de la rivalidad que nació entre Ipsilantis y Maurocordatos, que dando el ejemplo para todas las demás que mas tarde se desarrollaron, fué tan perjudicial á los intereses de aquella causa. Tal vez tuvo su primer fruto en la derrota que inmediatamente despues sufrieron los griegos al pié de la muralla de Nepoli de Romania que atacaron sin éxito. Ipsilantis, á pesar de sus buenas prendas, se vió aislado por el despego que su conducta altiva inspiró en los demás partidarios de la libertad y principalmente por la sociedad que se organizó bajo el nombre de *Amigos de la patria*, de la cual era gefe el arzobispo Germanos. Los desabrimientos hicieron conocer al orgulloso caudillo que solo en la guerra podia hallar los elementos necesarios para hacerse valer y abandonando el centro de los negocios se encaminó á Corinto.

Entre tanto las diversas provincias habian nombrado sus representantes para la celebracion de un congreso que constituyese el pais, el cual á proposicion de Germanos fué á celebrar su sesion inaugural en Epidauro, despues de encomendar la redaccion del acta de la proclamacion de la independencia á una comision compuesta de Maurocordatos, Germanos, Negris y Coletti.

Por fin en 15 de diciembre de 1821, tuvo lugar aquel acto solemne que constituyó al pais dándole una forma de gobierno mas regular y con ella la fuerza moral necesaria para acometer la grande empresa que no habia hecho mas que principiar. Cincuenta y nueve diputados, bajo la presidencia de Neofito, arzobispo de Talanti y de las Termópilas despues de celebrar el oficio divino se reunieron bajo las copas de los frondosos limoneros de un vergel y allí juraron morir en defensa de la independencia nacional. Así hubiesen jurado con el mismo fervor apagar las rencillas que habian de dividirlos en el piélago inmenso del sagrado patriotismo de que habia menester para llevar á cabo la gigantesca empresa que comenzaban. La ley fundamental fué proclamada al fin el 1.° de enero de 1822.

C. Legrand lit.

Lit. de J. Donon, Madrid

MARIA FEDERICA  REYNA DE GRECIA.

[illegible]

[illegible] que no eran los [illegible]

[illegible]

[illegible] del [illegible]

[illegible] la muerte [illegible] habiendo [illegible]

[illegible]

[illegible] que hizo [illegible]

[illegible]



V.

No nos es posible seguir en todos sus pormenores las fases de la revolucion griega, tan fecunda en hechos heroicos cuya descripcion no cabria en este cuadro y nos vemos en la necesidad de pasar por alto todos aquellos acontecimientos que no sean los mas notables que contribuyeron á procurar ó retardar el fin que se habian propuesto los defensores de la Cruz.

Desde las primeras discusiones del congreso de Epidauro, principiaron á despuntar las diversas rivalidades que el interés particular ó de provincialismo hicieron despues tan funesto y fué necesaria toda la prudencia de Maurocordatos para evitar desde el principío un rompimiento, que solo fué aplazado por entonces. Admirables decretos de la Providencia; aquellos á quienes daba la fuerza en un valor y arrojo que rayaba en la temeridad haciéndolos muy superiores á sus enemigos á pesar de su gran diferencia numérica, les privaba de las ventajas que la union les hubiera hecho conseguir!

Los desastres que esperimentaron en Epiro las armas de una parte de los amigos del Pachá de Janina y la desercion de la otra, le redujeron al último extremo y, como consecuencia de la desgracia, la traicion acabó de estrecharlo: y aunque quiso sepultarse heróicamente en las ruinas de su último atrincharamiento dió oido á proposiciones; y la mecha ya encendida para volarse fué apagada poniéndose en manos de sus enemigos bajo la fé jurada: los cuales faltando á ella, le hicieron caer asesinado, con el fin de apoderarse de sus riquezas y libertarse de ese modo de aquel cuidado para volver sus armas contra los griegos. La mala suerte de Scio, que se habia mantenido neutral, trajo su destruccion; porque habiendo desembarcado en ella el aventurero Logoteto y degollado á los turcos armados que sorprendió en ella, la armada otomana salió de los Dardanelos y entrando el capitan-pachá á fuego y sangre en la isla, literalmente la despobló con la cuchilla á punto que no pudiendo tolerar los miasmas pútridos de los cadáveres que habia al rededor de su escuadra, mandó que fuesen arrastrados hácia el mar y su órden quedo sin efecto porque las embarcaciones no pudieron hacer uso de los remos. ¡Tal era la cantidad de cuerpos mutilados que sobrenadaban en aquellas aguas! Tanta barbarie encendió los ánimos y á pesar de que los griegos contaban con muy escasas fuerzas marítimas, el turco la pagó cara: porque hizo nacer uno de esos génios que la Providencia destina para azote de las naciones.

Un oscuro marinero, Constantino Canaris, ofreció incendiar la escuadra turca sin otro auxilio que el de otro compañero, llamado Jorge Pepinis. En efecto, sa-

lió desde la isla de Ipsara con dos brulotes montados por algunos hombres decididos y á la una de la noche ya estaba ardiendo la escuadra y su almirante perecia en el incendio. Esta hazaña valió mas á la Grecia que una armada, porque ella sola bastó para enseñarle el secreto de vencer al turco en el mar, y hacerle huir delante de fuerzas diez veces menores. Por seis veces distintas Canaris destrozó con sus brulotes las fuerzas navales que Constantinopla se esforzaba en reponer y hasta en el mismo puerto de Alejandria tuvo mas tarde el atrevimiento de llevar el terror cuando Mehemet-Alí tomó parte en la lucha mandando á su hijo al teatro de la guerra.

Por aquellos tiempos la causa griega no tenia contra sí solamente á su enemigo natural, la sublime puerta; sino que lo eran todas las demas naciones que comerciaban en levante y cuyo egoismo las llevaba á tener en mas las privaciones momentáneas de las ganancias que aquel les procuraba, que la santidad del motivo que habia obligado á los helenos á sacudir el yugo mahometano. No resonaban entonces en las cortes de Europa los ecos filantrópicos con que nos han atronado despues, sino que por el contrario, las mismas potencias que habian alentado las poblaciones del norte y mediodía de la América, donde los colonos tenian iguales derechos que sus dominadores, se alarmaban y tomaban medidas contra los infelices griegos que con el nombre de rajas eran vilipendiosamente tratados como esclavos por los bárbaros que los sojuzgaban. Esas mismas naciones, y principalmente la inglesa, no tuvieron reparo en dictar medidas que aumentaban el conflicto de los defensores de su libertad, favoreciendo á sus contrarios y quitándoles los medios naturales de defensa. ¡Los buques ingleses metrallaban las embarcaciones griegas que inofensivamente surcaban el canal de Corfú para ir á socorrer á sus comprometidos hermanos! Los franceses, austriacos, etc., se presentaban á exigir indemnizaciones por las presas que se hacian de los trasportes de su respectivas naciones que los turcos tomaban á sueldo para hostilizar á los griegos y que estos en justo uso de su derecho hacian suyos apresándolos! ¡Pero entonces eran débiles los griegos y se lisonjeaban con la esperanza de que la Turquía no los oprimiera de nuevo y con mas fuerza. Y por si acaso este enemigo no era bastante, se excitaba al Pachá de Egipto, Mehemect-Alí, y se le enviaban oficiales facultativos que organizasen sus fuerzas á la europea á fin de que los desventurados descendientes de Temístocles y Epaminondas, de Milciades y Focian volviesen á tomar el arado de sus señores.

Por fortuna, un hombre de corazon, entusiasta de la justicia y de la libertad, Lord Byron hizo mas por la Grecia que sus tardios y tan decantados protectores. Como un nuevo Tirteo, ofreció en holocausto su vida despues de inflamar los ánimos con sus versos y el ciudadano de Missolonghi logró salvar á la Grecia con el sacrificio de su existencia. No exajeramos; hasta la muerte del poeta inglés, la Europa dormia y la pobreza y discusiones de los griegos iban empeorando cada dia su causa; aquel acontecimiento despertó al mundo civilizado y le inspiró las

simpatías que produgeron la multitud de filohelenos que tantos socorros le proporcionaron, y á cuyo entusiasmo, traducido en metálico, se debió el de los periodistas ; que, como es de rigor, lo transmitieron á los gobiernos. Verdad es que ese entusiasmo atrajo á la Grecia algunas notabilidades inútiles que la perjudicaron tal vez lejos de servirla ; pero este mal estuvo mas que compensado para ella con la adquisicion de hombres como Jabvier y Baleste, cuya memoria será eterna en los fastos de la Grecia moderna.

Sin la cooperacion de la Europa, cuyo grito resonó en todos los ángulos del universo, la causa de la Grecia era muerta ; porque cuando la Puerta vió agotados sus recursos y se convenció de su impotencia, apeló al Egipto cuya cooperacion habria deseado evitar para no darle una importancia que tanto habia de ensobervecer á Mehemet-Alí. Pero fuerza le fue hacerlo y su hijo Ibrain, llevó á Navarino las disciplinadas huestes que le habian organizado y amaestrado los oficiales europeos : desde entonces la lucha cambió de faz y la táctica prevaleció contra el heroismo indisciplinado. Los hombres se presentaban á la muerte, pero morian sin vencer.

Las voces de la Europa dictáron el tratado de las tres potencias que mandaron sus fuerzas á Navarino á intimar á las partes beligerantes una transaccion que no hacia mas que variar la forma del freno que habia mantenido en esclavitud á la infortunada Grecia. Venturosamente la terquedad de la Puerta y una andanada de la fragata turca *Irania*, decidieron de la suerte de un pueblo excitando el orgullo de los colosos que tantas contemplaciones habian guardado con el imperio otomano. Los desastres de los dos, para siempre célebres sitios de Missolonghi, el del Acrópolos, el del Acro Corinto y las atrocidades cometidas en Scio, Ipsara, etc., no habian sido bastantes á inspirarle el deseo de esterminar la esclavitud de los helenos, á los que se preocupaban tanto de la voluntaria á que se condenan los africanos ; cuando un ultrage hecho á su pabellon le hizo llevar á cabo la obra que la civilizacion les habia exigido mucho tiempo hacia.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que hasta entonces ni las potencias de Europa habian pensado socorrer eficazmente aquella desventurada tierra, ni el pensamiento que llevó á Navarino las escuadras combinadas fue el de la independencia de la noble Grecia. La obstinacion y la soberbia del Sultan, llevaron solos por segunda vez los bajeles europeos al puerto de Navarino en julio de 1828 despues de un bloqueo de nueve meses. Ibrain Pachá que habia teñido en la sangre de los helenos los hierros de que le habian provisto la Europa ; que habia adornado su cabeza con las fúnebres hojas de ciprés que le recogian en Morea los oficiales europeos, se vió despojar de aquella triste corona por armas y guerreros del mismo país que se las habian regalado. Los griegos, que á pesar de los esfuerzos del valiente Jabvier, desconocian en su mayor parte el uso de la bayoneta, vieron relucir al lado de sus toscas espingardas las que les llevó el general Maison manejadas por bizarros descendientes de Cárlomagno. La espedicion francesa que en agosto

del mismo año desembarcó en el golfo de Calamata, arrojó al príncipe egipcio de la desolada Morea, donde apenas le quedaba daño que hacer, y sus playas maldijeron por última vez, en setiembre de aquel año, las naves que llevaban los restos de sus adiestrados enemigos. La independencia de la Grecia fué proclamada el tres de febrero de 1830, y su pabellon saludado por los representantes de las naciones europeas al mismo tiempo que la artillería de sus bajeles daba á la Grecia el parabien por su entrada en el gremio de los pueblos independientes.

VI.

El presidente que la república griega se habia elegido, el conde de Capo de Istria, tenia antecedentes que parecian asegurar una acertada administracion. En efecto, aquel hijo de Corfú reunia á una capacidad é instruccion que le habian merecido ser solicitado para la organizacion administrativa de Cefalónia y otras islas: y mas tarde á llenar los puestos públicos mas eminentes, la circunstancia, preciosa entonces, de no pertenecer á ninguna de las facciones que habian destrozado la Grecia, y por lo mismo se le suponia, mas que ningun otro, apropósito para sembrar la simiente de la reconciliacion. Su larga práctica en la gestion de los negocios públicos, adquirida en los Ministerios del interior, de Estado, Marina y Comercio que, desde 1802 hasta 1807, habia servido en las islas Jónicas, y mas tarde en el ministerio de Estado del gabinete de San Petesburgo, garantizaban una esperiencia y acierto no desmentidos; y por último, la honrosa retirada del último encargo, cuando creyó hostil á su patria la conducta de Alejandro; no permitian poner en duda su sincero patriotismo. ¡Y sin embargo, cuán cruel fué el desengaño para el acreditado ministro del Autócrata! Como debió convencerse de la diferencia inmensa que hay entre gobernar un reino pacífico, acostumbrado al órden y en donde la autoridad tiene, mas que la fuerza física, la moral, que hace acatar sus mandatos porque en el sentimiento de todos está su conveniencia; y habérselas con hordas turbulentas mandadas por gefes acostumbrados á ser soberanos en el campo de batalla, convertidos despues en gefes de facciones indomables, cuyos individuos creen tener el esclusivo derecho de hacer en la república lo que mejor les plazca! ¿Qué conducta seguir con los que blasonando de su amor por la libertad, querian ejercer el despotismo sobre sus contrarios y predicando la igualdad no aspiraban mas que al esclusivismo? ¿Emplearia con fruto el nuevo presidente las medidas contemplativas que, dando señales de su debilidad, ensoberveciera á los díscolos y descontentaran á la parte sana de la república? ¿Haria, por ventura, uso de la fuerza para extirpar de raiz las pasiones de los bandos,

en donde los partidos apasionados eran la única poblacion, y en donde los pueblos acostumbrados hacia ya nueve años, á vivir de rapiñas y, sin someterse mas que al guerrero transeunte, tomaban por libertad el desórden, y por despotismo la justicia y la fortaleza encaminada á hacer respetar los derechos de cada uno? El resultado nos lo dice: El infortunado Capo de Istria pereció asesinado un año despues de haberse proclamado la independencia de la nueva Grecia. Su muerte dió á conocer todas las dificultades que ofreceria una administracion que por su índole no llevase el carácter de energía que habian menester el establecimiento de un órden de cosas estable y el avasallamiento de las pasiones bastardas, que infaliblemente se desarrollarian cada vez mas en el ejercicío de unos libérrimos derechos. La monarquía fué acordada, y las potencias de Europa, mas interesadas en consolidar la paz de aquellos estados, la ofrecieron al príncipe entonces de Sajonia Coburgo; pero Leopoldo, ya sea por el carácter que despues ha dejado conocer, que le hace odiosa la responsabilidad de la corona; ya porque cuerdamente previese las graves dificultades con que habia de tropezar antes de llevar á cabo la felicidad de los nuevos súbditos que se le ofrecian; ó bien, en fin, porque permitiese la mejor suerte que le esperaba en el trono de otra nueva nacion menos turbulenta, ello es lo cierto que se negó á aceptar el honor de llamarse el primer rey de la Atenas regenerada. Su negativa hizo recaer la eleccion en Oton, hijo del rey de Baviera que ocupó el trono en 7 de marzo de 1832.

VII.

Las potencias que firmaron el convenio de mil ochocientos treinta y dos, que llamó á la sucesion al trono de Grecia á los descendientes de la casa de Baviera, y en virtud del cual se sentó en él Oton I el 6 de febrero del siguiente año, convencidos sin duda por la catástrofe que habia terminado la carrera de Capo de Istria de que el estado de aquellos pueblos habia menester una administracion fuerte y robusta de autoridad, no siguieron, al erigir la monarquía griega, ni las tendencias de aquellas poblaciones hácia la participacion del pueblo en el gobierno, ni las lecciones que les daba el ejemplo de su propia organizacion; sino que quisieron dejar al rey la plenitad del poder, esperando que de ese modo podria superar las dificultades que le esperaban. Quisieron así mismo, para no ver amenguada aquella autoridad, procurarle los medios de hacer frente á las urgentes necesidades del nuevo reino, garantizándole por terceras partes un empréstito europeo de sesenta y seis millones de dracmas. Pero no contaban aquellas potencias con que á las dificultades que habia de encontrar el nuevo monarca por parte de

sus no disciplinados súbditos, se agregarian los que lleva consigo el establecimiento de un príncipe estranjero sobre el trono de un país. En efecto; la corte del Bávaro se compuso, casi exclusivamente de personas de aquella nacion, que con el siempre odioso dictado de estranjeros, llevaron la cualidad de poco prudentes en el uso del favor, excitando al rey á exagerar los gastos del Estado, y particularmente, los relativos á su corte: lo que unido á otros actos no mas acertados, les concitó el ódio general y predispuso los ánimos para un cambio de sistema que mas tarde se hizo indispensable. El gobierno del rey habia consumido la mayor parte de los empréstitos, francés y bávaro, sin haber hecho obra alguna de utilidad pública; y con tal prodigalidad, que en la construccion del palacio destinado á ser habitacion del monarca se invirtieron no menos que veinte y cinco millones de francos. Once años de esta desacertada administracion, hizo conocer que á pesar de todos los inconvenientes que en las circunstancias de atraso moral en que se hallaba el país pudiera presentar un trastorno en el órden político, era necesario dar intervencion en los negocios del estado á la representacion nacional y en 1844, se proclamó una Constitucion copiada de la que regia en Francia.

Desde entonces, tres partidos se han disputado la influencia; y sus luchas no han sido menos funestas para la Grecia que la terminada recientemente con la falange bávara. La Francia, la Rusia y la Inglaterra, aspiraban á tener una preponderancia, haciendo obrar para ello los resortes de que podian disponer. El partido francés tenia en su favor las instituciones y con ellas toda la fuerza que habia de traer las simpatías que excitara una copia de costumbres que eran consecuencia de la imitacion de las leyes. La Rusia no necesitaba aquel estímulo para ejercer un poder moral mas eficaz en favor del enemigo natural de la Puerta, y por tanto, el amigo de la Grecia mas inclinado á engrandecerla á trueque de humillar á la dueña de Bizancio. La Inglaterra, en fin, sin grandes títulos que alegar, se apoyaba en la fuerza que le daba su marina en aquellas aguas y la vecindad de las Islas Jónicas, cuyos gobernadores han sido siempre unos perpetuos y severos pedagogos, que no desperdician ocasion de dar sus lecciones á la débil nacion griega: tan nueva aun para poder conservar ilesa su dignidad.

De estos choques han venido, como decíamos antes, no pocos conflictos á la protegida por parte de sus protectores. En 1850, á la sazon que la escuadra inglesa volvia de los Dardanelos, se presentó en Atenas su almirante y exigiendo reparacion de agravios, que la Europa no graduó de muy fundados, ni apreciados en su justo valor; y mas que todo que calificó de injustificable su apoyo con la fuerza que podia hacer obrar impunemente el poderoso contra el desvalido, ejerció actos hostiles que excitaron la indignacion pública: tanto mas fundada cuanto menos posible le era al oprimido escarmentar al opresor. Lord Palmerston, eludiendo admitir la mediacion de la Francia, prolongó aquel violento estado de cosas y no le puso término hasta que vió, mas que la actitud firme de los gabinetes de San Petesburgo y Paris, la reprobacion unánime de su propio

país, espresado en la alta cámara inglesa y no disfrazado en la de los Comunes.

El partido napista, que así se llama el que tiene á su cargo defender los intereses rusos, no ha procurado menos desabrimientos á la poco venturosa Grecia. Luego que las potencias occidentales atravesaron sus armas en el camino que el Autócrata se proponia seguir hasta Constantinopla, el partido ruso que como hemos dicho gozaba en Atenas de mas simpatías que los demás, creyó llegado el momento oportuno de aprovecharse de la emocion producida en Grecia por el conflicto en que se suponia á la Puerta, y no perdonó medios de inclinar al gobierno de Oton á prestar su apoyo á la insurreccion del Epiro y la Thesalia, que amenazaba á la Turquía por retaguardia cuando los ejércitos rusos se apresuraban á pasar el Danubio. Karaiskacki recibia socorros eficaces de hombres y pertrechos de guerra, que salian del territorio griego, á vista ciencia y conciencia de su gobierno, cuyo gefe no obstante negaba toda participacion en el movimiento.

La conducta del gobierno heleno es indisculpable en esta ocasion, tanto por la falta de buena fé en la observancia de los principios mas vulgares del derecho de gentes, cuanto por la impolítica que cometia en querer romper lanzas, con sus protectores la Francia y la Inglaterra, á cuyos tiros quedaba espuesta sin esperanza de apoyo de la nueva señora por quien se comprometia. Colocada la Grecia al Mediodia de Constantinopla, la Rusia no podia tenderle la mano sino despues de ocupar el territorio de su rival, ó mejor dicho, despues de la victoria, y entretanto, debia suponer que las potencias occidentales, que habian abrazado la causa de la Puerta habrian de acudir con fuerzas cuya presencia en el Pireo bastaria para calmar los ardores guerreros de que se proponia hacer alarde contra el amenazado imperio Otomano. Si la Grecia, ó hablando mas propiamente el ministerio Paikos, hubiera comprendido los verdaderos intereses del país, se habria mantenido en una línea de estrecha neutralidad; y á las ventajas morales que le hubiera traido tan prudente conducta, convenciendo á la Europa, que no tenia que temer en ella á un aliado del enemigo comun de su reposo, se habrian unido las reales y positivas de un comercio que hubiera sido en estremo lucrativo para sus islas, colocadas á la entrada del Mar Negro. Pero aquel gabinete, con una errada política, que no podemos menos de lamentar, prefirió recibir del gobierno ruso una subvencion, de no menos que un millon de dracmas mensuales, ó sea casi otro tanto que el importe de todos sus ingresos.

Si el despacho que en 2 de marzo de 1854, dirigió el conde de Nesselrode á sus agentes diplomáticos no bastára para convencer de complicidad al gobierno griego en las miras interesadas de la Rusia, la aceptacion de un auxilio pecuniario de parte de una potencia que acababa de comprometerse en una lucha gigantesca, seria bastante para culparlo de una incalificable torpeza, dando á entender á la Europa que no temia hacerse cargo de los compromisos á que le obligaba la percepcion del oro del Ural; cuando era de presumir que tanta falta habia de hacerle

á la que se lo suministraba y tantas eran las probabilidades de que no hiciese semejante sacrificio sin exigir servicios que lo compensasen.

Como era consiguiente, el enviado turco cerca del rey Oton, Nechet-Bey, secundado eficazmente por los de las cuatro potencias amigas de la Puerta, representó con energía al ministro griego; pero, solo recibió el desaire de ver sus fundadas quejas eludidas con otras que carecian de verdad y cuya inexactitud echaron en cara al ministro griego los de Francia é Inglaterra despues de la retirada del enviado turco. La ceguedad de Paikos le hizo arrojar la máscara y, saliendo de la reserva que se habia impuesto, nombró tres generales, Spiro Milio, Ulakopoulos y Gardigioti Givas, encargados de organizar y regularizar las fuerzas con que contaba la insurreccion, para dar un nuevo impulso á la lucha. Era de esperar, que las hazañas de Paikos tuviesen un término poco satisfactorio. El general Forey desembarcó en el Pireo una division que produjo el cambio del ministerio y con él un nuevo rumbo en la marcha política. Paikos cedió su puesto á Maurocordatos y el nuevo ministro, venciendo las dificultades que pareció hallar, tanto de parte de la córte, mas dispuesta á apoyar que á censurar la marcha del caido como de una gran parte de la nacion, que por las falsas ideas que se le habian dado de la lucha actual mira al nuevo ministerio como el opresor de la libertad de sus hermanos.

Mejor encaminada la opinion pública le habria hecho conocer, que su alianza síncera con los intereses de las potencias occidentales, que son los de la Europa, la preparaban á recoger la herencia que la drecrepitud irremediable del imperio turco va preparando, para cuando la disolucion con que lo amenazan los elementos que para ella tiene dentro de sí propio, hagan pensar á los gabinetes del Occidente en buscar un sucesor que se siente en el trono de Bizancio, sin comprometer la balanza política de la Europa. Ese sucesor parecia deber ser la cristiana Grecia, que de ese modo habria llegado a conseguir la libertad de sus hermanos del Epiro Thesalia, etc., y aun la de los mismos que hoy gimen dentro de los muros de Constantinopla, mas que contribuyendo á que el coloso ruso ocupase los Dardanelos y ahogase la mísera nacionalidad de su exiguo aliado.

Oton I no tiene sucesion directa, y si bien la corona deberia pasar á su hermano segundo el príncipe Luitpoldo de Baviera, este rehusa someterse á la obligacion que le impone la Constitucion de 1844, que exige del Monarca la profesion del rito griego. Por esta razon la corona pasará á las sienes del príncipe Adalberto, último de los hijos del rey de Baviera; terminando así el conflicto religioso en que hoy se halla el trono por la diferencia del culto que profesa el que lo ocupa, y el que exige la ley fundamental del Estado.

Madrid, abril de 1855.

A. Rodriguez Biezma.

26

C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid.

AUGUSTO LUIS



DUQUE DE BRUNSWICK.

BRUNSVVICK.

[illegible] LUIS [illegible]

I.

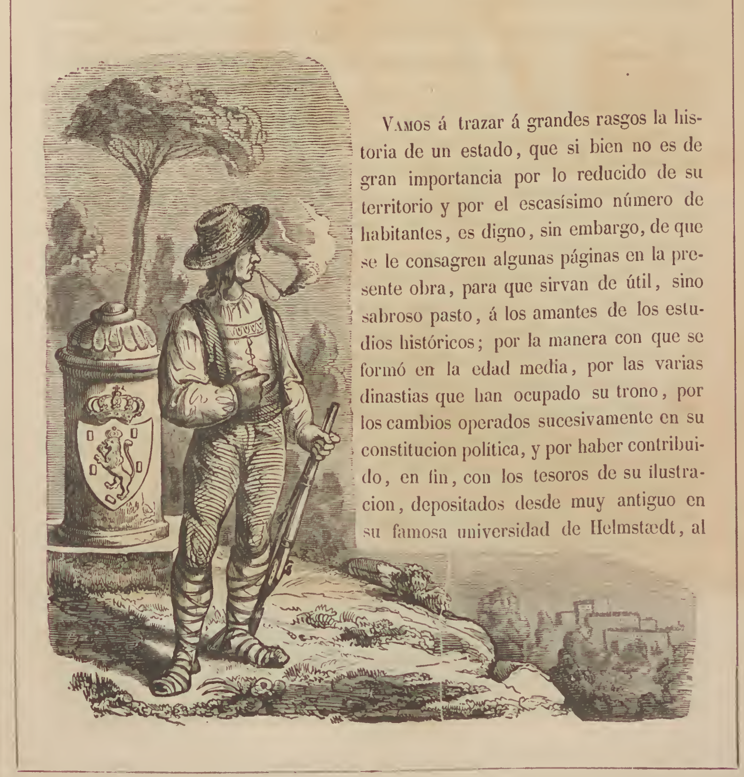




BRUNSVVICK.

AUGUSTO LUIS MAXIMILIANO.

I.



Vamos á trazar á grandes rasgos la historia de un estado, que si bien no es de gran importancia por lo reducido de su territorio y por el escasísimo número de habitantes, es digno, sin embargo, de que se le consagren algunas páginas en la presente obra, para que sirvan de útil, sino sabroso pasto, á los amantes de los estudios históricos; por la manera con que se formó en la edad media, por las varias dinastias que han ocupado su trono, por los cambios operados sucesivamente en su constitucion política, y por haber contribuido, en fin, con los tesoros de su ilustracion, depositados desde muy antiguo en su famosa universidad de Helmstædt, al

vuelo majestuoso, que han emprendido modernamente las ciencias en la pensadora Alemania, en ese pais que marcha hoy al frente de la civilizacion europea y de las mas sublimes é increibles conquistas del espíritu humano. Pero antes de ocuparnos en su parte verdaderamente histórica y política, bueno será que demos á nuestros lectores algunas ligeras noticias acerca de la posicion geográfica del ducado de Brunswick, de su estadística de poblacion y riqueza, de su division territorial y de las condiciones favorables ó adversas con que la naturaleza ha caracterizado su suelo.

Brunswick, estado que ocupa el décimo tercio lugar en la Confederacion Germánica, se halla entre la Prusia y el Hannover, al pié de la gran cordillera de montañas del centro de la Alemania y en las dilatadas llanuras del Noroeste de dicha parte de Europa. Está dividida en ocho porciones desiguales, tres de una estension mediana y cinco sumamente reducidas, formando dos de las primeras, que separan la Prusia oriental de la occidental y el Hannover septentrional del meridional, el principado de Wolfenbuttel, y la tercera restante el de Blankenburgo, con la antigua abadía de Walkenried. Entre los cinco distritos menores merecen particular mencion el bailiazgo de Kalværde, situado al Este, en medio de la Prusia Sajona, y el círculo de Thedinghausen que se halla al Oeste sobre la orilla izquierda del rio Weser. Esceptuando un punto del Sudeste que confina con Anhalt-Bernburgo, y otro del Oeste, que está tocando con Waldeck, el ducado de Brunswick está limitado por el Hannóver y por las provincias prusianas de la Sajonia y de la Westfalia. El principado de Blankenburgo se halla comprendido en los límites del Harz, cuyas elevadas cimas ofrecen al viagero la grata perspectiva de los mas pintorescos paísages, á los que prestan un tinte de profunda melancolía las denegridas piedras cubiertas de musgo, que atestiguan la accion corrosiva de los siglos, y que un dia se alzaron sobre aquellas montañas los templos consagrados por los primitivos sajones á Crodo, es decir, al gran dios; el alcazar, que Enrique IV el emperador, hizo construir en 1068, y esas gigantescas moles de piedra, que nos ha legado la edad mediá, como tremendo símbolo de la fuerza, y como sintesis completa de aquella bárbara civilizacion. Admírase todavía el magnífico castillo, que ostenta Blankenburgo, y que pasa con justicia por uno de los mejores de Alemania, bajo cuyos sombrios artesones moró Luis XVIII durante su emigracion.

En las inmediaciones de tan notable edificio distínguese la famosa *muralla del diablo*, cadena de rocas salvages, que desde la montaña de Heidelberg se estiende hasta el país de Anhalt. Además de estas provincias, el duque de Brunswick posee tambien el principado de OEls en Silesia, que en una superficie de 2,090 kilógramos cuadrados, cuenta con unos 94,000 habitantes de poblacion. Al Sur de Gostar y al Oeste de Klaustal, la parte Sudoeste del principado de Wolfenbuttel confina por levante con la cordillera del Alto-Harz, en cuyas vertientes se encuentran algunas minas, que en razon á esplotarse en comun por

el Hannóver y el Brunswick, han hecho que se conozca aquella comarca con el nombre de *Comunion-Harz*. La parte occidental de este principado se halla cortada por varios grupos de colinas, que forman entre el Harz y el Weser los montes de la Osfalia, cuyas cimas mas elevadas se encuentran en el Sollingerwald. La llanura que existe hácia el lado septentrional de las cercanias de Brunswick, se halla interrumpida de vez en cuando por algunos picos del sistema herciniano, siendo el mas eminente el Kuksberg, que se eleva á 340 metros sobre el nivel del mar. Los principales rios que bañan y fecundizan este pais son el Weser, ya varias veces citado, y algunos afluentes del Aller, como el Oker, en cuyas deliciosas márgenes se halla fundada la ciudad de Brunswick, capital del ducado, y como el Leine, etc. Pasan de seiscientos los estanques donde los naturales recogen el agua, tan necesaria al hombre como á la tierra, y el mas notable de esos receptáculos, por su estraordinaria magnitud, es el de Wipper, situado al Nordeste. El clima del estado de que vamos hablando es el mismo de las llanuras de la Alemania septentrional, esceptuando toda la parte montañosa del Harz, donde se retrasan un mes largo las cosechas. La naturaleza no ha sido á pesar de esto avara con el territorio de Brunswick, antes por el contrario lo ha enriquecido con abundantes dones de sus tres reinos, y especialmente del mineral; razon por la que la mineria se encuentra allí en el estado mas floreciente, y puede ser considerada sin duda como la fuente principal de la riqueza pública. El producto de sus minas, comprendiendo en ellas las que se esplotan por la Comunion-Harz, en las que tiene el Hannóver cuatro sétimos y los tres sétimos restantes el ducado de Brunswick, asciende anualmente á 10 hectógramos y medio de oro, 575 kilógramos de plata, á 30,342 quintales métricos de hierro de todas clases, á 19 de estaño, á 665 de cobre, á 1,085 de plomo, á 1,195 de litargírio, á 1,074 de vitriolo, á 369 de azufre, y á mas de 47,000 quintales de sal, extraidos principalmente de las salinas de Schœningen, donde acaba de descubrirse una mina verdaderamente inagotable. El ducado posee tambien excelentes materiales de construccion, y la agricultura mas laboriosa é inteligente ha sabido hacer productivos los trozos mas estériles de terreno: asi pues las tres octavas partes de todo este se hallan sembradas de granos, legumbres y patatas de la mejor calidad; cogiéndose además todos los años una mediana cosecha de tabaco: los bosques ocupan mas de la cuarta parte del territorio, y á pesar de su mala administracion, suministran maderas para una esplotacion considerable: las tres octavas partes del terreno las constituyen deliciosas praderas cubiertas de abundantes pastos, que sirven de alimento á numerosísimos rebaños de todas clases. Existen en la capital muchos institutos y sociedades, cuyo único é importante objeto es promover por todos los medios posibles el desarrollo y perfeccion de la agricultura. La industria se encuentra igualmente en el estado de prosperidad mas satisfactorio, y tanto la agrícola como la fabril alimentan un comercio considerable de exportacion, en el que el hilo solo figura por mas de veinte millones de reales. La situacion central del

ducado, las dos férias que cada año se celebran en su capital, y sobre todo, el excelente y envidiable estado de sus vias de comunicacion son las causas inmediatas de tan fecundos resultados. El ferro-carril de Brunswick á Wolfenbuttel y á Harzburgo, construido en 1838 especialmente en beneficio de las minas del Harz, se ha empalmado con el de Halberstadt y Magdeburgo, convirtiéndose de este modo en el lazo que une las líneas de Brema por el Hannóver y de Hamburgo por Cella.

Segun el censo de poblacion de 1849, asciende la del ducado de Brunswick á 270,828 almas, repartidas en 12 ciudades, 11 villas y 423 aldeas: la capital sola encierra dentro de sus muros unos 38,000 habitantes.

La deuda del país importa aproximadamente tres millones y medio de florines (1), y producen unos dos millones y medio sus rentas anuales. Este ducado suministra un contingente de 2,096 hombres para la defensa de la patria comun, sosteniendo en tiempo de paz un reducido ejército, compuesto de mil quinientos soldados.

En 1848, obedeciendo las órdenes de la asamblea de Francfort, el Brunswik aumentó su fuerza militar y organizó una *landwehr;* pero bien pronto un tratado militar celebrado con la Prusia hizo suspender todos los armamentos, dejando el ejército bajo el mismo pie que antes. Las quintas se hallan abolidas en este estado: todo jóven de veinte á veinticinco años está obligado al servicio activo; de veintiseis á treinta se le incorpora en el primer *ban*, y de treinta y tres á cuarenta en el segundo de la *landwehr*. Además de la órden de Enrique, *el Leon*, y de la cruz del Mérito, el Brunswick tiene otra por la campaña de 1809; dos medallas, una por la guerra española, y otra por la batalla de Waterloo; la condecoracion que se obtiene á los venticinco años de servicio, semejante bajo este aspecto á la de san Hermenegildo que brilla en el pecho de nuestros oficiales veteranos, y por último una medalla de salvamento.

Los habitantes del Brunswick, á escepcion de los de algunas aldeas pobladas de Wendas, de una colonia del Palatinado y de un reducido número de judios son de raza sajona; pero todos ellos hablan la lengua alemana, con la diferencia de ser sumamente defectuosa é incorrecta la empleada por los campesinos y demás gente del pueblo bajo, y de una extremada pureza la que se usa por las personas instruidas. Una parte muy escasa de la poblacion se compone de católicos, protestantes é israelitas; el resto de los moradores de este ducado abrazó en su dia la herética doctrina de Lutero, y se halla adicto al culto de la confesion de Augsburgo. Los negocios eclesiásticos se administran por un consistorio establecido en Wolfenbuttel y por seis superintendentes que tienen á sus órdenes otros tantos inspectores generales. El ramo de instruccion pública se encuentra en este país en el mas lisongero estado, pues si bien es cierto que no ha sido reemplazada la

(1) Moneda de plata que equivale á diez reales y medio vellon.

célebre universidad de Helmstædt, suprimida en 1809, tambien lo es, que sus escuelas de educacion primaria son modelos de órden é inteligencia, y que la juventud estudiosa tiene allí para dedicarse con fruto al cultivo de las ciencias y de las artes numerosos institutos, verdaderos y purísimos centros de ilustracion. No podemos menos de citar entre estos el colegio Carolino, convertido en escuela politécnica desde 1835, el de anatomia y cirujia, la escuela de minas de Holzminden, el seminario de Wolfenbuttel con su famosa biblioteca y, por último, el riquísimo museo de Brunswick.

El gobierno de este país es monárquico constitucional desde la revolucion de 1830, si bien su ley fundamental, promulgada en 12 de octubre de 1832, ha sufrido graves modificaciones desde el año 1848, especialmente respecto del método de eleccion. El duque, como gefe supremo del estado, ejerce el poder ejecutivo en toda su estension. Existe una cámara de diputados, resultado del sufragio universal, que tiene el derecho de votar los impuestos bajo ciertas restricciones, de vigilar sobre la administracion y de concurrir á la formacion de las leyes. Esta asamblea debe ser convocada por el duque, á no ser que circunstancias extraordinarias la obliguen á reunirse sin esperar la convocacion oficial: en el intervalo de sus sesiones continúa representada por una comision de su seno, compuesta de siete individuos.

El poder civil se ha separado completamente del judicial desde 1849; la administracion de justicia ha esperimentado por consiguiente desde esta época un cambio radical con la moderna introduccion del procedimiento oral y la publicidad de los debates.

El acta federativa concede al Brunswick dos votos en el *Plenum* y el décimo tercio lugar en la *Dieta germánica*, en union del Nasau.

II.

El orígen de la casa de Brunswick, tan famosa en la historia por su antigüedad como por su poder, se pierde en la tenebrosa noche de los tiempos; pero no faltan genealogistas de tan ilustre familia, que pretendan haber hallado su entroque con las de algunos cónsules romanos, unos tres siglos despues de la venida de Jesucristo.

Todo el territorio, que forma hoy el ducado de Brunswick, perteneció en otra época á la parte de la Sajonia que Cárlo-Magno reunió á su imperio. En tiempo de Luis, *el Germánico*, Ludolfo fué el primer duque encargado de defender

este país contra las invasiones de los normandos y de los eslavos; Ludolfo, que dejó escrito en piedra su nombre á la posteridad con la magnífica abadía de Gandersheim.

Gobernado á su muerte el país por sus hijos Bruno, fundador de Brunswick (868), y Othon, *el Ilustre*, permaneció bajo la dominacion de los emperadores de la casa de Sajonia, hasta que Othon, *el Grande*, concedió á su sobrino Bruno II dos castillos, situados en las cercanias del Veker y la aldea de Brunswick (*Brunonis vicus*), en premio de importantes servicios que este le habia prestado. Bruno tomó el nombre de conde, ó *margrave*, dedicándose entonces á combinar y á establecer las bases de la constitucion municipal de Brunswick. Egberto I, uno de sus descendientes, mandó edificar en 1060 el fortísimo castillo de Wolfenbuttel, y Egberto II, último vástago de esta primera casa de Brunswick, sucumbió en 1090 á manos de las tropas de Enrique IV, su mas acérrimo enemigo. El emperador Enrique V dió el ducado de Sajonia á Lotario de Supplenburgo, quien á su muerte se ciñó la corona del imperio, concediendo á su vez, con la mano de su hija Gertrúdis, el ducado de Sajonia al duque de Baviera, Enrique *el Soberbio* de la poderosa casa de los Güelfos, en justa gratitud de haber sido apoyado por este en la guerra que sostuvo contra Federico de Suavia, su competidor; reuniéndose de este modo la Ostfalia á los vastos dominios del citado Enrique, que estendió mas tarde su imperio desde los mares del Norte y el Báltico, hasta las agitadas ondas del Adriático. El célebre Enrique, *el Leon*, hijo de Enrique, *el Soberbio*, perdió el ducado de Sajonia; pero merced á una lucha tenaz y sangrienta, pudo por fin recobrar á Brunswick en 1194. A su muerte, acaecida un año despues, sus hijos Enrique, Othon y Guillermo gobernaron en comun la herencia de los Güelfos, hasta que en 1203 se la dividieron en Paderborn en virtud de un tratado. Tocóle al mayor Enrique, *el Largo*, el Dithmarsen, Hadeln, Wursten, la ciudad y el condado de Stade, las posesiones de su familia en los grandes capítulos de Brema y de Verden, el Hannóver con todo el territorio comprendido entre el rio Leine y Gœttingue y la parte occidental del Luneburgo hasta Cella, Eimbeck y Eichsfeld. El Brunswick, propiamente dicho, hasta el Hannóver, el Bajo-Harz y los dominios situados en la ribera opuesta del Leine le correspondieron á Othon, que fué elegido *rey de romanos*, bajo el nombre de Othon IV, despues de la muerte de Enrique VI. A Guillermo, el menor de los tres hermanos, conocido en la historia con el sobrenombre de *Espada-Larga*, le cupo, en fin, en el reparto el territorio situado mas allá del Elba, la parte oriental de Luneburgo con la ciudad del mismo nombre y el Alto-Harz. El último príncipe indicado solo tuvo un heredero, Othon, *el Niño*, que fué el tronco de una nueva casa de Brunswick, por haber fallecido en 1218 el emperador Othon IV sin sucesion y por no haber dejado Enrique mas que dos hijas. Unico vástago masculino de la familia de los Güelfos, Othon, *el Niño*, vióse precisado á hacer valer sus derechos con la punta de la espada y á luchar denodadamente contra el emperador Federico II, que aguijo-

neado por sus antiguos ódios, trató de disputarle sus estados, para lo cual compró á las hijas de Enrique, *el Largo*, sus pretensiones al heredamiento alodial de su padre, y llevó su audacia hasta el estremo de apoderarse á viva fuerza de Brunswick.

Pero Othon, resuelto á vengarse de tamaña afrenta, reune cautelosamente sus tropas, las conduce durante la noche al pié de las murallas, asáltalas intrépidamente, y despues de pasar á cuchillo una parte de la guarnicion y de poner en vergonzosa fuga á la restante; clava su victorioso estandarte en las almenas de la plaza y en el castillo de Tancwarderode. Para terminar de una vez tan reiteradas contiendas, Othon cedió al emperador en 1235 el castillo de Luneburgo y su soberania, y Federico por su parte creó con la ciudad de Brunswick y con aquella fortaleza y todas sus dependencias un ducado, con el cual invistió á Othon, concediéndole el título de príncipe del Imperio para sí y todos sus descendientes, sin distincion de sexo.

Desde entonces consagróse enteramente Othon al gobierno de sus estados, cuyo mejoramiento consiguió por medio de sábios reglamentos sobre la industria, levantando fortalezas y ciudades, y concediendo grandes privilegios á los aldeanos de Brunswick y de Luneburgo. Sus hijos Alberto y Juan reinaron de mancomun hasta el año de 1267 en que se repartieron la herencia paterna, tomando Juan la ciudad de Hannóver y los castillos de Lichtenberg y de Twiflingen, además del ducado de Luneburgo, y Alberto el ducado de Brunswick, el territorio entre el Deister y el Leine, el principado de Oberwald y el distrito del Weser y el Harz. La ciudad de Brunswick, el Giselwerder, separado del electorado de Maguncia, y el señorio jurisdiccional de Hameln permanecieron *pro-indiviso*. Alberto fijó su residencia en el castillo de Dankwarderode, y Juan en el de Luneburgo: el primero creó la rama menor de Wolfenbuttel, y el segundo la de Luneburgo. La rama fundada por Juan se estinguió á la tercera generacion (1368): la otra subsistió por mas tiempo. Alberto no se contentó con mantener el órden en sus estados, sino que los engrandeció con los despojos de Kuno de Gruben, castellano de Dassel y de Grubenhagen, á quien desposeyó del castillo de este nombre, fijando mas tarde en él su residencia. Falleció dicho príncipe en 1379, y sus dos hijos Enrique y Alberto subdividieron la línea de Brunswick en las ramas de Grubenhagen y de Gættingen; la primera de las cuales se estinguió en 1596, subsistiendo aun la segunda bajo los nombres de Brunswick y de Hannóver.

A la muerte del hijo primogénito de Alberto (1344), subdividióse nuevamente la línea de Gættingen en dos ramales, el de Gættingen y el de Brunswick. En 1368 desapareció la antigua línea de Luneburgo, pero la rama de Brunswick dió luego orígen en 1431 á las nuevas casas de Luneburgo y de Brunswick. Esta concluyó en 1634, despues de haberse dividido (1416), en la rama de Wolfenbuttel y la de Kalemberg; esta subdividida tambien (1491), en dos nuevos ramales, el primogénito de Brunswick-Wolfenbuttel, y el de Kalemberg. Enrique y Erico, fundadores de los mismos,

sostuvieron una encarnizada guerra con Brunswick, que protegida por las ciudades anseáticas, obtuvo la confirmacion de sus privilegios, consiguiendo además del primero de los dos príncipes citados el establecimiento de sus dos grandes ferias, abundantes manantiales todavía de su prosperidad: Enrique, *el Jóven*, hijo y sucesor del primer duque de Brunswick-Wolfenbuttel, pasó los primeros años de su reinado en medio de los azares de la guerra religiosa, que yermaba entonces los campos de la Alemania, y luchando con el mas ardiente celo por el triunfo de la Santa-Liga y por la estirpacion de las peligrosas heregias de Lutero. Despues de haber soportado con ánimo sereno desgracias de tanta monta como la confiscacion de su ducado, ocurrida en 1545, y su prision con posterioridad á la batalla de Muhlberg, consagró los quince años últimos de su vida á cicatrizar las llagas que su agitado gobierno y violento carácter habian abierto en el pais. Murió en 1568 despues de haber dado un reglamento de familia por el que estableció en su casa el principio de primogenitura. Sucedióle su hijo Julio, acérrimo partidario de la reforma religiosa, quien se apresuró por lo mismo á abolir el culto católico en sus dominios, auxiliado por Martin Chemnitz y Santiago Andræ, dos de los mas fanáticos apóstoles de la secta luterana. Merece este príncipe, no obstante, que la historia le consagre un grato recuerdo por haber erigido un magnifico templo á la ciencia del derecho romano, al fundar la famosa universidad de Helmstædt. Su hijo Enrique Julio, dotado de relevantes calidades personales, y muy superior á todos los demás príncipes de su época, supo servirse del derecho romano como de un arma poderosa para consolidar su poder; y por medio de una hábil usurpacion agregó á su estado todas las tierras pertenecientes á la línea de Grubenhagen, estinguida en 1596, las de los condes de Blankenburgo, etc.

El año 1615 dejó de existir este ilustre personage, á quien sucedió su hijo menor, Federico-Ulrico, cuyo carácter estremadamente débil se puso mas en evidencia en una época tan tempestuosa como lo fué la de la guerra de los treinta años. Como falleció sin dejar hijo alguno, sus estados pasaron en 1634 á Augusto de Brunswick-Luneburgo-Dannenberg.

La casa que reina en el dia en Brunswick desciende, como la de Hannóver, del duque de Luneburgo-Zell, Ernesto, *el Confesor*. En virtud de una particion, verificada el dia 10 de setiembre de 1569, contentóse el primogénito Enrique con los bailiazgos de Dannenberg, Luchow, Ithzacker y Scharnebeck, pasando las demás tierras restantes á su hermano segundo, Guillermo; por lo cual vino á ser este el tronco de la nueva línea de Brunswick-Luneburgo, investida despues con la dignidad electoral, y la que desde 1815 ocupa el trono de Hannóver. Augusto, hijo del fundador de la rama de Dannenberg adquirió la herencia de la segunda casa de Brunswick comprando á su hermano Julio Ernesto sus derechos; pero al entrar en posesion de los Estados del mismo, encontró el país completamente arruinado por treinta años de desastrosa guerra y sobre todo por la absoluta inca-

pacidad de su predecesor. Dedicóse entonces á dulcificar la deplorable miseria de que era víctima aquel territorio; y merced á un sin número de disposiciones administrativas, dignas de la reputacion que por su alta sabiduría se habia grangeado en toda Europa, consiguió hacer correr de nuevo las cegadas fuentes de la pública prosperidad y que sus súbditos le significasen la gratitud de que se hallaban poseídos por su paternal gobierno, apellidándole el *Viejo divino*, sobrenombre con que se le conoce en la historia. Parece que el cielo quiso recompensar con una dilatada existencia los inapreciables beneficios de que colmó á sus vasallos, puesto que no se sirvió llamarle á si hasta la avanzada edad de ochenta y ocho años en que entregó su espíritu al criador, dejándonos, como fruto de sus numerosos y aprovechados viages, los magníficos escritos, que bajo el pseudónimo de Gustavo Seleno, admiran hoy á nuestros mas eminentes escritores, y como elocuente testimonio de su amor á las ciencias, la gran biblióteca de Wolfenbuttel. Sucedióle en el ducado su hijo primogénito, y Fernando Alberto, vástago de su tercer matrimonio, fundó la línea colateral de Brunswick-Bevern, que ha sido ilustrada despues por el duque Augusto Guillermo, general prusiano que se distinguió por sus brillantes proezas durante la guerra de los *siete años*, y cuyos descendientes reinan hoy en Brunswick. Continuó la línea de Wolfenbuttel, Rodolfo Augusto, príncipe que á la corta edad de veinte años habia ya recorrido la mayor parte de los paises de Europa, adquiriendo con sus frecuentes viages, con su desmedida aficion al estudio y con su larga permanencia, en fin, en la córte del gran elector una instruccion muy rara entre los magnates de la Alemania.

Despues de haber cedido las bailías de Luneburgo á la línea de este nombre, la cual en cambio renunció á la co-soberanía de la ciudad de Brunswick, cuyos derechos de *landsass* fueron al cabo reconocidos merced á una lucha de largos siglos; Rodolfo Augusto, lanzó el último suspiro en 1705, dejando la corona ducal, por falta de descendencia directa masculina, á su hermano Antonio Ulrico, á quien habia asociado á la regencia del país desde 1685. Este adquirió en 1706 el bailiazgo de Campen, erigió en princípado el condado de Blankenburgo, hizo adoptar, cuatro años despues, el catolicísmo en sus estados, y reinó por último hasta 1714; pero como quiera que el mayor de sus hijos, Augusto Guillermo, que le reemplazó en el ducado de Brunswick, falleció sin dejar sucesion alguna por lo cual tuvo que heredarle su hermano Luis Rodolfo, muerto igualmente sin hijos en 1735; resultó que fué llamada entonces al trono la línea de Brunswick-Bevern en la persona de Fernando Alberto, hijo del fundador de aquella. Heredó este príncipe los estados de Brunswick-Wolfenbuttel, pero no los poseyó mas que el brevísimo plazo de seis meses, dejando con la vida el cetro á su hijo Cárlos, jóven de veinte y dos años de edad, quien lleno de los mejores deseos en favor de la felicidad pública, aunque estraviado en parte por su estremada aficion al amor, al fausto y á los viages; promovió sin duda el desarrollo de principios de

verdadera utilidad general, haciendo brotar del gérmen mismo de las mas descabelladas utopías instituciones tan provechosas al pais como la del colegio Carolino. Verdad es que la deuda subió bajo su gobierno á 180 millones de reales, y que el peligro de la bancarrota fué inminente; pero á la muerte de ese duque se levantó nuevamente el crédito público por la economía y el órden que en la hacienda introdujo luego Cárlos Guillermo Fernando su hijo y sucesor. Deseoso este ilustrado príncipe de regularizar la administracion interior del país procurando nivelar en lo posible las gastos con las rentas y de rehabilitar en el estrangero el cuasi perdido crédito del estado; planteó un sistema tan completo como moral para amortizar la deuda pública, entendiéndose para ello de una manera honrosa y digna con sus acreedores. Dirigió despues su atencion á otro género de empresas, cuya gloria es mas brillante sin duda pero mucho menos sólida: dejó la benéfica pluma del administrador y del estadista por la límpia espada del guerrero; dejó el estudio y la aplicacion de los principios de esas ciencias que hacen brotar los mas ricos veneros de la prosperidad y riqueza de las naciones, proporcionando un impulso tan bienhechor como constante á las ciencias, á las artes, á la agricultura y al comercio, por lanzarse á los campos de batalla; la fortuna, sin embargo, esa deidad caprichosa, que juega siempre impasible con el destino de los mortales, abrió el sepulcro de Cárlos en la memorable jornada de Auerstædt, y el general en gefe del ejército prusiano cayó mortalmente herido por los bizarros soldados del Alejandro del siglo XVIII. Murió aquel príncipe cerca de Altona, en 1806, pero alcanzó la suprema dicha á que deben aspirar los buenos monarcas en la tierra; la de ser llorados por su pueblo.

En virtud de la paz de Tilsit, el ducado de Brunswick fué incorporado al reino de Westfalia. En 1813, Federico Guillermo de Œls, el mas jóven de los hijos del anterior, desembarcó en Hamburgo con el objeto de entrar en posesion de sus estados hereditarios, no sin haber luchado antes vigorosamente contra el brazo de hierro, que, oprimiendo con su peso á la Alemania, amenazaba entonces á la Europa entera. Federico, colocado al frente de una reducida pero heróica falange de Bohemios, vino á España arrastrado por su odio hácia el afortunado corso; al lado del famoso leopardo de Inglaterra, disparó tambien sus flechas contra las orgullosas águilas imperiales; y pudo aprender entonces, para no olvidarlo jamás, hasta donde llegan en momentos críticos y supremos el sentimiento de nuestra independencia nacional, el amor á la religion de nuestros padres, el entusiasmo por las costumbres y leyes de nuestros mayores, la idolatria que profesamos á nuestros monarcas. ¡Magnífica epopeya que comienza al pié del mortífero cañon de Daoiz y Velarde, y, que pasando por las aterradoras y repetidas escenas de Zaragoza, Gerona y Albuera, concluye en la memorable jornada de San Marcial! El mismo Dios, que dirigió la piedra desde la honda del humilde pastor hasta la altiva frente del gigante, condujo á nuestros desnudos y bisoños soldados al inmortal alcázar de la gloria: Dios no consiente nunca mas que de un modo transitorio y efí-

mero, el triunfo del dolor contra la buena fe, de la sin razon contra la justicia, de la fuerza contra el derecho; por esto si Napoleon fué Goliat, España fué David!— En 1815 la antorcha condenada á estinguirse para siempre en las áridas rocas de Santa Helena, lanzó su última y viva llamarada; este fenómeno físico esplica la historia de los *cien dias*. El águila mortalmente herida en Fontainebleau, se remonta de nuevo á las nubes desde la isla de Elba; y aunque descansa *cien dias* sobre las tronchadas lises de Francia, no tiene ya fuerzas para emprender de nuevo su vuelo, y se agita convulsiva en el espacio, y abandona el cetro imperial que no pueden ya sostener sus débiles garras, y plegando lánguidamente sus alas cae, en fin, desfallecida y moribunda al pié del melancólico sauce, que durante muchos años es el único monumento que decora su tumba, el único amigo que guarda su eterno sueño en Santa Helena! — Federico trató de oponerse segunda vez á los desesperados esfuerzos de Napoleon, pero el 16 de junio una bala francesa le arrebató la vida en la batalla de Ligny.—¡Y dos veces tan solo debia aparecer el sol en el Oriente para que en el misterioso reló de la Providencia sonase para Bonaparte la menguada hora de Waterloo!—Durante la minoria de Cárlos Federico, hijo primogénito de Federico Guillermo, Jorge IV, á la sazon regente de Inglaterra, se apoderó de la tutela, cuyo ejercicio delegó en el conde de Munster, su ministro director en el Hannóver. Este dirigió desde las orillas del Támesis los negocios de Brunswick, grangeándose por su sistema de administracion las mas amargas censuras, no solo de sus numerosos adversarios en política, sino de muchos hombres de imparcialidad verdadera: su gobierno se asemejaba bastante á la tutela paternal, pero no cumplió con esa sublime mision, que están llamados á realizar los gobernantes; no supo despertar al país del letargo que embargaba sus doloridos miembros, y prestarle las poderosas alas de la instruccion y de la riqueza para que comprendiese confiadamente la grande obra de su regeneracion política y moral. Restablecióse á peticion de la nobleza, la constitucion provincial que se trató de reformar en 1820, de acuerdo con los estados. Llegó en esto el dia 30 de octubre de 1823 y Cárlos tomó las riendas del poder, lleno de indignacion porque se habia dilatado su tutela hasta los diez y nueve años, por lo cual, protestando contra las alteraciones introducidas en la constitucion durante su minoridad; se negó abiertamente á jurar la nueva, abolió cuantas leyes se habian dictado por la regencia desde el dia en que cumplió los diez y ocho años, y se colocó de este modo en declarada pugna con el conde de Munster y con el monarca de Inglaterra. Los miembros del antiguo consejo privado fueron entonces destituidos en masa, y alguno de ellos tuvo que emigrar al Hannóver para ponerse á cubierto de las mas obstinadas persecuciones. Una camarilla de favoritos ineptos y de oscuros advenedizos se repartió, con escándalo de todos, los empleos mas lucrativos y los cargos mas honoríficos é importantes del estado. En suma, establecióse en el gobierno un sistema de tiranía tan absurdo como injustificable, y colocado ya el jóven duque en la pendiente inclinada de la arbitrariedad y del

despotismo, osó atacar en su ceguedad hasta la sagrada independencia del órden judicial. La codicia vergonzosa del príncipe llevóle hasta el estremo de enagenar una parte de los dominios de su propio territorio, infringiendo así con el mayor descaro el testo esplícito de la constitucion del país. Convencidos los estados de la esterilidad de sus gestiones para que el jóven Duque reconociese la constitucion aceptada por ellos en 1820, se reunieron el 21 de mayo de 1829, en virtud del derecho que la misma les concedia, con el objeto de reclamar el apoyo de la confederacion. Así las cosas, estalló un terrible motin el dia 7 de setiembre de 1830, en el que un pueblo desenfrenado se entregó en Brunswick á todo género de excesos, llegando en su sed de venganza hasta reducir á cenizas el palacio ducal, no tiñendo, tal vez sus manos, en la sangre del príncipe, porque este, lleno de la mas profunda consternacion, abandonó en aquellos momentos la turbulenta ciudad.

III.

Hemos llegado pues al término que nos propusimos al empezar estos desaliñados apuntes: los sucesos, que aunque con toda la rapidez posible tenemos necesidad de narrar todavía, están tan intimamente ligados con la biografía del duque reinante en Brunswick, que no son en realidad otra cosa que verdaderos datos biográficos de Augusto, Luis, Maximiliano, Federico, Guillermo. Tal es el feliz privilegio de que gozan esos seres llamados por la misteriosa voz de la providencia, á regir los destinos de las naciones, ó á dar en su siglo un fuerte y civilizador impulso al desarrollo de las letras y de las artes; el de formar la historia de un pueblo con sus propias biografías: así es, que trazando las de Garcilaso, Fray Luis de Leon, Herrera, Rioja, etc., habremos escrito la verdadera historia del siglo de oro de nuestra literatura; reseñando las vidas de los elocuentes oradores de la revolucion francesa, habremos escrito vigorosamente la historia de esa misma revolucion. Deciamos, pues, que al reseñar los acontecimientos de que ha sido teatro el ducado de Brunswick desde 1830, como cumple á la índole de nuestro trabajo, nos veriamos forzosamente obligados á escribir á la par la interesante biografía de ese príncipe, que, á pesar de los evidentes derechos al trono que su orígen le concede, puede decirse que se sienta en él de la manera que mas debe halagar y envanecer á un hombre; esto es, escogido por su pueblo

y llamado como un salvador por esas asambleas, símbolos vivientes de la inteligencia, del derecho y de la fuerza moral de un estado.

Tres dias despues del incendio del palacio, el duque Guillermo, que á la sazon se hallaba en la corte de Prusia, acudió precipitadamente á Brunwick para encargarse de su gobierno, como en efecto lo hizo, obrando en un principio á nombre de su hermano, si bien dejó luego de consultar á este último en vista de la inutilidad de cuantos movimientos contra-revolucionarios se intentaron, y de que la Dieta misma no vaciló ya en reconocer la validez de la Constitucion de 1820. —No contenta con esto la Dieta, rogó además con el mayor encarecimiento á Guillermo que no abandonase, por entonces, las riendas del estado, y el dia 25 de Abril de 1831, le confirmó, solamente en el ejercicio de su poder, declarándose á la vez destronado al duque Cárlos, como incapaz de gobernar. La revolucion operada no proporcionó ciertamente grandes ventajas al pueblo, como puede reconocerse al recordar que la nueva cámara establecida en vez de las dos que existian antes, profesaba unos principios tan poco liberales en política, que al tratarse en su seno de la gran cuestion de la publicidad de las sesiones, los miembros que opinaron por ella estuvieron en una insignificante minoría. Entre el cúmulo inmenso de disposiciones legales que se adoptaron entonces merecen particular mencion, por lo perfectamente que fueron recibidas, la ley municipal y la que fijaba la manera de amortizarse la deuda pública. La discusion del primer presupuesto trienal suscitó los mas acalorados debates, á los que sin embargo pudo darse felice cima, introduciendo en aquel las mas saludables y oportunas economías. La segunda Dieta, cuya última sesion se celebró el 27 de julio de 1837, se ocupo bien poco del presupuesto; siendo sus dos actos mas importantes la ley que dispuso la abolicion parcial de los derechos feudales y la votacion de los fondos necesarios para construir el camino de hierro entre Brunswick y Harzburgo, camino de una utilidad tan incuestionable, que ha venido á ser hoy el centro de la vasta red de ferro-carriles que cubre toda la Alemania del Norte. —En el mes de abril de 1839 pronuncióse en Brunswick la consoladora palabra, inventada por Trasíbulo, despues de haber triunfado de los treinta tiranos, y recordada mas tarde por Ciceron, despues de la muerte de César; la palabra *amnistía*, y merced á ella volvieron á su patria los reos políticos del ducado, que se habian refugiado en el estranjero. ¡Loor, pues, al generoso y esclarecido príncipe, que derramó tan precioso bálsamo sobre las heridas, que entre los hijos de una misma madre, abren con tanta frecuencia, por desgracia, las malhadadas discordias civiles! Si al corazon humano le es dado gozar un placer verdaderamente puro y grande, ese placer ha de ser sin duda el que esperimentan los reyes cuando perdonan. — ¡Cuánto se acercan entonces á la Divinidad! ¡Cómo se dobla entonces el resplandor de una diadema!

Los estados se reunieron en Brunswick el 9 de Diciembre de 1839 y sus discusiones se consagraron á un objeto de la mas alta importancia para la moralidad

y ventura de las sociedades: ocupóse aquella respetable asamblea en la formacion de un nuevo código criminal, que fué promulgado y puesto en vigor el año de 1840. — Turbóse algun tanto la tranquilidad de que se gozaba á la sazon en el ducado á causa de algunas disidencias que surgieron entre este y el Hannóver por efecto de una convencion sobre aduanas. Aprovechándose de estas circunstancias el partido liberal, robustecido con una fraccion de la nobleza misma, intentó derrocar un ministerio que se presentaba como partidario del progreso moderado. En la sesion de apertura de los estados, celebrada en 1842, el gobierno tuvo la habilidad de separar al partido liberal de la coalicion, haciendo recaer el nombramiento de presidente de los mismos en la persoma del abogado Steinacker. El descontento público habia ido, no obstante, en aumento, vista la actitud firme del gabinete en contra de ciertas concesiones de indole liberal; y dos años despues vino á colmarse la medida del disgusto general en razon á los principios que profesaba el gobierno sobre materias mercantiles: esta divergencia de opiniones entre el país y sus gobernantes, dió un resultado tan lógico como significativo; el de no ser elegido un solo funcionario público en las elecciones que en 1845 tuvieron lugar. Escusado parece decir que no se restableció la perdida armonia entre el ministerio y los estados, á pesar de las sesiones celebradas por estos hasta el 47; antes al contrario, no llegaron á votarse en ellos los impuestos, y recaudáronse los mismos por el gabinete durante dos años prescindiendo de circuntancia tan esencial.

Estalló entonces la revolucion, que conmovió hace seis años todos los estados de Europa, ensañándose en uno de los monarcas mas ilustrados y prudentes de que puede vanagloriarse la vecina Francia; derribando por tierra, al formidable empuje de las oleadas de la democracia, el célebre trono de julio, y haciendo estremecerse la corona en las sagradas sienes del venerable padre de la cristiandad. Llegó el aciago año de 1848 y el gobierno de Brunswick, cediendo al fin á las exigencias de la opinion pública, se declaró en favor de la libertad y de la unidad de la Alemania. Consecuencia de esta política fué la abolicion de la censura, el acceder á la publicidad de las sesiones de la Dieta, y la convocacion estraordinaria de los estados para dar, como en efecto se hizo inmediatamente, una multitud de disposiciones legislativas referentes á la publicidad de los debates judiciales, al jurado, á la libertad de imprenta, á la igualdad de cultos ante la ley, al derecho de asociacion, á las elecciones, á la abolicion del impuesto sobre la caza, etc. —La nueva Dieta, en una de sus sesiones celebrada en 1849, preparó un proyecto de ley sobre las contribuciones directas é indirectas, rebajó el sueldo de todos los funcionarios públicos, organizó de nuevo la administracion de justicia y borró hasta los últimos vestigios del feudalismo. No se contentó aun con estos avanzados pasos el país, sino que entrando de lleno en la espinosa pero saludable senda de las reformas, reglamentó en 1850 las profesiones de la abogacía y del notariado, organizó la guardia nacional, introdujo graves alteraciones en la

administracion pública, y concluyó, por último, estableciendo al año siguiente tribunales de comercio, dando nuevas leyes sobre el servicio militar, las asociaciones industriales, el derecho de domicilio, la instruccion pública, elecciones, etc.—El 27 de mayo de 1851 el Duque volvió á formar parte de la Confederacion; pero sus súbditos, que han visto desvanecerse con el mas profundo sentimiento sus halagüeñas esperanzas de unidad alemana, conservan la de no perder sus nuevas instituciones, fiados en la singular templanza y paternal cariño que les profesa su soberano.

Réstanos solo apuntar que *Augusto Luis Maximiliano Federico Guillermo* nacio el 25 de abril de 1806: que fué educado con su hermano, del que no se separó hasta 1822 en que marchó á Gœttinga bajo la direccion del coronel de Dœrnberg, y que al año siguiente se alistó en el ejército de Prusia obteniendo en premio de sus brillantes servicios el grado de *mayor*.—No debemos pasar en silencio tampoco que como este príncipe no ha contraido todavia matrimonio, el ducado de Brunswick se reunirá probablemente al Hannóver por su muerte.

Madrid, abril de 1855.

Eugenio Sanchez de Fuentes.

CUADRO GENEALOGICO

DE LA CASA

DE BRUNSVVICK.

I.

La casa de los príncipes de Brunswick empieza en Azon i de este, marques de Toscana, llamado por algunos Alberto, y apellidado el *Gran marqués;* se casó con Cunegunda, hermana de Güelfo III, de la familia de los antiguos Güelfos. En segundas nupcias lo hizo con Ermegunda, hija de Hugo, conde del Maine en Francia, de quien tuvo á Hugo que heredó á su abuelo materno.

II.

Del primer matrimonio tuvo á Guelfo i de este, apellidado *El Robusto*, quien casó dos veces: primero con Ethelina, hija de Othon el sajon, duque de Baviera, y despues con Judit, hija de Balduino de l'Isle, conde de Flandes, apellidado *El Piadoso*, y viuda de Toston ó Tostio conde de Kent y de Northumberland, hermano de Harold rey de Inglaterra. Dicen que Güelfo I no murió hasta 1101 en Chipre, Del segundo mafrimonio tuvo dos hijos: Güelfo II, duque de Baviera, que murió sin posteridad; y

III.

Enrique I, llamado *el Negro, el Jóven y el Perro*, que casó con Wulfilla ó Wilfilda ó Wilfida, hija de Magnus duque de Sajonia, de quien tuvo dos hijos: Güelfo III que murió en 1125 y

IV.

Enrique II llamado *el Soberbio;* casó con Gertrudis, hija del emperador Lotario II; y murió el año 1179, habiendo tenido á

V.

Enrique III llamado *el Leon*, que casó con Mahud, hija de Enrique II de Inglaterra. Murió en 1195 dejando tres hijos: primero Othon, que habiéndose casado con Beatriz, hija de Felipe, sucedió á su suegro en el imperio y fué el IV de su nombre; segundo, Enrique IV, conde palatino del Rhin por su mujer Inés ó Clemencia, hija de Conrado de Suavia, y tercero,

VI.

Guillermo, primer duque de Brunswick y de Luneburgo, que murió en 1212 y fué padre de

VII.

Othon I, duque de Brunswick, apellidado *el Niño.* Murió el 9 de junio de 1252 habiendo tenido de su matrimonio con María ó Matilde, hija de Alberto,

marqués de Brandeburgo, dos hijos: Alberto que sigue, y Juan duque de Lunneburgo.

VIII.

Alberto apellidado *el Grande*, duque de Brunswick, hijo mayor de Othon. Murió en 1279, habiéndose casado primero con Isabel, hija de Enrique II, duque de Brabante, y despues con Aleja, hija de Aldobrandino II, marqués de Este, de quien tuvo; á Enrique, duque de Brunswick-Grubenhagen, casado con Ines, hija de Alberto, y muerto en 1332; á Alberto que sigue, y Guillermo duque de Wolfembutel.

IX.

Alberto II, *el Craso* ó *el Gordo*. Murió en 1318 dejando de Rexa ó Richsa, hija de Magnus *el Benigno*, duque de los hérulos y de los vándalos: primero, á Othon que murió en 1354 dejando una hija única; segundo, Ernesto, duque de Gotinga muerto en 1379; tercero, Alberto obispo de Halberstat, muerto en 1358; cuarto, Enrique, obispo de Hilderheim que murió en 1362; quinto, Ludero, maestre de la órden Teutónica, muerto en 1335; sesto, Magnus, que sigue; sétimo, Matilde, abadesa de Gandersheim.

X.

Magnus I del nombre, llamado *el Piadoso*, duque de Brunswick. Se casó con Sofía ó Inés, hija de Enrique, marqués Brandeburgo-á-Lansberg, y murió en 1368; habiendo tenido á Othon, que murió en Italia; á Luis, que murió en 1358; á Magnus II, que sigue; Alberto, arzobispo de Bremen, muerto en 1395; Matilde mujer de Bernardo III, príncipe de Anhalt; Elena, casada con Othon, conde de Hoza; y Sofía que murió sin alianza.

XI.

Magnus II, llamado por unos *el Portador de collar*, y por otros *el Insolente* ó *el Corélico*, duque de Brunswick. Se casó con Catalina, hija de Woldemaro, Elector de Brandeburgo, y tuvo de ella á Federico que fué elegido emperador el 25 de de mayo de 1400, y murió asesinado en Frizlar el 5 de junio del mismo año; á Bernardo, vástago de la rama de Lunneburgo; á Enrique, vástago de la de Brunswick; Othon, obispo de Bremen y de Verden, muerto en 1401; Elena, casada en 1395 con Alberto, duque de Meckelburgo, rey de Suecia; Inés, casada en primeras nupcias con Bosor, conde de Mansfeld, y en segundas con Bogislas, duque de Pomerania; Ana ó Isabel mujer de Mauricio conde de Oldemburgo; Sofía, esposa de Enrique duque de Meckelburgo; y Catalina, casada primero con Gerardo, duque de Sleswick, y despues con Erico III, duque de Sajonia Lawemburgo.

XII.

Bernardo, segundo hijo de Magnus II, murió en 1434 y dejó de Margarita, su mujer; á Othon, llamado *el Grande*, que sucedió á su padre; pero que murió sin posteridad en 1445; á Federico, que sigue, y á Catalina, casada con Casimiro duque de Pomerania.

XIII.

Federico *el Piadoso*, duque de Brunswick-Lunneburgo; murió en 1478 en Zell en un convento de franciscanos á donde se habia retirado. En 1430 se casó con Magdalena; hija de Federico I, Elector de Brandeburgo, y tuvó de ella á Othon, que sigue; á Bernardo, administrador de Hildesheim, casado con Mechtilde, hija del conde de Schavemburgo, y muerto sin hijos en 1464, y á Margarita, esposa de Ulrico de Meckelburgo, conde de Sturgard.

XIV.

Othon el magnánimo, duque de Brunswick-Lunneburgo, murió antes que su padre, el 10 de enero de 1471, y de su muger Ana, hija de Juan conde de Nassau, tuvo á

XV.

Enrique llamado el *Jóven*, duque de Brunswick-Lunneburgo que nació en 1468 y sucedió á su abuelo. Murió en Francia en 1532. Se habia casado el 27 de febrero de 1487, con Margarita hija de Ernesto, Elector de Sajonia, de quien tuvo á Othon, señor de Hasburgo, que cedió á su hermano Ernesto, que sigue, los bienes de la familia. Ohton se habia casado con una señorita del país de Lunneburgo, Matilde de Campen, y tuvo de ella varios hijos. Además de Othon, y de Arnesto, Enrique el jóven tuvo á Francisco, que poseyó la tierra de Giffnorn; á Isabel casada con Carlos, duque de Güeldres; Apolonia que murió soltera; y á Ana casada con Barnimon, duque de Pomerania.

XVI.

Ernesto, duque de Lunneburgo y de Zell, hijo segundo del duque Enrique el *Jóven* nació el 26 de junio de 1497, y murió el 11 de enero de 1546. Se casó en 1528 con Sofia, hija de Enrique, duque de Meckelburgo, y tuvo á Francisco Othon, que nació en 1530 y murió en 1559, á Federico, que nació en 1532 y murió en 1553, de resultas de las heridas que recibió en el combate de Siverihuse; á Enrique, vástago de la rama de Danneberg, ahora Wolfembutel; á Guillermo, que sigue, vástago de la rama de Zell, despues de Lunneburgo; á Margarita, que nació en 1534 y se casó en 1559 con Juan, conde de Mausfeld; á Isabel Ursula, esposa de Othon, conde de Schavemburgo; á Magdalena, muger de Arnold, conde de Benthein; y á Sofia casada en 1562 con Popon conde de Henneberg.

XVII.

Guillermo, duque de Brunswick Zell y de Lunneburgo, cuarto hijo del duque Ernesto, nació el 4 de julio de 1535, y murió el 20 de agosto de 1592, habiendo tenido de Augusta Dorotea, hija de Cristian III rey de Dinamarca, á Ernesto, que sucedió á su padre, pero que murió el 2 de marzo de 1611 de 47 años sin haberse casado; Cristian, que fué obispo de Minden y prícinpe de Grubenhagen, murió el 8 de noviembre de 1633, de edad de 67 años; Augusto, que sucedió á su hermano, fué administrador del Batreburgo, heredó del duque Federico Ubrico, el principado de Calemberg, y murió el 10 de octubre de 1636, de 68 años, no dejando mas que hijos bastardos, á Federico que sucedió á Augusto, fue coadjutor de Batreburgo, prevoste del capítulo de Bremen, y murió el 10 de diciembre de 1648, de 74 años de edad, no dejando tampoco mas que hijos bastardos; Magnus, que nació el 30 de agosto de 1577 y murio el 29 de agosto de 1632; Jorge, que sigue, Juan canónigo de Minden, nació el 23 de junio de 1583 y murió el 21 de noviembre de 1628; Sofía que casó con Jorge Federico, marqués de Brandeburgo-Auspach; Isabel que casó con Federico conde de Hohenloë; Dorotea, que casó con Cárlos, conde palatino de Birhenfeld; Clara, que casó con Guillermo, conde de Shwartzburgo; Ana-Ursula, que murió sin alianza; Margarita que casó con Juan Casimiro, duque de Sajonia Coburgo; María, que murió soltera; y Sibila, que casó con Julio Ernesto, duque de Brunswick de Lunneburgo-Danneberg.

XVIII.

Jorge, duque de Brunswick-Zell, etc., nació el 17 de febrero de 1582, y murió el 11 de abril de 1641 de edad de 59 años. Los hijos que tuvo de Ana Eleonora, hija de Luis Landgrave de Hesse-Darmstat, con quien se habia casado el 14 de setiembre de 1617, fueron: Cristian Luis, duque de Branswick-Zell, nació el 25 de febrero de 1622, y fué además duque de Lunneburgo y príncipe de Grubenhagen. Se casó con Dorotea, hija de Felipe, duque de Holstein Glucksburgo, y murió sin hijos. El segundo hijo de Jorge, fué Jorge-Guillermo, duque de Brunswick Zell; nació el 16 de enero de 1624; el tercero, Juan Federico, que nació el 25 de abril de 1625, fué duque de Hannóver, de Calemberg y de Grubenhagen, y murió el 27 de diciembre de 1675, no dejando mas que hijas de Benedicta-Enri-

queta-Felipa su mujer, hija del conde Eduardo Palatino. El cuarto de los hijos, de Jorge fué Ernesto Augusto, que sigue, en qnien nace la rama electoral de Hannóver, á la cual se reunió la rama de Zell en 1705. Tuvo tambien Jorge una hija llamada Sofía Amelia que casó con Federico III, rey de Dinamarca.

XIX.

Ernesto Augusto, duque de Brunswick-Hannóver, nació el 20 de noviembre de 1629, fué obispo de Osnabruch y duque de Hannóver despues de la muerte de su hermano, príncipe de Zell, de Calemberg y de Grubenhagen, conde de Hoza y de Diepholtz y dueño del ducado de Lunneburgo. Murió el 3 de febrero ro de 1658 de edad de 69 años, habiendo tenido de Sofía, princesa palatina, hija de Federico V, rey de Bohemia; á Jorge Luis, que sigue; á Federico Augusto que nació el 3 de Octubre de 1661 y murió el 10 de enero de 1691; á Maximiliano Guillermo que nació el 13 de diciembre de 1666; Cárlos Felipe, nació el 13 de Octubre de 1669, y murió en un encuentro contra los tártaros en Albania el 1.° de enero de 1690; Cristian, nació el 29 de setiembre de 1671, y murió ahogado en el Danubio el 31 de julio de 1703; Ernesto Augusto, nació el 17 de setiembre de 1674. Fué obispo de Osnabruck, duque de Yorck, y caballero de la Jarretera; y Sofía Carlota, que nació el 20 de octubre de 1668; se casó con Federico III, elector de Brandeburgo, el 8 de octubre de 1684, y murió, siendo reina de Prusia, el 1.° de febrero de 1705 á los 37 años de edcd.

XX.

Jorge luis, duque de Brunswick Hannóver y noveno elector, nació el 28 de mayo de 1660, fué proclamado rey de Inglaterra el 12 de agosto de 1714 despues de la muerte de la reina Ana, y coronado el 31 de octubre del mismo año, despues de haber heredado los estados del elector su padre, y los del duque de Zell su tio y suegro. Se casó el 21 de noviembre de 1682 con Sofía Dorotea, su primo, hija de Jorge Guillermo, duque de Brunswick Zell, de quien tuvo á Jorge, que sigue; y á Sofía Dorotea, que nació el 16 de marzo de 1687 y se casó con

Federico Guillermo, elector de Brandeburgo y rey de Prusia, el 14 de noviembre de 1706.

XXI.

Jorge augusto, príncipe electoral de Brunswick-Hannóver, nació el 30 de octubre de 1683. Fué hecho caballero de la Jarretera en abril de 1706, y en octubre del mismo año, par de Inglaterra y duque de Cambridge. Su padre le dió despues el título de príncipe de Gales. Se casó el 2 de setiembre de 1705 con Guillermina Carlota hija de Juan Federico, marques de Brandeburgo Auspach, de quien tuvo á Federico Luis, que sigue; Guillermo que nació el 13 de noviembre de 1717 y murió el 17 de febrero de 1718; Guillermo Augusto, nació el 26 de abril de 1721; Ana, nació el 2 de noviembre de 1709, y fué mujer del príncipe de Orange; Amalia-Sofía, nació el 10 de julio de 1711; Isabel Carlota, nació en noviembre de 1713, y María el 5 de marzo de 1727.

XXII.

Federico Luis, príncipe de Brunswick, nació el 31 de enero de 1707, caballero de la Jarretera en diciembre de 1716, fué nombrado duque de Glocester por el rey su abuelo, en enero de 1718. Murió en 1751 habiendo tenido de su esposa, la princesa Augusta de Sajonia Gotha; á Jorge, que sigue; Eduardo Augusto, duque de Yorch, nació el 25 de marzo de 1749; Guillermo Enrique, duque de Glocester, nació el 29 de noviembre de 1743, y casó con la viuda del conde de Valdegrave; Enrique Federico, duque de Cumberlan, nació el 7 de noviembre de 1745; casó con Lady Horton, hija de lord Iruham, y murió eu 1790; Federico, que nació [el 24 de mayo de 1750; Augusta, nació el 2 de agosto de 1737, y casó con el príncipe hereditario de Brunswick; Luisa Ana nació el 19 de marzo de 1749; y Carolina Matilde que nació el 22 de julio de 1751, casó con Cristian VII, rey de Dinamarca, y murió en 1775.

XXIII.

Jorge iii de Inglaterra, nació el 16 de agosto de 1763, casó con la princesa Carlota Mechlemburgo Strelitz, y murió en 1820, habiendo tenido á Jorge Federico Augusto IV de Inglaterra, casó con Carolina Amelia de Brunswick; á Enrique Federico, duque de Forck, que nació el 16 de agosto de 1763 y casó con Federica Carlota Ubrica de Prusia; Guillermo duque de Clarence, nació el 21 de agosto de 1763 y casó con Adelaida de Sajonia-Meningen; Eduardo, duque de Kent, nació en 1767 y murió en 1820; se casó con Maria Luisa Victoria de Sajonia Coburgo viuda de Linange, de quien tuvo en 24 de mayo de 1819 á Alejandra Victoria reina actual de Inglaterra; Ernesto Augusto, que sigue; Augusto Federico, duque de Sussex, nació en 1773; Adolfo Federico, duque de Cambridge, nació en 1774 y casó con Augusta Wilhelmina Luisa de Hesse; Alfredo, nació en 1780 y murió en 1802; Carlota Carolina Augusta Matilde, nació el 29 de octubre de 1766 y casó con el rey de Wurtemberg; Augusta Sofia, nació el 8 de noviembre de 1768; Isabel, nació el 22 de mayo de 1770; Maria que nació en 1776; Sofia que nació en 1777; y por último, Amalia que nació en 1783.

XXIV.

Ernesto augusto, quinto hijo de Jorge III, duque de Cumberlan rey de Hannóver, nació el año 1771 y casó con Federica Carlota de Mechlemburgo Strelitz, de quien tuvo á

XXV.

Jorge Federico Alejandro, rey actual de Hannóver, nació el 27 de mayo de 1819, casó en 8 de febrero de 1843 con María Alejandra Guillerma, hija del duque reinante de Sajonia Altemburgo, de quien ha tenido á

XXVI.

Ernesto Augusto Guillermo, príncipe heredero, en 21 de setiembre de 1845; á Federica Sofía María Enriqueta, que nació en 9 de enero de 1848; y María Ernestina, nació en diciembre de 1849.

C. Legran dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon, Madrid.




S.M EL REY DE PORTUGAL

Dn FERNANDO, PRINCIPE DE SAJONIA COBURGO GOTHA.

PORTUGAL.

PEDRO V.

I.



[illegible]



PORTUGAL.

PEDRO V.

I.



La historia de Portugal es la historia de una nacion grande y generosa, no midiendo la grandeza de un pueblo por la estension de su territorio, como no se estiman las calidades de un hombre por la elevacion de su estatura, sino por los altos hechos que han ilustrado en todos tiempos esta bella parte de la Península ibérica. Los portugueses tienen justísimos títulos de orgullo al recordar las nobles hazañas de sus antepasados: el pueblo y la nobleza aparecen en su historia igualmente dignos de admiracion, ya cuando se trata de conservar la independencia de la patria, ya cuando es llegada la hora de pasear sus

estandartes por las regiones apartadas que baña el Ganges, y de estender hasta aquellos paises, sepultados en la noche de la idolatria, la civilizacion que bajó sobre los hombres desde la cumbre dél Calvario. Pueblo de imaginacion, es poeta de rica y abundante fantasía, es atrevido navegante que se convierte con admirable espontaneidad en héroe de sus epopeyas. Pueblo de tradiciones, pelea con desusado valor por conservarlas sin alteracion en sus costumbres. Pueblo religioso, subyuga dócilmente su altivez á la voz de la autoridad de sus monarcas, no menos que á la predicacion de sus pastores: es defensor celoso de su fé y de sus reyes. Tal es el pueblo cuya breve historia me ha sido encomendada y he procurado trazar antes los caracteres que lo constituyen, deduciéndolos de sus hechos, para que se atribuya á impericia de mi parte el que no brillen en mi pluma sus hazañas con el esplendor que les es debido, y que mas aventajados y elocuentes escritores podian realzar con la agudeza de su ingenio y las galas de su estilo.

Portugal es una parte de España, situada en las últimas riberas del mar Occeano, que solo cuenta cien leguas de longitud y treinta de anchura. Confina por el levante con Castilla: por el Poniente con el Occeano: por el norte con Galicia, y por el Sur con el mar Atlántico y la provincia de Andalucia. Divídese en seis comarcas, que son: Entre Duero y Miño, Tras-os-montes, Beyra, Estremadura, Alentejo y los Algarbes. El clima en general es benigno, aun algo mas templado que el de España: la poblacion no escede de 3.600,000 habitantes, y las artes y la agricultura no pueden envanecerse de haber hecho grandes progresos en este pais. Los rios mas caudalosos que riegan á Portugal, nacen en España, como son el Miño, que solo toca por el norte la frontera-portuguesa, el Duero, que tiene por tributarios en Portugal al Agueda, al Coa, al Sabor, al Tamega, y al Fua, el Tajo, que al regar las tierras del reino vecino recibe las aguas del Almanzor ó Cunha, del Elga, Pousel, Sever, Zatas y Zezere; y por último, el Guadiana, que baña la parte oriental de las provincias de Alentejo y Algarbe. Entre los rios que nacen en territorio portugués, son los mas importantes el Uouga y el Mondego.

La historia de Portugal comprende cuatro períodos. El primero desde su ecsistencia hasta 1139, en que fué proclamado rey Alfonso Enriquez. El segundo desde esta época hasta Felipe II de España, que incorporó este reino á la corona de Castilla. El tercero desde este suceso memorable, ocurrido en 1580, hasta que Portugal sacudió el yugo de España proclamando al duque de Braganza como soberano independiente con el nombre de Juan IV. Y el último desde esta época hasta nuestros dias.

Dificil, si no imposible, empresa me parece encerrar en el breve espacio que se concede á sumarios de esta especie, toda la historia de Portugal desde esos tiempos lejanos en que la historia de todos los paises se pierde en las leyendas mas absurdas. Ademas ninguna utilidad puede prestar semejante exámen. Ni la historia de los tiempos heróicos de nacion alguna está apoyada en autoridades

dignas de respeto y estimacion, ni aunque lo estuviese, podria servir de enseñanza provechosa á nuestros contemporáneos, siendo tan diversas las costumbres, tan opuestos los hábitos, y tan sobremanera diferente la organizacion política y social, el estado de las personas, la religion, los usos, las gerarquías, y hasta el lenguage. Así, disputen cuanto quieran, para divertir el ocio, los aficionados á antigüedades sobre si vino realmente á la península ibérica Tubal, el quinto hijo de Japhet navegando por el mar mediterráneo hasta el estrecho de Gibraltar, y tomando desde allí la vuelta hácia la parte mas occidental de Europa hasta fundar á Setubal, convidado por lo apacible del sitio y la serenidad del cielo, unos 700 años despues del diluvio. Alaben otros las proezas de los reyes Luso, Siculo, Lisias y Gorgoris. Refieran las maravillas ocurridas en el reinado de Abidis, nieto de este último, y deléitense en las hazañas de Hércules y los Geriones, en los viajes de Ulises, y en otros acontecimientos insostenibles ante el exámen de la crítica severa de nuestros dias. Todo lo que puede deducirse de las prolijas narraciones de los historiadores mas antiguos es que los fenicios, audaces navegantes, se establecieron en algunos puntos de la península : que de ellos fueron arrojados por los cartagineses , cuya república tenia la mas vigorosa organizacion ; y que al cabo los romanos, dominadores del mundo, se hicieron dueños absolutos de la península, reduciéndola á provincia romana.

La historia de Portugal es en estos periodos la historia de España. Los procónsules romanos ejercian la tirania mas insoportable asi en la una como en la otra parte de la Península ; mas no era el carácter de esta nacion apto para sufrir el yugo de los extranjeros, sin dar á entender que ardian en sus pechos generosos esos nobles instintos de libertad é independencia que han producido hasta los tiempos mas recientes las acciones heróicas de que blasonan con orgullo, y que han sido la admiracion del mundo. Un simple pastor, el célebre Viriato, que militaba en las filas de aquellos denodados portugueses que se resolvieron á desafiar el inmenso poder de Roma por conquistar la independencia de su patria, fue el mas terrible caudillo que deparó la providencia contra aquellos orgullosos dominadores. Irritado de la traicion de Sergio Galba, pretor romano, que habiendo logrado sorprender á los portugueses, les dió el seguro de la paz para pasarlos despues desapiadadamente al filo de la espada, recorrió los campos, animó á los tímidos, decidió el ánimo de los que andaban vacilantes, confirmó á los valientes en el propósito comun de sacudir el yugo de los tiranos, y haciendo pública la accion villana del pretor, hizo jurar á todos el exterminio de sus huestes.

Las hazañas de Viriato, que ha inmortalizado la historia, y cuyo recuerdo vive todavia á pesar de haber trascurrido dos mil años, se supieron en Roma casi al mismo tiempo que la traicion de Galba que les habia servido de estímulo y ocasion ; y para oponer un dique al torrente de patriotismo que se derramaba por toda Lusitania, fue enviado á esta comarca con ejército numeroso el pretor Marco Vitilio. Mas Viriato, apercibido á la pelea, derrotó las legiones romanas en dife-

rentes encuentros, y en el último hizo perder la vida al caudillo enemigo, con cuatro mil de los suyos. Animado con éxito tan brillante, organizó un ejército formidable contra el que fueron impotentes las fuerzas del pueblo-rey, aun mandadas por tan hábiles capitanes como eran Cayo Plancio y Cayo Nigidio, enviados sucesivamente para sofocar la insurreccion. La consternacion de Roma fue tal, que Serviliano se vió en la dura necesidad de firmar una paz afrentosa para su patria con el héroe portugues, el cual hubiera tal vez amenazado á la capital del mundo si el puñal de un infame asesino no hubiera puesto fin á sus dias, cuando mas en disposicion se hallaba de acometer empresas dignas de su ánimo esforzado.

La pérdida de tan insigne capitan esparció el desaliento entre los portugueses, los cuales, sin embargo, hicieron frente al enemigo, con mas valor que fortuna. Privados del generoso caudillo que habia sabido conducirlos tantas veces á la victoria, fué fácil á los romanos el vencerlos como superiores en pericia y disciplina militar; mas nunca llegaron á ser pacíficos dominadores de esta tierra clásica de la libertad y del espíritu de independencia. A dirigir tan nobles sentimientos vino desde Roma el valeroso capitan Sertorio, nacido entre los sabinos, dedicado en sus primeros años á las letras, cuya aficion trocó despues por el mas varonil ejercicio de las armas. Ofendido de Roma, viajaba por España y Africa cuando fué solicitado por los portugueses para que tomase el mando de sus tropas, que se hallaban á la sazon en estrecho apuro por los ejércitos de la república. No fué demasiado feliz en sus primeras tentativas; pero perseverando en la idea de suscitar por do quiera enemigos á la república, logró al cabo, ayudado de su valor y su pericia, convertir en legiones romanas las mal ordenadas huestes de los lusitanos, y derrotar las de la república en diversas ocasiones, aun siendo mandadas por Metelo y por el gran Pompeyo. Estos, desconfiando de sus propias fuerzas, apelaron al medio vil de ofrecer precio por la cabeza de Sertorio, que al cabo fué asesinado por sus propias tropas, seducidas por Marco Perpenna. ¡Tan antigua es en el mundo la execrable raza de los traidores!

A la muerte de Sertorio siguió en la república el triunvirato de César, Pompeyo y Craso. Los dos primeros, despues de la muerte del último, contendieron entre sí por la dominacion, y escogieron la Península ibérica para teatro de esta lucha. Vencedor César, sometió la España al mando de dos gobernadores que ejercieron las mismas depredaciones que los pretores, y se hicieron igualmente odiosos. A este triunvirato sucedió el de Antonio Lepido y Octavio, que terminó en la batalla de Accio con quedar Octavio dueño de Roma y del mundo, con el nombre de Augusto, y el título de emperador.

La Lusitania quedó sujeta desde entonces al dominio de los Césares, que gobernaron segun era cruel ó dulce su carácter, perspicaz ó estúpida su política. De esta mera casualidad depende en los estados despóticos la suerte de los pueblos. El imperio romano llegó á un grado de abyeccion que apenas parece creible, y no podia sostenerse ante las vigorosas legiones de aquellos pueblos de orígen

desconocido que se habian estendido desde la Dacia y la Sarmacia hasta el Asia central, y que ávidos de conquistas y de gloria se acercaron á las puertas de la misma Roma é imponer sus leyes y sus costumbres á la ciudad eterna. En el año de 410 de nuestra era Alarico saqueó, incendió y destruyó la patria de los Fabios, y quedó reducida á *yerba* y *collados*, como antes de Eneas, la capital de la civilizacion politeista.

La Lusitania habia sido conquistada por los suevos, los mas atrasados de entre aquellas tribus que se habian arrojado sobre el Occidente. El godo Eurico los desposeyó de tan preciosa conquista : guerras sangrientas se siguieron entre ambos contendientes por permanecer únicos dueños de esta provincia, treguas y alianzas; hasta que en 585, Leovigildo, uno de los mas grandes monarcas de la estirpe de los godos, si no hubiera manchado su memoria siguiendo tan tenaz y desacordadamente los errores de la secta arriana, la incorporó al reino español, al cual quedó unida por todo el tiempo que duró la monarquia de los nuevos conquistadores. En este largo período la historia de Portugal es la historia de España, sin que presente ninguna particularidad digna de notarse.

Cuando Recardo, hijo de Leovigildo, hizo pública abjuracion de sus errores en el segundo concilio de Toledo, y se convirtió al catolicismo, la Península entera, donde habia echado ya profundas raices la religion del Crucificado, siguió el noble ejemplo de su monarca, y desde entonces no se ha destruido ni por un momento la unidad católica en esta privilegiada porcion del mundo, á pesar de los grandes acontecimientos que se han sucedido en la serie de los tiempos, tan propicios en ocasiones para turbarla y perderla. Muchos judios de los que fueron expulsados por Tito de Jerusalen, y de los que huyeron despues de las profanaciones de Adriano, se establecieron en la Península. No podian esperar mucha tolerancia de un pueblo recien convertido á la verdadera religion, mayormente estando aun tan viva en la imaginacion la memoria del nefando crímen cometido en el Calvario por sus progenitores. Así es que en el reinado de Sisebuto se les obligó á salir de España si no se resignaban á recibir el bautismo, repitiéndose la órden de expulsion en el reinado de Chintila, año de 635, lo cual fué motivo, como era natural, de muchas conversiones simuladas. Donde impera la intolerancia se produce la hipocresía.

De cualquier modo los falsamente convertidos y los que abandonaron su patria por conservar ilesa la fe de sus mayores sirvieron de poderosos auxiliares á los árabes, que al comenzar el siglo VIII invadieron la Península. La monarquía goda harto debilitada por sus propias faltas era incapaz en todo evento de resistir al impulso de los fanáticos hijos de Mahoma, que habian conquistado fácilmente toda el Asia y el Egipto, sujetándolos á su imperio. La raza de los godos habia degenerado con los vicios, y su cetro se desmoronaba en las manos imbéciles de Witiza y don Rodrigo. Se hallaban en el miserable estado que los romanos cuando fueron sojuzgados por Alarico, y tan dispuestos como ellos á recibir el

yugo de los extranjeros. Asi es que en la batalla de Guadalete, á pesar de los heróicos y postreros esfuerzos de un poder que agonizaba, fueron vencidos por el ejército musulman, y acabó para siempre la monarquía gótica.

La historia de Portugal se confunde otra vez en el presente período con la de España, siguiendo paso á paso las vicisitudes de este reino en su prolongada cuanto gloriosa lucha con los infieles. Alfonso VI, rey de Castilla, de Leon y de Galicia, peleó dichosamente contra ellos logrando reconquistar muchas de las provincias de que estaban en pacífica posesion; y para asegurar mas sus adquisiciones, pidió auxilios á Felipe I de Francia y al duque de Borgoña. Muchos fueron los guerreros que acudieron presurosos á coadyuvar á la santa empresa del monarca castellano, entre ellos don Enrique de Borgoña, cuyo valor y heroicas proezas cautivaron de tal modo el ánimo de Alfonso, que no vaciló en darle la mano de su propia hija doña Teresa con el dote de la ciudad de Oporto y todo lo que en adelante ganase de los moros, con el título de condado de Portugal. Animados los lusitanos con la presencia de caudillo tan insigne, acometieron gozosos la alta empresa de conquistar á Lisboa, llevando en su ayuda al monarca de Castilla. Asaltaron la plaza y la rindieron. Ufanos con el triunfo, vencieron en diferentes batallas campales á los moros, convirtiendo en templos de la cristiandad muchas mezquitas erigidas en honra de Mahoma, tales como las de Braga, Oporto, Coimbra, Lamego, Viseo y otras iglesias. Cuando se hallaba acuartelado con numeroso ejército en Astorga, enfermó gravemente y dió su alma al Criador, dejando á sus vasallos *llenos de deseos*, *de lágrimas* y *tristeza*, á los 67 años de edad, y á los 20 de haber gobernado á Portugal con el título de conde (1), de la manera con que en aquella época, eminentemente guerrera, podia responder mejor al espíritu de su pueblo.

Sucedióle en los estados su hijo Alfonso Enriquez, llamado así por el nombre de su padre y por el de su abuelo, pero quedando bajo la tutela de su madre doña Teresa. Los historiadores portugueses refieren prodigiosas maravillas acerca del nacimiento de este príncipe, y de la curacion milagrosa que se obró en él de una imperfeccion con que vino al mundo, la cual, al paso que afeaba su persona, le hacia imposible el movimiento y la vida. No me parece cordura en los tiempos de escepticismo que vamos atravesando referir el suceso tal como se encuentra en las historias del pais. Si es cierto, seria esponer un visible milagro del cielo á la befa y escarnio de la orgullosa filosofía de nuestra era que mira con desden todo cuanto es sobrenatural. Si falso ¿ qué fin moral podria tener el llenar la historia de consejas (2). De cualquier modo lo cierto es que teniendo diez y ocho años, y debiendo permanecer aun legalmente bajo la guarda de su madre, esta dió á enten-

(1) Véase el epítome de las historias portuguesas de Manuel Faria y Sousa. (Bruselas 1677.)

(2) El que quiera enterarse del milagro que se refiere, puede ver á Faria y Sousa en la obra antes sucitada, página 173.

der que queria para sí el gobierno del estado, y no devolverlo á su hijo cuando llegase á la mayor edad. Alfonso, en cuyo pecho juvenil se encerraba ya el deseo de inmortalizarse por sus hazañas, ayudado de los magnates de Portugal, tomó para sí el gobierno, puso á su madre en un convento, no sin aplauso del pueblo que le echaba en cara sus miras ambiciosas, y que vituperaba el segundo matrimonio que habia contraido, derrotó el ejército del rey de Castilla y Leon, Alfonso VII, que habia entrado en Portugal para coadyuvar á los intentos de doña Teresa, y desembarazado, con tanta gloria como fortuna, de estos cuidados, convirtió sus armas contra los moros, que era en aquellos siglos la única ocupacion honrosa de los príncipes cristianos.

La secta de los *almohades* que pretendia ser la depositaria de la doctrina mas pura del profeta y que habia vencido en España á la de los *almoravides*, amenazó los estados del jóven Alfonso Enriquez, acaudillada por sus mas experimentados capitanes. Alfonso resistió con valor heróico el cerco que el moro Eujuni puso á la ciudad de Coimbra, á pesar de lo inferior de sus fuerzas; y al cabo lo hizo levantar con pérdida considerable de los sitiadores, teniendo, como dicen las crónicas portuguesas, en medio de sus años juveniles, *avasallados los peligros de la fortuna militar.*

Entrando despues con mano terrible por la tierra de Leiria, sitió y tomó por asalto esta plaza, pasando á cuchillo á la mejor parte de sus defensores.

Dominaban completamente el Alentejo los moros alhomades mandados por Ismael. El valiente Alfonso, que veia en la ruina de los infieles la integridad de su amenazado territorio, salió de Coimbra, donde se hallaba, pasó el Tajo, é hizo algunas correrias por las tierras de los enemigos. Avistándose con ellos en las llanuras de Ourique, arengó fervorosa y patrióticamente á sus soldados, inflamando sus corazones del fuego santo de que se hallaba poseido, y dividiendo su gente en cuatro escuadrones, presentó la batalla confiando en el auxilio del Altísimo. Nunca se habia visto en Portugal mayor ímpetu, mas heroismo, ni combate mas empeñado y sangriento. El estruendo de los instrumentos militares, la grita y el ruido de las armas, que llegaba al cielo, los dardos y flechas que volaban por los aires haciendo sombra á los dos ejércitos, ya confundidos en la mortífera lucha, todo contribuia á infundir alternativamente el ánimo y el pavor en los guerreros. Siempre la persona del rey se encontraba en los lugares de mayor peligro. Ya corria en abundancia la sangre de los portugueses: ya por aquellos campos no se pisaba tierra sino cuerpos muertos. Al fin se declaró por los cristianos la victoria; y el ejército portugués, testigo de las hazañas de su caudillo, lo proclamó rey de Portugal en el campo de batalla, año de 1139. El pontífice Alejandro III confirmó despues este nombramiento, y los historiadores refieren que existe la bula original en el Real Archivo (1).

(1) Don Alfonso Enriquez tuvo antes de ser proclamado rey, ademas del título de conde, el de duque, que se le dió en premio de sus fieles servicios. Así lo dice Texeira en su compen-

En don Alfonso Enriquez comienza la verdadera historia de Portugal como reino independiente, y la série no interrumpida de los monarcas que lo gobernaron. Seguiré el órden de los tiempos, comprehendiéndolos en reinados, empezando por el de Alfonso Enriquez, y continuando hasta el señor don Pedro V, que al presente se sienta en el trono de sus mayores. Aquí comienza tambien la segunda época de las que he señalado en la historia de Portugal, la cual desde este período en adelante deja de ser una enojosa narracion de batallas con próspera y adversa fortuna, que cansa el entendimiento del escritor, igualmente que fatiga la atencion de los lectores. Pero era preciso que la idea de tener patria y religion se antepusiese á cualquier otro sentimiento. Primero era existir que mejorar la condicion del pueblo, y hacer leyes acomodadas á su prosperidad. Sin el valor, las hazañas y los sacrificios de aquellos varones esforzados, que tan denodadamente peleaban por las mas caras afecciones del corazon, acaso este reino habria vivido por muchos siglos sujeto á la dominacion de los hijos de Mahoma. ¡Honor, pues, y gloria; á tan generoso esfuerzo!

II.

ALFONSO ENRIQUEZ, PRIMER REY DE PORTUGAL.

Alfonso Enriquez, proclamado rey por sus soldados en un momento de entusiasmo, no podia permanecer demasiado tranquilo con este medio de ceñirse la corona, en un tiempo en que no era lícito adquirir el poder por rebeliones militares. Bien que tuviese la conciencia de que nunca fué mas discreto que en esta ocasion el voto de las turbas, bien que acallase sus escrúpulos con la bula ya citada del romano pontífice, bien que la generalidad de la concesion hecha por Alfonso VI de Castilla á su padre, justificase hasta cierto punto su derecho á mandar en todo el territorio que ganase por la fuerza de las armas, buscó el modo de legitimar su corona á los ojos del pueblo, convocando las Córtes del reino en Lamego, año de 1143.

Las Cortes, que conocian que nadie podia igualar, ni mucho menos exceder, las aventajadas dotes de Alfonso, y sus ya probadas calidades de monarca, confirmaron sin vacilar la eleccion del ejército, facilitando aun mas esta determinacion los

dio latino de los reyes de Portugal, y aparece de una bula del papa Inocencio III y de otras autoridades. Por todas puede verse la *Respuesta al manifiesto de Portugal de don Juan Caramuel* (Amberes 1642.)

nuevos laureles que habia sabido adquirirse el jóven caudillo, despues de la batalla de Ourique, venciendo á los moros en varios encuentros, sin darles tregua ni descanso, y tomándoles la importante plaza de Santarem. Quedó, pues, legalizada por los títulos mas firmes que se conocen en el derecho público de las naciones la corona de Portugal en el príncipe don Alfonso.

Desde entonces la corona se hizo hereditaria, estableciéndose en aquella antigua asamblea la ley que debia regir en la succesion. Un artículo de esta se halla concebido en los términos siguientes: «El hijo sucederá al padre: al hijo el »nieto; á este el biznieto y así en adelante. Si el rey muere sin hijos, y deja un »hermano, le sucederá este; mas su hijo no ceñirá la corona despues de la muer»te del padre, sino consintiéndolo los obispos, los gobernadores de las ciudades »y los principales nobles.»

Otro artículo, que es tambien importante, dice de esta manera: «Si el rey »muere sin hijos varones, pero deja una hija, esta será reina; *mas nunca se ca»sará sino con un señor portugues* para que en ningun tiempo ningun príncipe ex»tranjero sea rey de este reino. Y si la hija mayor del rey casase con príncipe »extranjero, nunca será reconocida como reina, porque no queremos que nues»tros vasallos esten obligados á obedecer á rey que no haya nacido portugues, »porque estos son nuestros vasallos y compatricios que sin auxilio alguno de ex»traños nos hicieren rey» (1).

Hizose tambien en estas cortes un código para la nobleza, equivalente á nuestro Fuero-viejo de Castilla, porque esta clase del estado era la única preeminente, sin que fuesen por entonces conocidos ni el nombre ni la idea de ciudadano. El nuevo código habla por consiguiente tan solo de los modos de adquirir la nobleza y de perderla.

Las cortes de Lamego, no satisfechas aun con lo que habian hecho en beneficio del pueblo, formaron un *código penal*, en que domina, como era natural, el mismo espíritu que en nuestro *Forum judicium*, ó Fuero-Juzgo.

Alfonso Enriquez, por consejo de los nobles y prelados, casó con doña Matilde, hija del conde de Saboya, con general aplauso de sus pueblos. Prosigió incansable sus guerras contra los moros: fundó el monasterio de Alcobaça, panteon de los reyes de Portugal: instituyó la célebre órden de Avis, cuyos caballeros

(1) El testo latino de este artículo, cuya traduccion he tomadó de la *Historia de Portugal*, publicada por el Sr. D. Juan Cortada (Barcelona 1844), es como sigue: «*Si Rex Portu»galliæ non habuerit masculum, et habuerit filiam, ista erit regina, postquam rex fuerit »mortuus de isto modo: Non accipiet virum nisi de Portugal, nobilis; et talis non vocabitur »rex, nisi postquan habuerit de regina filium varonem. Et quando fuerit in congregatione, »maritus reginæ ibit in manu manca et maritus non ponet in capite corona regni.*» (Véase la *Respuesta*, ya citáda, *al Manifiesto del reino de Portugal*, de Caramuel, pág. 159.) He querido poner aquí el texto original, ya por la importancia de la materia, considerada en sí misma, ya porque sus palabras fueron uno de los principales argumentos de que se valieron los juristas portugueses para sostener el derecho del duque de Braganza cuando en 1640 se proclamó ese reino independiente del de Castilla.

debian observar la regla de los monges de la nueva fundacion, y asistir al rey en los combates.

En 1185 dió su alma á Dios este ínclito monarca, dia 6 de diciembre, á los 66 años de edad, y 47 de reinado. No puede darse vida mejor empleada que la suya, ni es fácil que muchos reyes leguen á su posteridad ejemplos tan dignos de imitacion. Con razon es considerado en Portugal como el padre de la monarquía.

Don Sancho I. Sucedióle en el trono su único hijo varon don Sancho, que despues de haber acreditado su valor acompañando á su padre don Alfonso en todas sus empresas militares, convirtió su ánimo, ya dueño del poder real, á reparar los males de la guerra, reedificando lugares, ciudades y castillos, fundando otros de nuevo, y favoreciendo la agricultura, la mas útil entre las artes de la paz; por cuyas nobles aficiones fué cognominado por excelencia *el Poblador*.

Su reinado ofrece poco mas de notable que esta circunstancia. Resistió, sin embargo, valerosamente al rey de Marruecos Jacob Aben Jusef, ayudado de los cruzados que de diversos reinos de la cristiandad acudian, tocando en Lisboa, á la conquista de la Tierra-Santa en 1189: hizo grandes mercedes de territorios á los caballeros de Avis y Santiago; y á pesar de estas liberalidades, que él consideraba como indispensables para recompensar debidamente los servicios militares, los mas útiles en aquella época de perpétua lucha; dejó en las arcas del tesoro no menos que 500,000 marcos de oro, y 1,400 de plata.

Vióse afligido entonces Portugal de todas las calamidades que la mano de la Providencia descarga á veces sobre los pueblos; pues hubo terremotos, hambre y peste, sobre ser la guerra la situacion normal del reino.

Antes de sentarse en el trono se habia casado con doña Dulce ó doña Dulcia, y segun otros doña Aldonza, hija de don Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona. Tuvo de ella nueve hijos, además de seis ilegítimos de otras señoras, los cuales, por sus muchas virtudes contribuyeron á ilustrar la memoria de su padre, y á restaurar el vicio de su nacimiento. Murió en Coimbra año de 1212, á los 58 años de edad, y 27 de reinado. Cuéntase que cuando trescientos años despues, fué exhumado su cuerpo por órden del rey don Manuel para trasladarlo á otro mausoleo, se encontró incorrupto, cual si hubiese acabado de fallecer (1).

Don Alfonso II. Habia nacido este príncipe en Coimbra en 1186, y tenia, por consiguiente, 26 años cuando comenzó á reinar. Sus primeros actos fueron desposeer á sus hermanos de las donaciones que les habia hecho el rey don Sancho, su padre, lo cual produjo disturbios en el reino, que no se apaciguaron sino por la intervencion armada de don Alonso IX de Leon, y por haber el papa Inocencio III ayudado con sus censuras eclesiásticas al derecho de los despojados.

(1) Véase á Faria y Sousa en la obra citada, en la vida de este príncipe, y á Antonio Pereira Figueredo, en sus *Elogios de los reyes de Portugal*, en latin y portugués, impresos en Lisboa, año de 1785, página 41.

En el año 1217 un suceso inesperado puso al rey en ocasion de dar nuevo lustre á las armas de Portugal. Una armada de veinte naves, que habia salido de los puertos de Holanda con destino á Tierra-Santa, se vió obligada á refugiarse en Lisboa por causa de un horrible temporal. El rey, por consejo del obispo de esta ciudad, don Sueiro, propuso á los holandeses que mientras el tiempo no les era propicio para continuar su viage á la Siria, le ayudasen en la empresa de acometer la villa de Alcacer, de que los moros estaban apoderados. Aceptada la propuesta, levantó el rey un ejército de 20,000 hombres, y dispuso que se juntasen al frente de esta villa los holandeses por mar, y los portugueses por tierra. Dióse el asalto con el ímpetu que era tan propio del honor y espíritu guerrero de caballeros de la edad media, y mas en esta tierra clásica del valor y el heroismo; pero no obstante estuvo por mucho tiempo indecisa la victoría por haber sido socorridos los sitiados por los reyes de Córdova, Sevilla y Badajoz, Mas auxiliados tambien los portugueses oportunamente por una armada francesa, escalaron la villa en 18 de octubre, y se apoderaron de ella, dejando, dicen, muertos 30,000 moros, con dos de sus reyes.

Hizo el rey don Alfonso muchas leyes en las córtes de Coimbra para continuar la obra de la reforma que habia comenzado su abuelo, y de ellas se conserva aun en la *torre del Tumbo* un ejemplar de veneranda antigüedad (1).

Casó con doña Urraca, hija del rey don Alfonso VIII de Castilla, y de la reina doña Leonor su mujer, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos.

Este rey fué apellidado el *Gordo* por su estraordinaria crasitud.

Murió en Coimbra á 25 de marzo de 1255, á los 48 años de edad, y 22 de reinado, dejando su reino en entredicho por haberse apoderado de los bienes de los clérigos y monges, que no querian entrar en el servicio de las armas, y de los que, por sustraerse á él, abrazaban aquel estado.

Sancho II. Tenia este príncipe solo 20 años cuando echó sobre sus hombros la pesada carga del gobierno, y entró á reinar aunque no era el mayor de los hijos de don Alfonso, porque su hermano habia nacido cuando todavía no era su padre monarca de Portugal (1). Acerca de las calidades de este monarca es vária la opinion de los mas ilustres historiadores de Portugal. Unos le suponen víctima de las malas artes de los nobles, descontentos de su gobierno, otros culpable de sus faltas.

Al principio de su reinado quiso bienquistarse con el poder eclesiástico para libertar á su pueblo de la perturbacion á que en todos tiempos, pero muy especialmente en la edad media, es ocasionado un entredicho. Mas siguiendo despues

(1) Pereira Figueredo, en su obra antes citada.
(2) Cualquiera que sea la verdadera opinion jurídica acerca de su derecho á la corona, sobre lo cual puede verse á Caramuel en su obra citada, el hecho es que no se suscitó en Portugal cuestion alguna á su advenimiento.

en el mismo camino trazado por su antecesor de no sujetar las inmunidades eclesiásticas, fué excomulgado como él, en 1245.

Su casamiento con doña Mencía Lopez de Haro, veríficado en 1243, hirió por desigual el orgullo de la nobleza lusitana, pues si bien esta señora era hija de don Lope de Haro, señor de Vizcaya, que por su clara estirpe podia competir sin mengua con el linage de los reyes, era al celebrar su matrimonio, viuda de un hombre vasallo.

Esta causa de descontento, en nuestros tiempos de escaso valor, pero que tenia mucho en el siglo décimo tercio, y el poco caso que, entregado á válidos, hiciera el rey de los principales señores de la córte, acostumbrados á tener en el gobierno una influencia decisiva, mayormente cuando, segun hemos visto, acababan de consignarse en un código sus derechos, indispusieron los ánimos contra él, y fueron parte para que se exajerasen tal vez las quejas que habia ya contra su administracion.

Espusiéronse estas con proligidad al Pontífice romano, por don Juan, arzobispo de Braga, y don Tiburcio, obispo de Coimbra, representando á los prelados; y por parte de los grandes seculares y el pueblo, por Ruy Gomez de Briteiros y Gomez Viegas. El papa Inocencio IV, oidas las causas que se alegaban, puso el reino de Portugal en la administracion de don Alfonso, hermano del desgraciado monarca (1).

Este no cedió llanamente al precepto del Pontífice. Ayudado por las tropas que le envió don Fernando III el santo, rey de Castilla, hizo alguna resistencia; pero viendo al fin que era infructuosa, se retiró á Toledo, donde falleció en 1248 á los dos años de su deposicion, y á los veinte y dos de reinado.

ALFONSO III. Vivia este príncipe en Francia gobernando tranquilamente el condado de Bolonia, que correspondia á su mujer doña Matilde, cuando fué llamado para hacerse cargo de la administracion del reino de Pórtugal. Muerto su hermano, heredó el cetro, que confirmaron en sus manos las cortes de Coimbra. Su primer cuidado fué devolver y conservar al clero sus inmunidades para no incurrir en el defecto que habia privado á su hermano de la corona. Fijó el valor de la moneda: estableció ferias ó mercados en todo el reino, cuidando especialmente de la seguridad de los viajeros, que por entonces no era cosa á que se prestaba demasiada atencion por los gobiernos: promovió la agricultura, y dictó sapientísimas leyes sobre diversos ramos de la gobernacion.

(1) No falta quien contradiga y tambien quien aplauda en derecho y equídad esta sentencia. Sobre ello puede verse á Caramuel, obra mencionada, pág. 57. Entretanto en el diploma de deposicion no se pone otra causa que el haber violado inmunidades eclesiásticas. Hé aquí el texto: *Sané cum charissimus in Christo filius noster Portugalliæ rex illustris a pueritia sua, claræ memoriæ patre suo viam universæ carnis ingresso, regni Portugalliæ gubernatione suscepta, Ecclesias et Monasteria existentia in eodem, pravo ejus consilio, in gravem Dei offensam, et conculcationem Ecclesiasticae libertatis, multimodis exactionibus et oppressionibus per se suosque immaniter afflixisset, et ab aliis pro ipsorum libito libenter permisisset affligi*, etc. (Este diploma se conserva en la iglesia de Braga, y lo trae Brandao, en su *Monarquía lusitana*.)

Pagó tributo á la debilidad humana, casándose con doña Beatriz, hija natural de Alfonso X de Castilla, antes de que muriese su mujer la condesa de Bolonia. Llevando esta señora sus justísimas quejas á la santidad de Alejandro IV, el sumo Pontífice excomulgó á don Alfonso, quien no obstante continuó viviendo con su nueva esposa, por espacio de doce años. Al cabo de este tiempo falleció doña Matilde, y el papa Urbano IV no tuvo entonces dificultad en revalidar este matrimonio, á ruego de los obispos del reino.

Murió en Lisboa á 16 de febrero de 1279, á los sesenta y nueve años de edad, y treinta y uno de reinado; y hubiera sido un príncipe sin tacha, si las pasiones humanas no le hubiesen arrastrado á cometer la bigamia que deslustra en parte su memoria.

Don Dionisio I. Heredóle su hijo don Dionisio, que aunque se hallaba en la edad de diez y nueve años, dió á conocer bien pronto las grandes calidades que le hicieron célebre en aquella era. Su matrimonio con la santa reina doña Isabel, hija del rey don Pedro III de Aragon, le atrajo el respeto, la consideracion y las simpatías de propios y extraños. Su justicia estricta en la distribucion de las mercedes contribuyó poderosamente á la estimacion general. Pero la prenda que por mas rara en aquellos tiempos merece mas elogios era su extraordinario é indeclinable amor á la verdad. Sabido es que el arte de los diplomáticos de la edad media tenia por lo comun su base en el engaño y la mentira. No debe, pues, tenerse por poco mérito en un monarca el ser de tal manera siervo de su fe y su palabra, que sostuvo varias guerras sin otro fundamento que el hacer cumplir lo estipulado.

Instituyó en Lisboa la universidad literaria que luego fue trasladada á Coimbra, y que ha sido en todos tiempos madre y creadora de clarísimos ingenios, habiendo sido este el primer rey de Portugal á quien ocurriera tan noble pensamiento.

Fundó la órden de caballeros de Cristo, en lugar de la de los templarios que habia sido abolida en el concilio de Viena.

Hizo varias reformas importantes en la legislacion. En su tiempo se vieron los primeros destellos del *regalismo* que despues habia de ser tan preponderante en las relaciones con la curia romana. Pero la perturbacion que produjo la conducta de los obispos excomulgando á los fieles que no pagaban el diezmo, y el proceder del rey que desterraba á los obispos que obraban de este modo, cesó bien pronto, prestándose dócilmente el piadoso monarca á sujetar sus actos al juicio del Sumo Pontífice, lo cual dió motivo á que se ajustase una razonable *Concordia* acerca de este y otros puntos, entre ambas potestades.

En su vejez pasó por la amargura de que su propio hijo don Alfonso tomase las armas contra él, y de tener que salir al campo á combatirle. Poco despues de este escándalo se hicieron las paces, por la intervencion de la santa reina doña Isabel.

Fue este príncipe muy aficionado á las letras, pues de él se cuenta que leia los poetas latinos, y aun que hacia versos en lengua portuguesa, no desprovistos de elegancia.

Murió en Santarem á 7 de enero de 1325, á la edad de 64 años, y cuando llevaba 46 de reinado. Fué el monarca mas prudente y mas feliz de su tiempo; y á él debe Portugal en mucha parte su engrandecimiento.

Alfonso IV. Su mala condicion dejóse ver bien claramente en la rebelion contra su padre, impulsada por la envidia con que miraba los favores dispensados por este al bastardo Alfonso Sanchez, y, ya sentado en el trono, se mostró en toda su horrible desnudez. Sus primeros actos fueron desposeer á su hermano natural de todas las rentas y señoríos que su padre le habia otorgado, como para compensar en lo posible la desgracia en que lo colocaba el nacimiento.

Mas adelante tuvo graves enemistades y diversas guerras con don Alfonso XI de Castilla, su yerno, con pretexto de que no trataba con el conveniente decoro á su mujer la infanta doña María, y porque procuraba impedir el matrimonio de don Pedro, hijo de don Alfonso, con doña Constanza, hija de don Juan Manuel, señor poderoso de Castilla. Hechas las paces en 1340 por el tratado de Santarem, y realizado el matrimonio de doña Constanza con don Pedro, este se enamoró perdidamente de doña Inés de Castro, dama de la princesa, de ilustre cuna, y de rara belleza, de quien habia tenido tres hijos en vida de su consorte.

Don Alfonso, que veia en estos amores un peligro para el reino si al fin su hijo se casaba con doña Inés, tomó la bárbara determinacion de quitarle la vida, inducido por los pérfidos consejos de tres hidalgos de su córte, llamados Pedro Coello, Diego Lopez Pacheco, y Alvaro Gonzalvez, que se ofrecieron á ser ejecutores de atentado tan horrible. No faltó quien denunciara á don Pedro el feroz intento del rey y de sus inícuos consejeros, pero despreció el aviso, pareciéndole imposible que cupiese en el pecho del monarca una accion tan criminal y tan villana. Sin embargo, el dia 7 de enero de 1355 se llevó á ejecucion junto al monasterio de Coimbra, espiando doña Inés su desgraciada hermosura. Ya don Pedro habia contraido matrimonio, bien que clandestino, con esta señora, despues de la muerte de doña Constanza, ocurrida en 1344, asistiendo al acto don Gil, obispo de Guarda, y Estevan Lobato, guarda-joyas del príncipe. Cuando este volvió de la caza, en que habia pasado aquel dia, y vió bañado en sangre el cuerpo de su esposa, prorrumpió en las mas sentidas esclamaciones por la irreparable pérdida que acibaraba desde aquel punto toda su ecsistencia, abrazó cien veces con efusion el ya frio cadáver de su amada, llamándola su esposa, y juró tomar la mas espantosa venganza que hubieran visto las edades.

En efecto recurrió á las armas, uniéndose á don Fernando y don Alvaro de Castro, hermanos de doña Inés, puso sitio á Oporto, y no bastaron á apartarle de su resolucion, ni aun los ruegos y lágrimas de su madre. Exigia imperiosamente el castigo de los asesinos; y don Alfonso, ó arrepentido de su crímen, ú

obrando con prudencia, consintió en el destierro de Pacheco, uno de ellos, y pidió al hijo que diese por terminada con esto aquella lucha parricida, que consumia los tesoros del reino, y servia de escándalo á todas la naciones. A los seis meses de discordia se hicieron las paces, interviniendo con su respetable mediacion el arzobispo de Braga don Gonzalo Pereyra, valido de don Pedro. La rebelion de este contra su padre, escusable hasta cierto punto, debia parecerun castigo providencial de la conducta de don Alfonso con el suyo, en los primeros años de su vida.

Falleció el rey en Lisboa en 28 de mayo de 1357 á los 67 años de edad, y 32 de reinado. Su memoria seria completamente odiosa, sino hubiera acudido presuroso al socorro de su yerno el rey de Castilla, para rechazar la agresion con que el rey de Marruecos, unido con el de Granada amenazaba subyugar á toda Espapaña, y si no hubiese contribuido gloriosamente á ganar contra ellos la batalla del Salado, en 28 de octubre de 1340, suceso que se celebra todavía en los fastos de las iglesias de España.

Don Pedro I. El primer cuidado de este monarca, llamado por la historia el *justiciero*, y á quien la tradicion da el nombre de *cruel*, como á su contemporáneo del mismo nombre el rey de Castilla, fué buscar con esquisita diligencia á los asesinos de doña Inés para castigarlos de un modo estraordinario, proporcionado ciertamente al delito, mas poco congruente con el templado carácter de justicia que deben distinguir las disposiciones de un principe que respete la religion, y que aspire á dejar un nombre digno en la historia. Don Pedro de Castilla le entregó á dos de ellos, habiéndose fugado el tercero, no estando todavia considerado este acto en Europa como una violacion del asilo, sancionado por el derecho internacional. El rey hizo martirizar horriblemente á los culpables, insultándolos en el mismo cadalso, y estimulando personalmente el furor de sus verdugos. Mandó que les arrancasen el corazon, y que fuesen sus cuerpos arrojados á la hoguera. No satisfecha aun con esto su venganza, exhumó el cadáver de la infortunada doña Ines, lo vistió de las insignias reales, y dispuso que todos los grandes y damas de la corte le rindiesen el homenage de fidelidad como su reina, habiendo dispuesto antes que se legitimase en lo civil su matrimonio, como se verificó en las cortes convocadas á este fin en Castanedo, oidas las declaraciones de los testigos que lo presenciaron, y vista la bula del sumo pontífice Juan XXII, que lo habia autorizado en lo espiritual, removiendo cualquier impedimento (1). Por último

(1) La narracion de este suceso se cuenta con mas extension, y desde luego con mas propiedad y elegancia, en la ya citada historia del señor don Juan Cortada, que tengo á la vista, y á donde remito á los curiosos. Este célebre acontecimiento, y el carácter de doña Ines, tan adecuado para el teatro, fueron parte para ejercitar el feliz ingenio de los poetas castellanos; y no hace mucho tiempo que aun se representaba con aplauso la comedia *Reinar despues de morir*, excitando el mas vivo interes en todos los espectadores. El célebre poeta portugues Luis de Camoens dedicó á este asunto acaso el mas bello de los episodios de *Los Lusiadas*, describiendo así el resultado de la muerte de aquella ilustre desventurada:

As ninfas do Montego a morte esacra
Longo tempo chorando celebraram

hizo trasladar sus despojos mortales con pompa extraordinaria al panteon de Alcobaza, donde yacen en un magnífico sepulcro de alabastro.

Despues de extremos tan prolijos, don Pedro no manifestó otra cualidad en el gobierno que un exajerado amor á la justicia, que degeneraba en crueldad. Mandó castrar á un criado suyo por sospechas solo de que trataba amores con la mujer de un corregidor. Mandó cortar la cabeza á un hidalgo, porque se habia entretenido en rasgar los arcos de un tonel, propio de un pobre labrador, y así en muchas ocasiones, poniendo siempre su excelente instinto de justicia al ser vicio de la crueldad que dominaba en su carácter.

Ordenó que no hubiese abogados en su reino, participando de la opinion de que solo sirven para fomentar los pleitos, y para prolongarlos con daño de los litigantes.

Castigaba con pena de muerte á los jueces prevaricadores; y puso especial cuidado en que despachasen los procesos con toda la brevedad que era conciliable con el acierto en las decisiones.

Al compas de su dureza con los malvados se media la liberalidad que usaba con los buenos. Su mayor placer era encontrar ocasiones en que hacer uso de esta cualidad, tan propia de los monarcas.

Sorprendióle la muerte en Estremoz á 18 de enero de 1367, á los cuarenta y siete años de edad, y diez de reinado, no sin dejar expresamente consignado que don Diego Lopez Pacheco, que á la sazon andaba en extrañas tierras huyendo de su persecucion, era de todo punto inocente de la muerte de doña Ines; por lo cual ordenaba que le fuesen devueltos sus bienes y honores, y que se le permitiese volver libremente á Portugal.

Tuvo varios hijos de sus dos mujeres; y además otro de una señora llamada doña Teresa Lorenzo, que fué maestre de Avis, y despues rey de Portugal.

Don Fernando I. Sucedióle el príncipe don Fernando, único hijo de doña Constanza, y á la verdad pocos reinados ofrece la historia de Portugal mas infelices, y menos brillantes. Locamente pródigo, malgastó en liberalidades inmerecidas, y en injustas guerras los tesoros que habia sabido acumular la prudente economía de sus predecesores. Instable y caprichoso, y no dotado de una superior capacidad, acometia sin plan ni concierto empresas atrevidas, con éxito infeliz, pues, parece que la fortuna se encargaba de castigar sus intentos temerarios.

Cuando subió al trono de Castilla el fratricida don Enrique de Trastamara, se consideró dueño de aquel reino como biznieto de Sancho el Bravo; pero habiendo el de Castilla tomado la iniciativa en hacerle la guerra y apoderádose de varias

E por memoria eterna en fonte dura
As lágrimas choradas encerraram:
O nome lhe puzerom que ainda dura
Dos amores d'Inez, que alli passaram.
Vede que fresca fonte rega as flores
Que as lagrimas sao agua, e o nome amores.

plazas de Portugal, tuvo al fin que hacer las paces en 1371 bajo la promesa de contraer matrimonio con una hija de don Enrique. Mas don Fernando, para atraer á su partido al rey don Pedro IV de Aragon, le habia prometido solemnemente casarse con doña Leonor, su hija, habia enviado por ella con gran aparato, y habia hecho entregar al padre magníficos regalos con ocasion de la boda concertada. Para cumplir el segundo empeño, tuvo que desentenderse del primero; y al fin no llevó á cabo ninguno de los dos. Enamorado perdidamente de doña Leonor Telles de Meneses, mujer legítima de don Juan Lorenzo de Acuña, hizo anular este matrimonio, y á despecho del pueblo portugues, que manifestó de varias maneras su disgusto por tan inconsiderado proceder, que producia en el reino un escándalo universal, y podia ser causa de su ruina, se casó con ella públicamente en Leza, año de 1372.

La misma versatilidad que manifestó en sus amores usó en las dos guerras que, además de la que se ha mencionado, sostuvo con el monarca de Castilla terminando por intervencion estraña en unas paces, en que salian menoscabados su decoro y sus riquezas. Era vicio distintivo de su carácter el aturdimiento y la imprevision.

El matrimonio criminal que habia contraido le indujo á mayores desaciertos. Dejándose llevar de los consejos de su esposa, que solo consultaba el engrandecimiento de los suyos, repartió entre sus parientes las honras y dignidades de que es dispensadora la corona, alcanzando la mayor parte á don Juan Fernandez Andeiro, hidalgo gallego, á quien hizo conde de Ourem, y concedió una influencia poderosa en el gobierno del estado. Las íntimas relaciones de este personage con la reina, y el poder de que se halló instantáneamente revestido, hicieron sospechar, no sin algun fundamento, que se habia grangeado demasiado afecto en el corazon de doña Leonor.

Es cosa por cierto bien singular que este rey, cuyas costumbres nada tenian, segun se ha visto, de edificantes, instituyese en Lisboa dos inquisidores de las costumbres de sus vasallos, con facultades de prender y entregar á la justicia á los que diesen por ellas motivo de escándalo.

Falleció en Lisboa en 22 de octubre de 1383, á los cuarenta y tres años de edad, y diez y seis de reinado, dejando una hija llamada doña Beatriz, que fue dada en matrimonio, teniendo solo once años, á don Juan I de Castilla.

Interregno. La muerte de don Fernando produjo diversos aspirantes á la corona. Era el principal y mas terrible el monarca de Castilla, pues sobre estar casado con doña Beatriz, jurada en Córtes heredera del reino, tenia á su disposicion muchos medios de hacer valer su derecho. Queria asimismo conservarse en el poder la viuda de Fernando, autorizada con el testamento de este monarca, y favorecida por sus parciales, que eran numerosos. Muchos portugueses estaban por don Juan, hermano del rey difunto, y por último, aspiraba al poder el maestre de Avis, hijo natural de don Pedro el *justiciero*.

Las pretensiones del monarca de Castilla eran punto menos que imposibles de

lograrse, vista la invencible repugnancia del fiero carácter lusitano á sufrir la dominacion de los estranjeros. Las de la reina no podian encontrar mejor acogida, á pesar de sus numerosos adeptos, pues aun existia viva la memoria de la horrible perturbacion que ocasionó su casamiento, y que ella no procuró borrar con una conducta irreprehensible.

El maestre de Avis, cuyo derecho en lo legal era el mas sujeto á controversia, ó que por mejor decir, no tenia ninguno, buscó el medio de sobreponerse á todos sus competidores. Teniendo en poco al monarca de Castilla, á quien rechazaba unánime el sentimiento de independencia de todos los portugueses, principió su obra por los partidarios de la reina. Penetró astutamente en palacio, acompañado del conde de Barcelos, de Ruiz de Pereira, y otros conjurados, y mató con su propia mano al conde de Ourem, que era el alma de los designios de doña Leonor. Despues con sus intrigas consiguió ser nombrado *protector y regente del reino;* y la circunstancia de haberse visto precisado el rey de Castilla á alzar el sitio que habia puesto á Lisboa por haber aparecido en su ejército una epidemia desoladora que diezmaba los soldados, fué interpretada y traducida por el valor y serenidad de ánimo del regente.

Este, animado por la coyuntura, para él feliz, pues favorecia sus proyectos ambiciosos, del deplorable estado en que el reino se encontraba, convocó las cortes en Coimbra, que presidió el arzobispo de Braga. Juan de Regras, célebre jurisconsulto, trató de persuadir con razones legales que doña Beatriz no tenia derecho alguno á la corona, como casada con un príncipe extranjero, y que los hijos de doña Ines de Castro, que militaban en el ejército del Castellano, estaban imposibilitados de alegar ninguno, habiendo hecho armas contra su patria. Otros jurisconsultos procuraron defender á los hijos de doña Ines; pero el regente, en un discurso lleno de artificio, manifestó que no queria para sí el cetro: que obedeceria gustoso al monarca que eligiese la nacion, allí tan dignamente representada, y que en todo caso estaba dispuesto á sacrificar su vida por la integridad del territorio.

Este lenguaje, estudiadamente modesto y patriótico, le ganó las voluntades de todos, que le proclamaron rey en 5 de abril de 1385. De este modo el tiempo creó un *derecho* que comenzó por una *usurpacion*, como ha sucedido muchas veces en todos los periodos de la historia.

Don Juan I. Don Juan tuvo en el trono tanta discrecion para promover la utilidad del reino, que poseia mas que por el derecho, por la fortuna, como destreza habia mostrado para subir á él. Desbarató varias veces el ejército castellano, é hizo en los enemigos el mayor estrago en la célebre batalla de Aljubarrota, que se dió en 14 de agosto de 1385.

En 1387 casó cón una hija del duque de Alencastre. No contento con los laureles que se habia ceñido en la guerra con Castilla, emprendió con sus cinco hijos la dificil conquista de Ceuta, plaza que por sus defensas naturales, por sus mura-

llas y su puerto, parecia inexpugnable. Sin embargo, la tomó en 21 de agosto de 1415, y dejando de gobernador en ella al ilustre don Pedro de Meneses, dió la vuelta para Portugal lleno de gloria y de despojos, habiendo adquirido para sí y sus sucesores el título de *señor de Ceuta.*

Atendió con singular cuidado á la seguridad del reino, disponiendo que estuviesen siempre apercibidos al primer llamamiento cierta cantidad de tropa, á semejanza de los modernos ejércitos de reserva. Asistió por medio de sus embajadores á los concilios generales de Pisa, Constanza y Basilea. Ordenó que se contasen los años, no por la era de César, sino por el nacimiento de N. S. Jesucristo. Mandó que se tradujese al idioma portugués el código de Justiniano. Edificó cuatro palacios, el de Cintra, el de Lisboa, el de Almeirin y el de Santarem, y murió á la edad de setenta y seis años, despues de haber reinado cuarenta y ocho, dejando una grata memoria á la posteridad.

Don Eduardo I. Este príncipe, el mayor de los hijos de don Juan, parecia destinado á realizar el deseo de Platon, que queria en el trono reyes que filosofasen. Escribió un precioso tratado *del fiel consejero*, otro sobre *la justicia* y las obligaciones, otro *de la misericordia*, y otro acerca *de como han de leerse los libros.* Su reinado, empero, fué bastante desgraciado.

Decretada una espedicion contra Tanger en 1437, facilitándose para ella todos los tesoros de Portugal; y puestos á la cabeza los infantes don Enrique y don Fernando, no consiguieron su designio; antes bien se vieron obligados á levantar el cerco, y á comprar la vida de todos con la oferta de que seria entregada la plaza de Ceuta, quedando en rehenes la persona del mismo príncipe don Fernando.

El rey convocó las Córtes del reino en Leiria para consultar lo que convenia hacer en caso tan apurado, pues no era otra la alternativa que, ó perder la plaza de Ceuta, tan importante y con tanto esfuerzo conquistada, ó dejar que perdiese la vida en el cautiverio un príncipe de las raras prendas que adornaban á don Fernando. Las Córtes propusieron que se ofreciesen al monarca africano Salabensalla otros medios de compensacion; mas no habiendo este querido admitir ninguno, el príncipe cautivo, con una lealtad, un desinterés y un patriotismo superior á todo encarecimiento, prefirió permanecer en dura y perpétua esclavitud á consentir en un acto tan contrario á los intereses de su patria (1).

Murió el rey don Eduardo en Tomar, de la peste que entonces asolaba todo el reino, en 9 de setiembre de 1438, á los cuarenta y seis años de edad y cinco de reinado.

Alfonso V. La muerte prematura de Eduardo, puso, prematuramente tambien, la corona en las sienes de su hijo don Alfonso, que solo tenia seis años á la

(1) La muerte de este príncipe, en medio de los tormentos y privaciones de su triste condicion, lo ha inmortalizado. En Portugal es venerado como santo, celebrándose su fiesta el dia 5 de junio. En España ha dado asunto al príncipe de nuestros poetas dramáticos para una magnífica comedia heróica, titulada *El Príncipe constante y mártir de Portugal.*

sazon. Quedó, pues, durante su menor edad en la tutela de doña Leonor, su madre, quien para aliviar sin duda, en algun modo el peso que la abrumaba, convocó las Córtes del reino en Torres-novas, á fin de que dispusiesen lo mas conveniente al gobierno del Estado. Esta asamblea decidió que la reina cuidase tan solamente de la educacion del rey niño: que los negocios de la guerra fueren dirigidos por el duque de Coimbra, don Juan, tio del rey, y los de la justicia por el marqués de Villaviciosa. Mas adelante declararon al duque regente del reino.

Investido don Juan de este carácter convocó nuevas Córtes, y con permiso de ellas, y la vénia del Pontífice romano, casó á su hija con Alfonso. Acaso entrase por mucho la ambicion en el ánimo de don Pedro; pero la verdad es que si la tuvo, supo justificarla en el tiempo en que ejerció la suprema autoridad. Ya se habia distinguido mucho como guerrero, ayudando al emperador Segismundo en la guerra contra los turcos, y como literato traduciendo al portugués el libro de Gil Correa *del gobierno de los príncipes, los oficios de Ciceron*, y el tratado de Vegecio sobre el *arte militar*. Como regente supo mantener en paz los estados que gobernaba, usar de generosidad con los parciales de la reina, y proporcionar al príncipe una educacion correspondiente á su dignidad, dándole el precepto á una con el ejemplo.

Llegado don Alfonso á los catorce años, fué declarada por las Córtes su mayoría con arreglo á las leyes de Portugal, y entró á reinar con general aceptacion.

Su primer cuidado fué renovar la guerra con los moros de Africa, lo que llevó á cabo con tanta felicidad, que en treinta dias les tomó las importantes plazas de Alcazar-Ceguer, Arzilla y Tanger, cuyas hazañas le grangearon el renombre de *africano*.

Pero vuelto á su patria, no corrieron para él tan prósperamente los sucesos. Desposado con la princesa doña Juana, hija de Enrique IV de Castilla, quiso á la muerte de este posesionarse de las tierras que le correspondian en virtud de su pactado casamiento; pero encontró un fuerte competidor en el rey Fernando de Aragon, casado ya con doña Isabel, hermana de don Enrique, que resolvió oponerse á sus proyectos, remitiendo la decision del caso á los inciertos trances de la guerra. Consiguió al principio don Alfonso algunas ventajas, tales como reducir á la obediencia la ciudad de Zamora, y las villas de Peñafiel, Baltanas y otras; pero la cuestion vino á decidirse en la batalla de Toro, la cual dió por resultado que don Alfonso desistiese de sus pretensiones, y que doña Juana se viese obligada á entrar en la vida religiosa en el monasterio de santa Clara de Santarem.

Quebrantado el ánimo del rey por el éxito infeliz de esta contienda, dejó el gobierno en manos de su hijo, segun unos con autorizacion de las Córtes, y segun otros por medio de una carta real en que abdicaba la corona; y al poco tiempo falleció en Cintra á 28 de agosto de 1481, despues de haber vivido cuarenta y nueve años, y gobernado cuarenta y tres.

Fué un monarca afable y popular: tiene la gloria de haber sido el primero que

tuvo biblioteca; y el primero tambien que se mostró al público por las calles para que sus vasallos comunicasen con él, y para darles muestras de su afecto, y de la magnanimidad de su carácter (1).

DON JUAN II. No obstante que este príncipe lleve en la historia de Portugal el lisongero título de *perfecto*, la crueldad que usó con los que se oponian á su poder me hace creer que este sobrenombre no era completamente merecido. Cierto que llevado de su amor á la justícia veló sin descanso porque se administrase cumplidamente á sus vasallos. Cierto que para ello quitó en sustancia á los nobles la potestad de juzgar, sujetando sus fallos á nueva revision de los tribunales reales. Cierto en fin, que abatió el poder de la nobleza, ya estableciendo una nueva fórmula de homenage, ya enviando corregidores que pusiesen en ejecucion en toda la monarquia las leyes favorables al pueblo que habian sido hechas en las Córtes que convocó á su advenimiento; pero cometió sin embargo gravísimas faltas, que no pueden hallar disculpa á los ojos de una crítica severa.

El revocó las donaciones remunerativas que habia hecho siendo gobernador del reino, dando así un funesto ejemplo de inconsecuencia y deslealtad, y hasta de injusticia, que, como todo lo que es malo, no deja de encontrar imitadores.

El, mirando con desconfianza recelosa al duque de Braganza porque se habia hecho intérprete ante su autoridad de las quejas de los nobles, y sospechando, tal vez con demasiada facilidad, que era traidor, lo mandó prender, y lo hizo sentenciar y degollar, confiscando para la corona todos sus bienes.

El, dando oido á las declaraciones de Vasco Coutinho y Diego Tinouco, que le denunciaron una nueva conjuracion, á cuya cabeza, segun ellos, se hallaba el duque de Viseo, mandó llamar á este, y le mató por sus propias manos á puñaladas delante de varios señores de su córte. Dado que el duque fuese criminal, como parece dejarlo consignado la historia, no habrá nadie que apruebe la conducta del monarca, que, dando todo el color de una feroz venganza, á lo que debia ser un acto de justicia, rebajó su dignidad manchando sus manos con un horrible asesinato.

El mandó degollar á los cómplices de esta conjuracion don Juan Meneses y don Pedro de Alburquerque, descuartizar á don Fernando Ataide, encerrar sin agua en una cisterna á don García de Meneses, obispo de Evora, y á don Gutierre Coutinho, los cuales murieron al poco tiempo; y por último, hizo matar por medio de un asesino, á don Fernando de Silveira, que se hallaba fugitivo en Avignon.

Por lo demás es innegable que el reino de Portugal empezó bajo su dominacion á dar indicios del engrandecimiento á que llegó en el glorioso reinado de su sucesor. Es verdad que desechó las proposiciones de Cristoval Colon para el des-

(1) Puede verse la narracion de este reinado en la historia del Sr. Cortada, donde aparece con toda claridad, y mayores esplicaciones, que fué brillante, mas de ninguna manera provechoso.

cubrimiento del nuevo mundo, proposiciones que no hallaron gracia tan llanamente ni aun en el gran ánimo de la Católica Isabel; pero llamada, acaso por ellas, su atencion hácia las atrevidas empresas de la conquista de Ultramar, dirigió á este punto todos los esfuerzos de su voluntad y de su genio. Viendo que el órden de navegar no habia permitido hasta su tiempo separarse de las costas, *mandó hacer una junta de matemáticos para que pudiesen engolfarse los navegantes; y que, perdiendo la costa de vista, no pudiesen perder el tino de su derrota. Despues de largos discursos y especulativas consideraciones, fomentadas por el rey, hallaron este órden de navegar por la altura del sol, de que dieron reglas y documentos como ahora se usan (aunque mas apuradamente) y porque sin esta era casi imposible navegarse tan inmensos mares; toda la Europa queda en esta obligacion á los portugueses de ser por ellos hallado el modo, y facilitado* (1).

Despues de proceder con este pulso y detenimiento, cual convenia á lo árduo de la empresa, y á lo incierto de su éxito envió el rey una armada y seiscientos hombres en ella á cargo de Diego de Azambuja, que dió la vela en 12 de setiembre de 1481, llegando con próspera fortuna á la ya descubierta costa de Etiopía, donde fundó la ciudad y fortaleza de la Mina.

Mas adelante, en 1485, fué enviado con otra armada Diego Cam á las mismas tierras; pero avanzando mas en sus viajes logró, despues de luchar abiertamente con la fortuna, que no se le manifestó próspera al principio, llegar hasta el rio Zaire, á unas mil y seiscientas leguas de Lisboa, y plantar en aquellas tierras el santo signo de la cruz, y las gloriosas quinas de Portugal.

Cam envió embajadores al rey de Congo, de quien fueron apaciblemente recibidos, hizo que se convirtiesen á la fe católica muchos de sus súbditos, y despues el reino entero, cuyo gefe supremo abrazó tambien el cristianismo, y mandó destruir los ídolos en todos sus dominios. El ilustre navegante dió la vuelta á Portugal satisfecho de su conquista, trayendo por muestra muchos negros naturales de aquellas tierras que fueron educados convenientemente en Lisboa, y devueltos á su rey, como él habia exigido.

En 1486 fué descubierto el reino de Beui por Juan Alonso de Aveyro, estimulando estas empresas que una prudencia vulgar podia calificar de temerarias, ya el espíritu guerrero y emprendedor del siglo, ya el exito feliz de los descubrimientos anteriores (2).

Asimismo bajo los auspicios de este rey, llegó con una escuadra Bartolomé Diaz hasta el cabo de Buena-Esperanza, lo que confirió derecho al monarca para titularse con legítimo título *Señor de la Guinea.*

En el gobierno interior de su pueblo se mostró don Juan del mismo modo acti-

(1) Véase el libro titulado *Empresas militares de Lusitanos*, escritas por Luis Coello de Barbuda, impreso en Lisboa año de 1624. Cap. IV, pág. 99.

(2) No es ni puede ser mi ánimo encerrar en un sumario de esta especie las vicisitudes por que fueron pasando los páises conquistados. El que quiera enterarse á fondo de estos pormenores, puede consultar con fruto el libro, ya citado, de Coello de Barbuda.

vo, diligente y entendido. Fué enemigo declarado de los jugadores, de los embusteros y de los perjuros. Su amor á la justicia le impedia permitir que los grandes vejasen y oprimiesen á los pequeños. En el palacio era sumamente benigno con los criados, y muy severo sin embargo con todos, conducta que le conciliaba el respeto y la admiracion de propios y extraños.

Falleció este príncipe, que ilustró tanto la monarquia portuguesa, en Alvor, á 25 de octubre de 1495, en edad de cuarenta años, despues de haber gobernado el reyno por espacio de catorce con tanta gloria y fortuna. Cuéntase que su cuerpo se encontró incorrupto al trasladarlo al convento de la Batalla, y que aun en el dia, despues de transcurridos cuatro siglos, se conserva en el mismo estado.

Don Manuel I. Despues de la muerte de don Juan que tan llorada fué en todo el reino de Portugal, heredó la corona el príncipe don Manuel llamado el *africano,* y tambien el *afortunado,* por el derecho que conjuntamente le conferian el testamento del difunto, y su procsimo parentesco, pues era primo y cuñado de don Juan. Asi fué proclamado en Alcácer de Sal con general asentimiento del pueblo y de la nobleza, que conocian sus eminentes calidades.

Convocó las cortes del reino en Montemayor. En esta asamblea se dictaron algunas disposiciones encaminadas al mejor gobierno del Estado, si bien de poca importancia; pero don Manuel, que habia juntado las córtes por mero respeto á la práctica usada por sus predecesores, y que queria gobernar solo para acometer las altas empresas que dieron tanto lustre á su nombre, las disolvió á poco de haberse congregado. Procuró realzar á la nobleza, abatida por las disposiciones de su antecesor, ya porque dejase de temer su influencia y poderío, ya porque creyese necesitar de su valor en las campañas. Mostróse clemente y generoso con los hijos del duque de Braganza, así como inexorable con los judíos, que refugiados en Portugal, donde habian encontrado un asilo contra la persecucion de los reyes católicos, fueron primero por un decreto expulsados de sus dominios, si bien despues se atenuó la severidad de esta determinacion, mandó tan solo que abjurasen su ley en el término de veinte años. Casó con doña Isabel, hija de los reyes católicos, y todo hacia presagiar á Portugal un reinado próspero y feliz.

Pero el gran suceso de esta época fueron los descubrimientos de los portugueses en la India, y la gloria que, gobernando las posesiones descubiertas y conquistadas, adquirieron los ilustres caudillos de esta nacion grande y generosa. Acostumbrados á mirar á Portugal como una potencia inferior por la estension de su territorio, por la escasez de sus recursos económicos, apenas podemos comprender que ha habido una época en su historia en que ha excedido en heroismo á todas las naciones conocidas, en que ha legado al mundo egemplos dignos de admiracion, y en que ha enseñado el camino de la gloria.

Resuelto don Manuel á seguir el noble ejemplo de sus antecesores, armó una

expedicion de cuatro buques dando el mando de ella al ilustre Vasco de Gama, y á este por compañeros á Pablo de Gama, Nicolas Coello, y Gonzalo Nuñez, capitanes expertos y esforzados que tomaron el mando de tres de los buques. Partieron del puerto de Belen, situado á una legua de Lisboa el dia 8 de julio de 1497, acompañados de ciento cuarenta y ocho hombres, é hicieron rumbo hácia el cabo de Buena-Esperanza. Despues de récios temporales, y tres meses de navegacion en que arrostraron los mayores peligros con el esfuerzo propio de caballeros y cristianos, llegaron al Angra de Santa Elena, donde desembarcaron para hacer aguada, y donde Vasco de Gama fué herido en una contienda con los negros habitadores de aquel país; y saliendo de allí en 16 de noviembre pasaron el cabo de Buena Esperanza el dia 20 con mas felicidad de lo que podian prometerse de su nombre anterior, que era el de cabo de las tormentas. El dia 25 dieron vista al Angra de San Blas, y en trece dias arribaron á la que ya entonces se llamaba isla de Santa-Cruz, por haber plantado en ella Bartolomé Diaz algunos años antes, el sagrado signo de nuestra redencion. Pasando adelante descubrieron algunas tierras donde los moradores eran mas humanos que los primeros que encontraron, y á las cuales por esta razon apellidó Gama tierras *de la buena gente*.

De allí salió en 15 de enero de 1498, y mas allá de Cofala encontró un rio grande á que dió el nombre de *rio de las buenas señales*, por encontrar indicios de hallarse cerca la India que buscaba. Allí se detuvo algunos dias y volviendo á dar la vela en 24 de febrero, dió en la isla de Mozambíque, donde quedó sorprendido con la vista de hombres blancos que vestian trage de moros con adargas y alfanges, y que le recibieron con señaladas muestras de agasajo (1). Aprovechando esta generosidad, recogió pilotos de aquel país que lo condugesen á Quiloa; pero estos, que deseaban perder á los intrépidos navegantes, ó entregarlos á quien los matase, no siguieron esta derrota; antes bien los llevaron á la isla que llaman de Mombaca, donde Vasco de Gama desbarató con su acostumbrada sagacidad los pérfidos designios de los pilotos, concertados, para realizarlos, con los naturales del pais.

Vencidas estas dificultades, en lo cual tuvo tanta parte el valor como la prudencia de los portugueses, continuaron estos su viage: vieron el pais de Melinde, donde siendo bien recibidos por su rey, que no vaciló en solicitar la amistad de aquellos audaces aventureros, tomaron pilotos para la India, no sin haber dejado en la playa una inscripcion que declarase á los futuros navegantes la empresa acometida.

Por fin llegaron á la costa de Malabar, fondeando á dos leguas de Calicut,

(1) Todo el poema de Luis de Camoens está destinado á cantar las singulares hazañas del héroe portugues; pero llamo particularmente la atencion de mis lectores hácia la parte de él en que se pinta el descubrimiento de Mozambíque, y los obsequios que dispensaron sus habitantes á los nuevos conquistadores.

capital de aquel reino, y procurando Gama manifestar á su gefe caudillo ó gobernador, cual era el objeto de su viaje, y los propósitos de su rey, que lo habia enviado á tierras tan remotas, que no eran otros que los de entablar comercio y amistad, tuvo el placer de ver bien acogida su propuesta, que tanto favorecia al interés de los naturales como al de los portugueses.

Pero sospechas de aquellos bárbaros, seguidas del intento de quemarle las naves, y de matar desapiadadamente á todos los portugueses, obligaron á Vasco de Gama á volver á su pais natal, á donde llegó en 29 de agosto de 1499, á los dos años y dos meses de viages, despues de haber perdido á su hermano, y á noventa y ocho de sus compañeros (1), siendo recibido en triunfo por sus compatriotas, admiradores de su heroismo. El rey le dió el título de almirante de los mares de Indias y conde de Vidigueira, é hizo construir en memoria de sus hazañas un monasterio á que se dió el nombre de Belen, que fué mas adelante destinado á panteon de los reyes de Portugal.

Alentado el rey don Manuel con el éxito brillante de la primera espedicion, que sin duda habia excedido á sus mas lisongeras esperanzas, dispuso en el año de 1500 otra armada de trece naves con 1200 hombres de guerra, mandados por Pedro Alvarez Cabral, con direccion tambien á la India. El general llevaba encargo de procurar por todos medios la amistad del rey de Calicut, y el mas importante de hacer cuanto estuviese en su mano por convertir al evangelio á los habitantes de aquel vasto territorio, para lo cual llevaba sacerdotes instruidos en los dogmas de la fé. Al pasar por las islas de Cabo-verde, sobrevino un horrible temporal, que obligó á una de las naves á arribar á Lisboa, y las otras se hubieron de engolfar tanto, haciendo rumbo al S. O., que fueron á dar en lo que hoy se llama el *Brasil* desde el tiempo de Américo Vespucio, y que entonces era una tierra desconocida, á que se dió el nombre de Santa-Cruz.

Desde allí se dirigieron al cabo de Buena-Esperanza, donde zozobraron cuatro naves, pereciendo toda la gente que conducian, entre ellos Bartolomé Diaz, el primero que lo descubrió, llegaron á Mozambique y á Quiloa; y por último á Calicut, con cuyo rey, despues de graves inconvenientes, y no menores peligros, lograron asentar paz y amistad, estableciendo en consecuencia un agente consular que protegíera el comercio de los portugueses. El primero que ejerció este cargo fué Correa, á quien degollaron los naturales con cincuenta portugueses mas; pero Cabral supo vengar cumplidamente el ultrage hecho á su bandera apoderándose de trece buques cargados de mercaderías.

Antes de que este caudillo regresase á su patria á recoger los justísimos laureles que habia ganado con sus proezas, envió el rey otra espedicion de solo tres naos y una caravela á cargo de Juan de Nova, el cual habiendo salido de Lisboa en 5 de mayo de 1501, llegó felizmente á Calicut, descubriendo al paso una isla

(1) Véase á Coello Barbuda, en su obra citada.

que llamó de la Concepcion. Desbarató la armada del rey de este pais, procuró asegurar el comercio con su patria, y dió la vuelta á Lisboa, como al poco tiempo lo verificó Alvarez Cabral, teniendo tambien en este viage la fortuna de hacer el descubrimiento de la isla de Santa Elena, donde encontraron algun solaz aquellos intrépidos y esforzados navegantes y guerreros (1).

No se daba aun por satisfecha la noble ambicion del monarca portugués con haber llevado sus gloriosos estandartes á regiones tan apartadas, y con haber procurado el engrandecimiento y prosperidad de la nacion. Aun queria enviar nuevas espediciones que emprendiesen otras conquistas y asegurasen las que habian conseguido llevar á término. No eran todos en la córte del mismo parecer; por cuyo motivo se trató el punto en consejo de Estado, manifestando cada cual su opinion con entera franqueza y libertad. Al cabo prevaleció la opinion del monarca, y se dispuso otro viage, de cuya direccion fué encargado el ilustre Vasco de Gama.

Salió este de Lisboa en 1.º de abril de 1502, recorrió de nuevo la senda que lo habia conducido á la inmortalidad: hizo vasallo de su pátria al rey de Quiloa, atemorizado con los altos hechos de nuestro héroe; movió guerra al Zamorin de Calient, llenando al mundo de su nombre, y de admiracion aquellos paises, y regresó á su pátria.

Tantas conquistas exigian naturalmente la intervencion de caudillos tan eminentes como los conquistadores, que gobernasen las tierras adquiridas de la manera mas adecuada para conservarlas dependientes de la metrópoli; pero en aquel tiempo, Portugal poseia en abundancia todos los favores de la fortuna. Alfonso de Albuquerque, conquistador de los tres emporios del Asia, Ormuz Goa y Malaca, Almeyda, distinguido almirante, y Duarte Pacheco, cuyo denodado valor en la pelea era el terror de la India entera, supieron gobernar aquellos vastos paises en paz y justicia, si bien es preciso confesar que ó por el espíritu de la época, ó por el caracter y profesion de los gobernadores, ó por considerar que la templanza era inconciliable en aquella coyuntura con la dominacion á que aspiraban, la balanza se inclinaba demasiado del lado de la crueldad.

Las empresas de Africa, que no habian quedado olvidadas con las de la India en el gran corazon de don Manuel, no fueron á la verdad tan afortunadas, ni sobre todo tan provechosas. Sin embargo Juan de Meneses y otros insignes capitanes conquistaron sucesivamente á Azamor, Zafim, Mazagan, Almedina, y otras plazas de importancia, é hicieron tributarias las provincias de Xerquía, Garabia y Dabida, que no solo servian para lisongear el orgullo lusitano, sino para dar principio á la dominacion en esa parte del mundo, y para proporcionar tambien algunos recursos al tesoro.

La política de ese tiempo era esencialmente usurpadora y propagandista: la del nuestro es todo lo contrario, mezquina y utilitaria. En aquella edad un hecho he-

(1) Coello Barbuda, obra citada.

róico de armas causaba la admiracion del mundo: ahora se complace nuestra vanidad con tener en el dia noticias de Sebastopol. En el siglo XVI la fé y el entusiasmo eran los resortes del corazon. En el presente la comodidad y el egoismo. Entonces las costumbres eran espejo fiel de las propensiones del alma, sóbrias y guerreras. Ahora son epicúreas y prudentes. Por aquella época se levantaban monumentos como el Escorial; en la presente se hacen casas con habitaciones cómodas, que se visten de alfombras y tapices. ¿Hemos ganado por ventura en el cambio? En mi opinion es muy dudosa la respuesta; pero es lo cierto que los entendimientos del dia, llenos de escepticismo, son los menos apropósito para hacer cumplida justicia á los héroes que nos precedieron. Es preciso trasladarse á aquellos siglos, respirar su ambiente, penetrar en la conciencia de los génios que los ilustraron, para estimar debidamente los beneficios que han dispensado á la humanidad.

Pero volviendo á mi asunto, no deja de ser estraño que el rey don Manuel, magnífico remunerador de las hazañas de sus vasallos, se resistiese á premiar tan solo las de Alfonso de Albuquerque y Duarte Pacheco, que fueron tan ilustres. En este olvido ciertamente indisculpable, es mas que posible que tuviese la mayor parte la envidia de los cortesanos, que alzándose sobre los demas por las malas artes palaciegas, son enemigos declarados de todo el que sobresale por solo su merecimiento, pues son elocuentes acusadores de la ilegitimidad de sus fortunas.

Don Manuel, para terminar su reynado tan gloriosamente como le comenzó, mandó hacer una recopilacion de sus propias leyes y de las de sus predecesores con grande utilidad de la república; y mandó escribir tambien las crónicas de los reyes de Portugal desde don Sancho I hasta don Juan II, trabajo que ejecutaron Eduardo Galvan, Rui de Pinamá, y otros escritores, y que no andaba impreso en tiempo de Manuel Faria y Sousa (1). En tiempo de este monarca comenzaron á tener los reyes de Portugal en vez del de *Señoría*, el tratamiento de *Alteza Serenísima*, que conservaron hasta don Juan IV, en que se les dió el de Magestad.

Murió este esclarecido príncipe en Lisboa á 13 de diciembre de 1521, á los cincuenta y dos años de edad y veinte y seis de reynado. Fué sepultado en el monasterio de Belen, que él habia fundado en reconocimiento á Dios por el descubrimiento de la India.

Don Juan III. Las calidades personales de este príncipe hacian esperar de él un reinado próspero y feliz; mas por desgracia fué bien desventurado, y en él comienza la decadencia de Portugal. Prueba evidente de que para gobernar á los pueblos no son bastantes las dotes mas aventajadas, si no se agrega á ellas ese don singular del cielo, á pocos otorgado, que atrae el respeto de los gobernados, que forma la verdadera autoridad del gobernante, que es indefinible si no se per-

(1) Véase su *Epitome de las historias portuguesas*, ya citado.

sonaliza en algunos génios eminentes á quienes la Providencia coloca al frente de las naciones.

Casado este monarca con doña Catalina, hermana del Emperador Cárlos V, estrecháronse las relaciones con la córte de España, que tan inútiles entonces, y mas adelante tan perjudiciales fueron á Portugal. En virtud de ellas, don Luis, hermano del rey, peleó en persona en Africa, al lado de Cárlos V, en la espedicion que hizo á aquel pais para enfrenar la osadía del usurpador Barbarroja, que orgulloso con sus tiempos se burlaba del pabellon de las naciones civilizadas de Europa; pero nada sacó Portugal de esta generosa cooperacion.

Por lo demás don Juan III, empeñado tambien por su propia cuenta en contínuas espediciones contra el Africa, esperimentó el disgusto de ver que todas eran desgraciadas, y que no sacaba otro fruto que sacrificar inútilmente una y otra vez la sangre y los tesoros de sus pueblos. Vióse obligado á ceder á los rusos muchas de las conquistas que habian hecho sus gloriosos predecesores, entre ellas las plazas de Zafim, Azamor, Alcacer y Arcilla, lo que disminuia visiblemente el crédito de Portugal en las córtes de Europa, y era parte tambien para que los moros se rehiciesen del espanto que les habian causado los conquistadores, y apareciesen tan prepotentes en el reinado de don Sebastian.

No se cuidó demasiado este príncipe de las conquistas de la India. Sin embargo, nombró virey de ellas al ilustre Vasco de Gama, que desempeñó su cargo con tanta prudencia y lealtad como valor habia mostrado en la conquista, en el poquísimo tiempo que le duró la vida. Por su muerte fué nombrado don Enrique de Meneses, varon insigne, que fue digno sucesor del héroe que le habia precedido. El Brasil lo dividió en varios gobiernos que confirió por un espacio de tiempo determinado á capitanes hábiles y valerosos con prohibicion de poblar las tierras que les repartia, ilustrándose sucesivamente en el mando Martin Alfonso de Sousa, Eduardo Coello, Pereira, Pereira Continho, y otros muchos.

Sin duda la poca aficion que tuvo don Juan á las empresas atrevidas de su glorioso padre, contribuyó á que Fernando de Magallanes y Rui Faleiro viniesen á España para concertar con el emperador Cárlos V su viage á las Molucas, que favorecido por este, fué emprendido en agosto de 1519 en que salieron de Sevilla estos famosos portugueses, alcanzando la gloria imperecedera que la historia les ha conservado para admiracion de los venideros.

Don Juan se consoló de sus desastres en Africa protegiendo en su patria el estudio de las ciencias, á que su carácter dulce y benigno le hacian aficionado. Hizo de la universidad de Coimbra, hasta entonces poco acreditada, una nueva Atenas. Buscó para profesores de ella así en las letras sagradas como en las profanas á los primeros sábios del mundo, sin reparar en gastos, ni tener tampoco en cuenta la patria de los que eran mas distinguidos. Merced á tan acertada disposicion, acudieron allí de Castilla hombres tan eminentes como Fr. Martin de Ledesma, dominicano, Martin Alpizcueta Navarro, Francisco Monzon, y Luis de Alarcon y otros:

de Escocia vinieron los dos hermanos Bucanan; los cuales unidos á los portugueses laboriosos que habian estudiado en la ya célebre universidad de París, realzaron sobremanera el lustre de la de Coimbra. Esta fué la epoca de mayor adelanto en las letras hebreas, griegas y latinas, y puede llamarse el siglo de oro de la literatura portuguesa. Parece que el engrandecimiento de las letras es un signo precursor de la decadencia de los pueblos. Los siglos de Augusto, Luis XIV, Felipe II y don Juan III, vienen en apoyo de esta aseveracion. Para coincidencia casual es demasiado repetida en la historia de las naciones. Para fundar una teoría, mas ó menos ingeniosa, no es bastante mi talento ni el espacio que se me concede. Señalo solamente la idea para que ejerciten sobre ella su talento los entendidos.

Fué este príncipe muy celoso defensor de la religion que los modernos empíricos consideran inconciliable con la ilustracion moderna, y que tanto y tan poderosamente ha servido para alcanzarla. Para propagarla y fortalecerla en sus dominios, introdujo en ellos la órden de los jesuitas recien establecidos en España por San Ignacio de Loyola, órden que ha sido objeto de tantas discusiones, de tantas disposiciones de los príncipes y de los papas, y de tan amargas censuras y calumnias de parte de aquellos á quienes incomodaba el instituto, y la manera de ejercerlo.

Entonces estaba en todo su esplendor; y no habiéndose levantado contra ella ninguna voz enemiga, era manifiesta cordura en un príncipe cristiano aprovecharse de las ventajas que podia producir para la exaltacion de la fé, y para la reforma de las costumbres. San Francisco Javier, uno de los compañeros de San Ignacio, fué enviado por Juan III á Goa para llevar allí la religion de Jesucristo, y el ejemplo de la práctica de su doctrina.

En 1526 se introdujo tambien en Portugal el santo oficio de la Inquisicion. No seré yo quien apruebe los horrores que hereges y jansenistas han imputado á manos llenas á este tribunal, como contrarios á la religion del Crucificado, cuyo fundamento es la caridad, cuyo fin es la caridad, y que respira la caridad en todos sus misterios y preceptos. Pero depongamos las ridiculas preocupaciones que ha inoculado en nuestra sociedad la funesta escuela del siglo XVIII: estudiémos imparcialmente los hechos; y verémos que el pensamiento de erigir un tribunal que conservase la unidad católica es un pensamiento noble, digno, elevado y patriótico, así como las crueldades y los escesos que se suponen cometidos son la amarga consecuencia de las pasiones de los hombres, que de todo abusan, y todo lo convierten en su propia utilidad. Yo no quiero la inquisicion; pero entiéndese bien que la rechazo en nuestros dias por innecesaria, por la triste memoria que han dejado sus abusos, por ser ellos contrarios á la verdadera doctrina de la iglesia. Concédaseme en cambio que no fué desacuerdo establecerla para hacer frente á la heregía, para conservar ilesa la fé, y para hacer temblar á los apóstatas. Apesar de sus estravios, que yo deploro sínceramente como cristiano, le debemos el beneficio de no ver entregado nuestro pais á la anarquia religiosa, á las guerras y á la per-

secucion de los protestantes, que no han sido menos fervientes apóstoles del error, que los inquisidores lo eran de la verdad (1).

El príncipe don Juan dió señaladas muestras de la bondad de su caracter y de la magnanimidad de su corazon. Cuéntase de él un rasgo que confirma estas prendas de monarca. Instándole el emperador Cárlos V por que le entregase unos españoles culpables de haber militado en las filas de las comunidades, ofreciendo entregarle los portugueses refujiados en España por causas políticas, juntó al consejo de Estado para oir su parecer. Inclinándose todos los votos del lado de la demanda del emperador, respondió don Juan: *líbreme Dios de quitar á mis vasallos el asilo que tienen contra mi ira;* y fue negada la recíproca extradicion.

Murió don Juan III en Lisboa á 11 de junio de 1557, despues de haber vivido cincuenta y cinco años, y reinado treinta y cinco.

Don Sebastian I. Heredó la corona su nieto don Sebastian, príncipe educado monásticamente por su ayo Meneses y su confesor el jesuita Cámara, pero que en medio de su ascetísmo encerraba en su pecho el corazon de un héroe, y no pensaba en otra cosa que en las armas, la guerra, las victorias, la estension del territorio, y la reputacion militar. Semejante á Cárlos II de España en la devocion exagerada, si puede haber exageracion en el culto que debemos las criaturas al autor de todo lo criado, le escedió en denuedo y valor, calidades que en el jóven príncipe portugues rayaban en loca temeridad. Estas prendas le condujeron á su ruina.

Por consejo de algunos de sus cortesanos se empeñó en dar auxilios á Muley-Mahamet que habia sido arrojado del trono de Marruecos por Muley-Moluc. En vano le representaron las dificultades de la empresa el monarca Felipe II, el infante don Enrique y los hombres mas eminentes de la corte. Seducido por el atractivo de la gloria desechó los consejos de todos llegando su aturdimiento hasta llamar *cobarde* al ilustre general don Juan Mascarenhas, que acababa de adquirir en el gobierno y guerra de la India un nombre esclarecido. Para que la empresa fuese mejor conducida escribió al famoso duque de Alba ofreciéndole el mando del ejército portugués; pero este caudillo esperimentado despreció la oferta sin rodeos; manifestando que si él fuese el encargado de dirigir la guerra, no vacilaria en encargarse del mando de las tropas; y que en ningun caso quería servir á las órdenes de un mancebo, que podria por su inesperiencia comprometer la reputacion del célebre guerrero de los Paises-bajos.

Mucho desagradó á don Sebastian la negativa del duque, y mas aun los términos desdeñosos en que estaba concebida; pero no varió por eso de sentir. Aprestó una escuadra de que dió el mando á don Luis de Ataide, y que llevaba 15,000 hombres de desembarco, á cuya cabeza se puso él mismo, dejando el go-

(1) El que desee adquirir todos los datos necesarios para juzgar con acierto de esta institucion puede consultar la *historia de la Santa Inquisicion del reino de Portugal por el P. Pedro Monteiro,* impresa en Portugues en Lisboa año de 1749.

bierno del Estado á don Jorge Almeida, arzobispo de Lisboa, á don Pedro Alcaçoba, á don Francisco Sada, y á don Juan Mascarenhas, á quien en el arrebato de su ardimiento habia llenado de vituperio. Llegado á Africa, hizo entrar á las tropas en combate, sin darles siquiera el tiempo necesario para el preciso descanso, y lanzándoles en la pelea, sin mas precauciones que su valor. Sostuvo de este modo diferentes choques con los moros sin éxito decisivo; pero en la batalla de Alcazarquivir, en que llevó su arrojo hasta la mas reprehensible temeridad, si bien causó muchos destrozos á los enemigos, era tanta la superioridad de estos en número, que desbarataron el ejercito portugués haciendo perder la vida á don Sebastian, y á la flor de la grandeza de Portugal que competian en entusiasmo con el desgraciado monarca. Sucedió esta desgracia el 4 de agosto de 1578, dia por demás infausto en los anales de la nacion (1).

Don Enrique I. Sucedió á don Sebastian, arrebatado por la muerte en la flor de sus dias, pues solo contaba 24 años, su tio el cardenal don Enrique, hijo del rey don Manuel, que ya se hallaba en la edad de 67 años, y que estaba por consiguiente en poca disposicion para regir acertadamente los negocios del estado.

Afligian por demás su ánimo las pretensiones de los aspirantes al trono para despues de su muerte; que eran los cinco nietos de don Manuel; á saber: don Felipe II, rey de España, Manuel Filiberto, duque de Saboya; Ravincio, príncipe de Parma, don Antonio prior de Crato, y doña Catalina, mujer del duque de Braganza. Queriendo don Enrique no dejar tras sí una guerra entre los competidores que acabase de consumir las ya gastadas fuerzas de la monarquía, convocó en Lisboa las córtes del reino para que decidiesen de una vez el punto de sucesion. El rey se inclinaba á un proyecto que consistía en nombrar desde luego cinco gobeinadores á quienes se jurase fidelidad, y á quienes se cometiese el encargo de gobernar el reino despues de la muerte del cardenal.

Las cortes aceptaron este pensamiento con algunas modificaciones; pues dispusieron que el monarca decidiese la cuestion oyendo á los pretendientes, si bien habia de quedar secreta su resolucion hasta despues de su muerte: que si esta ocurria antes de haber dictado fallo tan importante, se defiriese el derecho de elegir á once personas designadas entre las veinte y cuatro que las cortes habian de proponer: que durante el interregno gobernarian cinco, elegidas de entre quince de igual propuesta, y que los procuradores de las ciudades y villas jurasen obedecer al monarca que en estos términos habia de resultar escogido. Hízose el nombramiento de los gobernadores, recayendo en personas de tan eminentes ser-

(1) Las tradiciones suponen que don Sebastian no murió en la refriega, sino que desapareció, lo que dió motivo á que algunos impostores se fingiesen ser el rey, entre los cuales fué el mas famoso el *pastelero de Madrigal*, ahorcado por esta superchería. El juicio mas atinado que puede formarse de esta espedicion, se halla, ¡cosa admirable! en la conocida cancion del vate castellano *á la pérdida del rey don Sebastian.*

vicios como don Jorge de Almada, arzobispo de Lisboa, don Francisco Sada, primer gentil hombre de la cámara del rey, don Juan Tellez, don Juan Mascarenhas, y don Diego Lopez de Sousa. Tomadas estas determinaciones, y excluido judicialmente por bastardo el prior de Crato, fueron despedidas las cortes, y citados los pretendientes á exponer los fundamentos de su derecho respectivo.

El rey cardenal se decidió despues de largas meditaciones por Felipe II, sea que en conciencia estuviese convencido de la preferencia de su derecho, sea que se intimidase por el gran poder del rey de España, que muy significativamente habia insinuado por medio de su embajador el duque de Osuna su deseo de ceñirse la corona de Portugal. Convocadas de nuevo las cortes en Almeirin en 9 de julio de 1580, el obispo de Leyria fue el encargado de manifestar á la asamblea que el cardenal habia resuelto la cuestion á favor de don Felipe. Los representantes del pueblo llevaron muy á mal esta determinacion, y manifestaron su sentir con entera libertad; pero habiendo fallecido el rey en este mismo año sin haberse dado mas pasos en el negocio, es fácil de inferir que la cuestion habia de quedar intacta para ser remitida á la suerte de las armas.

Interregno. A la muerte del monarca estaban reunidas las córtes en Santaren, y los gobernadores del reino entraron en el ejercicio de la suprema autoridad. Tres de ellos eran conocidamente adictos á don Felipe, y así procuraron atraerse á la nobleza y al clero, lo que no consiguieron completamente, á pesar de las promesas del monarca español. Estas eran las mas aceptables para el ya abatido reino de Portugal. Estaban concebidas en estos términos:

1.ª Que su majestad hará juramento en forma de guardar todos sus fueros y costumbres, privilegios y exenciones concedidos á este reino por sus reyes.

2.ª Cuando hubiere córtes tocantes á este reino serán dentro de él, y que en otras ningunas se podrá tratar y determinar alguna cosa que le toque.

3.ª Que poniéndose virey, ó personas que debajo de otro cualquier título gobiernen este reino serán portugueses; y lo mismo se entenderá si á él se hubiere de enviar algun visitador; mas que podrá enviar por gobernador ó virey persona real, que sea hijo suyo, hermano, tio ó sobrino.

4.ª Que todos los cargos superiores é inferiores de justicia y de hacienda y cualquier otro gobierno no puedan darse á ningun extraño sino á solos portugueses.

5.ª Que en estos reinos habrá siempre todos los oficios que en tiempo de sus reyes hubo, así de la casa real como del reino, y serán siempre proveidos en portugueses, que lo ejercitarán cuando su majestad y sucesores vengan al reino.

6.ª Que lo mismo se entienda en todos los otros cargos y oficios grandes y pequeños, de mar y tierra que ahora hay, y despues hubiese de nuevo; y que las guarniciones de soldados en las plazas serán portugueses.

7.ª Que no se altere en los comercios de la India y Guinea y otras conquistas

destos reinos, ya descubiertas, ó que se descubran despues; y que todos los oficiales de ellos sean portugueses, y naveguen en vasos portugueses.

8.ª Que el oro y la plata que se hiciere en moneda (que será todo el que viniere al mismo reino de su dominio), no tendrá otra nota que las armas de Portugal sin mezcla alguna.

9.ª Que todas las prelacias, beneficios y pensiones, se darán á los portugueses; cargo de inquisidor mayor, encomiendas, y oficios de todas las órdenes militares, y en todo lo eclesiástico, como ya se dijo en lo seglar.

10. Que no habrá tercias en las iglesias, subsidios, ni escusados, y que para ello no se podrán impetrar bulas.

11. Que no se dará ciudad, villa, lugar, jurisdiccion, ni derechos reales á persona que no sea portuguesa; y que vacando bienes de la corona, su majestad ni sus sucesores los podran tomar para sí, antes darlos á los parientes de los últimos poseedores, ó á otros beneméritos portugueses.

12. Que en las órdenes militares no se innovará cosa alguna.

13. Que los fidalgos venzan sus moradías con doce años de edad. Que su majestad y sucesores tomarán cada un año doscientos criados portugueses que venzan la propia morada, y que los que no tuviesen fuero de fidalgos sirvan en las armadas del reino.

14. Que cuando su majestad y sucesores viniesen á este reino no se tomarán casas de aposentadoría como en Castilla se usa, sino como en Portugal.

15. Que estando su majestad y sus sucesores fuera de este reino, traerán siempre un consejo que se llamará de Portugal, con una persona eclesiástica, un veedor de hacienda, un secretario, un canciller mayor, y dos oidores, que serán portugueses, y con que se despacharán las cosas del reino; y en la córte habrá dos escribanos de hacienda y dos de la cámara para lo que se ofreciere; y todos los papeles serán en portugués; y cuando su majestad viniese á Portugal, será con el propio consejo.

16. Que todos los corregidores y cargos de justicia se proveerán como ahora, proveedores y contadores y otros.

17. Que todas las causas de cualquier calidad que sean se determinarán y ejecutaran en este reino.

18. Que su majestad y sucesores tendrán capilla como los reyes pasados en Lisboa, para que los oficios divinos se celebren.

19. Que admitirá su majestad los portugueses á los oficios de su casa al uso de Borgoña, indiferentemente que á los castellanos y otras naciones.

20. Que la reina se servirá ordinariamente de señoras y damas purtuguesas, y que las casará en la patria y en Castilla.

21. Que porque se aumente el comercio, se abrirán los puertos secos de ambos reinos. y pasarán libremente.

22. Que se dará todo favor para entrar pan de Castilla.

23. Que dará trescientos mil ducados, ciento y veinte para rescatar cautivos portugueses, ciento y cincuenta para depósitos, treinta para acudir al trabajo presente de la peste.

24. Que para flotas de la India, defension del reino, y castigo de corsarios, su majestad mandará tomar asiento conveniente, aunque sea con ayuda de los otros estados suyos, y mayor costa de su hacienda real.

25. Que procurara estar en este reino lo mas que fuese posible, y si no hubiese estorbo, quedará el príncipe en él.—Almeysin 20 marzo de 1580 (1).

Harto conocia la sagacidad del monarca de Castilla cuan inútiles habian de ser para su intento ofertas tan generosas, si no iban acompañadas de la fuerza para hacerlas prevalecer. Envió, pues, á Portugal un ejército de 20,000 hombres al mando del célebre duque de Alba, que á la sazon se hallaba relegado en Uceda, á pesar de sus altos merecimientos, y una armada de 60 galeras á las órdenes del no menos esclarecido marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazan.

El pueblo portugues, celoso como el que mas de su independencia, cuando vió que el ejército español ponia el pié en su territorio, se apercibió á la resistencia sin reparar en los escasos medios de que podia disponer contra enemigo tan poderoso; y para organizar en cuanto era posible la defensa, eligió por rey á don Antonio, prior de Crato, cuya capacidad no estaba ni con mucho al nivel de su ambicion, y cuyos derechos á la corona no podian sostenerse de ningun modo en buenos principios de justicia. Fué proclamado con toda solemnidad en las casas consistoriales de Lisboa, en cuya plaza penetró por haber abandonado su defensa don Juan Tellez, uno de los regentes, que mandaba en ella.

Entretanto el duque de Alba tomó sin esperimentar ninguna resistencia á Setubal, llegó tambien sin estorbo á las márgenes del Tajo, que atravesó cerca de Cascaes, y se aproximó á la capital de la monarquía. Alli se habia refugiado don Antonio, procurando exaltar contra los estranjeros los bien dispuestos ánimos de la muchedumbre, en cuya empresa le ayudaban los frailes, que habian abrazado su partido.

El duque de Alba se apoderó del castillo de San Julian: dividió su ejército en dos trozos, de los cuales el uno era mandado por su hijo, el otro por el ilustre caudillo Sancho Dávila, los cuales, atravesando el arroyo de Alcántara, presentaron la batalla al enemigo. No podia ser dudosa la suerte de las armas. Entre un ejército aguerrido y que se habia coronado de laureles en Europa, mandado además por el mayor capitan del siglo, y unas tropas formadas en el instante mismo del peligro, sin gefes, sin organizacion, sin disciplina, y sin el hábito de combatir, la victoria, tan sierva, de la superioridad, no habia de abandonar en este caso á los que tan indudablemente la poseian. Los españoles desbarataron las huestes por-

(1) Véase el mencionado *Epítome de las historias portuguesas*, de Faria y Sousa, de donde se han tomado literalmente estas premisas.

tuguesas, á pesar del esfuerzo de don Antonio su caudillo, y á pesar tambien del ardor, sin duda mal dirigido, con que los soldados combatian. Llegaron hasta las puertas mismas de Lisboa, que se rindió por capitulacion, y poco á poco fueron sujetando todos los ángulos de la monarquía (1), y quedó pacífico dueño de Portugal el fiero monarca castellano.

III.

FELIPE I DE PORTUGAL, EN ESPAÑA II.

Todo lo referente á la dominacion de este príncipe y sus sucesores en Portugal ha sido motivo de contiendas entre los sábios de una y otra nacion, principiando por su derecho á la corona, por su manera de usar de la suprema potestad en los nuevos dominios, y por la justicia del alzamiento victorioso que acabó con la dominacion de los españoles.

Los principales argumentos que los parciales de don Felipe alegaban en su favor se reducian á lo siguiente: primero; este monarca era rey de Leon; y como tal podia excluir á don Alfonso Enriquez, que fué usurpador; y á todos los que de él traian causa: segundo; era rey de Aragon, y como tal podia excluir á don Juan, Maestre de Avis, que á pesar del derecho de doña Beatriz, hija de don Pedro rey de Portugal; y de los descendientes de doña Ines, antecesora de los reyes de Aragon, se alzó, segun hemos visto, con la corona. Era tambien rey de Castilla, y esta dignidad le daba accion y derecho al mismo reino, porque doña María, hija de don Alfonso y hermana de don Pedro, reyes de Portugal, se casó con don Alonso V de Castilla; y fué antecesora de su majestad el rey Felipe. Era últimamente heredero del rey don Enrique I (2).

Los enemigos de la dominacion española alegaban que en las solemnes cortes de Lamego estaban excluidos los extranjeros de todo derecho á la corona de Portugal, y extranjero indudablemente era don Felipe. Decian que Alfonso Enriquez fué legítimo monarca, pues á mas de la amplísima concesion para adquirir domi-

(1) En una obrita titulada *Discurso y sumario de la guerra de Portugal, y sucesos de ella*, escrita por Francisco Diaz Vargas, natural de Trujillo, é impresa en Zaragoza año de 1581, encontrarán los curiosos una menuda relacion de las fuerzas que llevó el duque de Alba, varios pormenores de la campaña, y todos los de la coronacion. No puedo extenderme á referirlos.

(2) Véase el manifiesto del reino de Portugal, la respuesta ya citada de Caramuel, y un libro titulado *Anti-Caramuel*, escrito por el capitan Villarcal.

nios dada á su padre el conde de Borgoña por los reyes de Leon, el voto nacional lo habia proclamado, y lo habia legitimado el fallo de las córtes. Además negaban que fuese válido el derecho de doña Ines de Castro y su descendencia.

La verdad es que si Felipe II no hubiera tenido un nombre tan temible á la sazon en toda Europa, no habria encontrado parciales en el reino de Portugal; y aun así, si no hubiera podido disponer de un ejército tan poderoso y aguerrido, no hubiera sujetado aquellos estados á su imperio. Portugal se hallaba entonces en un período de verdadera anarquía, con un rey sin derecho y sin talento, con unos competidores faltos absolutamente de poder, y las huestes del duque de Alba decidieron la cuestion. Por lo demas me parece igualmente fuera de duda que si Felipe II no hubiera considerado á Portugal como una conquista subalterna, si hubiera trasladado su corte á Lisboa, cuyas condiciones la hacian capaz de ser la primera capital del mundo, y si hubiera seguido allí una política mas en armonía con los intereses del reino, Portugal habria permanecido unido á España con ventaja de las dos naciones. Pero Felipe II no podia atender á todo con la misma diligente solicitud. Las guerras de los Paises-Bajos, las de Italia, las posesiones de América, distraian de tal manera su atencion y sus fuerzas, que era imposible que mirase como era justo á la conservacion de su nueva conquista. Una política menos ambiciosa, y mas proporcionada á los medios con que contaba para sostenerla, hubiera logrado perpetuarse en Portugal, ganando el afecto de aquellos naturales (1). Pero la ambicion cegaba á este poderoso rey, y mientras sus ejércitos se llenaban de gloria en todo el mundo, él no supo conservar nada de lo que habian conquistado con su heroismo.

Felipe II no hizo su entrada en Portugal hasta despues que el reino entero estaba apaciguado. Convocó inmediatamente las córtes en Tomar, en las cuales confirmó todos los fueros y privilegios que habia prometido para vencer; pero no se cuidó demasiado de cumplirlos estrictamente, ni de satisfacer el deseo de los pueblos en varios asuntos importantes. Abolió los derechos de importacion y exportacion que recíprocamente pagaban las mercaderías, colmó de honores y distinciones al duque de Braganza, dándole hasta el toison de oro, que no se concedia en aquella época con tanta facilidad como al presente, y dispensó muchas gracias. Pero mayores fueron las justicias que hizo para castigar á los parciales del prior, pues no perdonó á ninguno de los que habian servido á su causa. Cierto es que publicó una amnistía, pero tan mezquina, tan poco adecuada para ganarse la voluntad de sus nuevos vasallos, que los exceptuados de ella eran muchos mas en número que los comprehendidos. Tanta fué la crueldad de su gobierno que tuvo que pedir al Sumo Pontífice una absolucion por este pecado. Los autores portu-

(1) Esta opinion es tambien la del señor Martinez de la Rosa en su *Discurso sobre la dominacion de la casa de Austria*, leido en la Academia de la historia en el mes de abril del corriente año.

gueses afirman que hizo matar secretamente á dos mil eclesiásticos, mandándolos arrojar al mar, lo que produjo que los peces abandonasen aquellas riberas (1).

Puso precio á la cabeza del prior de Crato, que por su dicha pudo encontrar asilo en tierra extraña, donde falleció despues de algunas inútiles tentativas para recobrar un trono que le negaban de consuno el derecho y la fortuna.

Dos años estuvo don Felipe en Lisboa, al cabo de los cuales volvió á España, nombrando virey de Portugal al cardenal archiduque Alberto, dándole por consejeros á tres ilustres portugueses, que fueron don Jorge de Almada, arzobispo de Lisboa, don Pedro de Alcaçova, y don Miguel de Moura.

Conquistó las islas Terceras por medio del valor y la pericia del ilustre marques de Santa-Cruz, que derrotó á Felipe de Strozzi, mandándolo matar y arrojar al agua, con trescientos franceses que se habian rendido. La muerte de aquel célebre almirante ocurrida poco despues en Lisboa, fue causa sin duda de que se malograse la gran expedicion que en 1588 envió Felipe á la conquista de Inglaterra.

Venció fácilmente á los impostores que tomaron el nombre de don Sebastian; y despues de haber pasado por el disgusto de ver que desde su advenimiento á la corona de Portugal, habian menguado las rentas y decaido todos los ramos de la prosperidad pública, falleció en 13 de setiembre de 1598.

Felipe II, en España III. No tenia este príncipe las calidades de su padre, ni habia nacido para gobernar, mucho menos los vastísimos estados que habian adquirido sus antecesores en las cuatro partes del mundo. Asi es que desde que tomó en sus manos las riendas del gobierno, lo que sucedió teniendo él 20 años, las cedió á don Francisco de Sandoval, que era su escudero, y fué elevado á todas las dignidades con el título de duque de Lerma. Mucho deseaba este príncipe ver á Lisboa para tomar posesion de sus nuevos dominios; pero sus cortesanos, que no les daban gran importancia, que los consideraban como una provincia mas de la monarquía, y que juzgaban estar á cubierto de todo conato de independencia en Portugal usando de una política severa, impidieron por mucho tiempo al joven monarca que realizase su deseo. Los desaciertos de su gobierno en España, trascendieron, como era indispensable á Portugal. Si aquí las rentas estaban en decadencia, allí eran intolerables las exacciones. El valido no pensaba en otra cosa que en su propio engrandecimiento.

La detestable administracion española en Portugal durante este reinado, se debe en mucha parte á las instrucciones que el rey Felipe II, habia dejado á su hijo acerca de este punto. «Apenas el reino esté tranquilo, le decia, y cuando »los pueblos se hayan acostumbrado á la dominacion española, entonces se em»pezará por atacar sus privilegios dándoles de tiempo en tiempo, y con diversos »pretestos, magistrados españoles, á fin de que se hagan insensiblemente á tener-

(1) Véase á Pereira Figueredo.

»los. Jamas debe perderse de vista al duque de Braganza, ni cesar de descubrir »todos sus manejos. Pueden guardársele grandes consideraciones, mas es necesa»rio alejarle de todas las dignidades del Estado, no concediéndoselas jamas si no »es en España, y esperando una ocasion oportuna para menguar de todo punto »su importancia. Conviene mucho alejar á toda la nobleza y conferirles cargos »honoríficos en Italia, Flandes y Alemania. Si aconteciese alguna desavenencia »entre los grandes de España y los de Portugal convendria favorecer á los últimos, »confiriendo las dignidades á los que se manifestasen mas adictos á la corte de »Madrid, á fin de que la esperanza del galardon atraiga á los restantes. Cuando »ya nada haya que temer de los grandes, de la nobleza ni del pueblo, *entonces se »gobernará á Portugal como á cualquiera otra de las provincias que componen la »monarquía española* (1).» Estas instrucciones, tan conocidamente maquiavélicas, como que en último resultado no iban encaminandas á otra cosa que á establecer en Portugal el despotismo por medio de la disimulacion, cayendo en personas tan inhábiles para conocer la oportunidad de aplicarlas, como el monarca y su ministro, prepararon la independencia de aquel reino, pues de ellas se dedujo el despotismo mas absurdo, que produjo el descontento, y despues la revolucion.

Decidióse al fin Felipe á visitar el reino de Portugal, donde el espíritu de lealtad, que á pesar de todo formaba el carácter de aquellos naturales, le preparó las fiestas mas suntuosas que se refieren en su historia, sorprendiendo de tal manera el ánimo del monarca, que esclamó lleno de entusiasmo : «Yo no sabia lo pode»roso que era hasta que he entrado en Portugal (2).» Detúvose allí poco tiempo, estrechado por sus favoritos á volver á España, donde falleció en 1621, dia 31 de marzo á los cuarenta y tres años de edad, víctima de la severísima etiqueta de la corte en tiempo de la casa de Austria. El caso es digno de referirse. Trabajaba el rey en su gabinete cuando observó que el excesivo calor de un brasero que en él habia perjudicaba á su cabeza. Lo mandó retirar ; pero no estando á la sazon en Palacio la persona de su servidumbre que debia servir á este ministerio, el brasero permaneció por mucho tiempo en la habitacion, dañando visiblemente á la salud del rey, sin que fuese lícito á ningun criado el sacarlo, ni aun por motivo tan urgente. La consecuencia de este rígido ceremonial fué que el príncipe falleció á los pocos dias (3).

Durante el infeliz reinado de don Felipe, perdió Portugal sus posesiones en el Golfo pérsico, y en el Indostan, igualmente que Ormuz, Malaca, Ceilan, y las islas de la Sonda. Lo único bueno que se puede citar de su administracion es haber

(1) Véase la ya citada historia de Portugal del señor don Juan Cortada.
(2) Véase el libro titulado *Relacion de las fiestas con que fué recibido en Portugal el señor rey don Felipe III.*
(3) Véase las *Memorias de Bassompierre*, embajador de Francia en España por aquel tiempo.

dado nombre y autoridad á las *Ordenanzas* del foro portugués, compiladas de su órden por los famosos jurisconsultos de aquel país, Damian Ribero de Aguia, Paulo Alfonso, Jorge de Cabedo, y Pedro Barbosa.

Felipe III, en España IV. Tenia este monarca diez y siete años cuando empezó á reinar, y no mas aptitud para los negocios que su antecesor, ni mayor deseo de consagrarse á ellos. Así imitó su ejemplo, entregando todo el cuidado del gobierno á un favorito, que fué el famoso conde duque de Olivares. En él acumuló el monarca de tal manera los honores y dignidades, que llegó á ser camarero mayor, gran canciller de Indias, tesorero general de Aragon, consejero supremo de Eslado, caballerizo mayor, capitan general de toda la caballería de España, gobernador de Guipúzcoa, grande de España, y duque de Sanlúcar de Barrameda. Aunque el conde-duque hubiera sido un dechado de perfecciones, no se necesitaba mas que concederle favores tan desmedidos para hacerle perder toda especie de popularidad, pues con ellos se escitaba la envidia de los que se considerasen con el mismo ó mayores títulos para merecerlos, y ya se sabe qne la envidia es la pasion española por escelencia, segun notó el docto jesuita Mariana, y segun se advierte en todos los paises democráticos (1).

Pero el favorito distaba mucho de poseer brillantes calidades que pudiesen contribuir á que se le perdonase su elevacion; y su política fué tan desastrosa para España como para Portugal.

Por aquel tiempo se habian sublevado las catalanes con ayuda del rey de Francia; y la primera de las faltas de Olivares fué obligar á los portugueses á que enviasen contingentes de tropa para sofocar aquella rebelion, que era completamente estraña al interés de Portugal. De este modo se vió con toda la claridad que el gobierno español solo procuraba sacar todo el partido posible de este reino, que consideraba como cualquiera otra provincia, segun las instrucciones ya referidas de don Felipe *el Prudente*, sin cuidarse de concederle ventaja alguna.

Ademas, todos aquellos privilegios jurados por el monarca conquistador antes de tomar posesion del reino, y confirmados despues de este acto fueron arrebatados uno á uno á los portugueses. Segun ellos, Lisboa debia ser la capital donde residieran los consejos supremos para fallar en última instancia las contiendas que se suscitaran entre portugueses, y los consejos supremos fueron trasladados á Madrid, imposibilitando, ó dificultando en gran manera, al menos, que se les administrase pronta, imparcial y cumplida justicia. Debian convocarse cortes con la regularidad que siempre se habia acostumbrado en aquel reino, y las cortes no fueron convocadas sino tres veces, y por mera fórmula y brevísimo tiempo en el espacio de sesenta años. Estaba estipulado que el monarca debia residir tanto tiempo en Portugal como en España, y apenas ninguno de los tres Felipes puso los pies en Portugal. El virey debia ser portugues, y nunca lo fue. La defensa de

(1) Véase el precioso libro de Tocqueville, titulado, *De la democracia en América.*

Portugal estuvo tan completamente abandonada, que habria sido muy fácil la conquista de aquel reino. Se llegó á la extremidad de negar permiso á los portugueses para que hiciesen comercio con la América, cual si fuesen parias ó maniotas, siendo así que eran ciudadanos de una monarquía independiente, unida á España por los pactos y no por las relaciones de esclavo ó señor. Al clero se le imponian contribuciones tan escandalosas y vejatorias como á los seglares. Las dignidades eclesiásticas se conferian á personas indignas, que ni siquiera se tomaban la molestia de ir á Portugal á tomar posesion de ellas, sino que permaneciendo en España, disfrutaban de sus productos. El cardenal infante don Fernando, fué nombrado prior de Crato y abad de Alcobaça con 65,000 cruzados de renta, y Leopoldo, hijo del archiduque del Tirol, fué electo obispo de Viseo, teniendo tres años de edad. Los procesos en que tenian interés los portugueses, habian de ser fallados en los tribunales de Castilla; mientras los portugueses no tenian la recíproca potestad de fallar ninguno en que hiciesen parte los españoles. Los portugueses estaban impedidos de hacer comercio con las posesiones de América á pesar de las capitulaciones, mientras que españoles y flamencos podian contratar con las posesiones que los portugueses habian conquistado con su esfuerzo (1).

Tantas vejaciones, tal manera de conducirse faltando abiertamente á la fé de los tratados, era imposible que fuese consentida por los que en todos los momentos solemnes de su historia habian dado tan señaladas muestras de heroismo, y tanta aversion al yugo de los estrangeros. En vano los políticos de Castilla clamaban contra el horrible desacato de alzar banderas para sostener la independencia de la patria. Las revoluciones no se contienen nunca ni con razonamientos de derecho, ni menos con apelar á los medios de terror. De las argucias se burla con razon el buen sentido de un pueblo que se encuentra oprimido; y en cuanto al terror, solo sirve para continuar por algun breve período el poder que ha tenido la desgracia ó la torpeza de hacerse impopular. Las *dragonadas* en cualquier sentido que se ejerzan no resuelven nunca definitivamente la cuestion, sino la aplazan. Las revoluciones se previenen gobernando en justicia, y anticipándose con cordura á satisfacer las exigencias de la opinion. Las concesiones tardias desautorizan al poder, y alientan á los descontentos. Esto dice la historia: por eso el arte de gobernar á los hombres ha pasado por cosa dificilísima desde el principio del mundo: por eso son tan contados los hombres de gobierno que presenta en diversos paises la historia de la humanidad, y por eso no alcanzan á desempeñarle convenientemente esos pigmeos que sin tener en cuenta su pequeña medida intelectual, aprovechan los momentos para alzarse sobre los demás, y labrar la infelicidad de las naciones.

(1) Mucho se ha escrito sobre la dominacion de los españoles en Portugal; pero basta consultar el libro titulado «Historia del levantamiento de Portugal por el maestro Antonio Seyner, del órden de San Agustin (Zaragoza 1644)» para convencerse de que era tiránica y opresora. Véase sobre todo el cap. v de esta obra, cuyo autor no es nada sospechoso.

Por lo demas la revolucion no se discute : no está sujeta á reglas ni á derecho. Es simplemente un hecho, siempre doloroso, á veces muy perjudicial, á veces mas productor de males que de bienes, pero un hecho, no mas, en que el pueblo se refugia para destruir la tiranía.

Esto fue puntualmente lo que sucedió en Portugal en la época de que tratamos. Los muchos descontentos que hacia en ese reino el desacertado gobierno de la corte de Castilla, dieron el grito de rebelion en el Algarbe, con ánimo de sacudir el yugo de los españoles. La vireina, que era á la sazon la duquesa de Mantua, mujer de gran virtud y excelentes prendas, pudo sosegar los ánimos con el prestigio de su nombre ; y la rebelion, que tenia hondas raíces, quedó aplazada, mas no estinguida. Tanto era así, como que en 1637 hubo segunda tentativa en Evora , en que para dar mas impulso al movimiento, proclamaron por caudillo al duque de Braganza , persona de gran poder y autoridad, de inmensas riquezas, y cuyas costumbres apacibles , y modestas aspiraciones, le habian ganado los ánimos de la multitud.

El motin de Evora , que hasta entonces no habia tenido otro carácter, cundió y se propagó al Alentejo; y ya el conde-duque de Olivares comprendió , aunque sin manifestarlo al rey, toda la gravedad de los sucesos que se preparaban, lanzándose para resistirlos en la via de la represion, que es tan inútil cuando tardía, y tan inmoral cuando se adopta para sostener á todo trance un poder abominado. Como nunca faltan personas que se presten á todo, fácil le fué al de Olivares encontrar dos instrumentos de su política desacertada, en dos portugueses llamados Antonio Suarez y Miguel de Vasconcellos. Al primero confirió el cargo de secretario de Estado de Portugal, con residencia en Madrid , y al segundo, que habia de residir en Lisboa, dió la plaza de secretario del despacho. Entre ambos se propusieron estinguir el gérmen de la revolucion, dando la direccion el primer ministro de Felipe IV, y siendo fieles y humildes ejecutores de sus órdenes Vasconcellos y Suarez. Si la rebelion no hubiera estado motivada por la anterior política de la córte de España , es seguro que habria encontrado disculpa en la administracion de esos desnaturalizados portugueses, que, léjos de procurar el alivio del pueblo oprimido, se emplearon en echarle nuevas cadenas , y en desafiar osadamente el enojo de sus conciudadanos.

Entretanto los descontentos creyeron que era llegado el momento supremo de recurrir á la fuerza de las armas, y de arriesgarlo todo por salvar la independencia de la patria, y librarla de la odiosa opresion de sus desatentados dominadores. Juan Pinto Ribeiro concibió el pensamiento de aclamar rey al duque de Braganza, que era, además de sus prendas, el primer personaje del Estado, como que su abuelo se hallaba en el caso, á la muerte del rey cardenal don Enrique, de competir con Felipe II su derecho á la corona de Portugal. Comunicado este plan al arzobispo de Lisboa, este lo aprobó, y el duque de Braganza fué invitado con repeticion á ponerse al frente del movimiento nacional, lo cual repugnaba sin du-

da á su carácter; pero era la única solucion capaz en aquella coyuntura de dar algun órden á la revolucion, y de impedir que se convirtiese en anarquía, provecho en el de algunos ambiciosos sin títulos de los que se arriman á todas las causas que consideran triunfadoras, y siempre en daño del verdadero pueblo portugués.

Mucho vaciló el duque antes de dar una respuesta definitiva; pero al cabo su esposa hubo de inclinarlo á que aceptase el honor que se le ofrecia, á que iba inevitablemente unida la gloria de ser el libertador de su patria. Con el consentimiento del duque de Braganza á tomar la suprema potestad de manos de la revolucion, el diligente Ribeiro discurria por la capital del reino, procurando atraer á su partido á los hombres mas visibles de Portugal por sus talentos, sus riquezas y su importancia. Puso de su lado á fuerza de actividad y de industria al religioso Nicolás de Maya, á muchos magistrados, y á todos los miembros del Santo Oficio. Contando ya con todos los elementos de triunfo que parecian probables, se fijó el dia del alzamiento para el 1.° de diciembre de 1640. Ribeiro debia tirar un pistoletazo á las ochó de la mañana de ese dia, y á esa señal debian acometer los conjurados á las fuerzas del gobierno, las cuales, aunque no escasas en número, ni menos destituidas de honor y bizarria, estaban faltas de aquel apoyo moral que pierden los poderes indiscretos, y que es tan decisivo en el momento de la lucha.

Disparado el tiro, en que estaba cifrada nada menos que la suerte futura de Portugal, las fuerzas de los conjurados se precipitan con ardor al sitio que les estaba designado de antemano. Don Miguel de Almeida, uno de los mas animosos caudillos del alzamiento, cae denodadamente sobre la guardia española de palacio, mientras la guardia alemana es sorprendida y desarmada por otro grupo popular. Los revoltosos se dirigen á la casa del aborrecido Vasconcellos, dán muerte al corregidor don Francisco de Albergaria, á Correa, valido é instrumento dócil del ministro, y ultimamente á Vasconcellos mismo, que no imaginando que pudiesen llegar las cosas á tal estremidad, huyó tarde del peligro que le amenazaba, y fué fácilmente descubierto.

Sobrecogida la vireina con sucesos tan estraordinarios, mandó inmediatamente entregar la plaza á los sublevados, lo que ejecutó su gobernador don Luis del Campo, cuyo ejemplo siguieron al instante los gefes militares que mandaban en Belen, Cabeza, Seca y San Antonio. La duquesa vireina, contra quien no abrigaba el pueblo ninguna especie de resentímiento, salió de Portugal sin ser de nadie ofendida; y en el acto se nombró un consejo de gobierno, de que fué elegido Presidente don Rodrigo de Cunha, arzobispo de Lisboa, que habia sido parte tan principal en la revolucion. Noticioso el duque de Braganza del éxito feliz de esta hizo su entrada como rey, en 6 de diciembre de 1640, aclamándole todas las ciudades de Portugal y reconociéndole como tal todas las colonias portuguesas.

Así acabó la dominacion castellana en Portugal, que habia durado sesenta años, y que un soplo bastó á derribar no obstante el inmenso poder en que apa-



Augusto de Belvedere dibº y litº

Lit. de J. Donón





REINA DE PORTUGAL.

[illegible]

VI.

DON JUAN IV.

[illegible]

[illegible]

[illegible]



rentemente se apoyaba. Tan cierto es que la fuerza material no es la señora del mundo, cual se complacen en hacer creer los que en un momento disponen de ella, y en un momento triunfan y se desvanecen, y se creen eternos en el mando que conquistaron por las bayonetas (1).

IV.

DON JUAN IV.

La legitimidad en el sentido que suele atribuirse á esta palabra no fué el título con que entró á gobernar el reino de Portugal el duque de Braganza, sino el voto del pueblo, que cansado de sufrir desafueros y vejaciones, buscó para caudillo á la persona que estaba mas cerca del trono de los reyes, como la revolucion de Francia en 1830 puso en el trono con general aplauso á Luis Felipe, duque de Orleans. Para legitimar en cierto modo un derecho si no enteramente nulo, al menos controvertible, se dispuso la coronacion con mas pompa y solemnidad aun que la acostumbrada en estas solemnes ceremonias, y fueron convocadas las Córtes del reino, que se apresuraron á reconocer al nuevo monarca como rey legítimo de Portugal, y á jurar por heredero del trono á su hijo primogénito el principe don Teodosio.

Reconocido tambien el duque por todas las colonias de Africa, America y la India, se propuso regir sus vastos dominios en paz y justicia, ya porque á ello era inclinado por carácter y por educacion, ya porque la razon de estado le obligaba á distinguirse de sus antecesores los reyes de Castilla. Así el primero de sus actos fué ceder todas sus rentas en provecho del Estado, y dictar sábias disposiciones que remediasen en parte los desórdenes de la pasada administracion. Pero aun eran los restos del poder castellano bastantes para impedirle que se dedicase como deseaba, á mejorar la condicion del pueblo: aun podia Felipe IV mandar ejércitos numerosos y aguerridos que hiciesen el último esfuerzo por recobrar un trono que habia perdido por las injustificables faltas de sus consejeros. Declarada

(1) No creo que se haya olvidado tan fácilmente en Portugal la época fatal de los Felipes, que sea fácil, cual algunos pretenden, un nuevo proyecto de union ibérica. Tengo algunos motivos para creer que ese pensamiento es en el dia mas generoso que posible. En 1580 hubiera sido fácil formar de las dos naciones un grande imperio. Desperdicióse la ocasion, y la fortuna no suele ofrecer muchas veces sus favores.

la guerra á Portugal, don Juan IV, que este era el nombre con que fué aclamado el duque de Braganza, se apercibió á la pelea poniendo en esta empresa mas resolucion y fuerza de voluntad que la que habia mostrado para ceñirse la corona. No se contentó con rechazar la agresion de los españoles que en número considerable entraron en Portugal á las órdenes del conde de Monterey, sino que fortificando prontamente á Lisboa, dispuso un ejército al mando del ilustre Matías de Alburquerque, que entrando por las fronteras enemigas, en breve se hizo dueño de Valverde, Villanueva del Fresno, Higuera, Barcarrota y Alconchel en Estremadura, y en Galicia de las villas de Aljas, Zarza, Frexineda, y otras no menos importantes, hasta que en 1642 el caudillo lusitano venció en batalla campal á los españoles cerca de Alegrete, lo que le valió por galardon el condado de este nombre.

Ademas de esto prestó ausilio al rey de Francia Luis XIII para sostener contra el rey de España la rebelion de los catalanes, enviándole á este intento sus escuadras, que fueron de grande utilidad para amenguar aun mas el antiguo poder de los reyes de Castilla. Asistió con gruesas sumas de dinero al rey de Inglaterra Cárlos II, cuando por la muerte de su padre Cárlos I se vió en la necesidad de ausentarse de sus estados.

Celosísimo defensor del culto divino, y lleno de fe, tomó á nuestra señora de la Concepcion por patrona de su reino, como lo es del de España, propósito que aprobaron las córtes de Lisboa de 1646.

A pesar de sus buenas prendas no faltaron en su reinado conspiraciones encaminadas á quitarle el cetro y la vida, no ciertamente de aquellas que produce el descontento popular, sino de las que no pueden evitar los gobernantes mas aventajados cuando hay vasallos inquietos y turbulentos que no perdonan la elevacion de otro. El hecho es que el arzobispo de Braga, adicto desde antiguo á los reyes austriacos, el duque de Caminha, hijo del marqués de Villareal, este mismo, el conde de Armamar, don Agustin Manuel, el inquisidor mayor, y otros cien nobles se habian juntado para derribar el naciente poder de la casa de Braganza, llevando la indignidad de los medios que pusieron en ejercicio hasta el extremo de hacer alianza con los judíos.

No ha consignado la historia la manera con que fué descubierta la conspiracion; pero es lo cierto que para el dia 15 de agosto en que debia de estallar el plan que estaba concertado, ya el rey estaba enterado de él, y pudo tomar para frustrarlo todas las medidas que le dictó su prudencia. Con pretexto de una revista hizo entrar en Lisboa todas las fuerzas que estaban en las cercanías; y cuando ya tenia los elementos necesarios para hacer respetar su autoridad, hizo prender al arzobispo, al marqués de Villareal y otros conjurados, y los puso á disposicion de los tribunales ordinarios. La sentencia y su ejecucion no se hicieron esperar por mucho tiempo. Villareal, su hijo el conde de Armamar y don Agustin Manuel fueron decapitados en 29 de agosto: el secretario del arzobispo y otros fueron ahor-

cados ; y al arzobispo y al inquisidor mayor, valiéndoles lo sagrado de su carácter y su alta dignidad, se les condenó á prision perpétua.

Establecióse mayor vigilancia de resultas de este atentado ; y sin embargo, un tal Domingo Leite tomó sobre sí al siguiente año el empeño de matar al rey ; pero fué felizmente descubierto y ajusticiado antes de llevar á cabo su bárbara resolucion.

El heredero de la corona don Teodosio, en el ardor de sus años juveniles, deseaba que se hiciese la guerra de España con mas vigor del que su padre empleaba, bien por prudencia, bien por imposibilidad ; y no habiendo podido conseguir sus deseos, murió de melancolía en 15 de mayo de 1653, sin haber cumplido veinte años. Poco tardó don Juan en seguirle á la tumba, pues falleció en 6 de noviembre de 1656, á la edad de cincuenta y dos años, despues de haber reinado diez y seis, y de haber obtenido el dictado de *feliz*.

Don Alfonso VI. No obstante que durante su reinado se cubrieron de gloria los ejércitos portugueses en la guerra con España, no conserva la historia el recuerdo de una época mas desdichada que la de este monarca. Cinco veces vinieron á las manos las huestes portuguesas con las españolas, y otras tantas salieron vencedoras ; la primera en Badajoz ; año de 1657, bajo el mando del ilustre general Juan Mendez de Vasconcellos : la segunda en las líneas de Elvas, año de 1658, siendo el general portugues don Antonio Luis de Meneses, conde de Castanheda : la tercera en Ameixial junto á Estremoz en 1663, siendo el caudillo don Sancho Manuel, nombrado despues conde de Villaflor : la cuarta en Castel-Rodrigo, en el mismo año, mandando á los portugueses el general Pedro Magalhaes ; y la quinta en 1665, en Montes-Claros, entre Estremoz y Villaviciosa á las órdenes de Antonio Luis de Meneses, marqués de Marialva.

Hallándose don Alfonso en la menor edad, era su tutora doña Luisa de Guzman su madre, mujer de ánimo varonil, y que no habia perdido el orgullo de la noble raza castellana á que pertenecia. Viendo las escasas cualidades de su hijo el rey, todas las preferencias eran para su hermano el infante don Pedro, á quien ella queria ver sentado en el trono, corrigiéndose de este modo la injusticia de la suerte. Alfonso, ignorante de los proyectos de su madre, pasaba la juventud en el ócio y la disipacion, buscando desacordadamente las amistades mas adecuadas para deprabar su entendimiento y corromper su corazon. Otorgó toda su confianza á un jóven llamado Conti, que llamaba la atencion por sus costumbres licenciosas, y era hijo de un mercader genovés. Haciéndole gentil hombre, Chambelan, y caballero de la órden de Cristo. Doña Leonor deploraba como era razon los extravios de su hijo, y expiaba con avidez las ocasiones para impedirlos. Por fin pudo conseguir que el consejo de Estado separase del lado del monarca á un amigo tan perjudicial, y Conti fué desterrado al Brasil.

Pero en medio del aturdimiento de don Alfonso, sentia deseos de gobernar por sí, sin echar de ver cuanto le apartaba la frivolidad de su carácter de las graves

atenciones de un monarca. El conde de Castello-Melhor ; hidalgo ilustre y diestro cortesano, que habia reemplazado á Conti en la privanza, favoreció estos intentos, que al cabo se realizaron poniéndose el pueblo del lado de don Alfonso contra su madre que resistia entregar la corona á un imbécil.

Dueño absoluto del poder, don Alfonso se entregó sin reserva á la direccion del conde de Castello-Melhor, que tanto le habia ayudado para alcanzarlo, del conde de Atonguia, y de don Sebastian César Meneses. El primero logró sobreponer su influencia á la de todos, y engreido con el favor de que gozaba, empezó á descargar su ira contra los que podian ser en algun tiempo sus rivales. Desde luego hizo encerrar en un monasterio á la reina madre, que falleció á los dos años : (27 de febrero de 1665) persiguió al duque de Cadaval y á los personages mas importantes de la nacion que habian contribuido con su voto á la desgracia de Conti, á quien hizo entrar triunfante en Lisboa al son de campanas, trompetas y artillería, cual si fuese un príncipe perseguido víctima de las malas artes, de las cortes, y no un personage odioso que habia contribuido á corromper el corazon del monarca, su compañero en las liviandades. Conti, ya reintegrado en los favores reales, aspiró á derribar al valido que disponia completamente de la suerte del reino; pero éste, mas sagaz, y mas acostumbrado á la intriga palaciega, lo hizo procesar y desterrar, llevando como leccion á los paises extranjeros un ejemplo mas de lo instable de la fortuna que no está fundada en el mérito y la virtud.

Por este tiempo contrajo matrimonio don Alfonso con la princesa de Nemours, lo que fue nuevo motivo de escándalos y turbaciones. Luego que esta señora conoció el carácter versátil de su esposo, se disgustó profundamente ; y conociendo por el contrario cuán distinto era su cuñado don Pedro, se puso completamente de su parte en las pretensiones que, aunque modesto y apacible, no dejaba de tener á la corona. La esposa del infortunado don Alfonso ponia todo su conato en desacreditarlo por todas partes, y en hacer grandes elogios de don Pedro.

En esta coyuntura le mataron á la reina un criado de su nacion que habia traido en su compañía; y el matador, refugiado á una iglesia, quedó libre del castigo que habia merecido. Irritada la reina con la impunidad, comunicó sus quejas al cuñado, quien haciéndose apasionado defensor de ellas, las estendió hasta exigir que fuese desterrado el conde de Castello-Melhor. El rey que carecia de vigor, asi como de resolucion y de talento, cedió bien pronto mandando encerrar á su favorito en un convento. La debilidad del monarca aumentó las exigencias de su hermano, el cual alejó del lado de Alfonso á los que podian hacer sombra á su poder. La córte de Portugal era en esta época desgraciada el centro de las mas viles intrigas, de las pasiones mas vulgares y aborrecibles, síntomas seguros de la decadencia de las naciones. Los motines, espontáneos, ó estimulados por la reina, se sucedian con frecuencia contra este ó el otro personage, y aun era mucho que no se dirigiesen contra el monarca mismo, causa principal de todos ellos.

Un estado de cosas semejante, pedia urgentemente remedio, y se creyó en-

contrarlo en la convocacion de Córtes, cuya determinacion habia sido en otras ocasiones salvadora. Pedíala el pueblo: pedíala la nobleza descontenta. El rey eludió por algun tiempo esta medida, pero viendose cada vez mas estrechado hubo de convocarlas en 1.° de enero de 1668.

Entretanto un escándalo mas concurria para perder en la opinion al monarca. La reina se habia encerrado en el convento de la Esperanza, y desde allí habia escríto una carta á su marido manifestándole que su mas ardiente deseo era deshacer su matrimonio, para lo cual habia un motivo legal nacido de circunstancias físicas del rey, y marcharse á Francia. El infante don Pedro sostuvo esta peticion, como lo tenia de costumbre con todas las de la reina. El confesor de esta declaró asimismo que por confidencia que le habia hecho, sabia que el rey estaba imposibilitado de llenar los fines del matrimonio. El rey se vió obligado á confesar esta debilidad, á tiempo que su hermano le arrestó en su cuarto; y no pudiendo el infeliz Alfonso soportar el peso de tantas desventuras, abdicó la corona.

Regencia de don Pedro. Las córtes reunidas juraron al instante príncipe á don Pedro, y luego tambien gobernador. Solo su presencia en el trono apaciguó las discordias, pues no reconocian otra causa que el carácter de don Alfonso. Vióse entonces la singularidad de que el cardenal de Vendome, tio de la reina, y legado á *latere* del sumo pontífice en Francia, estando pendiente el proceso de nulidad del matrimonio entre su sobrina y el monarca, le concedió licencia para casarse con don Pedro, lo cual se verificó en 2 de abril de 1668, y dió motivo á sospechar que aun antes del proceso habia estrechas relaciones entre la reina y su cuñado, y que á ellas, y no á causas de utilidad pública, se debia que hubiesen obrado tan de acuerdo desde que aquella señora vino á Portugal. Ningun antecedente hay sin embargo en la historia que autorize esta sospecha. De cualquier modo la santidad de Clemente IX, confirmó la licencia otorgada por el cardenal para contraer el nuevo matrimonio, y confirmó además la nulidad del primero, inclinándole á ello la tranquilidad y bien estar del reino de Portugal.

El regente, viendo que la guerra con España era cada vez mas desastrosa y perjudicial, consiguió en 13 de febrero de 1669 hacer una paz honrosa, que fué recibida con júbilo en todos sus dominios.

La presencia de Alfonso VI en el reino era una complicacion para el gobierno del Estado; pues á pesar de sus defectos era el legítimo rey, y no dejaba de contar con algunos partidarios. Así el regente tuvo por bien desterrarle á las islas Azores.

Luis XIV, que habia estrechado mucho sus relaciones con la córte de Portugal, quiso hacer servir esta potencia á sus miras ambiciosas, y empeñarla en la guerra que hacia contra los holandeses; pero don Pedro eludió este compromiso sin ofender la susceptibilidad de Francia.

El regente habia proyectado casar á su hija con el hijo de la duquesa viuda de Saboya, para lo cual era preciso que las córtes dispensasen de la observancia de

la ley de Lamego, que, como recordarán nuestros lectores, prohibia el matrimonio de la heredera del trono con un príncipe estrangero. Las cortes autorizaron el matrimonio; y el regente envió una magnífica escuadra para que condujese al príncipe; pero la corte de Saboya no quiso llevar á cabo lo concertado.

En este tiempo falleció Alfonso VI que habia vuelto de su destino, á los cincuenta años de edad, y quince de haber sido destituido.

Don Pedro II. Muerto Alfonso tomó inmediatamente Don Pedro el título de rey, y comenzó á gobernar con el nombre de Pedro II. A poco de su advenimiento murió su esposa en 27 de diciembre de 1683, y contrajo nuevas nupcias con Sofía de Nembourg en 2 julio de 1687.

Muerto Cárlos II de España en 1.º de noviembre de 1700 bajo el conocido testamento en que dejaba por su heredero al duque de Anjou, nieto de María Teresa, ocurrió en la península la guerra de succesion. Don Pedro hizo liga con los alemanes, ingleses y holandeses en favor del archiduque Cárlos, á quien recibió como rey en su córte á 7 de marzo de 1704.

Era una de las condiciones del tratado que el rey don Pedro habia de contribuir á la guerra con 12,000 infantes y 3,000 caballos, levantados á su costa, y que por cuenta de los aliados habia de poner en pie de guerra otros 13,000 hombres, con lo que ascendia á 28,000 el ejército portugues. Confió el mando de sus tropas al celebre general don Antonio Luis de Sousa, marqués de las Minas. Llegado el ejército hasta Almeida, fue rigorosa y diestramente rechazado por el duque de Berwick, general de las tropas francesas y españolas, por lo cual el portugues se vió obligado á retirarse á Lisboa.

En el año siguiente de 1705 una armada inglesa que llegó á Lisboa mandada por el almirante Schowel condujo á Cataluña al archiduque, quien, apoderándose de la importante plaza de Barcelona, la escogió por entonces para corte de su monarquía, y recibió en ella la embajada extraordinaria de Portugal, que tan dignamente desempeñó don Juan de Almeida, conde de Assumar.

En 1706 fue mas afortunado en su campaña el marques de las Minas. Entrando por tierra de España en solo el mes de marzo redujo á la obediencia del archiduque á Brozas, Alcántara, Coria, Cáceres, Trujillo, Plasencia y otras plazas, y en el mes de abril tomó á Ciudad-Rodrigo Salamanca y Avila. Estos triunfos le allanaron el camino de Madrid; donde entró en fin de junio, á poco de haberse retirado Felipe V de la corte.

En medio de estas gloriosas empresas falleció don Pedro en Lisboa en 9 de diciembre del mismo año de 1706, dejando varios hijos varones de su segundo matrimonio y una memoria grata á la posteridad. En su reinado comenzó no obstante la dependencia de Inglaterra en que aun hoy se halla el reino de Portugal.

Don Juan V. Sucedióle en el trono su hijo mayor don Juan, que habia nacido en Lisboa en 22 de octubre de 1689, y habia sido jurado príncipe en 1697.

La primera de sus atenciones fue proseguir vigorosamente la guerra en favor

del archiduque, aunque con varia, ó mas bien, adversa fortuna. En 1708 fue desbaratado completamente el ejército de los aliados en la célebre batalla de Almansa, en que quedaron prisioneros trece regimientos portugueses. En 1709 fueron derrotados segunda vez las tropas de la liga sufriendo mas que las otras las portuguesas, á causa de su valor. El regimiento de dragones de Tras-Os-montes fue casi todo pasado á cuchillo, y hecho prisionero su bizarro coronel el conde de San Juan.

Por el contrario en 1710 alcanzaron la victoria en dos ocasiones los portugueses; una en la batalla de Zaragoza, y otra en la de Villaviciosa, siendo general de las tropas aliadas el conde de Staremberg, y generales de las portuguesas don Pedro Manuel, conde de Atalaya, y don Pedro de Almeida conde de Assumar.

Otros hechos de armas ilustraron en los años siguientes el nombre portugues, hasta que en 1715 se decretó en Utrecht un armisticio, al que siguió la paz general en el mismo año.

Amenazando los turcos la isla de Corfú, el Papa y los venecianos temieron que si llegaban á tomarla podian derramarse aquellos bárbaros por Italia, causando aun mas estragos que las huestes que en el siglo IV derrocaron el imperio de los Césares. Clemente II pidió auxilio al monarca portugues, cuyo celo religioso era notorio, y cuyo poder no era menos evidente. Aprestó el rey don Juan una escuadra de seis buques que puso al mando del almirante Manuel Cárlos de Tabora, conde de San Vicente, y en que iba de general de las tropas Lope Hurtado de Mendoza, conde de Rio Grande. Dióse á la vela para Levante; y en el momento que fué divisada por los turcos, la acometieron con furor. Trabóse un récio combate que duró dos horas; y fué tanto el esfuerzo de los portugueses, que los venecianos vieron huir y desaparecer los bajeles turcos antes de que ellos pudiesen, como deseaban, entrar en la refriega.

El Brasil, descubierto en el siglo XVI por Alvarez Cabral, reconocido despues por el florentino Américo Vespucio, y abandonado por el rey don Manuel, fué dado en feudo, durante el reinado de Juan V, á los señores portugueses, con cuyo sistema, y la saludable intervencion de los misioneros jesuitas, que tantos esfuerzos hicieron por civilizar aquella comarca, empezó á ser una posesion productiva en gran manera para la corona de Portugal.

Don Juan fundó el majestuoso convento de Mafra: erigió en Basilica la capilla de su Palacio, y dejó otros soberbios monumentos de su piedad y magnificencia.

Siendo tambien inclinado al culto de las letras, estableció en 1720 una academia en Lisboa, cuya ocupacion debia ser escribir en latin y en portugues la historia eclesiástica y secular del reino, despues de recoger todos los materiales que podian suministrar las bibliotecas y archivos públicos y particulares, distinguiéndose entre los miembros de esta sociedad por sus trabajos eruditos José Suarez de Silva, Manuel Pereira de Silva Leal, y los tres hermanos Barbosa. Fundó ade-

mas cuatro bibliotecas riquísimas ; á saber, la del Palacio, la de la congregacion del Oratorio, la de Mafra, y la de la universidad de Coimbra.

En el mes de enero de 1729 se avistaron los monarcas Juan y Felipe V para firmar las ya ajustadas bodas de la infanta de Portugal, doña María Bárbara, con el príncipe de Asturias, don Fernando ; y de la infanta de Castilla doña Mariana Victoria, con el príncipe del Brasil, don José, heredero de la corona.

Dictó leyes encaminadas á reformar la administracion, y murió en Lisboa en 1750, á los sesenta y un años de edad y cuarenta y cuatro de reinado.

Don José I. Este monarca, que habia nacido en 1715, no tuvo otra gloria que la de haber llamado al gobierno al célebre don Sebastian José Carvalho y Mello, marqués de Pombal. Tal era el renombre que entonces y despues adquirió el primer ministro, que dejó obscurecido de todo punto al rey á quien servia. Era el marqués de Pombal un hombre de capacidad, instruido en la fatal escuela de los Enciclopedistas, que por aquella época se habia apoderado de los tronos, enérgico por temperamento, hasta degenerar en cruel, y que quiso imprimir al reino de Portugal sus opiniones por la via del despotismo. Tenia mucha semejanza con nuestro conde de Aranda, que mereció que Voltaire le dedicase un artículo en su *Diccionário filosófico*.

Pombal se dedicó á reformar todos los ramos de la administracion con su estraordinaria actividad, y tambien con sus preocupaciones, pues no estaba exento de ellas, siendo una especie de fanático del filosofismo. Prohibió que se exportase el oro del Brasil, lo que puede dar la medida de sus opiniones económicas. Incorporó á la corona los feudos de Africa y Américа. Reedificó á Lisboa despues del terremoto que derribó esta magnífica ciudad, señalándose su administracion por las muchas obras de utilidad y ornato con que embelleció á la capital, así como la de Madrid debe toda su belleza al reinado de Cárlos III. Mandó ahorcar á 250 malhechores que aprovechándose de la calamidad del terremoto cometieron robos, y mantuvo en paz el reino, que mandaba absolutamente.

En 1758 tres hombres armados quisieron asesinar al rey en el camino de Belem; y este suceso estraordinario en la historia de Portugal, hizo desplegar á Pombal todo el exceso de rigor á que era tan inclinado. Mandó formar un proceso secreto y tenebroso : en él se arrancaron por medio del tormento muchas declaraciones, las cuales dieron por resultado complicar en él al duque de Aveiro, á la marquesa de Távora, al conde de Atonquia, á José Romeiro, Juan Miguel, Manuel y Antonio Alvarez, y al padre jesuita Gabriel de Malagrida, confesor de la marquesa Távora, á quien juzgaba primera causa de la tentativa.

Sin embargo de la manifiesta ilegalidad del precedimiento, todos los comprendidos en él sufrieron el último suplicio con horribles tormentos, esceptuándose la marquesa de Távora, á quién salvó á caso su edad y su belleza, ó el influjo que tenia sobre el ánimo del monarca. Malagrida, contra quien nada resultaba, no fué comprendido en la sentencia; pero no pudiendo desperdiciarse la ocasion de con-

denar á un jesuita, fué entregado á la inquisicion para que lo castigase como herege por ciertos libros que habia escrito, mas ridículos que dañosos, como así lo verificó.

Este acontecimiento sirvió de pretesto para perder definitivamente á los jesuitas. Ya en 20 de octubre de 1757 los habia espulsado Pombal á media noche de palacio. Ya el papa Benedicto XIV habia nombrado visitador de la órden al cardenal Saldanha, el cual les prohibió el comercio, y les recogió las licencias de confesar y predicar. Por último, el marqués de Pombal en un edicto que publicó en 19 de enero de 1759, los declaró cómplices en el atentado contra el monarca: mandó cerrar sus colegios: les confiscó sus bienes; recogió los libros que usaban para la enseñanza, y en 29 de setiembre los espulsó del reino declarándolos enemigos de la patria. El ejemplo de Portugal fué muy luego imitado por las córtes de Francia, España, Dos-Sicilias y Parma, y Clemente XIV estinguió la compañía en 21 de julio de 1773.

Cualquiera que sea el juicio que se forme de esta famosa institucion, no puede negarse la instruccion de que sus miembros en lo general se hallaban adornados, ni la pureza intachable de sus costumbres. Pio VII la restableció en 1814; y en el dia es el mas firme apoyo de la iglesia en los paises en que se halla establecida. El espíritu filosófico la perseguia con encarnizamiento, lo que prueba su utilidad.

Pombal quitó á la inquisicion el derecho que hasta entonces habia ejercido de censurar libros, y dispuso que los fallos que dictára necesitasen la sancion del gobierno para ser ejecutados.

Consecuente con su carácter y sus ideas, desterró de Portugal al Nuncio de Su Santidad porque no puso iluminacion en su casa el dia en que se celebraban las bodas de una hija del rey, con su tio el príncipe don Pedro.

Estableció un tribunal llamado la *mesa censoria,* al cual sujetó el exámen de todos los impresos que se publicaban, inclusas las pastorales de los obispos. Disminuyó el número de los regulares, y suprimió algunos monasterios de la órden de San Agustin.

Su incesante laboriosidad atendió igualmente al ejército, cuya fuerza fijó en treinta mil hombres, aumentando el número de regimientos, así de infantería como de caballería. Reformó la artillería, y restauró la marina, que se hallaba en estremo desatendida y casi olvidada. Puso en Lisboa una guarnicion capaz de defender á esta capital de los enemigos. Fortificó á Elvas.

Reformó muchos abusos que se habian introducido en la administracion de la justicia. Hizo nuevos planes de estudios encaminados á que las ciencias fuesen mejor enseñadas.

Abolió la odiosa distincion entre cristianos nuevos y viejos. Suprimió el tributo llamado de la *capitacion,* que se habia hecho insoportable á los mineros de oro. En suma, nada olvidó de cuanto concierne á la recta administracion del Estado. Las ciencias, la industria, el comercio, la navegacion, las artes, la moral, la jus-

ticia, todo cabia en el ánimo de este hombre memorable. En 1775 se erigió al rey una estátua de bronce, en cuyo pedestal se hallaba tambien el busto de Pombal.

Habiendo enfermado el monarca, y viendo que le era imposible continuar en el gobierno, declaró regente á su hija doña María, la cual mandó con este carácter desde noviembre de 1776, hasta febrero de 1777 en que espiró su padre.

Doña Maria I. Esta fué la primera hembra que ocupó el trono de Portugal, y á la verdad que su reinado fué pacífico y floreciente. Contrajo matrimonio con su tio don Pedro, y el primero y mas justo de los actos de su gobierno fué conceder una amplísima amnistía á todos los presos de Estado que habian sido víctimas, mas ó menos culpables, de las crueldades de Pombal; y en virtud de este generoso decreto, salieron de las cárceles mas de *ochocientos* infelices sepultados años habia en los calabozos; entre los cuales se contaba el marqués de Govea, hijo menor del duque de Aveiro, que llevaba diez y ocho años de prision, y que quedó privado de la razon á fuerza de padecimientos.

El pueblo, que tenia muchos agravios que vengar de la pasada administracion, abatió el busto de Pombal, que la personificaba, sustituyéndolo con las armas de Lisboa. Viendo el ministro caido que su estrella se eclipsaba por completo, salió de la córte con licencia del gobierno, no sin tener antes el disgusto de ver que todas las personas que habian sido objeto de su persecucion eran rehabilitadas, y aun recíbian ámplias compensaciones por sus pasados padecimientos.

A esta reaccion en la opinion pública, y en el gobierno que la interpretaba, era consiguiente que se abriese un juicio sobre los actos del célebre ministro, y en efecto así lo mandó su sucesor el vizconde de Villanova. Se instruyó un proceso con mas legalidad de la que habia usado Pombal en el que poco antes habia formado con motivo de la tentativa de asesinato del monarca, y en él se declaró que el marqués era reo de crímenes atroces; mas no se le impuso otro castigo que desterrarle á veinte leguas de la córte. Falleció este personage en 5 de mayo de 1782, á los ochenta y tres años de edad.

Hecha esta concesion por el gobierno á las exigencias de la opinion, si bien con la dulzura y templanza con que los poderes fuertes y respetables saben hermanar la justicia, no solo fueron respetados todos los establecimientos literarios de Pombal, sino que la regente se dedicó á continuar en la via de las reformas. Distincion razonable entre las faltas y los aciertos de un poder derribado, que no siempre hacen los hombres vulgares que suben al mando para saciar sus míseras venganzas.

Fomentó, pues, la academia de la historia erigida por don Juan V. Fundó la Real Academia de ciencias de Lisboa, que se ha hecho célebre en el mundo literario. Erigió un tribunal para la reforma de las órdenes religiosas. Creó una biblioteca pública y un tribunal del proto-medicato.

En la política esterior no fué el gobierno de doña María menos atinado. Supo

conservar una estricta neutralidad respecto de la república francesa, lo que no acertó á conseguir el gobierno de España, lanzándose al contrario en una guerra larga, inútil y dispendiosa, sin ningun proyecto de utilidad púbica.

Despues de un reinado tan glorioso, enfermó mentalmente la reina doña María, con general sentimiento de sus vasallos que habian recogido los frutos de su diligente administracion y de su política previsora. Por este desgraciado acontecimiento pasó el poder á manos de su hijo don Juan, con el título de regente, en 12 de julio de 1799.

Regencia de don Juan VI. Puede afirmarse sin temor de hacer ofensa á este monarca, por otra parte afable y bondadoso, que no conoció absolutamente el espíritu de la época en que vivia, de lo cual, y de los azarosos tiempos que alcanzó, nacieron todas sus faltas y desventuras. La situacion de la Europa era entonces la mas crítica que ha tenido que atravesar en la historia moderna, á causa de la revolucion francesa que habia puesto en conmocion todas las sociedades; y á la verdad no era don Juan el hábil piloto llamado en momentos tan supremos á dirigir la nave del estado, y á sacarla incólume de tan récias tempestades.

Desde luego comenzó á disgustar á la nacion violando abiertamente la ley de Lamego, en que se manda que, el príncipe heredero, cuando gobierna á nombre del rey, debe hacerlo tomando el nombre de este, y no el propio. Don Juan habló por su propia autoridad, la cual á mayor abundamiento no le habia sido otorgada por las Córtes del reino. No eran estas omisiones inocentes ó hijas de un descuido, inconcebible en cosas tan importantes, sino meditadas y sugeridas por Luis Pinto, gefe del ministerio, que persuadió al monarca de que podia hacer tales transgresiones, sin perjuicio, y aun con provecho, de su omnímoda autoridad.

Por este tiempo el general Bonaparte habia vuelto de Egipto, habia echado por tierra el inmoral é impotente gobierno del Directorio, y se habia hecho gefe del Estado con el título de cónsul. Cárlos IV se apresuró á reconocerlo, firmó con él un tratado de alianza, y declaró la guerra á Portugal porque, fiel, á su política neutral respecto de los sucesos de Francia, no habia tenido por conveniente imitar su ejemplo. Entró pues el príncipe de la Paz en Portugal á la cabeza de un ejército numeroso, se apoderó sin gran esfuerzo de algunas plazas fronterizas, y don Juan, que no veia medios de resistir á la agresion, se dió por satisfecho con hacer la paz de Badajoz, en que tuvo que ceder á los españoles la plaza de de Olivenza. Mas adelante perdió tambien una parte de sus posesiones de la Guyena, que pasaron al dominio de los franceses, y se vió empeñado en la situacion de ser ausiliador del sistema continental, meditado por Napoleon contra los ingleses.

El mariscal Lannes, enviado por Napoleon á Portugal, se hizo dueño enteramente del gobierno, hasta el punto de conseguir que se estableciese la libertad de imprenta y que fuesen exonerados dos consejeros de lo corona, que pasaban por no muy adictos á la Francia.

La paz, firmada en Amiens en 1800 entre esta potencia y la Inglaterra, no

podia estimarse por muy duradera en aquellas circunstancias. Asi es que se rompió en 1803; y Napoleon, que llegaba entonces al mas alto punto de su poder y de su gloria, fué coronado en 1804 por mano del Vicario de Jesucristo, trayendo á la memoria de todos, y acaso á la suya propia, la monarquía de Cárlo-Magno. Portugal reconoció inmediatamente al nuevo soberano; pero éste solo exigia que se cerrasen los puertos de mar á los ingleses.

El príncipe de la Paz, cuya política parece ahora inconcebible, y que de seguro no era completamente leal en esta circunstancia; entró en inteligencias secretas con la Rusia, la Inglaterra y Portugal, y se proponia nada menos que hacer una invasion en Francia, cuyo poder en aquellos momentos era incontrastable, pues en un solo dia acababa Napoleon de destruir la monarquía prusiana en la batalla de Jena. Napoleon entonces concibió el proyecto de destruir tambien la monarquía lusitana; y á este fin se atrajo al príncipe de la Paz, que ya habia conocido lo absurdo de su tentativa; y en 27 de setiembre de 1807 firmó el célebre tratado de Fontainebleau, en virtud del cual el reino de Portugal quedaba dividido en tres provincias. Una de ellas se debia dar al rey de Etruria en cambio de sus Estados, que cedia al emperador. Otra, compuesta de los Algarbes y el Alentejo, debia entrar en poder de don Manuel Godoy, con el título de principado, en premio de su cooperacion; y otra, en fin, debia quedar en manos de España como prenda de que á la conclusion de la paz, y al hacerse el arreglo definitivo de los estados europeos, le habia de ser entregada, bien la plaza de Gibraltar, bien la isla de la Trinidad.

Para apoyar pretensiones tan atrevidas como inmorales, mandó Napoleon á Portugal al Mariscal Junot, despues duque de Abrantes, al frente de una hueste numerosa, y el regente, no pudiendo comprender tan estraños acontecimientos, ni mucho menos conjurarlos, no encontró mejor partido que embarcarse precipitadamente para el Brasil, saliendo de Lisboa en 29 de noviembre de 1807, y dejando el reino á merced de los invasores.

INTERREGNO. Junot, entretanto, hizo su entrada en Lisboa: recibió en pié á los gobernadores del reino, cual si quisiese gozarse con este lujo de desprecio en la humillacion de los que no tenian otro delito que ser débiles, y estar en posesion de una monarquía que era conveniente á las miras del gran usurpador. Al propio tiempo un ejército español invadia los Algarbes y el Alentejo para que tuviese cumplido efecto el tratado de Fontainebleau, lo que aumentaba mas y mas la turbacion del reino y su penuria.

En 1.° de febrero, Junot, continuando el cumplimiento de las instrucciones del emperador, publicó un decreto por el cual declaraba que la casa de Braganza habia dejado de reinar, y que Portugal seria gobernado en nombre de Napoleon, con cuyo objeto creaba bajo su presidencía un consejo de gobierno. Impuso, segun la costumbre usada por Napoleon en todos los paises de que se apoderaba, una contribucion que ascendió á cuarenta millones de cruzados y además una contribucion de sangre.

Augusto de Belvedere dibº y litº

Lit. de Martinez





PRINCIPE HEREDERO

de Portugál.

Las diversiones de la [illegible]

[illegible]

El grito santo de independencia [illegible]

[illegible] Francia.

La Inglaterra no debía [illegible]

[illegible] este punto el Portugal.

Entretanto el débil y desacordado [illegible]



Las desgracias de la península eran demasiado graves para que el pueblo no creyese llegado el momento de hacerse justicia por su mano contra los hombres que querian echar sobre su cuello el yugo insoportable de los estranjeros. En 17 de marzo de 1808 estalló en Aranjuez el motin que derribó de un soplo el poder del príncipe de la Paz, y á este movimiento siguió el heróico alzamiento nacional contra los franceses. Todos los pueblos se levantaban espontáneamente á los dulces nombres de *patria* y *religion:* todos los españoles consagraban sus bienes y sus vidas en defensa de objetos tan queridos; y es empresa superior á mis escasas fuerzas el describir tantos hechos ilustres, tantas acciones generosas, como se sucedian en aquella época memorable, fuera de que esta narracion me desviaria mucho de mi propósito, no siéndome tampoco posible encerrarla en este compendio.

El grito santo de independencia, repetido con entusiasmo por todos los ángulos de la monarqnía española, debia resonar en Portugal con la misma sonora vibracion, pues igual era entonces la causa que lo hacia brotar del pecho de los leales, é iguales habian sido en todas ocasiones el valor y los sentimientos nobles y generosos del pueblo portugues. Tomó la iniciativa la ciudad de Oporto, que despues ha representado el primer papel en defensa de la libertad, y siguieron su ejemplo Melgaço, Braganza, Ruivaes, Villareal, Guimaraes, Viana y Aveiro. Los sublevados tuvieron al principio la ventaja de desbaratar una division francesa de tres mil hombres al mando del general Loison, que tuvo que huir para salvar la vida, lo que avivó mas el entusiasmo de que estaban poseidos. Extremadura y Alentejo se alzaron por la índependencia; y la célebre batalla de Bailen, que terminó con la conocida capitulacion de Andujar. acabó de decidir á los que tanto en Portugal como en España creian, sin dejar de ser amantes de su patria, que era imposible resistír á las mayores huestes que se habian visto en los tiempos modernos, mandadas por los mas hábiles generales, y sostenidas por el poder y los tesoros de la Francia.

La Inglaterra no debia dejar pasar esta ocasion de humillar á su poderoso rival. Conocedora de lo que es capaz un pueblo que no quiere sufrir el yugo extranjero, abrió sus tesoros para Portugal, y puso á su disposicion su ejército y sus escuadras. Mandó al general Spencer con cinco mil hombres; á Sir Arturo Wellesley con nueve mil, mientras el almirante Cotton prometia todo el favor de la Inglaterra á los que sostuviesen la hermosa causa de la patria con todo el valor y esfuerzo que era de esperar. Los resultados de una cooperacion tan eficaz y tan síncera, se tocaron al instante. Los franceses perdieron la batalla de Alcobaça y sucesivamente la de Torres-Vedras, y otras de menos importancia, hasta que se vieron obligados á aceptar el convenio de Cintra, en virtud del cual las plazas fuertes debian ser entrégadas á los íngleses, y las tropas invasoras debian evacuar de todo punto el Portugal.

Entretanto el débil y desgraciado don Juan VI llegó con su familia en 22 de

enero de 1808 á la bahia de Todos-Santos, desde donde se trasladó á Rio Janeiro. Estableció allí su corte, y dió á la Europa un manifiesto en que procuraba justificar, ó escusar al menos, su conducta, por la fuerza de las circunstancias en que la habia adoptado, siendo la verdad que habia abandonado á su pueblo, porque no le habia ocurrido otro medio mejor de librarse del peligro.

Dado que los franceses hubiesen evacuado á Portugal, era claro que no se habian agotado en la primer campaña los inmensos recursos del imperio, y era no menos evidente que Napoleon habia de emplearlos todos en sujetar toda la península, en cuya empresa estaba cifrada por entonces su política, como que era la base de sus proyectos ulteriores, y estaba empeñada en ello su vanidad de conquistador. Envió, pues, á Portugal, con un formidable ejército á los esperimentados generales Soult y Victor. El primero tomó á Oporto; pero á la sazon llegaba lord Wellington á Lisboa al frente de tropas auxiliares, y fué prontamente recobrada esta ciudad, empezando á ver entonces los franceses tropas regulares que sabian pelear como ellos, y generales que sabian organizar la resistencia, dirigir el entusiasmo ininteligente de las masas populares, y competir en pericia con los mariscales del imperio, reputados por invencibles.

Napoleon nombró lugar teniente suyo en Portugal á Massena, uno de los mas ilustres caudillos de su ejército, que se habia cubierto de gloria, llenando de admiracion al mundo, en la defensa memorable de Génova. Al frente de ochenta y cinco mil hombres marchó á Salamanca, rindió á Ciudad-Rodrigo, consiguió algunos triunfos, y entró en Portugal. Pero la fortuna no favoreció su valor y sus esfuerzos, pues lord Wellington, general en gefe de las tropas aliadas que combatian en Portugal, y que mostró en esta campaña ser un general de primer órden, digno de la fama que alcanzó, y le sobrevive, venció á los franceses en diferentes ocasiones, y los obligó á concentrarse en España. Napoleon, derrotado en 21 de junio y 31 de agosto de 1813 en la península española, cuyos altos hechos no es de este momento el recordar, siendo además inútil porque están en la memoria de todos y los ha recogido la historia de esa época gloriosa escrita por plumas mas elegantes que la mia, Napoleon derrotado tambien en el Norte de Europa, volvió á París con los restos de su ejército, y en 31 de marzo de 1814, abrió la capital de Francia sus puertas al ejército de los aliados, que sentaron en el trono de Clodoveo á Luis XVIII.

Regencia provisional. La córte de don Juan continuaba en el Brasil cuando tenian lugar en Europa estos estraordinarios acontecimientos, y el monarca regente daba tanta importancia á aquellos estados, que declaró al reino de Portugal unido con el del Brasil, convirtiendo en colonia la antigua metrópoli del reino lusitano, determinacion que fué, como era natural, sentida y criticada en Lisboa por todos los amantes de la patria.

Por este tiempo se publicaban en Rio Janeiro los tratados de comercio y alianza celebrados con Inglaterra, por los cuales se estipulaba la supresion del Santo

Oficio, y la abolicion de la esclavitud, cosas ambas que, aunque se estimasen justas en principio, venian á probar claramente la dependencia de Portugal á los ingleses, y la excesiva complacencia de los ministros que los firmaron hácia sus interesados auxiliadores en la guerra con Napoleon.

Habiéndose determinado por las potencias europeas celebrar un congreso en Viena para el arreglo de las graves cuestiones que habia suscitado en el mundo la dominacion de Bonaparte, el rey regente de Portugal envió á aquella corte embajadores que en su nombre asistiesen á las conferencias, las que muy luego se interrumpieron por haber aparecido nuevamente Napoleon en Paris, y haberse apoderado de la suprema autoridad.

La ilustre reina doña Maria falleció en 20 de marzo de 1816 á la edad de ochenta y un años, y su muerte fué universalmente sentida por los que habian tenido ocasion de aplaudir sus acertadas y patrióticas disposiciones.

Don Juan VI. Aun seguia la corte en el Brasil cuando ocurrió el fallecimiento de la reina, y Portugal era gobernado por una regencia cuyos primeros actos habian sido establecer la inquisicion religiosa, y un tribunal á ella equivalente, destinado á juzgar los delitos de infidelidad, lo cual, y la ausencia del monarca, tenia descontentos é inquietos á los portugueses.

Don Juan fué proclamado rey sin el concurso de las cortes, formalidad de que nunca ó rara vez se habia prescindido en estas ocasiones. Por otra parte el gobierno de la regencia era tan intolerante como estúpido, y todas sus medidas se fundaban en la teoría de la represion, que suele conducir á buenos resultados cuando se pone en práctica por un gobierno fuerte y respetado, y es usada con discrecion atemperándose á las circunstancias. Estas favorecian ya demasiado á los innovadores cuando la revolucion española de 1820 reanimó el espíritu público, y se pensó formalmente en una tentativa que sacase á Portugal de la situacion, verdaderamente desgraciada, en que se hallaba.

Tres partidos principalmente se agitaban en el reino vecino: uno que queria la union con España, que era en verdad el menos fuerte y numeroso: otro que deseando la independencia de la patria, no rechazaba sin embargo el influjo inglés, que reputaba por conveniente y aun indispensable para hacer frente á todas las eventualidades; y otro en fin que aspiraba á deshacerse del inútil gobierno de don Juan, echándolo del trono, y poniendo en su lugar al duque de Cadaval, ú á otro grande del reino, que pudiese juntar á cierta autoridad y prestigio de nombre las calidades que evidentemente faltaban al monarca, y que eran tan necesarias en tiempos como los que corrian.

Las tropas que estaban en Oporto se anticiparon á todos los planes de los políticos, pronunciándose abiertamente contra el gobierno, y haciendo juramento de fidelidad al rey, á las cortes, y á la constitucion que ellas hiciesen. El movimiento de Oporto fué seguido espontáneamente por las provincias de Beira y Tras-Os-Montes, y bien pronto se hizo general en toda la monarquía.

La regencia se encontró sorprendida con un suceso para ella tan estraño, como acontece siempre á todos los poderes imprevisores, y quiso transigir cuando era tarde, como es costumbre en los gobiernos que no conocen las circunstancias del país, ni los elementos que en él se agitan, ni la sazon y oportunidad de las reformas. Los revolucionarios juntaron un ejército de veinte y dos mil hombres que marchaba apresuradamente hácia Lisboa, atrayéndose al paso todas las guarniciones de las plazas, y convertidos con facilidad en gobierno, convocaron las cortes en 6 de enero de 1821 tomando por base la ley electoral de España.

En 11 de noviembre Gaspar Tejeiro derribó el gobierno establecido por la revolucion, se apoderó de la autoridad, y consiguió que se adoptase como base de la constitucion futura la española de 1812, que era en estremo grata á los patriotas portugueses. Don Juan VI, cuyo talento era mediano, y cuyo caracter eran la indecision y la debilidad, no resolvió otra cosa en vista de estos sucesos que continuar en el absolutismo que habia aprendido, lo cual no era cuerdo ni prudente en tan críticos momentos; pero tenia para él la especial ventaja de no hacer innovacion, de no moverse, de no resolverse á nada, y de dejar que los acontecimientos marchasen como ellos quisiesen ir, sin tomarse el menor trabajo por dirijirlos, antes bien aguardando los resultados para aceptarlos cuando fuesen inevitables. Este rey parecia impulsado por la escuela fatalista.

Entretanto se instalaban las cortes en Lisboa en 26 de enero de 1821, y tomaban acuerdos tan importantes como nombrar una regencia compuesta de cinco personas, establecer una sola cámara, y quitar al rey el veto absoluto. Juradas estas bases, y enviadas al Brasil para que fuesen aceptadas, el rey, que nada habia hecho para impedir que las cosas viniesen á esta extremidad, las acogió sin dificultad, y el pueblo las recibió con las mas señaladas muestras de entusiasmo.

Pero entonces ocurrió á don Juan la idea de volver á Portugal, donde su presencia nada era capaz de contener, y era por el contrario una fuente perenne de complicaciones para los revolucionarios y para él mismo, atendido su caréctер y el estado de los negocios públicos. Ademas en el Brasil hubo de parecer mal la idea de que aquella capital dejase de ser la corte; y alborotado por otra parte el pueblo con los sucesos de la metrópoli, juró tambien la constitucion española; y obligó al rey á que la jurase. Pero don Juan revocó al dia siguiente lo jurado, y firme en su propósito de abandonar la colonia; nombró regente del Brasil á don Pedro, eligió el ministerio que debia aconsejarle, y se embarcó para Portugal en 26 de abril con una comitiva de tres mil personas. Llegado á Lisboa en 3 de julio, aceptó y juró sin dificultad las bases de la constitucion.

Don Pedro no podia por medio alguno atraerse el respeto de los inquietos brasileños. Asi fué que estos le negaron resueltamente la obediencia, y determinaron enviarlo á Europa para que mas instruido en los usos y costumbres de los paises constitucionales, pudiese regir con mas tino el pueblo que la Providencia le habia

destinado. Pero á esta resolucion siguió una anarquía de las mas espantosas que se suelen esperimentar en los gobiernos parlamentarios, y por conveniencia de todos se hizo permanecer á don Pedro al frente del Estado, nombrándole las cortes protector del Brasil con el título de rejente.

Esta grande autoridad excitaba los celos del gobierno de Portugal, el cual, redactada la nueva constitucion, y jurada por el pueblo y el monarca, determinó que don Pedro abandonase aquellos Estados. El rejente del Brasil no tenia semejante ánimo; antes bien se habia declarado independiente, y obraba y hablaba como tal en todos los actos oficiales, cual si su autoridad no fuese delegada. Despues de no pequeñas dificultades, fué coronado emperador en 8 de octubre; y empezó á gobernar con prudencia y con acierto lisonjeando al partido brasileño, que era enemigo jurado de los portugueses y de su dominacion.

Las cortes ordinarias de Lisboa se abrieron en octubre de 1822, y en la primera discusion se puso en claro que era general el descontento de todos. El clero era enemigo necesario del nuevo órden de cosas: éralo asimismo la nobleza, y no podia dejar de serlo la corte, cuya autoridad quedaba aminorada de derecho, y de hecho extinguida. Los liberales, que debian ser sus mas ardientes sostenedores, conocian demasiado que ningun beneficio habian dispensado á la nacion, y que habiendo dejado en pie todos los abusos, habian añadido á ellos la anarquía. En suma la revolucion en Portugal se habia hecho por aquella época tan imposible como en España. La reina ayudaba cuanto podia á los muchos descontentos que habia en la nacion, y negándose públicamente á jurar el código fundamental, animaba indirectamente las tentativas de la reaccion.

Don Pedro, emperador, ya bien asegurado en el trono, adoptó la política de resistencia, desprendiéndose, como es costumbre, de los elementos revolucionarios que le habian servido para subir á él, y despues de muchas inquietudes, de muchas conmociones populares, ó llámense *pronunciamientos*, que es la voz consagrada entre nosotros, otorgó don Pedro una carta constitucional ámpliamente discutida en el consejo de Estado, con la cual se conformaron todos los pueblos del imperio del Brasil; esceptuando Fernambuco.

En Portugal seguia en progresion ascendente la lucha de los partidos políticos, el encarnizamiento con que se perseguian, y la miseria pública, compañera inseparable de situaciones semejantes. La noticia de que un ejército francés á las órdenes del duque de Angulema se disponia para destruir en España el régimen constitucional, dió nuevo vigor á los propósitos de los reaccionarios; y la quinta de Ramalháo, en que estaba encerrada la reina por disposicion de las córtes, y en la cual penetraba el príncipe don Miguel, era el centro de todas las conspiraciones. El primer grito de guerra civil lo dió el conde de Amarante en la provincia de Tras-Os-Montes, aclamando *al rey absoluto* y *á la religion;* y como la nacion en aquellos momentos deseaba antes que nada el órden y la paz, y estaba medianamente harta de proyectos sin resultado, de discusiones sin límites, sin otro efecto

que la anarquía, bien pronto simpatizó con los pronunciados. Viseo, Braga y Braganza adoptaron en breve su bandera. En Chaves *fraternizaban* con ellos los regimientos de la libertad. A su vez el ministerio declaraba en las córtes que el gabinete de Lóndres, que era la Santa Sion de los liberales portugueses, no estaba en ánimo de prestarles ningun género de auxilio, segun las últimas esplicaciones diplomáticas que habia dado; y el general Rigo era al mismo tiempo derrotado por las facciones absolutistas. No era difícil prever el término de tan insostenible situacion.

Por mayo se abrieron las córtes extraordinarias; y el 27 del mismo mes un regimiento proclamó al *rey absoluto*, marchándose á Villafranca con el infante don Miguel. El ministro de la guerra abrazó tambien el mismo partido incorporándose á los insurrectos. El regimiento numero 18 aclamó tambien en una revista al *rey absoluto*, á lo cual el rey que parecia, como he dicho, pertenecer á la escuela fatalista, dijo con admirable tranquilidad: «Pues esa es vuestra divisa, *viva el rey absoluto*», y acompañado de los hidalgos de su corte, tomó el camino de Villafranca.

Las córtes, al aspecto que tomaban los negocios, no creyeron posible continuar sus discusiones, y se disolvieron, haciendo antes una protesta sobre la fuerza que los obligaba á tomar aquella determinacion.

La llegada de don Juan á Villafranca desconcertó los planes de don Miguel y de la reina, que cada cual pensaba por su parte sacar partido de la debilidad del monarca, de las circunstancias en que se hallaba constituido, y del gran influjo que ambos, representando al bando mas reaccionario, tenian en el ejército y en la nacion. Don Miguel hubo de contentarse por entonces con ser generalísimo de las tropas; y don Juan volvió á Lisboa donde se celebró la restauracion del poder real con grandes fiestas religiosas y civiles.

El rey, cuyo carácter naturalmente bondadoso, rechazaba el despotismo y la violencia, prometió dar una Constitucion política que hermanase el órden con la libertad, y en efecto nombró una comision compuesta de personas ilustradas que redactasen un proyecto, bajo la presidencia del conde de Palmella. Por el pronto don Miguel consiguió que se dilatase la ejecucion de acuerdo tan prudente; pero para asegurár mas su poder sublevó en 30 de abril de 1824 las tropas contra su padre, el cual se vió obligado á refugiarse en la escuadra inglesa, que á la sazon se hallaba fondeada en el Tajo. Don Miguel, arrepentido de atentado tan enorme, escribió al rey una carta pidiéndole perdon de su culpa, y el rey se lo otorgó á condicion de que marchase á Viena, y viviese allí bajo la vigilancia del Emperador.

Por este tiempo reconoció la Inglaterra la independencia del Brasil, sin comprometerse á garantizar que la corona de Portugal pasaria á las sienes del legítimo heredero, como se lo exigia la corte de Lisboa, temerosa de las eventualidades de una guerra civil, harto probable en aquellas circunstancias.

En marzo de 1826 falleció don Juan, despues de haber nombrado un consejo de regencia compuesto de seis personas y presidido por su hija la infanta doña Isabel, que gobernase el reino hasta que el monarca legítimo proveyese lo conveniente.

Regencia de doña Isabel. Desde luego la reina viuda, cuya prediliccion hácia don Miguel y el absolutismo que representaba, era de todos conocida, empezó á gestionar para que la regencia se decidiese en su favor. Este gobierno, débil por necesidad, y ademas constituido entre el derecho evidente de don Pedro, y el poder de don Miguel y de su madre, si bien envió al Brasil una diputacion para felicitar al primero por su exaltacion al trono, y mandó acuñar moneda con su busto y su nombre, vacilaba en sus determinaciones, y lo esperaba todo del desenlace fortuito de los acontecimientos.

Don Miguel entretanto escribió una carta desde Viena con noticia del fallecimiento de su padre, adhiriéndose á la voluntad de este, y reconoció terminantemente el indisputable derecho de su hermano.

Don Pedro, por su parte, confirmó la regencia nombrada por su padre: otorgó una carta constitucional en que se establecian dos cámaras, nombró los miembros que debian componer la cámara alta, y viendo que ni las potencias de Europa ni sus súbditos del Brasil le consentian reunir las dos coronas, optó por la del Brasil, abdicando la de Portugal en su hija doña María de la Gloria.

La carta constitucional publicada por la regente fué muy bien recibida en Portugal por los liberales templados, que componian la parte mas ilustrada de la nacion, y todos se disponian á obedecer al gobierno provisional mientras la reina doña María II no estaba en disposicion de regir por si misma los negocios del Estado.

El partido miguelista, que era numeroso, alzó el estandarte de la guerra civil á pesar de las protestas públicas de su caudillo. El conde de Chaves sublevó la provincia de Tras-Os-Montes: siguió su ejemplo el Alentejo, y con los triunfos que obtuvo, y con el apoyo moral que le daba un ejército de once mil hombres que mandó organizar el gobierno español en Talavera de la Reina, el partido reaccionario estaba al concluir el año de 1826 lleno de las mas risueñas esperanzas.

Abriéronse las cortes en enero de 1827. La cámara alta con presencia de los males que estaba causando la guerra civil propuso para sosegar los ánimos el medio de suplicar á don Pedro que enviase á su hija doña María á Portugal; pero la cámara popular no adoptó este pensamiento; y entretanto seguia la guerra, y el encono de los partidos: mudábanse unos tras otros los ministerios, y el gobierno provisional perdia cada vez mas, por la sola fuerza de las circunstancias, en crédito y consideracion.

En este estado se recibió un decreto de don Pedro, confiriendo la regencia del reino á don Miguel con el título de Lugar-teniente, quien escribió una carta á doña Isabel manifestándole no ser otro su deseo que cumplir los deberes de su car-

go, ajustándose á las instituciones decretadas por su hermano. Pasando por Lóndres, llegó á Lisboa, donde fué saludado por el pueblo como rey absoluto.

Regencia del infante don Miguel. No es menester decir cómo se manejaría el nuevo regente en la gestion de los negocios, atendido su carácter y las opiniones de las personas de que se hallaba rodeado. Secundado por el pueblo de Lisboa y por todos los ayuntamientos de Portugal disolvió las cortes despues de haber jurado solemnemente la fiel observancia de la carta, con gran aplauso del bando absolutista; ébrio de entusiasmo. Don Miguel hubiera aceptado desde luego la posicion de rey absoluto con que el pueblo le brindaba y á que era tan inclinado; mas por respeto á las potencias europeas se contentó con juntar las cortes del reino segun los antiguos usos de Portugal, las cuales, adictas en extremo á su persona, lo declararon legítimo rey, retrotrayendo esta declaracion al 10 de marzo de 1826.

Don Miguel I. Los que llaman actualmente reaccion á cualquier medida de gobierno que se aparta en algun tanto de las vias revolucionarias, debiéran estudiar el reinado de este príncipe para saber que es lo que merece en el mundo el nombre de despotismo. Tribunales escepcionales formados especialmente para condenar: delaciones sin número: persecucion á todo lo noble, todo lo honrado, todo lo que mas valia en Portugal: tal fué el gobierno de don Miguel I.

Es menester leer las páginas de Tácito para formarse idea de la situacion del reino, pues parecia que el monarca lusitano habia ido á buscar su modelo en los Césares de Roma mas escarnecidos por el inmortal historiador. Para ejecutores de su horrible tiranía estableció don Miguel cuerpos de voluntarios realistas, que desempeñaron su papel tan cumplidamente como en España. Tal gobierno era preciso que fuese abandonado de la Europa; y en efecto todos los embajadores se retiraron de Portugal esceptuando el de España, el de los Estados-Unidos, y el nuncio de su Santidad.

Observando don Pedro el estado á que habian venido las cosas en Portugal, envió á su hija doña Maria de la Gloria á Europa, que á la sazon contaba diez años, acompañada del conde de Barbacena. En Londres fué recibida como soberana por Jorge IV; y la emigracion portuguesa se dispuso á desembarcar en la isla de la Terceira, adonde llegó con una pequeña escuadra en 29 de julio de 1829, teniendo la fortuna de derrotar á una escuadra miguelista, que el rey habia enviado para impedir semejante tentativa.

Don Pedro habia nombrado una regencia compuesta del marqués de Palmella, del conde de Villaflor y del jurisconsulto Guerreiro, la cual, instalada en la Terceira, estaba absolutamente imposibilitada de intentar cosa alguna en Portugal, como deseaba; falta de dinero, y de toda especie de recursos. Entretanto don Pedro, agriado por la ingratitud de los brasileños que no habian sabido apreciar las altas cualidades de que se encontraba adornado, abdicó aquella corona en favor de su hijo, y vino á la Terceira, deseoso de sacar la espada para arrojar del trono á su hermano, y hacer valer los derechos de su hija. Desde allí marchó á Lon-

dres y Paris para concertarse con aquellos gobiernos, y con los hombres notables de la emigracion, á cerca de llevar á cabo sus generosos intentos.

Encontró á don Miguel dueño absoluto de todo Portugal, y á la emigracion dividida en dos partidos. A la cabeza del uno se hallaba el marqués de Palmella, que residia con sus adictos en Inglaterra, y al frente del otro se hallaba el general Saldanha, de cuyo ánimo disponian los dos hermanos Passos, despues tan célebres como demócratas.

En 1832 se resolvió á intentar una espedicion. Halló apoyo en los gobiernos de Francia é Inglaterra; pero muy tímido y cauto. Lo que mas necesitaba era dinero; y la casualidad hizo que en Londres entrase en relaciones con don Juan Alvarez y Mendizabal, persona de singular habilidad y audacia para los trances mas apurados. Este personage no solo encontró al momento todos los fondos que podian necesitarse, sino que tomó una parte muy activa en buscar oficiales y soldados. La espedicion salió en 1833 con animo de desembarcar donde pudiese, logrando hacerlo en Oporto, que no opuso ninguna especie de resistencia.

Desde alli dispuso don Pedro, con no pequeñas dificultades, otra espedicion, que puso al mando del duque de Terceira, y en que iba de auxiliar el almirante Napier. En el cabo de San Vicente destruyó esta escuadra á la miguelista: los liberales alentados se pronunciaban en todas partes á favor de la *reina* y de la *Carta*, y los triunfos de las armas de don Pedro iban en razon directa del abatimiento de sus contrarios. Al fin consiguió don Pedro entrar en Lisboa, donde fué recibido con las mayores muestras de entusiasmo. Don Miguel se retiró con los suyos á Santarem, donde no quiso escuchar proposicion alguna que pudiese conducir á un concierto racional entre ambos hermanos; y la lucha terminó por el tratado de Evora-Monte, por el cual se obligó á todos á que reconociesen á la reina y le prestasen obediencia. Despues se embarcó para Génova, y se le señaló una pension anual de 1.500,000 rs.

Regencia de don Pedro. Don Pedro dió una amnistía: suprimió los regulares, declarando nacionales sus bienes, y convocó las Córtes estraordinarias en 3 de junio de 1834. Su grànde ánimo no le alcanzó para mayores empresas; pues en 24 de setiembre del mismo año falleció víctima de las agitaciones de su vida laboriosa, á la temprana edad de treinta y seis años, despues de que doña María de la Gloria habia sido declarada mayor de edad.

Doña maría II. Esta señora, fiel á los compromisos de su ilustre padre, públicó una amnistía mas ámplia aun que la de don Pedro, y nombró un ministerio en que tenian entrada todos los elementos políticos que eran atendibles. Contrajo matrimonio, tambien segun los proyectos de su padre, con el príncipe Augusto de Leuctemberg, hijo del príncipe Eugenio, que no fué bien recibido por todos en Portugal; pero que murió al poco tiempo, lo que motivó algunos desórdenes.

Las Córtes autorizaron segundo matrimonio, que se realizó en efecto con el príncipe Fernando Augusto de Sajonia Coburgo Gotha, sobrino del rey de los bel-

gas. La nacion portuguesa se hallaba á la sazon como la española dividida en tres facciones políticas con idénticas denominaciones de progresistas, moderados y absolutistas. Aquel reino, digno sin duda de mejor suerte, ha seguido constantemente en su marcha política todas las oscilaciones de España, haciendo una revolucion en 1836 á ejemplo de la de la Granja, para restablecer el código español: una nueva Constitucion en 1837, semejante á la nuestra del mismo año, un pronunciamiento en 1840 parecido al nuestro en su origen y en sus resultados; un consumo estraordinario de hombres públicos como en España, rechazándose á unos en nombre de la moralidad y á otros en nombre de otras vírtudes que acaso poseerán los que critican, pero sin que se perciban por el pueblo los resultados; facciones, desconcierto, y calamidades de todo género.

La reina doña María II, mas virtuosa que afortunada, falleció en 15 de noviembre de 1853, cuando mas se esperaba de sus prendas, dejando la corona á su hijo.

Don Pedro V. Poco puede decirse de este príncipe, nacido en 16 de setiembre de 1838, y que aun no ha llegado á regir por sí los negocios del reino. Sin embargo, pueden concebirse grandes esperanzas del talento que todos le reconocen ya, de la esmerada educacion que ha debido á su ilustre padre, perteneciente á una raza de reyes para quienes son familiares los negocios públicos, y de los viajes con que procura en estos momentos adquirir por si propio una experiencia del mundo, que el estudio en su gabinete no le habia de proporcionar.

Por otra parte: el estado de Portugal no inspira temores al presente, ni por la paz, ni por el órden, ni por las instituciones liberales. Las rentas públicas se hallan en un estado floreciente: el crédito se eleva, como es forzoso que suceda con el órden y la moralidad: el comercio no decae: los caminos públicos se mejoran diariamente: el ejército está bien organizado, y, lo que es mejor, cumple con sus deberes, y el pueblo, dócil y gobernable por demas, va tomando apego á las formas del gobierno representativo, tan difíciles de aclimatar allí donde no son frutos espontáneos del suelo. La literatura nacional se sostiene á la altura á que la elevaron Camoens y Bernaldez. ¡Quiera Dios que los valientes y nobles portugueses consigan arraigar en su patria las semillas que ha plantado en ella la revolucion, y que florezcan y den fruto, sin mezcla de la odiosa cizaña de la irreligion, que es tan adecuada para conducir á los pueblos á la servidumbre! Estos, y no otros pueden ser los votos sinceros de los que hayan estudiado á fondo la historia de un pueblo tan grande, tan ilustre, y tan digno por consecuencia de ventura (1).

Madrid, junio de 1855.

Felipe Villaranda.

(1) No puedo menos de advertir que todos los libros referentes á la historia de Portugal que van citados en el presente sumario me han sido facilitados por mi amigo el señor don Pascual Gayangos, uno de los literatos mas distinguidos de España, y que ha reunido á fuerza de una incansable laboriosidad la preciosa biblioteca que posee.

REYES CONTEMPORANEOS.

B. Blanco dibº y litº

Lit. de J. Donon Madrid.

FERNANDO II  REY DE NÁPOLES.

DOS SICILIAS.

FERNANDO II.

I.





DOS SICILIAS.

FERNANDO II.

I.



Al escribir una breve reseña histórica del reino de las Dos Sicilias, deberiamos ceñir nuestro trabajo al periodo de tiempo trascurrido, desde que emancipados los antiguos reinos de Nápoles y de Sicilia de toda dependencia y dominacion extranjera, formaron un solo y estable cuerpo de nacion, un estado independiente, una monarquía compacta, que existiendo con vida propia, empezó á figurar y á tener importancia entre las potencias europeas. Pero como los acontecimientos humanos son una cadena no interrumpida, cuyos eslabones enlazados con el curso de los tiempos, forman un todo en que hay grande armonía, por ser unos y despues otros siempre el resultado de los que los preceden; y habiendo sin duda preparado

la emancipacion del reino de las Dos Sicilias, bajo el cetro de un príncipe español, la larga dominacion de España por mas de dos siglos en aquellos países; daremos una rápida ojeada á su historia general para entrar tal vez con mas acierto en el trabajo que nos proponemos.

La Grecia, aquella nacion privilegiada á quien confió la providencia la civilizacion del género humano, se estendió desde su infancia grande y emprendedora, en colonias y establecimientos por el medio dia de la Italia; ilustrando y civilizando con ellos aquel pais predilecto de la naturaleza, que tomó desde luego el nombre de Magna Grecia. Fundaron, pues, los griegos en el continente, á Sibaris, Locros, Regio, Posidonia y Cumas; y en la isla á Messana, Catána, Siracusa, Agrigento, Panormo, y otras, que produjeron guerreros ilustres y filósofos esclarecidos; y de las cuales muchas son hoy ciudades florecientes é importantísimas.

Pronto Roma, destinada á ser la señora del universo, tomó posesion de las tierras situadas al sur de Italia; al mismo tiempo que Cartago dueña de los mares ocupó á Sicilia. Pero los romanos estendiendo sus conquistas por los ásperos montes de la Calabria, pasaron el estrecho, y arrojaron de aquella isla á los cartagineses; haciendo de aquellos paises sus mas importantes provincias, que les produjeron soldados valerosísimos, capitanes y escritores de primera marca, inmensas riquezas y todo género de delicias, con su clima benigno y apacible y con su ferocísimo terreno. En él levantaron los romanos grandes y poderosas ciudades, cuyas magníficas ruinas y la estension de sus circos y anfiteatros manifiestan lo crecido y rico de sus poblaciones: como los restos de sus quintas, termas y jardines recuerdan que los patricios, y cónsules, y emperadores buscaban en aquellas privilejiadas tierras el descanso de sus fatigas, y la salud, y el reposo, que les negaban la bulliciosa Roma, y sus estériles campiñas.

Provincias romanas Nápoles y Sicilia corrieron, como era natural, las varias vicisitudes de su dominadora: y dividido el poder de esta en dos imperios, y debilitados ambos con el peso de la tiranía y con la deprabacion de costumbres, presentaron á los bárbaros ancho campo para sus debastadoras irrupciones.

Los Érulos, capitaneados por Odoácro, dieron la primer arremetida al imperio de Occidente; y luego los Godos se apoderaron de toda Italia, desde los Alpes hasta Reggio; y fueron señores absolutos de ella, hasta que el emperador de Oriente, Justiniano, envió á Belisario y á Narcés con poderoso ejército á quitarles la presa. Consiguiéronlo despues de una guerra encarnizada, que duró diez y ocho años, ganando en las faldas del Vesubio una reñida batalla, en que murieron los príncipes godos Totila y Teia. La dominacion bárbara no habia alterado la organizacion de la parte meridional de Italia; pero al caer en el dominio del imperio de Oriente padeció un completo trastorno, dividiéndola en distintas provincias, cuyos supremos gobernadores tomaron el título de duques, dependientes del Exarcado de Rávena, representante del Emperador.

La Sicilia entre tanto fué invadida por los Vándalos mandados por el feroz

Gensérico; pero las victorias de Belisario la libertaron de su durísima tiranía.

Narcés, potentísimo en Italía, como su restaurador, se indispuso con la corte de Constantinopla; y por venganza de sus ofensas, excitó á los Longobardos, habitantes de Panónia, á invadir la Italia. Verificáronlo luego mandados por su rey Alboino, y se apoderaron de casi toda, dejando á los Griegos algunas posesiones (568). Y fueron los establecedores del sistema feudal en aquellos paises.

Antes que los Longobardos se establecieran en el territorio de Nápoles, la isla de Sicilia fué presa de los Sarracenos despues de vigorosísima defensa; y ganó mucho bajo su dominacion aquella isla, desarrollando de un modo notable su agricultura, su navegacion y su comercio.

Entrado el siglo VIII ocupó el trono de Francia Cárlo-Magno, y lo llamó en su ayuda el Pontífice, que en lucha con los iconoclastas, se veia muy apretado por los bárbaros poseedores de casi toda Italia. Acudió á su amparo y defensa el famosísimo monarca francés, que logró pronto la completa destruccion de los Longobardos, arrojándolos á los Alpes. En premio de lo cual y en agradecimiento á las grandes donaciones que hizo á la iglesia Cárlo-Magno, le dió el Padre Santo la investidura de emperador de Occidente: desapareciendo con esto del todo la dependencia de Constantinopla, aun representada por el impotente y caduco Exarcado de Ravéna.

Repuestos los longobardos al pie de los alpes, atormentaron pronto á Italia con sus continuas correrias, mientras que los griegos hacian en sus costas continuos desembarcos, y que el ducado de Benevento era teatro de encarnizadísima guerra. Desórden general de que aprovechándose los sarracenos, señores de Sicilia, pasaron el estrecho, y se hicieron dueños de algunas ciudades de Puglia y de Calabria, esparciendo el terror en aquellas costas.

II.

A fines del siglo IX los Normandos, habitadores de las riberas del Báltico, despues de ejercer la piratería en los mares y playas del Norte, entraron tierra adentro con tan buena fortuna, que llegaron á invadir á Francia, logrando afirmarse en su territorio. Pues Cárlos *el Simple*, que no supo combatirlos y escarmentarlos, les concedió las tierras que forman la provincia llamada Normandía. Allí se establecieron y consolidaron, se afirmaron en el cristianismo, y adquirieron mayor consistencia y mas estable poderío.

Establecidos así los Normandos no renunciaron á sus instintos guerreros, á

su necesidad de movimiento; y mientras guerreaban con sus vecinos, se estendian tambien por Italia, ya como mercaderes, ya como peregrinos, que iban á los Santos lugares. Acaeció que unos cuarenta de ellos, el año 1016, llegaron reunidos á Salerno, de vuelta de Oriente, en el punto mismo en que los Sarracenos embestian la ciudad. Desanimados los habitantes iban á entregarse á los invasores; pero animados y capitaneados por los peregrinos, se defendieron valerosamente y rechazaron á sus enemígos con espantosa carniceria. Prosiguieron en seguida su viage los huespedes, ricamente recompensados, y ofreciendo volver en mayor número, siempre que necesitasen de su ayuda aquellas ciudades italianas.

Veinte y dos años despues tres hijos de Tancredo de Altavilla, señor de Normandía, excitados por los elogios que del clima y fertilidad de Italia hacian los peregrinos, marcharon á ella, llegaron al territorio napolitano con buen golpe de aventureros: y entraron al servicio de los príncipes de Capua y Salerno. Llamábanse estos tres hermanos Guillermo, Dragon, y Umfredo. Y reconocida su valentía y pericia militar, fueron solicitados, para servir á sus discordias, por varios Duques y Príncipes de la tierra; y últimamente por los Griegos, que aun conservaban con gran trabajo algunos establecimientos en Puglia, para que los ayudasen á reconquistar la Sicilia. Concertáronse y pasaron en aquella isla, consiguiendo importantísimas victorias. Pero como los griegos no les cumpliesen luego lo pactado, y hasta los afrentasen, desconociendo sus servicios; retiráronse muy desabridos de aquella empresa. Y no queriendo ya someterse á la condicion dura de mercenarios, resolvieron guerrear por cuenta propia. Y cayendo sobre la Puglía, para vengarse de los Griegos, los arrojaron de ella y se tituló Conde de aquel territorio el primogénito de los Altavillas, Guillermo apellidado *brazo de hierro,* (1046).— Muerto este, y asesinado Dragon por los alevosos Griegos, tomó el supremo mando Umfredo, vengó completamente á su hermano, y estendió notablemente sus conquistas.

El poder y engrandecimiento de aquellos advenedizos, empezó á despertar recelos en el Pontífice, cuya importancia política, y cuyo dominio territorial eran ya muy grandes en Italia; y trató de sujetarlos, valiéndose de las armas espirituales y temporales. Mas habiendo logrado los Normandos apoderarse, ó por fuerza ó por astucia, de la persona del Papa, lo trataron con tal sumision y tanta reverencia, que se lo hicieron suyo; y consiguió Umfredo que le concediera la investidura de Señor no solo de Puglía, sino tambien de Calabria, de Sicilia, y de cuantas tierras conquistára. Acontecimiento notable, que al mismo tiempo que legitimó, segun las doctrinas de entonces, la dominacion normanda, dió al pontífice romano derecho de alta soberanía sobre los príncipes que gobernaran aquellos paises.

Roberto Guiscardo y Rugerio, otros dos hijos de Tancredo Altavilla, llegaron con nuevas tropas de aventureros á acalorar la empresa del hermano y de sus compatriotas. Y estos fueron los verdaderos fundadores de los reinos de Nápoles y Sicilia, que luego unas veces se reunieron, y otras se separaron.

Muerto Umfredo, quedó Guiscardo con el señorío de Nápoles, y Rugerio conquistó en poco tiempo la isla de Sicilia, y se estableció en ella, tomando ambos la investidura, dada con mucho gusto por el Papa, que miraba con aficion á los normandos, tanto por su amor á la religion, cuanto por sus larguezas con la iglesia romana. Añadió Roberto á sus señoríos los principados de Salerno y de Amalfi; y queriendo hacer lo mismo con el de Benevento, desistió de ello por no ofender al Papa, á ruegos del abad de Montecasino. Y á poco defendió el trono pontifical de los ataques del Emperador, que llegaron hasta al punto de poner cerco á Roma.

Rugerio entanto era con título de conde, soberano de Sicilia, y á su muerte acaecida el año de 1101, dejó el poder supremo á su hijo del mismo nombre. Roberto Guiscardo falleció á poco y disputaron la herencia sus dos hijos Boemundo y Rugerio; la obtuvo este por pocos dias y la dejó á su hijo Guillermo, quien murió sin sucesion. Entonces Rugerio el de Sicilia, como heredero, se presentó á reclamar el dominio de Nápoles. Se le opuso el Papa ayudado por muchos de los Barones, y ambos partidos apelaron á las armas. Pero Rugerio, tan entendido guerrero como sagaz político, evitó todo encuentro y se manejó tan diestramente, que al cabo consiguió la investidura y la posesion de aquellos estados. Pero toda su ambicion era el título de rey. Y cuando poco despues se dividió la Iglesia entre Inocencio y Anacleto, declarado luego antipapa, este por tener á Rugerio de su parte, le dió lo que apetecia; y lo coronó, por mano de un legado, en la catedral de Palermo, como rey de Sicilia, y de todos los dominios de Roberto Guiscardo.

Asegurado luego Inocencio en el trono pontificio, llamó al emperador Lotario, para combatir al que osaba llamarse rey de Sicilia. Este corrió á la defensa de su derecho y lo hizo tan bien, que logró apoderarse del Papa, y obligarlo á que lo reconociese é invistiese, no solo como rey de Sicilia, sino como rey tambien de Puglia y de Calabria, el año 1159. Fué un escelente soberano: como guerrero estendió notablemente sus dominios, y llevo sus armas y sus bajeles á las costas africanas y las de Grecia, para vengar en aquellas las invasiones sarracenas, en estas los ultrages hechos á un embajador suyo por el emperador de Oriente. Como legislador aun se admiran las leyes, que promulgó arreglando la hacienda pública y la administracion de justicia, é inibiendo de su ejercicio á los Barones. Como protector de las artes útiles y de la ilustracion, aprovechó diestramente los prisioneros que trajo de la espedicion á Oriente, para introducir en sus estados el cultivo y las manufacturas de la seda, luego tan célebres y productivas en aquellos paises. Dió gran empuje al monasterio de Montecasino, y fundó la célebre escuela de medicina de Salerno; y Palermo y Nápoles se vieron engrandecidas y adornadas con públicos y magníficos monumentos, que aun recuerdan su reinado. Murió este rey el año 1154 dejando un hijo y una hija. Aquel, llamado Guillermo, heredó los reinos de Nápoles y de Sicilia, esta llamada Constanza, casó con Enrique príncipe de Suavia, y en ella recayó muy pronto la corona de aquella isla con la extincion de la línea masculina de los Normandos.

Gobernó doce años Guillermo desacertadamente, y adquiriéndose con justicia el renombre del *Malo*. A su muerte le sucedió su hijo del mismo nombre, dejando con razon muy diferente fama. Como valeroso guerrero socorrió al Papa atacado por el emperador Barbaroja en 1168, volvió á sujetar á los sarracenos de Sicilia, auxilió oportunamente al emperador de Oriente Alejos Commeno, y defendió á los cristianos de Palestina oprimidos por el Saladino. Y como ilustrado soberano, arregló la administracion, fomentó la agricultura y el comercio, premió á los sábios, y construyó grandes edificios, entre otros el magnífico templo de Monreale en Palermo, destinándolo para panteon de los reyes de Sicilia. No tuvo sucesion de una hermana del rey de Inglaterra con quien estuvo casado, y dejó al morir en 1189, la corona á su hermana Constanza, casada, como dejamos dicho, con Enrique de Suavia hijo del emperador Barbaroja.

No contentó á los Barones este cambio de dinastia, declararon nula la disposicion del difunto y proclamaron Rey á Tancredo, conde de Lecca, hijo natural de Rugerio; el cual recibiendo la investidura del Pontífice romano, defendió por tres años consecutivos su corona de los ataques de Eurico de Suavia, que aunque promovido al trono imperial, no desistió de los derechos que le trasmitia su mujer. Murió Tancredo durando aun la lucha. Sucedióle su hijo Guillermo, que menos feliz que el padre cayó en manos del feroz Eurico, y tuvo un desastrado fin. Con lo que completamente y sin estorbo, vinieron á la casa de Suavía los reinos de Nápoles y de Sicilia el año 1194.

III.

Dueño absoluto de ellos Eurico emperador, ejerció el poder con crueldad tan inaudita, y ejecutó tan atroces venganzas con los partidarios de Tancredo, que creyéndose mal seguro en Sicilia, determinó una espedicion á Palestina y murió en San Juan de Acre; dejando tutora de su hijo Federico, sucesor suyo en Nápoles y Sicilia, á su viuda Constanza. Un año solo sobrevivió esta princesa á su esposo, y dejó encomendado el Rey niño al arzobispo de Palermo, al obispo de Cápua, y al abad de Monreale. Tambien el Padre Santo se declaró defensor y protector de Federico, hasta que, harto de luchar con tanto pretendiente á aquellas coronas, lo declaró mayor de edad á la de trece años, en 1208.

Filipo, hermano de Eurico, ocupó el trono imperial jurando que no incomodaria á su sobrino en la posesion de sus reinos. Pero como faltase al juramento, fué excomulgado por el Papa; y perdiendo á poco la diadema, recayó el im-

perio por unánime eleccion, en el mismo Federico, rey de Nápoles y de Sicilia.

Al coronarlo el Papa le exigió que fuese á hacer la guerra á Palestina, y lo casó con una hija de Juan de Brena, que tenia derecho á la corona de Jerusalem, usurpada por el Saladino; matrimonio por el cual conservan aun los reyes de Nápoles y de Sicilia el título pomposo de *Reyes de Jerusalem*. Retardó Federico su espedicion á la Tierra-Santa, por lo que fué excomulgado, y con este apremio la verificó. Pero tuvo muy pronto que abandonarla, y que volver en defensa de sus estados, á quienes el Papa movió cruda guerra. Hízolo con tenacidad y buena fortuna, y dejó al morir las dos coronas á su primogénito Conrado, que estaba en Alemania, y á Manfredo, príncipe de Taranto, el gobierno con título de Vicario, hasta la llegada del nuevo Rey. Fué Federico de gran ánimo, aunque vengativo y cruel, protegió las ciencias y las artes, sobre todo la poesía, y fundó en Nápoles una universidad, la segunda que tuvo Italia, habiendo sido la primera la antiquísima de Bolonia.

Grande oposicion hizo el Papa á que Nápoles y Sicilia reconociesen y jurasen al nuevo soberano, decidiendo que aquellos estados pertenecian á la Iglesia, por haber muerto escomulgado Federico. Mas Conrado al frente de un poderoso ejército terminó la contienda y tomó posesion de la corona. Pero no la gozó largo tiempo, pues murió en 1254 dejando sucesor á su hijo Conradino de edad de dos años y ausente; volviendo por lo tanto Manfredo á ejercer el Gobierno con título de vicario y á poco con el del Rey, suponiendo muerto al rey niño.

Renovó el papa Alejandro IV las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, y hallando vigorosa resistencia en el tenaz Manfredo, llamó á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis Rey de Francia, para conquistar el reino de Nápoles, ofreciéndole la investidura. Muerto Alejandro, su sucesor Urbano IV insistió en la pretension; y al cabo Cárlos, excitado por la ambicion de su esposa Beatriz, aunque con desaprobacion de su santo hermano, cedió á los deseos de Roma; y se arrojó á la empresa, concediendo de antemano al Papa, por la investidura y por el apoyo que debia darle, cierto tributo anual y un caballo blanco en señal de vasallage: este caballo es el orígen de la famosa acanéa, tan célebre en la historia, y que aun no ha mucho enviaban cada año á Roma los reyes de Nápoles. Y además le hizo concesiones muy importantes al poder de la Santa Sede. Empezó pues la conquista con incierta fortuna y acaso no la hubiera tenido buena, si el valeroso Manfredo no hubiese sido vendido por los suyos en la batalla de Benevento, donde viéndose perdido, buscó y encontró la muerte en lo recio de la pelea. Su viuda y sus hijos se encerraron en el castillo de Nocera, donde perecieron lastimosamente á manos de los franceses.

Dueño Cárlos del trono, se mostró tan injusto y tan cruel, que los Barones del reino tramaron una secreta conjura, y averiguando que Conradino vivia escondido en una aldea de Alemania, y que habia cumplido diez y ocho años, le enviaron mensajeros rogándole viniese á ceñir la corona, que tan legítimamente le pertene-

cia. Animado el jóven, y acalorado por varios príncipes germanos, y particularmente por el Duque de Austria, marchó con buenas tropas y no escaso de dinero, á Italia. Y en las llanuras de Tagliacozzo en Abruzo dió una batalla, que empezó felizmente, pero que tuvo éxito desgraciado. Barbaramente usó el feroz Cárlos de la victoria: pasó á cuchillo sin piedad á cuantas personas de cuenta seguian al jóven y desgraciado Conradino: y dueño de él y del duque de Austria, los mandó decapitar, como se ejecutó á los pocos dias en la plaza del Mercado de la ciudad de Nápoles, en presencia de un numeroso pueblo consternado, que lloraba con verdadero dolor aquel desastre. El gallardo príncipe, en quien concluyó la dinastía suava en Italia, protestó solemnemente, y declaró sucesor suyo á don Pedro, rey de Aragon, como marido de la hija de Manfredo y de Constanza: y cuentan que antes de presentar el cuello al verdugo, arrojó en medio de la muchedumbre un guante, otros dicen una sortija, para que fuera presentado al monarca aragones como prenda de su herencia.

Tales trastornos no bastaron á detener el curso de la civilizacion, promovida y empujada en Nápoles y en Sicilia por Federico y Manfredo. Pues se tradujeron entonces los manuscritos preciosos que aquel trajo de Oriente. Se vulgarizaron las obras de Aristóteles, de Galeno y de Ptolomeo, y brillaron el gran Santo Tomas de Aquino, lumbrera de la filosofía, y el amalfitano Flavio Gioja inventor de la brújula.

Cárlos de Anjou, asegurado en el trono y sin competidores á quien temer, continuó en sus crueldades y desaciertos, mereciendo durísimas amonestaciones del Padre Santo y haciéndose blanco del odio general. Y las rapacidades y violencias de los franceses de su ejército y de su corte fueron tales, que prepararon y justificaron el famoso y sangriento suceso, consignado en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Habia trasferido su residencia de Palermo á la ciudad de Nápoles, dejando de lugar teniente en Sicilia á un francés, su favorito, el que gobernó con tal desenfreno y permitió tanta indisciplina y tan irritantes excesos á sus compatriotas, que dieron ocasion al famoso Juan de Prócida de llevar á cabo una vasta y atrevida conjura que tenia combinada, para la destruccion y total acabamiento de los extranjeros opresores. Y el dia segundo de Pascua del año 1282, al toque de vísperas, fueron asesinados, en toda la isla y en dos horas, mas de ocho mil franceses.

Don Pedro, rey de Aragon, ó prevenido de lo que iba á suceder, ó por mera casualidad, cruzaba aquellos mares para limpiarlos de piratas sarracenos. Y acudió al rumor de tan grave acontecimiento con tal oportunidad, que los sicilianos se echaron en sus brazos, lo aclamaron rey, y lo coronaron inmediatamente en la catedral de Palermo, como descendiente y legítimo heredero del desventurado Conradino. Volviendo adividirse así ambas coronas, reunidas desde el tiempo de Rugerio.

Cárlos, furioso con la pérdida de Sicilia, desafió al Aragones, señalando cam-

po en Gascuña, y nombrando juez y padrino al Rey de Inglaterra; pero aun que concurrieron ambos monarcas, no llegaron á combatir. Entretanto el famoso Almirante aragones Roger de Lauria, aprovechando la ausencia de el de Nápoles, atacó varios puntos de sus estados y hasta la capital misma; haciendo en ella prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero del rey Cárlos, y de su mismo nombre, que gobernaba el reino durante el viage y empresa caballeresca de su padre. Noticioso éste de tal contratiempo volvia furioso á vengarlo; pero fué detenido por la muerte en la ciudad de Foggia año 1282.

Sucedióle el hijo prisionero de Roger de Lauria, que á los cuatro años de prision logró rescate por empeño del rey de Inglaterra: y obtuvo del Papa la investidura de Nápoles y de Sicilia. Alteró grandemente tal concesion á don Jaime sucesor de don Pedro, que apeló á las armas. Y llamado luego al trono de Aragon, dejó en Sicilia de lugarteniente á su hermano menor don Fadrique, quien no tardó en rebelársele, y llamarse Rey. Nuevas guerras nacieron de este cambio, hasta que don Fadrique aseguró la paz aviniéndose con su hermano, y casándose con una hija del nuevo rey Cárlos de Nápoles, pactando que á su muerte volviera la isla á ser dominio de la casa de Anjou. Lo que disgustó tanto á los catalanes y aragoneses, que lo habian ayudado en todas sus empresas, que se retiraron de Sicilia muy desabridos; y emprendieron la famosa expedicion contra turcos y griegos, en que ejecutaron tales hazañas, que á no estar tan comprobadas en autores contemporáneos se reputarian fabulosas.

Murió á poco el rey Cárlos de Nápoles dejando la corona y sus pretensiones á la de Sicilia, en su hijo segundo Roberto, por haber sido llamado el primogénito al trono de Hungría. Se empeñó el nuevo Rey en costosa guerra por socorrer al Papa, logrando triunfar completamente del emperador Ludovico, que habia invadido el estado romano. Tambien tentó la conquista de Sicilia, pero infelizmente; pues perdió en Trápani su armada y su ejército, deborados por la peste.

A la muerte de don Fadrique no se cumplió el pacto de que volviera su corona á la dominacion Anjouina; pues el ódio de los Sicilianos á los franceses, y el temor de que vengaran la pasada matanza, los decidió á alzar por Rey á don Pedro, hijo del difunto. Reinó dos años, y á su muerte fué proclamado su hermano don Luis, aunque no tenia mas que cinco de edad. Los disturbios é inconvenientes de la larga minoría aconsejaron á los Barones, y á los hombres de cuenta buscar remedio en lo pactado por don Fadrique, echándose en brazos de Roberto; y muy adelantadas las negociaciones, murió (1343) este Rey, que fué gran protector de las ciencias y de las artes, y que honró y regaló largamente en su corte al célebre Bocaccio, y al inmortal Petrarca. Al morir Roberto dejó ambas coronas á su hija Juana, casada desde niña con Andrés, hijo del Rey de Hungría: concluyendo así la primera dinastía de Anjou.

Recibió la nueva Reina la investidura pontificia á los diez y seis años de edad. Era de carácter débil, y se dejó dominar por una mujer plebeya natural de Cata-

nea; mientras el marido, no mas fuerte, se entregó completamente á los Húngaros de su séquito. Lo cual y la aversion ingénita, que ambos esposos se profesaban, ocasionaron el asesinato del desgraciado Andrés, á quien un dogal quitó la vida secretamente el añó 1345. Siendo grandes las sospechas que recayeron sobre la Reina, corroboradas cuando á pocos meses y sin dispensa, contrajo segundas nupcias con su primo Luis, príncipe de Taranto.

Gran polvareda levantó en Hungría la noticia de la muerte de Andrés. Y el Rey su hermano, con numerosa hueste cayó sobre Nápoles; sin dar mas tiempo á la reina Juana, que el escasamente necesario para ponerse en salvo, y refugiarse en Aviñon.

Fueron empero tantas y tales las atrocidades y crueles venganzas del Húngaro, que los mismos napolitanos solicitaron con grande empeño la vuelta de su reina. Bendijo el Padre Santo su segundo matrimonio, la declaró absuelta de las sospechas pasadas, y rehabilitada completamente; encargándose el marido de despejar el reino de los invasores, como lo logró, ajustando al cabo ventajosas paces. Con lo que Juana y Luis fueron muy luego coronados solemnemente en la catedral de Nápoles el año 1351.

Entonces los Barones de Sicilia, que entablaron negociaciones con el difunto Rey, las concluyeron con la hija; que pasó inmediatamente á tomar posesion de la Isla. Pero no lo consiguió, porque encontró resistencia en el pueblo, que sostuvo en el trono á don Fadrique, nieto del antecesor del mismo nombre. Y no teniendo sucesion, lo dejó á su hija María, quien lo traspasó á su hijo don Martin, muerto el cual pasó al rey de Aragon del mismo nombre, á quien sucedieron don Fernando, y luego don Alfonso, al que, como diremos, llamó mas tarde al trono de Nápoles la reina Juana II.

Todos estos Reyes de Sicilia de la casa de Aragon, aunque se vieron empeñados en prólijas y contínuas guerras, corriendo varias fortunas, no olvidaron el fomento y la prosperidad de sus vasallos, protegiendo la agricultura, el tráfico y la navegacion; con lo que adquirió un poder notable aquel reino, temido no solo del vecino de Nápoles, sino tambien de las costas africanas y de los mismos Emperadores de Oriente.

Vuelta la reina Juana á sus estados, desistiendo de la posesion de Sicilia, murió el rey Luis su esposo, y contrajo tercer matrimonio con un Príncipe aragones, por cuya inmediata muerte celebró el cuarto, en seguida, con otro de la casa de Brunswik. Grandes amarguras probó aquella infeliz mujer en el trono de Nápoles. Pero la mayor de todas se la hizo devorar un ingrato. Viéndose sin sucesion Juana, y en una enfermedad de peligro, nombró heredero de la corona á Cárlos Durazzo, como marido de una sobrina suya á quien mucho amaba. Ocurrió á poco el cisma entre Aviñon y Roma. La reina siguió el partido de Clemente, declarado despues antipapa. Y Durazzo, previendo el triunfo de Urbano, se declaró su mas ardiente partidario; y le pidió la investidura del reino de Nápoles, que le concedió

inmediatamente, para vengarse de la auxiliadora de su competidor. Con lo que Durazzo sin mas esperar, atacó á mano armada los derechos de su reina y de su bienhechora. Defendiólos el marido con valor, pero con escasa ventura, teniéndose que refugiar la vendida Juana en la fortaleza de Castelnovo. Allí despechada revocó su decision á favor del traidor; y nombró por heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, pidiéndole pronto socorro. Tardó este en llegar, y cayó la infeliz en manos del implacable Durazzo, que trasladándola al Castillo de Muro en Basilicata, le quitó la vida con un dogal, (1381): semejante muerte á la que tuvo su primer marido Andrés de Hungría.

El segundo llamamiento de la casa de Anjou trajo grandísimas desventuras al infortunado reino de Nápoles. Invadiólo Luis con poderoso ejército, y cuando casi tenia asegurada su conquista, murió repentinamente á la vista de la capital; con lo que aterradas sus tropas, y faltas de caudillo, se retiraron primero, y luego desorganizadas se dispersaron y desaparecieron. Aunque libre Durazzo de aquel enemigo, encontró otro aun mas temible en el Padre Santo, indignado contra su villana conducta. Pero el afortunado y atrevido advenedizo se lanzó de repente con buen golpe de soldados sobre Nocéra, feudo del pontífice, y donde de solaz y con sus cardenales eventualmente estaba; lo hizo prisionero, y lo envió con buen recaudo á Génova. Desembarazado de unos y de otros y confiado en su feliz estrella, puso los ojos en el trono de Hungría, que estaba vacante, y marchó á la lijera á solicitarlo. Pero le volvió el rostro la fortuna, y en cuanto penetró en aquel reino fue asaltado por una tropa de asesinos, que lo hirieron de muerte y lo llevaron á morir á un estrecho calabozo, (1386): justa paga de sus traiciones é ingratitud.

Dejó Durazzo dos hijos. El mayor de ellos Ladislao, ocupó el trono bajo la tutela de su Madre, quien viéndose muy apretada por Luis de Anjou, hijo del anterior, que vino con nuevo ejército, se encerró con su pupilo en los muros de Gaéta. Varia fue la suerte de las armas, gran parte del reino cayó en manos del pretendiente; pero por las vicisitudes de la guerra, pronto tuvo que abandonarla. Llegó Ladislao á la mayor edad, descubriendo aun mas ambicion que su padre. Buscando recursos con que reparar los apuros pasados y llevar adelante sus pensamientos, casó con una doncella Siciliana riquísima, á que luego abandonó, dejándola en la miséria. Y, siguiendo las huellas de su antecesor, puso tambien las miras en el trono de Hungría. Atajado en su empresa por fuerzas superiores, pensó en no salir de Italia, y se apoderó de la Toscana, y luego de Roma so pretesto de ampararla en sus discordias con Aviñon, llegando á titularse Rey de Romanos. Concibió el pensamiento su ambicion insaciable de hacerse soberano de toda Italia, lo que motivó liga entre el Papa, los florentinos y los franceses. Y cuando el audaz Ladislao se preparaba á hacer frente á tantos enemigos, su querida lo envenenó en Peruggía, y murió en Nápoles á los pocos dias el año 1410, á los treinta y siete de edad.

Dispersáronse con su muerte las numerosas tropas mercenarias, que tenia reunidas, y heredó el trono su hermana Juana, viuda de Leopoldo Duque de Austria, jóven hermosa, pero de costumbres livianas y corrompidas. Empezó su reinado teniendo por amante á Pandolfello Alopo, y luego á un tal Sforza. Se casó con un Príncipe francés de la casa de Borbon, el cual conociendo pronto lo que era su esposa, redujo á prision á ambos favoritos, y á ella á estrechísima vida. No podia soportar Juana II tal reclusion y tan pesado yugo, y con lágrimas, quejas y tratos secretos, logró interesar á sus vasallos; los que en un tumulto popular la restablecieron triunfante en su poder, y arrojaron de Nápoles á su marido. Este se refugió en Sicilia, y renunciando al mundo, tomó la capucha en un convento de San Francisco.

Dueña la Reina de su voluntad, sacó de prision á Sforza reverdeciéndose en sus amores. Pero pronto indignado este favorito de tener por rival á Sergio Caracciolo, y deseoso de vengarse, se concertó secretamente con Luis de Anjou para que invadiese el reino, y se le ofreció de *Condottiere* de la expedicion. Apretada la Reina por los franceses, llamó en su ayuda, nombrándolo su heredero, á don Alonso de Aragon, que guerreaba en Sicilia. Y combinó las cosas de modo, que mientras el de Anjou y Sforza estrechaban el asedio de Nápoles, otro bravo *Condottiere* Braccio Montone, con buen golpe de tropas allegadizas, los atacó por la espalda, abriendo paso al Rey de Aragon, que entró triunfante en la capital (1421).

Recibiólo la liviana Reina con grandes festejos, y muestras de la mas cordial gratitud. Pero muy luego los obsequios se tornaron desaires, y sospecha la confianza, al ver lo que cundia la prepotencia del aragones. Hasta que en abierto rompimiento Juana se retiró á Capua, mientras Alfonso desde Castelnovo ejercia su poder soberano en todo el reino.

Acomodóse la Reina con el traidor Sforza, y retirándole la herencia al Rey de Aragon, se la confirió á Luis de Anjou; con lo que nació una nueva y encarnizada guerra, y ocurrieron sangrientos encuentros entre franceses y aragoneses. Continuaba en el favor, á pesar del Sforza, el osado Caracciolo, elevado á la dignidad de príncipe de Capua; pero no contenta su ambicion, pidió los de Salerno y Aversa, y habiéndole sido negados se atrevió, en un exceso de ira, á poner las manos en el rostro de su Soberana, que lo mandó asesinar, por el atentado; aunque, mujer apasionada, lloró luego su muerte. Tres años despues murió Juana, y dejó el reino definitivamente á Renato de Anjou, hermano de Luis.

Hallábase este Príncipe prisionero del duque de Borgoña, y no pudiendo concertar su rescate, envió á su esposa Isabel á gobernar el reino. Lo hizo esta con mucha prudencia y acierto, hasta que rescatado Roberto vino á coronarse á Nápoles. Fué Roberto rey de apacible condicion, pero desafortunado en sus empresas. Y despues de desastrosa guerra le arrebató la corona don Alonso de Aragon, que sorprendió la ciudad entrando en ella á media noche por un subterráneo. Per-

dido así el reino, no pensó Renato en reconquistarlo. Se retiró á Provenza y á la vida privada, donde se dió á las letras, dejando escritas varias obras. Con su muerte concluyó la segunda dominacion de la casa de Anjou en aquellos paises.

Dueño absoluto de la corona don Alonso fijó definitivamente su córte en la ya hermosa ciudad de Nápoles, dividió el reino en doce provincias regularizando y uniformando su gobierno, reformó las leyes, arregló la administracion del Estado y promovió con empeño la publica prosperidad; sin que por esto descuidase la gloria militar y el engrandecimiento político de la nacion, ora ayudando valerosamente al Pontífice á recobrar el dominio de las marcas; ora libertando al ducado de Milan de las contínuas invasiones y correrías de Genoveses y Florentinos; con lo que ganó altísima reputacion y el respeto universal. A su muerte dejó el reino de Nápoles á su hijo natural don Fernando, y el de Sicilia á su hermano don Juan: volviendo así á separarse estas coronas.

El reinado de don Fernando I fué agitado y turbulento, y no contribuyó poco á que así fuese el carácter duro y cruel de su hijo heredero don Alfonso, duque de Calabria, pues los Barones viendo hollados por él sus derechos y prerrogativas, y atropellados los fueros y franquicias de los pueblos, se rebelaron. La mediacion del Sumo Pontífice arregló las cosas y se sometieron. Mas el rey don Fernando instigado por su hijo, los convidó despues á un festin en Castelnovo, donde bárbara y traidoramente los pasó á cuchillo. Este rasgo de crueldad y de perfidia, que ennegrece su historia, quita todo su valor á la proteccion que dispensó á las letras, y á Sannazaro, Panormita y Pontano, fundador de la academia *Pontoniana*, que todavía existe y adorna á la ilustre ciudad de Nápoles.

El año 1494, el rey Cárlos VIII de Francia invadió á Italia con poderoso ejército, para conquistar, como representante de la antigua casa de Anjou, el reino de Nápoles. Y esta acometida afectó tanto el ánimo del rey don Fernando I, ya en la avanzada edad de setenta y un años, que murió repentinamente al saberla. Sucedióle su hijo Cárlos, duque de Calabria ya célebre por sus maldades. Defendió el reino tenazmente; hasta que poco seguro de la lealtad de los suyos, y sabedor de que el Papa no solo habia dado la investidura al Monarca frances, sino que tambien lo habia coronado solemnemente en Roma; se sobrecogió de manera, que con asombro de cuantos conocian su carácter feroz é indomable, huyó á Sicilia y se metió fraile, dejando la corona á su hijo don Fernando.

Don Fernando II aunque muy jóven era esforzadísimo, y se arrojó con valor á la defensa de sus derechos. Pero poco satisfecho de la fé de sus vasallos, y conociendo con gran prudencia y sagacidad que era inútil toda resistencia, quiso guardarse para mejor ocasion. Reunió en Castelnovo á los Barones del reino, les levantó el homenage y juramento de fidelidad, y para concluir la guerra y evitar el derramamiento de sangre se retiró en Sicilia.

Esperó allí como advertido una ocasion oportuna, y se ocupó con gran secreto y actividad en buscar recursos para recobrar la corona. Pronto le facilitaron uno y

otro el desconcierto é insolencia del rey de Francia, y la rapacidad y desenfreno de los franceses. Pues aborrecidos de toda Italia, en toda ella encontró armas y dinero para combatirlos el refugiado en Sicilia. Y al volver al continente á restaurar su causa, se encontró con la ayuda y socorro importantísimo de un poderoso ejercito español, que le enviaba don Fernando el Católico, al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien sus hazañas y pericia militar le grangearon luego el nombre de *el Gran Capitan*, con el que lo reconoce la historia. Otro ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marques de Mantua, llegó tambien en socorro de Fernando II. Y asustado el frances con tanto estrépito, se retiró precipitadamente á su tierra, con notable perdida de gente y de reputacion.

Poco disfrutó de su restaurado trono Fernando, pues se lo arrebató la muerte, y lo ocupó su tio Federico, cuyo reinado hubiera sido feliz, considerando sus buenas partes; si nuevos acontecimientos no hubieran amargado sus dias, y derribádolo del poder. El rey de Francia Luis XII deseoso de vengar la derrota de su antecesor, atacó de nuevo el reino de Nápoles; y el rey Católico envió de nuevo al Gran Capitan, que se apoderó de los castillos de la capital con pretesto de guardarlos y defenderlos. El desgraciado Federico viendo en este paso un despojo, quiso echarse en brazos del rey de Francia; pero viendo en esto un nuevo peligro, desengañado de que no podia resistir á tan poderosos enemigos, y que lo mismo podia fiarse de los unos que de los otros, se retiró á la vida privada, para ser paciente y resignado espectador de como dos naciones poderosas y rivales disputaban su corona.

Dejó un hijo en Taranto encomendado á la lealtad de algunos Barones, que se habian conservado fieles. Pero el general español se apoderó bien pronto de su persona; y aunque (lo referimos con dolor) juró ante los Barones que lo defendian, y sobre una Ostia consagrada, dejarlo en completa libertad, lo envió prisionero y con buena escolta á España.

Quedó, pues, el reino de Nápoles en manos de españoles y franceses debastando el país, y haciéndose crudísima guerra. Pero ganada por el Gran Capitan la sangrienta batalla de Cerinola, y muerto en ella el Duque de Nemours, caudillo del ejército frances, quedó el reino á merced de los españoles; y ejerciendo el supremo poder en nombre del rey de Aragon Fernando V, el Católico, el Gran Capitan con el título de Virey. Igual título tomó luego el Gobernador de Sicilia, y quedaron ambos paises, antes verdaderos reinos, separados y convertidos en provincias españolas (1505), como por espacio de dos siglos se mantuvieron, formando parte de aquella colosal monarquía, que estendió á poco su poder, atravesando audaz y afortunada mares desconocidos, á las ignoradas regiones de un nuevo mundo.

IV.

Reducidos pues á provincias españolas los dos importantes reinos de Nápoles y de Sicilia, fueron constantemente gobernados por Vireyes que introdujeron en aquellos paises, en cuanto les fué posible, las costumbres, leyes y administracion de la metrópoli, aunque conservaron los estados generales de ambos antiguos reinos, y las formas del gobierno municipal de sus ciudades; aunque rara vez fueron consultados aquellos, y poco á poco se modificaron estas del modo mas conveniente al poder reinante.

El mismo Gran Capitan, conquistador de Nápoles, fué su primer Virey, y mostróse entendido y hábil gobernador; pero despertando su gran popularidad recelos en el ánimo del suspicaz Fernando V, vino este soberano con pretexto de visitar su nuevo reino, á retirar de el á Gonzalo de Córdoba, y á crear estorbos al absoluto poder de los Vireyes, alterando al mismo tiempo las leyes fundamentales y la administracion antigua de aquel estado, y hasta intentó introducir en él la inquisicion.

Tanto Nápoles, como Sicilia, son deudoras sin duda, de grandes elementos de seguridad, salubridad y cultura á la dominacion española, pues la magnificencia de sus capitales, la facilidad de sus comunicaciones, las obras de utilidad pública, como disecacion de pantános, acueductos, fuentes, calzadas, y fortificacion de los puntos accesibles de las costas, obras son de los Vireyes en ambos paises de aquende y allende el Faro.

A la muerte de los Reyes Católicos, heredó las coronas de Aragon y de Castilla con todos sus dominios en ambos mundos, su hija doña Juana, y la enfermedad mental de esta señora por la pérdida de su marido don Felipe el *hermoso*, las colocó muy luego en las sienes de su hijo don Cárlos, *primero* en el trono español, y despues *quinto* en el del imperio de Alemania. Las encarnizadas y contínuas guerras de este soberano con el rey de Francia Francisco I, conmovieron y trastornaron la Europa; y los estados españoles de Italia, no solamente padecieron invasiones y arremetidas inesperadas; sino que particularmente Nápoles y Sicilia empezaron á verse muy trabajadas con levas de gente y con onerosas contribuciones y penosos recargos para sostener aquellas guerras.

En el año 1524 siendo Virrey el flamenco don Cárlos de Lanois tuvo el reino de Nápoles una parte muy activa y principal en la guerra de Lombardía, pues concurrió con valerosas tropas á la célebre batalla de Pavía, cuya victoria se debió al insigne marques de Pescára, napolitano, aunque de antigua familia españo-

la, refugiada en Italia cuando los disturbios del tiempo de Enrique IV. El rey de Francia, recobrada su libertad, se negó á cumplir lo que habia pactado en Madrid estando prisionero; y en liga con el Papa renovó la guerra. Fabricio y Próspero Colonna embistieron á Roma con un ejército español, cuya mayor fuerza era de tropas nopolitanas. Indignado y despechado el Pontífice dió la investidura del reino de Nápoles á Mr. de Valdemont de la familia de Anjou. El cual, creyendo que iba de veras, tomó el título de Rey, y con un poderoso ejército que le dió el de Francia, atacó el vireinato de Lanois, y llegó hasta las puertas de la capital. Pero el valeroso flamenco con diez y seis mil españoles se arrojó sobre el advenedizo y lo escarmentó de manera que huyó con los suyos fuera del reino, que se imaginó suyo.

Con esta rota, entabló reservadamente el Virey hablas con el Papa, por órden secreta del Emperador, y tomaban mejor aspecto los negocios. Pero el ejercito imperial de Lombardia, que mandaba el duque de Borbon, acosado por la falta de pagas y escasez de mantenimientos, resolvió tumultuariamente, y sin que autoridad ninguna pudiera contenerlo, remediar su necesidad atacando á Roma, suponiendo que continuaba la guerra. En vano el virey Lanois trató de detener aquella inundacion. Pues atacada la capital del mundo cristiano, aunque opuso vigorósisima defensa, fue tomada por asalto, en el que murió el duque de Borbon, y bárbaramente saqueada y profanada por aquella desenfrenada soldadesca.

Indignado y con razon el Rey de Francia de atentado tan horrible, quiso vengarlo, y dispuso una expedicion dirigida expresamente contra Nápoles, mandada por Mr. de Lautrec, á la que no pudo oponerse el virey Lanois, porque murió el año 1527 de disgusto por los sucesos de Roma.

Gobernaba la Sicilia don Hugo de Moncada, y pasó á Nápoles á reemplazar al difunto, encontrando el reino todo inundado de franceses. Y escaso de fuerzas y mal seguro de la fidelidad de los Napolitanos, no se atrevió á combatirlos en tierra y lo verificó en el mar aunque con poco éxito, muriendo de un tiro de cañon en el Golfo de Salerno.—Sucedióle el príncipe de Orange cuando los franceses y venecianos tenian casi ocupado el país y estrechamente sitiada la capital. Pero socorrida esta oportunamente por la audacia de un bandido, y acometidos de la peste los sitiadores, fueron rechazados, y con nuevos esfuerzos exterminada completamente la expedicion francesa, y muerto Lautrec su capitan. No fué sóbrio el de Orange en castigar á los que favorecieron los intentos de los enemigos, decapitando á varias personas de cuenta; ni descuidado en arrojar de las costas á los venecianos; dedicándose en seguida en atajar los estragos de la peste, que ya por todo el reino se estendia, siendo aquella una de las épocas mas calamitosas que atravesó aquel desventurado pais.

El año de 1532, cuando apenas empezaban á tener remedio tantos desastres, tuvo el reino la ventura de que viniese á gobernarlo el célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, gran político, hábil y recto gobernador, y valero-

sísimo capitan: halló el país pobre, dividido, asolado por la peste y la guerra, é infestado de bandidos; y con sus sábias disposiciones mudó de aspecto en pocos años. Fué amigo y protector de los pueblos, y enemigo mortal de cuantos los esquilmaban y oprimian. Dió vigor á las leyes, fuerza á los magistrados, poder al gobierno. Restableció la salubridad del pais disecando lagunas y pantános, y dando desagüe á los torrentes y avenidas. Dió seguridad á los campos limpiándolos de bandidos. Cuidó de la abundancia de mantenimientos. Estableció el mayor órden en la administracion, y fue inflexible con los dilapidadores de los caudales públicos. Y se dedicó al mismo tiempo á abrir comunicaciones, á hermosear la ciudad con anchas calles y magníficos edificios, dando así trabajo y sustento á innumerables familias. Y no descuidó la seguridad del reino, reparando las fortalezas, y levantando castillos y atalayas en las costas, para ponerlas á cubierto de las invasiones de los berberiscos; encontrando recursos para todo en un país tan apurado, á fuerza de inteligencia y de actividad. Hízole una visita el Emperador al volver de la expedicion de Tunez, y despues de haber pasado algunos dias en Sicilia.

No faltaron descontentos y envidiosos que tentaron de indisponer al gran Virey en el ánimo del Monarca; pero este dió mas crédito á la opinion general del país y al conocimiento que tenia de las altas prendas que lo adornaban.

En tantos años como gobernó el reino de Nápoles don Pedro de Toledo, no recogió mas que aplausos y bendiciones de los agradecidos pueblos. Solo una pasagera borrasca anubló momentáneamente los dias de bonanza y de paz, de que le era deudor aquel pais á tan excelente Virey. Instigado por el César, que temió y no sin causa, que podia propagarse en aquel estado la doctrina de Lutero; trató de establecer el tribunal de la inquisicion en 1547. Y ni su popularidad, ni su energía lo consiguieron. Levantóse en masa todo el reino de Nápoles, y despues de un doloroso conflicto, en que corrió mucha sangre; tuvo el Virey que desistir de su forzado empeño, renunciando completamente al establecimiento del odiosísimo tribunal.

Seis meses duró aquella tormenta, que dejó en pos de sí consecuencias dolorosas, por mas que se restableciese la calma. Y el Virey no tuvo tampoco tiempo para remediarlas; porque de órden del Emperador marchó con tropas sobre Viena, y en el camino, al llegar á Florencia, murió en brazos de su hija mujer de Cosme de Médicis.

La Isla de Sicilia no pasó los reinados de Fernando el Católico, y de Cárlos V mas tranquila que el reino de Nápoles. Sus costas fueron constantemente acometidas por los turcos, y los berberiscos; lo interior del país infestado de bandidos, y trabajado de discordias, varias veces asolado por la peste, y las principales ciudades en perpétua rivalidad. El virey Lanuza llevó su severidad hasta el extremo y fué odiado por sus crueldades, sin conseguir establecer sólidamente el gobierno. Don Hugo de Moncada, el que como dejamos dicho pasó de Virey á Nápoles y murió en el mar combatiendo contra franceses, dejó en Sicilia fama de

carácter débil y de livianas costumbres. Y se descubrieron en la isla no solo conatos sino planes muy adelantados de entregarse al rey de Francia Francisco I.

Antes de ir á Nápoles el Emperador, como hemos referido, visitó la isla, y tambien concedió grandes privilegios á sus habitantes y á las ciudades mas populosas; sobre todo á la de Palermo, que á despecho de Mesina, era la capital. Convocó en ella los estados generales, establecidos por Rogerio, y aun despues durante algun tiempo volvieron á ser reunidos, pero sirviendo mas que de provecho de daño á los intereses del país, porque los diversos tiempos y las costumbres diversas los habian desvirtuado y corrompido, como acontece con las instituciones antiguas mas saludables.

Renunciando á las grandezas mundanas Cárlos V, se retiró á un monasterio, dejando el imperio á su hermano don Fernando, y la corona de España á su hijo Felipe II, con todos los estados de Flandes, Italia, y el Nuevo mundo.

Fué jurado el nuevo rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos, interrumpidos por la inesperada acometida del corsario Dragut, que con sesenta galeras embistió y saqueó las costas de la isla y las de Calabria; y tambien por nueva guerra con Francia, á cuyo Rey dió la investidura de aquellos paises, quitándosela al heredero del César, el papa Pablo IV enemigo acérrimo de la casa de Austria. Vino entonces á Nápoles de Virey el famoso duque de Alba, que reuniendo un poderoso ejército, y sacando grandes recursos de su vireinato y del de Sicilia, puso en aprieto á Roma, derrotó al duque de Guisa en Abruzzo, y continuó felizmente la guerra, hasta que por mediacion de la república de Venecia, procuró una paz ventajosa.

No podia ser grande el desarrollo de la prosperidad pública en los reinos de Nápoles y de Sicilia, como sucedió en la misma España su metrópoli, con estas interminables luchas de intereses agenos. El descontento era general en aquellos paises italianos, y no pequeña la postracion con tan extraordinarios esfuerzos. En este estado no era difcilí dar oidos á novedades, que tenian apariencia de remedio; y las doctrinas protestantes empezaron á encontrar acogida, obligando al virey, duque de Alcalá á tomar medidas rigorosas para atajar su propagacion. La naturaleza misma parece que se conjuró contra tan desventurado pais, pues violentos y contínuos terremotos destruyeron y soterraron poblaciones enteras, y enfermedades epidémicas y tenaces diezmaron el reino y casi despoblaron la capital.

Tambien los turcos despues de poner en grande apuro á la isla de Malta acometieron á Sicilia, y las costas de Nápoles en ambos mares, y hasta amagaron á la ciudad. Y finalmente en medio de tantos desastres y miserias, aun sacó de aquellos paises desventurados el gobierno español seis millones de contribucion (*donativo*) para los apuros de la corona.

Mucho contribuyeron tambien los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa expedicion de Lepanto, y ayudaron grandemente á la victoria de don Juan de Austria con sus galeras, con sus socorros en dinero y vituallas, y con sus valerosos

soldados. Precisamente en una galera napolitana se halló y fué herido en la pelea el inmortal Cervantes.

Escasez de víveres, precios exorbitantes de las mercaderias, y alteraciones hechas, con poco acuerdo, en el peso y valor de la moneda, ocasionaron motines, asesinatos y desórdenes lamentables en Nápoles. Y estas mismas causas acrecentadas con la rivalidad constante entre Mesina y Palermo y por el carácter indomable y feroz de los Sicilianos, trajeron á la isla dias de luto y de amargura. Pero en medio de tantas desdichas no dejaron los Vireyes de ambos estados, de regularizar mas y mas la administracion de justicia, siendo sus pragmáticas en este punto tan sábias y acertadas, como descabelladas eran, generalmente hablando, las que publicaron sobre puntos de administracion. Ni descuidaron el ornato público, el fomento de la industria sobre todo la de la seda, y la proteccion á las letras, como lo demuestran los edificios, fuentes, caminos y fortalezas, la fama que aun conservan las sederías de Catanea y de Nápoles, y los muchos escritores y artistas que allí en aquellos dias florecieron.

V.

A la muerte del rey Felipe II, sucedióle su hijo Felipe III y fué como su padre jurado en ambos estados; y á poco siendo Virey el conde de Lemus, tuvo que deshacer con mano fuerte y con gran dificultad las tramas del famoso Campanella, que habia llamado para sostener sus nuevas doctrinas, á los turcos, ofreciéndoles entregarles las fortalezas de la costa del Adriatico. Tambien luchó con un estraño personage, que apareció en Nápoles fingiéndose el rey don Sebastian, que luego paró en galeras y murió en la horca.

Crecian los bandidos en Calabria, poniendo en contribucion no solo los míseros pueblos de aquellas serranías sino hasta las populosas ciudades de la llanura. Y al mismo tiempo los corsarios berberiscos infestaban las costas de la Puglía; por lo que tuvo el virey conde de Benavente que acudir con tropas á contener á aquellos, y para destruir á estos que enviar al marqués de Santácruz con cuatro galeras á destruir en la costa de Albania á Durazzo, que era su madriguera.

Gobernaba en tanto la Sicilia el Virey Duque de Osuna, conocido por sus hazañas en Flándes; y dejando un nombre esclarecido y una gran popularidad en aquella isla, pasó en 1616 á ejercer el vireinato de Nápoles. Lo sonoro de su nombre, y la fama de su bizarría y de lo bien que se habia portado en Palermo, le preparó los ánimos de los Napolitanos, que lo recibieron con el mayor entusias-

mo. Trajo por secretario á don Francisco de Quevedo y Villergas, aquel colosal ingenio, cuyas obras inmortales son una de las mayores glorias literarias y filosóficas de España; pero pronto tuvo que enviarlo á la corte, para combatir con los enemigos y rivales, que allí de desacreditarlo trataban. El carácter aventurero del Duque, el modo estravagante con que hacia pronta justicia, su generosidad, su magnificencia, y hasta sus devaneos le dieron extraordinaria popularidad. Y esto, y el haber engalanado con su pabellon particular algunas galeras, que armó á su costa para hostilizar á los venecianos; y el creérsele de acuerdo en la famosa conspiracion de Bedmar contra aquella república; y el haber retardado entregar el vireinato al cardenal Borja su sucesor, promoviendo para ello asonadas en Nápoles; lo hicieron tan sospechoso en la corte de Madrid, y al consejo de Italia, que si bien mientras vivió Felipe III, no fué incomodado, á la muerte de aquel rey fué encerrado en un castillo en donde murió, ó víctima de atrevidos pensamientos de una ambicion desenfrenada, ó de la envidia y encono de mezquinos rivales.

VI.

Ocupando Felipe IV el trono español se apresuró visiblemente la ruina de aquella inmensa y poderosa monarquía, y todas sus partes se estremecieron en las convulsiones que preceden á la muerte. Embraveciose la guerra en Lombardía y dispuso el Conde Duque de Olivares, árbitro de la voluntad de su Rey, que los estados de Italia lo sostuvieran, y que Nápoles y Sicilia aprontasen un ejército de veinte y cuatro mil hombres y cinco mil caballos. Este esfuerzo era superior á lo posible. Y en ambos reinos crecieron las contribuciones y los apuros, hasta tener los vireyes que vender á particulares, las ciudades y villas de realengo. No bastaron estos dolorosos sacrificios; y poco despues fué preciso aumentar los derechos de consumos y de aduanas, de lo que no tardaron en resentirse la agricultura, la industria y el comercio: llegando ambos vireinatos á la mas espantosa miseria. Lo que no impidió que al estallar la guerra de Cataluña, acalorada por los franceses, y luego la de Portugal, se aumentasen las exigencias y las exacciones. Para colmo de desdichas se vió Nápoles afligido con una espantosa erupcion del volcan, que arrasó los campos, oscureció muchos dias el cielo, y arrojó sus cenizas hasta las costas de Albania. Y luego con tenaces lluvias que destruyeron las cosechas é inundaron las vegas mas feraces. Y en medio de tantas desdichas, aun el conde

de Monterey enviaba millones y soldados para acudir á los empeños y desdichadas empresas de la metrópoli.

No presentaba Sicilia mas favorable aspecto: siempre víctimas sus costas de la audacia berberisca, siempre campo su territorio de rivalidades, enconos y venganzas; con las últimas levas y contribuciones cayó en la miseria mas espantosa. Y en 1647 estalló en Palermo una grave rebelion que duró viva muchos meses, y que puso en grande apuro al Virey marques de los Velez, teniendo al fin que avenirse con la voluntad de los amotinados.

Este pernicioso ejemplo contagió al reino de Nápoles, del que era Virey el duque de Arcos; y en el verano del mismo año 1647 apareció la famosa sublevacion capitaneada por Masanielo, que costó tanta sangre, tanta riqueza, y que puso el reino, aunque pasageramente en poder de la Francia. Para corresponder el Duque á las exigencias de Madrid, y atender á la defensa del reino amagado por los franceses, tuvo que reunir caudales y que exigir un grueso anticipo; y para reintegrarlo se le ocurrió, en mal hora, imponer una gabela sobre el consumo de la fruta, arbitrio ya puesto en práctica otras veces con infelicísimo resultado, y que desde luego hizo tan mal efecto, que empezaron á notarse síntomas nada equívocos de un descontento general. Aconsejaron personas prudentes y entendidas al Virey, que lo substituyese con otro recurso menos oneroso; pero dilató el verificarlo, y dió lugar á que estallase una espantosa sublevacion. Púsose á su frente un jóven, que vendia pescado por las calles, llamado Masanielo, y el Virey se vió obligado á refugiarse en Castelnovo. Gran matanza hubo de las tropas españolas y tudescas, y aun de las napolitanas que guarnecian la ciudad. Fueron incendiados muchos palacios y edificios públicos, y creció imponderable el general desórden, que se propagó á las provincias. Al cabo de once dias Masanielo, que ejerció en ellos el poder mas absoluto que ha tenido jamás ningun monarca, y que obtuvo la obediencia mas pronta y sumisa que se ha visto jamás entre los mas abyectos esclavos, empezó á perder el juicio, desvanecido sin duda con tan inaudito poderío; y fué asesinado en los claustros de un convento, y arrastrado su cadáver por el mismo populacho, que horas antes lo idolatraba. No supo aprovechar el Virey el momento de recobrar el poder; y el mismo pueblo, que habia escarnecido los restos de su supremo jefe, volvió á entusiasmarse por él, recogió el cadáver, lo restauró y adornó con magníficas galas, y le tributó exequias de monarca, y culto de bienaventurado. Siguió la sublevacion acéfala, pero feroz, y eligió luego por caudillo al príncipe de la Massa, don Fransisco Toraldo. Este ilustre caballero tomó el mando para ver si podia conciliar los ánimos, y volver la paz al reino. Pronto desconfió de él el pueblo, cuya fuerza armada pasaba ya de cien mil hombres, y fué miseramente asesinado. Sucedióle un plebeyo llamado Annése, maestro arcabucero, continuando los desórdenes en todo el reino, y la mas abierta guerra entre el pueblo y la nobleza. Llegó al socorro del duque de Arcos, siempre encerrado en Castelnovo, una armada española mandada por el príncipe don

Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; con esta ayuda el Virey cañoneó la ciudad en vano; pues el motin tomó carácter de rebelion, y nació el pensamiento de independencia. Se hallaba casualmente en Roma el duque de Guisa, Enrique de Lorena, y concibió la idea de aprovechar las circunstancias para alzarse con el reino, como descendiente de la casa de Aujou, no aun del todo olvidada en aquella tierra. Consiguió ser llamado por los rebeldes que trataron de constituirse en república, para ponerlo á su cabeza. Logró entrar en Nápoles, pero fueron tales sus lijerezas y desaciertos, tan grande el disgusto que se apoderó del reino, y tan marcado el retraimiento del gobierno francés, con quien neciamente contaba, que no pudo realizar su atrevidísimo pensamiento.

Reemplazó al duque de Arcos el conde de Oñate, y de acuerdo con el príncipe don Juan, hizo una salida de Castelnovo con las tropas españolas, en tan oportuna ocasion, que en veinte y cuatro horas restableció el poder real en la ciudad, y en pocos dias en el reino todo ; no tardando mucho en restablecer la tranquilidad mas completa en el pais, y en borrar los rastros de tan seria revolucion, que duró once meses largos, y que causó pérdidas de mucha monta al gobierno y á los particulares. Algunos años despues se descubrió otra conjura, que costó la cabeza al turbulento Annese; y dejóse ver de nuevo, sin efecto alguno, el aventurero duque de Guisa en las playas de Nápoles.

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Cárlos II, destinado por la Providencia para que en sus débiles manos se deshiciese la inmensa monarquía española. Estremecido el imperio de ambos mundos con las agonias de la muerte, no podia ninguna de sus partes dejar de sentir la comun dolencia ; y sin embargo no fué la época mas calamitosa para Nápoles, ni lo hubiera sido para Sicilia, si no hubieran turbado su reposo interior los habitantes de Messina, en guerra perpetua con los de Palermo, por envidia y celos de preponderancia y sobre á cual le correspondia ser capital. Grandes disgustos fatigaron á los vireyes de Sicilia, conde Ayala, duque de Sermonetto, duque de Alburquerque, príncipe de Ligne y marques de Bayona. Pues divididos en bandos los mesineses, y triunfado el mas bullicioso, enemigo encarnizado de la dominacion española, la ciudad entera se declaró rebelde y se hechó en brazos del rey de Francia Luis XIV, que envió incontinenti en su ayuda una poderosa escuadra. Afortunadamente no se propagó el incendio, y los Vireyes de Sicilia y de Nápoles acudieron con todas sus fuerzas y recursos á sitiar la ciudad, mientras una armada española acudió á pelear con la francesa fondeada en el puerto.

Fué tenaz y vigorosa la defensa de los mesineses, como sin resultado los combates de ambas armadas; y despues de muchos meses de ataques contínuos mas ó menos felices, y de venir en socorro del gobierno español una escuadra holandesa que venció, aunque á costa de la vida de su Almirante, á la del rey de Francia. Retiróse esta rota y escarmentada, llevándose gran número de sicilianos comprometidos, y rindióse Messina á discrecion el año 1678.

En el de 1681, reemplazo en el vireinato de Nápoles al marques de los Velez, el del Carpio, y ocupó el de Sicilia, el conde de Santisteban; ambos se dedicaron con fruto en borrar las huellas de los pasados conflictos, y trataron, no sin el exito posible, de restablecer la industria, sobre todo la de la seda tan próspera antes en aquellos paises, y la navegacion y el comercio, floreciente en otras épocas.

Siendo en Nápoles virey el duque de Medinaceli el mas espléndido de cuantos tuvo aquel estado, y gran protector de artes y ciencias, ocurrió el año 1700 la muerte de Cárlos II, último rey de la dinastía austriaca en España: acontecimiento que trastornó completamente la Europa.

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesion y cercana la muerte, vacilaba, empujado por encontradas influencias, en nombrar heredero de una corona riquísima, aunque deslustrada, y de un trono, decadente, sí, pero que estendia su dominacion en ambos mundos. El Emperador, el duque de Saboya, el elector de Baviera y el rey de Francia, codiciaban la herencia, á la que se creian con derecho, y trabajaban por obtenerla.

La primer mujer de Cárlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia, apareció con sorpresa general una declaracion del Rey nombrando su heredero universal á Fernando de Baviera. Ni á la corte de España, cuya opinion estaba dividida, ni á los otros pretendientes agradó esta eleccion, y todos se preparaban á combatirla; cuando la muerte del elegido calmó la borrasca, y volvieron los otros tres pretendientes á sus esperanzas y á sus negociaciones. Pero entre los que verdaderamente se debatia el negocio era entre el Emperador, protegido por la reina, y el rey de Francia, que tenia en su favor la opinion general.

En tanto el desdichado Cárlos II se sentia morir, y urgiendo la decision de punto tan importante consultó al Padre Santo, que lo era Inocencio XII. Este opinó por el mejor derecho á la herencia de los hijos del Delfin de Francia, como nietos de la hermana del moribundo Rey. Nótese, porque es importantísimo en las circunstancias en que escribimos, que la casa de Borbon heredó el trono de la monarquía española, por derechos trasmitido por hembra, segun las leyes fundamentales de España nunca quebrantadas en este punto tan esencial. Prevaleció pues la respetable opinion del Pontífice, y un mes antes de pasar á mejor vida firmó Cárlos II su testamento, nombrando su heredero á don Felipe de Borbon duque de Anjou, hijo del Delfin y nieto del rey de Francia Luis XIV.

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia, á los diez y ocho años de edad. Su juventud, su gallarda presencia, y sus modales corteses y delicados le grangearon desde luego el entusiasmo general. Pero sus rivales dándose por ofendidos, y creyéndose con mejor derecho á la corona de España, se propusieron apelar á las armas. Leopoldo de Austria, Fernando de Baviera y Victor Amadeo de Saboya, se coligaron para declarar la guerra á la casa de Borbon, y se les unieron muy luego por temor fundado de la reu-

nion de España y Francia: Inglaterra, Holanda, el elector de Brandemburgo y Portugal, dando principio á la famosa guerra de sucesion.

Empezó en Lombardía, mandando las fuerzas alemanas el príncipe Eugenio de Saboya, aunque muy jóven, acreditado de valiente y de experto por victorias importantes ganadas en Turquía. Y los ingleses y holandeses se encargaron de guerrear en los mares y en el Nuevo mundo.

VII.

En Nápoles y en Sicilia fué jurado el nuevo Rey, pero no agradó el cambio de dinastía, porque nunca en aquellos paises fueron simpáticos los franceses; y la corte de Viena cuidó de acalorar este disgusto. Servian en el ejército imperial algunos nobles napolitanos, y entre ellos un Caraffa y un Sangro, sujetos de altísima familia; y de ellos echó mano el Emperador para tentar un levantamiento general en favor de la casa de Austria.

Pusiéronse en Roma de acuerdo con el cardenal Grimani, y pasando á Nápoles no fueron desgraciados en sus primeras negociaciones; pues llegaron las cosas al punto de que los conjurados enviasen á Viena á don José Capece, para tratar con el archiduque Cárlos, y exigirle, para cuando lograse la corona, que habia de establecer su córte en Nápoles, que solo á napolitanos se habian de conceder los cargos de aquel reino, que habia de establecer un senado aristocrático, que interviniese en la gobernacion del Estado, y ademas ciertas recompensas para los directores de la conjuracion.

Habiendo esta tomado ya tales proporciones, imposible era que permaneciese oculta largo tiempo; y descubierta por el duque de Uzeda, embajador de España en Roma, dió oportuno aviso al de Medinaceli. Estaba dispuesto, y señalado dia para verificarlo, asesinar al Virey, proclamar al Archiduque, sorprender los cuarteles y apoderarse de los castillos; pero nada pudo realizarse por las disposiciones acertadas que se tomaron oportunamente para impedirlo. Desconcertados los conjurados reuniéronse secretamente, y como los principales de ellos opinasen, por esperar otra ocasion favorable; Jaime Gambacorta, príncipe de Macchia, jóven ilustre, pero pobrísimo, y deseoso de remediarse á favor de revueltas y de desconciertos, secundado por otros de su laya propuso continuar la empresa sin reparar en inconvenientes. Y así se resolvió, poniéndose á la cabeza de todo el osado mancebo, por lo que tomó su nombre la conjuracion. Dióse el grito, abriéronse las cárceles, incendiáronse edificios, saqueáronse almacenes y tiendas, cor-

rió sangre y trastornóse completamente el país. Grandes esfuerzos hizo el duque de Medinaceli para atajar el incendio, y se mostró valeroso capitan y prudente gobernador, pero disponia de muy cortas fuerzas y tuvo que repararse al abrigo de Castelnovo. En aquella revuelta estaban comprometidos nobles y plebeyos, pero empezaron á desconfiar estos de aquellos, recordando anteriores compromisos; y empezó á decaer la autoridad del jóven príncipe de Macchia, á no ser obedecidas sus órdenes, y á nacer entre los sublevados el desórden y la confusion. Aprovechando lo cual el sagaz Virey, publicó un perdon general, que deshizo la conjura, acogiéndose á él muchos de los comprometidos, y poniéndose en salvo los restantes.

Asegurada así la tranquilidad del país, y afirmado el poder de Felipe V, regresó á España el duque de Medinaceli, viniendo á relevarlo el duque de Escalona que era virey de Sicilia; y que venia destinado á devorar la amargura de tener que entregar aquel precioso dominio español á poder extranjero y enemigo. Fué demasiado severo en el castigo de los pasados desórdenes, pero recto en la administracion de justicia, y cuidadoso de no aumentar las cargas públicas, y de mantener la abundancia y la seguridad en todo el reino. Creyó sabiamente Felipe V, que para asegurar aquel estado, de fidelidad tan dudosa, seria conveniente su presencia. Y embarcándose en Barcelona llegó felizmente á Nápoles con próspera navegacion. Fué recibido con general entusiasmo, justificándolo el generoso olvido que manifestó de las recientes ofensas, siendo gracioso para todos, disminuyendo las contribuciones, y perdonando generosamente los cuantiosos atrasos de ellas. Dos meses permaneció en aquel reino, y marchó apresurado á Lombardía, á contener los progresos del ejército austriaco, mandado por el príncipe Eugenio. Y despues de mostrarse allí valeroso y entendido guerrero, regresó á España, á medirse con el archiduque Cárlos, que obtenia grandes ventajas en la corona de Aragon, ayudado poderosamente por Inglaterra. En grande aprieto se vió la causa de don Felipe, quien tuvo al fin que abandonar á Madrid; y entonces le fué arrebatada la corona de Nápoles. El ejército frances tenia harto que hacer en el norte de Italia, para poder dar socorro á aquel reino, contra el cual envió el príncipe Eugenio al general Daun con buen golpe de tropas austriacas. Y entendiéndose con los descontentos y revoltosos, y ganando con oro muchas voluntades, llegó fácilmente á sitiar la importante plaza de Gaéta. Estaba en ella el desventurado Virey, y la defendió bizarra y tenazmente, pero teniendo por enemigo el país todo, y sin esperar socorro alguno, tuvo que rendirse casi á discrecion. Con lo que el reino todo se sometió al poder austriaco y al gobierno del General vencedor: así perdió Felipe V, el dominio de Nápoles, conservando el de Sicilia hasta la paz de Utrechc.

No queremos pasar de aquí sin hacernos cargo de las acusaciones mas ó menos graves y violentas, que los autores italianos, y sobre todo los modernos, lanzan contra la dominacion española en Nápoles y Sicilia. Si se ciñeran á lamentar

la pérdida de su independencia por mas de dos siglos, tuvieran tanta razon como les falta para demostrar esa saña contra los españoles, atribuyéndoles ciegamente todas las desventuras de aquellos paises. Mucho padecieron en verdad; pero no mas ciertamente, que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos de el descabellado sistema político y administrativo de los reyes austriacos. Pero al mismo tiempo debian reconocer tales detractores, que la dominacion española no dejó de producir grandes bienes á aquellos paises italianos. A ella debieron en gran parte los adelantos de su civilizacion, de su industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vireyes españoles. La industria y el cultivo de la seda llegaron bajo su proteccion á la perfeccion suma, y á ser fuente de considerable riqueza. La disecacion de pantanos y de lagunas, que hacian mortíferos ambos paises, y la conduccion de aguas á las ciudades y poblaciones, á los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escaseó el Gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos, y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se las concedian con mano franca; y hasta ejercian el poder en la misma Metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administracion fué siempre deplorable, ¿pero era mas acertada y equitativa en España?... Mas diremos, ¿lo era en alguna parte de Europa? Y en contrapeso de esta desgracia, que era comun en aquella época, citaremos los grandes beneficios que hicieron á la administracion de justicia las pracmáticas de los vireyes, arreglando los tribunales, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sabias disposiciones: y que acabaron con los restos del feudalismo, y que contuvieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos ¿no fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una grande y poderosísima monarquía, dominadora de Europa? Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y mas insegura, y para contribuir á las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido dejar de ser campo constante de batalla de agenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosísimo amparo de la dominacion española. Y prueba de que no era tan grande el odio á los españoles, por mas que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosísimos los sicilianos y napolitanos por rey, como vamos á referir, á un príncipe español, con séquito español y con tropas españolas, des-

deñando á príncipes de otras naciones, que tambien les ofrecian y aseguraban su nacionalidad y su independencia.

VIII.

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero á Lombardía, y luego á Roma á poner coto á las pretensiones del Papa sobre Parma. Al Cardenal le sucedió el conde Cárlos Borroméo, y dos años despues en el de 1713 la paz de Utrechc terminó la guerra de sucesion, afirmando la corona de España y de las indias en las sienes de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Cárlos que habia subido al trono imperial, con el nombre de Cárlos VI, y continuó un año mas la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el milanesado y los presidios de Toscana. Y á Victor Amadeo de Saboya la isla de Sicilia, con título de Rey; con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con harto dolor, aquel estado el último virey español marques de los Balbases. Mucho debia prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimamente el Piamonte habia dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó á Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este á los tres años de gobierno se vió sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nacion, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infraccion de los tratados indignó á todas las potencias, que habian guerreado tantos años. Y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piamonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto á la ambicion española, formó la liga llamada cuadrupe alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Lóndres, que fué sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cual pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Cárlos VI, á Victor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña; y al infante Cárlos de Borbon, hijo segundo del Rey de España, habido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se le declaraba heredero de los estados de Parma y Plasencia, á la muerte cercana de su poseedor, que no

tenia sucesion directa. Verificóse este arreglo, con gran disgusto del Piamontes, y con gusto del español, y sobre todo de la reina, que preveia en el nuevo órden de cosas gran porvenir para su hijo; quien no tardó en tomar posesion de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vió con sospecha el que los españoles volvieran á poner el pié en Italia, y á entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgusto del país.

Armóse á poco nueva guerra sobre la sucesion al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas la Europa, rompiéndose la anterior alianza. Luis XV, de Francia envió á conquistar el milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España un grueso ejército al mando del duque de Montemar so pretexto de cubrir los estados de su hijo don Cárlos; pero con órdenes secretas de conquistarle el reino de Nápoles. Era entonces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde Traun, los que viéndose de improviso y vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro á Viena, pues contaban con escasísimas tropas, y con ellas en el último apuro salieron á probar fortuna. Mas tuviéronla tan contraria, que rotos y deshechos se refugiaron en la plaza de Gaéta. El reino todo recibia con los brazos abiertos á sus antiguos huéspedes; mientras que arreglada la sucesion de Polonia, se convenia en Lóndres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se queria despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia; indemnizando al infante don Cárlos de Borbon con la corona de Sicilia: pero esta y la de Nápoles se las tenia ya destinadas la providencia, y debia adquirirlas con nuevos triunfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, que esperaban con ansia al nuevo rey, al jóven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella á caballo el dia 10 de mayo de 1734, entre los mas fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se estendia como una chispa eléctrica por todo el reino. Pero aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algun refuerzo, y aun se defendian en Gaéta, en Capua, en Pescára y en otros puntos, y se reunian en Puglia. Marchó á su encuentró el bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre victoria de Bitonto, y atacándolos luego, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor á Sicilia, y su alta reputacion, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del Príncipe que defendia y el odio de los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnicion alemana, y el duque de Montemar fué acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el jóven rey en ir á visitarlo, y allí tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué co-

ronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices rodaban en la mente del jóven monarca ; cuando una nueva guerra vino á retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Cárlos, se opusieron algunas potencias á que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única la célebre y varonil María Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Prusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya. Y mientras se guerreaba en Alemania, en Hungría, y en Lombardía, el almirante inglés Martins se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navíos, y con inusitada insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no prometia solemnemente el rey Cárlos, guardar en la empeñada lucha extricta neutralidad. Bramó de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de bajeles, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artillería, por evitar la destruccion de su hermosísima córte, tuvo que ceder despechado, y que llamar las tropas, que iban marchando á reforzar las armas españolas en Lombardía.

Esta humillacion no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse á los Abruzzos, creyó el General tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, lo acometió impetuoso. Enterado Cárlos de tan injustificable agresion, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto desacato; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores; publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba á las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hácia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componian el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el país, y muy provisto de municiones y de vituallas. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descuido que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descuido, y obligado á aventurarlo todo logró á media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confusion y el esterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no consiguieron nada con este triunfo pasagero los alemanes. Repuesto Cárlos reuniendo con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor á su cabeza; heróico revolvió sobre los alemanes, tambien descuidados con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolucion de una justa venganza, los deshizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las dos Sicilias, independiente y respetada.

IX.

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey lejítimo de aquel nuevo reino, por todas las potencias de Europa. Por lo tanto será mas prolija nuestra narracion, porque como de sucesos mas próximos á nuestros dias, en íntima relacion con la época presente, y últimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés á nuestros lectores, y pueden ser de mas útil enseñanza.

Era el rey don Cárlos, á quien ya conocemos como valentísimo soldado, y experto capitan, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter; de bondad suma, de purísimas costumbres, celoso de su autoridad pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos; sin que su religiosidad extrema y nimia, que casi con la superticion se confundia, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia á su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instruccion, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia, y de actividad; y lo nombró su primer ministro, desde el momento que tomó posesion de aquel reino. Y ya antes de la expedicion de Veletri habia empezado á introducir grandes é importantes mejoras en la administracion pública y en la gobernacion de la monarquía.

Dió al consejo colateral el carácter y organizacion de consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casacion, y último recurso, y aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comision de jurisconsultos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente, y arreglado á los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia, y con las Rejencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organizacion á los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. Tambien dió el último golpe á los restos del caduco feudalis-

mo, aboliendo la jurisdiccion particular de los Barones, y llamándolos á la córte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y á pesar de su piedad suma, y de las prácticas piadosas, á que acaso se entregaba con exceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones á los bienes eclesiásticos; ajustando con la Santa Sede un ventajosísimo Concordato. Y hasta para dar mas vida al comercio, permitió la entrada de los judios, medida que disgustó al pueblo, y que mas tarde tuvo que revocar por complacer á la opinion pública.

Habia el Rey contraido matrimonio el año 1738 con Amalia Walburga, hija del Rey de Polonia Federico Augusto. Y creó el dia de la ceremonia la órden esclarecida de San Genaro, dándole instituciones mas de congregacion devota, que de órden caballeresca. Ya la Reina habia dado á luz una princesa, y estaba de nuevo en cinta, cuando ocurrió la expedicion de Veletri; durante la cual quedó en Gaéta, no sin disgusto de la ciudad de Nápoles, que reclamaba como suyo aquel depósito.

A la vuelta de la expedicion, perfeccionó el Rey y llevó á cabo con actividad suma todas las reformas ya emprendidas. Puso órden en la administracion y recaudacion, aseguró mas y mas la tranquilidad interior, y cogiendo opímos frutos de sus sábios planes y de la capacidad gubernativa de su ministro Tanucci, vió en tan floreciente estado la hacienda pública, que pudo pensar en el engrandecimiento, y en el ornato de su reino.

Reformó y regularizó los estudios públicos, y las academias, mejoró el arsenal, creándose una escuadra; estableció colegios de náutica y de construccion, fundicion de artillería, fábricas de lonas y cordelería; fundó el arrabal de Chiaja y el de la Mergelina; construyó el muelle y la aduana, mejoró el palacio, y contiguo á él levantó el magnífico teatro de San Cárlos, el mas célebre de Europa. Y no podemos resistir al deseo de consignar un hecho curioso que ocurrió en su inauguracion. Para ir desde sus regias estancias al teatro, tuvo que atravesar la real familia varios pátios y que salir á la calle. Y cuando sorprendido el Rey como el público todo, con lo suntuoso y sólido del edificio y del magnífico salon, y con el mágico espectáculo, elogiaba y aplaudia al arquitecto Carasala, que habia construido aquel teatro en ocho meses, le dijo: lástima es que no se pueda venir desde palacio aquí sin tomar frio. Nada contestó el arquitecto; pero al acabarse la representacion se encontró el Rey con una oportuna galería sólidamente construida, y adornada de tapices, alfombras, espejos y arañas, que desde su palco le dió paso hasta la real cámara.

Tambien edificó Cárlos la bellísima poblacion y palacio de Porticci, el de Capodimonti, el magnífico de Caserta, el soberbio acueducto de Maddalone, el hospicio general, los graneros, los cuarteles y las atarazanas. Y pasma todo esto cuando se considera que se hizo sin grabar á los pueblos, ni aumentar las contribuciones, ni acudir á empréstitos, y en un pais esquilmado por malos gobiernos,

y trabajado de continuas guerras y calamidades: pues aunque se crea que la reina de España enviaba á su hijo gran parte de los tesoros de América; no pudo hacerlo despues de la muerte del rey Felipe V, y del advenimiento de su entenado Fernando VI, al trono; en cuya época se construyeron precisamente aquellas colosales obras, orgullo de Nápoles y admiracion de los viageros.

Tambien al rey Cárlos de Borbon debió la Europa el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, ciudades romanas, que habian desaparecido el año 79 de nuestra era bajo las lavas y cenizas del Vesubio, y cuya posicion se habia completamente borrado de la memoria de los hombres. En ellas, particularmente en la última, se han encontrado riquezas artísticas inapreciables, y se ha podido estudiar la vida doméstica de los romanos. Desde los utensilios del tocador de las damas, hasta los bronces, mármoles, pinturas y mosáicos que adornaban al foro, los templos y los palacios de aquellas olvidadas ciudades han sido digno asunto de científicas disertaciones, han dado ya importante ocupacion al buril, y en el real museo Borbónico de Nápoles sirven de útil enseñanza y estudio, y son la admiracion de los arqueólogos y de los artistas.

Tambien en Pompeya se han hallado papíros, que aunque carbonizados por la accion del fuego, se desarrollan y leen sin dificultad, por un procedimiento fácil é ingenioso. Desgraciadamente hasta ahora no se han encontrado entre ellos las obras perdidas de los grandes escritores de la antigüedad.

Alcanzaron á la isla de Sicilia en gran parte todas las ventajas y adelantos, que tan floreciente hacian el Estado napolitano. Pero el estar mas léjos de la fuente de las reformas, y de la vigilancia del Monarca; el tener que sujetarse á la mas ó menos actividad, celo é inteligencia de los delegados del poder soberano; y lo mas atrasado del país, las mayores raices que en él tenia el poder feudal, y la influencia eclesiástica; las antiguas rivalidades aun no del todo allanadas, lo áspero del terreno y el carácter indomable de los habitadores, dificultaban el progreso de la civilizacion, y el planteamiento de las saludables innovaciones.

Duraba en tanto, con cortos intervalos, la guerra de Lombardía, y en ella un cuerpo de tropas napolitanas reforzando el ejército español, adquiriendo gloria y merecido renombre; hasta que muerto Felipe V, le sucedió en el trono de España y de las indias su hijo del primer matrimonio Fernando VI, que no tardó en firmar la paz, ajustada en Aquisgram, por lo que se concedió la soberanía de Parma, Placencia y Guastalla al infante don Felipe. Y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se concertó un doble matrimonio. Tambien se arregló poco despues la alta soberanía del rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradicha y negada por los Grandes Maestres del órden de San Juan de Jerusalem.

Tambien mostró Cárlos su firmeza de carácter, á pesar de su devocion extremada, resistiendo á las instancias del papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la inquisicion. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con nota-

ble imprudencia á preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, extrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinion pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó tambien al cardenal Landi, por decretos que exculpidos en tablas de mármol, se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Cárlos y su ministro Tanucci, para afianzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, proteger las letras y las artes; empezando á crear así en aquel pais la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Dias de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Cárlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos mas de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesion, del rey de España don Fernando VI, lo llamó á ocupar él trono de ambos mundos. Recibió el mismo dia la noticia de la muerte de su hermano, y la de haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España; y pensó en marchar inmediatamente á ceñirse la espléndida corona, con que galardonaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la providencia. Nombró regente de España, á su madre, y pensó en la sucesion del reino de las dos Sicilias.

Tenia el Rey Cárlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbécil; reconocido lo cual solamente, en un consejo público de facultativos, barones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fué declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Cárlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo reunirse ambas coronas, pertenecia legítimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Cárlos III, ya rey de España, confiriéndole la corona de Nápoles y de Sicilia el dia 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fue reconocido y jurado como Rey sin la menor contradiccion.

En el mismo dia, despues de haber registrado las cuentas del tiempo de su reinado; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole su hermano imbécil que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia; y de repartir con justicia y sin profusion grados, títulos, condecoraciones y mercedes á sus fieles servidores; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja, y hasta dejando una sortija de ningun valor, que encontró en Pompeya y que tenia la cos-

tumbre de no quitarse nunca: exceso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Cárlos III.

Lloraron su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con los ojos arrasados la escuadra, que les robaba su ídolo, su rey, su padre, su bienhechor.—Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios; pero ¡ay! se ausentaba el que las habia dictado, el que los habia con tanto acierto elegido, el que los habia imaginado: faltaba el rey Cárlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajados países.

X.

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las dos Sicilias y de Jerusalem, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe hereditario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, Príncipe de San Nicandro ayo del Rey: José Pappacoda, Príncipe de Céntola: Pedro Bolongna, príncipe de Campo-reale: Miguel Reggio, bailío de Malta: Domingo Sangro, capitan general: Jacobo Milano, príncipe de Ardore: Lelio Caraffa, capitan de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mencion; y que fué como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único del Estado. Y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneracion, que con tanto acierto habia planteado á la sombra del anterior Monarca.

Entretanto crecia el nuevo Rey educado por San Nicandro, mas en los ejercicios que dan vigor al cuerpo, que en los estudios que nutren el espíritu, en los que ni el ayo ni los corregentes eran desgraciadamente muy versados. La inmoderada pasion por la caza de que era víctima el padre, se enseñoreo tambien del hijo; y el Rey ya mancebo, mirándola como su primera ocupacion, repelia con tédio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadia las conversaciones sobre materias de Estado y negocios públicos. Sabiendo apenas escribir, cifraba su vanidad en ser el mas certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el mas diestro en los juegos de fuerza ó de gallardia de todo su reino; ejercicios que lo ponian en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la córte. Pues tímido, cortado, taciturno en las régias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suelto y locuaz, cuando en las fiestas populares se complacia en disfrazarse de pescadero, divirtiéndose en vender á los lazarones pescado, con todo

el chiste, procacidad y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende como el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó mas de la educacion del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del agradecimiento que debia á Cárlos III, que de intento descuidára las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gobernacion verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obedeciendo sus nuevas inspiraciones, pues seguia el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito: aunque este, decidido enciclopedista, traspasó muchas veces las instrucciones del piadoso Cárlos III, en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los expolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun mas la jurisdiccion episcopal, se puso coto á la publicacion de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundacion de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervencion al gobierno en los estudios de los seminarios, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus benéficos resultados.

No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vió el año 1765, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importacion y exportacion, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el dia 12 de enero de 1767. Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; porque aun no habia aceptado, por sugestion reservadísima de Cárlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendia un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatia con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesion del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsion de los Jesuitas, hecha por exigencia de su Padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se habia verificado en España. Gran sensacion causo en el reino de las dos Sicilias, afligiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todo sobre el motivo de tan atrevido golpe. Pocos dias despues apareció un real decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratuitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclusion, y á otros establecimientos piadosos seculares, todos de pública utilidad; con lo que poco á poco se sosegaron los ánimos, conmovidos con la expulsion de aquella preponderante órden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luego abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pio VI hubo serios altercados entre este Papa

y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagracion de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasion de que quedase abolida la antigua costumbre de la presentacion de la famosa *acanéa* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallage. Hízose siempre esta anual ceremonia el dia de San Pedro, 29 de junio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna embajador de Nápoles, á llevar á la Basílica vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desórden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poquísima importancia. Sabido el caso por el rey de Nápoles, fingió darle mucha: y sin pérdida de tiempo escribió por medio de su embajador al Papa: que para evitar tales escándalos y disgustos, que podian turbar la paz, nacidos de un acto de *mera devocion*, habia resuelto que no se celebrase mas aquella ceremonia. Exigió el Papa la revocacion de este acto, que calificó de atentatorio á su alta soberanía; y no obteniéndola protextó en vano, y aun reclama el dia de aquella festividad el perdido derecho. Así concluyó completamente toda sombra de dependencia ajena del reino de las dos Sicilias.

Trató el Rey de tomar estado, y ajustó su matrimonio con María Josefa de Austria, hija del emperador Francisco I. Pero habiendo muerto esta señora cuando se hacian los preparativos de la boda, la reemplazó su hermana María Carolina; y en Nápoles el 22 de mayo de 1768 se verificó el régio enlace, solemnizado con grandes fiestas y regocijos, que duraron algunos meses.

Hermosa, altanera, instruida, y austriaca, debia suponerse la parte que iba á tener la Reina en la gobernacion del Estado, y la tenaz oposicion que haria á la influencia española; mucho mas cuando fué artículo expreso de las capitulaciones matrimoniales, que asistiria á los consejos de estado. Desde luego se notó que no simpatizaba con el ministro Tanucci; y no era difícil de conocer el arrepentimiento de este por no haber cuidado mas de la educacion de su soberano, haciéndolo capaz de gobernar por si mismo, y no por agenas inspiraciones. Continuó empero algun tiempo en la direccion de los negocios públicos, y en íntima aunque mas reservada correspondencia con Cárlos III.

Prosiguieron, pues, las reformas, y los arreglos, ocupándose de todo las academias y reuniones de sabios y de filósofos; y entonces brillaron los ilustres escritores, Galiani, Palmieri, Pagano, descollando entre ellos el célebre Cayetano Filangierí, autor de la gran obra titulada *Scienza della Legislazione*.

Tambien entonces nació la rica industria del coral, y se perdió en breve por el furor, que reinaba en aquella época, de reglamentarlo todo. A pesar de tanta actividad y movimiento, no prosperaba la hacienda, y el reino decaia visiblemente.

En 1777 dió á luz la Reina un Príncipe, y exigió en seguida la asistencia á los consejos y consultas de Estado; y aunque Tanucci opuso cuantas dificultades le sugirió su astucia y su práctica cortesana, no lo pudo impedir; y dejando el gobierno á la altiva austriaca, salió del ministerio, se retiró de la córte, y se

estableció léjos de ella en una casa de campo, donde á poco pasó á mejor vida. Hombre notabilísimo, enciclopedista sí, y de escasa instruccion; pero de grandes instintos de gobierno, de fecundas ideas, laborioso, perseverante, bien quisto y de suma pureza. Gobernó con poder absoluto cuarenta y tres años, se retiró del mando sin enemigos, y murió en la miseria.

Dueña de las riendas del Estado la reina María Carolina, y mas alejado que nunca el rey Fernando de los negocios públicos, cambiaron completamente las relaciones extranjeras, rompiéndose los vínculos que unian el reino de las dos Sicilias con España, y estrechándolos con Inglaterra. Sucedió á Tanucci en el ministerio el marques de Sambucca, que estaba de embajador en Viena. Y se trató de aumentar las reformas, siguiendo las ideas filosóficas, que estaban de moda en la capital del imperio. Pero el mal estado de la hacienda agravado con los nuevos despilfarros de la córte, que se puso en un pié de ostentacion y de lujo, no al nivel de los recursos del reino; y el encontrarse sin ejército y sin marina; aquel indispensable siquiera para mantener el órden interior, como lo exijian los adelantos admirables de la industria, y esta necesaria para protejer la navegacion y el comercio acrecentados de una manera increible; alarmó á la Reina y al nuevo ministro, y convinieron en que eran necesarias tropas y naves de guerra. Mas no sabiendo de quien echar mano para crear ejército y marina, se pensó para lo primero en un general austriaco, y para lo segundo, (por no llamar, ni un español, ni un francés), resolvieron por consejo del príncipe de Caramanico, que gozaba de gran influencia en palacio, nombrar Almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana, y que habia adquirido renombre de experto y de valeroso, en una expedicion contra Arjel. No tardó en aceptar el aventurero esta primera muestra de los favores de la fortuna; y con permiso del Gran Duque pasó á Nápoles en 1779, donde fué muy bien acogido por los Reyes, y por toda la aristocracia, encargándose de la direccion general de marina. Al mismo tiempo Sambucca dejó el ministerio de estado al marqués Caracciolo, hombre de juicio y reputado buen economista.

No desaprovechó la córte Romana estos cambios para arrancar un nuevo Concordato, sin el estorbo de Tanucci. Pero negoció en vano, pues Caracciolo, que siendo Virey de Sicilia dió muestras de su entereza en estas materias, se mantuvo firme, y rechazó con energia las exageradas pretensiones de Roma.

Obtuvo muy luego el caballero Acton el ministerio de Marina, y empezó, ambicionando algo mas, á minar el favor secreto de Caramanico, hasta lograr que saliese este rival poderoso á la embajada de Lóndres. Trató de ganarse popularidad, y lo consiguió mostrándose poco amigo de la nobleza, estableciendo escuelas gratuitas, publicando proyectos de caminos y obras públicas, mejorando para el comercio los puertos de Miseno, Brindis y Baya, y hasta intentando establecer la libertad de cultos en Mesina y en Brindis. Abolió tambien el ministerio de Hacienda, creando para regirla y administrarla un consejo, y empezó á dedicarse

con calor al aumento del ejército y de la escuadra, alzándose en fin con el supremo mando, con el afecto y completo favor de la reina, con la confianza, el respeto y hasta el miedo del Rey y con la opinion del país. Mariscal de campo, teniente general, capitan general, todo lo fué el afortunado Acton en pocos dias; y se vió condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo título de Lord de Inglaterra; creciendo en riquezas al paso que en honores y en importancia política.

Apareció falaz y momentáneamente tan engrandecido el poder del reino de las dos Sicilias, por el número de soldados y de buques que se le suponian, que los Borbones de Francia y de España quisieron buscar su alianza, ¿pero qué podian conseguir sino desaire y repulsa de una reina austriaca y de un favorito ingles? Ofendido Cárlos III escribió con autoridad de padre á su hijo Fernando IV importantes y discretas reflexiones, aconsejándole que alejase de su consejo de su corte y de su reino á aquel temible y audaz advenedizo. Nada consiguió y murió á poco muy aflijido de cuanto ocurria en su predilecto palacio de Caserta.

El año de 1783 fue funestísimo para el reino de las dos Sicilias. Continuos y espantosos terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, y hasta cambiaron completamente el terreno en las feraces provincias de Calabria y del norte de Sicilia. Innumerables fueron las víctimas, pues pasaron de sesenta mil, grande la pérdida de cuantiosas riquezas; general es el espanto y la afliccion, y notable el empobrecimiento. Al mismo tiempo las borrascas, las tormentas, las inundaciones, los huracanes conturbaron el país, y las bandas de facinerosos nacidos en el general desórden y aturdimiento aumentaron aquel cúmulo de desastres. Al cabo se apiadó el cielo del reino infeliz, volvió el órden á la naturaleza, se ocupó el gobierno en reparar tanto daño, y en remediar la miseria pública.

El año 1784 cuando la tierra se reponia de tantas angustias y dolorosas pérdidas vinieron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran duque Leopoldo. Hiciéronlo de incognito, esto es, sin admitir honores ni obsequios, y como convenia á dos filósofos empapados en las doctrinas enciclopedistas. Convirtieron la corte de Nápoles en una verdadera academia; y despues de entusiasmar á la Reina y á los sábios con la ostentacion pomposa de sus proyectos liberales, filantrópicos, y humanitarios, regresaron á sus respectivas capitales.

Con el ejemplo de sus huespedes nació en la Reina el deseo, y lo comunicó á su esposo, de viajar tambien, á lo menos por Italia; pero no encubierta la majestad bajo el incognito, sino rodeada de esplendor y con toda su pompa. Y el año 1785 (no queriendo hacer el viaje por tierra, para evitar la visita al Papa, con quien aun duraban los desabrimientos) en un magnífico navío ricamente preparado, y seguido de otras doce naves de guerra, llegaron los Reyes á Liorna. Fueron allí visitados y altamente recibidos por los Príncipes toscanos, y con ellos y pomposo séquito pasaron á Pisa y á Florencia. Allí ufano el Gran-Duque hacia alarde de sus

reformas y nuevas instituciones y de las efectivas mejoras que habia hecho en el pais. Y es fama que preguntó al Napolitano cuantas y cuales habia él hecho en el suyo, á lo que este contestó: *ninguna*, añadiendo tras el general silencio que produjo esta seca respuesta: *Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos: ¡cuántos napolitanos vienen aquí á pedírselos á V. A?.....* Quedó cortado el Gran-Duque, y la Reina discretamente llamó la atencion á otro discurso.

De Florencia marcharon los soberanos de Nápoles á Milan, Turin, y Génova, con tanto fausto y ostentacion, y generoso desprendimiento, que por muchos años le quedó al rey Fernando IV en aquellos paises el apodo de *el rey de oro*. En Génova se embarcaron de nuevo, y regresaron á Nápoles escoltados por buques ingleses, holandeses y de la órden de San Juan. Cuatro meses duró el viaje, que costó un millon de ducados, (16.000,000 de rs.) suma que hubiera podido emplearse mejor en remediar los desastres de Calabria y de Sicilia en los recientes terremotos.

Si una educacion esmerada hubiese desarrollado las buenas disposiciones de Fernando IV, y marcádole la verdadera senda por donde debia encaminar sus buenos instintos, su bondad suma, su patriotismo ardiente y su amor á sus súbditos, hubiera sido sin duda un gran Rey; como lo demuestra la fundacion de la colonia de San Leucio, pensamiento exclusivamente suyo, y suyo el espíritu de las leyes que lo rigieron. Envidioso de ver el nombre del padre inmortalizado en tantos edificios, harto de oir hablar de las mejoras de Toscana, de las reformas del Emperador su cuñado, y de asistir á discusiones académicas que no entendia; discurrió, para hacer algo, establecer cerca de Caserta una colonia de tejedores de seda; pensamiento que llevó á cabo con gran ventaja de la industria, y dándole unas leyes tan justas, tan razonables tan sencillas, que llegó á ser aquel establecimiento un modelo digno de ser copiado. Resultado feliz de las buenas ideas prácticables de gobierno, escogidas con tacto y discernimiento entre el cúmulo de sofismas, brillantes errores y utopias fascinadoras en que las envolvia é invalidaba la charlatanería filosófica del siglo.

Ya habia muerto el rey de España Cárlos III y sucedídole el Sr. don Cárlos IV, cuando tratando el rey de Nápoles, que ya tenia heredero en el príncipe Francisco, de casar á sus hijas: lo verificó con los archiduques Francisco y Fernando, hijos del gran duque Leopoldo. La muerte del Emperador José II, ocurrida en 1790, llamó al imperio al Gran duque Leopoldo, que dejando en Florencia á su hijo Fernando, se llevó consigo, como heredero, al primogénito Francisco. Los Reyes de Nápoles fueron á Viena á celebrar las bodas, y la coronacion del nuevo Emperador; y luego lo acompañaron á Hungría, siendo en todas partes magnificamente obsequiados. Pero aun no vueltos á Nápoles, supieron con disgusto nuevas inesperadas y terribles que los obligaron á volver con presteza á su reino.

XI.

Las semillas esparcidas con mano pródiga por los escritores y filósofos, los adelantamientos materiales de la sociedad, y sus necesidades nuevas, las equivocadas interpretaciones y errada inteligencia de las inglesas instituciones, y las maravillas que se contaban de los Estados-Unidos, de América, por los aventureros que habian contribuido á su emancipacion, dieron el fruto que debian de dar, asombrando al orbe con la revolucion francesa; uno de los acontecimientos mayores y uno de los mas grandes trastornos, que han conmovido á la humanidad. No hay quien ignore su historia: hablaremos pues de ella solo en cuanto tenga relacion con la que vamos compendiando en este breve escrito.

Las noticias de los acontecimientos de París estremecieron todos los tronos de la tierra. Y caminando en busca del suyo los reyes de las dos Sicilias, quisieron hacer algunas alianzas, que no tuvieron efecto, y visitaron al Papa arregladas ya las pasadas discordias. Fueron recibidos en Nápoles con grandes fiestas y regocijos, que no disiparon las obscuras nubes que se aglomeraban en el horizonte político. Tratóse inmediatamente de guerra. Encargóse el ministro Acton de ella, con actividad extraordinaria. Trabajaban sin cesar de dia y de noche, los arsenales, las fundiciones, las fábricas de armas y de municiones; se aumentaron los regimientos con levas, quintas, voluntarios y criminales, y se preparaban ejércitos y escuadras, creyendo que con tales medios se podria conjurar la violenta borrasca.

Todo cambió de aspecto. Cesaron las reformas, cerráronse las academias, persiguióse á los sábios, recogiéronse los libros, cerró su corte de filósofos la Reina, y hasta maldijo su facilidad en haberlos antes acojido y consultado. Se prohibieron y quemaron las obras de Filangieri y de otros escritores liberales; y el clero y la policia secreta todo lo minaban, todo lo perseguian. Y mudado completamente el aspecto público del reino y de la capital, no presentaba mas que descontento, tristeza, desaliento y humillacion.

Cada dia eran mas alarmadoras las noticias de Francia. La fuga de la familia real causó imprudente y prematuro contento en el palacio de Caserta, pero los acontecimientos posteriores lo llenaron de luto y amargura. Quiso el caballero Acton formar una liga italiana, á que no se avino la república de Venecia; y estaba en estas negociaciones dilatando el recibir como embajador de Francia á Makan, cuando el almirante frances Latouche, con catorce navios, fondeó en el puer-

to á medio tiro de cañon del castillo del Ovo, y envió un mensajero á pedir satisfaccion del retardo en recibir al diplomático frances, y á exijir neutralidad. Reunió el Rey su consejo, y aunque habia medios de resistencia y para destruir completamente la escuadra enemiga, faltaba ánimo; y la Reina temerosa de los jacobinos y republicanos, de que decia estar plagado el reino, fué de opinion de ceder y de avenirse á todo. Hízose así, fué Makau recibido con el ceremonial de costumbre, firmóse un convenio de neutralidad, y Latouche dió la vela y desapareció: pero asaltado de un borrascoso temporal volvió á fondear y vino á tierra con su oficialidad. Con el amparo de esta fuerza respiraron los perseguidos, se alentaron y salieron los que estaban ocultos; y los jóvenes empapados en las nuevas ideas, admiradores entusiastas de la revolucion francesa, rodearon á los huéspedes, que no dejaron de propagar noticias é ideas contagiosas hasta en el populacho, porque las difundian con generosidad y desprendimieto en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se ausentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y alianzas para reunir medios con que escarmentar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez mas el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año antes merecian el aplauso y el favor de la córte, eran ya delitos atroces, que se perseguian y castigaban sin piedad. Y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Cárlos III y de Tanucci; dando un poder colosal al clero, que predicaba el ódio á toda innovacion, cuyo resultado, decia, eran los espantosos horrores de la república francesa.

La desgraciada muerte, ó por mejor decir el glorioso martirio, del inocente Luis XVI, aterró á todos los Reyes de Europa; y en defensa propia resolvieron caer sobre la rebelde Francia, para apagar en ella el hogar espantoso de las revoluciones. Pero recelosos de sus propios pueblos, mal avenidos entre sí, pobres de recursos, y sin grandes capitanes que dirigieran las operaciones, no lograron mas que dar nuevas fuerzas en la cuna á aquel Titan, que iba á trastornar el universo. La Inglaterra sola con su gran preponderancia marítima, y usando oportunamente de sus riquezas, sostenia la guerra con éxito y reputacion. Coligóse secretamente con ella, con España y con Cerdeña el Rey de las dos Sicilias, y envió una escuadra, rompiendo la neutralidad que le impuso el almirante Latouche, á Tolon; y que despues de perdido y entregado á las llamas aquel famoso arsenal, volvió á Nápoles; tornando á poco á ayudar á los ingleses para su expedicion contra Córcega. Al mismo tiempo que contribuia el reino de las dos Sicilas á la guerra marítima, lo hacia tambien á la terrestre en Lombardía, con mas de cuarenta mil hombres. Todo lo cual puso en tal angustia el erario, que la Reina y el caballero Acton discurrieron apelar á empréstitos, y adelantos llamados ya entonces *patrióticos;* y á echar mano de los bancos y fondos públicos. En aquel tiempo ocurrió el asesinato de Gustavo III, rey de Suecia; y resultando cómplice el ministro napoli-

tano, pasaron graves reconvenciones, y desdeñosas controversias, que hubieran terminado en un pesado conflicto en otras circunstancias, y que no dejaron de hacer ruido en Europa.

A la inquietud de la guerra, á los disgustos políticos, al mal estado del país, vinieron á unirse el terror y los desastres de una horrible y espantosa erupcion del Vesubio; cuyos torrentes de lava destruyeron gran parte de la torre del Grecco, y los campos y caseríos de Ressina; y cuyas espesas cenizas, levantadas por el humo cubriendo la bóveda celeste, tuvieron tres dias en profunda noche la ciudad de Nápoles y su contorno en treinta millas á la redonda.

En la córte siguieron las sospechas y los temores de conjuraciones contínuas, unas verdaderas, otras falsas, para buscar pretextos de imprudentísimas persecuciones. Y no estaban vacios los calabozos, ni ociosos los verdugos. Pero era á lo menos consuelo de tal degradacion, el que el ejército napolitano combatia con gloria al lado del aleman en Lombardía, y que la escuadra ganaba, en los mares de Savona, reiterados elogios del almirante inglés Hotham.

Pronto los ejércitos de la república francesa, mandados por el general Bonaparte, inundaron el norte de Italia, ganando victoria sobre victoria, destruyendo los gobiernos antiguos, y fundando nuevas repúblicas. Ya habian hecho la paz Cerdeña, Prusia, y España; y el Rey de las dos Sicilias la negoció en París, con la condicion de verdadera neutralidad, de desarme de sus fuerzas terrestres y marítimas, y del pago de treinta y dos millones de reales. Seguia la guerra contra el Papa; y cuando se creyó concluida con la paz de Tolentino, volvió á encenderse por el asesinato del general Duphot, embajador de la república cerca de la Santa Sede.

Despues de ajustada y firmada la paz de Campo-formio, habia dejado el general Bonaparte el mando de los ejércitos de Italia al general Berthier, el cual embistió el estado romano, publicando, como era moda entonces, pedantescas proclamas recordando á Breno y á Camilo, etc. Al llegar á la vista de Roma, se sublevó el pueblo á su favor, y plantando un árbol de libertad en Campo vaccino, lo recibió con serviles aplausos.

Encerróse el Papa en el Vaticano, mientras el vencedor proclamaba el 15 de febrero de 1798 y establecia la República romana, con groseros insultos al vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al gefe de la religion católica dominadora de ambos mundos; yendo en seguida, para mayor escarnio, á pedirle su aprobacion y que reconociese como válida aquella usurpacion inmotivada. Resistióse, con la dignidad propia de su alto carácter y de su mision divina, el respetable anciano Pio VI; y con violencia arrancado de su palacio, viajó prisionero de un punto á otro, hasta morir en el castillo de Valenza del Pó.

Estos acontecimiemtos coincidiendo con noticias de que se acercaba á las costas de Sicilia la escuadra, antes veneciana y ya francesa, con tropas de desembarco; y de que Bonaparte, con otra poderosa escuadra republicana, se habia apode-

rado, de Malta, lanzando de allí la religion Gerosolimitana, obligaron al gobierno napolitano á enviar refuerzos de tropas á Sicilia, aumentando las baterias y defensas de sus costas, y á establecer un cuerpo de observacion en el Garellano y en la frontera de Abruzzo.

Los emigrados y fugitivos de Roma, que se habian acogido en Nápoles, fueron el pretexto para un mensaje del general frances, pidiendo la pronta expulsion de aquellos infelices, la despedida del embajador de inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las guarniciones de Pontecorvo y de Benavento; y finalmente el restablecimiento del antiguo vasallage de Nápoles al Papa, trasmitido á la república romana, y exigiendo en tal concepto el tributo anual, y 140,000 ducados por los caidos desde que el Rey, sin consentimiento del Pontífice, abolió aquella obligacion.

Sometióse el Rey de Nápoles á unas exigencias, negó otras, y evadió las restantes, conjurando por el pronto la tempestad. Y con gran sigilo y con los medios discurridos por la sagaz María Carolina, y por el audaz Acton, se celebró un tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquía, para empezar la guerra á la primera ocasion. Y la Rusia encargándose en tanto de la defensa de Sicilia, envió allí una escuadra con tropas de desembarco. Mas las noticias de la expedicion de Egipto, del combate de Aboukir, y á poco la entrada triunfal en el puerto de Nápoles del vencedor Nelson, reanimaron los espíritus y alejaron todo temor de inminente peligro. Magnífico fué el recibimiento hecho al Almirante ingles. Salieron á su encuentro en una falúa pomposamente engalanada, el Rey, la Reina, los Ministros y el embajador de Inglaterra Hamilton con su hermosísima mujer. Subieron á bordo del navio entre salvas estrepitosas, y vivas de las tripulaciones. El Rey regaló una magnífica espada á Nelson, la Reina le dió una riquísima joya, el Embajador las gracias en nombre de Inglaterra y Lady Hamilton su amor vehemente y entusiasta. Fondearon los triunfadores bajeles británicos, llevando á remolque los vencidos franceses. Saltaron en tierra el Almirante, los Reyes, el Embajador, la hermosa y su séquito. Recibiéronlos ardientes vivas, concertadas músicas, sonoras campanas y un inmenso gentio jubiloso y entusiasmado. Hubo un festin en palacio, y por la noche se iluminó el teatro de San Cárlos, donde resonaron himnos al vencedor de Aboukir; y á donde concurrieron las damas de la córte con cintas y pañuelos en que se leia en primorosos estampados: *Viva Nelson*. El Embajador de la república francesa Garat, viendo hollado el tratado de paz y de neutralidad, reclamó contra todo lo ocurrido aquel dia, pidiendo explicaciones y satisfaccion. Solo se le contestó: que habia sido recibida la escuadra inglesa en el puerto, por haber amenazado bombardear la ciudad si no se le daba entrada; y se eludieron los demás cargos.

Obraba así el gobierno porque se tenia casi segura nueva liga, para aprovechar el momento en que los ejércitos franceses estaban muy diseminados, y en que el invencible general se hallaba ocupado en Oriente. Y no ocultando ya el Rey de las

dos Sicilias sus intentos, reorganizó sus tropas, dió el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack, y decidieron la Reina y su favorito Acton hacer la guerra á toda costa, auxiliada con subsidios considerables de Inglaterra.

El Embajador frances, pidió cuenta de tales preparativos, y se le respondió: que no eran para hostilizar á la república; sino para guardar el reino. A los pocos dias el Rey declaró imprudentemente la guerra, se puso á la cabeza de su ejército y entró en Roma, arrollando á los franceses, que dejaron guarnicion en Castel-Santangelo. El populacho romano se entregó á excesos horribles, la reaccion fué completa. Fernando IV creyó ya conquistado todo; y escribió á su córte para que se solemnizára el triunfo de sus armas, al Papa para que volviese á su silla asegurada por las tropas napolitanas, y al Rey de Cerdeña para animarlo á la guerra.

En tanto Macdonald, Mounier y otros generales franceses, aunque escasos de fuerzas, apretaban las fronteras de Abruzzo, y otro cuerpo de napolitanos desembarcado en Liorna en combinacion con los ingleses, tuvo que reembarcarse, con pérdida de fuerza y de reputacion; dejándose en tierra una brigada mandada por el general Naselli, que al cabo de algunos dias cayó prisionera.

Quiso en Roma el Rey rendir el castillo, pero no lo consiguió. Y noticioso de que el general Championnet reunido con Macdonald venia á marchas dobles, se retiró á Albano, y de allí á su palacio de Caserta; con tal temor, que hizo el viaje disfrazado con las ropas del duque de Ascolí, quien vistió las del Rey, pasando por tal en todo el camino.

Tan luego como el general Championnet restableció la república Romana, reunió sus tropas, y dió descanso á sus soldados, resolvió, (á pesar de su escasa fuerza, de la revolucion del Piamonte, y de las conferencias guerreras que se celebraban en Rastadt), atacar el reino de Nápoles.

Empezó el general Duhesme la operacion, ganando en los Abruzzos el importante puesto de Civitella, y avanzando hasta Pescára. Al mismo tiempo, adelantaban, por los Apeninos el general Monuier, el general Rey por las Lagunas, y Macdonald, por Frosinone y Ceperano. Apurado el rey Fernando al ver los enemigos invadir su territorio, publicó una proclama declarando aquella guerra, guerra nacional, y llamando á combatir á los pueblos y á los napolitanos todos. Este llamamiento al país, ayudado de las exortaciones y ejemplo de los eclesiásticos y de los nobles y pudientes, tuvo cumplido efecto; y puso en gravísimo apuro á los franceses, que encontraban enemigos en todas partes, que en ninguna hallaban ni víveres, ni acogida, y en cada desfiladero un campo de batalla, y en cada noche una sorpresa, sin que ni la vigilancia, ni la disciplina, ni el número, los pusiese á cubierto de inesperadas acometidas y de considerables pérdidas. Habian rendido las plazas de Gaeta y de Pescára, deshecho á Mack, arrollado las tropas de las fronteras todas; pero la guerra del paisanaje los tenia embarazados y detenidos, y en tal posicion que solo un dasacierto de la córte, que calmara aquel entusiasmo, les podia dar la victoria. Y ocurrió el desacierto. El Rey, la Reina, Acton, el Em-

bajador inglés, su esposa (abiertamente dama de Nelson), y acaso este mismo, trataron de que la real familia huyese de Nápoles, y se salvase en Sicilia; cuando en el último caso, si hubiera sido necesario abandonar la capital, tenia en Calabria y en Abruzzo donde retirarse con dignidad, y continuar la guerra nacional, que con tanta bizarría y buen éxito se habia comenzado.

Al amanecer del dia 21 de diciembre 1798 se vieron cruzar el Golfo varios buques de guerra, que habian dado la vela á media noche y con gran silencio; y en el navío Almirante inglés, que iba con ellos, arbolado el estandarte real. El Rey y su familia, y sus ministros, y su córte navegaban la vuelta á Sicilia. Viólo pasmado el pueblo, y no lo creyó; hasta que los edictos fijados en las esquinas le dijeron que el Rey iba á buscar refuerzos, que volveria muy pronto, y que entretanto nombraba Vicario general al príncipe Pignatelli, y general del ejército á Mack. Vientos contrarios detuvieron á la vista tres dias la escuadra combinada. Repetidos mensajes de la ciudad, fueron abordo, para rogar al Rey que volviese, ofreciéndole tesoros, soldados y armas, conque defenderlo de los franceses. Todo envano, el Rey continuó su viaje. Una horrorosa borrasca vino á hacer luego peligrosísima la travesía. El Rey á vista del peligro, arrepentido de su resolucion, reconvino á sus consejeros. Arreciando el tiempo, dispersáronse los buques, unos buscaron el abrigo de la costa de Calabría, otros se refugiaron en Cerdeña. El navío de Nelson, y que él mismo mandaba, donde iba el Rey, rindió un palo, y estuvo á punto de perecer; al mismo tiempo que pasó cerca, sin avería y navegando seguro, un navio napolitano mandado por el almirante Caracciolo. Desconsolado el Rey, hizo notar la diferencia al ingles, despertando en su ánimo la mas enconada y negra envidia. A pesar de la tempestad logró al cabo el navío británico fondear en Palermo, muy averiado; y á poco ancló á su lado el de Caracciolo, sano y salvo, en perfecta disciplina y sin la menor avería.

La ausencia del Rey y del Gobierno, desanimó y afligió al pueblo, indignó á los nobles, y á las autoridades, dió aliento á los ocultos jacobinos y á cuantos deseaban el triunfo de los franceses, tan generosos en establecer repúblicas. Sin embargo, Mack reunió fuerzas y se preparó á la guerra, y se presentó delante de Macdonald, y consiguió un armisticio de dos meses. Ocurrieron entanto graves desórdenes en Nápoles, completamente desguarnecida, y se empezó á dudar de la buena fe del vicario general, suponiéndole trato con los franceses. En una sublevacion se apoderó el pueblo de los castillos, y arrojó á Pignatelli de la ciudad; y pidiendo marchar contra los franceses, nombró generales á los coroneles, Moliterno y Roccaromana, y envió una turba á prender al general Mack, que tuvo que acogerse en Caserta al amparo del general enemigo Championnet.

Tantos desórdenes y los saqueos y los asesinatos, alejaron de la defensa á las gentes sensatas, y facilitaron á los franceses la conquista, parte por inteligencias secretas, parte por corrupcion y parte por la fuerza: es cierto que el pueblo napolitano, hizo una resistencia que hubiera sido heróica, á no haber sido feroz; pe-

ro atacaban la ciudad Championnet, Duhesme, Kellermaun y Duffresse, con tropas halagadas siempre por la victoria, y teniendo en la ciudad muchos y poderosos partidarios y valedores. Y tomando á Santelmo por traicion, y venciendo grandes obstáculos, y dudando muchas horas del éxito, y con pérdida notable, combatiendo en las calles y en las plazas, quedó dueño el ejército frances de la ciudad, el dia 22 de enero de 1799, y estableció la República Partenopéa.

XII.

Declaró Championnet por solemne decreto, que la república francesa usaba del derecho de conquista en bien de los pueblos, y que por lo tanto declaraba el estado de Nápoles república independiente. Nombró una comision de veinticinco que gobernasen provisoriamente y que redactasen la constitucion; dividió el antiguo reino en *cantones*, trastornando y confundiendo los límites de las provincias; abolió los mayorazgos, y los títulos; declaró deuda nacional los atrasos de los bancos y del tesoro; y proclamó *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*. Tambien abrió los cotos reales, repartiendo los bosques y propiedades de la corona, y mandó destruir los escudos de armas y las estátuas de los reyes. Pero entanto no se descuidaba el institutor de repúblicas en cobrar vigorosamente las contribuciones corrientes y atrasadas, y en resarcir los gastos de la guerra. En vano reclamaron los nuevos gobernantes. El vencedor les respondió *ve victis*. Los jacobinos y los clubistas aplaudian, los pueblos eran presa de la miseria mas espantosa. No tardó en aparecer el hambre, y se echó la culpa al Rey y á los ingleses, que detenian los buques que arribaban con víveres, y que impedian la exportacion de cereales de Sicilia: Si la fuga del rey, y la espugnacion de la ciudad por los franceses, ó habia entibiado el feroz patriotismo de los guerrilleros, y acobardado á los guerreadores, la nueva miserable situacion los reanimó, y tornaron á las armas en los montes de Calabria y de Abruzzo, y en los bosques que circundan la capital.

Vino un comisario de París llamado el ciudadano Taypoult, con decreto de la república francesa, á tomar posesion de los bienes del real patrimonio, de las encomiendas de Malta, de los bienes de los monasterios suprimidos, de las fábricas de porcelana, y hasta de las escavaciones de Pompeya, como bienes de conquista pertenecientes á la Francia. Se opuso con teson el general Championnet al atrevido comisario, que volvió á París, donde reclamó y consiguió el que fuese llamado, depuesto y encausado el General. Sucedióle Macdonald, y volvió ufano Taypoult, á llevar á cabo sus rapiñas.

No se descuidaban en tanto en Palermo la Reina y su favorito, de acuerdo en todo con los ingleses; y acaloraban la guerra nacional, y corrian los mares de uno á otro lado de Italia, y mantenian secretas inteligencias con todos los gobiernos; preparando un nuevo rompimiento general contra franceses. Y para recobrar el reino de Nápoles y acabar con la ridícula república, echaron mano del Cardenal Ruffo, audaz, fanático, y ambicioso. Enviáronlo á Calabria, donde tenia antiguos feudos su ilustre familia, si bien seguido de pocos aventureros y desprovisto de caudales, revestido de ilimitada autoridad. Desembarcó con sus insignias cardenalicias en Bagnara el año 1799 por febrero, con corto séquito; pero encontró no solo buena acogida, sino universal veneracion. Reuniéronsele antiguos militares, nobles y clérigos perseguidos, propietarios arruinados, contrabandistas, malhechores, y todo en tanto número, que trocando la púrpura por el arnés, se declaró general en gefe *del ejército de la fe*. Empezó lentamente sus operaciones militares, espugnó ciudades, saqueó las que se le resistian, y restableció en el país que iba ocupando el gobierno real. En tanto Nelson con buques ingleses y napolitanos corria las costas, y hacia momentáneos desembarcos; mientras que en el Norte de Italia renacia la guerra con poca ventaja de los franceses.

Acudian los generales Macdonald, Coutard, y Vatrin á todas partes, y en todas se encontraban con guerra; y aunque el último logró deshacer en Castellamare una espedicion de tropas inglesas y sicilianas, que se habian apoderado de toda la comarca, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron los franceses en buen órden abandonándolo todo, pero dejando fuertes guarniciones á Santelmo, Gaeta y Cápua. Avanzó el Cardenal, sostenido por Fra Diabolo, Mammone, Sciarpa y otros famosos guerrilleros. Y en Nápoles los republicanos creyendose populares, y abrigando la ilusion de que los ayudaba la opinion pública, decretaban leyes impracticables, soplaban un entusiasmo que no ardia, pronunciaban pedantescos discursos, y confiaban la salud de la república en las mas absurdas y descabelladas disposiciones. Rebeláronsele las islas de Ischia y de Procida, y con un buque republicano fué á sosegarlas el almirante Caracciolo, de quien hemos hecho mencion, que habia vuelto de Sicilia con permiso del Rey, y sirvia desgraciadamente á la república. El desconcierto era general, no venian los socorros ofrecidos por Francia, una division rusa habia desembarcado en Taranto, con otro cuerpo de tropas turcas, y marcharon á reunirse con el purpurado General. En Nápoles mismo trabajaban los realistas á cara descubierta, y se amotinaban diariamente los lazarones, gritando: viva el Rey, viva la fé; con lo que despechados los republicanos propusieron medidas atroces, que afortunadamente no tuvieron tiempo de cumplir.

Ya el cardenal Ruffo estaba á la vista de la ciudad, con las turbas armadas de su primitivo ejército de la fe, reforzadas con batallones y escuadrones rusos, y sicilianos, que se apoderaron del fuerte del Granatello, aunque lo defendió desde el mar el obcecado Caracciolo. Y ya con bastantes elementos de triunfo se dispuso el ataque de la ciudad el dia de San Antonio. Los republicanos Bassetti, Wirtz y

otros valientes la defendian vigorosamente, tambien los ayudaba Caracciolo; la victoria estuvo dudosa, derramóse mucha sangre, combatióse por una y otra parte con estremado ardimiento, y hasta con ferocidad horrenda. Al declinar la tarde fué muerto Wirtz, se replegó Bassetti, huyeron los directores de la república moribunda á Castelnovo, todo fué confusion y ruina. Los indiferentes, los escondidos, y los que querian rehabilitarse salieron de sus guaridas, se pusieron al frente de los lazarones y gritaron viva el rey, la ciudad era ya suya. Pero no entraron en ella las tropas de Ruffo; y las de la república, con todos los comprometidos, se refugiaron en los castillos y en el importante puesto de Pizzo-falcone. Pero escasos de víveres, desunidos entre sí, como acontece en tan angustiosas ocasiones, y perdida toda esperanza de socorro propusieron capitulacion, exigiendo asistiesen á ella los generales Ruso y Otomano, y el Comodoro ingles, amenazando sino de destruir la ciudad con la artillería de los fuertes. Accedió el Cardenal por evitar mas estragos á que asistiesen los dichos extranjeros á la conferencia; y en su casa se discutieron y firmaron los artículos, reducidos: á que Castelnovo y el castillo del Ovo, y demas puestos fortificados se entregarian á las armas del rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecian, y á los refugiados en ellos, salir libres y con toda seguridad, á embarcarse en el muelle y en las marinas, para ir fuera del reino: que se publicaria y sostendria una anmistia general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de Santelmo, y varios personajes realistas quedarian en rehenes del fiel cumplimiento de aquella condicion, quedando guarnecido como lo estaba, hasta que sabido el arribo á Francia de las otras guarniciones y de los demas comprometidos, se entregarian con iguales condiciones al Cardenal. Firmóse el convenio, ó por mejor decir el engaño. Rindiéronse Castelnovo y Castillo del Ovo, y el Torreon del Cármen y el puesto de Pizzo-falcone. Salieron las guarniciones republicanas y los que iban á espatriarse; y aunque insultados y escarnecidos por el populacho y por los soldados de la fe, no dejando de ocurrir parciales desgracias, se embarcaron en varios buques mercantes, pero no dieron la vela. Llegó en esto Nelson con el resto de la escuadra. Antes de fondear abordó á su navío un buque lijerísimo, que venia á toda vela de Sicilia, y en el Lady Hamiltom, con mensaje acaloradísimo de la reina, ya sabedora de la capitulacion. Recibió el amante marino á la encantadora sirena con el mayor fervor, y aunque oyó con disgusto sus excitaciones, se dejó al cabo seducir; y fondeó resuelto ¡oh ceguedad! á manchar su glorioso nombre. Declaró que no era válida lá capitulacion, y exigió que se le entregaran los prisioneros. No osó resistir el cardenal Ruffo; nada hicieron por cubrir la honra de sus firmas los generales extranjeros. Los desgraciados, que ya se creian seguros, fueron arrancados de á bordo, y trasportados, unos á los navíos ingleses, otros á los castillos, de que eran dueños algunos dias antes y á las cárceles públicas de la ciudad. Enardecidos los lazarones y los soldados de la fé, victoreando á Nelson y á los ingleses, á Dios y al Rey, se creyeron autorizados para todo; y fué la infeliz ciudad teatro de los mas horribles asesinatos, y de los

mas abominables saqueos. Un tribunal criminal en tierra, y una comision militar á bordo, se encargaron de la suerte de los míseros capitulados. Pasaron de cincuenta las ejecuciones, y entre ellas vió con dolor toda Nápoles morir pendiente de un palo del navío inglés al desdichado Caracciolo, cuyo cuerpo tuvo sepultura en el mar.

Rindióse Santelmo por perfidia de su gobernador, y la guarnicion y los refugiados en él, fueron perseguidos, heridos, y muchos asesinados por las turbas sin freno, que no reconocian autoridad alguna. Volvió á la ciudad la calma y el reposo de los sepulcros, fué Nelson á Sicilia, y trajo al Rey á la bahía de Nápoles: Permaneciendo á bordo, dictó varios decretos, nombró autoridades, y regularizó la persecucion olvidado completamente de la clemencia.

A los dos dias de su llegada estando el Rey en el alcázar del navío vió venir hácia él un bulto, lo miró con curiosidad y cuando se acercó reconoció el cadáver hinchado y deshecho de Caracciolo. Quedó petrificado, quedólo Nelson, quedáronlo los cortesanos, y preguntó aterrado: *¿qué quiere ese muerto?* y el Arzobispo le contestó: *señor*, *sepultura cristiana*: *Que se la den* dijo el Rey y trémulo y desmayado se encerró en la cámara.

Restablecida la tranquilidad, dejó el Rey el mando supremo de Nápoles al Cardenal, y regresó á Palermo donde fué recibido con grandes festejos, y donde fundó la insigne órden de San Fernando y el mérito.

Los soldados de la fé necesitaban movimiento, y convenia ya alejarlos de la ciudad, dónde constantemente promovian disgustos, desórdenes y conflictos, y se discurrió una expedicion contra Roma. Verificóse y con buen éxito, pues tuvieron los franceses que evacuarla. Repitiéronse allí los mismos desastrosos excesos que en Nápoles y no se alzó la bandera papal, sino la napolitana.

El cardenal Ruffo dejó la Vicaria de Nápoles al Príncipe del Cássero y fué á Venecia para asistir al Conclave que eligió al papa Pio VII. La Reina de Nápoles fué á Liorna camino de Viena y en aquel tiempo se introdujo en Italia la vacuna.

En todas partes empezaron á padecer serios descalabros los franceses, y la fortuna de la guerra á inclinarse en favor de los enemigos de las repúblicas; cuando Napoleon Bonaparte volviendo de Egipto, derribó el débil gobierno del imbécil directorio; disolvió el Consejo de los quinientos y voló á los campos de batalla donde encontró de nuevo la victoria. Con la de Marengo restableció el poder de la Francia y firmó el armisticio de Alejandría el 15 de junio de 1800.

No cedió el Rey de Nápoles, y reforzó sus tropas de Roma; por lo que quedó escluido de la paz de Luneville, hasta que, marchando Murat con fuerzas respetables á arrojarlo de la ciudad eterna, tuvo su general Damas que avenirse á la convencion de Religno, preliminar de la paz que concertó despues y que se reprodujo en los tratados de Amiens, con que pareció terminada la guerra.

Instaló el general Murat al papa Pio VII en su silla, y partidos ya los soldados rusos é ingleses de Nápoles fué á visitar aquel estado, donde lo obsequió y le re-

galó una magnífica espada, el Príncipe heredero Francisco que gobernaba el estado como Vicario general,

Regresó la Reina de Viena, y volvió tambien á Nápoles Fernando IV con su familia y el general Acton, siempre ministro omnipotente, siempre favorito predilecto y se concertaron el matrimonio del príncipe heredero don Francisco, viudo de la archiduquesa Clementina, y con solo una hija (hoy la viuda del duque de Berry) con la infanta de España doña Isabel, y el de la princesa napolitana doña Antonia, con el príncipe de Asturias don Fernando. Una escuadra española fué por los nóvios, y celebráronse las bodas en Barcelona el año 1802.

La paz de Amiens, no habia aquietado los ánimos, ni satisfecho las ambiciones, ni desarmado los ejércitos. Toda Europa estaba alerta y mal segura. En Nápoles duraba la inquietud, se agriaron las persecuciones, creció la miseria, y hasta erupciones del volcan y nuevos y contínuos terremotos vinieron á aumentar las desdichas del país, arruinado campos y poblaciones, y poniendo en peligro á la ciudad de Nápoles.

Declarándose Napoleon Bonaparte emperador de los franceses y Rey de Italia, fué á coronarse á Milan, y en la recepcion de los embajadores, que de todos los paises, menos la Inglaterra, fueron á reconocerlo y á felicitarlo, trató al de Nápoles con la mayor dureza, le manifestó que no ignoraba las secretas relaciones que mantenia la reina Carolina con los ingleses, y prorrumpió en las mas duras amenazas, que dejaron aterrado al embajador.

Efectivamente la implacable Reina de Nápoles y su favorito, acaso sin noticia del Rey, tramaban nuevos planes de guerra y estaban de acuerdo con los ingleses, que se veian amenazados por el campo francés de Boulogne, y que á toda costa procuraban promover una guerra general.

Coligábanse secretamente Austria, Rusia y Suecia, negociaba la Prusia, y no era ageno á los tratados el reino de las dos Sicilias; todo lo sabia el emperador Napoleon, y se preparaba á la guerra general cuando ocurrió la desgracia de Trafalgar, tumba de la gloriosa marina española. Esta victoria naval de los ingleses fué celebradísima en la córte de Nápoles, y animó grandemente á todos los enemigos de la Francia, lo que obligó á Napoleon á mandar á Saint-Cyr que mandaba el ejército de Lombardía para que invadiera el reino de Nápoles antes que desembarcaran en él rusos é ingleses como estaba concertado. La córte de Nápoles con esta noticia trató de sincerarse, y negoció en Paris el tratado de 21 de setiembre de 1805 comprometiéndose á la mas estricta neutralidad. En vista de él recibió Saint-Cyr órdenes de alejarse de la frontera de las dos Sicilias, replegándose sobre el Adigio. Pero el 26 de octubre, esto es, un mes despues, ratificó el rey Fernando otro tratado de alianza con Austria, Rusia é Inglaterra contra la Francia; de modo que puede decirse que al mismo tiempo estipulaba paz en Paris y guerra en Viena.

A los pocos dias fondeando en la bahia de Nápoles gran número de bajeles

desembacaron en Nápoles y en Castellamare, once mil rusos, dos mil montenegrinos, y seis mil ingleses: estas fuerzas reforzadas con diez mil hombres y dos mil caballos y á las órdenes del general moscovita Lascy se pusieron en marcha con varias direcciones hácia la alta Italia, á distraer á Massena. Pero las armas francesas habian recobrado su brio, y los favores de la fortuna. Tuvo que replegarse el archiduque Cárlos, y Lascy y el general inglés Greig hicieron lo mismo, retrocediendo hasta Sese é Itrí con espanto de la capital.

Ganada muy luego la batalla de Uluza por los franceses, dueños luego de Viena, y triunfadores en Austerlitz, firmó el emperador Napoleon la paz de Presburgo el 26 de diciembre de 1805, y aunque en ella no se hizo mencion del reino de las dos Sicilias; en un boletin del ejército francés de aquel tiempo, se anunciaba la ruina de aquel trono en pago de su perfidia y doble trato, destinando á Saint-Cyr para conquistarlo.

Marcharon pues las tropas de este general á ejecutarlo con treinta mil combatientes, y en el camino se le reunió Massena con otros tantos, y tomó el mando de todos el príncipe imperial José Bonaparte, hermano del emperador Napoleon. Reunidos en Teano los generales rusos é ingleses, trataron largamente si habian de defender el reino de las dos Sicilias, ó si debian abandonarlo, y prevaleciendo este dictámen se embarcaron los rusos para Corfú y los ingleses para Malta.

En el palacio de Nápoles fué grande el desconcierto. El Rey y los Príncipes y los cortesanos propendian á la idea de obandonarlo todo, y de refugiarse en Sicilia. La Reina inexorable, y su favorito Acton querian renovar la guerra nacional y resistir, y tentar nuevas fortunas, y enviaron al príncipe Francisco y al príncipe Leopoldo aquel á la provincia de Abruzzo y este á la de Calabria, y convocaron á los antiguos guerrilleros Fra Diavolo, Sciarpa, Nunciante y otros, que fueron á levantar los pueblos, mientras la reina se encargaba de la capital. Nada lograron estos esfuerzos, los pueblos no se entusiasmaron, no quisieron moverse, ora bien desengañados con tantos y tan encontrados acontecimientos, ora porque rara vez se ven en un mismo siglo repetidos los movimientos nacionales producto de la unanimidad de opiniones y de deseos. Partió el Rey para Sicilia dejando de Vicario al Príncipe heredero Francisco. Massena desde Spoleto, declaró su propósito de conquistar el reino de Nápoles. Y José Bonaparte publicó un manifiesto en que decia que su venida era contra la familia real, no contra el pueblo. Y estos impresos circulaban profusamente en la capital á pesar de la policia.

Marchó el Cardenal Ruffo al cuartel general de los franceses, y no habiendo sido recibido continuó su viaje á Paris. Viendo acercarse al enemigo, se embarcó despechada la reina con sus hijos y con Acton para Palermo. El príncipe Francisco quiso hacer el último esfuerzo en Calabria dejando en la capital una regencia compuesta del general Naselli, el príncipe de Canosa, y el magistrado Cianciulli. Era lastimoso el estado de la ciudad, sin guarnicion, mas que la necesaria para cubrir escasamente los castillos, dividida en opiniones y en deseos, amenazada

de saqueo por los lazarones. En tal conflicto el instinto de la propia defensa reunió á varios habitantes de todos colores y de opuestos intereses políticos y formaron con la aprobacion de la regencia, un cuerpo de vigilancia, que mantuvo á toda costa la tranquilidad, no sin trabajo, por que los ladrones que anhelaban confusion y saqueo, eran muchos, y no pocos los que ya saboreaban el placer de sus proyectadas venganzas, que creian seguras en el momento del desórden.

Envió la regencia á los franceses que estaban ya sobre Capua un mensaje pidiendo un armisticio de dos meses, que fué negado, y entonces se convino en entregarles los castillos y la ciudad respetando la religion, la propiedad y la libertad individual de los habitantes, y el dia 14 de febrero de 1806 entraron triunfantes en Nápoles los conquistadores, y los príncipes que aun permanecian en Calabria, se embarcaron para Sicilia. Así quedó completamente el reino en poder de los franceses, que ya no fundaban repúblicas, sino dinastías.

XIII.

Tomó el mando supremo el príncipe José Bonaparte con título de lugarteniente del Emperador y Rey, y enviando sus tropas con varios generales á tomar á Capua y á Pescára, y sitiar á Gaeta, que, gobernada por el valeroso príncipe Philipstad, tardó algunos meses en rendirse, y á pacificar las calabrias; organizó un ministerio compuesto del comendador Piguatelli, el príncipe de Bisignano, del magistrado Cianciulli, napolitanos; y del ministro francés, Saliceti, corso, aquel para el departamento de la guerra, y este para el de policia. Publicó varios decretos de buen gobierno, y convenientes arreglos de la hacienda pública, y creia tranquila su dominacion, cuando se hicieron dueños los ingleses mandados por el despues célebre, Sir Nudisa Law, de la isla de Caprí, pérdida de consideracion siendo la que cierra, por decirlo así el Golfo de Nápoles, y que iba á ser un foco contínuo de conspiraciones y de intentonas.

Concluida la guerra en Calabria, que no dejó de ser sangrienta y tenaz tomando alguna parte en ella los ingleses, fué José á reconocer aquellas provincias, y durante su viaje estando en Reggio, recibió el nombramiento de Rey de Nápoles, que le confirió su hermano el omnipotente Emperador, por decreto dado en Paris el 30 de marzo de 1806, con cuya nueva regresó ufano á la capital, que volvió á tomar el aspecto de córte.

Estableció su casa real fijando los gastos de ella no muy estrechamente, creó

prefecturas, un consejo de estado, y planteó casi todas las leyes y prácticas francesas, no descuidando la guerra que en los riscos de Calabria, por el valor de los bandidos y de los borbonistas en ellos refugiados, ó en las costas, con imprevistos desembarcos de Sicilianos y de ingleses de tiempo en tiempo se encendia, ó por mejor decir nunca se apagaba. Organizó la instruccion pública, disminuyó los conventos, abolió de nuevo los mayorazgos, dió á censo las tierras comunales y baldías, y estableció una vigorosa centralizacion.

A los dos años escasos de reinado, partió para Francia el Rey José, y desde luego se barruntó en Nápoles que no volveria. A poco se supo que su hermauo lo llamaba para conferirle en Bayona la corona de España y de las indias, y el dia 2 de julio de 1808, se publicó un edicto suyo en que lo participaba al reino, y en que le otorgaba, como regalo de despedida una carta muy semejante á la que habia de servirle para gobernar á España, y que se llamó *Constitucion de Bayona*.

Un decreto del Emperador del 15 de julio dado en aquella ciudad, concedió á su cuñado Joaquin Murat la corona de Nápoles vacante por el ascenso á la de España de su hermano; y un edicto del nuevo rey, de la misma fecha, ofreció á los napolitanos, venturas y maravillas. Era nacido en condicion humilde y empezando la carrera de simple soldado como la mayor parte de los mariscales del imperio, habia llegado á tan alto puesto por su valor fabuloso, y su pericia en el manejo de la caballería, y tambien por haber casado con una hermana del Emperador. Su gallarda presencia, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su habitual atavio, sus modales francos y desenfadados, su despilfarrada generosidad, y el renombre de sus hazañas, lo hicieron grato al pueblo de Nápoles, que no estaba muy contento con José, y lo recibió con grandes festejos. El nuevo rey por su parte publicó indultos, perdonó multas, dió pensiones á las viudas de los militares, y reformó la policia, con lo que no dejó de ganar partido. Y asentado ya en el trono, trató con empeño de desalojar á los ingleses de la isla de Caprí: dió el encargo al despues tan célebre general Lamarque, quien lo logró pronto aunque no sin vencer grandes dificultades, y sin adquirir mucha gloria.

Mostróse el rey Joaquin activisimo en que no fueran inútiles las reformas ya hechas, y en plantear otras nuevas. Dió forma mas clara y conveniente á los registros públicos, arregló las casas de beneficencia, estableció las milicias cívicas, levantó el estado de sitio de las Calabrias, y publicó una solemne y ámplia amnistia, que abrió la puerta de sus domicilios habituales, á muchos padres de familia, que andaban prófugos y escondidos, y aseguró la pública tranquilidad.

Se enardeció en esto la guerra de Lombardia, y con ventaja de los enemigos de Francia hasta que el Emperador, favorito siempre de la fortuna entró triunfante en Viena, y desde allí fulminó decretos que acreditaban su poder; entre otros uno privando al Papa del dominio temporal, y declarando el estado romano parte del imperio frances. El Rey de Nápoles tuvo el encargo de cumplir esta determinacion y envió á Roma seis mil hombres, y al ministro Saliceti. Encerróse el

Sumo Pontífice en Santangelo, protestó contra aquel despojo y excomulgó á los perpetradores.

Entretanto apareció de improviso una expedicion anglo-sicula salida de Palermo y de Melazzo, á las órdenes del príncipe Leopoldo y del general Stewat. La numerosa é imponente escuadra que la conducia, dejó tropas y bandidos desembarcados en varios puntos de Calabria, y despues de amenazar, ya unas ya otras costas, apareció en el Golfo de Nápoles llenándole todo. El Rey armó milicias, levantó baterías, hizo venir un buque de guerra de Gaeta, y hubo lijeros combates, y desembarcos parciales y continuas escaramuzas, con poca ó ninguna alarma de la ciudad; hasta que llegando la noticia de la victoria de Wagram, lo abandonaron todo los expedicionarios, se embarcaron, dejando hasta los heridos y enfermos, y navegaron la vuelta de Sicilia, con toda la apariencia de vergonzosa fuga.

Partió sí la expedicion anglo-sicula, pero dejó el país infestado con bandidos y guerrilleros, que en gran número, y en una y otra costa habian profusamente desembarcado.

Cuando volvió el Emperador á Paris, marchó el rey Joaquin con toda su familia á felicitarlo por sus nuevos triunfos, y desaprobó la resolucion de su cuñado de divorciarse de Josefina, y tampoco le agradó la eleccion de su nueva esposa.

Quedó en Francia la reina y volvió el Rey á Nápoles, pero por pocos dias, pues tuvo que regresar á Paris para las bodas del Emperador, aunque tornó muy luego con el proyecto de conquistar á Sicilia. Y no falta historiador muy bien instruido en aquellos sucesos, que apunte la idea de que la sagaz y altanera reina Carolina, se puso secretamente de acuerdo con Napoleon, para deshacerse de la tutoría en que le tenian los ingleses. Aprestaba el rey Joaquin la expedicion, cuando un navío ingles apareció en el Golfo. Salió á combatirlo la escuadrilla napolitana, que fué completamente destruida, birando y desapaéciendo á toda vela el buque agresor. Este incidente irritó á Joaquin, que marchó inmediatamente sobre el Faro, estableció allí un campo numeroso, y gran número de lanchas cañoneras y de buques menores armados y bien tripulados y abastecidos.

No tuvieron resultados estos preparativos que duraron tres meses, y deshecho el campo, y retirados los buques, volvió el rey á Nápoles, á poner órden en Calabria presa infeliz de los bandidos, que crecian por momentos, en número y en audacia. Dió la comision de exterminarlos al general francés Marches, que lo consiguió con una fiereza satánica y con una crueldad inaudita, quemando villas y lugares, y pasando á cuchillo familias enteras sin respeto al sexo ni á la edad; curando finalmente aquel mal tan radicalmente, que no ha vuelto hasta ahora á aparecer en todo el reino.

Volvió Joaquin á Paris para festejar el nacimiento del hijo del Emperador, y de la archiduquesa, creado rey de Roma, y regresó por poquísimo tiempo á Nápoles, pues empezó la funesta guerra de Rusia, y fué llamado por Napoleon para tomar en ella una parte importantísima. No estaban ya los cuñados muy acordes, tanto

porque el Emperador se burlaba del Rey llamándole rey de teatro, cuanto porque Murat no aprobó aquella guerra donde se oscureció para los franceses el astro de la victoria. Mandó y triunfó en los hielos del norte dando nuevas muestras de su singular pericia en manejar caballería, y de su valor extraordinario y famoso. Pero acaso no agradó al Emperador, cuando se vió relevado del mando por el príncipe Beauharnais con lo que desabrido el Rey de Nápoles regresó á su reino.

Entanto era deplorable la suerte de Sicilia. El lujo de la corte, y los continuos armamentos para hostilizar al rey intruso la tenian completamente arruinada. La preponderancia de los señores napolitanos en la ocupacion de empleos, y en autoridad, con mengua de los del país, mantenia entre unos y otros una rivalidad peligrosa, y el ningun caso que hacia el gobierno de los antiguos fueros, y el olvido en diez años de reunir los parlamentos tenia á todas las clases disgustadas, y completamente enagenado el país. Y cuando se le ocurrió reunirlos al rey Fernando, como fué solo para demandar recursos á toda costa, y por haberle sido negados, fueron presos y atropellados muchos nobles y personas de cuenta; se colmó la medida del descontento general. Lord Beutink comandante en gefe de las tropas inglesas, que guarnecian á Sicilia, se alarmó á tal punto, que dió cuenta á su gobierno de todo lo que pasaba. Y autorizado por él reunió tambien el mando de las fuerzas sicilianas, impuso una conducta mas moderada y conveniente al Rey, puso en libertad á los presos, y rehizo el ministerio con sicilianos de importancia, arrojando de él á Médicis, que habia suplantado en importancia y en favor secreto al caballero Acton. Aburrido el Rey abandonó el gobierno activo del Estado á su primogénito Francisco con el título de su vicario, y la reina María Carolina despechada é inexorable se retiró á Castelvetrano, de donde, incomodando aun su influencia á los ingleses, fué á Mazzara, donde se embarcó para ir á Viena. Llegó despues de un viaje tardo y penosísimo, y allí murió en 1814. En el anterior y antes de la ausencia de la reina, determinó la Inglaterra constitucionalizar la Sicilia, y en nombre del Rey le dió una constitucion calcada sobre la suya, con dos cámaras, etc., y fué publicada, y jurada por el Vicario general. Mas nunca llegó á regir, y á poco cuando volvió la corte á Nápoles abolida del todo, quedando solo su memoria para servir de pretexto á odios permanentes, á grandes desavenencias y disturbios, y hasta despues de tantos años en nuestros dias á lamentables sucesos. Pero no trastornemos el órden de los tiempos y volvamos á Murat.

Ingrato con el hombre poderoso á quien debia cuanto era le volvio la espalda en cuanto le torció el rostro la fortuna. Y para no perder la corona al desplomarse, como preveia, la imperial de su cuñado, entró en hablas con Austria y Rusia, formando liga para dar el último golpe al Emperador; pero como este se repusiese algun tanto en Sajonia, volvió á su ayuda, aunque por pocos dias; pues sabido el descalabro de Leipsik lo abandonó segunda vez tornando á entrar en relaciones estrechas con Inglaterra y Austria, que pactaron conservarle el trono, y agrandarlo con tierras de la Iglesia. Villana é infame conducta, indigna de un valiente guer-

rero con humos de rey. Aun volvió á entrar en tratos secretos con Napoleon, relegado en la isla de Elba, vendiendo á sus nuevos amigos, y cuando aquel apareció de nuevo en Francia, para terminar su carrera, se declaró abiertamente en su favor. Marchó al frente de tropas napolitanas, valientes, disciplinadas y aguerridas, hácia Toscana, queriendo con proclamas y peroratas, y agasajos y concesiones levantar y entusiasmar los pueblos, pero nada consiguió, recibiéndolo en todas partes con disgusto y desden. Cayeron sobre él los austriacos ; y aunque probó fortuna con estremado arrojo en Occiotello, Totentino y Macerata, no recogió mas que desastres, siendo constantemente arrollado por alemanes é ingleses á quienes tantas veces habia engañado.

La Constitucion siciliana hacia ya gran ruido en el reino de Nápoles, donde renacian los recuerdos de Cárlos III y se comparaba la conducta de Fernando IV, dando una Constitucion; con la de Murat no habiendo establecido la que le impuso el Rey José en Bayona al dejar vacante el trono. Prometíanse mucho los descontentos de la separacion de Acton, del viage de la Reina, de la influencia inglesa, de la bondad de carácter del Vicario y heredero de la corona. Y finalmente, la estrella de Napoleon se habia eclipsado. El mismo rey Joaquin se habia hundido en la opinion pública. La secta de carbonarios empezaba sus ocultos trabajos, vigorosa y audaz en ocasion oportuna, y con buenos materiales para adelantar sus trabajos.

Vencido el rey Murat en todas partes, abandonada la defensa de los Abruzzos por el general Mutigny, y siendo inútiles los esfuerzos y crueldades de Marches en la frontera de la Romanía, quiso hacerse firme en Cápua, temiendo el estado de inquietud de la capital, y hecha allí la capitulacion de *Casalanza* para la vuelta de los Borbones fué breves momentos á Nápoles, y marchó á buscar asilo en Francia y á sostener su vacilante imperio, pero sin renunciar en su interior á la corona, y combinando acaso ya locos planes que lo habian de conducir á su perdimiento y muerte.

XIV.

El que podemos llamar gobierno frances de Nápoles acabó el año 1815, al desaparecer el rey creado por Napoleon, pero quedó la civilizacion y los adelantos que aquellos diez años introdujeron con gran beneficio del país. El Código civil que en 1805 se componia de cien volúmenes indigestos y contradictorios, era en 1815 el Código Napoleon modelo de sabiduria, la hacienda pública, antes tan

embrollada y mal segura, estaba bien administrada y dirigida, el sistema tributario uniforme y expeditivo, igualaba á los contribuyentes, desigualaba la materia imponible, y aseguraba la recaudacion sin vejámenes ni privilegios. La division del territorio daba expedicion al gobierno, y facilidad de reconocer el verdadero estado de la riqueza nacional y las necesidades del país. La disciplina militar quedaba establecida, asentado el crédito. Mejores máximas de gobierno, mas práctica de obediencia, mas respeto á las leyes, menos distancia entre las diferentes clases del estado, mejor educacion pública, destruidos completamente los bandoleros, disminuidos notablemente los lazarones.

Al momento de ausentarse Murat, entraron en Nápoles las tropas austriacas oportunamente, para evitar los desórdenes que en ciudad tan populosa y ocasionada pudieran sobrevenir, y á poco llegaron tropas sicilianas, y gran número de napolitanos despues de diez años de ausencia. No tardaron en llegar varias proclamas del Rey con las frases y promesas de costumbre proclamando amnistía y nombrando un ministerio que no fué ciertamente del agrado general y el 4 de Junio de 1815 llegó el Rey á la bahía de Baya habiendo encontrado en el mar el buque que conducia á la mujer é hijos del intruso fugitivo. El dia 6 pasó á Portici, y el 9 entró en Nápoles, alegre, afable, comunicativo, sin etiqueta, vestido sencillamente lo que encantó al populacho, y estableciése en su palacio sino con universal aplauso, con el suficiente para lisonjearlo.

Todavia sin embargo daba inquietud Napoleon, que con su actividad y prestigio hacia colosales esfuerzos. Pero Waterloó fué la tumba de su poder. Y la noticia de su total hundimiento y ruina dió nueva vida á los antiguos tronos. Al eco de la noticia rindiéronse todas las fortalezas del reino de Nápoles aun mantenidas por los franceses, ó á nombre de Murat.

Pero este no llevaba con paciencia la pérdida de un trono, y de un estado tan importante, y alucinado con el recuerdo de los obsequios, adulaciones y entusiasmo de que por diez años habia sido objeto, creyó, ¡insensato! que lo debia todo á sí mismo, y no al poder que en aquella decada representaba. Y reuniendo en Corcega algunos antiguos amigos, y á los napolitanos que no habian querido abandonarlo, se embarcó, y corriendo un desecho temporal arribó al Pizzo en tierra de Calabria, y cuando creia ser acogido sino con entusiasmo, con respeto, y encontrar numerosos partidarios que lo recibiesen como á su Rey; halló en cuanto fué reconocido, ódio y desprecio, y por acogida un estrecho calabozo, y á pocos dias una sentencia y en seguida la muerte.

Al restablecerse el legítimo soberano en su trono ratificándole el congreso de Viena el título de Rey de las dos Sicilias, se intituló en vez de Fernando IV, Fernando I, sin que se hablase de la Constitucion de Sicilia, ni allende ni aquende el Faro. Pero conservó el código frances, el sistema de gobierno, el tributario y el administrativo, aunque desfigurados restableciendo muchos de los antiguos abusos, sobre todo en la jurisdiccion eclesiástica, en la organizacion de la nueva po-

licia, y en el poder arbitrario de los ministros. Abolió el Consejo de Estado, y creó otro llamado Supremo presidido por el príncipe Leopoldo.

En 1816 apareció la peste levantina en las costas del Adriático, y despobló, con general espanto, la ciudad de Naja; pero afortunadamente pudo cortarse el contagio. El mismo año desapareció en un voraz incendio el famoso teatro de San Cárlos, que fué inmediatamente reedificado sin dejar nada que desear. Tambien el hambre y la miseria afligieron el reino y desacreditaron la restauracion.

Ajustó el Rey tratados de comercio ventajosos con España, Francia y Holanda, y un nuevo concordato en que quedó mal parada la regalia de la corona. Fué á Roma á celebrarlo, y á recibir la bendicion del Papa, y allí encontró á su hermano el destronado Rey de España Cárlos IV, á quien no habia visto desde que se separaron en la infancia y se lo trajo consigo á Nápoles donde murió. Poco antes se habia enlazado la hija del primer matrimonio del príncipe heredero con el duque de Berry, y la del segundo doña Maria Carlota con el infante de España don Francisco de Paula.

No estaba la Italia muy satisfecha con sus antiguos príncipes, los tiempos eran otros, la ilustracion mayor, las nuevas necesidades sociales muchas. En el reino de las dos Sicilias no se disfrutó tampoco de bastante tranquilidad á pesar de la amnistía, quedaron en pié los partidos, y la policía no se descuidaba en marcar cual era el blanco de las sospechas, de las pesquisas, de las persecuciones. En la isla el gobierno del príncipe Francisco, no satisfacia los deseos públicos, y el olvido de la fresca constitucion tenia disgustados á todos. En el Continente la reaccion hacia la arbitrariedad y el fanatismo, no agradaba á nadie y despertaba sérios temores para lo venidero. Y, como era natural, la secta de los Carbonarios cundia, sus trabajos se ramificaban por todas partes, y era la agitacion moral del pais que preparaba sin duda graves trastornos. En circunstancias tan oportunas, acaeció la revolucion de España del año 20 para restablecer la Constitucion del año 12 abolida por Fernando VII en 1814, y restablecida por una insurreccion militar. Siguió el ejemplo un cuerpo de tropas napolitanas acantonado en Nola y preparado de antemano por las sociedades secretas, y por los que querian sacudir el yugo de la influencia austriaca que pesaba duramente sobre el país. Dió el grito de *Constitucion* que tuvo eco en todas partes y muy principalmente en la capital. Sorprendido el Rey, quiso establecer la de Sicilia, pero ya se pedia mas y se exigia que jurara la Constitucion de España, de la que se tenia en Nápoles apenas conocimiento; pues no se halló en todo el reino un ejemplar ó cópia de ella, y fué preciso pedir una á la legacion de España para el acto del juramento. Prestólo el Rey muy disgustado, nombró Vicario general para el gobierno del Estado y convocó las *Córtes*.

Grandes trastornos ocasionó en Sicilia la nueva de estos sucesos; sublevóse Palermo, y se dividió en dos bandos; uno queria la constitucion á la inglesa, que no habia llegado á plantearse, el otro la creia poco liberal y deseaba la española,

pero ambos proclamaban la independencia de Sicilia, aunque conservando el mismo Rey que el estado de Nápoles. El movimiento de Palermo se estendió por toda la isla, y hubo en toda ella dolorosos conflictos y derramamiento de sangre. Y el lugar teniente Naselli, hombre de escasos medios no pudo contener aquellos desórdenes, y dejó el mando en manos subalternas abandonando la isla.

Marchó de Nápoles á sujetarla un cuerpo de tropas de diez mil hombres al mando del general Florestan Pepe, que conociendo el estado de las cosas creyó oportuno transigir y firmó el 5 de octubre de 1820 un juicioso convenio abordo de un navío ingles surto en la bahía de Palermo, despues de largas conferencias. Pero cuando llegó á Nápoles la noticia de este ajuste se agitó la cuestion en las *Cortes* con tal calor, y los diputados hicieron tan furibundos discursos, y propusieron tales absurdos en nombre de la libertad, que todo fué confusion y desacuerdo, quedando los negocios de Sicilia en peor estado que antes estaban. Entre tanto reunidos en Troppau los soberanos de Austria, Rusia y Prusia, que formaban la *Santa alianza* declararon que no podian conformarse con el nuevo sistema establecido en el reino de las dos Sicilias, y escribieron al rey Fernando I para que fuése sin demora á Laybach, á tratar con ellos el modo de satisfacer las exigencias públicas sin mengua de la dignidad real, y sin infraccion de los tratados vigentes. Indeciso el Rey despues de ocultar este mensage algunos dias, dió parte de él á las *Córtes*, donde produjo las sesiones mas borrascosas y enconadas, y una formidable asonada en que resonaba por todas partes con horrendos alaridos: *La Constitucion española, ó la muerte.* Calmóse al cabo la inquietud, y decidióse la ida del Rey al Congreso con seguridades dadas de que en él miraria por el sostenimiento de las juradas instituciones. Marchó pues Fernando I en el navío ingles *Venganza.*

Pasaron algunos dias sin noticias del Rey. Las primeras que se recibieron solo hablaban del viaje y de la llegada hasta que, cuando ya la ansiedad pública tocaba á su término, recibió el Príncipe regente una larga carta de su padre en que le decia que los soberanos del congreso de Laybach, no reconocian el sistema constitucional del reino de las dos Sicilias, y que si no se adoptaba otro mas conveniente para mantener intacto el tratado de Viena, y la paz de Italia, lo desharian por la fuerza de las armas. Al mismo tiempo que esta carta se recibieron noticias de que un poderoso ejército austriaco venia marchando con precipitacion. El efecto en Nápoles de la carta y de tales nuevas fué cual era el esperar. Reunióse el Parlamento, se desahogó en discursos elocuentísimos, pero violentos y proponiendo medidas impracticables; hasta que el diputado Poério, propuso la guerra al Austria y á la Santa alianza, y declaró prisionero al Rey.

Formáronse dos ejércitos con actividad suma al mando de los generales Carrascosa y Pepe, aquel militar de no vulgares conocimientos, y este soldado franco y fanfarron, uno marchó sobre el Parellano, otro á la frontera de Abruzzo, mientras numerosos batallones de Milicia nacional los seguian como reserva. El Príncipe heredero Francisco, regente del reino, y su esposa la infanta Isabel despedian los

diferentes regimientos animándolos, exortándolos á defender la libertad, y poniendo por sus manos en las banderas corbatas tricolores. El entusiasmo parecia general.

Avanzaron los austriacos mandados por el general Frimont y en número de sesenta mil hombres hasta las fronteras del reino, quedándose el rey detrás de ellos en Florencia. La vecindad de los enemigos aterró á Nápoles desconfiando todos del éxito de la guerra, empezaron á manifestar desaliento y deseos de algun razonable acomodo. El general Carrascosa se mantuvo con prudencia evitando un conflicto. El general Pepe acalorado por los sectarios, sus amigos, creyó que iba á escarmentar á los austriacos, y á ganarse una corona inmarcesible, y despues de anunciarlo imprudentemente en los periódicos de la capital atacó el 6 de julio de 1821 con escaso órden y relajada disciplina á Riati. Salieron los austriacos, y en pocos minutos lo deshicieron completamente, poniéndolo en vergonzosa fuga y dispersion, tambien huyeron y se dispersaron las reservas. El general Carrascosa se replegó prudentemente detras del Volturno, y receloso de que sus tropas hicieran lo que las de Pepe, se mantuvo en espectativa. Los enemigos pasaron el Garellano, y se detuvieron; pero con tanta fuerza, que se conoció que su intento era el de dar lugar á un desenlace que no costara sangre á ambos ejércitos.

Aterrada la capital con los desastres de Abruzzo y con los peligros del Volturno y llena de fugitivos de todas partes, presentaba el mas lastimoso espectáculo. Reunióse el Parlamento, y como dice un autor contemporáneo, y por cierto ardiente liberal (1): Buen consejero de gobiernos tranquilos, siempre dañoso para regir el estado en tiempos borrascosos, pueblo en la prosperidad, plebe en los desastres; cambió su decision y energía, en abatimiento y humillacion, y se echó en brazos del Rey para que los salvara y salvase el reino.

Entraron como amigos los austriacos en la capital, se disolvió el parlamento, emigraron los diputados mas importantes, quedó abolida la constitucion, y el rey Fernando I declarado soberano absoluto del reino de las dos Sicilias. Pero no se apresuró en venir á ocupar su trono, y desde Florencia con su ministro Canosa gobernó el reino, y reorganizó la monarquía.

Hubo persecuciones encarnizadas, decretos inconsiderados, venganzas privadas, y ejecuciones violentas é ilegales, anuláronse leyes sabias, quemáronse libros y escritos inocentes y fué completa la reaccion. Al cabo vino el Rey á Nápoles, donde fué recibido con gran festejo, pero con poco entusiasmo y alegría. Repartió bienes cuantiosos á iglesias y monasterios, enriqueció á los Jesuitas, premió con bandas y honores á sus cortesanos, y se entregó completamente á prácticas devotas, y á firmar decretos de proscripcion y sentencias de muerte.

Estaba vacio el erario público, y fué preciso acudir á un empréstito para cubrir las atenciones del Estado. Hízolo la casa Rothschild, con la condicion de que el caballero Médicis fuese ministro de hacienda y la despedida de Canosa.

(1) Colletta.



MARIA TERESA  REYNA DE NÁPOLES.

XV.



Llamado el Rey á un nuevo congreso á Verona, se reanimaron esperanzas y temores, unos creian que los consejos de soberanos mas ilustrados mejorarian la suerte del reino, otros que el odio de los déspotas del norte á las ideas liberales, aumentarian las persecuciones y el terror. Pronto las noticias venidas de allá manifestaron que la resolucion era acabar con las constituciones en todo el continente europeo.

Disuelto aquel congreso, fué el Rey á Viena y mas tarde volvió á Nápoles, donde murió el dia 4 de Enero de 1825, á los setenta y seis años de edad y sesenta y cinco de reinado.

XV.

Fué reconocido y jurado inmediatamecte Rey de las dos Sicilias el príncipe Francisco, duque de Calabria con el título de Francisco I. Ya acostumbrado al mando, pues como dejamos dicho lo habia ejercido como Vicario de su padre ya en Nápoles ya en Sicilia, y como regente en todo el reino, no debian cogerle de nuevo los graves negocios del Estado, ni el peso de la corona. Hubo uno en que fué muy popular, pero en los últimos tiempos se le miró con desconfianza con razon ó sin ella, y no le era favorable el concepto público. Se dió tal vez con exceso á la devocion, reforzó la policía, y no cesaron las persecuciones. Promulgó una buena ley de montes y plantíos que preservó de inminente ruina á los bosques del Estado, objeto de la codicia destructora de los pueblos y de los particulares, y en su tiempo se construyó el magnífico palacio donde reunió y aun existen las secretarías de los ministerios, el gran libro y las altas dependencias del Estado. Tambien activó las escavaciones de Pompeya, como inteligente arqueólogo, y enriqueció el museo con objetos preciosísimos.

Por ofensas hechas al pabellon napolitano, declaró la guerra á Tripoli, y envió á combatirle una escuadrilla compuesta de un navío tres buenas fragatas y otros buques menores, que tornó á poco á Castellamare sin haber tentado ninguna hostilidad.

En 1829 trató el matrimonio de su hija doña María Cristina con el rey de España Fernando VII, viudo sin hijos de tres mujeres. Y dejando de regente del reino á su hijo primogénito y heredero, fué con la reina á la córte de España á llevar á la nóvia y á festejar las bodas. Efectuadas estas, pasaron á París para permanecer allí una temporada. Pero habiendo enfermado, regresó con su augusta esposa y su séquito á Nápoles, donde agravándose la enfermedad falleció el 7 de noviembre de 1830.

Era el rey Francisco de mediana estatura propendiendo á la obecidad, de semblante apacible, de cabello rúbio. Vestia siempre de paisano sin decoracion alguna rara vez en su juventud montó á caballo, pasaba las revistas militares en coche, era de fácil acceso, de modales dulces y de agradable conversacion.

XVI.

Sucedióle Fernando II, que actualmente reina, á la edad de veinte años; fué recibido con entusiasmo su advenimiento al trono, pues su gallarda persona, su aficion á las armas y la bondad de su carácter presagiaban un venturoso reinado.

Casó en primeras nupcias con una princesa Sarda, en quien tuvo al príncipe don Francisco María Leopoldo, duque de Calabria, heredero de la corona. Y en segundas con María Teresa, hija del archiduque Cárlos, que le ha dado numerosa prole. Es inteligentísimo en la organizacion y disciplina militares, y capaz y activo en todo género de negocios; de los que se ocupa constantemente con asiduidad é inteligencia, mejora su ejército constantemente, atiende con eficacia al aumento de la marina, cuida de la buena administracion, proteje las artes, y sostiene el crédito nacional, y viaja por el reino sin aparato, y visita muy amenudo la Sicilia, de donde es natural.

Tuvo serios disgustos con los ingleses, por unos contratistas de azufre, y amenazado con una poderosa escuadra en el golfo de Nápoles, se portó con entereza y acierto, y logró una honrosa transaccion mediando la Francia. Los demas acontecimientos de su reinado, son de tan reciente data que no nos es dado referirlos ni el calificarlos, pues acaso ofenderiamos con nuestros juicios á personas respetables, que viven y que han tenido parte principal en los contemporáneos sucesos de aquel reino. Concluiremos pues nuestro trabajo diciendo: que á Fernando II, rey de las dos Sicilias, tan calumniado por los revolucionarios, y aun por escritores extranjeros y hombres de estado de quien eran de esperar, mas circunspeccion é imparcialidad, le harán completa justicia, pasado el tiempo de pasiones y de resentimientos, las severas páginas de la historia.

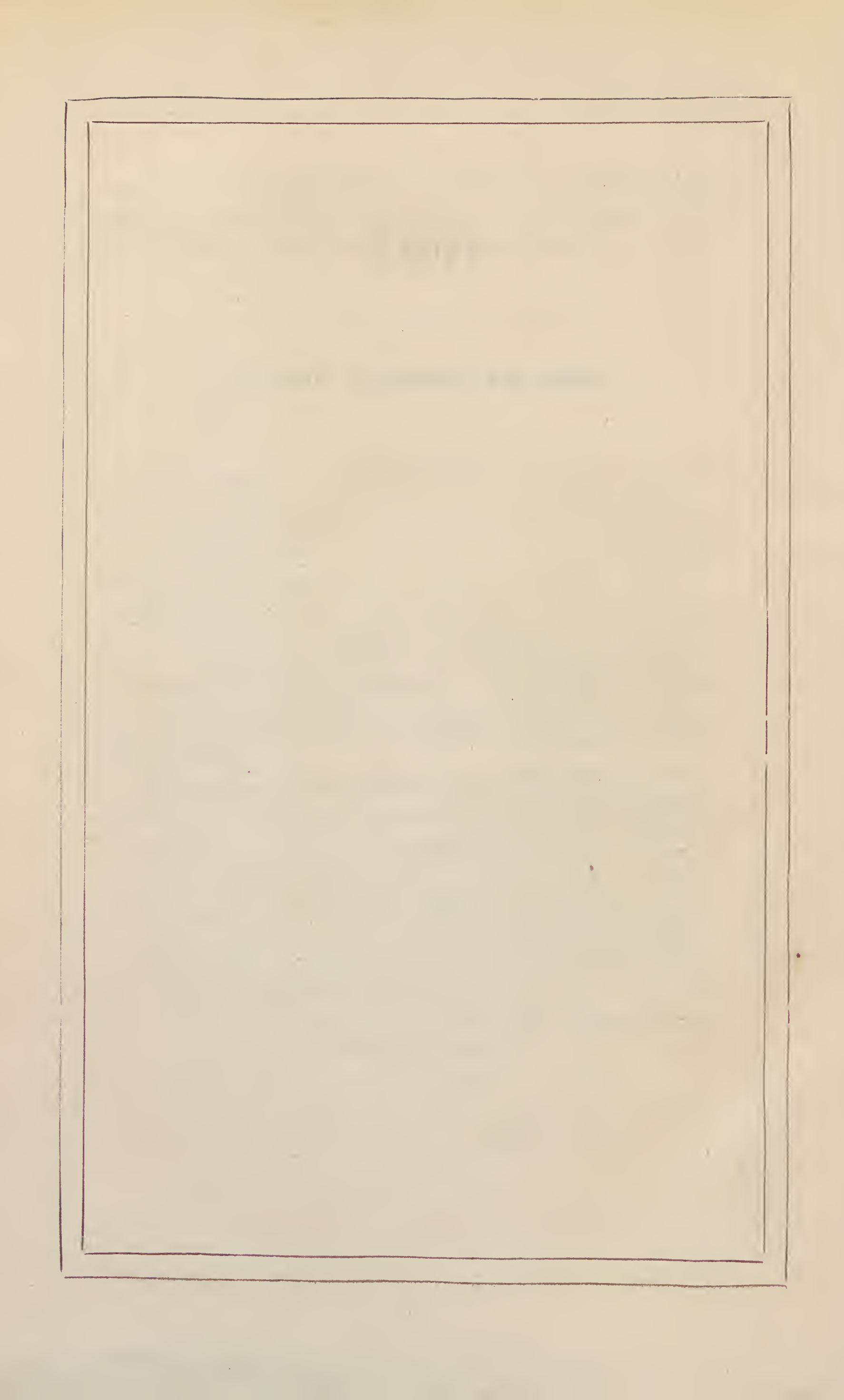
Madrid, julio de 1855

El Duque de Rivas.

INDICE

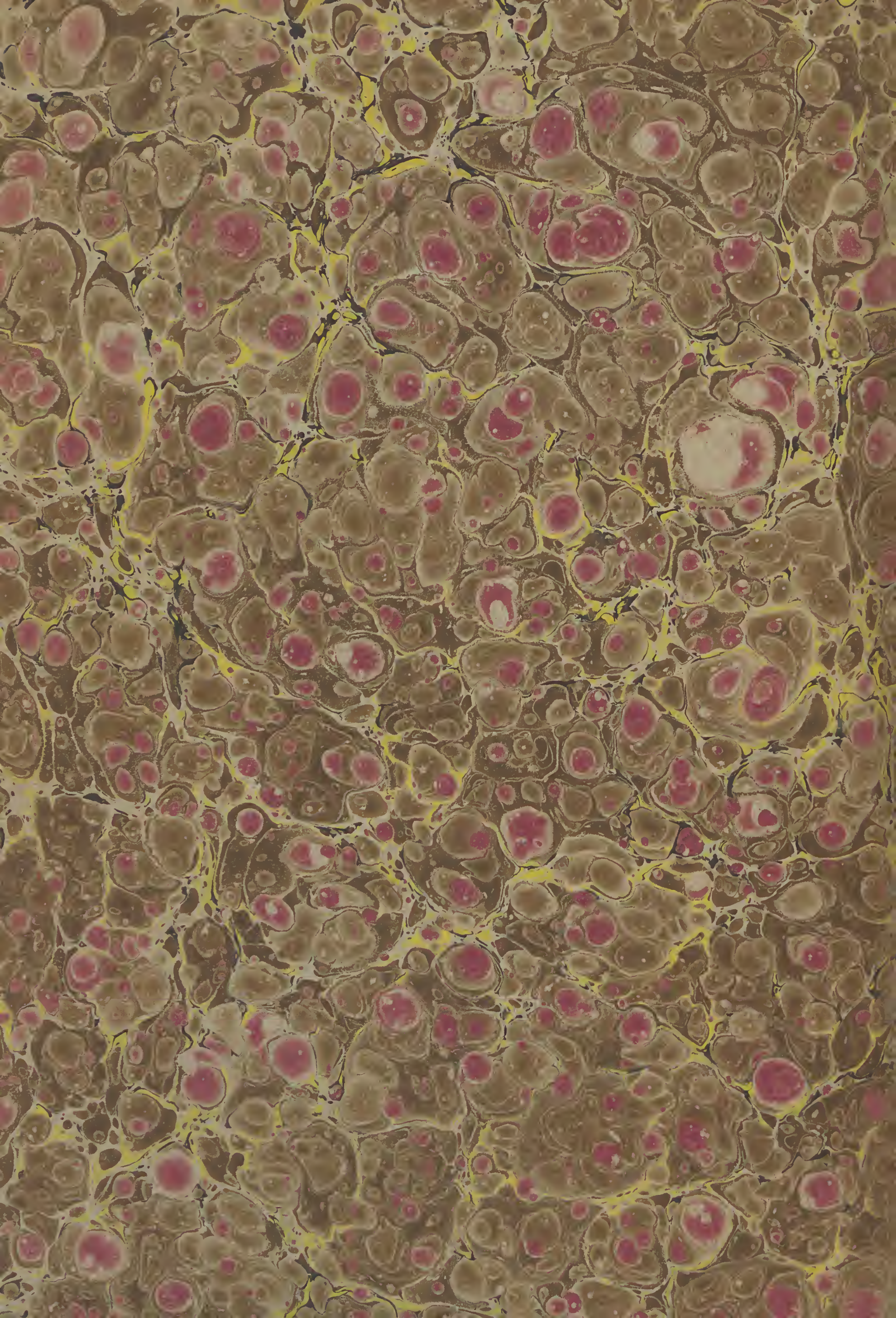
DE LOS

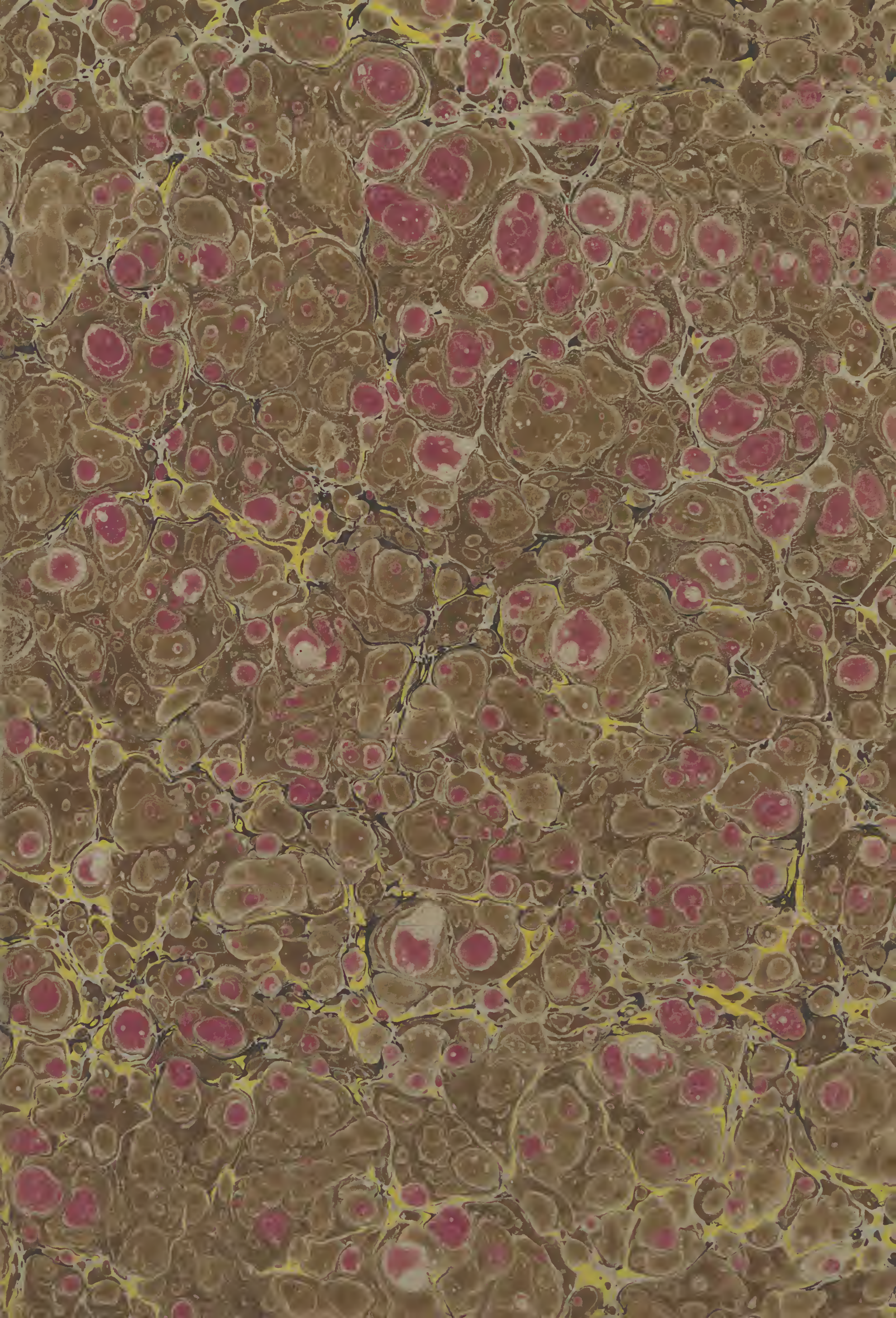
PAISES QUE CONTIENE EL TOMO III.

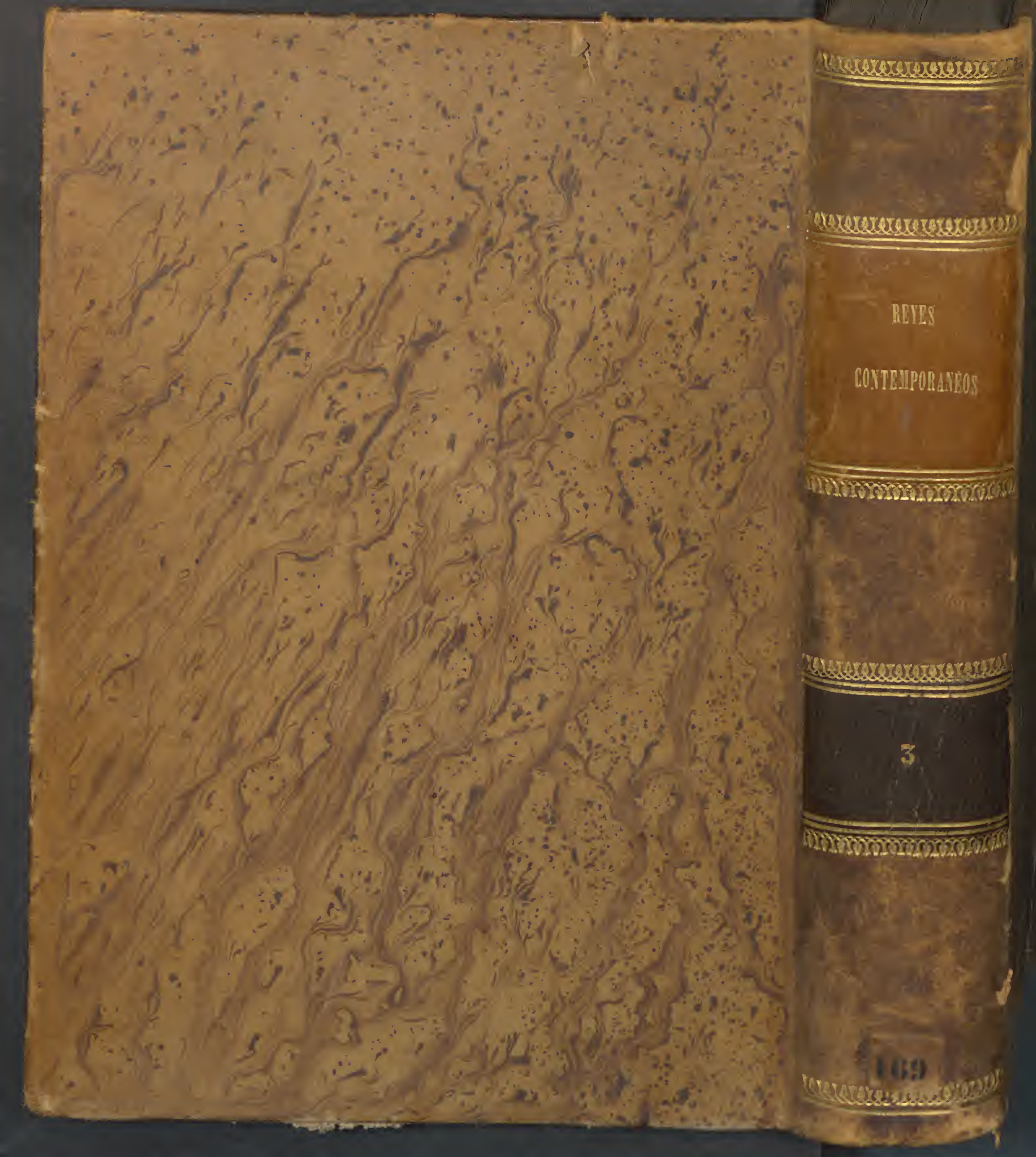


PAUTA

PARA COLOCAR LOS RETRATOS PERTENECIENTES AL TOMO III Y ULTIMO.






REYES
CONTEMPORANEOS
3
169